Tras la niebla

Ivory Manor I

RosA. Menéndez

Tras la niebla

Ivory Manor I

RosA. Menéndez

Ivory Manor I

Tras la niebla

copyright © RosA. Menéndez 2014
Portada © R.A.M.
www.rosamenendez.com

Sinopsis

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

AGRADECIMIENTOS

Sinopsis

La vida del escritor y aristócrata Nicholas Finch-Hutton cambió el día que apareció en su casa Charlotte Wolf. Ella era egiptóloga, muy atractiva, y llegó con el encargo de ayudarle en la documentación de su nueva novela.

El aislamiento en el campo los fue descubriendo hasta que el deseo hizo que el carácter de Nicholas cambiase ante la joven que lo perturbaba e intimidaba por igual; con ella se convertía en un principiante.

Entre todas las personas del mundo se han encontrado.

La vida les reservará algunas sorpresas increíbles que harán de su historia un viaje maravilloso a ancianas civilizaciones escondidas y a un presente que los atrapará dejándolos sin opciones. En ese camino desnudarán sus almas, se enfrentarán a los problemas con la exmujer de Nicholas, la diferencia de edad y los sueños de Charlotte, sus peores amenazas.

CAPÍTULO I

Londres, Inglaterra
1/9/2010

Un penetrante aroma picante, junto a la niebla característica que siempre formaba su profesor mientras estaba concentrado leyendo y perdía la noción del tiempo, fue el evocador recuerdo que envolvió a Charlotte Wolf cuando se reencontró con su viejo amigo.

Eric Johannsen leía algún interesante documento ajeno a su llegada. Al escuchar los pasos, levantó la cabeza y esbozó una sonrisa. Dejó la pipa en el cenicero y se levantó rodeando la mesa.

A pesar de su edad, conservaba una excelente condición física. Tenía un cuerpo delgado, alto, el rostro poblado por una espesa barba gris, y unos ojos curiosos que investigaban incansables para incrementar su sabiduría. Un traje *tweed* oscuro con chaleco y una pajarita colorida, sugerían el remoto lugar que la moda actual ocupaba en su vida.

El profesor Johannsen no veía a su alumna favorita desde hacía dos meses. Estaba preciosa, quizás un poco más flaca, aunque vestida de negro, con unas mallas y una camiseta ajustada, no se atrevió a jurarlo. También se había cortado el pelo veteado de mechas doradas y su imagen casi de niña había dado paso a una mujer serena que lo observaba con una sonrisa y una profunda admiración.

—Si llegas a retrasarte más, me habría tenido que ir —dijo,

después de darle dos besos en las mejillas.

—Lo siento, Eric, pero he perdido el tren y ya he ido acumulando retrasos.

Los ojos grisáceos del profesor analizaron los azules de Charlotte, escarbando en ellos, atentos a cualquier desequilibrio en su ánimo.

Ella intuyó que no podría pasar por ese radar, nunca lo había conseguido y, al parecer, aunque su relación no fuese cotidiana, algunas cosas siempre se mantendrían.

—Aparte del pelo, estás rara, más guapa, pero percibo algo más. ¿Estás bien?

—Sí. Nigel me ha dejado, por lo demás, bien.

—Lo siento, Charlie. Eres muy joven y un encanto. Hay muchos peces en el mar —comentó tranquilo—. Vamos a sentarnos y te cuento el motivo de mi llamada. Tengo clase dentro de media hora y no puedo entretenerme mucho.

—Claro. De todas maneras, no tengo ganas de remover el tema. Pero si quieres, la semana que viene quedamos para comer. Hace tiempo que no voy al Oddie y sabes que solo voy contigo.

—O mejor, le digo a Rosalyn que prepare el asado que tanto te gusta y cenas con nosotros —dijo a la vez que se sentaron—. Te llamo cuando hable con ella.

En el despacho de la Universidad de Londres no había cambiado nada en los últimos diez años, todo seguía igual: la mesa abarrotada de papeles, sin ordenador, una lamparita con la pantalla de cristal verde, los mismos cuadros, y la librería de madera oscura

rebosante de material sobre cualquier tema que le hubiese parecido interesante guardar en su trayectoria profesional; más de cuarenta años dedicados siempre a la enseñanza.

Eric sacó unos papeles de un sobre tamaño folio y se tanteó unas gafas pequeñas con montura de acero, también viejas conocidas de Charlotte.

—Verás, Charlie, hace unos días se pusieron en contacto conmigo de M&H Edit. Uno de sus autores está buscando algún egiptólogo para documentarse. He pensado que al ser tu especialidad te podría interesar. Solo será hasta que te incorpores en el *British*.

Charlotte llevaba casi un mes esperando tener noticias. No era fácil conseguir una entrevista con el responsable de la sección de Egipto, Frank Knight, pero tras una llamada de su profesor la recibió con cordialidad y mantuvieron una conversación que la llevó a ilusionarse con el puesto.

—¿Has hablado ya con el director?

—Sí. No te preocupes, estás admitida.

El repentino impacto la dejó muda con los labios aprisionados de manera dolorosa e involuntaria. En cuanto se relajó, dijo:

—Gracias, Eric.

—No te he hecho un favor a ti —afirmó Eric, dándole unos toques suaves en la mano—. No te hace falta.

—Gracias de todas maneras, intentaré hacerlo lo mejor posible.

—No lo dudo. Creo que te vendrá bien desempolvar durante estos meses algunos periodos, además del prestigio que te puede dar

trabajar con un reputado escritor.

—¿Quién es? —preguntó intrigada.

—Nicholas Finch-Hutton.

—¿El de las revistas del corazón?

Charlotte hizo una mueca de desaprobación.

—El mismo. Supongo que el hombre no tiene la culpa de ser el blanco de esas publicaciones.

—Sabía que escribía, pero no he leído nada de lo que ha publicado. ¿Y tú?

—Tampoco. Por lo que me han contado en la editorial, está interesado solo en una dinastía.

—¿Cuál?

Charlotte supuso que el escritor, como casi todos, estaría interesado en la XVIII de Tutankamón o en la XIX de Ramsés.

Antes de desvelarle nada, Eric sonrió; si no se equivocaba estaba a punto de hacerla muy feliz.

—La XXV —Alzó las cejas y añadió—: ¿Sorprendida?

Ella frunció el ceño a la vez que una amplia sonrisa invadió su rostro.

—¿En serio? ¿Qué le interesará?

—Habla con él y que te lo explique.

—Desde luego, no esperaba que un hombre como Finch-Hutton supiera nada de los faraones negros. Ha conseguido sorprenderme.

—¿Te interesa?

—Por supuesto. Sabes que es mi periodo favorito, así también

me distraigo hasta que empiece con el trabajo. ¿Dónde vive?

—Tendrías que ir a Wells, por lo que sé, cuando escribe le gusta aislarse en el campo.

Charlotte sopesó el problema de trasladarse durante unos meses a Somerset. No le vendría mal un cambio. Descansaría de las constantes visitas de su exnovio haciéndose perdonar y recargaría las pilas para empezar el trabajo de sus sueños con una de las colecciones más amplias de Egipto que existían en el mundo.

—Me gusta el campo. No será problema. ¿Sabes cuándo quiere que empiece?

—Mañana.

Johannsen no dejó de observarla, esperando la reacción por la brevedad de su incorporación.

—Me lo podías haber dicho antes —recriminó Charlotte, sin estar molesta.

—Lo siento, Charlie, pero con tantas cosas en la cabeza se me ha olvidado.

—No pasa nada. Cuanto antes salga de Londres, mejor.

—¿Tan mal habéis acabado Nigel y tú?

—No. Ahora se ha empeñado en que seamos amigos, y lo siento Eric, pero no me apetece. Ha estado saliendo con otra a mis espaldas y no quiero tenerlo en mi círculo cercano. Me desquicia.

—Entonces, no se hable más, vete a Wells y aprovecha para relajar también la cabeza.

Se despidieron con afecto en la puerta del despacho. La siguiente clase del profesor empezaba en unos minutos y ella aún

debía preparar el equipaje. Iba a pasar casi todo el invierno en un pequeño pueblo del interior.

La última vez que estuvo por aquella zona, hacía ya bastante tiempo, recordaba que le había gustado. La expectativa de pasar varios meses en algún sitio nuevo también la animó a aceptar ese trabajo insólito.

Al menos ella lo veía así. Era especialista en Historia y Arqueología, nunca hasta el momento había prestado sus servicios o conocimientos para ninguna tarea que no fuese dentro del ámbito académico y recabar información para un escritor afamado, perseguido por la prensa, sería sin lugar a dudas una experiencia diferente.

En cuanto llegó a su casa Charlotte se dedicó a preparar dos maletas con casi toda su ropa. Pasar los meses más lluviosos y fríos del año en mitad del campo le conllevaba tener que guardar prendas gruesas que, sin ser muchas, ocupaban demasiado espacio. Decidió prescindir de dos abrigos, seleccionó los pantalones, los vestidos y, al final con esfuerzo, consiguió cerrar las maletas bastante satisfecha por su hazaña.

No le preocupaba especialmente su imagen, optaba siempre por prendas cómodas, y tampoco le ocasionó un quebradero de cabeza las mezclas tan variopintas que hizo.

Llamó a sus padres para informarles de su partida y los dos se mostraron encantados cuando les comentó la ruptura con Nigel. No se molestaron en ocultar su satisfacción por algo anunciado y deseado

desde que lo conocieron. Charlotte no había tenido otra relación seria, algunos escarceos en su etapa universitaria, pero nada reseñable; su principal interés era alcanzar la meta que se propuso cuando empezó con la arqueología y confirmó en las prácticas que realizó en Egipto. Quería dirigir una excavación y sentir otra vez la magia del desierto, igual que sus admirados Carter o Rhind, a quien le debían poder disfrutar en el Museo Británico del Papiro de Ahmes, el tratado de matemáticas más antiguo conocido; ese tipo de descubrimientos la motivaban.

Emprendió el trayecto hacia Wells cuando tuvo el equipaje dentro del maletero de su Volkswagen Golf de color rojo. No lo dudó en ningún momento, al contrario, abandonar la ciudad le proporcionó placer y relajación. Estaba cansada del ajetreo diario y creía necesitar el sosiego del campo para encarar el futuro. Desde hacía varias semanas el desencanto la mortificaba y estar rodeada por la calma de los libros la ayudaría a recobrar su carácter alegre.

Muy cerca de Wells conectó su móvil al GPS. Varios kilómetros atrás, la carretera se había estrechado e incluso tuvo que apartarse y dejar pasar a un autobús que circulaba en sentido contrario.

—A seiscientos metros, gire a la derecha.

Avisó la voz femenina y mecánica del aparato.

Charlotte no confiaba en la “voz”. La desvió varias veces de su camino y la hizo aparecer cada dos por tres delante de la misma casa, también en un cruce. Si se retrasaba mucho más, llegaría casi a

la hora de comer y había quedado con el señor Finch-Hutton a las doce; pasaban ya diez minutos.

Sin mucha esperanza, siguió la indicación y cogió una carretera asfaltada delimitaba por un pequeño muro lleno de musgo y dos hileras de viejos árboles alineados. Con la visión de la casa al fondo, llegó a dos pilotes unidos por una cadena, formados por las mismas piedras irregulares y oscuras que llevaba viendo desde que cogió el desvío. Se bajó del vehículo para desatarla y vio un pequeño cartel metálico con la inscripción: «N. F-H».

Una vez reanudó la marcha, poco a poco percibió la arquitectura de la casa. Era un edificio rectangular, no excesivamente grande, envuelto en piedras envejecidas, con una pequeña buhardilla bajo un tejado negro de formas arqueadas. Sobresalía un zaguán con relieves tallados alrededor de un arco donde estaba la entrada principal, que eran dos puertas antiguas y pesadas de madera. A sus lados varios maceteros de mármol con un escudo grabado y unos arbustos recortados de manera artística, que confirmaban el aspecto cuidado de todo. La impresionó un cuerpo circular de dos plantas adosado en la esquina, con el tejado de pizarra, y dos filas de ventanales curvos con una carpintería pálida contrastando con la piedra, captando la atención; el conjunto era espléndido.

Aparcó cerca de un lateral y comprobó agobiada que llegaba veinte minutos tarde. Teniendo en cuenta las vueltas perdidas no era demasiado, pero no sabía cómo se lo tomaría el escritor.

El señor Finch-Hutton era bastante conocido, más por su exesposa que por sus méritos literarios. Por lo poco que sabía de él,

mantenía pésimas relaciones con la prensa, y su carácter soberbio no ayudaba a suavizarlas.

Charlotte no leía ese tipo de publicaciones, ni tenía pensado entablar amistad con él y no le importó mucho. Cada uno debía ser consecuente con sus actos y ella no era nadie para recriminarle nada.

Con cierta cautela llamó al timbre, se volvió contemplando el prado enorme frente a ella y un camino estrecho de tierra plagado de árboles. Al momento escuchó pasos al otro lado de la puerta.

—Buenas tardes.

—Hola, soy Charlotte Wolf. Tengo una cita con el señor Finch-Hutton.

Charlotte estrechó la mano de una mujer bajita, rondando los sesenta. Llevaba un delantal que le advirtió del trabajo que realizaba para el escritor. Parecía muy vital para su edad, un cuerpo ágil, rostro simpático con ojos azules vivarachos, y unas viejas gafas con cristales gruesos y la montura de pasta negra.

—Adelante.

La señora hizo un gesto cortés con la mano, invitándola a pasar.

—Muchas gracias.

Charlotte comprobó la amplitud de un vestíbulo lleno de cuadros y algunos muebles de colección. La parte posterior estaba ocupada por una escalera alabeada con un discreto pasamanos de madera oscura tallada.

—Espere un momento, iré a avisar al señor.

La mujer desapareció por un pasillo sombrío donde varias

puertas con molduras seguían el mismo estilo clásico y decadente del resto, excepto por una vidriera muy colorida que dejaba pasar una luz alegre a través de la puerta corredera del fondo.

Poco después, la mujer volvió con un gesto contrariado.

—Lo siento, señorita. El señor está ocupado y hasta mañana no podrá recibirla.

Charlotte la observó con los labios fruncidos, sin saber muy bien qué pensar. Comprendía que se había retrasado un poco, pero él sabía que venía expresamente de Londres para la entrevista. También, supuestamente, el alojamiento corría por su cuenta. Si no la recibía hasta mañana se vería obligada a buscar algo en el pueblo para esa noche.

—No se preocupe. ¿Le ha dicho a qué hora quiere que vuelva?

—A las ocho.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Salió de la casa muy decepcionada, aunque su carácter tranquilo le permitió no alterarse y tomar las cosas tal como venían. Si el hombre creía que con su negativa a recibirla estaba escarmentándola por su tardanza era claramente porque no la conocía; su especialidad era la paciencia junto a una actitud reservada y calmada que en muy pocas ocasiones cambiaba.

Volvió a su coche y con suavidad abandonó la propiedad. Tuvo el detalle de parar una vez pasada la cadena y colocarla otra vez en la misma posición que tenía cuando entró.

En el centro del pueblo encontró un pequeño hostal donde la recibieron de manera amable. Bajó una maleta y, no sin esfuerzo, la subió por la empinada escalera enmoquetada del establecimiento. En ese momento tuvo suerte, no la vio ni escuchó nadie cuando se acordó varias veces del escritor en voz alta.

Una vez instalada, Charlotte se quitó los vaqueros y el jersey rojo de pico. Tras una ducha en un baño anticuado, se vistió con unos leggins negros y un suéter blanco de mangas cortas. El pelo le costaba menos arreglárselo, el flequillo rubio le caía por casi la mitad del rostro y al tenerlo liso no le daba problemas. Con un poco de secador quedó perfecto; cada día se sentía más cómoda con su nueva imagen, que los primeros días no terminó de convencerla.

Salió a dar una vuelta, bajó por una calle hasta una plaza y llegó a un mercado de frutas que ya estaban recogiendo. Buscó algún sitio para comer admirada de la tranquilidad. Llamó su atención un pequeño riachuelo paralelo a la calzada con un agua cristalina que sugería una temperatura gélida. No se reprimió al agacharse y comprobar con las manos el acierto total de su percepción.

Después de comer en una pequeña cafetería con un surtido de tartas excelentes, se paró en el semáforo de la calle principal con la intención de visitar el Palacio del Obispo. De pronto, giró la cabeza siguiendo el sonido de un potente motor. Se trataba de un BMW negro descapotable de líneas muy deportivas. Al fijarse en el conductor, le impresionó encontrar al señor Finch-Hutton tras el volante acompañado por su exmujer. Él observó un instante a Charlotte, pero de inmediato cambió el rumbo de sus ojos hacia otro punto.

Ella no lo había visto nunca en persona y sonrió ligeramente por una imagen descuidada que la sorprendió: un cabello castaño con mechones rubios alborotados, incluso más largo que el de ella, un fular informal en el cuello, y una incipiente barba que le añadía atractivo, aunque el gesto malhumorado no le favorecía. Su exmujer, muy rubia y, por lo poco que pudo apreciar, un aspecto opuesto impecable.

El día siguiente Charlotte se levantó temprano. Se vistió con un pantalón beige, un jersey de mangas cortas de cachemira rojo y una chaqueta fina. Recogió sus cosas, guardó la maleta en el coche y desayunó en la pastelería. Luego, llegar a la aislada casa del intransigente escritor le costó menos de diez minutos; una ventaja por repetir.

Antes de las ocho volvió a tocar el timbre.

—Buenos días, señorita.

La misma mujer la recibió con un tono cordial. Además, parecía llevar bastantes horas activa y le contagió su energía de inmediato.

—Hola, buenos días. Espero llegar bien.

—Sí. El señor la está esperando en la biblioteca. Sígame.

Le devolvió una sonrisa amistosa, se dirigió a una de las puertas del pasillo y llamó con suavidad bajo la atenta mirada de Charlotte.

—Adelante.

Escuchó por primera vez la voz profunda del señor Finch-

Hutton y le produjo un pequeño desasosiego que intentó controlar mientras la mujer abría y se apartaba para dejarle libre el paso.

Charlotte entró con timidez, sin querer desviar la vista a las estanterías llenas de libros, centrando su atención en el hombre que la observaba sentado tras una mesa grande y antigua.

Con unos ojos verdes curiosos, Nicholas la recorrió de arriba abajo sin perderla en ningún momento de vista. La joven de las fotos había sufrido una grata transformación en la persona de pie, inmóvil delante de él. Debía rondar el metro setenta, tenía un cuerpo bien proporcionado, unos ojos azules oscuros, preciosos, y unos labios apetecibles que lo dejaron durante unos segundos fuera de juego. No llevaba ni pizca de maquillaje en unas facciones suaves, perfectas, enmarcadas por un corte de cabello muy actual. Tuvo que alejar esos pensamientos un poco lascivos y concentrarse en el motivo de la reunión, además de recordarse a sí mismo los doce años que le llevaba.

—Siéntese, señorita Wolf. —Nicholas hizo un gesto con la mano para que ocupara una de las dos sillas frente a él. Con suavidad se quitó las gafas, con una montura elegante de carey, que dejó al lado del portátil. Ocultando su reacción, la miró serio, abrió una carpeta con varios documentos, que estudió concentrado unos minutos. Levantó la vista y empezó a hablar—. Según su currículum, tiene veintiocho años, es licenciada en Historia del Arte y Arqueología por la Universidad de Londres —dijo alternando los ojos entre ella y los papeles, ajeno al revuelo de ideas en Charlotte, que intentó echar mano a su templanza y afirmó con la cabeza medio ausente, dejándose

observar, también porque estaba dispersa analizándolo a él: unas facciones muy varoniles con la barba ocultándole parte del rostro, aunque creyó percibir una pequeña hendidura en la barbilla, unos ojos con un color verde imposible, nariz recta, y unos labios sensuales que le otorgaban más atractivo a tan corta distancia. Nicholas continuó con la entrevista en un tono neutro—. Se ha doctorado este año en Egiptología y tiene un máster del Tercer Periodo Intermedio. —Nicholas cruzó las manos y comentó relajado—. Como sabrá estoy trabajando en mi nueva novela. Me interesan sus conocimientos sobre la XXV dinastía; necesito que me facilite los datos que le vaya pidiendo o también los que usted considere oportunos

—¿Le puedo hacer una pregunta?

El señor Finch-Hutton entornó los ojos, ladeó un poco la cabeza y la apoyó en una mano con una pose inapropiada e impertinente, que junto a la mirada fija en ella consiguió molestarla.

—¿Qué quiere saber? Espero que no sea nada relacionado con mi vida privada.

Charlotte se sorprendió, frunció las cejas y amagó una sonrisa cínica, que él correspondió apretando los labios mientras la observaba divertido esperando oírla.

—Es raro que alguien investigue a esa dinastía, no son muy conocidos. ¿Qué le ha llevado a ello?

Al escuchar el tono profesional, Nicholas suavizó el gesto y volvió al correcto que había tenido desde que empezó la entrevista.

—Me interesan los faraones negros. La trama de mi historia se desarrollará en la época de Piankhi durante la construcción de las

pirámides de Meroe.

—¿Por qué los Kush? Será complicado encontrar información.

—¿Le asusta? —preguntó con altivez.

—No —respondió rápido—. Al contrario, me encanta. Es mi periodo favorito. Solo quería decirle que no será fácil. ¿De qué va la novela? —preguntó. Advirtió un sutil cambio en su rostro, quizás desconfianza, y añadió—: Si quiere contármelo, claro.

Nicholas dudó un instante, cogió otro documento de la mesa y se lo pasó con una pluma estilográfica plateada.

—Fírmelo, y le cuento lo que quiera.

Le ofreció el papel señalándole con la pluma dónde debía hacerlo. Charlotte leyó el acuerdo de confidencialidad y lo firmó de manera segura.

—La historia trata sobre la amistad entre el faraón Piankhi y el arquitecto que construyó la pirámide para su entierro. Cuando el faraón volvió de Egipto nunca más regresó y decidió hacer en Nubia algunos complejos funerarios como los que había visto en el imperio que acababa de conquistar. Podría haber alguna constancia de que ambos entablaran una amistad que durara hasta la muerte de Piankhi, y me gustaría profundizar en esa parte humana.

A pesar de su formación, Charlotte solo conocía a varios arquitectos que trabajaron con esa dinastía. Debería echar mano de los archivos de algunas universidades para poder ahondar más en el objeto de su investigación.

—Piankhi conquistó todo Egipto, pero no hay mucha información específica de los arquitectos que trabajaron bajo su

reinado. Tendré que ir a Oxford a documentarme. Supongo que en la Bodleian, el Magdalen o el Balliol encontraré lo que buscamos.

—Mejor el Balliol, estudié en él y tengo algunos amigos que le facilitarán las cosas.

—Muy bien, cuando usted pueda, avíselos y me paso a ver qué encuentro.

—He ido recopilando información, pero me atasco a partir de los años sesenta. Quería ver algunas construcciones de templos y soy incapaz de encontrar nada.

Charlotte agradeció esa humildad y sonrió condescendiente.

—Antes de que empezara la construcción de la Gran Presa de Asuán, los Gobiernos de Sudán y Egipto pidieron ayuda a la UNESCO para salvar un patrimonio que iba a quedar inundado. Lo dividieron en partes iguales y dejaron que los países implicados estudiaran sus concesiones. Desmantelaron piedra a piedra algunos templos y se los llevaron con la promesa de conservarlos y futuros permisos para nuevas excavaciones en el Bajo Egipto. —Charlotte hizo un gesto de pesar con los labios—. Hallaron una información muy valiosa, que por desgracia ha ido apareciendo a cuenta gotas, y Nubia no era tan atractiva como el Bajo Egipto.

—Me interesan los misterios.

—Y a mí —dijo contenta—. El Reinado Kushita se mantuvo más de mil años, no es ni de lejos de los más largos, y solo conocemos cuatro necrópolis reales: el Kurru en el norte y las tres de Meroe en el sur. Hay mucho desconocimiento y un vacio cultural de varios siglos. Ha elegido bien, tiene la intriga garantizada.

Durante unos minutos hablaron de historia y ninguno se sintió incómodo. Nicholas la escuchó concentrado mientras ella le explicó parte de sus conocimientos sobre los Kush, dándole la impresión de que realmente le apasionaban.

—Mañana empezamos. A las diez la esperaré todos los días aquí mismo. Detrás de la biblioteca hay una mesa con un ordenador. Yo suelo trabajar aquí. —Con una mano le mostró su mesa—. Haremos un guión en función de mis prioridades y según avancemos le iré solicitando datos.

—Estupendo.

—Le diré a la señora Lorne que le enseñe la casa del jardín. Está cerca de las caballerizas.

—Muy bien. —Charlotte afirmó con la cabeza y Nicholas mostró una leve sonrisa—. Gracias.

Se levantó y fue a la puerta con rapidez.

—Ayer la vi en el pueblo.

Charlotte estaba a punto de salir cuando la voz de Nicholas le llegó a su espalda, soltó con tranquilidad el pomo de la puerta y se giró. No esperaba encontrarlo ni tan cerca ni con un pantalón beige de montar a caballo que se ajustaba a sus muslos mostrando una firmeza rotunda y turbadora. Ella llevaba calzado plano y se encontró con los ojos clavados en una entrepierna masculina tragando saliva totalmente inmóvil. En cuanto reaccionó, lo miró a la cara y lo descubrió disimulando una sonrisa.

—Yo también lo vi a usted.

Nicholas avanzó unos pasos hasta quedarse a poca distancia.

El olor fresco del cabello de Charlotte penetró en sus fosas nasales, aspiró hondo para impregnarse a conciencia; le gustó mucho la sensación de calma que lo invadió.

—Llámeme Nicholas, por favor.

—Perfecto, a mí todos me llaman Charlie, aunque prefiero mi nombre.

—Entonces te llamaré Charlotte —dijo, sonriendo. Añadió—: ¿Te parece bien si te acompaño a la casa en vez de Maggie?

—Como quieras, no quiero interrumpirte.

—No te preocupes, es temprano, hasta dentro de un rato no suelo empezar.

Con una ligera reverencia, Nicholas la invitó a pasar delante de él y salieron de la biblioteca en un cómodo silencio.

La propiedad parecía grande, pero con los árboles era difícil hacer una apreciación contundente. A Charlotte la sobrecogió la bruma de la mañana nublada y la humedad que penetraba en su chaqueta veraniega. Por otro lado, reconoció que el campo mojado era precioso, con unas tonalidades verdes que se mezclaban con violetas y amarillos en porciones perfectas, llevándola a preguntarse cómo se conseguían; parecían perfiladas al milímetro.

—¿Te gusta esto? —preguntó Nicholas mientras andaban por un pequeño sendero bordeando la casa.

—Me encanta. Es una maravilla.

—¿Montas?

—Sí, aunque hace mucho tiempo que no lo hago —dijo con

una ligera sonrisa. Nicholas parecía agradable e intuyó que su imagen estaba distorsionada por la prensa—. Por lo que veo, tú sí.

—Sí, todos los días. Cuando has llegado acababa de volver. Suelo hacer unas millas, me relaja. Después nado un rato, desayuno y empiezo mi jornada.

—¿Dónde nadas? —preguntó curiosa.

—En una piscina climatizada que hay en la parte de atrás, cuando volvamos te la enseño, la puedes usar cuando quieras, excepto yo, nadie la usa.

En un corto paseo, llegaron a una casita pequeña sacada de algún cuento infantil con muchas jardineras llenas de flores y un tejado de paja muy llamativo.

—¿No calará verdad? —preguntó ella, mirándolo con recelo.

Cuando se volvió para escuchar la respuesta, lo encontró divertido negando con la cabeza.

—No. Tiene varias capas aislantes por debajo. Aquí de otra manera sería una locura ¿No crees?

—Desde luego —admitió Charlotte con humor.

La fina lluvia que empezaba a caer corroboraba la teoría de él. Entraron en el interior y ella echó un vistazo rápido a un salón con una mesa junto a una ventana, un sofá de tres plazas y una pequeña cocina con lo básico en un rincón.

—¿Puedo?

Charlotte pidió permiso para subir la estrecha escalera que había al fondo.

—Es tu casa. Te espero por aquí.

Nicholas la vio de espaldas y contempló un cuerpo esbelto con un estilo discreto y elegante que le sentaba muy bien. Además, por esas maneras suaves y tranquilas, pensó que podrían mantener una relación laboral muy enriquecedora para los dos si controlaba su mal carácter cuando las cosas le salían mal. Sería un placer poder aprender todo cuanto ella quisiera compartir con él sobre Egipto, una época que lo tenía fascinado.

Charlotte comprobó que el dormitorio y el baño seguían la tónica del resto de la vivienda: no muy grande, austera y limpia. No le daría más vueltas, no podía ser desagradecida; los honorarios que iba a recibir eran generosos y el alojamiento gratuito.

—Está muy bien —comentó Charlotte bajando al salón. Encontró a Nicholas apoyado en el respaldo del sofá con los tobillos y los brazos cruzados. Por el pantalón y las botas negras, le recordó a los nobles de siglos pasados y avivó su curiosidad—. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Si no es personal, sí.

—Entonces da igual —dijo avergonzada.

Nicholas frunció el ceño intrigado. Había observado que era reservada, y no debía ser muy íntimo lo que quisiera saber.

—Pregunta —dijo amable.

—Es una tontería sobre algo que he leído de ti —comentó Charlotte. La expresión de Nicholas cambió, pasó de la amabilidad a una suspicaz expectación, pero preguntó intrigada—. ¿No perteneces a la nobleza?

Al no tener que contestar alguna de las tonterías que se

decían sobre él, casi siempre provocadas por su exmujer —con quien mantenía una relación inestable, además de ser adicta a salir en la prensa— aliviado, Nicholas esbozó una sonrisa sincera.

—Sí. Mi padre es el VII duque de Salisbury.

—No estaba segura. No he querido molestarte. Es un pueblo precioso y la Catedral también.

—Sí, es bonito. Un día de estos, si las cosas nos van bien y tenemos tiempo, podemos ir.

—Perfecto. Me encanta el Gótico. Ayer disfruté como una loca dentro de la catedral de aquí, qué preciosidad. Después me perdí en el cementerio que hay detrás del claustro, realmente pasé un rato muy enriquecedor y relajante.

Charlotte entusiasmada le explicó durante unos minutos esa visita, ajena a los pensamientos de Nicholas, que sonreía escuchándola. Le estaba gustando la señorita Wolf; le atraían las mujeres con las que poder hablar y compartir sus mismos gustos. Por desgracia, no lo pensó cuando se casó con Amanda. Apareció ese fugaz recuerdo y como siempre se esfumó su tranquilidad mental.

—¡Nick!

Se oyó una voz masculina grave e impaciente.

—Vamos, Charlotte, te presentaré a mi hermano.

Salieron y se aproximó a ellos un hombre alto, con una apariencia atlética y unos ojos parecidos a los de Nicholas. Tenía el pelo castaño muy corto, una sonrisa alegre y la nariz un poco larga; le aportaba distinción a una imagen informal sin afeitar, con vaqueros, una americana marrón con coderas, y unas deportivas negras de lona.

En conjunto, otro miembro atractivo de la familia Finch-Hutton. Si Nicholas apabulló a Charlotte por una masculinidad contundente, su hermano le resultó afable, invitaba a la confianza.

—Hola, soy Tristam —dijo amigable, extendió la mano y preguntó—. ¿Eres la nueva ayudante?

—Sí. —Sonrió aceptando su saludo—. Charlotte Wolf, encantada.

—Lo mismo digo. —Se volvió hacia su hermano—. Tenemos que hablar.

—Charlotte, hemos terminado —dijo Nicholas—. Te espero mañana a las diez.

—Estupendo, hasta luego.

Charlotte entró en su nueva casa y empezó a organizarse, mientras ellos se alejaron por el camino.

—¿Cómo estás? —preguntó Tristam.

—Bien, ¿y tú? —Nicholas colocó un brazo en su hombro—. No te esperaba.

—Tengo un problemilla.

Nicholas vio en él una mirada arrepentida y presintió que otra vez necesitaría algún préstamo monetario. Al pellizco de Amanda en su economía, en los dos últimos años tenía que añadir las cantidades sistemáticas prestadas a su hermano, a fondo perdido.

—¿Cuánto? —preguntó sin rodeos, con voz dura.

Estaba harto de sus malas inversiones en vez de dedicarse a ejercer su carrera.

—Diez mil.

—Joder, Tristam. Hace menos de tres meses te presté otros diez mil. ¿Crees que soy un banco?

—Lo sé. Te prometo que esta es la última vez.

—Sí, como siempre. Pídeselo a papá, dame un respiro. Entre tú y Amanda me estáis sangrando.

—No exageres —dijo con un mohín irónico—. Y sabes que papá no me da ni la hora.

—Ya, pues yo voy a empezar también a no dártela —comentó serio. Con su edad, llevaba muchos años ganándose la vida sin recurrir al patrimonio familiar. Sus inversiones le proporcionaban unos ingresos considerables y las ventas de sus libros, gracias al último premio, se impulsaron calmando a su editorial, hasta el punto de dejarle carta blanca en su nuevo proyecto y un plazo bastante amplio para presentarles un borrador—. Vas a tener que acudir a Gordon.

—No puedo, para ciertas cosas es peor que papá. Por favor, si no pago antes del miércoles me embargan la casa de Amesbury.

—¿Cómo? —exclamó Nicholas indignado.

Tristam había sobrepasado su límite.

—Era preferible al apartamento de Londres.

—No tienes ni idea. Esa casa ha sido nuestra desde hace varios siglos, ¿cuántos años tiene tu querido apartamento? Eres un caso. Si papá se entera, te mata. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Me lo vas a prestar o no?

—¿En qué estás metido?

—Le debo dinero a alguien. En cuanto le pague, te juro que es la última vez que recurro a ti.

—Te lo advierto, esta vez sí es la última. Se acabó, Tristam, si no eres capaz de salir de tus propios agujeros, no voy a ser yo quien esté siempre sacándote.

Se estudiaron durante un largo momento. Tristam conocía muy bien a su hermano mayor; lo había aprendido casi todo de él, claramente, no la forma de gestionar los negocios y el patrimonio. La expresión furiosa e intransigente indicaba que había tomado una decisión, y Nicholas Finch-Hutton había heredado la obstinación de su padre; eso lo sabía Tristam; sin dudas.

—Te lo prometo.

—No te entiendo, de verdad, en vez de estar perdiendo el tiempo en negocios absurdos en los que no tienes experiencia y siempre te rodean buitres, ¿por qué no te dedicas a lo tuyo?

—Lo voy a hacer. Tengo un proyecto para unos clientes de papá. Si les gusta mi propuesta, empezaré desde casa.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Muy en serio.

Confiando en su palabra, Nicholas le dio una sentida palmada en el hombro.

—Anda, acompáñame. Te haré un cheque.

—Gracias hermanito.

—Déjate de peloteos y procura espabilar.

Más tarde, Charlotte lo tenía todo acomodado en su nueva casa y decidió dar una vuelta por la finca antes de que oscureciera. Observó cerca de la entrada, al lado de su coche, un Porsche rojo y

supuso que era de Tristam, aunque no lo había visto con él. Salió al camino bordeado por el muro y respiró el aire fresco mezclado con la suave y penetrante fragancia que desprendía la tierra mojada tras la lluvia; uno de sus olores favoritos. No se había alejado mucho cuando escuchó rugir un motor que deceleró al aproximarse a ella.

—Pronto se hará de noche —dijo en tono cordial Tristam.

Se acercó a la ventanilla con una tímida sonrisa e inclinó la cabeza hacia abajo para facilitar el contacto visual.

—Lo sé, pero quería dar un paseo. ¿Ya te vas?

—Sí. Vuelvo a Londres, pero el próximo viernes seguramente vendré a la cena.

Charlotte no supo de qué hablaba, afirmó con la cabeza y le siguió la corriente:

—Entonces supongo que nos veremos.

Mientras permanecía inclinada, volvió a escucharse otro vehículo acercándose y se percató de que era Nicholas con un descapotable negro antiguo, muy llamativo.

—Me voy, si no mi hermano dentro de medio segundo va a… —Tristam no llegó a completar la frase cuando se oyó un pitido—. Lo sabía —dijo con una breve sonrisa—. Nos vemos, Charlotte.

—Hasta luego.

Desde su punto de observación, Nicholas estaba impacientándose por las atenciones de Tristam a su ayudante; le molestó y deseó pospusieran la conversación para otro día; uno en el que él no estuviese presente. Se consoló pensando que hasta el próximo viernes no tendrían más intromisiones por parte de Tristam.

Lo había invitado a una cena formal, que a él no le apetecía, con un productor que meses atrás compró los derechos de una de sus novelas porque su hermano era especialista en relaciones sociales; algo que él detestaba. Lo amargaba de forma poderosa mantener conversaciones intranscendentes y triviales con personas que, con seguridad, vería muy poco en su vida. Intentaría sobrellevarlo lo mejor posible si conseguía que la señorita Wolf dejara de entrometerse en su mente, cosa que no había podido evitar en las últimas horas.

Pasó por su lado y movió ligeramente la cabeza, igual que ella hizo. Sonriendo mientras se alejaba, Nicholas la miró de reojo por el retrovisor. «Guapa e inteligente», un pensamiento y una combinación tan peligrosa como apetecible.

CAPÍTULO II

Wells, Inglaterra
6/9/2010

Después de un primer fin de semana en la campiña inglesa donde Charlotte no aprovechó las excelencias que rodeaban la vida del escritor, ya que se dedicó a buscar datos para él, el lunes entró en la biblioteca dispuesta a seguir indagando con entusiasmo.

—Buenos días.

Charlotte sonrió con timidez al pasar por delante de la mesa. Observó a Nicholas teclear de repente con soltura en el ordenador, aunque desvió unos segundos los ojos hacia ella. No supo que trajo un frescor relajante que llenó la habitación e inspiró su cerebro bloqueado; empezaron a acudir las palabras que buscaba sin esfuerzo.

Pensando en los modales poco educados del escritor, Charlotte no escuchó ningún saludo, se dirigió a su mesa de trabajo situada entre un ventanal precioso y una estantería llena de libros muy usados. Se sentó advirtiendo que podían verse mientras ella permanecía oculta del resto de la habitación, encontró un *post-it* pegado en la pantalla del portátil con la clave de acceso: «*The Pharaoh*». Sonrió por lo pretencioso del nombre, pero, sin darle más importancia, lo puso en marcha y empezó abriendo el correo electrónico. Comprobó que se le acumulaba la publicidad con los mensajes de Nigel, a los que ni siquiera dio la oportunidad de la

lectura; no le interesaban lo más mínimo.

Mientras, Nicholas, que cuando llegó apenas se fijó en la señorita Wolf, se concentró en ella, vestida con unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca, y se distrajo de la conversación que pretendía mantener.

—Charlotte, ¿puedes venir?, por favor.

—Claro.

Ignorante del creciente interés de Nicholas, se acercó a la mesa y se sentó frente a él, en la silla que le señaló con la mano.

En cuanto reaccionó Nicholas, como saliendo de un trance, pestañeó varias veces y, con una sonrisa leve, habló:

—Lo siento, no podía parar. Buenos días.

—No te preocupes. ¿Necesitas algo en concreto?

—Sí, de eso quería que hablásemos. Busca información sobre los procesos constructivos utilizados en el reinado. Me interesa saber si se importaron tal y como se habían realizado las pirámides en Egipto o si encontraron o inventaron otras técnicas.

—De acuerdo. ¿Busco también arquitectos?

—Sí. También quiero saber por qué se conformaron con pirámides tan pequeñas en su época de máximo esplendor. ¿Qué sabes del hecho de los descubrimientos de las marcas de construcción que han encontrado hace poco?

—Indican la longitud del eje que hicieron los trabajadores durante la construcción, eran guías para ayudarse y controlar las alineaciones.

—Quiero ese tipo de cosas, los detalles que te hacen ser

creíble. A ver si conseguimos encontrar a alguno de los arquitectos. Me gustaría, también, ver planos.

—De esa época apenas hay información. Creo que sería bueno empezar yendo a Oxford. Recopilo toda la información que pueda y te la traigo.

—¿Has desayunado? —preguntó Nicholas con interés.

—Sí, claro —respondió Charlotte sorprendida por el cambio de rumbo de la conversación.

—Coge tus cosas —dijo, levantándose de la mesa—. Nos vamos a Oxford.

Llegaron antes de la hora del almuerzo y les dejaron usar la Biblioteca del Balliol sin impedimentos. El edificio era una muestra muy típica de arquitectura medieval rodeando un patio central. Lo más interesante para ellos eran los volúmenes tan antiguos que guardaba.

Tras un rato ojeando varios libros de Reisner y otros egiptólogos de principios del siglo pasado, decidieron cruzar la calle y mirar en la Bodleian.

El fervor de los turistas, que extasiados contemplaban la impresionante fachada del edificio, contrastaba con el ambiente silencioso y sereno de los usuarios en el interior. El pasillo central, con una bóveda recubierta en madera, era una maravilla. Los dos no reprimieron las sonrisas cómplices al sentir la magnitud de los millones de ejemplares que pacientes aguardaban en las innumerables estanterías situadas en dos niveles.

—Siempre que vengo me pasa igual —reconoció Nicholas en un susurro.

—Para mí es la tercera vez, pero es imposible no sentirse un poco acongojada.

—Sígueme.

Decidido, Nicholas la guió hasta una de las librerías, la sección de Egipto y, sin más palabras, cada uno cogió varios ejemplares. Se sentaron en una de las mesas y anotaron los datos que necesitaban. Luego, Charlotte pidió copias de varios planos de Meroe, realizados según los pocos hallazgos que habían encontrado en el desierto de Sudán.

—¿Sabías que a Piankhi lo enterraron con sus cuatro caballos? —susurró ella.

Observó a Nicholas con una mirada intensa que lo dejó hipnotizado.

—No —respondió—. Lo tendré en cuenta para mi funeral.

—¿Cuántos caballos tienes? —susurró.

—Ocho.

—Entonces te da para dos —añadió divertida.

Nicholas la analizó con curiosidad, no la había visto bromear antes. En su casa mostró un poco de excitación al subirse en el coche, pero al momento se limitó a mirar el paisaje, sin incomodarle el silencio en el que realizaron el trayecto. Se mostraba correcta y un poco distante. Llevaba un rato muy relajada y quiso continuar conociendo esa faceta de ella.

—¿Te apetece tomar una cerveza? Hay un sitio aquí al lado,

exclusivo para los que realmente conocen la ciudad.

—Te advierto que he venido varias veces —comentó incrédula.

—Este seguro que no lo conoces.

Al salir, el ambiente se había calmado y tras bajar la pequeña escalera para salir del recinto, cruzaron la calle hacia una más pequeña con un arco entre dos edificios y un frontal donde dos ángeles sostenían un escudo de armas. A pocos metros, un callejón ridículo, de menos de sesenta centímetros de ancho, con una placa metálica indicando la dirección de la taberna.

—¿Por aquí? —preguntó Charlotte sorprendida.

—¿A que no habías venido?

—No.

Nicholas sonrió satisfecho y puso la mano bajo la espalda de Charlotte, apremiándola a continuar. De ahí pasaron a otro callejón un poco más ancho y empezaron a escuchar un murmullo de voces.

Se detuvieron antes de acceder a una pequeña terraza con bancos de madera y grupos de personas bebiendo cerveza y charlando animadamente. El edificio, aparte de ser peculiar, era encantador. El interior aún lo fue más para los ojos maravillados de Charlotte: varios surtidores de cerveza antiguos que los camareros bombeaban con fuerza, un techo muy bajo que transformó a Nicholas en un gigante con la cabeza un poco inclinada, y un ambiente agradable lleno de risas que la alegró al momento.

—Es precioso. Me gusta.

—Me alegro. Pedimos y si quieres buscamos algún hueco

fuera.

Asintió contenta con una sonrisa que él respondió divertido. Después de pasar varios minutos eligiendo la cerveza que quería probar, Charlotte se dejó aconsejar por Nicholas y pidieron dos pintas de IPA. Se acomodaron en una mesa con un grupo de chicos y chicas, que distraídos no notaron su presencia. Charlotte vio las firmas de los personajes ilustres que decoraban una pizarra en una de las paredes de la terraza y un letrero en el que leyó: «*Si has estado antes en Oxford, sin visitar The Turf, entonces realmente no has visitado Oxford*». Sonrió encantada y sacó el móvil del bolso.

—¿Me haces una foto?

Uno de los chicos que compartía mesa con ellos, los observó atento cuando Nicholas cogió el teléfono y la enfocó con el cartel en la espalda.

—¿Queréis que os haga una juntos? —preguntó amable.

—Sí, claro —dijo Charlotte.

Nicholas se acercó a ella, sus hombros se rozaron y los dos sonrieron. El chico hizo la foto y miró al escritor de manera suspicaz, al momento su mente lo reconoció.

—¿No eres Finch-Hutton? —preguntó mientras le devolvía el móvil a Charlotte.

—Sí —respondió serio.

La tarde tranquila que pensaba pasar se iría al traste si se corría la voz.

—¿Te puedo hacer una foto?

La expresión de Nicholas cambió al oír la petición, sonrió por

no ser maleducado a la vez que negó levemente con la cabeza. Se puso de pie, cogió la jarra y con una mirada rápida instó a Charlotte.

—Hoy no.

—Hasta luego —dijo incómoda, levantándose.

—Hasta luego —replicó el chico nervioso—. Disculpa si te he molestado.

—No te preocupes, hasta luego.

Dentro había varios salones y escogieron una de las mesas más apartadas, donde Nicholas esperaba que, con un poco de suerte, no desfilaran delante de ellos los amigos del chaval. Normalmente, siempre le pasaba lo mismo, en cuanto la gente lo identificaba —de manera disimulada— empezaban a observarlo y lo incomodaban hasta el punto de haber reducido sus salidas a sitios públicos al mínimo. Mientras Amanda diera entrevistas y ganase dinero hablando de él, su rostro era reconocible con facilidad.

—¿Te pasa a menudo? —preguntó Charlotte cuando la camarera se fue con el pedido.

—A veces. Esperaba que aquí nadie se fijara. Pero ya ves, no ha sido así.

—Te agobia, ¿verdad?

—Mucho. No lo soporto.

—Me ha gustado tu *college*. Debió ser una experiencia fantástica.

Nicholas agradeció el cambio de tema y suavizó su expresión.

—Sí, fueron unos años increíbles. ¿Cómo es la Universidad de Londres?

—No está mal. Para mí lo mejor fue el profesorado. Gracias a ellos consiguieron atraparme.

—Si el maestro enseña con pasión, amando su trabajo, te lo transmite.

—Sin duda, totalmente de acuerdo.

—En la editorial me dijeron que hablaron con tu profesor. ¿Fue él?

—Sí —reconoció sonriendo—. No tenía clara la especialidad. Me gusta la investigación y, por mi curiosidad, Eric me aconsejó Egipto, le hice caso y descubrí mi gran amor.

Escuchándola Nicholas se preguntó si en su vida habría alguien aparte del arte. Prefirió seguir con la incógnita a pesar del insistente machaque al que lo estaba sometiendo su cabeza.

—¿Cómo supiste que querías ser escritor? —preguntó Charlotte.

—Casi no me acuerdo. —Encogió los hombros y añadió—: Supongo que cuando me decidí aún no habías nacido.

—Pues a no ser que te decidieras de bebé, sí había nacido. No eres tan mayor. —Intuyó que estaba un poco preocupado por la edad —. ¿Cuántos años tienes?

—Cumplí cuarenta hace un mes.

—Entonces sí —comentó seria, al instante se abrió paso en su cara una risa alegre y añadió—: Eres un señor viejo muy mayor.

Nicholas arqueó las cejas sonriéndole, aunque su conversación la interrumpió la camarera con una bandeja llena de hamburguesas pequeñas, según él, la especialidad de la casa desde

siempre.

—Está deliciosa —comentó Charlotte, probando una con apetito.

—¿Te gusta?

—Sí —admitió, saboreando la carne.

—Espera.

Limpió con la yema de los dedos un resto de salsa en la comisura de sus labios.

—Gracias —dijo sin querer dar importancia al gesto.

Nicholas sintió una intimidad paralizante e intentó retomar la conversación.

—¿Desde cuándo no montas?

—Desde hace un montón de años. Más de diez. Desde que vivo en Londres.

—¿De dónde eres?

—De Henfield, mis padres viven allí, está cerca de Brighton.

—Lo conozco. Con el club de automovilismo paso de vez en cuando.

—¿Con el coche antiguo?

—¿El Maserati?

Charlotte hizo un gesto de indiferencia con los labios. No se fijó en la marca del vehículo.

—Cuando volvamos te enseño los coches —dijo Nicholas.

—¿Tienes muchos?

—Antiguos, dos. ¿Te interesan los coches de colección?

—No lo sé. Nunca me lo había planteado. Me interesa la

estética, pero no es algo que me llame mucho la atención. Prefiero que me enseñes los caballos.

—Sin problema. Si quieres te dejo a una de las yeguas para que retomes la equitación.

Le hacía ilusión compartir con ella otra de sus aficiones.

—Cuando la conozca, te lo digo.

A Charlotte le gustaba montar, pero no lo echaba de menos. Dejó esa afición hace años, cuando se apoderó de ella la arqueología, para satisfacción de sus padres y de su economía también.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Nicholas.

—No, por desgracia para mí. ¿Cómo te llevas con los tuyos?

—Bien; aunque ten en cuenta que Tristam es diez años más joven que yo, y Victoria casi veinte. Estamos igual, yo tampoco tuve compañeros cuando fui niño.

—Ya, pero ahora sí tienes esa compañía, yo sigo sola.

El matiz triste en la voz de Charlotte dejó a Nicholas pensativo.

—¿Te sientes sola?

—A veces. Me habría gustado no estar siempre sola con mis padres. Te parecerá extraño, pero es demasiada responsabilidad ser hijo único.

—No sé qué decirte. Cuando nació Tristam para mí fue como tener un juguete. En cambio, cuando nació Victoria, él se enceló y, a veces, pienso que todavía hoy siente celos de ella.

—¿Sí? —preguntó frunciendo el ceño—. No me ha dado esa impresión Tristam.

—Porque no lo conoces.

—¿Dónde está tu hermana?

—En Suiza, haciendo un máster. Vendrá en Navidad, supongo que la conocerás.

—¿Cuándo tienes que entregar la novela?

—En diciembre. Intentaré tenerla lista antes de las fiestas.

Dieron buena cuenta de sus platos, hablaron con comodidad, pasó el tiempo y con él se descubrían admirados, entretenidos, solo ellos forjando un vínculo más íntimo compartiendo ilusiones y pensamientos.

Más tarde, pasearon por el centro de la ciudad hasta el aparcamiento. El viejo cementerio que había quedado de glorieta regulando el tráfico, otra vez captó a Charlotte, que se detuvo para fotografiar unas lápidas de piedra ladeadas por los años y levantadas de la tierra por algunas partes, mientras, Nicholas esperó paciente viéndola enfocar a través de la verja. A continuación, llegaron al coche y salieron de Oxford.

—Veo que te gusta la música clásica —dijo Charlotte, buscando entre varios CD.

—Sí. A veces toco el piano.

—Espero verte algún día.

—Algún día.

Nicholas no se atrevió a seguir, pensando en lo que realmente le gustaría ver de ella. Se concentró en la carretera y trató de ignorarlo, pese a que su imaginación la desnudaba cada dos por tres, provocándolo con una intensidad perturbadora, al mismo nivel que su

timidez lo cohibía de forma apabullante.

Durante los siguientes días, avanzó la novela con la información que Charlotte de forma precisa le suministró. Encontraron a un arquitecto que pudo ser el que llevaba algún tiempo buscando. Estaban casi convencidos de que intervino como mínimo en el diseño de la pirámide del faraón por ciertas similitudes en otras construcciones que sugerían un sello particular, aunque algunas fechas no coincidían.

Nicholas admitió la sugerencia de Charlotte para reunirse en Londres con el director de la colección de Egipto, su próximo jefe, con el fin de aclarar esos datos cronológicos contradictorios para los que no tenía respuesta.

Después de un desayuno ligero, Charlotte guardó en una mochila gris toda la documentación que repasó por la noche a conciencia, se puso el impermeable y salió al camino hacia la otra casa.

Tocó una vez al timbre sintiendo la humedad de la mañana que le calaba los huesos, escuchó los pasos de Maggie y de pronto vio su sonrisa alegre.

—Buenos días, Charlie.

—Hola, vengo helada.

Sonrió escuchando el uso cariñoso de su diminutivo.

—Tómate un té calentito antes de empezar, lo acabo de hacer.

Charlotte entró rápido, se quitó el impermeable y lo colocó en

el perchero.

—¿Nicholas está en la biblioteca?

—Sí, desayunó hace un rato.

—Entonces dejaré el té.

—Si quieres, te lo llevo más tarde.

—No. Mejor salgo y me lo tomo contigo en la cocina.

Charlotte llamó con los nudillos en la puerta de la biblioteca, oía el teclado del ordenador y una suave melodía clásica.

—Adelante —dijo Nicholas. No le hizo falta verla para saber que era ella. La forma de tocar era única, la sutileza al abrir también, y el olor que acompañaba su aparición, el que más le satisfacía; el que esperaba impaciente a diario; aunque no fue capaz al verla de mostrar ningún sentimiento. Se colocó la máscara fría, su mejor salvavidas para no ahogarse en el océano profundo de unos ojos demasiado turbadores—. Buenos días.

—Buenos días —saludó sonriendo con un poco de timidez. No se acostumbraba a aquella mirada penetrante que parecía desnudarla. Se sentó en su sitio habitual, empezó a sacar documentos de una carpeta, que distribuyó encima de la mesa, y cogió un lápiz—. Me gustaría comentarte algo.

—De acuerdo.

—Es sobre la técnica de construcción. Creo que si lo extrapolamos a Nubia te puedes hacer una idea de cómo construyeron el complejo funerario de Meroe. La mayoría de estudios solo han tratado de las grandes pirámides del Egipto esplendoroso, las nuestras son de casi dos mil años después. Si estas técnicas son las que usaron

en Egipto, podemos suponer que en Nubia sus conocimientos, herramientas y procesos debían haber mejorado notablemente —dijo razonable elevando un poco las cejas. Nicholas la escuchaba atento, admiraba sobre todo su inteligencia; cogió el cuaderno, volvió a colocarse las elegantes gafas y empezó a escribir rápido. Charlotte prosiguió—. Según este arquitecto, no solo se sirvieron de rampas exteriores para elevar las toneladas de piedra, sino que crearon una rampa en espiral con poca pendiente en el interior, es más factible que la exterior.

—Pero casi todo el mundo da por hecho que con la exterior habría bastado.

—No estoy tan segura. —Hizo una mueca desaprobatoria con los labios—. Una exterior habría consumido más piedra que las propias pirámides, sin contar el trabajo de construcción y desmantelamiento. Es una barbaridad. Ten en cuenta que las más grandes las hicieron en apenas veinte años.

—¿Qué más?

—Como te he dicho, la rampa interior tenía forma de espiral. Construían rellanos desmontables para poder girar las piedras en las vueltas de la espiral y, desde ahí, subían los trineos de madera con un sistema de grúas. Así afrontaban cada tramo hasta ir cubriéndolos todos. Esta teoría no resuelve los remates finales ni los vértices, pero para Meroe quizás sirva; es la más compleja y avanzada; sin embargo, no me convence, la que me gusta es más simple e ingeniosa.

—Vamos —apremió tomando notas—. Sigue.

—Según otra, primero construyeron una pirámide escalonada

subiendo los bloques con rampas de arena. Después, dividían esos escalones en tres partes iguales y el último superior de cada nivel lo desplazaban mediante gravedad al inmediato inferior siguiendo un esquema fractal. Cuando terminaban tenían una pirámide con un reparto equitativo de escalones mucho más pequeños, sin artefactos extraños o inverosímiles, siempre utilizando la gravedad. ¿Qué te parece? Usa lo que quieras.

—Las dos son interesantes. —Con curiosidad, Nicholas preguntó—. A ti te gusta más la segunda ¿verdad?

—Bueno —admitió dudosa—. Creo que por la forma de construir sus monumentos no debían usar técnicas muy enrevesadas. Tengo otra, mi favorita, pero necesito analizarla mejor, de todas las que he visto es la más acertada y la que creo se acerca más al proceso constructivo que utilizaron. Es casi una mezcla de las que te he contado, aunque más fiable. Solo tenemos hipótesis y cada especialista se ha quedado con la que más le convencía. La semana que viene te lo explicaré, antes debo consultar algunos libros.

—¿Sabes algo más sobre los trabajadores o el sistema de organización que tenían?

—Debían ser entorno a diez en cada grupo. Cuando acababan de subir un bloque volvían por una galería exterior sin entorpecer al resto. Teóricamente, en menos de un minuto cada bloque recorría un tramo, si no, es imposible realizarlo en veinte años.

—Las de Meroe son más pequeñas, ¿crees que usaron alguno de esos sistemas?

—No estoy segura y me gustaría analizarlo mejor.

—¿Tenían las mismas piedras en Egipto y Nubia?

—Las pirámides las hicieron de caliza, arenisca, granito y alabastro. En Nubia disponían de caliza y arenisca, por eso el granito y alabastro solo se utilizó en Egipto y han perdurado más. Ya viste las fotos actuales de Meroe, por mucho que el Gobierno de Sudán quiera fomentar el turismo, si no las restauran todas, nunca van a conseguir la afluencia que tienen sus vecinos.

—¿Tienen planes para hacerlo?

—Por ahora solo están haciendo la conservación en la de Piankhi. Hay un equipo belga realizando planos geotécnicos de la inmensa parte que está enterrada por el desierto.

—¿Te gustaría volver a una excavación?

La sonrisa de Charlotte le ocupó el rostro entero.

—¿Te gustaría un Pulitzer?

—¿Qué es eso? —preguntó Nicholas riendo.

—Lo que nunca tendrás si dejas de escribir.

—Aunque siga escribiendo tampoco, soy realista.

—Nunca se sabe, cosas más raras se han visto —dijo contenta recogiendo los papeles de la mesa—. Voy seguir investigando.

El viernes por la tarde Charlotte regresó a la casa del escritor, sin cambiarse los vaqueros y la camiseta blanca; se estaban convirtiendo en su uniforme diario al advertir que mientras trabajaba, Nicholas también olvidaba su apariencia. Solía vestir informal, aunque tenía un punto clásico que no perdía. Charlotte pensó que era la elegancia de una actitud, nada que ver con la ropa.

Nada más entrar, el sonido de una melodía conocida llamó su atención. Solo el piano y la voz baja de Nicholas cantando *Gravity* de Coldplay. Al acercarse, la puerta acristalada le permitió contemplarlo absolutamente perdido, sintiendo la música con los ojos cerrados, el cuello inclinado hacia delante y un suave movimiento en la espalda. Sin hacer ruido, descorrió las hojas, entró en el salón y se apoyó en la pared con una ligera sonrisa, mezcla de admiración y una grata sorpresa.

En cuanto terminó, Nicholas necesitó un momento para abrir los ojos.

—Hola —susurró Charlotte.

Nicholas escuchó esa voz sensual y tuvo que cerrarlos otra vez para girarse y enfrentarse a la causante de su estado de ánimo frustrado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó más brusco de lo que pretendía.

—Lo siento —dijo Charlotte cortada—. Me voy.

—Perdona. —Nicholas la miró y esbozó una sonrisa, tratando de disimular la tortura que le suponía tenerla delante—. No quería decirlo así. ¿Te hace falta algo?

—No —respondió molesta. La estaba examinando demasiado lento, con esos ojos penetrantes, que casi se confundían con los campos de alrededor, clavados en sus pechos—. He venido a decirte que mañana me iré a Londres.

—Muy bien, nos vemos el lunes —dijo Nicholas, sin añadir nada sobre la cena.

—De acuerdo, que pases un buen fin de semana.

—Tú igual.

Salió y lo dejó con Beethoven. Nicholas se avergonzó cuando lo escuchó cantar, era demasiado mayor para andar con esas tonterías, el embarazo aún lo tenía conmocionado. No sabía por qué había elegido esa canción, le salió espontánea y le regaló unos minutos que lo desconectaron del mundo.

Luego, Charlotte se preparó un sándwich y se sentó tranquila en el sofá. Leyó algunos artículos sobre las últimas excavaciones en las pirámides de Meroe, examinó varios planos y durante un rato comparó la simpleza de esas construcciones con las monumentales de sus vecinos egipcios.

Escuchó el sonido de varios vehículos y supuso que la cena estaba teniendo lugar. Más tarde, las voces animadas de varias personas activaron su curiosidad y se asomó a la ventana. No había ningún tipo de iluminación, solo vio el camino que la conectaba con la casa y a Nicholas. Venía riendo con una copa en la mano. Charlotte se sorprendió por la manera exagerada de gesticular y el tono elevado de su voz, insinuaban un exceso de alcohol considerable. Vestía un traje azul oscuro con el cuello de la camisa blanca desabrochado, le colgaba la corbata desanudada y no parecía incómodo. A su lado, su exmujer se reía de algo que él acababa de decir y se cogió a su brazo con intimidad. Según las últimas noticias sobre la pareja, su relación era más bien problemática; sin embargo, era la segunda vez que los veía sin aparentar ningún tipo de hostilidad. Se planteó que siguieran

acostándose; no era tan raro. Charlotte pensó que era absurdo mantener cualquier relación con tu expareja, incluso masoquista, si como le pasaba a él, esta se dedica a contar intimidades por dinero, pero no todos debían compartir esa opinión. Con incomprensión dejó la observación y siguió con la lectura. Al día siguiente iría a Londres, visitaría dos apartamentos y también saldría con sus amigas, como solían hacer cuando estaban todas en la ciudad.

A Nicholas no le importó acompañar a Amanda al establo, donde se había empeñado en ir. Él durante la cena fue el más ferviente consumidor de su propia bodega, dejándoles la conversación a su hermano y a ella, que hasta el momento estaba siendo correcta. La invitó forzado para descargar un poco a Tristam, ya que su madre a última hora declinó asistir por otro compromiso.

—¿Cómo te va con la nueva? —preguntó Amanda.

—Muy bien.

—Tristam dice que es muy guapa.

Amanda lo miró con una media sonrisa incitándolo a hablarle de Charlotte.

—Si él lo dice, lo será —comentó indiferente.

Ante el temor a descubrirse si la nombraba, prefirió seguir reservándose la opinión sobre su ayudante.

—¿No te has fijado? Me extraña, Nick.

—Aunque no lo creas, trabajo —dijo molesto—. Ella me ayuda y no perdemos el tiempo con tonterías.

—Claro, claro.

—Piensa lo que quieras.

—La semana que viene tenemos que ir al despacho de Jason —comentó Amanda al entrar en las cuadras.

—¿Por qué?

El buen ambiente se estaba esfumando, Amanda iba a tratar de sacarle algo a cambio de una disposición encantadora con sus invitados; algunas cosas siempre eran lo mismo.

—He vendido uno de los cuadros del piso, hace falta que firmes los papeles.

—Esos cuadros son míos, no los puedes vender.

—Por eso necesito que firmes, querido —comentó con una sonrisa cándida.

—Eres increíble —dijo negando con la cabeza—. Te lo advertí la última vez. No voy a darte ni una libra más, sigo esperando que me devuelvas las joyas y ya le puedes decir al imbécil de Jason que cancele la operación.

—No te enfades —comentó, alzando la mano para tocarle la cara.

Nicholas le detuvo el brazo impidiendo que lo rozara.

—No lo intentes —dijo muy serio con los ojos entrecerrados.

—Tú te lo pierdes, me voy.

Le dedicó una sonrisa cínica y se marchó. Nicholas apuró el brandy de su copa frente a los cubiles de los caballos, unos minutos más tarde, regresó dando un paseo. Al pasar frente a la casita de invitados, la luz de la ventana lo atrapó y se vio llamando a la puerta.

En el interior, medio adormilada en el sofá, Charlotte se

levantó y abrió extrañada.

—¿Qué haces aquí?

Nicholas tenía las manos en los bolsillos intentando sosegar el creciente nerviosismo que se estaba apoderando de él. Había sido un error acercarse, algo inconsciente, ayudado sin contemplaciones por el alcohol.

—Ho-la. He pasado y he visto luz. ¿Te he despertado?

—Casi. Me estaba durmiendo leyendo. ¿Qué tal la cena?

—Bien.

La conversación en la puerta indicó a Nicholas que quizás la estaba molestando. Charlotte solo llevaba una camiseta y por primera vez le veía las piernas, su mejor opción era retirarse si no quería arder en el infierno al que ella lo mandase.

—Me voy —dijo agobiado—. No sé por qué he venido.

Charlotte sonrió y apartó el cuerpo de la entrada.

—¿Quieres pasar? Puedo hacer café.

—¿Crees que necesito café?

—¿No? —Inclinó la cabeza y le dio un buen repaso—. ¿Quieres o no?

—¿Quieres tú?

Ese tono grave sorprendió a Charlotte con una intensidad desconcertante, percibió el matiz sexual y el cambio en sus ojos. Sonrió, asumiendo la posibilidad de que ciertas cosas que había leído sobre él fueran verdad, pero aun así mantuvo el ofrecimiento; no le daría pie a situaciones confusas.

—Pasa antes de que me arrepienta —comentó, haciéndole

una pequeña reverencia con la mano a la que él respondió con una sonrisa alegre—. Siéntate, tardo un momento.

Nicholas dejó la chaqueta en el respaldo de una silla, se sentó en el sofá y se entretuvo ojeando los artículos que tenía dispersos por varios sitios mientras la escuchó en la cocina. Los dejó apilados en el centro de la mesa, demasiado nervioso para centrarse en ellos. En pocos minutos Charlotte regresó con dos tazas y un azucarero en una bandeja.

—Toma, no tiene nada. —Le entregó una taza de café recién hecho—. Ahí tienes el azúcar.

—Gracias —dijo cogiéndola con una ligera sonrisa. Se sirvió dos cucharitas de azúcar, lo movió sin hacer ningún ruido y se llevó la taza a los labios—. Muy bueno.

Charlotte se sentó a su lado y la camiseta dejó casi todas sus piernas al desnudo, le pareció que Nicholas no se dio cuenta y no le importó. Tenían buena relación, era correcto, muy inteligente y le gustaba.

—¿Qué vas a hacer en Londres? —preguntó Nicholas interesado.

—Ver a mis amigas y, de paso, un par de apartamentos.

—¿Te mudas?

—Sí. El de ahora lo compartía con otra persona —dijo seria —. Mi exnovio.

—¿En pasado?

—Sí, muy pasado. En enero empiezo en el Museo y quiero buscarme algo más céntrico para mí sola.

—¿Llevabais mucho juntos?

—Casi un año, pero no quiero hablar de él, por favor.

El gesto resignado e incómodo de Charlotte, le hizo esbozar una sonrisa comprensiva. Cuando se separó de Amanda también prefirió no remover un tema que no tenía vuelta atrás.

—De acuerdo —admitió Nicholas sonriendo conciliador.

—Te he visto con tu exmujer —dijo Charlotte casual—. Hace un rato.

—Estábamos dando un paseo.

—¿Mantenéis buena relación? Parecía que sí.

Nicholas encogió los hombros. Quería dejarle claro que descartara si había creído ver algo más. Llevaba más de dos años sin tener relaciones con ella e iba a seguir así. Bastante se machacó por no haber tomado antes la decisión de dejarla.

—A veces las cosas no son lo que parecen.

—Tienes razón. —Charlotte sonrió—. ¿Qué sueles hacer los fines de semana?

—Aprovecho para adelantar, salgo a montar, leo…, poco más.

Sin poder evitarlo, Nicholas se abstrajo otra vez en los ojos azules de Charlotte, su cuerpo tomó sus propias decisiones y recorrió lentamente con la yema del dedo índice un muslo terso, sedoso, muy agradable al tacto.

Al sentir el roce, Charlotte no se movió, se limitó a observarlo. Sabía que estaba algo borracho, y no quiso provocar una situación violenta entre ellos, aunque ese calor inesperado hacía polvo su habitual serenidad.

—Tienes una piel perfecta —murmuró.

—Nicholas, creo que esto no es profesional.

Volvió a la realidad con el mismo parpadeo rápido que hizo esa misma tarde cuando lo interrumpió tocando el piano.

—Lo siento —Apurado, pegó un bote del sofá y no fue capaz de mirarla a la cara—: No me he dado cuenta. —Nicholas cogió la chaqueta, fue a la puerta y antes de salir murmuró—. Qué lo pases bien. Hasta el lunes.

Charlotte, que no se explicaba esa reacción adolescente, se levantó y vio la repentina salida. Lo observó alejarse a paso rápido, e incluso, le dio la impresión de que maldecía con ademanes airados mientras negaba insistente moviendo la cabeza.

En cuanto Nicholas llegó a su dormitorio, cerró la puerta de un portazo y se desvistió de malas maneras. Había estado a punto de hacer una idiotez con Charlotte. Se repitió a sí mismo que debía intentar conseguir estar junto a ella sin que lo dominara el deseo, pero fue verle las piernas y su mano tomó la vía rápida; esa que su cerebro y timidez le prohibían a diario, a todas horas, a cada miserable minuto; era una tortura y un infinito placer.

Aprovecharía los dos días solo para desintoxicarse, aunque reconocía que una de las cosas más gratificantes desde que empezaron a trabajar era encontrarla en cuanto entraba en la biblioteca. Una sonrisa sincera lo llenaba de energía para estar inspirado toda la mañana sabiendo que estaban en la misma habitación.

A la mañana siguiente, después de desayunar en su casa, Charlotte salió a la entrada principal para regresar a Londres. Vio el coche de Tristam aparcado junto al suyo y supuso que habría pasado la noche allí. Se extrañó cuando llegó tan temprano un coche negro mientras guardaba su bolsa de viaje. Nicholas salió de la casa con ropa de montar y no se dio cuenta de que Charlotte estaba a unos metros oculta por la puerta del maletero. Una señora mayor se bajó del vehículo. Se la veía elegante tanto por el traje de chaqueta de color claro como por una melena rubia cortada a la perfección; todo en Patricia Finch-Hutton rezumaba estilo y buenos modales.

—Llegas pronto —dijo Nicholas.

—Hola, Nick ¿Cómo estás? —preguntó, dándole un beso en la mejilla.

—Bien, mamá. ¿Y tú?

—Muy bien. ¿Cómo fue todo anoche?

—Tristam llevó la conversación sin problemas.

—Como siempre. ¿Y Amanda?

—Bien, pero la próxima vez preferiría que no le hables de mis cosas —dijo irónico—. Te lo agradecería, me vi obligado a invitarla.

—Lo siento, pero no soporto cuando se pone lastimera.

—No le sigas el juego. Sabe lo que hay.

El ruido del maletero al cerrarse, lo hizo advertir la presencia de Charlotte, que se acercó a ellos con una sonrisa tímida. Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás y se le veía más oscuro. Vestía unos vaqueros, una camiseta blanca de tirantes y unas bailarinas negras.

—Buenos días.

—Mamá, te presento a Charlotte Wolf. Es la egiptóloga que me está ayudando con la documentación.

Charlotte le tendió la mano.

—Encantada, me llamo Patricia.

—Igualmente.

—¿Te vas ya? —preguntó Nicholas.

—Sí, quiero llegar antes de comer.

Mientras hablaban, Tristam salió de la casa, sonriente se aproximó a ellos.

—¿Cómo está la madre más guapa del mundo?—preguntó con un abrazo cariñoso.

—No te van a servir los mimitos —dijo Patricia seria—. ¿Por qué hace tanto tiempo que no vienes a vernos?

—Lo siento, mamá. He estado muy liado. —Se giró hacia Charlotte—. Buenos días, ¿cómo estás?

—Bien —dijo rápido—. Os dejo, tengo que irme.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó Tristam.

Le sorprendió que no asistiera a la cena; algo que él había dado por hecho.

—A Londres.

—Yo vuelvo también. Si quieres quedamos luego —dijo casual.

Nicholas tensó las mandíbulas fulminando a su hermano con destellos verdes; ese frente no lo esperaba y no estaba preparado para lidiar con él. Ayer Tristam le preguntó varias veces por la ausencia de Charlotte y no quiso darle explicaciones; iban a tratar un tema que no

le incumbía y no vio el interés en acrecentar su nerviosismo ante una velada ya de por sí bastante incómoda.

—Tristam, seguramente tendrá sus propios planes —dijo Nicholas, intentando ser suave.

—¿Qué dices Charlotte? —preguntó Tristam. Sabía que estaba molestando a su hermano, pero le hizo gracia sacarlo un poco de sus casillas—. Dame tu móvil y después te llamo.

—Hoy tengo planes —respondió para satisfacción de Nicholas, que relajó de inmediato el gesto—. Pero si quieres mañana podemos tomar algo.

En cuanto el escritor la escuchó, recibió una patada en sus partes íntimas y, sin querer ser testigo de nada más, decidió entrar en la casa.

—Tengo que hacer una llamada —explicó Nicholas rígido—. Mamá, te espero dentro.

—Charlotte, ha sido un placer —dijo Patricia antes de seguir a su hijo—. Ya nos veremos otro día.

Al verse solo con ella, Tristam sacó partido de su buena suerte, cogió el móvil y escribió el nombre.

—Venga dime —incitó impaciente.

—07584050575.

—Luego te llamo y me dices cuando te va bien.

—Me gustaría volver pronto. Lo que sea, antes del mediodía. ¿Vale?

—Hecho. Nos vemos.

Desde la biblioteca Nicholas los observó, hacían buena pareja,

tenían casi la misma edad, charlaban animados..., pero ninguna de esas apreciaciones disminuyó la rabia que contenía su sangre y le tensó el cuerpo hasta ponerle los nudillos blancos por la fuerza con la que apretaba los puños o el dolor en la cara por intentar fundir sus mandíbulas. En unos minutos dieron por finalizada la animada conversación, ella se metió en su coche, dejó la casa y a él.

—Mamá está con Maggie —dijo Tristam entrando en la biblioteca—. He quedado con Charlotte mañana.

Nicholas se volvió con las manos en los bolsillos y lo estudió despacio. Su hermano tenía la satisfacción dibujada en su expresión y quiso borrársela de un plumazo.

—Déjate de chorradas con ella —advirtió serio.

—¿Cómo? —preguntó burlón—. ¿Qué más te da?

—Trabaja conmigo —dijo Nicholas sentándose tras su mesa a la vez que Tristam, de las dos sillas disponibles, escogió la que Charlotte usaba por las mañanas cuando departía con él; una tontería que aumentó más su enfado—. Búscate a otra.

—¿Qué te pasa?

Tristam conocía a su hermano y era la primera vez que se metía en su terreno. Lo estaba atravesando con una mirada asesina que le dio pie a pensar que quizás se le escapaba algo.

—A mí no me pasa nada. Solo te digo que la dejes tranquila.

—¿La quieres para ti?

A Nicholas le molestó ese tono; para Tristam era una diversión más.

—No. Trabajamos bien juntos y no quiero tenerte

revoloteando cerca cada dos por tres. Debo terminar antes de Navidad. Así que ya sabes, búscate los ligues en otro sitio.

—Ya, lo que tú digas —replicó arqueando las cejas con una sonrisa de suficiencia—. Pero no me vas a engañar.

—Tristam, entre otras cosas, soy mayor para ella —explicó firme, tratando de que dejase su suposición—. Además, no me interesa en ese aspecto.

—Mamá es diez años más joven que papá, y que sepamos no han tenido ningún problema. ¿Cuántos años tiene? Ni que tuviera quince.

—Veintiocho. Y me da igual lo que pienses. Compórtate y déjala en paz.

—Eso lo decidiré yo, hermanito.

—Como quieras —dijo impasible—. Cuando te vuelva a hacer falta dinero, se lo pides a ella.

Esa amenaza, aludiendo a sus deudas, suscitó la mente curiosa de Tristam; sopesó la situación con más calma; nunca lo había chantajeado de esa manera, pero tras quitarle el embargo a su casa y con sus nuevos proyectos no tendría que echar mano de él en un futuro cercano.

—Con suerte ya no me hará falta. Así que relájate y dime qué coño te pasa. Vamos Nick, cuéntamelo.

—No me pasa nada —dijo Nicholas a la defensiva. Tristam cuando quería era muy persuasivo, pero no quería compartir con nadie sus sentimientos—. Vamos a dejarlo.

—Como siempre —dijo Tristam, pareció herido cuando se

levantó—. Me voy.

—Muy bien, y gracias por lo de anoche.

—De nada. Cuando quieras desahogarte avísame.

Tristam lo admiraba; aunque le molestara esa reserva en ciertos aspectos de su vida que, quizás por la diferencia de edad entre ellos, no compartía con él cuando en otros temas se mostraba natural y expresaba sus opiniones sin reparos. Ajeno a la inquietud que metía humo en el cerebro de Nicholas, lo embotaba y lo inutilizaba para cualquier cosa que no fuera pensar en Charlotte, salió de la biblioteca.

CAPÍTULO III

Londres, Inglaterra
18/9/2010

Tras una semana sorprendente, Charlotte entró en Londres muy temprano. La noche anterior preparó el equipaje, ansiosa por salir de Wells. Nicholas la ignoraba, la tensión entre ellos era incómoda y se escapaba de su comprensión ese comportamiento inestable. Por la mañana, mientras salía por el camino, lo había visto montando como un loco a su pura sangre inglés; como él. El caballo corría igualando al viento con una planta oscura, amenazadora y espectacular, en un despliegue de músculos y potencia puestos al servicio de su voluble jinete.

Visitó con su amiga Sarah un renovado apartamento de un dormitorio, limpio y vacío, también con tres líneas de autobuses que la podrían llevar al centro en menos de quince minutos. El edificio tenía una fachada de no más de seis metros de ancho, cuatro plantas, sin ascensor, con una única vivienda en cada una. El apartamento estaba en la última. Sarah era decoradora y mostró toda su buena disposición para acompañarla en las visitas, la semana anterior no tuvieron suerte, pero, al fin, Charlotte había encontrado el apropiado; se decidió por la ubicación y el precio; aunque debería venir los fines de semana para acondicionarlo, todavía quedaban varios meses por delante y no estaba preocupada por el tiempo.

—Me lo quedo —dijo Charlotte convencida.

La agente que las acompañaba sonrió. Tenía alrededor de los cincuenta, un rostro jovial bronceado, y aspecto discreto.

—Perfecto. El lunes le enviaré los papeles —explicó la mujer—. Tiene que mandarme su contrato de trabajo, lo pide el propietario.

—Hasta enero no empiezo —comentó Charlotte. Vio el gesto contrariado de la agente y añadió rápido—: Pero le puedo pagar seis meses por adelantado, supongo que con eso no habrá problemas.

—Se lo diré al propietario. Él tiene la última palabra, pero no suelen poner trabas con los pagos por adelantado.

—Estupendo. Cuando se lo confirme, les hago el ingreso.

Las tres salieron a la calle, se despidieron con cordialidad de la mujer, que se alejó y las dejó solas.

—¿Te ha gustado? —preguntó Charlotte.

—Sí. Cuando te den las llaves, me lo dices. Si quieres las recojo y te hago unos bocetos con diferentes distribuciones y muebles.

—Vale. Te invito a comer. ¿Dónde quieres ir? —preguntó Charlotte.

—Por Carnaby, así después damos una vuelta por las tiendas.

—Perfecto. ¿Crees que estará listo para diciembre?

—Sí, es pequeño —dijo Sarah con sus ojos negros brillando de alegría entre unas tupidas pestañas rizadas—. Con pintura y pocos muebles tienes de sobras. En la cocina no hay que hacer casi nada. No te preocupes. Yo me encargo

Era una morena espectacular, aunque se empeñara en ocultar su encanto bajo ropas demasiado anchas. Una de sus frases favoritas

era repetir hasta el agotamiento que en las próximas vacaciones empezaba un nuevo régimen para un ligero exceso de peso que no le quedaba mal, al menos a Charlotte le parecía bien proporcionada, tenía curvas llenas de feminidad. Su atractiva cara, incapaz de ocultar sus emociones, definía a la perfección los rasgos mediterráneos de la parte materna de su familia, procedente de Italia: un espeso cabello castaño ondulado por los hombros, unas cejas que delineaban unos ojos intensos, una nariz respingona y unos labios voluptuosos, que encandilaban a los hombres a pesar de que ella no lo reconocería jamás.

Cuando cruzaban la calle para entrar en la peatonal de Carnaby, Charlotte detuvo el paso. Tenía enfrente a Nicholas saliendo del BMW M6, abrió la puerta del acompañante y apareció con su porte majestuoso Amanda, dedicándole una sonrisa que él correspondió con una mueca cínica.

Charlotte pensó en el cúmulo de sensaciones contradictorias que desde su vuelta el lunes pasado la distrajeron incesantes de un descubrimiento que trataba de esclarecer para compartirlo cuando se mostrara más receptivo. Su actitud correcta con ella desapareció y dio paso a una frialdad incómoda. Durante las horas que pasaron juntos, no le dirigió más de cinco frases; se limitó a saludarla y despedirla de manera escueta; no le pidió información ni entabló ninguna conversación, incluso, coincidieron el miércoles en la piscina y, en cuanto la vio, salió escupido del agua, alegando que llegaba tarde a una reunión.

Ella optó por ignorarlo, dedicó los días siguientes a investigar las técnicas que usaron los arquitectos de Meroe, y a profundizar en el hallazgo casual que había hecho el equipo belga de una mastaba, muy cerca de la pirámide de Piankhi; podría serles de gran utilidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah tirándole del codo—. El semáforo va a ponerse en verde.

—Perdona.

Llegaron a la acera donde se encontraba Nicholas, y Charlotte se giró dándoles la espalda.

—Está ahí Finch-Hutton con su exmujer —murmuró Charlotte.

—¿No vas a saludarlo?

—No me apetece. Hemos tenido una semana un poco rara.

—¿En qué sentido? —preguntó intrigada Sarah.

—No sé muy bien qué le ha pasado. Estábamos teniendo muy buena comunicación, pero desde que volví el lunes ha estado rarísimo. Ha pasado totalmente de mí.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—No, al menos no con él.

—¿Con quién?

—El domingo me llamó su hermano y quedamos para tomar una cerveza antes de comer. Al final comimos juntos. Es un tío muy simpático.

—A lo mejor le ha molestado que salgas con su hermano.

—No creo. ¿No lo ves? Sigue con su ex. Los he visto varias veces juntos.

—Pues por la bronca que le está echando me parece que estás equivocada.

—¿Bronca?

Al momento se giró y vio a Nicholas gesticular de manera nerviosa. Amanda lo observaba con un aire arrogante patente en su expresión. Varias personas que pasaban por su lado se volvieron sorprendidas. Presintiendo el desastre que le supondría volver a ser el blanco de la atención mediática, Charlotte decidió acercarse a ellos. A pocos metros se quedó inmóvil.

—Te juro que voy a hacer todo lo posible para que te largues de él —exclamó Nicholas fuera de sí.

Tenía la agresividad, una supremacía concedida por la rabia amasada durante mucho tiempo, y un brillo en sus ojos que impresionaba, la ira profunda traspaso la serenidad de Charlotte.

—Querido relájate. —Amanda sonrió con falsedad—. Nos están mirando.

—¡Me da igual! ¿No es lo que quieres? Tarde o temprano todos sabrán la clase de persona que eres. Jamás vuelvas a ponerte en contacto conmigo y espera las noticias de mi abogado. El piso es mío y me lo vas a devolver con todo lo que había dentro.

—Eso ya lo veremos.

—Perfecto, ya lo veremos.

Al volver al coche, Nicholas advirtió a Charlotte. Llevaba toda la semana indignado con ella por aceptar la invitación de Tristam. También, después de intentar vender parte de su colección de arte, Amanda quería la casa. Con ironía, pensó en lo contento que se sentía

con las mujeres que lo rodeaban. Le lanzó una mirada altiva a Charlotte sin intención de saludarla.

—Nicholas.

Esa voz suave lo detuvo y esperó en tensión a que ella se acercara. Con los brazos cruzados, Amanda observó a la chica rubia, alta, vestida de manera informal que se aproximó a su exmarido.

—¿Qué quieres? —preguntó enfadado.

—Nada. —Charlotte habló en un susurro, no aguantó su mirada y clavó los ojos en algún punto imaginario de la reluciente camisa blanca de él—. Lo siento, solo quería saludarte.

Consciente de su rudeza, Nicholas depuso la hostilidad y trató de ser educado.

—Siento la escena —dijo arrepentido—. Estoy un poco alterado.

—Creo que es mejor que te vayas. Hay varias personas haciéndoos fotos.

Al decir esto, tocó su brazo de manera reconfortante, y Nicholas no quiso que se alejara de su lado.

—Vente conmigo —susurró.

—No estoy sola. —Charlotte notó su decepción y añadió—: Mi amiga Sarah está ahí.

Nicholas se dirigió decidido a una guapa morena, sonriente, ignorando adrede el gesto suspicaz de Amanda, que seguía con atención sus movimientos.

—Hola, Sarah —dijo extendiendo la mano—. Soy Nick.

—Hola —respondió efusiva al saludo. Lo había visto en fotos,

pero al natural resultaba más atractivo—. Encantada.

—¿Te importaría mucho si hoy te robo a Charlotte?

—No —respondió dudosa—. ¿Te vas con él, Charlie?

Charlotte encogió los hombros esbozando una sonrisa leve, sorprendida por ese cambio rápido de humor. Se alegró al verlo con complicidad, como el día en Oxford, donde lo pasaron muy bien y descubrió a un hombre divertido que la hizo reír con algunas anécdotas narradas con habilidad cinematográfica.

—Si no te importa, sí —dijo Charlotte.

—No pasa nada. —Sarah se acercó para darle dos besos—. Llámame cuando tengas las llaves.

—En cuanto me las den.

—Vale. —Sarah se inclinó hacia delante, la abrazó y susurró —: Está muy bueno.

—No flipes —dijo Charlotte en el mismo tono.

Tras dedicarle una inclinación de cabeza a Amanda, Nicholas sujetó abierta la puerta del copiloto hasta que Charlotte se sentó.

—Gracias —dijo arrancando el coche.

—De nada. ¿Por qué estabas tan enfadado?

—Prefiero no hablar de eso ahora. ¿Has encontrado casa?

—Sí, está muy bien. Cuando me la den, Sarah me va ayudar con la decoración.

—¿Era lo que buscabas?

—Sí, está cerca del Museo, está cuidada y solo hay tres vecinos.

—Me alegro. ¿Quieres ir a comer a algún sitio en particular?

—No. Donde elijas estará bien.

—¿Qué te parece mi casa? Estoy un poco harto de ver gente.

—Como quieras.

Charlotte presionó con suavidad su mano, en ese momento, apoyada en la palanca de cambio y lo miró sonriendo; tenía el poder de relajarlo disipando el humo de su cerebro.

Llegaron al barrio residencial rodeado de tranquilidad en el mismo corazón de Londres. La fachada victoriana de la casa era antigua, clara y elegante. Sobre la puerta principal había una piedra oscura esculpida con un escudo de armas que tenía un león rampante, varias hojas de olivo y dos espadas cruzadas.

El estilo del interior dejó sorprendida a Charlotte, esperaba la misma decadencia de Wells. En cambio, bajo la apariencia clásica de unos techos altos con molduras y unos elementos arquitectónicos en tonos neutros, había combinado un mobiliario colorido de diseño moderno que contrastaba creando un conjunto sugerente y original.

—Es muy bonita —dijo Charlotte, quitándose la chaqueta vaquera.

Nicholas la cogió y la colgó en un perchero del vestíbulo.

—Ponte cómoda. Voy a cambiarme.

Subió la escalera mientras ella se dirigió al salón. Nada más entrar, captó su atención un piano negro de cola, un Steinway&Sons, parecido al de Wells; aunque este se veía más nuevo. Admiró un llamativo sofá de piel rojo oscuro con el asiento y el respaldo formados por dos tubos de tela retorcidos entre ellos; un singular sillón con la base esférica blanca y el interior en piel negra que por el

tamaño permitía estar tumbado, parecía cómodo y, cuando se sentó, comprobó que además de girar era también mecedora.

—¿Te gusta? —preguntó Nicholas al verla probando diferentes posturas.

—Sí. —Charlotte sonrió admirada dando varias vueltas. Observó el cuerpo rotundo de Nicholas, que se había cambiado el traje oscuro por unos vaqueros y una camiseta negra, sin tomarse la molestia de calzarse; el suelo claro de madera debía ser confortable—. Es la primera vez que veo algo parecido.

—No te cortes —comentó divertido—. Tienes para probar unas cuantas.

Apareció una mujer de mediana edad con el rostro delgado, igual que su figura, el cabello plateado recogido en un moño bajo, aumentando una apariencia anodina si no fuera por el delantal con la bandera de Japón, que resaltaba en sus pantalones negros. Miró sorprendida a Charlotte, distraída investigando las posiciones del sillón, y sonrió a Nicholas. En cuanto Charlotte la vio, se incorporó con agilidad y la saludó inclinando la cabeza despacio.

—Señor, ¿va a comer aquí?

—Sí, Joan. La señorita Charlotte y yo, en el comedor pequeño.

—Muy bien. ¿Algo en concreto?

—Charlotte, ¿te apetece algo en especial?

Lo miró negando con la cabeza, no estaba acostumbrada a elegir menú y no quería dar una impresión equivocada.

—¿Una copa? —preguntó Nicholas cuando Joan salió.

—Sí, vino o algo parecido.

—De acuerdo. Ahora vuelvo.

Nicholas la dejó otra vez libre para inspeccionar. Se sentó en el banco del piano y abrió la tapa con mucho cuidado. Sin vacilar, tocó las notas de una canción infantil francesa que su madre le enseñó cuando era niña y aprendió con un pequeño teclado de juguete. Al escucharlas en un piano de verdad, satisfecha comprobando cómo después de tantos años sus dedos la recordaban, sonrió orgullosa por su buena memoria.

—*Frère Jacques.* —Nicholas entró con una botella en la mano —. ¿Estudiaste en un colegio de monjas?

—No —dijo Charlotte. Aceptó la copa de vino tinto que le entregó con una leve sonrisa—. Me la enseñó mi madre. Mi abuelo era francés. Solo recuerdo unas pocas notas.

Nicholas dejó su copa encima de la cubierta, se sentó a su lado y con soltura tocó la canción para ella. El sonido la transportó a su infancia, viendo las manos elegantes de Nicholas desplazarse con suavidad por el teclado.

—Haces que parezca fácil —dijo Charlotte admirada.

—Esta lo es.

—¿Por qué no te gusta que te vean tocar? Lo haces muy bien.

—No lo sé. Es como si me desnudara delante de la gente. Cuando toco lo hago desde mi parte más íntima y esa no me gusta mostrarla —comentó antes de empezar a tocar otra melodía, muy tranquila y preciosa—. ¿Te gusta esta?

—Sí; aunque creo que no es por las notas —dijo Charlotte.

Apreció confusión en el ceño fruncido de él y aclaró—: Es por ti, por la naturalidad con la que lo haces, por sentirlo.

Pasaron unos minutos en silencio envueltos en la música hasta que Joan los interrumpió anunciándoles la comida.

—Vamos —dijo Nicholas dándole la mano.

Se levantaron y salieron con sus copas del salón a un pequeño comedor lleno de claridad, donde estaba la mesa puesta con una cubertería y una vajilla antiguas. Charlotte advirtió la gran diferencia de costumbres entre ellos y cerró con fuerza la boca. Mientras ella comía en una mesa baja o una bandeja de cualquier manera, él utilizaba cubiertos de plata y vajillas talladas.

Nicholas percibió su concentración.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Siempre comes así?

—¿Qué quieres decir?

—Así. —Charlotte señaló la mesa—. Con tanto lujo.

—No —dijo sonriendo—. Como aquí cuando estoy con alguien.

La comida los llevó a compartir sus gustos sobre alimentos, algo alejados, y se enzarzaron en una discusión sobre los dudosos beneficios de ciertas verduras, con las que Nicholas dejó bien clara sus preferencias, para poco a poco ir derivando hacía temas más profundos e íntimos. Un rato después volvieron al salón. Tomaban café sentados en el sofá de diseño que, a pesar de su apariencia, era muy cómodo y siguieron con una conversación animada y esclarecedora.

—¿Por qué sigues viendo a tu mujer? —preguntó Charlotte confiada.

—No es mi mujer. —Nicholas sonrió cansado—. Y a partir de hoy se lo pensará mejor.

—¿Qué ha pasado?

—Que nunca tiene suficiente. —Indiferente encogió los hombros—. Cuando nos divorciamos le tuve que dar casi la mitad del patrimonio que teníamos juntos, sin contar con todo lo que se había gastado mientras estuvimos casados. Y ahora pretendía vender el piso donde vive aquí, aunque es mío y no lo puede hacer.

Si habían liquidado la sociedad de gananciales, Charlotte no entendió por qué ella seguía disfrutando de ese piso.

—¿Y por qué vive en él?

—Porque en los dos años que llevamos divorciados se lo ha pulido todo. Por eso concede entrevistas —explicó con una mueca de disgusto—. Hace unos meses se presentó en Wells llorando y, como nunca lo usaba y no lo iba a alquilar, se lo ofrecí de manera amistosa para que dejara de involucrarme en los medios de comunicación. Pero desde que vino a la cena empezó a agobiarme otra vez con el tema del dinero y hace un par de días me llamó su abogado, que fue amigo de los dos, para decirme que tenía un comprador para un Monet de mi familia. Hoy he hablado con él y me ha dicho que el cuadro iba dentro de la oferta de adquisición que pretendía le firmara como chantaje para no empezar otra vez a mezclarme con su otra manera de conseguir fondos.

—¿Por eso estabas tan enfadado?

—Sí —dijo con una sonrisa perfecta, la miró atento y añadió —: Gracias por hacer que mi día haya mejorado de manera inesperada.

—No he hecho nada extraordinario.

Nicholas no pudo dejar de mirarle los ojos. Eran el núcleo de hierro fundido que lo atraía como la tierra a la luna; un centro de gravedad que lo serenaba y le daba tranquilidad. Acercó la cabeza a la suya, sintiendo el poder de la fuerza que lo había atrapado, alzó las manos sin dejar de mirarla y con suavidad le acaricio la cara.

Nerviosa e inmóvil, Charlotte apretó los labios, aguantó la respiración mientras compartían el aliento.

—Necesito besarte —susurró Nicholas—. Por favor.

—No me gusta que jueguen conmigo y si me besas las cosas cambiarán entre nosotros.

Al sentirse rechazado, Nicholas bajó las manos y cerró los párpados. De pronto, ella repitió el gesto y recorrió con los dedos todas las facciones de su cara. Cuando llegó a los labios, él volvió a abrir los ojos. Se fundieron en un roce suave que los condujo a un beso apasionado, tan irracional como el deseo que los dejó sorprendidos y acelerados.

—No sé si aguantaré mucho tiempo sin querer repetir —dijo Nicholas con una ligera sonrisa, recorrió el perfil de sus labios—. Tienes el mejor sabor que he probado nunca.

Charlotte esbozó una sonrisilla apretada, muestra de gratitud y satisfacción.

—A mí también me ha gustado.

Esa admisión consiguió avivar el instinto de él, que con la mirada llena de esperanza volvió a besarla. Su lengua la incitó a seguirlo con movimientos sutiles para ir incrementando el ritmo sin prisas. El calor de Nicholas traspasó la piel de Charlotte mientras le acariciaba el cuello y lo escuchaba gemir en sus labios; fue consciente de su excitación; no quería detenerse, pero debía hacerlo o no sería capaz más tarde.

—Me tengo que ir —dijo Charlotte.

—Como quieras. —Nicholas le dio otro beso, más ligero y rápido—. Te llevo.

Luego, en un silencioso trayecto, donde intentaron racionalizar qué había pasado, llegaron a la puerta del edificio de Charlotte. Al día siguiente se verían en Wells y continuarían su trabajo, pese a que ella no tenía claro cómo actuaría Nicholas a partir de esa intimidad, difícil de ignorar.

—Hasta mañana.

Charlotte lo besó en la mejilla, pero él no se movió ni la miró. En cuanto agarró el tirador para abrir la puerta, Nicholas detuvo el movimiento de su mano.

—¿Crees que estoy de broma? —preguntó molesto.

—No sé qué pensar.

—Me gusta estar contigo. —Nicholas le sujetó la barbilla con un dedo para verle los ojos—. No bromeo ni juego con ciertas cosas, y tú eres una de ellas, no lo dudes, por favor.

—Acabo de salir de una relación. —Empezó a hablar, pero no

supo cómo explicarle qué significaba para ella iniciar algo con él—. Y quería pasar una temporada tranquila.

—No voy presionarte —dijo serio. Fue comedido y no la cogió con fuerza para besarla hasta que se olvidara de todo, sonrió comprensivo y dejó que su interior ardiera frustrado—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, hasta mañana.

Charlotte lo miró aliviada, le acarició la cara y lo besó con rapidez. Nicholas esperó a que desapareciera tras la puerta y volvió a su casa, reflexionando sobre el rumbo que había tomado con ella. Feliz y agobiado. Su experiencia no le servía y una machacona inseguridad volvió a adueñarse de todos sus pensamientos.

El domingo Nicholas llegó al campo a primera hora de la mañana, sin saber que Charlotte apuraría hasta la noche. Viendo la hora, empezó a impacientarse. Trató de concentrarse en el trabajo, pero cada poco tiempo su mente se iba a ella y se encontraba, sin pretenderlo, recordando sus besos. Casi a medianoche estaba cansado de mirar el reloj. Pensó que habría cambiado de idea y volvería el día siguiente temprano. Escuchó el motor de un coche y comprobó que era el Golf de Charlotte. La vio aparcar, bajar y sacar el equipaje del maletero. Esperó creyendo que iría a verlo, pero lo ignoró y se dirigió decidida por el camino hacia la casa de invitados. Cuando Nicholas se dio cuenta, la tensión de la tarde hizo mella en su contención y bastante enfadado salió a buscarla.

Charlotte, que acababa de llegar a su dormitorio, oyó unos golpes insistentes y se asomó por la ventana. Vio a Nicholas con las

manos en las caderas, el gesto advertía malhumor, bajó la escalera y respiró hondo antes de abrir la puerta.

—Hola —saludó Charlotte tranquila.

—¿Me estás evitando?

Con todos los músculos faciales rígidos y un brillo dorado en los ojos, parecían a punto de estallar en cualquier momento, Nicholas vocalizó despacio.

—¿Cómo? —Charlotte apretó el ceño—. Acabo de llegar —dijo empezando a perder la paciencia por su tono—. Y hasta mañana no tengo que darte cuentas de nada.

—Quería verte —añadió más suave.

—Es tarde —dijo seria. No entendía esos cambios de ánimo tan veloces—. Estoy cansada.

—Te lo voy a volver a repetir: Charlotte, ¿me estás evitando?

—No, Nicholas, no lo estoy haciendo —respondió irónica—. Has venido y te he abierto, estoy hablando contigo. ¿Qué quieres que haga? —preguntó harta de su actitud—. Acabo de llegar, no sabía que esperabas que fuera a verte, normalmente no lo hago cuando entro o salgo. ¿Tengo que hacerlo a partir de ahora?

El sarcasmo de la pregunta volvió a estimular el enfado de Nicholas. La miró de manera arrogante y dio un par de pasos hacia atrás.

—No, por supuesto. Hasta mañana.

Sin más, dio la vuelta y, con el paso aún más rápido del que trajo al llegar, se alejó por el camino.

—Hombres —murmuró Charlotte.

La mañana siguiente, después de desayunar, Charlotte se vistió con unos pantalones negros y una camisa azul, cogió una chaqueta de lana y enfiló el camino dándole vueltas a cómo comportarse, decidió dejar la piedra en el tejado de Nicholas. Entró en la biblioteca con cautela, miró a Nicholas, que paró de teclear mientras la siguió con los ojos por la habitación.

—Buenos días —dijo ella con un tono neutro pasando por delante.

—Buenos días.

Nicholas respondió serio, atento a su reacción cuando viera el misterioso paquete que aguardaba en su mesa.

—¿Y esto? —preguntó Charlotte.

—Ni idea. Lo han traído hace un rato.

Lo cogió con recelo, retiró el envoltorio y leyó una tarjeta escrita a mano: «*Gracias por la comida. T. F-H*». Se encontró con un libro sobre Imhotep, con unas fotos preciosas de todas las construcciones que se ejecutaron cuando fue primer ministro de Egipto en el 2500 a. C. De forma automática esbozó una sonrisa. No tenía nada nuevo para ella, pero le hizo ilusión.

—Es una biografía de Imhotep —dijo Charlotte, mostrándoselo.

—No tenías que haberla comprado. —Señaló la estantería—. Ahí tengo varias.

—No lo he hecho, me la ha regalado Tristam.

En cuanto nombró a su hermano, él frunció los labios y sonrió

sin ganas. Comprendió al momento el cargo de Fnac en su cuenta de cliente, el mismo que llevaba varios días intentando recordar.

—Es un detalle por su parte —dijo irónico.

—Pues sí, pero no tenía por qué haberse molestado.

—Él es así —dijo Nicholas. También pensó que si quedar bien le salía gratis, a su costa, era todo un *detallazo* por su parte—. No creo que haya sido mucha molestia.

—Cuando tengas tiempo, dímelo. —Charlotte dejó el libro en un rincón de la biblioteca que los separaba, en un hueco al azar—. Quiero comentarte algunas cosas que a lo mejor te sirven.

—Cuenta.

Nicholas hizo un gesto con la mano para que tomase asiento frente a su mesa.

—Hasta ahora sabíamos que el complejo de Meroe contiene más de cincuenta pirámides, de las cuales más de veinte son de reyes y otras que contienen restos de la familia real. Hubo un arquitecto discípulo de la escuela de Ineni que durante el reinado de Piankhi se trasladó con él a Nubia. No es una coincidencia que con el cambio de arquitecto el faraón decidiera construirse una pirámide para su entierro en la otra orilla del río. Según los últimos descubrimientos, está alineada con la salida del sol en año nuevo, el símbolo de la eternidad para ellos.

—Casi todas tienen componentes religiosos relacionados con la perpetuidad. Eso no es nuevo, Charlotte. Sí me parece interesante lo del arquitecto.

—A mí lo que me parece extraño es que muy cerca de la

pirámide de Piankhi han encontrado una mastaba. En ella hay un sarcófago con la momia de una mujer y por sus ropas saben que no era de la realeza.

—Descubren tumbas con frecuencia —dijo escéptico, intuyó algo más y preguntó intrigado—. ¿Qué te ha llamado la atención en especial de esta?

Insinuando una sonrisa, Charlotte rodeó la mesa y se situó a su lado.

—¿Puedo? —preguntó para usar el ordenador.

—Claro.

Nicholas minimizó la pantalla abierta y le pasó el ratón. En unos segundos Charlotte le mostró las fotos del sarcófago, bajó por la información y se detuvo en la imagen de un papiro con inscripciones.

—Mira. —Amplió con el zoom—. Fíjate en los dos símbolos que tiene abajo a la derecha. Las dos líneas inclinadas son la “i”, y la cobra sobre el cuenco es el símbolo con el que firmaban los arquitectos. La letra se corresponde con Ineni. Era costumbre de los personajes públicos rubricar a la escuela en la que se habían formado, pero por la datación del sarcófago es casi setecientos años posterior a la fundación de la escuela. ¿Y si fuera un plano de nuestro arquitecto? La tumba de la mujer sí coincide con el reinado de Piankhi.

—Eso sí es interesante —dijo Nicholas despacio—. ¿Estás disfrutando?

—Mucho —reconoció con una amplia sonrisa.

Nicholas giró un poco su silla tirando de la cintura de Charlotte hasta sentarla sobre sus piernas.

—Me alegro —dijo con voz grave.

Se inclinó hacia delante y le dio el beso que necesitaba para saber que las cosas entre ellos podían funcionar. Con calma pasó la lengua por sus labios, siendo recibido con la misma pasión que él sentía. Ninguno quiso acabar ese contacto. Nicholas acariciaba con fuerza unos pechos suaves, mientras una presión excitante lo empujaba a bajarse los pantalones y aumentar el delirio que el sabor de Charlotte conseguía traerle, ansiosa por él, forzándolo a continuar con un balanceo sutil de sus nalgas, que no resistía con la ropa puesta.

Entregados en su deseo, no escucharon a Tristam entrar en la habitación, que contempló la escena con los brazos cruzados. Al momento, cansado de ver a su hermano con la lengua dentro de la boca de Charlotte, optó por interrumpirlos.

En cuanto carraspeó Tristam, Charlotte lo miró sorprendida y saltó del regazo de Nicholas, que esbozó una sonrisa irónica.

—¿Se te ha olvidado llamar? —preguntó Nicholas.

—Lo tendré en cuenta. —Miró a Charlotte—. Hola. ¿Has recibido el libro?

—Sí, muchas gracias —dijo recobrando la compostura.

—Ha sido todo un detalle por tu parte —comentó Nicholas, asesinándolo con la mirada.

—Gracias, Nick. Es un honor viniendo de ti.

—De nada. A tu servicio.

Charlotte desapareció tras la estantería y se refugió en su mesa de una mirada descarada que Tristam no reprimió, y cambió por otra que se entreveía cínica destinada en exclusiva a Nicholas.

Amparado por la insolencia, creyendo que lo amedrentaría, Tristam apoyó las manos en la mesa, echó el cuerpo hacia abajo y situó su cabeza a pocos centímetros de la de Nicholas.

—Eres un cabrón.

—Me voy a reservar tu adjetivo —susurró Nicholas.

—Me dijiste que no la querías para ti.

—Charlotte —dijo Nicholas mirándola—, ¿nos puedes dejar un momento a solas?, por favor.

Afirmó con la cabeza, se levantó y salió echando un vistazo rápido a la semi sonrisa de Nicholas. Necesitaba desde hacía unos minutos brisa fresca para alejar la sensación de bochorno, aunque no quería olvidar el contacto de esas manos en su cuerpo; solo repetirlo.

—La próxima vez que vengas, primero me avisarás ¿de acuerdo? —Nicholas muy serio, con un tono que molestó a Tristam—. La próxima vez que quieras hacer un regalo, lo pagarás tú, sea para quien sea.

Tristam metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón vaquero y movió resignado la cabeza.

—No ha sido ninguna ruina.

—No he acabado. —Lo interrumpió empezando a fulminarlo —. Y la próxima vez que me hables de Charlotte, lo harás con respeto. Cuando me preguntas si la quiero para mí, nos ofendes a los dos. No es un helado de fresa, no es una corbata, así que no, no la quiero para mí, no es una posesión. Otra cosa, es lo que quiera compartir con ella.

—La lengua como mínimo.

—Lo que ella y yo decidamos, no es de tu incumbencia.

—¿Ya no te preocupa la edad? Me dijiste que eres demasiado mayor para ella.

—No te dije exactamente eso. Te dije que era mayor para ella, el demasiado lo has puesto tú.

—Como sea, parece que a ella no le importa. Felicidades, supongo que debo darte la enhorabuena, has ganado.

—¿Competíamos? ¿De verdad te gusta Charlotte?

Nicholas quería dejar las cosas claras con él, no pretendía hacerle daño.

—No. Me parece un encanto de mujer. El domingo cuando comimos supe que no llegaríamos a nada, pero me pareció que seríamos amigos. Es tranquila, y si se encuentra cómoda es muy divertida.

—Lo sé.

Nicholas sonrió.

—Bueno, después de todo, te voy a contar el motivo de mi visita. —Hizo una pausa y añadió muy alegre—: ¡Me han dado el proyecto!

Totalmente descontrolado empezó a mover las caderas delante de Nicholas e inició un baile absurdo que lo hizo reír contagiado de su felicidad.

—Enhorabuena.

Nicholas se levantó y le dio un fraternal abrazo. Tristam necesitaba creerse que con esfuerzo podría ejercer y vivir de su profesión. Salieron juntos, Nicholas lo acompañó al coche y observó a Charlotte entrando en el sendero cercano al camino de su casa, llegaba

a un arroyo pequeño del que abastecían las cuadras.

El día gris prometía lluvia antes del mediodía, pero Charlotte, distraída observando las diferentes especies de árboles, no se dio cuenta de las primeras gotas que la mojaban con una insistencia tan fina que casi no se percibía. Cuando llegó al río, vio las marcas que las nubes dejaban en la superficie del agua, aunque no le importó; le encantaba la lluvia y los olores que traía; los colores que dejaba en el campo y la vida que siempre la rodeaba. El relajante ruido del agua se mezcló con el de unos pasos detrás de ella.

—Estás mojándote.

Nicholas desvió un segundo los ojos hacia el cielo, pero permaneció con las manos en los bolsillos, no parecía incómodo mientras se empapaba.

—No me importa. ¿Tristam se ha ido ya?

—Sí. Está alucinado. Le han aprobado un proyecto y por fin va a trabajar como publicista.

—Qué bien. Me alegro por él.

—Alégrate también por mí. Al menos me dejará un tiempo en paz.

—Entonces, enhorabuena también para ti.

—Gracias.

—¿Me enseñas la cuadra?

—Por supuesto.

Nicholas colocó una mano en el hombro de Charlotte y llegaron andando tranquilos. Tenía ocho boxes a los dos lados de un

pasillo central con puertas correderas de madera, también un almacén, un guadarnés en el fondo y dos duchas Primero le mostró a *Viking,* se notaba su predilección por ese caballo. Para Charlotte, que lo había visto varias veces, tenerlo a escasos centímetros fue un impacto, grato y un poco atemorizante. Le acarició el lomo con un pelaje oscuro suave como el terciopelo.

—Es precioso y mucho más alto de lo que creía.

—Es el mejor —dijo orgulloso, dándole unas sentidas palmadas en la espalda. *Viking*, como si entendiera a su amigo, relinchó moviendo la cabeza—. Se deja conducir y manipular muy bien, es noble y fuerte, sin contar con su velocidad. Ven, te enseñaré a *Dottie*, cuando quieras la puedes coger.

La guió hasta otro cubil y Charlotte se enamoró al instante de la yegua. Era más baja que *Viking*, menos llamativa, con el pelo en color alazán. En cuanto acarició su cara, respondió con un gesto sensible muestra de docilidad.

—Creo que vamos a ser buenas amigas.

—Seguro.

Desde hacía unos minutos, Nicholas había desconectado de los caballos y sus ojos estaban fijos en las manos de Charlotte. No quiso dejar escapar la oportunidad de volver a sentirla, la envolvió por detrás entre sus brazos y besó su cabello. Inclinó la cabeza hacia abajo, rozó con los labios el cuello femenino hasta que ella se giró buscando su boca y retomaron la pasión interrumpida en la biblioteca.

—Tengo que cambiarme —susurró Charlotte.

Regresaron cogidos de la mano, sin prisas, dejando que el

agua los empapase lentamente con su obstinado asedio. Llegaron al final del sendero y Charlotte se paró en la puerta de su casa. Nicholas no tenía ganas de dejarla, estrechó posesivo su cintura, se inclinó sobre ella y la besó otra vez.

—¿Te acompaño? —preguntó, dándole un beso en la frente.

—Sí, por favor.

A pesar de su experiencia, el nerviosismo de Nicholas empezó a hacer estragos en su saturada cabeza. La deseaba más que a nada y quería que fuera perfecto, pero necesitaba relajarse para no parecer un joven inexperto e impaciente. En cuanto abrió Charlotte, subieron al dormitorio. Ella entró primero, pero Nicholas se bloqueó en la puerta y no la traspasó.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a él.

—Nada.

Al verlo serio, Charlotte lo malinterpretó y creyó que había cambiado de opinión.

—Voy a secarme el pelo —dijo enfadada, dio la vuelta y fue al baño—. Haz lo que quieras.

Nicholas optó por el silencio en vez de explicarle el motivo de su inseguridad.

—Te espero en mi casa.

Con una mirada atormentada salió rápidamente del dormitorio.

Asombrada, Charlotte empezó a cansarse. Tan pronto era el hombre más cariñoso del mundo como se convertía en puro hielo, incluso se planteó que tuviese algún problema físico o algo parecido;

las señales contradictorias la desconcertaban.

Con la mente hirviendo, cogió los primeros vaqueros que tuvo a mano y se los puso. También se quitó la camisa, que se cambió por una camiseta blanca, y volvió a ponerse las botas de agua. Antes de salir se echó en la cabeza la capucha de un impermeable oscuro y regresó a la casa del escritor voluble que la sacaba de sus casillas. Él solito estaba consiguiendo toda una proeza: cabrearla de verdad. Tan solo a Nigel le enseñó un poco de su mal genio cuando le contó su escarceo amoroso, y no era comparable con esa furia que salía a flote con Nicholas.

CAPÍTULO IV

Wells, Inglaterra
20/9/2010

Cuando entró en la biblioteca, Charlotte lo encontró escribiendo, se había cambiado de ropa y la observó impasible hasta que llegó a su mesa. No dijo nada, tenía claro qué debía buscar y, si él no le indicaba lo contrario, seguiría investigando el rastro del discípulo de la escuela de Ineni. Se centró en las imágenes de la mastaba, abstraída en un mural con un relieve grabado, pensando en la paradoja que había hallado la expedición belga en Meroe. Ese sepulcro era propio de la realeza, las inscripciones en jeroglíficos, el lugar destacado en la necrópolis, la talla en madera de ébano; todo indicaba que era una reina, menos su ropa.

Amplió las partes del papiro que habían difundido y las imprimió a color. Luego, le envió un correo a su profesor. Necesitaba que viera lo mismo que ella. Copió en un folio los símbolos que no formaban parte de un poema del *Libro de los Muertos* y durante unos minutos los ordenó sin referencias.

—¿Estás muy liada? —preguntó Nicholas.

Charlotte levantó la vista y negó con la cabeza. No sonrió, se limitó a levantarse y a esperar con los brazos cruzados frente a él.

—¿Qué te hace falta?

—Me dijiste que había una serie de reyes y reinas datados en

Meroe, ¿se sabe cómo elegían el emplazamiento de sus pirámides?

—Los primeros informes que tenemos de las ruinas son de Ferlini, un cazatesoros que destrozó muchas de las pirámides. Hizo algunos planos que sirvieron a Reisner para hacer una lista con los reyes, los ubicó y formuló una hipótesis por la que los gobernantes más antiguos tenían las pirámides en las mejores localizaciones, también el tamaño era signo de un reinado largo. Según esto, la de Piankhi debía ser relativamente pequeña, pero en cambio es de las más grandes.

—Los egipcios eran ambiciosos, ¿qué tenía Nubia para ellos?

—Veamos, Nubia la formaban dos regiones: Wawat al norte y Kush entre el Nilo Azul y el Nilo Blanco. Tenía una reserva de oro importante y durante siglos los egipcios hicieron campaña para explotar sus recursos. Al final, después de muchos años invadidos, el faraón Amenofis, de la XVIII dinastía, creó el cargo de virrey de Kush, aunque ellos ya habían formado su propio reino. Más tarde, Tutmosis integró el Reino de Kush en su cultura.

—¿Por qué es la parte más desconocida de Egipto?

—No lo sé. Nos ha llegado muy poca documentación. En las exploraciones de principios del siglo XX se dibujaron y se escribió sobre templos que hoy ni existen. Ten en cuenta que excavaron sistemáticamente y la construcción de la presa de Asuán enterró gran parte de los yacimientos. Algunos lo han intentado, pero la sucesión de sus gobernantes y algunas fechas siguen siendo inciertas.

—Sería increíble si pudieras confirmar que nuestro arquitecto construyó la pirámide de Piankhi.

—Tenemos muchas posibilidades de que sea cierto. Los faraones kushitas se creían los enviados de Amón. Para ellos protegía a su dinastía. Creo que pudo influir en Piankhi y en la elección de su emplazamiento. Sería interesante saber cómo se llamó, y no tenemos más que pocas crónicas y muchas ruinas para comparar las diferencias entre un reinado y otro, pero confío en el papiro; está resultando una caja de sorpresas. En cuanto Eric revise los planos confirmará que el discípulo de Ineni construyó su pirámide, estoy casi segura porque hay también un templo en Nubia con un estilo similar en ciertos detalles, datado en la misma fecha. Con la llegada del nuevo arquitecto, Piankhi le concedería el control de todas las obras reales, si pudiéramos tener acceso a alguna de ingeniería civil, como una presa o un canal, sería más fácil cotejarlo. El doctor Knight, —Charlotte, viendo una mirada confusa, añadió con paciencia—: Mi próximo jefe, ha pedido a los responsables del hallazgo que nos amplíen la información. Supongo que en unos días sabremos algo más, pero los dos son expertos y están de acuerdo con mis observaciones.

—Estupendo. Dedícate a investigar por tu cuenta. Con esto tengo para varios días, recuerda la información que me ibas a dar sobre el otro proceso constructivo.

—¿La quieres ahora?

—No. Gracias, ha sido un placer escucharte.

Charlotte intentó mostrar un gesto cortés, aunque sus labios torcidos sugerían cinismo. Nicholas al momento volvió a concentrarse en su trabajo, sin notar los ojos azules que cada poco tiempo lo controlaban indignados. Intentaría pasar el resto de la mañana

dedicado a la novela, ya hablaría con ella más tarde.

Un poco antes de acabar su jornada, Charlotte se levantó para buscar un libro en el fondo de la estantería. De repente se abrió la puerta y escuchó unos tacones acceder a la habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nicholas con dureza—. ¿Cómo has entrado?

—Hola, a ti también, Nick. —Amanda se aproximó sonriendo, vestida con un traje de chaqueta rojo y la apariencia sofisticada que le gustaba exhibir—. ¿Cómo estás?

—Te dije que no volvieras.

Estaba harto de su presencia, de sus constantes interrupciones y de que ni siquiera tuviera la cortesía de avisar cuando venía.

—Lo sé, cariño, pero tenía que verte.

Amanda rodeó la mesa sin advertir la presencia de Charlotte y, con intimidad, lo besó en los labios. Mientras estaba inclinada sobre él, Nicholas miró a la egiptóloga, que lo observaba con una expresión indescriptible en su rostro, y un desprecio en los ojos que lo traspasó.

—No vuelvas a hacerlo jamás —siseó muy enfadado.

—No seas así.

Ignorando su malaleche, Amanda se sentó frente a él y se colocó coqueta un impecable mechón rubio tras la oreja.

—¿Qué quieres? —espetó Nicholas.

—Un pequeño préstamo, poco.

—No. Se acabó, te lo dije en Londres.

—Ya, pero siempre dices lo mismo. De verdad, Nick, lo necesito.

—No. Si me disculpas estoy trabajando. Ya conoces la salida.

Protegida por la estantería, Charlotte esperó paciente a que Amanda se decidiera a abandonar la biblioteca. Ella necesitaba salir de ahí, de manera voluntaria y precipitada.

—Por favor, cariño. Solo tres mil.

—No. —Nicholas se levantó, la apremió tirándole del codo y la guió hasta la puerta. Abrió y le indicó el paso con la mano—. Búscate a otro imbécil.

—Como quieras, pero de algún sitio tendré que sacar el dinero.

—Procura no hablar de mí —dijo lento—. Cualquier difamación, calumnia o lo que se te ocurra soltar, tendrá consecuencias legales.

—Eso está por ver.

—Ponme a prueba.

El tono severo y frío de Nicholas la dejó paralizada; nunca lo había visto tan firme. Normalmente, con unos ruegos y súplicas se apiadaba y le prestaba las cantidades que iba pidiéndole; aunque esa determinación la asustó. Su precaria situación financiera pronto sería de dominio público si dejaba de apoyarla y la opción de vender alguna entrevista tampoco era un negocio rentable, ya que durante años había desmenuzado su vida. Eso sí, todavía tenía una reserva infalible por si Nicholas insistía en mantener esa postura: contaría qué ocurrió cuando tuvo el aborto, además de su comportamiento inhumano tras el accidente con el caballo.

—Adiós, Nick. Nos veremos.

Él hizo un gesto apático antes de cerrar la puerta y apoyarse en ella. Cansado se frotó la cara, intentando templar el malhumor que le había dejado la inesperada visita.

Charlotte se acercó con el semblante serio.

—Por hoy he terminado —dijo con voz firme, incapaz de ocultar toda la tensión acumulada—. Déjame salir.

—No. —Nicholas no se movió, observando unos ojos que le parecieron estar fundiéndose en esferas perfectas de oscuros topacios, atrayéndolo. Casi no se dio cuenta y sus pies lo situaron a pocos centímetros de ella, no podía evitarlo. Puso una mano en su brazo, pero recibió una mirada airada que lo instó a bajarla—. ¿Podemos hablar?

—No. He terminado —respondió incómoda—. Apártate, por favor.

—No —dijo cogiéndole una mano—. Lo que has visto no se repetirá.

—¿Estás seguro? —Lo miró entrecerrando los ojos—. Yo no.

—Perfecto. Créeme o no, pero no volverá a pasar.

—Muy bien. ¿Me puedo ir ya?, por favor.

Con las palmas de las manos hacia arriba, Nicholas se apartó y la dejó salir.

—Charlotte —dijo a pocos metros—. Cena conmigo esta noche.

—No. Prefiero seguir con mi tranquilidad, te lo dije. —Se volvió con paso decidido hasta tenerlo enfrente, quería aclararle que era mejor dejar las cosas como estaban—. No me gustan los juegos y

no pienso entrar en el tuyo. Así que déjame en paz. No quiero estar pensando en cada momento cómo vas a reaccionar, no me gustan tus cambios de humor, me agotas.

—¿Mis cambios de humor?

—Sí, aclárate, y cuando sepas lo que quieres, búscalo, pero a mí déjame.

—¿Crees que no lo tengo claro? Dime, ¿qué no tengo claro?

—Pues no sé, por ejemplo: antes en mi casa, ¿me puedes explicar qué te ha pasado? Porque aún estoy intentando comprenderlo.

Al entender que ella había confundido su salida, esbozó una ligera sonrisa, que molestó un poco más a Charlotte.

—¿Crees que me he ido porque no quiero estar contigo?

Al terminar de hablar, se abrió la puerta de la cocina y salió Lewis, el jardinero, hizo una inclinación con la cabeza a Nicholas y desapareció en el vestíbulo.

—No sé qué pensar y no quiero tener esta conversación aquí.

—Ven después —Nicholas se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla—. Por favor.

—Está bien.

Era la mejor opción, dejar las cosas claras entre ellos. A Charlotte su temperamento sosegado la ayudó a querer hablar de manera cordial sobre algo que, aunque no quisiera reconocer, desde el sábado la estaba perturbando.

Antes de las ocho se echó un último vistazo en el espejo del

baño. Se había puesto una falda corta con unos zapatos bajos, pero en cuanto vio la persistente lluvia, que no había parado en todo el día, se los cambió por las botas de agua. Guardó los otros en su bolso y con el paraguas salió al oscuro camino que llevaba pasados cien metros a la otra casa.

A través de la ventana del salón, Nicholas la vio llegar, se dirigió rápido al vestíbulo y coincidió con Maggie, que después de escuchar el timbre también fue a abrir.

—Abro yo, es Charlotte.

—¿Se encarga usted? —preguntó extrañada. Él afirmó sonriendo—. Entonces vuelvo a la cocina. La cena estará lista en media hora.

—Perfecto —dijo abriendo.

—Hola —saludó Charlotte sorprendida. Nicholas nunca abría la puerta—. No deja de llover.

—¿Necesitas secarte?

—No, pero me voy a quitar las botas.

Nicholas cogió el paraguas, lo llevó a un rincón y lo colocó en un soporte de hierro forjado. La ayudó a quitarse el impermeable y la observó sentarse en la escalera mientras lo colgaba. El movimiento de sus piernas que, al cruzarlas para ponerse los zapatos, mostraron gran parte de la piel clara de sus muslos, lo dejó absorto con los brazos en el perchero, pensando en una suavidad que deseaba sentir otra vez bajo su tacto.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó Charlotte al levantarse.

—Donde quieras —respondió sacudiendo la cabeza al

reaccionar.

—La mesa pequeña del salón —comentó Charlotte de buen humor, le hizo gracia verlo tan concentrado en ella—. Es lo más parecido a lo que yo hago.

—Vamos. —Nicholas le cogió la mano y la llevó por el pasillo. La soltó al llegar a la puerta corredera, la abrió e hizo un gesto galante para que entrara—. ¿Qué quieres beber?

Charlotte se sentó en el sofá, justo detrás de la mesa elegida para la cena.

—Vino, pro si tienes una cerveza, también me vale.

—Ahora vuelvo.

Lo vio salir con sus andares elegantes y sonrió contemplando un culo firme al que los vaqueros le sentaban de maravilla. Llevaba un polo negro de mangas cortas, mostrando la buena forma física de sus brazos y espalda. Entre la equitación y la hora diaria nadando, Nicholas tenía un cuerpo musculoso demasiado atrayente para cualquier mujer. Volvió con dos botellas de cerveza, las abrió y sirvió en vasos. A Charlotte no le pareció apropiado reír y disimuló apretando los labios. Nicholas no destacaba por su colaboración en la casa, no interfería con Maggie y los dos tenían asimilados sus roles a la perfección.

—Has comprado IPA —dijo contenta.

—Sí, recordé cuánto te había gustado —explicó Nicholas sonriendo, pensó en el día de Oxford, cuando apenas se conocían y conectaron muy bien—. Estuviste varias horas diciéndomelo entusiasmada.

—Tampoco fueron horas —replicó Charlotte sorprendida por su exageración.

—¿Seguro? Creo recordar que fueron dos horas de trayecto.

—Bueno da igual. —Cortó riendo y bebió un trago—. Me encanta el sabor amargo, es peculiar.

—Solo lo dijiste dos veces. —Nicholas se sentó a su lado y le dio un beso cariñoso en la mejilla—. ¿Qué has hecho esta tarde?

—He ido al establo, pero estaba cerrado, así que he investigado un poco. ¿Y tú?

—He intentado escribir hasta hace un rato.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó relajada después de beber.

—La última vez que estuve con una mujer fue hace dos años —dijo rápido.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. ¿Qué me quieres decir?

—Si me fui de tu casa no es porque no te desee —murmuró —. Me puse un poco tenso. —Se removió incómodo—. Lo siento.

—¿Por mí? —Charlotte lo miró y olvidó su recelo cuando lo vio afirmar con la cabeza. Asumió que la imagen de seductor y engreído que casi todo el mundo tenía de él no podía estar más alejada de la realidad, el auténtico Nicholas Finch-Hutton se estaba descubriendo—. ¿Te pongo tenso?

—Mucho.

—Vaya… —dijo con el ego por las nubes. Con esa confesión Nicholas aumentó su atractivo ante ella; desestabilizada desde el primer beso—. Creía que estabas acostumbrado a estar con mujeres.

—Estoy acostumbrado, pero de otra manera. Tú me alteras hasta lo indecible, y también me relajas hasta casi dejar de sentir el peso.

Sonrió agradecida y bajó la vista un poco avergonzada; él conseguía hacerla sentir igual.

—Nick, ¿les traigo la cena aquí? —preguntó Maggie al entrar —. Hola, Charlie.

—Hola, Maggie, —dijo alegre. Desde los primeros días mantenían un trato excelente lleno de complicidad y afecto—. ¿Qué has preparado?

—¿Señor? —preguntó Maggie buscando la aprobación de Nicholas. Se la dio bajando una vez los párpados—. Rosbif con verduras al vapor y un pudin de queso. El postre es una sorpresa en tu honor.

Guiñó un ojo a su jefe y los volvió a dejar mientras terminaban las cervezas.

—Voy a tener que venir todos los días —dijo Charlotte risueña.

—¿Qué estás comiendo en tu casa?

Nicholas se planteó que no debería haber consentido que se alimentara sola; esa delgadez sugería que la comida no era prioritaria para Charlotte; aunque a su favor lo único que encontró fue que casi siempre comía y cenaba en la biblioteca, en una solitaria bandeja sobre la mesa.

—Ha sido una broma —dijo Charlotte, acariciándole la mejilla.

Maggie regresó con un carro de servicio y les dejó la cena a su disposición. Por no comer inclinado en el sofá, Nicholas se sentó en el suelo bajo la mirada sorprendida de Charlotte, que siguió su invitación y se acomodó enfrente con las piernas cruzadas. La falda dejó visibles unas bragas cautivantes para Nicholas, que tragó despacio, incapaz de apartar los ojos de la entrepierna femenina.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—No sabía que comeríamos en el suelo. ¿Ves cómo eres un voluble? Pasas de cubertería de plata a esto como el que no quiere la cosa.

Nicholas rió por el tono divertido de la observación, sirvió un plato de carne con guarnición para cada uno y llenó dos copas de vino tinto.

—¿Estás cómoda?

Charlotte trataba de bajarse un poco la falda.

—Más o menos. Y deja de mirar, por favor.

Probó la carne y la masticó saboreándola sin que él apartara los ojos de ella, en ese momento los labios habían captado su atención.

—No sé si podré, pero lo voy a intentar. ¿Te gusta la carne?

—Sí, está deliciosa, y el vino también.

—Me alegro. Si te apetece, come conmigo entre semana, antes de irte.

—No quiero romper tu rutina —dijo despreocupada. Viendo la seriedad de él, añadió—: De vez en cuando me puedes invitar.

—Está bien.

—¿Por qué permites que tu ex se presente aquí para sacarte dinero?

—Te lo dije esta mañana, eso se ha acabado.

—No entiendo por qué después de estar divorciados has seguido dándoselo.

—Para que dejase de hablar de mí en público. Nunca quise hacerle daño.

—Aunque no soy nadie para decírtelo, creo que ciertas cosas no se deben permitir. Sin tener en cuenta que da la impresión de que para ella seguís casados.

—Es muy lista, y utiliza su infinita variedad de registros para tocarme la fibra sensiblera.

—¿Eres sensiblero? —preguntó medio en broma—. Pues será con ella.

—¿Por qué dices eso? —Nicholas apretó el ceño—. ¿Te trato mal?

—No, no me tratas mal, pero he pensado alguna vez que eras frío y distante.

Nicholas la observó reflexivo y dejó los cubiertos en el plato.

—Si te he dado esa impresión, ha sido porque soy bueno disimulando.

Terminaron tras un rato bromeando, se sentaron en el sofá y Charlotte por fin pudo sentirse más cómoda.

—¿Quieres una copa? Me voy a poner un whisky.

Nicholas se levantó a la vez que Maggie entró con una tarta.

—¿La dejo aquí? —preguntó a Charlotte, señalando la mesa

pequeña..

—Sí. Vaya pinta, Maggie —dijo sincera. La tarta casera de frambuesa y chocolate pedía a gritos ser probada—. Me encanta.

—Espero que haya salido buena. —Maggie cogió el carro y mirando sonriente a Charlotte añadió—: No te la comas toda.

—No, descuida, te dejaremos que pruebes tus propias creaciones —dijo Nicholas sirviéndose su copa—. Charlotte, ¿qué te pongo?

—Algo dulce, no muy fuerte y a ser posible frío.

—¿Un brandy con hielo? —preguntó casual. Recibió una negativa, pensó durante unos segundos—: ¿Ron añejo con hielo?

—¿Baileys? —dijo Charlotte con un mohín y una ligera sonrisa.

—Ahora te lo traigo —dijo Maggie eficiente—. En la despensa tengo una botella.

Nicholas elevó las cejas, movió la cabeza y sonrió irónico.

—Gracias, Maggie. —Charlotte aguantó la risa; verlos juntos era siempre una experiencia divertida; se complementaban como polos opuestos y no se privaban de un marcaje lleno de indirectas o directa sutileza que no ocultaba tampoco un cariño sincero. En cuanto se quedaron solos preguntó—. ¿Desde cuándo trabaja para ti?

—La contraté unos días después de comprar esta casa, unos doce años. Es un personaje, pero en el fondo nos queremos —admitió sonriendo—. Y cuenta con mi total confianza.

—A veces salgo de la biblioteca, voy a la cocina y charlamos un rato. Tiene un humor contagioso, me cae muy bien.

—Creía que ibas al baño y resulta que te vas a hablar con ella.

—La semana pasada no me diste mucha conversación.

Nicholas cambió el gesto y se concentró en la tarta, no añadió nada más. No tenía ganas de recordar su malhumor al saber que había salido con su hermano. Cortó una porción que colocó en un plato, se lo ofreció y se sentó a su lado. Charlotte cogió la cuchara, probó un bocado y saboreó con parsimonia la textura del chocolate fundiéndose con el frescor de las frambuesas, cerró los ojos y dejó escapar un gemido placentero.

—¿Qué tal? —preguntó Nicholas.

—Perfecta, pruébala.

Sonriendo, Charlotte volvió a llenar la cuchara, se la acercó a los labios y Nicholas en el acto abrió la boca, lo degustó despacio sin dejar de mirarla.

—Muy buena.

Se inclinó sobre ella y la besó pausado, compartiendo con sus lenguas los dulces sabores de sus bocas. Ganó intensidad hasta que Nicholas se vio obligado a detenerse y controlar el deseo que lo inflamaba. La otra opción era abalanzarse encima y acabar con la tortura que le suponía tenerla cerca.

—Será mejor que me vaya. —Charlotte volvió a sentir el vacío de la decepción y prefirió irse a ser rechazada. Necesitaba salir pronto y calmar sus nervios. Otra vez lo había hecho; avanzaba y retrocedía de igual forma—. Es muy tarde, hasta mañana.

Se levantó y dejó a Nicholas resignado, que siguió sentado

observándola atento. En cuanto la vio en la puerta, reaccionó y fue tras ella. En el pasillo se toparon con Maggie, que intuyó la tensión y dio la vuelta de inmediato llevándose el Baileys, ya vería dónde acababa.

En el vestíbulo, Charlotte se puso el impermeable, obstinada en no mirarlo.

—Espera —dijo Nicholas firme—. Te acompaño.

La ayudó a terminar, cogió su chaqueta, un paraguas, y abrió la puerta cediéndole el paso. Comprobaron en el zaguán que la lluvia no solo persistía, sino que arreciaba y no tenían visibilidad en la oscuridad de la noche.

—No me he dado cuenta de que seguía lloviendo —dijo Charlotte.

—Ni yo.

Pocos metros después de empezar a andar, Charlotte recordó las botas de agua; aunque ya era un poco tarde; sus pies encharcados y sus piernas recién salidas de un baño confirmaban el retraso de la idea. Nicholas intentó cobijarla bajo el paraguas, pero soplaban unas rachas de viento agresivas que los convirtieron en un blanco fácil pasados por un agua helada que calaba hasta los huesos. Al llegar a la puerta de Charlotte, el aspecto de sus ropas era deplorable.

—¿Vas a entrar o prefieres huir? —preguntó irónica.

Nicholas la miró, respiró hondo tranquilizándose; volvía a sentirse inseguro, pero necesitaba estar con ella.

—Entrar.

Los ojos de Charlotte brillaron en la oscuridad, tiró de su mano, le fundió la piel y consiguió calmarle sus temores subiendo al dormitorio. Entraron y empezaron a desnudarse. Charlotte, mucho más eficaz que Nicholas, fue al baño en ropa interior, cogió dos toallas y cuando salió se quedó inmóvil observándolo, incrédula. Sentado en el borde la cama, solo se había quitado la chaqueta, los zapatos y los calcetines.

—Estoy pensando en serio que te avergüenzas de algo o que tienes algún problema físico.

—¿Qué? —preguntó distraído.

Expuesta a un verde escrutinio, Charlotte se situó delante y le dio una toalla. Nicholas no la cogió, se limitó a aprisionar los labios con fuerza, concentrado en su dedo índice, que recorría despacio el borde de sus braguitas y bajaba hacia las caderas. No entendía qué le pasaba con ella, algo que lo desconcertaba y asustaba por igual; era como si nunca hubiese hecho el amor. Charlotte se sentó a horcajadas en sus piernas, sintió la fría humedad del pantalón, y una indecisión que no esperaba.

—Nicholas, mírame. —Le sujetó la cara con las manos, viendo al hombre que le gustaba tragando preocupado—. No tienes que demostrarme nada, pero si me rechazas ahora no seré capaz de volver a intentarlo.

El silencio como respuesta no convenció a Charlotte. Claudicó, negó con la cabeza y movió el cuerpo para abandonarlo. De repente, notó las manos de Nicholas en su cintura reteniéndola.

—No te vayas.

Sus bocas se enzarzaron en una lucha húmeda mezclando el deseo que los dos sentían. Helada, con la respiración sofocada, Charlotte subió su jersey, se lo quitó y acarició por primera vez un pecho sólido que consiguió filtrarle todo su calor.

Esas caricias suaves y una sonrisa confiada fueron el empujón necesario para que Nicholas se dedicara a amar a la preciosa mujer que tenía encima, esa que se había adueñado de su cabeza e interfería en su vida tranquila y ordenada.

Charlotte empujó a Nicholas hasta tumbarlo y empezó a bajarle el pantalón con rapidez. Cuando lo dejó solo con los bóxers negros, percibió su piel erizada; descartando el miedo por el deseo que refulgía en sus ojos, lo contempló con descaro mientras tocaba segura su erección.

—No estás mal para tu edad —susurró Charlotte, besándole el cuello.

La vibración de su voz fue una descarga y Nicholas reaccionó de inmediato.

—No soy tan mayor.

Sonrió mientras le desabrochaba el sujetador.

—No.

Al notar la boca de Nicholas en sus pechos, no pudo decir nada más, Charlotte cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejándose envolver por unas sensaciones maravillosas. Con un movimiento brusco, Nicholas la situó bajo su cuerpo y se entregó a sus labios con entusiasmo; ya no podía detenerse. Sin dejar de mirarla, se volvió más atrevido, le bajó las bragas y dejó un reguero de besos en

su pubis hasta besar su sexo con suaves toques de una lengua que se abrió paso con acierto, mojándolos a los dos con la misma excitación.

—Me estás volviendo loco.

Con la mirada muy dilatada recorrió otra vez su abdomen, dejando pequeños besos hasta que atrapó su boca con el deseo voraz que lo empujaba. Charlotte metió las manos bajo sus calzoncillos y los deslizó por sus piernas. En cuanto la dura erección quedó libre delante de sus ojos, se mojó los labios y le recorrió ansiosa las nalgas con las manos.

Nicholas necesitaba sentir todo su cuerpo; no podía dejar de tocar unas curvas suaves, que se apretaban contra su pecho, o aspirar un olor que lo envolvía y hechizaba o degustar un sabor que lo convertía en un salvaje. Quiso recorrer cada milímetro de su piel con devoción, sin prisas, pero el poco control que le quedaba se había esfumado.

—Me muero por estar dentro de ti —jadeó con voz grave—. ¿Estás segura?

—Por favor, Nicholas —suplicó—. No puedo aguantar más.

Alineó el cuerpo perfectamente al de ella, su miembro dio varios toques en el inflamado clítoris, y los gemidos de Charlotte cada vez que se rozaron, fueron el aliciente perfecto para penetrarla de una vez. Entró empujando con potencia y se movió con un ritmo lento que pasó a otro más rápido entre suspiros sincronizados en un balanceo constante y profundo que fue convirtiéndose en frenético e irracional.

Las piernas de Charlotte rodearon sus caderas y las manos le apretaron las nalgas buscando una liberación que llegó con el grito

enardecido de su nombre cuando un orgasmo tremendo la sacudió como un rayo iluminando la noche. La tormenta no tenía nada que hacer contra la sensación de la descarga de Nicholas eyaculando en su interior.

—Dios —resopló cansado.

Acariciándole el cabello, Charlotte sosegó la respiración entrecortada. Unos minutos después, Nicholas se apartó. Permaneció tumbado sobre su espalda con la mano en el corazón y los ojos cerrados. Charlotte se giró hacia él y recorrió con la yema de los dedos un atrayente pecho masculino con un poco de vello rizado.

—¿Estás bien? —preguntó inquieta por su silencio.

—Sí —dijo sonriendo—. Eres perfecta.

—Y tú. —Charlotte le dio un besito cariñoso en el hombro—. ¿Por qué no querías hacerlo?

—Sí quería, pero estaba un poco asustado.

—¿Por qué?

Se incorporó frunciendo el ceño, ocultando sus preciosas esferas de topacio entre un caos de pestañas doradas.

—Porque me gustas mucho y había perdido la práctica.

Nicholas acarició lentamente su mejilla mientras Charlotte pensaba en lo guapo que era y en esa mirada risueña que sus ojos no dejaban de regalarle. Le parecieron preciosos, magnéticos, no podía dejar de mirarlos perdida en su profundidad. Aquellos verdes, desde los más claros al más oscuro, formaban círculos sinuosos hasta confundirse con el negro del centro; y unos destellos cobrizos, que se difuminaban con todos, brillaban como un metal fundido abrasado por

el calor.

—Tú a mí también me gustas —susurró Charlotte.

Nicholas la besó en los labios y se incorporó; si no se iba, estaría en sus manos.

—Me tengo que ir.

—¿Tienes? o ¿Quieres?

—Debo —dijo con una leve sonrisa—. Hoy casi no he hecho nada.

—Sigue lloviendo.

Charlotte perezosa le acarició el pecho.

—Estoy acostumbrado, además me gusta.

—Vale.

Intentando domar sus mechones despeinados, Nicholas ignoró la persuasión de la voz desilusionada de Charlotte.

—¿Por qué no te lo cortas? —preguntó curiosa.

Lo tenía por encima del cuello y casi siempre se lo recogía tras las orejas. Ese aspecto salvaje difería de la imagen distante que a veces tenía de él y le encantó. A ese Nicholas muy pocas personas lo habían visto; estaba segura.

—Me gusta así. Además hasta que no termine la novela no me lo voy a cortar; una promesa.

Nicholas terminó de vestirse y se acercó a la cama. Charlotte con pudor sostenía la sábana contra su pecho, siguiéndolo con la mirada. Él se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido en los labios.

—A mí me gusta tu corte —comentó divertido, pasó una mano alborotando el cabello de ella—. A lo mejor me lo hago.

—No creo que te favorezca, a no ser que quieras parecer un adolescente jugando a rockero.

—No, por favor —replicó con una mueca de horror—. Me voy, nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

El tono bajo de Charlotte un poco melancólico lo dejó un segundo inmóvil.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas, volviendo sobre sus pasos.

—Sí.

—Vale. Descansa.

La miró un instante más y salió de la habitación. Cuando bajaba la escalera estuvo a punto de volver, pero cambió de opinión, necesitaba pensar y con Charlotte en la cama era imposible. Tras mucho tiempo sin sentirse cómodo con una mujer, no solo sintió una comunión física perfecta, sino también le gustaban su carácter e inteligencia. Debía tomárselo con calma y dejar que las cosas fluyeran de manera natural; aunque esa mirada triste como despedida martilleaba sin cesar su conciencia. Deseó quedarse y borrarla, pero no lo hizo para no ponerse en una posición vulnerable que no quería volver a sentir.

Recordó cuando Amanda y él se conocieron. Durante los primeros meses eran insaciables, incluso dejó de escribir envuelto en las redes del deseo. Unos años después, dos exactamente, comprendió que todo había acabado y empezó su martirio. No habló con ella hasta que su distanciamiento se hizo evidente y, aun así, siguieron juntos

varios años más; los peores de su vida.

Al cabo del tiempo, llegó a pensar que su error fue dejarse arrastrar por el sexo en vez de por lazos más profundos que los hubiesen hecho andar en la misma dirección. Esos mismos lazos lo unían a Charlotte, noqueado desde que la conoció. Compartían afinidad interna, compatibilidad intelectual, y una increíble atracción física; cumplía con nota sus expectativas.

Charlotte se arrebujó en la cama soñando despierta. Era la primera vez que había hecho el amor con otro hombre desde que dejó a Nigel y la temporada que preveía iba a pasar sola, no iba a ser así. Con el olor de Nicholas cayó en su abismo, lo sintió en ella, y no sabía si reír de felicidad o llorar. Se empezaba a colar en su vida con la misma sutileza que el sonido de su voz la envolvía o la atrapaban esas melodías que tanto le gustaban tocar.

El día siguiente, después de salir a montar un rato y tomar una ducha, Nicholas se vistió con un pantalón azul marino y una camisa blanca. Enseguida bajó a la cocina y Maggie, como siempre, lo recibió con el desayuno en la mesa.

—¿Cuándo viene tu hijo? —preguntó Nicholas.

—El viernes. Trae a los niños a pasar el fin de semana, a ver cómo se adaptan.

—Seguro que les gusta esto. ¿Cómo lo lleva él?

—A ratos —comentó con tristeza. Le cuesta asimilarlo.

—A veces es lo mejor, Maggie. Ya verás como pronto encontrará a alguien.

—¿La ha encontrado usted?

—No me llames de usted —dijo resignado—. Te lo digo todos los días.

—No, porque después su madre me lo reprocha. Acuérdese del año pasado.

—Eres una exagerada, mi madre nunca te ha dicho nada.

—No hace falta, algunas miradas son suficientes. Y no cambie de tema. ¿Qué pasa con Charlotte?

—¿Por qué? —preguntó fingiendo despreocupación.

—Trabajo aquí desde antes de que se casara con quien sabemos. —Al escucharla, Nicholas sonrió. Maggie se emborrachó a la salud de Amanda el día que se divorciaron y, desde entonces, se negaba a llamarla por su nombre. De hecho, Maggie desaparecía volviéndose ilocalizable cada vez que venía sin avisar y, siempre misteriosamente, regresaba cuando su exmujer se iba—. No me mienta, he visto cómo se miran. ¿A que es un encanto?

—Sí —afirmó contento.

—Pues no la deje escapar. La vida es corta, Nick, y si ha aparecido después del tiempo que lleva solo será por algo.

—Veo que estás haciéndote tu propia historia.

—De eso nada, el escritor es usted. Yo solo hablo de lo que veo.

—Te estás volviendo muy observadora —dijo él, bebiendo de su taza.

Maggie encogió los hombros y se levantó para recoger las cosas de la mesa. Al mismo tiempo, sonó el timbre, y Nicholas casi de

un bote saltó de su silla.

—Voy yo.

La mujer lo observó sonriendo y desapareció tras la puerta.

Sorprendida porque cuando solía llegar ya estaba trabajando en la biblioteca, Charlotte echó el cuerpo hacia atrás en cuanto lo vio.

—Hola —saludó pasando por su lado sin muestras de afecto —. ¿Por qué abres tú?

—Buenos días. ¿Por qué no voy a abrir? Es mi casa.

—Porque nunca lo haces —dijo irónica, avanzando por el pasillo.

—Cuando estoy trabajando no, pero si puedo sí lo hago.

—Si tú lo dices…

Al entrar en la biblioteca, Charlotte notó que no había empezado, dejó el bolso detrás de su silla y se giró hacia la mesa de él, pero otra vez la sorprendió; inmóvil, muy cerca, con los brazos cruzados.

—¿Qué te pasa hoy? —Charlotte lo miró frunciendo el ceño; ese comportamiento era extraño. Antes de llegar se repitió muchas veces que seguiría en su línea profesional durante las horas que pasaban trabajando, pero la mirada alegre y la sonrisa de Nicholas indicaban que su intención era mezclarlo todo—. ¿Qué?

—Estoy esperando —dijo tranquilo, acortó la poca distancia entre ellos y se plantó delante con un brillo inconfundible en los ojos —. Alégrame la mañana. —Nicholas sujetó su cara entre las manos y la besó con suavidad, lleno de calor y ternura. Se separó contento y volvió a besarla en la mejilla—. Ahora sí.

Poco después retomaron su rutina y Charlotte empezó a bombardearlo con datos que incrementaban su curiosidad.

—Bueno, veamos, según esta hipótesis, utilizaron dos rampas, unas dinámicas en el exterior fáciles de trasladar y otras estáticas en el interior casi sin pendiente. Las de Meroe son más pequeñas y con este tipo de rampas las pendientes eran casi nulas.

—¿Tienes idea de cómo las construían?

—Sí, aquí te he hecho unos esquemas. —Le mostró otros documentos—. Pero si te fijas, lo que hacían era escoger un ángulo adecuado para que la pendiente anulase la gravedad; así vencían el rozamiento al arrastrar los bloques.

—¿Crees que usaron esta técnica?

—A mí es la que más me convence, han hecho un modelo en 3D que funciona y es posible que, si hicieron así la gran pirámide de Keops, en Nubia dos mil años después la técnica estuviera mucho más depurada. Con esto podían hacer maniobras complejas sin correr riesgos —dijo Charlotte señalando otra parte del dibujo donde se veían unos rellanos—, también trasladaban más bloques en menos tiempo. Ten en cuenta que la pirámide de Piankhi se construyó en muy pocos años. Cuando volvió de Egipto tenía más de treinta, si murió con poco más de cincuenta, materialmente tuvo que construirse muy rápido. No creo que nada más regresar decidiera hacerla, empezarían con el diseño, tardarían un tiempo en ejecutarla; el acopio de los materiales se hacía por el Nilo, necesitaban un número considerable de trabajadores…

—Pero es mucho más inclinada que las de Egipto.

—Ya, pero vencían el rozamiento si el ángulo de las pendientes no superaba los 3.9º y con esas longitudes de casi ochenta metros, era como una escalera lateral con forma de zig-zag. Parece la técnica más segura y fiable de todas, pero son solo hipótesis.

Nicholas terminó de anotar algunos datos y volvió a centrarse en su historia, mientras, Charlotte buscó información sobre los símbolos del papiro hallado en la mastaba de la momia desconocida. Ensimismada interpretó unas imágenes abstractas que contradecían los planos de la cámara de Piankhi que habían fotocopiado en Oxford; si no se equivocaba, aparte de confirmar quién era el arquitecto, estaba ante un hallazgo que podía significar un paso decisivo en su carrera.

CAPÍTULO V

Londres, Inglaterra
16/10/2010

El sábado llegaron a Londres por la mañana, Nicholas paró en doble fila en la puerta del nuevo apartamento de Charlotte y salió del coche para coger su ligero equipaje del maletero. Habían venido juntos, pero sus reiteradas peticiones para que acudiese con él por la noche al cumpleaños de su madre, no la convencieron, a pesar de que desde hacía tres semanas no ocultaban su relación a nadie. Sin darse por vencido, volvió a la carga:

—¿De verdad no quieres venir?

—De verdad.

Charlotte lo besó en los labios.

—Te recojo mañana temprano.

—No mucho ¿vale? Voy a salir con Sarah.

—No quiero volver muy tarde. —Nicholas rozó su cuello con la nariz; no le apetecía irse solo—. Te voy a echar de menos.

—¿A las doce? —preguntó Charlotte sonriendo—. Y comemos por el camino.

—Aquí estaré. —Acariciándole la cara—. Sé buena.

—Tú también.

Una vez en su apartamento, a Charlotte se le cayó el alma a los pies. Comprobó que todo estaba por medio. Los pintores ni

siquiera retiraron la escalera tres días después de haber terminado. Por suerte, al dormitorio solo le faltaban algunos detalles y esa misma semana los fontaneros acabaron de colocar la nueva ducha y la grifería del baño. Tanto ella como Sarah confiaban en tenerlo listo antes de cambiar el suministro eléctrico de nombre, con un plazo límite del propietario hasta noviembre; no era mucho, pero en el salón aún quedaba por comprar los muebles, no tenía lámparas ni cuadros ni sofás. Abrió las ventanas para que el fuerte olor a pintura desapareciera y sacó algunas prendas de su bolsa de viaje.

Más tarde llegó Sarah con unas muestras de tela para los sofás, y pasaron un rato probando el muestrario sobre una pared de color mostaza.

—¿Y este? —preguntó Sarah.

Tenía un tono gris oscuro que resaltaba con fuerza.

—Me gusta. ¿Y este?

Charlotte colocó otra casi blanca.

—No sé, Charlie —comentó Sarah paciente—. Prefiero el gris, pero es tu casa.

—Es muy difícil, me gustan varias.

—Aclárate. Debes decidirte o me encargo yo.

—El gris.

—Perfecto —dijo Sarah mientras anotaba la referencia. Cuando terminó, la miró sonriendo—. ¿Cómo te va con el escritor? No me has contado nada desde que nos vimos la última vez.

—Bien.

La felicidad que reflejó una sonrisa pícara, no pasó

desapercibida para Sarah, la conocía. Intrigada entrecerró los ojos, y Charlotte apretó los labios.

Sarah abrió la boca en un círculo perfecto.

—Te has enrollado con él…

—Un poco —dijo Charlotte sin poder contener más la risa.

—¿Un poco? Menudo chollo de trabajo. Con razón pasas de la casa. —De manera confidencial preguntó—. ¿Cómo lo hace?

—Sarah, por favor.

—Joder, Charlie…, está bueno, tiene pasta, es famoso. Cuando te vaya mal, lo cuentas y te forras.

—No podría hacerle eso —comentó Charlotte aún sabiendo que Sarah bromeaba, pensando en los problemas que Amanda le ocasionaba a Nicholas. Una de las pocas cosas que tenía claras era salvaguardar lo que había entre ellos; demasiado especial para los dos como para lanzarlo a los cuatro vientos cuando ninguno era dado a compartir esa intimidad—. Con su exmujer tiene bastante.

—¿La conoces? —preguntó curiosa Sarah—. Cuando la vimos con él me pareció más fea que en las revistas.

—No es fea —dijo Charlotte diplomática, aunque se retractó —. Quizás desagradable. No nos conocemos, al menos ella a mí no me conoce.

—Mejor para ti. Tiene pinta de mala gente.

El sonido del móvil indicó a Charlotte la llegada de un mensaje. Lo cogió y comprobó que era de Nicholas: «*Te echo de menos, N.*». Sonrió al leerlo y respondió: «*¿Aguantarás 24h?* ;)».

—¿Es él? —preguntó Sarah.

Charlotte risueña afirmó con la cabeza y Sarah mostró un gesto de incomprensión, pero también sonreía. Tras unos segundos, el teléfono volvió a sonar: «*No. ¿Nos vemos luego?, N*».

—¿Dónde crees que estaremos sobre las doce? —preguntó Charlotte.

—No sé, ¿quieres quedar con él?

—Me está preguntando si nos podríamos ver esta noche, pero no sé dónde decirle. No vamos a meterlo en el Plastic o el Xoyo.

Sin darle más vueltas, tecleó: «*Llámame más tarde y te digo dónde estoy, Ch.*».

En Mayfair, Nicholas llegó a la casa de sus padres dando un corto paseo. Apenas esperó cuando lo recibió Patricia dejando patente una belleza serena y elegante con un traje claro de chaqueta y falda.

—Hola, Nick —saludó contenta dándole un beso en la mejilla, admirando el porte de su hijo, que vestía un traje gris oscuro muy apropiado para el bronceado permanente de su piel; ventaja de vivir en el campo—. Ese color te sienta muy bien. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. Felicidades. ¿Y vosotros?

—Perfectos, cariño.

—Toma te he comprado algo.

Patricia descubrió dentro de una bolsa pequeña de joyería unos pendientes de diamantes sencillos y sobrios.

—Son preciosos, muchas gracias —dijo con una sonrisa y otro beso en la cara—. Pero no hacía falta. Papá y Tristam están en la biblioteca. Dentro de unos minutos empezarán a llegar los invitados,

ve con ellos mientras voy a ver cómo van los preparativos.

Cuando se aproximó a la puerta, Nicholas escuchó a su padre con la voz más alta de lo habitual, enfadado.

—Hola —dijo Nicholas entrando—. ¿Cómo estáis?

James se sorprendió por la interrupción, pero se levantó con agilidad y saludó a Nicholas con varias palmadas en el hombro.

—Hola, Nick. ¿Cómo va la novela?

Observando el cariño que James Finch-Hutton demostraba por su hijo mayor, Tristam siguió impasible sin intención de unirse a ellos; harto de que lo tratasen como a un adolescente. El único que lo comprendía, esa noche no se dignó en aparecer, tenía otro compromiso en Salisbury.

—Bien, según lo previsto —comentó Nicholas. Fue al mueble bar para servirse una copa—. ¿De qué hablabais?

—Tu hermano, como siempre, metiendo la pata.

—No he metido la pata —dijo Tristam a punto de perder la paciencia—. Si no entienden mi trabajo que se jodan.

Nicholas se sentó en uno de los sillones frente a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intrigado.

No tenía constancia de ningún problema, aunque Tristam y él solo habían hablado por teléfono un par de veces desde la última vez que se vieron.

—Nada —respondió Tristam—. La gente es incapaz de valorar el trabajo de los profesionales y a la fuerza quieren que cambie unos diseños que no quiero cambiar.

—Nick, por favor. ¿Puedes decirle a tu hermano que las cosas

no son así?

—No sé qué decir. Entiendo que tus clientes quieren modificar algo del trabajo que les has presentado, ¿no?

—No es “algo”, Nick —dijo resoplando—. Si lo cambio pierdo el concepto. No quieren enterarse.

—Quien no se entera eres tú —recriminó James serio—. A ver qué vas a hacer cuando vuelvas a estar sin dinero.

—A mí no me mires —dijo Nicholas negando rápido con la cabeza—. Le he cortado el grifo.

—Gracias a los dos, sois la hostia —dijo Tristam indignado—. Si no fuera por Gordon no sé qué sería de mí.

Se levantó murmurando tacos y salió de la habitación, mientras James siguió sus pasos con la mirada. Gracias a Gordon siempre se libraba de sus sermones, pero desde hacía un mes él y su amigo tenían un acuerdo con respecto a Tristam y sus días de *viva la vida* habían terminado.

—Te noto más contento —comentó James.

Nicholas sonrió, viéndose reflejado en él. Su padre tenía el pelo blanco y estaba mayor, pero compartían rasgos físicos y sobre todo el carácter; algo que a veces sacaba de quicio a su hermano.

—Me encuentro bien.

Bebió un sorbo de vino relajado.

—¿Alguna mujer?

—Sí, hay alguien.

Sin ocultar su buen humor al recordar a Charlotte.

—Me alegro por ti. ¿Quién es?

—La egiptóloga que me está ayudando, mamá la conoce.

—Cuando quieras la traes para que lo haga yo también.

—Pronto. Por cierto, ¿cómo le está yendo a Vicky?

—Bien, está emocionada. Me ha dicho que cuando termine quiere empezar a trabajar lo antes posible. Está sacando unas notas excelentes.

—Es muy joven. No creo que tenga problemas para empezar a trabajar cuando quiera.

—Lo sé, pero me gustaría que hubiese estudiado aquí. La echo mucho de menos —dijo tristón. James reflexionó con remordimientos—. Era tan pequeña cuando la mandamos al internado.

—Tranquilo, volverá. —Nicholas sonrió—. Es tu niñita mimada.

—No lo digas delante de Tristam, con ella es como si aún tuviera diez años.

—James, Nick. —Patricia abrió la puerta—. Salid, por favor.

Cuando llegaron al comedor, el buen humor de Nicholas se evaporó de inmediato al ver a Amanda hablando distraída con algunos amigos de sus padres. Agarró de forma suave el codo de su madre y la llevó de vuelta a la biblioteca. Patricia con una sonrisa forzada se dejó guiar por él, que nada más entrar no ocultó su enfado.

—¿Por qué está Amanda aquí?

—Nick, porque me llamó para felicitarme y me preguntó por la cena. Siempre ha venido.

—Eso se acabó. Llevamos dos años divorciados, es hora de

que cada uno siga su camino. ¿No crees?

—Sí, desde luego. —Patricia intuyó un cambio. Su hijo nunca le reprochaba nada y si la presencia de Amanda lo incomodaba, no sería ella quien tratara de imponérsela; la relación superficial que mantenía con su exnuera era prescindible, incluso deseada; no eran pocas las ocasiones dónde debían echar mano de toda su educación para no dejarla en evidencia—. Lo siento, no sabía que iba a molestarte.

—Ahora lo sabes. No es de esta familia y te agradecería que si otra vez la invitas, me avises para no venir.

—¿Os ha pasado algo?

—No —dijo rápido. No quiso explicarle los detalles de la última reunión con su abogado. Si supiesen las andanzas de Amanda, no tendría todavía abiertas las puertas de su casa—. Lo de siempre.

—Lo siento —dijo Patricia arrepentida—. Trata de pasar el rato lo mejor posible y no te enfades.

—Muy bien, pero ceno y me voy.

Sarah recogió a Charlotte en el apartamento y, nada más verse, las dos mostraron su mutua desaprobación con unos mohines despectivos. Una, no entendió el vestido hippie multicolor con un chaleco de cuero y una gorra de lana roja. La otra, un pantalón pitillo negro en unas piernas de vértigo con unas bailarinas negras.

—¿Por qué no te has puesto tacones? —preguntó Sarah.

Empezaron a andar hacia su primera parada para recoger a Laura y a Rachel.

—Por la misma razón que tú te pones esa ropa, voy cómoda.

—Yo no me puedo poner tus pantalones, tú sí puedes ponerte mi ropa.

—Puedes ponerte lo que te dé la gana, es más, lo haces. Solo que si encontraras la ropa de tu talla, no parecerías un perchero ambulante lleno de una colección de los años setenta.

—Vete un ratito a la mierda. Que te hayas liado con un experto en moda no te da derecho a darme lecciones.

—No es una lección, es un consejo.

—Pues no lo acepto —replicó Sarah con sarcasmo.

—Pues muy bien.

Con su particular modo de ver las cosas llegaron al pub donde se reunían como preámbulo para empezar la salida. En cuanto entraron Charlotte y Sarah, vieron a sus amigas en la barra hablando divertidas. Laura, una morena con el pelo corto que vestía de manera estrafalaria, era el contrapunto perfecto para Rachel, la más sofisticada de las cuatro. Tenía una imagen elegante que cuidaba a conciencia, con solo echar un vistazo a su melena larga castaña llena de mechas doradas ya se vislumbraba el nivel de coquetería de la doctora Rachel Chamley. Aquella noche, con un maquillaje que realzaba unos rasgos atractivos, un vestido azul eléctrico y unos tacones altos, parecía recién salida de la portada de una revista de moda.

Al instante, Laura abrazó a Charlotte con tanta fuerza y alegría que sus gafas rojas de diseño se le cayeron al suelo. Tras varios meses sin coincidir, la efusividad no era para menos. Pese a todas sus

diferencias, su amistad se remontaba a diez años, cuando se conocieron allí mismo. Pidieron unas pintas de cerveza al camarero, otro viejo conocido, y se sentaron en un reservado al fondo del local, pronto empezaría a ambientarse y no quedaría ningún sitio libre; solía llenarse hasta arriba de clientes asiduos.

—Charlie, estás guapísima —dijo Rachel—. No te había visto con el pelo corto.

—¿Te gusta? Al principio tuve mis dudas, pero ya me he acostumbrado.

—¿A que es más cómodo? —preguntó Laura.

—Sí, ahora me gusta.

—Me ha dicho Laura que en enero empiezas en el *British* —comentó Rachel.

—Sí —dijo Charlotte risueña—. Estoy emocionada.

—Y harta del campo ¿no? —comentó Laura, y bebió un trago confiada—. Tiene que ser un aburrimiento.

—No sé qué decirte. —Sarah sonrió pícara, era la única que conocía la identidad del escritor —. ¿Sabéis para quién trabaja?

—¿Para quién? —preguntó Laura.

—Nicholas Finch-Hutton —dijo Sarah con un deje malicioso que daba pie a varias interpretaciones—. Alucinad…

De diferentes formas lo hicieron. Más comedida, Rachel solo asintió con la cabeza cuando consiguió cerrar la boca, pero Laura reaccionó de la manera más exagerada que se le ocurrió. Hasta pasados unos minutos no consiguieron volver a hablar sin aspavientos ni palabras malsonantes intercaladas.

—¿Cómo es? —preguntó curiosa Rachel—. Tiene pinta de estar siempre enfadado.

—Mejor que en las revistas —dijo Sarah gesticulando con las manos—. Lo conocí hace unas semanas.

—¿Por qué ella lo conoce y nosotras no? —preguntó picada Rachel.

—Nos lo encontramos por casualidad. —Charlotte suspiró y negó con la cabeza—. Hablaron dos minutos.

—Con un poco de suerte esta noche lo veremos —añadió Sarah sonriendo.

—¿En serio? —preguntó Laura incrédula—. ¿Es agradable?

—Mucho —respondió Charlotte—. No puedes hacer caso a la imagen que la prensa transmite de él; es injusta. No busca salir, y le agobia que lo reconozcan; la gente es muy impertinente a veces, egoísta por una foto para presumir o unos verdaderos admiradores, que normalmente son los más comedidos y respetuosos con él.

—Están liados —espetó Sarah sin poder reprimirse.

Charlotte sonrió entornando los ojos.

—Vaya… —Rachel curvó los labios hacia abajo—. Es muy atractivo. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta —dijo Charlotte—. Aparte de la imagen, es inteligente, atento y me río mucho con él. Me gusta.

—Ya, pero la imagen cuenta. —Laura hizo una pausa mirando la ropa de Charlotte—. ¿Te veremos como a Julia Roberts en *Pretty Woman*?

—No seas idiota —dijo Charlotte con rapidez a otra tontería

—. Prefiero tus modelitos, eres una inspiración. Eso sí, para el *Circo del Sol*.

—Deberás hacer algo cuando lo acompañes con la alta sociedad.

Las palabras de Rachel la llevaron a un tema espinoso y principal motivación para no asistir al cumpleaños; la familia de Nicholas la intimidaba; aunque en honor a la verdad, al menos de momento, Tristam y Patricia habían sido amables con ella, sobre todo él.

—A lo mejor van a ser amantes secretos —dijo Sarah.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —sugirió Charlotte cansada—. Os estoy monopolizando.

—No te preocupes por nosotras, lo estamos pasando muy bien —aseguró Rachel con guasa—. Podemos seguir un ratito más.

—Preferiría que no, contadme algo de vuestras vidas.

Varias horas más tarde bailaban animadas en Xoyo, Charlotte notó la vibración del móvil, que previsora tenía guardado en el bolsillo del pantalón, y al mirarlo leyó: «*¿Dónde estás?, N.*», contestó de inmediato: «*32 Cowper St*». Ni un minuto después, recibió otro: «*Tardo 10'*», y volvió a contestar: «*Te espero en la puerta*». Charlotte pensó que el ambiente cargado y la música electrónica no le gustarían. También estaba cansada, prefería irse con él y se despidió de sus amigas, molestas por no conocerlo.

Se distrajo con el móvil en la calle, donde un buen número de

personas en cola esperaban su turno para entrar, vio llegar a Nigel con dos de sus amigos y se giró tratando de pasar inadvertida. Miró impaciente a los coches que se aproximaban, pero no había rastro de Nicholas.

—Charlie.

Escuchó la voz de su exnovio, suavizó su expresión de fastidio y se volvió resignada.

—Hola.

—Hola —dijo Nigel, dándole dos besos en la cara—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió seria.

Él estaba igual o incluso un poco más delgado. Llevaba unos vaqueros desgastados y sus clásicas deportivas, que no se quitaba casi nunca. El pelo rubio muy corto y sus bonitos ojos azules también eran los mismos, pero ya no le afectaban; lo tenía superado por el hombre que en breve llegaría a buscarla.

Los amigos de Nigel hablaban con uno de los porteros cuando Nicholas paró enfrente del local.

—Vaya coche —comentó uno.

—Joder, menudo cabronazo —añadió el otro—. Tiene que estar forrado.

Charlotte miró en la misma dirección, vio a Nicholas y abrevió un indeseado encuentro.

—Me voy, cuídate.

—Charlie, espera. —Nigel la sujetó del brazo—. ¿Por qué te vas?

—¿Qué más te da? Déjame tranquila

—Te he llamado un montón de veces y siempre rechazas las llamadas, no respondes mis correos. ¿Sigues enfadada? —preguntó Nigel al cogerla por la cintura y empezar a balancearla cariñoso—. Vamos… Quédate un rato. Tenemos que hablar.

—No —dijo rotunda—. Déjate de chorradas y suéltame.

Nicholas observó cómo un tipo la tenía agarrada. No sabía quién era, pero veía la incomodidad en el rostro de Charlotte e intuyó que la estaba molestando con una actitud posesiva que lo indignó. Se bajó del coche y a paso rápido cruzó la calle.

—Charlotte, ¿vienes? —preguntó, tendiéndole la mano.

Nigel la soltó y lo miró de arriba abajo. El traje oscuro de Nicholas destacaba entre las ropas extravagantes e informales de casi todos los que aguardaban en la cola.

—Sí.

Charlotte cogió con rapidez la mano de Nicholas, que fulminó a Nigel con una mirada furiosa llena de un verde salvaje.

—¿Ahora sales con este? —preguntó Nigel con desprecio.

Nicholas pretendía irse lo antes posible, pero se encaró con él.

—¿Tienes algo que objetar?

—No, por mí puede tirarse a quien quiera —dijo sonriendo, se giró y añadió mirando a Charlotte—: ¿Cuánto le cobras?

Se quedó blanca y abrió un instante los ojos de par en par. Siendo una persona que no aprobaba la violencia, Nicholas no se lo pensó y descargó su puño contra la mandíbula del maleducado que

tenía delante.

—Hijo de puta —exclamó Nigel dando unos pasos atrás.

Charlotte tiró de la mano de Nicholas, preocupada por los amigos de Nigel, que no vieron el golpe, solo escucharon el insulto y se aproximaron sorprendidos.

—Nicholas, vamos, por favor —rogó Charlotte.

Se le podían complicar más las cosas si se quedaban.

—Por supuesto —dijo Nicholas rígido—. La próxima vez piénsatelo mejor antes de insultar a nadie.

—Gilipollas. ¿Me estás amenazando?

—No —respondió con una mueca de asco—. Es una sugerencia por tu seguridad.

Lo dejaron con un morado en la cara, fueron hacia el coche a paso rápido y, en cuanto se subieron, Nicholas arrancó con brusquedad. Charlotte se sentía avergonzada por el comportamiento de Nigel; entendía que la relación no había acabado de manera amistosa, pero de ahí a llamarla puta iba un abismo; no solo por educación, sino porque ella no usó descalificativos con él cuando se enteró de su infidelidad.

Se alejaron del club y pararon en un semáforo con una tensión incómoda fluyendo entre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte rompiendo el silencio.

—Sí —respondió seco, sin mirarla—. Supongo que era tu novio.

—Sí, ha llegado mientras te esperaba, no acabamos muy bien.

—No me cuentes nada —dijo molesto—. No quiero saberlo.

Charlotte lo besó cariñosa en la mejilla.

—Vale.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó más relajado.

Al ver su mano, Charlotte notó la rojez en los nudillos.

—¿Te duele? Es la derecha.

—No, no te preocupes. —Nicholas sonrió amable, giró la cabeza hacia el lado y le dio un besito en los labios—. No creo que me afecte, utilizo las dos. Si no, tendrías que hacerlo tú. ¿Vamos a mi casa?

—Será lo mejor, mi piso huele fatal a pintura.

—¿Cómo van?

—Han terminado. Hoy hemos elegido la tela del sofá. Si quieres, mañana cuando vaya a por mis cosas, subes y lo ves.

—Claro —dijo Nicholas, le cogió una mano y le besó el dorso—. ¿Lo has pasado bien con tus amigas?

—Sí, nos hemos puesto al día —dijo despreocupada, sopesando si hablarle de la euforia que aguantó; optó por obviar esa parte—. Tienen ganas de conocerte.

—Cuando quieras quedamos con ellas —dijo Nicholas. Imaginó el tipo de conversación y comentó curioso—. Supongo que habrán alucinado ¿no?

—Qué va, no te conocían —dijo Charlotte negando con la cabeza, «pobre infeliz…, si él supiera el nivelito de la conversación», necesitó concentrarse antes de añadir—: He tenido que explicarles quién eres.

Nicholas frunció el ceño, la miró un segundo de reojo, pero

no pudo verle la cara y siguió atento al tráfico, ajeno a que Charlotte, al borde de explotar, había girado la cabeza conteniendo una carcajada.

Llegaron a Mayfair en unos minutos, aparcaron en un garaje que Nicholas tenía alquilado a pocos metros de la casa y anduvieron paseando de la mano. Cuando Nicholas se declaró un admirador de según qué música electrónica, Charlotte reconoció que había prejuzgado sus gustos musicales de manera inconsciente, ya que no solo se limitaba a esos géneros, parecía un melómano entusiasta, aparte de conocer a un montón de grupos que a ella ni le sonaban; pero por prudencia no se lo dijo y le siguió la corriente; era una caja de sorpresas, muy grata además.

Entraron envueltos en penumbras antes de que Nicholas encendiera las luces del vestíbulo y regulara la intensidad de los apliques antiguos de la escalera.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—No. —Se acercó sonriendo, rodeó su cuello y le acarició la nuca—. Te prefiero a ti.

Con esa voz sensual consiguió terminar de relajarlo, Nicholas la estrechó a su cuerpo dándole un beso lento y pausado. Olvidó un incidente que puso de manifiesto la intensidad de sus sentimientos hacia ella, cada vez más fuertes y más protectores por momentos.

Abrazos en la cama un rato después, Charlotte le acariciaba con mimo el pecho y él seguía trazando suaves círculos en su espalda. Los dos tranquilos tras hacer el amor, sintiendo el mismo momento de

sus vidas donde cada cosa iba encajando en su lugar natural.

—¿Cómo ha estado el cumpleaños?

—Como siempre.

—Has terminado temprano. Creía que duraría más.

—He salido en cuanto he acabado de cenar. No me apetecía estar allí.

—¿No se han molestado?

—No —dijo, besándola en la frente—. Mi padre quiere conocerte.

Charlotte se tensó y detuvo su caricia.

—¿Le has hablado de mí?

Se incorporó y lo miró a los ojos.

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Que eres egiptóloga.

—Ah.

De manera involuntaria no evitó la decepción en su voz.

—Cuando quieras, vienes conmigo y te lo presento. —Entrelazó los dedos con los suyos en un gesto cariñoso—. Le gustarás. A mi madre ya la conoces.

—Pero cree que soy tu ayudante.

—También lo eres —añadió con un beso en los labios—. Además de ser la persona que está más cerca de mí.

—Y tú de mí.

Charlotte esbozó esa sonrisa sincera que tanto le gustaba y empezaron otra vez a demostrarse la profundidad que llegaban a

sentir juntos. Muy despacio, Nicholas la volvió a besar, escarbaron capas de tierra y pasaron por todas las etapas del planeta, fundiendo sus cuerpos con los líquidos y candentes metales que componían su núcleo. Enterrados entre gemidos de amor e inflamados por un ardiente deseo gritaron como volcanes expulsando lava desde el mismo centro de sus cuerpos. Mezclaron fluidos con fogosas palabras hasta que la violencia de su contacto los dejó otra vez sudando totalmente relajados.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Charlotte habló con Nicholas encima; su peso atrapándola, pero más cómoda que nunca.

—Yo lo estoy desde que te conocí —susurró Nicholas.

El domingo después de comer en un restaurante cerca de Amesbury, a medio camino entre Londres y Wells, pararon en una gasolinera. Nicholas llenó el depósito y Charlotte entró en la tienda para comprar una botella de agua.

Había una breve cola para pagar y se distrajo ojeando las portadas de los periódicos. Uno de ellos, en un recuadro dedicado a sociedad, informaba del cumpleaños de la duquesa y corroboraba el texto con una pequeña fotografía en blanco y negro. Se veía a los duques junto a sus hijos varones, varios invitados y a Amanda muy sonriente. Aunque Nicholas siempre aseguraba que con su exmujer todo había acabado, se planteó que seguía participando como un miembro más de su familia. Charlotte no se enfadó, pero se vio invadida por una tristeza que la llevó a encerrarse en sí misma.

—¿Eso es todo? —preguntó Nicholas.

Charlotte se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Sí.

Sin ganas de hablar, lo miró esbozando una ligera sonrisa, bebió un sorbo de agua y se concentró en el paisaje con unos pensamientos desalentadores, su propia inseguridad y la música de James Blunt sonando tranquila entre notas tristes y amores perdidos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Nicholas.

—No.

La respuesta sin mirarlo no lo engañó; se parecían demasiado para no advertir su cambio de ánimo o el denso silencio que los acompañaba. En el restaurante donde comieron, se mostró alegre y curiosa, también por la mañana cuando se despertaron volvieron a hacer el amor, y la entrega de ella fue comparable a la suya. Empezó a repasar sus palabras y actos, tratando de encontrar si él había sido el responsable.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, no lo has dicho, te lo has callado.

Nicholas la miró con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó incómodo.

—¿Por qué no me habías dicho que tu exmujer iría a la cena?

Él entendió al instante adónde iba, suspiró resignado y negó con la cabeza.

—No lo sabía. Me enteré cuando llegué.

—Aún así, me lo podías haber dicho anoche cuando te pregunté —reprochó seria.

—No lo pensé. No sabía que te iba a molestar.

—¿Molestar?

Charlotte se rió con amargura.

—Te dije varias veces que me acompañaras. —Nicholas desvió los ojos hacia ella—. No lo sabía. Quería que vinieras conmigo. No te enfades.

—¿Por qué me iba a enfadar?, solo soy la egiptóloga que te está ayudando.

—Estoy cansándome de tu actitud infantil —dijo fríamente.

—Ya, ¿por qué soy infantil, Nicholas? ¿Por molestarme que tu ex crea que seguís casados? ¿Por ser más joven? ¿O es por lo poco que cuenta mi opinión para ti? Acláramelo, por favor.

—Estás diciendo tonterías.

—Claro, sin embargo, tú sí puedes enfadarte si mi exnovio, con el que solo estuve un año, se pone un poco pesado.

Nicholas la observó entornando los ojos.

—La próxima vez que te insulte me daré la vuelta y no haré nada. ¿Es eso lo que quieres? —atronó sin alzar el tono.

—Hay muchas maneras de insultar o faltar al respeto. Nigel anoche se pasó, no te lo discuto, pero tu exmujer lleva pasándose contigo mucho tiempo.

—Yo decidiré qué le aguanto —siseó, destilando suficiencia.

—Muy bien. También estoy en mi derecho de decidir con quién quiero pasar mi tiempo, y desde luego no voy implicarme en un triángulo con nadie.

—No hay ningún triángulo, no hay nada entre ella y yo. ¿Lo

entiendes?

La voz grave de Nicholas a la defensiva sonó rotunda, enojada y llena de frustración como broche al resto del trayecto hasta Wells.

Cuando llegaron, aparcó dentro del garaje. Los otros vehículos que ocupaban la habitación: un Maserati negro A6 spider y un Aston Martin DBR2 plateado, fueron mudos testigos de la espesa tensión que los rodeaba.

—Te espero sobre las siete —comentó Nicholas sacando el equipaje.

—Si no te importa, prefiero cenar sola en mi casa.

Cogió su maleta y resuelta se dirigió al portón principal.

—Como quieras —dijo Nicholas de malhumor.

—Hasta mañana.

Sin mirarlo ni una sola vez, Charlotte rodeó la casa y se alejó por el camino. Necesitaba pasar la tarde tranquila y pensar en esa relación, que haciéndola muy feliz también sacaba a flote sus peores instintos.

Más tarde, el plan de Charlotte no estaba surtiendo efecto en su saturada mente, creyó que paseando se despejaría. Se puso las botas de agua, el impermeable y salió buscando una ansiada calma. Al pasar por delante de la biblioteca, no reparó en unos ojos verdes que la contemplaron furiosos. Atravesó los viejos pilotes, atajó hacia la carretera por un sendero de tierra, que Nicholas solía usar con *Viking*,

y siguió los pocos kilómetros que la separaban del pueblo. Si se daba un poco de prisa llegaría a la catedral antes de que la cerrasen; le apetecía estar un rato en el cementerio; aunque la tristeza del lugar era tangible.

Algunos turistas hacían fotos en la amplia explanada delantera con la visión del monumental edificio, aislado por completo, ocupando todo lo que tenía alrededor. La impresionante fachada gótica llamaba la atención en ese pequeño emplazamiento, reminiscencia del esplendoroso pasado medieval de un pueblo con rango de ciudad.

Entró por el claustro, admiró en la nave central los arcos con forma de tijera y salió por una pesada puerta de madera oscura hacia la Sala Capitular. Subió una escalera muy ancha de mármol y se quedó extasiada por la gran columna que sostenía múltiples nervios formando un elegante abanico; convertían la cámara en un sitio majestuoso. Un rato después, se sentó en el único banco de piedra del cementerio, adosado al lateral de la iglesia, donde pacientes lápidas deformadas por el paso del tiempo cobijaban a los afortunados que fueron enterrados allí. Algunas con cruces de piedra, otras como pequeños sarcófagos, pero todas con las inscripciones que los familiares con mucho sentimiento dejaron esculpidas en ellas.

La lluvia que amenazó toda la tarde empezó a caer de manera suave. La sensación del agua que calaba a Charlotte ahuyentó sus temores, sustituyéndolos por la serenidad del olor a tierra mojada. Buscó cobijo bajo el único árbol del cementerio y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el viejo tronco.

Nicholas la esperó varias horas, pero había anochecido y no tenía ninguna noticia. Pasó mucho tiempo sopesando si llamarla o no. Cuando se decidió, el móvil de Charlotte estaba apagado. Aunque la zona era tranquila y creía que no habría ido muy lejos, no le gustaba que anduviese vagando sola. Cogió el coche y salió a buscarla. No la vio al pasar por el camino, y su nerviosismo aceleró que se irritara por la incomprensión de esa escapada innecesaria.

Llegó al pueblo y aparcó cerca de la estación de autobuses. Las calles estaban desiertas y los comercios cerrados. Él era la única persona andando por allí, con unos pasos decididos que se incrementaban al mismo ritmo que su cabreo. Recordó una de sus primeras conversaciones con Charlotte y se dirigió a la catedral.

La puerta de acceso estaba cerrada y no le quedó más remedio que llamar a uno de los sacerdotes. Era un joven espigado, vestía un hábito marrón, y afanado recogía los folletos que a diario repartían a los visitantes.

—Disculpe. ¿Puedo acceder al cementerio? —preguntó Nicholas con cortesía.

—No, está cerrado.

—Lo entiendo, pero estoy buscando a una persona y creo que puede estar dentro.

—Lo siento, señor, dentro no queda nadie.

—Muy bien —añadió Nicholas molesto.

Con una leve inclinación de cabeza, dio la vuelta y regresó por el arco que llevaba al Palacio del Obispo. La lluvia arreció, tenía

la ropa empapada, pero un único propósito: encontrar a Charlotte; no saber dónde se había metido estaba destrozando sus nervios. Bordeó el foso de agua que rodeaba un muro de piedra por un camino embarrado, hasta una pequeña puerta de madera que lo conectaba con la parte posterior de la catedral. Abrió y no vio nada, solo oscuridad y silencio roto por el ruido del agua. No quería ponerse a gritar su nombre como un loco; el lugar no merecía presenciar su frustración. Con cuidado de no tropezar con las lápidas, que sin orden sobresalían del suelo, fue avanzando por el interior. Bajo el gran árbol que presidía el centro, distinguió una figura encapuchada sentada en el suelo con los brazos rodeándose las piernas. Al acercarse, el mismo alivio reactivó una furia acumulada durante horas.

De pronto, Charlotte percibió una presencia y, por un momento, se asustó; el sitio era propicio. Se levantó con rapidez en cuanto reconoció a Nicholas y observó una imagen que la dejó bloqueada mientras se acercaba a ella. Tenía el cabello totalmente mojado con algunos mechones por la cara, una camisa blanca pegada al cuerpo transparentaba su torso, indicando el rato que debía llevar buscándola, y por la rigidez de sus mandíbulas supo que estaba muy enfadado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó extrañada.

—¿Qué hago aquí? —repitió Nicholas. Trató de contenerse, pero se vio superado por una situación que no había provocado y explotó—: ¡Llevo toda la maldita tarde esperándote!

A Charlotte le sorprendió ese mal genio.

—No te he pedido que vengas a buscarme.

—Por supuesto —replicó contundente—. Te has limitado a largarte sin más.

—Haré lo que me dé la gana.

Pasó por su lado, molesta, bufando, y negando con obstinación la cabeza. Él la siguió a paso rápido hasta que la sujetó por el brazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espetó sin aplacar su irritación.

Charlotte se concentró en la presión de su mano, levantó la vista despacio con una mirada retadora, y Nicholas, cauto, la soltó frunciendo los labios.

—Quería estar sola.

—Estabas sola en tu casa. ¿Por qué tienes que venir aquí?

—Porque me gusta —respondió airada.

—Ya, pues la próxima que te vayas, dime adónde vas. ¿Sabes por un momento lo preocupado que he estado?

—¿También debo decirte con quién ceno? —preguntó con soberbia—. ¿Eh? Contesta, Nicholas.

Durante unos segundos Nicholas la observó en silencio. Era la primera vez que la veía tan enfadada, aunque respiró aliviado al comprender que los celos la despojaron de su coraza serena. Esbozó una sonrisa que mostraba esa enorme satisfacción y alejaba toda la impotencia que sintió creyendo que iba a dejarlo.

—Solos tú y yo —dijo antes de abrazarla con fuerza—. Tú y yo, nadie más.

—No soporto que esté cerca de ti —sollozó—. No puedo.

—No lo está. Jamás lo ha estado. Olvídala, por favor.

Con los ojos cerrados, Charlotte dejó que las lágrimas llenaran su cara pasando inadvertidas con la lluvia. Desde que estaban juntos, los altibajos emocionales la confundían y no estaba acostumbrada a unos nervios tan desquiciantes como traicioneros.

Nicholas la besó descargando con sus labios el deseo que se arremolinaba en su cuerpo cuando la tenía con él. Su joven alma gemela acababa de mostrarle un carácter rebelde y el poder de sus garras. A sus cuarenta años, el equilibrio entre amor y pasión se unían en ella, la única mujer capaz de llevarlo al cielo y bajarlo a la misma velocidad a un infierno turbio al que pretendía no volver. Los dos necesitaron gestionar unos sentimientos que escapaban de su control y solo anunciaban un amor por encima de cualquier atisbo racional.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Charlotte acurrucada en su pecho—. No quiero sentirme así nunca más.

—Tienes mi palabra y me tienes a mí. —Nicholas la besó en la frente—. Te prometo que no sabía nada, si no, no te habría invitado. Hablé con mi madre y ya saben a qué atenerse.

—Solo espero que me entiendas.

—Perfectamente —dijo serio—. ¿Nos vamos?

Más tarde, Nicholas sentado en el banco del piano tocaba *The first time ever I saw your face* esperando a Charlotte para cenar. Su voz era un murmullo grave cantando una letra que expresaba muy bien qué sintió al verla por primera vez. La conversación que mantuvieron de regreso le sirvió para reafirmar su postura. Por respeto a Charlotte

intentaría por todos los medios que su fallido matrimonio no hiciera mella en su relación.

Entre notas suaves y pensamientos esperanzadores, Nicholas no la oyó entrar; aislado del mundo con la sutil danza de sus manos por las teclas. Cuando terminó, un ligero aplauso lo trajo de vuelta.

—¿Cuándo has entrado?

—Hace unos minutos.

Se levantó y se dirigió al sofá donde Charlotte sonriendo lo observaba atenta. Nicholas le cogió la mano, tiró de ella con suavidad y, al momento, sus labios le dieron una apasionada bienvenida.

—Estás preciosa —dijo con otro beso—. Deja que te vea.

Charlotte se separó y aguantó un lento escrutinio a su vestido negro.

—Me lo he puesto por cambiar —dijo avergonzada.

—Te queda muy bien. Es la primera vez que te veo con un vestido y tacones.

—No son nada prácticos, pero como ha dejado de llover…

—Justifica lo que quieras. —Nicholas la besó en la mejilla y esbozó una sonrisa feliz—. Hoy voy a disfrutar como un loco cuando te desnude.

Si normalmente la deseaba, vestida así, había sobrepasado sus expectativas para la noche. Un poco impaciente, se sentó en la mesa y esperó a que Maggie les sirviera la cena; no veía el momento de tenerla en el dormitorio y se consoló tocando el piano encima del mantel, abducido, sin apartar los ojos de su escote.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlotte.

—Nada.

—Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

Con una sonrisa por respuesta, se levantó y salió decidida. Nicholas trató de templarse, pero le estaba costando un gran esfuerzo mantener el tipo. En pocos minutos regresó Charlotte, se acercó con una mirada cargada de promesas e inclinó el cuerpo hacia abajo para hablarle al oído:

—Le he dicho a Maggie que hemos cambiado de planes y puede irse a su casa.

Le cogió la mano y no demoraron más la espera de otra clase de alimento que necesitaban más.

Pasados varios días, durante una tarde lluviosa, Charlotte se quedó relajada en la casita y se dedicó a esas contradicciones extrañas entre el papiro de la mastaba y los planos actuales de la tumba de Piankhi. Empezó a creer seriamente la posibilidad de que indicaran una cámara secreta en la tumba del faraón. Diseminados por un poema con inscripciones jeroglíficas, reservadas a textos sagrados o reales, encontró símbolos que —aun sin saber cómo leerlos— sugerían una pista muy intrigante que aumentó su afán investigador. Si ya era raro el hecho de que esa mujer estuviese enterrada tan cerca de él, encontrar un plano que indicara un lugar oculto, no la sorprendió demasiado. Era habitual que los egipcios entregaran sus secretos a la eternidad, a sus dioses. Por lo que había indagado, el arquitecto era el que Nicholas andaba buscando; que esa mujer fuese la encargada de

custodiar algún enigma solo podía significar que ocupó un lugar importante en la familia real, algo descartado por sus ropas, ya que tenían demostrado que uno de signos distintivos de las clases sociales más notorios eran las vestimentas que usaban. Si no perteneció a la XXV dinastía, ¿quién era?, ¿qué relación mantuvo con el arquitecto?, ¿por qué mostraba con claridad el camino desde su sepulcro hasta el faraón?

CAPÍTULO VI

Wells, Inglaterra
28/10/2010

Siguiendo con su rutina, trabajaban juntos por la mañana y luego cada uno dedicaba la tarde a sus propios asuntos. Mientras Nicholas las pasaba trabajando, Charlotte investigaba técnicas de construcción y ordenaba el jeroglífico que la tenía liada en una espiral adictiva que se moría por compartir con él.

—Ahora vuelvo —dijo Charlotte frente a su mesa.

Concentrado escribiendo, Nicholas no la oyó. Cuando percibió el movimiento estaba en la puerta.

—¿Vas a hablar con Maggie? —preguntó con picardía.

—No. Voy a buscar algo que tengo en casa, creo que puede interesarte.

—Vale. De paso dile a Maggie que estoy harto de verdura.

Sin la certeza de si bromeaba o lo decía en serio, Charlotte apretó la frente y dijo:

—¿Cómo voy a decirle eso? Además, es muy sana.

—Tú no tendrás nada que ver, ¿no?

—A lo mejor. No esperarías que comiese contigo todos los días las porquerías que te gustan.

—¿Porquerías? —preguntó incrédulo. Nicholas se quitó las gafas y mordisqueó una de las patillas—. No creo que la carne y el

pescado lo sean.

—No lo son, pero si las acompañas solo con patatas, es cansino.

—Anda… —rogó con un puchero infantil—. Díselo.

—No. —Rió contenta y le lanzó un beso—. Sigue trabajando, se te ha acabado el recreo.

Salió de la habitación y dejó a Nicholas sonriendo pensativo. A pesar de su diferencia de edad, era muy firme con sus decisiones y, desde que aceptó comer con él, equilibró su dieta a base de productos frescos, saludables e insípidos; consiguió el sueño irrealizado de su madre; Charlotte era la maestra del camuflaje verde; era raro no encontrar algún rastro vegetal en cualquiera de las creaciones culinarias que tenía el *enorme placer* de saborear a diario.

Unos minutos después se abrió otra vez la puerta y Maggie asomó la cabeza con una mirada que preocupó a Nicholas.

—¿Puedo pasar?

—Claro, ¿estás bien?

Se acercó nerviosa, parecía abatida.

—Necesito tres días libres. Mi hijo ha tenido un accidente y tengo que ir a Londres a cuidar de mis nietos hasta que su madre vuelva de su luna de miel.

—Vete los días que te hagan falta. —Nicholas se levantó de la silla—. No te preocupes por mí. —Rodeó la mesa y le dio un abrazo reconfortante—. ¿Está grave?

—Me ha avisado mi otro hijo. Dice que no, pero no lo creeré hasta que no lo vea.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame —dijo cariñoso, limpiándole las lágrimas con las manos—. Ya verás cómo está bien, no te inquietes.

—Gracias —dijo Maggie sorbiendo por la nariz—. Volveré en cuanto pueda.

—Vete tranquila. Estaremos bien.

Cuando Charlotte regresó, todavía seguía llorando; se extrañó embargada por la ternura de Nicholas cobijando el cuerpo de Maggie, que se veía diminuto entre sus brazos. Descartó de inmediato a la verdura como responsable, ya que solía ignorar ciertos comportamientos absurdos de Nicholas, además de que sus pequeños ojos azules enrojecidos mostraban un sufrimiento demasiado profundo que la asustaron. Atravesó el despacho, dejó la carpeta que traía encima de la mesa y se acercó a ellos.

—Ya sabes —dijo Nicholas al separarse—, para lo que sea cuenta conmigo.

—¿Qué te pasa?

—Mi hijo ha tenido un accidente —explicó Maggie más calmada—. Os dejo solos tres días.

—Lo siento. —Charlotte volvió a abrazarla e interesada preguntó—. ¿Cómo está?

—No lo sé, me voy hasta el domingo —dijo Maggie tratando de calmarse. Le dedicó a Nicholas una sonrisa cariñosa, y se centró en Charlotte—. Cuida a mi chico.

—No te preocupes —dijo Charlotte animosa—. Está en buenas manos.

—Si cuando vuelvas no me encuentras, búscame en el campo —comentó Nicholas irónico—. Me habré convertido en lechuga, acelga o una inútil espinaca.

Charlotte lo fulminó entornando los ojos, y Maggie negó con la cabeza mientras salía. Nicholas, que siguió con detenimiento a su novia cuando rodeó la mesa, giró la silla y, tirándole de la mano, la sentó en sus piernas.

—Muy gracioso.

—Estos días vas a disfrutar —dijo Nicholas.

Charlotte le quitó las gafas y las dejó al lado del portátil.

—Espero que te comportes porque no tengo mucha paciencia con los niños.

Le dio un beso corto en los labios, una suave caricia en la mejilla e intentó levantarse, pero él se lo impidió.

—El sábado es tu cumpleaños. Quería que fuésemos a Cornualles a pasar el fin de semana. Pero si te parece, nos quedamos aquí y vamos el siguiente.

—Perfecto —dijo Charlotte con otro beso más entusiasta—. Tú y yo solos tres días.

—Sí, sin cambios de casa ni de ropa; me apetece mucho.

—Y a mí también, pero ahora me gustaría enseñarte algo.

Charlotte dejó su cálido asiento y dio la vuelta a la mesa.

—Me tienes intrigado.

Preparándose para otro bombardeo, se colocó las gafas y cogió el bloc, mientras Charlotte sacó de la carpeta un papel lleno de garabatos.

—Llevo varios días dándole vueltas a algo que me ronda. —Levantó la vista y se llevó un lápiz a la boca—. Verás, creerás que estoy loca, pero me encantan los misterios —comentó con una sonrisa que Nicholas correspondió—. Cuando estuvimos en Oxford pude fotocopiar planos actuales de Meroe y de la pirámide de Piankhi, empecé a leer el papiro de la momia y creo que he descubierto algo.

—Estoy impaciente —apremió concentrado en ella.

—Verás, por el poema elegido, con una escritura jeroglífica destinada a textos sagrados o reales, algunas alusiones personales, y varias construcciones civiles y religiosas que he encontrado en los planos de Ferlini con semejanzas arquitectónicas propias de la escuela de Ineni, el diseño coincide con el estilo de uno de sus discípulos: Kham; él es tu arquitecto. Pienso que sería de la misma edad que Piankhi, lucharon juntos en las campañas de Egipto, y supongo que fueron amigos; debían tener confianza cuando aceptó construir una mastaba para un miembro ajeno a la familia real, tal y como una vez dijo su maestro Ineni: «*Sin que nadie lo viese, sin que nadie lo oyese*»

—¿Seguro que la mujer no fue ninguna de las esposas de Piankhi?

—Seguro. Ahí está el misterio. Lo más curioso es que en el poema he descubierto unos símbolos de otro color que forman una línea independiente completa, y si no me equivoco indican una cámara oculta en la sepultura de Piankhi.

—¿Qué? —Nicholas frunció el ceño, se quitó las gafas y se reclinó en la silla—. Doctora Wolf, ¿me estás diciendo que has descubierto una cámara secreta?

—No lo sé, pero mira… —Charlotte se levantó y recorrió con el lápiz un símbolo parecido a un hombre sentado en un trono—. Este es el rey. Lo siguiente es una puerta o abrir, eso de ahí. —Le señaló un ojo—. Es ver, mirar, proteger, también hay un desierto, una escalera, un sol, y el último símbolo es andar o correr. La dirección de lectura la marca la posición del rey, es una combinación de ideogramas y fonética, y algunas tienen varias interpretaciones, pero lo lea como lo lea, siempre llego a lo mismo: una cámara bajo el sepulcro de Piankhi, que, por supuesto, no está en ningún plano ni actual ni antiguo.

—¿Has hablado con el equipo que está en la excavación?

—No. Quiero hablar primero con mi profesor.

—¿Necesitas confirmación?

Nicholas creyó detectar inseguridad en ella.

—No quiero pecar de ingenua.

Sonrió con humildad y bastó para enorgullecer a Nicholas, que no se cansaba de admirar una inteligencia brillante con capacidad para soñar, arrastrándolo con ella y haciéndolo muy feliz.

Dos días después, Nicholas se dio cuenta de que la convivencia con Charlotte no solo era excelente, sino también natural. Lo llenó de esperanza. Estaba cómodo. De igual manera que trabajaban compenetrados, se comía los platos que con cariño cocinaba, y todavía no le había puesto nada verde por delante; aunque en ese aspecto no se las prometía muy felices, cabía la posibilidad de que se estuviera hinchando a verduras sin notarlo.

Esa noche iba a sorprenderla con una cena especial para

celebrar su cumpleaños; no destacaba en la cocina, pero había elegido un menú sencillo que, con un poco de suerte, cubriría su buen propósito.

Vestida con unos pantalones cortos y una camisa negra, Charlotte lo pilló liado entre cacerolas y hortalizas. Apareció descalza, recién duchada, con un aspecto comestible delicioso.

—Hola, cariño —saludó al verlo concentrado cortar cebolla, fue a la nevera y cogió una zanahoria, que mordió aguantando la risa. Ahí fue su chico divertido, voluntarioso, y exagerado; jamás nadie vería esa faceta de él. Observó con detenimiento el estado de la cocina: lo había utilizado todo, y le surgió la duda de quién sería el encargado de recoger—. ¿Qué haces?

—La cena. —Nicholas se lavó las manos en el fregadero y sonrió mirándola de arriba abajo mientras se secaba con un trapo. Recibió un besito rápido en los labios y añadió satisfecho—. Haz lo que te apetezca, no tardaré mucho.

En cuanto Charlotte terminó su tentempié, sonrió seductora y le pasó los brazos por la cintura. Loco por sucumbir, Nicholas dejó el cuchillo en la encimera, la mantuvo inmóvil sujetándole la cara y la besó con su reserva exclusiva de pasión para ella.

—¿Sabes qué me apetece? —ronroneó Charlotte junto a su boca.

—Dímelo —susurró Nicholas.

Charlotte empezó a darle suaves besos en el cuello, apretándose cariñosa. El escaso control de Nicholas se desbordó igual que el agua de la pasta que hervía en el fuego.

—Mierda —exclamó Nicholas al oír el chisporroteo—. La voy a liar parda.

—Lo siento, cariño. —Charlotte disimuló una sonrisa contemplando el desastre—. Te he visto tan entregado que no he podido resistirme.

Nicholas cogió otro trapo y empezó a secar el charco.

—¡Joder! —gritó al quemarse.

—¿Estás loco? —preguntó Charlotte alucinada. Examinó resoplando una marca roja en el dorso de su mano—. Primero apaga el fuego. ¿Tienes alguna crema para las quemaduras?

—No lo sé —dijo tranquilo—. Pero no te preocupes, Maggie tiene aloe.

Charlotte localizó la maceta junto a la ventana. Con rapidez cortó un trozo, abrió la hoja con el cuchillo y le extendió el gel frío en abundancia.

—¿Mejor?

—Sí, mucho —dijo sujetándola por la cadera con la otra mano.

—¿Lo hacemos entre los dos?

—No. Quería darte una sorpresa, pero ahora ya sabes qué estoy haciendo.

—Es un detalle, pero prefiero ayudarte y que salgas vivo de aquí.

—Muy graciosa, pero me has despistado, lo tenía todo bajo control.

—Ya lo veo. Te vas a librar porque Maggie no está —dijo

Charlotte mordaz. Sonrió divertida porque, acostumbrado a no hacer nada, era un desastre, sobre todo con la ropa. Excepto en la biblioteca, donde era un maniático del orden, en el resto se olvidaba—. Si viera la que has montado para hacer espaguetis, te prohibiría la entrada de por vida.

—He usado lo que necesitaba —comentó Nicholas a la vez que retomaba su tarea.

—Después limpias tú —dijo Charlotte saliendo.

—No sé si me dará tiempo —replicó indiferente—. Además, Maggie vuelve mañana.

—¿Piensas dejarlo así para que lo recoja ella?

—No sé si podré hacerlo.

Charlotte se acercó otra vez, despacio, conforme avanzaba Nicholas abría los ojos de par en par, sorprendido, atento a una mirada desafiante que no admitía concesiones.

—Si tenemos que pasar la noche limpiando, lo haremos. No me parece bien que cuando vuelva, después de dejarlo todo inmaculado, llegue y se encuentre que su “señor” —recalcó la palabra—, en un acto voluntarioso pero desmesurado, le dé la bienvenida con la cocina así. Lo siento, alteza, pero no.

—Vale. —Nicholas reparó en los cacharros amontonados en el fregadero, también en la encimera y, para ser sincero consigo mismo, parecía algo excesivo—. Cuando termine lo recojo, solo. Y soy Honorabilísimo.

Matizó el tratamiento correspondiente a su título.

—Lo que tú digas, Honorable Marqués de las Verduras.

—Muy chistosa. Anda vete y déjame tranquilo.

Cuando salió, Nicholas cambió de técnica y mientras la comida se preparaba fue recogiendo las cosas que tenía por medio, pensando en la enorme diferencia entre Charlotte y Amanda. A la primera le hacía gracia el tema de la nobleza y cuando lo creía conveniente se cachondeaba sin darle mayor importancia, para la segunda era signo de superioridad y aprovechaba cualquier ocasión para dejar bien clara su posición a todo el que la rodeaba. Incluso después de llevar divorciados más de dos años, y a sabiendas de que a él no le gustaba usar el título, seguía haciéndose llamar marquesa de Tisbury; algo que debía comunicarle a su abogado, Philip Astor, para que tomara las medidas oportunas. Se obligó a dejar los pensamientos sobre Amanda, solo le traían malos recuerdos que lo amargaban y quería pasar tranquilo esa noche especial, disfrutar de la compañía de Charlotte, que todavía no había regresado de la casa de invitados donde llevaba un buen rato.

Colocó los servicios uno frente al otro en la mesa grande del salón, un candelabro de plata, un centro con flores coloridas y el menaje que encontró a mano. En cuanto terminó, Nicholas subió al dormitorio y, tras ducharse, se vistió con un pantalón oscuro y una camisa blanca que se remangó por los antebrazos. No olvidó guardarse en el bolsillo el regalo que encargó en Londres, un símbolo sagrado para los egipcios que honraría su agradecimiento por la inesperada aparición de Charlotte en su vida.

Puso una música clásica suave en el salón y en unos minutos lo tuvo todo preparado, pero olvidó el abridor, fue a la cocina y

coincidió con Charlotte, que entró por la puerta trasera, enfadada hablando por teléfono. Llevaba un vestido azul marino por las rodillas, ajustado a su cuerpo como un guante, con un cinturón lleno de bolitas plateadas y, para darle el gusto, unos zapatos negros de tacón de aguja; la ropa interior era una sorpresa para compensarlo, ya que no usaba ninguna indirecta dejando claras sus preferencias y, al fin, vería cumplida una de sus fantasías.

—No me vuelvas a llamar, nunca. Olvídame.

Saludó con un mudo "hola" a Nicholas, que la observó con el ceño fruncido, atento a sus movimientos y palabras. No le hizo falta preguntar, sabía que Nigel seguía insistiendo. Estaba harto de él y lo comparó con Amanda, por eso prefirió no reprochar nada.

—Muy bien. Adiós —dijo Charlotte colgando la llamada.

—Hola —saludó Nicholas—. Estás preciosa. —La besó en los labios—. Felicidades.

—Gracias. ¿Cuántas veces me has felicitado hoy?

—Muchas. Y las que me quedan —dijo contento.

Al despertase por la mañana le hizo el amor, felicitándola por primera vez. Si las contaba iban tres y si seguía por ese camino todavía le faltaba alguna.

Nicholas sirvió la pasta en los platos y los llevó al salón. Charlotte comprobó su esfuerzo admirando la mesa decorada con romanticismo.

—Vaya... Qué bonito.

—Vamos a sentarnos. Ya está todo.

Unos espaguetis con almejas, una variedad de quesos que

nunca fallaba, y un vino tinto de su colección consiguieron estar a la altura de la velada íntima y única que Nicholas deseó con empeño.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal? —preguntó Charlotte bebiendo relajada.

A Nicholas le sorprendió que pidiera permiso. Desde hacía un mes y medio tenían confianza para hablar de todo sin cortapisas. Dejó el cubierto en el plato y cogió la copa de vino.

—Por supuesto.

—¿Por qué no tuvisteis hijos?

Lo había pillado desprevenido. Se tomó su tiempo para responder. Creía que estaba al corriente de las noticias que circularon cuando Amanda sufrió el aborto; un tema que nunca tocaba, lo incomodó, pero trató de disimular.

—Ninguno queríamos —dijo seco. Ella no añadió nada, se limitó a mover la cabeza pensativa. Detectó una sombra de desilusión en sus ojos y creyó conveniente ampliarle sus motivos—. No me interesan los niños, suponen una obligación que no quiero tener. Nunca la he querido —resumió con una mueca despectiva—. ¿Por qué lo has preguntado?

—No sé, he supuesto que por el tema del título y esas cosas…

—Le cedo el puesto a los hijos de Tristam cuando los tenga. No me interesan los títulos. ¿Tú quieres tener hijos?

—Sí —dijo rotunda—. Además, es la única manera de dejar tu rastro en la Tierra, tu descendencia, parte de tu genética.

—Pero sabes que será por un tiempo limitado. No siempre estará el planeta.

Charlotte sonrió negando con la cabeza. Si quería buscar justificaciones, Nicholas echaba mano de teorías verosímiles o no, y la referencia a la extinción de la Tierra le recordó a cuando trabajaban; si quería escribir algo concreto siempre buscaba argumentarlo de forma muy escéptica.

—Cuando llegue ese tiempo, habremos conquistado otros planetas habitables —dijo irónica, suficiente añadió—: La civilización continuará.

No iba a ponérselo fácil. Los dos podían obstinarse.

—Todas las civilizaciones se extinguen.

—Sí, pero en la Antigüedad eran las guerras y los afanes de conquista los que hacían que unos prevalecieran sobre los otros y, aun así, todos tenemos parte de ellos.

—Los descendientes de los que hablas también desaparecerán. La supremacía de algunos y el desarrollo insostenible hará que guerras futuras acaben con todo antes de que el Sol explote.

—Si esa es tu excusa para no tener hijos, la acepto, aunque me parece absurda.

Nicholas encogió los hombros. A su edad nunca sintió la paternidad como una necesidad, tenía asumido que le pasó de largo sin tentarlo. Frunció el ceño y sopesó que para Charlotte fuese importante tener hijos; notó su repliegue mental y no soportó esa mirada ausente.

—Charlotte. —Colocó una mano en la de ella—. Nunca lo he deseado, pero si alguna vez llegasen, los aceptaría. No le des más vueltas, por favor.

—Desde que estamos juntos no me has preguntado si tomo anticonceptivos. Tú no lo haces y, por lo que entiendo, has dado por hecho que yo lo hacía —dijo sosegada, intentó sonreír y añadió con sarcasmo—: Algo que me sorprende si tu deseo es no tener hijos.

—¿Me estás diciendo algo? —preguntó, mirándola de forma suspicaz.

—No. Tomo anticonceptivos, pero a lo mejor otra intentaría atraparte con algún tipo de engaño. —Charlotte se esforzó por encontrar la voz, apenas se escuchó imaginando esa situación, no quería vivirla—. Deberías ser menos confiado.

Con el comentario admitiendo que su relación tenía fecha de caducidad, Nicholas se bloqueó desconcertado y tardó unos segundos en reaccionar.

—No te entiendo. Me conoces, sabes que me costó mucho dar el paso contigo. Si me estás diciendo que esto va a acabar, me destrozas. ¿Se puede saber qué te pasa? Pretendía tener una cena tranquila.

—Y yo, discúlpame.

Charlotte dejó la servilleta en la mesa, se levantó de la silla y salió rápido del salón. Nicholas cansado se frotó los ojos, intentando recordar todas sus palabras, hasta llegar a la conclusión de que el cambio en la charla se produjo desde que confesó su rechazo por los hijos. A partir de ahí, Charlotte empezó con la ironía para terminar enfadándose.

Le dio unos minutos y fue a buscarla. Charlotte escuchó pasos, levantó la vista y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

Nicholas acercándose la contempló sentada en la escalera. Unos tacones altos en unas piernas largas y un vestido sensual en un cuerpo elegante lo guiaron hacia su cara. Se puso en cuclillas delante de ella, ahogándose en la profundidad del azul inundado de angustia.

—Cariño, por favor. Cuéntame qué te pasa.

—Nunca me había planteado tener que renunciar a los hijos. —Cerró los ojos unos segundos, los abrió y suspiró con fuerza—. Pero si tú no quieres, no sé cómo podríamos seguir. Y pensar que estaríamos separados me hunde.

Sin asfixiarla, Nicholas la abrazó con toda la intensidad que pudo. Verla triste por algo que se podía solucionar le produjo un remordimiento doloroso que aceleró su corazón de manera descontrolada.

—Te he dicho que si llegaran los aceptaría, pero si para hacerte feliz quieres que los tengamos mañana, no me opongo. No quiero verte así.

Charlotte le dedicó una sonrisa ligera y un besito en los labios.

—Es pronto, pero gracias por no negarte.

—Algún día tendremos unos hijos guapísimos, porque se parecerán a ti.

—Te quiero —murmuró Charlotte, cogiendo su mano.

—Y yo. —Nicholas la besó en la frente—. Mucho.

Regresaron al salón dando por concluida la cena. Él recogió la mesa, rehusando el ofrecimiento de Charlotte, que aprovechó para responder los mensajes de sus amigas. Diez minutos después, Nicholas

trajo una cubitera metálica y dos copas altas. Sacó y descorchó una botella de champán, lo sirvió y cogió la mano de Charlotte para brindar frente a ella.

—Por ti, feliz cumpleaños.

—Por nosotros —dijo Charlotte, sonriendo antes de beber.

—Toma, espero que te guste.

Le ofreció una cajita que acababa de sacarse del bolsillo del pantalón. Charlotte descubrió un escarabajo pequeño hecho de oro blanco con dos alas llenas de brillantes. Colgaba de una cadena casi invisible que le dejaba todo el protagonismo.

—Es precioso. Gracias.

Feliz lo besó en los labios, se sentaron en el sofá y Nicholas le colocó en el cuello su nuevo amuleto.

—Como todo, te queda perfecto.

—Intentaré cuidarlo —dijo acariciando una mejilla rasposa, con su dueño extasiado mirándola—. Para los egipcios eran divinos porque conseguían resucitar.

—¿Ah sí? ¿Y cuando perdieron el super poder?

—Nunca —dijo sonriendo—. El rito de la momificación viene de la creencia de que si envolvían los cuerpos con telas, parecidas a la seda que recubre las crisálidas de los escarabajos, resucitarían. Si miras una imagen de ese estadio en los escarabajos, verás que imitaban la metamorfosis. El primer sarcófago es la cubierta protectora del insecto y las capas de tela son las mudas que hace una pupa hasta convertirse en adulta y *resucitar*.

—Cuánto daño ha hecho el conocimiento a las religiones.

—El proceso de la vida y la muerte es clave en la cultura, en todos los rincones del mundo, en todas las épocas. La progresión de la sabiduría humana ha desmontado, e incluso a veces ridiculizado, creencias ancestrales, pero es muy interesante averiguar qué incitaba esos pensamientos.

—Mucho. Sobre todo la capacidad creativa, sorprendente de entender en nuestros días. Tú conoces mejor que yo la Civilización Egipcia, que sigue teniendo incógnitas fascinantes, pero ¿qué me dices de los Mayas, Incas, o aquí al lado, Stonehenge? ¿No es increíble?

Charlotte sonrió escuchándolo, era un grato placer compartir el tiempo con Nicholas, su afinidad daba vértigo; esa mente curiosa que admiraba, la divertía y la enredaba en fluidas palabras, difícilmente oídas por nadie más, eran sus momentos íntimos; solos en aquel rincón del planeta.

Más tarde, subieron al dormitorio. Nicholas, estoico, aguantó una dolorosa e impaciente rigidez los minutos que Charlotte tardó en desnudarse para enseñarle su cuerpo esbelto con un sujetador y unas braguitas negras de encaje, que lo estimularon hasta convertirlo en un animal salivando ante el reflejo de un exquisito manjar; lo asumía; su cerebro la asociaba con el placer, con el más profundo e infinito.

Quitándole los zapatos, Nicholas dejó el calor de sus labios en unas piernas que lo enloquecían siempre, pero con los tacones lo desarmaban por completo. Sus cimientos colapsaron por el terremoto de emociones que lo sacudían con fuerza; cayó arrodillado; hipnotizado por esa mujer que no era consciente de su poder sobre él.

En un par de días, Maggie se relajó por la salud de su hijo, instalado mientras convalecía con una pierna rota en su casa, en el centro de Wells. Su exnuera regresó a Londres con los niños, y todos habían vuelto a la rutina. Por las tardes se iba más temprano aunque su jefe insistió en darle algunos días libres. No quiso ni escucharlo; para ella el trabajo era sagrado.

Un rato después de comer, Nicholas y Charlotte salieron a montar aprovechando la tregua de una lluvia que casi a diario los honraba con una presencia suave pero constante. Regresaban a un paso suave y enfilaron el camino cuando coincidieron con una visita tan inoportuna como odiosa que asustó a *Viking* con el sonido potente del motor de un deportivo blanco.

—Tranquilo, *Viking* —dijo Nicholas controlando las riendas, miró a Charlotte, sin problemas con Dottie, y añadió—. Voy a adelantarme.

—No te enfades, por favor.

Esa petición llegó tarde, Nicholas espoleó al caballo y llegó a la casa al galope, muy cabreado. En cuanto salió Amanda del coche, con una sonrisa igual de falsa como su imagen elegante vistiendo un conjunto blanco y negro sofisticado que no debería permitirse si su situación económica era tan precaria como contaba, todavía se indignó más.

—Hola, Nick.

—¿Qué haces aquí? —espetó alterado—. ¿Qué es lo que no entiendes?

Amanda alzó las cejas y apretó los labios. Disimuló una

sonrisa siguiendo atenta la aproximación insegura de Charlotte montando a *Dottie*.

—Qué sorpresa… —dijo Amanda sonriendo cínica—. Si eres la rubita de Londres…

—Amanda, vete de aquí. —Nicholas sonó hostil—. Ya.

—Tenemos que hablar.

—No —dijo elevando el tono, rotundo—. No tenemos que hablar. Hazlo mediante mi abogado. Tienes dos minutos para desaparecer.

—No me amenaces. —Amanda parecía impasible, desvió un segundo la vista hacia Charlotte y, sonriendo con malicia, preguntó—. ¿Sabe tu nueva amiguita qué clase de hombre eres?

—No te lo voy a repetir —dijo severo—. Vete o atente a las consecuencias.

—Ten cuidado con el caballo, querida. Podrías tener un accidente. —Amanda miró a Charlotte con superioridad, al instante se volvió irónica—. ¿Verdad, Nick?

La observó tenso y esbozó una mueca de asco con la boca.

—Tú sabrás.

—Quizás es el momento de que todo el mundo sepa cómo te comportaste cuando perdí a nuestro hijo.

—Me da igual.

Sin atreverse a pestañear, Charlotte se encontró entre un fuego cruzado que no esperaba y la dejó inmóvil viendo el odio en los ojos de Amanda o el desprecio en los de Nicholas.

Con unas ganas incontenibles de perderla de vista, Nicholas

movió la rienda de *Viking* y cogió la de *Dottie*, recorrieron varios metros hasta que escucharon el sonido violento de la puerta del coche cerrarse, el del motor vino a continuación, y la estela de Amanda se alejó de ellos.

Llegaron al establo cada uno dando vueltas a sus propios pensamientos. Nicholas desmontó con una habilidad adquirida durante años, ayudó a Charlotte, y llevó a *Viking* y a *Dottie* por un pulcro pasillo central hasta sus sitios. Los demás caballos, varios pura sangre —excepto dos árabes— relincharon alegres al recibirlos.

—¿Quieres dar un paseo hasta el río? —preguntó Nicholas cogiendo su mano.

—Sí, aprovechemos un poco el sol.

En varias semanas solo algunos momentos el astro les dejó soñar con tímidos y escasos rayos. El atardecer otoñal fue la oportunidad idónea para Charlotte, que no dilataría en el tiempo una conversación importante, aunque el mutismo de Nicholas sugería un evidente desinterés por aclararle nada. Las firmes garras de sus dedos la condujeron paseando a través del camino lleno de árboles, acompañados por el canto de algunos pájaros y el sonido del agua. Una paz tangible los aisló del malhumor en un paraíso para la soledad.

—Cuéntame qué pasó —dijo Charlotte.

—Ven.

Charlotte se dejó guiar pisando miles de hojas rojizas entre agrupaciones de alisos, sauces y una hilera de chopos blancos que

seguían el curso del arroyo. Llegaron a un viejo olmo con las ramas distorsionadas de forma dramática, Nicholas se sentó apoyando la espalda en el tronco, tiró de ella y la colocó en su regazo.

—Casi un año antes del divorcio Amanda se quedó embarazada —dijo rápido—. Yo necesitaba escribir, aquí. Las cosas entre nosotros desde hacía mucho tiempo no funcionaban, y ella se quedó en Londres.

—¿No era tuyo?

—No. Ella decía que sí, y no quise dejarla en evidencia. Me dijo que estaba de tres meses y más o menos sí habíamos mantenido relaciones. —Nicholas pareció avergonzado—. Tuvo un accidente con uno de los árabes. Según ella, el caballo se desbocó; algo raro porque son los más nobles y dóciles, y sobre todo porque la conocía. Supongo que no eligió bien la montura; ella sabrá qué pasó —dijo indiferente—. Solo sé que aprovechó mi ausencia para meter a su amante en mi casa. Cuando abortó el médico me certificó por escrito que el embarazo era de menos de seis semanas. Yo no era el padre, pero me recriminó que no volví a su lado. Estaba en Madrid, en una reunión importante, y no me dio la gana venir para seguirle el juego. Desde entonces me amenaza con hacerlo público, por supuesto diciendo que el padre era yo y soltando cualquier perla. Al final saldrá perdiendo.

—Lo siento.

Charlotte le acarició la mejilla.

—Yo siento que la hayas visto. Es insoportable.

—No te preocupes por mí, pero no tiene intención de soltarte, te sigue viendo como su marido, incluso lo ha dicho.

—Ha sido para molestarte. Igual que ha dicho *amiguita* o *rubita*.

—Lo sé. —Charlotte sonrió irónica—. Ella es la marquesa.

—Si vuelve a aparecer en algún medio público con el título, tendrá que hacer frente a las consecuencias, ya no le paso ni una más. Astor se lo ha dejado muy claro.

—Es patética.

Al escucharla, Nicholas suavizó su expresión y le sujetó la cara con las manos. Cuando sus bocas se rozaron, el deseo que no lo abandonaba nunca, y se incrementaba conforme más la probaba, lo guió hacia los pechos que se amoldaban a su torso. Le desabrochó la chaqueta, acarició sus pezones endurecidos que descargaron una ráfaga fría en todo su cuerpo, y cedió al placer de una pasión salvaje en el lugar apropiado.

En unos días el avance en el trabajo de Nicholas fue constante; sus salidas de la biblioteca nulas. Charlotte terminaba, se iba un rato a su propio refugio, y al volver siempre lo encontraba abstraído entre palabras.

Tuvo más clara la última de las hipótesis sobre la construcción de las pirámides y se acercó para hablar con él antes de cenar.

Al verla entrar, Nicholas dejó de escribir y contrarrestó con una sonrisa alegre su aspecto desaliñado.

—Hola, llegas temprano.

—Tengo que hablar contigo.

Se sentó en la silla frente a él, cruzó las piernas y lo observó un instante. Pronto tendría que hacerse una coleta. El desastre en su apariencia coincidía con su etapa de máxima creatividad.

—Dime. Estaba en mitad de una escena, pero puede esperar —comentó, cogiendo su bloc—. ¿Sabes algo más de la momia?

—Sí. Las inscripciones del papiro se corresponden con el interior de la cámara real de la pirámide de Piankhi, y debió ser alguien muy influyente para que permitiera su enterramiento tan cerca de él.

Charlotte sonrió de manera misteriosa.

—¿Qué piensa tu viejo profesor?

—Se ha emocionado. Está investigándolo con Knight.

—¿Pero cree que puede existir la cámara?

—Sí, y coincide conmigo en que el arquitecto fue Kham, discípulo de Ineni y coetáneo de Piankhi. Creemos que quiso enterrarla con información sobre la pirámide del faraón porque o bien estaba traicionándolo, o protegiendo su trabajo entregándolo a la eternidad. ¿Por qué a ella? —Encogió los hombros—. Ni idea.

—¿Un triángulo amoroso en Nubia?

—Tú eres el escritor. Además, como aún no me has dejado leer nada, no sé cómo lo has enfocado.

—Si quieres luego te paso los primeros capítulos, pero no es romántica —dijo con una sonrisilla—. Es histórica. No te decepciones.

—Ya lo sabía —replicó suficiente—. Y por si no lo sabes, leo toda clase de novelas. —Charlotte hizo una pausa para rectificar, tampoco iba a vacilarle, era una tontería y las mentiras tenían las

patas bastante cortas—. Bueno, excepto las de política porque no me interesa y las de terror porque después no duermo.

—¿Antes de conocerme habías leído algo mío?

Charlotte frunció los labios, pensando con un runrún nada alentador para Nicholas, que esperaba concentrado en una boca seductora hasta que dejó de importarle la respuesta.

—Me temo que no. Pero lo haré. Todas, en breve.

—Gracias, es un detalle por tu parte.

—Lo siento, cariño.

—¿Por qué? —Nicholas sonrió—. Cada uno debe buscar a los autores que más le gusten.

—Por eso mismo —dijo levantándose—. Yo he encontrado al mío.

Nicholas giró la silla, predispuesto para un escarceo romántico. Disfrutaba trabajando con ella. Aparte de aportarle datos e ideas era siempre un placer muy agradable para sus sentidos. Esperaba tener el borrador listo a mediados de diciembre, contaba con un mes y medio de margen, y confiaba en acabarlo antes. Por el ritmo de los últimos días, cumpliría sobrado su plazo y como recompensa al esfuerzo, durante el próximo fin de semana iba a disfrutar con Charlotte haciendo turismo por la preciosa costa de Cornualles; un lugar perfecto para desconectar de todo y dedicarse a ella por completo.

CAPÍTULO VII

Wells, Inglaterra
6/11/2010

Tras el volante, Nicholas esperaba desde hacía diez minutos a Charlotte, que había vuelto a la casita para coger el cargador del móvil y se aproximaba por el camino hablando tranquila; por la manera de regresar, no parecía importarle el retraso. Se montó en el coche e ignoró el gesto impaciente con las manos de Nicholas, que por fin arrancó.

—Te digo que no, Sarah —dijo Charlotte firme. Llevaba un rato escuchando solo problemas con los muebles de su apartamento. Se acomodó y ajustó el cinturón de seguridad—. Si no es la gris, a estas alturas que no te vengan con cuentos.

—Vale, pero puedo ver otras opciones. —Sarah intentó tranquilizarla—. No te preocupes.

—Siempre me dices lo mismo. ¿Has pagado a los pintores?

—Sí, pesada.

—¿Y a los del baño?

—También, Charlie, ¿qué te pasa?, ¿vas justa?

—No, pero con los seis meses por adelantado no me puedo pasar mucho con imprevistos —comentó Charlotte, ajena a la curiosidad de Nicholas, que conducía tranquilo llegando a Glastonbury y prestó más atención a esa conversación, ya que creía

que lo tenía todo resuelto y no sabía nada de ese adelanto; aunque realmente casi no le contaba nada sobre los asuntos que se traía entre manos con su amiga. Charlotte más calmada añadió—. Intenta que no los haya, por favor.

—No los habrá —dijo Sarah confiada.

—Eso espero.

—¿Cuándo vendrás?

—No lo sé seguro, a lo mejor la semana que viene, te llamo y te lo confirmo.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Vamos de camino a Saint Mawes —comentó a la vez que sonrió a Nicholas.

—Ya me contarás. Que lo paséis bien.

—Gracias, cuídate.

—Igual. Un beso.

Guardó el móvil en el bolso y tocó con cariño la mano de Nicholas.

—Lo siento, pero es que ha habido un problema con la tela del sofá. Ya me extrañaba que todo fuese tan bien.

—¿Qué os pasa? —preguntó interesado.

—Cuando Sarah la encargó no pusieron ningún problema ni tampoco para coger el adelanto y, ahora, cuando deberían tenerlo terminado, la han llamado para decirle que elijamos otra porque la que me gustó está agotada. ¿Ahora? —preguntó incrédula—. ¿No te parece extraño?

—¿Os han pedido más dinero?

—Por supuesto. Le he dicho que no quiero pagar más. No es mi problema si se comprometieron sin informarse con su proveedor. ¿No crees?

—Sí —dijo condescendiente—. ¿Necesitas dinero?

—No —exclamó rápido—. ¿Por qué piensas eso?

—Por nada. —Nicholas advirtió su enfado—. Relájate. No me habías dicho que habías pagado el alquiler por adelantado.

—¿Por qué te lo iba a decir? ¿Te pregunto lo que tú pagas?

—No —respondió serio y frunció los labios.

—Lo siento, no quería ser brusca.

—No te preocupes. —Esbozó una sonrisa tristona—. Pero me gustaría que si alguna vez te hace falta algo, me lo digas; no hablo solo de dinero.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Charlando pasaron el trayecto hasta el pueblo donde Nicholas había reservado dos noches en un hotel, junto a un castillo que construyó Enrique VIII como fortaleza de artillería para proteger la costa de las invasiones españolas y francesas.

La carretera se estrechó cerca del hotel, pero tuvieron suerte y no coincidieron con ningún vehículo circulando en sentido contrario. Transitaba paralela a la costa entre una hilera de casas de piedra y un muro blanco de unos cincuenta centímetros de altura, tapizado de musgo, que la separaba de una playa cubierta de algas con unas vistas del mar preciosas.

—Parece tranquilo —comentó Charlotte.

Nicholas aparcó en un espacio exclusivo para clientes dentro

de un patio rodeado de varios edificios no muy altos, en la misma línea rural del pueblo.

—Ahora sígueme la corriente.

Tras ponerse una gorra oscura con un escudo bordado en color rojo, Nicholas la cogió de la mano, entraron en la recepción y una chica rubia veinteañera les dio la bienvenida en el mostrador. Tenía un rostro alargado con los pómulos marcados, nariz aguileña, unos expresivos ojos marrones y una sonrisa simpática.

—Buenos días. ¿Tienen reserva? —preguntó amable.

—Hola, buenos días. Sí, Nick y Charlotte Wolf.

Nicholas no se inmutó y Charlotte apretó los labios para no reír.

—Un momento, por favor. —Tecleó en el ordenador con eficiencia y, en pocos segundos, añadió—: Tienen la suite 15. Les daré las llaves y ahora les llevarán el equipaje.

—Muchas gracias.

—¿Me permite su tarjeta de identidad?

—Cariño, ¿te importa dejarle la tuya? —preguntó casual. En cuanto Charlotte buscó su carnet, Nicholas miró a la recepcionista y esbozó una sonrisa encantadora—. He olvidado la cartera en el coche.

Charlotte entregó su identificación, que la chica comprobó rápido y devolvió al momento con las llaves y algunos folletos de instrucciones. Se despidieron con cortesía y, sin incidencias, se dirigieron a la terraza donde estaba la suite; en una zona íntima y aislada del resto.

—Ha ido bien, ¿no? —preguntó Charlotte.

—Creo que sí. Somos los únicos clientes.

En cuanto entraron, la claridad turbadora del sol que brilló con fuerza consiguió borrar las paredes blancas y tuvieron que contemplar la habitación con los ojos entornados. Tenía el suelo de madera oscura, una cama de matrimonio invitando a horas de romanticismo frente a un hermoso paisaje, y algunos muebles de rafia sencillos, como: un aparador con una nevera pequeña y un televisor, un sofá de tres plazas con la tapicería rayada blanca y azul, muy marinero, y un sillón con reposapiés, que Charlotte probó mientras Nicholas atendió al chico que trajo las dos maletas.

—Ven. —Nicholas le tendió la mano, salieron al balcón y rodeó su cintura por detrás. Vieron la panorámica increíble del faro de Saint Anthony en la península de Roseland, llena de diferentes verdes y una calma absoluta. La movió con la misma suavidad de las olas que mecían en la bahía algunas barcas pequeñas con unas boyas rojas—. ¿Te gusta?

—Es precioso —dijo Charlotte, dejando que le besara el cuello.

—Si quieres, comemos aquí en el restaurante y luego vamos a dar una vuelta.

—Suena bien. —Charlotte se giró y rodeó su cintura con los brazos—. Y tenemos un día perfecto.

—No apostaría. Este sol no es normal.

—Eres muy negativo —afirmó con un beso en los labios, apretó el cuerpo al suyo y metió la mano entre su cabello—. Pero me gustas.

—Gracias, cariño, pero soy realista y consciente de dónde estamos.

Tras deshacer el equipaje y cambiarse de ropa, comieron en la terraza del hotel, sin sorprenderse por una lluvia anunciada que los obligó a dejar para el día siguiente la visita a la península. Durante dos horas degustaron un menú sencillo a base de pescado y marisco, con un servicio impecable y un vino aún mejor. Después salieron contentos a conocer el pueblo y Nicholas se esforzó por mantenerlos secos sosteniendo un paraguas durante un paseo cogidos de la mano por aceras adoquinadas. Llevaban calzado deportivo, vaqueros e impermeables; aunque resultó imposible; si seguían en la calle terminarían empapados.

Entraron en una cafetería y, sin haberles dado tiempo para pedir, sonó el móvil de Charlotte.

—Es mi madre. —Se levantó—. Ahora vengo, pídeme un café con leche.

—No tardes.

Sus padres acostumbraban a verla una vez al mes, al menos hasta septiembre fue así, pero estaba demasiado ocupada para ir a Henfield entre la decoración del apartamento, Nicholas y la investigación. Al salir se refugió bajo la marquesina de la cafetería.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis?

—Hola, Charlie. Bien, como siempre, ¿y tú?

—Muy liada.

—¿Cuándo vas a venir? ¿Has terminado con el escritor?

—No, aún no. Cuando pueda iré. No os preocupéis por mí. ¿Cómo está papá?

—En su mundo —dijo jocosa—. ¿Necesitas que te ayude con el apartamento?

—No, se está encargando Sarah. Cuando esté listo os lo diré.

—Muy bien, cariño. ¿Cómo pasaste tu cumpleaños?

—Cené con Nicholas. Pasamos una velada muy agradable.

—¿Estás contenta? ¿Cómo llevas la soltería?

—Mamá estoy feliz.

Por el tono alegre de Charlotte, Leslie supuso que Nigel tenía sustituto.

—¿Quién es? —preguntó curiosa.

—Nicholas, estamos saliendo —dijo Charlotte de manera natural. Sorprendida por el silencio preguntó—. ¿Mamá? ¿Sigues ahí?

—Sí. No esperaba que fuese él, es un poco mayor para ti.

—No tanto, y me he enamorado.

—Me lo imagino —dijo Leslie cortante—. Ten cuidado, es un mujeriego y, según lo que cuentan, no es de fiar.

—No sé por qué dices eso —replicó Charlotte, añadió molesta —. No lo conoces.

—Lo digo porque está acostumbrado a salirse con la suya, a tener lo que quiere, y si se ha encaprichado de ti cuando se canse te dejará tirada. No te fíes.

—Gracias por el consejo mamá, pero no todo lo que se dice de él es cierto.

—Ya. —Leslie incrédula—. Tú hazme caso.

Charlotte se entristeció al escuchar la desconfianza por boca de su madre, que basaba su opinión en la sarta de mentiras y exageraciones que Amanda se había molestado en publicar solo para ganar dinero.

—Bueno, te dejo. —Charlotte trató de cortar la conversación —. Otro día hablamos, tengo cosas que hacer.

—Vale, cariño. Cuídate. Un beso muy grande.

—Otro para ti y dale uno muy fuerte a papá de mi parte.

Cuando guardó el móvil, necesitó varios minutos para relajarse y regresar al interior. Tenía el café en la mesa. Nicholas se terminaba el suyo y advirtió su desasosiego al instante; conocía toda la gama de matices del topacio.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Sin saber que sus ojos la delataron, Charlotte se sentó y esbozó una sonrisa. En un gesto cariñoso, Nicholas le acarició una mano, pero, en vez de reconfortar, aceleró que unas lágrimas tristes invadieran ese azul profundo. Nicholas las arrastró deslizando los pulgares por sus mejillas, mirándola con ternura.

A pesar de estar apartados en un rincón, las lágrimas de Charlotte no pasaron inadvertidas para el resto de clientes; algunos al momento dejaron la observación; otros, no evitaron seguirlos con disimulo.

—¿Qué pasa? —murmuró Nicholas.

—Nada —respondió, exhalando lentamente.

—No me mientas —dijo incómodo—. Si no quieres contármelo, lo entiendo, pero no soy idiota.

—No quiero hablar aquí.

—Muy bien —replicó distante.

Terminaron los cafés, dejaron el local y yendo de vuelta al hotel Nicholas agarró con firmeza la mano de Charlotte. Sujetó el mango metálico del paraguas con tanta presión que lo sentía hincado en la piel, no le importó, caminó a paso rápido sin querer mirarla. Ese mutismo era doloroso. Ignoraba a qué se debía un cambio tan repentino de actitud, e intuyó su implicación de forma directa.

Ninguno rompió el silencio espeso que los acompañó durante el breve paseo hasta llegar a la suite. Nicholas entró en el baño y cerró la puerta dando un portazo, por si no había dejado claro su humor.

Charlotte se sentó en el sillón, cavilando en las palabras de su madre que, aunque injustas, compartirían la mayoría de personas. Se vería obligada a lidiar con una observación constante que la incomodaba mucho. Tratar de convencerla, segura de que se equivocaba, la sumió en una apatía que no pudo controlar. Se tendió en la cama mirando el techo, escuchaba el agua de la ducha, sintiéndose vulnerable, pequeña, e incluso tonta. Se había enamorado de Nicholas por completo; amaba al hombre, admiraba al escritor, y el temor ante una posible separación abrió una brecha inquietante en su confianza.

Nicholas salió en ropa interior, con una camisa blanca a medio abrochar y el cabello peinado hacia atrás. La observó serio y se acercó despacio. Ella se centró en unas piernas duras, llenas de músculos tensos, que con paso seguro ocuparon toda su visión.

—No soporto verte así. —Se sentó en el borde de la cama, intentando no dejarse llevar por la impotencia, su peor consejera—. ¿Me vas a contar qué ha pasado o no?

—Mi madre me ha dicho que tenga cuidado —murmuró.

—¿Conmigo? —Un lento parpadeo confirmó su sospecha y añadió—: Increíble. —Indignado no pudo evitar la amargura que le suponía esa duda. Se levantó y terminó de vestirse bastante rápido. Cuando se puso unos vaqueros volvió, se plantó delante, pero fue incapaz de mirarla a los ojos—. Voy a salir. —Nicholas necesitaba airearse. No entraba en su idea de un fin de semana planificado con ilusión compartir un espacio con ella para estar solo—. Vuelvo dentro de un rato.

—Nicholas —dijo Charlotte. Esperó a que se girara y añadió —: Te quiero.

Al decirlo se emocionó, y él negó con la cabeza.

—Si me quieres, no entiendo por qué estás así. Sabes lo que siento por ti y me duele que desconfíes. Lo siento, Charlotte, pero es la primera vez que estoy tan cómodo con alguien y me gustaría que creyeras en mí.

La tensión en su cara era diferente a la tristeza de sus ojos.

—Lo hago, aunque me da mucha pena que personas como mi madre, que no te conoce, te juzguen solo por lo que creen saber. No sé si voy a ser capaz de luchar contra eso.

—No sé qué te habrá dicho, no me interesa —dijo con soberbia—. Hace años dejó de preocuparme la opinión de los demás sobre mí. Me dan pena, sus vidas deben ser una mierda.

—No te enfades, por favor. Nada va a cambiar mis sentimientos por ti.

—Entonces deja de estar triste, me contagias, y no nos lo merecemos.

Nicholas volvió a sentarse a su lado. Ella se incorporó y le echó los brazos al cuello, sintió su calor y solidez rodeándola; suficientes para aplacar todos sus miedos. Estaban juntos, se querían, se respetaban; eso era lo importante, podían obviar todo lo demás. Nicholas la besó y notó unos pechos suaves apretados a su torso. Escuchó un corazón latiendo al mismo ritmo que el suyo, sincronizados en tiempo y lugar como planetas aislados en su propio universo, atraídos por la misma fuerza que los empujaba hacia el Sol uniendo sus destinos.

Los días volaron en Wells y la entrega del manuscrito cada vez estaba más próxima. Aparte, Charlotte sabía por su profesor que el señor Knight se había volcado con su hallazgo, pero no quiso desmoralizarse creyendo que ya no necesitaban su ayuda; pronto sería su jefe y quería mantener con él una relación cordial; no le pareció apropiado contactar personalmente cuando su primera opción fue acudir a Eric.

En varias ocasiones habló con Nicholas de las Navidades que pasaría con sus padres, y de su posterior incorporación en el Museo. Pensaron que lo mejor sería verse los fines de semana para que se centrase en el trabajo. Disponían de menos de un mes.

Aunque era sábado, Nicholas llevaba un buen rato

escribiendo cuando sonó el timbre de la puerta. Se extrañó porque Charlotte no estaba, pero tenía su propia llave, y no esperaba ninguna visita. Las voces de sus padres le llegaron altas y claras saludando a Maggie. Al momento irrumpieron en la biblioteca.

—Hola, Nick.

Patricia fue hacia la mesa con decisión. Nicholas se levantó y correspondió a un abrazo cariñoso. James curioseó detrás de la estantería, frunció el ceño sorprendido y se dirigió a ellos.

—¿Dónde está? —preguntó extrañado—. ¿Estás solo?

—Sí. —Nicholas trató de ocultar una sonrisa—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo James despreocupado.

Los duques se sentaron en las sillas frente a la mesa, compartiendo una mirada delatora entre ellos. Nicholas observó su complicidad. Tal y como un día dijo Tristam, la diferencia de edad no era un problema. Se casaron hacía más de cuarenta años, cuando su padre rondaba los treinta y su madre no había cumplido los veinte, y ese amor que descubrieron siendo jóvenes lo mantenían intacto.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó Nicholas.

—Vamos a Ivory —dijo Patricia—. Hemos pensado que podrías acompañarnos con Charlotte

—Me viene fatal —comentó Nicholas, ignorando la cara resignada de su madre después de un rodeo de muchos kilómetros para convencerlo—. Estoy trabajando.

—Descansa un poco —dijo James con una sonrisa jovial—. Vemos la finca y después comemos en The Three Lions. Tenemos reserva para cinco.

De pronto se abrió la puerta, que quedó entornada, y escucharon:

—Honorabilísimo, ven —dijo Charlotte graciosa esperando en el pasillo. Solía entrar por la cocina, más cómodo si venía de la casita. Con seguridad, de haber usado la entrada principal no lo habría llamado así—. Rápido.

Charlotte fue al vestíbulo, ignorante de los cuatro ojos que recorrieron complacidos los de Nicholas, que sonriendo se levantó diligente y fue a la puerta. Al salir, se acercó a ella andando despacio.

—Hola.

—Vamos… Lento.

Charlotte con una sonrisa radiante le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios.

—¿Qué pasa?

—He ido al establo y he montado sola a *Viking* —explicó excitada.

—Enhorabuena. Ya te dije que es muy noble.

—Me tienes que ver. —Hizo un puchero divertido y lo cogió de la mano—. Anda.

—Tenemos visita.

—¿Quién? ¿Tristam?

—No, mis padres.

—Ah.

La alegría en la cara de Charlotte se esfumó.

—Quieren que comamos con ellos y Gordon en Salisbury. ¿Te apetece?

—¿Puedo cambiarme? —preguntó insegura.

La desesperación estaba haciendo estragos en su gesto. Se hizo daño en el labio inferior, pero no se dio cuenta de que estaba mordiéndoselo hasta que relajó los dientes. Se llevó la mano a la boca y se lo masajeó un poco.

—Claro, pero relájate. Solo quieren conocerte —dijo animoso. En broma añadió—: Y no muerden.

—Vale, vuelvo en media hora.

Nicholas observó sonriendo una naturalidad y sencillez que lo cautivaban, cada día le gustaban más, la sostuvo por la cintura y le dio un beso cariñoso.

Charlotte llegó a su casa prácticamente corriendo. A toda prisa se duchó y pasó demasiado tiempo eligiendo la ropa que iba a ponerse. No quería avergonzar a Nicholas ni dar una imagen distorsionada de ella.

Cuando conoció a Patricia vio a una señora con una apariencia cuidada y elegante, también fue agradable y esperaba que su marido tuviese el mismo comportamiento. Después de algunas dudas, se vistió con una camisa negra que destacaba el escarabajo en su pecho como un faro aislado en la oscuridad de la noche, un pantalón estrecho también en negro y, por romper esa seriedad, unos zapatos planos rojos y un pañuelo a juego muy largo, de seda arrugada, con unos puntos blancos diminutos, que se anudó en el cuello.

Charlotte regresó intentando templar los nervios por el camino, recordándose que eran personas normales. La puerta de la biblioteca estaba abierta y accedió sonriendo con timidez.

Nicholas se acercó a ella, disfrutando de una belleza clásica envuelta en una apariencia juvenil que derrochaba elegancia. James y Patricia también se aproximaron. El duque le dedicó una sonrisa cálida que la calmó de inmediato. Vestía un traje oscuro conservador que realzaba el color de sus ojos, heredados por sus dos hijos varones.

—Estás preciosa —susurró Nicholas en su oído.

—Hola —dijo el duque, tendiéndole la mano—. James, el padre de Nicholas.

—Encantada, soy Charlotte —comentó, respondiendo a su saludo.

—Hola, Charlotte —dijo Patricia. Se quitó unas gafas de montura metálica, que colgaban de una cadena en su pecho, y le dio dos besos con familiaridad. Vestía un traje claro de chaqueta y falda, una camisa verde pálido brillante y unos zapatos beige. Con una sonrisa preguntó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿y usted? —preguntó Charlotte.

—Contenta por volver a verte, y por favor, tutéanos.

Charlotte agradecida asintió con la cabeza, mientras Nicholas desde hacía unos minutos sonreía sin decir nada.

—Entonces, ¿os venís con nosotros? —preguntó James.

—Sí, claro —aseguró Charlotte—. Será un placer.

—Ahora vuelvo —dijo Nicholas.

Siguieron un momento de pie hasta que James sugirió esperar

a Nicholas en el salón.

—James, ¿por qué no preparas un Martini? —Patricia miró a Charlotte—. ¿Te apetece?

—Sí.

Se sentaron en el sofá y James fue hacia el carro de las bebidas para contentar a su esposa.

—¿Te gusta estar aquí? —preguntó Patricia.

—Sí, mucho. Disfruto con la serenidad del campo.

Eficiente, James les ofreció unas copas y se sentó frente a ellas.

—Me dijo mi hijo que eres egiptóloga —comentó James

—Sí. Terminé el doctorado hace unos meses y hasta ahora he trabajado en proyectos para la Universidad de Londres, pero en enero empezaré en la colección de Egipto del *British*.

—Enhorabuena, eres muy joven —dijo James sonriendo. Dio un sorbo a la bebida y, pensando en voz alta, añadió admirado—: Debe ser interesante indagar en culturas antiguas.

—Sí, supongo que cualquier trabajo es gratificante si haces lo que te gusta.

—Tienes razón —añadió Patricia—. Mira Nick, se dedica a lo que más le apasiona y se olvida del mundo.

—No creo que se haya olvidado de todo —comentó James burlón—. ¿Verdad?

Charlotte bajó la mirada, intentando no sonreír, esa alusión a las habilidades de su hijo le recordó su timidez de las primeras semanas.

—Ciertas cosas no se olvidan, querido —dijo Patricia con picardía—. ¿Tú las has olvidado?

—Igual que tú —respondió irónico.

—Por suerte tenemos buena memoria —bromeó Patricia.

—Y que nos dure.

James sonrió a su esposa, y Charlotte vio en él a Nicholas. La expresión, los rasgos, la ternura; todo la llevó a imaginárselo dentro de treinta años; sería un anciano encantador.

—¿Qué os tiene que durar? —preguntó Nicholas entrando rápido.

Vestía un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata burdeos.

—Tonterías de tu padre —explicó Patricia—. ¿No piensas cortarte el pelo?

Se lo había engominado hacia atrás y se le rizaba por las puntas, para Charlotte estaba impresionante. También seguía sin afeitarse y su aspecto desaliñado era muy sexy.

—Hasta enero no.

—¿Nos vamos? —preguntó James.

Las mujeres afirmaron con la cabeza, les retiró las copas y le dio la mano a la suya. Nicholas se acercó a Charlotte y entrelazó sus dedos con los de ella.

Se subieron al elegante Volvo negro de James, Nicholas fue un copiloto bastante más permisivo con su padre que con Charlotte y salieron de Wells hacia Salisbury. Mantuvieron una conversación agradable y en ningún momento la egiptóloga se sintió intimidada, al

contrario, el buen humor de James, su cortesía y el cariño que mostraba a Patricia la desengañaron; los prejuicios condicionaron ese rechazo que se impuso con ellos.

Un rato después entraron por un camino de tierra con partes embarradas por las lluvias intermitentes de las últimas semanas, que gracias a la tracción del coche no supuso mayores problemas. La gran casa solariega rodeada de campo, bosque y un lago, captó con admiración la atención de Charlotte. Era un edificio antiguo con tres plantas rematadas con algunas chimeneas, dos torres como almenas, y varias hileras de ventanales con vidrieras entre columnas que parecían huesos sosteniéndolos. Tenía una escalinata en la fachada principal con dos leones rampantes encima de las balaustradas, y un pórtico que sobresalía soportado por tres arcos iguales. Encima de la puerta, el mismo escudo de armas que Nicholas tenía en la casa de Londres.

—¿Qué te parece Charlotte? —preguntó James mientras subían.

Sonriendo, Charlotte miró hacia arriba. La piedra blanquecina de la fachada, característica en los edificios clásicos de Wiltshire, confería elegancia a una sólida robustez. Cerca de la puerta leyó una inscripción grabada: «*Ivory Manor MDCLXXXVI*»

—Impresiona —dijo Charlotte con humildad.

—Cuestión de tiempo —añadió James dándole unas ligeras palmadas en el brazo—. La próxima vez será menos.

—No sé, impone demasiado, creo que nunca me acostumbraría.

Nicholas le dio un apretón suave en la mano y le guiñó un ojo, muy contento; hacía tiempo que no disfrutaba de sus padres fuera de Londres, y verlos junto a Charlotte, en una jornada familiar, le produjo una sensación placentera grata y feliz.

Una señora mayor los recibió con un cálido abrazo y, después de una breve conversación con Patricia, se perdió por un pasillo inmenso rodeado de antigüedades, a la derecha de una escalera de mármol con algunos retratos colgados en la pared. Tenían unos marcos de madera tallados casi iguales de protagonistas que la apariencia ilustre de las personas que rodeaban. Uno llamó la atención de Charlotte en particular, era una mujer joven, morena, vestía ropas lujosas y, sin duda, artífice de esos ojos verdes Finch-Hutton que tanto le gustaban. Nicholas le explicó que fue Emma Fellowes, la segunda esposa de Henry Finch-Hutton, I duque de Salisbury.

De una puerta al fondo de otro corredor más pequeño, pero no menos espectacular gracias a unos ventanales con una panorámica perfecta de los jardines, salió un hombre mayor que se acercó a James con una sonrisa alegre. Se dieron un abrazo cariñoso que Charlotte interpretó como una antigua amistad. Eran casi de la misma edad, aparentaba pasar muchos ratos al aire libre por el bronceado inusual de su rostro, y vestía unos pantalones vaqueros con una camisa blanca.

—¿Cómo estás? —preguntó James sonriendo.

—Muy bien, *Duke.* ¿Y tú?

—¿No me ves? Rodeado de belleza —dijo adulador, mirando a su esposa y a Charlotte

—Como siempre —Gordon se volvió hacia Patricia y le dio dos besos—. *Milady*.

—Hola, Gordon, estás estupendo.

Los ojos oscuros y expresivos de Gordon observaron atentos durante unos segundos a Patricia. Se le veía muy vital para tener setenta años, un cuerpo robusto sin estar grueso, un cabello gris alborotado que sugería desinterés por su apariencia, y una altura similar a la de James.

Gordon extendió la mano hacia Nicholas.

—Nick, me alegro de verte.

—Lo mismo digo —respondió al saludo—. Te presento a mi novia, Charlotte.

Ella sonrió y le tendió casi temblando la mano; esa definición delante de sus padres la sorprendió y asustó por igual. Estaban bien, pero no hablaban de formalizar nada; solo sabía que debían estar juntos.

—Un placer, Charlotte —dijo Gordon amable, se giró y añadió—: *Duke*, ¿me acompañas?

—Por supuesto —respondió James, mirando a Patricia preguntó—. ¿Vienes?

Unos minutos después, solos en la casa, Nicholas entró con Charlotte en el salón de invierno. Los colores de las vidrieras esmaltadas con diferentes representaciones vegetales filtraban la luz de manera que la iluminación parecía mágica. Varias lámparas con montones de cristales tallados complementaban los murales que decoraban el techo.

—Es espectacular —dijo Charlotte con la cabeza inclinada hacia arriba—. Qué bonito.

—Sí, y una ruina —añadió Nicholas desanimado.

—Parece que no la utilizáis mucho.

—No, solo en Navidad y cuando mis padres organizan algún acto. Está infrautilizada. Mi padre tiene el proyecto de convertirla en un hotel, pero siempre por alguna razón se retracta. También supone una gran inversión.

—E imagino que no será agradable ver tu casa llena de extraños.

—No, pero es absurdo tenerla para no disfrutarla. Y mantenerla es carísimo.

—Pues cuando sea tuya, la vendes.

—No es tan fácil. —Con las manos en los bolsillos y una sonrisa en la cara, Nicholas se acercó y le rodeó la cintura con los brazos—. Va con el ducado.

—Pues renuncia a él. —Charlotte le dio un besito rápido en los labios—. Me dijiste que no te interesaba.

—A mi padre le daría un infarto, sabe que Tristam liquidaría el patrimonio. Y, aunque no me interese, no podría renunciar a más de trescientos años de tradición. Hay una parte que sí me atrae, y es el legado de mi familia.

—Entonces no te quejes y piensa cómo mantenerlo.

—Cuando dices que me quejo, crees que lo hago por el título y no es así. No me interesa el aspecto social o la posición que te pueda dar. Otra cosa es ser consciente de que tu familia ha pertenecido a una

tierra durante siglos. Tener todo tu árbol genealógico descifrado desde 1661. No muchas personas pueden remontarse tan lejos con sus antepasados. ¿Te imaginas tener identificada hoy día toda la descendencia de algún faraón?

—Ahora tengo más claro por qué usas esa clave en los ordenadores —dijo bromeando. Casi con la boca en la de Nicholas añadió—: Eres *the Pharaoh*.

—Me has pillado.

Nicholas atrapó sus labios en un beso posesivo, apretándola con los brazos a su cuerpo. Se fundieron como lava de algún indómito volcán precipitándose por una ladera, entre gemidos placenteros y un contacto abrasador.

—Tenemos que parar —dijo Charlotte acariciando una mejilla áspera—. No es el momento.

—No quiero. —Nicholas se frotó contra su cuerpo—. Vamos arriba, hay dormitorios para elegir.

—Ni loca —exclamó.

—¿Por qué no? —preguntó apoyando la frente en la suya—. Seguro que Gordon entretiene a mis padres un buen rato.

—¿Trabaja aquí?

—Sí, y también nació. Es un año más pequeño que mi padre y son amigos desde siempre. Para él es el hermano que nunca tuvo. Su familia ha trabajado con la mía desde hace varias generaciones. Su bisabuelo fue el primero.

—¿Qué hace exactamente?

—Se ocupa de casi todo. Mi padre confía plenamente en él.

Por desgracia no tiene hijos, así que me tendré que buscar la vida cuando no esté.

—No te preocupes, parece que tiene cuerda para rato.

—Eso espero —dijo Nicholas con otro beso.

Sin demorarse más, evitaron calentamientos innecesarios y salieron al exterior donde los duques hablaban con Gordon.

—Tenemos la reserva para las dos —dijo James colocando una mano en el hombro de Gordon.

—¿Dónde siempre?

—Sí.

—Me cambio y voy para allá.

Por la noche llegaron cansados después de un día diferente. Nicholas insistió para que sus padres no regresaran a Londres, y Charlotte prefirió volver sola a la casa de invitados que dormir con él en la habitación contigua a la que iban a usar ellos.

El escritor trató frustrado de convencerla, pero conocía la terquedad de Charlotte, que se despidió besando cariñosa a los duques cuando terminaron de cenar y salió del salón acompañada por él.

—Puritana —susurró Nicholas antes de abandonar la casa.

—Libertino —replicó, sonriendo.

—Aguafiestas —bromeó con una sonrisa seductora.

—No seas exagerado, solo serán unas horas, resistirás.

Charlotte pasó por delante de él.

—No lo aseguraría. Llevo un día muy duro —añadió con un guiño pícaro.

Poco después, en la puerta de la casita, a Nicholas no le apetecía irse. La sujetó por las caderas y la besó suave en los labios, en un contacto que a cada roce de sus lenguas fue más ardiente. Charlotte se apretó al firme pecho masculino, buscaba una fricción que Nicholas le dio frotando con descaro su erección contra ella.

—Vamos dentro —dijo Nicholas impaciente.

El brillo salvaje de sus ojos fue evidente para Charlotte. La recorrió un estremecimiento cuando Nicholas tiró de su mano y cogió las llaves para abrir al segundo. La tumbó en el sofá, sonrió nerviosa por otro aviso excitante, más intenso, más desesperado, pero lo dejó continuar; nunca se equivocaba. En una carrera de fieras caricias, Nicholas le quitó la ropa hasta dejarla desnuda, trató de sosegarse, pero le dolían los testículos por la brutal carga reservada en exclusiva para su dueña. Metió la cabeza entre sus piernas y devoró ansioso cada centímetro de su piel.

—Sabes muy bien.

Ese sonido grave vibró en el sexo de Charlotte. Su aliento se extendió como un violento estallido que llegó a todas sus terminaciones nerviosas y la disparó rendida a él mientras jugaba con su cabello.

Con un sabor embriagador para sus sentidos, Nicholas intentó quitarse el pantalón de manera brusca. Charlotte se incorporó sin apartar los ojos de los suyos y le bajó los calzoncillos sonriendo excitada. Se inclinó hacia delante, le besó el glande, y acarició con la lengua su miembro en ligeros roces. Esa sutileza chocó con una brusquedad necesaria para Nicholas, que poco a poco embistió su boca

con el ritmo pausado que ella marcaba. Fue comedido hasta que un largo e involuntario gemido suyo la animó. Lo sedujo con húmedas pasadas, tembló extasiado en sus labios por un orgasmo abrumador que aumentó sus ganas de poseerla.

Atravesaron desnudos el frío saloncito y subieron al dormitorio, donde se dedicó a ella con esmero para llevarla a otro clímax entre dulces gritos y movimientos acompasados. De nuevo volaron juntos como plumas mecidas sin rumbo por un huracán; balanceados por una fuerza superior. Ante una potencia así, ninguno quedó indemne.

—Nicholas…

Durante un instante eterno se miraron reconociendo la magnitud de su amor.

—Te quiero —susurró Nicholas.

Necesitó cerrar los ojos para no ahogarse en un azul profundo que era como mirar en su interior. Apoyó la frente en la suya y la besó relajado. Era feliz. Su pasado quedó al margen, tenía la esperanza de un futuro. Charlotte había conseguido desterrar su aversión a la paternidad y hacerlo desear el hogar que él vivió de niño, con pequeñajos mezclados con la herencia de los dos. Cada día soñaba más con esa descendencia que nunca quiso conocer; ella era la única mujer con quien imaginaba verlos crecer, envejeciendo a su lado.

CAPÍTULO VIII

Wells, Inglaterra
26/11/2010

El último viernes de noviembre se encontraban en la biblioteca trabajando cuando Charlotte recibió una llamada de Frank Knight. Sorprendida atendió el teléfono, ya que, al no tener noticias de Eric, dio por perdida cualquier esperanza de participar con ellos en su descubrimiento, e incluso creyó que no se habían puesto en contacto para no avergonzarla por lunática; esa llamada reactivó la débil llamita que era reacia a abandonarla.

—Hola, señor Knight. ¿Cómo está?

—Muy bien doctora Wolf, gracias. Te llamo en relación al hallazgo de la momia.

—¿Ha descubierto algo más? —preguntó curiosa.

—Sí, algo muy interesante. Sabíamos que los símbolos del papiro describían un esquema de construcción de la pirámide de Piankhi, pero el equipo belga ha confirmado que no está dentro de la cámara real. Según ellos, seguiría oculta, sellada bajo el sepulcro.

Viendo una reacción contenida de sorpresa, Nicholas la observó con atención.

—En la lectura para mí queda claro, Kham diseñó esa cámara debajo del sepulcro de Piankhi.

—En nuestra interpretación también —dijo Knight satisfecho

—. Tengo ganas de empezar a trabajar contigo, creo que nos vamos a llevar bien —añadió contento—. Hemos pasado unos días como locos, aunque fantásticos y estimulantes. ¿Crees que existirá de verdad?

—Ojalá, sería una maravilla, le da un aliciente romántico a la novela del señor Finch-Hutton.

El aludido frunció el ceño y trató de averiguar el incentivo del que hablaba.

—Voy a solicitar permiso al Gobierno sudanés para una excavación.

—¿Se lo darán? Tardan meses en concederlos, y otros tantos en preparar la excavación.

—No te preocupes, intentarán sacar una buena tajada, pero tengo una estrecha relación con el actual director del Museo de El Cairo y me ayudará a convencerlos.

—¿El doctor Essam el-Katatni?

—El mismo —dijo Knight con orgullo.

A Charlotte el corazón se le iba a desbocar.

—Asistí a una conferencia suya en El Cairo, antes de que fuera el director del Museo, lo admiro mucho.

—Somos amigos desde que estudiamos juntos en Oxford —comentó Frank sonriendo, conocía el respeto que imponía a los jóvenes. Essam era un eminente egiptólogo respetado y encumbrado por la comunidad científica por algunos estudios que dieron rigor a evidencias arqueológicas—. En cuanto lo ponga al corriente también estará interesado. Primero confirmaríamos con el detector de ultrasonidos si es real, y al haber ya iniciada una excavación solo será

necesario ampliar los sectores de actuación. Es cuestión de plantearlo de manera atrayente para ellos.

Charlotte se vio fuera del proyecto.

—Qué bien —dijo decepcionada.

—Otra cosa, si se llevase a cabo, cuento contigo para dirigir la excavación. Ya te informaré cuando sepamos algo más.

Pasó a la gloria con ese “cuento contigo”; dos palabras que la acercaban a su sueño.

—Será un honor, señor Knight.

Era una oportunidad fantástica, todavía en el aire, aunque apasionante. Colgó con una sonrisa enorme en la cara, reflejo de su felicidad.

—Estoy ansioso por saber qué te ha dicho —apremió Nicholas, que no veía el fin de la conversación.

—Han confirmado que la cámara no está descubierta. Al menos, los belgas no lo han hecho. —Charlotte elevó las cejas con rapidez—. Knight va a solicitar permiso para hacerlo, y… ¿sabes quién sería la responsable?

Con una sonrisa radiante rodeó la mesa, se sentó sobre él y lo besó con un entusiasmo que en otras circunstancias habría reservado para el dormitorio.

—Enhorabuena, cariño —comentó, aunque no pudo evitar cierta melancolía—. ¿Entonces existe la cámara?

—No es seguro, pero me ha hecho ilusión que cuente conmigo.

—Si no, sería un ingrato. Fuiste tú quien descubrió el valor

del papiro —dijo con un dulce beso en la punta de la nariz—. Estoy muy orgulloso de ti, es un placer estar a tu lado.

—Para mí también estar al tuyo.

—Anda, cariño —dijo Nicholas con un gesto de disgusto dándole unas palmaditas en la pierna—. Tengo que trabajar.

—Vale. Por hoy he terminado. ¿Comes solo? —preguntó. Nicholas afirmó con la cabeza—. Pues nos vemos en la cena, tengo que ver algunos presupuestos que me ha pasado Sarah.

Se levantó y Nicholas le cogió la mano.

—¿Te hace falta algo? —preguntó cariñoso.

—No. —Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios—. Hasta luego, trabaja.

—Lo intentaré. A las cuatro vienen a hacerme una entrevista.

—No te agobies.

Charlotte sonrió animosa, y salió hacia su casa.

Dedicó parte de la tarde a elegir la mesa y las sillas que más le gustaron de la preselección hecha por Sarah. Llegó un momento, mientras dudaba entre dos modelos, que se planteó aceptar el ofrecimiento de Nicholas para que usara la casa de Londres. Visto con perspectiva, su apartamento era un negocio ruinoso y absurdo porque él tenía intención de dejar Wells pasadas las Navidades. Según sus planes, en febrero estaría instalado de nuevo en Londres, y no quiso oír la posibilidad de vivir separados, aunque el alquiler estaba pagado hasta junio. Tras una breve discusión, Charlotte admitió sus razones, compartió su inquietud, y sobre todo se emocionó por la nueva etapa

que empezarían juntos, a pesar de que no le confirmó si se mudaría con él.

Cansada de sí misma, optó por no machacarse más. Se vistió con unos vaqueros y un jersey de lana blanco, cogió una chaqueta gruesa y salió hacia la otra casa. Llegó al principio del camino, vio una furgoneta en la puerta y supuso que la entrevista no habría terminado. Eran casi las siete y pensó en el agotamiento de Nicholas por perder toda la tarde; aunque al rodear la casa escuchó las notas del piano que parecían indicar lo contrario.

Abrió con su llave, atravesó el vestíbulo con la frente apretada por la confusión y siguió hacia el salón una melodía de Chopin. Pasó por la biblioteca, donde dos chicos, que no se percataron de su presencia, bromeaban mientras recogían material fotográfico, y, justo antes de abrir la puerta corredera, oyó la voz de una mujer. Detuvo los pies con cautela y observó a Nicholas de espaldas en el banco. Vestía un traje gris oscuro, se había quitado la chaqueta y tenía remangada una camisa azul fuerte. A su lado, una pelirroja con una camisa blanca mostró unos muslos que la tela de su falda negra no pudo cubrir, cruzó las piernas y balanceó seductora un pie calzado con un zapato burdeos de tacón muy alto.

—Corre el rumor de que hay alguien en tu vida —dijo la mujer.

Nicholas dejó de tocar y se giró para mirarla.

—Es eso, un rumor. Estoy solo y no pienso cambiar ese estado.

—Entonces, ¿no es cierto? —preguntó, tocándole el brazo con

confianza.

—No —respondió rotundo—. No hay nadie.

—Pero… algún día necesitarás tener hijos —comentó con una sonrisa provocadora.

—No —dijo impasible—. No voy a tener hijos. No me gustan los niños.

Ajenos a los oídos furiosos que los escuchaban, siguieron con esa esclarecedora conversación para Charlotte, que se apoyó en la pared con la espalda rígida; no se atrevió a moverse.

—Nunca digas eso. Cualquier día te podría cazar alguna con un hijo secreto.

Sylvie Bernatt no era amable, aunque intentó disimular bromeando para sacarle toda la información posible.

—Lo dudo. Dice mucho de alguien si utiliza un hijo para cazar un marido —comentó irónico—. ¿No crees?

—Sí, pero a veces algunas mujeres son capaces de hacer lo que sea para pillar un buen partido, y tú lo eres, Nick.

Sylvie se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. Él sonrió con desgana, se giró y volvió a concentrarse en las notas.

Charlotte regresó por el pasillo, enfiló la salida y se dirigió a su casa con un único pensamiento en la cabeza: huir. Recogió algunas cosas para pasar el fin de semana en Londres, sola. Tenía que ir a su apartamento de todas maneras. Si no se despedía de él, ya lo vería la semana siguiente. En esos momentos era mejor poner algo de distancia de por medio. Si se lo cruzaba en los próximos minutos, su habitual contención se rompería.

Los dos chicos esperaban en la furgoneta cuando llegó Charlotte a paso rápido con una bolsa de viaje colgada del hombro. La saludaron inclinando la cabeza, y ella respondió con una sonrisa forzada antes de echar en el asiento de atrás su escaso equipaje. A la vez que arrancaba, Nicholas apareció saliendo de la casa acompañado por la periodista. Al verla tras el volante, la miró sorprendido y frunció el ceño molesto.

Sin conducir deprisa, Charlotte intentó parecer tranquila, casi lo consiguió, menos al bajarse para quitar la cadena. Nicholas no supo interpretar la tensión y brusquedad patentes en sus gestos, pero no era una salida para alguna compra de última hora como supuso en un principio. El rostro de Charlotte lo dejó desconcertado, aceleró la despedida del equipo de la revista y regresó al interior. Desde la biblioteca la llamó varias veces. No respondió a ninguno de sus intentos.

Al rato, llegó un mensaje al móvil de Nicholas: «*Me voy a Londres*», al momento otro: «*Volveré el lunes*». Él escribió: «*¿Qué pasa?*», la respuesta inmediata: «*x?*». Nicholas entrecerró los ojos para comprenderlo, «¿le quería decir “por” o “incógnita”?». Escribió otro: «*Coge el móvil y déjate de acertijos*».

Charlotte lo leyó y bufó harta de esa comunicación, la distraía y tenía bastante con el embotamiento de su cabeza.

Más tarde, en su apartamento, se tumbó en la cama cansada de emociones contradictorias. Le dolió que la negara, aunque, sin duda, lo peor fue escuchar su firmeza al hablar sobre la paternidad.

No olvidaría nunca esas palabras. Charlotte empezó a sopesar que la noche de su cumpleaños se vio forzado a aceptar unos hipotéticos hijos solo para tranquilizarla. No contaba con una sinceridad que consiguió bloquearla y la llevó a replantearse su relación para, por supuesto, dejarlo; no tenía sentido continuar si en algo fundamental no estaban de acuerdo.

Nicholas prefirió matar el insomnio escribiendo, pero la inspiración no le llegó y pasó horas pensando en ella; en su mirada atormentada; en su gesto contrariado. Subió al dormitorio, entró en el baño y se duchó. Lo que tuvieran que hablar era mejor hacerlo en persona. Charlotte todavía no lo conocía bien si creía que aguantaría la incertidumbre hasta el lunes. Dejó que el agua le aclarase un poco la mente igual que el día estaba haciendo con la madrugada. Se vistió y sin perder más tiempo cogió el coche.

Por carreteras desiertas, donde la bruma lo cubría todo con una luz tenebrosa llena de violetas y grises que se alejaban de los campos para difuminarse con la claridad de la mañana, Nicholas conducía y trataba de sosegarse. Una espesa niebla envolvió la autopista hasta aproximarse a Reading. Luego, la tranquilidad del fin de semana le permitió circular por el centro de Londres con rapidez.

Llegó antes de la ocho, fue directo al apartamento de Charlotte y aparcó muy cerca. Aliado con la desgracia, Nicholas comprobó que aún no tenía conectado el portero electrónico. Aguardó en el zaguán con las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta

alzado. Con las prisas no cogió ningún abrigo. El invierno que apenas notó en Wells, inmóvil en la calle, hacía estragos en su humor; moriría congelado si la espera se alargaba.

Como caído del cielo, un anciano se acercó con un perro pequeño atado a una correa, desconfiado miró a Nicholas, y buscó la llave del portal en el bolsillo de un abrigo oscuro desgastado.

—Disculpe, ¿le importa si entro con usted? —preguntó Nicholas de manera cordial.

—¿A qué piso vas?

El anciano sonó hostil.

—Al cuarto.

—Ahí no vive nadie —replicó seguro.

—Sí, lo sé. Es de mi novia, está haciendo el traslado.

—¿Por qué no te abre la puerta?

El viejo no ocultó su ironía y una mirada inquisitiva en un rostro surcado de arrugas. Casi las mismas del destartalado perro que se aproximó y olisqueó a Nicholas con intenciones imprecisas.

—Porque no sabe que iba a llegar tan temprano.

—Lo siento, pero no me parece correcto.

—Por favor —rogó, empezando a irritarse—. Me estoy helando.

El anciano lo observó de arriba abajo y lo desafió obstinado. Sorprendido, Nicholas desorbitó los ojos, esforzándose por no sonreír. No pesaría más de cincuenta kilos, pero suplía su escasa envergadura con la valentía de un soldado acompañado por un proyecto de peligro llamado *Brutus,* que no debía medir más de treinta centímetros y

destilaba la misma mala leche que su dueño.

—De acuerdo, pero voy a llamar a la agencia —explicó amenazante—. Si me has mentido avisaré a la policía.

—Sin problema, gracias.

Nicholas pasó por su lado, subió a zancadas las cuatro plantas y llegó resoplando entrecortado, con el corazón acelerado. Mientras recobró el aliento, escuchó el portazo del vecino al cerrar. Intentó ser discreto, y no hizo mucho ruido cuando golpeó varias veces la puerta.

En cuanto abrió Charlotte, Nicholas observó sus ojeras, indicaban que había dormido menos que él, y su aspecto abatido, con un camisón blanco, mostraba una fragilidad que se le clavó en las retinas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó fríamente.

Tras acceder al interior, Nicholas recorrió con una mirada confundida el desangelado salón e inmóvil se esforzó por mantener a raya su creciente enfado.

—Explícame qué ha pasado para que adoptes esta actitud infantil.

—¿Infantil? —preguntó irónica—. ¿Esa es la única palabra que se te ocurre? Me decepcionas, Nicholas. ¿Qué es lo que no entiendes esta vez?

—Todo. Explícamelo, por favor. Te escucho.

—Cínico —siseó las palabras, mirándolo amargada.

—¿Perdona?

Indignado se acercó a ella.

—Hipócrita —murmuró Charlotte tragando lágrimas, añadió

con el corazón en un puño—: Mentiroso.

—O me lo aclaras o te juro que salgo por esa puerta y no vuelves a verme en tu vida —dijo lento y furioso.

—Déjame en paz. Cuéntale tus rollos a otra, por ejemplo a la pelirroja con la que tienes tanta confianza.

Muy tenso, Nicholas entrecerró los ojos, recordando la conversación con Sylvie. No necesitó mucho tiempo para comprender su enfado.

—Eres muy inocente —dijo calmado. Esbozó una sonrisa de alivio—. No tienes ni idea de nada.

—No soy una niña, ese recurso no te vale. Soy una mujer, tengo mis sueños y mis esperanzas. Te has reído de mí, y no te lo consiento.

Nicholas le sujetó la cara entre las manos.

—Mi amor, por favor.

—No me toques.

Charlotte tenía los ojos inundados. Unas bellas piedras azules nadando en un mar bravío que Nicholas contempló tragando despacio.

—Si esto es porque ayer dije en la entrevista que no hay nadie en mi vida, debes saber que solo quería protegerte. Si la prensa se entera, no van a dejarte tranquila.

—No es por eso. Me da igual que me niegues. Yo no podría, pero tú verás lo que haces.

—No te niego. Eres-mi-todo, no te equivoques. Solo pretendía que no te agobiaran, pueden ser muy pesados.

—Te lo he dicho, no es por eso —repitió cansada.

—¿Por qué, entonces? ¿Por lo que dije de los hijos?

Charlotte no contestó, no pudo. Una triste lágrima recorrió su cara, haciendo añicos el corazón de Nicholas. Con ternura se la secó y pegó la frente en la suya.

—Eres con la única persona que deseo tenerlos.

—Ayer explicaste lo contrario. Y lo tienes muy claro.

—Cariño, fue por lo mismo. Esa mujer es un peligro. Todo lo que le dije es mentira. No quería correr ningún riesgo. Es preferible que siga creyendo que mantengo la misma opinión de siempre para que no sospeche nada, ha escuchado rumores de que estoy con alguien y la única que puede estar difundiéndolos es Amanda. No quiero que nadie te haga daño. —Le dio un suave beso en los labios—. Créeme, te amo más que a nada y si tenemos hijos los amaré también porque serán parte de ti, y eso me basta para desearlos igual que tú.

La abrazó con fuerza, desatando una tempestad salada y rabiosa en unos ojos que le fascinaban.

—Ayer me hundiste —dijo Charlotte sollozando—. Creí que cuando hablamos los aceptaste para tranquilizarme. Sabes que te quiero, y si tenemos hijos necesito saber que son deseados por los dos. No es una imposición ni es para atraparte. —Se limpió la cara y suavizó su tristeza—. La oí decirte que había mujeres que podían cazarte con un embarazo, y yo no soy así, Nicholas.

—Lo sé. —Nicholas sonrió y le acarició la mejilla—. Te apoderaste de mí con tus ojos y me cautivaste con tu inteligencia. Cuando tengamos hijos me atarán a ti el resto de mi vida, y eso no será una obligación para mí; es lo que deseo con toda mi alma, estar

siempre en tu corazón. Te quiero tanto, que solo pensar que te hago sufrir me destroza. —La miró abstraído en los cambios azules de sus ojos—. Por favor, habla conmigo cuando creas que he hecho o dicho algo que te haya molestado. A veces tendré que mentir a los demás para que me dejen en paz, pero jamás te he engañado en lo que siento por ti; jamás.

Charlotte apoyó la cabeza en su pecho. Serenándose dejó que la esencia de Nicholas la enredara entre sólidos músculos y latidos rítmicos. Su sueño no se desvanecía, la sujetó con firmeza como la tierra anclaba las raíces de los árboles, sin que ella desease nada más.

Tras unos minutos los dos se relajaron, Nicholas la besó en la frente y la liberó de su agarre. Fue a la cocina para traerle un vaso de agua, pensando en preparar un café humeante que calentara sus cuerpos, ya que el frío del pequeño salón no lo invitó ni a desprenderse de la chaqueta.

—¿Dónde está la cafetera? —preguntó después de buscarla y no encontrarla.

—¿Para qué? No hay luz.

Regresó y la miró con el ceño fruncido.

—¿Y cómo pensabas estar aquí?

Charlotte encogió los hombros con indiferencia.

—Si lo preguntas por la comida, iba a comer fuera, y lo demás no me importa. Anoche encendí unas velas.

—Muy romántico. Recoge tus cosas.

—¿Cómo?

—Te vienes conmigo —dijo autoritario—. No vas a quedarte

aquí.

—No me hables así —espetó molesta.

—Por favor, Charlotte, quédate conmigo, en mi casa.

Solo con agua fría (el calentador también era eléctrico) sin luz y apenas muebles, estar con él era lo más razonable y lo único que le apetecía. Mientras Charlotte seguía con cara de fastidio sopesando sus opciones, Nicholas esperó de brazos cruzados, apretó los labios y reprimió una sonrisa de satisfacción. Bajo aquella fachada tranquila existía una fiera rebelde que le jugaba malas pasadas y también aumentaba su admiración por ella.

—De acuerdo.

—Gracias —dijo, besándola en los labios.

Después de pasar un fin de semana tranquilo en Mayfair, antes de regresar al campo, concertaron una entrevista con Frank Knight. El interés de Nicholas se basaba en el hallazgo y en otro asunto que no había hablado con Charlotte ni tenía intención de compartir.

Atravesaron el patio central del Museo, rodeados por una avalancha de visitantes, hasta un área restringida solo para el personal, con un guardia de seguridad como barrera humana, que de manera amable les pidió sus identificaciones y les indicó cómo llegar al despacho.

Recorrieron un pasillo lleno de puertas blancas numeradas, Charlotte se detuvo delante de la 10 y llamó con un par de toques decididos. En cuanto entraron, Knight se levantó de la silla y rodeó la

mesa. Otro caballero, sentado frente a él, se puso de pie observándolos a una corta distancia.

—Hola, doctora Wolf. Un placer volver a verte.

Charlotte aceptó la mano que Frank le ofreció sonriendo. Parecía contento y sus facciones maduras, relajadas, no la intimidaron como el día que se entrevistó con él.

—Igualmente. Gracias por recibirnos. Le presento a *sir* Nicholas Finch-Hutton —dijo casual, sin advertir al noble fulminándola. Se giró hacia él y añadió—: *Sir* Frank Knight.

—Un placer, señor Knight —dijo Nicholas estrechando su mano.

—Lo mismo digo. —Frank le devolvió el saludo. Al momento hizo una leve señal con la cabeza al otro hombre y añadió—: Charlotte, te presento a Jean Marie Blanchet. Seréis compañeros cuando te incorpores.

—Jean, por favor.

Extendió la mano con una amplia sonrisa. Destacaban en su cara bronceada unos ojos grises muy cautivadores y algunas canas en el pelo, aunque intuyó que no tendría más de treinta y cinco. Era atractivo y vestía de manera informal, pero con Nicholas se había acostumbrado a una imagen más conservadora y su elegancia vistiendo un traje negro no era equiparable para ella a los vaqueros con camiseta del francés.

Jean saludó a Nicholas con un apretón de manos, sin dedicarle una mínima muestra de la dentadura perfecta que observó Charlotte.

Se sentaron en una mesa ovalada e intercambiaron hipótesis sobre los motivos del arquitecto para enterrar a la mujer desconocida con un secreto tan importante. Luego pasaron al enfoque que darían a la excavación junto a los egipcios. El-Katatni les había ofrecido su apoyo y colaboración, aunque estaba en manos del Ministerio de Asuntos Exteriores que el Gobierno de Sudán diese el visto bueno. Las relaciones internacionales con Egipto eran aceptables y un hallazgo de esa índole podía beneficiar a los dos países.

Tras un rato, el aburrimiento empezó a hacer mella en Nicholas. Los arqueólogos hablaban extasiados sin parar y él, cansado, se dedicó a observarlos. Al principio detectó la mirada fija del francés en la boca de Charlotte, por lo que pasó todo el tiempo controlando al nuevo compañero. Cuando de manera inconsciente Jean se mojó los labios con la lengua, lo interpretó como un gesto de excitación provocado por su novia, ajena a la admiración que despertaba. El malhumor empezó a ser patente en su expresión corporal con los brazos cruzados a la defensiva, el ceño fruncido y una mirada de superioridad mientras observaba a Jean fijamente. Charlotte sonrió con timidez a un comentario de Frank, y Jean repitió el gesto; consiguiendo cabrearlo mucho.

Al concluir la conversación, Jean se levantó y se dirigió a ella:

—Si quieres te enseño la Sala de Restauración y la exposición de la 65. No tenemos mucho de Sudán, pero puede ser interesante para vosotros.

—Sí, claro —afirmó encantada—. Vamos.

Salieron del despacho sin notar la tensión de Nicholas.

—Bueno, *sir* Nicholas, creo que debemos agradecerle su interés —comentó Knight—. Sin él no lo habríamos descubierto.

—Por favor, llámeme solo Nicholas.

—Usted puede llamarme Frank —dijo sonriendo—. Me hace gracia lo que impresiona un simple tratamiento.

—Eso parece.

—Recuerdo cuando estudié en Oxford. —Hizo una pausa—. Hace muchos años —añadió confidencial—. Nos reíamos de algunos porque solo presumían de los títulos nobiliarios de sus familias.

—Conozco a unos pocos. ¿En qué *college*?

—El Balliol —reconoció alegre—. Del 65 al 69, Historia.

—Yo también estuve en él, del 91 al 95, Lengua y literatura.

—Fue una etapa maravillosa en mi vida —comentó Knight con una mirada nostálgica a través de unas gafas de pasta marrón.

—También guardo un recuerdo estupendo de mi paso por allí, además de buenos amigos. Por cierto, Frank, estoy pensando en hacer una donación al Museo. ¿Hay que hacerlo a través de alguna de sus Fundaciones?

—Depende de la cantidad. Pero si quiere que se destine a algo en concreto tiene que ser aprobado por la Junta. ¿Por qué no se hace patrocinador? Tiene unas ventajas excelentes, sobre todo, para poder hacer visitas privadas.

—Me gustaría que se dedicara a esta investigación.

—Veo que le interesa que la doctora Wolf empiece con buen pie —sugirió con suspicacia.

—También —reconoció sonriendo, añadió—: Si ella no hubiese descubierto los signos en el papiro, habría quedado como un hallazgo interesante, no más. Me gustaría que se valorase su capacidad.

—Desde luego. Si está aquí, es porque Eric Johannsen la puso por las nubes y, créame, no es fácil engañar al profesor. No hace falta que usted la ayude, me encargaré personalmente de que nos demuestre su gran potencial.

—Me alegra oír eso. No obstante, me pondré en contacto con usted para hacer la donación.

—Magnífico, nunca decimos que no a la generosidad.

Camino de vuelta, al borde de una implosión testicular inminente, Nicholas se mostró bastante parco en palabras mientras conducía, escuchando una incontrolable locuacidad nada más que halagando al francés.

—Yo que tú, no me fiaría de un tipo que se llama Marie.

—¿Te pasa algo? —preguntó extrañada.

—Nada, pero hazme caso.

—Estás muy raro. ¿Es por qué te he presentado como *sir*?

—Eso ha sobrado, con Nicholas habría sido suficiente.

—Como sabía que a Frank se lo concedieron, me ha parecido oportuno utilizarlo.

—No hacía falta. Sabes qué opino de ciertas cosas. Además, en mi caso es *lord* no *sir*.

—Discúlpame si te he molestado.

Puso la mano sobre la de él.

—Nunca me molestas —dijo sonriendo—. ¿Qué habéis visto?

—Hemos dado una vuelta por la Sala de Restauración, estaban trabajando en varios cuadros y en una esfinge muy bien conservada de una de las pirámides de Nubia. Creo que te gustaría.

—¿Por qué?

—Porque tiene la cara de uno de los hijos de Piankhi, Taharqo. El cuerpo es un león. Está hecha en granito y está casi perfecta. La descubrieron a principios del siglo XX. Lo digo por los leones del escudo de tu familia.

—Creo que la he visto. Los leones del escudo fueron el primer símbolo que llevó el estandarte real y los nobles que apoyaron al rey lo añadieron a los suyos.

—Es interesante saber de dónde viene uno ¿No crees?

Nicholas bajó la cabeza sonriendo contento, sin querer había vuelto a plantearse el tema de los hijos con ella.

—Con nuestros hijos mi familia llegaría a la novena generación.

Ella lo miró absorta en el brillo de sus ojos, levantó la mano, le acarició con suavidad la mejilla, que bajo su tacto raspaba, y también le envió un calor sofocante cada vez que asumía con naturalidad esos hijos que ella deseaba.

Regresaron a Wells por separado. Como siempre, Nicholas prefirió madrugar y llegó por la mañana. Charlotte, que aprovechó el día para comprar con Sarah algunos artículos de decoración, no lo

hizo hasta bien entrada la tarde. Cuando aparcó, salió rápido intentando no empaparse con la persistente lluvia; sin embargo, se caló hasta los huesos.

Al llegar a su casa empezó a estornudar y a temblar, puso la calefacción a tope y se metió en el baño para darse una ducha caliente.

Desde el ventanal de la biblioteca, Nicholas la vio correr por el camino. Se dirigió al vestíbulo, cogió el paraguas y salió en su busca.

Tras una carrera, llegó a la casita unos minutos después, subió al dormitorio y, en cuanto entró, supo que estaba en el baño. Abrió la puerta con sigilo y el vaho lo atrapó por completo; no se veía nada. Se desnudó despacio y se acercó hasta respirar su aliento.

—Hola —susurró, mojándose la cabeza para hablarle en el oído.

Charlotte se asustó un poco, pero al instante se metió en la ducha y sintió sus labios besándole el cuello.

—Hola.

El contacto de aquella piel mojada abrasó a Nicholas tanto como el agua. Con las manos le recorrió los pechos, apretando, bajó hasta su abdomen mientras le daba suaves mordiscos en el hombro para ser dos cuerpos con una sola meta: el placer.

La mañana siguiente, Nicholas ardía al lado de Charlotte. Durante toda la madrugada dio vueltas desvelado por una tos insistente que la hizo moverse sin parar. Normalmente el calor de su

cuerpo lo atraía, pero al rozar su mejilla notó la fiebre. Se vistió y se sentó en el borde de la cama.

—Cariño.

Nicholas la despertó en un susurro.

—Hola —dijo adormilada. No podía respirar bien—. Tengo frío y la nariz taponada.

—Has tosido mucho por la noche. Quédate aquí. —Con una leve sonrisa le acarició la cara—. Voy a traerte una pastilla para la fiebre.

—Vale, en la cocina hay también unos sobres para el resfriado, tráeme uno.

Antes de irse, le trajo un vaso de leche caliente, otro de agua, y la medicina que le pidió.

—Volveré luego. Duerme y descansa —Nicholas la besó en la frente—. Le diré a Maggie que venga a verte.

—Vale —dijo con voz fatigosa—. No te preocupes por mí.

En cuanto salió Nicholas del dormitorio, Charlotte se tomó la leche a pequeños sorbitos, las medicinas y se arrebujó bajo el edredón. Al instante, la desgana y apatía volvieron a vencerla con un sueño reparador.

Por la tarde, Nicholas dejó pronto el trabajo y fue a verla. Según Maggie, se había tomado algo de caldo y ya no tenía fiebre.

—Hola.

Charlotte estaba acurrucada con aspecto cansado, esbozó una ligera sonrisa. Él se sentó a su lado, y le dio un beso suave en la

frente.

—¿Estás mejor?

—Creo que sí.

Se notaba el cambio en su voz por la mucosidad de la nariz.

—Hasta que no estés bien, no salgas de la cama —dijo serio —. Fuera hace mucho frío.

—¿Cómo te ha ido?

—Perfecto —dijo para no inquietarla. Su día había sido una tortura cada vez que miraba su mesa y no la veía. Su inspiración se quedó con ella, porque, desde luego, por la biblioteca no hizo acto de presencia. Pensar que dentro de un mes ese sería su estado de ánimo diario, era difícil de sobrellevar. Intentaba acabar lo antes posible para acortar su separación, pero si pasaba dos días más así, al final, como casi siempre, lo pillaría el tiempo de entrega y necesitaría trabajar la última semana más de veinte horas diarias—. Si te encuentras un poco mejor, me gustaría que te vinieras conmigo. Es más cómodo para todos, Maggie ha estado todo el día de arriba para abajo. Me quedaría más tranquilo sabiendo que no estás sola.

—Vale —admitió dócil.

—Te quiero —dijo Nicholas con un besito en la nariz.

—No te acerques mucho.

—Son tus ojos, los tienes cristalinos y son imanes para los míos.

Acarició cariñosa su mejilla. Ese aspecto desaliñado que reservaba para el campo, era muy sensual. Entremetió los dedos por unos mechones castaños, veteados de dorados, sedosos, con un

movimiento lento que la relajaba, pero impulsó a Nicholas a botar de la cama.

—¿Nos vamos? —apremió inquieto al levantarse con rapidez —. Dime qué quieres que coja.

El tacto de Charlotte suponía una contención que no le apetecía tener sabiendo que debía controlarla. El hecho de verla abatida lo condujo a recapacitar sobre la importancia de su bienestar para él. Quería cuidarla y mimarla, ofrecerle su mejor versión, su parte más íntima, la reservada solo para ella. Los días que pasaban sin Maggie eran muy especiales y pensar en tenerla disponible cada vez que quisiera, de alguna manera, lo llevó a agradecer ese resfriado por hacerla entrar en razón. Intentaría que se quedara con él de forma permanente, al menos hasta que se fuese a Londres; no serían más de tres semanas.

El tema de las fiestas a Nicholas no le preocupaba en exceso. Charlotte pasaría la Navidad en Henfield y él en Ivory, pero tenía decidido conducir las dos horas que los separarían para conocer a sus padres. Sobre todo, tenía especial interés en Leslie Wolf, quería saber qué opinaría de él en persona. Aún no le había perdonado los comentarios que le dedicó, y no iba a tolerarle que intoxicara a Charlotte dejándose manipular por las mentiras que decían sobre él o, a veces, las que él mismo alentaba.

Terminando un traslado breve y pasado por agua, entraron en la casa del escritor.

—Sube a mi dormitorio. Voy a decirle a Maggie que hemos llegado y te llevo la cena.

—No tengo mucha hambre. Algo ligero, por favor.

—Vale. Venga vete, no cojas frío.

Charlotte desapareció escaleras arriba y Nicholas fue a la cocina. Entró y vio a Maggie preparando la cena, también un olor a sopa de verduras invadió su nariz, que se encogió de forma automática en una mueca de desaprobación.

—¿La ha convencido? —preguntó Maggie interesada.

—Sí, está arriba —dijo cogiendo una bandeja con los laterales plegables. Buscó los cubiertos y añadió—: Voy a prepararle la cena.

—¿Usted?

—¿Lo dudas? —preguntó suficiente—. Cuando estuviste con tu hijo en el hospital cociné y, para tu información, a Charlotte le encantó.

—Uy, es verdad. Organizó una batalla usted solito —comentó divertida—. ¿Cuántos platos cocinó?

—Uno, y me salió de muerte.

—Menos mal. Tengo entendido que también se quemó.

Maggie se rió sin ningún pudor.

—Por lo que veo, Charlotte te tiene al día de mis actividades.

Despreocupado, Nicholas siguió con los preparativos. Cortó un poco de queso, que dejó en la tabla de madera con dos tostadas, peló una manzana, una pera y calentó un vaso de leche. Luego, se dedicó a buscar en los armarios.

—¿Qué necesita?

—Un plato de la vajilla danesa que me regaló mi madre.

—¿Esa? —exclamó Maggie, consciente de su elevado valor—.

Nick, no es apropiada para una bandeja.

—Me da igual. ¿Dónde está?

—En el mueble, junto a la despensa.

Al momento, Nicholas trajo dos platos medianos. Colocó en ellos el pan, dos tipos de quesos, el vaso de leche, la fruta en un bol, dos servilletas blancas bordadas y la cubertería de plata que usaba a diario. Cortó una de las flores que Maggie tenía en un jarrón encima de la mesa y la dejó con cuidado sobre las servilletas.

—Le ha quedado muy bonito —dijo Maggie burlona.

El buen humor de su jefe desde que Charlotte apareció en su vida era grato de observar para ella, sabía del suplicio que pasó en su matrimonio y dio por perdido verlo enamorado. En cambio, ahí estaba, preparando con esmero una cena inapropiada; teniendo en cuenta que su caldo mejoraría el cuerpo de Charlotte; aunque esa bandeja sería un detalle que alegraría su corazón.

CAPÍTULO IX

Wells, Inglaterra
3/12/2010

Durante los días de reposo Nicholas empezó la tediosa etapa de la corrección. Pasaba horas enclaustrado detrás del ordenador y no permitió que trabajase. Comieron juntos en la biblioteca, aunque Charlotte limitó al mínimo sus visitas para no entretenerlo. Sin la compañía de Maggie el tiempo entre el salón y el dormitorio habría sido insoportable, pero la inactividad no acabó con ella gracias a unas charlas animadas.

Aquel viernes por la tarde Charlotte salió a montar, aprovechó los últimos rayos de sol de un día inusual sin nubes. La yegua ya no le suponía ningún problema y a un paso suave recorrieron gran parte de la finca. La dirigió al arroyo hasta que oscureció y empezó a soplar un viento frío que le heló la cara al instante. A un trote seguro llevó a *Dottie* a la cuadra y salió corriendo por el camino, sintiendo tiritar todo el cuerpo. La hierba que pisaba estaba húmeda, su boca solo exhalaba vaho y, sin gorro ni guantes, las orejas y manos se le congelaban. A paso rápido volvió a la casa y fue a la biblioteca, derecha hacia la chimenea.

Saludó a Nicholas, que se quitó cansado las gafas y se frotó los ojos. Concentrado durante horas, le remordió la conciencia su egoísmo y dejadez.

—¿De dónde vienes?

—He salido a montar —dijo frente al fuego. Miró a Nicholas y advirtió un gesto confuso, añadió—: Cuando me he ido hacía sol, pero hace un rato ha empezado a soplar un aire helado que me ha dejado muerta. Necesito calentarme un poco.

Nicholas se levantó de la silla con una sonrisa que prometía calor de inmediato. Se acercó a ella, la abrazó por detrás y deslizó las manos con los dedos extendidos por su vientre en una muestra posesiva de cuánto la echaba de menos.

—Cariño, estoy bien —dijo Charlotte girándose. La traspasó una descarga incendiaria—. Déjame venir mañana.

—Solo si de verdad estás bien —admitió, rozándole los labios.

—Estoy bien.

Charlotte le dio un beso entusiasta, que convirtió a Nicholas en casi un salvaje tras varios días sin estar en ella; la sintió con las mismas ganas que él tenía. En unos minutos brillaban con los restos de un sexo fogoso que siempre les resultaban escasos, mientras seguían tumbados desnudos en la alfombra delante de la chimenea.

—Si nos quedamos aquí cogerás frío —dijo acariciando un pezón—. Vamos arriba. —Nicholas se levantó y empezó a vestirse admirando su cuerpo—. Creo que estos días has adelgazado.

—Es posible, no tenía mucha hambre.

—Intenta comer más.

—¿No te quedas trabajando? —preguntó, terminándose de poner la ropa.

—No, estoy cansado. Llevo cuatro días sin dormir.

—La edad, cariño —bromeó rodeándole el cuello con los brazos—. Estás mayor.

—Muy graciosa.

Salieron hacia el dormitorio donde Nicholas, sin necesitar mucho preámbulo, sucumbió de nuevo. Fue toda una demostración de esa experiencia que servía para hacerlos disfrutar de un reencuentro muy deseado por los dos. No pareció agotado, más bien todo lo contrario, aquella noche por fin durmió como un bendito.

Unos días después, Nicholas estaba reunido con varias personas de su editorial y solo se vieron en un desayuno breve. A media mañana, en vez de coger el coche, Charlotte prefirió ir paseando al pueblo para hacer unas compras, aunque por precaución se puso todas sus prendas impermeables.

En la farmacia empezó a toser, pero, como aún tenía algo de mucosidad por los restos del resfriado, no le prestó mayor atención. Luego, regresó por el camino bordeado de árboles, viendo cada cierto tiempo algún vehículo por la carretera, que no era muy transitada. Una silenciosa tranquilidad la acompañó durante varios cientos de metros hasta que de repente una tos compulsiva y violenta la detuvo, también una opresión en el pecho. Inclinó la espalda hacia abajo tratando de respirar con normalidad, sin conseguirlo. Sacar el móvil de la chaqueta le supuso un esfuerzo enorme. Llamó a Nicholas, pero su teléfono estaba apagado. Lo intentó con el fijo y tuvo más suerte cuando escuchó una voz amable conocida.

—Maggie —susurró con un hilo de voz—. Soy Charlie, no me

encuentro bien.

—¿Qué te pasa? —preguntó nerviosa—. ¿Dónde estás?

—En la carretera. —Tuvo que hacer una pausa para coger fuerza—. No puedo respirar.

—No te muevas, ahora mismo se lo digo a Nick.

Al colgar, otro ataque más brusco de tos, mucho peor, la derribó. El dolor en el pecho era como tener una losa de hormigón encima. Escupió una mucosidad viscosa envuelta en una inquietante sangre que la asustó; no tenía pinta de ser bueno.

Maggie irrumpió en la biblioteca e hizo un gesto con la cabeza a Nicholas para que se acercara. No necesitó nada más que una mirada para levantarse, vio miedo en unos ojos que pocas veces se asustaban. Nicholas se excusó, los tres hombres sonrieron con cortesía y prosiguieron su conversación.

—Nick, es Charlie —dijo acelerada—. Acaba de llamar, dice que no se encuentra bien. Está en la carretera.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupado.

—No lo sé, pero me ha dicho que no podía respirar.

—Voy a buscarla.

Salió corriendo sin despedirse.

En pocos minutos Nicholas cogió el coche, arrancó y atravesó el camino a toda velocidad, agradeció la visita, ya que la cadena seguía abierta y no tuvo que detenerse. Nada más salir a la carretera, unos metros antes del desvío de la casa, la vio arrodillada en el suelo.

Tenía la cabeza agachada y ni siquiera la levantó cuando se detuvo a un lado. Se bajó corriendo y fue hacia ella.

—Cariño.

Charlotte se llevó la mano al pecho, no pudo hablar. Nicholas la cogió en brazos y la sentó dentro del vehículo, observando unas inspiraciones profundas para llenar los pulmones de aire.

—Cariño, me estas asustando. ¿Te duele el pecho?

—Mucho —respondió agotada.

—Te voy a llevar al médico.

Durante el corto trayecto, Nicholas la controló a cada segundo, cada vez más nervioso al ver el esfuerzo que hacía por respirar. Aparcó en la puerta del edificio antiguo que albergaba el centro de salud, muy cerca de la pequeña comisaría local. Con agilidad, la cogió en brazos, la había notado más delgada desde el resfriado y, al sujetarla, comprobó que su peso era como el de una pluma ligera.

En cuanto entró apurado, un médico joven lo instó a dejarla en una de las dos camillas de la consulta.

—No puede respirar bien —dijo Nicholas.

—Voy a examinarla.

El médico tenía una calvicie espaciosa, un rostro con una nariz prominente, y un cuerpo alto que se insinuaba desgarbado. Con eficiencia auscultó el pecho de Charlotte, luego la espalda y le preguntó sus síntomas. Cuando supo que había expulsado sangre, decidió hacerle dos radiografías del tórax.

Mientras, con varias enfermedades nefastas rondando por su

cabeza, Nicholas esperó de pie en un pasillo solitario. Poco después, el médico los guió a su consulta. Esperó paciente que Charlotte llegara prácticamente en volandas; Nicholas la sostuvo con firmeza por la cintura hasta sentarla, sin perderla de vista en ningún momento.

—Parece neumonía —dijo el médico serio—. Dentro de un momento lo veremos.

—Pero no tiene fiebre —comentó Nicholas extrañado.

—No tiene por qué. Me han dicho que acaba de pasar un resfriado, no ha debido curarlo bien, ha cogido frío y se le ha complicado.

Al cabo de unos minutos, confirmó una pequeña mancha en uno de los pulmones y explicó el peligro que un empeoramiento acarrearía para su vida. Más sereno, Nicholas escuchó concentrado en los ojos del médico todas las recomendaciones y el tratamiento que le recetó: una semana de antibiótico y quince días de reposo absoluto.

Salieron de la consulta igual que entraron, Nicholas no permitió que diera más pasos. La dejó en el coche y, tras comprar en la farmacia las medicinas, condujo rápido de vuelta a su casa.

Nada más llegar, cogió la bolsita de las pastillas y alzó a Charlotte, que volvió a acurrucarse en su pecho. Entró y Maggie se acercó preocupada, le acarició el brazo, aunque no respondió.

—¿Qué tiene?

—Neumonía. La llevo a mi dormitorio.

—Le prepararé un poco de caldo.

—Muy bien, y algo más sólido, Maggie.

—Descuide —dijo entendiendo el porqué de esa petición, tampoco era ajena al deterioro de Charlotte, muy evidente desde el resfriado. Recordó algo y añadió cuando subía la escalera—. Ah, Nick, le ha llamado Astor. Me ha dicho que necesita hablar con usted.

—Gracias, Maggie.

Sin perder más tiempo, subió a Charlotte al dormitorio, la tumbó con suavidad en la cama y le quitó las botas de agua.

—Cariño —dijo Nicholas—, voy a encender la chimenea. —Sin poder articular ninguna palabra, Charlotte lo miró y trató de desnudarse despacio, pero le costaba moverse y seguía respirando con un esfuerzo tremendo. Nicholas terminó en pocos minutos, cogió un pijama de franela con cuadros, de dos piezas, y se acercó con una sonrisa cariñosa—. Te ayudo. —Con mimo la desnudó, le puso el pantalón y colocó la chaqueta. Al abrocharle los botones, comentó severo—. Sin condiciones ni protestas, no vas a salir de la cama en dos semanas.

—No podría —murmuró.

Nicholas la tapó con el edredón, trajo el antibiótico y un vaso con agua, que dejó en la mesita de noche, reparó en otra cajita, pero no dijo nada.

—Tómate la pastilla y descansa un poco, luego te subo la cena.

—No tengo hambre. —Charlotte medio incorporada se tomó la medicina y resollando le dijo—. Prefiero un zumo.

—Un poco de sopa y el zumo. —Nicholas fue inflexible. La advertencia le había durado medio minuto—. Tienes que comer, te

estás quedando en los huesos.

No pretendió molestarla, aunque ese tono dejó patente la inquietud que sentía al verla enferma. No pensaba transigir en aspectos que consideraba importantes ni iba a permitirle ponerse en riesgo por mucho que rogara en cuanto se sintiera mejor; ese reposo iba a ser sagrado. Nada era nada, Charlotte cumpliría a rajatabla su convalecencia hasta que estuviera totalmente recuperada, incluso la alimentaría como a un gorrión, sería el encargado de sacarla adelante; cualquier cosa era válida menos abandonarlo.

Pasada la primera semana, aún le quedaba otra, la mejoría de Charlotte fue notoria. De momento, ya daba pequeños paseos por la habitación, que siendo muy grande le parecía diminuta, sentía las paredes pegadas a sus hombros, comprimiéndola. Se distraía a ratos con el portátil, otras veces con las visitas de Maggie o las llamadas de sus amigas, pero al final siempre terminaba sentada en un sillón mirando por la ventana los fríos días de diciembre. Casi todos venían acompañados de lluvia y la diferencia de temperatura se hacía visible en la capa de vaho que cubría los cristales y la obligaba a limpiarlos constantemente si no quería aislarse por completo del mundo.

Como algo extraordinario, Nicholas permitió que bajase al salón y ayudara a Maggie con los adornos del abeto que Lewis y él acarrearon por la mañana. Pasaron una tarde divertida entre los recuerdos y anécdotas que compartieron. Tras una década, el escritor había vuelto a un vivero para comprar aquel árbol con la única intención de rodearla de un ambiente que sabía añoraba y deprimió

desde que habló con sus padres. En cuanto Charlotte les contó el motivo de su ausencia, lo entendieron, aunque se sintieron decepcionados, también, preocupada por su salud, Leslie empezó a llamarla todos los días.

Patricia organizó la comida de Navidad que por primera vez Charlotte celebraría en Ivory con ellos y Nicholas se encargó de avisar a Gordon para que la calefacción de los dormitorios se pusiera antes de su llegada, ya que calentar la casa era una odisea por otro de sus inconvenientes: unas instalaciones que después de cincuenta años desde la última renovación estaban anticuadas y necesitaban su tiempo para funcionar bien.

Dentro de su pequeña burbuja, Charlotte solo oía el sonido de las gotas caer y el chasquido de algunos troncos cuando se quemaban en el sinuoso fuego de la chimenea de piedra, que frente a la cama envolvía de calidez el dormitorio.

—Hola, mi amor —dijo Nicholas entrando alegre—. ¿Qué haces?

—Aquí, viendo la lluvia —respondió aburrida.

—Venga, anímate.

Tiró de su mano para sentarse con ella encima.

—Estoy cansada de estar encerrada. Si la radiografía del viernes está bien, al menos podré salir del dormitorio.

—Sí, pero no te emociones. Fuera hace mucho frío. Hay anunciado nieve y eso por aquí es raro. Hazte a la idea de que hasta enero vamos a salir poco, el sábado a comer y nada más.

—Pues mis padres están bastante tristes. Es la primera vez

que vamos a pasar separados la Navidad.

—Intentaré arreglarlo —dijo con un beso en la frente.

—¿Cómo?

—No lo sé, ya veré.

—¿Sabes cuándo estará publicada?

—A finales de primavera o principios de verano.

—Qué rápido.

—Llevan pidiéndome capítulos desde hace un mes —explicó cansado—. Por cierto, el catorce de enero hay una fiesta en el Ritz, la organiza la editorial, y quiero que me acompañes. Primero hay una cena y varios discursos.

—¿Tienes que dar uno?

—Sí. Algo breve en agradecimiento a la editorial.

—Tendrás que conseguirles invitaciones a mis amigas, morirían por algo así.

—No creo que haya problema —dijo encantado, notándola más contenta—. Se lo diré a Josh.

—Supongo que necesitaré un vestido de noche.

—Si quieres, cuando estemos en Londres, te acompaño y compramos uno.

—Como quieras.

Pasaron un rato tranquilos, aunque la cabeza de Nicholas bullía por la actividad que estaba realizando. Tenía pensado invitar a los padres de Charlotte a comer con su familia. También quería encontrar algún regalo que la sorprendiese ese día, debía ir a Londres y no tenía claro qué buscar.

Sin levantar sospechas, al día siguiente Nicholas habló con Edward Wolf. El hombre al principio se mostró un poco intimidado, pero reaccionó con rapidez y aceptó la invitación. Le pidió que no dijeran nada a Charlotte para darle una sorpresa, y se mostró colaborador en todo. Al menos, su impresión fue positiva; la de Leslie ya tendría tiempo de observarla en vivo.

La mañana de Navidad, Nicholas se vistió con un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata de cuadritos blancos y negros. Preparó el desayuno ante la ausencia de Maggie, por las vacaciones que siempre cogía en esas fechas, y lo llevó al salón. Esperó a Charlotte, impaciente por entregarle su regalo, pero mientras hacía acto de presencia, cogió un periódico atrasado y se sirvió una taza de café.

Distraída en el dormitorio envolviendo los suyos, Charlotte pensó en su suerte, limitada a Internet como única opción de compra; aunque estaba muy segura de su acierto. Bajó rápido y sonrió al ver a Nicholas leyendo el periódico con las gafas, que solo usaba para trabajar y siempre a regañadientes; no se sentía cómodo o eso decía; en cambio, a ella le encantaba verlo y, algunas veces, se las daba cuando notaba que no se las ponía haciéndose el despistado.

—Hola, cariño.

—Hola, has tardado mucho —dijo Nicholas dejando en la mesa el periódico y las gafas.

—Lo siento.

—Feliz Navidad.

Nicholas se levantó y la besó en la mejilla. Sonriendo fue al árbol y cogió un paquete pequeño envuelto en papel rojo con un discreto lazo plateado.

Charlotte también se agachó, cogió la bolsa de tela que había dejado a sus pies en la mesa y se la ofreció contenta.

—Toma, espero que te guste.

Intercambiaron los regalos con la curiosidad reflejada en la rapidez de los movimientos de sus dedos al abrirlos. La cara de Charlotte se iluminó cuando vio el brazalete de oro blanco con forma de serpiente. Tenía dos vueltas completas. Lo examinó con detenimiento y leyó la inscripción: «*Eres mi ∞*». Al momento, Nicholas descubrió unos gemelos con forma de escarabajos hechos en plata con diferentes pulidos y le gustaron nada más verlos.

—Gracias. —Nicholas la besó en los labios—. Son muy bonitos.

—Así los dos tenemos los nuestros.

Charlotte sacó otro paquete con una silueta y tamaño que perfilaban una pista infalible. Nicholas se quedó admirado sosteniendo un ejemplar de *Grandes Esperanzas* que llevaba buscando algún tiempo.

—Guau —exclamó incrédulo—. Esto sí que es una sorpresa.

—Vi que tenías varios, pero ninguno de esta edición.

—¿Cómo lo has hecho?

—Todo por Internet. —Lo volvió a besar—. Si me tienes secuestrada.

—No te quejes, hoy vas a salir.

—Por fin —dijo contenta—. Te lo he dedicado.

Nicholas la miró un segundo, volvió a concentrarse en el libro y en la primera hoja leyó: «*Para mi amor*. —Sonrió, alzó la vista y volvió a una caligrafía impecable escrita con pluma—. *Encontrarte es lo mejor que me ha pasado nunca. Te quiero. Espero que este libro ocupe un lugar especial en tu colección, al igual que espero encontrar para ti la manera de ir llenando todos los rincones de tu vida. Charlotte*.» La expresión de Nicholas reveló la cantidad de matices felices que se podían mostrar con gestos

—Gracias, pero ya has encontrado la manera de llenar mi vida. —Nicholas la sujetó por las caderas, inclinó la cabeza hacia abajo y, a punto de rozar sus labios, le dijo—. Lo eres todo para mí.

Sellaron sus declaraciones con un apasionado beso que detuvieron bruscamente para no arder en él. A gusto con el tiempo que pasaban juntos, desayunaron charlando divertidos; Nicholas tenía claro que Charlotte era su mitad y que lo sentía a él de la misma manera.

Llegaron a Salisbury, cogieron el desvío hacia Ivory y cuando bordeaban el lago, por fin, Charlotte guardó el móvil después de hablar con su madre, que volvió a recordarle su tristeza por no verse. Nicholas con culpabilidad le acarició la mano, pero aparcó al lado del coche de su padre sin desvelarle nada. El Porsche de Tristam y el Defender verde oscuro de Gordon también ya estaban allí.

Antes de bajar, Nicholas cogió una chaqueta de lana oscura y se la dio a Charlotte, que suspiró con fastidio.

—Me da igual —dijo Nicholas impasible—. Y ponte también la bufanda, por favor.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó burlón. Se anudó al cuello un fular y bajó del coche. Al abrir la puerta de Charlotte, se colocó en su espalda y la ayudó; aunque no era necesario, y era consciente de que estaba molestándola—. Hace mucho frío y ese vestidito no abriga nada.

—No sé por qué dices eso. —Con cierta ironía Charlotte se echó un vistazo, negando con la cabeza, jamás reconocería aquella humedad heladora que se le metió en los huesos; nunca le daría la razón, era preferible una muerte bajo tortura—. El *vestidito* lo llevo yo y voy bien.

—Pues creo que algunas partes de tu anatomía son más sinceras en este momento que tú.

Unos ojos verdes atentos a unos pechos delatores, unos labios fruncidos con arrogancia y unas manos hábiles abrochando su chaqueta, fue una réplica silenciosa que Charlotte ignoró, era un sobreprotector sin visos de cambiar.

Los hombres regresaban hablando por un camino de grava con dos filas de sauces altos a los lados que captaban la atención por una alineación perfecta de troncos recios y copas densas; dejaban caer unas ramas llenas de hojas como cientos de brazos caídos, en esa época con toda una gama de ocres dorados, ámbares o intensos cobrizos. James y Tristam se acercaron a ellos, mientras rezagado Gordon hablaba por teléfono.

—Hola, Charlotte —saludó James con un cariñoso abrazo—.

Me alegro de que ya estés bien.

—Gracias —dijo sonriendo—. También me alegro de verte.

—Hola, Charlotte. —Tristam la besó en las mejillas—. Estás guapísima.

—¿Sí? —dudó de su apariencia, consciente de los kilos que había perdido y de que el *vestidito* aumentaba su delgadez, pero el cumplido le sentó de maravilla a su ego—. Gracias, Tristam.

—De nada —dijo risueño—. Es totalmente cierto.

—Conocemos tus gustos. —Nicholas lo saludó dándole una palmada en el hombro—. ¿Cómo estás?. No sabemos nada de ti desde hace varias semanas.

—Estoy muy liado —dijo Tristam sin aparentar cansancio.

Nicholas colocó una mano en la parte baja de la espalda de Charlotte apremiándola a entrar en el vestíbulo. Una vez dentro, el ambiente navideño se respiraba en pequeños detalles: unas flores rojas distribuidas en varios muebles, algunas velas encendidas, y unos originales adornos dorados que colgaban de unos aros en la escalera a diferentes alturas.

—Voy a ver a Patricia —comentó Charlotte—. ¿Está en la cocina?

—Creo que sí —respondió James—. Pero no me hagas mucho caso.

Con el sonido del motor de un coche, Nicholas interrumpió la incursión de Charlotte.

—Cariño, acompáñame.

Extrañada frunció el ceño, pero cogió la mano que Nicholas le

ofreció. Abrió la puerta, salieron a la escalinata y, en cuanto Charlotte vio a sus padres, los miró asombrada con la boca abierta. Encantada por la inesperada sorpresa, se soltó y abrazó con fuerza a su madre. Mientras, Edward estrechó la mano de Nicholas con una amplia sonrisa, que correspondió con agrado. A los sesenta años, Edward Wolf tenía el pelo grisáceo, unos ojos iguales a los de Charlotte, que Nicholas no pudo dejar de comparar, y un cuerpo que insinuaba poca practica de ejercicio, pero gracias a su altura y a una genética permisiva solo una incipiente barriga lo delataba; vestía un traje azul marino, que no debió suponerle ningún esfuerzo habituado por su trabajo como asesor de seguros para una multinacional norteamericana.

Con las manos en los bolsillos y una ligera sonrisa, Nicholas observó a Leslie, una mujer rondando los cincuenta y cinco con un atractivo innegable. Era un poco más baja que Charlotte, tenía unas facciones suaves, una melena castaña cortada a capas dándole un aspecto moderno e incluso sofisticado, y con el traje negro que vestía de chaqueta entallada, pantalón acampanado con la cintura alta y una camisa blanca de seda, mostraba una silueta esbelta envidiable para su edad.

Leslie dejó a su hija, se acercó a Nicholas y estudió sus ojos sin poder interpretarlos con éxito.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. —Nicholas apretó la mano que le ofreció con firmeza, también los labios. Percibió la suspicacia en el color miel de unos ojos expresivos, pero no era el lugar apropiado para su

conversación pendiente con ella. Sonrió y derrochó cortesía—. El traje te sienta de maravilla.

—Muchas gracias —dijo Leslie con timidez. Era más alto de lo que imaginaba, muy atractivo, y durante unos segundos la aturdió con una mirada impasible—. La casa es espectacular, preciosa. Realmente todo lo que hemos visto es increíble.

—Gracias. —Con un gesto amable Nicholas los instó a pasar —. Mi familia nos espera dentro, vamos.

Cuando entraron, los duques estaban hablando en el vestíbulo con sus hijos, dejaron la conversación y atendieron a sus nuevos invitados.

—Os presento a los padres de Charlotte —dijo Nicholas con una ligera sonrisa—: Edward y Leslie. —Al momento, Patricia los besó de manera familiar y James saludó dándoles la mano. Luego Tristam imitó a sus padres, y Victoria, exactamente igual; aunque con rapidez se lanzó en brazos de Nicholas, que muy alegre la giró y rió divertido, ajeno a una charla cortés entre todos. Dejó a su hermana en el suelo y le comentó—. Peque, como has cambiado. Estás desconocida.

—Pues tú estás igual.

Victoria sonrió a Charlotte y se presentó más moderada. Se parecía mucho a Patricia en el porte y en el azul cielo de sus ojos, pero era más alta y su melena lisa, bastante larga, al ser oscura resaltaba el color pálido de su piel. Llevaba un vestido rojo con el cuello negro y unos tacones de vértigo, que Charlotte supuso le habrían costado una fortuna; las suelas que vio mientras Nicholas la abrazaba eran el distintivo de una marca francesa que, aparte de hacer

maravillas para los pies femeninos, brillaba por unos precios desorbitados para las simples mortales como ella.

Tanto Patricia como James, curtidos en múltiples actos de sociedad, hicieron sentir cómodos a Leslie y Edward que, con una timidez lógica, tardaron algunos minutos hasta mantener una conversación trivial amigable.

Como era su costumbre en la mesa, Patricia los alternó para que fluyeran las conversaciones. A la vez que Nicholas se vio escoltado por ella misma y Leslie, Tristam y Edward se sentaron a los lados de Charlotte, mientras, James ocupaba feliz la cabecera con su hija.

—¿Gordon no viene? —preguntó Nicholas.

—No —respondió Patricia—. Ha venido un rato, pero come con su hermana. Vendrá luego a cenar.

La única familia de Gordon era su hermana Eloise, varios años mayor que él. Vivía en Dublín desde que se casó con un irlandés, con quien tenía dos hijas de una edad parecida a la de Nicholas.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó Tristam.

—Hace un par de días —respondió Patricia.

—¿Cómo va la novela? —preguntó Leslie a Nicholas.

—Está entregada. Saldrá a la venta en verano.

—Me ha comentado Charlie que cuando se traslade a Londres también lo harás tú y viviréis juntos.

Su mirada intentó sonreír, sin embargo Nicholas percibió recelo.

—Sí, esa es nuestra intención.

—Londres no es como esto —murmuró Leslie—. Ya no

estaréis solos, hay más distracciones.

—Creo que estás equivocada —susurró, conteniendo la irritación que le produjo esa insinuación—. No me conoces, pero te permites suponer lo que pienso solo porque tienes una imagen distorsionada de mí.

—Es posible —dijo conforme—. Pero conozco a mi hija y no le gusta ser el centro de atención. No sé cómo llevaría el acoso o ser el blanco constante en ciertos medios.

—No lo será, me encargaré de que nos dejen tranquilos.

—Eso últimamente no depende de ti. Si tu exmujer vuelve a la carga, será inevitable que Charlie se vea expuesta.

—Trataré de que no sea así —dijo despacio en un tono bajo y neutro—. Y confío en la capacidad de Charlotte para distinguir la verdad de las patrañas que pueda inventar nadie para ganar dinero.

—No me gustaría equivocarme, mi hija es feliz contigo; nunca la había visto así. —Leslie sonrió con amabilidad a la vez que le dio unas suaves palmadas en la mano—. No me gustaría que sufriera. Soy su madre y solo quiero su bienestar.

—Y yo —afirmó serio—. Charlotte es lo más importante para mí.

Leslie notó una determinación, algo escrito en sus ojos con la fuerza de un brillo que la reconfortó por sincera.

—Debo reconocer que al principio tuve serias dudas sobre ti. Discúlpame por no haber sido justa. Espero que me comprendas.

—No te preocupes —dijo Nicholas con una sonrisa leve, pudo entender hasta cierto punto ese recelo—. Me alegro de haber hablado

contigo, y te agradecería que si alguna vez te surgen dudas sobre mí, me lo preguntes antes de creer lo que publiquen.

—No creo que tenga que hacerlo nunca. Con respecto a tu familia y a ti, jamás volveré a creer nada de lo que lea. No tengo palabras para agradecer vuestra hospitalidad. Mi marido y yo estamos muy contentos por el detalle que habéis tenido. Hubiese sido muy triste para nosotros estar hoy sin Charlie.

—Y para ella —añadió Nicholas amable—. Lleva una racha regular y sé que os ha echado mucho de menos.

—Nosotros también. —Leslie sonrió—. Aunque nos molestó un poco saber que tenía neumonía cuando ya estaba casi recuperada. No sé por qué no nos lo dijo antes.

—No lo sé, a veces es bastante cabezota. Pero no te preocupes, la tengo bien vigilada y no volverá a ocurrir.

El resto seguía enfrascado en sus propias conversaciones, menos Charlotte, que advirtió aquella charla en voz baja, observó con curiosidad a Nicholas y a su madre e intentó descifrar algunas palabras leídas en sus labios.

Tras unos cafés con unas pastas que Maggie preparó en Wells antes de irse a Londres, Nicholas y Charlotte se retiraron a su dormitorio, uno de los más grandes de la segunda planta.

Al entrar, la temperatura no era desagradable, pero Nicholas con rapidez atizó el fuego de la chimenea para avivarlo. Charlotte se sentó en la cama, empezó a quitarse los zapatos y preguntó intrigada:

—¿Cuándo has hablado con mis padres?

—Hace unos días —dijo quitándose la chaqueta—. ¿Te ha gustado que vinieran?

—Mucho. —Charlotte se levantó y acortó despacio los metros que los separaban—. Me has hecho muy feliz.

—Me alegro.

Nicholas tiró de su mano y la pegó a su cuerpo.

—¿De qué habéis hablado mi madre y tú? —preguntó deshaciendo el nudo de su corbata—. Os he observado y no parecías contento.

—De todo un poco —dijo indiferente—. Me ha preguntado por la novela.

—¿No habéis hablado de mí?

—Entras en “todo”.

Nicholas la besó en los labios, con dulzura, sin prisas.

—¿Qué te ha dicho?

—Que eres la persona más especial del mundo —murmuró cerca de su boca—. Y una caprichosa.

—¿Caprichosa?

Al escucharlo, Charlotte frunció el ceño. Esa expresión confundida hizo sonreír a Nicholas, amándola aún más. No era caprichosa ni engreída, pero sí ingenua. No tenía maldad ni utilizaba su físico para conseguir nada; y no era consciente de la alteración que provocaba en él.

—Sí —susurró quitándole el vestido—. Eres mi capricho de mujer.

Ese tono grave y unas manos cálidas recorriendo sus costados,

erizaron el vello de Charlotte enviándole una descarga excitante que no sentía desde que se puso enferma. Nicholas dejó que sus labios lamieran ansiosos unos pezones firmes y suaves bajo su lengua.

—Te he echado mucho de menos —dijo Charlotte.

—Y yo. —Nicholas repartió suaves besos en su cuello, intentando controlar el impulso animal que lo guiaba a pegarse a ella mientras le acariciaba su dura erección, palpitante por un esperado reencuentro. Sin tiempo que perder, terminaron de desnudarse inflamados por la misma necesidad—. No sé si voy a ser capaz de aguantar mucho —susurró tumbándola en la cama. Nicholas miró unos pechos elevados desafiando la gravedad, sujetó los brazos de Charlotte por encima de su cabeza y se deslizó sobre ella, pendiente de todas sus reacciones, indescriptibles si eran como las de él—. Cada vez es mejor.

Mientras Charlotte respiraba de manera entrecortada esperando tenerlo llenándola por completo, Nicholas se lo tomó con calma, entretenido en un menú sabroso de tiernos senos. Escuchó unos débiles gemidos que acalló entusiasmado y cerró los ojos concentrando en el placer de ir hundiéndose despacio. Trató de memorizar todas sus sensaciones al amarla; asimilando que era imposible, siempre encontraba algo nuevo para desearla de manera inagotable. La penetró con el miembro y la lengua, la esencia de los dos fluyendo con movimientos rítmicos hasta conseguir una unión perfecta. El cálido esperma de Nicholas la empapó intensamente, se abrió camino entre susurros apasionados. La rompió en miles de pedazos como si fueran placas tectónicas chocando con violencia bajo

el mar embravecido. Colisionaron en un estallido de gritos ardientes ajenos a oídos curiosos; en ese instante ni a Nicholas ni a Charlotte les importaba nadie más; como siempre en su universo, solo ellos en aquella habitación.

La Nochevieja en Wells se suponía romántica ante la ausencia de invitados. Para equilibrar los gustos de los dos, Charlotte preparó una cena sencilla a base de embutido, una crema ligera de verdura y pescado al horno. En el salón, dio por terminada la decoración de la mesa grande colocando unas velitas en un extremo cuando entró Nicholas con varios papeles en la mano. Lo observó curiosa, ya que le dio la impresión de que no la vio. Se centró inmóvil en él cuando empezó a tocar el piano, se detuvo y corrigió con un lápiz algunas notas. Desde que había entregado la novela pasaba más tiempo tocando y verlo absorto sin reparar en su presencia la llenó de satisfacción; dentro de la pudorosa intimidad que antes necesitaba ya la incluía, igual que ella lo sentía como una pieza fundamental en su vida.

Una nueva melodía la atrapó, se acercó despacio y se sentó a su lado. Nicholas la recibió sonriendo, pero no interrumpió el movimiento de sus dedos, que acariciaban las teclas con sutileza y una agilidad nada sencilla; aunque pareciese lo contrario. Contemplarlo en comunión con el piano, con aquel sonido envolvente revoloteando por la habitación, llegó a cautivarla en otra de sus facetas que nunca se cansaría de admirar.

—Es preciosa —dijo Charlotte cuando terminó.

—No está acabada.

—Tócame algo.

—No me tientes. —Nicholas arqueó una ceja con una mirada lasciva—. Quiero llegar a la cena.

—Pervertido —dijo sonriendo—. Una canción.

—Pide. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso rápido en los labios—. Si la conozco, la toco.

—He visto que ahí tienes partituras —dijo señalándolas, cogió la sonata para piano *número 14* en do sostenido menor *Quasi una fantasia* y se la mostró—. Esta es preciosa.

—No me apetece, demasiado triste —Nicholas hizo un mohín contrariado—. A ver si conoces esta.

Empezó a tocar una canción conocida, que Charlotte solo logró identificar por una película.

—*Casablanca* —dijo alegre.

Nicholas sonrió y siguió con el juego.

—*As time goes by* —dijo—. ¿Otra?

Al ver un gesto entusiasta afirmando con la cabeza, decidió sorprenderla con algo más actual. En cuanto empezó a tocar, la sonrisa de Charlotte se amplió de inmediato.

—*Angels* —dijo, burlona preguntó—. ¿No tienes nada mejor?.

—Veamos.

Tras pensar un momento, las notas buscaban sus dedos, y Charlotte volvió a sonreír engreída.

—*Everything I do, I do it for you*.

—Muy lista. —Con un beso en la mejilla—. ¿La última?

Volvió a asentir sonriente, él empezó a tocar, pero no lograba identificarla y le dijo:

—Si la cantaras, sería más fácil.

Risueño negó con la cabeza, mientras Charlotte intentó concentrarse, le sonaba; aunque Nicholas acabó y admitió la derrota encogiendo los hombros.

—*Masterpiece* —dijo Nicholas. La besó en los labios, muy feliz —. Como tú.

—¿Madonna? —preguntó incrédula.

—Cariño, tengo cuarenta. —Nicholas aguantando la risa—. Además, Madonna está muy bien.

—Sí, no te lo discuto, pero me quedo con Robbie.

—¿Ah sí? —Poniéndose cariñoso, con las manos en las piernas de Charlotte—. Pero no está aquí.

—Qué lástima. —Fingiendo pesar—. Me tengo que conformar con lo que hay.

—Pues lo que hay está empezando a impacientarse.

—Dile que vamos a cenar —susurró confidencial.

—Ahora está hablando con Madonna y no me hace caso.

—Claro, claro —bromeó contenta.

Nicholas la volvió a besar. Unos minutos después, cenaron hablando de sus proyectos. Recibieron el nuevo año brindando por un futuro que a partir de la siguiente semana empezaría con otra etapa donde tenían puestas sus ilusiones. Para Nicholas era la oportunidad sentimental que no esperaba, un renacer de sus solitarias cenizas. Para Charlotte suponía alcanzar la meta soñada en su carrera profesional y

vivir junto al hombre que amaba cada día de forma más intensa, con la clara conciencia de que su amor era infinito.

El lunes, temprano por la mañana, Nicholas apareció por la casita de invitados para despedir a Charlotte, que terminaba de recoger sus cosas. Durante la semana siguiente debía viajar a Estados Unidos con Randy Lichter, su asesor y amigo desde la época de Oxford, su intención era invertir en Cyrus, una empresa fabricante de placas base de última generación que les podía reportar pingües beneficios. Después tenía otra reunión en España por un tema más espinoso, que había camuflado a Charlotte, relacionado con Amanda y unas joyas que no le pertenecían.

Entró en el dormitorio, se metió las manos en los bolsillos, y lo recorrió con una mirada melancólica. Esa casa, que nunca significó nada particular para él, subió de categoría en reconocimiento por ser el primer testigo mudo de su amor.

—¿Lo has guardado todo? —preguntó Nicholas.

—Sí. —Charlotte cerró la maleta, la dejó en la cama y se acercó a él—. Si me dejo algo, ya lo recogeré otro día. ¿Cuándo vendrás?

—El viernes —dijo sujetando su cintura—. Si quieres el sábado vamos de compras.

—¿Cuándo volverás de Madrid?

—El catorce por la tarde.

—Entonces será mejor que vaya sola a comprarme el vestido, así podemos estar tranquilos el próximo fin de semana.

Verse haciendo planes, a Nicholas le pareció tan lejano que lo puso de malhumor y no pretendía que Charlotte se fuera inquieta por su culpa. Tratando de animarse a sí mismo, comentó:

—Bueno, de entrada vamos el sábado y si cambiamos de opinión tienes una semana para buscar algo.

—De acuerdo —dijo, añadió bromeando—: No sabía de tu interés por la moda.

—Soy un obseso de la moda —comentó orgulloso—. ¿No me ves?

—Ya te veo. —Charlotte le acarició la mejilla—. Ahora se te ha acabado la excusa para no afeitarte.

—Lo sé. Aprovecharé que no me distraes para mejorar mi imagen.

—Tendrás cara…

Charlotte le dio un beso rápido en los labios y Nicholas la apretó a su cuerpo con fuerza, alargando el momento. Nunca había sentido tanto la pérdida de alguien y el temor de que las cosas cambiaran entre ellos casi lo llevó a rozar el pánico.

—No quiero que te vayas —susurró.

—Nos vemos el viernes.

Sus labios se acoplaron en una fusión húmeda y ardiente, con cada movimiento la desesperación aumentaba un deseo que insaciable los perseguía. Nicholas se apartó y le sujetó la cara.

—Te amo —murmuró con los ojos húmedos—. No lo olvides nunca.

—Ni tú. —Charlotte le dio un besito en la boca—. Sé bueno.

Te voy a echar mucho de menos.

—Yo más —dijo esbozando una sonrisa—. Déjalos con la boca abierta, doctora Wolf.

Charlotte se emocionó por sus alentadoras palabras, siempre la incitaba a conseguir sus metas. En pocos minutos, lo observó antes de subirse en el coche. Arrancó manteniendo a raya una angustia asoladora que se apoderó de su garganta y se explayó con todas las lágrimas contenidas en cuanto dejó de verlo por el retrovisor. Aquella imagen inmóvil se grabó en su cabeza y se difuminó con la tristeza de la despedida; una situación que los dos tendrían que asumir mejor; les quedaban varias hasta vivir juntos en Londres.

CAPÍTULO X

Londres, Inglaterra
6/1/2011

Uno de los cometidos de Charlotte era la conservación preventiva, debía conocer con exactitud los parámetros ambientales para evitar cualquier daño en las obras de arte. Comprobó las instalaciones de las cajas climáticas y se encontraba repasando un inventario de los objetos expuestos en la Sala 4, que por el reclamo de la Piedra Roseta, uno de los mayores atractivos del Museo, y su ubicación de bienvenida era sitio de paso para todos los visitantes y una de las que más le preocupaban, pero no vio las tablas con los valores de iluminación, temperatura y humedad relativa, se levantó y fue a la mesa de Jean, que estaba facilitándole las cosas con cordialidad y compañerismo.

—¿Dónde puedo encontrar los registros de los últimos tres meses?

—¿Cuáles buscas?

—Ahora estoy con la 4, pero quiero repasar también la 62 y la 63.

—Están ahí. —Jean le indicó un archivo cerca de la puerta—. La estatua de madera de la tumba de Ramsés está en restauración. Verás que desde la semana pasada no tiene al día los apuntes.

—Vale. Por cierto, no me has dicho nada. ¿Hay novedades sobre la excavación?

—Aún no —respondió sonriendo—. Esas cosas van despacio, pero tengo fe.

—Sí, la mantendremos.

Charlotte cogió las carpetas y volvió a su mesa.

—¿Qué te está pareciendo el trabajo?

—Llevo un día. —Charlotte rió—. Pero bien, me gusta. Espero poder visitar a conciencia la exposición en cuanto tenga todos los registros controlados.

—Si te apetece el viernes podemos salir a tomar algo.

Parecía divertido y por lo poco que lo conocía se veía sociable.

—Otro día no te digo que no, pero ese precisamente es cuando viene mi novio.

—No sabía que tenías pareja.

—¿Tú no?

—Ahora no. Cuando me vine de París salía con una chica, pero decidimos dejarlo para no condicionarnos ninguno.

—En mi caso él se traslada a Londres. Salgo con Nicholas Finch-Hutton.

Jean hizo un gesto de asombro.

—No noté nada cuando vinisteis.

—Tampoco íbamos a estar como tortolitos.

—Supongo. ¿Lleváis mucho tiempo?

—Tres meses.

—Se te han iluminado los ojos —dijo Jean, esbozando una sonrisa—. Y, por si no te lo he dicho, los tienes preciosos.

—Gracias, los tuyos también lo son.

—Pues vamos a utilizarlos —dijo bromista.

—Sí, vamos a centrarnos, debo repasar un montón de datos.

—Para cualquier duda, estoy aquí.

—*Merci beaucoup*.

El jueves por la tarde, Charlotte quedó con Rachel y Sarah para elegir algunos objetos de decoración que pudiera llevarse sin problemas cuando se mudara. Recorrieron Camden, entraron en tiendas donde descubrieron cosas raras, otras imposibles, y una sorpresa: una vieja máquina de escribir negra del siglo XIX, Underwood; según el vendedor, en estado operativo.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Sarah extrañada.

—No es para mí. Se la voy a regalar a Nicholas. Creo que le gustará.

Siguieron investigando hasta encontrar una lámpara de cobre con forma de estrella. Tenía un calado que proyectaba la luz formando sombras sinuosas en la pared.

—¿Os gusta? —preguntó Charlotte.

—Sí —dijo Rachel—. Muy étnica.

—Si compras también esta más pequeña —comentó Sarah cogiéndola—, las podríamos colgar a diferentes alturas.

—Vale. Me gusta.

Esperando en la cola para pagar, Charlotte reparó en una figura masculina que hablaba por teléfono en la calle.

—Sarah, encárgate tú —dijo saliendo de la tienda.

En cuanto Tristam la vio, sonrió contento e hizo un gesto con el índice. Al terminar la conversación, le dio un abrazo y dos besos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Charlotte.

—Vivo ahí enfrente.

Señaló un edificio de ladrillo rojo en la esquina, con una cafetería abajo y dos plantas de viviendas.

—No lo sabía. ¿Cómo te va?

—Bien, me han dado otro proyecto y quieren que colabore de manera permanente.

Sarah y Rachel salieron cargadas con varias bolsas y una caja mediana. Se acercaron a ellos y Tristam sonriendo las miró confuso, sin saber a qué venía tanta atención.

—Sarah, Rachel, él es Tristam —dijo Charlotte—. El hermano de Nicholas.

—Disculpa si no te damos la mano —comentó Sarah con ironía—. Pero como verás no podemos.

—Trae —dijo Charlotte, cogiendo la máquina de escribir.

Tristam advirtió el esfuerzo de Charlotte al sujetar el paquete y frunció el ceño.

—¿Qué has comprado?

—Tonterías —respondió ocultando su destinatario.

—Plomo. —Rachel con las manos ocupadas por las lámparas, añadió burlona—. Ha comprado plomo.

—Si queréis lo dejamos en mi casa —dijo Tristam cogiendo la carga de Charlotte—. Y os invito a una cerveza.

Sarah lo examinó con detenimiento. En persona, al igual que

le pasó cuando conoció a Nicholas, era más atractivo. Tenía un cuerpo alto, elegante, unos ojos verdes expresivos, y un aspecto informal que le gustó de inmediato; aunque jamás fuera correspondida.

—Yo no puedo —dijo Rachel—. Empiezo la consulta dentro de dos horas.

—¿Y vosotras? —preguntó Tristam interesado.

—Por mí bien —dijo Charlotte—. ¿Te quedas?

La mirada lenta de Tristam desconcertó a Sarah, no parecía el tipo de hombre que se fijara en una mujer como ella, creyó que era más de los que buscaban modelos escuchimizadas.

—Si es algo rapidito, sí —dijo Sarah—. Tengo que visitar a unos clientes.

Lo acompañaron a su casa y dejaron las cosas en un rincón del salón. Sarah vio unos bocetos encima de una mesa de trabajo con un potente iMac plateado de veintisiete pulgadas, y los examinó concentrada, mientras, Charlotte curioseó algunas fotografías de él y sus hermanos. Una en especial captó su atención. Estaba hecha en la escalinata de Ivory, supuso por la luz que en un atardecer de verano, se veía a Nicholas de niño, con el pelo rubio y unos pantalones cortos, riendo alegre mientras sostenía en brazos a un bebé.

—¿Ese eres tú? —preguntó Charlotte curiosa.

Tristam se acercó y la admiró a su lado con una sonrisa.

—Sí. Creo que tenía uno o dos meses.

—Nicholas estaba muy guapo —dijo Charlotte nostálgica.

—Que no te oiga hablar en pasado.

—¿A qué te dedicas exactamente? —preguntó Sarah.

—Publicidad.

—Sarah es decoradora —dijo Charlotte—. Se ha encargado de mi piso.

Observó atento el rostro de Sarah, pensando en las proporciones perfectas que hasta ese instante nunca había contemplado en una mujer, y ella las rebasó con creces; era una belleza. Sus ojos negros como el carbón lo fascinaron, unas cejas espesas, una nariz pequeña que se ajustaba a sus pómulos, y unos labios que le recordaron unas sugerentes fresas jugosas apetecibles lo obligaron a no apartar la vista de ella. Solo encontró un defecto: su ropa; rara y extravagante; no la favorecía; aunque Tristam casi lo agradeció, marcando curvas debía ser de infarto.

Rodeó la mesa e inició una presentación en el ordenador.

—A este cliente estoy diseñándole un logotipo. Querían renovar su estilo. Me ha costado convencerlos, pero al final han entrado en razón.

—Me gusta mucho —dijo Sarah. Conocía la marca y sus bocetos eran muy buenos—. Lo has actualizado sin perder la esencia que lo identifica.

—Sí. Al principio estaban asustados, ahora les encanta.

—Suele pasar. A mí también me cuesta a veces convencer a mis clientes de que no todo lo que ven en las revistas de decoración es apropiado para sus casas, no quieren comprenderlo, no sé… bregar con la gente es complicado.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Tristam.

—Tengo mi propia oficina. Aún estoy sola, pero poco a poco

voy haciéndome de una cartera de clientes.

—Yo trabajo aquí. Supongo que al principio cuesta un poco —comentó él por su propia experiencia.

Sarah, que sonreía escuchando a Tristam, mostró uno de los principales rasgos de su carácter: su capacidad para entablar amistad en pocos minutos. Por su naturaleza sociable, Tristam tampoco tuvo problemas, y Charlotte —al verlos entretenidos— aprovechó para mandar un mensaje a Nicholas con el móvil: «*Te acabo de ver con diez años*». En dos minutos le llegó su respuesta: «*¿Estás viajando en el tiempo?*». Ella escribió con una sonrisa: «*LOL, una foto*».

En vez de otra frase escrita, sonó el tono que le tenía asignado a Nicholas, *J'y Suis Jamais Allé*, de Yann Tiersen, en un *cover* que él mismo arregló y grabó. Charlotte buscó en la cocina un poco de intimidad.

—Hola —saludó ella bajito.

—Hola, cariño. ¿Qué foto? —preguntó curioso.

—Una que tiene Tristam en su casa.

—¿Qué haces en su casa?

—Nos lo hemos encontrado por casualidad en Camden.

—¿Qué haces ahí?

—He venido con Sarah y Rachel a comprar cosas para el apartamento, pero Rachel se ha ido y nos hemos quedado Sarah y yo con él.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Vale. ¿A qué hora llegarás?

—Sobre las nueve. No creo que pueda antes.

—Te echo mucho de menos—dijo tristona—. Te estaré esperando.

—¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, lo mismo que te conté ayer.

—El sábado he pedido cita en una tienda cerca de mi casa.

—¿Cita? ¿Para qué?

—Ya lo verás —respondió contento.

—Está bien —admitió conformista—. Nos vemos mañana.

—Te quiero, mi amor.

—Y yo.

Poco después Tristam les ofreció unas cervezas, que bebieron sentados en el salón charlando con mucha complicidad. Charlotte notó el interés de Sarah en él y cómo fluía entre ellos una comunicación especial. Sonriendo, Tristam balanceaba inconsciente el cuerpo en su silla giratoria, siguiendo con atención las palabras de Sarah.

A Sarah se le fue el santo al cielo, y cuando regresaron al apartamento de Charlotte, acelerada le explicó varias veces cómo debía colgar las lámparas, pero se comprometió al borde de la desesperación en enviarle a alguien; su amiga era un ratón de biblioteca, un hacha de la investigación, e inepta para tareas que precisaran cualquier esfuerzo físico.

—Me tengo que ir. Mañana hablamos. Eres una negada para lo que quieres —dijo Sarah antes de darle dos besos—. Tienes mucha cara.

—Si te explicaras mejor…, pero si lo único que sabes decir es

«van ahí»; eso ya lo sé. Lo que me hace falta es que me digas cómo se conectan los cables.

—¿Los cables? —exclamó incrédula—. ¿Has conectado alguna vez algo?

—A lo mejor.

Charlotte sonrió con picardía.

—Eso habría que verlo.

—No me has dicho nada sobre Tristam ¿Qué te ha parecido? —preguntó Charlotte con una pizca de orgullo—. ¿A que es encantador?

—Sí, es majo —dijo indiferente.

—¿Ya está?

Charlotte frunció el ceño, normalmente, Sarah era de todo menos comedida.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó brusca, incapaz de evitar un tono malhumorado provocado por su inseguridad. Añadió irónica—. ¿Que está bueno?

—Tranquila. —Charlotte se percató de su nerviosismo, se acercó y le tocó el brazo—. ¿Qué te pasa? Era solo una pregunta.

—Ya —dijo molesta—. Me voy.

Sin más explicaciones, Sarah dio la vuelta y salió. Charlotte hizo un gesto de perplejidad cuando cerró la puerta y se quedó sola, intuyó que sus complejos estaban detrás de ese comportamiento.

El día siguiente recorrió la primera planta con Knight y Jean. Durante un momento examinaron parte de un relieve que decoró uno

de los muros de la pirámide de la primera reina de Kush. Tenía algunas de las inscripciones en meroítico más antiguas que conocían. Luego, delante de una estatuilla, Knight quiso comprobar los conocimientos de Charlotte.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó serio.

—Está hecha en fayenza azul con incisiones, pintura roja y la escritura la realizaron con caña antes de cocerla. Anlamani reinó en Nubia desde el 623 al 593 antes de Cristo, fue enterrado en la necrópolis de Nuri antes de que la capital fuese trasladada de Napata a Meroe. Tiene grabado el capítulo seis del *Libro de los Muertos*. Por el vitrificado, imagino que la composición fue de cuarzo granuloso, mezclado con algún aglutinante, natrón… —Charlotte dudó unos segundos—, o el carbonato de sodio que obtenían al calcinar las plantas que rodeaban las lagunas saladas. La temperatura de cocción debió rondar los 1000 o 1300 ºC.

—Excelente —dijo Knight admirado—. Solo te ha faltado el descubridor.

—George Reisner —añadió Charlotte segura—, en 1919.

—Hay un americano proponiendo excavar para encontrar una puerta de la muralla de Nubia que dé al Nilo, siguiendo las explicaciones de sus notas —comentó Jean—. Podrían desvelar otro gran misterio.

—La tecnología ha ayudado mucho con las imágenes de satélites, los georradares o las muestras geológicas —dijo Knight reanudando el paso—. Ahora es más fácil descubrir hallazgos tan importantes como el de Nubia, si por fin se encontrase.

—Pero ha perdido romanticismo —dijo Charlotte pensando soñadora en voz alta.

—Eso no quiere decir que no se deba ir a la zona en cuestión —dijo Jean.

—Es cierto, pero ahora en pocas semanas y con el equipo apropiado se obtienen resultados —afirmó Knight—. A principios del siglo XX eran años de trabajo de campo. De hecho, casi todos los egiptólogos de aquella época se trasladaron de forma permanente a El Cairo.

—Y casi todos murieron allí —sentenció Charlotte, miró a su jefe y añadió con suficiencia—. Excepto Carter, él lo hizo en Kensington.

—Además, muy mayor —añadió Knight—. Para que luego hablen de maldiciones y sandeces.

Con sonrisas ante una opinión compartida por los tres, finalizaron la visita en un ambiente relajado que cada día Charlotte apreciaba más. Disfrutaba con el trabajo y era un honor para ella ser la responsable de mantener intacto un patrimonio de un valor incalculable, testigo de la evolución del hombre con el arte como medio para expresarse, con algunas joyas que, incluso viéndolas a diario, no dejaban de sorprenderla; o mejor, acongojarla; era una privilegiada.

Al mediodía Jean la invitó a comer, los viernes no trabajaban por la tarde, y aceptó animosa. Estaba siendo un compañero encantador y le facilitó con paciencia su primera semana, gracias a esa

camaradería las horas que pasaban juntos volaban distraídas.

Charlotte se reía con él porque tenía un humor bastante irónico, incluso a veces perdía algunos segundos procesando sus palabras hasta que advertía una sonrisa delatora y comprendía la tomadura de pelo.

Los dos usaban a diario el transporte público, pero decidieron volver andando tras una copiosa comida en un asador cercano al Museo. Jean no vivía lejos y, charlando relajados, la acompañó hasta la puerta de su edificio.

—No tenías que haber venido —dijo Charlotte.

—No importa, así me muevo un poco.

Apoyado en su coche, con las manos dentro de los bolsillos de un abrigo negro, Nicholas los observó llegar. Creyó que Charlotte lo había visto, al menos es la impresión que le dio cuando miró al cruzar la calle, aunque no hizo ademán alguno por saludarlo.

—La semana que viene repetimos —dijo Charlotte, sin ver a Nicholas acercarse despacio.

—Vale, siempre va bien despejarse del trabajo.

Jean inclinó el cuerpo hacia delante y besó tres veces en la cara a Charlotte.

La expresión de Nicholas pasó de la sorpresa a la indignación. No solo la besó en sus narices, sino que además le dio un beso de propina. Y para colmo, su novia a pocos metros de él seguía ignorándolo.

—Hasta luego, que pases un buen fin de semana.

Charlotte se despidió y metió la llave en la cerradura.

—Tú igual y disfruta de tu novio.

Jean se giró y se topó de cara con Nicholas, que sonrió de forma exagerada.

—Hola, señor Finch-Hutton.

Asombrado pero amable, Jean le tendió la mano. Charlotte se volvió rápido, una sonrisa enorme le invadió la cara, aunque Nicholas la dejó muda con su nueva imagen. Un corte de pelo tradicional, un afeitado bien apurado y el estilo altivo que insinuó mirando condescendiente a Jean, derrochaba una masculinidad difícil de pasar por alto.

—Hola —dijo seco—. Disculpe mi mala cabeza, no recuerdo su nombre.

Al decir eso, Charlotte entrecerró los ojos, atenta a sus movimientos. Nicholas apretó la mano de Jean con más fuerza de lo necesario.

—Jean Blanchet —dijo de manera afable.

—Ah, sí, ahora, Jean Marie ¿no? —Nicholas compuso una sonrisa igual de cínica que sus palabras—. Un placer.

—Sí —dijo Jean. Se sintió incómodo, y añadió—: Bueno, ya me iba, hasta otra.

Siguió por la acera y se alejó de ellos.

El escritor enfocó su atención en Charlotte, que le rodeó el cuello con los brazos y un ritmo vertiginoso en el corazón. Cuando se besaron desapareció el invierno, volvió el sol veraniego y también la pasión, a pesar del tránsito de la calle.

—Hola —susurró extasiada—. No te he reconocido. ¿Estabas

apoyado en el coche?

—Sí, cariño. —Le dio un beso en la frente—. Me he dado cuenta.

—¿No ibas a llegar sobre las nueve?

—¿No ibas a estar en casa?

En el portal coincidieron con el cascarrabias acompañado por su fiero amigo. El anciano se paró, dejó pasar a Charlotte y le lanzó a Nicholas una mirada asesina. Sin camuflar su hostilidad se encaró con él.

—A ti te conozco.

—Sí, entré con usted una mañana.

—Hola, *Brutus* —saludó Charlotte cariñosa—. ¿Cómo estás?

—Así que Charlie es tu novia —dijo inquisitivo.

Brutus empezó a olisquear los zapatos de Nicholas.

—Sí —dijo Nicholas forzando una sonrisa.

—¿Y las momias, Charlie? —preguntó serio—. ¿Siguen muertas?

—No lo sé, Arthur, dígamelo usted.

Charlotte bromeó risueña.

—Mírame, más momia que yo no hay —dijo despreocupado—. Sigo vivito y coleando. —Arthur volvió a concentrarse en el escritor, ignorando al petardo destartalado que le mordía el bajo del pantalón. Recordó algo y preguntó brusco—. ¿Te ha dado las llaves?

—No —respondió Nicholas, sin poder evitar abrir los ojos de par en par, intimidado por la vehemencia del hombre con él y la pasividad que mostraba por el comportamiento de su fiel amigo—. ¿Le

importaría decirle a su perro que deje mi pantalón?

—¿Te dan miedo? —preguntó, sin molestarse en comprobarlo.

Charlotte miró la pierna de Nicholas y aguantó la risa. No le estaba haciendo nada, pero *Brutus* pronto empezaría a excitarse y querría montarlo; debía cortar la conversación para evitarle el bochorno. Con ese estilo tan inglés reservado para Londres, vestía un traje azul *navy* de raya diplomática con chaleco, una camisa celeste, corbata negra y un pañuelo de color rojo insinuado en el bolsillo de la chaqueta, no creyó que fuese el momento adecuado para una pasión canina desmedida. No le dio tiempo, *Brutus* empezó a convulsionar de pie encima de Nicholas, babeando con la lengua fuera, sin creerse su suerte. De repente, el reflejo violento de una sacudida lo envió de culo a varios metros y escucharon unos gemidos lastimeros saliendo de un cuerpo despatarrado que recobraba la estabilidad.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó indignado Arthur.

Al animal no le importó el susto y obstinado volvió a por el objeto de su deseo.

—¿Por qué? —repitió Nicholas asombrado, moviendo la pierna con malaleche—. ¿Usted lo ha visto?

—Será mejor que nos vayamos.

Charlotte con prudencia le cogió una mano.

—No le des las llaves, Charlie, te lo advierto, no es de fiar.

—Gracias por el consejo, Arthur.

Sonrió tirando de Nicholas hacia la escalera.

—Y como te encuentre otra vez en la puerta, no entras —

añadió Arthur furioso bajo la paciente observación del escritor.

Se alejó rumiando apreciaciones sobre el comportamiento de algunos impresentables con los animales, hasta que salió y dejaron de escucharlo.

—¿Está loco?

—No —contestó Charlotte riendo—. Pero le has tocado la joya de la corona.

—Dirás joyita. Es feo de narices.

—Sí, el pobre no tiene claro el pedigrí.

—Cariño, ese no sabe ni quién es su madre —comentó divertido—. Su árbol genealógico empieza con él mismo.

—Tienes que intentar ganártelo —dijo convencida—. Yo lo hice y conmigo va como la seda.

—Le tendré que comprar una muñeca de goma. Vaya calentón que llevaba.

—Pobrecillo…, no seas malo —comentó Charlotte mientras abría la puerta del apartamento—. El problema es que lo tiene complicado para ligar.

—Hablando de ligar —dijo Nicholas entrando—. ¿A qué han venido los tres besitos de Marie?

—No seas borde, es francés. —Charlotte se quitó las prendas de abrigo—. Tienen esa costumbre, y llámalo por su nombre.

—Lo hago.

El brillo perverso en los ojos de Nicholas, con una mirada hambrienta a sus labios, la sedujo sin rozarla. Esperó nerviosa que se acercara, intentando mantenerse quieta y no lanzarse contra él, en un

instante se abrazaron y el calor los llenó de tranquilidad.

—Te he echado de menos —dijo con el aliento de Nicholas en sus labios—. Mucho.

—Y yo.

—Estás muy guapo. —Charlotte le pasó la mano por la cabeza y comentó con un puchero infantil—: Con lo que me gustaba acariciarte el pelo.

—Me volverá a crecer —dijo. Reparó en el nuevo objeto que había en el salón—. ¿Y eso?

—Míralo más cerca.

Ella lo observó con los brazos cruzados y una sonrisa alegre. Nicholas admiró la vieja máquina de escribir.

—¿Y esto? —preguntó señalando un folio en el carro de la máquina.

—Léelo.

Nicholas lo cogió y leyó: «*Es tuya. Para mi escritor favorito de tu más ferviente admiradora. Ch*.»

—¿En serio?

Nicholas la vio afirmando con la cabeza en silencio, atrayéndolo con unos ojos radiantes que rozaban su campo magnético y lo inducían a pegarla a él. Volvió a su lado con un objetivo inmediato: amarla. Tras cuatro días sin ella, toda su dedicación sería poca. Por fin el maldito insomnio esa noche se olvidó de él, con Charlotte entre sus brazos conseguía dormir y disfrutar de sus mejores sueños.

Después de desayunar, se dirigieron el día siguiente a Mayfair, donde dejaron el coche de Nicholas aparcado. Dando un breve paseo llegaron a la puerta de una firma francesa de alta costura. Cuando Charlotte advirtió que era su destino, se detuvo mirándolo enfadada. El aspecto elegante de las personas que eran atendidas por unas dependientas perfectas, la incomodó. Si hubiera tenido el detalle de avisarla, no se vería con vaqueros y zapatillas deportivas, mostrando su versión más autentica, que en ese momento no le habría importado distorsionar.

—Me lo podías haber dicho —susurró al entrar.

—¿Qué más da? —preguntó despreocupado.

Charlotte lo miró de arriba a abajo con una sonrisa cínica. Vestía un traje gris oscuro impecable, camisa blanca, una corbata de seda con rayas moradas y unos zapatos Oxford marrón oscuro. Se dirigió decidido a una señora mayor que sonreía contenta. Rondaría la edad de Patricia y se la veía refinada, con el rostro maquillado resaltando sus rasgos sin exagerar y el cabello rubio peinado en un moño. Vestía un traje burdeos de chaqueta y falda con una camisa blanca, casi seguro de la propia casa.

Con unos modales suaves abrazó a Nicholas.

—Tía Emma, me alegra verte.

Nicholas la saludó afectuoso.

—Hola, Nick. Qué sorpresa. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Sí. He estado en el campo. —Nicholas cogió de la mano a Charlotte y la acercó—. Te presento a Charlotte, mi novia.

—Encantada —dijo Emma.

Se inclinó hacia delante y la besó sutilmente en la mejilla.

—Lo mismo digo —afirmó Charlotte cortada.

—Tía Emma, ¿Puedes enseñarle a Charlotte algún vestido de noche?

Emma desvió los ojos hacia Charlotte, que hizo una breve mueca incómoda.

—Estás en el sitio adecuado.

Charlotte la siguió hasta un perchero donde había varios modelos largos de diferentes colores y diseños. Tras ojearlos parsimoniosa, se probó uno de color berenjena con transparencias, unos detalles asimétricos en el escote, y una tela de gasa sobrepuesta en la falda dándole volumen. Para terminar la compra, unos zapatos rojos altísimos de satén con la punta y el talón cerrados. Mirándose en el espejo, Charlotte reconoció que en conjunto le sentaba todo muy bien, aunque mantuvo una cautelosa reserva sobre su capacidad de aguante con esos tacones.

—Estás fantástica —comentó Emma—. Pareces una modelo.

—Sí, seguro —dijo Charlotte irónica.

—Unos kilos más no le vendrían mal —añadió Nicholas serio.

A Charlotte le costaba mucho engordar y Nicholas continuaba preocupado por su salud. Incansables Maggie y él se ocuparon de su alimentación; consiguieron que recuperara algo de peso tras la neumonía, pero después de esos días sin verla volvió a notarla más delgada. Supuso que los nervios por el nuevo trabajo y su separación eran los responsables; el único consuelo que encontró fue la próxima

eliminación de la variable que dependía de él; en pocos días volvería a estar instalado ahí con ella.

Por la noche, tumbados en la cama del dormitorio de Nicholas, se acariciaban relajados. Charlotte decidió no objetar nada más a su asistencia a la fiesta, sería reconocer ante todos su relación y la exposición a ciertos medios le daba pánico. También hubo otro tema que no se atrevió a tratar con él. Le debería haber bajado el periodo durante esa semana, aunque su ausencia era inquietante. Repasó la caja, con la absoluta certeza de haberse tomado todas las pastillas, hasta recordar que el nuevo ciclo le coincidió con el antibiótico. No quiso preocuparse; cuarenta y ocho horas eran su margen de esperanza; agotaría todas las posibilidades.

—Estás muy callada —comentó Nicholas, dándole un beso en el cuello.

—Y tú.

—Sé que te pone nerviosa asistir conmigo, pero te necesito a mi lado.

Ella se incorporó y le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Iré, lo sabes —dijo, hizo una pausa—. Pero no me obligues a que nos hagan fotos.

—Cariño, algunas nos harán. Y no quiero que te sientas obligada —susurró—. Ven porque quieres hacerlo, por favor

—Quiero estar contigo, pero no quiero que hablen de nosotros —explicó un poco angustiada—. No quiero sentirme como tú a veces.

—Tampoco quiero que te sientas así, no es justo. No les entres al trapo en nada de lo que te pregunten o digan, así sabrán a qué atenerse.

Charlotte sonrió sin muchas ganas, se acurrucó en su pecho y dejó que la venciera el cansancio hasta que por fin la cabeza le concedió una tregua ansiada.

En el transcurso de la semana siguiente Nicholas viajó a Nueva York con Randy, compraron una cantidad importante de Cyrus. Luego, fue directo a Madrid. Llegó el jueves por la tarde y, nada más terminar con Astor y el director de un periódico de tirada nacional, llamó a Charlotte, preocupado por la apatía que advirtió en su voz la noche anterior.

En plena reunión con Knight, Charlotte disimuló silenciando el móvil cuando lo notó vibrar.

—Supervisarás la excavación —dijo Frank examinando unos documentos—. Tendrías que llegar a Sudán el miércoles y deberías tener resultados como muy tarde a mediados de marzo. En abril tenemos la exposición temporal del Museo de El Cairo y lo que se halle en la pirámide sería la muestra perfecta de nuestra colaboración.

—No es mucho tiempo —dijo Charlotte a la vez que trataba de serenarse. Su gran oportunidad estaba ahí y le asaltaron todas las dudas que su mente pudo procesar. No pensó que la excavación en Sudán fuese a empezar tan pronto, pero estaba decidida—. Esperemos encontrar algo de interés.

—Lo haremos —aseguró rotundo.

—¿Necesita algo más? —Charlotte se levantó—. ¿Quiere que vea con Jean la distribución de la exposición?

—No, él se está encargando bien —respondió sonriendo amable, recordó algo antes de que Charlotte saliera—. ¿Has recibido el e-mail de la Fundación?

—No —respondió apretando la frente—. ¿De qué se trata?

—Mañana por la tarde hay un cóctel en el patio. Es una recepción para los patrocinadores. Tenemos que ir todos.

—¿Sabe si dura mucho? Tengo otro compromiso.

—No, suele terminar sobre las once. —Frank vio en ella un gesto agobiado y añadió—: Uno de los privilegios de ser patrocinador es este tipo de eventos y alguna visita privada. No nos podemos negar. Haces acto de presencia un rato y luego te vas, pero tienes que asistir.

—De acuerdo.

Charlotte salió del despacho corriendo y se encerró en el aseo buscando un poco de intimidad para pensar. Su ansiedad rozaba la locura desde el lunes, cuando se hizo una prueba de embarazo antes de empezar un nuevo ciclo de anticonceptivos. No podía disimular un desasosiego inesperado ante una noticia que en otras circunstancias la hubiese hecho muy feliz; sin embargo, ocurría en el momento menos apropiado. Descubrir a las dos semanas de empezar un trabajo muy deseado que estaba embarazada, no era ni de lejos algo que hubiese creído que ocurriría. Aun así, intentaría que no interfiriese en su carrera profesional; motivo por el que aceptó el ofrecimiento de su jefe. Se encontraba bien, debía estar de pocas semanas, había soñado demasiado con esa excavación y estaba casi convencida de que

Nicholas la entendería y apoyaría. Varias veces le había repetido su deseo de tener hijos y constantemente la animaba en su carrera; aunque se angustiaba de forma inconsciente y no sabía cómo enfocarlo con él.

En cuanto Charlotte terminó su jornada, fue hacia el apartamento andando. Pensó que se despejaría antes de llegar; otra ilusión absurda de su cabeza. Sentada en el sofá, se tomó un vaso de agua y llamó a Nicholas sin saber a ciencia cierta dónde estaba; apenas le prestó atención durante las conversaciones diarias que mantuvieron aquella semana.

—Hola, cariño —saludó contento—. Acabo de terminar.

—¿Dónde estás?

—En Madrid, mañana estoy en casa.

—Menos mal —dijo aliviada—. Debo contarte algo que no puede esperar.

—¿Bueno?

—La semana que viene empieza la excavación. Knight me ha pedido que vaya a Sudán para supervisarla.

—¿Tan pronto?

—Sí, tiene que estar expuesta en abril.

Nicholas se sintió responsable de su propia irritación; con su donación estaba financiándola.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende de lo que encontremos —dijo escéptica—. Y de si lo encontramos.

—Esperemos que tengas suerte.

—Otra cosa, mañana hay un cóctel en el Museo. Empieza a las ocho y tengo que asistir. Le he dicho a Frank que tenía otro compromiso, pero tendré que ir un rato, lo siento.

—Qué casualidad —exclamó Nicholas. Con un suspiro decepcionado trató de animarse, entendiendo que no era responsabilidad de Charlotte—. Qué le vamos a hacer. Procura no entretenerte mucho, aunque te pierdas los discursos, la cena suele empezar sobre las nueve.

—Vale. ¿Nos vemos allí mejor?

—Creo que sí, no podré ir a recogerte.

—No te preocupes, cogeré un taxi.

—¿Por lo demás todo bien?

—Sí, bien —respondió rápido—. ¿Y tú? ¿Vas a salir por Madrid?

—No lo sé. Tengo varios amigos, pero no creo que me dé tiempo, estoy agotado.

—Piensa que solo te queda un día más.

—¿Le has dicho a tus amigas lo de las invitaciones?

—Sí, vienen todas. Supongo que llegarán antes que yo.

—¿Han dejado alguna para Tristam? —bromeó Nicholas.

—No había caído en decírtelo, ¿sabes un secreto?

—¿No estarás embarazada, verdad? —preguntó divertido.

Al escucharlo, Charlotte se bloqueó y perdió la chispa que intentaba dejar salir.

—Es otra cosa —comentó en un tono neutro—. Da igual, es

una tontería.

—Vamos…, cuéntamelo.

Nicholas no los vio, pero en ese momento los ojos que tanto admiraba estaban empañados con una cortina espesa, transparente y húmeda, que atosigaba a Charlotte para que dejara de hablar con él.

—Es una apreciación, creo que Tristam y Sarah se gustan. Ya te lo contaré.

—A Tristam le suelen gustar muchas, que no se emocione Sarah.

—Ya —dijo Charlotte. Arrastró con una mano las lágrimas tristes que bajaban por sus mejillas—. Venga te dejo, descansa.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, percibiéndola rara.

—Sí.

—Te quiero, cuídate.

—Y yo. Un beso.

Charlotte respiró hondo y reclinó el cuerpo en el sofá. Además de la inquietud por el embarazo y las suposiciones sobre la reacción de Nicholas, al observar con detenimiento la casa, se arrepintió de verdad por el negocio ruinoso que había hecho alquilándola y reformándola. Agotada consigo misma, se acostó sopesando sus prioridades. Si unos meses atrás solo creía que su gran pasión era Egipto, ahí reconoció que su verdadero gran amor era el padre de su hijo. Se imaginó con un bebé rubio, con los ojos de Nicholas, lo vio sosteniéndolo sentado en la escalera de Ivory, luego lo cogió de la mano y lo montó en un poni.

A punto de que la venciera el sueño, los prados la rodearon

rebosantes con las gotas frías de la lluvia que tanto disfrutaba, Nicholas empapado se acercó a ella, la abrazó con fuerza y andando juntos se perdieron tras la niebla.

CAPÍTULO XI

Londres, Inglaterra
14/1/2011

Charlotte salió con rapidez de su casa. Un taxi llevaba varios minutos esperándola y por la dificultad que le suponía bajar las cuatro plantas con los tacones, se los quitó y se los colocó otra vez cuando llegó al portal.

Durante el breve trayecto hasta el Museo, intentó que su vestido sufriera lo mínimo. Gracias a la estola gris que le dejó Rachel, casi no notó el frío de la noche. Una de las cosas que le preocupaban era recaer con algún resfriado, no era el momento de tentar a su salud.

Entró en el patio bajo la llamativa cubierta traslúcida, encontró a decenas de personas hablando animadas en pequeños grupos, que recorrió con la mirada hasta descubrir a Frank invitándola con un gesto impaciente a reunirse con ellos.

—Charlotte, estás preciosa —dijo adulador.

Lo conocía mejor y la impresión severa que en un principio la cohibió se esfumó en dos días. La trataba con un respeto exquisito, valoraba sus opiniones y la ayudó a integrarse como otro compañero más; algo que no esperaba viniendo de su parte.

Los caballeros que lo acompañaban le dedicaron preguntas curiosas que atendió servicial, creando una expectación inesperada entre mentes insaciables por el misterioso pasado de una civilización.

Al momento, apareció Jean, muy elegante con un traje oscuro, acercándose a ellos sonriendo.

—Hola, doctor Blanchet —dijo Knight.

—Buenas noches. —Jean estrechó la mano de Frank e hizo un gesto de aprobación al vestido de Charlotte—. Doctora Wolf, *tu es belle*.

—*Merci, vous aussi*.

Jean se integró con facilidad y también sació el interés de los generosos patrocinadores que apoyaban a la Fundación del Museo. Un poco antes de las diez, Charlotte se despidió de todos y bastante nerviosa emprendió el camino hacia la otra parte de su velada.

Ni media hora después, en el hotel la recibió el personal de la editorial que organizaba el evento, con una sonrisa cohibida Charlotte entregó su invitación y accedió a la sala. Se había quitado la estola y, generando un interés que no buscaba, sintió un poco de frío al empezar a andar entre las mesas.

Nicholas la vio y le dedicó una expresión alegre. Muy elegante vistiendo un traje oscuro, se levantó y se aproximó a ella. Cuando alargó el brazo para tomar su mano, Charlotte percibió el destello plateado de uno de sus gemelos.

—Es un placer verte —dijo Nicholas, besándole el dorso de la mano—. Estás muy guapa. Vamos, hemos empezado hace unos minutos.

Con un orgullo evidente en la forma de recibir los saludos de algunos comensales, Nicholas atravesó parte del salón con ella del

brazo. El vestido era espléndido, realzaba su envidiable figura, pero la belleza de Charlotte atrapaba por su aura, elegante y etéreo.

—¿Cómo ha ido el discurso?

—Bien —dijo al retirarle la silla contigua a la suya.

—Os presento a mi novia, Charlotte —dijo Nicholas a las seis personas que componían el resto de la mesa.

—Hola a todos.

Charlotte saludó con una sonrisa amable.

—Nicholas me ha contado el proyecto que tienes en Sudán —comentó el director de la editorial.

Josh Walcott era un sesentón con un rostro anguloso, una incipiente calvicie, y unos ojos azules observadores atentos a la pareja del aristócrata desde que se sentó en la mesa.

—Sí. Me voy el miércoles. Todo ha sido gracias al interés de Nicholas para documentar la novela. Si no lo hubiese hecho, probablemente, hubiese seguido oculto otros miles de años.

—Por lo que tengo entendido, todo el mérito ha sido tuyo —dijo Walcott cordial.

—No. —Charlotte sonrió discreta—. Estas cosas nunca las hace una persona sola. Casi siempre el azar juega un papel importante.

—Es posible —admitió Walcott desviando la mirada hacia Nicholas—. Al menos con vosotros lo ha jugado.

—Sí, y es la mejor apuesta que he ganado —dijo Nicholas encantador, se inclinó sonriendo y la besó en la mejilla.

Durante la cena el ambiente fue correcto, formal, e incluso

aburrido. Se sucedieron cultas conversaciones sobre literatura, aunque Walcott se interesó curioso por el desarrollo del próximo trabajo de la egiptóloga, que discretamente se levantó en cuanto acabaron para reunirse con Tristam y sus amigas; más animados.

Cuando se acercó reían por algo que él contaba divertido.

—Hola, te estábamos esperando.

Tristam la saludó con un beso en la mejilla.

—Esto está genial —dijo Rachel—. Me podría acostumbrar.

—Yo me he acostumbrado ya. —Laura hizo una pose exagerada, frunciendo los labios mirando a algún flash solo visible para sus ojos—. ¿No me veis?

—Eres una payasa —comentó Charlotte negando con la cabeza, preguntó—. ¿Qué estáis bebiendo?

—Un cóctel de champán —dijo Sarah risueña.

—Estás guapísima. —Charlotte no la veía con algo ajustado desde hacía mucho tiempo. Se sorprendió por ese cambio y una figura de la que Sarah no era consciente—. No sé por qué no explotas más tu cuerpo.

—Yo tampoco —reconoció Tristam.

Al escucharlo, Sarah esbozó una sonrisa avergonzada confirmando la sospecha de Charlotte; por la atención que Tristam le prestaba estaban en tablas; conociéndola, como no se lanzara él se podría unir el cielo con el fuego del infierno; Sarah nunca daría el primer paso.

—¿Por qué no bailáis? —preguntó Charlotte de manera despreocupada.

—¿Quieres?

Tristam interesado. Sarah afirmó con un ligero mohín, cogió la mano que le tendió y se fueron a la pista de baile. Mientras, las demás los observaron con unas sonrisas enormes de satisfacción.

—Es él —comentó Rachel.

—Yo también lo creo —añadió Charlotte—. ¿Laura?

—Cuando vuelvan de bailar os lo digo.

—Eso no vale —dijo Rachel parando a un camarero para recargar su copa—. Tienes que decirlo ahora.

Charlotte cogió una y le dio un ligero sorbo observando a Nicholas, que seguía enfrascado en un corrillo, ignorante de que él, al verla animada, se relajó y se sumió en largas charlas entremezcladas con tragos de whisky. Como siempre que asistía a cualquier acto social, bebía de más; la inhibición del alcohol le daba el impulso necesario para hablar durante horas con personas extrañas.

Sylvie Bernatt con una sonrisa seductora se acercó a Nicholas. Llevaba suelto el pelo rojizo, flameando sinuoso por su escote. Lo cogió del brazo y tiró de él, aislándolo del grupo.

—¿Cómo estás? —preguntó con los labios muy cerca del cuello de Nicholas—. Me mentiste. —Sylvie arqueó una ceja—. Te he visto.

—Déjala en paz —siseó Nicholas—. Como la molestes, haré todo lo que esté en mi mano para que te veas en la calle.

—Venga, no te enfades —dijo conciliadora. Se conocían de la época de su matrimonio con Amanda, ella rastreaba buscando supuestas noticias sin importarle si eran verdad o no, y fue la primera

vez que lo vio tan inflexible; en cuanto escuchó la referencia hacia su acompañante, le advirtió de sus intenciones. Esa reacción de Nicholas le sugirió que debía andar con cuidado. Si él se ponía implacable en su contra, su jefe no se arriesgaría a soportar unas posibles acciones legales que costarían mucho dinero a la revista—. Tómate una copa conmigo.

—Una.

Se dirigieron a la barra donde Nicholas volvió a repetir con el whisky, a su lado, varios miembros del consejo directivo de la editorial reían con sonoras carcajadas que empezaron a retumbarle en la cabeza.

—¿Hasta cuándo estarás en Wells? —preguntó Sylvie.

—Ahora vivo aquí —dijo, y bebió tranquilo.

Sylvie Bernatt le puso la mano en el hombro, intentaría sacar tajada de su embriaguez.

—¿A qué se dedica?

Nicholas sonrió cínico. No respondió, se limitó a observar de reojo unas uñas rojas que le repugnaron; demasiado largas, puntiagudas y vulgares. No quiso que ella advirtiera nada; era una de sus máximas; suministrar la menor información posible de su vida; sobre todo, si se trataba de Charlotte.

—¿Cuántos años tiene? —insistió Sylvie.

Impasible, Nicholas obvió la malaleche que lo corroía.

—Es mayor de edad.

—Un poco joven para ti —dijo Sylvie mordaz.

—Si tú lo dices…

Charlotte pasó junto a Rachel cerca de ellos. Ella no los vio, no así su amiga, que la cogió de la mano y la guió hacia la barra.

—¿Adónde vamos? —preguntó Charlotte confundida.

—A quitarle la cara de idiota a esa zorra.

Charlotte recorrió con la mirada la barra y al instante se detuvo muy seria.

—Rach, es una periodista —susurró—. No quiero ir, por favor.

—¿Vas a dejar que lo toquetee en tus narices?

—Es mayorcito.

—Ya, pero también está borracho.

—Pues que hubiese controlado más —dijo indiferente.

—Como quieras, pero si no vienes conmigo, voy yo sola.

—Tú verás —comentó Charlotte molesta—. Voy a buscar a Laura.

—Perfecto —replicó enfadada.

Rachel decidida se aproximó a ellos, clavándole a Nicholas una mirada azul hostil. Él frunció el ceño, unas horas atrás tuvieron una charla agradable, no entendió la cara de pocos amigos de la doctora Chamley ni que Charlotte regresara al salón dejándola sola. La atractiva amiga de su novia, envuelta en un sugerente vestido negro, con una sonrisa en el rostro le pidió una copa al barman justo a su lado, mientras Sylvie la estaba aniquilando por la interrupción.

—Hola, Nicholas ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo lo estáis pasando?

—Estupendamente. Gracias por invitarnos.

—Hola, soy Rachel Chamley —dijo, tendiéndole la mano.

—Hola —respondió al saludo con demasiada cortesía—. Sylvie Bernatt.

—¿Eres la que escribe cotilleos? —preguntó Rachel, fingiendo ignorancia.

—Soy periodista.

—Bueno, llamarte así te queda un poco grande; teniendo en cuenta el nivel de lo que escribes.

Rachel habló calmada frente a un sucedáneo de Jessica Rabbit que no supo ocultar la tensión en su rostro.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Ni la acritud en la cara de Sylvie ni el tono soberbio de su voz perturbaron la serenidad de Rachel. Disimulando una sonrisa, Nicholas observó esa contienda verbal, disfrutando entre tanto estrógeno desatado; aunque Charlotte hubiese desertado, y prefiriera reservarse el suyo para él.

—Soy pediatra.

Rachel la miró mientras cogía su nueva copa.

—¿De qué os conocéis? —Sylvie tocó el brazo de Nicholas y añadió—: ¿No estarás planeando tener niños, verdad?

—A ti te lo voy a decir…—murmuró Nicholas.

Apuró su vaso y con una sonrisa se despidió de ellas.

—Bueno, ¿me vas a contar algo interesante o no? —preguntó Sylvie cuando se quedaron solas.

—Toda mi vida es interesante, la de mis amigas más —dijo muy cerca de su cara—. Pero nos la reservamos para nosotras.

Las maneras suaves contrarrestaban la firmeza de un tono que advirtió a Sylvie de que la doctora Chamley no era un hueso fácil de roer. Sin querer estar más tiempo bajo su amenazante presencia, se bajó del taburete para marcharse.

—Me alegro por vosotras, pero si una de ellas se lía con un personaje interesante para el público tendrá que asumir las consecuencias —explicó Sylvie convencida de su teoría.

—No, te equivocas —dijo Rachel tajante—. El personaje del que hablas estaba aquí hace un momento, y como bien sabes es escritor, y concede entrevistas para hablar de su obra cuando es necesario, pero no confundas las cosas. No tiene por qué aguantar que periodistas frustrados, para poder vivir por encima de lo que su capacidad profesional les permite, inventen, difamen o persigan a personas que nunca se han prestado a ese juego. No me digas que nadie de mi entorno deberá asumir nada basado en la falta de escrúpulos de gentuza como tú. —Rachel sonrió y concluyó elevando la barbilla—. Entonces, también tú asumirás las consecuencias de tus actos.

—Tu amiga debe estar contenta contigo, la defiendes muy bien.

—No aguanto a la escoria y tú eres su mayor exponente. Me avergüenza que en este país aún existáis.

Charlotte y Nicholas salían del salón con Laura, que se aproximó a Rachel con la munición cargada.

—Rach, nos vamos.

—De acuerdo —dijo amable, de manera casual añadió—.

Laura, te presento a Sylvie, trabaja para el *It´s*.

Laura miró con desprecio a la periodista y encogió los hombros. No se molestó en estrechar la mano que la pelirroja le tendió.

—No leo basura. —Laura volvió a dirigirse a Rachel—. ¿Vamos?

La señorita Bernatt esbozó una sonrisa forzada y se despidió de las protectoras amigas de la nueva novia del escritor. Al parecer estaban haciendo piña a su alrededor y provocaron todavía más su instinto sabueso; consiguieron hacerla pensar en algún motivo que quizás no deseaban saliese a la luz.

En el taxi que los llevó de vuelta, Nicholas recostó la cabeza en el hombro de Charlotte. Ella con cariño le acarició la cara mientras él se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

—Estoy muerto —susurró, bajando los párpados.

—Ya te veo.

Charlotte lo besó en la frente y sonrió despacio. El resto del trayecto lo pasó cavilando sobre la noticia que debía darle y otra vez posponía; necesitaba que Nicholas lo supiera ya, y seguía sin encontrar el momento adecuado.

En el dormitorio, Nicholas intentó quitarse la camisa, pero claudicó por la ineptitud de sus dedos. Terminó dejándole la tarea a Charlotte, que lo desvistió, lo tapó con el cálido edredón, y pasó unos minutos contemplando cómo dormía.

Tumbada a su lado, trató de reproducir en su mente la conversación de varias maneras y se descargó del injusto sentimiento de culpabilidad que la obsesionaba. De los dos, solo ella tomaba precauciones; un punto que quería dejarle muy claro si no aceptaba bien el embarazo; si había fallado, él también era responsable. Esperaba no llegar a ese extremo, convencida de que su próxima paternidad a finales de agosto, el mismo mes de su cumpleaños, lo sorprendería —igual que a ella— pero la aceptaría feliz. En cuanto al otro tema que más le preocupaba, su posible negativa al viaje a Sudán en su estado, pensaba argumentar que no serían más de dos meses, no sentía molestias, y adónde iba la asistencia sanitaria era aceptable; tenía tomada una decisión y no pensaba cambiarla, a sabiendas de que no toda esa defensa soportaría su ataque protector.

Charlotte asumió el comienzo de otro día con la luz brillante que se filtró por los grandes ventanales, después de pasar casi toda la noche sin dormir con altibajos emocionales constantes. El frío a su lado le indicó que estaba sola. Se levantó cansada, entró en el baño y, tras una reparadora ducha, se vistió con unos vaqueros y una camiseta. Cogió el vestido del sillón, lo guardó con cuidado en su funda y lo metió en el vestidor. Luego, bajó a desayunar, pensando en no posponer la conversación.

Escuchó a Nicholas en el despacho con un tono alto y rotundo que acusaba enfado. Al aproximarse, la puerta entornada fue una muda invitación. Dudó unos segundos y se detuvo pendiente a otra voz familiar.

—Sabes lo importante que es para tu descendencia —dijo James severo.

Nicholas resopló cansado, conteniéndose. Su padre había llegado con un propósito claro y no tenía intención de parar.

—Deja de decir esa palabra —Nicholas habló despacio—. Estás consiguiendo que la odie.

—¿Por qué? No eres ningún niño, algún día nuestro legado estará en tus manos, y tienes la obligación de mantenerlo intacto para tus hijos.

—No me estás pidiendo que te firme un libro, eso es joderme el futuro. A la fuerza quieres salirte con la tuya. Eres un pesado. Pero no te agobies, no tengo intención de vender ni un solo cuadro. —Nicholas optó por tomárselo con humor y no se cortó al ridiculizar la inquietud de su padre—. ¿Sabes qué implica?

—Mejor que tú. —James sonó firme—. A tu edad os tenía a ti y a tu hermano, no sé cómo vas a hacerlo, pero si no cambias de opinión todo se perderá contigo.

—Estás fatal…

—Nunca te he pedido nada —dijo James, sin resignarse añadió—: Piénsalo, por favor. Deberías consultarlo con Charlotte.

Concentrada en la respuesta de Nicholas, Charlotte inmóvil respiró hondo; otra vez hablaba del tema y otra vez conseguía sorprenderla.

—No —exclamó con rudeza—. No la metas en esto.

—Háblalo con ella, quizás lo veas de otra manera.

—Te he dicho que no. Es mi problema, no el suyo.

—Eres muy intransigente.

—Lo sé, pero hay cosas que es mejor no cambiar. Y esa precisamente no la veo. Muy bien tienen que pintar las cosas.

Charlotte esbozó una sonrisa triste, mezcla de incredulidad y cinismo.

—No te cierres en banda —dijo el duque enfadado.

—No voy a cambiar, me digas lo que me digas.

En la puerta, Charlotte negó con la cabeza. Era la segunda vez que Nicholas hacía lo mismo, pero ahí no tenía por qué mentir; su padre no era sospechoso de difundir nada a la prensa. La terquedad de sus palabras se le clavó como una daga envenenada en el cerebro, y las escasas ganas por compartir su noticia se esfumaron conforme pasaron los minutos.

—Entonces hablaré con tu hermano. Ahora está más receptivo.

El tono duro de James, admitiendo a regañadientes la postura de Nicholas, consiguió que la brecha abierta en el corazón de Charlotte terminara de partirlo al instante.

—Perfecto —replicó Nicholas soberbio—. Tendrás que esperar unos años.

Harta de él, Charlotte agarró el pomo y abrió despacio. Nicholas al verla esbozó una sonrisa cariñosa que se le borró en el acto, confundido en cuanto distinguió la desilusión en sus ojos y una sombra de furia.

—Buenos días, James.

Charlotte se acercó y le dio dos besos, no se preocupó por

relajar sus músculos faciales, con mantener el tipo le bastaba. Nicholas se levantó de la silla, y cauteloso se aproximó a ella.

—Buenos días, cariño.

Se inclinó hacia abajo y le rozó la mejilla con los labios. Con buenos modales, Charlotte no hizo ningún gesto brusco, tampoco se dignó a mirarlo.

—Venía a decirte que me voy a mi casa para preparar el equipaje, luego te llamo.

Molesto por ese tono cortante, Nicholas apretó los labios avergonzado por su comportamiento; supuso que su descontrol con el whisky no le gustó y esa era su manera de advertírselo.

—De acuerdo.

—Hasta luego, James —dijo Charlotte saliendo—. Saluda a Patricia de mi parte.

Los volvió a dejar solos, aunque tampoco al duque le pasó inadvertida su actitud fría.

—Estaba muy seria —dijo James.

—Está un poco nerviosa por el viaje.

—La entiendo, es una gran oportunidad para ella. Debe apabullar ser responsable de un proyecto de esa envergadura.

—Estoy seguro de que lo hará perfectamente. Tiene una voluntad de acero y no se amilana ante los problemas. Es su sueño y va a conseguirlo.

James observó la fe ciega de su hijo en Charlotte; la misma que él tuvo y seguía manteniendo en Patricia después de cuarenta y tres años casados y otros tantos de novios.

—Por supuesto. Volviendo a nuestro tema, piénsatelo, es una oportunidad magnífica, y además seguiríamos teniendo la casa disponible en verano.

—La inversión es muy elevada, papá. ¿Por qué no hablas con Gordon? Lleva toda su vida allí, si él acepta porque le ve la rentabilidad, te prometo que me replanteo el tema. Pero solo si nos implicamos los cuatro, sin sociedades ajenas a la familia.

—Hablaré con él y con Tristam. Te dejo el proyecto de reforma. Cuando tengas tiempo, échale un vistazo. Enséñaselo a Charlotte, todas las opiniones nos vienen bien. Tu madre, por ejemplo, tiene algunas ideas que encajan con el estilo que queremos darle.

—Lo intentaré ¿vale? —dijo Nicholas cansado—. Pero se va el miércoles, no sé si me dará tiempo a hablarlo con ella. Ya una vez me comentó que vendiéramos, no entendía que mantuviéramos la propiedad si nos costaba una fortuna, así que no cuentes con mucho apoyo de su parte.

—Bueno, hazlo de todos modos —insistió, levantándose.

—Sí, pesado.

Se dieron un cariñoso abrazo antes de despedirse, ajenos al terremoto que acababan de provocar en la inquieta mente de Charlotte.

Cuando tuvo preparadas sus cosas, las metió en el maletero del coche. En vez de pasar los días que le quedaban en Londres, decidió irse con sus padres. No se vio con la suficiente entereza para enfrentarse a Nicholas; la cabeza le iba a reventar llena de humo

negro, denso y pesimista. Aunque no entraba dentro de sus planes, de vez cuando se le colaba la idea del aborto; acababa de comenzar su carrera, y el padre de la criatura no parecía interesado; no era una situación idílica a pesar de que contaría con el apoyo de sus padres. Pero claro, trabajaba en Londres, se vería obligada a dejarlo a cargo de alguien en su casa o con ellos en Henfield y perder cuatro horas diarias en la carretera, que le supondrían demasiado tiempo. Sopesó cientos de variables, sin pretenderlo, sus divagaciones la siguieron durante todo el trayecto, saltando de un problema a otro sin ton ni son. Los nervios la traicionaban, la desequilibraban de una manera insoportable; no sabía cómo resistiría su ansiada excavación si no lograba aplacarse.

Aparcó y llamó a Nicholas desde el vehículo para ahorrarse la conversación delante de sus padres. A ellos no tenía intención de contarles la verdad.

—Hola, cariño —saludó Nicholas contento—. ¿Por qué no has esperado?

—Tenía prisa.

—¿Has terminado con el equipaje?

—Me he venido a Henfield, quería ver a mis padres —contestó seria—. Nos veremos cuando vuelva.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado.

—Estoy en Henfield —dijo tranquila—. Desde aquí me iré a Heathrow. Al final salgo el martes por la noche vía Dubái.

—¿Y cuándo nos vamos a ver? —Nicholas no supo enmascarar una furia descontrolada que lo irritó, impotente por una

reacción incomprensible para él—. Sabías que estaré el lunes y el martes en Edimburgo.

—Lo siento, pero tenía que venir.

—Como siempre, una actitud muy madura por tu parte.

El tono airado que usó Nicholas la fastidió bastante, y su alusión a la madurez terminó de rematarla.

—Piensa lo que te dé la gana —dijo despacio—. Y de paso, aprovecha el tiempo para recapacitar sobre lo nuestro.

—¿Recapacitar sobre lo nuestro? —exclamó furioso—. Si tú tienes que hacerlo, hazlo. Pero yo, hasta hace un momento, lo tenía muy claro.

Al distinguir prepotencia y hostilidad, Charlotte resopló indignada; no iba a aguantarle más mentiras; había rebasado su cupo en tan solo cuatro meses.

—Lo sé. Ahora he comprendido que siempre lo has tenido muy claro. Adiós, Nicholas.

Charlotte colgó la comunicación conteniendo la rabia. De inmediato sonó su móvil, se lo llevó al oído esperando escuchar la ira en palabras.

—No vuelvas a colgarme en tu vida —exigió Nicholas amenazante—. Me has decepcionado profundamente. Si querías terminar podías haber tenido la valentía de decírmelo en la cara, como mínimo, creo que me lo merezco.

—Cada uno tenemos lo que nos merecemos. Es mejor no seguir.

Desde que empezaron a hablar, Nicholas como un loco repasó

sus pocos recuerdos de la noche anterior y no encontró nada para justificar la repentina frialdad de Charlotte.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado? —preguntó más comedido—. ¿Anoche dije algo que te molestó?

—No.

—¿De verdad quieres terminar?

Nicholas usó un tono bajo, conteniendo la respiración. Si ella lo dejaba se le iba la vida. No estaba preparado para admitirlo y cerró los ojos intentando alejarse de la realidad.

—Vamos a darnos un tiempo.

—Qué casualidad que ahora me pidas que lo dejemos. Prefieres no tener ataduras allí. ¿No es cierto?

La suposición hiriente salió de sus labios como un dardo intoxicado de frustración.

—Por supuesto —dijo con ironía, añadió—: Voy a eso.

—¿Qué quieres que piense? No sé qué pretendes con esto. —Nicholas intentó razonar, pero perdió el control—. ¡Ha sido un juego! ¡Es eso!

—Dímelo tú. —Charlotte obvió sus gritos—. Por mi parte siempre he sido honesta contigo.

—¡Cómo te atreves! —exclamó furibundo—. ¿Qué demonios ha pasado? ¡Eh! ¡Contesta! ¡Te comportas como una cría!

—Ya —masculló Charlotte—. Si soy una cría para ti, es normal que pienses que con falsas palabras me ibas a convencer. Supongo que ya nos lo hemos dicho todo. —Hizo una pausa y susurró rápido—. Cuídate.

El pulso de Nicholas se disparó en una carrera contra el tiempo, su respiración atropellada y su cabeza hilvanando palabras al límite de su orgullo, si ella no quería seguir con él, no iba a suplicar; prefería vivir destrozado a su desconfianza.

—No sé qué he hecho o dicho. Siempre he sido sincero contigo y si no me lo vas a aclarar, es mejor que lo dejemos aquí. No creo que sea elegante, pero lo has decidido tú. —Nicholas llegó al final, esperó durante unos segundos eternos, cerró los ojos y se despidió de ella—. Espero que te vaya bien en Sudán y encuentres lo que buscas. Adiós, Charlotte.

Con ese ligero susurro Nicholas soltó el teléfono en la mesa, cruzó los brazos y, de manera brusca, abatido inclinó la cabeza hacia delante. No recordaba la última vez que había llorado. Ni los funerales de sus abuelos ni siquiera los quebraderos de Amanda en los últimos años, consiguieron arrancarle unas míseras lágrimas. Sintió la violencia al ser expulsado del corazón de Charlotte; la atracción se convirtió en una fuerza que lo alejaba a través de un negro vacío con un destino oculto que desbarataba todas sus esperanzas.

Tras unos minutos, Charlotte bajó del coche tratando de recobrar la serenidad y se mentalizó para afrontar a sus padres.

Entró deprisa huyendo de la lluvia, su madre la abrazó con cariño, y la acompañó a su antiguo dormitorio. Luego, bajaron al salón, se sentaron en un sofá de cuatro plazas, entre varios cojines alargados hechos a mano por Leslie, y empezaron a hablar de las perspectivas laborales de Charlotte.

—Es una oportunidad magnífica —comentó Leslie, dándole un sonoro beso en la cara—. Es lo que siempre has querido.

—Sí.

Charlotte le dedicó una breve sonrisa. Era su oportunidad, pero no la iba a disfrutar. Acababa de despojarse de su pilar y notó el esfuerzo de su cuerpo asumiendo esa gran carencia.

—Pareces agotada —dijo Leslie.

—Estoy inquieta con el trabajo.

—¿Cómo te va con Nicholas?

—Bien.

Charlotte trató de aparentar naturalidad.

—¿Qué opina sobre el viaje?

—Al principio le molestó un poco, pero al momento lo comprendió.

—Ten mucho cuidado y no comas nada que no esté envasado. —Leslie se levantó y entró en la cocina—. Acuérdate de lo que le pasó al vecino del tío Paul.

—Sí, mamá.

Al escuchar a su madre aludir a algún conocido con una mala experiencia en algo que ella debía probar por primera vez, la miró resignada y la acompañó mientras preparaba la comida.

—¿Por qué prefieres que te lleve papá y no Nicholas? —preguntó Leslie sacando unos huevos de la nevera.

—Porque Nicholas tiene que ir a Escocia y no vuelve hasta el miércoles por la mañana.

—Creía que te ibas el miércoles.

—Ha habido un imprevisto con el vuelo de enlace, ahora voy de aquí a Dubái y allí tengo que esperar casi siete horas hasta coger el avión que enlaza con Jartum.

—Te da tiempo a ver un poco la ciudad.

—Sí, a lo mejor lo hago.

—No seas tonta. Es mejor que estar aburrida en el aeropuerto.

—Disfrutarías viniendo ¿verdad? —preguntó más animada.

—¿No me puedes llevar?, al menos podría cocinar para vosotros —dijo Leslie, aunque cambió el tono jocoso por otro severo echando un vistazo rápido al cuerpo de Charlotte—. Cada vez que nos vemos estás más delgada.

—Pues no sé por qué, te aseguro que como.

—No te lo discuto, pero nunca te había visto tan flaca. Intenta relajarte, los nervios a veces son muy traicioneros.

—No te preocupes, comeré y probaré todo lo que me pongan por delante.

Tras casi treinta minutos de parloteo para ponerse al día, llegó Edward y entró en la cocina.

—Hola, papá.

Charlotte lo saludó con un cálido abrazo.

—Hola, cariño. Vaya ojeras —comentó de pasada.

—Ed, sé amable, por favor —dijo Leslie.

—Era una observación, tienes mala cara —insistió, mirándola fijamente.

—Papá, por favor, déjame tranquila.

—¿Estás enferma? —preguntó interesado.

—Mamá, dile que me deje.

—Ed, deja a la niña. No seas pesado.

Sonó la voz resignada de Leslie y poco después, con una rutina familiar, comieron hablando, sobre todo del proyecto de Charlotte. Compartieron su entusiasmo y la escucharon embelesados, al igual que durante su etapa universitaria. Los dos se enorgullecían de su tesón y por fin llegaba la recompensa, ya no eran unas prácticas como becaria; la doctora Wolf dirigiría la excavación, sin haber cumplido los treinta. La felicidad de Leslie y Edward por contribuir costeándole los estudios para hacer realidad su más preciado sueño, los llenó de optimismo; su única hija se estaba convirtiendo en la gran profesional que nunca dudaron sería.

En el aeropuerto de Edimburgo, David Graham, responsable de prensa de la emisora donde Nicholas tenía la intervención en un debate con dos autores más, esperó impaciente hasta que lo vio salir con una trolley. El hombre tenía unas facciones agradables, una sombra de barba rubia y los ojos azules. Vestía pantalones vaqueros, un jersey oscuro de lana y una chaqueta desgastada de piel negra.

David se acercó y le tendió efusivo la mano, notando el semblante duro del escritor, que no se había afeitado y llevaba sin comer desde el sábado. Limitó su dieta a whisky hasta caer redondo en la biblioteca, su fortín en las últimas horas. Esa mañana se tomó un café, un zumo de naranja y dos pastillas para combatir la resaca. Acorde a su ánimo, se había vestido con unos vaqueros, un jersey

negro de cuello alto, un abrigo corto gris oscuro, y un gorro de lana negro.

—¿Cómo estás? —preguntó David—. Me alegro de verte.

—Bien —comentó Nicholas inexpresivo.

—Tengo muchas ganas de leer la novela. Me encanta Egipto.

—Me alegro por ti.

No quería saber nada de algo que le recordaba tanto a Charlotte. Repudió su propia obra antes de que viera la luz. Cada vez que imaginaba su cara cuando leyera la dedicatoria, sentía una patada en la entrepierna que aceleraba su malhumor como fuego en contacto con dinamita.

—Creía que mostrarías más entusiasmo —dijo David—. Si no recuerdo mal, tenías muchas ganas de conocer a Norman Jens.

Nicholas sonrió con indiferencia mientras se montaban en el lujoso coche negro que los esperaba junto a la señal exterior de bienvenida a Edimburgo. Unas semanas atrás, cuando se concertó su participación en el programa, se podría haber dicho que debatir con Jens o Taylor, el otro contertulio, lo ilusionó; en ese preciso instante, solo motivó un gesto hosco. Pasó el trayecto mirando por la ventanilla. Al ver de nuevo el centro de la ciudad, el castillo en la colina o las cuestas adoquinadas hacia el hotel, la nostalgia de los innumerables viajes que realizó de pequeño con sus padres y Tristam lo sumió en una tristeza asoladora.

Él, que creyó estar viviendo la mejor etapa de su vida con su amor, comprendió a todos sus admirados escritores románticos, entendió cómo eran capaces de transmitir el dolor con esa rotundidad;

debían tener el corazón tan hecho añicos como el suyo.

Más tarde, durante el debate, el periodista no logró más que una breve intervención de Nicholas, alejada de las expectativas creadas por la inusual reunión, frustrado acortó la charla en cuanto pudo.

El día siguiente no mejoró. Le costaba aceptar que volvía a estar solo. Estuvo a punto de salir corriendo para tratar de llegar a Londres y verla, pero sopesando la realidad prefirió seguir con su programa y darle el espacio que le había pedido.

A mediados de febrero Charlotte llegó por la tarde al campamento base de Shendi tras un día agotador. Recordó cuando hizo las prácticas, y no tenía nada que ver con el agobio que sentía. No lograba aclimatarse a la dureza del desierto, pese a que allí todo era más sencillo que en el Valle de los Reyes.

Su equipo lo formaban tres estudiantes británicos, un holandés y un arqueólogo egipcio, el doctor Ahmad Morsi. Se alojaban en un colegio público con la expedición belga, pero solo ella y los estudiantes volvía a diario del complejo de Meroe, a unos seis kilómetros infernales; el trayecto duraba más de una hora. Morsi y los belgas dormían en tiendas a pie de la excavación; estaban acostumbrados, y no parecían importarles los cambios bruscos de temperatura ni la sequedad en la garganta ni siquiera la ausencia de comodidad; aunque tampoco en el colegio era sobrada.

Tras dos semanas intensas estudiando las paredes interiores con el georradar, pasaron a una cirugía precisa y abrieron un hueco para descender por un pozo situado en un lateral de la cámara de Piankhi. Corroboraron el diseño oficial de la pirámide y encontraron las otras dos salas donde debían estar las momias de dos reinas, pero de manera incomprensible encontraron vacías. Era difícil creer que en algún saqueo inoportuno las hubiesen robado porque no había rastro de otro acceso, añadiendo más intriga al enigmático faraón. ¿Las llegaron a enterrar? ¿O era otra cortina de humo?

El día siguiente amaneció caluroso y el jeep parecía que en cualquier momento los iba a dejar tirados, pero nada más entrar en la necrópolis, Charlotte olvidó ese martirio e imaginó la suntuosidad de su historia; recorrió el gran patio, la sala transversal, y pasó por delante de las dos filas de enormes monolitos con sus capiteles adornados con flores cerradas de papiro; parpadeó fuerte varias veces saliendo de su espejismo y contempló una estructura derruida, rodeada de otras en mejor o peor estado, y un hambriento desierto que despiadado lo engullía todo.

Los belgas trataban de actualizar algunas zonas enterradas; un trabajo arduo que les obligaría a permanecer allí meses sin la certeza de concluirlo nunca. Con las fotografías aéreas abarcaban grandes extensiones, pero las marcas del terreno eran imposibles de apreciar si los restos arqueológicos estaban a más de un metro. Junto a la prospección magnética, que no alteraba el yacimiento, estaban realizando un estudio mediante Tomografía Eléctrica para obtener una

sección fiable de la distancia-profundidad con la resistividad del subsuelo. El número y distribución de las medidas de campo eran un factor clave; con esa técnica, los resultados por el momento eran abrumadores, con los planos existentes apenas abarcaban un tercio del complejo.

Se acercó al laboratorio móvil donde tenían los equipos de comprobación, recogió su cuaderno de notas y, después de ponerse la mascarilla y los guantes, entró en la pirámide. Vio a Ahmad hablando con el estudiante holandés de los relieves que decoraban la sala formando una secuencia de caza, también a los otros chicos bajando por el pozo. Su esperanza era que la cámara oculta, precisamente por eso, hubiese pasado desapercibida a los ladrones.

El doctor Morsi la saludó inclinando la cabeza y sonrió con sus bonitos ojos negros, rodeados por unas pestañas espesas que los envolvían en misterio mientras escudriñaban curiosos. Desde que se conocieron, entablaron una beneficiosa relación profesional para los dos. Morsi observó que ella se aislaba con el trabajo y, aunque era sociable, no conseguía sacarla del hermetismo respecto al resto de su vida.

—*As-salam alaykom* —dijo Morsi.

—*Wa Alykom As-slam.*

Con cierta timidez, Charlotte sonrió por su nefasta pronunciación, aunque notaba que su colega agradecía el esfuerzo. Morsi tenía una edad similar a la de Nicholas, un cuerpo atlético rondando el metro ochenta, unas facciones árabes varoniles, unas sienes plateadas y unos modales refinados. Era inteligente, elegante y

atractivo; toda una tentación que no se planteaba probar.

—Vas progresando, doctora.

—Gracias. —Charlotte se mordió el labio inferior y negó con la cabeza—. Ojalá hablara tan bien como tú inglés.

—No es lo mismo, he pasado muchos años fuera.

—Da igual, soy una negada para los idiomas —dijo riendo—. Lo reconozco.

Nunca había compartido comidas o cenas con los miembros del equipo, y verla alegre fue tan raro para Ahmad como la lluvia en aquel desierto.

—Cuando quieras te voy enseñando palabras.

—Vale —dijo convencida—. Al menos que lo poco que aprenda sea de calidad.

—Hablando de calidad, estamos comprobando la resistencia del suelo debajo del sepulcro, creo que en pocos días podremos acceder a la cámara.

Recorrieron el pórtico hasta el salón real y observaron las catas realizadas a las capas de sillares durante la restauración en curso, detenida por la prioridad que el-Katatni consiguió del Consejo Supremo de Antigüedades, el comité dependiente del Ministerio de Cultura que administraba el Museo de El Cairo, y velaba por la protección de los tesoros y monumentos que formaban la vasta Civilización Egipcia; aunque en la actualidad nuevas fronteras situaran Nubia en Sudán.

En un instante, sin pasadizos ni ostentación, el gran sepulcro del faraón quedó expuesto ante sus ojos.

—Llevamos aquí semanas y todos los días me pasa lo mismo —comentó Charlotte mirando abstraída la tumba—. En cuanto entro, se me pone el vello de punta.

—A mí me pasa igual. Es una sensación muy rara.

—Sí. Creo que es porque sabemos que hay algo más. No sé, Ahmad, pero a veces me planteo que si ha estado oculto tantos años no será por algo.

—No creerás en maldiciones ¿verdad?

—No, por supuesto —dijo sonriendo—. Es otra cosa, no te lo puedo explicar.

—Espero que encontremos algo interesante.

—Estoy convencida de que lo será.

Con un margen de error de tres centímetros como máximo, ubicaron el recinto de pocos metros cuadrados bajo el sepulcro, justo en el medio. Usaron el aparato de ultrasonido con un método de resonancia para medir con exactitud el espesor de ese suelo, y su sorpresa fue mayúscula, ya que aparte de la exactitud a eje con el centro de la tumba de Piankhi, las molestias de Kham para preservarlo, sellándolo con siete capas de bloques de granito, incrementó el afán de todos por descubrirlo cuanto antes.

CAPÍTULO XII

Shendi, Sudán
25/2/2011

El intenso polvo se le metía a Charlotte por la nariz secando al instante el aire que penetraba en sus pulmones. El trayecto en jeep era una tortura diaria para el cuerpo. La carretera transcurría paralela al Nilo, rodeada de desierto y la nada. Durante todos los días aprovechaba el viaje para concentrarse en el trabajo, se encontraba bien y pronto abandonaría el campamento. En el último mensaje que recibió de Ahmad, le advirtió que tendrían el paso asegurado a la cámara en dos horas. Si no surgían inconvenientes llegarían a tiempo, el trayecto no solía durar más de hora y media.

A varios kilómetros de distancia, el doctor Morsi, que vestía al estilo occidental, con una energía desbordada por la excitación, apremiaba a unos obreros contratados durante la última semana a abrir el hueco sin maquinaria eléctrica; les quedaba por delante un intenso día y Essam el-Katatni llegaría junto a Charlotte Wolf en pocos minutos para certificar y examinar el hallazgo.

Vio la polvareda del vehículo al acercarse por una carretera invisible, fue a su encuentro y en cuanto se detuvo, se aproximó con rapidez.

A pesar de tener casi setenta años, Essam tenía agilidad gracias a un cuerpo delgado no muy alto, y un atrevimiento propio de

alguien más joven. Sus angulosas facciones seguían la pauta árabe, surcadas por unas profundas arrugas que delataban sus eternas horas bajo el sol abrasador del desierto.

—Espero llegar a tiempo —dijo Essam, tendiéndole la mano.

—Sí, no se preocupe, llegan bien. —Ahmad se giró hacia Charlotte—. Doctora Wolf, un placer verte, como siempre.

—Hola, Ahmad. Por fin es nuestro día —comentó Charlotte, esbozando una ligera sonrisa.

—Eso espero. Venga, vamos a ver cómo van.

El egipcio le cedió el paso de manera gentil y le ofreció el equipo protector. En un acto reflejo, Charlotte se sacó el escarabajo y lo besó. Siempre la acompañaba, no se lo había quitado nunca y no tenía intención de hacerlo. Era su manera de sentir a Nicholas a su lado.

Después de colocarse las mascarillas, pasaron por la zona marcada entre ruinas de piedra caliza y unos ladrillos a media altura precediendo la entrada a la pirámide, cuando en otra época tuvo dos filas de tres columnas de más de cinco metros de altura dando la bienvenida al sepulcro real.

Cuatro hombres con picos y palas abrían el hueco en un piso diseñado a conciencia para no ser descubierto; romperlo y no dañar las otras cámaras era básico. Antes de empezar a perforar y retirar el sepulcro, comprobaron que su estado era apropiado sin comprometerlo, también cada pocos golpes los estudiantes registraban la temperatura y las vibraciones, ajenos al retraso o la preocupación en los rostros de los trabajadores, siempre reacios a la profanación de

tumbas.

En cuanto tuvieron la certeza de que estaban muy cerca, pararon y —de manera solemne— siguieron el ritual de leer un texto sagrado. Luego, inspeccionaron con una mini cámara el recinto. El doctor Morsi bajó y tuvo el honor de ser el primero en pisar ese suelo después de dos mil ochocientos años.

Iluminada por sus compañeros, Charlotte se agarró a la escalera y llegó al lugar que llevaba meses imaginando; sin contar con un penetrante y desagradable olor a cerrado, mezclado con un polvo vibrante atrapado en el foco de su casco que le impedían respirar con normalidad.

—Dios, Charlotte, fíjate.

Ahmad extasiado, mientras se ponía unos guantes.

Ella miró alrededor haciéndose una idea de la superficie de la habitación, no más de cuatro metros cuadrados. En el centro, un sencillo sarcófago de madera.

—Es una mujer —comentó Charlotte al apreciar las dimensiones.

Anduvo y al momento se paró delante enfocando con una pequeña linterna los cuatro recipientes canópicos que guardaban las vísceras. Cogió los guantes y se los puso antes de seguir con el examen. Cada uno representaba a una divinidad que protegía su contenido, estaban bien orientados según las creencias egipcias, por lo que tendría derecho a la otra vida. Desde hacía dos meses, Charlotte intuía la importancia para el faraón de lo que protegiera en esa cámara; también que fue su gran secreto.

Las cuatro mastabas descubiertas en los alrededores varios años atrás, contenían los restos de otros miembros de la familia real, sin embargo, si esa mujer estaba tan oculta, significaba que no fue reconocida en su época, murió antes que Piankhi y, por alguna razón, el arquitecto quiso preservar el misterio entregando a los dioses el plano que, probablemente, sería el último vestigio de su existencia.

Fotografiaron la cámara con detalle e hicieron mediciones. Unos minutos después, el doctor el-Katatni se reunió con ellos. No tuvo ningún problema para bajar por la débil escalera metálica. Examinó con mucha atención los recipientes, cogió el que tenía forma de chacal y lo abrió para dar con un estómago embalsamado. Uno a uno, revisó todos los contenidos hasta llegar al que protegía el hígado, el único con forma de cabeza humana: Amset.

Más tarde comprobaron la temperatura, leyeron otro texto del *Libro de los Muertos* y se prepararon para abrir el sarcófago con la ayuda de dos obreros.

—¿Listos? —preguntó Morsi expectante.

—Sí —contestó Charlotte sonriendo.

—Adelante —dijo Essam.

Los dos obreros, mientras usaban para hacer palanca unas palas, se miraron entre ellos con expresión temerosa. La pesada tapa de madera maciza se desplazó con varios crujidos que pusieron los vellos de punta a Charlotte. Encontraron dentro otro sarcófago, también de madera, un poco más pequeño, con una intrincada talla en la forma semicircular de la cabeza.

—¿Qué os parece? —preguntó Morsi.

—El otro es de cedro, pero esto es ébano y solo lo usaban para los reyes —dijo Charlotte acariciando la superficie—. En Nubia no era frecuente, supongo que traerían la madera en barco desde Egipto.

—Fíjate en las incrustaciones, son de marfil. Y las inscripciones en jeroglífico y cursiva…

Morsi no pudo terminar la frase, la riqueza del ataúd y su misterio empezaron a bombardearlo con tanta información que se quedó sin palabras.

—Es raro —dijo Charlotte fotografiándolo antes de continuar con la siguiente apertura—. Normalmente solo las hacían en cursiva, era lo más común.

Abrieron la tapa y encontraron la momia de una mujer cubierta por una máscara funeraria de oro con incrustaciones de lapislázuli y ámbar que representaba su fisonomía en vida. La adornaba un pectoral formando un complicado relieve con más oro y marfil, varios anillos en los dedos, y un brazalete en el antebrazo izquierdo, de aproximadamente diez centímetros de ancho.

—Parece bastante joven —dijo Essam inclinándose un poco hacia abajo—. Y está muy bien conservada.

Con sus agudos ojos tras los cristales de unas gafas metálicas, recorrió todo el cuerpo sin perder detalle.

—Deberíamos trasladarla a Jartum —comentó Morsi.

—No —dijo Essam rotundo—. Hablaré con el Consejo. En nuestro Museo podemos datarla con más precisión. Es demasiado valiosa como para dejarla en manos de esta gente.

—Lo sé, doctor, pero nos comprometimos a realizar las pruebas aquí —dijo Morsi.

—Es cierto, pero en cuanto sepan su valor histórico, no pondrán reparos para que los exámenes sean a conciencia y fiables. Nuestros medios no tienen nada que ver con los del Museo de aquí, con el escáner móvil podremos identificarla en poco tiempo.

—Creo que sería interesante que avisara ya —añadió preocupada Charlotte—. No podemos irnos y dejarla, está demasiado expuesta.

—Voy a llamar —dijo Essam yendo hacia la escalera—. Id preparando el traslado, comprobadlo todo antes de mover nada. —Con una sonrisa irónica añadió—: Sería un fallo muy grave que metiéramos la pata ahora.

—No se preocupe —dijo Morsi—. Lo haremos bien.

Al anochecer consiguieron empezar el traslado a Jartum, desde allí volaría a El Cairo. Sacarla de la pirámide les costó lo suyo. Aunque los dos sarcófagos y la momia estaban en perfecto estado, la delicadeza de toda la operación manual los mantuvo en tensión y no respiraron aliviados hasta que vieron salir al camión refrigerado que se encargó de llevarlos al aeropuerto.

Charlotte llegó al colegio y en poco tiempo empezó a recoger todas sus cosas. Guardó con nostalgia las copias de los planos que estudió junto a Nicholas cuando descubrieron la inscripción del papiro, recordando las horas que pasaron hablando sobre el tema, su curiosidad y ocurrencias ante hipótesis que dejaban a imaginaciones

como la suya volar sin límites.

El embarazo seguía imperceptible para todos, menos para ella, consciente de los sutiles cambios en su cuerpo. Empezó otra vez a darle vueltas a las contradicciones de Nicholas; sin entender cómo era posible que le demostrase un amor tan grande y no quisiera que perdurara a través de sus hijos. No podía ni quería admitir que se sintiera coaccionado; era una decisión de los dos.

Se entretuvo traduciendo parte de las inscripciones del sarcófago, reconoció el significado del verso que tenía delante y se le inundaron los ojos de lágrimas. Charlotte sabía que Piankhi murió aproximadamente con cincuenta años, tuvo cuatro esposas y era probable que sus matrimonios fueran por intereses políticos, aunque el poema no estaba dedicado a ninguna de ellas. Con la mente hirviendo, se preguntó si quizás la mujer que ocupaba en su tumba ese lugar de honor, tras él, habría sido realmente a la única que amó, con quien quiso pasar a la vida eterna, y a quien quiso proteger de todo. Solo unos pocos trabajadores implicados en la construcción habrían conocido su última morada, y Kham, en vez de destruir su rastro, prefirió guardarlo junto a otra mujer que debió ser también especial en su corazón, ya que su mastaba ocupaba un lugar de honor reservado solo a los miembros de la familia real. ¿Quiénes fueron esas dos mujeres para Piankhi? No habían pertenecido a la XXV dinastía, al menos, no de manera oficial.

Charlotte necesitaba llegar a Egipto para contrastar los versos en escritura meroítica, algunas representaciones parecían sílabas y no las letras del alfabeto que conocía. Miró en un libro sobre los aspectos

lingüísticos de la antigua Nubia, pero desistió por el desconocimiento actual de la totalidad del idioma. En ese pueblo minúsculo, la incomunicación contribuyó a no poder realizar unas comprobaciones que en Londres le habrían llevado minutos y ahí eran casi un milagro tan imposible como una inundación.

En una isla de otro continente, sentado delante del piano, Nicholas se alejó durante unos minutos de los pensamientos que lo agobiaban sin cesar. Iba a olvidarla, y lo haría aunque se machacara las manos y su agotaba cabeza le pidiera a gritos un descanso. El único de sus compositores favoritos que le ofrecía el repertorio más dramático era Beethoven, al que llevaba dedicándose la última semana en Wells.

Maggie lo escuchó y se colocó unos auriculares. Le gustaba la música que solía tocar, pero desde que volvió vivía en una constante pesadilla; esas notas rápidas, elevadas y frenéticas la ponían histérica y, junto al mal carácter que acompañaba al intérprete, optó por la solución más práctica.

Un rato después, Maggie abrió la puerta del salón y movió con insistencia la cabeza al verlo entregado a la música. Nicholas retomó el hábito de no afeitarse al que sumó peticiones ridículas para las comidas con la intención de amargarle las mañanas.

De brazos cruzados, aguardó paciente a que finalizara con la *Appasionata*; su preferida, la misma que a diario le obligaba oír varias veces. Para una ignorante en música clásica, resultaba un martirio reconocer a la fuerza las composiciones que su jefe imponía

empeñado.

—Si has venido a decirme algo sobre la comida, ahórratelo. No tengo hambre.

Nicholas no la miró y esperó rígido que saliera. No advirtió ningún movimiento, giró el cuerpo con brusquedad y la fulminó entrecerrando los ojos.

—No es un niño. Usted sabrá qué hace —dijo Maggie indiferente—. Pero si cree que castigándome con su maldita música va a hacer que vuelva, se equivoca.

—Creía que te gustaba —dijo cínico.

—Yo también.

La actitud molesta de Maggie se reflejó en la ironía de sus palabras y una ligera sonrisa.

—Si has terminado, me gustaría estar solo.

—Por supuesto —dijo desdeñosa. Dio la vuelta, cansada de sus malos humos, y murmuró—. Es lo que mejor se le da.

—¿Qué has dicho? —espetó enfadado.

—Lo que ha oído.

—No tienes ni idea.

—Solo sé que nunca lo había visto tan feliz. No entiendo qué ha pasado, no soy nadie, pero Charlotte no lo habría dejado si no tuviera una razón de peso. Algo haría.

—¿Yo? —preguntó incrédulo. Se dio la vuelta y añadió amargado—: Déjame en paz.

Maggie sonrió al escuchar la nueva melodía.

—Esa está mejor, es más agradable.

—Claro que sí —dijo sarcástico mientras tocaba *Someone like you*—. Siempre es mejor Adele que Beethoven.

Para desgracia de Maggie, en cuanto salió, volvió al genio alemán que al parecer lo motivaba más. La cadencia triste de la sonata *número 14* la siguió hasta que entró en la cocina.

Le prepararía una bandeja con algo ligero y se la llevaría antes de irse. Lo notaba más delgado y le preocupaba que la amargura no lo dejara razonar de forma coherente.

El día siguiente, cuando la niebla llenaba el campo dando un toque fantasmagórico a la pobre claridad que intentaba abrirse paso, Nicholas salió temprano de las cuadras a lomos de *Viking*. Galopó sintiendo el aire frío y la velocidad en las zancadas del animal, que saltó confiado a su orden la valla que separaba la propiedad de la carretera. Siguieron un viejo sendero de tierra, que hacía años no tomaba, y consiguió llegar a Cheddar en menos de una hora, también pasar el mejor momento desde que estaba otra vez solo.

A la vuelta, más relajado después de descansar un rato, todavía repiqueteaban en su mente las palabras de Maggie. Él debía ser el responsable del abandono de Charlotte. Volvió a repasar sus últimas horas juntos, otra vez, quizás la número mil o un millón; daba igual; su inquieta cabeza no lograba averiguar qué ocurrió aquella noche. Intuía que algo se le escapaba. Tenía la certeza de que no discutieron, eso lo recordaría, y de que ella lo desvistió cuando llegaron de la fiesta; a partir de ahí solo oscuridad. Se sintió impotente, como le sucedía cada vez que lo intentaba, no logró una

respuesta vital para comprender por qué estaban en esa situación.

Entrando por el camino de su casa, vio aparcado el coche de Amanda. La frustración y la furia le dispararon una descarga de adrenalina que transformó el paso suave de *Viking* en una carrera de vértigo.

Una imagen calmada apoyada en el capó, con los brazos cruzados, aumentó el calor que le hirvió la sangre, a punto de provocarle una explosión de la peor cólera.

—¡Fuera!

—Hola, Nick —dijo Amanda amable, ignorando su enfado.

—¡Largo! —exclamó, mirándola con odio—. Te advertí que no volvieras.

—He venido a saludarte —comentó sonriendo—. He oído que la *rubita* no está y venía a ofrecerte mi hombro. —Amanda camufló con candidez su ironía—. No seas maleducado.

—Déjame tranquilo.

Nicholas despreció con una mueca verla aparentar una clase que él sabía le faltaba. Amanda notó su cansancio y se lanzó buscando la oportunidad que llevaba esperando meses.

—Estuvimos casados ocho años, podíamos ser amigos.

—Nunca hemos sido amigos.

—No digas eso.

Amanda se acercó despacio y empezó a acariciarle el muslo.

—No tengo tiempo para tus tonterías. Recuerda devolverme lo que es mío y sigue con tu vida. Se acabaron las concesiones. Astor tiene orden de velar por mis intereses y los de mi familia, y ten por

seguro que va a hacerlo.

Nicholas tiró de las riendas dando por finalizada la charla.

—Como quieras —dijo Amanda tranquila. No iba a rebajarse tan rápido, aún podía subsistir por sus medios, no pensaba devolverle las joyas, y con su amiguita fuera de juego tendría más ocasiones de atraparlo. A ella tampoco le apetecía un encuentro sexual con él, aunque podía sacrificarse por asegurar su estabilidad económica. Volvió al coche y antes de abrir la puerta se giró fingiendo recordar algo de repente—. Por cierto, la semana que viene saldrá una entrevista que di hace unos días.

—Dirás, vendí —matizó Nicholas asqueado—. Ya sabes qué te espera si me mencionas.

—Solo hablé de ti cuando me preguntaron.

—Me da igual —replicó incitando a *Viking*—. Atente a las consecuencias.

—¡Era tuyo!

Al escucharla, Nicholas dio la vuelta muy rápido, desmontó de un salto y se encaró ante una sorprendida Amanda.

—No —exclamó rotundo—. No lo era, y te lo voy a demostrar. Ya que has insistido en hacer de tu vida un circo, tu público se va a reír de ti.

Con una mirada dura y un gesto amenazante, Nicholas cohibió a Amanda.

—¿Cómo lo vas a demostrar? —preguntó nerviosa.

—Sorpresa.

—Siempre te ha gustado jugar —comentó aparentando una

seguridad que Nicholas arrasó con la prepotencia de una sola palabra. Añadió—: Tus faroles ya no sirven.

—Olvidas una cosa —dijo sonriendo engreído—. Nunca he jugado si no tenía claro que iba a ganar.

—Tú verás. —Amanda hizo un mohín despectivo con la boca —. Si eso es lo que quieres, al final, voy a ganar mucho dinero a tu costa. Tengo contactos para que tengas a varios fijos pegados en la espalda.

—Lo dudo —replicó cínico—. Si tú tienes contactos, yo conozco a sus jefes. —Nicholas relajó el gesto y disfrutó viendo la mella de la duda en el rostro de Amanda donde minutos atrás solo veía soberbia—. No apostaría mucho por su lealtad. —Con calma se montó en *Viking*—. Y ahora, sal de mi casa.

No se quedó para verla desaparecer, tiró de la rienda y se dirigió hacia los establos trotando por el camino.

Maggie salió a buscar a Lewis, se topó con Amanda y de manera automática torció el gesto.

—Hola, Maggie —saludó sonriente sin arrancar el vehículo—. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí?

—Veo que has perdido el respeto desde que estás sola.

—¿Acaso sabes qué es eso?

—¿Tú vas a enseñármelo?

El tono arrogante de Amanda no molestó a la mujer escarmentada que la miraba impasible.

—No, desde luego que no —dijo Maggie irónica—. Hay cosas

que no se aprenden.

—Si la *rubita* de Nick te consiente este comportamiento es su problema, pero no lo utilices conmigo; yo no soy ella.

—Por supuesto que no, no tenéis comparación. Ella es una dama, tú una simple aficionada.

Maggie sonrió con autoridad, haciendo daño donde más le dolía. Sin prestar atención a insultos murmurados, regresó a la casa y esperó que se fuera para buscar a su compañero; otro que por no verla era capaz de inventar cualquier excusa y escaquearse.

Después de unos días agotadores, llenos de retrasos, papeleos interminables y un calor extenuante, por fin, Charlotte y Morsi atravesaron la plaza Tahrir para llegar al Museo antes que el sarcófago. Era temprano y todavía no estaba a rebosar de turistas, pero en pocas horas el gran edificio rojo, de estilo Neoclásico, que albergaba la mayor colección del mundo en arte egipcio, se convertiría en un hervidero.

Entraron rápido, pasaron entre los sarcófagos expuestos de varios faraones y subieron por la escalera a la planta alta, hasta tener a pocos metros la joya del Museo para la mayoría de los visitantes: el tesoro de Tutankamón, descubierto por Howard Carter en 1922.

Charlotte observó la gran diferencia entre la caja que contenía los vasos canopiales del famoso rey y los que habían encontrado en Meroe. El lujo y riqueza de unos contrastaba con los otros. A pesar de que tenían muy poca información, casi todos los hallazgos confirmaban que el reino de Kush, tal y como llamaban los

egipcios a Nubia, les copió su cultura y, aunque la época de Piankhi fue la más esplendorosa de su dinastía, lo hicieron con moderación, utilizando sus mismas técnicas mejoradas por los mil quinientos años que los separaban. Esos supuestos avances, por su ubicación geográfica más extrema, unas nefastas decisiones políticas y la pobreza de los materiales, seguían ocultos bajo un desierto indómito o la presa de Asuán, añadiendo más misterio a ese periodo de la historia.

—Vamos a la Sala de Restauración —dijo Morsi.

—¿Habéis avanzado con la identificación de algunas momias? —preguntó Charlotte interesada.

—Un poco, pero aún quedan en el almacén más de cuatrocientas por datar.

—Pero lleváis ya tiempo tratando de analizarlas. ¿Por qué vais tan retrasados?

—Porque nos hemos encontrado con muchas mal identificadas y nos conlleva reubicarlas dentro de un periodo que ya teníamos casi completo. Si tenemos tiempo te enseñaré dos en las que estoy trabajando de la XVIII dinastía.

—Estupendo. Hice prácticas aquí, me trae muy buenos recuerdos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó divertido—. ¿Dónde estaba yo?

—En 2005. Estuve un año en Luxor. La directora era la doctora Sawii Massan.

—Yo estaba en Berlín, trabajé varios años en el *Neues*

Museum.

Al entrar en la sala del sótano, vieron el sarcófago interior colocado en la mesa, preparado para que empezaran con el análisis tridimensional. Luego, sacaron muestras para la prueba del carbono 14, radiografiaron la momia por completo y advirtieron una rara alteración en el fémur. Le extrajeron las joyas por la tarde antes de que los técnicos empezaran el análisis, mientras, Morsi ayudó a Charlotte a completar los versos tallados en ébano. Les llevó horas entender el sentido exacto que habían querido transmitir; los giros del lenguaje y algunas expresiones populares no eran sencillas de interpretar. Finalmente confirmó que era un poema de amor, muy raro en esa época; no habituados a declaraciones por escrito.

—Parece que fue amante del faraón —dijo Morsi.

—Esperemos a la prueba del ADN. Podemos compararlo con el de sus hijos pequeños, quizás fue la madre de alguno.

—Solo tenemos muestras de varios descendientes. Voy a buscar en la base de datos, porque debió morir antes del 716. Los tres faraones siguientes fueron los hijos legítimos de Piankhi y su hermano, eso está bien confirmado. Si fue su mujer, encontraremos alguna pista.

—Eso espero, aunque me extraña que sea tan joven. A no ser que muriera muchos años antes que él —dijo pensativa—. Será mejor que no le demos más vueltas por ahora. Cuánto más avanzamos, más incógnitas nos surgen ¿No crees?

—Es lo que me apasiona de este trabajo.

—Y a mí, pero a veces me supera.

—Sería interesante que el equipo belga nos dejara hacerle también pruebas a su momia. Tengo una corazonada, Charlotte.

—Yo también, las dos momias deben estar relacionadas con Piankhi. No es posible otra cosa.

—Sí, totalmente de acuerdo.

Por la noche, ya en su hotel, llamó al móvil personal de Frank Knight para coordinar con él los plazos de la exposición que harían ellos a finales de abril. El primero en enseñar el hallazgo sería el Museo Egipcio, después el sarcófago viajaría a Londres donde estaría un mes y, por último, se expondría de manera permanente en Jartum. La presión de los políticos de Sudán consiguió que los restos anónimos terminasen en su país de origen. Se lo ahorraban todo y ganarían bastante dinero. El turismo no era el punto fuerte del país, pero aumentaba la afluencia de visitas culturales, aunque por los conflictos bélicos muchos optaran por seguir yendo a admirar la parte más famosa de esa civilización solo a Egipto.

—Enhorabuena, doctora Wolf. —Knight sonó alegre—. Me hubiese encantado estar ahí con vosotros.

—Me lo imagino, pero ahí seguro que se está mejor. Había olvidado lo duro que es el desierto, el calor es insoportable.

—Ya será menos —dijo bromista—. ¿Sabéis ya quién era?

—No con exactitud, aún no tenemos los resultados del ADN, pero por todos los indicios, suponemos que perteneció a la familia real. Estamos haciendo el inventario de su tumba. Tenía por debajo de los quince años y excepto por una lesión en el fémur, por lo demás,

está en perfecto estado.

—A lo mejor tenía alguna enfermedad o defecto físico. ¿Habéis sopesado que fuese alguna hija de Piankhi?

—Creíamos que era una amante, pero lo hablaré con Morsi, no es mala idea pensar que fuese alguna de sus hijas porque no nos cuadra la diferencia de edad, aunque nunca se sabe. Lo comprobaremos, Frank.

—Estupendo. Te espero la primera semana de abril, ya habrá empezado la exposición ahí y necesito que te pongas con Jean para preparar la nuestra. Creo que podríamos hacer un recorrido cronológico en las salas 64 y 65. También expondremos las fotografías que hicisteis y quiero tus impresiones personales sobre las sensaciones que tuviste al estar presente en el descubrimiento. La exposición la llamaremos *Entre humanos y Dioses en Nubia*, le queremos dar un enfoque diferente a lo que van a hacer los egipcios.

—Muy bien. Por lo que sé, el doctor el-Katatni prefiere centrarla en el valor arqueológico del hallazgo.

—Lo sé, por eso quiero enfocarla en el aspecto humano.

—Me parece bien. Intentaré en las semanas que me quedan completar los datos para que la identificación sea lo más precisa posible.

—Perfecto, doctora, nos vemos aquí.

Cuando Charlotte habló con Morsi sobre la nueva dirección aconsejada por su jefe, llamó al paleontólogo del Museo, que los instó a solicitar al responsable de Jartum los datos genéticos de la momia de Piankhi, ya que plantear su traslado a Egipto no era viable, solo

tenía un permiso para salir del país en abril, y su destino era Londres. No puso trabas, pero para Ahmad era más seguro que las cogieran ellos, pensando en cumplir las normas internacionales sobre el traslado de muestras biológicas, con unos requisitos de envasado, embalado y etiquetado muy estrictos, que él estaba acostumbrado a realizar. Decidieron volver a Jartum y después de regresar, descontaminarlas y amplificarlas, las analizarían; en dos semanas, con la técnica de secuenciación del genoma, obtendrían mucha información veraz sobre la procedencia de la desconocida.

En cuanto coordinaron ese inesperado retraso, Charlotte recogió varios documentos con la intención de seguir la investigación en el hotel. Un ligero dolor de cabeza, que achacó a los cambios bruscos de temperatura por el gusto de los egipcios al aire acondicionado a tope, la alertó de que debía cuidarse para estar al mejor nivel ante el trabajo que todavía quedaba pendiente.

—¿Nos dejarán cogerlas mañana? —preguntó Charlotte.

—Creo que sí —respondió Morsi afirmando con la cabeza—. Por ahora están colaborando sin problemas.

—Tendremos que esperar los resultados y terminar con las inscripciones. No sé si me dará tiempo hacerlo antes de irme.

—Lo sé, pero no te preocupes. Los textos los podemos ir completando más adelante. Lo más importante ahora es la identificación. Si el parentesco es positivo, no solo sería extraordinario como hallazgo arqueológico, sino también científico. Es una manera de esclarecer la evolución de ciertas enfermedades. Además, tiene un interés añadido con el que no contábamos.

—Ni en sueños esperaba encontrar algo así.

—Ni yo, doctora —dijo contento—. ¿Cenamos luego?

—No, lo siento. No me encuentro muy bien.

—¿Estás enferma?

—Me duele la cabeza. Quiero descansar un poco.

—Vete tranquila —dijo comprensivo—. Espero tener más suerte en Londres.

—Seguro. —Charlotte le dio varias palmadas en el brazo, sonrió y dijo—: No parece que tengas problemas para entablar amistad. Dudo mucho que no haya una larga cola de mujeres esperando en la puerta de tu casa.

—No lo sabes tú bien —replicó con un gesto engreído amagando la burla contra sí mismo—. Entro con escolta.

El doctor Morsi incansable casi a diario la invitaba a salir, su actitud sugería que se sentía atraído por ella, aunque no le molestaba. Era un hombre interesante y muy atractivo. Unas canas en las sienes aportaban a su imagen un punto sexy parecido al de Nicholas y sus modales también le recordaban a él. Era atento, un compañero excelente, y muy simpático, con un sentido del humor que la divertía; vio a un buen amigo, y creyó que era una sensación recíproca. Incluso así no quiso dar pie a confusiones y solo aceptó el día que salieron con el resto de compañeros. Ella seguía atrapada en Inglaterra por unos ojos verdes mentirosos. No dejaba de añorarlos igual que ansiaba sentir la lluvia en su cuerpo, unos labios posesivos en su boca o mirar alrededor y admirar infinitos campos mojados. Su mente vivía en una contradicción continua. No sabía cómo afrontaría el embarazo cuando

regresara, de momento empezaba a notarlo en la ropa; según sus cálculos debía estar de unas diez semanas, en Londres lo confirmaría, y tomaría la decisión de contárselo al padre o no. El sentido común le decía que debía hacerlo partícipe, pero su orgullo no opinaba igual, y tampoco le ayudaba imaginar la reacción de su madre. Sin proponérselo se deprimía, restándole ilusión a un momento profesional muy deseado y mucho más importante de lo que imaginaba cuando llegó.

Unos días después, Nicholas empezó a esbozar su siguiente novela. Había espaciado sus conciertos y se enclaustró en la biblioteca. Escuchó el timbre de la puerta, pero no se inmutó, Maggie tenía órdenes de no dejar entrar a nadie sin su permiso. Unos pasos aproximándose indicaron que acababa de incumplirlo, bufó molesto y masculló una retahíla de tacos indiscriminados que extrañaron a Tristam.

—Todo tuyo —dijo Maggie mirándolo resignada.

—¿Qué le pasa?

—Está insoportable.

Maggie prefirió quitarse de en medio y no ampliarle la información. Lo dejó solo en el pasillo y volvió a la cocina.

—Hola —saludó Tristam risueño, irrumpiendo en la biblioteca—. ¿Cómo estás?

—Intento trabajar. ¿Qué haces aquí?

Se sentó frente a Nicholas e ignoró su gesto y pregunta hostil.

—¿Cómo te van las cosas?

—Muy bien.

—¿Qué sabes de Charlotte?, Sarah no tiene noticias suyas.

—Como yo —dijo cínico.

—¿Ha pasado algo?

Apenas sin paciencia, Nicholas lo observó con los ojos entornados. Escuchar nombrarla lo sumía en una profunda tristeza que expresaba con malhumor, por eso evitaba hablar de ella.

—No lo sé.

Tristam apretó la frente y se levantó para servirse una copa.

—¿Quieres? —preguntó, enseñándole una botella de whisky.

—Es un poco temprano para empezar.

Con un gesto incrédulo, Tristam sirvió dos dedos en un vaso y volvió pensativo.

—¿Habéis roto? —preguntó sentándose.

—No lo sé.

—¿Cómo qué no lo sabes? —Tristam encogió todo el rostro—. No te entiendo. ¿Estáis juntos o no?

—Es la tercera vez que te lo digo —dijo Nicholas alzando la voz—. No tengo ni idea. No sé qué coño ha pasado, no sé nada.

—¿Desde cuándo no habláis?

Llevaba saliendo con Sarah varias semanas y tenía la certeza de que ella tampoco lo sabía.

—Desde que tuvo el gran detalle de llamarme por teléfono antes de irse.

—¿Por teléfono? ¿Por qué?

—Tristam, deja de darme la vara. No quiero hablar del tema.

—Lo siento, me has dejado bloqueado.

—¿Necesitas algo? —preguntó más cordial—. Me gustaría seguir trabajando.

—No, ahora las cosas me van mejor —dijo Tristam sonriendo ligeramente—. He venido porque hacía tiempo que no nos veíamos y estaba preocupado, no contestas las llamadas. Sarah está haciendo unos planos de Ivory, quiero que los veas.

—Iré a Londres a mediados de mes. Gracias por venir.

—Anímate. Cuando vuelva se arreglaran las cosas.

—Seguro…

La tristeza de sus ojos traspasó a Tristam, que lo admiraba y, al verlo abatido, también se amargó. En cuanto salió, Nicholas se quitó las gafas y se frotó los ojos, le era imposible centrarse en nada después de esa conversación. Buscó la paz que le ofrecía la música y eligió uno de los *Nocturnos* de Chopin acompañando a su estado de ánimo.

Tras volver de Jartum, analizaron las muestras y unos días después los llamó el responsable del laboratorio del mismo Museo excitado por los resultados de las comparaciones. Cuando llegaron a su despacho, los recibió con una sonrisa enorme.

—Hemos analizado más de veinticinco regiones de ADN —dijo Michael Harris, un norteamericano afincando en Egipto, con una expresión amable en un corpachón poco cuidado—. No tenemos dudas, es hija de Piankhi.

Charlotte y Morsi compartieron una mirada sorprendida.

—Lo he pensando tantas veces que empezaba a creer que estaba volviéndome loca.

—Puedes dejar de creerlo. —Michael sonrió—. Está confirmado.

—¡Sí!

Charlotte abrazó con cariño a Ahmad, que enloquecido le dio unas vueltas mientras reían eufóricos. Durante el regreso de la recogida de muestras, ninguno quiso esperanzarse, aunque en ese instante había merecido la pena el estrés de las últimas horas.

La inminente apertura de la exposición colapso a los trabajadores del Museo, menos al doctor Ali el-Mansour, paleontólogo con una larguísima experiencia en momificaciones. Tenía cincuenta y cinco años, un cuerpo fuerte de mediana estatura, un rostro alargado, un bigote primoroso, y un apasionante aliciente en la mesa. Averiguó que la deformidad del fémur, que en un principio creyeron había sido causada por una mala postura en el enterramiento, la provocó alguna enfermedad genética que la afectó desde su nacimiento. De inmediato llamó a los egiptólogos, y acudieron a la sala forense del sótano a los pocos minutos.

—Fijaos bien, la alteración está en la parte ósea y también en la blanda.

Morsi y Charlotte miraron las radiografías que les mostraba. Según él, si consiguió andar lo tuvo que hacer con algún apoyo. Hoy día ese tipo de malformación se corregía con un dispositivo protésico, un arnés específico durante los primeros meses de vida que ayudaba a

los niños a caminar casi con normalidad.

—Aquí me di cuenta de que no era por la posición —dijo el-Mansour, señaló con un lápiz óptico la pantalla del ordenador y lo movió por el hueso—. Le he hecho una resonancia para determinar la afectación de las partes blandas, y una tomografía para estudiar el daño cortical.

—¿Estás seguro de que no pudo andar? —preguntó Charlotte.

—Sí. Te lo he dicho, es muy difícil.

—¿Qué sabes de la madre? —preguntó Morsi, situándose a los pies de la mesa de exploración.

—Lo mismo, ninguna de las reinas catalogadas fue su madre.

Charlotte clavó la vista en la piel negra y seca del rostro hundido de la momia.

—Doctora, ¿estás bien?

Morsi le tocó el brazo preocupado, su palidez y frialdad lo confundieron.

—Sí, discúlpame. —Charlotte giró la cabeza con una breve sonrisa. Los miró a los dos y volvió a centrar su atención en la niña—. Pienso que debió ser muy querida. Se tomaron muchas molestias para preservar sus restos.

—Si su madre no fue una de las reinas, dudo mucho que tuviera la consideración de princesa —explicó Morsi—. No sé hasta qué punto la mantuvo en secreto.

—Con una enfermedad de esas características, necesitaría ayuda constante —dijo Charlotte—. Un pequeño grupo de personas debía conocerla. Si tenía menos de quince años cuando murió y

suponemos que lo hizo antes que Piankhi, sería por el 720 antes de Cristo. Él volvió de Egipto sobre el 745, por lo que debió conocer a la madre con más de cuarenta años, casado con su cuarta mujer.

—A lo mejor dejó embarazada a la madre antes de irse a Egipto y cuando volvió se enteró de su existencia —dijo Morsi.

—No lo creo, se tuvo que ir siendo adolescente. Si conoció a la niña al volver, ya tendría doce o trece años, más o menos cuando murió. —Charlotte hizo una mueca de desaprobación—. Piankhi accedió al trono en el 747, no pudo empezar la pirámide hasta ser el faraón. Si quiso enterrarla con él cuando volvió, no me cuadran las fechas —dijo convencida, pensando en la parte romántica de la historia añadió—: Me imagino que amaría a la madre, ¿por qué no se casó con ella?

—Quizás tuvo remordimientos por la niña, aunque no amara a la madre. —Morsi y el-Mansour compartieron un gesto afirmativo con la cabeza—. Desde luego, después de ser faraón fue cuando se casó y tuvo a sus legítimos descendientes.

—Como siempre, tenéis trabajo por delante —añadió Alí irónico.

En solo una inscripción encontraron su nombre, Sarihsa, y una representación donde el faraón, el día de su funeral, la portaba en sus brazos seguida de dos caballos. Por algunos elementos que adornaban las columnas talladas, datados al final de su reinado, confirmaron la hipótesis de Charlotte. La niña pudo ser su hija pequeña, de madre aún desconocida. Creyeron que la sobreprotegió y ocultó para evitarle sufrimientos. Por las características de los huesos,

estimaron que murió con menos de doce años.

Lo más extraordinario fue que, hasta el momento, en esa civilización no se mostraban los sentimientos de una manera tan abierta. Casi todos los poemas y representaciones siempre versaban sobre metáforas y alusiones a la vegetación, la poca poesía amorosa que sobrevivió sí incitaba a disfrutar sin límites de los placeres, pero había muy pocos textos que la acreditaran. En cambio, con su nuevo descubrimiento documentaban de manera novedosa la parte más oscura y olvidada de la XXV dinastía.

CAPÍTULO XIII

Londres, Inglaterra
14/3/2011

Nicholas volvió a Londres y salió de su casa para ir a ver a Tristam. Por la mañana, decidió empezar de una vez a vivir de nuevo. Se afeitó y vistió con un traje gris oscuro, volviendo a la apariencia impecable que solía tener cuando estaba allí.

Unos días atrás lo llamó su padre y le anunció que Gordon estaba dispuesto a implicarse en la reforma de Ivory. Su intención era estudiar la viabilidad con Tristam, que le adelantó por e-mail los planos de la casa y pretendía explicarle con detalle el proyecto.

Cuando llegó al apartamento se encontró con Sarah, que sonrió alegre al verlo. Nicholas observó un cambio impresionante en ella; sin las ropas holgadas parecía alguna actriz italiana con curvas atrayentes para el público masculino, donde no se incluyó; lo suyo era una delicada elegancia rubia, que trató de apartar de su mente.

—Hola, Nicholas.

—Hola, Sarah.

Él intentó que no notase su tensión.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Bien.

—A ver si cuando vuelva Charlie quedamos algún día los cuatro. Me mandó un correo desde El Cairo, diciéndome que llegará a

primeros de mes —explicó despreocupada—. Pero no sé cómo le ha ido.

—Ni yo.

—Pobrecilla, tiene que ser duro estar incomunicada.

—Supongo —dijo Nicholas seco—. Bueno, no quiero entretenerte.

—Nos vemos otro día, llego tarde a una reunión.

En cuanto comenzó Sarah a bajar la escalera, Nicholas expiró una profunda bocanada y llamó a la puerta de forma insistente.

—Hola —saludó Tristam. Se apartó mientras su hermano dejaba el abrigo en un perchero de diseño moderno colgado en la pared, cogió un sobre de su mesa y se sentó en una de las dos sillas giratorias—. Vas a alucinar.

—Eso me temo —dijo Nicholas resignado. Se sentó en la otra silla frente a él, y a su pesar, reconoció su sorpresa viendo los bocetos de Ivory—. Me gusta.

—Y a mí. Ha pillado perfectamente la intención de papá, es una gran decoradora —comentó Tristam excitado—. Respeta la esencia de la casa, y la obra no sería tan bestia como teníamos pensado.

Le mostró dos plantas reformadas. Dejaba en doce las dieciocho habitaciones actuales. La planta de abajo apenas tenía nada nuevo, solo agrandaba la cocina corriendo un tabique de uno de los dormitorios, que transformaba en lavandería.

—Está muy bien —reconoció Nicholas—. Pero yo no haría tantos dormitorios, creo que es mejor que haya dos suites y ocho

normales.

—Ya, pero así tiene más rentabilidad.

—De eso quería hablar contigo. Creo que deberíamos enfocarlo para una clientela que vendrá buscando privacidad y calidad. Si masificas el espacio, la sensación de intimidad se pierde. Ten en cuenta que durante más de ocho meses el salón de invierno será el comedor. Si pones doce mesas individuales estarían agobiados.

—¿Agobiados? —Tristam alzó las cejas—. Con diez dormitorios no le veríamos las ganancias.

—¿Por qué no? Deberíamos tender a potenciar la exclusividad. Nuestros clientes no serían los que buscan ofertas por Internet. Si ofrecemos excelencia con el tiempo será el reclamo para que nos recomienden.

—Estás despreciando a una clientela que con alguna oferta o descuento nos podría venir muy bien para cubrir los meses más flojos.

—No es despreciarla, es tener claro el objetivo. Si nuestro público tiene un nivel económico alto, probablemente habrá personas conocidas. No es buena idea mezclarlos con otros que hayan pagado por lo mismo la mitad. No me parece adecuado.

—Bueno, ese aspecto lo podemos comentar con papá y Gordon.

—Vale, pero he estado viendo algunos hoteles de campo y funcionan bien porque tienen hecho un buen estudio de mercado. No quiero que nos lancemos a la aventura.

—¿Aventura con papá y Gordon? Parece mentira que tú digas eso. Con la paliza que me ha dado con el tema de la descendencia y el

legado. ¿Crees que no lo van a analizar todo con lupa? —preguntó bromeando—. ¿Cuánto tiempo lleva mareando la perdiz?

—Mucho —respondió con una sonrisa triste.

Tristam se levantó, buscó dos cervezas en el frigorífico de la pequeña cocina y le ofreció una a Nicholas. Su imagen más cuidada y el gesto calmado, sugerían que su ánimo también se recuperaba, al menos, eso creyó.

—No le he contado a Sarah nada de nuestra última conversación —dijo Tristam, sentándose.

—Me la he encontrado al llegar. Lo he notado, gracias.

—¿Sigues igual?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelva?

—No lo sé. Ella me dejó, que haga algo.

—Al menos tratad de hablar.

—¿Cómo te va con Sarah? —preguntó para evitar ese tema y la mortificación de recordarla.

—Bien, me gusta mucho —dijo sonriente—. Estamos cómodos.

—Me alegro por ti. Parece divertida.

—Sí, lo es. —replicó contento—. Además de buena persona, guapa y excelente profesional.

—La vendes muy bien, pero no la compro.

—De eso nada. No está en venta —añadió—: ¿Has hablado con Phil?

—Sí —respondió con un suspiro. La entrevista que Amanda

concedió no lo dejaba bien parado, algo que tenía asumido, aunque esa vez sobrepasó con creces el límite—. Supongo que en estos días le llegará la comunicación a su abogado de la querella. Se lo advertí, ha seguido, pues que se atenga a las consecuencias.

—Mamá me llamó. No quería hablar contigo, supuso que estarías muy enfadado.

—Ya ves que no. Astor tiene órdenes de no dejarle pasar ni una. Con respecto a lo que ha dicho de papá me parece lo más bajo que ha hecho nunca. De mí me da igual lo que diga, pero con papá se ha pasado.

—¿Tan mal está de pasta?

—Supongo. No os he dicho nada, pero hace meses quiso vender el piso, con todo lo que hay dentro, incluidos los cuadros.

Al darle la información, Tristam abrió más los ojos.

—Qué fuerte —dijo incrédulo—. No tiene bastante con difamar, lo quiere todo.

—Eso parece —Nicholas negó con la cabeza—. Desde que la puse de patitas en la calle está haciéndome la vida imposible; ella verá, es mayorcita.

—¿Lo has vuelto a alquilar?

—Sí —afirmó insinuando una sonrisa cínica—. Y los conserjes tienen orden de no dejarla entrar.

—¿Ha devuelto las joyas?

—No, y no sabe lo que le espera. De mí o de nosotros ya no va a conseguir nada más, que trabaje.

—Exacto, al menos es lo que me has dicho a mí siempre.

—Es la única manera de ganarte la vida. Todo lo demás, tarde o temprano acaba, y no creo que el chollo de las entrevistas le dure mucho.

—Con la última desde luego se ha lucido. ¿Alguien la cree?

—No lo sé y no me preocupa. Yo no era el padre y no iba a abandonar una reunión importante para mi trabajo porque ella quisiera que la prensa nos viera salir juntos del hospital y, menos, después de haber metido a su amante en mi casa —explicó Nicholas severo, sonrió irónico y añadió—: Que la hubiese acompañado él.

—Tienes razón, pero te ha dejado como un capullo insensible.

—Tristam, me da igual. He llegado al punto de anularla en mi cabeza.

—¿Igual que a Charlotte?

—¿Se parecen los huevos y las castañas?

Nicholas no evitó el cinismo en la comparación. Si a una su mente la había repudiado, a la otra la tenía tan presente que lo asqueó verla dentro del mismo saco que su exmujer.

—No te enfades —dijo Tristam receptivo a su cambio de humor—. Intentaba bromear.

—Me tengo que ir.

Nicholas se levantó despidiéndose de manera amigable con un abrazo, aunque no supo disimular el malestar con el que lidiaba cada vez que la imagen serena de Charlotte se colaba en sus pensamientos; se instalaba y anulaba cualquier otra cosa por insignificante que fuera; ella era la reina indiscutible en el amplio palacio de su mente.

En El Cairo, Charlotte cogió un poco de frío por los cambios bruscos de temperatura entre el interior de los establecimientos y la calle, pero no tomó nada para paliar los síntomas; confiaba en una mejoría espontánea.

Sin querer dedicar mucho tiempo ni esfuerzo, salió a buscar un vestido para la recepción que el Museo tenía organizada con las autoridades locales. Entró en un centro comercial próximo al hotel y compró uno en color negro de estilo oriental. Tenía un escote redondo lleno de brocados dorados y el largo por las rodillas. De manera casual encontró una llamativa camisa verde que añadió a la compra, cavilando en la incomodidad de los pantalones vaqueros que vestía, por momentos más apretados en su cintura, y en la camiseta blanca con una curva sospechosa en el vientre.

En el interior del Museo la actividad era intensa a solo un día de la primera exposición de los hallazgos, todo el personal estaba atareado componiendo un escenario perfecto entre unas columnas circulares y los sencillos arcos que rodeaban la planta baja.

Más tarde de lo acostumbrado, Charlotte llegó a la Sala de Restauración. Sintió el aire acondicionado escupir frío a destajo, se le erizó el vello de todo el cuerpo y empezó a estornudar de manera involuntaria.

Ahmad levantó la vista de las fotos que examinaba.

—¿Por qué no te vas y descansas?

—Es que me gustaría terminar con estas.

Charlotte señaló tres filas del texto en el que trabajaba.

—Llévatelo al hotel y lo haces tranquila. Coge también lo que tenemos descifrado de los papiros y el poema del vaso Cairo. Creo que si sustituyes lo que no conocemos por la aproximación gráfica más cercana al de esos textos, quizás puedas completarlos.

—Nuestras inscripciones son más de setecientos años posteriores, algunos rasgos son muy confusos —dijo dudosa.

—Con lo que tenemos, y con lo concretos que eran en sus apreciaciones, intenta buscar semejanzas.

—¿De verdad no te importa que me vaya? —preguntó con timidez. Necesitaba descansar un par de horas para poder dedicar toda la tarde a completar el texto—. Tuve neumonía en diciembre y tengo que cuidarme.

—Claro que no —dijo Morsi sonriendo—. También tendrás que preparar el equipaje. No te preocupes, en serio.

En cuanto Charlotte estuvo en la habitación del hotel se metió en la cama. A pesar de que le dolía la cabeza y uno de sus temores era recaer, seguía obstinada en no medicarse, solo tomaría algún analgésico si el dolor se volvía insoportable; bastante tenía con el remordimiento de haber dejado su país para pasar unos meses en el desierto, en unas condiciones bastante precarias, como para soportar también en su conciencia que no cuidaba a su hijo. Por suerte, desde que llegó a Egipto su calidad de vida mejoró y su estancia terminaba; no lo podía evitar, se alegró por un esperado regreso; necesitaba la garantía de que el resto del embarazo estaría controlado por su ginecólogo.

Cuando se levantó notó el agradecimiento de su cuerpo; la mucosidad dejaba a los pulmones llenarse sin obstáculos, la cabeza despejada y los músculos aliviados. Luego, después de una ducha, se vistió con una túnica blanca y pidió que le subieran una sopa de verduras y un filete a la plancha, que devoró en pocos minutos nada más llegaron a la habitación. Llevaba dos semanas notando un apetito enorme, las cantidades que solía comer la dejaban insatisfecha y ganó varios kilos de peso. Todavía no pensaba limitar sus comidas, pero tenía el firme propósito de continuar en Londres con su alimentación equilibrada, más apropiada para los meses de sobrepeso que le quedaban.

Dedicó la tarde al poema, lo releyó decenas de veces y terminó dándolo por válido así:

«*Te vas, mi hija, mi querida flor/ Mi profundo amor/ bañado en ti, en bondad/ Por estar contigo/ Oh, mi hija, mi preciosa flor/ caminaremos/ en otras vidas, oh, mi dios/ sumergidos en dolor/ Te vas, con tu belleza/ Oh, mi dios, ven y mira/ es feliz entre mis brazos*.»

Cualquier otro egiptólogo, le daría su matiz personal al igual que actualmente un traductor, pero en esencia no diferiría mucho. Usó con las palabras desconocidas las que fonéticamente supuso eran similares de otros textos, no obstante bajó a la recepción del hotel y le envió un fax a su profesor; sería una garantía si Eric podía corroborarlo.

Reflexionó durante un buen rato en la historia detrás de Sarihsa, quizás marginada por su discapacidad. También en el inmenso amor del faraón que la quiso mantener oculta a su lado

después de muerta sin respetar las tradiciones del funeral oficial, que con seguridad hubo, donde enterraron otro cuerpo en el lugar que le correspondía a ella, mucho más alejado de él.

Divagando llegó a Nicholas, tuvo el impulso de llamarlo y contarle que pronto sería padre, aunque no lo deseara. Se vio llorando sin entender cómo podía ser tan calculador cuando a ella le dijo lo contrario, cómo podía renunciar a una vida que unía partes de los dos. Las lágrimas aliviaron su pena, incrementaron el cansancio de una mente debilitada, y el sueño apacible que el cuerpo reclamaba llegó reconfortante en poco tiempo.

La noche siguiente el Museo dio cabida a la multitud de personalidades que se reunieron para contemplar el descubrimiento. Mostraron las joyas en varias vitrinas y el sarcófago interior con la máscara, sin la momia, que hasta dentro de unos días no estaría lista para ser expuesta. Debían terminar de acondicionar la urna donde la ubicarían, y el-Katatni no quiso correr ningún riesgo ante la falta de seguridad en las condiciones medioambientales.

Charlotte llegó paseando desde el hotel, encontró al elegante doctor Morsi charlando con varias personas, todos vestían trajes oscuros, excepto dos señores mayores que llevaban túnicas blancas. Al verla, Ahmad se acercó sonriendo y le ofreció una copa de champán con un acento al que se había acostumbrado entre colegas de nacionalidades variadas.

—Gracias —dijo Charlotte, cogiéndola—. Cuánta gente.

—Sí, todos han querido venir para hacerse la foto. ¿Estás

mejor?

—Sí. ¿Has visto lo que te he mandado?

—Sí. No sabía que Johannsen había sido tu profesor. Asistí hace años a uno de sus seminarios en Oxford.

—Cuando lo conocí yo tenía dieciocho años y acababa de entrar en Historia. La época de Oxford es anterior. Lleva más de quince años en la Universidad de Londres.

En cuanto se aproximó a ellos un camarero con una bandeja, Charlotte le dejó la copa llena, detalle no pasó inadvertido para Ahmad.

—¿No te ha gustado? —preguntó curioso.

—No lo he probado —dijo Charlotte tranquila, contrajo la nariz—. No me apetece beber alcohol.

—Ya somos dos —dijo risueño—. ¿Te traigo un refresco?

—No, ahora mismo no me apetece beber nada.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro —dijo amigable—. Lo que quieras.

—¿Tienes algún problema con nosotros?

—¿A qué te refieres? —preguntó sorprendida.

—A los musulmanes.

—No —exclamó incrédula— ¿Por qué crees eso?

—Porque no has querido salir ningún día y a veces me ha dado la impresión de que eran excusas para no relacionarte.

—Siento mucho que hayas pensado eso, pero no tengo ningún problema con las creencias religiosas de nadie, las respeto. En Sudán no me encontraba bien, he tenido algunos problemas personales. Y

aquí he estado un poco agobiada porque se nos echaba el tiempo encima.

—Lo siento, no ha sido mi intención que te sintieras presionada.

—No has sido tú —dijo con una sonrisa—. Me presiono yo solita.

—¿Te apetece comer algo?

—Sí. Me encanta vuestra comida.

—Menos mal —replicó bromista—. Un punto a nuestro favor.

Por lo que conocía de Ahmad, era sociable y se sentía cómoda con él, supuso que porque rondaba la edad de Nicholas y tenía esa madurez masculina que tanto le gustaba. Cogieron unos platos y, bajo sus consejos, Charlotte llenó el suyo con todo tipo de colores y sabores. Probar el primero desató un afán devorador que lo dejó atónito.

—¿Dónde lo metes? —preguntó Morsi, recorriéndole el cuerpo con la mirada.

—Ni idea —contestó con la boca llena—. Siempre he sido delgada.

—Hasta que tengas un hijo. Mi madre dice que a las mujeres os cambia el cuerpo cuando sois madres —dijo convencido. Ella le dedicó una sonrisa suave y miró alrededor disimulando su incomodidad. Morsi no se percató—. ¿Tienes ganas de volver a Inglaterra?

—Sin acritud, —Charlotte le pidió perdón uniendo las manos —, sí. Necesito volver.

—¿Tienes pareja?

—Creo que no.

—Vaya —exclamó incrédulo—. Es la primera vez que me encuentro con alguien que no sabe si tiene pareja o no —bromista añadió—: Como nuestras momias.

—Muy gracioso, ¿Y tú?

—No. —Se inclinó sobre ella de manera confidencial—. Para desgracia de mi madre y hermanas.

—¿Por qué? Si eres un encanto.

—Porque para ellas soy un solterón.

—Bueno, aún no es tarde.

—¿Te lo estás pensando?

El tono cómplice no dio pie a Charlotte a malas interpretaciones ni a sentirse incómoda. Pasaron el resto de la velada charlando entre ellos y también con algunos conocidos del egiptólogo. Se aproximaron dos fotógrafos y les pidieron que posaran. Todos con amabilidad forzaron sus sonrisas para la cámara. Luego, Charlotte mantuvo una conversación con dos especialistas belgas que habían venido expresamente para documentar el hallazgo. Tenían intención de solicitar una exposición para su Museo en Bruselas y pasó bastante tiempo explicándoles algunos detalles que, al cabo de una hora sin parar de hablar, terminaron dejándola agotada.

Nicholas tocaba *A different corner* en su casa de Londres cuando su madre entró en el salón sin que él lo advirtiera. Patricia se sentó en el sofá escuchando la preciosa melodía que abstraído

interpretaba. Al terminar, aplaudió esbozando una ligera sonrisa. Él cerró los ojos viviendo la misma escena, recordando a Charlotte. Pensando en ella se giró despacio, pero encontró la mirada amable de su madre.

—Hola, no quería interrumpirte —dijo cariñosa.

—Hola, mamá. —Nicholas intentó sonreír—. ¿Cómo estás?

—Bien. Te dejo aquí los periódicos. —Patricia los colocó encima de la mesa pequeña, delante del sofá—. Me los acaba de dar Joan.

—Gracias.

—¿Cómo estás tú?

Nunca lo había visto tan alejado de todo.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Nicholas sin responder.

—Hemos hablado con Phil. Vamos a presentar una querella contra Amanda por difamación e intrusión en nuestra intimidad.

En la última entrevista que concedió no solo contó que Nicholas se desentendió de su hijo, sino también repasó la relación que mantuvo con sus suegros.

—Haced lo que creías conveniente —dijo serio.

—Tu padre está muy dolido —comentó con tristeza—. No creo que merezcamos ese trato. Siempre intentamos ser amables con ella. Me apena mucho verlo así, Nick; está mayor. —Patricia lloró lágrimas impotentes por las injurias y calumnias que su exnuera había dicho de él, incluso insinuó que su afecto tenía motivos ocultos—. No quiero que en sus últimos años nadie ponga en duda su honorabilidad ni esté en boca de personas que nunca nos han conocido ni saben nada

de nosotros, no es justo.

Nicholas se sentó a su lado y la abrazó con ternura. Una de las cosas que más admiraba de sus padres era el profundo amor que se tenían y cómo, después de tantos años, conservaban la pasión y la frescura de una pareja recién casada.

—Hablaré con él, no te preocupes. Seguro que con la reforma se le pasa —dijo condescendiente—. Si quieres le digo a Astor que presente la demanda conjunta. No sé si podrá hacerlo, pero se lo comentaré.

—Sí, por favor, hazlo. Tu padre no quiere hablarme y no soporto verlo así. —Patricia habló entre sollozos—. Lleva varios días encerrado en su despacho, Gordon ha venido y tampoco ha querido hablar con él. Estoy muy preocupada.

—Mamá, lo mejor que podemos hacer es no pensar en ello. Papá sabe quién es él, tú también, las personas que nos conocen también. Es absurdo darle vueltas a algo que el tiempo pondrá en su lugar.

—Para ti es fácil porque estás acostumbrado. Pero para tu padre ha sido un golpe muy bajo. Sabes como yo que no solo hay que ser respetable, sino también parecerlo. El Ducado significa mucho para él, y para todos nosotros —dijo más tranquila con orgullo, aunque también recobró el enfadado—. Es una vergüenza que una persona a la que siempre hemos tratado como parte de nuestra familia, a la que hemos entregado algunas joyas que ni en sueños se podría permitir, y le dimos una posición social con la cual ha vivido muy bien a nuestra costa, hable con esa impunidad sobre nosotros. —

Detuvo la explicación, lo miró llena de amargura y concluyó rotunda —. No lo voy a consentir.

—Ni yo. —Nicholas sonrió comprensivo—: En cuanto al título, parece que le ha quedado claro que no puede utilizarlo. De todos modos si lo hace, la denunciaré. Y por las joyas, las que le regalé mientras estuvimos casados, se las puede quedar, pero las que aún tiene que pertenecen a la familia las tendrá que devolver. La voy a denunciar por robo, se acabó. Hace tres meses Astor y yo nos reunimos en Madrid con el director de un periódico que cubrió un acto al que asistió conmigo en 2005, Astor tiene fotos que acreditan que usó las joyas y una conversación grabada donde reconoce que son parte de nuestra colección. Debería haberlas devuelto, pero ella sabrá. Si piensa que voy a quedarme de brazos cruzados es que no me conoce. Se le van a acumular los delitos.

—Me ha decepcionado muchísimo. Creí que hacía esas entrevistas para conseguir notoriedad y algo de dinero, pero con esto he comprendido que es ruin. Me arrepiento de haber confiado en ella. Debería haberte hecho caso antes, lo siento, cariño —dijo acariciando la mano de su hijo, que sonrió agradeciendo esas palabras—. Cambiando de tema, he visto a Charlotte. —Patricia no advirtió la tensión de Nicholas—. Sale en un artículo del *Telegraph*. Está muy guapa, además parece que ha engordado algo.

Para apoyar sus palabras, Patricia buscó en el periódico, en cuanto lo encontró, se lo mostró con una sonrisa. Nicholas la vio rodeada de hombres en la inauguración de la exposición en El Cairo. Charlotte tenía una sonrisa forzada, no parecía feliz, llevaba un

vestido negro, y tenía el pelo más largo, pero lo que más llamó su atención fue el colgante que le brillaba en el pecho: su escarabajo. Un rayo de esperanza inundó su corazón. Si lo llevaba puesto debía significar que para ella todavía él ocupaba un lugar especial en su vida.

Leyó el artículo sonriendo con una punzada de orgullo al comprobar cómo la labor de Charlotte se reconocía. El periodista repasaba la historia de la momia encontrada en Sudán, el valor histórico del hallazgo y el trabajo minucioso de un prestigioso arqueólogo egipcio junto a una brillante egiptóloga inglesa.

—Es una gran profesional —comentó pensativo—. No me extraña que la pongan por las nubes.

Patricia reparó en su mirada perdida.

—¿Qué te pasa, Nicholas?

—Nada.

—Soy tu madre, te conozco —dijo atenta a sus ojos, eran iguales a los de James y Tristam; tenía calados a los tres hombres de su vida—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Me ha dejado —susurró.

—¿Por qué?

—No lo tengo claro —comentó negando con la cabeza despacio—. Me llamó por teléfono antes de irse. Me dijo que reflexionara durante estos meses.

—¿Sobre qué?

Nicholas hastiado encogió los hombros, no podía explicar lo incomprensible.

—Prefiero no hablar del tema.

—Está bien —dijo preocupada.

Los siguientes minutos, Patricia intentó sacarlo de la depresión hablando sin parar de las ideas que Tristam y ella dieron a Sarah para la reforma. Consiguió animarlo un poco, aunque tuvo claro que no duraría mucho, solo mientras ella estuviera ahí. Cuando salió por el pasillo y escuchó otra melodía triste flotando en la atmósfera de la casa, confirmó su teoría.

En el hotel de la plaza Tahrir, dos semanas después de la inauguración de la exposición, Charlotte guardó sus últimas prendas de ropa en la maleta. Se sentó en la mesa con el portátil y buscó en los archivos de la familia real datada. Comparó las fechas de los nacimientos de los hijos legítimos de Piankhi, la de sus matrimonios, sus viajes, su muerte, y llegó a la conclusión de que Sarihsa nació mientras estuvo casado con su cuarta esposa oficial, con quien no tuvo descendientes y de quien nunca se separó; algo frecuente por pactos políticos. Era muy difícil averiguar con exactitud qué ocurrió y las fechas que manejaba en muchos casos podían oscilar algunos años, pero las de los hijos que reinaron ofrecían cierta seguridad.

Desde que identificaron a Sarihsa se obsesionó con descubrir a la madre. Una idea machacona se le metió en la cabeza: «volver al inicio de todo», «¿por qué la encontraron?», y siempre se respondía lo mismo: «porque el papiro de la mastaba les indicó cómo llegar». Para Charlotte era imposible que esa otra momia hubiera sido importante para Kham, por muchos títulos nobiliarios o elevada posición social

que Piankhi le hubiera concedido. Tanto ella como cualquier egiptólogo sabían que la sociedad jerárquica de esa civilización desacreditaba la idea de que esa mujer no estuviera emparentada con el faraón, era imposible ese entierro tan cerca de su pirámide sin algún lazo sanguíneo con él. El detalle del papiro en su tumba y el celo de su amigo arquitecto, confiando en ella, insinuaban una conexión importante; la única opción era que fuese la madre de Sarihsa, y su esposa en la sombra.

No supo por qué no se casaron y, probablemente, nunca lo sabría; pero ese era uno de los alicientes que más le apasionaban de su trabajo. Necesitaba madurar sus ideas con calma, el equipo belga estaba preparando el traslado a Bruselas, aunque todavía tenía algunas semanas de trabajo en Meroe, y quería compartirlo con Ahmad antes de irse. Sintonizaban en casi todo y después de una sorpresa, otra más no era descabellado. Por intentarlo no perderían más que unas semanas, y podían cerrar un círculo familiar que beneficiaba la investigación. La repercusión mediática siempre venía bien, fomentaba el interés del público y nuevos donativos que ayudaban a completar una labor que con los hallazgos no hacía sino empezar.

Charlotte exhaló una bocanada de aire brusca, guardó sus anotaciones y cerró el portátil. Se vistió con unos cómodos leggins claros, una camisa holgada celeste y unas sandalias de cuero marrón. En pocos minutos llegó al Museo, entró en la Sala de Restauración y buscó a Morsi para despedirse, se verían en pocas semanas en Londres y no se alargaron mucho.

—Ha sido un placer trabajar a tu lado —dijo Ahmad con una

cálida sonrisa.

—Lo mismo digo, doctor Ahmad Morsi, para mí también lo ha sido.

—Y ya sabes, si descubres que no tienes pareja me lo dices en Londres y hacemos feliz a mi madre.

—Muy bien, y tú intenta hacerme feliz a mí hablando con los belgas.

—Sí, descuida —dijo Ahmad inclinándose para besarla en las mejillas—. No me parece raro, es casi lógico.

—A ver si tenemos suerte.

—¿Y yo? —preguntó muy serio—. ¿Hablo con mi madre? —añadió bromeando—. Recuerda que aquí las bodas hay que prepararlas con mucha antelación.

La actitud alegre de Ahmad la hizo salir hacia el hotel con una amplia sonrisa. Concluía su aventura en Egipto y ansiaba volver a Londres para empezar a organizar la exposición, afrontar a Nicholas y seguir con su vida.

Aterrizó en Heathrow de madrugada, en una tienda vio una estantería con la novela *Secretos del desierto,* extrañada se acercó, ya que Nicholas esperaba verla publicada en verano, compró un ejemplar y ojeó la contraportada, con una breve biografía y una foto suya reciente. En la primera página, una dedicatoria:

«A los desesperados solo puedo decirles que a veces la suerte existe. Para mí se ha hecho realidad con la aparición de mi musa. Sin ella nunca hubiese acabado este libro.

Mi amor, lo he hecho. Gracias a ti tengo una sonrisa permanente en mi rostro y mis viejos temores se han dispersado como niebla bajo un brillante sol.

Por ti me siento el hombre más afortunado del planeta.

Gracias, Charlotte. Eres mi infinito.»

Dejó que la amargura le rebosara los ojos, aturdida por esas bonitas palabras. En cuanto se relajó, tiró de la maleta y agotada se metió en un taxi que la llevó a su apartamento.

En media hora se tumbó en su cama. Por fin había vuelto. El primer asunto pendiente era visitar a su ginecólogo, a primera hora del día siguiente. Más tarde pasaría por el Museo para reincorporarse, poner al día a Frank y a Jean, y discutir con ellos algunos detalles mejorables que observó en la exposición de El Cairo.

Durmió inquieta por la avalancha de cosas que se mezclaban en su cabeza, la perseguía la imagen de Nicholas abrazándola después de hacer el amor y ni en sueños podía descansar. «Estaban en la casa Wells, en el dormitorio, con un fuego agradable en la chimenea, sintió, olió y percibió su aliento. Tras unos pocos segundos, sin palabras, se apartó sonriendo y la dejó sola. Esperó confiada, pero no volvía, en camisón salió de la cama, se asomó a una de las ventanas y lo vio alejarse bajo la lluvia. De pronto, se detuvo y giró con un bebé en brazos, miró durante un instante hacia ella, se volvió y corrió hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. Llorando angustiada bajó las escaleras, salió al camino y gritó su nombre; nada; el sonido del agua acalló su desesperación. Nicholas la había abandonado llevándose a su hijo»

De un bote, Charlotte se incorporó respirando con dificultad. Necesitó un momento para comprender que había sido una pesadilla. Estaba en su casa, en Londres, sola.

Se levantó agobiada y entró en el baño. En la ducha, mientras el agua empapaba sus ojos, se tocó la incipiente barriga y dejó que la tristeza se mezclara con la alegría de un futuro que a ratos le era incierto.

Cuando terminó, se secó el pelo y buscó en la maleta sin deshacer su nueva camisa verde. Le marcó el vientre más de lo que imaginaba, pero le gustó. Dentro de unos meses tendría a su hijo con ella, y esa sensación le dio el impulso necesario para encarar cualquier obstáculo; no iba a permitir que sus temores la privaran de disfrutar de la maternidad, otro de sus sueños.

En unos días llamaría a Nicholas, se lo contaría, sin impedirle disfrutar del bebé, nada más. Si quería aceptarlo, bien, si no, también. Era hora de coger las riendas de su vida con fuerza y huir de esperanzadoras promesas que no creería otra vez. Recordó al faraón y, tomándolo como ejemplo, decidió proteger y cuidar a su hijo por encima de todo. Si Nicholas no lo quería, ella tendría amor para él por los dos. Sabía que sus padres en cuanto pasasen la primera impresión lo aceptarían, varias veces le habían hablado con ilusión sobre los nietos y, aunque estaban un poco lejos para verlos a diario, los fines de semana podían irse con ellos. Con las ideas más claras y el alivio de saber que no estaría sola, terminó y salió hacia el centro.

CAPÍTULO XIV

Londres, Inglaterra
12/4/2011

El edificio donde el doctor William Spennos tenía su consulta era uno de los elegidos por varios especialistas para ver de manera privada a sus pacientes. En un directorio del elegante vestíbulo de mármol se indicaban los nombres y plantas de los médicos. Subió en el ascensor sin reparar en las personas con escayolas, con sobres de radiografías en las manos o embarazadas como ella. Con sus propios problemas rondando, Charlotte llegó y esperó paciente su turno.

William Spennos tenía cuarenta y cinco años, una mirada negra penetrante recuerdo de sus antepasados mediterráneos, las sienes plateadas, y una expresión agradable.

Sentada frente a él después de la exploración, escuchó que su embarazo era de aproximadamente quince o dieciséis semanas, pesaba seis kilos más, y casi con seguridad era una niña.

Cuando el doctor Spennos comentó que debían hacerle un análisis de sangre, la intranquilidad de Charlotte aumentó de manera exagerada.

—Charlotte, no te preocupes. Es normal, es algo protocolario. Cuando tenga los resultados te llamaré.

—No soporto las agujas, William —dijo nerviosa.

—Será solo un momento, y necesito saber los valores de tu

sangre, estás muy delgada.

—Pero si he engordado mucho.

—No tiene nada que ver —comentó sonriendo—. Has estado expuesta a un montón de enfermedades con el cuerpo bajo de defensas, déjame que lo analice. Confía en mí.

—De acuerdo.

—Le diré a la enfermera que te extraiga la sangre. ¿Has desayunado?

—No.

—Perfecto. Si no te aviso en un par de días, es que todo está bien.

Armada de una valentía que obligó a base de gritos tranquilizantes en su cabeza, Charlotte se sentó en una pequeña sala aséptica y una eficiente enfermera le sacó la sangre. En cuanto notó el brazo libre de la presión del elástico, se mareó.

—¿Estás bien?

—Más o menos. Me ponen histérica las jeringuillas, no las he soportado nunca.

—A mucha gente le pasa. Procura comer algo cuando salgas —dijo la enfermera sonriendo amable—. Te traeré un zumo.

—Muchas gracias.

Charlotte esperó un momento para relajarse. Por un lado, se había emocionado al conocer el sexo del bebé. Pero por otro, al verse sola, la alegría se mezcló con pena y no pudo contener unas lágrimas por ella y por su hija. Trató de recomponerse tomándose el zumo, esperó unos minutos, y salió de la consulta.

Bajó en el ascensor abstraída en su desasosiego, atravesó el vestíbulo y de repente sus ojos se toparon en el hombre que entraba del brazo de su esposa. El aspecto de James reflejaba cansancio, alejando la vitalidad que ella conoció meses atrás, dejaba visible a un anciano frágil con un deterioro físico tan evidente como preocupante. Charlotte se detuvo conmocionada, sonrió compasiva y encontró solo una palabra:

—Hola.

—Hola, Charlotte —dijo Patricia afectuosa, también le dio dos besos—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Charlotte se giró y besó a James, que no fue muy expresivo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Venimos al chequeo anual de James. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche.

—Enhorabuena por el descubrimiento —dijo James.

—Gracias —dijo Charlotte sonriendo. Observó unos pómulos más pronunciados, arrugas que no había visto nunca y un vacio en sus ojos, donde apenas distinguía los verdes arrasados por el cobre, que la inquietó mucho—. Te noto más delgado.

—Es posible, últimamente no estoy muy fino —explicó apático—. Tú estás muy guapa.

—Es verdad, estás más recuperada desde la última vez que nos vimos —dijo Patricia, recorriendo con lentitud el cuerpo de Charlotte—. La camisa que llevas es preciosa.

—¿Te gusta? La compre en Egipto.

Patricia afirmó con la cabeza, pensativa, clavando los ojos en la barriga de Charlotte; no se correspondía con el resto de su anatomía.

—Nos tenemos que ir —dijo Patricia seria. Besó cariñosa a Charlotte y añadió—: Espero que nos veamos pronto.

—Claro. —Charlotte afirmó despacio con la cabeza, la mirada de Patricia advertía suspicacia. Le dio otros dos besos a James, interesada por su salud—. Cuídate mucho.

Durante unos segundos, Charlotte no se movió, contempló a la pareja entrar a paso lento en el edificio, pensando en Nicholas y en los meses separados, quizás tampoco habían sido buenos para él.

Una vez en la consulta del cardiólogo de James, mientras esperaban sentados, Patricia sacó el tema que llevaba rondándole en la cabeza desde que habían coincidido con Charlotte.

—¿La has visto? —preguntó en voz baja.

—Sí, cariño —dijo James confundido—. Estaba contigo.

—Hablo de la barriga.

—¿Qué?

—No te enteras de nada —dijo paciente—. Creo que está embarazada.

—No me he fijado.

—Pues yo sí —dijo convencida—. Debe estar de más de tres meses, con lo delgada que es, si no, no se le notaría.

—¿En serio? —preguntó incrédulo—. ¿Estás segura?

—Sí. Además, ella se ha dado cuenta.

—A lo mejor este tampoco es suyo.

—No digas tonterías —comentó resignada—. ¿No has notado cómo ha reaccionado al vernos? Me temo que Nick no lo sabe. Lo dejó antes de irse, lleva más de tres meses fuera, haz cuentas.

—¿Lo dejó?

James observó a Patricia con el ceño fruncido.

—No te lo he dicho para evitarte otro disgusto.

—Te lo agradezco —comentó molesto—. Pero también te agradecería que no me ocultes nada que afecte a nuestros hijos.

—Por lo que me contó Nick, le pidió tiempo para reflexionar. No sé, James, pero creo que no se lo ha contado a él, y es nuestro nieto.

—¿Estás segura de que está embarazada? —preguntó serio. El desánimo que lo reducía desde la publicación de las declaraciones de Amanda quedó relegado a un segundo plano en su cerebro al comprender la magnitud de esas palabras, en cuanto Patricia afirmó en silencio y esbozó una sonrisa, le cogió con ternura una mano, la levantó y le besó el dorso. Sin importarle la presencia de otra pareja, se inclinó y acarició con los labios la mejilla del bello rostro de la gran mujer que tenía a su lado; la que conoció siendo niña y él, ya un hombre, esperó algunos años; la persona que durante la mayor parte de su vida le confió su amor, y de quien seguía profundamente enamorado—. Sería la mejor noticia en mucho tiempo.

—Lo sé. Cuando salgamos de aquí deberíamos ir a hablar con él. Estoy convencida de que no tiene ni idea, lo habría notado, Nick no sabe disimular.

—Por supuesto que no lo sabe —dijo James rotundo. Conocía a su hijo, jamás se desentendería de su descendencia, el elevado sentido del honor que poseía no le permitiría renunciar si era el padre —. Y va a saberlo.

Alarmado por su urgencia, Nicholas los recibió en el vestíbulo. Desde que lo llamaron al salir del cardiólogo empezó a preocuparse por la salud de su padre.

—¿Cómo estás? —preguntó tenso.

—Vamos al despacho —dijo James.

El duque colocó una mano en la espalda de Patricia andando tras su hijo, que abrió la puerta al llegar y les cedió el paso.

Una vez sentados en el sofá, el nerviosismo de Nicholas era evidente en sus piernas cruzadas por las rodillas, el balanceo incansable de un pie y la mirada oscilando entre sus padres, intentando buscar alguna respuesta.

—Me estáis asustando. ¿Qué te ha dicho el médico?

—No venimos por eso. Por ahora todo igual, me ha dicho que me tome las cosas con calma por la arritmia, pero no es grave —explicó James, tras una breve pausa añadió—: ¿Desde cuándo no ves a Charlotte?

—¿Para eso habéis venido? —preguntó molesto. Giró la cabeza hacia su madre—. ¿Por qué se lo has dicho?

—Lo siento, pero lo que tenemos que contarte es importante. No nos perdonaríamos nunca no hacerlo. —Patricia habló serena y firme—. Hemos coincidido con ella saliendo del edificio del médico —

dijo atenta a su hijo, concentrado inmóvil en sus ojos—. Está embarazada.

—¿Qué? —preguntó levantándose de golpe.

—¿Ves? —Patricia miró a James—. No lo sabía.

—¿Qué os ha dicho?

El tono enojado de Nicholas, expectante a la respuesta.

—Poco. Llegó anoche. Tu padre la ha felicitado por el hallazgo —respondió Patricia tranquila, al momento agregó—: Pero su tripa no era por el peso que ha ganado, debe estar de tres o cuatro meses. Seguro.

—¿Cómo? —Nicholas volvió a sentarse, respiró acelerado y se masajeó las sienes con movimientos circulares. Si su madre tenía razón, debía ser su hijo—. ¿Por qué?

El murmullo de Nicholas, con los párpados cerrados, tratando de digerir la noticia, hizo que sus padres se dieran la mano, apretándolas con fuerza mientras lo observaron.

—¿Habíais hablado de tener hijos? —preguntó James.

Irritado de verdad, Nicholas abrió los ojos clavándolos en su padre.

—Sí, y sabía que no me oponía. Le dije que nunca había querido tenerlos, pero que con ella no me importaría. Se lo dije varias veces. —Se detuvo sonriendo con cinismo—. Por lo que se ve, no me creyó.

—A nosotros nos da igual lo que haya pasado entre vosotros. No eres ningún niño, tienes que responsabilizarte de esa criatura —dijo James severo—. No esperamos menos de ti.

—¿Piensas que no lo quiero? —siseó enfadado—. ¿Crees que voy a renunciar a mi hijo?

—No. —James lo observó de frente y preguntó—. ¿La quieres a ella?

La respuesta no llegó. Nicholas se puso de pie y los miró desafiante, concentrado en un único pensamiento: Charlotte le había ocultado el embarazo y le debía una gran explicación. La rabia que trataba de controlar estaba a punto de explotar y quería reservarle el honor a la causante.

—Me voy.

Salió a paso rápido, cogió una americana, y dejó a sus padres atónitos, aunque al momento se miraron sonrientes. James se inclinó hacia delante y besó en los labios a Patricia.

—¿Tú qué crees? —preguntó acariciándole la mejilla.

—La quiere —dijo Patricia contenta, percibiendo el cambio en su actitud—. Estoy segura.

—Yo también, se les veía juntos muy bien, espero que solucionen las cosas.

—Y yo, mi amor —Patricia volvió a besar los únicos labios que su boca habían conocido—. Te quiero y no me gusta verte triste, quiero que te animes, por favor.

—Cariño, hacerle el seguimiento a Nick me va a mantener entretenido. Tengo garantizado un espectáculo de primera.

—No seas malo, pobrecito.

—No te apiades de él, quien necesita ahora mismo tu compasión es Charlotte. Menos mal que parece capaz de apaciguarlo.

—James pensó un instante—. Menudo humor lleva…

—Espero que se relaje por el camino —añadió Patricia, conociendo el ímpetu que su hijo en ese estado podía exhibir.

Su madre se equivocó. El nivel de la furia de Nicholas fue creciendo conforme se iba aproximando al Museo. Aparcó en una de las calles que lo rodeaban y caminando con decisión atravesó el patio central hasta subir a la primera planta.

Al entrar en el despacho no la encontró, pero Jean, que regresaba de uno de los archivos, se lo topó de frente.

—¿Sabes dónde está Charlotte? —pregunto Nicholas serio.

—Creo que está con Frank —respondió rápido—. Aquí al lado, en la sala 64.

Nicholas no añadió nada, dio la vuelta y salió con un resoplido, que dejó al francés inmóvil observando la puerta cerrada.

Charlotte repasaba unos documentos junto a su jefe cuando, al levantar la cabeza, vio una figura conocida acercarse implacable con una expresión furiosa que la paralizó. Los ojos de Nicholas fijos en su estómago advertían que conocía su estado, y el único nombre que acudió a su mente fue el de Patricia.

A poca distancia sus miradas colapsaron, se traspasaron un fuego que podía provocar un incendio incontrolado que ninguno supiese apagar. Nicholas esbozó una sonrisa enfocada en Frank, adrede, consciente de la fuerza azul que lo acribillaba.

—Nicholas, qué sorpresa —dijo Frank cordial. Dándole la mano preguntó—. ¿Qué le trae por aquí?

—Tengo que hablar con Charlotte ¿Nos disculpa un momento? Por favor.

La suavidad de sus gestos, la voz calmada, nada disimulaba la agresividad de unos destellos cobrizos saltando enloquecidos sobre los verdes que lo encerraban. Nicholas le dirigió a Charlotte una sonrisa que no le llegó a los ojos e inclinó la cabeza, indicándole que cuando quisiera podía moverse.

Charlotte frunció los labios, enfriando con su gélido azul algunas llamas, pero Nicholas la desafió sin apartar sus ojos ni un momento. No tenía pensado darle ninguna ventaja.

En un tenso silencio se dirigieron al exterior. Charlotte prefirió hablar fuera del radar de algún oído curioso.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Con voz dura Nicholas detuvo sus pasos al salir del recinto del Museo.

—No me gustaría tener esta conversación en la calle.

—Tengo el coche ahí al lado. Vamos a mi casa.

Se montaron en el M6, aparcado en una zona de carga y descarga, cada uno gestionando sus pensamientos de manera diferente. Mientras él trataba de aplacarse, de soslayo cada poco tiempo la observó. El bronceado y el peso que había ganado le sentaban muy bien, y el cabello con las puntas revueltas le aportaba el toque desenfadado y sencillo que siempre le fascinó de ella.

En cambio, Charlotte no se atrevió a mirarlo y no apartó la vista del frente, lo ignoró durante el breve trayecto hasta que llegaron.

Por lo general Nicholas era muy cortés, pero en ese momento no quiso comprobar si mantendría sus modales, de entrada, seguía sentado tras el volante.

Charlotte salió del coche, subió los escalones de la entrada y se giró con una mirada irradiando ondas magnéticas que lo petrificaron al asiento; Nicholas notó cómo su cuerpo se relajaba. Con un movimiento rápido de la cabeza, reaccionó y abrió la puerta del coche; resopló por la nariz, molesto consigo mismo, y descendió con suavidad.

A su lado, buscó las llaves en el bolsillo del pantalón, abrió la casa y con una ligera reverencia la instó a entrar. Mientras Charlotte fue sin preguntar al despacho, él se dirigió a la cocina para darle el día libre a Joan.

Sentada en uno de los sillones, con los brazos y piernas cruzados, disimulando su nerviosismo, Charlotte aguardó paciente durante unos minutos hasta que entró Nicholas a modo de vendaval, se desprendió de la chaqueta y desabrochó un par de botones de la camisa. Trató de liberar el nudo amargo de su garganta, pero lo provocaba algo más profundo que no se podía aliviar con tanta facilidad.

—¿De cuánto estás? —espetó brusco.

—Quince semanas —dijo seria, añadió irónica—: Es tuyo.

Nicholas frunció los labios, entornó los ojos y levantó la barbilla con soberbia.

—¿Por qué me lo has ocultado?

—Para qué decírtelo.

—¿Cómo? —exclamó despacio—. ¿Me estás diciendo que no merezco saberlo?

—No sé por qué te molesta tanto.

—¿Por qué? —Se acercó disfrazando la fiereza de sus ojos con movimientos suaves—. Te has largado a un puto desierto con mi hijo. ¡Mi hijo!

—Como vuelvas a gritar, me voy.

—Perdóname —dijo sin sentirlo. Intentó relajarse, pese al ritmo de su corazón—. ¿Puedes explicármelo?, por favor.

—Pregúntale a tu padre —respondió calmada.

—¿Qué? —Nicholas olvidó la moderación—. ¿De qué coño hablas? ¿Qué tiene que ver mi padre?

—Te escuché —dijo Charlotte cínica—. Él fue la última persona a quien le dejaste muy clara tu opinión sobre los hijos. No te hagas la víctima. He dejado de creer en tus palabras.

—¿Cuándo he hablado con mi padre sobre tener hijos? ¿Cuándo? —preguntó con vehemencia—. Responde.

—El día después de la fiesta —dijo sonriendo triste—. No lo niegues, Nicholas. Lo oí alto y claro, aquí mismo.

—Jamás he hablado con él sobre tener hijos. No sé qué escuchaste, pero ese día tratamos el tema de la renovación de Ivory. En ningún momento hablamos de otra cosa.

—Pues le dijiste muy claramente qué pensabas de la descendencia.

—Me parece que estás confundiéndote.

—Ya —dijo irónica—. Tengo esa habilidad, suelo confundir

las cosas.

—Sí, te has equivocado, al menos podías reconocerlo.

Charlotte se levantó con intención de salir, pero al pasar por su lado Nicholas la sujetó del brazo.

—¿Adónde vas? —preguntó autoritario—. Si piensas que voy a dejarte sola con mi hijo, te vuelves a equivocar. Si tú no quieres tener ninguna relación conmigo, lo entenderé, pero ni por un momento creas que voy a renunciar a él. Quítatelo de la cabeza.

—A ella —murmuró Charlotte.

—¿Qué?

El tono más calmado que usó, añadido a la confusión en su rostro, hizo que Charlotte le dedicara la primera sonrisa sincera desde que se habían vuelto a ver.

—Es una niña.

Nicholas le devolvió otra, alejando el enfado de su cabeza, al mismo tiempo que su risa se convertía en el reflejo de su felicidad. Charlotte lo observó desconcertada. Él tiró de su mano y la envolvió en un cálido abrazo; lo necesitaba para desterrar el recuerdo de los tres peores meses de su vida.

—Por favor, créeme —susurró Nicholas.

La besó con ternura en la frente.

—Ya no sé qué creer.

La duda en el rostro de Charlotte lo golpeó con más fuerza que las palabras. Se separó de ella frunciendo los labios, sin embargo, al instante sonrió con amargura.

Ella respiró hondo y regresó al sofá.

—¿Cómo estás? —preguntó Nicholas, sentándose a su lado.

—Bien —dijo desganada—. El embarazo se desarrolla con normalidad. —Charlotte tragó despacio y añadió—. No quiero que tengamos mala relación, y nunca me opondré a que la veas.

Nicholas decepcionado la contempló sonriendo.

—Eres muy generosa.

Sin ocultar el sarcasmo.

—¿Qué quieres que haga? —Charlotte molesta alzó la voz—. ¿Vuelvo a confiar a ti? —preguntó irritada antes de levantarse—. ¿Cuánto vas a tardar esta vez en cambiar de opinión?

Nicholas la pulverizó, y tragándose todo lo que quería decirle, se levantó.

—Te llevo.

—No.

Moderando la adrenalina que surcaba sus venas, Nicholas intentó sonar suave:

—¿Podemos comer juntos mañana?

—A mediodía no tengo tiempo.

—¿Te recojo por la tarde?

—Vale.

—Gracias.

La besó en la mejilla y la acompañó a la puerta.

Charlotte salió de la casa, trató de andar lo más rápido posible sin llamar mucho la atención. En cuanto se creyó fuera de su imaginario alcance, se detuvo llevándose las manos a la cara. No entendía por qué su cuerpo quería creerlo mientras su mente, con

tozudez, persistía en desconfiar.

La desorientó el calor que sintió mientras sus ojos la devoraron, el mismo que recibía cuando se fundía con ella amándola sin límites; esa entrega incondicional contradecía el eco de las palabras que siempre resonaban en su cabeza alejándola de él.

Al día siguiente, Nicholas no quiso entrar al Museo, prefirió la doble fila en la puerta. Esperó durante más de quince minutos, controlando el reloj a cada momento.

Charlotte se aproximó dejando que la recorriera despacio con la mirada. Él no sonrió ni hizo ningún gesto, mantuvo la postura relajada con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Vestía un traje oscuro, una camisa celeste y una corbata gris con unas llamativas rayas verdes.

A pocos metros, Nicholas acortó la distancia. Desde que la había visto no pudo reprimir la necesidad de tocarla. La camisa amarilla, un poco abultada en la barriga y los pechos, lo dejó sin palabras; los pantalones pitillo negros, y unos zapatos negros de tacón alto, solo ampliaron la elegancia de unas piernas esbeltas que quería volver a sentir rodeando sus caderas mientras la amaba.

—Estás muy guapa.

Con cariño le dio un beso en la cara y le cogió una mano.

—Gracias. ¿Adónde vamos?

—Le he dicho a Joan que venías y te ha preparado una sorpresa.

—No tenía que haberse molestado.

La humildad de Charlotte se le clavaba siempre, pero en ese momento, solo quiso decirle que una simple cena no era ningún gesto extraordinario para Joan, que lo asedió a preguntas sobre su trabajo. Recordó un día en especial cuando necesitó echar mano de toda su paciencia para explicarle algunos detalles del papiro y la excavación. Por suerte se conformó con bastante facilidad y, al no estar al tanto de nada, no se extrañó por sus escuetas respuestas o brusquedad; a diferencia de Maggie, que lo caló a los dos minutos de verlo cuando se encerró en Wells tratando de olvidar la frustrante despedida telefónica.

Llegaron hablando del clima, manteniendo unos modales correctos. Charlotte dejó que Nicholas le abriese la puerta del coche, gesto que él apreció sonriendo. Volvió a cogerle la mano y se dirigieron a la puerta de la casa victoriana donde el escudo Finch-Hutton, protegido por un león y unas espadas cruzadas, daba la bienvenida.

Joan se acercó con una sonrisa incómoda, se inclinó en el oído de Nicholas y le murmuró algo, a la vez que Charlotte los observó frunciendo el ceño.

—Charlotte, ¿puedes esperarme en el salón? Será un momento.

Nicholas fue con paso decidido al despacho.

—Hola, Charlotte —dijo Joan—. ¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

Su amabilidad quedó patente con un abrazo cariñoso. Era

más tímida que Maggie, pero durante las semanas que se conocieron en enero, tuvieron una relación cordial y ambas mantenían un buen recuerdo de esos días.

—Bien ¿Y tú?

—Muy bien. Enhorabuena, el señor me explicó la importancia de tu descubrimiento. Espero que ahora se lo tome con más tranquilidad.

—Gracias, Joan. ¿Cómo ha estado?

—Tocando el piano hasta la saciedad, no comiendo y con un carácter del demonio.

—Qué paciencia tienes con él —dijo sonriéndole—. ¿Quién ha venido?

—Amanda. —Joan apretó el gesto—. Llegó hace un rato, le dije que no estaba, pero insistió en esperarlo en el despacho.

Charlotte movió la cabeza en silencio, con los ojos fijos en esa puerta, escuchaban a Nicholas hablar usando un tono demasiado elevado, parecía enfadado.

—Te acompaño a la cocina.

En ese momento, fue el único lugar que ofrecía insonorización de las voces enfurecidas que traspasaban todas las paredes.

—¡No tenías bastante con las dos querellas! —gritó Amanda encolerizada.

Perdió la poca compostura que le quedaba cuando vio a Nicholas frente a ella, echándola como era costumbre desde que otra mujer ocupaba su lugar.

—Vas a devolver todo lo que no es tuyo.

—¡Son mías! ¡Me las regalaste!

—¡No! Demuéstralo —exclamó él—. Te las dejé para ciertas ocasiones. Puedo probarlo. Tengo fotografías de ellas desde que pertenecen a mi familia y tuyas en los actos donde te las pusiste. Nunca te dije que te pertenecieran. Otra cosa es lo que tú creyeras.

—Eso lo veremos —replicó con altivez.

—Por supuesto. Y ahora, largo de mi casa. —Hizo una pausa y añadió con desprecio—: Ah, una cosa más, cualquier otra insinuación sobre mi padre y te arrepentirás toda tu vida de haberme conocido.

Al salir, coincidieron con Charlotte y Joan.

—Hola —dijo Charlotte muy seria.

Los ojos de Amanda se clavaron en los de Charlotte, le dirigió un disparo de advertencia. Despacio bajó la mirada, recorrió su cuerpo advirtiendo el embarazo y negó con la cabeza antes de girarse y sonreír engreída a Nicholas.

Charlotte también lo miró, alzó las cejas y frunció los labios. No tenía ganas de volver a recriminarle nada; lo había hecho demasiadas veces. Amanda no tenía intención de desaparecer de su vida, y a ella ya no le quedaba paciencia. Ni siquiera iba a hacer el esfuerzo de preguntarle nada, era su decisión querer compartirlo, aunque si le ahorraba detalles, mejor; cualquier cosa proveniente de Amanda tenía un olor amargo, agrio y repulsivo que le daba náuseas.

Un instante después, Amanda arrancó con suficiencia su

coche. Sopesó la petición de Astor, que como siempre cerró filas con los Finch-Hutton, pensando en la diadema y los dos juegos de collares con pendientes que Nicholas le dejó unos años atrás y pretendía que devolviera. Siempre le daba largas, pero la demanda civil interpuesta por robo no bromeaba sobre sus intenciones.

Amanda tenía pensado deshacerse de algunas joyas para afrontar las querellas por difamación que aún tenían pendientes. Sin medios económicos, le era difícil mantener su nivel de vida, aunque acababa de ver la luz para todos sus problemas.

Marcó el teléfono de su amiga y esperó impaciente.

—Hola, Amanda. ¿Cómo estás?

—Hola, Sylvie. Tengo algo que te puede interesar.

—Me pillas en un mal momento.

La periodista se excusó, harta de sus ruegos para que le buscara entrevistas.

—Bueno, entonces llamaré a otro. Si supieras de qué se trata, sacarías tiempo para atenderme, es una bomba.

Sylvie hizo un gesto indiferente. Siempre que la llamaba un personaje tenía una exclusiva sensacional que luego se quedaba en insignificante.

—Te escucho —dijo con apatía.

—No, en persona, tenemos que negociar.

—Eso no lo decides tú. Primero debo saber de qué se trata.

—¿A qué hora te viene bien?

—Quedamos a las cinco en la cafetería de siempre.

—De acuerdo, hasta luego.

Ajenos a intenciones codiciosas, Nicholas y Charlotte cenaron envueltos en una charla que no conseguía relajarlos. Tras la partida airada de su exmujer, notó el retraimiento de Charlotte, que sin tener gestos bruscos o alguna palabra al respecto, se estaba limitando a contestar sus preguntas; también felicitó a Joan por el estupendo menú, en un tono más amable que el destinado a él.

—¿Entonces? ¿Habéis terminado ya con la traducción?

—Tenemos dudas en algunas palabras, pero tanto Frank como Eric piensan que no cambiarían el significado general. Ten en cuenta que los grabados formaban parte de los mismos versos y tal como lo tenemos coinciden muy bien.

—Imagino que disfrutarías mucho entrando en la cámara.

—Sí y no. El primer mes en Sudán fue duro —dijo sincera. Lo miró con el azul convirtiéndose en un violeta brillante, atrapándolo—. El polvo, la suciedad y mi ánimo no me ayudaron a vivirlo de una forma más alegre.

—Me hubiese gustado estar contigo.

Nicholas habló en un susurro, hechizado por un embrujo que lo dejaba sin gravedad y despacio lo empujaba hacia ella.

—Siempre has estado conmigo.

Alargó una mano, sostuvo el escarabajo y lo besó sin apartar los ojos de los suyos.

—Déjame seguir estando —dijo muy cerca de sus labios.

—Quiero. —Le tocó la mejilla con cariño—. Pero necesito tiempo para asimilarlo. Nicholas, esto es de los dos —Charlotte habló

serena, calmándolo—. Me hundiste cuando escuché que no querías tener descendencia. Tú dices que no y quiero creerte, pero dame algo de tiempo.

—Aquella mañana, mi padre vino para hablarme sobre el proyecto del hotel. ¿Lo recuerdas? —preguntó interesado—. Te lo comenté la primera vez que fuiste a Ivory.

—Pero allí me dijiste que tú no querías invertir en eso.

—Sí, pero luego mi padre hizo un estudio y, la verdad, la propuesta no estaba mal. —Al decirlo, Nicholas relajó la expresión del rostro—. Al final, hemos decidido reformarlo como hotel de campo. Funcionará durante ocho meses, entre febrero y noviembre, nos reservaríamos agosto para nosotros —explicó. Hizo una breve pausa y siguió—. Como siempre nos ha machacado a Tristam y a mí, en esa reunión empezó a soltarme la historia sobre la importancia de los bienes patrimoniales en nuestra familia para los descendientes. Probablemente, lo que tú interpretaste como mi negativa a tener hijos, sería diciéndole a mi padre que dejara de repetírmelo.

Dándole el beneficio de la duda, Charlotte sonrió. Repasó los retazos de aquella conversación y comprendió que podía tener razón. Era posible que su propia inseguridad le jugara una mala pasada haciéndole creer durante los últimos meses que estaría sola y con esa breve explicación volvía la ilusión y el amor a su vida. Necesitaba sentirlo, nadie más podía ahuyentar los fríos recuerdos de las noches que pasó tumbada en un soñado prado verde, mojado entre bruma ligera que con sutileza le hacía cosquillas en el rostro, mientras solo respiraba polvo y añoraba su calor; deseó besarlo y mojar la tristeza

de esos días áridos en el desierto.

Nicholas sintió dentro ese deseo, lo vio en sus ojos. Extendió la mano en una muda invitación y cogió la de Charlotte. Luego, se levantó despacio, colocó la servilleta en la mesa, y le retiró con suavidad la silla. Inclinó la cabeza hacia delante hasta encajar sus bocas como potentes imanes.

Hubo un silencio interrumpido solo por el gemido casi inaudible de Charlotte, que bien sujeta por las nalgas sentía la lengua ansiosa de Nicholas, y el abdomen sólido presionar en su vientre.

Nicholas recibió un latigazo de energía y se apartó bruscamente.

—Si te vuelvo a besar, no podré parar.

—No pares —susurró junto a sus labios.

Nicholas esbozó una sonrisa seductora, disparado por la urgencia de querer volver a saborearla, y la llevó decidido a su dormitorio. Entraron sin prisas, la tumbó de espaldas en la cama y solo le quitó los zapatos. No dijo nada, su boca estaba ocupada en una lucha intensa donde los dos ganaban.

Se sentó en el borde de la cama y le acarició el rostro, aunque al momento, sus dedos le desabrocharon despacio los botones de la camisa. Al quedar expuesto el sujetador de encaje blanco, recorrió con las yermas la tela, excitándola en un contacto tan leve como la caricia de una pluma.

Después se concentró en la cremallera del pantalón, metió los pulgares bajo la cintura y, bajándoselo junto a las braguitas, terminó inclinado besándole el clítoris rendido.

La tentación que tenía delante fue exquisita para su vista y sublime para su paladar.

—Abre las piernas.

Le acarició desde las ingles bajando con suavidad las manos hasta cogerle los pies. Miró atento el centro de su deseo, a la vez que Charlotte le vio abultada la bragueta. Nicholas sonrió feliz pasando las manos por sus piernas, con un movimiento seguro la deslizó por los tobillos hacia abajo, se arrodilló e inhaló el aroma de su sexo.

—Me gustaría que entendieras cuánto te quiero —susurró Nicholas.

Levantó la cabeza con una mirada hambrienta, y se dejó arrastrar por su impulso. Movió la lengua rozándola donde más placer sentía, unos toques suaves, mojándola con destreza. Los gemidos de Charlotte y sus manos sujetándole la cabeza fueron suficientes para que se entusiasmara en una succión más agresiva que lo llevó a penetrarla con la lengua. Al ritmo enloquecido de sus envites se le unió una mano que sentía la música igual que sabía encontrar la clave perfecta para ella. La llevó a un orgasmo extasiado, después empezó a lamerle la barriga mientras le acariciaba los pechos con las manos.

—Ven —susurró Charlotte.

Se incorporó frente a él y se quitó el sujetador. Nicholas sin perder el tiempo le rozó los pezones con la lengua, acelerándola a desabrocharle con brusquedad los botones de la camisa, que le quitó cuando él se quedó inmóvil mirándola. Charlotte le pasó las manos por el pecho y pronto bajó al cinturón. Tuvo delante un pene muy duro que se movía compulsivo queriendo ser el protagonista de sus

atenciones.

Verlo otra vez desnudo le supuso mojarse por completo ante el deseo que irrefrenable se apoderaba de ella. Se levantó y se colocó de rodillas, en el mismo sitio donde había estado él.

Nicholas se sentó en el borde con los ojos tan brillantes que el destello del cobre inflamó una mecha sobresaturada cuando sintió los labios de Charlotte. Un suave movimiento mojándolo con lentas pasadas, gemidos involuntarios reflejando un placer infinito. Sus caderas aumentaron el ritmo buscando profundizar hasta que estuvo entero dentro. La sensación de eyacular lo llenó de placer y buscó los labios de Charlotte sintiendo aún los ramalazos de un orgasmo maravilloso.

Unos minutos después, Nicholas necesitaba seguir demostrándole que el amor entre ellos era único. No quería volver a pensar en separarse más ni vivir con su ausencia.

—Te amo —dijo, situándose sobre ella, tuvo cuidado de apoyarse con los brazos—. Desde que te conocí. Más de lo que he amado nunca a nadie. Te quiero en mi vida, siempre.

La voz baja y profunda de Nicholas la envolvió en un suave vaivén a la vez que sus cuerpos se rozaban sinuosos. Mientras ella le pasaba los talones por las piernas, él se daba un festín adorando sus pezones, esclavizándolos a su lengua.

Ajeno al cansancio, su miembro solo quería resarcirse por los meses de sequía. Tentándola, Nicholas se movió pulsando sobre una saciada vagina, empujó con decisión y fuerza, pero se detuvo controlando su deseo.

—No te pares —jadeó Charlotte.

—No voy a parar. Voy a estar toda mi vida amándote.

Los suspiros entrecortados con notas de placer fueron acelerándose al igual que las firmes acometidas entrando y saliendo, totalmente acoplados con choques perfectos de caderas, hasta volver a abrasarse por el fuego que los convertía en furiosa lava expulsada desde el interior del planeta. Tras la erupción vino la calma de las suaves caricias de Charlotte bajando desde las nalgas hasta las potentes y musculosas piernas de Nicholas, que tembló con un escalofrío.

—Gracias por la dedicatoria —dijo Charlotte besándole la barbilla.

—A ti —Nicholas sonrió feliz—. Es todo cierto.

—Tú a mí también me inspiras —susurró Charlotte.

Unió sus bocas en un beso tierno que sosegó sus temores.

—¿Quieres comer algo? —preguntó cariñoso.

Nicholas suspiró cuando salió. Charlotte sonrió satisfecha, miró la hora y negó con la cabeza, decidió regresar a su apartamento.

—Me voy a duchar —dijo Charlotte—. Tengo que irme.

Se levantó y entró en el baño, ajena a la mirada de fastidio de Nicholas, que no esperaba era reacción mientras se ponía los calzoncillos. Tampoco tenía intención de pasarla por alto y volvió a desnudarse.

Abrió la mampara y se metió en la ducha con ella. Mientras el agua los mojaba no la tocó ni habló, solo su presencia tensa haciéndole saber que no estaba de acuerdo con su decisión.

—Siento lo que te dije por teléfono —dijo Charlotte.

La observó serio, sin moverse. Subió las manos y empezó a acariciarle el vientre con una firmeza posesiva.

—No lo dudes más —murmuró enfadado—. La quiero igual que tú. Hace meses en el cementerio te dije que éramos solos tú y yo, ahora también ella. Nosotros y nuestra hija, de los dos, deseada por los dos y querida por los dos. Nunca me excluyas de la vida de nuestros hijos.

—Aún no tenemos ninguno —dijo para aliviar la angustia de su rostro.

—Pero llegará, y me gustaría que antes te mudaras conmigo, aquí.

—Mi contrato termina dentro de dos meses. No debemos precipitarnos.

—Cariño, vamos a tener una hija, ya nos hemos precipitado.

—Sé qué me digo. No es el hecho de vivir aquí, me gusta, pero no quiero verme mezclada con la prensa que a ti te sigue.

—No te preocupes, no te molestarán.

Le dio un beso en los labios, uno a otro se frotaron despacio el jabón y, al enjuagarse, otra vez necesitaron descargar su incombustible pasión en un sexo arrollador que llevó a Nicholas a sujetarla por el culo, presionándola para volver a vaciarse en su interior; no se saciaba; su cuerpo siempre quería más; con ella parecía no haber pasado la adolescencia, y su aguante lo tenía maravillado.

CAPÍTULO XV

Londres, Inglaterra
18/4/2011

Una semana después de su regreso, Charlotte retomó el trabajo, se acopló en su nuevo barrio y visitó a Eric. Repasaron durante horas los datos sobre los exámenes realizados a la momia de Sarihsa y, aunque su viejo profesor fuese muy observador, no advirtió el estado de su alumna. Ella se reservó su buena nueva, quiso que tanto su familia como la de Nicholas fuesen los primeros en saberlo, a pesar de la información extraoficial que conocían los duques.

Quedó con Eric en unos días para contrastar algunos resultados que aún no terminaban de encajar en la historia. Demostrando un entusiasmo de novatos, él y Knight se lanzaron a una investigación tan difícil como fascinante, compartieron la corazonada de Charlotte y empezaron los trámites con los belgas, instándola a que llamara al doctor Morsi.

—Ahmad, mi jefe y Eric también están de acuerdo.

—Está sin identificar —dijo resignado—. Lo hemos hablado varias veces, sabes qué opino. No es posible que Piankhi permitiera su enterramiento allí si no tenía algún lazo muy fuerte con ella. Pero los belgas son unos pesados, les he presentado un informe por escrito solicitando las muestras, y aún no me las han mandado.

—No te preocupes, con la presión de Knight te las deberían mandar en unos días. Hazle la prueba y compáralo con el de Sarihsa, estoy segura de que con trece marcadores tendrás suficiente. Te conté la sensación tan extraña que tenía en la pirámide, tengo un presentimiento.

—Te llamaré cuando tenga los resultados.

Habló varias veces con sus padres y solo los calmó cuando les dijo que iría un fin de semana a Henfield, en breve. El impacto sería tremendo para ellos, pero cada día el embarazo era más visible y no podía retrasar mucho más la conversación pendiente con su familia y jefe.

Nicholas los dos primeros días fue a recogerla, cenaron en su casa y en un restaurante turco cercano al Museo. Charlotte comparó las cocinas de los dos países con los nuevos conocimientos en gastronomía árabe que Morsi le enseñó, mientras Nicholas sonreía escuchándola concentrado. Esas dos noches se quedó con ella en el apartamento, pero a partir del miércoles dejó de ir y también de llamar. Charlotte intentó comunicarse con él varias veces, aunque le fue imposible.

La actitud de Nicholas era la de siempre, intenso y cariñoso cuando estaban a solas, y atento y más distante en público, pero nunca a una separación mayor de unos pocos metros.

El viernes por la noche Charlotte se tomó el hierro y el ácido fólico, preparó una ensalada para cenar y lo llevó a la mesa de su pequeño salón. Sonó el portero electrónico y se sorprendió al escuchar

a Nicholas pidiéndole que abriese.

Al oír los pasos rápidos llegar a su planta, se dirigió con rapidez a la puerta.

—Hola —dijo Charlotte sonriendo.

Nicholas había subido corriendo y llegó con la respiración alterada, pero al verla todo el cansancio acumulado se disipó. Dejó en la cocina la bolsa que traía, la miró contento cogiendo su cintura y la pegó a él con un beso entusiasta, demostrándole cuánto la había echado de menos.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —preguntó con dulces besos en los labios mientras recorría su barriga con una mano—. ¿Y mi hija?

Esa pregunta sin rodeos y el reguero ardiente que siempre sentía cuando la tocaba llenaron a Charlotte de felicidad.

—Muy bien —respondió acariciándole el cuello—. Dentro de quince días tengo que volver al ginecólogo, si quieres, me puedes acompañar.

—No me lo perdería por nada —murmuró con voz grave, se inclinó hacia abajo y le besó la piel tirante del vientre—. Estoy loco por conocerla.

A Charlotte ese reconocimiento le alegró el alma, aunque no la despistó de otra inquietud que necesitaba aclarar con él.

—¿Dónde has estado? Te he llamado varias veces.

Nicholas observó la bandeja en la mesa.

—¿Ibas a cenar? —preguntó extrañado, sin contestar su pregunta.

—Si desapareces y no tengo ni idea sobre qué piensas hacer,

tendré que seguir con mi vida, ¿no?

—He tenido que ir a París, y anoche a Málaga.

—¿No habías acabado con la promoción?

—Es otra cosa. ¿Cenamos fuera?

—¿Me lo piensas contar o no? —preguntó molesta. Lo miró empezando a enfadarse con su actitud evasiva—. Estoy esperando —dijo destilando suficiencia. Cruzó los brazos y añadió autoritaria—: Cuando quieras dejas las ambigüedades.

—Siéntate —dijo Nicholas rígido. La acompañó al sofá y se sentó a su lado. Suspiró, la miró muy serio y se removió incómodo antes de empezar—. Mientras has estado fuera, Amanda concedió una entrevista. Ha contado que mi comportamiento cuando el aborto fue como poco negligente, y algunas apreciaciones más que viniendo de ella no me han sorprendido, pero ha dejado entrever que mi padre intentó propasarse con ella en varias ocasiones.

—¿Por qué? —exclamó indignada.

Él encogió los hombros y apretó los labios.

—Por lo de siempre. Como ya por sí misma no tiene ningún interés, se ha dedicado a calumniarnos a los demás, pero esta vez no va a irse de rositas —dijo severo—. Le puse dos querellas por difamación e intrusión en mi intimidad, mis padres hicieron lo mismo y Astor las presentó conjuntas; suponemos que el mes que viene saldrá el juicio.

—¿Para qué has ido a esos sitios? —preguntó confusa frunciendo las cejas—. Me podías haber llamado.

—No quería que te preocupases. —Al terminar de decirlo,

Nicholas la besó en la mejilla—. He ido porque también le hemos puesto una denuncia por robo —dijo mirándola sin brillo en los ojos, harto del comportamiento rastrero de Amanda—. Tiene algunas joyas que son nuestras. Se las llevo reclamando desde hace tiempo. En enero fui a Madrid y conseguí algunas pruebas, pero ha seguido ignorándome. Se lo he dicho por las buenas, y por escrito, pero ha agotado mi paciencia, y con las declaraciones que ha hecho sobre mi padre se ha sentenciado; no pienso pasarle nada.

—No entiendo los viajes —comentó curiosa.

—Para demostrar que las joyas son nuestras, he tenido que recurrir a los periódicos que cubrieron los actos donde las llevó. Todos van a colaborar con Astor y, además, el promotor de una cena benéfica a la que asistimos en Marbella, Antonio, es un buen amigo de Tristam y se ha ofrecido a declarar si hiciese falta.

—¿Dice que son suyas?

—Claro, según ella se las regalé.

—¿Lo hiciste?

—No —negó molesto—. Solo las saqué de la caja fuerte para esos actos. Cuando volvíamos las guardaba. Ella no tenía acceso a esas joyas si no era con mi llave.

—¿Copió la llave?

—No, se la dejé.

—Explícate, por favor —dijo Charlotte mirándolo atenta.

Nicholas se agobió por una aclaración vergonzosa para él.

—Esas no las guardé porque no estaba en condiciones de hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada.

—Estaba borracho —murmuró bajando la cabeza, hizo una pausa de varios segundos y, cuando pudo continuar, la miró y tragó despacio, consciente de la mala imagen que Charlotte podía forjarse cuando ya había tenido ocasión de comprobarlo por sí misma—. Si llegaba hecho polvo dejaba que las guardase ella. Era incapaz de aguantar en esas fiestas sin beber, las odiaba. Las cosas no iban bien entre nosotros y era una manera de evadirme.

—¿No se las reclamaste en el divorcio?

—Sí —afirmó rápido—. Se comprometió a devolvérmelas, pero al final siempre inventaba alguna excusa para no hacerlo. Me fui a Wells y cada cierto tiempo se las pedía, hasta que comprendí que no tenía la más remota intención, y empecé a recopilar pruebas.

—¿Os acostabais?

Nunca contaba nada de su relación con Amanda tras el divorcio, a Charlotte no le interesaba, pero despertó su curiosidad, recordando las veces que los vio juntos y la percepción que tuvo sobre ellos.

—No —respondió rotundo.

—No te enfades —dijo tocándole la mejilla—. No me importa.

—¿No?

Nicholas hizo una mueca de disgusto.

—No estábamos saliendo. No tengo derecho a molestarme por algo que no viví.

Acercó más sus labios a los de ella y la besó con tiernos

envites de una lengua que no se saciaba de su sabor dulce adictivo.

—A mí me molesta hasta el aire que respiras —susurró, acariciándole la cara.

—No exageres —dijo con un rápido beso—. ¿Qué has traído?

—La cena. He pasado por un libanés.

—Tampoco hace falta que exploremos toda África. La griega y la china también me valen.

—Porque no he encontrado española, sino hubiese traído —dijo eufórico, recordando una experiencia casi mística—. Ayer, Antonio me llevó a un restaurante en Puerto Banús y nos dimos un festival de lujo; comí el mejor pescado en mucho tiempo, con un vino blanco que te encantaría. Los españoles sí que saben.

—Sí, son muy listos —sentenció Charlotte risueña—. Y tú y tu amigo Antonio.

—Qué le vamos a hacer —comentó bromista. Encogió con un gesto rápido el hombro y añadió impasible—. Hay que tener amigos en todas partes.

—Por supuesto —dijo siguiéndole la corriente—. ¿Por qué no me has llamado? He estado preocupada.

—Lo siento, cariño, pero no quería contártelo por teléfono.

—Me parece que no querías contármelo, en general.

Nicholas levantó muy despacio la vista, un verde fulgurante sugería que esa apreciación era tan cierta como su afán por olvidar el bochorno que le provocaba una situación indignante.

Disfrutaron con una suculenta variedad de comida, y luego se demostraron en la cama el amor que fluía entre ellos. Fueron un

ardiente sol con cálidos besos, una intensa lluvia con húmedos movimientos o un viento huracanado entre el éxtasis de sus cuerpos; esos que más tarde cayeron abrazados, sumidos en el sueño.

Por la mañana, Charlotte se despertó con Nicholas dormido a su lado, despatarrado con los muslos abiertos, imponiendo una presencia turbadora. Le pasó un dedo por las cejas, sin inmutar un profundo sueño a prueba de bombas. Recorrió sigilosa su rostro, con una incipiente barba que le raspó, y siguió bajando hasta el torso. Puso una pierna entre las suyas, inclinó la cabeza y le besó el estómago mientras sujetó su miembro, que la recibió con un firme saludo.

Aunque la cabeza de Nicholas seguía ajena, su cuerpo reaccionó cuando Charlotte saboreó en la boca una gota que revelaba su disposición a ese dulce despertar. Lo atrapó con mimo, sintiendo unas venas dilatadas en una piel sedosa que pulsaba impaciente, acarició sus testículos escuchando unos gemidos inconscientes, y lo tomó por completo alentada por un deseo excitante que necesitó de más velocidad.

Nicholas desconcertado abrió los ojos, creía estar soñando un placer demasiado real. Sus caderas se movían con fuerza y sus manos sujetaban el cabello alborotado de Charlotte.

—Cariño —jadeó entrecortado—. Ponte encima. Me voy a correr.

Un brillo lujurioso en la mirada y en los labios mojados de Charlotte advertía su intención, se incorporó y se deslizó sobre él, que

se descontroló con el leve contacto de sus pezones al rozarle el pecho y, con más brusquedad de la que pretendía, la sujetó de las axilas y la subió hasta colocarla encima de su cabeza. Se lanzó a saborearla de manera frenética succionando entusiasmado, lamiendo con empeño. Un ronroneo de Charlotte a la vez que echó la espalda hacia atrás exponiendo unos pechos pálidos y tiernos, que masajeó con fuerza, lo llevaron a incrementar el ritmo hasta que gritó extasiada ante otro orgasmo liberador. Nicholas la bajó pasándole la lengua por el vientre, y se dio un festín mordisqueando unos duros pezones que reavivaron la llama de su pasión. Charlotte se montó en su sólida erección, dejó el cuerpo caer y empezó con movimientos cadenciosos para terminar con unos espasmos brutales.

—Si sigo así, me voy a quedar en los huesos —dijo Nicholas cansado, intentando sosegar la respiración.

—Habrá que cuidarte —susurró, pasándole la mano por el estómago—. Has adelgazado.

—No mucho —agregó indiferente— ¿Te apetece comer fuera? Me gustaría que vinieras conmigo esta tarde a Wells. Mañana he quedado con mi padre y Gordon en Ivory.

—Vale, pero primero tenemos que desayunar; estoy muerta de hambre.

—Vaya —dijo Nicholas sonriendo mientras acariciaba sosegado su barriga—. Nunca habías mostrado tanto interés por la comida.

—Pues ahora no perdono una —dijo con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Dime qué te apetece y te lo preparo.

—No sé, cariño, la cocina y tú no os lleváis muy bien.

—¿Cómo que no?

—Bueno, para ser más exacta, no se te da mal —explicó burlona—. Pero no estoy segura si tendrás suficientes cacharros.

—Entonces será mejor que levantes ese bonito culo y me ayudes.

Le dio una suave palmada y un beso en el hombro antes de levantarse.

Después de comer en Scott's, cerca de la casa de Nicholas, anduvieron de la mano hasta el coche, sin advertir a varios metros de distancia a Sylvie Bernatt con un compañero fotógrafo que les sacó varias instantáneas.

—Enséñamelas.

Le quitó impaciente la cámara, comprobó la pantalla digital y resopló contrariada por una noticia poco jugosa. Un holgado vestido largo y una chaqueta vaquera no ayudaban a aclarar la información de Amanda; solo confirmaba lo que ya sabía: Nicholas Finch-Hutton y la egiptóloga eran pareja.

El domingo por la mañana llegaron a Ivory detrás del coche de Tristam. Cuando aparcó, Nicholas cogió la mano de Charlotte y se aproximaron a él y a Sarah.

—Por fin, Charlie. —Sarah la abrazó contenta—. Creía que no coincidiríamos nunca —dijo risueña, notó una curva inconfundible y

desorbitó los ojos sin cerrar la boca—. ¿Estoy viendo lo que estoy viendo?

Tristam, que se enteró del embarazo por escuchar de forma casual una conversación de sus padres, abrazó alegre a Charlotte.

—Enhorabuena, espero ser el padrino.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Sarah a Tristam.

Afirmó con la cabeza en silencio, reconociendo que desde hacía unos días esa noticia no solo lo alegró porque pronto sería tío por primera vez, sino también porque por fin su padre dejaría de martirizarlo con la descendencia que tanto le gustaba recordar.

—¿De cuánto estás? —preguntó Sarah, fijándose en unas manos entrelazadas que no se soltaron en ningún momento.

—De cuatro meses.

—¿Estás contenta?

—Estamos muy felices —respondió Nicholas rotundo.

—Enhorabuena —dijo Sarah. Le dio un sonoro beso en la mejilla a Charlotte y repitió la acción con Nicholas—. Me alegro mucho por los dos.

—Gracias —dijo Charlotte sonriendo—. Te veo genial.

El rostro feliz y la imagen más estilizada de Sarah, con un vestido corto ajustado a su talla, indicaban un cambio que Charlotte atribuyó a Tristam.

Tras una breve charla, Sarah sacó unos tubos con planos del coche y, mientras Nicholas hablaba con Tristam a unos pasos por delante de ellas, Charlotte aprovechó para saciar su curiosidad.

—Nicholas me ha contado que lleváis juntos desde enero.

—Sí, a los pocos días de la fiesta me llamó, ya te habías ido —dijo Sarah contenta—. Quedamos para tomar café, luego para comer, para cenar… —Hizo un gesto despreocupado muy cómico—. Y hasta hoy.

—Me alegro. Estás guapísima. Esta ropa te queda mucho mejor que la otra.

—Me lo dice todo el mundo —dijo mirándose el cuerpo no muy conforme—. Ya me estoy acostumbrando, pero al principio me daba vergüenza que la gente me mirase.

—¿Eres tonta? Tienes las curvas perfectas. No parece que a Tristam le disgusten mucho. Si por Nicholas fuese, yo tendría veinte kilos más.

—Ahora estás mejor, pero en enero dabas pena —comentó tranquila, le tocó las puntas del cabello y añadió—: El pelo así te favorece, no vuelvas a cortártelo.

—Gracias, siempre tan amable.

—De nada —replicó satisfecha—. Es la pura verdad.

Tristam le guiñó un ojo cuando les cedió el paso en la puerta principal, advertido por Charlotte y Nicholas, que se miraron con complicidad. Atravesaron el largo corredor, y Patricia, en cuanto entraron en la biblioteca, sonriendo se dirigió a Charlotte moviendo la cabeza.

—Estamos encantados, felicidades.

Le dio un cálido abrazo y dos besos en las mejillas.

—Gracias —dijo Charlotte mirándola con una sombra de dolor—. Siento que os enteraseis así.

—No te preocupes. —Patricia le apretó el brazo—. Lo entendimos.

James y Gordon se acercaron. El primero saludó con dos besos a Charlotte, mientras el segundo, le dio a Nicholas varias palmadas en el hombro.

—Enhorabuena —dijo James emocionado. Charlotte no supo reprimir unas lágrimas para acompañarlo, que Nicholas limpió bajo su atenta mirada. Con una sonrisa enorme, añadió—: Me habéis hecho muy feliz.

Gordon usó unos modales más suaves con Charlotte y la besó con cariño en las mejillas. Su aspecto lozano contrastaba más con el de James, aunque ahora parecía más predispuesto a salir de la depresión, estimulado con su próximo nieto y el comienzo del ansiado proyecto con la mansión; dos de sus máximos sueños, acariciados demasiados años.

—Te sienta bien el embarazo, estás guapísima —dijo Gordon.

—Gracias. ¿Cómo estás?

—Perfecto, ilusionado con la reforma —dijo cruzando una mirada con James.

—Vamos a ver lo que ha hecho Sarah —instó Tristam.

Se reunieron con ella en la mesa, donde había extendido varios planos. En silencio durante unos minutos cada uno los observó. Se veía la distribución de las plantas y los dormitorios realizados a otra escala para apreciar mejor los detalles. No muy interesada en su aportación, al percibir la concentración de todos en los dibujos de colores, Charlotte los miró con una ligera sonrisa.

—Hemos hecho caso de tu sugerencia —dijo Sarah a Nicholas. Recorrió al resto con los ojos, cogió un lápiz y se centró en los planos—. Como veréis queda sencillo, con los espacios amplios.

—Creemos que sería conveniente hacer en esta zona dos cabinas para masajes. —James señaló un almacén de unos veinte metros cuadrados que Sarah pensaba utilizar para organizar la ropa de cama y mantelerías—. Sería un buen extra para la calidad que queremos ofrecer.

—Ese cuarto, por su proximidad, es mejor destinarlo como anexo a la lavandería, pero si queréis puedo intentar ubicarlas en otro sitio. Por ejemplo, Tristam quiere cubrir la piscina, si se hiciera, sería el lugar apropiado para ponerlas, y podríamos darles paso a través de una galería acristalada —explicó convencida—. Creo que deberíais pasar un rato hablando entre vosotros con esto como partida, id anotando lo que se os ocurra, lo estudio y, si es posible, lo intento acoplar.

Charlotte y Sarah salieron dejando a los implicados en el proyecto exponiendo sus ideas. Entraron en el salón de invierno, sumergido en una oleada de rayos primaverales que luminosos invadían unos inmensos ventanales de madera tallada, con unos marcos llenos de pequeñas muescas como largas y blanquecinas espigas de trigo hasta casi camuflarlos con los muros de piedra. Se sentaron en uno de los sofás, entre mullidos cojines de terciopelo, con una preciosa panorámica detrás de la parte norte de la finca: un inmenso prado con un par de pequeñas colinas, un bosque con fresnos y robles blancos, y una zona donde la vista se perdía en malgastadas

tierras de cultivo.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó Sarah. Sonó a reproche, aunque no estaba enfadada—. Llevas aquí una semana y aún no nos habíamos visto.

—Estoy liada con la exposición y tenía que ponerme al día con Nicholas.

—¿Lo has hecho ya?

—No —dijo sonriendo con picardía.

—Enhorabuena por el descubrimiento, supongo que lo habrás disfrutado como una loca.

—Ha sido una experiencia inolvidable, pero no creo que la repita.

—Has tenido mucho valor, Charlie. —Sarah la miró preocupada—. Meterte embarazada en el desierto después de la neumonía.

—No ha sido para tanto.

—¿Nicholas no se opuso?

—No, al contrario, me animó a ir.

—¿Embarazada? —preguntó incrédula—. Perdóname por dudarlo. Sé por Tristam que es inflexible cuando quiere.

—No sabía que estaba embarazada —mintió Charlotte.

—Me lo imaginaba —dijo confiada—. No creo que Nicholas te hubiese animado sabiéndolo. ¿No se ha enfadado?

—Bueno… —Charlotte encogió los hombros—. Me ha dicho unas cuantas cosas, pero menos de lo que esperaba.

—Lo importante es que estéis bien —dijo Sarah cariñosa—.

Me alegro muchísimo por ti, es lo que siempre has querido.

Charlotte sonrió y afirmó con la cabeza.

—Es Tristam ¿verdad?

—Sí.

De repente, unos ojos negros brillaron enamorados en un bello rostro presidido por una sonrisa enorme. Charlotte la abrazó deseándole toda la felicidad del mundo. Hasta hace poco compartían una sólida amistad, con los hombres de sus vidas enlazaban sus destinos en otra sorpresa más.

—Nos debes una cena —dijo Charlotte—. Apostamos por vosotros.

—¿Habéis hecho una apuesta? —preguntó sonriendo.

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

Con buen humor regresaron a la biblioteca, aunque Charlotte se reservó contarle por qué se fue sin anunciarle el embarazo a Nicholas; era demasiado privado; solos él y ella.

Por la tarde regresaron a Wells y, durante el trayecto, Nicholas rebatió todas las ideas que su familia había ido aportando en la comida. Charlotte lo escuchó paciente, sin decir nada, ni bueno ni malo; se respondía enojado sus propias preguntas, dando lugar a unos minutos divertidos en la mente de ella.

Maggie salía de la casa cuando estaban bajando del coche. Sin que Nicholas la viese, se aproximó a Charlotte y le mandó guardar silencio con el índice en los labios mientras le pedía con la otra mano que se alejara de él.

—¿Ya te vas? —preguntó Charlotte en voz baja.

—Sí —susurró—. Te he dejado la crema de verduras en el horno. Si protesta, la has hecho tú. A ti no te dirá nada.

—¿Desde cuándo te importa?

—Desde que me ha aterrorizado con su música. —Con un gesto cómico añadió—. Tengo pesadillas.

Nicholas se acercó con la intención de despedirse de ella, pero incómodo frunció los labios al escucharla.

—Maggie, nos vemos el próximo viernes.

—Yo no vendré —dijo Charlotte—. Tengo que ir a ver a mis padres.

—No me has dicho nada —comentó Nicholas extrañado.

—¿No? —preguntó Charlotte—. Creía que sí.

—Nick, entonces sería mejor que se quedara en Londres —comentó Maggie despreocupada.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó con un arranque de malhumor—. Vendré cuando quiera.

—Si viene solo… —murmuró Maggie—. No sé qué decirle.

—No digas nada —dijo cínico—. ¿O prefieres que toque a quién tú y yo sabemos?

—No, gracias —dijo Maggie con el gesto fastidiado. Se volvió hacia Charlotte—. No sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto. —Cariñosa le tocó la barriga—. Y de esto, más.

—Gracias. —Charlotte se despidió con un cálido beso en la mejilla—. Anda, vete ya.

A poca distancia, Maggie se paró pensativa, su cara mostró

desdén, pero los dos detectaron en sus ojos cómo sobrevolaba la burla inminente.

—*¡Auf Wiedersehen!*

Al decirlo, sonrió con suficiencia. Nicholas le enseñó un pulgar hacia arriba acompañado de una mirada incrédula.

—¿Qué os pasa?

Charlotte los observó intrigada.

—Nada —dijo Nicholas indiferente, obviando una guerra tan poco hostil como gratamente entretenida—. Está fatal, ni caso.

El lunes por la mañana Charlotte no pudo aguantar más y habló con Frank, que en un principio se sorprendió por la noticia, sobre todo, al saber que fue al desierto embarazada —como la gran mayoría— luego le expresó su felicitación y siguieron con el ritmo habitual de trabajo. Después de coordinar con Jean algunos aspectos de la exposición, recibió una llamada del doctor Morsi.

—¿Cómo estás? —preguntó Ahmad amable.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Igual. Agotado pero contento. Ha sido todo un éxito.

—Estupendo. ¿Cuándo llegaréis?

—El jueves. Los sarcófagos llegarán antes con las joyas. Te he mandado un correo con los informes y detalles de los análisis que les hemos hecho.

—Perfecto, cuando puedas, mándame también las actas de recepción y conservación.

—Dentro de un rato te lo envío. —Interesado preguntó—.

¿Has leído los artículos que han escrito?

—Algunos —dijo recordando varios donde informaban del hallazgo y valoraban los nuevos datos que aportaban del periodo final de esa civilización—. Están muy bien. Con tanta publicidad tenemos unas expectativas enormes, pero queremos darle un enfoque más divulgativo que científico, será más estimulante para el público —dijo contenta—. También haremos una visita solo para expertos. —Con un matiz orgulloso añadió—: Contamos con tus conocimientos.

—*Shukran* ¿Quién es el conservador?

—Jean Marie Blanchet. Se encargará de la manipulación, el traslado y el montaje. Yo seré la coordinadora —resignada comentó—. Me han tocado los medios de comunicación en el acto inaugural.

—Es normal, eres quien mejor puede contestar sus preguntas.

—Supongo, aunque espero tu ayuda —dijo Charlotte antes de escuchar una ligera risa de Ahmad—. ¿Sabes algo de nuestro tema?

—Harris está analizando las muestras. Creo que tendremos los resultados antes de llegar.

—Vale, cruzaremos los dedos.

—Sí. Bueno, doctora, te dejo, hasta pronto.

—Cuídate, *ma'a as salaama* —dijo confiada.

—No lo has olvidado —añadió agradecido—. Nos vemos, *in chaa' Allah.*

A tan solo un día de la exposición, el trabajo en el Museo no la dejó salir hasta las nueve. Morsi y el-Katatni aterrizaron en Heathrow por la mañana junto a Sarihsa. El cuerpo embalsamado del

faraón y los sarcófagos llegaron la noche anterior, realizaron la delicada tarea del desembalaje siguiendo las precisas instrucciones de Ahmad, y ya estaban colocados junto al resto de objetos. Luego, situaron las dos momias en una urna vertical muy cerca del sarcófago de ébano, con un atril informativo traducido a varios idiomas.

Fue un día duro y largo que se complicó cuando les llegó la confirmación desde Egipto sobre la identidad de la mujer desconocida; Charlotte no se equivocó. Tanto Essam como Knight quisieron añadir esa información al recorrido que tenían casi completado.

Supuso solicitar al equipo belga que descubrió esa mastaba algunas fotografías aéreas de la ubicación y algunas sobre la momia. Jean, Charlotte y Morsi se afanaron por encontrar la forma correcta para que la exposición contase la historia entre el faraón y las dos mujeres, partiendo de los datos que tenían, pero amplificando el lado humano de la historia de amor.

La hija ilegítima del rey más importante de la XXV dinastía, Sarihsa, dos mil setecientos treinta años después de estar muerta, seguía protegida por *The Pharaoh*, su padre.

Al salir, Jean se entretuvo con el doctor Husher, el paleontólogo chiflado del Museo, con el que mantenía una estrecha amistad, mientras Morsi acompañó a Charlotte por el patio, a esa hora vacio de turistas.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

—¿Por qué debía decírtelo? —preguntó extrañada.

—Para haberte evitado ciertas cosas —dijo Ahmad afectuoso.

—Yo no quería evitar nada. No te sientas mal, porque yo no

lo estuve.

—Es que me ha sorprendido mucho. ¿Sabes ya si tienes pareja?

—Sí —dijo risueña. Con ese tono bromista y unos ojos tan negros como las noches del desierto que la miraban encantados, Charlotte vio en él a un amigo preocupado por su bienestar—. Si quieres ahora te lo presento, debe estar esperándome.

—Por supuesto —dijo Morsi, saliendo a la calle—, será un placer conocerlo.

Nicholas los vio y descendió del coche para acercarse. El árabe que venía junto a Charlotte reía divertido por algo que ella contaba. Sin querer apretó las cejas reconociendo al hombre que había compartido a su lado unos días que para él fueron un infierno, relajó el gesto y les dedicó una sonrisa cortés.

—Hola, cariño —dijo Charlotte sonriente al darle un besito en los labios.

—Hola —susurró, volviendo a besarla en la mejilla.

—Nicholas, te presento al doctor Ahmad Morsi. Estuvimos juntos en Sudán y en El Cairo.

—Encantado, Nicholas Finch-Hutton.

Estrecharon las manos de manera segura.

—Igualmente. Charlotte me contó que gracias a usted empezó todo esto.

—Es muy amable, pero esto lo ha organizado ella sola, prefiero quedarme al margen. —Nicholas sonrió—. Sin ella jamás habría llegado más allá de la XVIII dinastía. Le aseguro que no habría

encontrado la información tan detallada que me aportó.

—No lo digo por quedar bien, pero es un gran hallazgo. Gracias a los dos hemos descubierto una parte oscura y olvidada de esa dinastía.

—Si he contribuido en algo, me alegro, pero el mérito es de Charlotte, y supongo que usted ha ayudado más que yo. Debió ser emocionante ser el primero en entrar en la cámara, lo envidio.

—Fue un momento muy especial, ¿verdad, Charlotte?

—Sí.

Charlotte percibió la tristeza de Nicholas y recordó cómo aquel día lo sintió con ella, a su lado, disfrutando en un lugar del que habían pasado horas hablando.

—¿Le apetece cenar con nosotros?

—Es muy amable, pero debo regresar al hotel.—Morsi miró el reloj y sonrió a Nicholas—. Tengo pendientes algunos asuntos.

—No se preocupe, otro día.

—Supongo que nos veremos en la exposición —dijo Morsi. Se giró hacia Charlotte—. Me voy, mañana nos vemos.

Le dio dos besos en las mejillas y volvió a estrechar la mano con Nicholas.

En unos minutos llegaron al coche. Charlotte se entretenía buscando una emisora y Nicholas maniobraba para salir del aparcamiento, cavilando sobre esos meses que, aunque lo intentaba, no conseguía alejar de su cabeza.

—Parece simpático —comentó mirando por el retrovisor.

—Lo es —dijo Charlotte con una mirada cálida—. Fue muy

atento y agradable. Además, es un egiptólogo impresionante y tiene la posibilidad de seguir en excavaciones descubriendo tumbas casi a diario. De hecho, están desbordados con la catalogación de algunas momias.

La ilusión en las palabras de Charlotte dejó a Nicholas reflexivo y celoso del egipcio, que sí estuvo con ella compartiendo esos momentos. No le dio mala impresión, pero dudó de que no se hubiese sentido atraído por Charlotte; era más que probable.

—¿Está casado? —preguntó casual.

—No. Por lo que sé nunca se ha casado ¿por qué?

—Por nada, curiosidad.

El tono casual de Nicholas no engañó a Charlotte.

—Es un caballero, un colega y un amigo —dijo seria, mirándolo atenta—. No te montes tu película.

—No sé por qué dices eso.

—¿Seguro? —Charlotte le tocó la rodilla—. Cariño, nos conocemos.

—No estoy celoso de él —dijo manteniendo su dignidad.

Charlotte apretó los labios y disimuló una sonrisilla.

—Me alegro, porque no tienes ningún motivo.

—Lo sé.

—Necesito que me hagas un favor —dijo Charlotte. Nicholas enarcó una ceja y frunció los labios—. No es eso —añadió risueña.

—Sabes que no hace falta que me pidas nada.

—Muy gracioso, Honorabilísimo.

—Pide —dijo Nicholas sonriendo al escuchar su *apodo*.

—Ayúdame a escribir mi intervención de mañana. Tú estás más acostumbrado que yo a hablar en público.

—¿Aún no lo has hecho?

—No he tenido tiempo, y no sabía cómo empezar.

A Nicholas le gustó que contara con él.

Luego, nada más terminar de cenar en su casa, se sentó con ella en el despacho y le indicó las pautas para redactar la exposición; quizás la parte que más inquietaba a Charlotte de su trabajo, incluso más que la importancia de ese evento en su carrera.

CAPÍTULO XVI

Londres, Inglaterra
29/4/2011

La noche de la inauguración solo asistieron autoridades y los patrocinadores del Museo. Nicholas no le contó a Charlotte nada sobre su donación ni que Knight le pidió un breve discurso, que aceptó, aunque prefirió darle la sorpresa.

Subió a buscarla al apartamento, del que ya tenía una copia de las llaves y donde no había vuelto a coincidir con el vecino gruñón y *la joya* de su fiel amigo.

—Cariño, acabo de llegar.

Entró en el dormitorio y la encontró terminando de maquillarse. Casi nunca lo hacía y al verla se quedó impactado en la puerta recorriéndola con la mirada. Llevaba un vestido rojo con mucho vuelo por encima de las rodillas. El color le sentaba muy bien, y los más de cuatro meses de embarazo se le notaban bastante en su fisionomía delgada. Detuvo el examen visual en el escarabajo, que insinuaba el principio de sus pechos, encima de una amplia porción de piel clara en un sugerente escote redondo.

—Estás preciosa —comentó cuando pudo hablar.

Se había pintado los labios de color rojo y su miembro le acababa de mandar la primera advertencia. Se acercó a ella y la besó con suavidad en la mejilla.

—Tú estás muy guapo.

Charlotte sonrió observándolo, su imagen cuidada era el reflejo elegante que cuando quería ofrecía a los demás: un afeitado esmerado, un traje oscuro amoldado a medida, una camisa celeste, y una corbata rayada en tonos grises y negros; un conjunto perfecto que además olía al aroma fresco de su colonia habitual; una mezcla de cítricos como la mandarina o el limón, unas notas penetrantes a jazmín o romero, el exotismo del ámbar o el pachulí y la masculinidad del cedro.

—¿Estás lista?

—Casi, me pongo los pendientes y termino.

De un cajón del armario sacó un pequeño joyero, durante un instante sopesó dos opciones y se decidió por unos aros medianos de oro blanco. Nicholas mantuvo la atención en sus movimientos y contempló cómo la sencillez rodeaba toda su vida; esa transparencia lo cautivaba.

El Museo engalanado los recibió entre banderas británicas, egipcias y sudanesas. La iluminación nocturna acentuaba el aire monumental del edificio que Charlotte acostumbrada a verlo a diario no apreciaba. Los focos exteriores la impresionaron y tuvo que respirar hondo por lo importante del momento. Su momento. En unos minutos sería la encargada de mostrar ante su país los hallazgos, de exponerlos a la prensa con sus impresiones, además de contestar todas las preguntas que le hicieran.

Al entrar se separaron. Mientras Nicholas se alejó con Frank,

Charlotte saludó a su profesor, que hablaba con Ahmad.

Eric fue consciente por primera vez del embarazo de Charlotte y la miró confundido. Desde antes de salir a Sudán, conocía la relación que mantenía con el escritor, pero no imaginaba que iban tan adelantados. En su última reunión no advirtió nada, su naturaleza despistada ayudaba a su cerebro a no sobresaturarse con información insignificante para él; aunque ese día no debió calibrar bien el nivel de interés.

—Hola, menuda sorpresa.

—Sí, lo ha sido —dijo ella, sonriendo—. Estamos muy contentos.

—Me alegro. ¿Dónde está el padre? —preguntó despreocupado.

—Ha ido a hablar con Frank, no sé, creo que algo relacionado con un artículo. No me hagas mucho caso, los oí, pero no les presté atención.

—Estás como siempre, preciosa —dijo amable Ahmad, vistiendo como Eric un traje oscuro—. Cuando quieras les digo que empezamos la rueda de prensa.

Charlotte hizo un mohín de disgusto.

—Cuanto antes terminemos, mejor.

Los medios acreditados eran más numerosos que en otros actos, la apertura al público sería al día siguiente y la expectación era muy alta por la cobertura informativa que había merecido el hallazgo durante varias semanas.

Entraron con decisión en la sala, los periodistas guardaron

silencio y Charlotte tomó la palabra. Primero narró de manera detallada cómo descubrieron la cámara. Tras explicar la secuencia hasta llegar al sarcófago de la hija del faraón, Morsi la relevó con los procedimientos y exámenes que realizaron. Por último, ella informó sobre el resultado positivo en la identificación de la madre de la niña. Contestaron pacientes las preguntas de los periodistas y, debido a las lagunas todavía por descubrir, los dos expusieron algunas hipótesis basándose en sus conocimientos.

Entre todos se encontraban dos personas más interesadas en otros temas, Sylvie Bernatt y otra compañera redactora de la misma revista.

—Señorita Wolf —dijo la pelirroja con una voz chillona—. Tengo una pregunta. —Sylvie esperó que Charlotte girara la cabeza. En cuanto esbozó una débil sonrisa e hizo un gesto con la mano para que hablara, preguntó—. ¿No temió por su vida o la de su hijo cuando estuvo allí? Según tengo entendido, es peligroso, no solo Sudán, también Egipto.

Hasta ese momento nadie mencionó nada personal, y Charlotte prefirió usar la ironía a entrar en ninguna explicación que ofendía a dos de los países que patrocinaban el acto.

—¿Temen tus hermanas quedarse embarazadas?

Bromeó con Morsi pulsando el botón del micrófono. Consiguió que muchos de los presentes rieran sorprendidos. Ahmad comprendió de inmediato a su amiga, intuyó la maldad de la pregunta y recorrió la sala muy despacio con una mirada de superioridad. Se detuvo con la vista al frente, levantó la barbilla y dijo con su acento

siseante lleno de orgullo:

—Mi país es una gran nación. —Ahmad mostró una expresión seria—. Es cuna de la sabiduría humana, de la civilización que más interés despierta y, junto a Mesopotamia, la más antigua del mundo. —Se detuvo, sonrió y añadió con elegancia—: Si tienen alguna pregunta coherente sobre el tema que estamos tratando, levanten la mano, por favor.

El silencio de la sala duró apenas unos segundos, suficientes para que todos sintieran vergüenza ajena. La periodista fue observada por montones de ojos con expresiones despectivas o reprobatorias.

Dieron por finalizada la rueda de prensa unos minutos después. Dedicaron unas palabras a los medios de divulgación científica y volvieron a la sala donde se presentaban las piezas. Frank daría un discurso acompañado por el generoso patrocinador que había hecho posible que el Museo se implicase en el proyecto.

Entre algunas personas, Charlotte vio cerca de la plataforma, cuando su jefe empezó a hablar, a Essam con Nicholas, que sacó un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta y lo leyó con las gafas puestas. Extrañada atendió a Knight y alucinada lo escuchó presentar a Nicholas como el benefactor del hallazgo, que sonrió contento contemplando sus ojos abiertos de par en par.

—Buenas noches a todos. —Nicholas saludó con un tono alto y claro, y un gesto que mostraba un elegante aplomo—. Antes de leer las palabras que traigo escritas, quisiera comentarles que siempre he sentido una admiración especial por la Cultura Egipcia y desde que conozco a la responsable de este acto mi curiosidad ha crecido al igual

que mi amor por ella —dijo sin titubear. Charlotte con los brazos cruzados le lanzó un silencioso «te quiero» que le llegó directo al corazón—. Para empezar les leeré un fragmento de un poema de *lord* Byron. —Nicholas se concentró durante unos segundos y, sin mirar sus notas, recitó—: *¿En otros brazos puede ser dichosa?/ ¿Conserva el recuerdo de su edad pasada?/ Mi corazón respetará ese nombre/ que tanto amaba./ Y así dije adiós a mi esperanza loca,/ siempre, con una lágrima.// Cuando el imperio de la noche eterna/ reclame para siempre mi alma;/ cuando mi cuerpo exánime repose/ bajo una lápida,/ si por ventura os acercáis un día/ donde mi triste sepultura se halla,/ humedeced apenas mis cenizas/ con una lágrima.*

»En primer lugar, para mí, lo más importante del hallazgo de esta tumba es que un padre quisiera ser enterrado con la hija que tuvo fuera del matrimonio, con una mujer, según tengo entendido, desconocida, pero que ocupó un lugar de honor en su vida. Ese afán por mantener oculta la sepultura de la pequeña, solo me lleva a pensar que la obsequió durante su vida con esa misma defensa. No era lo habitual, y me ha hecho reflexionar sobre el vínculo tan fuerte que debieron tener. Ese amor incondicional que tan bien han descrito nuestros poetas románticos, hace más de dos mil años ellos lo expresaron con los objetos e inscripciones que esta noche todos van a admirar. Por esta razón, el descubrimiento de la doctora Wolf y del doctor Morsi nos ayudará a seguir conociendo esta esplendorosa civilización. No les aburriré quitándoles tiempo para que comprueben por ustedes mismos mis palabras. —Nicholas sonrió e inclinó la cabeza—. Gracias, espero que disfruten.

Le aplaudieron con cortesía, así como algunos lo saludaron acercándose hasta rodearlo. Luego, durante el recorrido con varios patrocinadores, a Charlotte y a Morsi no los dejaron respirar.

Con disimulo, Sylvie fotografió a Charlotte de perfil mientras explicaba el significado de ciertos símbolos. Se ocultó tras la espalda de un invitado cuando Nicholas se aproximó a ella y con intimidad le habló al oído, intentó que no la vieran y los volvió a capturar. En cuanto se fue el escritor, siguió con su observación sin que le pasaran desapercibidas las miradas que el egipcio cada cierto tiempo le dedicaba a la doctora. Lo fotografió también, pero Ahmad se percató y le regaló un gesto amenazador que ella correspondió con una sonrisa irónica.

Al concluir ofrecieron una copa de champán a los invitados, Nicholas hablaba con unos conocidos cuando sus ojos siguieron el recorrido de las manos de Ahmad cogiendo el escarabajo de Charlotte. Se excusó y se dirigió a ellos a paso rápido, azuzado por el torbellino de celos que galopaba por sus venas.

—Es muy bonito —comentó Morsi, admirando la joya.

Charlotte lo olió antes de verlo. Al instante, una expresión hostil que no trató de camuflar.

—¿Te gusta? —preguntó Nicholas altivo, rodeando la cintura de Charlotte con su brazo.

—Es precioso —dijo Ahmad con calma, sonrió pensando en el motivo de esa rudeza, y la obvió confiado—. Hablábamos de la evolución de la joyería con el paso de los siglos.

—Ya —replicó Nicholas seco.

—No ha sido mi intención molestarte.

Morsi se disculpó al percibir los celos de Nicholas.

—No lo has hecho —dijo Charlotte abochornada.

El caballero egipcio se alejó para seguir hablando con los invitados y ella aprovechó para quitarse el brazo de Nicholas de la espalda y fulminarlo con la mirada.

—Has sido un poco grosero —susurró Charlotte.

—No hacía falta que tocara —dijo, inclinándose sobre su oído.

—No me gusta que te comportes así, relájate.

—No puedo, si veo que alguien está tan cerca de ti soy incapaz de estar presente.

Charlotte le acarició la mejilla sonriendo, le dio un beso rápido en los labios y, sin pretenderlo, le regaló la foto perfecta a Sylvie, que con ahínco los llevaba observando por separado toda la noche; en esta no había lugar a dudas: el escritor era el padre del bebé de la egiptóloga.

Nicholas durante la siguiente semana siguió trabajando en la documentación sobre Japón de la nueva novela. Solo hacía una parada diaria para recoger a Charlotte por las tardes en el Museo, incluida la del ginecólogo. Le realizó una ecografía bajo su atenta observación, confirmó el buen desarrollo del embarazo, también le advirtió de que no descuidara la alimentación equilibrada y los citó para el mes siguiente. Salieron a cenar para celebrarlo, comieron el día siguiente con el doctor Morsi, que regresaba a Egipto, y el viernes se fue solo a

Wells mientras Charlotte iba a pasar el fin de semana con sus padres.

A pesar de sus planes para aprovechar el sábado, cambió de opinión y decidió visitar Henfield. No tenía intención de que Leslie disgustase a Charlotte, y aprovecharía para aclararles sus intenciones.

En cuanto se despertó en su antigua habitación, Charlotte escuchó hablar a sus padres en la cocina, la voz de su madre ocultaba la de Edward, que apenas se oía. La noche anterior reaccionaron bien, aunque se mostraron reticentes porque no estaban casados. Leslie comentó las declaraciones de Nicholas sobre la paternidad, que durante años había leído en la prensa, y expresó sus dudas por su implicación.

—Buenos días —dijo Charlotte entrando en la cocina.

—Buenos días, cariño.

Con una cálida sonrisa Edward la besó en la mejilla.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó Leslie.

—Tostadas y café.

—¿Cuánto peso has cogido? —preguntó su madre.

—Voy por ocho kilos, así que no empieces —dijo seria—. Según el médico estoy bien, me tomo a diario el hierro y el ácido fólico, y la niña está muy bien.

Charlotte se llevó la mano a la barriga, pero miró a su madre.

—Sabes que estamos felices —dijo Leslie observando la curva que acariciaba su hija, sonrió apenada y siguió—. Pero no entiendo cómo te fuiste a Sudán. Has sido una loca Charlie, no se debe ir a esos sitios estando embarazada.

—No digas tonterías, mamá, estaba de poco tiempo.

—¿Nicholas no te dijo nada?

—No —respondió segura. Las dudas de esos meses se las reservó—. Entendió que era una gran oportunidad para mí.

—Ya —dijo Leslie molesta.

—¿Tenéis pensado casaros? —preguntó Edward curioso.

—Por ahora, no.

—No lo entiendo, no sois niños —añadió Leslie—. Por desgracia, él es conocido y tú estarás expuesta a muchos ojos que no te conocen y se permitirán juzgarte.

—¿Cómo hiciste tú? —preguntó Charlotte con sarcasmo.

—Sí, exactamente como hice yo. Hasta que no lo conocí tuve una idea equivocada de él. La diferencia es que tú eres mi hija y no quiero que te veas sometida a esa presión. Si al menos os casaseis no daríais lugar a habladurías.

—Deja de agobiarme, yo me basto sola. No me voy a casar por los demás, no lo haré por lo que puedan decir, si llega ese día, lo haré por mí misma y por Nicholas. —Hizo una pausa y los miró desafiante—. Durante el tiempo que he estado fuera, he pensado en todas las cosas importantes para mí y hay dos fundamentales, os las dejaré claras para no volver más a esta conversación. —Charlotte concentró la atención en su madre y dijo despacio—. Quiero a Nicholas, y él me quiere a mí, vamos a tener una hija y todo lo demás me sobra.

—Muy bien —dijo Leslie enfadada—. ¿Dónde vais a vivir?

—En la casa de Mayfair y los fines de semana en Wells.

—¿Y todas las cosas que has comprado para tu apartamento? —preguntó Edward.

—Algunas me las llevaré, otras se las daré a mis amigas y lo demás intentaré venderlo o negociar con el propietario, todavía no lo tengo claro.

—No te preocupes, seguro que le viene bien llegar a un acuerdo —dijo Edward comprensivo—. ¿Os apetece ir a comer al muelle? Hace un buen día.

Leslie miró a su marido resignada, pero comprendió a Charlotte, e incluso la admiró por ese coraje que en su faceta personal nunca habían visto. Rezó por ella, porque por nada quería que sufriese sola con su bebé; esperaba que Nicholas no la decepcionara, creyó conocer a un hombre sensato, enamorado de su hija.

Disfrutando de una cálida mañana primaveral, llegaron a Brighton con la marea baja; permitía al sol reflejar la arena de la playa deslumbrando y confundiendo qué era tierra o agua. Se dirigieron al muelle por la pasarela de madera, apoyada en una estructura de pilotes que entraba casi cien metros en el mar, abarrotada de personas que paseaban distraídas entre dos filas de coloridas y ruidosas casetas de feria, con niños alborotados entre apuestas ridículas para ganar algún premio absurdo.

Al fondo, en la terraza del restaurante donde Edward reservó, se sentaron en una de las mesas. Charlotte recibió un mensaje de Nicholas: «*Estoy en casa de tus padres, ¿?*», sorprendida sonrió y respondió: «*Brigh, muelle*»

—Nicholas, va a venir ahora.

Leslie y Edward compartieron una mirada satisfecha, suponiendo el motivo de esa inesperada aparición. Poco después, le pidieron unos minutos al camarero que llegó para anotar la comanda, aunque Nicholas no se hizo de rogar. Desde su posición, Leslie fue la primera en verlo mezclado entre la gente. Llevaba unas gafas de sol de pasta oscura y vestía unos vaqueros desgastados, camisa blanca y una americana sport marrón. No se había afeitado, pero ya no lucía el pelo largo que recordaba de la Navidad.

Cuando Charlotte se percató, le dedicó una sonrisa alegre que él correspondió aumentado el ritmo de sus pasos.

—Hola, Edward —dijo extendiendo la mano.

Los tres se levantaron para saludarlo.

—Hola, Nicholas. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias ¿Y vosotros? —Le dio un beso a Leslie en la mejilla con cordialidad y se giró hacia Charlotte—. Hola, mi amor.

La ternura de Nicholas con su hija, antes de besarla en los labios, relajó bastante a Leslie, que los observaba sonriente.

—¿Por qué no me has dicho que vendrías? —preguntó Charlotte—. Podíamos haber venido juntos.

—Porque no quería estar en Wells sin ti —dijo tranquilo.

—Enhorabuena. —Edward no ocultó su felicidad mirando a Nicholas—. Nos alegramos mucho, ¿verdad cariño?

—Sí, claro —dijo Leslie rápido.

Nicholas percibió su malestar de inmediato. Pese a que Charlotte no estaba al tanto, pensaba compartir sus planes con

Edward, los tenía clarísimos; con ellos, Leslie dejaría de mirarlo con suspicacia.

Disfrutaron de una comida amena, consiguieron hablar de todo, aunque la estrella de la conversación fue la bonita historia de amor que Charlotte les contó sobre la momia.

—Espero que no vuelvas a salir del país hasta que nazca la niña —dijo Leslie.

—Mamá, no seas pesada. —Charlotte negó con la cabeza, y, por no darle la razón, añadió obstinada—: Por ahora no voy a volver, pero lo haría si hiciera falta.

Leslie miró a Nicholas, que hizo un gesto de rechazo casi imperceptible. Si Charlotte creía que iba a permitirle volver sola al desierto en su estado, estaba equivocándose de manera estrepitosa. De momento no tenía pensado ir, y si tuviese que hacerlo o la acompañaba él o directamente no iba.

—Céntrate en tu trabajo aquí y en el embarazo —dijo Edward severo—. Ya tendrás tiempo de otras cosas.

—Es lo que estoy haciendo —replicó molesta.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó Leslie interesada.

—Ahora mejor, pero mi padre ha estado bastante decaído.

—Me lo imagino —despectiva añadió—: Debería estar prohibido hacer declaraciones tan agresivas e hirientes sobre los demás. Es una vergüenza.

Conociendo a los duques, Leslie no dudó ni por un momento en la maldad de la exmujer de Nicholas al injuriarlos.

—Lo es —dijo Nicholas con dureza—. Espero que se haga

justicia.

—A ver si es verdad. —Leslie suspiró hondo con una pausa incómoda—: No sé si cuando se enteren os van a dejar tranquilos.

—No te preocupes, haré todo lo posible para proteger a Charlotte y a nuestra hija.

Cada vez que reconocía al bebé, Charlotte brincaba de alegría, anulaba por completo muchos días aciagos cuando creyó que no deseaba ser padre. Colocó una mano en la pierna de Nicholas, que la cogió al sentirla, la levantó y besó el dorso, ajeno a unos ojos demasiado pendientes a ellos. Charlotte correspondió con un besito en la mejilla, reflejo de la felicidad de los dos, que desde su regreso se prodigaban su afecto en público con menos timidez, parecía que su amor alcanzaba una categoría superior concedida por su hija.

Por la tarde, Nicholas le pidió a Edward un momento para hablar a solas. Extrañada, Charlotte los vio salir de la casa y montarse en el BMW. Más astuta, Leslie no mostró ningún signo de alteración; intuyó el motivo de esa conversación masculina.

Una hora después, Nicholas convenció a Charlotte para que volvieran esa noche a Londres, cada uno en su vehículo. Luego, se arrepintió. Durante todo el trayecto condujo paciente detrás de ella. La hora y media de su ida, se convirtió en dos horas y cuarto regresando a esa velocidad; más que suficiente para analizar todos los aspectos estéticos de la parte trasera del Golf.

En cuanto llegaron, por fin Charlotte aparcó frente al apartamento y se subió con él. Con más ritmo fueron juntos a Mayfair,

donde Charlotte esperó una explicación por su parte sobre la misteriosa escapada; no la obtuvo y prefirió no sacar el tema. Entendía que tras su mala experiencia matrimonial no quisiera repetir, y ya había aceptado sus ruegos para que se mudara con él. Creyó que Nicholas habló sobre la niña, que sería su legítima heredera aunque no tuvieran ningún papel entre ellos, supuso que quiso aclararlo con su padre.

El siguiente fin de semana llegó demasiado rápido para Nicholas. Tras dos días intentando encontrar un anillo de compromiso, quería formalizar su situación antes de que naciera su hija, encontró el que buscaba. A partir de ahí, todo se aceleró cuando recibió una llamada de Maggie urgiéndolo a regresar por la rotura del motor que abastecía el agua de la cuadra. El responsable del mantenimiento no lograba que la empresa suministradora de la pieza que fallaba le diera una solución y decidieron renovar el sistema entero, que conllevó una pequeña obra de adaptación cambiando algunos tramos de tubería. Dos obreros, junto al jardinero y él, se encargaron durante tres días de dejarlo en funcionamiento. La lluvia no ayudó con el barro que insistente creaba en la tierra. Al finalizar terminaron reventados, durante la reparación movieron entre los cuatro varios centenares de kilos.

Para la velada íntima que tenía pensada no le quedó más remedio que acudir a Maggie; intratable desde el regreso de Charlotte. En cuanto se enteró del embarazo, le declaró una ofensiva hostil, sin tregua; creyó que su vida corría serio peligro. Entró en la cocina con

las manos en los bolsillos, de manera despreocupada.

—Hola, ¿Qué haces?

Ella lo miró con burla y le mostró el cuchillo con el que pelaba verduras.

—Preparar la cena de Charlotte. ¿Alguna petición?

—No. Ninguna. —Hizo un gesto negativo con las manos alzadas—. Venía a pedirte un favor.

—¿Usted a mí un favor? ¿Seguro? ¿No es una orden?

—No, de verdad. Necesito tu ayuda. Esta noche es especial y quería prepararle yo la cena.

Maggie lo interrumpió.

—No, no, no, no. Vamos a ver si tengo que pintar líneas rojas en el suelo, de la puerta para adentro son mis dominios, y solo los uso yo. ¿A qué no voy a la biblioteca a jugar? Pues usted igual.

—No te pases —dijo serio—. Que conste que te aguanto porque te conozco desde hace muchos años.

—Sí, claro. Por lo mismo lo aguanto yo.

—¿Me puedes decir qué te pasa? —preguntó cansado por su actitud, no tenía el humor para contiendas innecesarias—. Me estoy hartando. No olvides que trabajas aquí.

—¿Qué me pasa? —Maggie zarandeó el cuchillo delante de él—. Llevo sin dormir desde enero. Cuando entro en el baño antes lo compruebo todo, si subo a los dormitorios lo hago corriendo y no soporto ver el piano, a veces sueño que las teclas me devoran. Me ha desgraciado para la música.

—Vaya —exclamó sonriendo irónico—. No sabía que eras tan

sensible.

—No lo soy —dijo convencida—. Pero me ha metido el miedo en el cuerpo.

—Si me ayudas, te compenso.

—¿Qué iba a preparar?

—No lo sé, ¿qué podemos hacer?

—A ella le gustan mucho las verduras. Le estaba haciendo una crema. Si quiere puedo poner de segundo una carne en salsa.

—¿Y una tarta? —añadió con su sonrisa seductora.

—Me lo va a tener que compensar muy bien.

—Hecho —Nicholas se acercó, se inclinó hacia abajo y la besó contento en la mejilla—. Deja la puerta abierta.

Salió de la cocina pensando en alguna canción que le pudiera, buscó en Internet algunas partituras y empezó con *Set fire to the rain* de Adele.

Maggie sonrió al escucharlo, siguió con la cena mientras tocó *My way* y, cuando estaba casi acabando, después de varias más, sonó *Clocks.*

Charlotte entró en la casa sorprendida por la melodía, le gustaban mucho Coldplay, aunque su preocupación no la disipó la música. Al ver abierta la puerta de la cocina, saludó a Maggie.

—Hola. —Charlotte entró y la besó en la mejilla—. ¿Qué le pasa?

—Está compensándome —comentó sonriente.

—¿Por qué?

—Él y yo nos entendemos.

—¿Qué vas a preparar para cenar?

—Ya está hecho, pero es una sorpresa que te quiere dar.

—Vale —admitió Charlotte—. Voy a verlo.

—Espera. —Maggie la sujetó del brazo—. ¿Cómo estás?

—Bien, todo normal.

En el salón, no demasiado concentrado, Nicholas se giró al escuchar los pasos, le guiñó un ojo sonriendo alegre sin dejar de tocar, y animado cantó el estribillo. Charlotte se sentó en el sofá viendo con el desparpajo que movía los hombros acompasando las notas metido en la música. Sacó del bolso la revista y esperó a que terminara para amargarle el momento.

Desde que Sarah y su madre la llamaron, una ansiedad agotadora creció y se disparó cuando comprobó sus advertencias en el *It´s*. No le molestaron las suposiciones sobre la relación que mantenían, lo que realmente la indignó fue el tono malintencionado del titular. En el interior, varias fotos donde salían andando por la calle acompañaban al artículo, la más llamativa: una de ella besando a Nicholas mientras le acariciaba la cara; le pareció bonita, nunca había observado cómo era verse besando a alguien; descubrió que él tenía los ojos abiertos centrados en ella; hipnotizado con una mirada llena de promesas.

Cuando Nicholas dio por finalizando el recital, Charlotte preguntó:

—¿Has terminado?

—Sí. ¿Cómo estáis?

Con andares elegantes se acercó y tiró de su mano. Le dio un

apasionado beso, mostrándole el anhelo por los días que llevaban sin verse.

—Bien.

Charlotte le acarició la barba, y Nicholas al momento leyó la tristeza en sus ojos.

—¿Qué pasa?

Charlotte cogió la revista y se la mostró, pero la miró sin comprender hasta que leyó el titular: «*El secreto mejor guardado del noble escritor*». Había un pie con letra más pequeña, pero no menos maligno: *«¿Repetirá con su hijo la historia de la bastarda del faraón?»*.

Los ojos se le enturbiaron fulgurando con ira, y la tensión en su rostro aumentó el nerviosismo de ella.

—Mañana llamaré a Astor —dijo muy bajo—. Lo siento.

Ese tono no ahuyentó la agresividad que Charlotte percibió en su voz.

—No es culpa tuya —dijo tocándole el pecho para relajarlo—. No te preocupes por mí.

—Voy a la biblioteca.

Salió de la habitación, y lo escuchó cerrar la puerta de su refugio de un portazo. En el dormitorio, Charlotte deshizo el ligero equipaje que traía los fines de semana, se duchó y, tras ponerse unos pantalones de yoga con una camiseta blanca, bajó otra vez.

Al pasar por la cocina notó que Maggie no estaba, pero les había dejado la cena lista, y sonrió por el menú; pensado para complacerla. Abrió despacio la puerta de la biblioteca y asomó la cabeza.

Más tranquilo, Nicholas esbozó una sonrisa encantadora.

—Hola, pasa.

—Hola, pongo la mesa y cenamos.

—De acuerdo.

Se quitó las gafas, ordenó varios papeles que tenía en la mesa y los colocó en un extremo.

—¿Has estado trabajando? —preguntó Charlotte interesada al percibir su buen humor.

—No. —Nicholas se levantó, impuso su envergadura y se inclinó sobre ella, sujetándola por las caderas—. Eres. —La besó en los labios—. Muy —susurró con otro beso en la nariz—. Curiosa.

—Y tú. —Charlotte lo besó en la boca—. Muy —repitió en la barbilla—. Misterioso.

—No quiero misterios entre nosotros. —Cogió la primera de las hojas que había colocado un momento antes y se la entregó—. Léelo.

Charlotte apretó las cejas, bastante sorprendida, pero le hizo caso y leyó: *«El honorabilísimo lord Nicholas Finch-Hutton, marqués de Tisbury y la señorita Charlotte Wolf, tienen la gran alegría de anunciar que esperan el nacimiento de su primer hijo para el próximo mes de septiembre./ Ambas familias desean con este motivo sumarse a la felicidad de este anuncio./ Londres, 13 de mayo de 2011»*

—Vaya…, has utilizado toda la artillería nobiliaria.

—Ya que han hecho la referencia —dijo sonriendo arrogante—. Así no habrá errores.

—¿Por qué quieres hacer un anuncio público? De verdad, a

mí no me importa.

—A mí ahora sí. No voy a permitir que nadie dude de la legitimidad de mi hija.

—Como quieras. Solo espero que no empiecen a agobiarnos.

—No te preocupes. Al final a la revista le ha podido la codicia, pero cuando tengan que pagar la cantidad que vamos a reclamarle podrás desenterrar media África.

—No sé por qué es interesante para algunas personas la intimidad de otras. De verdad que no lo entiendo.

—Te lo dije una vez, la gente se aburre mucho. En vez de ocuparse de sus vidas, prefieren cotillear sin ser conscientes del daño o molestias que causan; no ellos directamente, sino los periodistas sin escrúpulos para saciar ese interés.

—Puedo entender que el ser humano es envidioso por naturaleza, está demostrado científicamente, pero la gente que compra esas revistas deberían distinguir entre las personas que se prestan a mercadear con sus vidas y los que no. No hay que ser muy listo para percibir en una foto cuando uno está posando.

—A las revistas les da igual, solo piensan en el dinero. Por desgracia, todo se mueve por dinero, a veces, sin importar la calidad. Pasa en todos los ámbitos de la vida, y en ciertos campos mucho más. Cuántos personajes conocidos de repente escriben, que es lícito, pero tienen abiertas de antemano unas puertas que otros escritores con mucho más nivel no conseguirán abrir jamás. Y así con todo. Actores, políticos, modelos, cantantes…, la lista es interminable.

—¿Cómo te fue al principio?

—De pena —dijo sonriendo—. Me costó un par de años encontrar a Walcott y otro convencerlo para que publicase la novela. Supongo que como a la mayoría.

Un buen rato después, tras la cena, se sentaron en el sofá y disfrutaron del mousse de chocolate que de manera improvisada preparó Maggie.

—Le ha salido muy bueno —dijo Charlotte satisfecha.

—Sí —replicó irónico—. Depende de para quien sea, se esmera más o menos. Está claro que tú te llevas la mejor parte.

—Menuda guerra os traéis los dos.

—Es divertido —dijo acariciándole la mejilla. Le dio un beso lento saboreando el chocolate que aún tenía. Enredó la lengua con la de ella, a la vez que sus manos empezaban a descontrolarse por unos pechos más abultados que no se cansaba de tocar. Se separó despacio, la miró durante un instante y se levantó sonriendo para hincar una rodilla en el suelo ante la expresión inmóvil de Charlotte—. Parece que te he sorprendido.

En un emocionado silencio, afirmó con la cabeza mientras le acarició la cara con ternura. Charlotte tragó despacio, asimilando el impacto al verlo como tenía descartado.

—Te quiero mucho.

Nicholas cogió su mano y besó el dorso.

—Yo también. —Sonrió, le tocó el vientre y añadió para que nunca dudase de sus sentimientos—: No puedo imaginar mi vida sin ti. Ni sin ella. Cásate conmigo.

La petición que llegó en un susurro y se amplificó al entrar en

el cuerpo de Charlotte venía acompañada por una cajita que Nicholas se sacó del bolsillo del pantalón. Le ofreció un anillo de compromiso hecho en platino con un solitario diamante redondo, tallado en forma de brillante.

—Es precioso —murmuró Charlotte fascinada, lo miró y extendió la mano izquierda—. Acepto.

Celebraron su amor tratando de sofocar las llamas que los consumían y que sin aviso se reavivaban, no necesitaban mucho, cualquier leve contacto era suficiente para quemarlos.

Nicholas al ver el cuerpo desnudo de Charlotte, volviendo a la cama con un vaso de agua, notó su miembro responder al estímulo visual olvidando el maratón que llevaba desde que subieron al dormitorio. Agradeció no tener que madrugar al día siguiente para recuperarse de las mejores agujetas que iba a tener en años.

Se tumbó a su lado y metió una pierna entre los firmes muslos de él, iniciando el contacto. Con suavidad lo acarició rozándolo con el pulgar.

—Eres incansable.

Charlotte habló sonriendo ante la sólida columna que acababa de crear.

—Aunque no lo creas, soy humano —dijo mirando su pene—. El raro es este.

—Tampoco es que le pongas muchos impedimentos.

—¿Para qué? Siempre se sale con la suya.

Nicholas sonrió con picardía; insaciables eran sus ganas de sentirla unida a él, e inagotable el amor que tenía para darle. Giró el

cuerpo y tanteó la entrepierna de Charlotte con suaves toques que buscaban calor, metió una mano segura y acarició la humedad que pronto lo recibiría; el mejor lubricante para el sexo que pensaba volver a practicar.

Por la mañana Charlotte se puso una bata de Nicholas, bajó a la cocina y lo encontró practicando su nueva afición. Había preparado café y batía atareado unos huevos. Lo observó divertida. Aunque no quería interrumpirlo, duchado y recién afeitado fue un imán atractivo que se vio abrazando por la cintura. Dejó la cabeza apoyada en una espalda ancha, aspirando el aroma que seguía pegado a su cuerpo.

—Buenos días.

Nicholas la saludó poniendo una mano en las suyas.

—Hola, cariño.

Charlotte lo besó a través de la camiseta y bajó las manos tocándole las caderas.

—Cariño, estoy cocinando. No es buena idea, sabes que me despisto con cierta rapidez.

—No importa, tienes el aloe ahí al lado.

Con más voluntad que otra cosa, Nicholas consiguió preparar un desayuno decente y demostró que bajo presión era capaz de centrarse si se lo proponía, a pesar de que lo tuvo difícil.

Pasaron un fin de semana tranquilos, hicieron planes para su boda, hablaron de sus profesiones y se dedicaron constantes muestras cariñosas que alejaban turbios pensamientos. Ese amor profundo y sereno lo borró todo, se quedaron con lo bueno. El aliciente de

conocer a su hija cada día los ilusionaba más y aumentó su deseo de iniciar juntos una nueva vida.

El lunes por la mañana, Nicholas se entrevistó con *lord* Philip Astor, su abogado, amigo de la infancia, y uno de sus compañeros de dormitorio en Oxford. En pocas horas todos los medios de comunicación tuvieron a su disposición el anuncio oficial por parte de la Casa Ducal de Salisbury del próximo nacimiento del primogénito del marqués de Tisbury.

Sylvie Bernatt descolgó el teléfono de su mesa en la redacción de la revista y llamó a Amanda. La exclusiva que les había proporcionado los situó en el número uno de ventas, pero la demanda que acababa de anunciarles el gabinete jurídico del grupo al que pertenecían les advirtió del peligro de ese tipo de situaciones y la junta directiva destituyó al director de manera fulminante, según la información que corría entre sus compañeros, por la presión del duque y otros importantes accionistas.

—Hola, Sylvie —saludó Amanda contenta—. ¿Cómo estás?

—Hola —respondió seria—. No tengo buenas noticias. Mañana saldrá publicado en todas partes el anuncio oficial del nacimiento del hijo de Nicholas. A mi jefe se lo han cargado y a mí me han cortado las alas por mucho tiempo.

—¿Un anuncio público?

—Sí. Comunican que el bebé nacerá en septiembre y que ambos están muy felices.

—Qué bien —dijo, indiferente—. Te dejo. Gracias por la

llamada.

Sylvie se quedó mirando asombrada el aparato. Al instante volvió a su trabajo, tratando de no pensar más en el tema de conversación de toda la redacción.

En la puerta del Museo, Nicholas esperó a Charlotte, ansioso por contarle una conversación mantenida unas horas atrás con su editor, Josh Walcott.

—Hola, cariño —dijo Charlotte alegre.

—Hola. —Nicholas la besó rápido en los labios—. ¿Cómo estáis?

—Perfectas, ¿y tú?

—Emocionado.

Tiró de su mano y pasearon pocos metros bajo la sombra de los árboles enormes que rodeaban la verja del Museo. Charlotte hizo un gesto de admiración cuando vio el coche en una plaza de aparcamiento legal, a esa hora era una raya en el agua.

—Hoy te has superado —dijo burlona—. ¿Cuántas multas llevas?

—He perdido la cuenta. Me estás saliendo por un pico.

—¿Yo? Eres tú quien no sabe aparcar. A mí no me han puesto una multa nunca.

—No son por aparcar, y lo sabes.

—¿Cómo qué no? —preguntó suficiente—. En todas pone “mal estacionado”.

Nicholas frunció los labios aguantando sonreír, abrió y sujetó

la puerta del copiloto entrecerrando los ojos.

—Tengo una primicia —dijo risueño al poner el coche en marcha.

—Cuéntamela. Por tu cara parece buena.

—Lo es. Me ha llamado Walcott, quieren entrevistarme en Estados Unidos el próximo sábado.

—Me alegro. Las ventas tienen que ir muy bien ¿no?

—Eso parece —dijo Nicholas con una mirada intensa que se oscureció con preocupación—. Me tendré que ir el jueves.

—Relájate, estaré bien. Además, serán pocos días ¿no?

—Sí, volveré el lunes.

—Aprovecharé para pasar el fin de semana con mis padres.

—Estupendo, al menos sabré que no estás sola.

—No seas exagerado. Tú preocúpate por encandilar a los americanos.

—Te quiero —dijo con un beso en la mejilla.

—Y yo.

Llegaron a Mayfair con las expectativas muy altas. Hablaron del impacto del anuncio en los medios de comunicación, pero sobre todo, disfrutaron al notar cómo las cosas iban encajando en su sitio de una forma natural. Todos los fines de semana se perdían en Wells, donde los dos consideraban estaba su hogar. En Londres unos días los pasaban en la casa de Nicholas y otros en el apartamento de Charlotte, que empezó a tantear al propietario para no perder su inversión, ya que querían empezar a convivir de manera oficial el próximo mes y confiaban en casarse a mediados del verano, aunque no habían fijado

la fecha.

CAPÍTULO XVII

Londres, **Inglaterra**
19/5/2011

En el aeropuerto londinense, el cuerpo alto de Nicholas abrazado al más frágil de Charlotte llamó la atención de algunas personas, que les dedicaron miradas y sonrisas comprensivas.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo tristona.

—Solo son cuatro días. —Nicholas la besó en la frente y añadió para no verla desanimada—: Pasarán volando.

—Lo sé.

Charlotte se apretó más contra él y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el rítmico latido de su corazón.

—Vamos, si te pones así, me destrozas.

—No puedo evitarlo.

—Venga, no estés triste, por favor. —Comprobó la hora echando un vistazo al reloj de su muñeca—: Tengo que embarcar.

—Vale —dijo sonriendo, le acarició la mejilla—. Estoy bien, no te preocupes por mí.

—Llévate mi coche este fin de semana. Es más seguro que el tuyo.

—Ya veré. Estoy acostumbrada al mío.

—Pruébalo, después no querrás cambiarlo —comentó confiado—. Adiós, cariño, cuídate mucho. —Le dio un último beso—.

Y a ella también.

Nicholas tocó con una mano su barriga, sonrió y desapareció entre un tumulto de gente. Tras unos minutos, Charlotte salió a paso lento para recoger el deportivo negro. Era cómodo, mucho más moderno que su utilitario, pero no se sentía segura conduciéndolo; tenía diferente tamaño, era demasiado suave y, sobre todo, porque llamaba demasiado la atención.

Cuando llegó a su calle no tuvo suerte y no encontró ningún sitio libre cerca del portal de su edificio. Se dirigió a un aparcamiento público a unos cientos de metros. Antes de bajarse, comprobó varias veces que todo estaba correcto y volvió a cerciorarse al cerrar con el control remoto. Desconfiaba de su barrio que, aun siendo tranquilo, no tenía la exclusividad del de Nicholas, donde era habitual ver aparcados vehículos de alta gama.

Rezó para encontrarlo indemne por la mañana, iba a pagar muchas libras para protegerlo, aunque por la insistencia de su dueño supuso que asumiría el riesgo al que estaba exponiéndolo. Tenía intención de llevarlo a su garaje antes de irse a Henfield, a pesar de la paliza que le había dado para que lo usara.

Después de desayunar el domingo con sus padres, Charlotte guardaba en su antigua habitación algunas prendas de ropa en la bolsa de viaje para regresar a Londres.

El Marqués confirmó por Skype que volvería de Nueva York el día siguiente de madrugada. Cuando la escuchó comentar que no

tendría tiempo de recoger el coche, durante unos minutos, con toda su prepotencia se burló de ella en un tono que no la afectó; convencida de que sus divertidas apreciaciones no lo habrían sido tanto si su *joyita* no siguiera intacta.

Con suavidad su madre entró en la habitación.

—Cariño, quédate a comer —dijo Leslie, sentándose en la cama.

—Gracias, mamá, pero prefiero comer en casa. Mañana tengo un día difícil en el trabajo.

—Está bien, pero cuando vuelva Nicholas tenéis que venir otro fin de semana.

—Se lo diré, pero está un poco complicado —dijo contrariada —. Han empezado la reforma de Ivory.

—Tú díselo y ya hablamos.

Tras meter la bolsa en el maletero del Golf, se despidió con cálidos abrazos de sus padres. Sintonizó una emisora de radio, que en ese momento ponía *Wuthering Heights,* y con la voz aguda de Kate Bush se transportó como siempre a unas cumbres borrascosas. Contenta, pensando en la letra de la canción trató de llegar a las notas altas e inició el trayecto de regreso a Londres.

Todavía le quedaban algunos kilómetros para enlazar con la autopista cuando circulaba por la A281, al ser temprano, el tráfico era prácticamente nulo y una ligera niebla se alejaba del campo. Pasaba por Handcross y admiró la bonita vista que tenía frente a ella: un llamativo túnel digno del mejor arquitecto, formado por las ramas

dobladas de las copas de unos árboles robustos que delimitaban en un paseo el campo de la carretera, de un único sentido y dos carriles en cada dirección.

Por el retrovisor advirtió un todoterreno oscuro aproximarse. Sin vehículos en el otro carril, supuso que la adelantaría porque se acercaba demasiado rápido. Alucinando, sin comprender qué estaba haciendo, Charlotte creyó identificar a una mujer tras el volante, pero no tuvo tiempo de nada más. Un duro impacto le clavó el volante en el abdomen. Asustada tardó unos segundos en reaccionar, en cuanto lo hizo, trató de acelerar y quitarse de en medio. De repente, otra acometida más violenta. Se llevó la mano a la barriga, casi no podía respirar, y los nervios ya no le permitieron dominar la situación. Con la siguiente, perdió totalmente la estabilidad y se salió de la carretera. Chocó contra uno de los árboles y, con la fuerza del impacto, el coche rodó dando varias vueltas de campana hasta que se detuvo del revés obstaculizando la calzada.

En el interior, boca abajo y apenas sin conciencia, Charlotte entendió que era su final. Ni notó el airbag desinflarse, no tuvo fuerzas para abrir los ojos y ver acelerar a la causante del accidente que la dejó malherida.

Leslie ponía la mesa cuando sonó el teléfono, fue a la cocina y cogió el aparato, creyendo que sería su hija avisándola de que había llegado, aunque debería haberlo hecho varias horas antes.

—Hola, buenos días —saludó una voz masculina desconocida —. ¿Conocen a Charlotte Wolf? Le llamó del Princess Royal de

Haywards Heath.

—Sí, es mi hija. —La voz de Leslie tembló—. ¿Por qué me llaman del hospital?

—La trajeron a las once. Un accidente de tráfico.

Esa seriedad no auguraba nada bueno, lo sabía, Leslie tratando de relajarse cerró los ojos. Edward se acercó nervioso atento a su rostro desencajado.

—¿Cómo está? —balbuceó Leslie.

—Vengan lo antes posible, por favor.

—Vamos para allá, gracias.

Colgó con la mirada ausente y la cara bañada en lágrimas.

—Por favor —rogó Edward—. Dime qué pasa.

—Charlie ha tenido un accidente.

Lo abrazó rompiendo a llorar con desconsuelo.

—Me estás asustando. ¿Cómo está? —preguntó llorando—. Por favor, dime que está bien.

Sin poder articular una palabra, Leslie negó con la cabeza y corrió hacia la puerta con Edward y un único pensamiento: llegar lo antes posible.

Circularon como locos los veinte minutos que los separaban de su única hija; nunca antes una carretera conocida se les había hecho tan larga. En el hospital les informaron de la gravedad en el estado de Charlotte. Si no surgían complicaciones se recuperaría de las múltiples magulladuras, cuatro costillas rotas y un leve traumatismo craneoencefálico, en el que no encontraron lesiones después de

realizarle varios escáneres con el TAC. Afortunadamente, el cinturón de seguridad, el airbag y la velocidad moderada a la que conducía ayudaron a que el impacto contra el árbol y las vueltas de campana no fuesen más violentos y graves. Las fracturas las tenía vendadas y un collarín aliviaba la tensión del cuello. Todo era sanable, aunque tenían que darle la peor de las noticias: el aborto que le practicaron bajo anestesia general.

Mientras Charlotte dormía sedada, Edward llamó a Nicholas, que acababa de desayunar en la habitación del hotel y leía concentrado el periódico.

Sonó su móvil y lo atendió extrañado.

—¿Nicholas?

—Hola, Edward. ¿Cómo estás?

Lo saludó con cordialidad, pero se inquietó al escucharlo ansioso.

—Ha ocurrido algo. —Edward suspiró agotado—. Charlie ha tenido un accidente de tráfico.

—¿Qué?

Con aquel hilo de voz, Nicholas dejó de oír ningún sonido abstraído en unas palabras que enmudecieron la tierra al otro lado del Atlántico.

—Nicholas, —dijo Edward nervioso—, ¿estás ahí?

—Sí —murmuró sin abrir los ojos; no estaba preparado para recibir una noticia de ese calibre—. ¿Cómo está?

—Tiene un traumatismo en la cabeza, pero es leve —dijo un poco más calmado—. También algunas costillas rotas.

—¿Y la niña?

Relacionó la zona de las lesiones y preguntó marcando la preocupación en cada palabra. Escuchó a través del teléfono la honda inspiración que hizo Edward.

—Lo siento —susurró antes de volver a llorar.

—Voy para allá.

Nicholas se llevó las manos a la cara y derramó unas tristes lágrimas por la hija que nunca conocerían. La que los separó y los unió. La que les dio otra perspectiva de la vida, sin siquiera haberla disfrutado nunca. No quiso imaginar cómo lo estaría pasando Charlotte. Con su confusión no preguntó a Edward si ella lo sabía.

Llamó aturrullado a Tristam, necesitaba que fuese al aeropuerto a recogerlo por la noche, lo puso al corriente de la situación y le dio el teléfono de Edward para que estuviera en contacto con ellos cuando él no pudiera hacerlo. Luego, habló con Josh Walcott, que se encargó de cancelar la segunda entrevista en ese país. Todos le dieron un pésame que aceptó medio ausente, reacio a creer que no fuera una pesadilla. Para Nicholas sería cierto en cuanto viera a Charlotte, sus ojos jamás mentían.

A primera hora de la tarde, llegaron James y Patricia acompañados por Sarah al hospital en el condado de West Sussex. Compartieron el dolor con los padres de Charlotte e intentaron animarla los cortos periodos en los que despertaba y preguntaba por su hija. Los duques y los Wolf esperaban con inquietud la llegada de Tristam y Nicholas, el único a quien ella necesitaba a su lado.

El personal sanitario la observó cada media hora hasta que alcanzó una puntuación satisfactoria en los test cerebrales. No tenía alteraciones motoras ni sensoriales y las radiografías del tórax no indicaron complicaciones neumológicas. La llevaron a otra habitación, aunque seguía bloqueada. Se despertaba, los miraba y volvía a dormir, parecía como si no quisiera asimilar la explicación de sus padres, encargados de contarle cuando salió del postoperatorio que su hija había muerto a causa de los traumatismos sufridos con las sacudidas; solo les duró cinco meses la felicidad.

Sentada en la sala de espera Patricia sujetaba con firmeza la mano de su marido. Era un gran golpe para todos, pero James Finch-Hutton estaba perdiendo toda esperanza, la sorpresa del funesto día no la olvidaría nunca.

De madrugada escucharon carreras por el pasillo, aparecieron sus hijos y se levantaron para recibirlos. Nicholas saludó con un beso rápido a su madre y una mirada fugaz a James. Abrió la puerta de la habitación, pero Leslie y Edward le obstaculizaron la visión de Charlotte. Mostraron la aflicción en unos rostros marcados por la pena, se despidieron de su hija, lo consolaron con un abrazo y abandonaron la habitación.

Nicholas la miró con los ojos nublados conteniendo furiosas lágrimas que no quería derramar para mantener la serenidad y no derrumbarse frente al azul más triste y ausente que había visto nunca; ahí estaba su verdad.

Se sentó junto a ella y le dio un sentido beso en los labios mientras le acariciaba el rostro con las manos.

—¿Cómo estás?

Nicholas apenas murmuró con la voz rota, se liberó llorando.

—No lo sé.

Unas lágrimas lentas recorrieron algunos hematomas en la cara de Charlotte.

—Nunca pensé que pasaría esto —dijo enjugando con los pulgares sus lágrimas—. Me ha pillado desprevenido.

—No fue un accidente, Nicholas. No se lo he dicho a nadie.

Atento a ella, no se dejó influenciar por el desconsuelo.

—¿Qué pasó?

—Un todoterreno me golpeó varias veces por detrás hasta que me sacó de la carretera. Supongo que huiría.

—¿Tuvisteis algún problema?

—No. Yo circulaba tranquila y de repente me asestó el primer golpe. —Hizo una pausa para coger aire, el impacto en el tórax y las costillas rotas le dificultaban respirar—. Se me clavó el volante, luego, con el siguiente sentí un dolor muy intenso. Traté de controlar el coche, pero no pude. Incluso, después del primero, aceleré… —Charlotte cerró los ojos fuerte—. Me puse nerviosa…

—¿Viste al conductor? —preguntó serio—. Tenemos que hablar con la policía.

—Creo que era una mujer, aunque no estoy segura.

—¿Dónde está tu coche?

—Mi padre dice que la policía se lo llevó al depósito.

—Voy a hablar con ellos, ahora vuelvo —Nicholas le acarició con lentitud la cara, inclinó el cuerpo hacia delante y la besó en la

mejilla—. Tendremos otros hijos, mi amor. ¿De acuerdo?

El tono cariñoso de su voz incrementó el dolor de Charlotte, que solo pensaba en ella; la que se burló con astucia de barreras y consiguió que un hombre sin intención de tener hijos la aceptase con alegría, dándole un soplo de felicidad cuando menos lo esperaba.

Dos días después del accidente, todos los medios de comunicación que una semana atrás daban una feliz noticia anunciaron con pesar la pérdida del bebé. Amanda supo en su casa que la policía estaba buscando el vehículo que ella había alquilado, preparó su maleta más grande y se colocó todas las joyas que pudo, arriesgándose a facturar su garantía de supervivencia: una diadema de oro con montones de diamantes y rubíes formando pétalos de flores.

Llamó a un taxi que la llevó al aeropuerto, donde buscó la ventanilla de la única compañía que tenía vuelo directo a Niza en las siguientes dos horas.

Al vivir cerca del hospital, los padres de Charlotte todos los días pasaban dos veces para comprobar su evolución. Nicholas no se apartó en ningún momento de su lado, nada lo obligaría a dejarla, la derrota de su espíritu lo alentaba a ser un consuelo constante para ella. Se duchaba y cambiaba en la misma habitación con la ropa que Tristam le trajo. Dormía en un incómodo sofá ignorando el cansancio; nada que repercutiera en su cuerpo le afectaba; su prioridad era Charlotte.

—Vamos, cariño.

Nicholas la sostuvo por la cintura, la incorporó despacio y le retiró las vendas de las costillas. Realizaba varias respiraciones profundas por hora para ejercitar los pulmones y ayudar a su mermado sistema inmune a evitar la neumonía. El fuerte dolor lo convertía en un momento bastante ingrato, aunque Charlotte sabía que era necesario, igual que la comida, que probaba a duras penas porque Nicholas la obligaba. La mal disimulada apatía unida a una profunda tristeza se contagiaba con facilidad en él, que amargado viéndole el gesto contraído, incluso percibiendo su rechazo, la abrazaba o besaba cariñoso.

Perseguido por el fantasma de su hija, desde que Nicholas supo que alguien causó su muerte, su interés por saber quién estaba detrás rayaba el acoso policial. Todos los días llamaba al detective encargado de la búsqueda del vehículo. Hasta el momento no tenían mucha información, solo la descripción de Charlotte y unas huellas de neumáticos que coincidían con algunos modelos como el que vio.

Mientras hacía sus ejercicios, él insistió con sus pesquisas.

—Detective Blackmont, soy Nicholas Finch-Hutton, buenos días.

—Buenos días, señor Finch-Hutton. Dentro de un rato iba a llamarlo. Tenemos datos nuevos. Han avisado de un rent-a-car de las afueras de Londres, ayer les devolvieron un Nissan negro con manchas de transferencia de color rojo. Tenemos muestras y es la misma pintura del coche de su novia. Al parecer, lo alquiló una tal Mandy Ayles. ¿Le suena? —preguntó irónico.

Nicholas sufrió una descarga violenta en el estómago que lo

arrastró a un arranque de ira.

—Sé quién es —afirmó rígido, culpándose por subestimar el límite de maldad en algunas personas, prosiguió—. Amanda Ayles era el nombre de soltera de mi exmujer. Desde hace unos meses nuestra relación es tensa o nula.

—¿Tenía algo contra su novia?

—No lo sé —dijo apretando las mandíbulas—. Parece que sí. Encuéntrenla.

—No se preocupe. Vamos a localizarla.

—Háganlo pronto.

La lentitud en esas palabras sugirió al detective un férreo control. Nicholas usó tanta frialdad que le puso los vellos de punta.

Con buena suerte para Amanda, el aviso de búsqueda internacional de la policía llegó al aeropuerto francés después de que pasara con su imagen sofisticada el chequeo de identidad y cogiese un taxi en la puerta. Le ordenó al taxista que la llevara a Roquebrune-Cap-Martin. No iría al Monte-Carlo Beach, en ese hotel la conocían de cuando aún ostentaba un título nobiliario y lo visitaba con su marido, pero con las tarjetas en números rojos no era buena idea intentar pagar su estancia o comprar un billete de avión para viajar a Los Ángeles, donde pretendía empezar una nueva vida. Se conformaría con otro más modesto, mejor para no llamar la atención hasta que su economía le permitiera desaparecer definitivamente de Europa. Debía encontrar un comprador para la diadema y desprenderse de la joya no sería fácil. Cerca del casino conocía varias casas de empeño; en ellas

dejó la mayor parte de los generosos regalos de Nicholas. No quiso pensarlo, pero en aquellos ocho años consiguió una fortuna, que mantendría de haber suavizado sus caprichos y una afición al juego que significó su ruina.

Bajo el seguimiento atento de Charlotte, que dejó la rehabilitación para centrarse en esa conversación sesgada, Nicholas la observó sin aplacar la indignación en sus ojos; decidió hacer cuánto estuviera en su mano para que la justicia cayera sobre Amanda con todo su peso. No mostró ninguna misericordia intentando quitarle la vida a Charlotte y provocando la muerte de su hija; una tragedia que no podía quedar impune; no merecía piedad ni compasión.

Se sentó despacio en la silla con los codos apoyados en las piernas y los labios fruncidos conteniendo palabras atroces que no iba a decir en voz alta.

—¿Qué tiene que ver Amanda? —preguntó muy seria.

—Ella alquiló el coche, y me temo que lo conducía.

Se acercó y se sentó en el borde de la cama. La abrazó despacio sin hacerle daño mientras cerró los ojos sin saber qué decir para consolar un llanto que se le clavaba en lo más profundo del alma.

—¿Por qué?

Para Charlotte no fue una pregunta, era más bien una manera de comprender qué clase de hostilidad puede encerrar una persona contra otra sin apenas conocerla.

—No lo sé, pero te juro que va a pagar por ello —murmuró con dureza—. No voy a descansar hasta verla con los huesos en la

cárcel. Si la policía no la encuentra, lo haré yo, pero va a pagar las consecuencias, no lo dudes.

—Por mucho que pague nunca la conoceremos…

Tener la certeza de que Nicholas hablaba en serio no fue consuelo para Charlotte. Amanda Ayles para ella podía arder en el infierno, ya le había arrebatado la esperanza.

Un médico forense examinó a Charlotte varias veces a instancia del fiscal que instruía el caso, la policía buscaba al conductor de un monovolumen azul oscuro que circulaba en la otra dirección y avisó a la ambulancia, pero, en cuanto llegó, desapareció sin dejar sus datos al personal sanitario. Por la descripción, parte de la matricula que recordaban y la hora, estaban cerca de encontrarlo.

Casi una semana después le dieron el alta hospitalaria. El médico le mandó mes y medio de reposo, que Nicholas eligió pasar en Wells; el sosegado retiro primaveral que les ofrecía era más aconsejable para los pulmones de Charlotte que la polución y el ruido de Londres.

Mientras Edward y Leslie la llevaron, Nicholas tuvo tiempo de recoger el equipaje que Joan le preparó en Mayfair y las dos maletas con toda la ropa que guardó corriendo en el apartamento de Charlotte; ya procuraría que no volviera nunca.

Entró en el dormitorio justo cuando Maggie la ayudaba a ponerse un práctico camisón, no quiso molestarse por su indiferencia, aunque le dolió más que el gesto contraído por el esfuerzo.

—Hola, ¿cómo va todo? —preguntó Nicholas.

—Bien. —Maggie lo miró resignada—. Me voy abajo. Nick, le dejo la cena en el horno.

Sonrió agradecido, saturado de días aciagos, de tristeza, y de noches en vela; solo necesitaba una cama para descansar el cuerpo; recuperar su mermada cordura, y afrontar sereno la rehabilitación psicológica de Charlotte; la intuía peor que la física.

Se quedaron solos e ignoró su expresión disgustada. Al verlo desnudarse, giró la cabeza en la almohada aislándose de todo, sin saber que añadía combustible a la frustración de Nicholas, incapaz de asumir ese rechazo; Charlotte era la única persona de la que no podía prescindir.

Entró en el baño, se duchó y salió al terminar con una toalla rodeando sus caderas. Volvió a notar una mirada incómoda cuando pasó por delante de la cama hacia el vestidor. Sacó de una cajonera un pijama de dos piezas azul marino, se puso dentro el pantalón y abrochándose los botones de la chaqueta se acercó a ella.

—¿Te apetece cenar ya? —preguntó Nicholas amable.

—No.

—Tienes que comer —dijo serio. Intentó sonreír y añadió más suave—. Seguro que Maggie ha hecho algo que te gusta.

—Trae lo que quieras —dijo sin mirarlo.

Se fue enfadado de la habitación. Charlotte percibió cómo camufló su temperamento con una amabilidad nada reconfortante, pero no podía remediar que la desgana, el dolor de su cuerpo y la impotencia no le permitieran moderar su humor; quería un milagro que no sucedería.

Escuchó las notas del concierto *número 3* de Rachmáninov, con una técnica manual compleja, e imaginó que Nicholas necesitaba concentrarse o evadirse; lo usaba siempre a él, a Rimsky-Kórsakov o a Balákirev, sus compatriotas rusos, que requerían de una férrea disciplina. Cuando estaba relajado su preferido era Chopin y para disfrutar o desfogar Beethoven; con la música era transparente para ella. Cogió un libro y no pasó la página. Dos, tres, cuatro palabras y otra vez sus pensamientos insistían en traerle recuerdos acompañados de una opresión que la ahogaba con sus lágrimas como único consuelo ante una injusta tragedia.

En cuanto concluyó el inesperado recital, regresó el silencio, roto solo por un trajín de cacharros en la cocina. Poco después, Nicholas entró en el dormitorio tratando de sonreír, aunque se quedó en un gesto torcido, rodeó la cama y le dejó en la mesita de noche una bandeja con un cuenco de humeante sopa vegetal, una tortilla y un zumo de naranja.

—¿Solo has traído la mía? —preguntó extrañada.

—Sí —dijo tenso. Se dirigió a la puerta y añadió en un tono neutro—. Cenaré en la biblioteca.

—Nicholas —susurró. Él se giró de inmediato—. Siento si te he molestado, pero no doy para más, perdóname.

Los ojos acuosos de Charlotte eran bolas de plata llenas de energía magnética oscilando en un péndulo, esa mezcla extraña de colores, como siempre, lo capturó dejándolo sin voluntad.

—No me molestas, nunca —dijo sentándose a su lado—. Estoy enfadado conmigo mismo por no saber qué hacer para no verte

así.

—Yo...

No pudo continuar, el nudo en su garganta solo lo aliviaba el llanto.

—No digas nada, por favor. —Nicholas secó sus lágrimas, acarició con las manos el rastro visible de los hematomas y de forma suave pegó la frente en la suya—. Tu ánimo es como el mío, no hace falta que me lo expliques. —Le rozó con los labios los párpados húmedos y le besó la nariz—. Voy a traerme algo y me quedo aquí contigo. —Se levantó y le colocó la bandeja encima de las piernas—. Tómate la sopa antes de que se enfríe, ahora vengo.

Bajó a la solitaria cocina y se sentó en la mesa con la cabeza apoyada en los brazos, buscando un poco de paz para sus demonios que se empeñaban una y otra vez en recordarle la crueldad de Amanda. No solía arrepentirse de sus actos, pero lamentó profundamente haberla conocido, amado, y el desperdicio de años que le dedicó; pensarlo solo lo llevaba a despreciarse a sí mismo. En cuanto la encontrasen se enfrentaría a varios cargos con penas de cárcel que convertirían en insignificantes las querellas y demandas en trámite. Para ella su mente sentenció unas antiguas palabras: «*Inclementer sine misericordia*»

Poco después se sirvió una copa de vino tinto que se bebió casi de un trago y revisó el contenido de la nevera. Maggie solo había pensado en las preferencias de Charlotte y —entre sus limitadas opciones— cortó un trozo de pastel de verduras y un poco de queso. Tras colocarlo todo en una bandeja, volvió a rellenar la copa de vino y

salió hacia arriba, cambiando su plan de dar buena cuenta en la biblioteca de su selección de escoceses.

Unos días antes de cumplirse un mes del accidente, volvieron al hospital para que el forense la explorase. Su mejoría física era evidente, pero la emocional iba más lenta y Nicholas seguía siendo el principal damnificado del alejamiento de Charlotte.

Mientras le realizaban las pruebas, Nicholas aprovechó y habló con una psicóloga. Tras explicarle las reacciones habituales en una etapa necesaria para asimilar la pérdida de su hija, le advirtió que podía durar hasta seis meses y, aunque fuese complicado para él, debía prestarle todo su apoyo emocional, ya que el miedo extremo a quedarse embarazada de nuevo era el causante de ese rechazo.

Nicholas no pretendía acelerar el tener relaciones sexuales, pero había experimentado su propio proceso de duelo y necesitaba algo de afecto por su parte; sin embargo, solo conseguía amable cortesía o unos repentinos cambios de humor que los encerraban en largos silencios y los distanciaban.

Encontró a Charlotte en la recepción sentada con la mirada ausente, se acercó y esbozó una sonrisa.

—¿Estás bien?

—Sí. Me darán el alta definitiva dentro de quince días.

—Estupendo —dijo Nicholas cogiendo su mano.

—El forense cree que ya podrá redactar el informe.

Una vez en el coche, Nicholas arrancó y salió del hospital. Se

ensimismó conduciendo, le relajaba, no llegaba al nivel que le daba la música, pero también agradecía esos momentos.

—¿Dónde has ido?

La voz de Charlotte lo pilló por sorpresa.

—He hablado con una psicóloga —dijo mirándola un instante.

A Charlotte no le interesó el motivo de la visita y se limitó a seguir observando por la ventanilla. Unos minutos después comentó:

—He estado pensando que ya no hace falta que nos casemos.

—¿Qué? —preguntó enfadado. Maniobró con brusquedad, paró el vehículo en el arcén y giró la cabeza. Charlotte pudo percibir en sus ojos el brillo del daño causado por sus palabras—. Si no te quieres casar, dilo —exigió rabioso—. Yo también he perdido a mi hija y, aunque sigas sin creértelo, la quería. Si no te quieres casar, no lo haremos, pero necesito que reacciones ya o, al menos, que seas consciente de que para mí tampoco está siendo una buena racha. —El tono airado de Nicholas vislumbraba el temperamento que encubría con ella—. Intento estar a tu lado todos los días porque te necesito y todos los días solo me encuentro con tu indiferencia.

—No pretendía que te molestaras —murmuró a punto de llorar.

—¿Molestarme? —Nicholas le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo—. Nunca me molestas, te lo he dicho hasta la saciedad, pero no soporto que me ignores.

—Perdóname —dijo Charlotte abrumada por su dolor, arrepentida por no ver más allá de sí misma—. Siempre he pensado

que no querías volver a casarte, por eso me sorprendió tanto cuando me lo pediste. Creí que lo hiciste porque te viste forzado por lo que habían publicado.

—Era viernes cuando llegaste con la revista. Si recuerdas fue cuando me tuve que venir por el problema en la cuadra —contó muy seguro—. Era algo que tenía decidido desde que volviste, compré el anillo en Londres esa semana. Si quieres, puedes hablar con tu padre, él conocía mis intenciones.

—No hace falta.

Charlotte puso una mano encima de la suya y le dio un sentido beso en la mejilla. El gesto lo consoló, aunque no se atrevió a abrazarla para sentirla con él, ese paso no lo daría; le correspondía a ella, y no pensaba forzar ninguna situación violenta.

Tardaron más de dos horas en regresar a Wells. Nicholas dejó de acelerar y centró su cabeza en la conversación con la psicóloga, pero no se vio luchando contra un temor de Charlotte que él deseaba; si no quería tener hijos sería él quien se sentiría decepcionado. Aparcó en el interior del garaje y fue a la biblioteca mientras Charlotte entró en la cocina.

Maggie estaba fregando unos cacharros y nada más verla se secó las manos y se acercó mirándola preocupada.

—Hola, ¿Qué te han dicho?

—Que estoy muy bien. Dentro de dos semanas me darán el alta definitiva, se supone que no tendré las punzadas al respirar.

—Sigue haciendo los ejercicios y tómate las cosas como

vienen. —Le acarició de manera suave el brazo. Añadió con compasión—: Eres muy joven. Si Dios ha querido que las cosas sean así, así deben ser. Tendréis otros hijos, debes intentar sobreponerte.

—No estoy muy segura de que tu Dios provocara el accidente —dijo despacio y seria—. Quien ha sido está libre sin pagar las consecuencias de sus actos

—No te preocupes, pagará. Al final siempre se paga.

—Eso espero —admitió conformista. Miró alrededor olisqueando, destapó la cazuela con muchas zanahorias, algunas patatas, varios puerros y un puñado de acelgas que bullían a un ritmo trepidante y pensó en el Marqués de las Verduras, agobiado en su refugio entre libros. Charlotte esbozó una sonrisa y negó ligeramente —. Hoy Nicholas no va a levantar cabeza.

—¿Qué le pasa?

De repente, escucharon la *Pathétique*. Empezó con una fuerza parecida a la que hizo Maggie al abrir los ojos de par en par o Charlotte al contener la risa.

—Es bonita —afirmó Charlotte.

—Habla con él, por favor.

—Vale, prepara de segundo algo que le guste. Vamos a darle una tregua.

—Hecho. Vete ya, dura casi diez minutos.

—¿Los tienes contados? —preguntó sorprendida.

Maggie movió la cabeza afirmando insistente. Charlotte no se dio prisa en llegar; le gustaba el piano y admiraba al intérprete entregado a él. Parada con los brazos cruzados en la puerta del salón,

disfrutó de la música y aplaudió sonriendo cuando terminó.

Nicholas se levantó y fue hacia ella.

—Pareces contenta —comentó, guardando la distancia.

—Creo que todos tenéis razón.

Charlotte le acarició el rostro, pero él detuvo su mano.

—Te echo de menos y te necesito —dijo serio—. Pero hasta que no estés preparada, no quiero que te sientas obligada por mí.

—No es ninguna obligación amarte.

A Nicholas le bastó ese susurró cálido para no poner resistencia. Se besaron en un lento reconocimiento, incansable, dos lenguas enredadas en un tango perfecto. Las manos hábiles de Nicholas apresaron unas nalgas suaves, las apretó a su cuerpo saciando la sed en su boca y se perdió en el sabor de un placer infinito que anulaba cualquier atisbo de medida en su deseo, se disparó como un cohete, poseído por la lujuria.

—Debemos parar —dijo Nicholas apartando la cabeza. Sin intención de soltarla, la sujetó por la cintura—. Te tengo demasiadas ganas.

Tras muchos días sin enseñarle sus preciosos ojos brillando alegres, Charlotte lo deslumbró, sonrió contenta y le besó el cuello.

—Tienes que hacerme un favor.

—¿Un favor? —preguntó juguetón rozándola con su sólida entrepierna—. Los que quieras.

—No es lo que estás pensando.

—¿Entonces?

—Traigo una petición de Maggie. Quiere que dejes a

Beethoven. Tócale algo porque te estás jugando la cena.

—Increíble. —Nicholas resopló y dijo resignado—. Esto no es normal, no soporto a Adele.

—¿No le gusta nadie más? —preguntó arrugando la frente—. Me extraña. Tócale *A Thousand Miles,* es divertida.

—Qué cruz.

A los pocos minutos empezó a sonar y asomó una sonrisa satisfecha en el rostro de Maggie, que siguió cocinando una carne que nunca le fallaba. Para ella era grato presenciar cómo Charlotte había cambiado los hábitos alimenticios de Nicholas, cuando antes, cualquier fiera carnívora era más propensa a comer verduras que él; con seguridad, ninguna tenía el olfato mejor desarrollado que el suyo, infalible para todo lo proveniente del campo.

Mientras Charlotte subía al dormitorio, las notas de *She* la acompañaron hasta que entró en la ducha, donde solo percibió el sonido del agua y el peso que estaba quitándose de encima. Desde que a la vuelta del hospital Nicholas le habló de sus sentimientos, una punzada de culpabilidad la llevó a ver las cosas con otra perspectiva. Entendió que debían aprender a convivir con el dolor que siempre les supondría recordarla a ella: su pequeña intrépida, la hija que nunca tuvo un nombre y siempre estaría en sus corazones. La hija de *The Pharaoh,* el noble escritor solitario que se había convertido en el amor de su vida y también sufría su pérdida con el añadido amargo de sentirse rechazado, cuando sin él, ella simplemente dejaba de existir.

Después de cenar, torturado por su propio autocontrol,

Nicholas se encerró en la biblioteca. Creyó que con un vaso de whisky aplacaría sus impulsos y le daría tiempo suficiente para acostarse y dormirse antes de que subiera. Estaba convencido de que no sería capaz de aguantar, ignorando que Charlotte no entendió su huida, abandonó perpleja la cocina y se molestó cuando lo escuchó cerrar la puerta.

Más tarde, Nicholas se metió en la cama. Durante varios minutos contempló el techo y, al sentir el movimiento de las piernas de Charlotte entre las suyas, permaneció quieto para no despertarla. Una mano suave se deslizó por su estómago y subió despacio hasta acariciarle el pecho.

—¿Estás despierto? —susurró Charlotte.

—Sí.

Esa confirmación impulsó a Charlotte, que se subió en él; se inclinó hacia abajo, atrapó sus labios y lo besó saboreando con hambre el whisky en su lengua, con el calor de su cuerpo ardiendo bajo sus manos.

Nicholas la recibió encantado y preocupado, pensaba que ciertos movimientos todavía le dolían, ya que de vez en cuando la vio contraer el gesto, sobre todo cuando se levantaba por las mañanas.

—Cariño, si no te encuentras bien, no tienes que hacerlo.

Con manos errantes, lentas, Nicholas llegó desde los muslos hasta las curvas de sus nalgas, ahí las dejó quietas, apretando.

—Prefiero estar arriba, por si acaso —dijo Charlotte.

—Donde quieras.

Nicholas se incorporó, tiró con suavidad de su cabello hacia

atrás para tener a su alcance un sedoso cuello largo que expuso a su boca, mientras acariciaba despacio unos pechos redondos, maleables en sus manos, que ansiaba lamer y saborear dominado por el deseo. Pronto regresó al húmedo interior que más placer le daba; la mejor sensación para acabar el día; el único sitio que lo acogía con ritmos suaves, atrapado en una densa marea de fluidos y músculos, donde era feliz y se avivaba su amor.

Respirando con dificultad, Charlotte pasó unos minutos acostada en su ancho torso, lo dejó para tumbarse a su lado boca arriba y se llevó la mano al pecho.

—¿Estás bien?

Nicholas sonó alarmado, observándola con atención.

—Sí. —Charlotte giró la cabeza y le dedicó una sonrisa radiante—. Me haces muy feliz.

—Tú a mí también —dijo aliviado, mirándola perdido en sus ojos, sujetó su mano, que le acariciaba una pierna con mimo, y añadió muy bajito—. Quiero que estemos siempre así.

—¿Qué te parece si celebramos la boda el uno de agosto?

—¿El día de mi cumpleaños? —preguntó sonriendo.

—Sí, pero algo íntimo.

—¿Quieres que solicite la nulidad?

—No. No quiero casarme por la Iglesia. Solos tú y yo.

La mirada de Charlotte lo abrasó, dejándolo como cenizas arrastradas por el viento después de un incendio. Su mitad había vuelto apasionada e intensa, y el infinito de sus vidas los volvía a enlazar dispersando la sutil niebla tras la oscuridad de la noche.

El día del juicio civil por las denuncias de la familia Finch-Hutton contra Amanda Ayles, Nicholas llegó al juzgado acompañado por *lord* Philip Astor, que lucharía como una pandemia cruel por sus intereses con absoluta seguridad. Tenían la misma edad, pero el volumen del estomago de Philip, aparte de insinuar su propensión a la buena mesa, lo hacía aparentar mayor, también contribuía un rostro regordete poblado por una espesa barba tan plateada como sus sienes. Llevaba unas gafas con una montura metálica roja, y sus ojos castaños reflejaron sincera alegría cuando se encontraron con los duques antes de entrar en la sala del tribunal.

Lord Astor estaba ligado a la familia Finch-Hutton desde que era un niño por entrañables lazos emocionales, pero, sobre todo, porque sus padres —amigos de los duques— le permitieron pasar con Nicholas innumerables fines de semana en Ivory. Luego, llegaron a la Universidad y les tocó compartir dormitorio con Randy Lichter, en la residencia del Balliol, donde cimentaron una amistad imborrable en el tiempo a base de compañerismo, penurias y juergas.

—Cuando inauguréis quiero la suite real —dijo Astor.

Philip saludó a James estrechándole la mano. Acto seguido besó afectuoso a Patricia en las mejillas.

—Es un placer verte, Phil —dijo Patricia.

—Lo mismo digo, *milady*. Estás guapísima.

El joven adulador que fue seguía presente en Philip.

—¿Estáis listos? —preguntó Nicholas.

—Sí —respondió James—. Phil, ¿cómo lo ves?

—No te preocupes —dijo seguro dándole unas reconfortantes palmadas en el hombro—. Vamos a ganar y a reclamarles lo necesario para que se olviden de vosotros.

—Tú mandas. —Nicholas lo miró a los ojos con un ligero asentimiento—. Haz lo que creas conveniente.

—Por supuesto.

Nicholas movió la mano, incitando la entrada de su padre, sin percatarse de las palabras murmuradas que Patricia y Astor compartieron en cuanto estuvieron a solas.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Patricia inquieta.

—No —respondió negando con la cabeza—. Sabe que estaría perdida.

—Si me la cruzo no sé qué haría.

—Nada, la justicia se encargará de ella.

—Recuerda lo que te pedí, Phil, por favor.

—No lo he olvidado —dijo sonriendo amable—. Lo voy a solicitar a título personal.

—Gracias.

—Siempre a vosotros, *milady*.

Con una gentileza que denotaba una excelente educación, Philip cogió la mano de Patricia, le besó el dorso y la acompañó al banco donde estaban sentados dos hombres por quienes ella siempre daría la cara.

El abogado de oficio que representaba a la defensa miraba constantemente el reloj situado detrás de la mesa del juez. El director y el redactor jefe de la revista esperaban sentados junto a su abogado,

que tenía asumido el formulismo de la comparecencia, pero al menos sus clientes estaban con él, cosa que la señora Ayles prefirió no hacer ni notificar.

El juez Malcom Limerick entró en la sala, tomó asiento y, con rapidez, el abogado defensor se aproximó a él para comunicarle la ausencia de su defendida.

La exposición de Astor fue concreta, clara y rotunda. Amanda Ayles había vulnerado el derecho al honor de sus representados con los delitos de injurias y calumnias, y se benefició por ello. Después, los dos abogados defensores tuvieron su turno. Tras escuchar a las partes, el juez tomó algunas notas, revisó varios documentos y dictó sentencia.

Los condenó a indemnizar con cuatrocientas mil libras tanto a Nicholas como a James por daños y perjuicios. La revista era responsable solidaria porque tenían el agravante de la publicidad y, para reparar sus imágenes, debían publicar la sentencia condenatoria. Además, admitió la petición de Astor y exigió una retractación pública en las mismas condiciones y características de la exclusiva por la que estaban siendo condenados.

Patricia sintió la calidez de una mano sobre la suya mientras agradecía la sentencia a Philip con un largo parpadeo. Giró la cabeza y vio la emoción en unos ojos verdes que la enamoraron.

—Todo ha terminado.

Acarició la mejilla de James mostrando una sonrisa radiante.

—Te quiero —susurró James.

Philip les explicó que la sentencia se podía recurrir, pero no

iban a hacerlo. Todos estuvieron de acuerdo en finalizar ahí, alargarlo les podía suponer un incremento muy elevado en indemnizaciones y minutas profesionales. La revista pagaría más del ochenta por ciento de esa cantidad, el resto debería abonarlo Amanda. Dada su situación, era más probable que pasara el resto de su vida embargada a abonar las ciento sesenta mil libras de su parte, sin tener en cuenta las próximas consecuencias legales de sus otros delitos pendientes de juicio hasta que no la detuviera la policía.

Nicholas se dio un plazo para tomar cartas en su búsqueda: el día de su boda con Charlotte. Si el uno de agosto Amanda no estaba entre rejas, la encontraría; ya se podía esconder como una miserable rata, bajaría hasta la más remota o asquerosa cloaca; donde estuviera, jamás la dejaría en paz.

En Wells, Charlotte esperaba a Nicholas sentada en el sofá de la biblioteca, intentando relajarse con la lectura, sin conseguirlo. Cada pocos minutos se dispersaba imaginando su reacción ante el reencuentro con Amanda.

Oyó unos neumáticos pisar la gravilla del camino y salió impaciente al pasillo.

—Hola —dijo Charlotte en la puerta.

—Hola.

Con una sonrisa leve, Nicholas la besó en la mejilla.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —dijo colocando el brazo en su hombro, le dio un beso cariñoso en la sien y la guió hacia la cocina—. Los han

condenado a pagarnos una indemnización de cuatrocientas mil libras a cada uno. —Nicholas la soltó, abrió la nevera, buscando un queso nuevo para cortarlo, y añadió sin mirarla—: La parte que le corresponde a Amanda no creo que la veamos.

—¿Qué has hecho cuando os habéis visto?

Charlotte sacó dos copas del armario y las sirvió de una botella de vino tinto abierta el día anterior.

—Mi amor, no se ha presentado. —Nicholas sacó la tabla, colocó el queso encima y cogió un cuchillo—. Sabe que la policía la está buscando. Supongo que se ha largado del país.

—¿Quieres decir que nunca pagará?

Sin haber empezado a cortar, Nicholas se acercó, la abrazó por la cintura y se inclinó hacia abajo apoyando la cabeza en la suya.

—Escúchame —dijo serio. Le besó el pelo con cariño, se apartó para mirarle los ojos y sentenció contundente unas dudas amargas. «Sin piedad, sin misericordia»—. Te lo prometo, pagará.

CAPÍTULO XVIII

Salisbury, Inglaterra
1/8/2011

En una de las dos suites principales de Ivory, Charlotte terminó de ponerse su vestido de novia. Tenía un color marfil elegante, un escote muy amplio con un primoroso encaje, el largo por las rodillas, y se entallaba a su silueta luciendo estilizado y discreto. Recuperó el peso que perdió e incluso ganó unos kilos necesarios para su salud, suficientes para marcarle las curvas y volver un poco más loco a Nicholas, que sonriente hablaba en el jardín con Tristam y Gordon, ajeno a su mirada curiosa desde la ventana.

Los meses transcurridos desde el accidente fueron un bálsamo para templar su cabeza, la dejaron disfrutar y adaptarse a los cambios en su vida.

Tras su reincorporación en el Museo cada día el trabajo la entusiasmaba más, siendo su principal tarea la conservación de las salas de Egipto y la coordinación de intercambios de obras para exhibiciones temporales. También la convivencia con Nicholas era un verdadero placer. Él trabajaba en la biblioteca y finalizaba cuando ella llegaba por las tardes; en ese momento empezaba el día para ellos. Durante largos ratos se concentraban en dedicarse toda su atención. Comentaban el desarrollo de la novela, incidencias en el Museo, mejoras previstas en las casas o cualquier tema que les interesara,

también establecieron como norma preparar juntos la cena todos los días.

Unas semanas atrás, Nicholas, crecido con su nuevo hobby, sopesó hacer un curso de cocina mediterránea, pero en un alarde de suficiencia se le ocurrió comentar sus aspiraciones en Wells, donde pasaban todos los fines de semana. De manera lógica y previsible, tuvo que aguantar las bromas de Charlotte, a las que se sumaron las de Maggie, sin medir la intensidad del cachondeo que durante muchos minutos vivieron las dos a su costa.

La unidad de robos de Scotland Yard a mediados de julio recibió una notificación de la Interpol sobre un perista de Mónaco que comunicó a la policía, tal y como correspondía por el elevado valor de la joya, que una mujer le vendió como propia una diadema de oro, diamantes y rubíes. Comprobaron que estaba reclamada en la instrucción de un proceso pendiente en el Reino Unido y a los pocos días localizaron a Amanda con un pasaporte falsificado y el equipaje preparado a punto de salir rumbo a Los Ángeles. La detuvieron en el hotel y la trasladaron esposada bajo la mirada atónita del personal. Cuando llegó a Londres fue noticia en los medios que tanto le gustaban; los mismos que no dudaron en ventilar todos sus trapos sucios para conseguir mucha leña de un árbol que había caído muy bajo.

Hacía una semana que el juez la obligó a devolver las joyas y la condenó a tres años de prisión por robo, Nicholas estuvo en el juzgado con Astor y sus padres. Las veces que cruzaron las miradas podían haber matado a alguien. La dureza en la expresión de Amanda

chocó contra la destrucción aniquiladora del más soberbio desprecio de Nicholas.

Los duques actuaron con elegancia, e incluso, tuvieron la consideración de apiadarse de ella antes de que se la llevaran, aunque Patricia, indignada por el aire arrogante y altivo mostrado por su exnuera, no se reprimió al salir y le deseó el peor de los infiernos en vida. Lleno de orgullo por la fe ciega de su esposa, James tiró de su codo para llevársela; no quiso verla expuesta a esa denigración.

Amanda cavó sola su propio hoyo y esperaban verla pronto cubierta por la gran losa que iba a recibir. Desde que entró en prisión la prensa se había calmado, pero Charlotte tenía la certeza de que la expectación se reavivaría.

Philip Astor tenía intención de reclamar los cargos de homicidio imprudente y otro en grado de tentativa, al ocurrir los dos en el mismo acto, los habían unificado. La policía encontró al conductor del vehículo que socorrió a Charlotte, Jordan Miller, la gran baza de la acusación particular. Tenía treinta y siete años, daba clases en un instituto y, lo mejor de todo, era padre de dos niñas pequeñas. Philip intentaba convencerlo para que declarase en el juicio, que se celebraría la primera semana de septiembre. Coincidía con parte de sus vacaciones y, a pesar de que no se negó, no pudo garantizarle su estancia en el país, dependía de la voluntad de su agencia de viajes. Detalle que Philip omitió a su amigo, ya que conociéndolo, era capaz de invitarlo a dar la vuelta al mundo si con su testimonio despejaba cualquier ínfima duda; antes de llegar a eso, confiaba en sus dotes negociadoras y en la conciencia del señor Miller.

La reforma de Ivory terminó con una valoración óptima de los profesionales del sector, con un potencial excelente para convertirse en destino fijo de los privilegiados que pudieran pagarlo. En un principio trabajarían con ese perfil de clientes, y en función de los resultados ampliarían el abanico o lo cerrarían a la exclusividad. Programaron y publicitaron la apertura el veinticinco de septiembre, darían una recepción para varias agencias de viajes, algunos empresarios hosteleros y un grupo escogido de amigos.

Ese día espléndido de verano, solo los acompañaban sus familiares más allegados, Gordon y Sarah, que pronto entraría en la categoría de familia porque desde finales de julio se comprometió con Tristam y tenían planeada la boda ahí también, en Navidad.

Su viejo profesor regularmente se interesó por ella e incluso, en dos ocasiones, la visitó en Wells junto a su esposa. Tuvieron el detalle de regalarles unos marcos de plata, sin haber sido invitados. Johannsen entendió el carácter íntimo que deseaban y no se sintió molesto; al contrario, le habría sorprendido una boda masiva. En su alumna destacaba la timidez y el escritor no era un tipo que buscara notoriedad, se movía mejor en círculos pequeños; lo comprobó en su casa, donde fue un anfitrión encantador y un apasionado contertulio.

Charlotte miró otra vez por la ventana, vio al juez que los iba a casar hablando con James y se sentó en la cama para ponerse unos zapatos de tacón alto a juego con su vestido. El bronceado que durante semanas cogió a base de pasar horas muertas en una hamaca leyendo, aumentaba el atractivo de sus estilizadas piernas, y destacaba el color del vestido en su piel. Salió del dormitorio al pasillo y

coincidió con sus padres, los dos muy elegantes; Edward con un traje oscuro, y Leslie con un vestido verde esmeralda de mangas cortas.

—Cariño, estás preciosa —dijo Edward.

—El vestido te favorece mucho. —Leslie tocó con suavidad la dalia roja que Charlotte llevaba tras la oreja. El cabello rubio le llegaba ya por el cuello, en una melena espesa con las puntas curvadas hacia arriba, que cambiaba sus tonos dorados con la luz—. Y la flor también me gusta —dijo sonriendo, la miró emocionada—. Sé feliz, cariño. Papá y yo estamos muy contentos por ti.

Los Wolf abrazaron a su hija durante unos minutos, animados por su recuperación y satisfechos tras unos meses difíciles para todos.

Poco después, dándole el brazo a su madre, que vestía un traje chaqueta color champán de alta costura, Nicholas llegó hasta un arco con flores donde esperaba el juez que celebraría la ceremonia civil. Los ilustres seis invitados, sentados en unas sillas engalanadas en la parte trasera del inmenso jardín de Ivory, los observaron sonrientes, ajenos a sus nervios. Aunque era su segunda vez, se le cortó la respiración y los ojos se le humedecieron mientras trataba de sonreír cuando apareció Charlotte, con el sol brillando detrás sujetando el brazo de Edward. Patricia cogió su mano, reconociendo en él esa sensación de amar a alguien sobre todas las cosas; ella amaba así a James. Compartió una cálida mirada con su marido, sintiendo la conexión de sus almas, le envió un dulce beso, que recogió Victoria y le dio cariñosa en la mejilla; su caballero tenía un porte distinguido, pero no reprimió un guiño pícaro con una sonrisa y el mismo aire seductor que la enamoró.

Charlotte miró a Nicholas de arriba abajo, estaba tan guapo con un traje oscuro de corte impecable que deseó quitárselo de la misma manera que él todas las noches la desnudaba, lentamente. Completó su imagen con una camisa blanca y una corbata rayada en líneas diagonales rojas, blancas y negras; todo él merecía el homenaje que tenía pensado dedicarle.

Junto a sus padrinos, con las manos enlazadas, escucharon varios artículos legales sobre el matrimonio, que juraron cumplir. Luego, James entregó a Nicholas unas alianzas de oro blanco con sus nombres grabados, se las intercambiaron en los dedos y el reducido pero entusiasta grupo de invitados se arrancó en un aplauso mientras se dieron un escueto beso en los labios. Más tarde, disfrutaron de una comida al aire libre, con una única mesa que cumplió con creces sus expectativas, aunque solo difirió de cualquier otra reunión familiar un apasionado brindis de James.

Esa noche tuvieron toda la casa solo para ellos, algo que no volvería a ser posible hasta Navidad. Nicholas quiso compartir con su mujer un romántico vals en el salón, aunque probaron con algo más lento en vista de su dificultad: un tango; un error de cálculo por parte de los dos, que los condujo directos a reír divertidos mientras atravesaron el pasillo, Nicholas cogió a Charlotte en brazos y entraron en la suite. Tenía un color claro en las paredes y un interior con algunos elementos modernos, como un jacuzzi rodeado de una tarima de teca, combinados con otros originales que resaltaban la historia de la propiedad: una cama de madera oscura trenzada con un dosel

blanco, una chimenea de piedra con una talla de más de trescientos años, unos elegantes sillones de estilo rococó con unas delicadas telas coloridas o unos jarrones de porcelana china de diferentes tamaños.

—¿Quieres probarlo? preguntó Nicholas.

Se quitó cerca del jacuzzi la chaqueta y la corbata.

—Si a ti te apetece, sí. Pero antes tengo un regalo de cumpleaños. —Charlotte trajo una caja, sacó una copia de una edición antigua de un libro de poemas de John Keats y con una sonrisa misteriosa se lo ofreció—. Ábrelo.

Nicholas se encontró con la primera foto que se hicieron juntos, sentados sonriendo con timidez en la Turf de Oxford. La giró y leyó la dedicatoria que tenía escrita: *«Para mi querido esposo, mi amante perfecto, mi apuesto noble y mi escritor favorito. Tuya, Charlotte 1/8/11. Felicidades, mi amor.»*

—Gracias —dijo riendo un poco avergonzado—. Pobre chaval. —Le sujetó la cara con las manos, la besó despacio en los labios y se separó respirando acelerado—. Tú eres mi querida esposa —susurró mirándola emocionado—. Mi amante perfecta, mi bella dama y mi gran amor —afirmó antes de besarla—. Soy tuyo.

Nicholas tiró suavemente de la cremallera del vestido, lo bajó con parsimonia, le acarició los senos y de manera eficaz soltó el sujetador para deleitar su lengua con unos pezones que llevaban endurecidos desde que los rozó con los pulgares.

Después de desabrocharle la camisa, Charlotte la abrió y acarició un vello corto y rizado, bajó las manos despacio, hacia su pantalón, provocándolo en la entrepierna con una sensualidad que él

acompasó oscilando excitado las caderas mientras terminó de desnudarlo. Esas caricias impulsaron a Nicholas para dejarla en un instante tan desnuda como él. Ansiaba lamer unos húmedos pliegues que sus dedos frotaban, incitando un baile pegado a su mano, cuando un ronroneo femenino, entrecortado, ardió en su piel y aceleró su deseo por estar dentro de ella como su marido por primera vez. Ese olor sexual disparaba su lado más salvaje que solo quería disfrutar del placer de sus cinco sentidos concentrados en ella; todos le enviaban su más grata felicitación a modo de ráfagas poderosas.

Al penetrarla henchido de sólido amor, Nicholas sintió la fuerza de sus campos magnéticos. Oleadas de enérgicos choques tratando de convertirlo en hierro líquido, ligero como el agua de los océanos. Su calor fue comparable al metal soportando una presión extrema antes de eyacular con una violenta explosión. Igual que la hierba crecía bajo la lluvia, la roció de esperma inundado de vida, difuminó en su interior la calidez espesa de su herencia hasta que Charlotte estalló en un grito que él intentó acallar con sus labios. No habían hablado del tema, pero ninguno hacía nada para impedir un nuevo embarazo; aunque no llegaba.

—Me gusta cuando gritas —susurró y le mordió el lóbulo de la oreja.

—¿Sí?

—Mucho. —Nicholas repartió besitos tiernos por su cuello—. Tengo una sorpresa para ti —dijo sonriendo, bajó la cabeza y se entregó a los pechos. Charlotte acariciaba relajada sus nalgas, muy a gusto, cuando añadió—: Mañana nos vamos a El Cairo.

Charlotte al oírlo le sujetó la cabeza, obligándolo a mirarlo.

—¿Cómo?

Él arqueó las cejas con una expresión divertida.

—Me gustan más los otros gritos.

—¿Por qué me dijiste que no podías coger vacaciones?

—Porque no hubiese sido una sorpresa.

Charlotte le acarició el rostro y, a partir de ahí, la noche de bodas se convirtió en un alarde de masculinidad que ella no solo aceptó encantada, sino que también en varias ocasiones tomó las riendas y dejó a su estrenado marido agotado pero extasiado; juntos pusieron el broche perfecto a un día que pasaría a la historia y que jamás olvidarían.

El hotel elegido por Nicholas se encontraba a treinta minutos de El Cairo, dentro de un extenso jardín tropical con varios patios y dos fuentes cerca de la entrada que, con el sonido armonioso de unos chorros de agua, lo aislaban del ruido de la calle e invitaba a la serenidad. Aquel goteo constante se oía desde cualquier rincón.

La habitación era digna de un rey, con todo el lujo que los envolvía en épocas pasadas y, además, contaban con el privilegio de las vistas espectaculares que los rodeaban al amanecer y al atardecer, entre ellas, una de las siete maravillas del mundo: la Gran Pirámide de Guiza.

Mientras Nicholas se tostaba en la piscina, Charlotte notaba el efecto purificador de unos baños árabes en un remanso de paz. Luego pasaban el día relajados, sin hacer nada; unas vacaciones en toda regla

con una única visita pendiente que Charlotte tuvo que recordarle a su marido, el nuevo Marqués de la Piscina.

—Cariño —dijo Charlotte saliendo del cuarto de baño. Vestía unos pantalones cortos de color caqui y una camisa blanca de tirantes —. Hemos quedado con Ahmad dentro de media hora.

—Lo sé —dijo dándole un repaso lento. Sonrió con peligro y la atrapó con los brazos por la cintura—. Estás preciosa, *milady*.

—Déjate de tonterías —dijo seria con un beso rápido en los labios—. Vístete.

—Es la verdad.

Se separó a regañadientes, cogió su ropa y entró en el baño, mientras, Charlotte aprovechó para avisar a Morsi de su llegada con un poco de retraso. Tenían unos pases especiales para visitar el Museo, iba a acompañarlos por algunas salas restringidas al público, y quería saludar a el-Katatni para agradecerle el interés por su salud y una oferta laboral que remataba sus sueños.

En menos de diez minutos, Nicholas salió vestido casi igual que ella, los diferenciaban el largo de las bermudas y las mangas de la camisa. Un bronceado intenso aumentaba el atractivo de su rostro, convertía sus ojos en dos esmeraldas brillando en la noche; y una incipiente barba, cada vez más salpicada de canas, añadía ese toque sexy que no pasó inadvertido para su mujer.

—Guau —exclamó Charlotte andando hacia él.

—Déjate de tonterías —dijo risueño—. ¿No teníamos prisa?

La temperatura al salir del hotel los azotó sin

contemplaciones, cogieron un taxi y llegaron al centro en un tiempo récord teniendo en cuenta la cantidad de vehículos que circulaban por aquellas carreteras.

Cruzaron una calle con un tráfico dislocado y un ruido ensordecedor que concienció a Nicholas del enorme choque cultural entre su país y ese. En cambio, Charlotte estaba disfrutando. Desde que pisaron el centro de la plaza Tahrir, no paró de contarle de forma entusiasta los usos y beneficios de algunos artículos que un montón de vendedores ambulantes ofrecían en pequeños tenderetes desmontables; al parecer aislaban del insoportable calor, al menos, Nicholas no percibió a nadie molesto, parecían totalmente integrados en el horno donde trabajaban.

Con su eterna sonrisa y vestimenta occidental, Ahmad Morsi los esperaba en la puerta, se acercó a ellos con las palmas de las manos hacia arriba.

—*As-salam alaykom.*

Saludó a Charlotte con un abrazo cariñoso.

—*Wa Alykom As-slam* —respondió tratando de pronunciar bien. Cuando se reincorporó siguieron en contacto estudiando los objetos de su hallazgo, ya que tenían previsto publicar juntos varios artículos y su relación profesional no solo era excelente, sino también diaria y cómplice—. Qué alegría verte ¿Cómo está tu madre?

—Veo que irradias buen humor, además de estar guapísima.

—Que la paz esté contigo. —Nicholas no se atrevió a arriesgar, tendió la mano al egipcio y preguntó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —dijo Ahmad sonriendo—. Enhorabuena, espero

que vuestro matrimonio sea muy feliz.

—Muchas gracias, Ahmad.

Dándole varias palmadas afectuosas en el hombro, Nicholas enseñó dos filas alineadas de dientes blancos en una sonrisa deslumbrante. Desde que comieron juntos en Londres, después de la exposición, dejó de verlo como una amenaza y descubrió a un hombre con muchas ideas e intereses en común. Durante la convalecencia de Charlotte, siempre tenía palabras animosas para él cuando llamaba preocupado por su estado. En aquellas conversaciones empezaron a compartir sus proyectos laborales, anécdotas divertidas o ideas más profundas en un discurrir continuo que los llevó sin notarlo a sentar las bases de una buena amistad.

En pocos minutos entraron en el Museo de Antigüedades Egipcias. Recorrieron las piezas más emblemáticas de la exposición e intentaron saciar la curiosidad de Nicholas, que comprobó por sí mismo en la Sala de Restauración el trabajo minucioso de un técnico con una escultura de un faraón de la XII dinastía, Sesostris I, hecha en piedra caliza y unos dos metros de altura. En ese tiempo, Charlotte los dejó solos y visitó al doctor el-Katatni. Fue como ver una versión femenina de Maggie, unos ojos vivarachos, una energía envidiable para su edad, y una sonrisa simpática que contagiaba vida; igual que ella. En una absurda divagación de recién casada medio atontada por el amor, pensó que harían buena pareja; de cine, muy cómico y entretenidísimo.

Tras los saludos de cortesía, Essam pasó un rato volviendo a incitarla para que colaborara con algunas de las excavaciones que el

Gobierno de Sudán había aprobado, estimulado por las buenas perspectivas que el incremento de descubrimientos podía traer a su país.

—Piénsalo, doctora —dijo con voz profunda y un acento marcado—. Dedicar unos años al trabajo de campo te enriquecerá mucho, eres joven, ya tendrás tiempo de encerrarte.

—Ya se lo he dicho —dijo Charlotte sonriendo. Observó la piel de Essam, curtida en un lugar al que no deseaba volver hasta consolidar su carrera, y se reafirmó en su decisión, aunque ese ofrecimiento era un honor demasiado valioso para rechazarlo por completo—. De momento prefiero seguir en Londres, quizás más adelante.

—Cuando te decidas, solo tienes que llamarme.

—Lo tendré en cuenta. —Charlotte le tendió la mano con una sonrisa feliz—. Muchas gracias.

—Gracias a ti —dijo Essam. Se levantó y la acompañó a la puerta del despacho—. Me ha hecho muy feliz volver a verte.

—Lo mismo digo. —Charlotte asintió y añadió sincera—: Ha sido un sueño cumplido poder trabajar a su lado.

El doctor el-Katatni cerró los ojos unos segundos y movió la cabeza negando con humildad.

En la Sala de Conservación del sótano, Charlotte encontró a Nicholas concentrado en la explicación de Ahmad sobre el proceso de identificación y el retraso en la catalogación de las momias, con una encima de la mesa, incompleta.

Al verla entrar, Nicholas le guiñó un ojo y sonrió contento

mientras se acercaba a ellos.

—¿Qué te parece? —preguntó Charlotte.

—Un lío.

La rotundidad de su respuesta hizo reír a los arqueólogos, ya que aparte de ser un quebradero de cabeza, era también un despliegue de pruebas con máquinas costosas, la mayoría donadas al Museo Egipcio con afán altruista (eso decían) grandes empresas extranjeras.

—Es verdad, Nick —dijo Morsi—. Son rompecabezas genéticos. Con Piankhi y Sarihsa lo hemos tenido muy fácil, lo habitual son meses comparando resultados entre varios miembros de una familia para encontrar coincidencias o no, aunque para mí es su gran atractivo.

—No lo dudo. —Nicholas le palmeó el brazo de buen humor y miró a su mujer—. Os van los misterios; son vuestros *Expedientes X*.

—¿Has escuchado, doctora? —preguntó Morsi sonriendo—. Ya está mezclándonos con los extraterrestres. —Se quitó los guantes, observó el gesto indiferente de Nicholas, que encogió los hombros, y añadió mirando a Charlotte—: ¿Has hablado con Essam?

—Sí —respondió y negó convencida con la cabeza—. Pero no.

—¿De qué? —preguntó Nicholas intrigado.

—Me ha ofrecido trabajo en las excavaciones que tienen pendientes.

—Qué bien —dijo diplomático amagando una sonrisa.

—Por ahora no voy a volver. —Charlotte cogió su mano y le dio un beso en la mejilla, observada por un sorprendido y risueño Ahmad, que nunca la había visto tan abierta. Divertida comentó—.

Relájate, no me vas a perder de vista tan pronto.

—No tengo intención de hacerlo.

—Si os parece —dijo Morsi interrumpiendo—, recogéis algo de ropa en el hotel y os llevo a mi sorpresa. Vais a poder perderos juntos.

—Espero que sea buena Ahmad. —Al decirlo, Charlotte notó la presión de la mano de Nicholas—. Porque el hotel es una maravilla.

—No tienes ni idea —dijo Ahmad con un tono suficiente. Estaba seguro de que les iba a dar la mejor noche en Egipto, mostrándoles algo que pocos afortunados podían contemplar. Quería corresponder el detalle de haber elegido su ciudad para pasar la luna de miel—. Lo que vas a ver hoy, te garantizo que no lo has visto nunca.

—Más te vale —replicó Charlotte, guiñó a Nicholas, que intuyó una conclusión bromista por la sonrisilla infantil que asomó en sus labios, y añadió feliz—: Somos muy exigentes.

Después de comer un delicioso y dulce menú en un pequeño restaurante sin turistas, Morsi los llevó al hotel. Mientras esperó que recogieran sus cosas, se le unieron un hombre y una mujer; encargados de convertir en especial el regalo de sus amigos, que mostraron su extrañeza cuando regresaron hablando relajados y los vieron sentados en la parte de atrás de la furgoneta.

De manera correcta los saludaron y se montaron delante con él. Durante varios kilómetros siguieron el curso del Nilo desde la carretera, al llegar a Faiyum, Morsi se desvió entre desierto y fértiles

tierras de cultivo regadas por el río a través de canalizaciones. Más tarde, la aridez y el polvo se apoderaron del paisaje. En cuanto paró el vehículo, los ojos alucinados de Charlotte no abarcaron la inmensidad que los rodeaba, ausente por completo de cualquier ser vivo, en cambio, escuchaba un ensordecedor rumor de agua.

—¿De dónde viene? —preguntó Charlotte frunciendo el ceño.

—Acompañadme —dijo Ahmad emocionado.

Anduvieron más de cien metros, llegaron al borde de un terraplén y apareció de la nada un hermoso lago, con una catarata de unos tres pisos de altura, una fuerza salvaje en la caída y una brisa agradable llena de millones de gotas que refrescaban el bochornoso ambiente.

—Qué bonito —exclamó Charlotte.

—Es el oasis de el-Medawara —afirmó Morsi orgulloso, nunca dudó de la capacidad de asombro de aquel paraje. Nadie podía quedar impasible ante esa belleza—. Tenemos que llegar allí.

Les indicó una zona en la orilla con una espesa vegetación y varias palmeras elevadas al sol del atardecer. La pareja silenciosa habló en árabe con él y, de inmediato, empezaron a sacar varias cajas del maletero. En pocos minutos los precedieron diligentes por el camino que llevaba hasta abajo. Nicholas cogió la bolsa que prepararon en el hotel, le dio la mano a Charlotte y descendieron charlando con Morsi.

De manera efectiva, Nicholas y Morsi ayudaron a montar una jaima. Luego la mujer sacó varias bandejas con comida y el hombre montó la iluminación, mientras ellos aprovecharon para dar un paseo

alrededor del lago.

—Vendré a buscaros mañana por la mañana —dijo Morsi.

—Es espectacular —reconoció Charlotte agarrada con seguridad por Nicholas. Las sandalias no eran recomendables con las rocas resbaladizas de la orilla—. Lo había soñado, pero no creía que pudiera existir un sitio así.

—Te debo una —dijo Nicholas dándole unas palmadas en el hombro a Ahmad—. Intentaré compensarte la próxima vez que vengas a Inglaterra.

—No me debes nada, es un placer que conozcáis mi país.

—Vendremos siempre que podamos —dijo Nicholas.

—Eso espero —añadió Ahmad sonriente antes de despedirse —. Disfrutad.

En una noche oscura poblada por millones de estrellas, prescindieron de otra música que no fuera el sonido del agua, perdidos en medio de un desierto con una sensación de felicidad total. Tenían preparadas dos sillas de mimbre y una mesa con un servicio completo encima de un pulcro mantel blanco, donde había una extensa variedad de productos, entre ellos: pequeños dulces, una *pastela*, una vasija de barro con pollo en salsa de ciruelas, vino y champán.

—¿Sigues opinando que el hotel es mejor? —preguntó Nicholas, sirviéndole más vino.

—Cariño, ha sido una broma —dijo sonriendo, cogió la copa y bebió—. Si eres tú quien más lo está disfrutando.

—Es que es un lujo tumbarse al sol —afirmó satisfecho—.

Pero lo he pasado mal en el centro, en serio.

—Hay que acostumbrarse. Recuerdo que cuando hice mis prácticas apenas noté el calor, supongo que sería por la excitación y el entusiasmo.

—¿De verdad no quieres venir a excavar?

—De verdad —dijo convencida—. Esta vez sí me costó mucho más adaptarme. Prefiero estar en el Museo investigando de otra manera y disfrutar de un escritor que me tiene fascinada.

—¿Es bueno?

—El mejor y, además, es mi marido.

Charlotte se levantó, ocupó el regazo de Nicholas y le sujetó la cara besándolo despacio, poco a poco ganó intensidad hasta que se apartó y lo miró risueña.

—Si quieres después nos damos un baño en la cascada —dijo Nicholas.

—¿Después?

Habían cenado y no tenía ningún impedimento para retrasarlo. La mirada de Charlotte y su sonrisa tendiéndole el brazo cuando se levantó, acabó por decidirlo. Confiados en la soledad, se desnudaron en la orilla y anduvieron cogidos de la mano como náufragos abandonados en una isla. Más intrépido, Nicholas nadó decidido hasta situarse bajo el poderoso chorro de la cascada, agradeciendo el frescor del agua cristalina.

—¡Duele!

—¡Mira qué hay detrás! —gritó Charlotte, nadando hacia él.

En cuanto Nicholas traspasó la cortina, ella pudo observar su

cuerpo difuminado por la pantalla transparente que los separaba. Con rapidez, Charlotte también la atravesó, pero Nicholas ya no estaba. Miró alrededor y sintió la frialdad húmeda de las rocas en los pies, escuchando ruidos que no quiso procesar; provenían del techo de la gruta y sugerían tener una inquietante compañía. De repente, Nicholas emergió a unos metros.

—Ven —dijo extendiendo un brazo—. Aquí hay una especie de escalón.

Charlotte se acercó cautelosa. Comprobó que varias rocas planas apiladas en el borde formaban una escalera natural, las pisó y salió del agua. Rió con ganas por el saludo alegre que recibieron sus pechos del miembro de Nicholas, a la vez que él intentaba controlarlo con una mano.

—Yo no le veo la gracia —dijo irónico.

—Sí la tiene, cariño. —Acarició una erección dura y suave—. Eres un robot.

—No lo soy, solo que reacciono demasiado a ti. —Nicholas la sujetó por las caderas, consciente de su roce, abrasado en deseo, inclinó la cabeza hacia abajo y empezó a besarle el cuello—. No puedo evitarlo.

Se fundieron en un apasionado beso, con unos gemidos inaudibles que se convirtieron en sonoros cuando tomaron la iniciativa unas manos expertas en conocer sus juegos y excitaron dos cuerpos pegados, aislados del mundo por un protector ruido.

Con el aguante perdido, Nicholas la cogió en brazos y le colocó las nalgas en el borde del escalón más alto. Se arrodilló entre

sus piernas, la lamió ansioso de su sabor y mientras le sujetaba la cara interna del muslo con una mano, le recorría con la otra el estómago. Atrapó un pecho y se dedicó a masajearlo con fuerza hasta escuchar orgulloso el eco extasiado de su nombre, que rebotó descontrolado y precipitó una huida sincronizada y estridente de una colonia entera de murciélagos.

—Deberíamos irnos —comentó Nicholas cuando ella se calmó.

—Pero… ¿Y tú?

—Mi amor —dijo cariñoso levantándose—. Si tú eres feliz yo lo soy. Además, con el chapuzón seguro que se me pasa.

—Como quieras.

Charlotte cogió su mano, le besó los labios y nadaron juntos hacia la orilla, a la zona donde recordaban dejaron la ropa. Sin apenas luz, les costó un poco encontrarla, las plantas y vegetación no ayudaban. Charlotte se vistió y comprobó el acierto de Nicholas en cuanto a su erección; el agua fría no la animaba a fiestas, pasó por su lado y sin poder reprimirse le dio unos suaves toques juguetones.

—Pobrecita —comentó bromista.

—Tú espera —dijo Nicholas poniéndose las bermudas. No tenía ganas de perder el tiempo y se guardó el bóxer en el bolsillo, sin pensar en volver a ponérselo—. Vas a ver lo pobre que es.

Cuando minutos después llegaron a su campamento, con algunos farolillos de gas iluminando de cálidos amarillos su noche más especial en Egipto, Charlotte desapareció en el interior de la tienda y Nicholas se dedicó a contemplar las estrellas mecido semidesnudo en

una hamaca entre dos árboles.

En poco tiempo Charlotte salió y lo dejó embobado mirándola, reaccionando esa vez a la sutil transparencia de sus curvas con una túnica blanca.

—Estás guapísima.

Charlotte se tendió junto a él, apoyó la cabeza en su brazo y compartió la relajación con un suave movimiento que la adormeció junto a unas caricias perezosas en su barriga.

—Quiero que pronto seamos padres —susurró Nicholas

—Prefiero no pensarlo —dijo resignada. No le gustaba hablar de eso, la entristecía y había decidido que cuando quisieran llegar serían bien recibidos; no iba a acelerar algo que ya una vez la destrozó —. No depende de nosotros. La otra vez fue casi un milagro y…

—Cariño, sabes que para mí eres lo más importante, si quieres que esperemos lo haremos, pero me gustaría que no lo retrasásemos mucho.

—¿Por qué ahora tienes prisa?

—No es prisa, pero mi padre está mayor —dijo con tristeza—. Me gustaría que conociera a nuestros hijos. —Nicholas le colocó el pelo tras la oreja y percibió en su cara el rastro de esa pena que la seguía afligiendo cuando recordaba, el principal motivo por el que nunca hablaba del tema con ella. Le secó con el pulgar una lágrima solitaria—. Perdóname, no quería que te pusieras así.

—No lo controlo —susurró mirándolo. Vio un amor profundo, que correspondía y no quería enturbiar en una ocasión única. Esbozó una sonrisa, giró el cuerpo y quedó medio tumbada encima de él—.

Por la entrega que estás poniendo, creo que pronto lo conseguiremos. —Charlotte le acarició la mejilla y lo besó despacio en los labios. Nicholas se animó y deslizó las manos por sus muslos, acercándose con peligro a su sexo—. Sería un desperdicio tanto esfuerzo.

—No me canso —dijo empujando con las caderas—. Me gusta demasiado.

—Y a mí —Charlotte se relamió, le tocó la bragueta satisfecha por la solidez de un miembro complaciente con ella y, con suaves mordiscos en la barbilla, susurró—. Me encanta.

Una sonrisa lobuna advertía sexo inminente, Charlotte lo conocía. Metió la mano bajo la cintura de su pantalón, atrapó una erección con unas gotas cremosas y atrevidas, apiñadas en la parte más elevada de su línea de salida, las restregó lentamente en la punta y, con el objetivo bien claro, se chupó el dedo delante de él.

—Voy a acabar contigo.

Nicholas se incorporó dispuesto a ganar cualquier carrera de obstáculos, saltó decidido de la hamaca y cogió en brazos a Charlotte, que riendo feliz le alegraba la vida; era su mitad y se entendían sin palabras. Entró en la tienda notando en la planta de los pies la suave alfombra persa en tonos rojos y dorados que cubría el suelo, la tumbó sobre un futón confortable, rodeado por cojines grandes de colorida seda, con la intención de esmerarse dedicándole el resto de su vida; ahí se sintió realmente casado; ahí encontró la paz que siempre lo esquivaba. La amaba por encima de todo y necesitaba tener un hijo completando sus sueños; ansiaba la noticia porque ese día estaría a su lado.

Regresaron a Inglaterra el once de agosto, diez días después de llegar a Egipto. Pasaron los últimos en Meroe, donde Charlotte le enseñó la sepultura del faraón y la cámara de Sarihsa.

Para ella estar en ese sitio sagrado junto a Nicholas fue su gran deseo concedido. Cuando entró por primera vez lo tuvo de forma constante en el pensamiento y sentirlo a su lado, con el brazo apoyado en su hombro mientras observaba una habitación vacía, sabiendo que solo los soñadores podían suponer la emoción indescriptible que sintió aquel día, consiguió que lo admirase más; esa imaginación para escribir grandes historias lo incitó a compartir ese momento tan especial, casados, en el interior de la pirámide por la que se conocieron.

Los viernes por la tarde dejaban Londres y pasaban los fines de semana en Wells. Allí sus vidas se limitaban a montar a caballo y visitar casi a diario los preparativos para la inauguración de Ivory, con los implicados llenos de optimismo por la ocupación completa de las primeras semanas y las buenas expectativas por las reservas de las siguientes.

Encargados de la contratación del personal, Tristam y Nicholas decidieron contar con los servicios de una directora con experiencia. La avalaba una carrera intachable en una cadena de renombre y se mostró entusiasmada con el reto, diferente en cuanto al número de clientes a los que estaba acostumbrada.

Ese primer sábado de septiembre, Charlotte no lo acompañó al recibir la visita inesperada de Philip Astor, que le expuso algunas

novedades en la acusación contra Amanda y el resultado de la entrevista que había mantenido con el único testigo que hasta el momento corroboraba que era ella quien conducía el otro vehículo.

Tras una tensa conversación en la que Charlotte se vio obligada a recordar el accidente, Philip decidió incluir la mala relación anterior entre ellas para argumentar el móvil, pero necesitaría al menos a dos testigos que hubiesen presenciado algún desencuentro.

—Cuando pasó ¿había alguien con vosotras? —preguntó interesado.

—Nicholas —dijo Charlotte cansada.

—Su testimonio tiene muy poco peso. Está demasiado involucrado con las dos.

—Normalmente solo hablaba con él. A mí solo me dijo que tuviera cuidado, que podría tener un accidente con el caballo.

—Pero ¿te habló de manera despectiva?

—Sí, no fue con cariño, te lo aseguro —dijo irónica—. Me llamó “rubita” y “amiguita”.

Maggie entró en la biblioteca con una bandeja y dos tazas de café que dejó en la mesa baja delante de ellos, Philip la observó atento y, cuando iba a salir, le dijo:

—Maggie, ¿la exmujer de Nick venía mucho?

Se volvió y suspiró con fastidio.

—Tenía rachas —dijo Maggie, indiferente encogió los hombros y continuó—. Supongo que se acordaba de él cuando se le acababa el dinero.

—¿Alguna vez la oyó hablar de Charlotte?

—Sí —dijo sonriendo—. Además, recuerdo con claridad la última vez.

—¿Le importaría contárnoslo? —incitó Philip.

Maggie se sentó enfrente, se quitó las gafas y las limpió con una esquina del delantal alternando la mirada entre los dos.

—No recuerdo el día exacto, pero fue cuando estuviste en Sudán —dijo centrada en Charlotte. Siguió—. Me la encontré en la puerta, yo salía para hablar con Lewis. Empezó diciéndome que le había perdido el respeto desde que Nick salía contigo, y que hiciera el favor de tratarla cómo merecía. Me dijo que si tú me lo consentías era tu problema, pero que ella no eras tú. Fue arrogante y despectiva, me molestó —añadió suficiente—, y le dije que tú eras una dama y ella una aficionada. —Rió divertida, viendo asombro en los ojos de Charlotte e incomprensión en los de Philip—. Tenías que haberle visto la cara, se puso verde.

—¿Estaría dispuesta a declarar?

—Por supuesto —afirmó rotunda.

Con una gran sonrisa agradecida, Charlotte se emocionó.

—Siendo testigo, está obligada a decir la verdad bajo juramento.

—No tengo ningún problema —replicó segura mirando a Philip—. Creo en Dios y rezo para que se haga justicia.

—Muchas gracias, Maggie. El lunes hablaré otra vez con usted para preparar las preguntas.

—Nosotros estaremos en Londres —dijo Charlotte—. Y ella se

queda aquí.

—No pasa nada. —Philip movió la cabeza negando con suavidad. No la haría perder el tiempo para tres preguntas que no le preocupaban. Se conocían desde hacía años y tenía muy claras sus convicciones, con dos fundamentales para él: lealtad y sinceridad. La señora Lorne de manera fortuita se convirtió en otra baza muy importante en su argumentación—. Lo podemos hacer por teléfono.

Un rato después, Charlotte preparaba la cena batiendo unos huevos para hacer una tortilla y Maggie recogía la colada sacando la ropa de la secadora.

—Déjalo —dijo Charlotte cuando la vio—. Mañana lo haces.

—Prefiero hacerlo ahora. Si te empeñas en cocinar tú, es una tontería que venga tantas horas, con los fines de semana sería suficiente. En verano o Navidad puedo venir media jornada o lo que vosotros queráis.

Charlotte sabía que Nicholas la mantenía con la jornada completa para que no afectase a su economía, aunque sospechaba que ella preferiría vivir más tranquila y disfrutar más de sus nietos.

—¿Irías bien solo trabajando la mitad?

—Sí. Además, podría ir entre semana a ver a los niños.

—Si es lo que quieres, me parece bien.

—¿Hablas tú con él? —preguntó Maggie aliviada.

—Claro —afirmó sonriendo— Venga, deja eso ya.

—Si quieres el sábado que viene podemos ir al mercadillo que ponen en la plaza del Ayuntamiento, la fruta y la verdura es muy fresca.

—Vale, tengo ganas de ir, hay muchos puestos con productos locales. Nicholas dice que los mejores quesos los compra allí.

—Dirá que se los compro yo.

—Supongo —admitió sonriendo. A ella se lo perdonaba todo, pero a Nicholas no le pasaba una—. Será una manera de hablar.

—Será eso…

En cuanto terminó de doblar la ropa, la dejó encima de la bandeja que tenían en la zona de lavado y se despidió de Charlotte con dos besos.

Maggie salió hacia su casa andando a paso rápido y coincidió con Nicholas que entraba por el camino con el Maserati.

Al verla, frenó y detuvo el coche.

—¿Ya te vas? —preguntó extrañado. «Desde luego hace lo que le da la gana», fue el pensamiento que lo golpeó—. Es temprano.

—Charlie me lo ha dicho —comentó nerviosa—. Tengo prisa, hasta luego.

—Móntate. —Nicholas acompañó el ofrecimiento abriendo la puerta del copiloto—. Te llevo a tu casa.

—Déjelo. Si no me entretiene, no perderé el autobús.

—No me importa, en serio.

Ante la insistencia que mostró, a Maggie no le quedó más remedio que aceptar. Pasados unos cientos de metros, Nicholas la miró con el ceño fruncido, asombrado por un silencio y un comportamiento comedido que no esperaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó suspicaz.

—No.

—Permíteme que lo dude.

—Usted verá —añadió con indiferencia.

Siguieron hasta entrar en el pueblo y, cansado por su actitud impasible, Nicholas optó por no indagar más.

—He hablado con Charlie —dijo Maggie rompiendo el silencio—. Le he dicho que me gustaría trabajar solo los fines de semana, completos, y media jornada cuando estén de vacaciones.

—¿Estás incómoda con nosotros?

—No —exclamó apretando la frente—. Sabe que lo quiero mucho. —Maggie le tocó el brazo—. No es necesario que venga todos los días, y sé que me ha mantenido porque creía que me hacía falta —admitió sonriendo agradecida—. Pero me gustaría estar con mi familia en Londres más tiempo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces disfruta de tus nietos y no te preocupes por nosotros —dijo cariñoso—. Allí tenemos a Joan y cuando estemos aquí siempre contaremos contigo.

—Muchas gracias.

Maggie le dio un beso en la mejilla y descendió del pequeño vehículo negro, captando la atención de algunos niños que jugaban en la puerta de su casa en una templada noche veraniega.

Un olor a carne asada fue el grato recibimiento que tuvo el olfato de Nicholas al abrir la puerta. Charlotte todos los días

preparaba la cena y algunos fines de semana también la comida. Le gustaba y relajaba. Él casi siempre ayudaba e incluso varias veces llevó la voz cantante, el resto era el pinche.

—Qué bien huele. ¿Qué estás preparando? —preguntó, acercándose.

—Cordero en salsa —respondió con un beso en los labios—. Pero primero te tienes que comer la tortilla de berenjenas.

—Ya me extrañaba que fuese tan bonito —dijo con un mohín irónico.

—No seas crío, esa exclusiva solo la tengo yo.

Charlotte sonrió satisfecha y le rodeó el cuello con los brazos asegurada por unas manos grandes en la cintura.

—¿Cómo te ha ido con Astor?

La soltó, se remangó la camisa celeste e investigó la procedencia del olor.

—Bien —contestó con desgana—. Maggie va a testificar.

Nicholas cerró el horno y se giró frunciendo el ceño.

—¿Por?

—Porque cuando estuve fuera vino aquí —dijo seria. Aunque no fue su intención reprocharle nada, Nicholas la escuchó molesto con las mandíbulas tensas y los brazos cruzados—. Phil va a usar la animadversión que sentía por mí para argumentar su móvil. Tú podrías declarar, pero creo que prefiere a Maggie. Dice que tu testimonio tiene menos credibilidad.

—Supongo que sería el día que vino a advertirme de la publicación de la entrevista.

—Tuvo unas palabras con Maggie.

—No lo sabía —reconoció pensativo. Era cierto que aquellos días no atravesaba un periodo muy sociable, aunque se extrañó por esa discreción de Maggie, en otras circunstancias le habría contado con pelos y señales la conversación entera—. ¿De qué hablaron?

—De mí —dijo con una sonrisa más cínica de lo que pretendía—. La semana que viene la llamará para adelantarle las preguntas. Yo tendré que pasar por su despacho. También el chico del otro coche declarará.

—Todo va a salir bien. —Nicholas trató de mantener una calma que a veces flaqueaba, acarició su cara y la besó en la frente—. No te preocupes. ¿No me vas a contar de qué hablaron?

—De comportamiento, tenían criterios diferentes —dijo evasiva, sonrió y lo besó en los labios, no iba a repetir las palabras de Maggie, prefirió sentirlo y ahorrarle otro sinsabor—. Quiere trabajar menos horas.

—Me lo ha dicho —comentó viendo su táctica. Se apartó, sacó dos copas, pensando en el contenido que le ocultaba y en la manera de hablar al día siguiente con Maggie, que al ser domingo no iría por allí. No tendría otra oportunidad antes del juicio, previsto para el próximo jueves. Comprendió su actitud con él y se le ocurrió visitarla a primera hora, solo se desviaría de su recorrido con *Viking*—. La he llevado a su casa.

—¿Qué te parece?

—Bien —dijo Nicholas casual sirviendo el vino. Sonrió mentalmente al advertir la confianza de su mujer, que creyendo que lo

había despistado, se acercó, cogió su copa y bebió un sorbo mirándolo seductora. No era capaz de mantenerse indiferente a sus atenciones, disimuló y añadió bebiendo tranquilo—: Le mantendré el sueldo.

Charlotte lo volvió a besar.

—Eres muy generoso.

—A ver si como mínimo me sirve para comer bien.

Unas suaves caricias en la nuca evaporaron la cordura de Nicholas igual que el sol del desierto se llevaba el agua y dejaba la arena seca y cálida. Con ella su vida fluía suave, constante y siempre a más; juntos se protegían y más unidos que nunca asumirían la voluntad de la justicia; un último escollo para retomar su futuro con las cuentas saldadas.

CAPÍTULO XIX

Londres, Inglaterra
8/9/2011

Nicholas cogió con firmeza la mano de Charlotte cuando se aproximaron a la puerta del juzgado. Philip los saludó con afecto y la sujetó por el codo apremiándola a avanzar entre los insistentes periodistas de los numerosos medios de comunicación que se habían dado cita.

—Tranquila, no van a poder entrar —dijo Astor en su oído—. El juez ha ordenado que sea a puerta cerrada.

—Estoy bien. No esperaba tanta concurrencia.

La ingenuidad de Charlotte los llevó a cruzar sus miradas unos segundos, aunque se equivocaran en sus conclusiones, ya que era desconocimiento. Apenas veía la televisión, no leía revistas ni prensa amarilla. De forma inconsciente, se ahorró comprobar cómo les dedicaban parte de sus portadas con la misma intensidad que airearon las infidelidades del capitán de la selección inglesa de fútbol.

Los nervios de Charlotte aumentaron al entrar y sosegó sus pasos. Nicholas, alerta como un halcón, presionó su mano dándole seguridad mientras atravesaron la sala siguiendo a Philip hasta el primer banco de la derecha, donde les indicó que se sentaran. En el estrado, frente a ellos, estarían el juez en el centro y la defensa a la izquierda.

El encargado de velar para que se ejercieran las acciones penales y civiles oportunas contra la acusada fue el fiscal Elliot Anderson, que apareció decidido, saludó con un amigable apretón de manos a Astor y se sentó a su lado. A sus cincuenta años, era delgado, con bastante calvicie, y un engañoso aspecto débil que encubría a uno de los más respetados fiscales del Ministerio Público. Echó un vistazo alrededor deteniendo los ojos durante un instante en Charlotte, se quitó las gafas y las limpió con suavidad.

También la secretaria ocupó su sitio, igual que el abogado defensor, Adam Morgan; el más joven de los representantes legales. Con una apariencia apática, un cuerpo desgarbado vestido con un traje barato y una mochila deshilachada, reflejaba las pocas esperanzas que tenía con ese caso asignado por el azar del turno de oficio.

Por una puerta lateral, esposada con las manos delante, entró Amanda acompañada de un policía. Vestía un traje oscuro con una falda recta que, si alguna vez le quedó bien, en ese momento, solo realzó el esperpento en el que se había convertido. La cárcel no contribuía a que su cuerpo luciera saludable y unas profundas ojeras ensombrecían su demacrada cara, la dejaban expuesta tal cual era: desagradable.

Con una mirada altiva, Amanda pasó por delante para sentarse en el banco contiguo al de ellos. Impasible, Nicholas la siguió con los ojos y no evitó un ligero gesto despectivo con la boca; sin embargo, Charlotte la ignoró, alzó la cabeza y se concentró en un punto imaginario; menos ella, cualquier referencia le servía.

Cuando entró el juez todos se pusieron en pie, seguidamente, se sentaron. Philip les comentó que Jeremy Turner, a sus sesenta y cinco años, tenía una carrera intachable y experiencia en juicios sonados. Ofrecía un aspecto familiar nada intimidatorio: unos ojos azules simpáticos, un cabello blanco alborotado, y una cara regordeta que recordaba más a un entrañable abuelo que a alguien con su autoridad. Se ajustó las gafas y leyó el procedimiento de manera rutinaria. Luego, esperó que la secretaria diera lectura a los escritos de la acusación y la defensa para hablar en un tono neutro:

—Amanda Ayles, póngase en pie —ordenó mirándola a los ojos. De inmediato, Amanda se levantó e insinuó una sonrisa, nada apropiada ante la gravedad de los cargos en su contra. Molestó al juez, que endureció el gesto y continuó—. Se le informa de su derecho a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable. Si va usted a declarar, responda a las preguntas del Ministerio Fiscal.

El señor Morgan inclinó una vez la cabeza e incitó a Amanda. Se dirigió a la única silla que había frente al juez, sin cortarse sonrió a Nicholas antes de sentarse. Elliot Anderson recogió con calma unos papeles de la mesa y se aproximó a ella con una mano en el bolsillo del pantalón.

—Con la venia de su señoría —dijo con un vistazo a Turner, giró la cabeza y se concentró en Amanda—. Diga si es cierto que circulaba el domingo veintidós de mayo a las nueve y media de la mañana por la A281 a la altura de Handcross.

—No lo recuerdo —respondió rápido Amanda.

—¿Alquiló usted un vehículo el día veinte de mayo en una

oficina de Hertz en Clifford Road?

—No lo recuerdo.

—¿De verdad? —preguntó irónico—. Es usted la única persona que conozco que no recuerda un dato así —comentó con una ligera sonrisa—. Lo extraño es que su firma aparece en los resguardos de dicha empresa de alquiler. ¿Lo recuerda ahora?

—No.

—¿Conoce personalmente a la señora Finch-Hutton?

Al escuchar el nombre, Amanda reaccionó; ella era la señora Finch-Hutton. Ahí admitió en público el odio que sentía hacia Charlotte; la delató una expresión agriada llena de despecho, acompañada de una mirada amenazante a Anderson que percibieron tanto Philip como Nicholas, que cruzó los brazos y dobló una pierna encima de la rodilla, esperando la contestación, inmóvil.

—Sí —dijo Amanda.

A Charlotte le preocupó su propia relajación; pero en esa actitud esquiva y soberbia no vio arrepentimiento, y reafirmó su confianza en la justicia.

—¿Nos puede explicar de qué se conocen?

—Claro. —Amanda miró a Nicholas, a Charlotte y se dirigió al fiscal—. La conocí cuando trabajaba para mi exmarido, era su secretaria —mintió sonriendo y añadió cínica—: Siempre hemos tenido una relación muy cordial.

—Discúlpeme, señora Ayles, pero no tengo constancia de que la señora Finch-Hutton haya trabajado como secretaria para nadie —comentó Anderson. Amanda hizo una mueca indiferente y encogió los

hombros—. En la documentación de sus contratos laborales se refleja que la señora Finch-Hutton —remarcó el apellido— siempre ha trabajado como arqueóloga y solo en uno de ellos se hace mención a un trabajo diferente, y es el que realizó para el señor Finch-Hutton desde el uno de septiembre de 2010 hasta el mes de diciembre del mismo año, y se especifica el puesto que ocupó: documentalista histórico —comentó satisfecho—. Es un poco extraño que lo haya confundido, ya que tenían una relación tan cordial. ¿Cuántas veces se vieron?

—No puedo asegurarlas.

—¿Eran amigas?

—Sí.

—Debemos entender que no mantenían una relación muy íntima —dijo Anderson con una sonrisa leve—. O como poco, que no hablaban de trabajo. Por cierto, señora Ayles, ¿nos podría contar de qué ha vivido desde su divorcio del señor Finch-Hutton?

—De trabajos esporádicos.

—¿Puede ser más concreta?

—Colaboraba con dos o tres publicaciones semanales —dijo calmada—. Hacía reportajes de moda.

—Qué suerte la suya —exclamó irónico—. ¿Es modelo?

—No.

—¿Ah, no? Explíquenos en qué consistían esos trabajos, por favor.

—¡Protesto! —exclamó Morgan—. La manera de ganarse la vida de la señora Ayles no tiene que ver con los hechos que se juzgan.

—Denegada. —Turner no dudó, miró a Amanda y añadió serio—: Responda a la pregunta del señor letrado del Ministerio Fiscal.

—Concedía entrevistas —dijo despacio.

—Diga si es cierto que el pasado mes de julio la condenaron a pagar dos indemnizaciones a los señores James y Nicholas Finch-Hutton por los delitos al honor de injurias y calumnias.

—Sí.

—Diga si es cierto que el pasado mes de julio también la condenaron a devolver unas joyas que pertenecían a la familia Finch-Hutton y a una pena de tres años de prisión por un delito de robo que actualmente está cumpliendo.

—Sí.

Anderson no mostró ningún rastro de la satisfacción que sintió, se giró hacia el estrado y en un tono firme dijo:

—Señoría, no hay más preguntas.

El juez Turner durante el interrogatorio tomó algunas anotaciones, hizo a Astor un ligero gesto con la cabeza y miró a Amanda.

—Responda a las preguntas del señor letrado de la acusación particular.

De manera suave, Philip se colocó las gafas rojas, se levantó y se situó con las manos en los bolsillos apoyando la parte baja de la espalda en el estrado. Él y Amanda eran viejos conocidos que nunca habían congeniado, aunque siempre mantuvieron una relación cordial en público, la miró antes de hablar con una sonrisa cínica que fue correspondida.

—Con la venía de su señoría —dijo serio, se centró en Amanda—. No me ha quedado claro el tipo de relación que mantenía con la señora Finch-Hutton. —Astor también hizo hincapié en la palabra “señora” y el apellido, sabía que incomodaba a Amanda y advirtió que Anderson lo usó para ponerla nerviosa—. ¿Recuerda alguna conversación con ella?

—No, lo siento.

—¿Qué es para usted una relación cordial?

—¡Protesto! —interrumpió Morgan sabiendo que Astor pretendía desacreditar a su cliente—. No es pertinente.

—Denegada. Quiero escuchar su respuesta —afirmó el juez—. Señora Ayles, por favor, conteste a la pregunta del letrado.

—Una relación amistosa, amable…

—¿Menosprecia u ofende a sus amigos?

Astor alzó las cejas y esperando la respuesta se dio varios toques con el dedo índice en los labios.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué siguió a la señora Finch-Hutton si mantenían una relación amistosa?

—No lo hice.

—¿Por qué la embistió?

—No lo hice.

—¿Por qué provocó la muerte de un ser humano?

—¡Protesto! —Interrumpió Morgan—. No lo puede considerar un ser humano. No había vivido fuera del útero materno veinticuatro horas.

—Admitida. —El juez escribió con rapidez—. Continúe señor letrado.

—Lo que es aun peor. —Astor no moderó su tono hostil mientras se acercó a Amanda—. ¿Por qué no la socorrió?

—No estuve allí —dijo disimulando una sonrisa.

—Señoría, no hay más preguntas.

Philip, al volver a su sitio, compartió una mirada cómplice con Nicholas. El abogado defensor se levantó, rehusó hacer preguntas, y el juez llamó a Charlotte, que ese día tenía un aire distinguido con un traje pantalón negro y unos zapatos beige de tacón alto; no olvidó su amuleto, brillaba e iluminaba su chaqueta. Se dirigió con seguridad al estrado, no se dignó en mirar hacia donde estaba Amanda, se sentó y cruzó las piernas de manera elegante; observada atentamente por Nicholas con una expresión cariñosa dándole su apoyo.

Anderson y Philip tuvieron el detalle de no incidir mucho en el aborto, pero ambos solicitaban la pena de homicidio con lesiones imprudentes para el bebé y fue inevitable recordarlo. Cuando le llegó el momento al abogado defensor, reflejo del trance tan amargo que estaba viviendo, los ojos de Charlotte ardieron indignados ante las preguntas sobre su depresión.

Nicholas escuchó conteniendo el mismo enfado que percibió en su mujer. La vil estrategia de Morgan solo era comparable a la maldad de Amanda, pero todavía no había llegado el golpe de gracia que Astor tenía preparado, y si Nicholas sabía algo con certeza era que su amigo jamás lo defraudaría.

—Señora Finch-Hutton, —Morgan sonó despectivo, levantó la

vista hacia ella y preguntó lleno de arrogancia—, ¿Puede decirnos a qué velocidad circulaba?

—Siempre respeto los límites establecidos—respondió mirándolo a los ojos, vocalizando sosegada—. En esa vía era de cincuenta millas.

—¿Siempre? —Morgan dudó con una mueca de desaprobación—. Eso es demasiado rotundo.

—No para mí. —Charlotte, incómoda, irguió la cabeza y se esforzó por sonreír—. Nunca sobrepaso los límites de velocidad.

—Según el informe pericial, usted circulaba de manera imprudente. Su velocidad era bastante inferior a la establecida en la A281.

El fiscal frunció el ceño y echó el cuerpo hacia delante, con las manos cruzadas.

—¡Protesto! —exclamó rotundo Astor, observó furioso a Morgan. Una práctica habitual entre algunos abogados defensores era eximir la culpabilidad para eludir una indemnización—. No admitiremos una concurrencia de culpas. ¡Es intolerable!

—Se admite la protesta —dijo el juez.

Viéndose despojado de su única vía para minimizar la pena, Morgan concluyó el interrogatorio. El juez llamó al médico forense encargado de los informes para la instrucción. Se ratificó y contestó a las preguntas del fiscal narrando con claridad el tipo de lesiones en Charlotte y las que causaron la muerte del feto; ocasionada por la fuerza de los dos primeros impactos y la desasistencia que sufrió la madre mientras llegó la ambulancia; decisiva en el resultado del fatal

desenlace.

Más tarde, el policía confirmó que Amanda alquiló el vehículo. Las huellas de los neumáticos en la calzada, las mediciones de las marcas y la pintura encontrada en la parte trasera del Golf evidenciaban como mínimo que el Nissan estuvo involucrado en el accidente. En cuanto el policía terminó, el juez llamó a Maggie. Cuando entró en la sala, Amanda le mostró una mirada sorprendida y su desprecio más agresivo mientras juraba decir la verdad.

Anderson se acercó a ella con una ligera sonrisa.

—Con la venía de su señoría. Señora Lorne, ¿recuerda haber visto la relación cordial que mantenían la señora Ayles y la señora Finch-Hutton?

Maggie abrió los ojos de par en par y curvó los labios hacia abajo.

—Nunca he visto esa relación tan estrecha —dijo negando con la cabeza. Nicholas apretó los labios para no reír viendo una cara cómica. Maggie encogió los hombros y añadió—. Lo siento.

—¿Ha sido usted testigo de lo contrario?

—Sí.

—Por favor, cuéntenoslo.

—No fue algo que le dijera directamente a la señora Finch-Hutton, me lo dijo a mí. Sus palabras textuales fueron: «Si la rubita de Nick te consiente ese comportamiento, es su problema».

—¿A qué comportamiento se refería la señora Ayles?

—Según ella, desde que *lord* Nicholas salía con Charlotte —añadió el tratamiento siguiendo la petición de Astor—. Yo había

perdido el respeto.

—Gracias, señora Lorne. Señoría, no hay más preguntas.

El fiscal le cedió el turno a Astor, que empezó con seriedad:

—Señora Lorne, ¿suele tutear a sus jefes?

—No —dijo rotunda.

—Le recuerdo que está bajo juramento.

—No lo he olvidado. De hecho, *lord* Nicholas en repetidas ocasiones me ha pedido que lo tutee y nunca he aceptado. Llamo a mi jefe de usted por decisión propia.

—¿Cómo se dirige a la señora Finch-Hutton?

—Por su diminutivo, Charlie; por expreso deseo de ella.

—¿Por qué cumple los deseos de uno y no los del otro?

—Porque para mí ella es como una hija y no llamo de usted a mis hijos, y eso no quiere decir que no los respete. Hay personas que creen merecer un respeto que son incapaces de mostrar a los demás. —Maggie miró un segundo al banco donde estaba Nicholas, que entrelazó una mano con Charlotte, orgulloso de su querida asistenta destilando lealtad, soltando sin amilanarse perlas envenenadas que arrancaron algunas sonrisas. Maggie continuó explicándose—. A *lord* Nicholas le hablo de usted, pero siempre uso su diminutivo: Nick. Es mi manera de decirle que también él forma parte de mi familia; sin embargo, a Amanda Ayles siempre la llamé señora teniendo muy claro que no lo era.

—Muchas gracias —dijo Astor serio—. Señoría, no haré más preguntas.

Adam Morgan tardó pocos minutos en comprender que había

topado con un hueso duro.

—¿Cuántos años trabajó para la señora Ayles? —preguntó Morgan de manera despreocupada.

—¿Para la señora Ayles? —Maggie frunció el rostro entero—. Nunca he trabajado para ella. Desde hace trece años mi jefe siempre ha sido el mismo —aseguró satisfecha, pensando en la ignorancia del abogado, «qué de tonterías pregunta este chico». Los duques apretaron los labios disimulando, sentados junto a los Wolf, Tristam, Sarah y Gordon. Ni siquiera Rachel y Laura faltaron; todos unidos en el mismo frente, disfrutando de Maggie; una maestra de la comedia dramática. Ajena a su público, terminó de aclarar—: Me contrató *lord* Nicholas y siempre me ha pagado él.

—Está bien, le haré la pregunta de otra manera, ¿cuántos años trabajó para el señor Finch-Hutton mientras estuvo casado con la señora Ayles?

—No lo recuerdo con exactitud, pero no debe ser muy difícil para usted averiguarlo —dijo tranquila, también sonrió afable—. Estoy un poco mayor y las cosas negativas procuro olvidarlas.

Morgan la observó concentrado.

—¿Cómo era la relación entre el señor Finch-Hutton y la señora Ayles?

—¡Protesto!

La voz de Astor rugió atronadora en la sala.

—Admitida.

—Señoría, es importante para saber cómo hemos llegado hasta aquí —dijo Morgan decidido.

—Letrado, estamos aquí porque su defendida ha cometido presuntamente varios delitos contra la señora Finch-Hutton, déjese de argucias y no vuelva a interrumpirme. —Turner no tenía intención de perder el tiempo en algo avalado por un divorcio y dos sentencias condenatorias, no en su tribunal—. Señor Morgan, si es tan amable, continúe, por favor.

Cansado de la mujer hostil que contestaba mirándolo burlona, Morgan bufó y decidió finalizar.

—Señoría, no haré más preguntas.

Tras Maggie, llegó Jordan Miller, que decidió posponer sus vacaciones para asistir al juicio, sin la intervención de Nicholas. Trabajaba como profesor de física en un instituto de Brighton y ese día volvía a su casa después de aterrizar a primera hora de la mañana en Londres procedente de Glasgow, donde asistió al funeral de un familiar. Explicó a Anderson cómo se cruzó con el todoterreno conducido por Amanda, cómo encontró a Charlotte y cómo vivió los angustiantes minutos que tardó en llegar la ambulancia.

Satisfecho por la intervención del fiscal, Astor solo le pidió a Miller que señalara a la persona que conducía el Nissan; mirándola de frente, no titubeó al señalarla. Con su declaración, situó a Amanda en el lugar del accidente y despejó cualquier duda razonable sobre su implicación.

Otra vez, Morgan se negó a usar su turno, y el juez concedió la palabra al fiscal para que expusiera sus conclusiones. Anderson reclamó una pena de tres años por homicidio imprudente, otra de cuatro por homicidio en grado de tentativa y tres por omisión de

socorro.

Astor siguió con la misma petición y añadió una indemnización de dos millones de libras para reparar el daño psicológico, físico, y la gran tragedia familiar que la muerte de la niña les supondría el resto de sus vidas; en cada mención suya siempre fue la hija de los Finch-Hutton; nunca la llamó de otra manera.

Morgan rechazó los cargos y solicitó defensa absolutoria, expuso su informe final como un accidente involuntario y una omisión de socorro motivada por el nerviosismo de la acusada. Aunque las pruebas no sostenían ese argumento, el abogado tenía obligación de intentar disminuir la condena como creyese oportuno.

El próximo jueves, tras una semana de estudio, el juez dictaría veredicto. Amanda se enfrentaba a pasar diez años entre rejas, más su condena por robo.

—Ha ido muy bien, mi amor. —Nicholas besó en la mejilla a Charlotte y cogió su mano al salir—. Ya verás cómo se hace justicia.

—Es lo único que deseo.

Nicholas se detuvo, sonrió y se inclinó sobre ella.

—Y yo —desvió la vista hacia Philip, que hablaba contento con los duques y Tristam, centró de nuevo sus ojos en Charlotte y le preguntó—. ¿Ves a aquel tipo de ahí? —Nicholas casi rozó su frente con la de ella, percibió una ligera sonrisa feliz y añadió—. Solo tengo dos amigos, Astor y Randy, los conoces a los dos, y por los dos pondría la mano en el fuego; si Astor nos ha dicho que Turner es una persona íntegra, y está convencido de que vamos a ganar, confía en él; jamás me ha fallado.

Pasaron el resto de días libres en Wells y decidieron dejar parte de la ropa allí para agilizar los traslados; su intención era seguir yendo todos los fines de semana.

El miércoles, mientras Charlotte trabajaba en el Museo, Nicholas se reunió con su editor y agente para la entrega del nuevo manuscrito. Era su obra más arriesgada, se alejaba de la novela histórica para adentrarse en el mundo de la ficción contemporánea. Hasta ese momento solo lo había leído Charlotte, y entendía que no era objetiva. Dentro de unos meses descubriría si su incursión en otro género era bien recibida por el público.

Charlotte bajó de su despacho dudando si hablar con Nicholas o seguir esperando unos días más. Desde que tuvo el aborto, sus periodos no siguieron una pauta regular. El último fue a finales de julio y lo esperaba a principios de septiembre, pero estaban a mitad de mes y no tenía ningún indicio. Por un lado, ansiaba estar de nuevo embarazada, pero por otro la aterraba.

Encontró a Nicholas apoyado en el coche, con pantalones vaqueros y un jersey fino de color oscuro. Nunca tenía claro cuándo vendría a recogerla, dependía de su creatividad. Al tener el manuscrito entregado, empezó a esbozar una nueva historia y dedicaba gran parte de la tarde a buscar información, por su gesto alegre, supo que había sido productiva.

—Hola, cariño. —Nicholas la saludó con un beso en los labios —. Estás muy sexy —dijo sonriendo—. Me gusta el moño, te faltan las gafas y serías la bibliotecaria ideal. —Con descaro repasó la camisa de

seda blanca, una falda negra ajustada, y unas bailarinas negras—. Podría estar horas muertas mirándote.

—Pareces contento.

—Sí —afirmó satisfecho, abrió la puerta del coche y, con una leve reverencia, la instó a subir—. No me quejo. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido hoy?

—Bien.

Charlotte suspiró cansada y se sentó en el asiento.

—¿Tenéis algún problema? —preguntó Nicholas arrancando, miró por el retrovisor y de pasada a Charlotte—. Te noto preocupada.

—No —dijo tratando de sonreír—. No pasa nada.

No dejó de darle vueltas a su pensamiento; no quería parecer una trastornada, pero al detenerse en un semáforo cerca de una farmacia empezó a mordisquearse una uña.

—Charlotte, cuéntamelo —dijo Nicholas con firmeza.

Lo observó agobiada, frunciendo los labios.

—Ahora vuelvo.

Se bajó del coche y dejó atónito a Nicholas viéndola entrar en la farmacia, en mitad de Wardour *Street*, en pleno Soho, con las luces de emergencia puestas frente a un pub llamado *The Ship*, con unos maceteros colgantes llenos de flores rojas en la fachada, que apenas apreció en uno de sus estacionamientos gloriosos, colapsando el tráfico con total impunidad. En pocos minutos, Charlotte abrió la puerta y se sentó con una pequeña bolsa de papel entre las manos.

—¿Me vas a explicar qué te pasa o no? —preguntó molesto.

Charlotte sacó risueña una caja rosa alargada y comenzó a

balancearla delante de unos ojos verdes confundidos, que brillaron alegres en cuanto captaron el mensaje. Nicholas le sujetó la cara entre las manos y la besó con pasión al margen de insultos, exclamaciones ofuscadas y unos pitidos machacones que sus oídos ignoraron.

—¿Es posible? —preguntó emocionado. Necesitó aliviar el ritmo frenético de su corazón—. ¿Estás segura?

—Sí, pero estaba intentando esperar un poco más.

—¿Cuándo deberías haber tenido la regla?

—Hace más de quince días.

—Vale —dijo sonriendo—. Entonces es posible, cariño.

—Sí. —Charlotte con una mirada dulce le acarició la incipiente barba—. No te emociones mucho por si después no es.

Nicholas se llevó esa mano a los labios, la besó en el dorso y volvió a circular después de pedir disculpas a los impacientes conductores extendiendo el brazo con desfachatez, en un gesto nada arrepentido; pareció más bien una despedida informal entre amigos.

Llegaron a su casa en pocos minutos, subieron al dormitorio y, mientras Charlotte se desnudaba tranquilamente; sin comprenderla, Nicholas la observó para que se hiciera la prueba ya o sufriría un ataque al corazón, lo sentía demasiado dislocado.

—Cariño, por favor.

—No seas impaciente —dijo Charlotte desde el vestidor. Salió quitándose la falda—. Tú estás cómodo. —En cuanto se quedó solo con la camisa, entró en el baño. Para su sorpresa, Nicholas la siguió—. ¿Qué haces?

—Acompañarte.

—Muy bien, pero prefiero orinar en solitario. —Charlotte le enseñó el envase para recoger la muestra—. Por favor —rogó irónica. Al verlo, Nicholas sonrió y la dejó tranquila. Unos minutos después, dijo—. Cariño, ya está.

Nicholas regresó y se sentó en uno de los taburetes delante del tocador.

—¿Lista? —preguntó nervioso. Charlotte afirmó con la cabeza e introdujo el aparato hasta que se impregnó bien. Nicholas tiró de ella para que estuviera sobre sus piernas—. Esto sí que no lo esperaba esta tarde.

—No quiero que te desilusiones.

Le acarició el rostro y lo besó despacio; el tiempo de espera los pilló con las bocas unidas y una mano sigilosa de Nicholas calibrando un seno firme.

—¿Lo miramos? —preguntó Charlotte separándose. Una sonrisa seductora fue la conformidad. Se levantó, cogió la prueba en la mano y contuvo el aliento. Miró a su marido, convertido en estatua de bronce, rió apretando los labios y dijo—. Felicidades, papá.

Tras unos tensos segundos, al escucharla llamarlo así, Nicholas se vio superado por una situación soñada muchas veces. Era un hijo muy deseado con el que redimía la amargura y tenía esa oportunidad que el destino volvió a negarle con el accidente. Charlotte lo abrazó con la misma fuerza que él tuvo cuando ella no encontraba consuelo, en ese momento fue la roca de los dos.

Llenos de esperanza acordaron no decir nada hasta

confirmarlo con el ginecólogo, se demostraron de manera ardiente su felicidad y bajaron pletóricos al salón.

Cuando entró a despedirse, para Joan el buen humor de Nicholas se evidenció al aceptar sugerencias sentado al piano; no lo había visto nunca; supuso que era un privilegio de Charlotte.

—¿Hay ya sentencia? —preguntó Joan.

—No —respondió Charlotte—. Mañana.

—Ah —murmuró—. Me voy ya. La cena está en el horno ¿Necesitáis algo?

—No —dijo Charlotte—. Hasta mañana, Joan.

—Gracias, Joan —dijo Nicholas.

La discreta señora salió y retomaron su juego musical.

—Quiero que toques una canción. —dijo Charlotte en un tono bajo. Rozó su cuello con un dedo, inclinó la cabeza y se lo besó despacio—. Me gusta mucho.

—¿Cuál? —preguntó intrigado.

—La que hizo que me enamorase de ti.

—Creía que te enamoraste por mi inteligencia.

—Eso ayudó —reconoció mientras acariciaba una mano que se deslizaba tranquila por las teclas—. El día que entré en el salón de Wells y te escuché cantar en voz baja una de mis canciones favoritas, cambió mi forma de verte.

Empezó a tocar la canción de Roberta Flack, pero se desorientó cuando Charlotte negó con la cabeza.

—¿No?

—No —dijo apretando los labios, añadió segura—: Esa fue la

segunda vez que te oí cantar.

Nicholas sonrió y se tomó su tiempo para concentrarse hasta que aparecieron las primeras notas de *Gravity*; supo que había encontrado su canción mirando a Charlotte, y también que empezó a caer cuando él ya estaba rendido. Con la suavidad de unos dedos acariciando su nuca, se animó a acompañar la música con unas bellas palabras que definían a la perfección cómo su amor lo atraía hacia ella.

En cuanto amaneció el jueves quince, Charlotte se vistió con un traje claro, una camisa roja, y unas sandalias beige con unos tacones imposibles, pensando en la claridad del sol que iluminaba el dormitorio con la calidez de un verano inusual. Se sintió feliz y segura para enfrentarse a los medios de comunicación que esperarían como buitres en la puerta del juzgado.

Al pie de la escalera, vestido con un traje oscuro de raya diplomática de tres piezas, Nicholas hablaba por teléfono con su padre. Al verla bajar, se bloqueó un instante por la elegancia y esbeltez de Charlotte; con esos zapatos tenía casi su altura. Despidió la llamada, le cogió la mano elevándola y le besó galante el dorso como todo un caballero inglés con un selecto pedigrí.

—Estás guapísima, y muy alta.

—Gracias, cariño. ¿Te ha llamado Phil?

—Sí, está esperándonos.

—Vale.

Charlotte lo besó en los labios.

—Hoy se va a hacer justicia —dijo Nicholas con una leve sonrisa—. Confía en Astor.

—Eso espero. Necesito terminar con esta pesadilla.

—Acaba hoy, te lo prometo —afirmó rotundo.

El tumulto de periodistas y fotógrafos era agobiante cuando llegaron. No pudieron acceder con el coche al recinto del aparcamiento, un policía se acercó a ellos y les indicó el acceso lateral limitado a los jueces que les proporcionó cierta intimidad ante la expectación creada.

Ocuparon el mismo banco, al igual que el resto de los presentes, y siguieron hablando entre ellos hasta que apareció el juez Turner, sin que la entrada de Amanda les afectara.

Tras la información de la secretaria, el hombre se ajustó las gafas y leyó su veredicto. La encontró culpable de todos los cargos. Charlotte cerró los ojos unos segundos y al abrirlos de nuevo, encontró el rostro atractivo de su marido, tan satisfecho como el suyo; Amanda apostó su destino en una cruel jugada y perdió toda su dignidad en esa partida. Turner la sentenció a siete años de prisión y a una indemnización de un millón doscientas mil libras. El dinero no era la motivación de ninguno, pero no iban a rechazarlo, incluso podrían destinarlo a alguna obra benéfica; aunque había un problema: difícilmente lo verían. Pasaría el resto de su vida embargada, y cuando saliera de la cárcel, en el Reino Unido, con su imagen pateada por esa prensa que la adoró, era poco probable que pudiera rehacerla.

Los periodistas no se cortaron preguntando a Nicholas por

ella en la puerta del juzgado. Los atendió con cortesía, pero apremiado por Philip, que se mantuvo acompañando a Charlotte en un discreto segundo plano, no se extendió; todos los medios disponían de la sentencia y quedaba al amparo de su ética profesional informar como creyeran conveniente.

El día siguiente, Charlotte quiso salir antes del trabajo, tenía concertada una cita con el ginecólogo, a las doce, pero una inesperada reunión de última hora con sus compañeros la obligó a llegar a su casa con el tiempo justo para cambiarse.

Entró en el despacho buscando a Nicholas, no estaba, aunque captaron su atención los marcos de plata que les regaló Eric colocados en la mesa. Pensó que debió ponerlos por la mañana, porque era la segunda vez que los veía. Cogió uno y sonrió ante la foto que ella le dedicó por su cumpleaños. En el otro había puesto una de las fotografías que les hizo Tristam el día de su boda. Se observó a sí misma dándole un beso espontáneo en los labios, mientras comían; no tenía constancia de que Tristam hubiese hecho un seguimiento tan exhaustivo.

—Hola. —Nicholas la saludó sorprendido al entrar—. ¿Ya estás lista?

—No, acabo de llegar. Tenemos un problemilla con un conservador del Louvre —dijo Charlotte, acercándose para besarlo—. ¿Tú sí?

—Sí —respondió Nicholas. Vestía unos vaqueros, una camisa celeste y unos mocasines marrones—. ¿Quieres que me cambie?

—No. —Lo volvió a besar—. Estás bien. —Charlotte sonrió, y él la balanceó alegre sujeto a su cintura—. Por lo que veo has tenido una buena mañana.

—Más o menos.

Siguió con su mudo baile, una sonrisa perfecta y los ojos enfocados en ella.

—¿Cuándo has puesto las fotos?

—Hace un rato, ¿te gustan las que he elegido?

—Sí. Las dos representan mucho para mí. Son el comienzo de nuestra historia.

—No, son el principio de nuestro amor. Nuestra historia está aquí —afirmó tocándole la barriga.

—¿Por eso estás tan contento?

Sin ocultar su entusiasmo, Nicholas afirmó con la cabeza y un gesto pícaro.

—Anda, sube a cambiarte o llegaremos tarde.

En la consulta del doctor Spennos, tras los saludos y algunas preguntas sobre el informe que Charlotte le llevó del hospital, la examinó bajo la curiosa y concentrada mirada de Nicholas.

—Aquí está —anunció el médico, deteniendo la imagen para tomar algunas medidas—. Es muy pequeño y no está quieto. Parece una pelota de pin pon.

En su dilatada experiencia William había notado que cuanto mayor fuese el progenitor, normalmente, más sensibilidad e inquietud mostraba. Nicholas sonrió haciéndose una idea de los nervios que

podía manejar su hijo, si eran la mitad de los que él tenía.

Charlotte estuvo más pendiente de él que de una pantalla donde a duras penas comprendía las imágenes, le cogió la mano con cariño durante el resto de la exploración y trató de calmarlo. El médico de vez en cuando cruzaba la mirada con ella y de inmediato la desviaba hacia Nicholas.

—Por ahora todo es normal —dijo William. Se quitó los guantes y los tiró en una papelera—. Calculo que estás de siete u ocho semanas, por lo que la fecha de parto será en la primera o segunda semana de mayo.

—¿Cuándo tengo que volver, William? —preguntó interesada.

—Vístete y hablamos.

William salió con Nicholas y la dejaron mientras se volvía a poner la ropa. Cuando regresó al despacho los oyó hablar sobre el accidente, pero se callaron y sonrieron.

—Deberías venir todos los meses —dijo William—. Ahora te haremos un análisis y veremos los valores en sangre. Aunque comparando tu peso, en estos meses te has recuperado bastante. Supongo que hoy habrás comido ¿no?

—Por eso mismo, no estoy en ayunas —comentó agobiada. Con un mohín de disgusto, preguntó—. ¿No puedes ahorrármelo?

Cruzado de brazos, Nicholas la observó muy serio.

—No. Es un momento, y me facilita mucho saber el estado real de tu cuerpo —explicó inflexible—. Además de datar bien la gestación. Lo siento, Charlotte.

Resopló cansada, mostrando la incomodidad que le causaba

el análisis.

—De acuerdo —admitió a regañadientes.

—Tómate el ácido fólico todos los días. Si los resultados son buenos no te llamaré. Si lo hago, os venís por aquí y los comentamos.

—Muchas gracias, doctor.

Nicholas se levantó y le ofreció la mano.

—Enhorabuena, señor Finch-Hutton.

Charlotte lo besó en las mejillas.

—Hasta luego, Charlotte. Me alegro mucho por vosotros.

Los acompañó a la puerta e informó a la enfermera de la extracción. En la sala contigua, Nicholas presenció el aumento de la irascibilidad en Charlotte desde que vio aparecer a la enfermera con un tubo, una aguja desechable y empezó a preparar la jeringuilla. No era un temor fingido, el rostro pálido y tenso de su esposa lo preocupó bastante. Cuando la enfermera le presionó el brazo con la goma elástica, ella cerró los ojos con mucha fuerza.

—Relájate, por favor —dijo incómoda la mujer—. No tardaré.

Esas palabras cayeron en saco roto. En cuanto Charlotte sintió el pinchazo agudo en la vena, tragó despacio con una lágrima cayendo por su mejilla. Nicholas la secó con ternura, sintió su dolor, imaginando la misma situación meses atrás, estando sola. La eficiente enfermera en pocos minutos retiró la aguja y la goma, le subió el brazo y reiteró las recomendaciones habituales.

En la calle, Nicholas colocó la mano en el hombro de Charlotte, no era capaz de abrir la boca, pensativo, ajeno a la

incertidumbre que la preocupaba a ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Charlotte percibiendo su tristeza. Nicholas negó con la cabeza y siguió andando. Unos minutos más tarde, llegaron al coche, le abrió la puerta e intentó disimular sonriendo. Confundida por su mutismo, frunció el ceño abrochándose el cinturón de seguridad e insistió—. ¿Por qué estás tan serio?

—Discúlpame. ¿Quieres comer por aquí?

—No, Joan tiene la comida preparada —respondió enfadada —. ¿No piensas decirme nada más?

Nicholas pareció no escucharla, arrancó el coche y se concentró en el tráfico. Tras esperar una respuesta que no llegó, la mente inquieta de Charlotte empezó a asediarla con toda clase de pensamientos; por supuesto negativos.

Ninguno rompió el tenso silencio cuando llegaron a su casa. Ella no se explicaba esa actitud y decidió dejarlo tranquilo hasta que quisiera compartir sus pensamientos.

—Voy a darme un baño —dijo Charlotte.

—Muy bien, estaré en el despacho.

Medio ausente, Nicholas la besó en la mejilla, dio la vuelta y desapareció por el pasillo mientras ella subió al dormitorio. Sin dejar de pensar en su carácter voluble, Charlotte puso música suave, abrió el agua caliente de la bañera y se desnudó despacio. Sintió el calor en la piel cuando se sumergió y cerró los ojos repasando la visita del médico, intentando saber en qué momento percibió su cambio. Un buen rato después estaba más relajada, también el agua más fría. Se

levantó justo cuando Nicholas entró, la miró a los ojos y se limitó a excitarse observando con lentitud todo su cuerpo. Le tendió una toalla en silencio bajo la mirada suspicaz de Charlotte, que estaba empezando a irritarse con ese misterio.

—Si no piensas hablarme, te agradecería me dejases sola.

—Lo siento —murmuró cansado.

Se acercó y le ayudó a secarse el cuerpo.

—Estoy esperando —dijo observando su mirada atormentada.

Nicholas salió del baño precedido por Charlotte, que con rapidez se puso una camiseta y ocultó su cuerpo evitando más distracciones. Sentado en la cama, él no le quitó los ojos de encima; no tenía ganas de compartir su melancolía, pero tampoco quería engañarla.

—Cuando te han sacado la sangre, te he visto en la misma situación la primera vez, y me he maldecido por no estar a tu lado. No lo puedo evitar. Si para ti fue difícil, para mí hoy ha sido una mala pesadilla. No soporto verte sufrir, pero si estoy a tu lado, al menos, puedo saber si estás bien o no, y pensar que te viste sola y yo no estaba, me machaca.

Terminó emocionado con una ligera sonrisa.

El gesto malhumorado de Charlotte cambió cuando lo comprendió, se sentó en sus piernas y le acarició el cuello mirándolo a los ojos, perdida en ellos.

—No te martirices, por favor —habló en voz baja—. No lo sabías y fue solo una vez. Realmente quien debería estar mal soy yo por no decírtelo, me arrepentiré siempre por haberte dejado al

margen.

Las lágrimas de Charlotte expresaron la triste sensación que la persiguió en aquellos días rodeados de arena blanca y soledad.

—No quiero estar nunca al margen de ti o nuestros hijos.

—Ni lo voy a permitir —dijo convencida—. Pasé los peores meses de mi vida porque me dejé llevar por mis propios temores. No lo volveré a hacer nunca más, y quiero que compartas conmigo cualquier cosa que te inquiete. Solos tú y yo, esa es mi única religión.

—¿Ahora soy tu Dios?

Intentó bromear con ella y le acarició la cara con la ternura que era incapaz de mostrar a nadie más, sintiendo su unión más allá de lo físico. Su conexión extralimitaba lo conocido, eran dos personas metidas tan dentro una en la otra que sus propias mentes a veces no los distinguían.

Pasaron unos minutos abrazados, asumiendo que debían olvidar ese episodio oscuro para la vida que querían tener juntos, aunque, sin pretenderlo, a veces se colara en sus cabezas golpeándolos con el recuerdo triste de la pérdida de su hija.

—Joan se ha ido hace un rato —dijo Nicholas—. ¿Comemos y nos vamos? Si no, vamos a llegar de noche.

—Sí. —Charlotte lo besó en los labios y dijo pensando en voz alta—. Espero que Maggie no olvide llevarse las gafas.

—¿Seguro que no lo hizo aposta?

—No seas malo —dijo dándole un pellizco en el pecho, Nicholas le sujetó la mano con una mueca de dolor—. Pobrecita, ¿con esa graduación? —preguntó Charlotte risueña, el grosor de los

cristales insinuaba la ceguera de un topo. El teléfono empezó a sonar, dejó su cómodo asiento y respondió contenta viendo el número—. Hola, James. —Miró a Nicholas—. ¿Cómo estás?

—Charlie, hola. ¿Está mi hijo? —preguntó serio—. Lo he llamado al móvil y no lo coge.

—Supongo que lo tendrá abajo. Te lo paso, está aquí conmigo. —Charlotte advirtió que la voz jovial de su suegro no había aparecido y eso era raro—. ¿Estáis bien?

Nicholas se levantó extrañado y cogió el aparato.

—Dime, papá.

—Hola, Nick. Hace un rato tu madre se ha caído y se ha roto un brazo. Estoy en el hospital con ella, no es grave, pero me ha pedido que os llame para que lo sepáis.

—¿Cómo se ha caído? —preguntó preocupado.

En cuanto lo escuchó, Charlotte estuvo atenta a todas sus palabras.

—Le ha dado un mareo en la escalera y ha perdido el equilibrio. Yo estaba en el despacho cuando he escuchado el golpe.

—¿Saben por qué se ha mareado?

—Le están haciendo pruebas, pero de momento no han encontrado nada. El médico cree que ha podido ser una bajada de tensión.

—¿Voy a recogeros?

—No, volveremos dentro de un rato.

—Os esperaré en vuestra casa.

—Como quieras.

Nicholas colgó negando despacio con la cabeza, sin advertir la mirada asustada de su mujer.

—Mi madre se ha caído por la escalera —dijo resignado.

—¿Qué se ha hecho?

—Tiene un brazo roto. Al parecer se ha mareado antes de caerse. Le están haciendo algunas pruebas.

—Me visto y te acompaño.

Al instante desapareció la camiseta, se colocó la ropa interior delante de Nicholas, abstraído, y se vistió con un jersey blanco, unas mallas y unas bailarinas negras.

—¿Vamos?

—Sí. —Nicholas sonrió—. Los esperaremos en su casa.

—¿Estás bien?—preguntó, dándole un beso en los labios.

—Sí, pero me ha pillado por sorpresa. Es la primera vez que a mi madre le pasa algo, normalmente, es mi padre el que nos da algún susto con el corazón.

—No te preocupes, seguro que está bien —dijo para reconfortarlo—. Si quieres les damos la notica para animarlos un poco.

—¿No decías que querías esperar a los tres meses?

—Sí, pero tus padres y los míos deberían saberlo, también lo pasaron bastante mal.

Nicholas la abrazó recibiendo la serenidad que Charlotte le daba desde que la conoció; esa fue la primera sensación; la que consiguió sacarlo de la soledad. La apariencia frágil de su mujer era engañosa, tenía la composición de los diamantes: bellos, luminosos, y

con una resistencia incomparable a ninguna otra piedra en el planeta; quien creyera que Charlotte Finch-Hutton vivía a su sombra, no tenía ni idea de la personalidad imponente y la férrea voluntad que la hacían ser el pilar fundamental de su vida.

Salieron rápido y en menos de cinco minutos llegaron a la casa, separada de la suya por dos calles. Aunque tenían servicio interno, Nicholas abrió con sus propias llaves. Saludaron a Janice y Paul, el matrimonio que trabajaba para sus padres desde hacía más de veinte años, entraron en el salón y esperaron charlando en el sofá. Luego, Janice los sorprendió con un inesperado piscolabis, que Charlotte agradeció ante el hambre voraz que volvió a su cuerpo con ímpetu. Poco después, decidieron llamar a Maggie para advertirle que se quedaban en Londres; se verían en Wells el próximo viernes, un día antes de la apertura de Ivory como hotel.

CAPÍTULO XX

Salisbury, Inglaterra
24/9/2011

El último sábado de septiembre, todos se reunieron en Ivory para la fiesta de inauguración, excepto Victoria, a dos meses de finalizar el máster. A pesar de sus ruegos por asistir, James prefirió que no perdiera más tiempo, ya que el fin de semana anterior viajó desde Suiza expresamente para ver a Patricia cuando le había advertido que no revestía gravedad. Pasaron en familia esos dos días, donde sus tres hijos la arroparon con cariño. Tenía los movimientos del brazo muy limitados por un cabestrillo, aunque su optimismo los relajó después del susto. Le diagnosticaron un vértigo en el oído interno, responsable de desestabilizarla con mareos, que no había vuelto a sentir. Desde el accidente tomaba unas pastillas que aumentaron la tranquilidad de todos, en especial la de su marido; el más aprensivo hasta conocer los resultados.

Charlotte y Sarah la ayudaron con un vestido de noche azul con una capa de gasa sobre el hombro ocultando la molesta sujeción que debía llevar dos semanas más. Desde que su movilidad se redujo, Janice la acompañaba en todo momento; sin embargo, ese día James le confió la supervisión de la cocina y Nicholas también contó con Maggie. Siendo el primer acto que realizaban como hotel, ambos estaban más tranquilos con ellas controlando al nuevo personal,

todavía no habituado a algunos rincones de la casa.

—Gracias a las dos —dijo Patricia después de comprobar la hora. Faltaba poco para el comienzo de la velada y debían recibir a los invitados—. Id a vestiros ya, por favor.

Charlotte llegó con prisas a la suite y encontró a Nicholas abrochándose sus escarabajos en las mangas. Se colocó la chaqueta, que permitía ver los puños de una camisa blanca, radiante, y se arregló la pajarita negra. Su apariencia impecable, clásica y acertada la dejó inmóvil admirándolo. Los pantalones, sin un pliegue, le caían justo encima de unos brillantes zapatos negros y estilizaban un cuerpo alto y elegante que sabía moverse de forma natural con cualquier atuendo.

—¿Dónde estabas? —preguntó, mirándola a través del espejo.

—Hemos ayudado a tu madre con el vestido. Janice está liada con el catering —dijo Charlotte. Pasó por delante y entró en el vestidor, enorme pero vacio—. Creo que Maggie la está volviendo medio loca.

—¿A quién se le ha ocurrido ponerlas juntas? —preguntó.

—A mí.

Charlotte sacó el vestido de la funda, lo colocó en la cama, y empezó a desnudarse.

—Cariño, Maggie es como los lobos solitarios, no admite compañía.

—No digas eso, con nosotros no tiene problema.

—¿Qué problema va a tener? —preguntó irónico poniéndose un reloj dorado en la muñeca—. Hace lo que le da la gana. —Le dio

un beso en la mejilla—. Te espero abajo, no tardes.

En cuanto salió Nicholas, Charlotte se puso el sofisticado vestido que compró en Londres bajo el consejo de la tía Emma. Tenía la parte de arriba hecha en una seda clara casi transparente con unas flores bordadas en gris plata ocultando sus pechos. La falda era preciosa, plagada de volantes de seda claros y negros como olas suaves dando y quitando volumen, pero siempre realzando el porte de su cuerpo. Después de peinarse perfectamente el cabello con la raya al lado, se maquilló, echó unas gotas de su perfume preferido, y antes de salir se armó de valor para colocarse los zapatos negros de tacón alto, con pinta de maldición, que la remataban con mucho estilo.

Nicholas estaba junto a sus padres y Tristam cuando la vio aparecer en la escalera. La sorpresa en sus ojos patente en el seguimiento que hicieron cuando fue a su encuentro y le ofreció el brazo con galantería.

—Eres perfecta, cariño —afirmó con un beso en la mejilla.

—Tú no estás mal, Muy Honorable —susurró sonriente.

James y Patricia la recibieron con afecto. Ignoraban el embarazo, ya que prefirieron no anunciarlo para esperar al próximo cumpleaños de Charlotte, donde tenían pensado realizar una comida familiar, y sorprenderlos con la feliz noticia.

A la hora acordada, con un tránsito constante de coches en el interior de la propiedad, Ivory Hotel empezó su andadura. Se respiraba historia en una finca muy cuidada donde los clientes podrían encontrar aislamiento y privacidad. Más tarde, la recorrieron por separado y explicaron algunas curiosidades a pequeños grupos de

invitados. Prendados, todos halagaron el lujo de la decoración y el acierto al mantener los rasgos característicos de una casa con esa solera.

Sarah llevaba un vestido largo amarillo perfecto para su silueta y para henchir el orgullo de Tristam, que contempló sus curvas con un bombardeo de pensamientos lascivos. Ajena a él, comentaba las reformas y recibía la enhorabuena tanto por su trabajo como por su próximo enlace.

Después de saludar a los Wolf, integrados en el grupo de Philip y Randy, que asistieron con sus esposas, Nicholas guió a Charlotte al corrillo de James y Gordon. Le presentó a un reducido número de directivos de empresas turísticas y a varios amigos de toda la vida, entre ellos: Alice y Philip Astor, los padres del abogado, y al marqués de Sligo, Sebastian Ulick; un hombre de setenta y dos años con un elegante pelo plateado, el cuerpo alto ligeramente encorvado, y unos rasgos afilados que camuflaba con una sonrisa. Fue embajador en México durante el Gobierno de Margaret Thatcher, era viudo, con tres hijos mayores, y estaba unido a James por una larga amistad desde que se conocieron siendo estudiantes. También, durante años fue un perfecto anfitrión cuando pasaban juntos algunos días en Escocia, donde a Ulick le gustaba perderse, sobre todo en la montaña. Gracias a él, Nicholas descubrió uno de los sitios más bellos que había visto nunca, al que le gustaría volver algún día con Charlotte; pero hasta dentro de unos meses las Black Cuillin no entraban en sus planes, ya que su prioridad era esperar el nacimiento de su primer hijo sin correr el más mínimo riesgo.

La charla era fluida hasta que se acercó a ellos *lord* Hugh Althemstan, hijo de un vizconde amigo de James, con la salud delicada y empeorada por sus constantes disgustos. Hugh rondaba los treinta y cinco años, tenía la imagen de un intelectual, aunque nunca había destacado por su brillantez y, en esos momentos, soportaba las consecuencias del fracaso de unas malas inversiones en la bolsa norteamericana. No lo llevaba nada bien; si veía a alguien con éxito, no podía evitar destilar malicia ni que la envidia corroyera sus palabras. De manera velada, empezó a acosar a Gordon con varias preguntas impertinentes; aludió a su buena fortuna al contar con el duque como amigo íntimo, y captó de inmediato el interés de Ulick, que entornó los ojos con una mirada congelada en el tiempo, y el de Nicholas, que dejó de reír divertido con las ocurrencias de Philip Astor senior, de quien su hijo había heredado el carácter alegre, sociable y simpático.

—Es algo que James llevaba mucho tiempo queriendo hacer, ahora se ha dado el momento propicio —dijo Gordon, sin querer darle mayor importancia; consciente de que Ulick y Nicholas estaban atentos a ellos—. Es un honor para mí que haya contado conmigo.

—Claro —afirmó el noble, hizo una pausa y añadió en voz baja—: Aunque creo que debe ser más placentero para él que para ti.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Gordon apretando la frente. En ese preciso instante, Ulick y Nicholas intercambiaron una mirada entre ellos, parecían dos lobos pendientes de una presa fácil. Gordon siguió tratando de no entrarle al trapo; aunque su paciencia empezaba a resquebrajarse—. No tengo claro el tema.

—De nada —dijo Hugh sonriendo cínico—. Ten cuidado, ya estáis mayores.

—Gracias por el consejo. —Gordon habló tranquilo, inclinó la cabeza en el oído de Hugh y susurró—: Vuelve a abrir la boca, y te la cierro de por vida.

—¿Les han gustado las habitaciones? —preguntó Charlotte. Trató de reconducir la conversación cuando observó el cambio de actitud en su suegro, pero realmente medió por una mirada asesina al *señor* Althemstan que la bloqueó unos segundos. Con una sonrisa dulce, dijo—. Son todas preciosas, no podría elegir una.

El intento de Charlotte surtió efecto en todos menos en Ulick y en el más preocupante para ella, su marido. Sin mediar palabra, Nicholas colocó una mano en el hombro de Hugh y lo alejó unos metros con la intención clara de salir del radar de los demás.

Lord Althemstan se equivocó de blanco manchando con sus insinuaciones el honor y la reputación de su padre cuando empezaba a recuperarse; Nicholas no iba a tolerar nada que enturbiase la ilusión que mostraba por un proyecto acariciado durante años.

—Hacía mucho que no te veía —dijo Nicholas de manera relajada, bebió un trago de una copa de vino—. ¿Cómo te va?

—Bien, en Londres —respondió encogiendo los hombros—. Como siempre.

—Me alegro por ti —dijo Nicholas despacio—. ¿A qué has venido?

—Me has invitado.

—Exacto —afirmó serio. Se dejó de sutilezas y fulminó con

autoridad al bocazas de Hugh—. Eres un invitado, además de un maleducado. ¿Tienes algún problema con Gordon o con mi padre?

—No he dicho nada —dijo Hugh con cobardía.

—Eso espero, porque si te vuelvo a escuchar hacer cualquier alusión sobre la relación de mi padre con Gordon, perderás lo poco que te queda —siseó controlando un enfado patente en la tensión de su cara—. No te consiento en mi casa ninguna apreciación personal que menoscabe la honorabilidad de nadie, de mi padre el primero, tampoco de Gordon. Los conoces a los dos desde que naciste, conoces la amistad que tienen con tu padre y sabes, tan bien como yo, que nunca ha habido nada más. Tus comentarios tan placenteros resérvatelos para alguno de tus amiguitos de Londres.

—Ahora eres tú quien está haciendo insinuaciones sobre mí.

—No era una insinuación —dijo rápido, sonrió con desprecio —. Ha sido un consejo, por cierto, ¿son mayores de edad?

—Vete a la mierda.

—No. —Nicholas sonó contundente. Echó el cuerpo hacia delante y añadió sin levantar la voz—. Tú te vas ahora mismo de mi casa y espero que no vuelvas. Tienes cinco minutos.

El gesto calmado de Nicholas difirió con el de Hugh. Mientras el escritor con una sonrisa se aproximó a su mujer y se reincorporó a la conversación, el indignado *lord* salió casi corriendo del jardín sin despedirse de nadie.

Nicholas y Charlotte se acercaron a otro grupo donde Tristam hablaba con la nueva directora. Ella vestía un traje negro largo con un chal plateado sobre los hombros, tenía una melena oscura ondulada, y

su maquillaje incrementaba un atractivo que en realidad no era nada especial. Charlotte no la conocía personalmente, pero había oído hablar de su experiencia y del entusiasmo que había mostrado por el puesto.

A sus treinta y ocho años, Giselle Harper estaba divorciada, tenía un hijo pequeño, y la oportunidad laboral con los Finch-Hutton le llegaba en un momento idóneo tras su precipitado cese como directora del Regency, un hotel de la cadena Hyatt en Londres. En la primera entrevista que mantuvo con ellos, disfrazó los motivos, creía haber aprendido la lección; aunque se sentía atraída por Nicholas desde ese día y, si no andaba con cautela, podía repetir despido.

—Hola, Giselle, ¿cómo estás? —Nicholas la saludó dándole la mano—. Te presento a mi esposa, Charlotte.

—Encantada —dijo Charlotte sonriendo mientras estrechaba su mano—. Es un placer.

—Lo mismo digo, no te vemos mucho por aquí —comentó, miró a Nicholas y añadió—. A ti tampoco.

—He estado liado.

—Leí algo al respecto —dijo Giselle—. Enhorabuena a los dos

—Gracias —dijo Charlotte asintiendo. Recibían a menudo felicitaciones y, afortunadamente, los medios de comunicación hicieron caso a la advertencia de Astor y no los molestaban; su vida tranquila fuera de cualquier ámbito público no se prestaba a noticias y la de Amanda en prisión ya no interesaba—. Eres muy amable.

—Cariño, voy a seguir. —Nicholas se excusó para volver con sus amigos, aunque Charlotte lo advirtió, y para arreglarlo añadió—:

Tenemos que bailar. —Inclinó la cabeza, la besó en la mejilla y dijo mirando a Giselle—. Hasta luego.

—Supongo que esto será muy diferente a tu anterior trabajo —dijo Charlotte.

Giselle bebió un sorbo de champán.

—Sí y no, en esencia es lo mismo, cambia el entorno, pero para mí es una oportunidad fantástica. Tengo buenas vibraciones aquí.

—Es normal, es un sitio magnífico.

—Sí. Todo me está gustando mucho.

—Me alegro, es bueno empezar con interés.

—Por supuesto, siempre me he tomado el trabajo muy en serio.

Charlotte sonrió, detectando un rastro soberbio en sus palabras y una actitud nada fiable. En unos minutos se despidió y buscó a Nicholas, entretenido en un rincón con Philip y Randy, que en ese momento gesticulaba divertido abriendo de par en par sus ojos oscuros dándole unas palmadas en el hombro al abogado. Tenía la misma altura de Nicholas, un cuerpo esbelto que parecía cuidar, un rostro atractivo y un aire bohemio por su pelo leonado salpicado de canas. Los tres eran físicamente diferentes, se podría decir que opuestos, pero se complementaban al milímetro. Durante el rato que los escuchó contar batallitas inverosímiles de su paso por Oxford, descubrió a la nueva directora controlando a Nicholas, pero, en cuanto advirtió su suspicacia, desvió los ojos disimulando. Era la tercera vez que ocurría y presintió problemas con ella; no parecía una mujer acostumbrada a perder. Empezó a dudar de esa gran oportunidad

profesional que la había llevado a aceptar el empleo, e imaginó que el aliciente de su marido fue el reclamo perfecto.

Nicholas no se apartó de Charlotte, con frecuencia le colocó la mano bajo la espalda o le indicó a quienes debían saludar. Tras bailar juntos, Sebastian Ulick, que era en ese momento la pareja de Patricia, pidió galante la mano de Charlotte, mientras Nicholas sonriente continuó con su madre, una consumada bailarina.

Siguiendo una melodía clásica, Charlotte se dejó guiar por Sebastian, con una agilidad sorprendente para su edad.

—Me ha dicho Nicholas que ha vivido muchos años en México —comentó Charlotte—. Debió ser toda una experiencia.

—Lo fue —afirmó Sebastian con una leve sonrisa—. Es un país precioso, con unas gentes aún mejor y una comida excelente. Te lo recomiendo, tiene rincones dignos de admirar.

—Uno de sus hijos sigue allí ¿no?

—Sí, el mayor —dijo serio. Hacía tantos años que no hablaba con él que de repente volvió a golpearlo una amarga sensación que nunca se fue del todo—. Está casado y tiene dos niñas.

—Nicholas lo aprecia mucho.

—Es un gran hombre —admitió Sebastian. Obvió que Ewan lo odiaba por algo que se le escapó de las manos y marcó el declive de su vida—. De niños se llevaban muy bien.

—¿Sus otros hijos viven aquí?

—Sí. —Sebastian apenas movió los labios, incluso perdió un poco el compás; recordar era su castigo. Los hijos por quienes Charlotte preguntaba vivían en Londres, y tenían con él un trato

cordial pero distante, que nunca le había supuesto ningún problema; sin embargo, el pequeño era su cruz. El hijo que tuvo con Åsa Göransson, la mujer que amó con locura y significó su perdición. Ese niño, Andreas; era ya un hombre y jamás había consentido un acercamiento, era su secreto mejor guardado. Se colocó la máscara fría que tan bien se le daba llevar y comentó—. James está loco por tener nietos, supongo que no tardareis mucho en darle uno. Fue una desgracia la pérdida de la niña.

—Sí —afirmó Charlotte con un gesto comprensivo—. Algún día me gustaría conocer su casa de Escocia, solo he escuchado maravillas.

—Será un placer enseñártela cuando queráis.

En cuanto escuchó la invitación, Charlotte levantó la vista para mirar sus ojos, por primera vez sonreían. Aquel azul gélido derritió una barrera incómoda y pudieron terminar de bailar con una conversación agradable más propia de alguien sin esa apariencia tan severa.

Después de recorrer los brazos de muchos invitados, Charlotte se reunió con Nicholas en la escalinata para despedirlos entre optimistas deseos. Cansado, al entrar en la suite, Nicholas se quitó la chaqueta, la pajarita, los calcetines, los zapatos, y desabrochándose la camisa puso música. Empezó a sonar de *The Reason* de Hoobastank con una introducción clásica que Charlotte, sentada en la cama quitándose los zapatos, no había escuchado nunca.

—No sabía que te gustaban —comentó sorprendida.

—No te los quites. —Nicholas se acercó con una sonrisa seductora—. Me gustan muchas cosas, pero la que más tú.

Extendió la palma de la mano, que ella agarró, le bajó la cremallera del vestido y se quedó contemplando de arriba abajo su cuerpo solo con unas sugerentes braguitas de encaje gris.

—No llevabas sujetador —dijo con voz grave delante de unos pechos apetecibles que le hacían la boca agua. Le meció las caderas despacio, introdujo las manos bajo las braguitas y acarició unas nalgas cálidas que terminaron de hervirle la sangre y arrasaron la nula resistencia que a esas horas le quedaba, en una noche donde su mujer había brillado como la estrella más intensa. Nicholas le clavó los dientes en el hombro, sin dolor, una advertencia del placer que iba a darle—. Si llego a saberlo, no sales de aquí.

—Con este vestido es imposible —susurró—. Pero no se notaba.

—No, menos mal. —Nicholas inclinó la cabeza y le rozó los pezones con la lengua. Se tomó su tiempo para quitarle las bragas recorriendo con las manos la piel tersa de sus muslos, luego, unas pantorrillas suaves. Se arrodilló y le levantó con parsimonia los pies para terminar de desnudarla—. Me gustan tus piernas.

Dejó un reguero de besos acercándose a una zona que lo excitaba demasiado, la cogió en brazos y la tumbó en la cama apremiado por el deseo.

—Eres muy lento.

—No tengo prisa. —Al decirlo, Nicholas sonrió entrecerrando los ojos, unas arrugas felices se adueñaron de un verde fascinante

como huellas imborrables de un hombre en su mejor momento. Terminó de quitarse la camisa y, sin dejar de mirarla, llegaron con calma el pantalón y los bóxers—. ¿Tú sí?

—Quiero sentirte dentro.

De forma involuntaria, Charlotte se relamió los labios, pero empeñado en no dejarse manipular por el ronroneo de su mujer, se tumbó sobre ella con la aspiración de que esa noche no acabase nunca, jamás.

—Y yo, pero antes quiero amarte despacio.

—Siempre lo haces —admitió, besándole el cuello—. Y me gustan tus juegos, pero ahora necesito esto.

Metió la mano entre ellos tocando con devoción el duro objeto de su deseo.

—Es tuyo, siempre. Solo tuyo.

Esa voz profunda la disparó como otra caricia más, lo provocó recorriendo una pierna musculosa con el pie y tiró con los brazos de su cuello, en una invitación aceptada de antemano. Empezó a sonar *Fragile* de Sting, con una cadencia sensual y lenta igual que los gemidos de Charlotte cuando entró en su cálido y húmedo interior, la mejor canción que él podía escuchar.

Ahogando suspiros en bocas sedientas, los ruidos de sus cuerpos los atraparon en una espiral de deseo incontrolable, apasionado. Estimularon todos los nervios en enardecidos movimientos, sincronizados de manera instintiva, deteniendo el tiempo otra vez hacia el éxtasis de un orgasmo violento.

Nicholas se movió para salir de su caliente refugio, pero unas

manos posesivas le sujetaban con fuerza las nalgas y no le dejaron moverse.

—No te quites —susurró, dándole un suave mordisco en la barbilla—. Me gusta sentirte encima.

—Peso mucho para ti.

—No —replicó sonriendo contenta, le rodeó el cuello con los brazos y acarició su nuca—. No me pesas nada.

—¿No?

Charlotte negó con un ligero movimiento de la cabeza, ejerció su atracción magnética y consiguió que cayera imantado para demostrarle su total dedicación. Se convertía en su esclavo y el hijo que esperaban había incrementado la profundidad de sus sentimientos; nunca se cansaría de amarla, lo era todo para él y nada los separaría, al menos, en esa vida.

Unos días después, la llamada del ginecólogo los alertó de algún problema. Cuando llegaron a la consulta, su inquietud fue en aumento mientras William explicaba las ventajas del tipo de test que había realizado para confirmar con exactitud las semanas de gestación.

—Es normal, no os preocupéis, el beta-HCG es muy fiable y me indica los valores hormonales que tienes.

Al hacerle una ecografía transvaginal, la cara del médico empezó a cambiar, Nicholas lo advirtió y sujetó con fuerza la mano de Charlotte, rogando para que no hubiese ningún contratiempo. Si para él sería difícil encajarlo, para ella podía significar una tragedia

insuperable, y por nada quería que sufriera más.

—Tenemos una sorpresita —dijo William sonriente—. Una placenta monocorial-biamniótica.

—¿Cómo? —preguntó Nicholas confuso—. Define la última palabra.

—Una placenta con dos bolsas fetales —respondió satisfecho —. Vais a ser padres de gemelos idénticos.

—¿Cómo?

Esa vez fue la voz asustada de Charlotte.

—No os sorprendáis tanto —dijo William acostumbrado a reacciones parecidas—. Solo son dos bebes de golpe.

Nicholas perplejo observó la pantalla y luego a su mujer, en shock, lo miraba ausente sin verlo. Inclinó el cuerpo hacia abajo, la besó en la mejilla y susurró:

—Te quiero.

—Y yo.

Llena de desasosiego e incertidumbre, Charlotte no encontró otras palabras. Iban a tener dos hijos a la vez, pero la cara de Nicholas rebosaba felicidad, con unos ojos alegres más verdes que nunca y una sonrisa que se agrandaba por segundos.

La dejaron sola vistiéndose, asimilando el impacto. En cuanto entró en el despacho de William, la emoción de Nicholas traspasó su corazón y alejó unos temores que unos minutos antes le impidieron ser más expresiva, sonrió feliz, se sentó a su lado y entrelazaron las manos para atender al médico.

—Te haremos un seguimiento con betas durante cuarenta y

ocho horas, si aumentan correctamente es que el embarazo va desarrollándose bien —dijo William serio—. Deberás tener cuidado y, probablemente, guardar reposo las últimas semanas. Este tipo de embarazo tiene sus riesgos y en el parto tendremos que realizarte una cesárea.

Nicholas escuchó preocupado, no entraba en sus planes vivir otra desgracia.

—¿En qué semana? —preguntó Charlotte.

—Si en el transcurso del embarazo no hay ninguna complicación, podíamos programarla para la treinta y seis o treinta y siete. Ya estarían preparados para nacer y no les haría falta incubadora.

—Vale —admitió Charlotte con un profundo suspiro.

—Es una gran noticia —dijo William sonriendo—. Estad tranquilos, vamos a hacer todo lo posible para que a mediados de abril del año que viene estén aquí.

—Muchas gracias —dijo Nicholas.

Se levantó y le estrechó la mano.

—Gracias, William —añadió Charlotte antes de salir conforme hacia otro análisis. La necesidad de tener la certeza de que sus hijos estarían bien, pudo contra su terror a las agujas. Cuando la enfermera se alejó con su sangre, le preguntó a Nicholas—. ¿Estás contento?

—Extasiado —dijo risueño—. Aunque sigo un poco aturdido. —La besó cariñoso en los labios—. ¿Y tú?

—Alucinada y aterrada.

—No te preocupes, vamos a seguir las indicaciones de William al pie de la letra —comentó acariciando su mejilla—. Ya verás cómo todo irá bien.

—Eso espero.

—No lo dudes —dijo convencido. No iba a transigir en nada que conllevara arriesgar su vida o la de sus hijos. Si Charlotte debía dejar el trabajo, lo haría. Si tenía que guardar reposo el tiempo que hiciese falta, también lo haría; todo sin negociaciones—. Voy a ser tu azote.

Antes de llamar a sus familias e invitarlas el sábado a una comida inesperada en Wells, Nicholas esa noche avisó a Maggie para que tuviera claro el menú y no se acelerara.

James imaginó el motivo, todos llevaban compinchados semanas para mantener en secreto el regalo que su hijo iba a hacerle a Charlotte, demasiado especial y demasiado elevado por la implicación que conllevaba; tampoco podían seguir sin ella, debía firmar algunos documentos y era muy difícil esperar hasta su cumpleaños.

Siguiendo su pauta de los viernes, Nicholas recogió a Charlotte en el Museo y comieron en uno de los restaurantes donde a veces solían parar. A las seis de la tarde una escasa luz otoñal invadía el cielo de violetas y naranjas cuando se desviaron en Wells y enfilaron el camino tapizado de unos rojos imposibles gracias a las miles de hojas que caían de los viejos árboles. Nicholas se bajó del coche, quitó la cadena quebrando con sus pisadas crujientes sonidos tan intrigantes como sutiles, y en pocos minutos aparcaron dentro del

garaje.

Sonrieron al entrar en la casa oyendo el trajín en la cocina, donde encontraron a Maggie enfrascada entre cazuelas y olores apetitosos. Charlotte se acercó a ella y la besó en las mejillas.

—Hola, Maggie, qué bien huele.

—Hola, Charlie —saludó contenta—. ¿Cómo estás?

—Perfecta —respondió mirando todos los preparativos.

—Buenas tardes, Maggie.

Nicholas estaba acostumbrado a ser ignorado por ella, Charlotte era su debilidad confesa, se acercó a la nevera y sirvió un vaso de agua.

—Hola, Nick —dijo Maggie de pasada, al momento se volvió hacia Charlotte—. ¿Solo seréis nueve, verdad?

—Sí. ¿Qué vas a preparar?

—He pensado algo ligero: una ensalada con algún picoteo, un primero caliente y pescado en salsa o al horno. ¿Cómo lo ves?

—Mejor al horno—dijo Charlotte rápido.

Maggie entornó los ojos y cruzó los brazos esperando la opinión de Nicholas.

—Maravilloso —admitió resignado, esbozó una sonrisa apretada muy falsa—. Como siempre.

—Tenemos que contarte algo. —Charlotte cogió el vaso de Nicholas, bebió, y compartió con él una mirada cómplice. A Maggie le sobraron las palabras, esos ojos brillantes adelantaron la buena noticia. Abrazó a Charlotte, mientras Nicholas observaba apoyado en la encimera con las piernas dobladas por los tobillos—. Hay algo más.

—Charlotte disimuló una risa feliz—. Son dos.

—¿Dos? —exclamó incrédula. Miró a Nicholas para confirmarlo y, al verle el gesto divertido, añadió—: Qué bien, me alegro mucho.

Nicholas la besó cariñoso en las mejillas, le explicó los consejos del médico, y el desarrollo normal de las hormonas; aunque faltaba un día, habló con él antes de dejar Londres y tenían motivos para ser optimistas.

—Cuando nazcan contamos contigo —dijo Nicholas.

—Si no lo hace, me enfadaría.

En cuanto el sábado amaneció, Maggie les puso las pilas, sobre todo a Nicholas, que bajo sus órdenes fue dos veces al pueblo a comprar ingredientes de última hora, y no lo dejó tranquilo hasta que llegaron los invitados. Se reunieron en el salón, donde Tristam, pensando en no olvidar nada, sirvió vino tinto, blanco, *Martini*, cerveza, refrescos y agua.

Luego, con una copa de vino tinto en una mano y la otra metida en el bolsillo del pantalón, Nicholas recorrió con la mirada a su familia: de pie, en un rincón, Tristam, Gordon, Edward y su padre, el único que no bebía cerveza, empezaban a calentarse con el fútbol, defendiendo con ahínco a sus equipos; sentadas en los sofás, charlando distraídas con unas copas de *Martini*, su madre, Sarah y Leslie, que se decantó como él por el vino, aunque prefirió el blanco; y en su lugar preferido: Charlotte, que lo miró sonriente bebiendo un refresco desde el banco del piano, dándole permiso para hacer el anuncio con una

sutil señal.

—Tenemos que deciros algo —dijo Nicholas. En cuanto captó la atención de todos, siguió—: Charlotte está embarazada, de gemelos.

La euforia colectiva los arrolló. James fue el último en felicitar a su hijo, pero su abrazo cariñoso, posiblemente, le llegó más hondo que ninguno.

—Creo que una hermana de mi abuela también tuvo gemelos —comentó Patricia pensativa.

—William nos dijo que por regla general este tipo de embarazos no son aislados en una familia —dijo Charlotte—. Pero no sabíamos que hubiese habido ninguno.

—No estoy segura si tuvo gemelos o mellizos… ¿La recuerdas? —Patricia miró a James, que negó con la cabeza; buscó a Gordon, y le hizo el mismo gesto que su marido—. Bueno, da igual —dijo con un gesto despreocupado—. Lo importante es que todo vaya bien.

La comida estuvo plagada de felicidad y comentarios divertidos, bromearon sobre firmarle la escayola a Patricia e incluso Edward, más tímido y reservado, se mostró de acuerdo con estampar su rúbrica.

Antes de que Maggie se retirase después de servir una tarta de fresas con hojaldre y crema, Nicholas le pidió que se sentara con ellos, se levantó, miró a Charlotte y dijo:

—Tenemos una sorpresa para ti —afirmó alegre—. Hace unas semanas, la revista nos pagó su parte de la indemnización y se nos ocurrió hacer algo útil con ese dinero. —Nicholas desvió la vista un

instante hacia su padre, tan contento como él, volvió a Charlotte y continuó—. Creemos que si proporcionamos recursos y asistencia profesional a niños discapacitados, facilitaríamos su integración social y algo de alivio a sus familias. Hemos creado la Fundación Sarihsa y Charlotte Finch-Hutton para ayudar a niños discapacitados —dijo satisfecho. Su mujer lo miró con los ojos húmedos por una generosidad inesperada y porque Sarihsa significaba muchas cosas para ella. Nicholas lo sabía, fue su motivación. Para terminar añadió —: También, a partir de ahora, un porcentaje tanto de las ventas de los libros como de los beneficios de Ivory irán destinados a la Fundación. Todos han estado de acuerdo.

Llenos de entusiasmo, los implicados le contaron a Charlotte el funcionamiento, dónde tendrían la sede y sus ideas para recibir donaciones. Patricia habló ilusionada para celebrar una gala anual benéfica y recaudar fondos, cuando Ivory estuviera a su disposición. Eran actos sociales a los que ellos y sus amigos acostumbraban a asistir, y no dudó de que también colaboraran en cuanto conociesen la labor que iban a realizar. Leslie y Sarah se ofrecieron para trabajar de manera altruista y poner también su granito de arena. Durante un buen rato se sucedieron buenas ideas que alargaron la comida hasta bien entrada la tarde, cuando Charlotte asimiló que para llevar a cabo un proyecto de esa envergadura con éxito era vital rodearse de un equipo profesional bien cualificado que supervisaría ella misma; con el firme propósito de no ser una presidenta honorífica.

A finales de octubre llegaron el viernes por la tarde a Wells.

Ni la lluvia copiosa ni el frío húmedo conseguían que desistieran de un trayecto largo que pasaban entre charlas o silencios agradables mientras escuchaban algún programa de radio. La tranquilidad del campo los relajaba, disfrutaban con esa vida sencilla, paseando todos los días después de comer, montando a caballo o yendo a Ivory los sábados para que Nicholas asistiera a la reunión semanal con Gordon, James y Tristam sobre la gestión del hotel y, de paso, también comprobaban que todo funcionaba según el estándar de calidad que exigían; aunque con el seguimiento de Gordon y James eso estaba garantizado.

Después de organizarse, se sentaron frente a la chimenea del salón. Cada uno leía concentrado hasta que la mano curiosa del escritor se adentró en los muslos suaves y cálidos que lo rozaban constantemente y no pudo reprimir tocar.

—¿Maggie se ha ido? —preguntó Nicholas.

—Creo que no. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Tienes algún plan secreto?

—Puede —respondió con una mirada pícara.

Charlotte cerró su libro y se levantó decidida.

—¿Adónde vas?

—A ver si hay moros en la costa.

Le hizo un guiño divertido y salió dejándolo sonriendo; si la costa estaba despejada, él tenía garantizado el abordaje. Su mujer tenía unas ganas tremendas de sexo y no le quedaba más remedio que complacerla; un terrible esfuerzo al que sucumbía sin notarlo.

El domingo por la mañana, Nicholas montó a caballo y Charlotte nadó en la piscina de manera suave, de momento no tenía molestias y había aumentado tres kilos de peso; era la única diferencia que notaba respecto al anterior, este parecía desarrollarse más rápido. Los tres meses abultaban bastante, todavía le quedaban por delante cinco más y su apetito rayaba la voracidad. Con la intención de cuidarse, cuando regresó a la casa, habló con Maggie para que añadiera más verduras solo a sus raciones; por costumbre incluía lo mismo en el plato de Nicholas, que no terminaba de asimilar el porqué los fines de semana debía alimentarse como las cabras.

Al salir de la cocina, lo escuchó en el salón, creyendo que estaba practicando con el piano por las notas incoherentes que no eran usuales en él, atravesó el pasillo y entró sigilosa.

Atareado con su composición musical, Nicholas tuvo claro que no encontraría las pocas notas que le faltaban; se distraía demasiado con la presencia de su mujer. No necesitó girarse para saber que estaba ahí, su piel del cuello erizada y ese olor fresco que siempre la rodeaba lo inutilizaban para cualquier otra cosa que no fuese admirarla. Se giró despacio y observó feliz una barriga visible entre los botones inútiles de una camisa blanca, dejándola expuesta a sus ojos, ansioso por conocer a los ocupantes. Charlotte se sentó de cara en el banco y dijo sonriendo:

—Tócala completa.

—Dura cinco minutos.

—Tengo tiempo —replicó Charlotte, notando la inseguridad

en su excusa, añadió con ironía—. ¿Tú no?

Nicholas se concentró en las teclas con los ojos cerrados y una suave melodía empezó a envolver la casa. Maggie escuchó las bellas notas, salió de la cocina y los observó desde la puerta. El cuerpo de Nicholas se mecía en un suave vaivén, que se incrementó siguiendo el rápido movimientos de sus dedos, mientras, Charlotte, relajada con las piernas estiradas, sonreía atenta hasta que paró de tocar con una mueca de disgusto.

—Déjala acabar repitiendo las últimas notas —comentó Charlotte interesada.

—A mí me ha parecido lo más bonito que ha tocado nunca —añadió Maggie sonriendo.

—¿Se puede saber qué haces ahí? —preguntó Nicholas sorprendido, esa canción era demasiado íntima, solo para su musa—. Esto es algo privado.

—Para una vez que no le chantajeo —dijo Maggie negando con la cabeza—. Menudo agradecimiento.

—¿Perdona? —preguntó incrédulo—. ¿Se te ha olvidado quien te paga todos los meses?

—Ni por un momento. —Maggie con el índice señaló a Charlotte, que encogió los hombros viéndose metida de lleno en una relación tormentosa. Sobrada de ironía añadió—: ¿A que sí?

Más tarde, Nicholas temía la venganza desde la cocina y, sin equivocarse, tuvo delante un plato de acelgas aliñadas. Su cara de asco hizo reír alegre a su mujer, que conocía el menú y sabía que el

segundo era en su honor.

—¿Qué? —bromeó Charlotte—. ¿No te decides?

—No entiendo qué le ves a esto.

Pinchó la verdura con el tenedor, la sostuvo en el aire y la observó con la nariz encogida, su expresión de repugnancia en cualquier niño se habría notado menos.

—Es sano —dijo Charlotte paciente—. Pero esto es cosa de Maggie. Le he dicho que solo me la ponga a mí.

—Ya, pero eso me incluye, no tiene favoritismos conmigo.

—No digas eso, en el fondo te aprecia mucho. —Charlotte se levantó y le retiró el plato—. Si eres un blando con ella.

—¿Adónde vas? —preguntó extrañado, por mucho que protestara siempre acababa comiéndoselo—. No hace falta que se lo devuelvas.

—Lo sé, pero no podemos seguir así —dijo Charlotte sensata. La verdura era para ella, no para fastidiarlo—. Ahora vuelvo.

Nicholas vio su oportunidad en cuanto salió, sacó la caja que llevaba en el bolsillo del pantalón y la puso al lado del servicio de Charlotte. Unos minutos después, reapareció con un plato de carne asada, puré de patatas y algo de verdura a la plancha.

—Gracias, mi amor —dijo Nicholas sonriente delante de su comida favorita—. Menuda diferencia.

Charlotte sorprendida cogió la caja.

—¿Es mi regalo?

—Estaba impaciente por dártelo.

Observando su expectación, Charlotte destapó unos

pendientes que la dejaron inmóvil: dos esmeraldas con forma de lágrimas, rodeadas de pequeños diamantes, colgaban de dos flores con unos pétalos de oro blanco tan brillantes como toda la luz que reflejaban.

—Son muy bonitos —dijo Charlotte con una sonrisa incómoda—. Aunque creo que es demasiado.

—Son tuyos, no puedes rechazarlos. —Nicholas la miró con ternura y le acarició la mejilla—. Llevan en mi familia muchos años.

—Sabes que aprecio el detalle, pero no soy muy de llevar estas cosas.

—Lo sé, y entenderé que no quieras ponértelos, pero te pertenecen por derecho y para mí es el mayor de los honores que los tengas —dijo serio. Levantó su mano y la besó en el dorso—. Son parte de mi legado y tú eres la pieza clave de mi historia.

—Te quiero —susurró encantada por esas palabras dulces y rotundas.

—Y yo, feliz treinta aniversario.

Tras probar la deliciosa tarta de chocolate que había hecho Maggie, dieron un paseo por la finca con los impermeables puestos, suponiendo que la lluvia se presentaría de manera inesperada. Se dirigieron de la mano hacia el arroyo, hablando sobre los cambios en los colores intensos del campo en esa época. El ruido del agua pasando por las piedras era tan rítmico que lo llenaba todo de una música natural perfecta para contemplar a una familia de patos, que nadaban distraídos cerca de la orilla. Poco después, unas gotas botando en la superficie del río anunciaban el comienzo de esa lluvia suave e

incesante que pronto aumentaría y tanto disfrutaban.

Anduvieron más rápido y regresaron por el camino, hasta que Nicholas corrió tirando de Charlotte, riendo, contagiándola feliz. Durante unos minutos, aquel agua se llevaba todo el pasado y los empapó de vida, igual que ayudaba a la tierra enraizando las semillas o perpetuando aquellos campos de verdes intensos. Con sus hijos culminaban los sueños de los dos y continuaban con el legado de la discordia que se convirtió en su mejor estímulo; una familia.

Chorreando tras la carrera, llegaron al zaguán de la casa.

—Me encanta mojarme —dijo Charlotte, quitándose la capucha.

No le sirvió de mucho cuando levantó extasiada la cabeza mirando el cielo.

—Y a mí, pero vamos a cambiarnos.

Nada más entrar en el dormitorio, Nicholas encendió la chimenea y colocó en el suelo dos mantas mullidas frente a ella. Entretenido atizando el fuego, no vio a Charlotte, que se desnudó con rapidez.

Cuando rodeó con los brazos la cintura de Nicholas por detrás, sintió toda su piel erizada por la frialdad de la ropa. Desabrochó de forma eficaz su pantalón, tocó una erección juguetona que la incitó a ser más agresiva y le acarició los testículos, mientras él se afanaba por quitarse la camisa sin poder soportar el calor del fuego o el deseo que le provocaron dos pezones duros como el hielo hincados en su espalda, o unas manos femeninas ansiosas que lo recorrían solo para lanzarlo con violencia contra ella.

—Túmbate, estoy ardiendo.

—Tú abajo.

Se colocó a horcajadas encima de él, que la recibió con una boca desesperada llena de pasión delante de su festín favorito. Charlotte sonrió con un dulce gemido, atrayéndolo como las montañas hacían con las nubes. Descargaron una fina lluvia de cálidos besos, alejando para siempre la espesa niebla, fundiendo sus cuerpos como un sólido nudo de piel, músculos y huesos. Sus corazones se reconocían como piezas únicas que siempre encajarían y jamás podrían latir sin el otro.

Llegando al límite, Nicholas se transformaba, sus bonitos ojos se iluminaron y su primitiva masculinidad tomó el mando de Charlotte, que gritó su nombre enamorada; consciente de que su amor crecía fuerte y recio como los viejos árboles que poblaban esos campos infinitos que verían nacer a sus hijos. Tenían un maravilloso futuro o, al menos en aquel momento, eso creyeron ellos.

En Ivory el trabajo era incesante. Para Giselle Harper supuso una buena oportunidad, a pesar de no tener ninguna distracción en los alrededores. Le gustaban los hombres, para qué negarlo, y su nuevo jefe tenía el aliciente de estar muy enamorado de su mujer. Para ella el mejor de los retos era hacerle comprender a su confiada esposa que no podía dejar tanto tiempo solo a un hombre como Nicholas; si corría ese riesgo, tenía muchas posibilidades de perderlo.

Aquella noche llegó a Londres ansiosa, a la suite del hotel Rafayel, donde Andreas Göransson la estaba esperando desde hacía

quince minutos. Se conocieron en el Regency, dos años antes, cuando ella era la directora del hotel y él un empresario que buscaba nuevos contactos en la ciudad. Sabía que debería pagarle por el retraso; el sueco no se andaba con rodeos, no eran amigos, solo dos cuerpos buscando placer y, a pesar de ser más joven que ella, no tenía reparos en mostrarle el dominio con el que le gustaba someter a las mujeres que tenía a su disposición. Giselle dio dos toques seguidos en la puerta, respiró hondo y recompuso una sonrisa. Andreas abrió, solo llevaba puesto un pantalón y sujetaba un vaso en una mano.

—Sabes que no me gusta esperar.

—Lo siento —dijo Giselle—. No he podido salir antes, estamos muy liados.

La expresión de Andreas no cambió, la miró con desprecio y se sentó en uno de los sillones, marcando abdominales con sus largas piernas desparramadas. Giselle empezó a desabrocharse la blusa con una sonrisa seductora, ajena a sus modales; no le importaba hacer lo que él quisiera; no daba opciones, y a ella le encantaba su rudeza, tenía la superioridad que proporciona la fuerza, acompañada por un cuerpo y un rostro muy apetecibles para cualquier mujer.

Andreas siguió con la vista clavada en uno de los enormes ventanales, con una panorámica del río solo apta para los más privilegiados, necesitaba mostrar a todos que había triunfado, en especial si era en el país donde su padre vivía. Verlo en un periódico contando maravillas sobre la propiedad de su amigo, el señor James Finch-Hutton, alguien a quien la señora Harper conocía bien, incrementó ese afán de venganza que había sido una inspiración

demasiado tiempo.

—Tendrías que ver Ivory, se está convirtiendo en uno de los hoteles de campo más exclusivos —explicó Giselle quitándose la falda—. La lista de espera está a tope hasta el próximo mayo —dijo al soltar el sujetador. Andreas bebió despacio un sorbo de whisky, mirándola con sus fríos ojos azules sin apreciar su cuerpo; en cambio, sus oídos prestaron mucha atención a esas palabras confiadas—. Parece que no, pero en el fondo a nuestros clientes les encanta alardear de haber sido recibidos por el Duque de Salisbury en su casa.

Durante unos segundos, Andreas no entró en la conversación, apuntaló sus defensas, elevó la barbilla y habló con su leve acento:

—La gente no sabe apreciar más que las apariencias, en todos los ámbitos. —Sonrió cínico sin encubrir su asco visceral por la aristocracia inglesa; la misma que se valía de su poder para salir indemne de situaciones por las que otros habrían acabado con sus huesos en la cárcel. La edad le había dado aplomo suficiente para esperar su oportunidad, acabar con él y aprovecharse de la situación engrosando sus negocios—. Apúntame en esa lista.

Con una ligera sonrisa, Giselle se acercó, se sentó encima de sus piernas y le acarició la mejilla. Inclinó la cabeza hacia delante y lo besó en los labios. Aunque a Andreas le costó devolverle el beso, en cuanto lo hizo, su inquieta mente le dio una tregua, dejó de pensar en los beneficios que le reportaría el negocio y se entregó a la lujuria con agresividad. En otro momento trazaría una estrategia, su confianza para cumplir objetivos era su garantía de éxito: Ivory sería suyo.

Continúa con *Ivory Manor* II, *Sobre tormentas*.

Charlotte y Nicholas tendrán que enfrentarse a sus temores y demostrar que su matrimonio es tan sólido como creen. Lo tienen todo para ser felices, pero la intriga de Giselle hará que los peores miedos de Charlotte se hagan realidad. Otras fatalidades en Ivory pondrán a prueba la continuidad del negocio y su estabilidad familiar se verá en peligro si no son capaces de reaccionar a tiempo.

Durante las tormentas que traerá el verano, Tristam y Sarah se enfrentarán a sus propios desafíos. Compartían pasión, amistad y un futuro infinito; sin embargo, un hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya, se involucrará en una relación salvaje con la mujer equivocada; un error que pagarán muy caro.

La pasión de una familia, el poder de los sentimientos y el legado que une sus vidas: Ivory Manor.

AGRADECIMIENTOS

Antes de seguir con la segunda y tercera parte de *Ivory Manor*, me gustaría dar las gracias a los tres profesionales que en esta primera parte han colaborado conmigo de manera generosa, puntual y entusiasta. Para describir toda la parte sobre Meroe y Egipto, he tenido la inestimable ayuda de Loreto Lobera, arqueóloga, amiga, y una inspiración para crear el personaje de Charlotte Wolf. Al doctor en ginecología Guillermo Espinosa para la parte médica, amigo y apoyo cada vez que lo he necesitado (y no fueron pocas mis dudas con Charlotte) y, por último, a Mª Fe Alberdi, abogado, amiga de la infancia y otro apoyo incondicional para seguir, mejorar, y poder compartir con vosotros estas historias.

Muchísimas gracias a los tres.

R.A.M.

Rincón de la Victoria, septiembre 2014

Sobre tormentas

Ivory Manor II

RosA. Menéndez

Ivory Manor II

Sobre tormentas

RosA. Menéndez

copyright © RosA. Menéndez 2014
Portada © R.A.M.
www.rosamenendez.com

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

SINOPSIS

En esta segunda parte todos tendrán que librar con sus propios fantasmas. Charlotte y Nicholas tendrán que enfrentarse a sus temores y demostrar que tienen un matrimonio tan sólido como creen. Lo tienen todo para ser felices, pero la intriga de Giselle hará que los peores miedos de Charlotte se hagan realidad. Otras fatalidades en Ivory pondrán a prueba la continuidad del negocio y su estabilidad familiar se verá en peligro si no son capaces de reaccionar a tiempo.

Mientras, durante las tormentas que traerá el verano, Tristam y Sarah se enfrentarán a otros desafíos que pueden resquebrajar los cimientos inestables de su relación. Compartían pasión, amistad y un futuro infinito; sin embargo, un hombre acostumbrado a salirse con la suya se involucrará en la relación más salvaje de su vida con la mujer equivocada; un error que pagarán caro.

Ivory Manor es la historia de una familia, de personas que han encontrado el verdadero amor, pero corren el peligro de no saber retenerlo y deberán luchar si quieren mantener ese maravilloso regalo concedido por el destino.

PRÓLOGO

Londres, Inglaterra
15/4/2012

Sin poder dormir, Charlotte pasó la noche intranquila, aunque se había acostumbrado durante el último mes a funcionar con las horas de sueño reducidas al mínimo. La abultada barriga limitaba considerablemente unos movimientos cansados y las patadas que cada cierto tiempo le propinaban sus hijos tampoco fueron ninguna novedad.

Esa noche el nivel de ansiedad de Nicholas rayó un límite tan alto que descontroló el ritmo de su corazón de manera angustiosa. El parto era inminente, el embarazo se había desarrollado de manera satisfactoria y el peso y tamaño de los bebés eran adecuados para que nacieran sin correr riesgos.

Después de desayunar en un silencio tenso, Nicholas recogió del dormitorio el ligero equipaje que Charlotte tenía preparado y salieron hacia el hospital donde los recibió el doctor Spennos. Era el día acordado para practicarle la cesárea y traer al mundo a los dos varones que esperaban.

En cuanto tomaron los datos, una auxiliar preparó a Charlotte para llevarla al quirófano. Al momento se despidió emocionada de sus padres y suegros, que llegaron al hospital unos minutos después que ellos. Tratando de disimular el nerviosismo, los cuatro la animaron con alentadoras palabras y besos cariñosos. Nicholas no le soltó la mano mientras la acompañaba, hasta que el celador que tiraba de la camilla le prohibió continuar; estaban en la puerta del quirófano y el equipo de William esperaba dentro.

—Te quiero —dijo la voz serena de Charlotte, intentó reconfortarlo—. Relájate, todo va a ir bien.

—Te quiero, mi amor. —Tragando despacio con la mirada asustada, la tensión a Nicholas solo le permitió rozar sus labios con rapidez y esbozar una ligera sonrisa que fue tímidamente correspondida—. Sé valiente.

Despacio le besó la mano con los ojos muy brillantes sin preocuparse por el gesto impaciente del celador, acostumbrado a ver

la misma escena a diario.

El aséptico pasillo ponía los vellos de punta. Aparte del frío, para Nicholas la sensación de indefensión fue absoluta. No duró mucho ahí, instado por una enfermera a esperar en la planta baja con los familiares de otros pacientes.

Incapaz de sentarse más de un minuto, pasó más de una hora dando vueltas de arriba a abajo. La fingida calma de los duques tampoco ayudaba mientras hablaban entretenidos con sus suegros. Casi dos horas después, apoyado en la pared con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, advirtió movimiento por donde se accedía al quirófano. Se abrió la puerta del fondo y vio a William con otros dos médicos aproximarse con expresión seria hablando entre ellos. Las piernas empezaron a temblarle hasta que observó paralizado a William y creyó advertir una ligera sonrisa en su rostro.

—Nicholas, enhorabuena —dijo, extendiéndole la mano—. Tienes dos hijos sanos y fuertes.

—Gracias. —Sonrió aliviado—. ¿Cómo está Charlotte?

—Bien. Hemos tenido una pequeña complicación. Tenía placenta previa, pero lo hemos resuelto sin problemas. Está en recuperación. A lo largo del día recobrará la movilidad en las piernas.

Nicholas recibió la enhorabuena del resto de médicos y salió junto a su familia a conocer a los niños. La felicidad de todos fue muy sonora cuando la enfermera dejó pasar al padre a la Sala de Puericultura. Cada niño llevaba una pulsera de identificación en el tobillo, y Nicholas supuso que Charlotte en el quirófano les dijo que el mayor se llamaría Henry, y Alexander, el pequeño. Henry dormía tranquilo cuando la caricia de su padre lo estremeció sin despertarlo. Según la información que leyó Nicholas, Alexander era tres minutos menor que su hermano. Estaba despierto y gimoteó molesto al sentir los fuertes brazos que lo auparon. Al momento, Nicholas se acercó a la pared acristalada para presentárselo a los abuelos, y se acurrucó mimoso en su pecho.

—Cuando suban a la madre los llevarán a la habitación —explicó la enfermera, escuchando el alboroto en el pasillo.

—Lo sabemos —admitió Nicholas sonriente—. Pero no podíamos esperar.

Alexander miró a su padre, que le notó los ojos muy claros y admiró esa extraña mezcla pasando el índice por una carita suave y regordeta. El azul penetrante de Charlotte se fundía con su verde, dándole una intensidad que solo un capricho de la naturaleza podía conceder. Nicholas le besó con ternura la frente antes de devolverlo a la cuna de manera cuidadosa.

—Eres perfecto.

La enfermera, al verlo, no pudo dejar que se fuera con esa expresión abatida.

—Lléveselo, si quiere —dijo en voz baja—. Le llevaré al otro en un rato.

Como si supiese que estaban hablando de él, Henry abrió los ojos y se metió el pulgar a la boca.

—Hola, cariño —susurró Nicholas con una voz grave y dulce. Lo cogió y sonrió muy feliz; al fin, sus dos pequeños estaban con ellos—. Me los llevo a los dos.

—Póngalo en el hueco del codo —explicó la enfermera yendo para ayudarlo. Le colocó bien a Henry y, en cuanto lo tuvo bien seguro, se volvió para coger a Alexander—. Y este, aquí.

Medio embobado Nicholas miró su ligera carga, no llegaban entre los dos a los seis kilos y aunque eran exactamente iguales tenían algunas diferencias que facilitaban distinguirlos. Alexander tenía un pequeño lunar encima del labio y esos ojos que lo atraparon con una mirada, como le pasó con Charlotte, mientras Henry era un clon Finch-Hutton, igual que él y James. Alexander solo ostentaría el título de vizconde que podía adjudicarle cuando fuese el Jefe de la Casa Ducal, el destino quiso que su hermano naciera primero; sin embargo, tenía diluidos sus genes y los de Charlotte con la proporción exacta, y esa carga genética lo convertía en una obra maestra, había asimilado tan bien su deseo que solo podía contemplarlo extasiado.

Nicholas salió esquivando a su madre y a su suegra, las dos empeñadas en quitarle a los niños; sin éxito. Atravesaron el pasillo bajo las miradas curiosas de algunas personas que no pudieron reprimir una sonrisa condescendiente al verlos.

Charlotte, que acababa de llegar a la habitación, sonrió emocionada y extendió los brazos para poder sentir también a sus hijos. Los abuelos se acercaron con la misma alegría que había colapsado a toda la familia; aquel quince de abril pasaría a la historia por ser con diferencia el más feliz y el más deseado.

Sonriendo, Nicholas puso a Alexander en el regazo de Charlotte y viendo su oportunidad Patricia con rapidez cogió a Henry.

—Déjame verlo —dijo Charlotte.

Patricia se lo acercó y no pudo evitar unas lágrimas felices que inundaron sus ojos.

—Te quiero —susurró Nicholas dándole un beso cariñoso en los labios—. Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Gracias, mi amor.

La emoción no permitió a Charlotte articular palabras, con esos

niños cumplía su último sueño, todos los demás él se encargaba de hacerlos realidad a diario, no podía imaginarse sin Nicholas ni sin sus hijos, esos que siempre fue reacio a tener y, en cambio, acababan de darles el mejor momento de sus vidas.

Le pasó el dedo por la carita a Alexander, fijándose en el pequeño lunar.

—Eres muy guapo —murmuró Charlotte con el corazón encogido nadando entre felicidad, hormonas dislocadas y el romanticismo de Nicholas, que se sentó a su lado y le echó el brazo por el hombro—. Y muy bueno.

Henry pasó unos minutos con los Wolf hasta que le tocó el turno a su abuelo paterno. Sentado en el sofá de la habitación, recibió al niño de manos de su esposa. La mirada cálida de Patricia entregándole al que algún día sería el encargado de ostentar su título, enturbió unos ojos verdes de lágrimas. A los setenta y tres años conocía al sucesor de su hijo, un privilegio que alguna vez dudó tendría.

—Hola, Henry. Te llamas igual que tu bisabuelo —dijo James con una sonrisa—. Y eres igual que tu papá cuando nació.

Patricia afirmó con la cabeza y se sentó a su lado.

—Se parecen muchísimo.

—Sí —James acarició los muslos del niño y preguntó a su hijo—. ¿Cuánto han medido?

—Casi cincuenta —respondió Nicholas—. Están muy bien desarrollados para ocho meses.

—Tienen pinta de que van a ser altos —comentó Edward.

—Y fuertes —dijo James con la palma de la mano sosteniendo el pie de Henry—. Menuda fuerza.

—Lo más importante es que estén sanos —añadió Leslie.

—Fíjate en sus ojos —dijo Nicholas acariciando a Alexander—. Parecen topacios llenos de esmeraldas.

—Son rarísimos. —Charlotte se concentró en ese color, era una fiesta caribeña, un mar alegre que nunca había visto—. ¿Henry los tiene igual?

—No —respondió con una media sonrisa. Sin perder el orgullo ante la característica más evidente que asemejaba a Henry a la rama paterna, añadió—: Los tiene como yo.

—Son iguales que tú, mío solo tienen el color del pelo —comentó Charlotte divertida—. Y andan escasos.

—No estés tan convencida. Cuando era pequeño tenía el pelo muy rubio.

—Bueno, al menos, déjame algo.

Charlotte sonrió hablándole y Nicholas inclinó la cabeza para darle

otro beso cariñoso en los labios con su hijo en medio.

—¿Te encuentras bien?

—Casi no siento las piernas, es como si las tuviera acolchadas.

—William me ha dicho que durante la tarde recuperarás la sensibilidad.

—Noto un hormigueo, me imagino que está empezando a irse el efecto de la anestesia.

Entró una auxiliar, les dejó dos pequeños biberones de suero y otros dos de leche. Nicholas cogió a Henry de los brazos mimosos de su padre y volvió a sentarse junto a Charlotte.

—Parece que les gusta —dijo Charlotte contenta, viendo como con pequeñas succiones se tomaban la leche cobijados en sus brazos—. Qué dos tragones.

—Son muy buenos. —Leslie encandilada con una sonrisa—. Se van a criar en dos días.

—Y parecen tranquilos —añadió Patricia—. Eso sería lo ideal

—No creo que tengamos problemas. —Sosteniendo con cuidado el biberón de Henry, Nicholas no levantó la cabeza al hablar—. Nos iremos al campo en cuanto les den el alta, y Maggie va a ayudarnos.

—Es lo mejor. Maggie tiene mucha experiencia con sus nietos —comentó Leslie—. Nosotros iremos la semana que viene, es menos trayecto que venir aquí.

—Procura descansar y curarte la cicatriz todos los días —dijo Edward—. Cuando se te pase el efecto de la anestesia te dolerá bastante.

—No te preocupes. —Nicholas sonrió a su suegro y, a sabiendas de que su mujer estaba acribillándolo, añadió—. La tengo vigilada.

Charlotte elevó una ceja.

—Define vigilada, Honorabilísimo —dijo con una mirada retadora. Durante el séptimo mes de embarazo su protección fue agobiante, según él debía haber cogido la baja en febrero. Incluso, llegó a encerrarla en la biblioteca, alegando una desaparición misteriosa de la llave, obligándola a ausentarse del trabajo. Por el mismo fenómeno espontáneo, pocos minutos después de claudicar, aparecieron con su dueño disimulando una sonrisa. Cuando llegó al octavo, casi la convierte en una inútil, su único cometido desde que se levantaba hasta que se acostaba era velar por ella. Dejó de escribir, montar, nadar, y se perdió una subasta que llevaba tiempo esperando para adquirir otro coche antiguo sin pestañear; la cuestión era tenerla vigilada, y todo porque había aceptado ir solo dos días a la semana al museo y compensar las horas realizando gestiones desde casa; eso no era reposo. Así lo entendió Nicholas siguiendo al pie de la letra las

recomendaciones del ginecólogo que le mandó reposo absoluto desde el sexto mes—. Si crees que vas a tenerme como hasta ahora, estás muy equivocado. Una cosa es ser prudente y otra agobiante ¿qué eres tú?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo tranquilo, ajeno a las sonrisas que estaban despertando en sus padres—. Soy tu azote, lo sabes.

—Solo hasta que me quiten los puntos, te lo advierto.

—¿Me ves nervioso? —preguntó con arrogancia, entornó los ojos y frunció los labios—. No me intimidas.

—Tengo mis métodos.

—Y yo los míos.

Tres días después les dieron el alta. Durante las noches pasadas, Nicholas les dio junto a Charlotte los biberones y no tuvieron mayores incidencias. Estar juntos en el hospital compartiendo sus primeras horas de vida hizo que los dos se olvidasen del temor por la responsabilidad de criarlos.

Sin estar en la casa de Londres más de dos horas emprendieron el trayecto a Wells en el nuevo BMW X6 plata metalizado, con los asientos de piel en color beige donde tenían instaladas dos sillas portabebés, y quedaba espacio suficiente entre ellas para Maggie. A Nicholas le costó semanas elegir un modelo, a Charlotte le dio la impresión de que tomara una decisión trascendental, parecía realmente encariñado con el M6, hasta se apiadó de él e intentó que no lo vendiera; pero llegó una tarde emocionado con este, y desde entonces se conformaba con salir de vez en cuando con el Maserati o una vez que cogieron el DBR2 para ir al aeródromo Keevil en Trowbridge, donde pudo correr durante varias vueltas hasta cansarse, por supuesto en solitario, ella fue una mera espectadora apoyada en la barrera.

Al llegar, Maggie se hizo cargo de Alexander y Nicholas de Henry, también ofreció el otro brazo a Charlotte, que aún no podía andar con normalidad hasta que en unos días le quitaran los puntos.

—Sube y descansa. Maggie y yo nos encargamos.

Nicholas la besó en la mejilla y siguió a Maggie hacia la cocina. En los últimos meses acondicionaron la casa, esa más que la de Londres, donde únicamente cambiaron el mobiliario de uno de los dormitorios de la planta alta. En cambio, ahí todo lo hicieron pensando en una estancia de larga duración, mínimo seis meses, y si Nicholas pudiera sería indefinida; en ningún sitio era más él que en aquella casa.

En su dormitorio pusieron dos cunas blancas pequeñas, otras dos

un poco más grandes en el que sería el de ellos, hechas por un carpintero local, que acorde a las referencias que les dieron, hizo un trabajo espléndido; incluso, en cuanto fuesen un poco más mayores se convertirían en dos camas.

Con los niños adormilados esperando en unas hamacas con asas, Nicholas observó muy atento cómo Maggie preparaba los biberones; no era un misterio, pero le dio cierta garantía no ser el primero en experimentar.

—Qué, ¿se ve con ánimo para hacerlo solo?

—Por supuesto.

Maggie cerró una de las tetinas y, de forma casual, en cuanto terminó, se lo ofreció:

—Tenga cuidado.

Al cogerlo confiado y quemarse, Nicholas dio un respingo y empezó a balancearlo entre las manos. Mientras, Maggie metió el que sostenía en un recipiente de plástico rectangular lleno de agua fría que lo cubrió por la mitad.

—Cuando le toque, recuerde no ir con el tiempo justo para que puedan enfriarse un poco.

—Vale —dijo poniendo dentro el suyo, al instante preguntó—. ¿Cuánto tiempo hay que dejarlos?

—Un ratito.

No miró ningún reloj, sin referencias, como los valientes.

—¿Cuánto es para ti un ratito?

—Lo que es… —Maggie torció los labios despreocupada y encogió los hombros, pero Nicholas detectó burla y, al darse cuenta, añadió aguantando una sonrisa—: Un ratito.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

—¿Es difícil?

—No creo, pero te gusta escucharme.

—¿A usted no le gusta escucharme a mí?

Con las manos en los bolsillos del pantalón, Nicholas sonrió muy feliz acercándose a los niños, se agachó delante y habló en un susurró:

—Es una bruja, pero me quiere. A vosotros también.

—Lo he oído —dijo sacando un biberón.

—Tres minutos. —Nicholas miró de reojo el reloj de su muñeca—. Exactos.

—¿Qué he dicho? —preguntó con el ceño fruncido, suspiró y lo miró con desdén—. Tres minutos, un ratito.

Los dos sonrieron con complicidad, se adoraban y no sabían llevar su relación de otra manera, siempre había sido así y no tenían por qué cambiarla, se entendían e incitaban unos alardes de ironía que los

mantenía en guardia, sin treguas, excepto cuando algo realmente revestía gravedad, en esas situaciones Maggie daba la talla con sobresaliente y Nicholas tampoco la había defraudado nunca; ahí era cuando demostraban ese cariño que desde fuera podía parecer cualquier cosa menos una relación estable que duraba casi quince años.

Después de dar por satisfecho el apetito de los gemelos con una charla intensiva sobre cuidados infantiles, Maggie colocó a Henry en el brazo libre de Nicholas, que subió al dormitorio y la dejó recoger antes de acostarse, otra garantía por si surgía algún imprevisto hasta que Charlotte estuviera recuperada.

Leía tranquila en la cama cuando entró Nicholas, dejó el libro y sonrió encantada por la visita.

—Hola, cariño. —Charlotte extendió los brazos—. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien —dijo Nicholas risueño. Se acercó, dejó a Henry en su regazo y puso a Alexander en la cama—. Son unas fieras.

—Se les nota por días —comentó Charlotte haciéndole carantoñas a Henry—. Ya tienen trescientos gramos más, a este ritmo vamos a tener que comprar la leche por cajas.

Nicholas se sentó en el borde, cogió a Henry y lo tumbó junto a su hermano, se entretenían girándose uno frente al otro.

—Hablé con William sobre los ojos de Alex —dijo Charlotte—. Me comentó que era raro pero no tanto. Al parecer compartían placenta y todos los genes, pero en función de la posición que tuvieran, un gen determinado puede hacer que la información genética se desvíe.

—Con él no se ha desviado. —Nicholas sonrió—. Se han fusionado los tuyos y los míos. Es increíble. Una cosa es que tenga parte de los dos. —Tocó la barriguita del bebé—. Pero este ha conseguido tener lo que siempre había querido hacer yo.

—¿Sí?

—Sí. —Sonó rotundo. Acarició despacio las cejas de Charlotte—. Es verlos y dejo de pensar —susurró, inclinó el cuerpo hacia delante y la besó despacio—. Me atraen y solo puedo acercarme para besarte.

—Me alegro.

Con una sonrisa preciosa volvió a cautivarlo. Luego llevó a sus hijos a las cunas, puso el despertador para la siguiente toma, que por suerte no sería hasta las seis de la mañana, y se acostó cansado pero satisfecho; confiando en hacerse a su nueva rutina en pocos días, era cuestión de acoplarse a los horarios infantiles.

El tiempo primaveral pasó con unas temperaturas agradables y un

sol que aprovecharon saliendo por el campo en largos paseos. Charlotte tenía baja maternal hasta octubre y pensaba solicitar una reducción de jornada para no perderse nada de los dos rubios que le habían robado el corazón.

En su casa era raro que no se mezclaran las notas infantiles que Nicholas tocaba con el sonido alegre de risas divertidas o llantos desmedidos cuando se enzarzaban en inocentes combates. Pero con tres meses y medio interactuaban más, eran simpáticos, altos y, sobre todo, crecían sanos; un gran alivio para cualquier madre.

Tal y como tenían previsto, a finales de julio Ivory quedó a su disposición. Durante el tiempo que había estado abierto sobrepasó todas las expectativas, ampliaron la temporada para no rechazar la demanda de ocupación, que tenía lista de espera debido a la poca capacidad y la exclusividad que garantizaban, y de los cuatro meses que en un principio la iban a tener para ellos, al final solo fueron unos días en diciembre, cuando Tristam y Sarah se casaron, y esas dos o tres semanas en agosto. La reapertura sería a mediados de septiembre y decidieron bautizarlos el mismo día que su padre cumplía cuarenta y dos años, acompañados por la familia más cercana y un escogido puñado de amigos.

Aquella mañana veraniega, siempre en un lugar destacado en el corazón de Charlotte, salió al jardín después de la ceremonia y encontró a los protagonistas sentados en la escalinata con Tristam.

En las piernas de su padre y su tío, vestidos con unos peleles blancos muy clásicos, los niños iban descalzos y reían a carcajadas por unas cosquillas en los pies que los llevaban a moverse descontrolados. Tanto Nicholas como Tristam vestían trajes en color camel, diferenciados por las camisas; la de uno era blanca, y la del otro celeste; incluso las corbatas eran parecidas, predominaban en las dos los tonos rojizos.

Viendo a su mujer, Nicholas sonrió feliz, pensando en el nuevo reloj que lucía en la muñeca; un regalo inesperado que recibió al levantarse y mereció su más sincera gratitud. En una de sus escasas visitas a Londres para llevar a los niños al pediatra, por supuesto, la doctora Rachel Chamley, lo había visto en una joyería cerca de su casa, pero no recordaba haber comentado nada en voz alta. La compenetración entre ellos podía compararse a esas piezas doradas que marcaban el tiempo con precisión. Charlotte colmaba todos sus deseos, no le hizo falta ninguna palabra absurda para exagerar el gesto. Un vestido verde con un escote profundo, unas curvas en las caderas y una cintura sujeta por un vistoso broche de plata con forma de flor consiguieron deslumbrarlo más que el sol de cara; el brillo de

Charlotte era realmente su vida.

—Os voy a hacer una foto —dijo Charlotte sacando el móvil—. Estaos quietos.

La petición de su madre no les afectó, mientras Nicholas y Tristam trataban de posar, las patadas y los tirones a las corbatas impedían un buen propósito. Harto de la paliza de Henry, sin inmutarse, Tristam lo dejó en la otra pierna de Nicholas y se levantó.

—Apáñatelas solo con tus hijos.

—Decidle adiós al tío Tristam —dijo Nicholas con burla cogiendo las manitas de los niños—. Es un desertor, ya lo conoceréis.

Para Charlotte ese encuadre fue más difícil. Sus tres amores le mandaron su felicidad a través de gestos y risas que la llenaron de satisfacción. El rostro atractivo de Nicholas mirándola con un brillo enamorado, sosteniendo a sus hijos medio erguidos, decidió que esa foto ocupara un lugar especial en su despacho. Se acercó a ellos, se sentó al lado del hombre que la hacía volar como las plumas y cogió a Alex. Durante unos minutos los cuatro contemplaron el campo, pareció una pausa en Ivory. El viento dejó de soplar, las banderas de la torre tampoco ondearon ni se escuchó el canto de los pájaros, solo un silencio mágico; suficiente para que respiraran hondo y sintieran la magnitud de la paz.

CAPÍTULO I

Salisbury, Inglaterra
25/12/2012

En el gran salón de invierno de Ivory engalanado para la celebración de Navidad, James leía el periódico sentado en uno de los sillones manteniendo su apariencia conservadora con un traje oscuro de raya diplomática, mientras Patricia, que eligió unos pantalones claros y una camisa de seda negra, recorrió con la vista la mesa creyendo no haber olvidado nada: una mantelería portuguesa del siglo XIX, cinco candelabros de plata, una vajilla de porcelana danesa pintada a mano con pequeñas flores azules y rojas, su cubertería preferida y una colorida cristalería francesa rodeando varios centros de flores naturales llenos del rojo de la bromelia, el ciclamen o los crisantemos.

—¿Cuándo llegarán? —preguntó impaciente, bajando el periódico.

—Pronto. —Patricia dejó una de las botellas de vino en la mesa y se quitó las gafas que le colgaban de una cadena con pequeños eslabones metálicos—. Nicholas me dijo que saldrían sobre las doce.

Con una mirada de reojo, James comprobó la hora en su reloj. No podía quedar mucho y siguió con el periódico; sin embargo, Patricia se concentró en él y dio por finalizada la tarea. El cambio físico de James fue muy visible desde que nacieron los niños, pese a que de vez en cuando tenía unas arritmias que en el último año se incrementaron. Para los dos, desde que Charlotte se reincorporó en el museo y Victoria estaba de nuevo instalada en Londres, empezó otra etapa en sus vidas, que disfrutaban encantados, en especial James. Olvidó la gestión del hotel, delegando en Gordon, y solo acudía a la reunión semanal. Las visitas diarias de sus nietos, viendo como creían y cada uno desarrollaba su propio carácter, y el sosiego de que Victoria definitivamente se quedaría en Londres, contribuyeron a devolverle la vitalidad y el humor, dos de sus rasgos más sobresalientes.

—Deberían haber llegado —dijo James—. Voy a llamar a Nick.

—No han pasado ni cinco minutos. —Patricia esbozó una sonrisa ligera y se acercó al sillón con una botella de vino en la mano—. ¿Qué te parece?

Sin tomarse muchas molestias, James leyó rápido la etiqueta: «*Denominación de Origen: Ribera del Duero, España*»

—Un acierto.

Dándole un toque en el hombro, Patricia se sentó en el reposabrazos.

—Desde luego… Este año no me has ayudado en nada.

—¿Qué había que hacer? —preguntó con una sonrisa—. La casa está irreconocible, aunque si te soy sincero, también me gustaba la decadencia de antes.

—¿Te arrepientes?

—No, pero no es como esperaba —dijo mirando el salón—. Está igual, pero no lo siento igual, no sé, cariño, es una sensación muy rara.

—Creo que te entiendo. —Patricia inclinó el cuerpo hacia el lado y lo besó en la mejilla—. Nunca es tarde para recuperarla.

—¿Qué dices? —exclamó frunciendo el ceño—. ¿Estás loca? Entre Nick y Gordon me matarían, y Tristam limpiaría sus espadas —comentó de buen humor—. Por ahora está funcionando bien, vamos a darle unos años.

—Como quieras, pero no olvides que los tres eran reacios, si no vamos a perder, no es una mala idea. A ti y a Gordon os puede esta casa, y estoy segura de que Nicholas no anda muy lejos de vosotros —comentó reflexiva—. Una retirada a tiempo no es una derrota.

Esa conversación que empezó en broma, abría un resquicio de duda en James que su mujer captó al vuelo. La sensación de exponer la casa a desconocidos escocía e iba minando su conciencia con una sombra que no le gustaba admitir.

De pronto escucharon voces en el pasillo, pasos rápidos hasta que se abrió la puerta y entraron Victoria, Tristam y Sarah, mostrando la alegría de forma diferente, aunque la expresión de Victoria fue la única que pareció natural.

Sin afeitar y unas ojeras considerables, Tristam vestía un pantalón oscuro, una camisa de cuadritos rojos y una cazadora negra de piel. Sarah y Victoria se habían puesto vaqueros, pero la decoradora optó por unas botas negras y su hija por unos tacones imposibles beige, que la igualaban en altura a su hijo.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —dijo Patricia. Victoria la saludó con un cálido abrazo, mientras Sarah solo sonrió y fue más efusiva con James, un poco extrañada, preguntó—. ¿Habéis venido juntos?

—Sí —respondió Tristam. También se acercó y la besó en las mejillas—. Hola, feliz Navidad.

Patricia no supo interpretar esa mirada triste.

—¿Estás bien?

—Sí.

Tristam se escabulló hacia el rincón que más relajación iba a proporcionarle en ese momento, su padre. Lo saludó dándole un abrazo y se sentó enfrente, antes de que Victoria lo acaparara con arrumacos infantiles mimosa.

—Hola, papi.

—Hola, cariño. —James la observó feliz ajeno a una mueca de fastidio que Tristam no supo reprimir cuando se levantó, pero Patricia vio con claridad. A pesar de los años que llevaba fuera su hija siempre tenía la capacidad de emocionarlo con ternura; si para Patricia llegó un poco mayor, para él fue un regalo inesperado que incrementó su entusiasmo natural por la vida. Con Nicholas en la universidad y Tristam internado en un colegio, se convirtió en su ojito derecho y era imposible negarlo, ya ni se molestaba en intentarlo—. Estás preciosa.

—Y tú genial.

Victoria se sentó en el reposabrazos del sillón.

—¿Has hablado con tu hermano?

—No, luego —respondió risueña. Había finalizado un máster de Planificación y Gestión Hotelera que complementaban sus estudios de Dirección de Empresas, necesitaba empezar a trabajar y la posibilidad que le brindaba estar al lado de Giselle Harper era demasiado golosa como para no convencer a su hermano mayor. Lo besó en la mejilla y añadió—: Pero Tristam dice que no cree que haya problema.

—¿Por qué va a haber problema? —preguntó serio—. Nick siempre ha alabado tus notas, seguro que no se opondrá.

—Supongo, pero no tengo experiencia y no quiero defraudaros.

—Eres nuestro orgullo, no digas tonterías. Tu hermano piensa igual que yo. Ten más confianza en tu potencial, cariño, no tienes ni idea de lo lejos que puedes llegar si te lo propones. Hazme caso, cielo.

Tristam estaba sirviéndose una copa de vino cuando Patricia se acercó a Sarah. La tensión entre ellos se podía cortar, Victoria la notó durante el trayecto, se limitó a contestar solo sus preguntas ignorándolo por completo, y tampoco estaba pasando desapercibida para su madre. Esa actitud sugería que debía mostrarse cauteloso si no quería alertarlos del mal momento que atravesaban.

—¿Cómo va todo? —preguntó Patricia. Percibía la incomodidad en su nuera. Desde que se casaron la imagen feliz de los primeros meses se diluía en un muro invisible que los distanciaba de manera evidente. A diferencia de Nicholas y Charlotte, que cada día parecían más enamorados—. Pareces cansada.

—Estoy bien —dijo Sarah con una sonrisa escueta—. Agobiada por el trabajo.

—¿Estáis teniendo problemas Tristam y tú?

Sonrió ligeramente con la mano en el antebrazo de Sarah.

—No. —Movió la cabeza despacio—. No te preocupes, de verdad.

—Como quieras.

Escucharon las risas de Gordon saludando a los gemelos seguidas por sus padres entrando al salón muy sonrientes de la mano. Los dos vestían con prendas informales siguiendo su pauta habitual campestre. Nicholas descuidó su apariencia sin mayor reparo: un rostro sin saber qué era una cuchilla desde hacía varios días, unos mechones repoblando su cabeza para placer de Charlotte, unos vaqueros y unas deportivas que apuntaban una práctica inclinación por la comodidad debido al constante ejercicio al que lo obligaban sus hijos.

—Hola, feliz Navidad.

La voz grave de Nicholas, yendo hacia Patricia.

—Hola. —Patricia lo saludó con un abrazo cariñoso—. Llegáis tarde.

—Ya sabes…, —dijo Charlotte, dándole dos besos—. Siempre olvidamos algo y tenemos que volver.

Gordon entró con los niños, entregándole a James parte de su movida carga.

—Te ha tocado —comentó, hablándole a Alex.

—Hola, campeón. —James le besó la mejilla y lo sostuvo de pie por los brazos. Alex estaba obsesionado con andar, tenía fuerza y cuerpo, pero no estabilidad. Empezó a reír divertido mientras su hermano, más calmado, miraba esos pinitos sentado en el regazo de Gordon—. Menudo bicho estás hecho.

—No para —añadió Charlotte, contemplando al juerguista de Alex. No pudo reprimir una gran sonrisa al verlo afanándose por mantenerse sobre las piernas de su abuelo. Inagotable al desaliento, advirtiéndoles de que pronto estaría correteando y, si ya era un peligro, no había que suponer mucho para vislumbrar en él a una bomba radioactiva en movimiento cuando fuese autónomo—. Cuando te harte, avisa.

—No te preocupes —dijo James luchando—. Aún puedo con él.

Nicholas saludó a Sarah con dos besos en las mejillas y, sin tiempo para más, Victoria se echó encima suya y lo abrazó con fuerza. En cuanto consiguió apartarla, observó en ella un cambio muy llamativo desde el verano: un corte por encima de los hombros juvenil sustituía a su perenne melena larga, un jersey negro ajustado insinuaba un cuerpo perfecto, y unos zapatos sugerentes alejaban la imagen clásica

y tímida que estaban acostumbrados a verle.

—Hola, pequeñaja. Parece que te has hecho mayor.

—¿Te gusta? Me costó, pero estoy contenta.—Victoria movió el cabello divertida. Sonriendo a Alex comentó—. Mi ahijado está precioso.

—Sí, y es un trasto.

—No te quejes, tampoco eras ningún santo de niño.

—Qué sabrás tú. El petardo era Tristam, yo era un ángel.

—Sí, caído —dijo Charlotte irónica, abrazó a Victoria sin perder de vista a Nicholas, que entornó los ojos y negó despacio con la cabeza. Se centró en Victoria y comentó—. Estás muy guapa, te sienta muy bien el corte.

—Y tú —dijo repasando el cuerpo de Charlotte. Llevaba un vestido negro que tenía las mangas hasta los codos y unos prácticos bolsillos en los laterales—. Me encanta tu vestido. Algún día te lo pediré.

—A mí también, cariño —añadió Nicholas, rodeándole la cintura con el brazo.

—Gracias —dijo Charlotte—. Pero a ti no te lo presto.

—No te lo he pedido, con vértelo me conformo.

Aislada del ambiente amable, Sarah los miró atenta y se dejó llevar por unos pensamientos negativos que empezaron a rondarle varios meses atrás cuando Tristam le comentó su deseo de ser padre. Aunque no se negó, le pidió tiempo para afianzar la agencia de publicidad e interiorismo que montaron juntos poco después de la boda y estaba en fase de asentamiento. Tenían trabajo, una plantilla de cinco empleados, y mucho camino por recorrer hasta conseguir una clientela estable; algo que a Tristam no parecía importar. Desde entonces, un interés desmesurado por el trabajo fue su excusa perfecta para ausentarse por las noches y evitar incómodos enfrentamientos. En cambio, aumentaba la brecha entre ellos y el malestar que les provocaba la presencia del otro dejaba sin opciones de continuidad del matrimonio. Sarah reconocía su error al gestionarlo con silencio, pero si Tristam volvía a diario de madrugada, a veces borracho, y apenas se veían a solas, las escasas ganas que le quedaban para luchar se transformaron en amargura e inseguridad.

En cuanto concluyó Charlotte los saludos, miró alrededor y vio a Sarah bebiendo sola. Se acercó con una mirada suspicaz.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Unida a su percepción, la expresión contrariada de Sarah y esa respuesta, con disimulo la cogió del codo.

—Acompáñame.

—¿Adónde?

—A hablar —dijo despacio, la condujo al exterior del salón y entraron en la biblioteca, con un cálido fuego crepitando en la chimenea—. ¿Qué te pasa? Y no me digas que nada. —Charlotte se sentó en un sillón y Sarah a regañadientes se dejó caer en el sofá con el cuerpo rebosante de rabia, sin amilanarse por ese genio ordenó seria—. Habla.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó enfadada—. ¿No me ves? He vuelto a engordar y Tristam pasa de mí.

—Te conoció así. —Charlotte no apartó la vista de unos ojos negros que disparaban ráfagas impotentes—. No digas tonterías.

—Pues se lo ha debido pensar mejor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me estoy hartando de ser siempre su sombra. Si vamos a algún sitio a los cinco minutos se escabulle y me deja sola. No desperdicia ninguna ocasión para tontear con las mujeres que siempre le han ido detrás. No lo aguanto, Charlie.

—Lleváis casados un año. Creía que estabais mejor.

—Estábamos bien, pero desde que me dijo que quería tener hijos ya, y le dije que esperásemos, todo ha cambiado. Es como si se sintiera rechazado y me lo está restregando por la cara. No voy a seguir mucho tiempo así.

—Deberíais hablar. Me da mucha pena, se os veía muy bien.

—Y a mí, pero es lo que hay. Incluso lleva varios días llegando de madrugada, diciéndome que se queda en la oficina adelantando el trabajo. Antes de ayer me enteré que una de las nuevas diseñadoras se queda con él.

—Cariño —dijo Nicholas, entornando la puerta.

Charlotte se levantó y se aproximó a él.

—Ya vamos.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

—No.

—Luego hablamos —dijo serio. Nicholas le echó una mirada disconforme, aunque comprendió que Sarah quisiera desahogarse. Ese encierro confidencial confirmaba la sospecha que lo llevó a comer en Londres con Tristam tras presenciar una situación un tanto comprometida, que Charlotte desconocía y quizás Sarah había descubierto—. No tardes.

—Ve calentando la comida de los niños. —Charlotte le besó los labios y susurró en su boca—. Te quiero.

Nicholas se despidió con un beso en la frente y Charlotte cerró con un ligero suspiro que no ocultó una sonrisa satisfecha. Al momento se

sentó otra vez.

—A vosotros se os ve muy bien —dijo Sarah.

—No es siempre así, también tenemos nuestras discusiones.

—Supongo, pero al menos las solucionáis.

—Eso sí. Nicholas no soporta que lo ignore.

—Yo tampoco —reconoció con tristeza.

—¿Crees que están liados?

—No sé qué pensar. —Sarah la miró de frente y habló convencida —. Es del tipo que siempre le han gustado y conmigo es una falsa, no puedo afirmarlo porque no los he visto, pero me doy un par de semanas, si no la hecha él y veo un cambio, lo dejo. Prefiero vivir sola que sufrir al lado de alguien que no me quiere.

—Tristam te quiere, no lo dudes.

—Charlie, ponte en mi lugar. ¿Qué harías si Nicholas se comportara así? No viene de hace un día ni dos, llevamos mal varios meses, y no quiero amargar a nadie ni vivir con alguien porque tengamos intereses en común. Empecé sola y puedo seguir sola. No me da miedo.

—Lo sé, eres una luchadora.

Charlotte le dio un abrazo reconfortante intentando transmitirle sus mejores deseos. Conocía el carácter independiente de Sarah y sabía que su capacidad de aguante era limitada. Se había casado muy enamorada, pero no tendría ningún impedimento para terminar.

Al sentarse en la mesa, Tristam observó a Sarah con una mirada feroz, resultado de imaginar la clase de charla que habría tenido con Charlotte sobre él. No quería estar en boca de su familia, menos porque Nicholas ya se tomó la molestia de advertirle y no era recomendable que volviera a recordarle nada sobre su comportamiento. Tuvo la mala suerte de coincidir con él en el centro cuando salía de un restaurante con Nia, donde acababan de comer. Su hermano entraba acompañado de Walcott y dos hombres más, y los cuatro presenciaron cómo Nia le arreglaba el nudo de la corbata con demasiado esmero.

Era una de las nuevas empleadas y desde que se conocieron mantenían una buena relación. Aparte de ser atractiva, tener un cuerpo perfecto, y una sonrisa contagiosa alegre, trabajaba muy bien con los programas informáticos y se había adaptado sin problemas a la dinámica de la empresa. También lo halagaba el interés que despertaba en ella, y, si además contribuía a alejarlo de la realidad que vivía con su mujer, su compañía le era beneficiosa.

Nicholas no opinó igual y al día siguiente lo llamó para comer solos. Le pareció estar ante James. Cada vez con más naturalidad

tomaba el mando de la familia, dejando a su padre disfrutar de la vida tranquila junto a su madre y las visitas de los niños.

Tras una comida distraída, todos se dispersaron por la casa, excepto Charlotte, que hablaba por teléfono con su madre, en Francia con Edward pasando varios días con unos primos. Patricia no dejó de pensar en Tristam, en su ausencia pese a estar presente; cuando en otra circunstancia habría machacado a Gordon o a Nicholas, en cambio apenas habló. Aprovechando una soledad que no duraría mucho, inclinó con suavidad la cabeza y lo instó a seguirla hacia la biblioteca. Tristam bufó al cerrar, se sentó de malos modos frente a ella con las piernas abiertas y la observó con los ojos entrecerrados.

—¿Qué os pasa a Sarah y a ti?

—Nada.

—Cariño, soy tu madre.

—No quiero hablar del tema.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, mamá.

Tristam se levantó, aunque Patricia no había terminado.

—Sarah está triste, igual que tú. Si no quieres contármelo, lo entenderé, pero quería decirte que si no habláis entre vosotros no podréis superar lo que sea. —Patricia se acercó y le tocó cariñosa el brazo—. No habéis cruzado una palabra en todo el día, y así vais mal.

—No me habla.

—Deberías saber por qué —dijo con una sonrisa compasiva—. Eres un hombre estupendo, no puedo ser objetiva contigo, lo sabes —Trató de no emocionarse, pero ver infeliz a su hijo era duro para ella—. No la pierdas, cariño.

—No depende solo de mí.

—¿La quieres?

—Mamá, por favor…

—Es importante, una cosa es enamorarse y otra amar.

—Claro que la quiero, desde que nos conocimos, pero no estoy seguro de que ella sienta lo mismo por mí.

—Yo conocí a una chica enamorada y ahora solo veo frustración en sus ojos, quizás esté en tus manos devolverle la ilusión, hazme caso, cariño, intenta hablar con ella.

—Lo haré —dijo Tristam, inclinó la cabeza hacia delante y la besó en la mejilla—. Gracias por la charla.

—No quería molestarte.

—Lo sé, no te preocupes.

Tristam dio la vuelta para salir.

—Tengo algo para ti. —Patricia cogió el bolso, buscó en él, al

instante sacó una cajita y se la ofreció—. Desde que Sarah y tú os casasteis nunca os hemos hecho ningún regalo.

—Mamá, no nos hace falta nada, gracias.

—Lo sé, pero tiene un valor muy importante para mí, y me gustaría que se lo regalases a Sarah.

Al abrirla, Tristam se encontró con una vieja conocida, hacía años que no la veía, pero seguía deslumbrando por su belleza.

—No la puedo aceptar —dijo Tristam sonriendo—. Es tuya.

—Ahora es tuya. Me la regaló tu padre cuando naciste, la encargó expresamente por ti y queremos que te la quedes.

Tristam cogió entre sus dedos un anillo precioso con forma de mariposa, lleno de brillantes y zafiros majestuosos; sin precio; era imposible calcular el valor de un recuerdo de su infancia por mucho que el valor económico de la joya fuese estimable.

—Gracias, mamá. Se lo daré en San Valentín.

—Es un símbolo para papá, espero que sepas apreciarlo y tengáis la oportunidad que os merecéis.

—Eso espero.

Trató de sonreír cuando su madre le acarició la cara emocionada.

—No la dejes escapar y no olvides que hay personas con un espíritu libre como esa mariposa. Lo único que podrás hacer será acompañarla en el viaje sin intentar atraparla. Sé la brisa Tristam, pero no le cortes las alas.

Hubo un largo silencio entre ellos. Patricia sin conocer sus problemas había dado en el clavo; él tenía que asimilar las aspiraciones profesionales de Sarah aunque significaran posponer las suyas.

—¿Cuándo tuviste a Nick sentiste que renunciabas a algo?

—No. —Patricia negó rápido con la cabeza—. Al contrario, tenía muy claro que me dedicaría a mi familia. Llevábamos dos años casados y creía que no podría darle hijos a tu padre, ya sabes lo que significa para él. —Sonrió melancólica igual que Tristam—. Cuando me quedé embarazada fue una sorpresa y sentí terror. Me dio miedo ser tan feliz.

—Sarah quiere esperar para tener hijos. Antes está su profesión.

—Ahora las cosas han cambiado, no puedes compararla conmigo. Los dos tenéis la misma edad y es normal que ella también quiera tener una carrera antes de ser madre.

—Ya, pero mira a Charlotte.

—Cada persona es diferente y cada uno tenemos unas necesidades. Nick y ella se parecen más a tu padre y a mí, pero Sarah es diferente. Si la quieres vuela con ella, todo llegará. No precipites las cosas,

lleváis casados un año, tenéis mucho tiempo por delante, además, recuerda que tú hasta conocerla eras el espíritu libre.

—¿Por qué eligió papá una mariposa? —preguntó curioso.

Patricia rió entre avergonzada y divertida.

—Unos días después de que nacieras nos fuimos a la casa de la Provenza. Nicholas estaba durmiendo la siesta, y papá y yo salimos contigo a dar un paseo por el campo. Una cosa nos llevó a otra y mientras tú dormías en una mantita entre la lavanda, nosotros, bueno… imagínatelo —dijo Patricia, resumiendo. Tristam apretaba los labios para no sonreír—. Cuando fuimos a cogerte estabas rodeado de mariposas. Al acercarnos todas volaron menos una. Se quedó inmóvil en tu corazón. Te parecerá una tontería, pero creímos que era una señal divina; tú que llegaste por casualidad llenaste de color otra vez nuestras vidas. Ese día papá me dijo que el espíritu de las mariposas siempre estaría contigo, y no se equivocó. Pocos días después me regaló el anillo.

—Por eso le grabó «*A mi Mariposa amada*». Tú eres su mariposa.

—Sí. Igual que Sarah es la tuya. Habla con ella, cariño.

Patricia lo besó en la mejilla y poco después volvieron al salón, donde otra vez bullía la actividad. Tristam liberó a su padre de Henry, se sentó con él en el banco del piano y —sin tener la habilidad de Nicholas— trató de tocarle una canción, ignorando dos manitas que se empeñaban insistentes en aporrear las teclas.

En cuanto Alex notó que la fiesta estaba fuera de su alcance, protestó en brazos de Gordon. Tuvo suerte con su padre, que se levantó y lo llevó con ellos. Nicholas empezó a acariciar con ritmo las teclas, acompañando a Tristam, tocando una de las canciones que siempre les dedicaba. Pasaron un rato muy divertido mezclando risas felices con gestos descontrolados.

Victoria los observó sonriendo. Esas reuniones eran una de las cosas que más echó de menos durante los años que había pasado alejada de su familia. Nicholas era un segundo padre para ella, los veinte años de diferencia no le dejaron opción para tratarlo de otra manera, y su relación con Tristam siempre había sido tempestuosa. Cuando era una niña, él estaba en un internado y cada vez que volvía en vacaciones, advirtiendo que ya no era el rey de la casa y ella se llevaba todo el cariño, no podía reprimir unos celos infantiles que desde entonces mantenía. Con los años lograron acercarse a una relación más amable, pero todavía a Tristam le costaba tratarla de manera normal, sobre todo, si su padre estaba con ellos. Verlo relajado con sus sobrinos la llevó a pensar si alguna vez estaría así también con sus propios hijos. No conocía mucho a Sarah y se

sorprendió cuando las presentaron en la boda de Nicholas, no era el prototipo que normalmente salía con él, pero le dieron la impresión de estar muy enamorados. Algo que confirmaron a los pocos meses al casarse. Sin embargo, ahí no parecían felices. Al terminar el improvisado concierto, se acercó a ellos.

—Nick, ¿podemos hablar un momento?

—Claro.

Se levantó, dejó a Alex con el abuelo y salió detrás de ella hacia su despacho. En cuanto Victoria entró, Nicholas la miró curioso. Apoyó el cuerpo en la mesa y cruzó los brazos. Le dio la impresión de que estaba nerviosa, aunque trataba de disimular sentada frente a él; la conocía y esa actitud insegura no era habitual.

—¿Qué te pasa?

—Verás…

Victoria no tenía claro cómo enfocarlo.

—Espero que me digas que te quedas —interrumpió muy serio.

—Me gustaría… necesito que me des una oportunidad —dijo dudosa—. He pensado que sería bueno para mí poder trabajar al lado de Giselle, haciendo prácticas. Te saldría barato —resumió con un tímida sonrisa.

—¿Estás pidiéndome un empleo?

—Más o menos.

—¿Has hablado con papá?

—Sí. También con Tristam y Gordon.

—¿Soy el último? —preguntó con una mirada confusa—. ¿Por qué?

—Porque eres el más exigente.

—¿Yo?

—Vamos, Nick, ¿te sorprende?

—Bastante —recriminó molesto—. Creía que confiabas en mí.

—Lo hago, pero no quería que creyeses que me aprovechaba de la empresa. Te prometo que intentaré hacerlo lo mejor posible.

—No lo dudo, pero la próxima vez habla conmigo el primero, por favor.

—No pretendía molestarte —dijo con una sonrisilla infantil—. Si no he hablado antes contigo es porque eres el que me impone más respeto.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? No lo había notado.

—Desde que te conozco —afirmó risueña.

Era cierto, y también que lo admiraba por encima de los demás. Su padre era fundamental en su vida, pero Nicholas era Nicholas, su hermano mayor y su referencia. La importancia de esa conversación

para su carrera aumentó una ridícula ansiedad, ya que siempre había sido muy condescendiente con ella.

—Sabes que me preocupo por ti —dijo cariñoso—. Cuando pasen las fiestas hablaré con Giselle. El hotel se abrirá el quince de enero, si no hay ningún problema te incorporarás bajo sus órdenes. Ni Tristam ni yo venimos mucho cuando está en funcionamiento. Giselle es quien manda.

—Perfecto. ¿Necesitabais a alguien?

—No, pero no te preocupes, no habrá problema. Serás una especie de becaria.

—Vale

Victoria se levantó con el alivio dibujado en el rostro y lo abrazó con fuerza.

—Anda, no seas tonta. Tómatelo en serio y procura aprender todo lo que puedas. —Convencido añadió—: Siempre puede venirnos bien.

—No te arrepentirás. Te lo aseguro.

En el salón el ambiente navideño seguía intacto. Sin poder evitar sonreír, desde la puerta Nicholas miró fijamente a Charlotte, que con esfuerzo sujetaba a Alex para que no saliera disparado, empeñado en coger algunos adornos del árbol.

—¿Te vas con papá? —preguntó Charlotte con mimo a Alex.

El niño sabiendo que con su padre tenía más a mano algunos de sus preciados objetivos, no lo dudó ni un instante.

—¿Dónde está Henry? —preguntó Nicholas.

—Se lo ha llevado Gordon a la cocina, su perra ha tenido cachorros y se los está enseñando.

—Espero que no le regale ninguno —dijo serio.

—¿Por qué? ¿No te gustan?

—Sí me gustan. Pero hay que dedicarles un tiempo que no tenemos.

—Pues yo creo que a los niños les vendría bien —comentó Charlotte, acariciando la carita alegre de su hijo.

—No, cariño, por favor. —Hizo un gesto cansado—. En Londres me tocaría a mí sacarlo y no quiero. Tendríamos que traérnoslo los fines de semana. Es un coñazo.

—Eres un gruñón —dijo negando.

—No lo soy. Es ser realista. Tienen los caballos y cuando sean más grandes, si quieres, les compramos unos ponis o un perro, pero todavía no.

—Tendremos que negociar.

Charlotte se acercó a él, los labios junto a los suyos, una mano en su cintura y la otra acariciándole el pecho.

—No vamos a negociar nada —dijo rotundo—. Así que déjate de perros.

—¿Seguro?

El tono bajo de la pregunta y la expresión confiada, le aclararon que Charlotte ya había aceptado tener un perro sin consultárselo. Además, pretendía engatusarlo sabiendo que él no podría negarse. La suficiencia de su imagen, mostrándole la variedad de gestos seductores que podía hacer en un momento, casi le hacen ir personalmente a la cocina a buscar al animal.

—Si dejas que te haga lo que quiera, hecho —susurró contento, clavándole sus chispeantes ojos.

—Siempre haces lo que quieres.

Charlotte se separó resignada.

—¿De qué hablas?

—De nada, olvídalo.

—No. —Nicholas sonó duro—. Pero no vamos a tener esta conversación aquí.

—Muy bien.

Con una sonrisa un poco amarga, Charlotte los dejó frente al árbol y salió más rápido de lo que pretendía. La conversación al final se convirtió en algo más íntimo que hasta ese momento no se atrevió a comentar; no tenía claro cómo hacerlo, y su pudor la cohibía para hablar con naturalidad de ciertos temas. Desde que nacieron los niños Nicholas se había moderado y la sacaba de sus casillas un sexo tierno y amoroso invariable. De vez en cuando le gustaba esa parte oscura que no tuvo reparos en mostrarle antes del parto. Supuso que con su afán sobreprotector creía que se iba a romper por la cicatriz; no encontraba otra explicación.

En la cocina, Gordon sostenía a Henry en brazos mientras le enseñaba los perritos de apenas una semana de vida. Tenían el cuerpo blanco con manchas marrones y negras, un suave pelo corto, unas orejas largas exageradas, y unas caras muy simpáticas El niño sonreía extasiado, intentando cogerlos medio ocultos asustados bajo la madre.

Con una mueca de fastidio, Charlotte contempló a los cachorros y alborotó el pelo de Henry.

—Por ahora no vamos a llevárnoslo.

—De todas maneras hasta dentro de tres meses no podríais.

—¿Cuándo han nacido? —preguntó Nicholas, entrando con Alex.

—El jueves pasado. Ya me ha dicho Charlotte que no os lo vais a llevar.

—Cuando se desteten guárdanos uno —pidió Nicholas casual.

Dejó a Alex sentado junto al cesto donde estaban los perros y

Charlotte lo miró con una sonrisa que no le llegó a los ojos. El afán complaciente de su marido en vez de agradarla consiguió el efecto contrario, la llevaba entre algodones y aunque era halagador también cansaba. El carácter intransigente y voluble que no ocultaba a nadie, sufría un cambio si se trataba de ella o los niños, y esa moderación podía ser igual de peligrosa que un barril lleno de pólvora preparado para estallar con una mecha fortuita.

A las seis, la noche cerrada llegó acompañada de una fuerte lluvia cuando circulaban por una carretera comarcal camino de Wells. La intensidad del agua apenas dejaba visibles unos metros y obligó a Nicholas a prestar toda su atención en la conducción. Los niños se durmieron a los cinco minutos de sentarse en las sillitas y Charlotte meditaba sobre la explicación que con seguridad iba a pedirle.

—¿Hago siempre lo que quiero? —preguntó enfadado sin mirarla.

—Cuando lleguemos hablamos, ahora prefiero que conduzcas.

—Puedo conducir y escucharte —comentó serio.

—No sé qué estás pensando, pero no lo he dicho con mala intención.

—¿Con qué intención? Si puedes explicármelo.

—¿De verdad? —preguntó incómoda. Sonó un trueno furioso y estremecedor. A continuación un movimiento brusco e involuntario de Charlotte, reaccionando a la luz cegadora de un relámpago que cayó cerca—. ¿Tiene que ser ahora?

—No —dijo Nicholas, advirtiendo su desasosiego.

Pasaron por varios tramos con grandes balsas, pero no supusieron ninguna complicación gracias a la pericia de Nicholas y a la tracción del vehículo. El aguacero los mantuvo el resto del trayecto en un silencio tan desapacible como la tensión corrosiva que se esparcía entre ellos.

La hora que normalmente tardaban en llegar a Wells desde Ivory se convirtió en el doble hasta que Nicholas aparcó en el garaje y cogió a Henry mientras Charlotte hizo lo mismo con Alex, que, al notar sus brazos, le dedicó una mirada adormilada y una boca llena de pequeños dientes recién estrenados.

En la habitación infantil, Henry se despertó cuando su padre le ponía el pijama. Con práctica los dos terminaron en pocos minutos y los llevaron a su dormitorio. A punto de colmar la paciencia de Nicholas, Charlotte siguió en silencio, dejó a Alex en la cama y entró

en el baño.

Pendiente a los movimientos de los niños, que terminaron de despabilarse, con unos juegos constantes girando sin control, Nicholas se desnudó y se puso un pijama oscuro observando cómo Henry mostraba un carácter alegre que no enseñaba a extraños; opuesto a Alex, que conseguía su objetivo en cuestión de segundos con dos carantoñas, una sonrisa feliz y unos ojos dominantes.

—¿Tenéis hambre?

Nicholas se inclinó hacia abajo y empezó a zarandearlos.

—Maggie ha dejado puré de verduras —comentó Charlotte.

Salió con el pelo recogido en una cola de caballo y un pijama rojo con pantalón y chaqueta.

—Vigílalos, voy a encender la chimenea.

Charlotte se sentó en la cama compartiendo con sus hijos una lucha divertida.

—No sé por qué Maggie ha dejado la calefacción puesta en el resto de la casa menos aquí —dijo Nicholas, terminando de atizar el fuego.

—Se lo dije yo. ¿Por qué?

—Por nada —respondió con rapidez—. ¿Les damos ya la cena? Tengo que acabar unas cosas.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Si estás enfadado, dímelo. No hace falta que te encierres en la biblioteca.

—Vamos a darles la cena.

Nicholas dominándose cogió a Henry en brazos y salió sin esperarla. Luego, les dieron la cena centrados cada uno en el suyo, y poco después los despidieron en sus nuevas camas, casi dormidos, con la suave melodía de un móvil proyectando imágenes en el techo de *Winnie the Pooh,* regalo de Rachel.

Sentado en el banco del piano con un vaso de whisky, Nicholas esperó a que Charlotte terminase de recoger la cocina.

—¿Qué te pongo?

Se levantó al verla entrar.

—Lo mismo que tú, y un vaso de agua, por favor.

Sorprendido frunció el ceño, cogió la misma botella de Balblair 1975 y sirvió un vaso de boca ancha. Cuando se lo entregó, se sentó junto a ella frente a la chimenea, que tenía algunos rescoldos, pero prácticamente no calentaba.

—Explícame lo de esta tarde. No sé por qué, creo que no estás siendo sincera conmigo.

Nicholas se levantó y reavivó el fuego.

—Te he dicho que lo olvidaras —dijo muy bajo.

El sabor del licor en el paladar al principio fue impactante e incluso desagradable. En cuanto bajó por la garganta, le dejó infinitos aromas imposibles de descifrar. Consiguieron hacerla apreciar un poco mejor uno de los hobbies de Nicholas, que era capaz de identificar notas cítricas, de chocolate o cualquier otra percepción que se le ocurriera.

—¿Siempre hago lo que quiero? —preguntó, sentándose.

—Hablaba del sexo —reconoció, volviendo a beber.

Charlotte todavía no había probado el agua.

—¿No disfrutas? —preguntó Nicholas. Su concentración en ella fue total. Había conseguido intrigarlo mucho. Si le decía que no estaba satisfecha, lo mataba. A pesar del calor en el que ardía su cerebro, esperó la respuesta aparentando una calma que empezó descubrirse con la rigidez de su expresión observando una sonrisa consoladora desconcertante—. No me mientas.

—No lo hago. —Charlotte acarició su mejilla y volvió a beber—. Me está gustando este whisky —dijo satisfecha—. Pero me gustaría disfrutar más.

El azul metálico desmentía una sonrisa tímida.

—Es frustrante que tu mujer te diga que disfruta contigo, pero que quiere más. —Nicholas colocó el vaso en la mesa al lado del otro y giró el cuerpo para no perder detalle—. ¿Me lo aclaras?

—Desde que nacieron los niños me tratas como si me fuera a pasar algo. —Avergonzada admitió—. Me gustaba más cuando te dejabas llevar.

Esa confesión le molestó; suponía que no tenían secretos entre ellos, pero sonrió para reconfortarla. Comprendía el carácter reservado y un poco cortado de Charlotte para ciertos temas.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? Han pasado ocho meses.

Charlotte encogió los hombros y bajó la mirada. En ese preciso instante lo dejó sin opciones, le levantó la barbilla y no pudo sino que besarla, mejorando su humor al saber lo fácil que iba a resultarle abordar el problema.

—No quiero que me trates como a una muñeca de cristal.

—Pues yo no quiero que me ocultes nada. —Nicholas volvió a besarla—. Perdóname, creía que te gustaba más suave.

—También —dijo dándole un suave mordisco en el labio inferior —. Pero a veces necesito tu parte salvaje.

—¿Muy salvaje?

Sobraron las palabras. Charlotte se quitó la parte superior del pijama sin dejar de observarlo y la mirada de Nicholas acompañada de

una sonrisa seductora mientras se desnudaba, la excitaron sabiendo qué vendría a continuación: una clase avanzada sobre esas preferencias sin límite de tiempo, cortesía de un ego agrandado que nunca se daba por satisfecho.

El resto de la familia pasó la noche en Ivory. Tristam durante la cena no consiguió quitarse la sensación de agobio que había estado sintiendo ese día, y la conversación con su madre solo consiguió que se arrepintiera por un comportamiento infantil cuando frustrado con Sarah flirteó delante de ella con otras mujeres que no dudarían un solo momento en hacer realidad su deseo; para su desgracia, ella era con la única que estaba dispuesto a cumplirlo.

En uno de los dormitorios dobles, sin fuerzas para afrontar los problemas en su matrimonio, necesitó alejarse a tenerla presente ensimismada en sus propias inseguridades.

Sarah, que se acababa de poner un camisón, cogió el portátil y se sentó en la cama.

—Me voy al pueblo —dijo Tristam.

Al escuchar la voz y ese tono frío, Sarah levantó la vista con indiferencia. Se desafiaron en una muda comunicación donde las palabras no llegaron.

—Perfecto —admitió, levantándose.

Entró en el baño, y Tristam cogió un abrigo corto. Salió dando un portazo con la misma rapidez que una profunda decepción alejaba a Sarah. Se contempló frente al espejo con una lágrima triste expresando pena por la incomprensión de Tristam y esa manera de gestionarlo. No hacía más que pensar en que no se negaba a tener hijos, simplemente quería esperar hasta que el negocio funcionase. Al parecer se había equivocado, pero no estaba dispuesta a tolerarle un comportamiento inmaduro, desconsiderado, e insolente, cuando como una idiota (sin decírselo) dejó de tomar los anticonceptivos. Se sintió patética por claudicar a sus aspiraciones para complacerlo y encima aguantar que la ignorase.

Unas horas más tarde un fuerte ruido la despertó. Al abrir los ojos se encontró con la mirada arrogante de Tristam, tratando de desnudarse con torpeza.

—Estás borracho —siseó Sarah.

—Para lo que te importa —murmuró.

Se sentó en la cama desprendiéndose de los zapatos a patadas.

—¿Crees qué no me importas?

—Déjame en paz, estoy cansado —dijo mirándola con los ojos enrojecidos. Sarah se incorporó seria y se levantó para salir de la cama, moviendo la cabeza con una sonrisa despectiva. Tristam sujetó su brazo con fuerza, el contacto le mandó una punzada excitante que solo recibía de ella y le impidió moverse. Pensar que iba a abandonarlo, activó un malhumor apaciguado después de pasar varias horas solo bebiendo en el único pub abierto en Salisbury la noche de Navidad. Despacio susurró—. ¿Adónde vas?

—¿Te pregunto qué haces tú por ahí?

La tensión de Sarah clavándole sus ojos oscuros, aumentó las ganas que tenía de poseerla. Le colocó una mano sobre un seno grande y suave, sin dejar de percibir el asombro en ella.

—Suéltame —dijo Sarah consciente del escaso control de los dos.

—Eres mi mujer y me apetece estar contigo.

—Pues a mí, no.

Tristam sonrió ocultando su cabreo y la castigó con un beso enloquecido. Iba a demostrarle lo equivocada que estaba.

—Mientes.

La reacción del cuerpo de Sarah contradecía sus palabras.

—¿Hoy no has encontrado a ninguna de tus amiguitas? —preguntó con maldad, tratando de hacerle daño.

—Cállate.

Fue una orden sellada por unos labios suaves y una lengua que la devoró. Se separó con la respiración entrecortada, le quitó el camisón con rudeza y se colocó a horcajadas encima de ella. Quería dominarla, pero por la expresión furiosa de sus ojos supo que trataría de resistirse aumentando la excitación que unida al alcohol casi no lo dejaban razonar; necesitaba estar dentro y oírla decir su nombre mientras la dejaba exhausta.

Viendo cómo se desabrochaba los pantalones con una mano y con la otra le retenía los brazos sobre la cabeza, dijo:

—Eres un cafre.

—Puedes decirme lo que quieras —advirtió sin intención de soltarla, no aflojó la presión en ningún momento—. Pero lo deseas tanto como yo.

—¿Eso crees?

—Sí —afirmó con chulería.

El duro pene entró en contacto con la húmeda entrepierna de Sarah, que lo esperaba ansiosa desoyendo la obstinada orden de su cabeza.

Un gemido involuntario llevó a Tristam a enseñarle una sonrisa

muy brillante por el dulce banquete de pechos que estaba dándose. Recorrió con las manos unas suaves curvas amoldadas con perfección a su cuerpo, levantó unas nalgas que lo embrutecían antes de guiar su miembro para penetrarla con fuerza y empezar a mover las caderas invitándola a seguirlo.

—Suéltame las manos —ordenó Sarah en un jadeo.

Cuando lo hizo, Sarah le apretó el culo dejando que el amor fluyera entre ellos hasta lo más profundo.

—Di mí nombre —dijo Tristam deteniéndose, mirándola concentrado.

—Por favor, cariño. Sigue.

—No.

Empezó a provocarla moviéndose y parándose.

—Tristam —suspiró con placer.

Sonrió e incrementó el ritmo de sus embestidas buscando otra intensidad. La rendición estaba muy cerca. Un poco más y encontró el placer absoluto con un grito enardecido por la magnitud de un orgasmo deseado por los dos. La acalló con un beso impulsivo donde enredó su lengua metiéndosela sin dejar de moverse incapaz de ceder a la descarga de energía que le sobrevino después de eyacular.

Cayó desmoronado con las frentes en contacto.

—Intentémoslo, por favor —rogó Tristam.

—Deja de tontear por ahí.

—Nunca te he sido infiel. Te lo prometo.

Lo afirmó rotundo. Entraba y salía a su antojo, pero no lo hacía con mujeres. A esas solo les prestaba atención cuando Sarah estaba presente. Era su manera de hacerle ver qué estaba perdiéndose. En cambio, con Nia debía tener más cuidado; sus atenciones eran a veces demasiado íntimas para pasar inadvertidas. Recordó la mirada de Nicholas cuando los vio juntos, sus palabras mientras comieron, y tras aclararle que solo los unía una relación profesional no tuvo la certeza de si lo creyó.

Evitar futuros malos entendidos era básico, hablaría con Nia después de las fiestas; no iba a añadir ningún motivo para hacer retroceder a Sarah si estaba dispuesta a seguir adelante con su matrimonio; él sería el viento que elevaría sus alas.

En la suite Nilo del hotel Rafayel, Andreas Göransson usaba el cuerpo para olvidar aquel día. De haber sabido qué le esperaba, no se habría quedado en Londres. Esas fiestas siempre le traían malos recuerdos, pero no contaba con la insistencia de su padre, que se

había propuesto amargarle la vida sin querer admitir que nunca le perdonaría el daño que causó a su madre y a él de rebote. Se asqueó al sospechar de dónde provenía su propia obstinación, el hecho de tener algo en común con Ulick era una tortura que solo podía quitarse con la agresividad del sexo; aunque la mujer que compartía su cama parecía un títere alcoholizado en sus manos y estaba hasta las narices de ella.

—Es mejor que lo dejemos.

Andreas no escuchó ninguna respuesta, supuso que un murmullo adormilado era un sí, se retiró y se quitó el condón con brusquedad. Luego, se duchó y vistió con ropa para correr; esperaría que la *bella durmiente* despertara por sí misma. No se vio como un príncipe yendo a besarla, él era un bastardo alejado de clichés románticos y las escenitas tiernas no le inspiraban nada especial; ya había muchos cínicos en el mundo para convencer a las mujeres, y no pertenecía a ese club.

CAPÍTULO II

Londres, Inglaterra
7/1/2013

Terminadas las fiestas todos se reincorporaron a la rutina de sus vidas. Tristam y Sarah regresaron a Londres más felices que nunca para celebrar el final del año con los amigos, y Charlotte y Nicholas se quedaron en Wells con sus respectivos padres y Gordon; la compañía de los niños los condujo a pasar una Nochevieja muy especial rodeados de la familia más directa.

Sarah canceló la última reunión concertada en casa de un cliente para dar una sorpresa a Tristam, entró en la oficina y saludó a los compañeros contenta por las altas expectativas que recreaba su imaginación.

—Tristam.

Abrió confiada la puerta del despacho, pero no contaba con ver la mano de su marido encima de la de Nia, que se giró con los ojos húmedos y le dedicó una mirada furiosa al pasar por su lado de manera airada.

—Hola, cariño.

Tristam se levantó y la saludó con un beso en los labios.

—Explícame qué acabo de ver ¿La has despedido?

—No —exclamó. Era complicado para él hablar con Sarah de la conversación mantenida con Nia. Al parecer, tenía la esperanza de ocupar más que un puesto en la empresa. En cuanto se la ha quitado, la furia y el despecho han hecho aparición en la imagen sosegada y elegante que normalmente mostraba—. Hemos aclarado algunas cosas.

Con premeditación, Sarah escogió para sentarse la silla que no había sido ocupada.

—Tú dirás.

—Le he dicho que no puede haber nada entre nosotros.

—¿Qué no puede haber? o ¿qué no puede continuar?

Sarah molesta y soberbia.

—Nunca ha habido más que gestos cariñosos por su parte. Por la mía no he hecho nada.

—Hay muchas maneras de hacer las cosas. No rehúyas tu

responsabilidad. Si desde el primer día le hubieses dejado claras tus intenciones, no habrías llegado a esto. No te hagas la víctima porque tú también eres culpable de esta situación.

—Solo lo hacía para darte celos —admitió serio.

—Siento decepcionarte, pero esa actitud lo único que me produce es desprecio y tristeza.

—No quiero decepcionarte. Perdóname, por favor.

Se levantó de la silla y tiró con suavidad de su mano para abrazarla, aliviado al haberse quitado un peso de encima.

—Quiero creer en ti, de verdad —dijo Sarah, acariciándole la cara —. Pero te lo advierto, Tristam, no voy a quitarte a las mujeres de encima. Eso lo tienes que hacer tú. Y no voy a tolerar ninguna humillación más.

Unos días después, Sarah volvió a plantearse que las buenas intenciones de Tristam fueran solo eso. No le gustaron las atenciones que Nia tenía con él, sin molestarse en disimular cuando ella estaba delante, incluso parecía hacerlo adrede. De ella pudo entenderlo, se la veía una mujer capaz de conseguir cualquier cosa y a cualquier precio; pero Tristam no debía permitir ciertos detalles que solo dañaban su matrimonio e incitaban a las habladurías.

Aquella tarde, tras una jornada donde tuvo que tragarse todo su orgullo, confiar en la palabra de su marido y darle el beneficio de la duda, con la moral rozando el suelo, Sarah regresó sola a su casa. El equipo de Tristam tenía que entregar un proyecto e iban a quedarse en la oficina hasta que lo acabasen; Sarah no quiso seguir con un martirio particular ni pasar horas pensando en ellos. Tras ducharse y ponerse ropa cómoda, fue a la cocina a prepararse algo ligero para cenar. Abrió la nevera, pero no encontró nada interesante que abriese su apetito; por mucho que intentara olvidar la actitud de Nia, se le colaba en el cerebro y conseguía cabrearla mucho, tomó la decisión de exigirle a Tristam que tomara cartas en el asunto, no pensaba tolerar esos desplantes cuando trabajaba para los dos.

Al día siguiente, en Thompson&Finch la tensión era visible cada vez que Sarah se cruzaba con Nia. Decidió hablarle con franqueza y dejar clara su postura. La encontró en el pequeño office con una cafetera y varios electrodomésticos que les facilitaba las horas trabajando.

—Hola, Nia.

Entró y cerró la puerta.

—Hola, Sarah.

Nia levantó la vista de la tablet, al momento, la ignoró. En cuanto se preparó un café, Sarah se sentó enfrente. Durante unos segundos observó que cumplía con la fisionomía femenina que a Tristam le gustaba: alta, rubia, y atractiva sin ser guapa, aunque lo suplía con cuerpo, al contrario que ella, que siendo muy guapa debía hacer demasiado esfuerzo para que los kilos se olvidaran de sus curvas el tiempo que duraba haciendo régimen, si lo dejaba siempre recuperaba algo. Le había costado admitir que una talla 42 ó 44 no era estar excesivamente por encima de su peso y no iba a permitir que esa inseguridad la dañara o erosionara su matrimonio.

—Te lo voy a decir muy claro y sin sutilezas, no quiero que haya malos entendidos entre nosotras —advirtió la voz seria y confiada de Sarah, al captar la atención de Nia prosiguió—. Mantente alejada de mi marido si quieres seguir trabajando aquí.

—Dirás que me deje en paz él a mí —comentó engreída.

—No. Digo lo que te he dicho —añadió enfadada—. Una réplica más y te largas ahora mismo.

Con una mirada arrogante de superioridad, Nia se rió de ella y se levantó.

—Voy a hablar con mi jefe —comentó, fulminándola con desprecio a través de unos ojos azules burlones.

—Está en su despacho. Todo tuyo.

Tenía un buen motivo para ponerla de patitas en la calle, Sarah sonrió aliviada, salió de ahí y se dirigió a su despacho. Le daría la oportunidad a Tristam de convencerla con acciones.

Tras unos minutos, apareció Tristam con las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros, entró andando despacio, observado por los ojos misteriosos de Sarah, que mordisqueó el lápiz que tenía en la mano, concentrada en sus movimientos.

Esperó a que ella dijera algo.

—¿Qué? —preguntó Sarah despreocupada.

—Nia ha hablado conmigo, dice que la has despedido. Ya te dije que entre ella y yo no había nada.

—Lo sé. Pero parece que no lo ve igual que tú y no voy a consentirle las faltas de respeto constantes que me dedica. —Levantó las cejas y comentó—. Y todavía no la he despedido. Prefiero que lo hagas tú. ¿Qué le has dicho?

—Que no sabía nada y tenía que hablar contigo. ¿Estás segura? Es una buena profesional.

—Los hay a patadas —afirmó indiferente—. O la echas tú o lo hago

yo. Somos socios y al personal lo contratamos entre los dos. No la quiero aquí. Con eso ya tienes clara mi decisión. Haz lo que veas, lo dejo a tu elección.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de prueba? ¿Me estás probando, Sarah?

Sin poder ocultar su malhumor.

—No. Pero si en vez de achantar la cabeza cuando le he dicho que te dejara en paz, me dice que eres tú quien la persigue y encima, con chulería, que va a hablar contigo para que me desautorices, como tú comprenderás no me ha dejado muchas opciones.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó incrédulo.

—Sí —dijo seria—. Es mejor que la despidas tú.

—Muy bien. Voy a hablar con ella.

Salió del despacho y con decisión llamó a Nia para que lo siguiera. En cuanto entraron, Tristam se sentó tras la mesa.

—Cierra la puerta, por favor.

Nia lo miró intuyendo por dónde iban los tiros.

—Te puedes ahorrar la charla —dijo despacio—. Dimito.

—Perfecto. —Tristam sonrió—. Recoge tus cosas al salir. Te avisaremos para que vengas a por los papeles.

—Estupendo. —Se situó de pie frente a él, con las manos apoyadas en la mesa—. Espero que tu mujer esté contenta.

—Yo también y desde luego siento que hayas creído que me interesabas.

—No sé qué has visto en ella —comentó de manera despectiva.

La hostilidad de Nia estaba sorprendiéndolo, pero hasta la agradeció.

—Algunas cosas que a ti te faltan.

—No quiero tener sus kilos —escupió sin cortarse.

—Peor para ti, es preferible abrazar a una mujer con curvas que a un palo como tú —dijo ante un tipo de cuerpo que antes de conocer a Sarah sí le atraía, cuando no sabía qué había estado perdiéndose. Con un gesto prepotente, Tristam le indicó la puerta—. Largo, y rapidito.

—Me das pena, te estás conformando pudiendo tener lo que quieras.

—No, tú si das pena al no saber admitir un fracaso. No voy a seguir hablando contigo sobre mi vida. No te incumbe y no quiero explicarte nada más. Hazme el favor de salir con un mínimo de dignidad.

Las últimas palabras dieron en el blanco y reactivaron la soberbia de la mujer.

Cerró la puerta de un portazo, mientras él esbozó una sonrisa con

otro frente menos para reanudar su vida sin más interferencias.

Un rato después, dispuesta a pasar la siguiente hora con Charlotte en la comida semanal que nunca perdonaban, Sarah llegó al museo. Si coincidían Rachel y Laura se les unían, pero ese día irían solas.

Al subir a la primera planta, le costó encontrar el despacho. Vio un atractivo cuerpo masculino arrodillado delante de una escultura muy cerca de la puerta donde Charlotte supuestamente estaría.

—Disculpa —dijo Sarah.

El desconocido giró la cabeza, salpicada de canas, y la observó con los ojos grises más bonitos que había visto en mucho tiempo. Era muy guapo y la media sonrisa que le estaba dedicando la puso un poco nerviosa.

—¿Buscas a alguien? —preguntó él.

Un marcado acento francés se ajustaba a la descripción de Charlotte sobre su compañero.

—¿Eres Jean?

—Sí —respondió, poniéndose en pie—. ¿Nos conocemos?

—No —negó tímidamente—. Soy amiga de Charlotte, Sarah Thompson.

—Ah. Su cuñada ¿No?

—Sí ¿Sabes dónde está?

—Está reunida, pero si quieres puedes esperarla en nuestro despacho.

Le señaló la puerta que tenían detrás.

—¿No te importa?

—No —respondió sonriente. Sacó una llave del bolsillo, la abrió y la instó a pasar—. Esa es la mesa de Charlotte.

Le indicó con la mano un escritorio lleno de carpetas, un portátil, varios rotuladores de colores, y un cactus con pequeñas flores naranjas. Él ocupó otra mesa, enfrente, más ordenada.

Sarah se sentó en una de las dos sillas y vio la foto que presidía la estantería que tenía a un lado. Nicholas sentado con sus hijos el día del bautizo. Al lado había otra con Tristam sujetando a Henry, su ahijado.

—¿Te gusta Londres? —preguntó Sarah.

—Sí, menos la lluvia —afirmó resignado.

—Entonces no te gusta —comentó con una sonrisa.

—Quizás. Charlotte me ha dicho que tienes una empresa de interiorismo, ¿Cómo te va?

—No me quejo, es duro, pero estamos teniendo mucha

continuidad. Al principio la monté yo sola. Cuando nos casamos, como Tristam es publicista, nos asociamos y ampliamos el negocio. ¿Y a vosotros?

—Bien. Depende de las épocas. Ahora hasta principios de mayo es un poco más tranquila. De hecho, nos han ofrecido ir a supervisar algunas excavaciones en Egipto dentro de un mes, pero Charlotte lo ha rechazado y a mí no me apetece, supongo que seguiremos por aquí a nuestro ritmo.

—¿No quieres excavar? Según Charlie es lo más —dijo, sonriendo, recordando el entusiasmo de su amiga cuando rememoraba aquellas hazañas.

—Prefiero la investigación. Que no me guste la lluvia no quiere decir que me guste el sol extremo. Me quedo con algo intermedio.

—¿Dónde vivías en Francia?

—En el Sur, cerca de Limoux, soy de un pueblecito que se llama Magrie. —Orgulloso afirmó— Y por supuesto, el clima es perfecto.

—Solo conozco París y hace tiempo que no voy.

—Hola —saludó Charlotte al entrar—. ¿Has llegado hace mucho?

—Hola, no —contestó, levantándose—. Hace unos minutos.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Charlotte, cogió el bolso.

—¿Adónde vais?

Jean sin querer dejar tan rápido la compañía de Sarah.

—Al Corner Beef ¿Te vienes? —preguntó Charlotte—. No vamos a estar mucho, pero al menos nos despejamos un poco.

—¿Te importa si voy? —preguntó Jean mirando a Sarah.

—No —dijo risueña—. Claro que no.

A poca distancia del museo, en unos minutos compartían en el bullicioso restaurante —con un olor a parrilla que invitaba a salivar constantemente— un chuletón, sentados en unos bancos rodeados de muchas personas. Sarah no apartaba los ojos de un espárrago, imaginando que sería un bocado de esa carne que se prohibía tomar.

—La carne está deliciosa —dijo Charlotte contenta, comiendo sin parar.

—Sí, es verdad. —Jean observó a Sarah, parecía más interesada en la verdura a la plancha—. ¿La has probado?

—Aún no, pero no os preocupéis por mí.

—Espero que no hayas empezado con tus regímenes absurdos —dijo Charlotte.

—Para ti es fácil decirlo, pero sabes que debo cuidarme.

—¿Por qué? —peguntó el francés con la frente apretada—. ¿Estás

enferma?

—No —contestó resignada—. Engordo con mucha facilidad

—Pues a mí me parece que estás perfecta.

—Yo estoy harta de decírselo —añadió Charlotte.

—Deberías hacernos caso —dijo Jean—. No hay nada más asqueroso que una tía en los huesos.

Jean acompañó su sentencia con un gesto de repulsión muy cómico. Sarah lo observó divertida; estaba resultando ser el compañero perfecto; era muy atractivo y encima la había piropeado de una manera natural que la dejó reflexionando sobre su apariencia.

—¿Tienes amigos por aquí? —preguntó Sarah.

—Sí —dijo Jean, desvió la vista hacia Charlotte—. A veces quedo con un paleontólogo que trabaja con nosotros. —Hizo una pausa y con una pizca de orgullo comentó—. Me conozco todos los garitos más sórdidos de Londres.

—¿Husher? —preguntó Charlotte sorprendida—. Sabía que erais amigos, pero no que salías con él.

—El mismo —afirmó, riendo—. No veas la marcha que tiene.

—Pero si es un *friki*.

Charlotte todavía sin asimilarlo, sonriendo.

—¿Dónde te ha metido? —preguntó Sarah curiosa.

—Ni idea —dijo indiferente—. Donde va tocando una banda de amigos suyos.

—Nosotras antes íbamos a Xoyo, pero hace tiempo que no vamos —contó Sarah—. Podías dejar a los niños un viernes con Nicholas y nos vamos de marcha.

—No, nos vamos al campo y es sagrado.

—Otro día, un jueves o un miércoles ¿Te apuntas? —preguntó Sarah a Jean.

—Por supuesto, si queréis se lo digo a mi amigo.

—Como quieras —dijo Sarah—. Debe ser un personaje.

—Lo confirmo, lo es —Charlotte habló comiendo—. Un bicho raro de mucho cuidado.

—Pobrecillo, si es muy majo. —Jean negó con la cabeza—. Conmigo se ha comportado muy bien

—No te digo que no, pero las veces que he hablado con él, me ha puesto de los nervios —explicó Charlotte—, no está quieto un segundo y se desconcentra con mucha facilidad. Tiene que ser un histérico de aúpa.

—Sabe relajarse —afirmó risueño, haciéndole un guiño a Sarah—. Te lo garantizo.

—No lo cuentes, por favor —dijo Charlotte alegre—. Puedo

hacerme varias ideas y no sabría cuál elegir.

Siguieron con la comida hasta agotar el tiempo de descanso, en varias ocasiones Charlotte percibió el interés de su compañero por Sarah, pero no le extrañó, su amiga era una mujer muy atractiva; sin embargo, vio que era correspondido y su intuición advirtió un peligro que ella misma trató de alejar cuando Sarah le contó la escena con Nia y la posterior reunión de Tristam para despedirla. Parecía que iban a tratar de salvar su matrimonio y se convenció de que fue simple vanidad femenina.

Por la noche en su casa de Camden, Sarah y Tristam siguieron abrazados después de hacer el amor, rendidos intentaban relajar el ritmo de sus corazones.

—Te quiero —dijo Tristam, dándole un beso en la frente.

—Y yo, cariño —reconoció con sus exuberantes y apetecibles labios enrojecidos por el entusiasmo de Tristam—. No te lo he dicho, pero antes de Navidad dejé de tomar anticonceptivos.

Esbozando una sonrisa lenta, Tristam le acarició la cara con ternura.

—Gracias —dijo serio. Su mente lo martirizó por su actitud insensible de las semanas anteriores—. Perdóname por todo, por todo.

—Vamos a creer en esto. —Sarah le mostró su alianza, buscó su boca y lo besó con la certeza de que era el hombre de su vida—. Te quiero mucho.

—Y yo, no me imagino sin ti. Nada más de pensarlo me vuelo loco.

—No lo pienses, porque no voy a ir a ningún sitio.

—Vamos a hacer que funcione. —Tristam la besó cariñoso en los labios—. Te lo prometo.

Cuando Tristam entró en el despacho a la mañana siguiente, encontró un mensaje del gabinete jurídico que les asesoraba. Nia los había denunciado por despido improcedente e iba a exigirles una indemnización cuantiosa. Cansado se frotó los ojos, luego los llamó y durante un rato hablaron de la última conversación que Nia mantuvo con Sarah.

Poco después, se abrió la puerta y entró Sarah con una bandeja y dos tazas de humeante café que envolvieron la habitación de un aroma exquisito.

—Buenos días.

Colocó una taza frente a Tristam, se sentó y cogió la suya. Reclinó

el cuerpo en la silla y cruzó las piernas, despistando el malhumor de su marido sin saberlo.

—Hola, cariño —saludó Tristam contento, cogió una taza y bebió tranquilo, siempre traía el café preparado a su gusto, el mismo que el de ella—. ¿A qué hora tienes la reunión?

—Dentro de un par de horas ¿Has terminado el logo?

—No —dijo contrariado—. Tenemos que buscar a alguien más, Sarah. No damos abasto.

—No te preocupes, llamaré a la empresa de trabajo temporal para que nos manden a alguien. Hazme una lista con los programas que quieres que manejen.

—Vale. —Tristam resopló agobiado—. He hablado con los asesores y vamos a tener que pagarle a Nia una indemnización.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida—. ¿Encima?

—No quiero problemas. Si nos dicen que le paguemos, lo hacemos y cerramos página.

—Perdona, pero no —dijo enfadada—. Infórmate bien primero, sabes lo que nos cuesta ganar el dinero, no vamos a regalárselo porque le haya salido el tiro por la culata. —Su móvil empezó a sonar. Miró la pantalla, pero el número era desconocido. Con un gesto confuso respondió—. ¿Sí?

—Hola, Sarah. Soy Jean, Charlotte me ha dado tu teléfono.

—Ah, qué sorpresa —dijo risueña, se levantó y fue hacia la ventana—. ¿Cómo estás?

Tristam frunció el ceño, percibiendo coquetería al colocarse unos mechones de cabello detrás de la oreja.

—Verás, te llamo porque me cambio de casa en pocos días y como Charlotte me contó que hiciste su apartamento he pensado que a lo mejor te interesaría decorármelo.

—Gracias, eres muy amable. ¿Tienes las llaves?

—Sí —respondió Jean rápido. Interesado en el aspecto profesional, pero sobre todo, en verla de nuevo—. ¿Cuándo podrías venir?

—Cuando a ti te venga bien. Hoy estoy bastante liada, pero si quieres podemos quedar mañana.

—Perfecto, pero tiene que ser a partir de las dos. Los viernes salimos al mediodía.

—Lo sé. ¿Comemos juntos?

Sarah no vio la mirada confundida de Tristam.

—Claro. Te llamo por la mañana y concretamos el sitio.

—Estupendo. Hasta luego, Jean.

Hizo una mueca alegre al guardar el teléfono que molestó bastante a su marido.

—¿Quién era?

Tratando de parecer despreocupado.

—El compañero de Charlie. Se muda de casa y quiere que se la decore.

—¿Lo conoces?

—Sí, comimos con él ayer.

—¿Y por qué no te lo dijo ayer?

—Ni idea. —Encogiendo los hombros—. Es un tipo muy agradable, me cayó muy bien.

Sarah se reservó sus otras percepciones del guapo francés.

—Mientras no pretenda que trabajes gratis —comentó molesto.

—Lo dudo —dijo Sarah, apuró el café—. Me voy a mi despacho, cuando sepas algo más dímelo.

Se acercó a Tristam y le besó los labios.

—Descuida.

Al día siguiente, desde que Jean la vio esperándolo en la puerta de un pequeño restaurante italiano del Soho, no había dejado de sentir el impulso de besarla hasta morir de gusto. Una cara preciosa y unos labios carnosos apetecibles, insistentes lo desviaban de su pretendida conversación profesional. Después de comer la llevó a su nueva vivienda, que se encontraba a pocas manzanas, en un edificio nuevo con una única calle peatonal como forma de acceso. La fachada era de ladrillo rojizo llena de pequeños balcones y ventanas con las carpinterías negras.

En cuanto entraron, el espacio diáfano cautivó a Sarah, tenía muchas posibilidades, y dos columnas que podían ayudar a delimitar los ambientes.

—Es muy bonito, me gusta.

—Me alegro, porque me cuesta imaginármelo con muebles, es demasiado grande ¿no crees?

—No, está muy bien —dijo Sarah. Comprobó el baño y los dos dormitorios, ajena a unos ojos plateados que no se apartaban de su culo—. ¿Quieres cambiar la iluminación?

—Ni idea —respondió encogiendo los hombros. De manera casual preguntó—. ¿Qué opinas?

—Depende de cuánto quieras invertir.

—No mucho.

Sarah se sentó en el suelo del salón y sacó un cuaderno del bolso grande que solía usar en las visitas. Empezó a dibujar un croquis que Jean observó de pie moviendo la vista del cuaderno a su boca de

manera inconsciente. Dominaba su cabeza y ni siquiera saber que estaba casada conseguía detener un impulso irracional que lo asemejaba a un animal en celo oliéndola. Guardó una distancia prudente al sentarse y dejó que trabajara sumido en sus pensamientos.

—¿Qué te parece? —preguntó, mostrándole el dibujo del dormitorio.

—Perfecto —afirmó con rapidez.

—Vaya…, eres mi cliente ideal.

—No lo creo —aseguró incómodo.

Jean se levantó de un salto, dejándola extrañada, y se dirigió al dormitorio. Necesitaba controlar una delatora respiración atropellada, se apoyó tras puerta y trató de calmarse. Al momento notó el movimiento del pomo, soltó bruscamente el aire de los pulmones y se pasó las manos por el pelo antes de abrir.

—¿Habías cerrado?

Tenerla a escasos centímetros barrió cualquier atisbo de corrección. Jean atrapó la cara de Sarah entre sus manos, bajó la cabeza y dejó que un sabor adictivo se le colara en el cerebro.

—Por favor, Jean, suéltame —rogó Sarah aturdida por el beso.

—Perdóname. —No pudo mirarla a los ojos, mantuvo la cabeza agachada, avergonzado por esa osadía—. Llevo intentando reprimirme desde que te he visto.

—No te preocupes —dijo Sarah. Esbozó una sonrisa sin comprender qué había visto en ella. Si a veces asumir que Tristam estuviese enamorado ya era un reto, que un hombre como Jean la besara, la segunda vez que se veían, había subido su moral por las nubes, pero también el desasosiego al sentir que estaba traicionando a su marido. Cortada explicó—. No sé si he hecho algo qué te ha llevado a pensar que hago esto normalmente, pero no es así. Siento si te he confundido.

Jean mantuvo una postura incómoda.

—No ha sido culpa tuya —murmuró, mirándola otra vez—. Olvídalo, por favor.

—¿Por eso me has llamado?

—Más o menos —reconoció serio—. Pero es cierto que necesito tu ayuda.

Hizo un gesto con la mano avalando sus palabras ante la desnudez de la casa.

—Entonces, será mejor que eches un vistazo a lo que he hecho y me digas si voy bien o no.

Jean afirmó con la cabeza y volvieron a sentarse en el suelo. A pesar de que trató de concentrarse mientras Sarah le contó cómo veía

la distribución y la decoración, se limitó a seguirle la corriente sin darse una tregua por ese grave error.

Sarah percibía la fuerza de Jean en cada roce de sus piernas. Varias veces se tocaron y no quiso volver a ponerlo en una situación violenta, ya que ni ella misma sabía qué le pasaba. La cabeza iba a echarle humo por tanta contradicción. Quería a Tristam y a la vez se sentía muy cómoda con Jean; aunque tuviera que olvidar un beso que abrió unas compuertas desconocidas y apetitosas.

Por la tarde Nicholas paró el coche frente a la casa del hijo de Maggie y, tras unos saludos cordiales, salieron camino a Wells.

Interrumpió un momentáneo silencio Alex, con una sílaba "ma" insistente, con ritmo.

—Estoy aquí, cielo —dijo Maggie cariñosa.

—Ha dicho mamá —matizó Nicholas, observándola por el retrovisor. Llevaba varios días emocionado escuchando a Henry llamarlo. Pese a que su mujer afirmara que el niño pedía comida, no consiguió que dudara de su sentido auditivo, infalible con años de entrenamiento, aparte de que su hijo no podía equivocarse de esa forma tan estrepitosa—. Presta atención, por favor.

—De eso nada —aseguró Maggie, miró a Alex y preguntó—. ¿A quién quieres a mamá o a mí?

—Maggie, por favor...

Charlotte sonrió adivinando otro escarceo dialéctico.

—Ya has escuchado a *tú* jefa —dijo Nicholas tajante.

—¿Ya lo ha admitido?

—Siempre lo he tenido muy claro.

Colocó sonriendo una mano en la rodilla de Charlotte.

—Y yo —dijo Maggie, haciéndole carantoñas a Alex—. Y este sinvergüenza también.

—Siento decírtelo. —Charlotte giró la cabeza y miró a Maggie, con sus próximas palabras podía desatar una guerra, pero quedaban varios kilómetros y siempre era divertido escucharlos, eran creativos y se lo tomaban muy en serio—. Henry hace varios días dijo "papá".

—Seguro que escuchasteis mal.

—¿Disculpa? —preguntó Nicholas asombrado. Lo único que le faltaba era que pusiera en duda eso—. ¿Cómo dices?

—Pues que seguro querría cualquier cosa —dijo con desdén—. Me extraña que lo haya llamado el primero.

—Ya, y te parece más normal que te llame a ti, cuando solo te ve los fines de semana. Desde luego lo tuyo es moral.

Sin ocultar la risa que le provocaba esa tempestuosa pero simbiótica relación, Charlotte se centró en el paisaje, mientras Alex seguía con su única sílaba y Henry jugaba con un peluche.

—*Ma…Ma*

—Piense lo que quiera, pero me acaba de llamar otra vez.

—*Pa-pa* —dijo Henry alto y claro.

Con una sonrisa soberbia, Nicholas le guiñó un ojo a Maggie por el espejo interior.

—Es casualidad —comentó negando con la cabeza—. No se refería a usted.

—No te enceles —dijo Charlotte. Se giró y miró a su hijo—. Llama a papá, Henry.

—*Pa-pa* —repitió, señalándolo con el dedo.

—Sí —exclamó Nicholas feliz—. Ese es mi campeón.

—*Ma*.

La vocecita de Alex cansándose de la atención a su hermano. Le cogió parte del moño a Maggie para hacerse notar mejor.

—Llama a mamá —dijo Maggie, probando su teoría—. ¿Dónde está mamá?

—*Ma-ma* —respondió Alex con rapidez, echando sus brazos hacia Charlotte—. *Ma-ma.*

—¿Quién soy yo? —preguntó Maggie con interés mirando los ojos azul-verdoso del pequeño—. Díselo a papá.

—*Ma*.

—Llama a mamá —repitió Maggie.

Nicholas negó con suavidad la cabeza al comprender por dónde iba a salirle en ese momento.

—Mamá.

Se escucharon dos voces infantiles llamando a Charlotte, que no cabía de orgullo por el avance de sus hijos.

—¿Quién soy yo?

—*Ma* —afirmó Alex.

—*Ma* —dijo Henry.

—Perfecto, así que ya sabe a quién han llamado la primera a pesar de que solo me ven tres días por semana. Lo siento, *lord* Nicholas.

—Hasta que no consigas que digan “ggie” no cantes victoria.

Más tarde, mientras los niños dormían, Nicholas bajó a la biblioteca y Charlotte decidió darse un baño caliente en el silencio absoluto que los rodeaba. Encendió unas velas, se metió en un agua espumosa que olía a flores silvestres y, echando la cabeza hacia atrás,

suspiró relajada dejando la mente en blanco.

El ruido de la puerta de la habitación la sacó de su adormilamiento. Escuchó los pasos de Nicholas antes de que entrase en ropa interior. Traía también en la mano dos copas de champán.

—¿Qué celebramos? —preguntó intrigada, viéndolo terminar de desnudarse.

—Nada en particular, si quieres, que nuestros hijos nos han llamado.

Para Nicholas el motivo era lo de menos, su objetivo era disfrutar del sexo con su mujer a toda costa.

Charlotte se movió y le enseñó sus espléndidos pechos que, tras el embarazo, junto a su cuerpo curvilíneo lo volvían medio loco. En cuanto escuchó el agua, aceleró el final de la carta que estaba redactando. Le habían ofrecido dar una conferencia en París, pero suponían tres días que había decidido compartir con su familia y rechazó la invitación.

Se colocó detrás de ella y le pasó la copa con un beso de regalo en el hombro. Charlotte se giró y le correspondió con otro en los labios.

—Por nosotros, cariño —brindó Nicholas, antes de beber un sorbo —. Te quiero.

—Por nosotros.

Bebió contenta y dejó caer la cabeza en el hueco del hombro de Nicholas, que perezoso acariciaba sus senos.

—Me encanta tu cuerpo —susurró pasando las manos a la vez que masajeaba seguro. Le mordió el lóbulo de la oreja—. Tienes unas curvas deliciosas.

—Me lo repites constantemente.

—Es que no puedo reprimir decírtelo —reconoció, apresando con fuerza los pechos entre sus manos—. Dios.

Se estaba excitando y con las caderas asediaba unas nalgas suaves.

—Otro día este es mío —dijo con la voz apagada por la vibración en el cuello de Charlotte, mientras, su pene buscaba entrar pulsando obstinado—. Levántate.

Charlotte se quedó delante con el cuerpo chorreando de agua. Nicholas la sujetó por las caderas acercando su cara a la entrepierna, inflamándola con su aliento, abrió unos húmedos pliegues deseosos de sus labios y jugueteó sin piedad con ellos. Luego levantó la cabeza, le introdujo un dedo y con una lengua distraída lamió con avidez su vientre. De ella le gustaba todo: su sabor dulce, su olor fresco o el sonido melódico de sus gemidos; la deseaba con locura y disfrutaba seduciéndola. El grito de Charlotte no le pilló por sorpresa, notó cuando tensó los músculos en las yemas de sus dos dedos.

—Gracias, mi amor —dijo Charlotte, respirando acelerada.

Nicholas se levantó y la besó apasionado en otra danza clásica con la fuerza arrolladora de sus manos apretándola por las nalgas contra él. Su boca se imantaba a la de Charlotte y todo se reducía al placer.

Más tarde, totalmente relajados, hablaban entre susurros en la cama, siempre eran conversaciones profundas, igual que su amor, aquellos instantes una brisa cálida incitaba a compartir sueños entre suaves caricias.

—Me han ofrecido volver a Egipto —comentó Charlotte acurrucada entre brazos sólidos.

—Ya te dije que por mi parte no hay problema, si quieres alquilamos una casa en El Cairo. Deberías aprovechar mientras los niños sean pequeños.

—Le he dicho a Knight que no. Es demasiado follón trasladarnos los cuatro.

—¿Preferirías irte sola?

—No —exclamó sorprendida a la vez que se incorporaba para mirarlo—. ¿Por qué piensas eso? Lo decía por el calor y el poco tiempo que podría dedicaros. Prefiero no ir, de verdad.

—¿Estás segura? Es lo que siempre has querido.

—No. Tú y los niños sois lo que quiero. No lo dudes.

—No lo dudo, mi amor. —Nicholas le acarició con ternura la cara, feliz por su decisión al anteponerlos—. Pero puedes tenerlo todo.

—Quizás no sea el momento apropiado —dijo Charlotte, deslizó una pierna entre las suyas y empezó a recorrerla suavemente con el pie. Con los dedos extendidos acarició un pecho contundente y notó un miembro elevado invitándola de nuevo a otra sesión que no pensaba rechazar. Se deslizó a conciencia por su cuerpo hasta alinearse y besarlo en los labios—. Deberíamos esperar.

—¿A qué? —preguntó alerta.

—A que confirme si vamos a ser padres de nuevo.

Charlotte se inclinó hacia delante y le besó la barbilla.

—¿Es posible?

La sonrisa de Nicholas llegó a todos los rincones de su rostro, incluso iluminó la penumbra del dormitorio.

—Sí, pero lo confirmamos la semana que viene, así que relájate.

—Estoy muy relajado, cariño —dijo, apretándole con fuerza el culo.

Charlotte lo besó despacio, sintiendo su calor, dejando que la esencia de Nicholas la llenara por completo. Desde que se conocieron su amor había ido en progresión, siempre a más y también a mejor. Si alguna vez alguien le hubiese dicho que se podía amar con tanta

intensidad a otra persona, no lo habría creído, en cambio, Nicholas era su núcleo y sin él no concebía su vida; él era el único planeta en su pequeña galaxia; sus hijos, las estrellas.

CAPÍTULO III

Salisbury, Inglaterra
13/1/2013

En aquel domingo se cumplieron todas las previsiones del tiempo, incluso no privó a los campos de una capa fina de hielo para aumentar el frío que se metía en los huesos disfrazado de humedad.

Con el maletero del coche lleno de prendas de abrigo, los carritos de los gemelos y una bolsa con sus cosas, todo espacio siempre terminaba siendo insuficiente. A falta de solo dos días para la reapertura de Ivory, Nicholas tenía que encontrar dos camareros con experiencia para rotar turnos. Casi improvisando concertó varias citas con los escasos candidatos. De paso, también quería ver trabajar a Victoria bajo las órdenes de la exigente señora Harper, que la rechazó de manera sutil sin mostrar interés por sus estudios o notas, y acabó aceptando por no contradecirlo a él. La amenaza que camufló con corrección, recordándole que Victoria también formaba parte de la sociedad y, por supuesto, tenía voto para elegir al personal, incluido el de su puesto, fue suficiente para que cambiara de opinión.

Coincidieron con Gordon y varios empleados cuando llegaron mientras bajaban del coche a los niños, que vestidos con unos anoraks amarillos, unos gorros rojos y azules con unas orejeras forradas de pelo, y unas bufandas de lana tenían una pinta cómica muy graciosa. Alex, sin librarse del marcaje de su padre, vio acercarse a Gordon y le echó los brazos riendo alegre.

—Hola, ¿cómo están mis golfos? —preguntó haciéndole carantoñas a los niños. Cogió a Alex y le bajó la bufanda—. Si que venís abrigados.

—Hola, Gordon. —Nicholas lo saludó dándole una palmada en el hombro—. ¿Cómo estás?

—Bastante entretenido —respondió con un deje que sonó a reproche—. Hola, Charlie —dijo Gordon, besándola en las mejillas.

—¿Cómo estás? —preguntó afectuosa. Desde que Charlotte lo conoció supo que la bondad era una de sus cualidades más destacadas, aparte de la sólida amistad que mantenía con James y el cariño que demostraba a toda la familia, algo que ellos correspondían de manera

natural. El aspecto saludable que tenía era el reflejo de su propia vida —. Te veo estupendo.

—Qué remedio —dijo con una sonrisa. Interesado se volvió hacia Nicholas—. ¿Tu padre está mejor?

—No lo vemos desde principios de semana —respondió—. Probablemente, sabes tú más de él que nosotros.

—Hablé con tu madre el miércoles, me dijo que llevaba varios días con la arritmia un poco descontrolada.

—No sé nada. En cuanto lleguemos a Londres iré a verlos.

—Me imagino que con las pastillas estará mejor —añadió Charlotte tratando de alejar la sombra de preocupación en los ojos de Nicholas —. Nos habrían llamado, si no.

—Seguro —afirmó Gordon—. Me ha dicho Giselle que te vas a encargar de la contratación de los dos camareros que faltan.

—Sí, espero encontrarlos —afirmó con gesto cansado— ¿Has visto a mi hermana?

—Sí. Lleva toda la semana y parece que ya le ha cogido el ritmo al trabajo, al menos da la impresión de saber qué se hace, pero Giselle es quien te puede informar mejor.

—Voy a hablar con ella. Dentro de media hora llegarán los cinco que han entregado el currículum.

—Hay que tener paciencia —dijo Gordon—. No es fácil que la gente quiera trasladarse aquí solo para un trabajo de ocho meses.

—Realmente son diez meses, y el sueldo no está mal —comentó Nicholas—. Pagamos como todo el mundo.

—Ya, pero muchos hoteles de campo dan el alojamiento a sus empleados. Los nuestros o viven cerca o tienen que pagarse el suyo, entonces ya no les sale tan rentable. A lo mejor deberías haber puesto en el anuncio que es imprescindible vivir por la zona, así contaríamos siempre con los mismos.

—Gordon, si se presentan a un puesto de camarero en Salisbury, de entrada ya saben lo que van a cobrar y dónde está el trabajo. —Nicholas empezó a mostrar intransigencia—. El que venga debe tener claro que no va a cobrar como si fuera el gerente.

—Anda, vete ya.

Con un leve empujón, Charlotte lo incitó antes de que empezase a acelerarse.

En el vestíbulo la actividad era frenética. Varias empleadas limpiaban, el personal de mantenimiento andaba revisando la instalación eléctrica del mostrador, con Victoria atenta junto a una de las chicas de recepción, mientras algunos proveedores entraban con carretillas llenas de productos.

Vestía el uniforme de todos los empleados: una falda azul marino, camisa verde claro donde se veía en el pecho un bordado burdeos con los dos leones del escudo Finch-Hutton, debajo una chapa pequeña con su nombre y cargo, y un pañuelo en el cuello de varios colores.

—Siga bien la cadena de frío—advirtió Victoria a uno de los hombres que acarreaba varias cajas con productos frescos—. Cuando lo tenga colocado, rellene el registro de temperatura, por favor.

—Descuide, señorita —dijo el hombre.

Durante un instante Victoria miró hacia la puerta de la cocina bastante satisfecha por cómo estaba yendo la mañana. Al centrar la atención otra vez en los dichosos enchufes que no funcionaban, vio a su hermano y, sonriendo contenta, rodeó el mostrador.

—Hola, Nick.

—Hola, peque. —Se acercó y la besó en las mejillas—¿Cómo te va?

—Muy bien —dijo conforme, bromeando añadió—: Eso espero.

—Voy a hablar con Giselle. —Nicholas pareció impaciente—. Luego nos vemos.

—¿Has venido solo?

—No, Charlotte y los niños están fuera con Gordon.

—Vale, en cuanto tenga un momento voy a verlos.

Decidida, Victoria atravesó el pasillo y se dirigió al salón de verano, con quince mesas redondas, y varios aparadores antiguos donde una de las camareras colocaba una vajilla.

—Megan, esa llévala a la cocina —dijo Victoria en un tono severo pero correcto—. Ahí pondremos las chinas.

—Vale —admitió Megan. La nueva asistente de dirección, aunque era joven y familia directa de los propietarios, estaba tomándose muy en serio el trabajo y se veía que intentaba velar por el negocio—. ¿La dejo con las otras?

—Sí, y comprueba que estén completas. Me ha dado la impresión de que falta algún plato.

—Es posible que se haya roto alguno.

—Pues hay de ponerlo en las incidencias del día.

En cuanto Megan cogió la pesada carga, Victoria fue en su ayuda.

—Espera, lleva menos en cada viaje —dijo amable. No era la vajilla más cara que tenían, pero era valiosa; había pertenecido a su familia durante varias generaciones y solían mezclarlas con piezas más modernas siguiendo la tónica del hotel. Victoria cogió varios platos de postre y comentó sonriendo—. Sería un problema si se te cayeran.

—Y tanto —dijo Megan tranquila—. Gracias por la ayuda.

Al salir, Megan esquivó tres carros de limpieza y a las personas que pasaban con prisas por su lado. En un despiste, Victoria observó a dos

chicos en el hall, pensando que serían los candidatos a camareros. De repente, se abrió la puerta principal, entró un desconocido hablando confiado por el móvil y estuvo a punto de tropezar con ella.

—Disculpa —dijo Victoria molesta.

Sin advertir que obstaculizaba el paso, siguió dándole la espalda. Haciendo un esfuerzo Victoria sujetó los platos con una mano y con la otra dio varias palmadas insistentes en el hombro del extraño, que movió el codo al girarse de manera brusca y golpeó el brazo de ella. El estruendo de la porcelana chocando contra el suelo concentró todo el ruido del hotel en un sonido furioso que finalizaba de manera dramática años de leal servicio a los Finch-Hutton.

Victoria se quedó inmóvil con los ojos abiertos de par en par, sin creerse responsable de aquel desastre. El hombre la miró asombrado y durante unos segundos consiguió retardar su reacción, cautivada por un negro brillante. Se recompuso con rapidez y ya nada sirvió para aplacar su primer disgusto en el trabajo.

—Perdona —dijo nervioso—. No me he dado cuenta.

—¿No te has dado cuenta? —exclamó enfadada—. ¿Eres idiota o a ti qué te pasa?

—No te he visto —excusándose molesto. La joven asistente de dirección, según leyó en su placa identificativa, era la hija del dueño y una maleducada; no tenía derecho a insultarlo y despreciarlo por un accidente—. Está claro que no ha sido adrede.

—Te he pedido paso. No se puede entrar sin mirar en un sitio donde se ve que está todo por medio.

—Me estoy disculpando.

—¿Sabes cuánto cuesta todo lo que has roto?

—¿Cómo dices? —preguntó enfadado—. Se te han caído a ti.

—Porque me has empujado —replicó airada.

—Muy bien, te he empujado —dijo harto, con una sonrisa irónica añadió—. Prepárame la factura, quizás en cinco o seis años pueda abonártela.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —dijo rotundo, frunció los labios y no se cortó. Inclinó en cuerpo hacia abajo y comentó amenazante—. Supongo que tendréis un seguro, ha sido un accidente, y no me gustan las escenas.

Victoria bufó por la nariz y movió la cabeza viendo los trozos esparcidos por gran parte del pasillo que Megan empezó a barrer.

—Maxwell Lane.

Escucharon la voz de una de las recepcionistas.

—Soy yo —dijo Max. Se giró hacia Victoria con una sonrisa forzada—. De verdad que lo siento. Tengo que irme, hasta luego.

Con un mohín de disgusto, Victoria lo perdió de vista. El señor Lane era atractivo; aunque el encontronazo solo la dejó con un cabreo considerable. La primera incidencia del día era suya, y encima el estropicio se había llevado por delante una reliquia con un elevado valor sentimental, sobre todo para su padre, no muy dado a perder piezas de ese legado que últimamente volvía a mencionar con más frecuencia de la saturación continua que solía hacer, parecía incómodo y creyó advertir un ligero rechazo a la presencia de extraños en Ivory.

En la biblioteca o su despacho temporal, Nicholas leyó el currículum de Maxwell Lane después de entrevistar a otros dos chicos para el mismo puesto. Solo uno encajaba en el perfil y se agotaba la oferta. Lane tenía veintiséis años, con experiencia previa en varios hoteles, hablaba español y estudiaba Economía en la Universidad de Londres.

Tras escuchar un par de golpes en la puerta, Nicholas habló con firmeza:

—Adelante.

—Buenos días. —Se acercó y extendió el brazo—. Soy Maxwell Lane.

—Buenos días, encantado —saludó levantándose y estrechando su mano—. Nicholas Finch-Hutton —dijo serio. Se sentó e hizo un gesto a Max para que ocupara una de las sillas frente a él. Directo, preguntó —. ¿Por qué dejó sus anteriores empleos?

—Porque cuando me contrataron las condiciones fueron unas y luego cambiaron. —Max lo observó tenso sin querer reparar en su apariencia autoritaria. Lo que había visto le gustaba, su impresión era muy buena, a excepción del accidente, y confiaba en su capacidad para conseguir el puesto—. No me permitían seguir el ritmo de mis estudios.

—Tiene usted veintiséis años, debería haber acabado hace tres.

—No puedo permitirme hacer los cursos completos —reconoció con un tono humilde. Con esos ingresos podía pagar el resto de su matrícula y concluir sus estudios el próximo año. No le costaba dedicarles horas, estaba empeñado en finalizar la carrera y, hasta ese momento, la única opción era ir cogiendo asignaturas sueltas y prepararlas a distancia—. Prefiero ir más despacio y tener unas notas altas.

—Es admirable, pero comprenderá que el puesto es de camarero y para trabajar con nosotros es imprescindible cumplir con todos los meses del contrato, no queremos cambios de personal con la temporada empezada. ¿Cree usted que podría hacerlo?

—Sí —afirmó rotundo. La precaria situación económica de su familia lo había forzado desde muy joven a tener que apañárselas solo—. Mis próximos exámenes son en febrero y los llevo preparando meses, los siguientes en junio y septiembre, y no creo que interfieran. En mis ratos libres solo me dedico a estudiar.

—Pero necesitará ir a Londres a hacerlos. —Nicholas empezó a desestimarlo, suponiendo que el chico necesitaría bastantes días libres en temporada alta—. No creo que dé el perfil que andamos buscando.

—Entiendo sus dudas señor Finch-Hutton, pero soy una persona muy constante y pongo mucha voluntad en realizar mi trabajo con eficiencia —dijo con obstinación. Si lo admitían, viviría con unos primos de su madre por un módico precio y con todo lo que ahorrase se garantizaría conseguir por fin la licenciatura—. Tengo experiencia en el sector y también alojamiento en el pueblo, si me comprometo a hacerlo le aseguro que no se arrepentirá.

—Ya —dijo incómodo Nicholas, sopesando las pocas opciones que tenían y la necesidad de encontrar de una vez a alguien responsable—. Tengo que entrevistar a otras personas, si usted es uno de los seleccionados nos pondremos en contacto a la mayor brevedad.

—De acuerdo —admitió, levantándose y volviendo a estrecharle la mano.

Seguidamente habló con los otros dos, hizo una selección y se reunió con Giselle en su despacho. No quiso empezar con mal pie e ignoró que siguiera empeñada en ser la única sin vestir el uniforme. Tanto él como Gordon y su padre se lo habían dicho en diferentes ocasiones y siempre buscaba alguna excusa para justificarse. Nicholas conocía al tipo de mujeres como ella, vivió ocho años con una gran manipuladora, y mientras la escuchó hablar, pensaba cómo forzarla a acatar una exigencia que aceptó cuando fue contratada.

Intercambiaron impresiones sobre los candidatos y decidieron contratar a Maxwell Lane y a Paul McGill, los dos con referencias y motivación suficiente para desarrollar bien el trabajo.

—De los cinco, son los más indicados —dijo Giselle convencida.

—Eso espero.

—No te preocupes. Hoy mismo les avisamos.

—Ten preparados los contratos antes de que empiecen. No quiero a nadie trabajando sin haber firmado —comentó inflexible, esbozó una sonrisa leve y preguntó—. ¿Tienes sus tallas para los uniformes?

—Sí —respondió suficiente—. Están en los cuestionarios. Es un dato importante.

—Por supuesto. —Nicholas jugueteó con una pluma entre los dedos—. Y una falta leve no vestirlo correctamente, grave no hacerlo

y motivo de despido si nunca se viste ¿Cierto?

—¿Intentas decirme algo?

—¿Por? —Con una pizca de chulería, Nicholas repasó la camisa beige de ella—. ¿Te has dado por aludida?

—No —dijo confiada—. Soy la directora, y además todavía no hemos inaugurado.

—No me valen ninguna de las dos cosas —comentó duro—. Todos lleváis uniforme, desde el primero al último. No voy a repetírtelo más. ¿Ha quedado claro?

—Sí —afirmó sorprendida por ese genio, aunque le encantó, suponía un salvaje en potencia y era un imán para ella. Colocó una mano encima de la suya y sonrió complaciente—. No te enfades, no sabía que un uniforme significaba tanto para ti.

La frase podía interpretarse en varios sentidos, Nicholas levantó muy despacio la vista hacia ella e inclinó la cabeza sonriendo con los labios apretados.

Se abrió la puerta del despacho y entró Charlotte con Henry en brazos. Al ver la mano de Giselle, paseó la mirada entre los dos. En otras ocasiones las manos largas de la directora ya le molestaron, le gustaba demasiado tocar a su marido cuando lo tenía cerca y, en ese preciso instante, se planteó hablarlo con él para dejarle clara su opinión sobre esas atenciones inapropiadas, que conseguían irritarla hasta un límite desconocido; sentía un asqueo muy visceral por esa mujer; irracional e inconsciente.

La directora con disimulo la retiró y se levantó. Antes de que invadiera su espacio, Charlotte extendió el brazo, evitando que la besara.

—Hola, Charlotte —dijo Giselle risueña—. ¿Cómo estás?

—Muy bien.

Nicholas se acercó y cogió a su hijo con normalidad. Aunque percibió furia en sus ojos, se inclinó y la besó en los labios.

Ignorando sus inquietudes, Charlotte preguntó:

—¿Lista para otra temporada?

—Sí. Este año es cuando realmente empezaremos a consolidar la clientela. Ya no somos la novedad, será duro, pero no me asustan los retos.

Medio ausente, con una caricia íntima fija en las retinas, Charlotte afirmó con la cabeza.

—¿Y Alex? —preguntó Nicholas.

—Sigue por ahí con Gordon —respondió seca.

—Están guapísimos —dijo Giselle, acarició el rostro de Henry y, sonriendo a Nicholas, añadió—: Son iguales que tú.

—Eso dicen —reconoció satisfecho—. ¿Verdad, cariño?

Una mirada metálica, una ligera sonrisa cínica y un movimiento apenas perceptible fueron las pistas que obtuvo Nicholas para descifrar una respuesta. Era consciente del enfado de Charlotte, que por su parte esperaba no hubiera malinterpretado, y sabía que debería aclararlo; en cambio, verla fulminándolo con todas sus fuerzas, cuando respiraba por ella, y mantener el tipo con una elegancia que era su seña de identidad, hincharon un ego vanidoso que sentía esos mismos celos posesivos y, quizás, si la situación hubiese sido a la inversa habrían provocado una reacción calificable de cualquier cosa menos de comedida. Admiró un poco más a su mujer. Cada día encontraba pequeños matices para amarla hasta aquel infinito que protegería intacto y libre de temores absurdos. No tenía ojos para otra, solo ella: su rebelde caprichosa, de armas tomar y obstinada como nadie.

Tras acostar a los niños, Maggie les dejó la cena en el horno y fue a despedirse al salón donde Charlotte y Nicholas hablaban sentados en el sofá. Desde antes de que nacieran los gemelos, se había instalado en Londres con su hijo y nietos, usando solo la casa de Wells para dormir los fines de semana. Si la noche era desapacible se quedaba con ellos, pero su grado de tolerancia a la lluvia llegaba hasta un nuevo diluvio universal.

—Maggie quédate —dijo Charlotte paciente—. Hace una noche horrible.

—Prefiero ir a casa. También me gusta estar sola a veces.

—Al menos deja que Nicholas te lleve.

El aludido hizo un mohín de disgusto, esa interrupción no era lo que más le apetecía, pero entendió que llegar a la carretera para Maggie supusiera terminar empapada hasta los huesos. Estaba con ropa cómoda comentando el argumento de una nueva historia. Le explicaba a Charlotte una escena y rebatían los puntos más débiles o más increíbles. Su incursión en la ficción contemporánea había sido muy exitosa y le gustó a expresarse con más naturalidad en sus novelas.

—No, de verdad. —Maggie negó con la cabeza, ignorando a Nicholas—. Déjalo tranquilo.

—Venga, dejad la charla.

—Sois unos pesados.

—Mira quién fue a hablar —replicó Nicholas. Se levantó, se acercó a Charlotte y le dio un beso en la mejilla—. No tardo.

Salió charlando con Maggie, sin signos de malestar. Aparte de acompañarla, le encantaba conducir y no era ningún sacrificio perder quince minutos.

Un rato después reapareció en la cocina, Charlotte tenía la mesa puesta y aliñaba una ensalada. Por suerte sus hijos en cuanto se dormían no se despertaban en toda la noche y podían cenar relajados, nunca con la absoluta certeza, pero igual que agotaban durante el día, eran unos benditos cuando pillaban el sueño.

—¿Crees qué se va por nosotros? —preguntó Charlotte, sentándose a la mesa.

—No —dijo despreocupado—. Me ha dicho que echa de menos su casa —explicó, sirviendo dos copas de vino. Al hacerlo, recordó la confirmación que tenía pendiente, y le retiró la copa, cambiándosela por un vaso de agua—. Cariño, ¿has comprado el test?

Nicholas se sentó en su sitio y resopló delante del plato. Charlotte no se inmutó, acostumbrada a esos desaires infantiles.

—No, ayer no tuve tiempo, mañana.

—Vale, pero no lo dejes mucho.

—No te preocupes. —Lo tranquilizó con una sonrisa—. ¿De qué hablabais Giselle y tú?

Nicholas dejó el cubierto, alejó agradecido de su alcance unas insulsas judías verdes y la observó con seriedad. Llevaba toda la tarde esperando la pregunta, pero creyó que Charlotte lo había ignorado, claramente no tenía intención de hacerlo.

—Cariño, lo que has visto solo ha sido un gesto amistoso por su parte.

—No te he preguntado por lo que he visto, sino de qué hablabais.

—¿Por qué lo dices así? —preguntó molesto—. ¿Crees que estaba contándole mi vida?

—No lo sé, no es la primera vez que lo hace —dijo mirándolo enfadada—. Si no me lo explicas puedo suponer cualquier cosa.

—Vamos, cariño, sabes que no me fijo en otras mujeres.

—Muy amable por tu parte.

Con ironía Charlotte empezó a irritarse de verdad con él, que suspiró y negó moviendo la cabeza esbozando una sonrisa condescendiente.

—No sé por qué lo ha hecho, supongo que ha sido un gesto reconfortante.

—¿Reconfortante? —Charlotte rió cínica, dejándolo confuso—. Cariño, parece mentira que seas tan inocente. No le he visto ese tipo

de gestos con Tristam o Gordon y, por supuesto, tampoco con tu padre. Que se deje de tonterías y se emplee a fondo en el funcionamiento del hotel, por lo que le pagáis, Jean y yo haríamos el pino sujetando bandejas.

—Pues ya sabes, deja el museo y dirígelo tú.

—Ni loca.

Charlotte negó con la cabeza. Nicholas sonrió y de pronto recordó un tema para él preocupante de verdad:

—Por cierto, he hablado con mi padre después de comer. Quiero verlo nada más llegar a Londres, aunque le ha quitado importancia, me parece que esta vez es más serio.

—¿Cuánto le suelen durar los episodios?

—Normalmente un par de días, pero lleva ya toda la semana.

—Qué raro que tu madre no haya llamado.

—Cuando he hablado con él, no estaba —comentó sirviéndose un filete de pollo a la plancha, añadió pensativo—: Sí, es un poco raro, supongo que pensaría que se le pasaría rápido.

—No te agobies, seguro que no es nada.

Colocó una mano encima de la suya y la recorrió con la yema de los dedos.

—¿Me estás reconfortando?

Al decirlo, una sonrisa alegre se abrió paso en Nicholas y le llegó hasta los ojos, que brillaron dispuestos a seducirla entre fulgurantes dorados y pícaros verdes.

—Soy la única que tiene derecho a hacerlo cuando quiera.

—Y la única que quiero que lo haga —reconoció, dándole un beso en el dorso de la mano.

Cuando terminaron, Charlotte se levantó, llevó su plato al fregadero y empezó a lavar mientras Nicholas quitaba el resto de la mesa; siempre lo recogían todo; los dominios de Maggie se dejaban inmaculados.

—¿Te apetece salir el miércoles? —preguntó Charlotte casual.

—¿Adónde? —Nicholas empezó a secar los platos que iba dejando en el escurridor; una rutina doméstica que hacía de manera rápida y automática—. ¿Solos?

—Con Jean y las chicas. A Xoyo.

—¿Por qué va Jean con vosotras? —preguntó extrañado.

—El otro día comió con Sarah y conmigo, y hablamos de quedar una noche. Como les dije que los viernes nos veníamos, he quedado en comentarlo contigo y salir un día entre semana.

—¿Quieres que vaya? No me importa quedarme con los niños. —Abrazándola por la cintura—. ¿Tristam irá?

—No lo sé. —Lo besó en los labios—. Y sí, quiero que vengas.

—Tendremos que hablar con Joan para que se quede con ellos.

—O se lo podemos decir a Maggie, estará con su hijo.

—Habla tú con ella —dijo, fingiendo estar asustado.

Le cogió una mano, guiándola hasta el salón. Toda la iluminación era la tenue luz del fuego en la chimenea. Se acercó a la lámpara de lectura, la encendió y se dejó caer en el sofá con Charlotte encima, que rió divertida por el ímpetu de la caída.

Nicholas la apretó contra él y la calló con un apasionado beso. Poco tiempo después, la tenía medio desnuda con las piernas rodeándole las caderas, sus ojos nivelados dejando que contemplara el fuego del cobre atrapando verdes excitados y una sonrisa perversa. Bajó la cabeza, mordisqueó sus pezones y entró con un golpe certero en su interior. Sus cuerpos se sincronizaron en movimientos acompasados, besos enloquecidos, y susurros que siempre detenían el tiempo, el suyo. Aquel que empezó cuando se conocieron aislados del mundo, duraba más de dos años, y terminaría el día que uno de los dos muriese; esa sí era una verdad absoluta para Nicholas que deseaba con todas sus fuerzas no presenciar.

En el despacho del museo, cuando llegó el lunes, Jean rezó para que Sarah no le hubiese contado nada a Charlotte, no sabría explicárselo. Unos minutos después, trabajaba concentrado cuando entró sonriente con dos cafés como saludo matutino.

—Hola, toma. —Dejó el vaso en su mesa—. ¿Qué tal con Sarah?

—Bien —respondió indiferente, dándole un sorbo—. Le gustó la casa.

—Pero, ¿te lo va a hacer?

—Sí —replicó Jean. Charlotte se distrajo ordenando algunos papeles sin prestarle demasiada atención, cosa que agradeció disminuyendo la avalancha de pensamientos negativos que no lo dejaron descansar en toda la noche—. Me hizo unos dibujos y en cuanto lo tenga mejor perfilado me llamará para enseñármelo.

—Es muy buena —dijo sonriendo—. Ya verás cómo no te arrepientes.

—Seguro.

Charlotte reparó en la tristeza de unos expresivos ojos grises que conocía y en los que nunca había visto ese matiz.

—¿Te pasa algo?

—No —negó rápido, fingiendo despreocupación—. ¿Por qué?

—¿Tienes planes esta noche con Husher?

—No creo que salga.

—Mejor —dijo divertida—. Resérvate para nosotras.

—¿Cuándo vamos a salir? —preguntó interesado.

—El miércoles —propuso contenta—. Nicholas viene.

—Muy bien —comentó de pasada. Tenía la sospecha de que Nicholas no lo tragaba, aunque se mostraba cordial y podía soportarlo. Otra cosa era tener que pasar la noche junto a Sarah si la acompañaba Tristam; ahí morían todas sus esperanzas—. Se lo diré a Hush.

—¿Es necesario?

—Hombre, si no quiero pasar la noche entre parejitas, sí.

—Rachel y Laura no tienen pareja, no estarás tan solo.

Ocultando el desinterés que la vida sentimental de sus amigas le ocasionaba, Jean sonrió sin ganas y se centró en el trabajo como pudo. El sabor permanente de una boca en la suya martirizándolo para recordándole que no podría tenerla se encargó de fastidiarle el resto del día.

Xoyo estaba en un edificio de tres plantas con la fachada de ladrillo rojizo, camuflado entre las modernas bestias de acero y cristal que lo rodeaban. Tenía unos pilares robustos pintados en negro de más de seis metros, varias cristaleras enormes, y un neón rojo que destacaba en la calle. En el Club pinchaban diferentes DJ´s y en función de la música cambiaba el público, controlado en la puerta por dos tipos de seguridad con un uniforme azul marino, a pocos metros de Nicholas, que hablaba con Tristam exhalando ligeras nubes de vapor que se perdían en la fría noche londinense mientras esperaban a Rachel, Laura y los compañeros de Charlotte. Observando las pintas estrafalarias de los que hacían cola, Nicholas se sintió un poco incómodo, no por las ropas, ya que siguiendo el consejo de Charlotte vestía unos vaqueros, un jersey de cuello alto oscuro y una americana sport, sino por la discriminación que hacía el personal de seguridad. Vio una clara preferencia en dejar pasar a chicas monas pese a que otros llevaban más tiempo esperando.

—¿Has venido antes? —preguntó Nicholas.

—Sí, no está mal —dijo Tristam frotándose las manos—. Hoy parece tranquilo.

—Solo he venido una vez, y no entré —comentó Nicholas sin ampliarle el encuentro tan *amistoso* que vivió con Nigel. Miró atento a un hombre bajito con una camiseta blanca de mangas cortas, exhibiendo unos brazos tatuados que se acercó a uno de los porteros y con disimulo le entregó algo en la mano—. No me gusta este

ambiente.

—Es divertido. —Tristam sonrió—. Estás mayor, hermanito.

—Debe ser eso —admitió pendiente de Charlotte. Llevaba unos leggins negros que definían unas piernas largas bien torneadas, un abrigo corto rojo y unas botas negras altas muy planas, para su desgracia. Al lado de Sarah, que llamaba la atención de la mayor parte del público masculino, su mujer reía y bromeaba ajena a él—. No podía negarme a venir, es raro que Charlotte me lo haya pedido.

—A mí también me ha extrañado, pero si hay que salir se sale.

—Espero que dentro no esté agobiante.

—No tengo muy claro qué esperas, pero tómatelo con filosofía y olvídate de Chopin un rato —dijo Tristam con una sonrisa piadosa. Para qué contarle que la música estaría por encima del límite natural de los oídos, que las tías bailaban en éxtasis o que siempre había terminado borracho de chupitos, mejor dejar que lo descubriese por sí mismo. Recordó la noticia del día y comentó dándole una palmada en el hombro—. Por cierto, enhorabuena.

—Gracias, estamos muy contentos.

—Un poco seguidos, pero tú verás.

—Cuando nazca, los niños tendrán un año y medio, no está mal.

—Sí, al menos serán compañeros de juegos.

Nicholas no percibió la melancolía en la voz de Tristam.

—¿Desde cuándo no ves a papá?

—Más de una semana, ¿por qué? —Tristam frunció el ceño y preguntó preocupado— ¿Sigue mal?

—No, está mejor. Fui a verlo ayer y el lunes con los niños. Me preguntaron por vosotros.

—Mamá ¿verdad?

—Sí. Intenta llamarla.

Cuando unos minutos después Jean apareció con otro hombre, Sarah los saludó con dos besos en las mejillas y salvada por el sonido del móvil se alejó unos metros.

Nicholas y Tristam, que estaban advertidos, desorbitaron los ojos e intercambiaron unas sonrisas forzadas intentando no carcajearse delante de ellos, impactados por la variedad de colores que vestía el paleontólogo chiflado.

El doctor Husher era una eminencia, eso es lo que les dijo Charlotte, aunque pensaron que no le vendrían mal algunos consejos sobre moda. No se combinaba una camisa amarilla de cuadros con una corbata muy corta, da igual que fueran feas hasta decir basta. Las sandalias no se llevaban con calcetines, era lo más cutre que habían visto desde hacía mucho tiempo, ni a los turistas se les perdonaba esa

licencia en pos de la comodidad. Y por último, era recomendable usar ropa de la talla adecuada, por mucho que las bermudas marrones extra grandes parecieran caerle con naturalidad. A pesar de todo, no aparentaba sentirse incómodo por la opinión difusa que su vestuario preconcebía de él.

—Hush, hola —saludó Charlotte—. Ellos son Nicholas y Tristam.

—¿Cuál es el tuyo?

Movió el índice delante de los dos, observándolos a través de unas gafas de pasta marrón antiguas, mientras, unos rizos oscuros y alborotados se movían descontrolados en la cabeza.

—Soy yo —dijo el escritor con una mirada curiosa al estrechar su mano—. Nicholas.

—Encantado, Hush —saludó Tristam con otro apretón de manos—. Bonita corbata.

—Gracias —dijo Husher admirándola—. La tengo desde hace veinte años.

—Pues no lo parece —comentó Tristam, tuvo que cerrar fuerte los labios cuando vio los ojos de Nicholas absortos en aquel mar púrpura brillante—. Es preciosa.

Jean notó la burla, se molestó, pero sonrió amable a Nicholas.

—Hola —dijo dándole una palmada suave en el hombro—. ¿Qué tal?

—Hola, Jean Marie. —Nicholas no se tomó muchas molestias en disimular una mirada irónica al decirle—. Un placer verte, como siempre.

—Igualmente —respondió Jean serio. Se giró hacia Tristam, le ofreció la mano y añadió cortante—: Hola, soy Jean Marie Blanchet.

—Hola, Tristam, encantado —dijo amigable—. Mi mujer me ha dicho que va a decorar tu casa.

—Sí, aunque todavía no he visto ninguna propuesta.

—Te sorprenderá —afirmó Tristam orgulloso—. Es la mejor.

—No lo dudo.

A una distancia prudencial Sarah seguía disimulando con el móvil, esperando que llegasen Rachel y Laura para poder entrar y dejar de ver a Tristam hablar cordial con Jean.

Un buen rato después, sentado con Husher en un reservado, Nicholas se lo pasaba en grande con una mente inquieta que no paraba de deleitarlo mezclando ocurrencias extravagantes que tan pronto rayaban el delirio como la genialidad. Mientras, el resto bailaba al ritmo de una música electrónica potente o charlaban dispersos entre el público. Al no estar lleno como era habitual los fines de semana, podía observar a Charlotte desde su posición sin que

advirtiera un control posesivo en cada uno de sus movimientos, también seguirla era fácil por un top plateado de lentejuelas que sus ojos encontraban de inmediato.

Jean no quiso rechazar la salida para no dar motivos de sospecha a Charlotte, pero no se sentía con ganas de departir amistoso, tampoco quiso estar cerca de Sarah, así no fomentaba su malhumor al saber que no podría tocarla ni besarla más, y prefirió acoplarse en la barra. Flirteó con una chica rubia tan aburrida como él y en unos minutos, harto de una insulsa charla, se excusó y fue al aseo. Tuvo la desgracia de encontrarse al salir con Sarah, que en ese momento entraba en el de señoras. Se fijó en la tela de un vestido negro, marcándole las curvas de las caderas, y un generoso escote que se perdía entre la piel bronceada de sus pechos.

—No te he visto en toda la noche —dijo Sarah afectada por el alcohol—. ¿Dónde te escondes?

Jean la observó atento a sus labios.

—He estado por ahí.

Con una sonrisa, Sarah afirmó despacio, parecía poder ver en el interior de sus ojos. De repente se abrió la puerta del baño, salió una chica y comentó con interés:

—¿Puedes esperarme un momento?

—Como quieras.

Durante más de cinco minutos infernales, Jean se convenció de que no podía ser, pero en cuanto Sarah volvió a abrir, no había nadie en el pasillo y le bloqueó el paso con el cuerpo.

—¿Puedo entrar? —susurró.

Sarah perdió la noción de la realidad, inmóvil, comprendiendo sus intenciones. Tardó unos segundos en reaccionar, dio un paso atrás y se apartó.

Sin quitarle los ojos de encima, Jean echó el pestillo y la apoyó en la puerta. Pegó la frente en la suya, respirando acelerado, el ritmo de vértigo que tenía su corazón solo fue comparable al deseo que esa mujer era capaz de provocarle con la suavidad de un tacto y un olor adictivo. Recorrió el contorno de unos senos que se habían adueñado de su imaginación y olvidó la mínima buena intención que le quedaba cuando Sarah levantó la mano y le acarició el rostro.

—Bésame.

—Sé que esto es una locura —murmuró Jean tragando despacio—. No nos conocemos, pero no puedo evitarlo.

—Ni yo —susurró, pensando en que era muy atractivo con el punto sexy de una sombra de barba plagada de canas, un acento que le ponía la piel de gallina, y, lo mejor, se moría por ella—. Es la primera vez

que me pasa algo así.

—Si lo hago, no voy a poder parar y no quiero.

Sarah cerró los ojos tratando de serenarse.

—Perdóname —dijo con un brillo de arrepentimiento en los ojos. No sabía qué le pasaba con ese hombre, el impulso irracional que la asaltaba sin miramientos estaba consiguiendo lo imposible; gritaba por dejarse arrollar—. Estoy muy confundida.

—Perdóname tú a mí por haberte forzado a esta situación.

Se observaron dejando que la razón se impusiera a la química, siendo consecuentes del desastre que causarían si continuaban por ese camino.

Jean abrió la puerta y se topó de frente con Charlotte, que lo miró sorprendida.

—¿Por qué usas el de mujeres?

—No lo he usado —respondió serio.

Con su cuerpo tapaba a Sarah, pero se movió y la expresión de Charlotte cambió de forma automática, frunció el ceño oscilando los ojos entre los dos y sonrió llena de cinismo.

—Eres increíble —siseó Charlotte.

Pasó por el lado de Sarah, cerró la puerta de un portazo y los volvió a dejar solos.

—Tengo que hablar con ella.

Jean afirmó con la cabeza, le dio un beso en la mejilla y regresó con los demás. Tras un momento, la furia de Charlotte difirió de la pena en los ojos de Sarah.

—¿Para qué estás esperando?

—Pensarás que estamos liados, pero no es así —comentó Sarah casi en un murmullo—. Estábamos hablando.

—¿Sabes que Tristam está fuera? ¿Crees qué es lo más apropiado?

—No ha sido premeditado —dijo a punto de llorar—. Te lo prometo. No sé qué me pasa.

—Hace nada me contaste el episodio de Nia y cómo Tristam la echó. La que no sabe qué te pasa soy yo. ¿Cómo vas a explicarle ahora esto?

—No voy a explicarle nada porque no ha pasado nada—. Sarah habló despacio, fulminándola con la oscuridad de sus ojos—. No has visto nada.

—Tú verás qué haces, aclárate.

—Muy bien —afirmó soberbia—. Y tú métete en tus problemas y deja los míos en paz.

—¿Pretendes que ignore esto? —exclamó negando con la cabeza—. ¿Te has olvidado de quién es para mí tu marido? ¿Te recuerdo con

quién estoy casada?

La avalancha de preguntas sacó de quicio a Sarah.

—Tengo muy claro quiénes son tu marido y el mío, precisamente por respeto a Tristam no he hecho una tontería con Jean. Y para tu información, nunca he deseado a nadie como a él —afirmó rotunda, hizo una pausa y mintió impotente—. Así que no me vengas con gilipolleces, tengo muy claras las cosas.

—Perfecto. Me alegro por ti.

Charlotte se giró y regresó al reservado sin comprobar si Sarah la seguía. Aunque estaba enfadada, al ver a Nicholas enfrascado en una conversación con Jean, esbozó una ligera sonrisa y se sentó entre él y Tristam, que hablaba amistoso con Husher, o *sir Bones*; su nuevo apodo por petición propia al enterarse de que estaba rodeado por dos *lores*. Por supuesto, el paleontólogo no advirtió el gesto torcido de Jean ni la incapacidad para mirarlo a la cara, con seguir la música, dominar la charla y procurar que sus rizos no salieran disparados tenía suficiente.

—Estoy cansada —susurró en el oído de Nicholas.

Laura y Sarah aparecieron seguidas de Rachel, llevando cada una cuatro chupitos en las manos.

—¿Conduces tú? —preguntó Nicholas.

—Sí, bebe tranquilo, pero me gustaría irme pronto.

Cuando se tomaron la ronda, con una sonrisa acrecentada por el alcohol, Nicholas se levantó tirando de la mano de Charlotte.

—¿Ya os vais? —preguntó Tristam.

—Sí —respondió resignada—. Mañana trabajo.

—Yo también me voy —comentó Jean, poniéndose de pie.

—Cariño, ¿te quieres quedar?

Tristam sonó complaciente.

—Sí, un ratito. —Sarah frunció los labios—. ¿Tú no?

—No, prefiero irme, pero si te apetece mucho nos quedamos.

Al final salieron todos juntos y, antes de tomar cada uno direcciones opuestas, se despidieron con la buena intención de volver a verse pronto.

A pocos metros del local, en cuanto Nicholas se subió en el coche, percibió el malhumor de Charlotte, evidente tras varios gestos bruscos maniobrando para salir del aparcamiento, normalmente era la persona más tranquila que había visto al volante.

Confuso, escuchándola murmurar una sucesión de palabras malsonantes, preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada —dijo rápido, desvió la vista hacia él y ordenó severa—.

Duérmete.

—Cariño, no te pases —dijo molesto por una voz autoritaria que no esperaba—. Soy yo, no los niños.

—¿No estás borracho? —preguntó con ironía—. Pues duérmete.

—No estoy borracho —Nicholas frunció el ceño. Estaba alegre, pero ni de lejos borracho. Recordaba a la perfección la última borrachera, cuando Charlotte estaba en Sudán, aquel día amaneció en la biblioteca tras perder el conocimiento y desde entonces tenía autoimpuesto un límite que no había vuelto a rebasar. En cambio, la obstinación de Charlotte empezó a alertar un sexto sentido que avivó un genio bastante templado—. Estoy cansado de que repitas algo que no es cierto. Conduces tú porque no has bebido nada. ¿Me quieres contar qué te pasa?

—No.

Con una mirada desafiante, Nicholas comentó:

—Como no me lo cuentes, voy a empezar a enfadarme.

—Ponte a la cola —replicó indiferente.

La discusión con Sarah la había acelerado y era el único disponible para descargarse. Si decidía seguir atosigándola, recibiría su ración de malaleche, incrementada por una revolución hormonal que también lo beneficiaba. El silencio en el coche parecía un mar en calma, engañoso precediendo una tempestad. La tensión en el cuerpo de Nicholas no dejó ni un solo músculo sin rigidez, palpable como la ausencia de brisa que agobió unos pensamientos con diferentes derroteros.

CAPÍTULO IV

Londres, Inglaterra
17/1/2013

Leyendo un borrador del artículo que Morsi había escrito, donde analizaba algunas técnicas de identificación que realizaron al resto de miembros de la XXV dinastía tras el hallazgo de Sarihsa y su madre, Charlotte cavilaba en algunos enigmas incomprensibles para una mente lógica como la suya. Tenían asumido que Piankhi nunca dejó a su cuarta esposa y pocas personas conocieron a su hija, no podía creer que aquella infidelidad que duró más de doce años pasara inadvertida para nadie, y menos para la reina.

Con la angustiosa sensación de traición que la perseguía conociendo la "no relación", pasó su jornada laboral ignorando a su compañero, pero en algunos momentos le resultó complicado. Aunque no parecieron importarle unas respuestas escuetas ni la sequedad de su tono, se mostró distante y ensimismado en el trabajo.

Poco antes de salir recibió una llamada de Nicholas para que se reunieran en casa de sus padres, y pese a que se mostró correcto, percibió claramente una frialdad que coleaba de la noche anterior. Discutieron acalorados, pero consiguió esquivar sus preguntas en una tregua temporal; se preveía una explosión de furia como averiguase el motivo, y ganar tiempo siempre ayudaba a afianzar bien las barricadas; aunque sería difícil argumentar ninguna defensa.

Al llegar a la casa de sus suegros coincidió con Tristam, una de las personas que no tenía ánimo para afrontar. Verlo acercarse sonriendo con un brillo alegre en los ojos, unos andares seguros y ese cariño que nunca se privaba de ofrecerle, casi la emocionó.

—Hola —saludó Tristam con dos besos en la cara—. ¿Vienes del trabajo?

—Sí —Charlotte movió la cabeza afirmando y desvió la mirada incómoda. A veces creía que tenía el poder de Nicholas en los ojos para descubrir si mentía. Forzó una sonrisa y preguntó—. ¿Y tú?

—También, pero quería venir a verlos antes de irme a casa.

—¿Cómo te va?

—No podemos quejarnos, sobrevivimos.

—Me alegro —dijo Charlotte, dándole un suave apretón en el brazo.

En el salón, Nicholas muy serio hablaba por teléfono paseando delante de los ventanales y los abuelos reían sentados en el sofá con los niños en brazos tras unos días inquietantes con la arritmia más aguda que James había padecido hasta ese momento. Por suerte, su mejoría era visible y el alivio de todos, mayor.

—Hola —dijo Charlotte. Besó cariñosa a James mientras Henry la llamaba excitado—. ¿Cómo estás hoy?

—Voy volviendo a la normalidad.

Tristam le quitó a su ahijado y preguntó:

—¿Cuándo tienes que volver al cardiólogo?

—Dentro de unos días.

—Nick está hablando con él —dijo Patricia besando a Charlotte—. ¿Estás bien?

—Sí, perfecta.

Más atenta, Charlotte se concentró en Nicholas. Conocía esos movimientos, todos sus gestos, y no eran de estar relajado por buenas noticias. En cuanto colgó, se acercó y la saludó con un beso rápido en los labios.

—Hola, cariño.

—Hola. ¿Cómo se han portado?

—Como siempre, Alex intentando dominar a Henry hasta que lo harta y empiezan a pelearse. Su día a día habitual.

— A ver si tenemos suerte y el próximo es una niña —dijo Patricia.

—Esperemos que todo vaya bien.

—Claro que sí, cariño. —Patricia sonrió a James—. Todo irá perfectamente.

Charlotte, que se negaba a desear una hija, los observó con la cara pálida y salió corriendo para ahorrarles las lágrimas que nunca se iban cuando recordaba.

Tres pares de ojos miraron a Nicholas, en todos percibió comprensión y tristeza. Mientras, Charlotte se sentó en un sillón antiguo de piel negra, en la biblioteca de James, que no tenía la cantidad de libros que las suyas, pero se notaba como un espacio habitado tanto por él como por Patricia; un caballete con una pintura inacabada daba fe de que los dos pasaban mucho tiempo allí.

Nicholas entró despacio con las manos en los bolsillos, mirándola apenado.

—¿Quieres hablar? —preguntó, sentándose frente a ella. Negó con la cabeza y casi le partió el corazón verle los ojos mostrando el dolor que él creía alejado de sus vidas, le levantó la mano y la besó con

ternura—. Mi amor, todo va a salir bien.

—Prefiero que no sea una niña —dijo llorando desconsolada. El cúmulo de amargura que fluía por sus mejillas cuando retrocedía al día del accidente se mezclaba con la impotencia de una trágica injusticia o con la rabia por una ausencia aborrecible para cualquier padre—. No quiero tener niñas.

—No está en nuestra mano, cariño —susurró—. Pero si es una niña estoy seguro de que la querrás igual.

Más relajada, Charlotte trató de limpiarse las lágrimas sujeta a la mano de Nicholas, que tiró de ella apretándola a su cuerpo en un abrazo protector, ahuyentando el desasosiego de sus preocupaciones.

—Intenta no pensar en lo malo. Cuando veamos a William la semana que viene, le preguntaremos todas las dudas que tengamos y seguiremos al pie de la letra lo que nos diga, no vamos a correr ningún riesgo; más complicado que el embarazo de los niños no creo que sea, y míralos.

—No lo elijo. No puedo evitarlo.

—Trata de hacerlo, no es bueno para ti.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—No me ha aclarado mucho, según él es normal que haya empeorado. Dice que con la edad se intensifican los episodios. Quiere hacerle pruebas para una posible cirugía. —Sonrió resignado—. No sé, deberemos estar más pendientes de él; es la primera vez que le dura tanto.

El móvil de Charlotte empezó a sonar con una llamada de Sarah. La rechazó resoplando, guardándose otra vez el aparato.

—¿Por qué no contestas?

—No tengo ganas de hablar con ella.

Volvió el malhumor a sus palabras e hizo presencia la intriga en Nicholas.

—¿Os ha pasado algo?

—No quiero hablar de ello.

—Pues yo sí —dijo tajante—. Cuéntamelo.

—No.

Lo indignó la mirada obstinada de Charlotte.

—De aquí no nos movemos hasta que me lo cuentes.

—Como quieras.

Charlotte se sentó de nuevo, cruzó los brazos y se limitó a mirarlo con los labios apretados. Pasaron unos minutos retándose hasta que la paciencia de Nicholas se resquebrajó.

—Estás consiguiendo cabrearme mucho.

—Me alegro —dijo esbozando una sonrisa irónica—. Hace tiempo

que no te veo en acción.

—¿Estás disfrutando?

Nicholas ladeó la cabeza con los ojos entornados.

—No.

—¿Por qué no quieres contármelo?

—Porque no es sobre nosotros.

—¿Es sobre Sarah y Tristam?

—Más o menos.

—Si estás reservándote algo que afecte a mi hermano y no me lo quieres decir, vamos a tener un problema.

Ese tono en Nicholas no era buen presagio para dialogar.

—¿Estás amenazándome por no contarte algo muy íntimo que sé de mi mejor amiga?

—Resulta que es la mujer de *mi hermano*.

—¿Y qué? Él ha estado haciendo lo que le ha dado la gana, tú lo sabías y no te has metido.

—Hablé con él —dijo a la defensiva.

—Ya. —Charlotte hizo un gesto indiferente con la boca—. Pues lo siento, pero no soy nadie para airear su vida.

—Soy tu marido —exclamó—. ¿Está con otro?

—No.

Charlotte lo miró y supo que no iba a detenerse.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Se lo está pensando.

—¿Se está pensando tirarse a otro?

Con los brazos en las caderas y el cuerpo tenso, Nicholas concentró una mirada inquisitiva en Charlotte.

—No seas grosero, por favor.

—Esto es increíble.

Como casi siempre cuando se notaba superado, empezó a frotarse los ojos moviendo la cabeza tratando de centrarse.

—Espero que esta conversación no salga de aquí —comentó Charlotte—. No ha pasado nada entre ellos y no creo que llegue a pasar.

—¿Quién es?

—No sigas, por favor. Déjalo ya.

—Es mi hermano y no voy a consentir que su mujer lo humille.

—Nadie ha humillado a nadie, dejemos que lo resuelvan solos.

—Muy bien.

Mostrando irritación, Nicholas salió cerrando de un portazo la puerta de la biblioteca. En cuanto Charlotte llegó al salón, lo encontró cogiendo a los niños con prisas mientras se despedía de Patricia.

—Nos vamos ya —dijo Nicholas. Se giró hacia James—. Cuando vuelvas al cardiólogo avísame.

—Descuida ¿Por qué no os quedáis a cenar?

—No podemos, tengo un montón de cosas pendientes.

A ninguno pasó inadvertido ese rápido cambio de humor desde que había hablado a solas con Charlotte, fueron discretos y no dijeron nada. Al momento, ella los besó a los tres, le quitó a Alex de los brazos a Nicholas y salieron hacia su casa camuflando la tirantez que sentían.

Tras dedicar el resto de la tarde a atender por separado a sus hijos, llegó la hora de la cena con un tenso silencio en la cocina. Habían pasado varias horas y normalmente Nicholas ya habría hablado; por fin, ese carácter que siempre contenía daba la cara, desafiándola en un nuevo pulso.

Sin querer dejarse influir por el cuerpo medio transparentado de Charlotte vestida con un escaso camisón blanco, ponía la mesa cuando su voz lo devolvió a la realidad.

—¿Me pasas la jarra?, por favor.

Sin mediar palabra, no la miró, le llenó un vaso con agua y se lo puso delante. Charlotte no reprimió una sonrisa mirando el plato, viéndose a sí misma todas las veces que lo ignoraba de la misma manera. Trató de contenerse hasta que Nicholas se sentó intrigado por tanta alegría cuando tenía un cabreo que no quería disimular.

—Disculpa —dijo Charlotte riéndose con ganas.

—Si te pregunto qué te hace tan feliz ¿Me lo contarías? —Alzó las cejas, mirándola de forma suspicaz—. Ya que estás pasándotelo tan bien a mi costa, no estaría mal saber el motivo.

—¿Yo te hago esto? —preguntó cuando pudo hablar—. No me extraña que no lo aguantes.

—Claro —admitió con una mueca de fastidio.

Un gesto serio en el rostro, batiendo furioso las mandíbulas, la instó a cerrar la boca, dejar de incordiarlo y no agravar más la situación. Comiendo en silencio, Charlotte decidió sincerarse:

—Prométeme que no harás nada.

Al escucharla, Nicholas dejó el tenedor y la fulminó de un disparo:

—No.

—Pues lo siento.

—No pienso prometerte nada, creo que deberías confiar en mí sin necesidad de llegar a eso.

—Es muy delicado. Sarah llevaba tiempo frustrada con Tristam, en Navidad me dijo que no iba a aguantarlo mucho más —dijo,

observándolo seria—. Luego, solucionaron sus problemas, pero ella ha conocido a alguien que le gusta sin la inseguridad que le causa Tristam. Me dijo que no sabía qué le pasaba, que no había nada entre ellos, y también que nunca había deseado a nadie como a él.

—¿Quién es?

—No sigas por ahí —contestó resignada.

—¿Lo conozco?

Destilando suspicacia a la vez que la traspasaba con los ojos.

—Sí.

La afirmación de Charlotte lo hizo fruncir los labios, pensativo.

—Espero que tome una decisión pronto —comentó severo—. ¿Por qué no quieres hablar con ella?

—Porque anoche cuando fui al baño los encontré juntos. Sarah y yo tuvimos unas palabras y me dijo que no me metiera en su vida.

—No me lo puedo creer —dijo entornando los ojos. Elevando la voz preguntó—. ¿Me estás diciendo que en su misma cara han estado juntos?

—Me dijo que habían estado hablando.

—Joder.

Nicholas resopló agobiado. Se levantó de la mesa y salió de la cocina, al instante el portazo pertinente del despacho.

A duras penas Charlotte terminó de cenar, recogió la mesa y empezó a fregar los platos, pensando en el problema que Sarah tenía entre manos que también estaba pasándoles factura a ellos.

Escuchó los pasos de Nicholas en el pasillo, luego subiendo la escalera y poco después apareció con el pijama puesto.

—Discúlpame por haberme ido así —dijo acercándose.

—No te preocupes.

—No me gusta que discutamos —comentó mirando el movimiento de los brazos de Charlotte que marcó sus pezones en la tela. Bajó la vista, mordiéndose el labio inferior, y sin pensárselo los rozó con el pulgar—. Estás muy sexy.

—No he terminado —dijo Charlotte.

No la escuchó, se colocó detrás y la abrazó por la cintura.

—Yo sí.

Inclinó el cuerpo hacia delante, le besó el lóbulo de la oreja y fue subiéndole el camisón apretándose a ella, bien sujeta con una mano en el culo y la otra buscando calor entre unas piernas suaves que no podía dejar de acariciar. Un gemido en el oído lo apremió a bajarle las bragas, necesitando tocarla de inmediato. Se empapó las yemas de los dedos con una excitación incontrolable, consciente de que su aliento le erizó la piel del cuello y la calidez de sus manos la forzaba a mover

las nalgas de manera sutil contra su bragueta.

Estrechándola más a su cuerpo, sin dejar de tocarla en ningún momento, Nicholas se quitó los pantalones y se bajó los calzoncillos. Con manos posesivas en un contacto abrasador le extendió entre las nalgas aquel flujo lubricante. La sostuvo fuerte por el vientre y la penetró de una embestida potente, mientras, Charlotte se sujetó con una mano a la encimera y le acarició los testículos con la otra, sintiendo la fuerza que circulaba, ardía y la arrastraba sin piedad al cuerpo de Nicholas .

—Lo necesitaba, mi amor —susurró sofocado. Clavado en ella e ignorando cualquier consideración, tenía desatado el lado salvaje, cargó con las caderas a un ritmo frenético. En unos minutos eyaculó y se apoyó relajado en una espalda suave que inundó de besos tiernos—. ¿Te he hecho daño?

—No. —Dejándose envolver por el maravilloso olor de Nicholas, ese que siempre la hacía derretirse en sus brazos, Charlotte echó la cabeza hacia atrás, sintió una barba rasposa arañarle la mejilla y el latido de un corazón retumbando endiablado en la espalda—. Me mimas mucho.

—Te quiero.

A finales de mes, el embarazo de once semanas se desarrollaba con normalidad. Como siempre, la visita con el doctor William Spennos fue amistosa, aunque con más distracciones. Comprobó en persona el tamaño de los gemelos a los nueve meses, después de las peticiones reiteradas que había hecho a sus padres para conocerlos.

Nicholas exhibió un irreprimible orgullo paternal mientras enfocaba instado por el médico a fotografiarlo con los niños, Charlotte rió divertida, observando el esfuerzo de sus hijos tirándole del pelo a William, que intentaba mantenerlos quietos en las piernas. Luego, Nicholas le envió al móvil una imagen simpática de los tres, Alex volvió a sus piernas y Charlotte lo liberó de Henry.

—No soy pediatra, pero creo que van a andar muy pronto. —William los observó sonriendo con unos bonitos ojos castaños—. Solo quieren estar de pie.

—Su pediatra los ve con frecuencia y el otro día me dijo lo mismo —dijo Charlotte, recordando las palabras de Rachel.

—Una cosa más —añadió Nicholas antes de salir. Para él era importante saber el alcance de otra cirugía en el cuerpo de Charlotte, que se recuperó bien de los niños, pero tuvo molestias durante varias semanas—. ¿Tendrás que hacerle otra cesárea?

—No, si no es necesario. No os preocupéis por eso ahora, conforme el embarazo vaya avanzando, ya veremos.

Se despidieron de William hasta el próximo mes, cuando con certeza les podría desvelar el sexo del bebé, el único; confirmado varias veces para tranquilizar a Charlotte.

El desasosiego que rodeó a Sarah se aligeró con el paso de los días, las cosas volvían a la normalidad con Tristam, a pesar de que no terminaban de recobrar la confianza y casi no se veían atrapados por sus trabajos. Gracias a la indiferencia de Jean, que se tomó la molestia de responder un e-mail con los bocetos a las dos semanas de recibirlo y rechazó la sugerencia para concertar una reunión escudándose en un compromiso con la Fundación del Museo, del que Charlotte no tenía constancia. Cuando de manera casual salió el tema en casa de sus suegros, Sarah confirmó la sospecha de que Jean la evitaba y decidió dejar su proyecto para atender a otros clientes más interesados.

En aquella cena familiar el trato entre ellas no delató la incómoda tensión que solo Nicholas parecía advertir. Las observó buscando algún gesto o palabra que aclarase una incertidumbre desagradable, pero fracasó. Tampoco Tristam lo sacó de dudas, sabía que ni se había enterado de nada ni probablemente lo haría; se mostró complaciente con Sarah y alocado con los gemelos; su tónica habitual. Aunque se regañó a sí mismo por desconfiado, solo imaginar que Charlotte se planteara estar con otro extendía un reguero de pólvora por su sangre capaz de destruir cualquier atisbo de lucidez. Mejor no vivir ese momento y seguir siendo un hombre libre, porque pelearía por convertirse en un homicida, envejecería con el brillo salvaje de la locura en los ojos, pero el desgraciado que intentara apartarlo de ella tenía la muerte garantizada.

Un día antes de San Valentín, Tristam otra vez llamó a Sarah para advertirle que saldría tarde de la oficina. Sin ánimo para encerrarse sola en el apartamento, en cuanto terminó la visita a uno de sus clientes, quedó con Rachel y Laura en el pub para despejarse un poco. Nada más entrar, saludó a sus amigas, pidieron unas pintas de Carling y se sentaron en el mismo reservado que usaban siempre; era una tontería, pero casi todos los clientes asiduos por inercia o costumbre normalmente ocupaban unos sitios fijos; como en clase o en la mesa al comer; rutinas simples que ordenan la vida.

—Estás desconocida —dijo Laura, pensando en el cambio tan

evidente en el cuerpo de Sarah, no solo por la ropa, ese vestido rojo le sentaba de maravilla, sino por la delgadez y una mirada triste que la eclipsaba—. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió con un mohín indiferente—. Estoy un poco estresada con el trabajo.

—Estás quedándote en los huesos —dijo Rachel—. ¿Cómo van las cosas con Tristam?

—Bien.

Si a una sola palabra, la doctora Chamley unía la expresión abatida de Sarah, en pocos segundos llegó a otra conclusión.

—No lo parece.

—Ya.

La mirada suspicaz que compartieron Rachel y Laura molestó a Sarah.

—Pensad lo que queráis, qué más da.

—Sarah, ¿qué pasa? —preguntó Laura tocándole el brazo—. Sabes que puedes confiar en nosotras.

—Lo sé —dijo con una sonrisa leve—. Es Tristam quien no me ofrece confianza.

Rachel bebió un sorbo de cerveza y preguntó: —¿Sigue saliendo solo con sus amigos?

—No, que yo sepa. —Sarah estaba cansada de Gerry o Mark, dos de los habituales de su marido; solteros sin ningún tipo de ataduras—. Pero no apostaría mucho. No sé qué hace tantas horas en la oficina todas las noches.

—¿Todas? —preguntó Rachel.

—No —dijo Sarah negando con la cabeza—. Aunque sé que no viene directo a casa cuando termina. Supongo que se tomará algo con ellos cuando sale.

—Pues pégate un homenaje a su salud —añadió Laura sonriendo, percibió el rechazo de Sarah y pretendió animarla—. Esta noche hay un concierto en el Soho, si queréis nos podemos pasar.

—No me apetece —dijo Sarah—. Mañana queremos irnos al campo.

—No seas muermo —comentó Rachel—. Unos chupitos, música y unas risas te vendrán de fábula. ¿Quién toca?

—No recuerdo cómo se llaman. —Laura torció los labios—, pero me han dicho que son muy divertidos.

Unas horas después, las tres entraron en el club donde tocaba Bullshit, una banda de rock alternativo con un poder de convocatoria

muy limitado, supusieron por la cruel verdad de su nombre, eran malos con avaricia. La iluminación se centraba en un escenario minúsculo con unos músicos entregados a la distorsión y unos seguidores pegando saltos. De pronto el cuerpo del doctor Husher emergió como un león marino propulsado por las cervezas que derramó a los tipos de los alrededores. Al verlo, Sarah se paralizó, pensando en alguien que la ponía muy nerviosa y había tratado de ignorar.

—Mierda —espetó Sarah. Contemplando el espacio que Husher necesitaba mientras cantaba a gritos el que debía ser el himno de la banda, la letra era tonta pero pegadiza—. Conozco a ese de ahí.

—¿Cuál? —preguntó Rachel, solo vio a un gordo con una pinta terrorífica en una especie de círculo mágico, nadie a menos de dos metros—. ¿El que va disfrazado de Barney Gumble?

—Sí. Trabaja con Charlie, es paleontólogo.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura extrañada, siguiendo un ritmo endiablado con el cuerpo—. Tocan bien.

—¿Bien, bien…? —añadió Rachel risueña. La alegría de las Carling ayudó a ser condescendiente con aquel nivel de ruido, aparte de que un atractivo moreno le había guiñado el ojo con un mudo brindis, y le gustó—. Voy a dar una *vueltecilla*.

Mientras Rachel no tuvo problemas para entablar una conversación con una posible presa fácil ni Laura para mezclarse con el resto de bailarines, Sarah dudó varios minutos si acercarse al hombre que la acechaba en la barra; pese a la oscuridad los ojos de Jean deslumbraban como destellos plateados. Desconocía que maldijo su suerte desde que la vio, echando al traste todo el arduo esfuerzo por mantenerse alejado durante un mes. Jean hizo un cálculo mental rápido dividiendo treinta entre tres y la conclusión para su mente saturada fue inverosímil: necesitaba diez días de recuperación por encuentro. Se giró, le pidió a uno de los camareros dos chupitos de tequila y antes de que pusiera el limón en el plato ya se los había soplado. Pasó un rato observándola y sin notarlo sonrió embobado. Era tan guapa y atrayente que se moría por enterrarse en ese cuerpo exuberante, el recuerdo de su sabor lo perseguía y nunca podía atraparlo.

Sarah aprovechó el descontrol de los *groupies* de la banda para dirigirse hacia él. Vestía unos vaqueros con una camiseta blanca, en su línea informal. Se le veía serio, con las facciones tensas mientras sus ojos grises la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en las piernas y mucho más en los tacones rojos. A Jean esa piel le pareció perfecta, con un moreno natural que aumentó su deseo por tocarla.

—Hola, Jean. —Sarah lo saludó dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Hola —dijo seco, alzó una jarra de cerveza y bebió un trago largo. Sin la más remota intención de ser amable, siguió sentado en el taburete, semi oculto por el púbico que transitaba la barra—. ¿Qué haces aquí?

—Ver a los amigos de Husher —respondió tranquila, notó una hostilidad que la desorientó y prefirió ignorar bromeando—. ¿No bailas?

No se molestó en contestar y giró la cabeza. Sarah le tocó la pierna para despedirse, pero Jean reaccionó sujetando su mano con un gesto brusco.

—Déjate de juegos conmigo.

El desdén fue patente en unas palabras lentas y furiosas.

—No he venido a estar contigo —comentó molesta—. Eres mi cliente, solo pretendía saludarte.

Sarah no quiso aguantar ese malhumor, dio la vuelta tratando de alejarse, pero a pocos metros notó un tirón fuerte en la mano. Al momento, los brazos sólidos de Jean le apresaron la cintura, inclinó la cabeza y arrasó con la lengua una boca ansiosa, impresionada por su ímpetu. Cedieron a la pasión en medio de algunas miradas curiosas, ajenos por completo a todo. Ninguno quiso terminar un contacto incendiario, pero la lucha por dominar aquel fuego los dejó jadeando mientras respiraban el mismo aire.

—*Je veux te baiser.* —No encontró otras palabras y la ordinariez que acababa de soltarle en su lengua materna sonaba más elegante —. Por favor.

Al escuchar el ruego, Sarah se mojó excitada, acarició su mejilla, con una barba de varios días, y susurró:

—Bésame otra vez.

Fue la gran sorpresa inesperada. Jean no lo pensó y la llevó a un rincón oscuro con varias parejas repartidas en unos reservados que los aventajaban. Buscó más intimidad, la apoyó detrás de una columna y apretó su cuerpo contra el de ella, presionando con la dura erección que le tenía reservada. La besó enloquecido mientras Sarah abrió la bragueta de los vaqueros, introdujo una mano decidida y lo tocó sin delicadeza.

—Sabes muy bien —susurró Jean. Le apretó el culo y metió las manos bajo las bragas. Volvió a besarla a la vez que recorrió con los dedos la humedad que fluía impaciente por él—. No puedo más.

Le subió una pierna y la acarició pulsando con su miembro antes de entrar con un movimiento certero de sus caderas para sentirse en la

gloria. La aupó con energía y la taladró deteniendo el tiempo, no sintió que le vibraran las piernas por el esfuerzo ni los tacones que se le clavaron en las nalgas; nada le importó; el placer de escucharla gemir mecida como una hoja entre sus brazos lo guió al delirio. Ardieron por combustión espontánea, llegaron a un orgasmo que murió en sus labios y en el estruendo eléctrico de las guitarras.

A unos metros, pocos, en la puerta de ese mismo club, Tristam decidía si despedirse de Gerry o entrar a tomar una última cerveza. Por suerte o desgracia, su amigo trabajaba en el edificio contiguo al de ellos y se encontraron por casualidad cuando los dos salieron más tarde. No quería que Sarah se enfadara, y lo haría si llegaba medio borracho y no se iban temprano al día siguiente a Amesbury. A pesar de no ser muy dado a seguir patrones sociales establecidos, Tristam decidió sorprenderla por San Valentín con una cena romántica y el anillo que su madre le dio en Navidad.

Desde que despidieron a Nia, su mujer estaba más relajada y era mejor no tentar la suerte con Gerry; un abogado serio durante el día que en cuanto se quitaba la corbata prefería el desenfreno de vivir como si el mañana no existiera. Tenía una apariencia atractiva, ningún problema para ligar ni tampoco para contar después sus proezas, además de una habilidad innata para arrastrarlo que solía acarrearle más problemas que beneficios.

—Venga, tío —dijo Gerry—. Una.

—Solo una —advirtió resoplando. El ambiente cargado, la música ensordecedora y unos clientes medio aturdidos por el alcohol asustaron a Tristam al entrar; era el escenario perfecto para Gerry—. Joder…

—No seas capullo. Está de puta madre.

—Para ti… No se ve un pijo —replicó Tristam alucinando por la sordidez del interior. Un pequeño grupo de personas saltaban delante del escenario al ritmo de una enloquecida batería. De repente, advirtió unos rizos conocidos sacudiéndose enardecidos por la música—. Pídeme una birra, voy a saludar a un amigo.

—¡Vaya! *Lord* Tristam —exclamó Hush, detuvo su baile y lo saludó con una fervorosa palmada en el hombro—. ¿Cómo estás?

—Hola, *sir Bones* —dijo sonriendo—. ¿Estos son tus amigos?

—Sí. ¿A que son buenos?

—Sí —afirmó convencido—. No esperaba menos viniendo con tus referencias.

—¿Y Sarah?

—En casa, ¿por qué?

—Por nada. —Husher puso otra vez el pelo en movimiento, acompañado por la barriga que le sobresalía de una camisa naranja con flores turquesas, hawaiana, a su estilo “me lo pongo todo junto”—. Me ha dado la impresión de haberla visto hace un rato.

Al escucharlo, Tristam reparó en una chica que bailaba cerca del escenario, parecía una *groupie* en toda regla, y no podía ser otra que Laura. Pensando en su mujer, que no le había comentado nada de ninguna salida con sus amigas, se despidió de Hush y fue hacia la barra.

Cuando Sarah consiguió calmarse, Jean la soltó, pero tardó unos segundos en retirar su cuerpo por completo; demasiado cómodo para querer abandonar tan rápido ese cálido refugio.

—Dios, Sarah. No puedo moverme.

—Ni yo. Menudo subidón. —Sarah se arregló el vestido, miró hacia el suelo y dijo—. No encuentro mis bragas.

—Las tengo yo.

Con una sonrisa triunfal, Jean las sacó del bolsillo trasero de su pantalón, encogió los hombros y, antes de agacharse, besó una nariz respingona proporcionada a unos labios coralinos y a unas facciones exquisitas hechas para seducir a los hombres; esa mujer era su perdición.

Concentrado en unos muslos morenos, los recorrió con los dedos bien extendidos, palpando la suavidad de cada poro mientras se las ponía. Dándose por satisfecho, Jean levantó la cabeza sonriendo, pero al ver la mirada asustada de Sarah fija en un punto sobre su hombro, giró el cuerpo y se topó con quien menos deseaba ver. Cerró los párpados con fuerza, mal juró en francés y se preparó para un enfrentamiento que hubiese preferido evitar; aunque era consecuente y admitía el grave error que acababan de cometer.

Los ojos verdes de Tristam pasaron alternos de uno a otro. Inmóvil, a poca distancia, con el rostro blanco por una ira que parecía abocarlo a atacar como la peor de las pandemias. En cambio, usó todo su autocontrol dando la vuelta para borrarlos de su vista y salir con rapidez del local.

Traicionado por la mujer que amaba cuando su matrimonio empezaba a funcionar otra vez, Tristam regresó al apartamento como un loco, con ganas de destrozar todo lo que encontrara a su paso, preguntándose por qué Sarah, sin ningún pudor, se había tirado al francés en sus narices.

Arrasó enfurecido los libros de las estanterías y se limpió a manotazos unas desenfrenadas lágrimas rabiosas. Fue al dormitorio, sacó el anillo de oro blanco con la mariposa de diamantes y zafiros, y lo lanzó encima de la cama. Cogió la tarjeta con una estupidez romántica escrita, la arrugó y la mandó a hacer compañía al anillo.

Nunca más se dejaría engañar de esa manera por otra persona, la misma que le exigió despedir a una empleada con quien no tenía una relación sentimental y desde luego no se tiró en un bar.

Aunque aquella casa era suya, necesitaba pensar aislado, encontrar el camino para olvidar una humillación terrible, y optó por perderse en el campo. El cabreo por su debilidad creció preparando la maleta y fue en aumento cuando cogió el coche.

Tras un trayecto muy doloroso, llegó a Amesbury, a la casa que su padre le regaló al cumplir veintiún años, construida hacía más de un siglo y medio por Robert Finch-Hutton, el hermano de su tatarabuelo, el mismo que abandonó Inglaterra por América, jamás volvió y jamás vivió en ella.

Tenía los muros hechos con bloques de piedras grises rancias por el tiempo y la lluvia, la fachada recubierta por un manto tupido de hiedra, que ocultaba alguno de los balcones de la segunda planta, y un tejado oscuro con dos chimeneas. En cuanto abrió la puerta de madera, el crujido de la pesada hoja resonó con igual fuerza que aspiró un olor desagradable a humedad, el frío le heló la cabeza o la ausencia siniestra de ruidos se encargaron de recibirlo acorde a la depresión de su ánimo.

En la penumbra de la noche, Tristam subió las escaleras con una sombra detrás vigilando los demonios que luchaban por salir de su cuerpo. Encendió la chimenea del dormitorio y buscó sus únicos objetivos: tres botellas de whisky que nunca pensó consumiría. Se sentó en el suelo frente al fuego y dejó que la amargura se mezclara con el alcohol para no soportar la opresión del pecho o el desgarro de su corazón roto; ahí terminaba su sufrimiento, sin sentir nada.

El viernes Charlotte llegó al trabajo con la esperanza de que la mañana pasara de la manera más rápida posible, ansiaba salir hacia Wells y descansar durante el fin de semana. La noche anterior Nicholas estuvo inspirado y, aparte de sorprenderla con un viaje de cuatro días a Tenerife buscando un poco de sol, la mantuvo despierta con un sexo apabullante propio de alguien que no necesitaba a la estrella para calentarse, él solito consiguió convertir la habitación en un tórrido paraíso. No olvidó ningún detalle: unas velas en el suelo,

sándalo oriental flotando en el aire, unas copas de champán, y un adagio de Samuel Barber con unos violines, violas y chelos deliciosos.

Jean apareció con ojeras y peor semblante del que llevaba mostrando las últimas semanas, murmuró un breve saludo y se sentó tras su mesa.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte.

—*Oui*.

Levantó la vista del ordenador y ella notó la tensión en su rostro.

—¿Quieres hablar?

Observándola irónico Jean empezó a reírse, dejándole apreciar la furia de sus ojos.

—Te vas a enterar de todas maneras. —La sonrisa le desapareció—. Hace un par de días tu cuñado nos pilló a Sarah y a mí echando un polvo.

Charlotte se quedó muda con las cejas alzadas, resopló agobiada por el trago que Tristam debió vivir y la situación tan crítica que les quedaba por delante.

—Espero que haya merecido la pena —dijo seria.

—No es lo que imaginas. Te juro que nunca me había sentido así con nadie. La necesito.

—No puedo decirte nada más. Sarah es mi amiga, la mujer de mi cuñado, y por los dos siento un cariño enorme. Llego a comprenderte, aunque creo que debería haber aclarado antes las cosas con Tristam, no es justo para él.

—No fue premeditado, Charlie. Simplemente surgió, nos encontramos y nos dejamos llevar. He tratado de olvidarme de ella durante el último mes, he rechazado todos sus e-mails para vernos por el tema de la casa, pero el miércoles ya no pude contenerme más. Soy el único responsable de lo que ha pasado.

—Lo siento, pero no —dijo rotunda. No pensaba justificar a su amiga cuando no aprobaba ese comportamiento. Tampoco era honesto para Jean acarrear con toda la culpa de una situación que habían provocado los dos—. Lo hicisteis juntos, y ella está casada.

—La arrastré, no pensé en las consecuencias.

—Mal hecho. ¿Quieres seguir con ella?

Charlotte vio la determinación en sus ojos, tenían valentía.

—*Bien sûr* —reconoció seguro.

—¿Le has hablado de Paula? —preguntó seria.

Sabía que su exnovia se alojada con él cuando venía de visita y no solo compartían espacio.

—No hemos hablado de nada. Paula y yo llevamos separados más de tres años. No hay nada que contar.

—Entonces tendrá que buscarse otro sitio para dormir. No creo que a Sarah le guste que compartas la cama con otra.

—No pienso volver a hacerlo.

—Tú verás…

—Charlie, de verdad, no pienso joderlo con Sarah.

Más tarde, encontró a Nicholas guardando las cosas en el maletero del coche y a Maggie despidiéndose de su hijo, a veces la llevaba ahorrándoles la hora que tardaban en recogerla antes de salir de Londres. Los niños, que esperaban impacientes en los carros, se alborotaron al verla; alegrándola y consiguiendo que por unos minutos olvidara una mañana rarísima. Los saludó con unos besos sonoros y unos tiernos mimitos, luego se acercó a Maggie, que recibió un beso en la mejilla, y dejó por último al que más le preocupaba.

—Maggie, ¿te importa meterlos tú?, necesito hablar con él.

—No, pero no tardes— dijo, colocando a Henry en su sillita dentro del coche.

Nicholas la miró con el ceño fruncido, dejándose guiar hacia la biblioteca por una mano segura.

—Tenemos que hablar.

—¿No puedes esperar a que lleguemos? —preguntó, parándose en la puerta.

—No, es importante.

Abrió y se apartó para que Charlotte entrara primero. Se sentaron en los sillones junto al sofá, donde algunas tardes ella leía y él trabajaba mientras los niños dormían.

—El miércoles por la noche Tristam encontró a Sarah en una situación un poco comprometida.

—Define comprometida.

Concentrado, Nicholas ladeó la cabeza.

—Echando un polvo.

Al terminar de decirlo, contuvo la respiración viendo cómo Nicholas se levantaba como un resorte.

—Lo sabía —exclamó de pie, frente a ella, acumulando toda la tensión que podía resistir sin resquebrajarse—. ¿En su casa?

—No. —Charlotte movió lentamente la cabeza y añadió con fastidio—. En un bar.

—Joder —masculló entrecerrando los ojos—. Voy a llamarlo.

—Vale —dijo rápido, ansiosa por salir—. Te espero fuera.

Pensando en la visión que estaría machacando a Tristam, lo llamó al móvil, sin éxito; lo intentó con el fijo de la oficina, pero saltó el

contestador, igual que en su casa. Agobiado, dudó unos segundos, pero le pudo la preocupación.

—Sarah, hola.

—Hola, Nicholas. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió serio—. Te llamo porque no encuentro a mi hermano.

—Yo tampoco —dijo en un tono bajo—. Llevo dos días sin verlo.

—¿Tienes idea de adónde puede haber ido?

—No, y necesito hablar con él.

—Me lo imagino. —Nicholas camufló el desprecio de su voz con nerviosismo—. ¿Desde cuándo no vais al campo?

—Desde Navidad.

—Si consigues hablar con él, dile que estoy buscándolo, por favor.

—Descuida —susurró con los ojos cerrados. Percibió todos los matices furiosos en esa suavidad y todos fueron dardos cubiertos de veneno—. Adiós, Nicholas.

—Adiós, Sarah. Espero que todo te vaya bien.

Durante un trayecto muy pacífico, después de contarle a Charlotte la conversación con Sarah, trató de aliviar su pesimismo sin conseguirlo; Nicholas sabía que la debilidad conduciría a Tristam de cabeza a ahogarse en whisky y todo tenía un límite. Cerca de Amesbury, decidió dar un rodeo y cogió la carretera de Stonehenge que llegaba directa hasta la casa de su hermano.

Al ver el Porsche aparcado, confirmó un presentimiento bastante inquietante; sin embargo, todavía debía descubrir hasta qué punto lo conocía.

—Quedaos aquí —ordenó mirando a su mujer, que asintió con la cabeza, y a Maggie, que mantuvo un agradable silencio—. Voy a ver cómo está.

Nicholas echó un último vistazo al coche, extrañado por la puerta abierta de la casa, la empujó y entró acelerado por un temor irracional.

—¡Tristam! —gritó. Recorrió la planta baja con los vellos de punta. Repasó habitaciones donde solo el polvo en los muebles fue mudo testigo del ruido de sus zapatos pisando con fuerza la madera antigua del suelo; en ninguna encontró señales de vida—. ¡Tristam! —Nicholas se lanzó a la carrera subiendo los peldaños de dos en dos. Abrió la puerta del dormitorio principal y, por un instante, el ruido desafinado distrajo su vista del cuerpo tendido en el suelo delante de la chimenea, con varias botellas de whisky vacías alrededor. Se arrodilló, lo

zarandeó nervioso, pero no reaccionó—. ¡Tristam, despierta!

Le palmeó las mejillas y consiguió que inclinara la cabeza por inercia. Con esfuerzo lo cargó en la espalda hasta el baño. Necesitó apoyar bien los pies haciendo equilibrio para inclinarle el cuerpo bajo el grifo de la bañera, la apariencia delgada de Tristam era confusa por el peso de sus músculos, y lo empapó hasta que gimió molesto. Luego, cogió una toalla y le secó el pelo sin mucha consideración.

—¿Qué pasa? —murmuró Tristam mareado—. ¿Qué coño haces?

—Te vienes conmigo.

Nada más verlos salir, nerviosa, Charlotte se bajó del coche. La imagen abatida de Tristam, dejándose guiar dócilmente por Nicholas, se le clavó en las retinas contemplando la magnitud del daño que estaba sufriendo. A cambio, la férrea protección de su marido en el momento justo la llevó a admirarlo un poco más. Abrió la puerta del copiloto, Nicholas dejó caer a Tristam en el asiento y se inclinó para abrocharle el cinturón de seguridad.

—¿Podrías llevarte su coche?

—Sí —respondió confiada—. Dame las llaves.

Buscó en el bolsillo del pantalón de Tristam, la miró atento y se las entregó.

—No te separes de mí.

—Vale. —Charlotte lo besó en los labios con una sonrisa que pretendía alejar una sombra dudosa en sus ojos—. No corras.

Durante la siguiente media hora, Nicholas cada pocos segundos desviaba la mirada hacia el retrovisor, los niños acompañaban a Tristam durmiendo y Maggie se mantenía al margen, al igual que sabía cuando tirarle de la lengua, también, si la situación requería más seriedad no cruzaba una palabra, era una tumba respetando su intimidad.

—Viene bien —dijo Maggie rompiendo el silencio—. No se preocupe.

—No le gusta conducir de noche, y menos con un coche que no ha cogido nunca.

—Lo sé. Es muy valiente.

Nicholas la observó por el espejo y sonrió agradecido. Relajando un poco la tensión del cuerpo se concentró en la carretera los escasos kilómetros que quedaban para llegar a Wells, en un recorrido mucho más largo e intenso de los planes que había previsto para aquel fatídico viernes negro.

CAPÍTULO V

Wells, Inglaterra
16/2/2013

Al día siguiente, mientras Nicholas salió a dar un paseo con los niños, Charlotte ayudó a Maggie a preparar el almuerzo. Instalaron a Tristam en uno de los dormitorios libres, de donde no había salido desde que llegaron. Nicholas les aseguró que estaba durmiendo la borrachera, consiguió tranquilizarlas un poco, aunque ellas aprovecharon para hablar con confianza en cuanto desapareció.

—Mi hijo cuando se divorció cayó en una depresión muy profunda, cada persona lo sobrelleva como puede.

—Si me pongo en su lugar no sé qué habría hecho. Debe ser una tortura encontrarte a tu pareja con otra persona. No sé, Maggie, me parece tan triste. Me da mucha pena.

—De todo sale uno, Charlie —dijo calmada antes de probar la sopa—. Todos hemos pasado malos momentos.

—Lo sé, pero… —Encogió los hombros. Acabó de pelar varias piezas de fruta con precisión milimétrica, las mezcló en un bol y partió varias naranjas—. Me afecta más ver a un hombre derrotado que a una mujer. Es un poco raro, lo sé, pero siempre me pasa.

—Será porque siempre tenemos la imagen de que son más duros, pero en el fondo son los más débiles. Fíjate cuando se ponen enfermos —comentó recobrando el humor—. Con cualquier menudencia creen que se están muriendo.

—Es verdad. —Charlotte sonrió nostálgica—. Mi padre cada vez que se resfría tarde o temprano siempre le pide a mi madre que lo lleve a urgencias.

Mientras Charlotte vertió el zumo que acababa de hacer en la fruta, Maggie sacó el pollo del horno y lo roció de una salsa que provocó una súbita humareda con aroma a brandy y queso, envolvente y estrepitosa; fugaz al desaparecer en cuanto cerró la puerta para que terminara de cocinarse.

—Venga, abajo —dijo Nicholas severo—. No tenéis hartura.

Charlotte se asomó por la ventana y lo vio luchando con los niños para que soltaran los triciclos que él tiraba en unos paseos que lo

dejaban sin respiración.

—¿Cómo están los caballos? —preguntó contenta, saliendo a ayudarle.

—Muy bien. Los he montado en *Dottie*, se han vuelto medio locos.

—Mi yegua es la mejor —comentó cogiendo en brazos a Alex—. Cuánto pesas, sinvergüenza.

—Hola, *milord* —saludó Maggie dándole un beso cariñoso en la mejilla—. ¿Has sido bueno?

—¡*Ma*! —gritó Henry en brazos de su padre.

—¿Te vienes conmigo?

Maggie extendió los brazos y él aceptó de inmediato. Salió hablándole contenta, mientras, Charlotte sentó a Alex en la trona y le dio su juguete favorito: un móvil acolchado de Winnie de Pooh, con unos coloridos botones de goma que reproducían las voces de todos los amigos del osito.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Nicholas, husmeando curioso.

—Sopa y pollo —dijo Charlotte, sonrió y añadió—: Sin verduras.

Nicholas olvidó la cerveza que iba a sacar de la nevera y la estrechó entre sus brazos.

—Gracias, mi amor —dijo cariñoso. La besó pausado en un lento saludo hasta que unas lenguas con un entusiasmo creciente se adueñaron del pudor e ignoraron a su hijo—. Dios… —susurró en sus labios—. No puedo parar.

—Siento interrumpir.

Duchado, afeitado y vestido con unos vaqueros y una camiseta negra de Nicholas, su aspecto parecía algo mejorado, no así su malestar. La rigidez del rostro de Tristam anulaba el atractivo en su cara: unos pómulos altos, la nariz un poco larga, elegante, y unos ojos que, excepto para Alex, eran distintivos de los varones de su familia, aunque parecían vacíos y solo auguraban la derrota que no sabían disimular.

—Hola —dijo Charlotte con suavidad—. ¿Tienes hambre?

—Un poco —admitió, sentándose a la mesa después de hacerle una carantoña a su sobrino. Cogió una cuchara y se sirvió la macedonia de frutas preferida por los niños—. Está bueno, refrescante.

—Gracias, es el postre —dijo Charlotte sonriendo—. ¿Puedes poner la mesa?

Tristam se levantó, sacó los cubiertos del cajón y empezó a colocarlos sumido en algún pensamiento.

—¿Habéis traído mi coche?

—Lo traje yo.

Charlotte desvió con rapidez la mirada hacia Nicholas, que estaba

callado observándolos. Bebía tranquilo una copa de vino cuando recordó la cerveza, no muy apenado por su cambio —lo estaba disfrutando— contempló a su hermano y reflexionó sobre las sorpresas de la vida. En su caso, nunca había estado en esa situación, tuvo la suerte de que cuando Amanda se lió con otro su matrimonio llevaba acabado muchos años, pero imaginar la visión que se tragó le daba una pista de su ánimo.

—Gracias —dijo Tristam, terminándose la fruta—. Después de comer me voy.

—Quédate hasta mañana —comentó Nicholas—. Así vamos juntos a Ivory.

—Prefiero estar solo.

—Es mejor que no —replicó Nicholas firme.

—¿Me vas a obligar a estar contigo?

Tristam empezó a irritarse.

—¿Tengo que obligarte?

El tono bajo de Nicholas advertía una amenaza velada.

—No soy un niño —gruñó enfadado—. Y quiero estar solo.

—No es el mejor momento para que disfrutes de tu soledad —añadió Nicholas impasible—. Déjate de tonterías.

Tristam miró con los ojos entrecerrados a Charlotte, al verla tragar despacio compadeciéndolo, pensó que su hermano estaba al corriente del episodio de su mujer y el francés. Dejó caer la cabeza entre los brazos murmurando una sucesión de tacos tan groseros como la imagen que machacona se repetía en su mente.

—El cabrón te lo ha contado ¿verdad? —preguntó destilando furia. Estaba sufriendo en sus carnes una venganza despiadada de la vida, la frustración que debieron sentir los maridos de varias amantes cuando no tenía reparos en aquellos escarceos que provocaron discusiones y quizás algún divorcio. Con un rugido, repitió—. ¡¿Verdad?!

—Relájate. —Nicholas advirtió el enfado con su mujer, se acercó despacio y se sentó a su lado—. ¿Quién es?

Charlotte volvió a la encimera. Dándoles la espalda, esperó con los ojos cerrados el arranque de ira de Nicholas.

—¿No te lo ha dicho? —Tristam se rió con desprecio, sin perder atención de los ojos serios de Nicholas, que al verlo también controló a su mujer—. Su compañero.

—¿Jean? —exclamó, levantándose de golpe. Sujetó el brazo de Charlotte obligándola a girarse—. ¿Es cierto?

—Déjame.

Con un movimiento rápido se soltó y salió de la cocina con lágrimas no derramadas. Nicholas la siguió, la cogió por el codo y la

llevó decidido a la biblioteca, donde lidiaría con un enfado incomprensible por su parte.

—¿Por qué no me lo querías decir? —preguntó intentando controlarse. Se paseó por delante bufando por la nariz—. Dímelo.

Con los brazos cruzados, Charlotte permaneció inmóvil, esperando que se le acabara el combustible, no quería echar más leña a una explosión rápida que no duraba más de unos minutos.

Nicholas se aproximó al ventanal y gritó indignado:

—¿Por qué coño no me lo habías dicho?

—Sé que no te cae bien —dijo tranquila—. No quería que empezaras a arremeter sin motivos.

—¿Cómo? —preguntó encarándose—. ¿Lo apruebas?

—No ha sido solo él —comentó incómoda, Nicholas descontrolado no era grato de presenciar—. Cada uno tiene que cargar con sus decisiones.

—Pero él sabía que estaba casada —siseó alzando las cejas sin dejar de mirarla—. ¿También lo ha intentado contigo?

—No digas tonterías. Somos amigos, no empieces.

—Pues tu amigo es un hijo de puta.

Charlotte se quedó inmóvil al escucharlo, nunca usaba ese vocabulario, pero desde que habían salido de la cocina la estaba sorprendiendo con una reacción desmedida y unos gestos agresivos llenos de odio. Pasó por delante de ella sin mirarla y se fue dejándola pensativa en medio de la habitación.

Luego, lo vio andando por el camino con Alex en brazos y Tristam a su lado, en silencio. Volvió a la cocina y se distrajo terminando de preparar la comida, pensando en la manera de suavizar ese enfado. De repente, sonó el teléfono y pegó un brinco sobrecogida.

—Hola, buenos días.

—Charlie.

Escuchó la voz angustiada de Patricia.

—¿Qué pasa?

—A James le ha dado un infarto —explicó cuando pudo hablar entre lágrimas—. Estamos en el Royal.

—¿Cómo está?

—Lo están estabilizando, pero no sé nada desde hace dos horas.

—No te preocupes, ahora mismo voy a avisar a Nicholas. Tristam está aquí también

—Gracias.

—En cuanto hable con ellos, te llamarán. Quédate tranquila, por favor.

Salió atropellada por la puerta de la cocina. El miedo la llevó

corriendo hacia las cuadras; nunca tan rápido, como si el tiempo se agotara. Al ver a Maggie con Henry, sin pararse, exhalando le preguntó:

—¿Dónde está Nicholas?

—Por ahí con los caballos, ¿qué ocurre?

—Es James. Voy a buscarlos.

Charlotte no se entretuvo y retomó la carrera a pesar de que sus maltrechos pulmones apenas tenían capacidad para ese esfuerzo. Se paró agotada, apoyando las manos en las piernas, necesitaba unos segundos. Se llevó una mano al pecho y notó la aceleración de su corazón confundida con el ensordecedor ruido de unos cascos acercándose al galope.

Tristam desmotó rápido y la sujetó por los brazos:

—¿Estás bien?

—¿Qué pasa? —preguntó Nicholas dándole el niño a su hermano. Desde que la habían visto correr aceleraron el ritmo, el rostro desencajado de Charlotte era de urgencia absoluta. Le levantó la barbilla y buscó en sus ojos—. Me estás asustando. ¿Henry está bien?.

—Sí. —Charlotte miró un segundo a Tristam y volvió a Nicholas—. Acaba de llamar tu madre. A tu padre le ha dado un infarto.

Los dos no movieron ni un solo músculo, Nicholas fijó los ojos en ella y habló de manera lenta, casi en un murmullo:

—¿Cómo está?

—Lo están tratando, le he dicho que la llamarías.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Tristam.

—Hace unas horas. Están en el Royal, no sé nada más.

—Tristam, vamos —apremió Nicholas, montando con agilidad a *Viking*. Tristam se subió a su yegua castaña, otra pura sangre, y regresó galopando a la cuadra—. Charlotte, llévate a los niños y recoge a Victoria de camino. Nosotros nos vamos ya.

—Tened cuidado, por favor.

Para Charlotte la impaciencia de Nicholas unida al estrés de Tristam no auguraba nada positivo. Llegó con Alex de la mano a paso ligero y, poco después organizó con Maggie la precipitada partida. En el vestíbulo resonó la voz autoritaria de Nicholas mientras hablaba con el hospital, luego, el sonido potente del coche de Tristam derrapando en la grava hasta que desapareció envuelto en una nube de polvo.

Llegaron al hospital casi al mediodía, recibidos por la desolación en el rostro compungido de su madre. Sola, con la mirada perdida,

sentada entre extraños, sujetando con fuerza un pañuelo sin molestarse en secarse las lágrimas.

—¿Cómo está? —preguntó Nicholas, abrazándola.

Tristam hizo lo mismo cuando su hermano la liberó, la sostuvo por la cintura y se apartaron del resto de personas que esperaban buenas noticias.

—No lo sé. Llevan horas sin decirme nada.

—Vamos a ser positivos, por favor —dijo Tristam. Dejó a un lado sus propios problemas. La vida de su padre estaba por encima de sus inquietudes—. Es fuerte, saldrá de esta.

Una hora más tarde aparecieron Charlotte y Victoria. Si Patricia parecía un alma en pena, su hija pequeña estaba en estado catatónico, desde que Nicholas la llamó. Cuando Charlotte la recogió en Ivory, la angustia la sumió en un silencio doloroso del que no supieron sacarla ni ella ni Maggie. Durante el trayecto no abrió la boca y solo encontró consuelo meciéndose en el asiento de manera compulsiva. Charlotte condujo todo lo rápido que su instinto de conservación le permitió. Nunca rebasó ningún límite de velocidad, al contrario que Tristam, que se los saltó todos sin el más mínimo reparo.

En cuanto Patricia abrazó a Victoria, desahogó el mar de lágrimas que retenía. Charlotte sujetó la mano de Nicholas y lo besó en la mejilla, no podía hacer mucho más.

Pasadas varias horas, dos médicos se aproximaron a ellos. Uno era muy joven como contrapunto al otro que llevaba unos papeles en la mano, el doctor Julian Steham. Tenía casi sesenta años, una apariencia profesional pulcra, y no se acostumbraba a comunicar malas noticias.

—Buenas tardes —dijo Steham respetuoso, inclinó ligeramente la cabeza y estrechó la mano de todos—. Siento decirles que el señor Finch-Hutton no ha superado la intervención. —Con una mirada comprensiva vio a Patricia cerrar los ojos, sujeta por sus hijos. El corrillo se derrumbó como un castillo de arena, esperó unos minutos y se dirigió a Nicholas—. Casi habíamos terminado cuando ha tenido una fibrilación ventricular. Ha sido imposible reanimarlo. Lo hemos intentando durante diez minutos, pero, con el tiempo que ha estado en paro, si hubiese sobrevivido el daño habría sido irreversible para su cerebro.

Compartiendo un dolor asfixiante, Charlotte abrazó a Nicholas, que la dejó tomar posesión de su cuerpo, asimilando la magnitud de la noticia: su padre había muerto. Tristam no se apartó de su madre ni de Victoria, que lloraba desconsolada tapándose la cara con las manos.

Hasta que Gordon no apareció por el pasillo, Nicholas no

reaccionó. Se abrazó a él y ninguno necesitó palabras. La lágrima solitaria que cayó por el rostro del amigo del alma de James abría las compuertas de Nicholas, observado por Charlotte que se vio vencida por la tragedia de su familia. Acababan de perder el punto de referencia; un padre entregado y cariñoso; el amor de una vida para su esposa; un abuelo divertido que sus hijos no conocerían, o un amigo fiel con unos valores honorables. Todo eso y más fue James, un gran hombre y una persona excepcional.

Tres días más tarde, tal y como habían hecho sus antepasados, se dispuso el funeral en la Catedral de Salisbury, luego incinerarían sus restos para enterrarlos en el suelo del claustro. En la puerta recibieron condolencias de insignes aristócratas y de los trabajadores que a lo largo de toda una vida conocieron a James. Algunos medios de comunicación se hicieron eco de la defunción y con el máximo respeto cubrieron la noticia. El carácter privado e íntimo que quiso su familia se cumplió aunque por el número de asistentes no lo pareciera. James tuvo esa habilidad, sabía estar con todo tipo de personas con la elegancia natural de quien no presume de su procedencia porque la tiene muy clara. Para su familia fue un orgullo ver el afecto que dejaba, decía mucho de él esa gran cantidad de amigos que lo acompañó en su despedida.

Nicholas se mostró cordial sin dejarse llevar por los sentimientos, esos solo los vio Charlotte cuando lloró derrotado en sus brazos la noche que llegaron del hospital. Desde entonces mantenía una actitud distante pero correcta, con todos. Leslie y Edward se instalaron en la casita de invitados y se hicieron cargo de los niños durante muchas horas donde se sucedieron las visitas de los amigos más cercanos de James.

La tarde anterior los Astor al completo y Ulick, con uno de sus hijos menores, estuvieron arropando a Nicholas, mientras Patricia seguía en Londres con Victoria y Tristam. Del único que no sabían nada era de Gordon ni siquiera tenían claro que asistiera al entierro.

Con una puntualidad exquisita, la suntuosa Catedral recibió el féretro de James Finch-Hutton, VII duque de Salisbury, seguido por sus hijos, los tres de riguroso luto, y su esposa, que nunca se había sentido más sola y trataba de mantener el tipo, pero no sabía cuánto tiempo sería capaz de aguantar. Buscó a Gordon con la mirada, y lo encontró sentado en un banco lateral con la vista ausente, no la vio, y comprendió que no le sería de mucha ayuda; no estaba con ellos, se había perdido entre recuerdos y no parecía querer regresar.

La mano firme de Nicholas no soltó la de Charlotte hasta que se sentaron en el primer banco de la nave central y empezó la ceremonia. Fue sencilla, se leyeron algunos pasajes de la Biblia que hizo a los presentes reflexionar sobre el cometido de algunas personas en la vida y Nicholas al finalizar dijo con aplomo unas palabras, agradeciendo la presencia a todos. La melancolía al hablar de su padre saltó las lágrimas de muchos, pero las de Charlotte fueron las que más le afectaron. Estaba siendo su gran apoyo, siempre cerca para recoger sus pedazos, afianzada en una tierra húmeda con la solidez de las piedras preciosas.

Gordon recibió el pésame como si de un hermano se tratase. Sebastian Ulick lo abrazó y le tocó con cariño el hombro, entendía como nadie su dolor. Hablaron unos minutos y antes de salir se despidió de Nicholas:

—Nick, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias. Nos vemos pronto.

—Cuando quieras —dijo animoso—. Sabes dónde encontrarme.

Besó a Charlotte en las mejillas y salió ajustándose unos guantes negros, no se dirigió a la calle. Ulick quiso rezar unos minutos en *Lady Chapel,* delante de un altar hecho con las piedras antiguas de otro que según la leyenda obraba milagros.

Algunos empleados del hotel se sumaron dándoles las condolencias, entre ellos Giselle, que abrazó afectuosa a Nicholas, a Victoria y a Patricia.

Mientras la egiptóloga atendía a Randy, se concentró en una mano femenina acariciando con demasiada intimidad el rostro de Nicholas, que no pareció enterarse, aunque a ella se le clavó en la mente; tampoco olvidaría un dedo índice moviéndose con sutileza por su mano.

Entre una multitud divisó a Sarah, se excusó y fue a su encuentro. Se observaron un segundo y se fundieron en un abrazo sentimental; alejado de tensiones; su amistad vencía siempre.

—Gracias por venir —comentó Charlotte, llorando.

—Gracias por avisarme.

En cuanto Tristam la vio, la fulminó con la mirada y se acercó muy rápido.

—¿Para qué has venido? —susurró enfadado, cogiéndola fuerte por el codo—. No tienes ningún derecho a estar aquí.

—Tristam, la he avisado yo.

—Métete en tus asuntos —siseó mostrando la ira que lo dominaba.

Tiró de Sarah hasta el claustro, donde un árbol enorme presidía un bonito jardín rodeado por un pórtico cuadrado lleno de arcos góticos,

elevándose majestuosos, dentro de unos muros con solemnes piedras oscuras.

—Quiero que te olvides que existo. No quiero volver a verte nunca más.

Las palabras lentas y llenas de rabia de Tristam provocaron la inundación en los ojos oscuros de Sarah, observándolo afligida, sabiendo que su matrimonio tenía una herida mortal.

—Ahora no es el momento, pero tenemos que hablar.—dijo entre sollozos—. Necesitaba estar a tu lado, apreciaba mucho a tu padre.

—¿A mi lado? No te quiero a mi lado. Me has decepcionado profundamente.

—Lo siento mucho —murmuró—. Nunca me perdonaré el daño que te he hecho.

—Es tu problema —escupió las palabras con soberbia, mirándola sin explicarse a sí mismo cómo podía haberla amado tanto y cómo podía haber sido tan estúpido por ella. Tenía la determinación de olvidarla y solo lo conseguiría alejándola de su vida lo antes posible —. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. Cuando vuelva a Londres pediré el divorcio.

—Por favor, Tristam —rogó, tratando de hacer un último esfuerzo —. Hablemos primero.

—No. Solo hablaré contigo de la empresa. Haz tus maletas cuanto antes, vuelvo dentro de tres días.

A Sarah le costó aceptar que Tristam no estaba dándole ninguna opción. En menos de una semana había pasado de amarla con locura a despedirla mostrándole un odio visceral despojado de todo romanticismo. El mismo que le arrojó sobre la cama un anillo precioso, asegurando con bonitas palabras arrugadas el nuevo compromiso que adquiría.

—Adiós —susurró Sarah—. Cuídate, cariño.

Dio la vuelta y salió despacio. La contradicción de sus sentimientos la mantenían en un estado de permanente desasosiego. Esos duros momentos que Tristam estaba pasando solo, la golpeaban con unos remordimientos vergonzantes, sin descanso. Era tarde para arrepentirse; sabía que lo amaría siempre y también que nunca la perdonaría. El poder arrollador de Jean, su mala cabeza y el deseo de sentirse importante para alguien acabaron con aquel amor que no quería morir tan pronto. Tenía la necesidad de estar sola, poner en orden su vida y hacer una mudanza definitiva en tres días.

El veinte de febrero Andreas se encontraba en su oficina

londinense absorto en unos gráficos, las cosas iban según lo previsto, pero quedaba decidir quién haría las reformas de los restaurantes. Con las buenas referencias de Giselle, sopesó contratar a Sarah Thompson, Ivory era una carta de presentación perfecta, y quería conocerla en persona para decidirse.

Unos toques en la puerta del despacho y apareció su secretaria, una mujer que pese a tener cumplidos ya cincuenta años, parecía mucho más joven. Tenía el cuerpo alto, delgado y fibroso; debía practicar deporte con frecuencia, apenas se distinguía el color de sus ojos, pequeños y parapetados tras unas gafas con los cristales tintados en color rosa; unas facciones agradables, el cabello teñido en un caoba oscuro y, su máxima, una excelente capacidad resolutiva, además de una sonrisa alegre que pocas personas se atrevían a dedicarle.

—Buenos días, Andreas, le traigo la prensa.

—Gracias, Maud. Necesito que programe una reunión con Sarah Thompson, es decoradora.

—¿Para cuándo la quiere?

—Jürgen y yo volvemos de Nueva York el quince, tenemos que ir a Seúl y a Estocolmo. —Andreas consultó el calendario del ordenador apretando la frente—. Habla con ella e intenta que sea el último lunes de abril, no puedo retrasarlo más si queremos tenerlos listos en junio.

—Muy bien. ¿La anoto para el veintinueve a las once?

—Sí. Si surge cualquier imprevisto la avisaré para que la cambie.

—No los habrá —dijo risueña—. Confío en usted.

La mujer salió y volvió a quedarse solo, pensando en unos objetivos que podían reportarle grandes beneficios para engrosar su empresa de una manera que también ocasionaría un daño incisivo en el patrimonio de alguien que tenía atravesado. Cogió uno de los periódicos, ojeó la sección financiera y cuando estaba a punto de dejarlo, observó inmóvil una noticia que lo bloqueó: el funeral de James Finch-Hutton. En una pequeña fotografía en blanco y negro se veía al marqués de Sligo, antiguo embajador de México, dándole el pésame a Nicholas Finch-Hutton. El rostro de los dos resumía la tristeza sin necesidad de leer el artículo. El pulso se le aceleró mientras el desprecio alejó la miserable compasión que sintió por Nicholas. En Ulick encontró una vejez más evidente desde la inauguración de Ivory; la última vez que lo vio en un medio de comunicación, su padre era ya un anciano. De repente una ligera duda atravesó sus pensamientos, Ulick llevaba años intentando acercarse, no cesaba de enviarle cartas puntual como un reloj, cada cinco de diciembre le llegó una desde que cumplió los quince años, sin importar dónde estuviera, pero a principios de ese mes recibió otra,

que no había leído, y al ver la extrema delgadez de su rostro, quizás por alguna enfermedad, intentaba con más obstinación ese encuentro. Andreas suspiró harto de su propia vida, harto de Sebastian Ulick, y hasta las narices de que se entrometiera en sus planes. Tenía la determinación de enseñarle su poder, el que había conseguido solo, sin su ayuda; quería enseñarle los colmillos y arruinar esa imagen respetable que tanto cuidaba y ocultaba al hombre que más pesadillas causó a su madre. Cogió el móvil y llamó a Giselle.

—Te espero a las nueve. —Andreas habló seco—. Donde siempre.

—No creo que pueda ir —dijo Giselle sorprendida. Era miércoles, tenía en Salisbury a su hijo y mucho trabajo tras una semana intensa —. Si quieres, nos vemos el viernes.

—No —dijo rápido—. Da igual.

—Puedo intentar llegar a las once, pero tengo que volver esta noche.

—Te he dicho que no importa —comentó serio. Saldría a tomar algo y como no tenía problemas para encontrar compañía podía sustituirla sin esfuerzo—. Hasta luego.

—Espera —dijo Giselle—, ¿cuándo vamos a vernos?

—Ni idea. Ya te llamaré.

—Este fin de semana estoy sola —comentó con un tono de voz sensual—, podemos ir a algún sitio el sábado y el domingo.

—No voy a ir a ningún sitio contigo, de hecho creo que ya ni voy a follar contigo, así que olvida fines de semana románticos, para eso tienes a Antoine.

—Me has malinterpretado, tengo claro qué somos, pero allá tú. Cuando quieras, sabes cómo encontrarme.

—Estupendo.

Andreas entrecerró un poco los ojos, recordando el carácter dominante de Giselle, que disfrutaba doblegando. Era otra embustera, de las buenas. No tenía escrúpulos, disimulaba bajo una profesionalidad eficiente, pero su instinto de vez en cuando asomaba y delataba sus verdaderas intenciones, solo se debía observar con atención.

Sarah llegó al piso de Rachel, que se ofreció a compartirlo hasta organizarse, después de pasar la tarde del viernes visitando oficinas. Con la perspectiva de empezar otra vez de cero, ella sola. No tenía intención de modificar nada de la empresa que fundó con Tristam, solo que ya no sería Thompson&Finch; ese nombre estaba tan derruido como su matrimonio. Buscó en varios edificios cercanos y encontró la

mejor oferta tres plantas por encima de su actual ubicación. Era un despacho muy pequeño, apenas de veinte metros cuadrados, solo cabían dos mesas y alguna estantería, pero no estaba mal para empezar y se mantenía en el centro.

Sentada en el sofá del salón, esperó la llegada de Rachel, repasando los agobiantes días pasados desde el funeral de su suegro. En cuanto volvió, recogió sus cosas con la solidaridad de Laura y Rachel, le envió a Tristam las llaves por mensajería y antes de finalizar la semana recibió la comunicación escrita con su intención de acabar con el matrimonio. Llamó a una abogada, cliente suya, y empezó a tramitar la separación. Dado que no le reclamaba nada, la sentencia de divorcio no se dilataría mucho.

Otro frente que tuvo abierto por fin se cerró cuando le bajó el periodo. Pudo respirar aliviada, martirizada durante días por *incauta*, *insensata*, *idiota* o *imbécil*; daba igual, su conciencia no encontraba palabras que no empezasen con "i", como una inspiración de que todas se unían para ella. Había que ser muy *impulsiva* o muy *ingenua* para echar un polvo sin protección y sin saber prácticamente nada de él. De hecho, seguía así, de momento, el francés había desaparecido del mapa; no lo llamó y recibió la misma deferencia como obsequio; no se lo reprochó, necesitaba distancia hasta aclarar sus sentimientos; la traición a Tristam pesaba como una losa de plomo. Cuando analizaba el porqué de esa reacción con Jean, siempre llegaba a las mismas conclusiones: la confianza que le transmitía, el deseo desmedido, recobrar aquella sensación de ser especial que había perdido, y distaba mucho del trato falto de apego que Tristam tuvo durante varios meses, se acumularon y decidieron un futuro muy diferente para ella. Siempre le quedaría la duda de saber si en esa nueva oportunidad las cosas habrían cambiado, ya era tarde; pero, sin embargo, constantemente se obsesionaba con ese pensamiento.

—Hola —saludó Rachel al entrar. La mirada azul y limpia de la doctora colapsó en la aflicción oscura de los ojos de Sarah—. ¿Cómo estás?

—Has terminado pronto —dijo Sarah sin ganas de hablar de sí misma—. ¿Qué tal tu día?

—Bien —contestó, sentándose a su lado—. ¿Y el tuyo?

—Como siempre.

—¿Sabes algo más de Tristam?

—No. He alquilado una oficina en nuestro edificio —dijo con un tono plano. Rachel elevó las cejas, Sarah bufó y añadió molesta—. Es lo único que puedo permitirme. El lunes me llevaré las cosas del despacho y terminaré con la constitución de mi nueva firma.

—Vas a encontrártelo cada dos por tres.

—Lo dudo.

—Mientras seáis civilizados, no creo que tengáis problemas.

—No te preocupes, no los tendremos.

—Bien dicho. —Rachel sonrió y le dio una palmada animosa en la pierna—. ¿Te ha llamado Jean?

—No —respondió enfadada. A diario le preguntaba por los dos, sin comprender que deseaba anular a los dos hombres de su cabeza. Como casi siempre los deseos no se cumplían y, a su pesar, si no lo hacía por ella misma tenía a Rachel para recordárselo—. Y no me lo preguntes más, por favor. No quiero verlo.

—Pues deberías —comentó seria—. Al menos aclara con él vuestra situación.

—No hay ninguna situación —dijo al levantarse furiosa. Se quedó inmóvil mirándola y habló llena de rabia—. Follamos. Ya está, nada más. Nos pilló Tristam, y ahí terminó nuestra historia de cinco minutos. Fin, Rachel, ¿Vale?

El enfado y brusquedad en la explicación de Sarah hizo cavilar a Rachel sobre sus sentimientos reales. Por mucho que tratara de quitarle importancia, nunca la había visto tan frustrada e indignada con ella misma. No era algo que uno elegía, a veces situaciones efímeras podían cambiar el rumbo de una vida, desviarlo unos metros, alejarlo sin posibilidad de retorno o servir para corregirlo; y estaba convencida de que ese breve periodo de tiempo le afectaría más que los miles de minutos compartidos con Tristam.

Los temas legales ocuparon gran parte del tiempo de Nicholas varios días después. Desde la misma muerte de James, sin entusiasmo por lo que conllevaba esa herencia, pasó a ser el nuevo Duque de Salisbury, con la responsabilidad de la gestión del patrimonio familiar; tarea que no le era ajena, pero robaría demasiado tiempo a su trabajo. De acuerdo con Patricia, decidieron continuar como lo había estado haciendo su padre, también inició la cesión de los títulos que por cortesía podía adjudicar a los niños. Henry pasaría a ser el nuevo marqués de Tisbury, en calidad de heredero, y Alex ostentaría —al igual que Tristam— el de vizconde, en su caso, sería el nuevo vizconde de Mere. Los dos tendrían el tratamiento de *lord* e igual reparto en su herencia.

En su testamento James dejó muy claro ciertos aspectos que siguiendo las leyes desfavorecían a Patricia y a Victoria, y previó varias cláusulas para evitarles una descompensación económica.

Patricia tenía el derecho de disfrute de todas las propiedades y una pensión tan generosa como él fue en vida con ella. Cuando falleciese, la casa de Londres pasaría a Victoria, y los beneficios de los fondos de inversiones se repartirían a partes iguales entre sus hijos. El más beneficiado a priori podía parecer Nicholas, pero fue al único que no dejó ninguna propiedad, solo Ivory; vinculada al Ducado. La tendría a su disposición dos meses al año, con todo el contenido patrimonial e intransferible. Sí quiso cederle la colección de arte, quizás porque tenía claro que nunca se desprendería de ella. Por tanto, Nicholas no fue ni de lejos el más afortunado de los tres, pero dedicaría su vida como VIII duque de Salisbury a engrandecer con orgullo el apellido que se encargó de transmitirle, tuvo la seguridad de que su padre murió tranquilo, al final consiguió meterle ese legado que tantas discusiones les acarreó.

El domingo salió temprano con el Maserati y condujo hasta Amesbury preocupado por la actitud ausente que Tristam mantuvo mientras Philip Astor sénior, como albacea, leyó en Ivory las últimas voluntades. Aparcó junto al Porsche, cogió el abrigo y se bajó ajustándose una bufanda en el cuello, siempre hacía más frío que en Wells. Llamó a la puerta, se frotó las manos y exhaló en las palmas esperando impaciente.

—Mierda… —Nicholas se retiró unos metros e inclinó la cabeza hacia arriba. Las contraventanas de la primera planta estaban cerradas —. Espero que no esté durmiendo la mona.

—Gracias por tu confianza.

La voz de Tristam llegó antes que él. Apareció rodeando la casa, vestido con un impermeable verde oscuro con la capucha puesta.

—Lo siento —dijo Nicholas. Se acercó y se saludaron con un abrazo—. ¿Estás mejor?

—Sí. Venía de dar una vuelta. ¿Qué haces aquí?

—Dando una vuelta también. —Nicholas sonrió y le echó el brazo por el hombro—. Invítame a una cerveza.

Poco después se sentaron en la mesa de la cocina, era tan vieja que se caía a pedazos; sin querer la movieron y le faltó llorar, crujió con unos matices tan lamentables que retumbaron en toda la casa. En cuanto Nicholas cogió uno de los botellines que Tristam sacó de la nevera, bebió medio asustado, creyendo que la silla no aguantaría su peso. No le pareció oportuno mencionarlo, aunque aquellos muebles de madera oscura necesitaban con urgencia una buena reparación. Tenían unas molduras con unas filigranas de flores y, en varias

puertas, unas celdas que antiguamente servían para orear los embutidos; eran bonitos, pero estaban igual de deteriorados que la encimera de azulejos blancos o los desconchones de las paredes.

—Voy a arreglarla —dijo Tristam en cuanto notó la desaprobación de Nicholas—. Empezaré poco a poco.

—Me parece bien. Siempre te ha gustado esta casa. Es una pena que esté así.

—Lo sé. Intentaré invertir bien el dinero de papá.

—Hazlo. Él te la regaló pensando en que algún día vivirías aquí. Seguro que habría estado de acuerdo.

—También quiero traerme a *Solance*. Cuando pueda haré una cuadra.

—¿En serio? —preguntó. Bebió satisfecho y comentó burlón—. Creía que ya era mía.

—Sigue soñando… Intentaré que esté lista antes de que dé a luz.

—Me haces un favor, porque quiero comprarle unos ponis a los niños, y me hace falta más espacio.

—Son muy pequeños.

—Para su cumpleaños. Creo que les van a encantar.

—Supongo —admitió con un gesto indiferente—. Pero nunca se sabe…

—¿Cómo estás?

—Mejor. —Tristam bebió un trago largo—. Phil me ha llamado hoy, Sarah ha firmado el divorcio.

—Qué rápido. Ni siquiera habéis hablado.

—¿Para qué? Qué coño va a explicarme.

—No lo sé —dijo Nicholas, pensando en la impotencia que brillaba hostil en los ojos de Tristam—. Cualquier cosa. A lo mejor estaba borracha.

—¿Y qué? Yo me emborracho todos los putos días.

—Pues frena un poco. —Nicholas sonó severo—. Céntrate en el trabajo. Te lo digo por experiencia.

—No te preocupes, procuraré controlar.

—Eso espero.

—¿Te recuerdo cómo estuviste cuando Charlotte te dejó?

—No. ¿Recuerdas qué me dijiste? —preguntó Nicholas con la misma ironía, sonrió y añadió—. A veces es difícil seguir nuestros propios consejos ¿verdad?

CAPÍTULO VI

Londres, Inglaterra
27/2/2013

Charlotte llegó nerviosa del museo por la visita al ginecólogo, al ver merendando a sus hijos con Joan, se relajó contemplando la voracidad de Henry, y a Alex bebiendo un zumo, jugando distraído con el móvil acolchado.

—Hola —dijo Charlotte. Cogió a Alex de la trona, le dio un beso cariñoso y unas cosquillas que lo hicieron reír divertido—. ¿Cómo se han portado?

—Muy bien. Hemos vuelto del parque hace un rato.

—Veo que lo tienes todo bajo control.

—Sí —dijo Joan con una sonrisa—. Alex se ha tomado la fruta. A Henry solo le queda esto.

Joan inclinó el cuenco, donde apenas quedaban tres cucharadas, y Henry recibió ansioso el beso que Charlotte risueña le dio en la mejilla. Si no, era capaz de no terminar. Cualquier cosa que hiciera tenía que duplicarla; era tan celoso y obstinado como su padre, del que no había ni rastro.

—¿Dónde está Nicholas?

—En la biblioteca, hoy casi no lo hemos visto.

—¿Ha comido aquí?

—No, me ha dicho que no tenía hambre.

—Voy a verlo.

Salió haciéndole carantoñas a Alex, pero empezó a protestar para que lo dejara en el suelo. Charlotte le sujetó los brazos, él mantuvo el equilibrio y con pasos inseguros llegaron hasta la puerta de la biblioteca-despacho-refugio de su marido.

—Hola —dijo Charlotte. Entró alegre con el niño dando sus primeros pasos—. Hemos venido a verte.

—Hola, cariño. Menuda sorpresa. —Nicholas los observó sonriendo, se levantó y fue hacia ellos. Vestía unos vaqueros y un polo oscuro siguiendo su pauta casera. Besó a Charlotte en la mejilla y se giró para hablarle a Alex—. Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí andado solito?

Se puso en cuclillas y extendió los brazos en un claro desafío. Charlotte soltó a Alex y, sin pensárselo, se lanzó tambaleándose el metro justo que los separaba. Riendo feliz, se abrazó a él, que mascó el peligro en unos ojos que acababan de descubrir la libertad, en una boca que dejó visible unas encías sanas y unos dientecillos blancos del mismo tamaño, que por suerte seguían intactos, en un lunar en el labio, un pelo rubio alborotado que le daba un aspecto salvaje, y una sonrisa inocente, su truco infalible si alguien se resistía a su llamativa mirada. Alex le dio un manotazo para quitarle las gafas, pero no le importó, tenía la habilidad de saber engatusarlo.

—Te las va a romper —dijo Charlotte.

—Me hace un favor —aseguró tranquilo, llevándolo al sofá—. Tenemos la cita con William. ¿Tienes que cambiarte?

—No —respondió extrañada. Al percibir el examen a su ropa, se dio un repaso rápido y optó por seguir con el vestido beige y las bailarinas rojas—. ¿Me cambio?

—No, estás perfecta —dijo con otro casto beso en la cara.

Aunque Charlotte entendía que la tristeza no le permitiese ser más afectuoso, esa actitud comedida empezaba a preocuparla.

—¿Tú estás listo?

Alex se bajó del sofá y empezó a gatear investigando curioso bajo la atenta mirada de sus padres.

—Sí —dijo Nicholas separando la mesa para evitar cualquier accidente involuntario. Se sentó en uno de los sillones sujetando las manos de Alex para mantenerlo de pie entre las piernas—. He estado todo el día liado con el papeleo, pero ya está casi todo arreglado.

—¿Qué has hecho?

—Terminar algunos asuntos legales de mi padre con el despacho de abogados y también he mandado al notario la cesión de los títulos de los niños.

—¿Para qué? —preguntó Charlotte interesada, sentándose frente a ellos.

—Porque es lo que debo hacer. Henry ostentará el marquesado de Tisbury, tal como le corresponde como mi sucesor. —Sonriente le tocó el pelo a Alex—. Y tú, eres el nuevo vizconde de Mere.

—No me parece justo —comentó Charlotte muy seria.

—Es lo que tiene que ser.

—Lo entendería si Henry fuese mayor que él, pero nacieron el mismo día, son gemelos —dijo negando con vehemencia—. Lo siento, pero no es nada justo.

—Cariño, —Nicholas habló suave—, de los dos, Henry es el mayor y el Ducado le pertenece. No es cuestión de nada más, lo puedes

entender o no, pero he hecho lo que debía.

—Perfecto. —Charlotte se levantó despacio tratando de enmascarar su malhumor—. Voy a decirle a Joan que nos vamos.

—Charlotte. —La llamó antes de que saliera, se giró suspirando hondo—. No es algo que haya decidido yo, para mí los dos son iguales, pero los títulos no se pueden compartir, no creas que es algún tipo de favoritismo hacia Henry porque no es así.

—Lo que realmente me molesta de todo —comentó Charlotte, andando despacio hasta situarse frente a él—. Es que nunca te había preocupado, es más, me has dicho en varias ocasiones que te daba igual, sin embargo, no entiendo a qué viene ahora tanta prisa por algo que según tú no les va a servir para nada.

Nicholas la escuchó atento, sin evitar el enfado por unas palabras ciertas, aunque era su obligación hacer esas concesiones para continuar con la historia de su familia.

—Sabes perfectamente mi opinión sobre los títulos —comentó rotundo, hizo una pausa breve y siguió—. Pero es lo que debo hacer, no voy a renunciar a ello, también te lo he dicho muchas veces. Ahora somos los duques y nuestros hijos tienen los títulos que les corresponden por derecho, si tú no quieres utilizar el tuyo, lo acepto. Nunca te impondré que lo hagas a no ser que sea necesario, y ellos, cuando sean adultos elegirán también usarlos o no. Ni Tristam ni yo, lo hacemos en nuestra vida diaria, pero cuando lo hemos tenido que hacer lo hemos hecho con el orgullo y la dignidad que les debemos a nuestros antepasados —concluyó de malhumor—. Tú haz lo que te dé la gana.

—Por supuesto —aseguró tajante sin amilanarse por ese tono duro —. También estoy en mi derecho.

—Perfecto, creo que ya lo tenemos claro.

—Meridianamente, aunque no creía que en tan poco tiempo te volverías tan clasista y conservador.

—¿Disculpa? —Preguntó, levantándose con el niño en brazos—. ¿Cómo me has llamado?

—Lo has oído y sabes que tengo razón —afirmó a pocos centímetros de su cara.

—No, no la tienes. Si me llamas conservador por tratar de mantener mi legado, lo admito, lo soy y nunca te he dicho lo contrario, pero no admito que me llames clasista de manera despectiva porque sabes, tan bien como yo, que no lo soy.

—Eso lo dirás tú —murmuró muy bajo.

—Charlotte, déjalo. No quiero discutir contigo, por favor.

—Será lo mejor. Te espero en el vestíbulo.

Sentados en la consulta del doctor Spennos, la tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo. Tras la conversación, dejaron a los niños con Joan y llevaban con el mismo silencio frío más de media hora. Charlotte sonrió a una chica embarazada que esperaba sola y desvió la mirada incómoda. La observaba de manera descarada y, pese a que no era reconocible, no pasaba lo mismo con Nicholas, que con frecuencia se veía obligado a saludar a desconocidos. Caída del cielo apareció la enfermera y los instó a entrar en el despacho de William. Recién llegado de unas vacaciones familiares en Suiza, con el rostro luciendo un bronceado saludable gracias al esquí. Unos minutos más tarde, hablaron de los niños y, después de que Charlotte se desnudara, comenzó la exploración.

William observó concentrado el monitor, pasando de manera automática el detector de ruido por el vientre de Charlotte. Entre confusos grises, Nicholas intentaba filtrar alguna imagen para procesarla con imaginación.

—Con seguridad esperáis una niña. Normalmente a los varones se les ve muy rápido y si os fijáis bien ahí. —William señaló la parte baja del torso—. No hay duda.

Charlotte cerró los ojos, al abrirlos solo vio el perfil perfecto en la cabeza de su hija, muy desproporcionada con respecto al resto del cuerpo, parecía serena, y la emoción la embargó con felices e inquietantes lágrimas.

Nicholas sonrió, se inclinó hacia abajo y las enjugó con una caricia suave.

—Te quiero —susurró en el oído antes de darle un beso rápido en los labios.

Había sido una tarde extraña; empezaron mal por el tema de los títulos, y fueron a peor con el anuncio del sexo del bebé. Tras dar la cena a los niños y acostarlos, flotaba en su casa un espeso malestar que Charlotte aumentó con un mutismo, del que no parecía querer salir cuando intercambiaron sentados en la cocina escasas palabras.

Entusiasmado con su hija, Nicholas se encerró un rato en el despacho molesto por la actitud reservada de Charlotte, que atemorizada por cualquier imprevisto no supo exteriorizar la alegría que sentía; el desasosiego se había apoderado de ella; lo necesitaba protegiéndola, aunque prefirió la compañía del alcohol a la suya.

Él se tomó dos vasos de whisky, cansado fue al salón y se sentó en

el piano. La tristeza guió sus dedos para tocar la sonata *nº 14* de Beethoven, después de muchos meses sin necesitarla.

Como un acompañamiento inesperado, Charlotte recibió el envolvente y melancólico sonido del *Claro de Luna*. Se incorporó de la cama, cogió una bata y anudándosela salió del dormitorio.

Durante unos minutos envidió a Nicholas, podía abstraerse totalmente con la música, tenía esa capacidad de abandonar el mundo y alejarse de todo; algo que a ella con ciertas cosas también le gustaría. No quiso interrumpirlo y volvió a la cama, sin saber que fue consciente de su presencia.

En pocos minutos, Nicholas abrió la puerta del dormitorio, entró sin hacer ruido y se desnudó en la penumbra. Cuando se tumbó, rodeó por la espalda el cuerpo de Charlotte y acarició su vientre apretando con una mano segura, rozando los muslos con los suyos, mientras se endurecía buscando la calidez de sus nalgas.

—¿Estás despierta? —preguntó junto a su cuello, acariciándole un seno.

—Sí.

—Quiero sentirte dentro —susurró con voz grave, besándole el hombro.

Le introdujo la mano entre las piernas, frotó con la yema de los dedos su húmedo clítoris y disparó un deseo acumulado durante los días que había estado sin poseerla. Incitado por unos débiles gemidos que casi lo hacen eyacular, guió con precisión su miembro clavándose en ella. Confundidos con gruñidos roncos y jadeos sensuales, introdujo el pulgar en su boca dejando que lo lamiera. Al momento salió.

—¿Por qué paras?

Sin hablar, Nicholas la giró y le subió las piernas por encima de su cabeza. La volvió a penetrar con la lengua, dejándola al borde de un clímax desesperado. Otra vez dejó la succión y empezó a empaparle el ano con sus fluidos. Primero la tanteó con el dedo, le dedicó una sonrisa hambrienta y la cogió por las axilas.

—Date la vuelta —murmuró, tocándose el pene muy excitado.

Charlotte al verlo no lo dudó, se relamió y lo devoró con el mismo entusiasmo que él le había dedicado. Le pasó la lengua con mimo hasta que incrementó el ritmo, pero Nicholas la sujetó por los hombros y la detuvo.

—No he terminado.

—Date la vuelta —repitió.

Moviendo las caderas despacio, Nicholas, antes de que se girase, inclinó el cuerpo y le mordisqueó deleitado unos dulces pezones que aún no había probado. Luego, la sujetó por la cintura y le trazó la

columna con la yema del índice. Al instante, sentirla ciñendo su miembro en cortas embestidas, los llevó a disfrutar de la locura con la que se amaban. Empezó a masajearle el sexo hasta que un orgasmo primitivo llenó la habitación de gritos apasionados.

Cuando recobraron la normalidad, Nicholas la rodeó con el brazo pegando el torso y las caderas a una espalda suave que provocó una ternura infinita; solo deseó alejar las sombras que a veces la atormentaban.

—Todo va a salir bien.

El sonido ronco de Nicholas vibró en el cuello de Charlotte.

—No soportaría que sucediera algo.

—No pasará nada —aseguró rotundo—. No le des más vueltas, por favor.

—Lo intentaré.

Un par de días después se fueron con los niños y Patricia a un hotel de lujo al sur de Tenerife, donde el calor moderado y la ausencia de nubes los hizo creer que estaban en el paraíso. Charlotte pidió libres el jueves y el viernes, por lo que pasarían hasta el domingo relajados intentando sobrellevar la ausencia de James.

A Nicholas le faltó tiempo para ponerse un bañador rojo y blanco, un polo azul marino y unas chanclas negras playeras, iguales a las de Charlotte, aunque ella llevara como única prenda encima de un bikini marinero un pareo en tonos azules. Los niños salieron contentos a la playa del Médano para que su padre probara el kite-surf, con las mismas gorras rojas y bañadores verdes .

Sentados en la oscura arena volcánica lo vieron practicar con la cometa, muertos de risa cuando lo arrastraba sin conseguir controlarla. Dio varias carreras siguiendo las indicaciones del monitor, comprendió el funcionamiento del viento y, al fin, se deslizó con la tabla sobre las olas, con algún accidente que a sus hijos volvió a divertirlos.

Dos horas después, Henry y Alex gateaban distraídos jugando con unos cubos y unas palas infantiles, Nicholas regresó agotado y se sentó al lado de Charlotte.

—Dios, estoy muerto.

—¿Es complicado?

Charlotte se veía incapaz y le encantaría ser tan intrépida.

—Sí, hasta que le he cogido el truco —dijo sonriente, sacó una botella de agua y bebió sediento—. Tienes que tener mucha fuerza en los brazos y en las piernas.

Contento observó los montones de arena que apilaban los niños, luego sentó a Charlotte entre sus piernas y la abrazó cariñoso. Acarició la barriga y con disimulo le pasó los pulgares por los pezones, marcados en una fina tela blanca con rayas azules.

—No te pongas juguetón —dijo, inclinando el cuello para que se lo besara—. No van a durar mucho.

—Están jugando, y tú estás muy sexy.

—Y tú muy salido.

Antes de mayores consecuencias, decidieron aplacar el contacto ayudándoles a hacer castillos de arena. La asociación de Nicholas y Alex fue más productiva que la de Charlotte y Henry, aunque lo más valioso fue pasar un día al sol ausente de tristeza.

Patricia no los acompañó, ni en esa ni en las siguientes salidas. Prefirió la comodidad del hotel y el reto que Leslie le planteó, un pequeño aliciente a su desconsuelo: organizar la velada para recaudar fondos de la Fundación.

Pasó los días en la piscina comparando proveedores, con la intención de elegir entre los que se ofrecieron a colaborar desinteresadamente. También preparó la lista de invitados. Solo con algún objetivo conseguía liberar durante breves periodos la mente de la agonía que sentía. Desde la última arritmia presintió que la vida de James corría peligro, pero nunca imaginó ese alcance. La noqueó la rapidez de su muerte. A ratos empezó a asimilar que la mitad de su vida se había ido y deseaba reunirse con él.

Esa misma tarde, Tristam supo por Astor que ya estaba divorciado. La suavidad de Sarah lo molestó. No pedía nada. Cero. Incluso le cedió todas sus acciones de la empresa. Antes de casarse tenía una casa y un negocio, en cambio, salía de su vida y él se lo quedaba todo. No lo disfrutó, no fue una dulce venganza, al contrario, se sintió hundido por esa generosidad que una vez más la dignificó ante un despecho demasiado hiriente.

En Amesbury, recién duchado, con vaqueros y un jersey de lana, cogió el coche y poco después paró en uno de los bares del pueblo. A primera vista el ambiente le gustó, tenía una gran variedad de whiskys y contó siete surtidores de cerveza.

Pasó horas bebiendo entre conocidos mientras veían un partido de fútbol. Más tarde invitó a una de las muchas chicas que compartían con ellos el local. Tenía unas curvas parecidas a las de Sarah, el pelo castaño muy rizado, y unos labios rojos exóticos; era diferente; atractiva; casi irreal. Solo quería sentir esa boca en su miembro, la

invitó a varios chupitos, incrementando la borrachera de los dos, hasta que consiguió sacarla del local.

La llevó al coche y ella, impresionada al verlo, se predispuso y le pasó una mano por la entrepierna mientras sujetaba la puerta.

—Guau —exclamó seductora apretando los pechos contra él—. Todo para mí.

Tristam sonrió mirándola entrecerrando los ojos, rodeó el coche y se montó tras el volante con prisas por llegar a su casa.

En quince minutos, en el dormitorio, mientras sujetaba su cabeza marcándole el ritmo, la chica lo lamía con menos práctica de la que supuso hasta que se corrió sin problemas en su boca. Satisfecha por el resultado, se humedeció los labios y recorrió con las uñas desde el abdomen masculino al pecho, buscando una compensación. Tristam sintió un asco tremendo, le detuvo las manos aguantando una arcada y, bajo una mirada atónita, salió disparado al baño. Vomitó, se echó agua en la cara y se lavó los dientes con fuerza, renegando de sí mismo cuando por un momento pensó que tenía a Sarah arrodillada delante, viendo en el espejo una imagen demacrada que lo concienció de la realidad.

Volvió a entrar en el dormitorio, después de una ducha que le devolvió algo de dignidad, y llegó la furia al ver que seguía metida en la cama.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —preguntó con desprecio en la mirada. Se acercó con las manos en las caderas, medio ocultas por una toalla blanca mal puesta. No quiso moderar la brusquedad en la voz—. Quiero dormir.

—¿Estás mejor?

Ignorando la pregunta, Diane percibió el cambio de humor.

—Sí —respondió serio—. ¿Vives muy lejos?

—No, ¿quieres que me vaya?

—Sí —dijo sonriendo cínico. Sabía que con esos demonios no era buena compañía—. Vístete.

Sin pudor. Tristam se quitó la toalla y empezó a ponerse la ropa. Mientras, ella salió de la cama. Se sintió como una fulana. Era la primera vez en mucho tiempo que conocía a alguien interesante, no lo había visto antes en el pueblo, y, por la casa, supuso que sería el vizconde del que algunos vecinos hablaban.

—¿Puedo saber al menos tu nombre? —preguntó Diane, terminando de abrocharse el sujetador.

—Tristam.

No se molestó en preguntarle el suyo. Diane al observar esa hostilidad cesó de interesarse. No era persona de andar detrás de

ningún hombre por muy atractivo que fuese. Tenía su vida en Amesbury desde hacía pocos meses y no pretendía ser ningún fastidio para nadie. La consulta veterinaria le daba para vivir de manera cómoda sin complicaciones de ingratos nobles que solo pensaban en sí mismos.

Luego, se subieron en el coche, Diane le dio las indicaciones justas y no habló en el corto trayecto. En la puerta de su casa, Tristam quiso enmendar un comportamiento bastante grosero.

—¿Cómo te llamas?

Por primera vez se fijó en los ojos azules que lo deslumbraron con un turquesa brillante y perfecto.

—No tengo nombre.

Dejándolo intrigado, Diane salió del vehículo. Sin darle más importancia, Tristam arrancó y volvió a su casa decidido a no liarse con nadie más; se había sentido despreciable para no lograr el sexo placentero que buscaba. Lo perseguía la imagen del francés subiéndole las bragas a Sarah, al igual que la cara extasiada de ella mientras la poseía, vio a dos animales en celo y dudaba que se borrara de su recuerdo; lo intentaba desesperado, pero a duras penas conseguía descansar unas horas; siempre después de una sesión de sexo, que ya tampoco servía.

En el museo, el lunes por la mañana, el bronceado en la piel de Charlotte resaltaba el color de unos ojos que brillaban felices, un jersey de pico blanco le favorecía de manera muy atrayente, y el entusiasmo contándole amigable sus mini vacaciones a Jean, que la escuchó interesado y compartió de vez en cuando alguna experiencia pasada en esa isla, insinuaba una mejoría en el ánimo de la familia Finch-Hutton, al contrario del suyo; bajo mínimos.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Charlotte.

—Sí. Todo controlado, no te preocupes. Me alegro de que Nicholas esté mejor.

—Al menos estos días se ha olvidado un poco. Las que están peor son mi suegra y mi cuñada.

—Es cuestión de tiempo —dijo Jean razonable. Intuyó que no hablaba de Sarah y tampoco quiso preguntar. Recordó durante unos segundos a su madre y, pensando en la enfermedad contra la que luchaba, añadió con una sonrisa triste—. Debe ser duro.

—Sí… —Charlotte suspiró—. ¿Has salido con Hush?

—No. Estoy liado con la mudanza.

—¿No se está encargando Sarah?

—No.

La voz de Jean casi no se escuchó. Charlotte bajó la vista, lamentando las consecuencias de un escarceo con una duración demasiado breve para el dolor que había provocado.

—¿Ni una cerveza el viernes? —preguntó tratando de bromear—. Doctor Blanchet, perdona que lo dude.

—*Rien de rien* —comentó encogiendo los hombros—. Cuando quiero soy un tío serio.

—De alguna forma tendrás que equilibrar a Hush, si no, cualquiera os aguanta.

Jean sonrió, bebió un sorbo de café y se centró en el trabajo. Le caía bien Charlotte, eran buenos compañeros, y agradecía sus intentos por seguir manteniendo una relación amistosa, a pesar de la situación complicada que con seguridad atravesaban sus cuñados gracias a él.

Charlotte recibió una llamada de Sarah un poco antes de salir, y por el informe solapado de su compañero sabía que llevaban quince días sin verse.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien ¿Y tú y los niños?

—Muy bien, ¿sigues con Rachel?

Al nombrar a su otra amiga, Jean supuso la identidad de la interlocutora y prestó toda su atención a las palabras de Charlotte.

—Sí, pero estoy buscando piso. Ya estamos divorciados, imagino que lo sabías.

—Sí, Tristam habló con Nicholas. ¿De verdad, estás bien?

—Sí. ¿Te apetece que nos veamos mañana?

—Claro. ¿Comemos dónde siempre?

—Sí. A la una.

—Perfecto —dijo Charlotte, ajena a unos oídos curiosos—. Nos vemos mañana a la una.

Jean podía llamarla sin problemas, trabajaba para él, pero después de dos semanas esperando una señal por su parte, y viendo que no llegaba, un encuentro fortuito sería menos dañino para su ego masculino, desarmado por volver a sentirla.

Al día siguiente durante el desayuno, la suerte se alió con Jean. Coincidió con Husher y no le dio opciones a pegas; usó las excelencias culinarias del Corner Beef, incitando a las papilas gustativas del paleontólogo a un festín irrechazable y gratuito. Lo recogió a la una, minutos después de la salida precipitada de su compañera, que se limitó a decirle que estaría fuera una hora.

Nada más entrar en el restaurante la vio sonriente hablando con Charlotte. En un ataque de pánico repentino, buscó la mesa más apartada de ellas, sin percatarse en la feria andante despreocupada, llena de brillos con colores cegadores, que lo siguió en una misión de incógnito imposible. Cuando se volvió para indicarle la mesa, Sarah fijó los ojos en los suyos y disimuló de inmediato.

—Mira, ahí están la doctora Wolf y Sarah —dijo Hush alegre—. Voy a saludarlas.

Jean negó suavemente con la cabeza, no le hizo falta mirar alrededor para saber a quien contemplaban alucinados casi todos los comensales del local. Con una mueca incrédula y las cejas elevadas, Charlotte miró cómo Hush se sentaba en su mesa.

—Podíamos comer juntos ¿No?

—Por supuesto.

Sarah sonrió comedida, acababa de frustrar un plan urgente de desahogo, pero desde que vio a Jean ya estaba perdido.

—Claro —añadió Charlotte irónica—. Ya que te has sentado…

El francés se acercó con cautela, las manos en los bolsillos de los vaqueros y una expresión contrariada, que molestó tanto a Charlotte como a Sarah. Una dudaba de la casualidad del encuentro. La otra, no entendió esa actitud indiferente; un polvo suyo había echado por tierra su matrimonio; como mínimo podía tener la cortesía de alegrarse al verla.

—Hola —dijo Jean, sentándose al lado de Charlotte—. ¿Qué tal?

—Hola, qué coincidencia.

Ignoró el sarcasmo de su compañera y se centró en leer la carta, se desentendió de todo, demasiado nervioso para centrarse en seguir el ritmo de Hush que, con su inoportunidad característica libre de malicia, invitó a Sarah a un recorrido prehistórico, sorprendentemente aceptado sin reparos.

Los minutos pasaron volando para Jean, afanado por despistar a Charlotte cuando lo cazaba observando a Sarah. El paseo de vuelta, mientras ellas hablaban divertidas con su amigo, se mantuvo callado. Se despidió de Sarah con un gesto seco y fue con Charlotte al despacho. Poco después, sabiendo que estaba una planta por debajo, se vio incapaz de no mandarle un mensaje, no quería seguir con más incertidumbre; quería estar con ella.

Sarah sintió la vibración en el bolso y miró rápido la pantalla: «*Piedra Roseta. 10'*» En cuanto lo leyó, tragó nerviosa y se despidió de Husher. Fue al servicio, se enjuagó la boca ante la posibilidad de

cualquier beso añorado y se arregló el maquillaje.

Aproximándose a la urna, lo vio peinándose el cabello, intranquilo, expectante buscándola con la mirada hasta que advirtió su sonrisa.

Jean levantó su mano y la besó con una insólita galantería.

—¿Podemos hablar?

—No tengo mucho tiempo, debo estar dentro de una hora en la otra punta de la ciudad.

—Acompáñame.

La guió entre turistas a una parte inaccesible. Luego a un pasillo lleno de puertas blancas, se detuvo delante de la número 14 y abrió con rapidez. Era un almacén de limpieza con varias estanterías metálicas llenas de toallas, productos higiénicos, y un olor desagradable a desinfectante que penetró en el olfato de Sarah y la hizo reaccionar encogiendo la nariz.

Jean cerró por dentro, la sujetó entre sus brazos y la besó como deseaba, dejando que su lengua se impregnase de un sabor que le quitaba el sueño, intercaló violentos envites y suaves mordiscos; iguales de contradictorios que el impulso salvaje que lo dominaba; esa sensación era paz e infierno.

—Te echo de menos —susurró en sus labios—. Te necesito.

Sarah le acarició el rostro sin afeitar, sonriéndole. Lo tanteó varias veces con la lengua igualando una pasión arrolladora, le bajó los pantalones con eficacia mientras notaba unas manos suaves quitándole el sujetador, sin paciencia por volver a saborearla entera.

—Esto es una locura.

Sarah apenas encontró las palabras con Jean lamiéndole ansioso los pechos,

—No puedo parar.

Le subió el vestido, agarró las bragas y se las rompió de un tirón. La apoyó contra la pared, repitiendo un polvo rápido lleno de susurros cariñosos y alguna expresión malsonante cuando llegaron a un clímax que los volvió a unir como sinuosas ramas, empujadas a precipitarse por una cascada de aguas revueltas.

—Ven luego a mi casa —susurró Jean, besándole el cuello.

—¿Dónde es?

—La que tú conoces.

Con la nariz le acarició mimoso la mejilla.

—¿Estás viviendo en ella?

Sarah dejó su cobijo y lo miró de frente, pero él —más atento al movimiento de unos exuberantes pechos— se concentró en los pezones, absorto en el color oscuro que solo lo incitaba a chuparlos.

—*Oui*.

Empezó a tocarlos con movimientos circulares distraído con la reacción a sus caricias.

—¿Quién te la ha decorado? —preguntó molesta, apartándole las manos.

—Nadie. Yo solo.

Sonriendo, Jean volvió a colocarlas y los pellizcó, desafiándola.

—Muchas gracias por dejarme colgada. ¿Sabes el tiempo qué le he dedicado?

—No te he dejado colgada, no me has pasado la factura por tus honorarios —comentó convencido. Le besó la cara; no se cansaba de ella; aquel olor lo ponía enfermo de deseo, y su miembro, otra vez duro como una piedra, reclamaba tenerla o pasar la tarde con los testículos saturados y dolorosos. Extendió el brazo y cogió varias toallas que colocó en el suelo formando un mullido cojín—. Uno más, si no voy a reventar.

—¿Siempre eres así?

Sarah se arrodilló con él, observando concentrada su pene rozándole la barriga.

—No —dijo apretando los labios en una sonrisilla vanidosa—. Tú. Eres tú quien me pone así.

Se tumbó sobre ella, le introdujo una mano entre las piernas y empezó a seducirla más sosegado. Sarah echó la espalda hacia atrás, elevando los pechos en una tentadora invitación para unos labios que no necesitaban mucho aliciente; Jean sucumbió en el acto. En un instante, sus cuerpos aferrados volvieron a llenar la pequeña habitación de una atracción que los convirtió en una corriente de energía tan poderosa como los truenos que resonaban encima de sus cabezas.

—Está diluviando —dijo Jean, acostumbrado al ruido del agua en la cubierta del patio—. No puedes irte.

—Cancelaré la reunión, pero no quiero salir sin bragas.

Jean seguía dentro de ella, que le impedía el movimiento con las piernas apoyadas en sus gemelos mientras le acariciaba la nuca.

—Ahora te traigo unas.

—¿Tienes bragas de reserva? —Sarah entornó los ojos y lo miró suspicaz. Enredó los dedos en su cabello, un poco largo con unas canas sexys que la volvían loca, sedoso como el terciopelo, muy relajante para acariciarlo y aplacar a la fiera francesa—. ¿Para quién?

—No tengo ninguna reserva —respondió sonriente al detectar el deje celoso en esas palabras—. Las pensaba comprar en la tienda de *souvenirs*.

—Ah.

Las espesas pestañas negras que cubrían los ojos del francés aumentaban el magnetismo de un gris cautivador; Sarah se rindió a ellos, la hacían especial y anulaban sus complejos. Se besaron despacio, volviendo a la realidad de donde estaban, se vistieron, y, poco después, mientras Jean salió, Sarah trató de disimular las arrugas del vestido azul marino, delatoras de la poca delicadeza que había recibido.

En unos minutos, dos toques suaves en la puerta y la misteriosa aparición de una cajita asomando en el aire.

—Cuidado con la momia.

Sonó una voz bromista, con un acento demasiado evidente.

—¿Seguro que no tenían otro dibujo?

—No. —Jean la observó feliz—. Esta o una corona real. Creo que para mí es más apropiada la reina Nefertiti.

—¿Qué has hecho con las otras?

Sarah no las encontró al vestirse.

—Las he tirado. —Intentó sonar despreocupado, sobrado de desfachatez, conociendo el lugar exacto donde estaban guardadas, sin la más remota intención de deshacerse de ellas—. ¿Las querías?

La decoradora elevó una ceja, sonrió incrédula y se despidió con un beso suave en los labios, deseando que pasaran veloces las horas hasta verse después en su apartamento. Tenía una copia de las llaves y prometió llevar la cena en cuanto finalizara algunos asuntos que debía organizar en la oficina.

Unos días después, Sarah llegó al trabajo tras pasar las últimas noches cayendo agotada por las muestras del apasionado fuego que los consumía. Entró rápido en el hall del elegante edificio, repiqueteando con los tacones en el frío mármol blanco.

STI´*nSide* fue el nombre que se puso en esa nueva andadura, alejándose de los apellidos que utilizó con Tristam. Ya había advertido en el directorio principal que él también cambió el suyo. Por supuesto, el Thompson voló; Finch London, Ltd., fue el nombre que leía a diario.

Cerrándose las puertas del ascensor, escuchó unos pasos acelerados, vio una mano masculina tapar el detector de la puerta automática y seguidamente a Tristam accediendo junto a una mujer mayor. Sarah no esperaba verlo tan temprano ni tan atractivo. Vestía un traje oscuro y tenía un porte muy elegante, aunque el rostro se le agrió al mirarla a la cara.

Tristam, que conocía por Charlotte la nueva ubicación de la empresa de Sarah, sabía que compartirían los ascensores y trató de

mentalizarse. A pesar de la frialdad que expresó con el cuerpo rígido pegado al espejo del fondo, con intención de no tener el más ligero contacto, estaba demasiado afectado por la sorpresa.

—Hola —dijo Sarah en voz baja—. Buenos días.

—Hola —murmuró Tristam incómodo, apretando el botón de su planta.

—¿Cómo estás?

—No quiero hablar contigo.

La voz le llegó en un susurro, sin mirarla a la cara. Se limitó a alzar la barbilla y a meterse una mano en el bolsillo del pantalón. El ascensor se detuvo en el piso quince. Tristam giró la cabeza al pasar por delante de ella, ignorándola como si nunca se hubiesen conocido.

A Sarah la mortificó el comportamiento de su reciente exmarido, la había anulado de su vida y no podía reprochárselo; aunque en el fondo esperaba un poco de más cordialidad; supuso que el rencor aún necesitaba más tiempo para mejorar esos modales.

Antes de las diez, Jean la llamó preocupado. Al no tener ayuda, estaba sola para atender las reuniones en los domicilios de los clientes, elaborar planos, detalles, presupuestos o buscar los mejores proveedores ajustándose a la calidad que exigía. Llevaba más de un año sin hacerlo todo y mientras desayunaban se desahogó con él.

Esa última semana había sido muy especial para Jean. Vivía en un sueño, creía haber encontrado a la mujer de su vida; debía ser ella, no podía ser de otra manera; la intensidad del latido de su corazón llegó a angustiarlo, incluso pensó que moriría en sus brazos; y no le hubiese importado, en absoluto. A los treinta y seis años se había enamorado de Sarah como un colegial imberbe; no era comparable a nada que hubiese vivido antes. Ocupaba todos los rincones de su cabeza, aturdiéndolo con una fuerza arrolladora. La misma que ella sentía y había roto un matrimonio. Esa satisfacción lo henchía de un orgullo muy masculino y territorial.

—¿Cómo te va la mañana?

—Liada —admitió, sonrió y añadió—: No hace ni una hora que he llegado.

—Lo sé, quería saber cómo estabas.

—Gracias, doctor Blanchet. ¿Estás aburrido?

—No, pero he aprovechado que Charlotte ha ido abajo para llamarte —dijo confidencial, insistió—. ¿Todo bien?

—Sí, bueno, me he encontrado a Tristam en el ascensor. No me ha querido hablar.

Cuando Sarah le contó que seguiría ahí, lleno de unos celos posesivos, Jean mostró su disconformidad, salió un rato a correr y el deporte debió ayudarlo a asumirlo; a ella no había vuelto a recordárselo.

—Es comprensible, Sarah. No estoy orgulloso de lo que hicimos, créeme. Puedo hacerme una idea de cómo se siente.

—Me lo imagino, pero tampoco cuesta tanto ser cordial. No he puesto ninguna pega para que el divorcio fuese rápido y él sabe que me he quedado sin nada —comentó sin entender ese desprecio—. Podía haber sido como mínimo un poco agradecido

—Dale tiempo —dijo condescendiente—. ¿A qué hora vas a salir?

—Sobre las seis ¿Por qué?

—Te veo en la puerta, tengo que dejarte.

A Tristam le costó varias horas olvidar el encuentro del ascensor. Luego, pasó el resto del día reunido organizando el trabajo. La parte que hacía Sarah no sabían cubrirla, incluso se estaba planteando dejarla; su toque personal no podían copiarlo, debían reinventarse. Entre todos acordaron aportar ideas para ir consensuándolas hasta encontrar el estilo que más se acoplara al sello que quería. Contaba con un buen equipo que, afortunadamente, no hizo el más leve amago por abandonarlo; el nuevo reparto de beneficios que les propuso ayudó a esa decisión.

Con la confianza de tener claro hacia adónde quería dirigirse, salió del despacho un poco tarde. Al ver a Jean esperando en la puerta, el despecho y la furia regresaron de forma automática. Resopló indignado y se encaró dispuesto a decirle lo que pensaba, olvidando que estaban en plena calle.

Inclinando de manera cortés la cabeza, Jean lo observó muy serio, pero como un gran macho alfa esperaba el ataque y acumuló fuerzas, sin miedo.

—Los tienes bien puestos para venir aquí —siseó amenazante muy cerca de la cara de Jean, que seguía inmóvil con los ojos fijos en los suyos—. Pero no te atrevas ni a mirarme. Das asco.

Jean bajó la cabeza y sonrió irónico, comprendía la humillación en palabras despectivas, pero no pudo evitar la adrenalina fluyendo enloquecida por sus venas.

—Tranquilo, no ha sido mi intención joderte la vida.

—¿Eso crees? Gilipollas, por mí te la puedes tirar delante de quien te salga de los huevos.

—Relájate —dijo Jean tenso. De él tenía intención de aguantar lo

que quisiera decirle; sin embargo, de Sarah no iba a consentirle ese tono. Fulminándolo suficiente añadió—: Y ten cuidado con lo que dices.

—Ten cuidado tú conmigo.

Tristam lo retó con ráfagas verdes refulgiendo histéricas.

—Acéptalo con elegancia y déjanos en paz.

—¿La misma que tuviste tú follándotela en mis narices?

En cuanto terminó, el puño derecho de Jean lo golpeó muy rápido en la mandíbula y le giró la cara de forma violenta.

Tristam reaccionó y le dio en el hígado.

—Cabrón —exclamó Jean por el intenso dolor.

El arqueólogo con buenos reflejos le paró la mano antes de que repitiera. Estaba oscureciendo y no había mucho tránsito en la calle, pero el portero del edificio los vio tras las puertas de cristal y salió corriendo hacia Tristam.

—Por favor —rogó bastante nervioso—, señor Finch-Hutton, déjelo.

—Hemos terminado —dijo Jean con los ojos clavados en Tristam, que se tocó dolorido la cara—. No se preocupe.

A unos metros, Sarah se paró. Alertada por una tensión evidente y el malestar en el portero, pálido sujetando los hombros de Tristam.

—¿Qué pasa? —preguntó seria.

—Nada. —Jean ignoró a Tristam, que bufó enfurecido como si le hubiesen pateado el estómago, la cogió de la mano y preguntó—. ¿Nos vamos?

—Zorra.

Solo escucharon un murmullo, a continuación, otra descarga eficaz de Jean en la cara de Tristam; con ese golpe consiguió una nariz rota que empezó a sangrar desbordada.

—Jean, por favor —suplicó Sarah.

Le levantó la cara a Tristam, que al sentir su contacto le retiró la mano con un gesto demasiado brusco.

—No me toques.

Fue un susurro lento, mostrándole la herida de su rostro y también, a través de sus ojos, vio la de su corazón. Sarah asumió un amor que siempre dudó. En ese momento, la confusión ahogó cualquier atisbo de lógica en ella; amaba a Tristam, lo amó en cuanto lo vio por primera vez, pero la oportunidad a su historia se mezcló con la entrega total, un deseo insaciable, y la atracción enorme que Jean le provocaba. No se sintió halagada siendo objeto de una pelea llena de testosterona para demostrar quien se la quedaba; la elección estaba hecha.

Tristam humillado entró en el aseo de la planta baja. Limpiándose la sangre del rostro aceptó que su vida con Sarah había terminado. Ahí sí, verlos juntos lo desengañó como ni siquiera el divorcio había hecho. Se debía a sí mismo retomar el control, olvidar a Sarah, prepararse para coincidir con frecuencia, asimilarlo o terminar con algún otro hueso roto; el francés no tenía intención de aguantar ese rencor y se prometió no volver a degradarse; era un caballero y se comportaría como tal.

Necesitó hielo en cantidad y pasar el resto de la semana recluido evitando la suspicacia por cualquier excusa que inventase para justificar los hematomas. La mandíbula con la barba pasaba desapercibida, pero la nariz hinchada lo convenció para desparecer lamiéndose las heridas, atiborrado de analgésicos después de una visita a una clínica privada cercana a su casa.

CAPÍTULO VII

Wells, Inglaterra
15/3/2013

Gordon llegó a Wells temprano, aparcó el todoterreno en el lateral de la casa y sacó del asiento del copiloto un cesto mullido con dos machos de *beagle* destetados para que los niños eligieran uno. Antes de entrar, escuchó el sonido del coche de Tristam y lo esperó en la puerta.

—Hola, Gordon —saludó dándole una palmada en el hombro—. ¿Cómo estás?

—Bien ¿Y tú?

—Mejor.

—¿Sigues en el pueblo?

—Sí.

—¿Por qué no has venido a verme?

—No soy muy buena compañía.

—¿Y alguna vez lo has sido?

Tristam sonrió, recordando cuántas horas habían pasado juntos charlando en su casa de Salisbury, donde encontraba el calor de otro padre cuando huía del suyo por alguna discusión.

—¿Sabe mi hermano que hoy se lo traes?

Acarició las cabecitas de los asustados animales.

—Hablé con Charlie, supongo que se lo habrá dicho. Él me dijo que le guardase uno, estos son los únicos que me quedan. ¿Por qué no te quedas tú el otro?

—No sé, me lo tendría que llevar a Londres entre semana. Es mucha tarea.

—Igual que para ellos —razonó pensando en Nicholas y Charlotte.

—La verdad es que me gustan.

Tristam los observó sonriente, contemplando la posibilidad de tener un nuevo compañero de piso.

Mientras llamaron al timbre oyeron con claridad el sonido alegre del piano, luego Maggie los recibió derrochando una energía y simpatía contagiosa. Aquel saludo exhibía el buen humor que enmascaraba adrede a quien le abonaba la nómina y se empeñaba en

mantener una insana hostilidad que los inducía a fastidiarse con cariño.

Nicholas fingió sentirse horrorizado por los invitados que traía Gordon, pero miró feliz a sus hijos. A pesar de faltarles un mes para cumplir el año, andaban muy seguros, según las abuelas, tanto él como Charlotte lo hicieron también con la misma edad. Cogieron a los cachorros sin controlar bien los pequeños cuerpos peludos, que temblaban por tanto alboroto. La cara de Alex asustaba con uno entre los brazos, dándole manotazos. Más pacífico, Henry acarició la barriga del otro, se le escapó y corrió gritándole que se detuviera. Charlotte y Maggie lo vieron divertidas desde la puerta de la cocina, negándose a intervenir en la persecución.

Apoyándose en la pared, Nicholas se metió relajado las manos en los bolsillos, atento a los niños.

—Te dije uno.

—El otro es para Tristam —dijo Gordon.

—¿Vas a quedártelo? —preguntó asombrado Nicholas.

—Puede —reconoció indiferente, aunque una sonrisa parecía contradecir esa duda—. Me gusta la idea.

—Tú lo has dicho —dijo Nicholas entornando los ojos—. Como idea puede funcionar, otra cosa es la práctica. Tú verás lo que haces... A mí no me ha quedado más remedio.

—No empieces —dijo Charlotte. La advertencia llegó junto a unas cejas alzadas y una mirada seria—. Ya lo hemos hablado.

—Bueno —dijo Gordon ante la poca predisposición de Nicholas, que sonrió a Charlotte condescendiente—, ¿cuál queréis?

—El que tiene Alex.

Viendo a su hijo extasiado con el perro en brazos, Charlotte no vaciló. El otro, maestro en fugas, sería más fácil que se lo llevara Tristam; desprender a Alex de su nuevo amigo era toda una hazaña que no quiso comprobar.

En cuanto se fueron, Henry trató de compartir el juego, pero al autoproclamado dueño del perrito no le pareció bien y terminó corriendo enrabietado con su padre cuando se lo quitó. Aunque se quedaron asombrados por lo rápido que el cachorro asumió a su nuevo líder yendo disparado tras él.

—Vamos a tener un problema —reconoció Charlotte.

Calmó las lágrimas de Henry al margen de la nueva mascota.

—Tú has sido la artífice —recriminó Nicholas, quitándole al niño de los brazos—. No llores, vamos a buscarlos.

Antes de salir, apareció Alex con lágrimas en los ojos de la mano de Maggie, que traía al perro en el otro brazo.

—Toma. —Maggie le entregó a Alex el perrito—. ¿Qué tienes que hacer?

Nicholas soltó a Henry, se había acercado a su hermano despacio. Los observó con los brazos cruzados mientras Charlotte y Maggie compartían sonrisas cómplices.

Alex miró a su padre, vio una sonrisa y esbozó otra.

—Hen.

Lo llamó por el diminutivo que él mismo le había puesto, le dio el cachorro y, al momento, volvieron a su relación de extremo cariño, hasta que cualquier imprevisto rompiera el equilibrio. Normalmente, los enfados no solían durarles mucho, su unión era superior a la de otros hermanos, tenían demasiado en común.

—¿Cómo le llamamos? —preguntó Charlotte curiosa.

—Haz tú los honores —comentó Nicholas, vio al perro orinarse cerca de la nevera—. Y encárgate de educarlo.

—Claro, te lo pongo a punto para ti —replicó irónica.

Maggie trajo un periódico y lo colocó encima del pequeño charco, cogió al perro y le hincó el hocico sin consideración en su propio líquido. Seguidamente, delante de los rostros alucinados que la miraban, lo sacó por la puerta trasera y situó el papel no muy lejos de la fachada.

—¿Funcionará? —preguntó Nicholas escéptico.

—Si se le ocurre otra idea, inténtelo. Esto es lo que se ha hecho siempre.

—Tendremos que confiar en tu sabiduría.

—Haga lo que quiera, pero no voy a permitir que se mee en mis dominios desde el primer momento —dijo convencida, dejando al perro fuera de la casa—. De eso nada.

—Pues explícaselo a ellos.

Nicholas señaló a sus hijos incrédulos que la vieron cerrar la puerta.

—¿Me ayudáis a buscarle un juguete? —preguntó Maggie animosa.

Cogió a cada niño de una mano y salió contenta hablándoles de los mordedores que compró en Londres para entretenerlo.

Agradecida por la inesperada calma, Charlotte se acercó a Nicholas, demasiado despacio, anunciándole con los ojos sus intenciones. Una camiseta blanca marcaba la curva de su prominente barriga y animó de inmediato a una erección que elevó una tienda de campaña bajo su bragueta.

—¿Estás contenta?

Colocó sus manos en las caderas femeninas.

—Mucho —admitió besándolo.

—Me alegro.

Le pasó una mano segura por el vientre y la estrechó a su cuerpo.

—Gracias —dijo Charlotte, tocándole las cejas.

Nicholas le sujetó la cara, observando un rostro perfecto, esencial para él; era su clave de sol; con ella empezó otra vida y cada día agradecía amanecer a su lado. Le dio un beso lento, romántico, como él se sentía. A pesar de sus manías, del tiempo que había estado solo, no concebía la vida sin ella o sus hijos. Apoyó la frente en la de Charlotte mientras sus caderas se aferraban a la calidez que estaban recibiendo.

—Por ti haría lo que fuera.

Charlotte le recorrió el cuello con las manos, lo besó aumentando el deseo de los dos. El de ella incrementado por el embarazo, el de Nicholas…, simplemente siguiendo su línea.

—Siento la interrupción.

Maggie regresó con los niños y el perro por la puerta del jardín.

—Muy oportuna —murmuró Nicholas.

Se separó a regañadientes de su mujer.

—Maggie, ¿puedes hacerte cargo sola?

Nicholas miró extrañado a Charlotte, con rapidez desvió los ojos hacia Maggie.

—Sí, no hay problema —dijo relajada, señalando a los gemelos añadió—: Mira cómo juegan con *Brownie.*

Estaban embobados contemplando al perro, lanzándole cada uno las trenzas de hilo que mordía entusiasmado.

—¿Quién le ha puesto el nombre? —preguntó suspicaz Nicholas.

—Alex —dijo Maggie, ignorando un ceño fruncido.

—¿Crees que somos idiotas?

Nicholas destiló sarcasmo.

—No sé por qué piensa eso.

—Si crees que voy a pasearlo por Londres llamándolo así, tenemos un problema.

—No lo llame —comentó despreocupada—. Para lo que va a escuchar…

Maggie al girarse le guiñó el ojo a Charlotte.

—Me acabas de dar una idea.

La sonrisa maliciosa de Nicholas puso en guardia a Maggie. Al momento desaparecieron de la mano por el camino, ella siguió con sus preparativos, y los niños ni se enteraron de la ausencia de sus padres.

—¿Qué has pensado?

Charlotte ladeó la cabeza mirándolo intrigada.

—Ya lo verás. A ti te va a gustar —dijo satisfecho—. A Maggie lo

dudo

—Pobrecilla, ahora que ya lo tenía superado. Al final, la paliza me la da a mí.

—Lo siento, cariño, pero no puedo bajar el nivel.

—¿Algún días mantendréis una relación normal?

—Sinceramente. —Se detuvo y se inclinó sobre ella—. No.

Le dio un beso en la mejilla, siguieron el paseo y llegaron a los establos. Luego, la ayudó a montar en su yegua; él (como siempre) en *Viking*. El sonido del riachuelo y el de los cascos los acompañaron bordeando la propiedad, se distinguía la llegada de la primavera en el campo lleno de vibrantes violetas, rojos, y amarillos que se mezclaban con todos los verdes posibles.

La soltura de Charlotte era excelente, hasta los seis meses podía realizar ejercicio moderado, el embarazo estaba siendo muy regular, apenas lo notaba, su cuerpo engordaba según lo previsto, y solo de vez en cuando sentía la vida que crecía dentro de ella; leves indicios de que todo estaba yendo bien, aliviando una angustia que ya se alejaba de su cabeza.

Tristam llegó a Amesbury una hora después, pasó por el supermercado a abastecer las necesidades de ese nuevo compañero, y sonrió al comprobar su rapidez para encontrar a unos metros la consulta veterinaria; durante el trayecto lo pensó varias veces; siempre era bueno saber dónde había una. De entrada, debía vacunarlo e identificarlo, algo que haría al día siguiente; teniéndola localizada se lo tomó con relajación.

Vestido con ropa para andar por el campo: pantalón cargo y botas de montaña, preparó en la cocina un bocadillo, dos botellas de agua, y dos manzanas, que guardó en una mochila. Salió por la parte trasera hacia la carretera, atravesó el inmenso prado que llevaba a un bosque que conocía a la perfección, y siguió durante unos cientos de metros con su amigo detrás olfateando, mostrándose cauto o miedoso.

—¿Te gusta *Solo?*

Sentando comiendo en un tronco, mientras el perro olisqueaba alrededor.

—A mí, sí. Tristam y *Solo*, nos pega, compañero.

Al día siguiente con la energía renovada y una actitud muy positiva, incrementada por las risas que le había provocado el perro, salió tirando de él hacia la consulta del veterinario. Le costó muchos

metros que *Solo* quisiera andar, más interesado en barrer el polvo con la espalda pegada al suelo.

—Venga, compañero. Son solo dos kilómetros.

El perro pareció entender la distancia, se declaró en huelga y consiguió que suspirando con paciencia su dueño lo llevara en brazos el resto del recorrido.

El sonido de una campana indicó a Diane la llegada de un nuevo cliente en la sala de espera, se lavó las manos en un fregadero de pedal, se sujetó el pelo con un lápiz en un improvisado moño y abrió la puerta de la consulta.

—Hola.

Saludó a un hombre de espaldas, examinaba con detalle los diferentes arneses del expositor. Al girarse, Tristam exclamó:

—Joder.

Tan asombrado como ella, no pudo contener la palabra, consiguiendo que unos ojos azules preciosos lo mirasen exasperados, totalmente abiertos.

A Diane no le hizo falta nada más, percibió otra vez la hostilidad del noble maleducado que se corrió en su boca y la echó sin contemplaciones, después de vomitar; un recuerdo encantador para su corto historial sexual.

—¿Qué quieres?

—Busco al veterinario.

Desvió la mirada hacia *Solo*.

—Soy yo. —Con sarcasmo preguntó—. ¿Te sirve?

Tristam no se inmutó, analizando unos rizos pelirrojos desordenados, una cara pecosa de aspecto inocente y nariz pequeña, contrastando con unos labios gruesos y sensuales en su boca lujuriosa. Una ligera pulsación de su entrepierna le avisó para dejar el examen y, escarmentado, no le dio ningún signo de interés.

—Por supuesto. Lo tengo desde ayer, supongo que hay que vacunarlo y esas cosas.

—Pasa. Le echaré un vistazo.

Depusieron las armas entrando a la consulta, donde el orden y la higiene llamaban la atención, también dos *transportines* con inquilinos adormilados.

—¿Qué les pasa?

La curiosidad innata de Tristam.

—Están convalecientes de sus cirugías.

Diane se colocó unos guantes y empezó a tocar al perro subido en

una camilla en el centro de la habitación. Le miró los dientes, orejas, patas y hasta los órganos sexuales.

—Está muy bien. Se nota que lo han cuidado.

—Sí, trae muy buenas referencias.

—Voy a desparasitarlo y la semana que viene habrá que repetirlo.

—¿No dices que está bien?

—Sí, pero hay que hacerlo a los tres meses. Además, es una manera de proteger el sistema cardiaco y de prevenir los parásitos internos que pueden tener con el cambio de la alimentación.

—Vale, vale.

—Según la cartilla que te han dado, le toca la repetición de la vacuna polivalente. El mes que viene habrá que ponerle la antirrábica y luego solo una repetición al año. ¿Se la pongo?

—Claro, para eso lo he traído.

—Perfecto. Sujétalo un momento.

Se dirigió a uno de los cajones y preparó la inyección. Agarró con firmeza a *Solo,* le cogió varios pliegues de piel mostrándole la práctica que tenía y le clavó la aguja con decisión. El pobre ni se enteró.

—¿Te puedo invitar a cenar?

Tristam en son de paz, tratando de disculpar su comportamiento del día que se conocieron, un vago recuerdo que le pareció ella no había olvidado.

—No —contestó insinuando una sonrisa.

—Muy bien.

Con frialdad decidió ignorarla por completo. Si creía que lo estaba molestando, no iba a sacarla de su error. Estaba harto de mujeres, tenía intención de mantenerse un tiempo alejado de ellas y si la doctora Diane Hamilton, nombre azul bordado en la bata blanca, no quería conocerlo, por su parte no insistiría.

Charlotte se quedó en la recepción con los niños saludando a Victoria en la vuelta dominical de rigor por Ivory. El trato exquisito que daban a los clientes era acorde al desmesurado celo con el que cuidaban la casa, tuvieron el gran acierto de escoger a un personal que era consciente del valor histórico, y la misma opulencia, aparte de acongojar, incitaba a extremar la dedicación.

La pequeña de los Finch-Hutton se acopló al equipo y mostraba unos rasgos organizativos beneficiosos para puestos de responsabilidad, desarrollando un trabajo eficiente que casi ninguno esperaba debido a su nula experiencia anterior. Era como sus hermanos, no era consciente de un atractivo turbador, no presumía, y

a veces parecía distante, aunque era el resultado de una timidez natural. Un cuerpo delgado, una tez pálida sin maquillaje que atraía la atención hacia unos rasgos elegantes, una melena castaña cuidada con un corte recto favorecedor, quizás un poco sobria para su edad, y una mirada azul intensa remataba la lejanía irreal de una chica de veintitrés años.

Para Charlotte fue como ver a Patricia, no le extrañó que James no la dejara escapar, viendo a su hija imaginó la belleza que tuvo de joven y aún poseía, bien llevada por el tiempo.

—¿Estás mejor? —preguntó Charlotte preocupada.

—Sí —respondió Victoria con melancolía—. Es duro, porque a veces, sobre todo cuando estoy con Gordon, creo que va a aparecer sonriéndome.

—Es normal, es complicado para todos. —Charlotte sonrió y la abrazó cariñosa, infundiéndole el ánimo que le daría una hermana mayor—. Cuéntame, ¿sales con alguien?

—No tengo tiempo. Solo voy al pueblo cuando necesito algo muy personal.

—Tienes que salir y despejarte un poco.

Junto algunos miembros más de la plantilla, incluida Giselle, ocupaban un anexo junto a la piscina climatizada, residían con todos los gastos incluidos, gracias a la sugerencia de Gordon y el diseño de Sarah, que armonizaba perfectamente con el entorno. Resolvieron el problema del alojamiento e incentivaron a profesionales de otras zonas para solicitar un puesto con ellos.

Iniciando su turno, Max pasó cerca de ellas. Le tocaba el servicio de comida y cena. Al ver a Victoria, sonrió sin ganas; detalle que fue correspondido con el mismo gesto.

—Buenos días, señoras.

Los ojos oscuros de Max, acordes a un tono de voz grave, bajo y profundo, muy masculino, impresionaron a Charlotte, que lo observó con detenimiento; tenía un físico atrayente con un cuerpo atlético, unas facciones proporcionadas en un rostro bronceado, con unos labios gruesos y sensuales destacando.

—¿Quién es?

—Un camarero —dijo Victoria indiferente.

—Es guapísimo. Me encantan los morenos.

—Procura que no te escuche mi hermano.

—¿No te gusta?

—No —aseguró moviéndose incómoda—. Ya te he dicho que no tengo tiempo para tonterías.

—Allá tú, pero…—Charlotte se detuvo observando a Giselle con el

brazo entrelazado en el de su marido, charlaban despreocupados. Era la única mujer que se tomaba esas libertades. Reía coqueta mientras Nicholas le explicaba algo gesticulando con una mano. Cansada de tragarse los celos, justificándolos como exagerados por su parte; decidió dejar de ser testigo de esa bonita relación—. Discúlpame.

Se alejó rápido para buscar a los niños, Victoria miró a su hermano, comprendió de inmediato la reacción de Charlotte y la siguió por el pasillo. Antes de que llegara a la cocina la sujetó por el brazo:

—Charlie, ¿qué ocurre?

—Nada, lo siento.

—¿Pasa algo con Giselle?

—Creo que no —dijo resignada—. Pero porque Nicholas no quiere.

—Ya le había notado demasiado interés, menos mal que cuando me pregunta por él siempre me hago la loca

—¿Qué te dice?

Frunciendo el ceño concentrada.

—Suele preguntarme por dónde se mueve en Londres, o si sé cuándo va a venir, ese tipo de cosas. Hace poco me preguntó si planeabas volver a Egipto.

—Claro, para dejarle en campo libre.

—Por mi parte no te preocupes. —Victoria sonrió afectuosa—. Mis labios están sellados.

—Gracias, Vicky —dijo aliviada—. Voy a por los niños.

—Vale, yo vuelvo al trabajo, si no, después me regaña.

Le dio un beso en la mejilla y fue hacia el salón, mientras Nicholas y Giselle entraron sin percatarse de la mirada asesina de Charlotte. Apareció Gordon con los niños, Nicholas empezó a hacerles carantoñas y Giselle se agachó tocando con mimo el pelo de Alex.

—Eres guapísimo —dijo Giselle risueña.

El pequeño estaba más pendiente a una figura conocida que adoraba.

—¡Mami!—exclamó Alex.

La vio acercarse con los brazos cruzados y el paso demasiado lento. Luego, Charlotte sonrió para compensar una carrera alegre, inocente, ajena a su enfado.

—Hola, mi vida, ¿dónde estabas?

—Los he llevado de paseo a coger ranas —dijo Gordon. Había adelgazado, ya no reflejaba vitalidad, sino una aflicción que dispersaba uno de sus rasgos más reconocibles. Aquellos ojos oscuros que acostumbraban a sonreír alegres, vacíos, mostraban la añoranza del amigo que no vería crecer a sus nietos, aunque trataría de que

conociesen la versión más amable de quien durante más de setenta años estuvo apoyándolo en los buenos y en los malos momentos—. ¿Queréis venir conmigo? Tengo una sorpresa para vosotros.

Alex donde hubiese una novedad se apuntaba el primero, se dejó caer en los brazos de Gordon con tanta fuerza que casi rebota. Al verlo, Nicholas le dio la mano a Henry para seguirlos por el vestíbulo. De la pared colgaban numerosos cuadros que recorrían el trazado de la escalera, retratos de los duques y sus familias. En el primer descansillo se mostraba a un hombre mayor, rondando los sesenta, con grandes patillas y los ojos verdes de los Finch-Hutton.

—Este es tu tatarabuelo —comentó Nicholas a Henry.

Gordon prosiguió hasta detenerse delante de la familia del actual duque. Sentados en un sofá muy antiguo, James y Patricia sonreían ligeramente, rodeados por sus tres hijos, vestidos de manera elegante pero informal; parecían felices. En el suelo, con un vestido rosa, Victoria contemplaba embelesada a James, tenía cinco años, los ojos le brillaban con alegría, reía simpática mostrando una boca llena de pequeños dientes blancos donde se apreciaban algunas mellas. Sus hermanos los escoltaban en los reposabrazos. Siendo un veinteañero, Nicholas posaba con una pierna cruzada en la rodilla y las manos entrelazadas encima, una tímida sonrisa y, como contrapunto al clasicismo de un traje oscuro sin corbata y una pulcra camisa blanca, el pelo largo plagado de mechones rubios hasta el cuello; tenía un atractivo más similar al de un surfista que al de un joven aristócrata. Con un semblante adolescente risueño, situado al lado de Patricia, Tristam vestía un pantalón claro y una camisa blanca. Él y su hermana eran los únicos que no miraban al frente; los dos atentos a James.

Alex reconoció a su padre muy contento, empezó a llamarlo, aunque Nicholas estaba parado junto a Gordon contemplando por primera vez con otros ojos un cuadro que había visto muchas veces los últimos dieciocho años.

—Lo echas mucho de menos ¿verdad?

Gordon sonrió ligeramente, incapaz de pronunciarse, sus ojos brillaban con tristes lágrimas conteniendo un dolor nostálgico delante de la imagen serena de su mejor amigo durante toda una vida.

—Este era vuestro abuelo —dijo cuando pudo hablar manteniendo el tipo.

Nicholas le echó el brazo por el hombro, acompañándolo en la emoción, comprendiendo que los niños todavía eran demasiado pequeños para entender, pero algún día conocerían a través de ellos la figura de James Finch-Hutton. Él se encargaría de proteger intacto un valioso legado y unos recuerdos maravillosos. Con su desaparición,

Nicholas asumió ser un digno sucesor; era un honor y un deber transmitírselo a sus hijos, y trataría de cumplir, pese a que algunas personas lo vieran como un cambio de opinión por su parte; simplemente había llegado la hora de ejercer como VIII duque de Salisbury.

Bastante incómoda, Charlotte los vio subir la escalera, sintiendo el minucioso repaso de la directora, que inspiraba un lado muy cínico en su mente y colmaba su paciencia a una velocidad de vértigo. Ese día, habituada a las constantes carreras detrás de los niños, se puso un vestido blanco entallado con unos bolsillos muy prácticos y unos zapatos beige planos.

—Estás muy guapa —comentó amable Giselle.

—Gracias. —Charlotte no quiso halagar el atuendo de ella: una falda lápiz roja demasiado estrecha para su tipo y una camisa clara muy insulsa; no le gustó, le pareció hipócrita hacerlo solo por cortesía; presentía el doble juego que la mujer estaba manteniendo y no le apetecía tener un trato más cercano—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Muy bien. Liados —respondió con una sonrisa—. ¿De cuánto estás?

—De dieciocho semanas.

—Cuánto has engordado —exclamó demasiado asombrada.

—Lo normal.

—Pues se te nota bastante. —Giselle torció los labios y añadió—: Debe ser complicado atender a los gemelos, el trabajo, y la casa.

—Lo tenemos muy bien organizado. Mi marido ayuda mucho.

—No me imagino a Nick cambiando pañales.

Charlotte alzó las cejas, molesta por esa familiaridad.

—Hace tiempo que ninguno lo hacemos, aprendieron bastante rápido, pero te sorprenderías con Nicholas —dijo, remarcando la pronunciación del nombre, el diminutivo solo lo usaban los más íntimos y dudó que le hubiera dado permiso para hacerlo—. Te lo garantizo.

—Es una suerte para ti. No todos los hombres lo hacen y menos uno como él.

—Supongo, pero, aun teniendo ayuda, hay ciertas cosas que siempre hemos hecho nosotros. Nicholas y yo lo compartimos todo; absolutamente.

—No pongas la mano en el fuego nunca por un hombre.

La ironía de Giselle estaba basada en su propia experiencia y en la sutil arrogancia de Charlotte, que la dispuso a no filtrar esas palabras.

—Eso lo decidiré yo —dijo suficiente. Con una sonrisa dulce, añadió—: Y no solo pondría la mano por mi marido, sino que ardería

en el infierno.

—Eso es demasiado —afirmó cínica—. Pero cada uno puede hacer lo que quiera.

—Por supuesto. Todos tenemos opciones.

—Sí, es cierto. Cuántas más, mejor. En la variedad está el gusto.

—Claro —admitió apática Charlotte, cansada de tanto doble sentido—. Y cada uno tiene sus preferencias.

—Lo confirmo —dijo engreída—. A los hombres solo hay que saber llevarlos.

—Depende del destino. No todos se conforman con un viaje de cinco minutos.

—Supongo, pero hazme caso y no te fíes.

—Gracias, eres muy amable. Aunque prefiero pensar que no hay mujeres que se abran de piernas delante de un hombre para conseguirlo, aparte, del poco aprecio que deben tenerse, me parece indigno, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa—. Eso sí, te doy la razón no solo por los hombres, también por las mujeres; no se debería poner la mano en el fuego por nadie, nunca sabes las sorpresas que algunas personas pueden darte.

—Está claro. A algunos enemigos no se les ve hasta que no están encima.

Giselle hablaba de algunos compañeros charlatanes que propiciaron su salida del Regency.

—No sé qué decirte. Todos tenemos un sexto sentido para advertir el peligro.

—Es posible —dijo distraída Giselle, fingiendo una sonrisa—. Lo siento, pero debo dejarte, estamos a tope con la cena benéfica.

—Muy bien. Nos vemos otro día.

Charlotte hizo una mueca de disgusto en cuanto salió. Contenta por no haberse amilanado y también enfadada con Nicholas por permitirle tanta proximidad. El resto del día lo pasó haciéndose la loca con los niños, hablando con algunos empleados que siempre la saludaban con mucha corrección o directamente esquivándolo.

Regresaron a Wells por la tarde, Maggie ayudó a Charlotte con el baño de los gemelos, mientras Nicholas fue a los establos a comprobar el estado de la yegua preñada de Tristam, que lo mantuvo inquieto por la tarde y ausente durante el trayecto. Llevaba ocupándose de ella dos años; su amor por los caballos era conocido por todos, tenía espacio y recursos, pero por su carácter protector se preocupaba demasiado, incluso más que el propietario, relajado sabiendo que él

estaba al mando de la situación.

Con unas cómodas mallas negras y una camiseta blanca amplia, Charlotte se sentó con Maggie en el borde de la bañera. La mujer, perspicaz como nadie, notó la seriedad en un rostro contrariado que conocía, intentando camuflarla entre palabras cariñosas y juegos con sus hijos.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —respondió Charlotte, girando la cabeza con una sonrisa triste.

—Claro, me lo creo. Cuéntamelo.

Charlotte suspiró cansada terminando con Henry, lo envolvió en una toalla y salió hacia el dormitorio de matrimonio, el que normalmente usaban para cambiarlos después del baño; les era más cómodo y cálido, siempre tenía la chimenea encendida y la cama era mucho más amplia para que las dos pudieran manejarse con libertad. Maggie la siguió con Alex, al momento empezaron a ponerles los pijamas y Charlotte se decidió a desahogarse, a fin de cuentas era la única que iba a prestarle atención.

—La directora del hotel se está poniendo pesadita con Nicholas.

—¿Giselle? ¿Cómo?

—La misma —reconoció volviendo a suspirar de manera más profunda—. La he visto en varias ocasiones con gestos demasiado íntimos. Seguramente son tonterías mías. —Charlotte movió la cabeza despacio—. Bueno, al menos eso pensaba hasta hoy.

—¿Por qué?

Maggie se sentó en la cama con Alex en el regazo.

—Primero la he visto cogida a su brazo, muy zalamera —comentó sonriendo con ironía—. He hablado con Vicky y me ha dicho que a veces le pregunta por él.

—Tampoco parece para tanto. A lo mejor llevaba tacones y no podía andar bien.

—Siempre los lleva, está acostumbrada. Además, que no, Maggie —dijo convencida—. Solo lo hace con él. En el funeral, el dedito; otro día, la manita. ¿Qué será lo siguiente?

Maggie la observó extrañada, sin entender muy bien qué había visto.

—Cuando dices “dedito” y “manita”, ¿dónde los tenía?

—En las de él. Le pasó el dedo así.

Le acarició la mano con el mismo gesto.

—Hombre, no es algo que uno suela hacer si no se tiene intimidad. ¿Sospechas que tienen un lio?

—No. Pero porque él no se entera.

—O no quiere enterarse porque no le interesa —afirmó sonriendo con una cálida palmada en la mano—. Si hay algo que tengo claro, es que solo tiene ojos para ti, así que deja de preocuparte por algo que no va a pasar.

—No es solo eso. Es que no quiero verla haciéndole esos gestos, me molesta. Me parecen inapropiados, yo nunca se los he hecho a ningún amigo, y menos si estaba casado. No entiendo a Nicholas, no se da cuenta.

—A lo mejor sí lo nota, pero lo transige para no ponerla en evidencia.

—Ya, pues yo me siento ridícula si lo veo paseando con otra mujer del brazo mientras estoy presente con los niños hablando con su hermana. Me imagino que a él también le molestaría si fuese al contrario.

—Díselo.

—Una vez lo hice, cuando la pillé con la manita. Me dijo que fue un gesto amistoso y le quitó importancia.

Al ver que todo seguía su curso natural, Nicholas volvió más tranquilo de los establos. La inquietud de Lewis fue motivada por la inminencia del parto, aunque el veterinario aseguró que solo habían sido unas contracciones aisladas preparándole el cuerpo.

Subió rápido la escalera, frenó al escucharlas hablar y se detuvo antes de entrar en el dormitorio, intentando distinguir las palabras de Charlotte. El cansancio aumentó la incomodidad que sintió esperando paciente, indignándose por momentos; no era lo acordado entre ellos; primero hablaba con él, no con Maggie.

—Charlie, no le des más vueltas, Nick no te está engañando con nadie.

El escritor elevó las cejas con un gesto irónico por la defensa de su querida archienemiga.

—Me ha dicho que estoy gorda —comentó Charlotte, ajena a los ojos abiertos de par en par de Nicholas, enfadándose al notar su inseguridad. Con una risa torcida, negó con la cabeza y añadió—. Es una cínica. Y ha tenido la desfachatez de decirme que ella no pondría la mano en el fuego por ningún hombre.

Al escuchar esto, Nicholas no quiso saber nada más.

—Hola, ya he vuelto.

Entró decidido sin mirarlas, directo al baño. Disimularon el sobresalto por la interrupción, reaccionando con rapidez.

—Voy a preparar la cena.

Maggie se levantó y dejó a Alex junto a Henry en la cama.

—Vale —dijo Charlotte recogiendo las toallas—. Ahora bajo.

—Maggie, llévate a los niños, por favor.

La voz le llegó rotunda, en cambio, no vio a Nicholas cuando habló. Hizo una mueca de asombro viendo la resignación en el rostro de Charlotte, bajó a los niños de la cama y dándole una mano a cada uno, salió acatando la orden de su papá; el tono no auguraba una conversación serena con mami, más bien, supo que pronto Beethoven empezaría a sonar.

Charlotte permaneció sentada en la cama mirando la puerta entornada del baño, escuchó el agua correr en la ducha, pero no sucumbió a la tentación de acompañarlo. Esperó unos minutos hasta que reapareció con el pelo chorreándole por los hombros, dejándole también algunas gotas en la cara, cogió unos calzoncillos del vestidor paseándose desnudo, ignorándola, y se los puso.

Harta de esa actitud, Charlotte se levantó con la intención de marcharse.

—¿Adónde vas?

—A darle la cena a los niños —contestó en la puerta, de espaldas a él.

—Maggie lo hará. Primero tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—No quiero hablar —afirmó, girándose despacio.

Nicholas ladeó la cabeza esbozando una lenta sonrisa.

—No vas a salir —dijo rotundo, advirtiéndole de su humor—. No quieres hablar conmigo, con Maggie no has tenido problema.

—Ella me ha preguntado.

—Muy bien, pues ahora lo hago yo. ¿Qué pasa?

Dejándole claro también su enfado, Charlotte levantó la cabeza y acortó los metros que los separaban.

—Estoy cansada.

—¿De qué?

—De Giselle, no la soporto. Será muy buena profesional, pero los gestos que tiene contigo en público son inapropiados.

—¿Qué gestos?

—No te hagas el tonto —advirtió tranquila—. No quiero pensar qué hará cuando estéis a solas.

—¿A solas? —preguntó negando con la cabeza—. No me lo puedo creer ¿De verdad piensas que hay algo entre ella y yo?

—No. Creo que no hay nada, pero porque tú no quieres. Por ella estoy convencida de lo contrario.

—Gracias, —Sonrió irónico—, por el voto de confianza.

—Es cierto, se la ve a leguas. Dudo mucho que no te hayas dado cuenta.

—Muy bien, pues sigue confiando en mí —dijo categórico. No quiso valorar con ella su opinión sobre Giselle, no iba a arreglar nada si le decía que era consciente y que su comportamiento era amable para no ponerla en evidencia—. Ni hay, ni nunca va a haber nada entre nosotros.

—Perfecto, pero no quiero tener que aguantar verla contigo como si fueseis los mejores amigos del mundo cuando no es así.

—¿Por qué dices eso?

—¿Estás ciego? —Perdiendo el control del temperamento—. ¿Cuántas mujeres te acarician la mano? ¿Cuántas se pasan el día enganchadas a tu brazo? Por favor, cariño. Al principio creía que era así con todo el mundo, luego, vi que no, y hoy, entre el paseo tan divertido que habéis dado, lo que me ha contado Vicky y su insinuación de que todos los hombre sois infieles, me ha abierto totalmente los ojos y ha acabado de confirmarme el presentimiento que tuve al conocerla .

Nicholas la escuchó muy atento comprendiendo esos temores.

—¿Qué te ha contado mi hermana?

—Giselle le ha preguntado varias veces por ti, incluso se ha interesado por saber si yo tenía intención de volver a Egipto.

Charlotte rió sin ganas.

—¿Por mí? ¿Qué le ha preguntado?

—Intentaba averiguar por dónde te mueves en Londres.

—¿Qué le has contando a mi hermana?

—Nada, ella también os ha visto andando. No me ha hecho falta decirle nada.

—No entiendo a qué juega. Conmigo suele ser correcta.

—¿Suele ser? —preguntó frunciendo en ceño.

—No lo malinterpretes, por favor.

—Ese es el problema. Todo el mundo percibe la intimidad que tenéis. Eso es lo que me molesta, que probablemente se esté malinterpretando.

—Perdóname, no sabía que daba esa impresión. —Nicholas le rodeó la cintura con los brazos—. Lo siento, mi amor.

—No me vale, cariño. No voy a consentir ninguna falta de respeto por su parte, por la tuya, menos. Espero haber hablado claro.

—Muy claro.

Le dio un tierno beso en los labios, lamentando ser el causante de ese desasosiego. Mantendría mejor las distancias con Giselle porque no quería envenenar su matrimonio con rumores infundados.

—Siento ser tan brusca, pero necesito que lo entiendas. Supongo que a ti te pasaría lo mismo.

—No estoy seguro de qué pasaría si fuese al contrario —admitió, dándole un beso en la frente—. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Gracias.

—De nada —susurró lamiéndole el labio.

La estrechó a su cuerpo hasta clavarse la barriga y los pechos en el torso desnudo, el deseo lo puso muy duro y con movimientos lentos dejó que su miembro la excitara.

—Tenemos que bajar.

Charlotte liberó su boca de una intrépida lengua abusona.

—No quiero.

Con las manos en unas nalgas suaves, Nicholas la subió unos centímetros, justos para un roce perfecto.

—Relájate un poco.

A Charlotte tampoco le apetecía parar, pero no era el momento y su carácter estricto empezó a dominar la situación. Tras unas caricias, se apartó con un beso cariñoso en los labios. La cena era la única comida que no perdonaba darles si podía hacerlo. Y en el campo las rutinas diarias eran inamovibles, los horarios infantiles se respetaban y ellos se aguantaban las ganas hasta que los niños se dormían.

Con la moral muy alta, imaginándola solo para sus ávidos sentidos, Nicholas se consoló sabiendo que era cuestión de una hora, a partir de ahí, su mujer iba a vivir la manera tan creativa que se le había ocurrido para pedirle disculpas; tenía previsto una noche memorable.

CAPÍTULO VIII

Salisbury, Inglaterra
30/3/2013

El jardín de Ivory lleno de cálidas y luminosas antorchas invitaba a soñar en una noche fría llena de buenos propósitos. La fiesta estaba en pleno apogeo cuando Nicholas subió al improvisado escenario, perfectamente vestido con un esmoquin negro.

Gracias a las donaciones, la Fundación ayudaba de manera directa a niños que después de pasar por el hospital necesitaban asistencia continuada y sus familias carecían de recursos para atenderlos. Los valiosos contactos de James con empresarios y políticos persuadieron a otros, sumándose una cantidad considerable de amigos, que prestaban su imagen, hacían donaciones o colaboraban como voluntarios en la sede de Londres.

Charlotte había elegido un vestido negro con un escote profundo hasta el inicio de los pechos, una cintura muy baja ocultándole la barriga y muchos pliegues de seda negra brillante hasta los pies. Esa misma tarde, Nicholas le regaló unos pendientes de perlas, visibles gracias al recogido en un moño bajo a un lado de la cabeza; junto al escarabajo, eran las únicas joyas que lucía.

Tras un breve discurso, Nicholas llamó al grupo de profesionales que de manera vocacional demostraban su implicación realizando las visitas a domicilio o ayudando en la rehabilitación de los pequeños. Muy sonriente, los nombró uno a uno, detalló parte del trabajo que hacían y les entregó unas placas conmemorativas en agradecimiento a su encomiable labor. Hubo unos aplausos entusiastas, recordó a los asistentes la rifa que tendría lugar más tarde y habló con alguien oculto entre sombras, en un rincón del escenario.

Charlotte creyó que había finalizado, pero Nicholas le dedicó un guiño simpático y volvió a situarse delante del micrófono.

—Queridos amigos, me gustaría enseñaros el regalo que hemos recibido desde un lugar muy especial para todos los que creemos en este proyecto, y en especial para mi esposa —comentó muy relajado. Subieron dos chicos portando un relieve de unos tres metros de largo y más de uno de alto, en cobre, con la imagen de una mujer dando la

mano a una niña pequeña, detrás habían representado las pirámides de Meroe y tenía grabado el nombre de Sarihsa y Charlotte. El brillo dorado del metal destelló con los focos como unos rayos intermitentes, similar a la luz del desierto en los atardeceres, y provocaron un recuerdo nostálgico que llenó de lágrimas unos ojos que no deseaba ver tristes. En cuanto terminaron los chicos, Nicholas sonrió, buscó con la mirada detrás del escenario y dijo—. Les presento al doctor Ahmad Morsi. —Incitó a Ahmad a acompañarlo, se estrecharon las manos y señalando el relieve, añadió—: Artífice de esto, un excelente anfitrión, y un querido amigo para mí y mi familia.

Charlotte aplaudió, mezcló una risa feliz con lágrimas, ese bonito detalle ocuparía un lugar especial en su corazón. Su colega consiguió sorprenderla, tras un año sin verlo, estaba pletórico y aparentaba ser quien era: un gran señor árabe, un excelente compañero y un entrañable amigo. Su imagen atractiva era la misma: una piel bronceada, una perenne sonrisa con los dientes muy blancos, y, quizás, más canas en su cabello negrísimo; algo a lo que se estaba acostumbrando en Nicholas, que cada vez tenía más en las sienes. Para ella solo aumentaban el carisma de Ahmad, uno de los hombres más interesantes y divertidos que había tenido el gusto de conocer.

Vestido con un esmoquin impecable, fiel a su costumbre occidental, resaltaba una elegancia innata. Se acercó al micrófono sin timidez, miró a los presentes con aquellos ojos negros penetrantes, tenían la cualidad de verlo todo, y carraspeó antes de empezar, no sacó ninguna chuleta con la seguridad escrita en la expresión.

—Buenas noches —dijo con un vibrante y característico siseo—. Es para mí un privilegio poner un pequeño granito en la obra tan loable que realizan nuestros amigos. Hace dos años, una mujer me enseñó la fortaleza de su voluntad crecida ante una situación adversa que yo desconocía y, para no preocuparme, en ese momento, no compartió conmigo. Esa misma persona, de manera desinteresada, dedica parte de su tiempo a paliar una situación en niños que a ella y a mí, gracias a otra niña, una princesa que vivió hace muchos siglos con un problema parecido, nos brindó la oportunidad de trabajar juntos y conocernos.

»Solo puedo dedicarle palabras de admiración y ofrecerle, al igual que todos ustedes, mi colaboración para lo que ella considere necesario. Cuenta conmigo doctora Wolf, es un placer ser tu amigo. Muchas gracias a todos. *Shokran Gazillan*, Charlotte.

Acompañada por sus padres, Charlotte le dedicó una ligera inclinación con la cabeza y emocionada pronunció esas mismas palabras, sin voz. Desde que Ahmad empezó a hablar, Nicholas se

había colocado a su lado con un brazo cariñoso en sus hombros. Avergonzada por un aplauso que consideraba inmerecido, echó la cabeza hacia atrás buscando la protección de Nicholas, que le besó el cabello sonriendo, admirándola aún más.

Unos minutos más tarde, pudo hablar con Morsi después de que él recibiera los saludos de algunos miembros que también eran patrocinadores del museo.

—Qué alegría verte —dijo Charlotte con un cálido abrazo.

—Lo mismo digo. Estás preciosa.

El embarazo le sentaba muy bien y con su recorrido visual, Morsi lo confirmó con una amplia sonrisa, que no molestó a Nicholas, conociendo la sincera amistad existente entre ellos, de la que era partícipe. Se pusieron al día con una amena conversación, plagada de complicidad y chistes que Ahmad contaba para deleite de Charlotte, haciéndola reír con una habilidad ganada a base de práctica y de una personalidad arrolladora.

Sarah acompañada por Jean, se aproximó sin que Nicholas dejara de observarla con una mirada dura y una expresión seria. Estaba muy atractiva con un vestido gris metalizado y escote palabra de honor, muy sugerente; alejando viejos complejos, trayendo confianza para sentirse a gusto consigo misma.

—Hola, a todos.

Los saludó con una ligera sonrisa. A Charlotte y a Ahmad los besó en las mejillas sin hacer ademán de repetir con Nicholas; percibió rechazo y no pretendía molestarlo con un afecto que, claramente, él no tenía intención de corresponder; no quiso reprocharle nada; entendía que Tristam era de su sangre, lo quería; y ella no estaba nada orgullosa de su comportamiento.

Jean y Ahmad se saludaron amigables, tenían una buena relación profesional y un respeto mutuo. En cambio, Nicholas le estrechó la mano con un parco saludo, no muy alejado de su comportamiento habitual con él, más frío, dentro de lo que cabía esperar.

—Pareces un modelo, Jean —dijo Charlotte risueña.

—*Pas plus que vous* —afirmó condescendiente. Sabía que su compañera agradecía el francés, que le recordaba a su abuelo y practicaban muchas veces, Morsi era un políglota consumado, con Sarah no iba la cosa y, de paso, provocaba a Nicholas, su animadversión era mutua—. Estás guapísima.

—*Merci.* —dijo Charlotte. Jean con esmoquin estaba muy elegante, y solo trató de suavizar el áspero recibimiento de su marido, consiguió lo contrario. Lo vio perfectamente tensar las mandíbulas, acribillándolo despiadado—. Deberías cuidar más tu aspecto, ganas

mucho.

—¿Me disculpáis?, por favor. —Nicholas se excusó con suavidad, dominando la malaleche que lo iba a disparar si no ponía algo de distancia. Sorprendido al escucharla declarar su admiración a otro hombre delante de él. Menos, si era el causante del abrupto final del matrimonio de Tristam—. Tengo que saludar.

Se alejó unos metros, suficientes, uniéndose a un corrillo de invitados, alegres por la interrupción, recibiéndolo de manera cordial.

—Habéis hecho un trabajo excelente, Ahmad —dijo Jean—. Parece sacado de algún palacio. Me ha gustado mucho.

—Gracias, lo han hecho usando las mismas técnicas de hace dos mil años.

—No lo esperaba. —Charlotte le tocó el brazo cariñosa—. *Shokran.*

—No las merece —dijo Ahmad contento—. Lo hemos hecho con mucho gusto.

—A mí también me ha parecido un detalle precioso —reconoció Sarah.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Ahmad casual.

Sus tres acompañantes cruzaron una mirada rápida y cambiaron el semblante amable por otro más serio.

—Nos hemos divorciado.

—Lo siento. —Ahmad lamentó la curiosidad—. No lo sabía, a veces soy un poco bocazas.

—No pasa nada. —Sarah negó con la cabeza y lo tranquilizó al notarlo agobiado—. No te preocupes.

—¿Quieres bailar? —preguntó Jean atento a ella.

—Sí, gracias.

Charlotte esperó a que se alejaran para retomar la conversación con Ahmad.

—Está saliendo con Jean.

—Vaya… ¿Cuánto tiempo han estado casados?

—Un año, más o menos. Mi cuñado está hecho polvo.

—Siempre uno sufre más —afirmó seguro—. ¿Cómo lo llevas esta vez? Nicholas me ha dicho que es una niña.

—Sí —afirmó sonriendo—. Estoy muy bien y con los gemelos tampoco me da tiempo a pensar en nada.

—Me lo imagino. Esta noche me quedo aquí, y mañana si no tenéis otros planes podemos comer juntos y así los veo.

—Perfecto, se lo diré a Maggie para que haga algo especial.

—Si quieres te enseño a hacer algún plato.

—No sabía que cocinabas, qué callado te lo tenías —dijo sorprendida por un descubrimiento que la impresionó porque

desmentía algunas creencias generalizadas machistas sobre los musulmanes, y evidentemente, no todo el mundo es igual—. Eres un partido a considerar. ¿Cómo andas de novias?

—Sin nada en el horizonte. Estoy esperando a mi mujer perfecta.

—¿Nunca has querido formar una familia?

—No. Hace unos años me lo planteé, pero no he vuelto a tener pareja estable.

—Supongo que cuando menos lo esperes, encontrarás a esa mujer.

—Mejor que me encuentre ella a mí —dijo irónico—. Con buscar momias tengo bastante.

—Por cierto, ¿con quién has hablado para poder alojarte aquí?

—Conozco al duque —afirmó rápido, muy serio. Al instante, apretó la frente, mirándola extrañado, aunque Charlotte ya lo conocía y esperaba la broma disimulando una sonrisa—. ¿Tú no?

—Me suena, pero no gozo de tus privilegios.

Charlotte giró la cabeza, buscándolo entre los invitados. Al descubrirlo bailando con Giselle, se detuvo bloqueada, sin entender una postura ambigua que consiguió aguarle la noche de inmediato.

—Charlotte, —Ahmad le notó la palidez—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona, me he despistado.

—¿Quieres bailar? No soy muy bueno, pero puedo intentarlo.

—Por supuesto.

Le cogió el brazo esbozando una sonrisa encantadora, se unieron al resto de parejas y empezaron a moverse al ritmo de la suave melodía de un bolero. En cuanto atrapó a Nicholas con los ojos, él comprendió su enorme error al aceptar bailar con Giselle, que usando un tono bromista, aprovechando la presencia de otros invitados, lo azuzó descaradamente y por no ser grosero, aceptó; sin calibrar las consecuencias que prometía el topacio a punto de licuarse en una cascada ardiente con capacidad para chamuscarlo a esa distancia.

—¿Te pasa algo?

—No —dijo Charlotte. Pensó unos segundos y comentó seria—. Ahmad, si bailas con una mujer que habitualmente te ronda y ella te toca la nuca. —Probando sus palabras, Charlotte lo acarició igual que Giselle estaba haciendo con Nicholas—. ¿Qué piensas?

—¿Estás de broma?

—No —respondió mirándolo a los ojos—. Es una gran duda que tengo.

—Doctora, doctora, ¿qué te pasa?

—Contéstame, por favor.

—Vamos… —Ahmad sonrió con todo el rostro—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que tengo la puerta abierta?

—Exacto —aseguró rotunda, añadió llena de cinismo—: Eso es lo que quería oír de un hombre, sinceridad.

—Estás muy rara.

A no mucha distancia de ellos, Sarah bailaba seducida por la voz de Jean cuando Tristam pasó cerca hablando con Patricia y Gordon. De los tres, a su exmarido fue al único que se le olvidó sonreír con cortesía. Para ella siempre había sido el más informal de los Finch-Hutton, pero allí lo confundió con un noble desconocido, rezumando despotismo. Aquella apariencia distinguida aumentaba con un esmoquin negro, dándole a sus andares una arrogancia esbelta, añadiendo todavía más contradicción a unos sentimientos hacía él que no la abandonaban. Aunque con la mirada despectiva echando chispas que últimamente le reservaba, la convenció del odio que sentía. Sarah se preguntó si estaría muy alejado del amor incondicional que quiso recuperar antes de la debacle de su matrimonio.

Tristam se giró, ignorándolos, como tenía previsto hacer cada vez que los viera, a pesar de tragarse su orgullo presenciando a otro abrazándola, a pesar de que ese otro fuese el causante de su situación, a pesar de tenérsela jurada. Se despreció a sí mismo, empezando a reconocer que pasaría algún tiempo enamorado hasta que su cabeza decidiera olvidarla; un día que ansiaba llegara ya, pero desafortunadamente debía seguir esperando amargado.

Patricia le cogió el brazo, en connivencia con Gordon, que se excusó y los dejó solos para saludar a unos amigos, siguiendo la petición silenciosa de intimidad que le rogaron unos ojos azules sin secretos para él.

—¿No me vas a sacar a bailar?

—No estoy de humor, mamá, por favor.

—Lo sé, pero quiero bailar contigo.

—No te ofendas, de verdad. No me apetece.

Patricia le acarició la cara, ninguno lo estaba pasando bien recordando a sus parejas. Ella no tenía remedio, pero su hijo era un hombre muy joven, atractivo, y no quería verlo despojado de su espíritu alegre por una mujer.

—Sé que no estás bien, date más tiempo, cariño.

—No te preocupes por mí —dijo inclinándose hacia abajo para besarla en la mejilla; si alguien necesitaba consuelo era ella—. Lo estoy asumiendo.

—Poco a poco, Tristam. Mira a tu hermano, se equivocó con Amanda, y nunca pensó que tendría otra oportunidad.

—Ya.

Por desgracia para él, siempre consideró a Sarah la mujer de su

vida y no tenía nada que ver con nadie; otra vez, ignorando sus deseos, debía admitir su error.

En un rincón reservado para el servicio, Max observó la figura delgada de Victoria con un vestido rojo espectacular, con dos aberturas en los lados, mostrando al andar parte de unas piernas bien torneadas. En la reposición que le pidió otro compañero, confundió una botella de vino tinto, absorto en una sensualidad a la que no estaba acostumbrado.

—Tío, esa no es.

—¿Qué?

Sus ojos estaban fijos en el rostro severo de Victoria acercándose a ellos.

—¿Qué ocurre, Dani? —preguntó incómoda por la mirada lenta de Max.

—Nada —dijo Dani rápido—. No te preocupes.

Todos los camareros habían notado el desequilibrio en el trato de Victoria hacia Max, que cambió la botella diligente y agradeció en silencio el detalle a Dani. No tenía claro por qué siempre arremetía contra él para descargar su frustración. Le atraía, pensó que fuera mutuo, pero no estaba dispuesto a tolerarle más humillaciones.

—Procura no cometer más errores —advirtió Victoria con dureza.

—No los habrá—dijo sumiso. Max sabía que era mejor no provocarla, tenía el palmarés repleto con sus amonestaciones, a veces totalmente injustas. Ella no se amedrentaba cuando tenía que sacar su vena más autoritaria, y él tenía un límite de tolerancia, a punto de estallar—. Descuida.

—Más te vale. —Negó con la cabeza—. Me tienes un poco harta.

—¿Disculpa?

—Haz bien tu trabajo —comentó borde, con sarcasmo añadió—: No hay que ser muy listo.

Hasta ahí. Se acabó. Renunciaba al trabajo, no le tenía miedo al esfuerzo, llevaba haciéndolo la mayor parte de su vida, con dignidad, sin ofensivas hirientes que lo dejaban en ridículo delante de sus compañeros.

—Eres una niñata engreída —escupió en voz baja muy enfadado.

—¿Eso crees?

—Sí. Lo afirmo. Lo has tenido muy fácil, ¿verdad, guapa?

—No te consiento ese tono. Dile a Dani que te sustituya porque esto lo vamos a aclarar ahora. Vete despidiendo del puesto.

—Perfecto. Paso de trabajar contigo, eres la peor jefa que he tenido nunca.

Cuando llegó el otro camarero, Max siguió a Victoria al interior del

edificio. La imagen distendida de los invitados, pasando una velada agradable, era opuesta al trajín que se respiraba dentro, un hervidero de idas y venidas del personal, ayudándoles a pasar desapercibidos.

Con un cabreo patente en todos los movimientos, Victoria se molestó más si cabe por la indiferencia de Max, al que no parecía importarle el despido. Abrió el despacho de Nicholas, entró y escuchó el portazo que él dio cerrando. En el centro de la habitación, durante unos segundos, se desafiaron inmóviles.

—Voy a hablar con Giselle de tu contrato, por mi parte, estás despedido.

—Te lo he dicho —dijo con chulería—. Paso de ti, princesa.

—¿Te da igual? ¿Ni siquiera vas a ser capaz de pedir disculpas?

—¿A ti? ¿Me las vas a pedir tú a mí?

—No tengo por qué hacerlo. Soy tu jefa, si te he molestado, lo siento. Siempre lo que te he dicho ha sido relacionado con el trabajo, nunca nada personal, en cambio tú me has insultado.

—No lo he hecho —dijo, acercándose a ella—. Te he llamado guapa y princesa.

Era muy alto y la intimidó su presencia segura y orgullosa.

—Y niñata engreída.

—Porque lo eres.

Victoria había ido dando pasos hacia atrás y sus nalgas toparon con la mesa, alzó la cabeza para mirar a Max, que sonreía de manera peligrosa.

—¿Qué pretendes? —murmuró inquieta.

Le sujetó la barbilla con firmeza, le recorrió el perfil de los labios con el índice, y un objetivo muy claro: probarlos de inmediato. Max inclinó la cabeza hacia abajo, tanteándola con la punta de la lengua, hasta que le pudo el deseo y la saboreó, feliz al comprobar la respuesta en unos gemidos entrecortados mientras le acariciaba el pelo con mucha delicadeza. Le notó la falta de experiencia y se retiró apabullado por la reacción desmedida de su propio cuerpo.

—Lo siento, no me quería ir sin comprobar si eran tan dulces como parecían.

—Aún estás aquí. Vamos a intentarlo de nuevo, si quieres.

—Muy bien, pero no toleraré más faltas de respeto. Si me tienes que decir algo, hazlo igual que a todos los demás.

—Lo mismo te digo, presta atención y no metas más la pata.

—Vale —dijo sonriendo—. ¿Cenamos mañana?

—No lo sé. Mañana lo decidimos.

A Victoria le estaba gustando más desde que lo había probado, se sintió deseada y fue una sensación maravillosa. Solo había tenido una

experiencia sexual plena, no muy satisfactoria para ella, así que, no era algo que echara de menos. Pero sintiendo la lengua voraz de Max, le recorrió un escalofrío intenso por el cuerpo que ya estaba añorando, y si tenían que trabajar juntos era mejor no complicarse la vida.

Evitando aludir al beso, salieron en silencio, volvieron a la fiesta y los dos se dieron espacio para sopesar qué había ocurrido. Nadie reparó en Max siguiendo los pasos de Victoria cuando hablaba con los invitados ni la vieron a ella intentando disimular sin perderlo tampoco de vista trabajando en la barra.

Charlotte se entretuvo escurriéndose de Nicholas cada vez que él se acercaba a cualquier grupo donde estuviese. Bailó con su padre, con Gordon, habló con Eric sobre una próxima visita y, sobre todo, evitó a su marido. No aguantaba más miradas altivas de Giselle, con los ojos tropezando insistentemente en los suyos, vio a Tristam junto a Patricia y se dirigió a ellos.

—Has hecho un trabajo espléndido —dijo Charlotte, mirando a Patricia.

—Gracias, cielo. Victoria y tu madre me han ayudado mucho.

Tristam notó el cansancio de Charlotte y fue una inspiración para él.

—¿Quieres que te lleve a casa? Me apetece conducir.

—¿No te quedas para la rifa? —preguntó Patricia.

—Preferiría que no —dijo Tristam, encogiendo la nariz—. ¿Te vienes?

—Sí. Maggie está con los niños y no me gusta que se quede tan aislada.

—Así os hacéis compañía —dijo Patricia antes de darles dos besos a cada uno—. No corras, cariño.

Salieron hacia el aparcamiento. Charlotte sabía que debía avisar a Nicholas, pero no le apeteció volver a saludar a las personas que encontrase hasta llegar a él, que seguía hablando sin prestarle atención.

—¿Cómo te va con el perro? —preguntó Charlotte tras subirse en el deportivo.

—Bien. Me gusta tenerlo.

Tristam le dedicó la primera sonrisa sincera de toda la noche.

—¿Estás mejor?

—Perfecto.

—Me alegro.

Tristam movió la cabeza afirmando, no añadió más. No tenía ganas

de reincidir en su vida; aunque, bien pensado, no le apetecía hablar de nada; seguía afectado por la felicidad de Sarah y el francés.

—¿Qué tal la soledad del campo? —preguntó Charlotte—. Al principio cuesta.

—Vengo los fines de semana y con *Solo* estoy muy distraído.

—Si es como *Brownie* me hago una idea —admitió resignada—. Tendrías que ver a los niños, se han olvidado del resto de juguetes, el perro es la estrella.

—¿Lo habéis vacunado?

—Sí, y le hemos puesto un chip. ¿Y tú?

—También, encontré una veterinaria en el pueblo. La semana pasada tuve que volver a ponerle la segunda dosis.

—¿Ah, sí? Nosotros no. Solo le hemos puesto una.

—¿Solo una? —Tristam se quedó pensando en si Diane lo habría engañado con la intención de volver a verlo. Al momento desechó la idea, recordando el trato indiferente que le dio cuando regresó a la consulta, ahí no vio ningún indicio de interés. Despreocupado comentó—. Ni idea, será de otra marca.

—¿Sales con tus amigos?

—Charlotte, sé que te interesas por mí, y te lo agradezco, pero no me apetece hablar. No quiero ser borde, ¿me entiendes?

—Perfectamente, era por hablar de algo.

Un rato después la música *new age* de una emisora local rompía el silencio que a ninguno incomodaba. Tristam percibió la ausencia de Charlotte, se sintió mal, extrañado porque su hermano la hubiese dejado volver sola y preguntó:

—¿Tú estás bien?

—Sí.

—Pareces triste. ¿No quieres hablar?

—No. Me pasa como a ti. Hay ciertas cosas que es mejor ni hablarlas, ¿para qué?

—Pues sí. Si no tiene solución para qué darle vueltas.

En cuanto Tristam la dejó en Wells, Charlotte comprobó que los niños dormían tranquilos, como Maggie. Fue a su dormitorio, se cambió el vestido por un camisón, desmaquilló y bajó a la cocina, donde se preparó un zumo de naranja, que se tomó al momento. Entró en el salón, cerró la puerta y, tras encender la chimenea, se sentó en el piano. Pasó unos minutos mirando abstraída las teclas, no era una hora apropiada para practicar su escaso y breve repertorio, aunque estaba intentando aprender y con enlazar varias notas se daba por

satisfecha.

De repente, escuchó la llegada de un vehículo, por la forma de entrar en el camino, derrapando, imaginó el humor del duque. Ni dos minutos después, unos pasos acelerados en el pasillo le indicaron una entrada inminente. La puerta corredera se abrió de golpe, Charlotte se giró para encontrarlo con los brazos extendidos sujetando las hojas, ajeno a la innecesaria molestia de disimular ni un poquito su cabreo, que para ella era indudable.

—¿Por qué no me has dicho que te ibas?

Nicholas dominándose, inconsciente de la transparencia que Charlotte veía en él. Durante el enloquecido trayecto de vuelta, una furia punzante creció en cada kilómetro que lo acercaba a su casa.

—Estaba cansada y no he querido interrumpirte.

—Si tienes que hacerlo, lo haces, pero no vuelvas a dejarme tirado.

Se acercó a ella, se sentó en el banco notando la tristeza de sus ojos, con la fuerza necesaria para amansarlo, aunque siguiera enfadado.

—Me voy a la cama —dijo Charlotte.

—Espera.

Nicholas la sujetó del brazo con rapidez, al segundo, retiró la mano despacio. Una mirada despectiva sugería que su irritación no era comparable al nivel de su mujer, lo superaba, lo camuflaba con suavidad, pero tenía una capacidad para dañar infinitamente mayor a la suya.

—Estoy cansada.

Charlotte se levantó y empezó a andar cuando Nicholas con agilidad saltó del banco, cerró las puertas impidiéndole el paso y la miró a los ojos intuyendo qué necesitaba oír.

—Siento haber bailado con Giselle.

—Peor para ti.

—No he tenido otra opción, me lo ha pedido delante de mucha gente. Si la hubiese rechazado la habría dejado en ridículo, no me ha parecido correcto.

—Por supuesto, ha sido preferible ignorarme a mí para bailar con ella.

—No lo he hecho, cada vez que me he acercado a ti, has salido huyendo.

—Si te parece, te aplaudo por lo consecuente que has sido con tu promesa.

—Te lo acabo de decir, no he tenido más remedio.

—Igual que yo. Solo me dejas la opción de no fiarme de tus palabras.

—¿Desconfías de mí?

Estaba tan cerca que Charlotte aspiró el olor a whisky de su aliento.

—¿Tú qué crees? Me prometes una cosa y a la primera de cambio lo vuelves a hacer.

El enfado empezaba a hacer mella en el escaso autodominio de Charlotte.

—No ha sido culpa mía. Tú también has bailado con Ahmad, he visto cómo le acariciabas el pelo.

—Estaba haciendo una prueba y sabes que no es lo mismo. No los compares.

—¿Una prueba de qué?

—Cosas nuestras.

No le dio más datos, se sentiría ridícula si le explicaba el porqué. Sin dejar de mirarla, Nicholas le recorrió desde las caderas hasta los muslos y metió las manos por debajo del camisón. La besó en los labios, primero despacio, luego se dejó arrollar por una violenta excitación que difuminó su cabreo.

—¿Qué cosas? —preguntó intrigado.

—Tonterías. Quédate quieto.

—No —dijo acariciándole el sexo, añadió susurrando—: Quiero esto.

—Te he dicho que te quedes quieto. Estoy cansada, de verdad.

—¿En serio?

Nicholas se apartó con un gesto suspicaz alzando las cejas, salieron en silencio y se dirigieron a su dormitorio. Mientras entró en el vestidor, Charlotte se metió en la cama mirando inmóvil el techo.

Salió en ropa interior y la vio en penumbra, su pelo dorado brillaba como el oro recubriendo la almohada. La observó como si de un cuadro se tratase, sin voluntad, hasta que el ruido de un tronco en la chimenea lo sacó de su aturdimiento. Se tumbó y le pasó una mano por el terso vientre, cada día más abombado, más cerca de conocer a su hija. Le subió el camisón y se lo besó muy despacio.

Charlotte no lo soportó más, cuando se ponía así solo podía ceder al poder que su fuerte cuerpo tenía sobre ella. Le pasó la mano entre el cabello, nunca lo volvió a tener tan largo como cuando se conocieron, pero ahora las puntas se le rizaban en la nuca y ella había recuperado el placer de tocárselo. En el último año le habían aparecido algunas canas y poco a poco le estaban plagando las sienes, si su apariencia cuidada era impecable, con ese nuevo detalle conseguía una madurez muy atractiva.

—Necesito que confíes en mí —rogó Nicholas besándole la

barbilla.

—Pues déjate de ambigüedades con ella.

—Nunca le he dado a entender nada más allá que cortesía.

Sosteniendo su peso con los brazos a los lados de la cabeza de Charlotte.

—Lo sé, pero algunas personas necesitan un poco de brusquedad para que no confundan las cosas.

—¿Quieres un poco tú ahora? —preguntó con picardía.

—No, prefiero tu versión suave. Por hoy, he tenido bastante.

Los pechos le asomaban por el escote del camisón, muy pálidos, con unos pezones sonrosados reclamando su atención, que gustoso prestó, con mucho esmero. Mecidos entre carantoñas, dulces arrumacos, y susurros se amaron sintiéndose uno parte del otro. Nicholas enterrado en ella se olvidaba de todo, solos los dos.

Al día siguiente en Ivory, antes de recoger a Ahmad, Nicholas tuvo una conversación con Giselle. Por su parte había finiquitado un problema que no quería tener con Charlotte. Advirtió la amenaza velada de Giselle, y se reafirmó en su postura. Nadie lo iba a coaccionar por muchos contactos que tuviera, y no era el caso. La despidió sin consultárselo a su familia, aunque tenía claro que Victoria asumiría con entusiasmo el nuevo papel que iba a jugar.

En Wells pasaron un domingo relajado, aguado, pero muy familiar. Con una excelente comida que Ahmad preparó bajo petición de su amiga, con antojo de probar otra vez los sabores árabes. Con la colaboración de Maggie, hizo una *pastela* bajo la mirada interesada de las dos. Luego, tras comerla, todos alabaron sus dotes culinarias con apasionados comentarios.

—La próxima semana intentaré hacerla —dijo Charlotte optimista.

—Sí, cariño —añadió Nicholas con la mejor intención, sin advertir los ojos azules entrecerrados y el ceño fruncido de Maggie, mirándolo a través de las gafas. Risueño, se sentenció—. Yo te ayudo.

—Mejor la ayudo yo —dijo Maggie rayando el sarcasmo—. Usted tiene vetado el paso.

Ahmad miró la sonrisa divertida de Charlotte, no entendió a la asistenta ni la expresión contrariada de Nicholas.

—Lo que tú digas.

En ese momento Nicholas no quiso empezar otra contienda, ya tendría tiempo de recordarle su música favorita.

—¿Te gusta la cocina? —preguntó Morsi a Nicholas.

—Sí, mucho.

—Se le da muy bien.

Charlotte lo reconoció complaciente. Mientras, Maggie negando con vehemencia la cabeza mostraba su disconformidad.

—¿Tienes algo que objetar? —preguntó Nicholas, lanzando un desafío.

—No. —Maggie indiferente encogió los hombros—. No he tenido el placer de probar sus creaciones. —Viendo los ojos entornados de Nicholas, sonrió, y, en ese preciso instante, él comprendió que iba a atacar—. Me han comentado que son elaboradas y hasta un poco arriesgadas.

—Yo prefiero la cocina tradicional —afirmó Ahmad.

—Sí —dijo Nicholas—. Yo también.

—Pensaba que te gustaba la cocina creativa —añadió Ahmad confuso.

—Maggie no habla de arriesgar en la elaboración de la comida —explicó Charlotte amagando una sonrisa, observó a Nicholas, que esperaba el toque de gracia—. Él arriesga su propia vida haciéndola.

—Una vez cometí un error —dijo resignado. Dedicó un mohín irónico a su mujer y a Maggie, que se reía sin pudor—. Y desde entonces sufro mi penitencia.

Poco después aprovecharon la tregua de la lluvia, Nicholas fue con Morsi a los establos y le enseñó los caballos. Admiró a los dos árabes con el pelo castaño oscuro y brillante. Eran altos, con el hocico un poco sonrosado y muy buen carácter. Disfrutó viéndoles el porte elegante, con fuertes patas y un cuello arqueado altivo y orgulloso. Se dejaron acariciar de buen talante, mostrando su nobleza y lo acostumbrados que estaban a recibir mimos de su dueño.

—Es una de las razas más antiguas del mundo —dijo Ahmad, tocando la espalda de uno de ellos.

—Sí. Pero aparte de eso, son muy sensibles y tienen mucho aguante. Me gustan mucho, junto a los pura sangre son mis favoritos.

—En algunos países de oriente medio siguen haciendo carreras por el desierto con ellos.

—Estos no compiten. Quiero emparejarlos dentro de unos meses y dedicarlos a la cría. Tienen un pedigrí estupendo.

—Son preciosos. La próxima vez que vengáis os presentaré a un criador que conozco. Te gustará.

—Tardaremos unos meses en ir.

—Lo sé. Charlotte no quiere volver al desierto, por más que la hemos tentado, siempre lo rechaza.

—¿Cuántas veces se lo habéis propuesto?

—Cuatro. Pero tanto ella como Blanchet no están interesados.

—La última vez que hablamos, le dije que aprovechase ahora que los niños son pequeños. Sabe que a mí me da igual trabajar aquí o en cualquier otro sitio, pero presiento que para ella es complicado volver.

—Sí, creo que le trae malos recuerdos y supongo que ahora con el embarazo ni se lo plantea.

—No, ahora sí que no irá. Te lo garantizo.

—Mejor para ti, así tienes más tiempo para practicar mi lengua. ¿Cómo la llevas?

—De escándalo. Una palabra al mes.

—No está mal, cuando te jubiles podrás decir una frase larga.

—Pero que sea fácil, por favor.

Regresaron con buen humor, bajo la promesa de la vuelta de Ahmad durante las vacaciones de verano. Se habían descubierto y la admiración entre ellos los llevaba a profundas conversaciones, donde se interesaban por las opiniones del otro. El doctor Morsi encontró buenos amigos con quienes tenía intención de continuar relacionado. Charlotte no lo sabía, hasta que no hablase con Knight y Essam confirmándolo no pensaba decírselo, pero si las cosas seguían su curso, el próximo año se incorporaría en el museo londinense como experto agregado en la sección de Egipto. Le apetecía salir de El Cairo, añoraba vivir en Europa, era una gran oportunidad para retomar la investigación y descansar del ajetreo de las excavaciones, aunque tarde o temprano el gusanillo del desierto regresara con más fuerza.

Solo olfateaba distraído por el bosque de Amesbury con su amo pendiente a sus movimientos. Esos paseos le devolvían a Tristam algo de calma, rodeados de árboles silenciosos que moviendo sus ramas con las rachas del viento, rompían con ruidos susurrantes su soledad. Se avecinaba una buena tormenta, nubes oscuras agoreras advertían la considerable cantidad de agua a descargar dentro de muy poco tiempo.

—¡*Solo*!

El cachorro llegó corriendo y anduvieron rápido hasta salir al prado que llevaba a la casa. Al cruzar la carretera, vio a Diane guardando algo en el maletero de la furgoneta blanca que usaba en las visitas a domicilio. Tenía en las puertas un divertido logotipo, un perro sabueso con un termómetro en la boca. Esbozó una sonrisa, pensando con ironía en felicitar al lumbreras que lo hubiese diseñado, por el abuso de creatividad; debió quedarse exhausto.

—Hola.

Tristam la saludó de manera amigable pasando por su lado.

—Qué hay. —Diane le echó una mirada rápida—. Hola, *Solo* ¿Cómo estás?

Tristam percibió la diferencia de tono que había usado. El del animal fue infinitamente más cordial. Hasta a los perros los trataban mejor que a él. «Perfecto». Si ya tenía clara su actitud, lo acababa de convencer, descartando la idea que le había rondado de insistir en invitarla; tras el seco saludo, prefirió seguir ignorándola.

—Hasta luego. Vamos, *Solo*.

Se alejó apresurado por unos goterones seguidos que iniciaron la lluvia prevista. En cuanto llegó a la casa, Tristam se desnudó y duchó, planeando una velada hogareña que le permitiera disfrutar de esa paz que allí encontraba. Poco después, se vistió con un pantalón vaquero y una camiseta blanca, presenciando que la tormenta arreciaba con agresividad contra las ventanas, el impacto del agua chocando retumbaba en el dormitorio y anulaba cualquier visión. Bajó a la cocina satisfecho con las mejoras que estaba haciendo, cada día era más confortable e invitaba a no salir.

Cenó un poco de queso acompañado de una copa de tinto, encendió la chimenea y se sentó en su rincón favorito del salón con un libro, mientras, el perro se entretenía con un hueso de cuero.

El sonido de un vehículo aparcando en la puerta, lo sacó de su apasionante historia ficticia; el segundo libro de su hermano con intriga y suspense. Si el anterior le gustó, ese lo estaba dejando impactado. Tendría que hablar con él para felicitarlo; nunca lo había hecho, y era una pena tener al autor tan a mano sin hacerlo partícipe de los buenos momentos que pasaba a su costa, sobre todo ahora, que tenía más tiempo libre.

—¿Quién será? —preguntó al perro, tras escuchar los golpes en la puerta.

No esperaba encontrarla y se sorprendió por la sonrisa tímida de Diane, protegida bajo un paraguas transparente enorme. Sujetaba una bolsa de comida y con un movimiento retorcido le hizo el gesto de la paz como pudo.

Tristam se había disculpado, pero siguió tratándolo con desdén, en cambio sin avisar, se presentaba en su casa muy contenta, como si fuesen viejos amigos. A pesar de su reticencia, apreció su aspecto casual con vaqueros y un jersey rojo de cuello alto. Físicamente era una mujer atractiva, no muy alta, pero bien proporcionada. Su punto

fuerte eran los ojos, expresivos, y con un azul que le recordó las mañanas de verano despejadas de nubes en la Provenza.

—Hola. ¿Te apetece cenar conmigo? He traído hamburguesas y patatas.

—Ya he cenado —dijo amable, deponiendo la hostilidad, se apartó de la puerta e invitándola a entrar añadió—: Pero no le hago ascos a una buena hamburguesa.

—Espero que te guste —dijo dándole la bolsa—. No hay mucha oferta.

—Seguro que sí.

Después de dejar el paraguas y el chubasquero en el vestíbulo, Diane lo siguió hacia el salón. Al entrar, observó la decadencia de los muebles, aspiró el olor a leña y se perdió en las sombras que se proyectaban en las paredes. Nada más traspasar la puerta, se quedó inmóvil.

Tristam puso la bolsa en la mesa y esperó paciente en el sofá a que reaccionara. En un par de minutos, Diane volvió del limbo, se quitó una gomilla roja de la muñeca y, sentándose a su lado, se recogió el pelo en una coleta alta.

—Es mágica.

—Si tú lo dices…

—Sí, es muy bonita. Paso por aquí todos los días y no me la imaginaba así.

—Antes estaba peor, pero llevo varias semanas arreglándola.

—¿Tú?

—Lo que puedo, sí. El resto me lo hace un amigo del pueblo.

—Creía que los nobles no trabajaban con las manos —comentó con burla.

—Hace siglos, seguramente. Hoy, lo dudo.

Sacaron las hamburguesas y un par de latas de refresco. Se las comieron hablando sobre la casa y de las reformas que quería seguir haciéndole. Les costó sentirse cómodos, cuando lo hicieron, se relajaron y pudieron conversar empezando a conocerse.

Ella le contó el esfuerzo que le supuso empezar con la consulta en el pueblo, mientras él escuchaba atento, bebiendo los gin tonic que había preparado tras la improvisada cena. Diane tenía veintiséis y gracias a una pequeña herencia de su abuela, decidió montar el negocio en su pueblo natal, creyó que era una especie de homenaje. Aparte de que conocía la próxima jubilación del otro veterinario con consulta en el pueblo.

Hacía unos gestos muy apasionados al hablar, que a Tristam le parecieron divertidos, su desparpajo lo tenía un poco asombrado.

Diane se quitó los zapatos imitando los pies descalzos de él y durante un momento silencioso lo observó con una sonrisa afectuosa. Él tragó despacio, mirándole los labios, recordando su boca haciéndole algo más placentero.

—¿En qué piensas? —preguntó confiada.

—En nada, lo siento, me he perdido.

—¿Te puedo hacer una pregunta indiscreta?

—Hazla —dijo Tristam, bromeando comentó—. No tienes muchos problemas para expresarte.

—¿Aún la amas?

—¿Cómo te atreves?

Arqueó las cejas. Una cosa era hablar de la casa y el trabajo, otra diferente contestarle a algo que no le incumbía, ni tenía el más mínimo derecho a preguntarle.

—Te he advertido.

—Ya. Me reservo la respuesta.

—Como quieras —admitió despreocupada antes de levantarse—. Me voy, es muy tarde.

Molesto por su curiosidad, Tristam la acompañó seguido por el perro. Aunque la lluvia había disminuido, mantuvo la puerta entreabierta mientras Diane recogía sus cosas.

—Lo he pasado muy bien —dijo Tristam sin intención de darle ninguna muestra de acercamiento, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, observándola ponerse el chubasquero—. Gracias por la cena.

—No hay de qué. Hasta luego.

Para su alivio, Diane tampoco hizo ningún gesto comprometedor y salió sin resquemor por la fría despedida tras unas horas realmente agradables para los dos.

De regreso, Diane pensó que por su parte ahí terminaba un esfuerzo amistoso por conocer al vizconde. Era atractivo y había hecho todo lo posible por suavizar la relación entre ellos, pero tenía claro que no estaba disponible; quien fuera lo había dejado tocado y todavía no quería desvincularse; contra la amargura que vio en unos ojos muy bonitos, no podía hacer nada si no quería olvidar.

CAPÍTULO IX

Wells, Inglaterra
19/4/2013

Maggie y Charlotte prepararon una comida familiar para celebrar el cumpleaños de los gemelos. Había sido el lunes, pero esperaron al fin de semana para estar todos juntos. Se reunieron con Leslie y Edward, además de los Finch-Hutton al completo. Tristam les compró la equipación del Arsenal, con el número uno y sus nombres en la espalda; las abuelas —más prácticas— se decantaron por ropa; Victoria por juegos educativos apropiados a su edad; aunque los ponis que sus padres les regalaron fueron los favoritos desde el primer momento que los vieron.

Nicholas y Tristam los pasearon, con unos cascos rojos también nuevos, totalmente concentrados siguiendo las indicaciones de su padre para que balancearan el cuerpo con el movimiento de los animales.

Entre risas y alguna reprimenda, los demás vieron cómo se alejaban por el camino, en una soleada tarde primaveral no muy cálida. Los brillantes rayos iluminaban el campo con la amplia variedad de tonalidades que la primavera había dejado, pero la fresca temperatura obligaba a no confiarse, sobre todo a Charlotte, temerosa por su salud, sabiendo que las medicinas estaban contraindicadas en su estado.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Victoria a Charlotte.

—¿A quién?

La miró con extrañeza.

—A Nick. ¿No lo sabes?

La expresión alegre de Victoria no halló comprensión en su cuñada. Nicholas con ella casi siempre comentaba las novelas, pero la gestión de sus inversiones e Ivory era algo que hacía al margen de su opinión.

—No sé de qué me hablas.

—Hace más de quince días despidió a Giselle —dijo muy feliz—. ¿Sabes quién es su sustituta?

El subidón de orgullo que Charlotte sintió al conocer la noticia, se

reflejó en una sonrisa radiante por el gesto simbólico que representaba.

—No —exclamó incrédula—. ¿Tú?

Victoria afirmó encantada y le dio un abrazo muy cariñoso.

—Habló conmigo al día siguiente. Es mucha responsabilidad, lo sé, pero voy a intentar darlo todo para que no se arrepienta de la decisión. Estoy en una nube.

—Ya te veo —afirmó risueña—. ¿Cuándo la despidió exactamente?

—El día después de la fiesta. Gordon y mamá me echan una mano ¿Qué te parece?

—Si vosotros lo veis bien, me parece estupendo. No puede ser un negocio más familiar.

Charlotte reflexionó, hasta que llegó a la conclusión de que lo tuvo que hacer cuando recogió a Ahmad. Le sorprendió que Nicholas no le hubiese dicho nada, y ella, las veces que habían ido después de la fiesta, realmente creyó que Giselle estaba de descanso, por supuesto ni preguntó ni se interesó.

El momento de soplar las velas fue muy divertido. Alex, haciendo gala de su carácter travieso, quiso soplar la suya y la de Henry. Ante la advertencia severa de su padre, prefirió meter la mano en la tarta de su hermano y huir corriendo con Gordon. En la persecución se unieron sus tíos y los perros, mientras, el pobre Henry miraba a Nicholas y el agujero en su tarta, sin comprender por qué siempre perdía y Alex se lo pasaba pipa.

—No te preocupes, Hen —dijo Nicholas aguantando una sonrisa—. Ya nos vengaremos de él.

—Qué paciencia tiene —comentó Ed observando el puchero de su nieto—. Es más bueno…

—Igual que tú —añadió Charlotte.

Le dio una palmada en el hombro a su padre, se levantó y fue a la cocina a ayudar a Maggie, que en su línea exagerada preparó comida suficiente para el triple de invitados, con el trabajo añadido de las tartas caseras, bajo pedido directo de Nicholas; que no contemplaba una celebración sin probar su especialidad.

Leslie percibió la humedad en los ojos de Patricia viendo a Gordon coger en brazos a Alex, afectuosa le acarició el hombro.

—Piensa que no le gustaría verte hoy triste —dijo Leslie.

—Lo sé. No lo puedo evitar. Estaba tan ilusionado con los niños…

Atento a ella, Nicholas le llevó a Henry, dándole un beso animoso en la mejilla.

—Los conoció —susurró—. Quédate con eso.

—¿Estás bien en Londres? —preguntó Leslie.

—Sí —respondió Patricia—. Aunque ahora con Vicky en Ivory, me encuentro más sola. Estoy pensando en trasladarme con ella.

Nicholas no dijo nada, pero Patricia advirtió que no aprobaba esa decisión.

—No es mala idea —dijo Leslie, ajena también al gesto contrariado de su yerno. Para seguir ganándoselo añadió—: El anexo de la piscina está muy bien, al menos no estarías sola por las noches.

Un rato antes de la cena de los niños, todos se despidieron. Charlotte y Nicholas estuvieron presentes cuando al salir, Gordon besó el dorso de la mano de Patricia. Ella le acarició la cara asintiendo emocionada, sin ser consciente de los ojos curiosos que intercambiaron una mirada suspicaz, sacando sus propias conclusiones.

—¿Hemos visto lo mismo? —preguntó Charlotte entrando en el salón.

—¿Qué crees tú?

Nicholas se sentó al piano, aunque a ella no le dio tiempo con la llegada en tromba del perro seguido por los niños.

—¡Maggie!

Al escuchar el tono de la llamada de Nicholas, apareció al instante y abrió los ojos sorprendida recibiendo las primeras notas de la *Appasionata* .

—Llévate un rato a los niños, por favor.

—¿Ahora? Estoy recogiendo la cocina y preparando la cena.

La sucesión de notas hasta casi detenerse para empezar con un incremento dramático insistente, con cambios sutiles, a veces más lentos, otros más rápidos, a ella le recordaban a las escenas de máxima tensión en el cine mudo y le ponía los vellos de punta.

—Alex, Hen, vamos.

Nicholas sonrió con mucho sarcasmo. En cuanto salió, detuvo sus dedos, enfocado en la expresión asombrada de su esposa.

—¿Qué?

Con un gesto despreocupado, girado en el banco.

—¿Así consigues las cosas? —Se sentó a su lado, alegre, le sujetó la cara y lo besó con dulzura—. Gracias.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Por amarme. Me haces muy feliz.

Nicholas no esperaba esa declaración, pero la admitió encantado. Los ojos azules de Charlotte cuando brillaban así, lo arrastraban con sus corrientes hasta hacerlo desear fundirse en ella, con un único pensamiento: estar a su lado el resto de su vida.

—Tú a mí también, mi amor.

—¿Por qué no me has dicho lo de Giselle?

—¿Victoria, no?

—Sí, está muy ilusionada. Es una gran oportunidad para ella.

—Sí. Por ahora lo ha estado haciendo muy bien, tiene ganas, buenas ideas, y aprecia mejor que cualquier extraño el valor que tiene Ivory para nosotros —explicó evitando mencionar a la anterior directora—. Tenemos mucha confianza y supongo que intentará no defraudarnos.

—Tenlo por seguro. Lo tiene muy claro.

—¿Crees que hay algo entre mi madre y Gordon?

—No lo sé. Tienen gestos un poco íntimos, pero se conocen desde hace tantos años que no me parecen excesivamente raros. —Charlotte caviló unos segundos—. No creo, me extrañaría muchísimo. Supongo que buscan consuelo mutuo. Tu madre no termina de asimilarlo y Gordon, aunque a ratos parece alegre, tiene también sus momentos bajos.

—Me ha dado mucha pena cuando Alex se ha ido con él, creo que mi madre se lo ha imaginado con mi padre.

Charlotte le acarició la mejilla sin afeitar.

—Dale más tiempo, cariño.

—Con un poco de suerte ahora estará más distraída ayudando a Victoria.

—Y a Gordon.

La broma los hizo reír antes del regreso de Henry, corriendo con el móvil de Nicholas en la mano, detrás, Alex llorando por recuperarlo y, entre ellos, el perro metiendo baza; su rutina cotidiana.

Tristam un poco más alegre de lo habitual, bajó dando un paseo al pueblo. Tras saludar a varios conocidos, entró al pub para ver el partido de su equipo contra el Fulham. Algunas pintas después de ganar cero a uno, celebraron la victoria con chupitos y cuando estaba otra vez borracho, puso rumbo a su casa. Caía una fina lluvia, que agradeció tratando de mantenerse recto.

Pasó por la consulta de Diane y coincidió con ella cerrando la puerta. No tenía ni idea de la hora, pero si el partido empezó a las seis debían ser casi las doce.

—Hola —saludó Diane, torciendo el gesto. El alcohol en vena que se olía a leguas—. ¿Un paseíto nocturno?

—Sip —dijo rápido. Tristam balanceó el cuerpo, creyendo disimular. No le apetecía que lo volviera a ver en ese estado y quitarse de en medio fue su mejor opción—. Hasta luego.

—¿Estás bien?

Ignorándola, siguió andando cabizbajo, bordeó el camino de la carretera y cruzó hacia el prado. Diane observó su sombra perderse en la oscuridad, se guardó las llaves en el pantalón y dio la vuelta. No había recorrido más que unos metros cuando escuchó un alarido, de una voz inconfundible.

Resopló cansada, pero corrió en su ayuda. Lo encontró inmóvil, boca arriba, empapándose.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupada, arrodillándose a su lado—. ¿Estás bien?

—Me he doblado el tobillo —explicó sonriente.

—¿No te duele?

—Supongo —dijo risueño—. Pero no lo siento.

Resignada, solo pretendía llegar a su casa y dormir las tres horas que le quedaban hasta la siguiente ronda al último de sus pacientes, operado esa misma tarde, admitió su gafe con los hombres. El único medio interesante parecía más propenso al alcohol que a las mujeres. Su experiencia con el noble había sido decepcionante y empezó a hartarse.

—Apóyate en mí —dijo Diane levantándose—. Te llevaré a tu casa.

Le dio la mano, pero Tristam en vez de sujetarse tiró de ella. Diane calló sobre él, sintiéndolo en cada parte de su cuerpo.

—Estoy muy cómodo —susurró apretándole las nalgas con fuerza.

—Yo, no —añadió Diane con apatía—. Suéltame, anda.

—Quiero compensarte. —Tristam levantó las caderas excitado, sin importarle dónde estaban. La oscuridad los ocultaba, aunque la lluvia los mojaba con frialdad—. Tengo una deuda contigo.

—Eres muy amable —dijo Diane, quitándole las manos de su culo —. Pero no hace falta, gracias.

—¿No te apetece?

—No. —Diane se levantó con una ligera sonrisa cínica, correspondida por otra ebria—. Ya tuve mi momento de gloria contigo.

—Tú te lo pierdes —murmuró Tristam—. Hasta luego.

Diane se alejó, al no notar ningún movimiento, se giró y lo contempló exactamente en la misma posición.

—¿Te vas a quedar ahí?

—¿Algún problema?

La voz de Tristam se fue diluyendo con el sonido del agua.

—Será capullo…—masculló acercándose otra vez—. ¿Quieres que te ayude o no? Decídete pronto, tengo prisa.

—¿Te he pedido ayuda? Lárgate.

—Por supuesto. No tengo tiempo para patéticos borrachos como tú. *Ciao, milord.*

—¡No estoy borracho!

—Perfecto. Me voy mucho más tranquila.

Refunfuñando a paso decidido, salió disparada y lo dejó tirado. A punto de llegar a la carretera, la fuerte mano de Tristam apresó la suya. El enfado de su gesto la atemorizó. De un tirón, la sujetó por la cintura con seguridad, inclinó la cabeza hacia abajo y una boca ansiosa buscó la suya besándola de forma apasionada. La furia de sus envites la dejó casi flotando entre sus brazos.

Tristam se detuvo al notar cómo ella se movió mareada, abrió los ojos mirándola hechizado. El pelo largo rizado sobre los hombros y las pecas le daban una apariencia inocente similar a una ninfa del bosque.

Le sujetó la cara consciente de su agresividad.

—¿Me he pasado?

A Diane nunca la habían besado con tanto ímpetu y le faltaba la respiración.

—No lo sé —respondió aturdida.

—Vamos.

Tras correr unos minutos, llegaron a la casa y fueron directos a la planta de arriba. Entraron en el dormitorio y Tristam, aunque la chimenea seguía encendida, avivó el fuego con más leña. Se quitó la ropa con rapidez observando a Diane vestida, con una tímida sonrisa en la cara, sin atreverse a continuar.

—Desnúdate —ordenó andando hacia ella.

Diane lo recorrió despacio con sus limpios ojos, hasta que se detuvo concentrada en el largo miembro, se mojó los labios excitada y empezó a enseñarle su cuerpo. Durante pocos minutos, Tristam aguantó quieto. Animado por el alcohol, el deseo y la preciosa mujer frente a él, terminó de desabrocharle el sujetador, le acarició los pechos, suaves, altos, no muy grandes sin ser pequeños, acordes a ella. Luego llegaron las bragas y más tarde, se movía con potencia encima de ella, haciéndola gritar rota de placer. Sin contemplaciones, hundiéndose empujó hasta el fondo, gruñendo con los ramalazos de un orgasmo que lo resarcía de la opinión negativa que le dejó su primer encuentro.

Diane abrió los ojos y trató de sosegar el ritmo endiablado de su respiración. Él apartó su cuerpo sudoroso, se sentó en el borde de la cama y se quitó el preservativo.

—Voy al baño.

Diane amagó una sonrisa y en cuanto desapareció tras la puerta, para no dar pie a malos entendidos, se vistió de manera atropellada. Le quedaban dos horas de sueño, lo esperó durante algunos minutos, pero cansada e impaciente salió del dormitorio sin despedirse.

—¿Quieres que te acompañe?

Tristam no escuchó la respuesta, se plantó en la puerta con una toalla cubriéndole las caderas, el ceño fruncido, y una mirada alucinada en cuanto comprendió la estampida de Diane.

No esperaba esa velocidad. Asomado en la ventana, se concentró en la silueta que huía; la vio correr bajo la lluvia poseída por el demonio, esbozó una sonrisa lenta con la sensación de que algo estaba empezando a cambiar: le atraía la veterinaria.

Era una chica atractiva, inteligente, muy simpática si quería y de charla agradable. También tenía un genio combativo que no ocultaba, para luego sacar su lado piadoso y demostrar la nobleza de su carácter.

Estaba intrigado, pensando en las veces que la sorprendió sonrojándose sin el valor de la primera vez; aunque por su edad debería haber tenido más experiencia.

No quería limitarse a ella; necesitaba volver a sentirse libre con la vida sin complicaciones que llevó antes de casarse, en una época que, no estando tan alejada en el tiempo, le parecía demasiado pasada. Gracias a Diane, quizás también influenciado por la evasión que le proporcionó el alcohol, durante unos minutos olvidó por completo a Sarah, al menos, pudo acostarse con otra mujer sin que su imagen se metiera en su cabeza y lo inutilizara para el sexo.

Sus dos amigos solteros, compañeros de correrías nocturnas en Londres, desde su divorcio habían intentado sacarlo del retiro voluntario campestre; no tuvieron éxito, pero estaban a punto de triunfar; se sentía con ánimo para retomar las salidas, la diversión, y los escarceos indiscriminados; sin pretenderlo, volvía a estar en deuda con la doctora Diane Hamilton.

En Wells, Charlotte acariciaba relajada el pecho de Nicholas antes de dormirse, pasando con suavidad las yemas de los dedos por unos músculos firmes y unos pezones pequeños rodeados de vello. Le dio un suave beso en la barbilla, sonriendo a sus ojos entrecerrados.

—¿Por qué has sido tan drástico?

—¿Con qué?

—Lo sabes —afirmó sonriendo, besándolo en los labios.

—Me dijiste que algunas personas necesitaban brusquedad.

Él enredó los dedos en unos suaves mechones dorados, cada día más largos.

—¿Cómo se lo tomó? ¿Qué le dijiste?

Nicholas suspiró, se incorporó y se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de madera y la sábana entre las piernas.

—Le dije que mi mujer me había pedido que fuera borde —bromeó, pensando en aligerar una explicación que no iba a comentarle al completo; se reservaría la amenaza de Giselle. No le preocupaba y viendo la expresión confiada de Charlotte, acariciándole el muslo, estaba convencido de que a ella sí le afectaría; y nada más lejos de su intención; Ivory era su responsabilidad, su legado; nadie iba a desprestigiarlo, hundirlo o arrebatárselo; se llamara como se llamara. Se inclinó hacia delante y la besó en la cabeza—. Y siempre cumplo sus deseos.

—Muy gracioso.

—Se sorprendió bastante. Con la carta de recomendación, lo fue asumiendo.

—¿Qué le dijiste? —insistió curiosa.

—Lo típico, que estábamos muy contentos con ella, que apreciábamos mucho su labor, pero habíamos decidido dejarlo en manos de mi hermana por ser un negocio familiar.

—Me da un poco de pena.

—No ha salido mal parada, le hemos pagado una indemnización muy generosa.

—No era necesario despedirla. Tiene un hijo pequeño y está divorciada.

—El niño vive con los abuelos y lleva mucho más tiempo divorciada del que estuvo casada; se sabe manejar muy bien sola. No te preocupes por ella.

—Con haberle dejado las cosas claras entre vosotros, habría sido suficiente.

—No, cariño. Hay personas a las que no les importa rebajarse para conseguir su objetivo.

—¿Se enfadó?

—Algo —dijo sonriendo un poco—. Le molestó sobre todo en el orgullo.

Charlotte percibió la reticencia de Nicholas.

—Supongo que pensaría que he sido la responsable.

—No —dijo firme. La reacción hostil de Giselle, que la atacó a ella y achacó el despido a sus celos, consiguió que no vacilara en la decisión ni un solo minuto. Si dependía de él, no ensombrecería con dudas su matrimonio; la felicidad de Charlotte y la de sus hijos eran su

prioridad; nadie se interpondría entre ellos, jamás. El extraordinario vínculo que compartían no sería él quien lo pusiera en peligro—. No le des más vueltas. Le expliqué nuestros motivos y los entendió.

—Me extraña que lo entendiera. —Charlotte habló atenta a los ojos de Nicholas, tratando de captar cualquier mínima variación—. Parecía tener mucho carácter.

—No le ha quedado más remedio —dijo, echándole un brazo sobre el hombro—. Lo superará.

—Gracias —susurró y lo besó en el cuello.

—¿Cuántas veces te han propuesto volver a Egipto?

Charlotte frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó, poniéndose de nuevo el camisón.

—No me has contestado. ¿Por qué no quieres volver?

Charlotte perdió el interés y bajó la cabeza pensativa. No le gustaba recordar ciertas cosas y el desierto era una de ellas. El trabajo soñado toda una vida quedó empañado por una decisión precipitada; se sintió sola y triste, embarazada de una hija que fue su motivación para seguir adelante; aunque el destino no le permitió conocerla.

Nicholas le alzó la barbilla con el pulgar, obligándola a enseñarle los ojos, anegados de desconsoladas lágrimas. La abrazó con fuerza y la pegó a su pecho mientras le acariciaba el pelo, sosegando una aflicción que también lo sacudió a él.

Le pasó la mano muy despacio por el vientre abultado, que con los casi seis meses de gestación seguía su curso de manera normal.

—Duérmete, mi amor —dijo cariñoso—. Otro día me lo cuentas.

—Te amo.

Protegida por los fuertes brazos que la rodeaban, se calmó para dormirse poco después. A Nicholas le costó un poco más, absorto en el movimiento sereno de la respiración de Charlotte y en sus pensamientos, repasando varias veces ese feliz día, agotador, divertido y esclarecedor. Luego, todo le pasó factura y cayó en un sueño profundo.

De madrugada, Charlotte, que tenía un sónar especial para sus hijos, se despertó advirtiendo una presencia muy cerca de la cara. No era Nicholas, conocía su olor, era uno de los niños. Abrió los ojos y vio a Alex lloriqueando con el chupete puesto.

—Hola, mi amor ¿No puedes dormir?

Le tocó con mimo la carita, pero Alex se apartó haciendo pucheros.

—Hen.

—¿Qué le pasa?

Se levantó de un salto, dejando a Nicholas despatarrado, y fue corriendo a la habitación infantil. Encontró a Henry ardiendo con la

respiración muy dificultosa. Con los nervios en tensión, lo cogió en brazos, apenas notó el esfuerzo que le costaba sostenerlo, estaba muy decaído y no respondía a su llamada.

—Vamos, Hen, cariño. No me hagas esto. —Charlotte intentó mantenerse serena, pero necesitaba que empezara a responder—. Por favor, Henry, reacciona. —Charlotte asustada, lo zarandeó hasta que le sobrevino una arcada brusca de un vómito blanco, maloliente y pastoso. Con la cara roja, falto de aire, Henry volvió a expulsar otro caño violento en el pasillo. Charlotte entró en el baño, empapó una toalla con agua y se la pasó por la cara dándole suaves toquecitos—. Tranquilo, cariño. No pasa nada. Mami está contigo.

Después de unos minutos, el niño se esforzó y entornó los ojos, oyendo a su madre reconfortarlo. Al momento, arrojó con violencia lo único que debía quedarle en el estómago.

—Muy bien, cielo. Te vas a poner bien. —Charlotte le acarició la barriga, repitió la limpieza y, acusando el cansancio de llevarlo en brazos, buscó desesperada a Alex, que había estado siguiéndola desde que la avisó. Quería bajar a la cocina para coger el móvil y llamar a Rachel, pero no se atrevió a dejarlo vagando solo por la planta alta—. Alex, vete con papá. Llámalo.

Se arrepintió por haber permitido que Maggie pasara la noche en su casa, le pareció lo más justo, tras el intenso trabajo que realizó para el cumpleaños, aunque en ese momento la estuviese echando de menos a rabiar; seguro que ella sabría qué hacer.

En la cocina, pudo hablar con Rachel. Después de contarle los síntomas, su amiga la tranquilizó y le explicó cómo podía ayudarlo.

En cuanto su madre desapareció, Alex trató de despertar a su padre tirándole de la mano, no surtió ningún efecto. Usando el ingenio que tanto le valía para divertirse, cogió del vestidor la escalera pequeña que tenía prohibida y se subió en la cama. Se dedicó a golpearlo en el pecho hasta que empezó a despertarse.

—Qué pasa —murmuró Nicholas adormilado.

No esperaba ver a Alex encima de él, con las mejillas marcadas por un inconfundible rastro de lágrimas, y la ausencia de su mujer.

—¿Y mami?

—Hen, *tá ma* —gimoteó Alex.

—No te muevas de aquí.

Lo colocó en un lado, cogió el pantalón del pijama y se lo puso mientras salía disparado hacia el dormitorio infantil. Nada más entrar, el olor agrio le hizo encoger la nariz. Escuchó a Charlotte cantar una nana y corrió hasta la escalera, que bajó de dos en dos para llegar descompuesto a la cocina.

Fue consciente de la situación al ver a su mujer con los ojos enrojecidos y a Henry acurrucado entre sus brazos, abatido con la cabeza hacia delante. Charlotte le giró con suavidad la barbilla, llenó una cucharita de un vaso con líquido y se la introdujo despacio en la boca, pendiente de que tragase a pequeños sorbitos.

—¿Qué le pasa?

—He llamado a Rachel, cree que es un ataque de acetona. Le estoy dando un poco de agua con azúcar.

—¿Qué podemos hacer?

—Me ha dicho que le demos mucho líquido y dentro de un rato un yogur. Si no mejora, tenemos que llevarlo a urgencias.

—¿Tiene fiebre?

—Sí, pero le ha bajado. Antes tenía más.

—¿Cómo lo ves? ¿Lo llevamos al hospital?

—Creo que está mejor. Admite el agua y no ha vuelto a vomitar. Rachel me ha dicho que lo observemos, y no está peor. Vamos a ver cómo sigue.

Nicholas le acarició con ternura el pelo rubio y ondulado, sudado por la fiebre, pensando en cambiarle el pijama y el pañal en cuanto subieran.

—Si nos vamos a quedar más tranquilos, lo llevamos y ya está —dijo Nicholas.

—Prefiero no sacarlo ahora. Está muerto de sueño. —Charlotte cogió una toallita húmeda y se la colocó en la frente—. Alex me ha avisado, angelito, tan pequeño preocupándose por él.

—¡Alex!

Nicholas salió corriendo, subió y atravesó el pasillo fijándose por dónde pisaba. Para su alivio, lo encontró atravesado en la cama dormido. Lo cogió en brazos, llevándolo a su habitación, pero al entrar el maldito olor otra vez le hizo contraer el gesto.

Bajó acelerado, buscó en la cocina la fregona y el cubo, ajeno a la persecución de los ojos de Charlotte, y se fue decidido para limpiarlo todo.

Satisfecho con el resultado, diez minutos después, Nicholas regresó a la cocina, guardó las cosas en el lavadero y dio por finalizada su incursión en un terreno que no era el suyo.

—¿Alex está bien? —preguntó Charlotte, tocando cariñosa las cejas de Henry.

—Sí, perfecto. Se ha dormido ¿Cómo sigue?

—Parece que mejor. Se está durmiendo también. Le dejaré el paño frío y me llevaré el agua al dormitorio.

Nicholas separó a Henry de los brazos amorosos de su madre, lo

llevó hasta la cama de matrimonio y lo colocó en el centro. Charlotte preparó el termómetro, se lo introdujo en el oído, en pocos segundos pitó y leyó los números aliviada.

—Tiene treinta y ocho. Notaba que le está bajando.

—Duérmete un rato, yo me encargo de él. Le voy a quitar el pijama, lo tiene manchado y muy sudado.

—Sí. Déjalo más fresquito, no hace frío y es mejor para la fiebre.

Con soltura, Nicholas le cambió el pañal, percibiendo el mal olor de la orina cuando se lo quitó. No tenía claro si su mujer lo había advertido.

—El pipí le huele fatal.

—Rachel me lo ha comentado, es normal, también me ha dicho que le olerá el aliento.

Nicholas se inclinó sobre Henry, aspiró un extraño aroma, parecido al de las manzanas maduras.

—Ha acertado —dijo Nicholas antes de volver a confirmarlo—. Tiene un olor muy peculiar.

—Debes darle el agua cada diez minutos.

—No va a dormir.

—Rachel me ha insistido mucho.

—Le haremos caso —admitió, dándole un beso en la frente—. ¿Estás bien?

—Lo he pasado muy mal.

—Lo siento, cariño. No me he enterado de nada. La próxima vez despiértame tú, porque Alex no se ha andado con sutilezas.

—He visto la escalera al entrar ¿la ha puesto él?

—Supongo. Me lo he encontrado encima.

—Qué peligro tiene.

Nicholas volvió a coger a Henry. Bajo la atenta mirada de Charlotte, le introdujo la cuchara con el agua, no se la tragaba toda, parte le chorreaba las comisuras de los labios, que le secó con la servilleta que le tendió sonriendo, tras una experiencia inolvidable.

Durante varias horas lo acunó, le tarareó algunas canciones y rezó. En cuanto amaneció, el sol llenó de luz cálida la habitación, y dando cabezadas, notó la mano de su hijo tocándole la barba. Le sonrió muy feliz, recompensado el insomnio la mejoría evidente del niño; sin fiebre, con las mejillas sonrosadas.

—Hola, cariño —susurró.

—Papi.

—¿Estás mejor? —preguntó Nicholas, con unas cosquillas—.Yo

creo que sí.

Escuchando unas risas divertidas, Charlotte abrió los ojos, los vio haciéndose carantoñas y —sin que repararan en ella— se emocionó con la ternura de Nicholas; pero sobre todo su corazón se sosegó tras la angustia vivida al ver a Henry más animado.

—Buenos días, cariño —dijo Nicholas atento al azul mojado. Con el niño en el regazo, la besó en los labios—. Hen, dale un besito a mami para que vea lo bien que estás.

Ese contacto breve, iluminó una mirada por la que Nicholas vivía. Risueño, dejó al bueno de Henry con ella, y fue a buscar al Intrépido satélite, que debía estar haciendo de las suyas. Se equivocó, y lo encontró muy serio siguiéndolo expectante hasta que lo cogió en brazos y se dio cuenta de que no estaba enfadado con él.

—¿Te vienes conmigo o prefieres esperar a Maggie?

Alex, que llevaba un rato despierto escuchando las risas, extendió los brazos, sonrió feliz y salió pitando al tocar tierra para entrar en tromba y unirse a una improvisada fiesta con sus padres y Henry en la cama, hasta que llegó Maggie y los cuatro bajaron a desayunar.

Rachel llamó interesada, pero más tranquila por la información de Charlotte, decidieron verse al día siguiente en la consulta. Le dio unas pautas simples para la inapetencia de Henry, casi convencida de que la garganta era la causante del desequilibrio en su organismo, las siguieron al pie de la letra con mucho mimo, y una devoción por parte de Maggie, que le ofrecía bebidas cada poco tiempo, demostrando el cariño que sentía por ellos, después de molestarse porque no la avisaron.

En Londres, Rachel confirmó el diagnostico: una faringitis había sido la causante de la subida de acetona. Con un tratamiento muy leve, pasó la semana tranquilo, vigilado por su padre y Joan, e incluso Maggie, que no acostumbraba a verlos hasta los viernes, pasó el martes de “manera casual” con uno de sus nietos.

Como era su costumbre desde que murió James, Patricia fue a diario, aliviando a Joan y permitiendo a su hijo concentrarse sin interrupciones. En esa semana, las visitas se convirtieron en largas horas de compañía, toda la familia se volcó con él, hasta Tristam sacó tiempo para dar una vuelta a su ahijado, y ser objeto de la suspicacia de Nicholas, que le notó otra actitud mucho más cercana a su carácter habitual e intuyó la recuperación tras depresión por el divorcio.

En la casa del Soho, Jean habló con su exnovia, Paula. Llegaba al día siguiente por la tarde, estaría dos días en Londres y, como siempre, contaba con él. No le pareció correcto negarse, ya que la había alojado los últimos tres años y solo se liaban si ella no tenía pareja en ese momento, aunque por su culpa aplazaba pedirle a Sarah que se mudara con él. Después de dos meses juntos, sentía que debían avanzar, pasaba casi todas las noches allí y era una tontería mantener su apartamento, pese a salirle barato y estar muy cerca.

La esperó preocupado mientras preparaba la cena, meditando cómo enfocar la conversación, consciente del malestar que le iba a causar esa visita. Escuchó la puerta y al instante los pasos de Sarah. Sonrió al imaginarla con los tacones desnuda y tragó nervioso cuando la vio, pillado en su mundo mojado, olvidando la conversación.

Entró en la cocina, dejó un portafolio negro de tamaño A3 en una de las sillas y colocó encima la chaqueta blanca que se acababa de quitar.

—Hola. —Sarah se aproximó, le colocó bien un mechón de cabello tras la oreja y lo besó en los labios. El aspecto descuidado de Jean le parecía de lo más atrayente, sin hacer ningún esfuerzo siempre estaba muy atractivo. Solo con unos vaqueros viejos destilaba una virilidad que le humedeció las bragas al momento—. ¿Qué tal tu día?

—Te he echado mucho de menos —susurró Jean.

La sujetó por las caderas e inclinó la cabeza hacia abajo, besándole el cuello con la calidez de su aliento erizándole la piel. Luego, metió la mano por el escote del vestido para exponer los pechos delante de sus ojos hambrientos. Eran grandes, suaves y con el primer contacto de sus dedos, derramó un poco de semen impaciente. La fuerza desproporcionada del deseo que sentían estando juntos, a veces no les dejaba ni llegar a la cama, los arrollaba en un torbellino, que ninguno quería detener, al menos de momento.

Cenaron relajados, después de hacer el amor en el sofá del salón, no tenían sitios concretos ni limitaciones.

—He pensado que este fin de semana podríamos pasarlo en tu casa —dijo Jean—. Así te ayudo.

—Como quieras. —Sarah sonrió. Le hizo gracia imaginarlo con el taladro, se reprimió de decirle cómo iba vestido en su cabeza—. Tendrás que colocar unos estores.

—Hecho. Aquí todo lo he puesto yo solo. Un día vino Hush a ayudarme y mejor que se hubiera quedado en su casa.

—Algunas personas son muy inteligentes para unas cosas, pero no para otras.

—Es maña o llámalo habilidad. El tío carece de ellas. Gracias a él

tuve que avisar al seguro y aún no vivía aquí, un desastre.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio el sábado?

—Me da igual. ¿Por qué?

—Tengo una reunión importante el lunes, con un cliente nuevo que puede darme varios trabajos seguidos. Tiene una cadena de restaurantes que quiere renovar, tendría que trabajar el domingo si salimos el sábado.

—Por mí no hay problema. Nos quedamos en tu casa tranquilos. Necesito terminar unos informes.

No añadió nada más y siguió comiendo. Si pasaban el fin de semana, sin tener que explicarle la visita de Paula, se ahorraría una conversación que no quería tener; le gustaba demasiado y esa amenaza en pocos días desaparecería.

El viernes por la tarde era siempre cuando Tristam sentía que llegaba a su hogar, el que soñó con Sarah y nunca reformaron. La semana había pasado sin pena ni gloria, casi agobiante hasta que entró con *Solo* en la casa de Amesbury. La soltería conllevaba un esfuerzo que no todos sabían entender. La noche anterior salió con sus amigos por diferentes bares, llegó medio borracho de madrugada, y mantuvo el tipo resacoso durante todo el día sin que sus empleados lo notaran, si lo hicieron, fueron discretos.

Se duchó deprisa y luego se vistió con unos vaqueros y una camiseta negra, necesitaba llegar al supermercado del pueblo antes de que cerrase. Su dieta era bastante escasa, la basaba en bocadillos, embutido y cerveza, a no ser que visitara a su hermano. Esas veces, Maggie preparaba algún plato a su gusto; no tuvo claro si el domingo iría a Wells, lo pasaría relajado con el perro recorriendo los alrededores o trabajaría, dependía de su humor y del nivel de hambre que manejara.

En menos de diez minutos aparcó el coche en una calle lateral al establecimiento. Se bajó, sacó a *Solo* y lo ató a una farola frente a la puerta del supermercado.

—Pórtate bien, no tardo nada.

Ignorando los ladridos de su amigo, dio la vuelta y entró a realizar la compra.

Salió poco después, con una bolsa de plástico en la mano, y se quedó inmóvil al ver a Diane tranquilizando al perro.

—¿Por qué lo has dejado así? —preguntó incrédula, mirándolo enfadada.

Extrañado e incómodo, Tristam alzó las cejas por su malhumor. Se

fijó en la camiseta roja con el logotipo de la clínica que vestía ella con unos vaqueros, y le miró horrorizado los pechos.

—¿Quién coño te ha diseñado eso?

—Vete a la mierda. Y no vuelvas a dejar al perro atado en la calle.

Diane se giró murmurando y regresó a la consulta indignada. No se había alegrado de verla y encima criticaba con desprecio la caricatura que ella misma creó para ahorrarse una elevada inversión en publicidad, fuera del alcance de su bolsillo.

No llevaba dentro ni dos minutos, cuando las notas discordantes de la puerta abriéndose, le advirtieron de la entrada de alguien. Salió abrochándose la bata blanca y se detuvo en seco en cuanto percibió la tensión en el gesto de Tristam.

—¿De qué vas? —preguntó acercándose despacio a ella.

—¿Perdona?

—Si estás molesta conmigo dímelo, pero no me vengas con gilipolleces.

—Abandonar atado a un animal no es una tontería. Hay que ser muy capullo para hacerlo.

Observó a *Solo* olisquear la sala con la correa arrastrando por el suelo.

—No lo he abandonado, lo he dejado dos minutos. No exageres.

—Muy bien. Si me disculpas, tengo trabajo.

Ante la ausencia de más clientes, Tristam recorrió con una mirada cínica la consulta, volvió a centrarse en ella, sonriendo. Recibió a cambio un mohín de la nariz respingona de Diane que aumentó sus ganas de reír, las hadas enfadadas no eran creíbles.

—No veo a nadie.

—No solo atiendo pacientes —dijo rápido, cruzó los brazos y añadió para terminar la visita, no quería seguir estando tan cerca. Tristam estaba equivocado si creía que iban a liarse cuando se le antojara, no era así, y no iba a ser—. También hago todo lo demás, no tengo una legión de empleados como tú.

El sarcasmo envenenado de esas palabras lo precavieron para abandonar.

—Que pases una buena tarde. *Solo*, vamos.

Cogió la correa y su bolsa con la compra, salió oyendo el sonido chillón de la campanilla sin mirar atrás. No tenía ganas de complicaciones, intentaría no repetir con ella o terminarían matándose vivos, por muchas pecas que lo despistaran, y unos labios que también ayudaban a desconcentrarlo. No había un término medio, si estaba sobrio se peleaban, borracho se acostaban, y no estaba dispuesto a soportar los reproches de alguien que apenas conocía.

Si de verdad quería retomar su vida debía pasar de Diane y no complicarse con ninguna mujer. Le gustaba salir con sus amigos, el relax que encontraba en el campo los fines de semana y no coincidir con Sarah facilitaban las cosas para conseguirlo. A su ex le tenía cogido el horario y la evitaba como la peste. De hecho, cuando esperaba el ascensor y venía de la planta dieciocho, bajaba por las escaleras como los rayos. Gracias a esos quince pisos, unas abandonadas piernas estaban recuperando el tono muscular. Echaba de menos montar, lo prefería a machacarse en un gimnasio como la mayoría de sus amigos ya en la treintena. Admiraba el cuerpo fibroso de Nicholas, aunque sabía que le dedicaba un tiempo diario. Su único ejercicio eran los paseos con el perro por un parque cercano. Tenían una rutina agradable. Varias veces se había puesto ropa de deporte y corrió hasta terminar agotado. *Solo* resistía bien sus zancadas, pero él pasó esas mañanas sin poder levantarse de la silla, postergando las carreras a anécdotas puntuales los sábados o los domingos. Optimista, pensaba comprarse unas Nike de tres colores y tirar las viejas; las veía al pasar de camino a la oficina en una tienda, y creyó que lo ayudarían a no estar el resto del día como un robot sin articulaciones.

Otro de sus proyectos era el establo y traerse a la yegua, pero no hacía más que retrasarlo porque conllevaba contratar a alguien entre semana, y más, desde que había parido a la potrilla y los niños tenían los ponis; estaba seguro de que Nicholas pronto le daría algún ultimátum, no se andaba por las ramas incitándolo. También era una responsabilidad y obligación, pero quería asumirla con garantías para los animales.

En cuanto Tristam se subió el coche, pasó por la puerta de la consulta y vio a Diane hablando con una señora mayor que sostenía un gato, disconforme a un saludo cariñoso. Con el sonido potente del motor, poco frecuente en el pueblo, la señora giró la cabeza. Llevaba descubierto el techo de lona, el codo derecho apoyado relajado en la puerta y sonrió al tocar dos veces el claxon a modo de saludo discreto. Diane levantó la mano con una ligera sonrisa, lo ignoró adrede y siguió la conversación. No satisfecho, pisó a fondo el acelerador y se alejó detrás de una humareda espesa, gris y molesta. Diane contrajo el gesto negando con la cabeza, cada día lo tenía más claro; para mantener la integridad de su corazón debía alejarse de Tristam, era un peligro.

CAPÍTULO X

Wells, Inglaterra
26/4/2013

Aprovechando el sol de la tarde, después de un trayecto lleno de llantos y concesiones, donde los gemelos no entendieron un nuevo puré de fruta, pero claudicaron ante unas galletas con formas de animales, cuando llegaron a Wells, Charlotte y Maggie los sacaron a pasear para agotarlos. De pronto, Nicholas pasó cerca como una ráfaga negra galopando a *Viking*, *Brownie* se detuvo ladrando nervioso y salió persiguiéndolos, mostrando una desarrollada genética cazadora.

—¡Alex! Coge a *Brownie*.

Maggie iba concentrada en los movimientos de todos. Los pequeños corrieron y el perro, al sopesar la ventaja que le llevaba el caballo, frenó la carrera y se volvió con mansedumbre.

—¿Adónde va tan rápido?

Charlotte se llevó una mano a la frente y entornó los ojos, tratando de distinguir a Nicholas alejándose.

—Ni idea —dijo Maggie con una mueca desdeñosa—. Él sabrá. Supongo que lo hace por entrenarlo y no para amargarle la tarde como hace conmigo.

—A mí me parece divertido, pero ¿no os cansáis?

—No —respondió despreocupada—. ¿Él está cansado?

—Tampoco, se motiva contigo —dijo sonriendo. Entraron en el camino del riachuelo con las risas divertidas de los niños, que contemplaban al perro perseguir una incauta lagartija solitaria, y recordó a Charlotte una salida en Ivory con Gordon—. Si os portáis bien, intentamos coger ranas.

Maggie la miró incrédula.

—¿Las vas a coger tú?

—No será difícil, Gordon lo hace.

—Gordon se ha criado por aquí y sabe cómo hacerlo.

—No seas así, si no cogemos ninguna no pasa nada, pero al menos estarán otro rato distraídos.

Charlotte con su pragmatismo no sopesó los mismos problemas que

veía Maggie al tratar de cazar a las escurridizas ranas, con dos niños y un perro alborotando alrededor.

El agua corría con fuerza creando pequeñas pozas entre grandes piedras y otras que no se veían en el fondo. La orilla tenía mucha hierba húmeda y con precaución llevaron a los niños de la mano. Charlotte realizó una inspección, divisó a una despistada y les indicó silencio con el dedo índice en los labios. Alex imitó su gesto, con la palabra aventura brillando en sus ojos, y Maggie con sigilo lo agarró más fuerte; intentaba zafarse pegando tirones, al contrario del gesto embobado de Henry, siempre más cauteloso.

Charlotte libre para realizar la hazaña, anduvo tratando de no hacer ningún ruido, pero cuando estaba a menos de un metro de la confiada ranita, apareció en tromba *Brownie* y resbaló. Se cayó sujetando la barriga con una mano para evitar un impacto fuerte, pero sufrió el golpe en las rodillas y, al apoyar la otra mano encima de una piedra mojada, se quedó medio desparramada y se cortó la palma con un canto afilado, que quedó a pocos centímetros de su cara.

—Charlie, por Dios. —Maggie se acercó, ayudándola a ponerse de pie. El gesto de dolor de Charlotte la alarmó antes de verle la sangre —. ¿Estás bien?

—Me he clavado la piedra.

Levantó la mano con la sangre brotando escandalosa.

—Déjame que lo vea bien —dijo Maggie examinándola—. No parece muy profundo, pero hay que limpiarlo. ¿Te duele algo?

—Las rodillas.

Se levantó el vestido, vieron algunos arañazos y unas marcas rojas que prometían dolor.

—Tenemos que volver antes de que no puedas andar.

Al ver la sangre, los niños rompieron a llorar, creyendo que estaba sufriendo más de lo que realmente era. Con tiernas palabras de consuelo volvieron con rapidez al camino y coincidieron con Nicholas que salía de la cuadra.

Escuchó el jaleo de sus hijos, los miró extrañado hasta que se fijó en el gesto dolorido de Charlotte y en la mano ensangrentada. Echó a correr preocupado los metros que los separaban sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué ha pasado?

—Me he caído —dijo Charlotte tratando de sonreír—. No es nada.

—Se ha golpeado también las rodillas —dijo Maggie—. Se le van a inflamar.

Nicholas se agachó y le levantó el vestido.

—¿Cómo te has caído?

Maggie desvió la mirada hacia Charlotte y apresuró el paso de los niños, dándoles unos metros de intimidad.

—Ha sido un accidente. Iba a coger una rana y *Brownie* me ha hecho perder el equilibrio en la orilla. Estoy bien. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —preguntó irritado delante de ella. Le cogió la mano y observó el corte—. Estás embarazada de seis meses, ¿Cómo se te ocurre ir a coger ranas? ¿Estás loca?

—No te aceleres. —Empezó a andar resuelta—. No ha pasado nada.

Consciente de los ojos clavados en la espalda, aguantó el dolor hasta que llegó, no abrió la boca. Maggie tenía el botiquín preparado en la mesa de la cocina y se acercó a Charlotte, que entró respirando apurada y se dejó caer en una silla con un profundo suspiro de alivio.

—Yo me encargo —dijo Nicholas adelantándose a la intención de Maggie.

—Iré preparando la cena de los niños.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas arrodillado delante suya. Le tanteó la herida con un algodón mojado en desinfectante, se empapó de sangre y tuvo que cambiar por otro—. ¿Te duele?

—Si me aprietas así, sí —respondió de malhumor.

—Lo siento.

Con más delicadeza limpió la herida, pero no dejaba de sangrar y, en el sitio donde estaba, solo podía vendársela para detener la hemorragia. En cuanto lo hizo, le curó las rodillas y delante de Maggie se las besó como si fuera una niña pequeña.

—Voy a ducharme —dijo Charlotte.

Al levantarse cerró los ojos con fuerza al sentir un intenso dolor.

—Descansa un rato antes de cenar —dijo Nicholas, sirviéndose una copa de vino—. Ahora subo.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Charlotte a Maggie.

Había sentado a los niños en sus tronas y estaba distraída alternando trozos de manzana entre las dos boquitas agradecidas.

—Lo que quieras. ¿Te apetece algo en particular?

—No —dijo Charlotte en la puerta—. Que elija Nicholas.

En cuanto salió Charlotte, Nicholas apuró la copa de vino y la dejó en la encimera. Luego, con una sonrisa soberbia se acercó a Maggie, colocó un brazo en su hombro e inclinó el cuerpo para hablarle muy bajito:

—Filete de ternera con puré de patatas.

—Perfecto —dijo indiferente.

—Voy a ver a Charlotte. —Nicholas contempló un instante la voracidad de sus hijos y se dirigió a la puerta, de pasada, añadió—: Poco hecho, por favor.

El tono arrogante por una victoria ansiada, contrastó con la mueca de disgusto de Maggie y la insinuación de su lengua a modo de burla. Los niños la imitaron y les enseñó con deleite numerosas posiciones, que por fortuna el padre no presenció, pero a ellos les dio un rato divertido, confirmando la rapidez del aprendizaje de los gemelos cuando les gustaba la lección.

Sin escuchar el ruido del agua, Nicholas entró en el dormitorio, ese silencio le resultó inquietante. La ropa y los zapatos mojados tirados en el suelo, solo añadieron más preocupación.

—Cariño. —Nicholas tocó varias veces con los nudillos en la puerta del baño, abrió y se quedó inmóvil frente a Charlotte, sentada en la bañera con la cabeza inclinada hacia delante mirándose las piernas, tan aturdida que le dio la impresión de que no lo veía. Entró despacio sin saber qué le pasaba, no estaba llorando y no parecía alterada—. Háblame, por favor —rogó nervioso. Charlotte parpadeó y tragó saliva, mirándolo con tristeza. Cerró los ojos e hizo un gesto de profundo dolor llevándose la mano al vientre. Nicholas la volvió a examinar hasta que reparó en una pequeña mancha roja. La cogió en brazos, la llevó a la cama y le acarició la mejilla—. Voy a llamar a William.

Salió corriendo de la habitación, bajó como un loco las escaleras y dejó a Maggie atónita, mientras buscaba su móvil desesperado.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Charlotte tiene las bragas manchadas de sangre. Voy a llamar al médico.

Cuando por fin encontró el teléfono, oculto entre juguetes, llamó al ginecólogo. Maggie echó un vistazo a los niños, entretenidos con unos peluches, y se apresuró en ir a comprobar el estado de Charlotte, escuchando a Nicholas explicar el accidente del río.

Entró sin llamar, y se acercó a la cama atenta a las lágrimas que corrían abundantes por un rostro pálido y desencajado.

—¿Cómo estás?

Las palabras no querían salir de su garganta, abatida negó con la cabeza, sin explicarse cómo había podido pasarle otra vez lo mismo.

—Yo…

—Escúchame atentamente. —Maggie vio la mancha y le separó las piernas para confirmar la intensidad del escaso sangrado—. Esto no es nada. —Fue al baño, cogió una toalla blanca que mojó con agua y volvió al dormitorio. Comprobó aliviada que no era grave, la limpió e

intentó calmar el desasosiego que la tenía bloqueada—. Quédate tranquila, no es lo que estás imaginando.

—No lo soportaré —susurró.

—No digas tonterías. No va a pasar nada malo.

Nicholas regresó cuando Maggie acababa de ponerle un camisón blanco de tirantes.

—Cariño, he hablado con William. —Se sentó a su lado y le cogió la mano—. Cree que es una pequeña pérdida por el movimiento brusco de la caída. Vendrá mañana a verte, pero tenemos que ir al hospital.

—Vale —murmuró dócil.

—Me voy abajo —dijo Maggie, centró su atención en Nicholas y añadió—. Váyase ya. No se preocupe por los niños.

En unos minutos, le trajo un vestido del armario, unos zapatos, y la ayudó a abrochárselo con ternura, no quiso apremiarla, de los dos, él debía mantenerse sereno, no la ayudaría si percibía el terror que lo atenazaba y marcaba un ritmo endemoniado en su corazón.

Salieron de la carretera comarcal para volar hasta la autopista. Nicholas conducía el X6 como si fuera un coche de carreras en un videojuego, sorteaba obstáculos arriesgándose a una buena multa. Lo ignoró, su mujer e hija le importaban más. En menos de media hora llegaron al hospital de Bristol, según William, con los medios más avanzados en maternidad y pediatría.

Tras una angustiosa espera, Nicholas volvió a desoír el latir desbocado de su corazón, enfurecido, no era normal. Recordó la arritmia de su padre, empezando a admitir que quizás estaba sufriendo un ataque.

Pudo ver a Charlotte después de que le realizaran todas las pruebas necesarias para comprobar el estado del bebé. Más animada, le acarició la mejilla intentando sonreír, aunque las lágrimas no querían abandonarla. Su marido había estado sereno, controlando la situación, sin dejarla sola, nada más que cuando se lo exigieron.

—¿Estás más tranquila?

—Sí.

—Todo está bien, mi amor —dijo con un suave beso en los labios.

Un médico de unos sesenta años, de estatura mediana, algo delgado, con ojos pequeños azules, y una poblada barba blanca, les explicó que en la caída la placenta había invadido el tejido uterino y provocó el sangrado. No tenía mayor importancia, pero tendría que mantener reposo. Con el amplio chequeo descartaron cualquier

anomalía y las ecografías mostraron el desarrollo normal de su hija. Todo iba según lo previsto, le recomendaron no realizar esfuerzos, volver si el sangrado persistía o sentía dolor abdominal.

Poco después, Charlotte se ponía los zapatos cuando Nicholas se llevó la mano al pecho, se sentó en una silla a su lado y cerró los ojos inspirando varias veces tratando de buscar aire.

—¿Qué te pasa? —Charlotte presintió el peligro, le levantó la barbilla y notó que estaba helado—. Me estás asustando.

—Creo que…

Nicholas no pudo continuar, perdió el conocimiento y dejó caer la cabeza con brusquedad sobre el pecho. Charlotte le sujetó el cuerpo y lo reclinó en la pared. Salió al pasillo y arrastró con ella al primer médico que vio. En cuanto le explicó los síntomas, el hombre pulsó el timbre de alarma. Mientras le examinaba las pupilas, aparecieron dos enfermeras.

—Su padre sufría del corazón —dijo Charlotte angustiada. Cogió la mano de Nicholas, que seguía sin reaccionar—. Vamos, cariño.

—Trae el carro del electro. ¡Rápido!

Una de las enfermeras ayudó al médico a subirlo en la camilla, le desabrochó la camisa y le puso varios electrodos bajo el pecho, en las muñecas y los tobillos. Le tomó la tensión, el aparato empezó a medir las señales eléctricas del corazón, y empezó a analizar los diagramas que salían de un rollo de papel.

—Tiene una taquicardia paroxística —dijo marcando con un rotulador rojo una parte de los resultados—. Vamos a administrarle adenosina para normalizarla.

—¿Es grave?

—No se preocupe, señora —dijo amable—. No es grave, este tipo de arritmias aparecen de manera súbita. Seguramente la ha provocado algún tipo de ansiedad. Dentro de un rato se podrán ir a casa sin problemas.

Nicholas movió la cabeza, abrió los ojos despacio y miró a los lados confundido

—¿Se encuentra mejor?

—Sí —murmuró—. Me he mareado.

—Relájate, mi amor —susurró Charlotte inclinada en su oído, le sujetó la mano y se la besó con la misma ternura que él siempre le dedicaba—. Por favor.

En el aparcamiento del hospital, de madrugada, Charlotte convenció a Nicholas para conducir ella. Fue una negociación tensa, ya que se encontraba mejor y sabía que no era aficionada a los coches y la oscuridad, pero se topó con un muro infranqueable y optó por no

contradecirla para llegar antes del amanecer.

Una hora después, encontraron a Maggie viendo un programa en la televisión, tomando té. Al verlos se levantó con rapidez y, sin reparar en Nicholas, se centró en Charlotte.

—¿Qué te han dicho?

—Se ha desprendido un poco de placenta por la caída. —Charlotte desvió la mirada hacia Nicholas, que se servía un vaso de agua de espaldas a ellas, y comentó con una sonrisa cansada—. Pero no es grave.

—¿Y la niña?

—No te preocupes, está bien.

—Cariño, voy a acostarme —dijo Nicholas saliendo de la cocina—. No tardes.

Esa actitud ausente intrigó a Maggie y frunció el ceño mirándola.

—¿Cómo se han portado los niños? —preguntó Charlotte.

—Bien, como siempre. ¿Qué ocurre?

Se sentaron en la mesa, Maggie llenó una taza de té y la colocó delante de Charlotte.

—A Nicholas le ha dado un ataque de arritmia. Me he asustado mucho.

—¿Cómo? Si nunca le había pasado. ¿Está bien?

—Sí, pero necesita estar tranquilo. Así que ya sabes, se acabó la guerra.

—Descuida, lo llevaremos entre algodones. —Maggie sonrió taciturna asintiendo con la cabeza. No esperaba esa noticia. A pesar de todo, adoraba a Nicholas y, sabía que era recíproco. Si estaba en su mano ayudarle o cuidar de él, lo haría igual que los últimos quince años, aunque no reprimió unas dolorosas lágrimas, pensando que le pudiera ocurrir lo mismo que a su padre—. Es muy joven…

—No se te ocurra pensar que va a dejarnos —dijo Charlotte muy seria, le cogió la mano y la observó con obstinación—. Lo voy a ver envejecer, no lo dudes. Ni quiero ni puedo imaginar que le pase nada malo, y entre las dos vamos a procurar que sea así.

—Tendremos que no alterarlo mucho —comentó más tranquila.

—Sí —añadió Charlotte dándole una palmada en el brazo—. Yo la primera, te lo prometo.

A unos kilómetros de Wells, al día siguiente, Tristam decidió ir al pub para ver el partido de la liga de fútbol, era mucho más divertido

que solo en su casa. Buscó a los clientes habituales y se sentó con ellos, le sirvieron una pinta y varias mujeres, también asiduas, se les acoplaron. Cuando el Arsenal metió el primer gol, se sucedieron los brindis y la euforia colectiva. Los pocos del Manchester United se mantuvieron cabizbajos, la desigualdad en el número de seguidores no era para envalentonarse.

Al finalizar, se tuvieron que conformar con un empate, pero no se desalentaron y tras varias rondas, cada uno fue mostrando sus preferencias por la compañía femenina.

Una pelirroja con el pelo corto y un lunar muy sexy en la mejilla pasó todo el encuentro arrimándose a él, hasta que le acarició la mandíbula con una mirada seductora. «No está mal para un rato», pensó. Aprovechando la invitación, Tristam la besó con fuerza, sujetándole la cabeza. Cuando se cansaron de magrearse en el reservado del local, pagó las consumiciones de los dos y la cogió de la mano.

Pasaron riendo por la puerta de la consulta de Diane, que terminaba la ronda a otro de sus nuevos pacientes y los vio acaramelados antes de subirse en el deportivo, aparcado a unos metros de su fachada; qué bonita coincidencia. Su cerebro solo encontró una palabra para describirlo:

—Gilipollas.

Apagó las luces después de comprobar que todo estaba en orden, salió a la calle y cerró la puerta con cuidado. Como tenía la furgoneta en el taller, se vio obligada a posponer algunas visitas hasta que el mecánico diera con la avería y a desplazarse andando. Le quedaba un paseo hasta su casa; pero no le importó; la noche era agradable y necesitaba aquella brisa fresca para templar un malestar que odiaba. Se detuvo en la esquina, esperando que el semáforo se pusiera en verde cuando llegó Tristam, que aminoró el rugido del motor para cederle el paso. No quiso mirar y giró la cabeza de manera distraída, lo tenía demasiado visto y no le apeteció saludarlo. Al contrario de la última vez, le ahorró el claxon; debía estar entretenido en otras cosas.

No se equivocó. Con la promesa de sexo en breve y una mano femenina acariciando su entrepierna, Tristam la ignoró por completo.

Algún tiempo después, no mucho, Tristam se levantó de la cama asqueado tras un polvo decepcionante. Quiso terminar con rapidez la incursión de la desconocida en su casa sin nombres ni complicaciones;

no quería saber nada de ellas; sin embargo, en el pueblo debía ser más cuidadoso que en Londres. Las pocas mujeres disponibles y su apellido no favorecían la discreción que buscaba; se había desatado y no pensó en las consecuencias para su imagen, aunque siempre usaba condón; algo sagrado. No quería hijos con nadie, solo se atrevió a soñarlos con una persona que no quiso cumplir ese único deseo.

Un poco frustrado, lanzó la ropa de la chica en la cama, sin palabras. No le gustaba dormir acompañado si no era con Sarah, y no hacía falta ser un lince para comprender el significado del gesto.

—¿Y esto? —preguntó la pelirroja encogiendo los ojos, cogió la falda corta y el top negro—. ¿Qué pasa?

—Te llevo a tu casa —dijo entrando en el baño—. Vístete.

—¿Cómo? —exclamó saliendo de la cama—. ¿De qué vas?

La pelirroja tenía el cuerpo delgado, llegó disimulando su fastidio con una sonrisa y un balanceo de las caderas que pretendió sensualidad con unos pechos ajenos al movimiento. Cuando en plena efervescencia del acto los tocó, no se molestó en lamerlos o besarlos, después de los naturales, suaves y perfectos de su exmujer, el listón estaba demasiado alto. Todavía más indignado consigo mismo por permitir que Sarah estuviera presente, se giró enfadado:

—¿A qué esperas? —espetó Tristam con la boca llena, lavándose los dientes con ahínco. Seguía desnudo, pero el sexo casual había acabado y no tenía ganas de conversación—. Vístete.

—¿Por qué? —preguntó, acariciándole las nalgas.

—Porque quiero dormir —comentó Tristam. Se secó la boca y habló tratando de no estallar—. No insistas.

—Anda… —ronroneó.

Empezó a pasarle la mano por el pene lacio, de acuerdo con su dueño; no valía la pena repetir. Tristam la detuvo y le clavó los ojos mirándola por el espejo.

—Venga, guapa, tampoco ha sido para tanto.

—Desde luego, eres el peor amante que he tenido en mucho tiempo.

—Vaya, qué lástima —replicó lleno de sarcasmo—. Me voy a poner a llorar.

—Pues deberías, cuando se enteren de lo mal que follas no te va a ser fácil encontrar compañía, *milord*.

—Perfecto —dijo riéndose. «¿*milord*?, gilipollas, más bien»—. Si me disculpas, voy a ducharme, no soporto el olor a zorra.

La furia en los ojos oscuros, que lo miraron de manera amenazante, le hizo negar resignado la cabeza; no fue su noche. Recordó la reacción tan diferente de Diane y se arrepintió de haberla

ignorado cuando el sexo con ella superó infinitamente la mediocridad de noche con una decepcionante mujer que solo murmuraba tacos mientras se vestía.

A una velocidad de récord, Tristam la dejó en la puerta de la dirección que casi gruñendo le dio. Atravesó la calle principal y se sorprendió por la luz que vio en el interior de la consulta. Aparcó enfrente y se bajó del coche con la intención de disculparse; de todas las mujeres que había conocido desde el divorcio, era la única interesante y también la más reacia y hostil.

Al entrar, el horrible sonido estridente se le metió en los tímpanos. Diane al verlo cambió el gesto y junto a las ojeras, Tristam advirtió su falta de sueño; cavilando en que su humor no sería el propicio para la conversación que pretendía mantener.

—¿Qué haces aquí?

—Quería saludarte.

—¿A las cuatro de la madrugada? —preguntó irónica.

—Sí. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? No tengo ganas de charla, vuelve por dónde has venido, por favor.

—¿Eres así con todo el mundo o solo conmigo?

—Mira, Tristam, estoy cansada, llevo toda la noche entrando y saliendo, no tengo ganas de hablar.

—¿Pero, qué te he hecho?

—Nada. —Diane volvió al despacho y empezó a recoger el material quirúrgico—. No eres tú, de verdad, soy yo.

Tristam la siguió, sin ganas de irse, necesitaba aclarar las cosas porque tenían que verse y porque no le gustaba esa indiferencia.

—¿Has tenido alguna operación hoy?

—Sí, a aquella perrita. —Diane se la señaló—. Le he extirpado un tumor que tenía cerca del hígado. En unos días estará bien.

—Seguro —dijo sonriendo acercándose a la jaula—. ¿Está sedada?

—Sí, hasta que no le quite el suero es mejor para ella.

—¿Te vas ya?

Diane se había quitado la bata y guardaba sus cosas personales en un bolso de piel marrón extra grande.

—Sí. Estoy muerta, menos mal que ya es domingo.

—¿Cuándo tienes que volver a verla?

—Volveré por la tarde. Necesito dormir unas horas.

Salieron a la solitaria calle y, al momento, Tristam abrió el coche desde la puerta. Diane no quiso decirle que tenía que regresar

andando para evitar seguir en su compañía, le gustaba, pero intuía sus problemas y ella tenía bastante con los suyos propios.

—¿Dónde está aparcada la furgoneta? —preguntó Tristam.

—Supongo que en el taller del mecánico —comentó despreocupada, empezando a andar.

—Espera. —Tristam le tocó el antebrazo—. Te llevo a casa.

—No hace falta.

—No seas borde. —Cogiéndole la mano—. Vamos.

Tristam no necesitó indicaciones aunque solo había ido una vez, estaba en su camino y no tuvo problema para recordar la dirección. Llegaron en pocos minutos a una de las cuatro casitas donde Diane vivía. Eran de construcción maciza, con la fachada de piedra gris oscurecida por la humedad, y pertenecieron a los trabajadores de una fábrica de lana que llevaba mucho tiempo abandonada. Creyó que era la única vecina, por las flores en las macetas de las ventanas, el resto parecían deshabitadas.

—Gracias, has sido muy amable —dijo Diane, abrió la puerta y se bajó del coche—. Hasta otro día.

—Hasta luego.

Sopesando bajarse o seguir hacia su casa, Tristam siguió sus movimientos y optó por descansar tras una noche muy extrañada. Dentro de unas horas iría a Wells, comería con su familia, y quedarse implicaba no dormir y explicarle a Nicholas el motivo de ese cansancio. Bastante había tenido que escuchar ya sobre las salidas entre semana, como para que también arremetiera contra una vida rural bastante activa; esa que hasta el momento todos creían relajada, solitaria y, con seguridad, su hermano no entendería. Sobre todo, conociendo cómo vivió su propia separación; necesitó varios años para volver con una mujer cuando él con quince días fue sobrado. No justificó que Nicholas amaba a Charlotte, le dolía asumir que seguía enamorado de Sarah, por muchas sustitutas que buscara con empeño; era solo sexo, ella seguía siendo la dueña de un corazón reticente a olvidarla.

Pensando llegó a su refugio, donde se metió otra vez en la cama, desnudo, solo, y con la brillante sonrisa de Sarah metida en lo más profundo de la cabeza. Ansiaba acostarse sin esa cara colándose en sus sueños, necesitaba recobrar la estabilidad, consciente de que sin asumir su abandono nunca volvería a enamorarse. Después de dos meses divorciados, todavía a veces se consolaba creyendo que ella lo echaría de menos y, quizás, tendrían otra oportunidad; tal y como llegaba esa esperanza, aparecía su dignidad contradiciendo; no, Sarah Thompson era pasado; aunque tuviera que grabárselo en la frente con

fuego.

En Londres, Sarah pasó la mayor parte del domingo terminando la memoria de calidades y los presupuestos de la presentación para su potencial nuevo cliente. Ignoraba que el viernes por la tarde Jean dejó las llaves de su apartamento encima del marco de la puerta para Paula, que en cuanto llegó se puso en contacto con él; que no se vieron porque Jean le aseguró que estaría fuera de la ciudad por un compromiso, que tenía la casa a su entera disposición, y, por supuesto, que en ningún momento la mencionó a ella.

Después de comer y entretenerse un par de horas con unos informes del museo, Jean decidió salir a correr y dejarla tranquila, comprendía el interés de ese trabajo, evitaba interrupciones cariñosas, que estando juntos eran constantes, y desfogaba la inquietud de un fin de semana donde la imagen de Paula no se alejaba de su cabeza, aunque se libró de aclaraciones violentas o suspicacias.

Pensando en ofrecer la máxima calidad, Sarah repasó los datos de los proveedores, ya que su cliente, AnGorssen Group, insistió en que primasen, sin reparar en el precio. Se dedicaba a la hostelería, la tecnología digital y la electrónica, con empresas por toda Europa y Asia; pretendía afianzarse en el Reino Unido, renovando una cadena de restaurantes comprados unos meses atrás. Solo había mantenido una conversación telefónica con el señor Göransson, tenía una voz grave que la mantuvo en tensión con los cinco sentidos alerta. Le envió unos planos actuales de los locales y durante varios minutos lo escuchó describir todos los aspectos que quería, estudiados a la perfección; seguro de su éxito. Por la apariencia industrial que exigió en los diseños, intuyó que rechazaba cualquier atisbo de calidez a semejanza de su propio carácter. Pero sabía amoldarse y si aprobaba el proyecto, el despegue del negocio abierto en plena crisis económica estaría garantizado. No debía quejarse, por su buena reputación, clientes anteriores la recomendaban, como le pasó con el señor Göransson, que prefirió no desvelar el nombre de la amiga que le habló de ella. Para Sarah, lo más importante era salir a flote y seguir ganando prestigio; no le importó por qué Göransson quiso mantenerlo oculto; aunque le habría gustado agradecérselo.

Cuando Jean regresó era de noche, dejó en la mesa del salón una bolsa con comida y preguntó:

—¿Te queda mucho?

—No, ya he terminado. —Sarah sonrió al verlo sudado, cerró el ordenador y se levantó del sofá—. ¿Qué has comprado?

—He parado en un italiano. Voy a darme una ducha y cenamos.

—Vale —dijo resignada, pensando en las calorías que a él no le importaban, igual que la comida china, la gran ausente, porque no le gustaba—. Iré preparando la mesa.

Jean desapareció por el pasillo, quitándose la camiseta negra, luego las deportivas y el pantalón corto. Entró en el dormitorio desnudo con un reguero de ropa a su paso. Sarah siguió su pista, sin hacer el intento de agacharse. Fue al baño y lo encontró de espaldas inclinado cogiendo una toalla. Se apoyó en el lavabo, observando desde los glúteos firmes hasta unas piernas musculosas en tensión. Jean se giró y la pilló de lleno. Se acercó mordiéndose el labio inferior, con un brillo perverso en los ojos, y le levantó la camiseta pasando las manos con seguridad por sus pechos.

—Dúchate conmigo —susurró con un pezón en la boca.

Después de una ducha prolongada por un deseo alocado, cenaron viendo una película de aventuras. Sarah apoyó cansada la cabeza en el hombro de Jean y se quedó dormida con las caricias de unas manos perezosas en su cara, palpando la armonía de sus rasgos; sintiendo una belleza interior que cada día le gustaba más y empezaba a confundir con algo más profundo.

Al día siguiente, Jean se marchó corriendo antes de las nueve a su trabajo, mientras Sarah terminó de arreglarse. Se vistió con una falda negra entallada, una camisa blanca y unos zapatos negros de tacón alto. Salió del dormitorio echando un último vistazo y comprobó extrañada que Jean había recogido la ropa sucia; no era muy desordenado, pero no destacaba por sus hábitos regulares; funcionaba por impulsos. Era rara la mañana que no se quedaba dormido, y nunca desayunaba en casa; algo que para ella era increíble; no comprendía empezar sin una buena dosis de café. En la cafetera de la cocina siempre había; costumbre de Tristam que mantenía porque era uno de los muchos gustos que compartieron. Sirviéndose una taza, se preguntó cómo estaría, trabajan en el mismo edificio y no habían vuelto a coincidir desde el gélido encuentro del ascensor. En las breves conversaciones telefónicas semanales con Charlotte, se limitaban a hablar de sus vidas, omitiendo referencias a él, casi siempre los niños y el embarazo ocupaban esos minutos.

Buscó toda la documentación del proyecto pensando en Tristam hasta que empezó a volverse loca dando vueltas por el salón sin encontrar el portafolio. Los planos a color que imprimió después de salir de la oficina el viernes atraían más que los presupuestos; eran

fundamentales para explicar a Göransson sus ideas. Muy nerviosa, se detuvo haciendo memoria, recordó haberlo dejado en la cocina de Jean. Buscó las llaves de la casa y salió disparada mirando el reloj, no soportaría llegar con retraso, le quedaba poco tiempo y tenía que pasar también por su oficina.

Sarah cruzó a toda velocidad la calle, no fue mucha gracias a sus tacones, acelerada llegó a la parada de taxis del paseo del parque. Encontró uno libre y pocos minutos más tarde, le pagó la carrera al taxista y entró en el edificio de Jean.

Esperó intranquila el ascensor, agobiada por ese absurdo olvido que podía acarrearle una opinión desfavorable. En cuanto las puertas automáticas se abrieron en la planta, Sarah se dirigió por el corredor y entró decidida en el apartamento. Se sorprendió por la música que provenía del baño. Sigilosa atravesó el salón, percibiendo un olor femenino y ropa dejada de manera descuidada en el sofá. En el dormitorio se quedó inmóvil delante de una mujer morena, con el cuerpo envuelto en una toalla, tan incómoda como ella.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sarah.

La desconocida la recorrió con los ojos examinándola de arriba abajo.

—¿Y tú?

—Soy Sarah, salgo con Jean.

Paula alzó incrédula las cejas, riéndose de ella. Sin mediar palabra, empezó a vestirse ignorándola. Cuando se sentó en la cama para ponerse unas botas negras muy altas, la miró risueña.

—Soy Paula.

—Perdona, pero no sé quién eres.

—Veo que *mon cher* Jean no te ha hablado de mí. —Se levantó y se acercó despacio. Era muy atractiva, con un cuerpo de infarto y le sacaba a Sarah más de diez centímetros—. Fuimos pareja algunos años —explicó engreída, con un marcado acento francés—. Ahora solo nos acostamos cada vez que vengo.

—Me alegro por vosotros.

Sarah la dejó con una sonrisa en la cara y salió pitando hasta la cocina. Recogió su portafolio, la chaqueta que lo ocultaba, y cerró la puerta del apartamento de un portazo, igual de sutil que la arrogancia de la francesa.

Prefirió andar para relajarse un poco, sin entender la postura de Jean, que jamás la había nombrado y, al parecer, no consideró importante decirle que estaba en su casa y que, al parecer también,

seguían manteniendo relaciones. No eran celos, sabía que era imposible que estuviera con otra; todo su tiempo libre lo pasaban juntos. En cambio, comprendió un interés repentino por estar precisamente ese fin de semana ayudándola con las tareas que tenía pendientes; eso la indignó, era una falta de honradez que atrajo todas las dudas imaginables sobre la autenticidad de su relación. Si empezaban así, apenas tenían futuro. Recordó cómo ella y Tristam se hicieron amigos, cómo al principio la trató con mucha ternura, los intereses y gustos que compartían; en cambio, con Jean todo era irracional, basado en el sexo y no estaba calando en su corazón. Sin pretenderlo, se entretuvo un rato comparándolos, algo que se propuso no hacer y se planteó todas las decisiones que le acarrearon un polvo, maravilloso, pero con un precio muy caro para ella y un dolor injustificado para Tristam. Tenía fundidos en las retinas el resplandor dorado que aquella noche dispararon sus ojos, todos los matices del desprecio, la rabia y la humillación descargaron en ella.

Entró en el edificio de oficinas más tarde de lo acostumbrado, cansada de los tacones, pensando en quitárselos en cuanto llegara, aunque empezó a divagar con la imagen que quería transmitirle a Göransson y decidió martirizarse con ellos unas pocas horas por el bien de su negocio.

Esperando el ascensor, escuchó la voz de Tristam a su espalda, escarmentada, no se molestó en girarse. Él prolongó la conversación telefónica hasta que la miró sorprendido cuando se subieron en un incómodo silencio. Sarah percibió la tensión en su rostro, no dejaba de mover las mandíbulas, se le notaban más angulosas las facciones, más delgado. Vestía un elegante traje oscuro, una camisa blanca y una corbata azul, que le aportaba una seriedad diferente a la apariencia informal que la enamoró, pero seguía siendo un hombre muy atractivo.

—Hola —dijo Sarah.

—Buenos días.

No añadieron nada, estaban solos tratándose como desconocidos. A Sarah los remordimientos le llenaron los ojos de lágrimas, avergonzada bajó la cabeza, rogando por acabar el encuentro lo antes posible; siempre percibió mejor que nadie sus estados de ánimo y no quería que la viese así; implicaba reconocer el error más grave que había cometido.

Asombrado, Tristam tragó despacio, recordándola en la fiesta de Ivory; aquel día, su imagen de felicidad distaba mucho de ese abatimiento. Viendo la tristeza de unos expresivos ojos negros, olvidó su rencor y depuso la actitud desdeñosa para volver a comportarse

como un caballero.

—¿Estás bien?

Al escucharlo con un tono amable, Sarah levantó la vista.

—Sí, gracias —dijo rápido para desviar la atención—. ¿Y tú?

—Perfecto —dijo Tristam serio—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Estoy un poco resfriada.

—Cuídate, en esta época tú… —Tristam se detuvo sin terminar de decirle que ella se resfriaba en primavera. La miró tratando de disimular y cambió el rumbo de sus pensamientos, derecho a la realidad—. Cuando tengas tiempo, me gustaría hablar contigo sobre las acciones de la empresa.

—¿Qué pasa?

—Ahora no puedo entretenerme, tengo una reunión. Mándame un mensaje cuando puedas y lo hablamos.

—Muy bien.

Llegaron a la planta de él y se despidió con la primera sonrisa desde aquel miércoles trece de febrero que jamás olvidarían.

—Que pases un buen día.

—Y tú —susurró Sarah.

Cerró los ojos el resto del trayecto, agradecida por la cortesía de Tristam, más relajado con ella. Luego, con la cabeza asediada por una tormenta de ideas, preparó en el despacho la documentación. No supo si fue por la reunión o por el encuentro con Tristam, el caso es que tuvo tiempo de repasarlo todo; el único olvidado fue Jean.

Unos minutos antes de la hora acordada con Andreas Göransson, Sarah entró en las oficinas de su grupo en el centro, un espacio moderno acorde a las pautas que le había dado para los restaurantes. Tras indicarle a la recepcionista su llegada, apareció el señor Göransson. Era un tipo de treinta y pocos años, muy alto, rondando el metro noventa, el pelo rubio bastante corto; atractivo, con unas facciones proporcionadas bien definidas, y, aun vistiendo un elegante traje oscuro, en esos andares suaves se percibía una agresividad muy varonil que intimidaba con contundencia.

Andreas se aproximó y le tendió la mano.

—Buenos días, Sarah.

Apenas vio una dentadura, soportó una mirada azul fría cuando el hielo la recorrió de abajo arriba, en ese momento, sintió un escalofrío, pero no distinguió si fue miedo o excitación. Sin recibir la misma deferencia, Sarah sonrió y lo siguió hasta el despacho, donde le cedió el paso al entrar y le retiró cortés la silla antes de rodear la mesa,

sentarse y esperar paciente a que sacara los bocetos.

—Creo, señor Göransson, que he captado la idea —dijo Sarah, indicándole sus propuestas—. He usado los planos que me enviaron y con algunas modificaciones la zona de la cocina queda bien visible, y en el comedor conseguimos el aspecto industrial que quería.

—Llámame Andreas, por favor —dijo severo. Sonó a orden. Al darse cuenta de su brusquedad, trató de esbozar una sonrisa, que Sarah correspondió asintiendo con la cabeza. Debía moderar su carácter con ella, era demasiado importante para sus planes de expansión en Inglaterra. Le estaba presentando un trabajo de mucha calidad, rebasaba sus expectativas, y si además podía sonsacarle información sobre Ivory, conseguiría de un plumazo sus objetivos—. Me gusta todo lo que me has enseñado. El trabajo es tuyo.

Sarah frunció el ceño, no había terminado. Sus clientes por proyectos más insignificantes la mareaban durante horas.

—¿No quieres ver el resto? —preguntó incrédula.

—No. ¿Para qué? Confío en tu criterio.

—Gracias —dijo aliviada.

Hablaron de plazos, proveedores de materiales y otros asuntos relacionados con el proyecto. Andreas se mostró interesado en todo, parecía educado e introvertido, aunque estaba a la espera para reconducir la conversación. En cuanto Sarah nombró Ivory, se lanzó:

—He oído que la clientela está satisfecha —dijo despreocupado—. No debe ser fácil contentar a determinadas personas.

—No, no lo es, pero están haciendo un trabajo impecable. Antes la directora era Giselle Harper. Ahora es Victoria, y por lo que sé, lo está llevando muy bien.

—El nombre de Giselle me suena, creo que ha trabajado en otros establecimientos hoteleros. A Victoria no la conozco, ¿quién es?

—La hermana de mi marido. —Al darse cuenta del error, rectificó —. Exmarido, disculpa. Empezó a trabajar en Ivory en enero.

—Entiendo. Debe tener una gran capacidad. —Andreas la observó con atención moviendo los dedos sobre los labios, las referencias que tenía de Victoria la describían como una engreída sin escrúpulos, necesitaba ampliar la información—. Es una manera de mantener el negocio en la familia ¿no?

—Sí. Es una de las cosas que más les preocupa. La finca es de ellos desde hace siglos y no quieren bajo ningún concepto que eso cambie.

—Muy loable por su parte, pero a veces algún cambio es bueno.

Sarah sonrió dubitativa, no era esa la visión de los Finch-Hutton.

—Supongo —dijo desinteresada.

Algunos cambios no estaban siendo tan beneficiosos como

esperaba.

—¿Dónde ha trabajado antes Victoria? —preguntó Andreas casual.

—Ivory es su primer trabajo, por eso es tan admirable.

—Desde luego. —Andreas la observó atento, notó el orgullo en esas palabras y sonrió enseñando unos dientes blancos y perfectos. Le gustó pensar en el desafío de la joven directora—. Tiene todo mi respeto.

Sarah levantó despacio los párpados, otra vez había conseguido erizarle el vello.

—El mío lo tienen todos los Finch-Hutton. Son una gran familia.

—Sin duda —dijo Andreas, con cinismo añadió—: La extirpe es la extirpe.

Su cara no mostraba ninguna alteración, Sarah lo notó indiferente, pero creyó detectar en esos ojos celestes un rastro de odio. Reanudaron la conversación centrándose en los restaurantes hasta que avisaron a Andreas de la llegada de su siguiente cita. En cuanto Sarah salió, él confirmó la reserva en Ivory la última semana de la temporada, una buena ocasión para conocer a la señorita Finch-Hutton; cualquier cosa que pudiera hacerle ganar sería bien recibida; conllevara los cambios que fueran.

CAPÍTULO XI

Londres, Inglaterra
29/4/2013

Sarah volvió a la oficina muy contenta después de conseguir el trabajo con menos esfuerzo del que suponía. Se sentó en el sillón y con dos patadas eficaces se deshizo de los zapatos. Se frotó los doloridos pies con una sonrisa enorme. La expectativa era fantástica y le pudo la ilusión al comprometerse en hacerlo en dos meses escasos, tenía por delante horas interminables sin ninguna ayuda, pero rozó la gloria porque en cuanto el primero estuviese bien definido, en los demás solo deberían adaptar los espacios y sería un trabajo fácil con unos honorarios garantizados.

Poco antes de las cuatro, pidió tallarines fritos con pollo y una ensalada de gambas al restaurante chino cercano a la casa de Camden. Comiendo empezó a diseñar, absorta en su mundo, tranquila. Comprendió qué quería, sintió la necesidad de alejarse de Jean, tomarse su relación con calma, estar sola, tener su espacio, salir con sus amigas, y ver las cosas desde otra perspectiva.

El sonido del teléfono la sacó de su mundo alegórico, expulsó el aire de los pulmones de forma brusca y aceptó la llamada.

—Hola —saludó Jean contento—. ¿Cómo te ha ido?

—Hola. Bien, he conseguido el cliente.

—Enhorabuena, tendremos que celebrarlo ¿no?

—Sí, claro.

—Te recojo a las cinco y media y me dices dónde quieres ir.

—Mejor otro día, hoy estoy muy cansada. Mañana te llamo.

—¿No quieres que nos veamos luego? —preguntó sorprendido.

—No.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadada conmigo?

Sarah se rió acrecentando el malhumor que él estaba empezando a sentir.

—Mañana lo hablamos ¿Vale? Así tienes la noche libre.

—¿De qué coño estás hablando?

—¿No lo sabes? ¿En serio?

—No, no tengo ni idea. No nos hemos visto en todo el día, si no me

lo explicas, no lo puedo adivinar.

—Ya, pero ahora no me apetece hablar del tema. Mañana te llamo.

—De eso nada, lo hablamos hoy. Espérame en la puerta —ordenó rotundo, al instante agregó—: Por favor, Sarah.

—De acuerdo, te esperaré. Hasta ahora.

Tristam salió del despacho y se encontró con dos de sus compañeros comentando los resultados de la liga de fútbol. En la oficina, excepto él, el resto eran seguidores del Chelsea o del Fulham. Bastante distraídos llegaron al ascensor, bajaron bromeando y, ya en la calle, se estaban despidiendo cuando se quedó inmóvil atento a una pareja a varios metros de ellos. No esperaba ver en un mismo día dos veces a su exmujer, y menos discutiendo en ese momento con el francés.

Los gestos furiosos de Jean por algo que Sarah le había dicho, lo alertaron. No los escuchaba ni buscaba hacerlo, pero los controló disimulando mientras hablaba.

Con la paciencia muy mermada, Sarah resopló harta de justificaciones.

—Quería evitar esto —explicó más sosegado—. Créeme.

—Te lo he dicho mil veces, me da igual si se queda en tu casa o no, lo que me ha molestado es que me manipules. No lo aguanto.

—¿Por qué lo dices? ¿Cuándo te he manipulado?

—Cuando te ofreciste a venir a mi casa porque llegaba tu ex. Llevaba varias semanas diciéndote las cosas que tenía pendientes, y te dio igual, pero, oh, coincidencia, ella va a estar en tu casa y se te ocurre venirte a la mía —dijo Sarah endemoniada por el cinismo—. ¿Crees que soy imbécil?

—No, desde luego, el imbécil soy yo.

—Pero…, bueno… —Sarah se indignó—. Me mientes, metes a tu exnovia en tu casa sin decírmelo, a quien según ella te tiras cada vez que viene, y pretendes que lo vea como algo normal, ¿en serio para ti es normal? —preguntó moviendo la cabeza—. Eres increíble.

—No me la tiro cada vez que viene —siseó Jean cansado de reproches, sonrió apretando los labios y habló con dureza—: Y si lo hiciera, no tengo que explicártelo.

—Desde luego que no —dijo prepotente—. No tenemos ese nivel de compromiso.

—Me voy, cuando estés más tranquila llámame si quieres.

—Muy bien. —Sarah abrió el bolso y sacó las llaves del apartamento—. Toma, no las voy a necesitar.

Jean la fulminó mirándola impasible y con brusquedad se las quitó de la mano, tras una ligera duda, dio la vuelta y se marchó dejándola sola, sin advertir a Tristam. Ella no se movió durante unos segundos, luego empezó a andar y se perdió entre la gente, ajena al inesperado caballero que no quiso regresar a su casa hasta comprobar por sí mismo el desenlace de la pareja. Por lo que observó, no atravesaban un momento muy dulce, y en su interior brotó una débil luz que lo reconfortó bastante. No le deseaba nada malo a ella, pero a él se la tenía jurada y se alegró presintiendo que el idilio parecía abocado al fracaso.

Esa misma noche recibió una llamada de su madre. Le contó el fin de semana movidito de Nicholas y Charlotte, que seguían en Wells, y se agobió por ni siquiera haber tenido el detalle de avisarles de su ausencia el domingo. Pasó dormido toda la mañana, la tarde con el perro por el bosque, y a última hora regresó a Londres, inconsciente del mal rato que habrían pasado.

Se sentó en el sofá con *Solo*, marcó el número de teléfono fijo de Nicholas y al tercer tono descolgaron.

—Buenas noches, —Maggie saludó en un tono formal a sabiendas de quién era. Animada en su papel, se creció y dijo—. Residencia del duque de Salisbury, Nicholas Finch-Hutton. ¿Qué desea?

Al escucharla, Tristam sonrió resignado; no tenía remedio.

—Maggie, déjate de rollo, soy yo.

—¿No te gusta el saludo?

—Muy bonito, pero como te oiga mi hermano… ¿Está por ahí?

—Sí, espera un momento. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Trabajando mucho. ¿Y tu familia?

—Muy bien, también. Gracias por preguntar.

—¿Nick está mejor?

—Sí, muy relajado. Te lo paso. Hasta luego, Tristam.

Maggie pulsó la extensión de la biblioteca y de inmediato Nicholas habló:

—Hola. ¿Por qué no viniste ayer? —preguntó interesado.

—Lo siento, me quedé dormido. Salí el sábado a ver el fútbol y me lié. Me ha llamado mamá. ¿Cómo estáis?

—Bien, no te preocupes. Lo de Charlotte ha sido una pérdida de algo relacionado con la placenta, pero no es nada. La niña y ella están bien, solo tiene que hacer reposo y no coger peso. Estaremos aquí hasta después del verano.

—¿Y tú? ¿Por qué no me has avisado?

—Porque fue por la noche. Según el médico fue debido al estrés. Estoy bien.

—¿Es igual que lo de papá?

—Más o menos, es una taquicardia aguda y no es genético, no saben con precisión cuál es el origen. Como llevaba varias horas de los nervios, se lo han achacado a eso.

—¿Te han mandado algo?

—No. Vida relajada. A Charlotte le han dicho lo mismo, así que hemos decidido estar aquí hasta que nazca la niña. Seguramente no volveremos a Londres hasta que se reincorpore al trabajo.

—¿Tantos meses?

—Sí. Puede tener hasta un año. Si coge ahora tres meses hasta enero solo serían ocho, después ella decidirá si quiere ampliarla o no.

—Me parece que no tienes muchas ganas de volver.

—La verdad es que no —dijo Nicholas sonriendo, recordó un tema que a Tristam no corría prisa e inquietaba menos y preguntó—. ¿Cuándo vas a ver a la nueva potrilla?

—La vi en el cumpleaños de los niños ¿Por qué?

—Porque deberías ir pensando dónde vas a tenerlas.

—Ya te dije que voy a hacer la cuadra y el problema que me supone contratar a alguien.

—Son tuyas. Llevas meses contándome lo mismo. Habla con Gordon por si puede echarte una mano encontrando a alguien competente, si no, las llevaré a Ivory para que las cuide él.

—No creía que te suponía un problema tenerlas —dijo resignado.

—No lo era hasta que llegaron los ponis. Necesito más espacio y yo sí que no pienso agrandar la cuadra. Tu yegua tiene el cubil más grande y lo necesito para ellos, así que dale una solución pronto.

—Vale, lo intentaré.

Si ya lo tenía decidido, solo quedaba empezar. En el fondo Tristam se alegró por la intransigencia de Nicholas, cada día la casa de Amesbury se parecía más a su sueño; estaba resultando un día muy esclarecedor para él.

—¿Cómo te va todo? —preguntó Nicholas percibiendo su optimismo.

—Liado pero contento. Por cierto, me está gustando mucho la última. Enhorabuena, hermanito, eres el mejor.

—Sí, sí, lo que tú digas. Intenta venir el próximo fin de semana, quiero hablar contigo sobre una idea que tengo.

—¿De qué?

—Te lo cuento cuando nos veamos.

Más tranquilo después de escucharlo, Tristam cogió la correa de

Solo y salió dando un paseo por el parque. El animal con su instinto de cazador lo rastreaba todo, debía ir pendiente de donde metía el hocico sin un patrón definible, igual era un árbol, la pata de un banco o cualquier excremento de algún congénere; un aliciente que en el campo no tenía. Mientras aguardaba a que el perro terminase una batida, vio a Sarah entrar en un edificio hablando por el móvil. Era una antigua mansión victoriana reformada en apartamentos, en el mismo paseo del parque, a solo unas calles de su casa, entre Camden y el Soho. Tras pasar unos minutos intrigado, reapareció con otra ropa, más informal: unos vaqueros, un top negro, y unas sandalias marrones de tacón. En unos minutos, Rachel paró el coche delante de ella, se subió, la besó y se fueron charlando gesticulando divertidas.

En su fuero interno Tristam sonrió, dedujo que iban a salir, que su exmujer se había mudado muy cerca y que era una cuestión de tiempo que coincidieran. Otra vez estaba dándole vueltas a lo mismo, por más que intentaba olvidarla, de una u otra forma, terminaba con ella en la cabeza. Necesitaba evadirse y descansar de la persecución sin tregua de esos pensamientos. Para mitigar la ansiedad, llamó a Gerry Chester, uno de sus amigos de correrías, y quedaron en un rato para tomar una copa. Al menos se garantizó unas risas y otra borrachera que le permitiría dormir.

En Wells todos se habían reajustado a las indicaciones de los médicos, Maggie volvió a la jornada completa y Charlotte, tras hablar con Knight y mandarle el informe del hospital, empezó la baja más de tres meses antes del parto.

La tranquilidad de la finca era el sitio idóneo para los niños, aunque sus piernas mostraban las pruebas de numerosas caídas, sobre todo las de Alex, más alocado que su hermano, que se dejaba arrastrar por él; aunque últimamente tenía recursos propios. Los dos siempre estaban vigilados por Charlotte o Maggie, por las tardes el escritor se encargaba de ellos y les dejaba más libertad, probablemente condicionado por su género era más permisivo.

Después de comer, Nicholas se sentó en la mesa de la parte trasera mientras los niños jugaban en un prado que sonreía colorido con amapolas y verdes brillantes en una tarde primaveral donde los tres vestían pantalones cortos y camisetas, agobiados por el calor intenso. Empezó a plasmar en un cuaderno las ideas para un próximo libro, pero tendría que hablar con su madre y Gordon; quería algo especial y necesitaba los nombres de algunas personas que trabajaron en Ivory cuando James nació; formaría también parte del legado que

heredarían sus hijos; su homenaje al VII duque de Salisbury: la historia de una casa a través de sus habitantes.

Dejó de escribir, levantó la mirada y sonrió observando a Henry correr detrás de *Brown.* Aparte de estar grandes, los gemelos día a día progresaban con el lenguaje y les hacían pasar unos ratos muy divertidos escuchando cómo hablaban rápido e imprecisos, pero entendible entre ellos. De repente, Alex captó su atención tratando de alcanzarlos. «Ahí va el Intrépido». Lo siguió con la cabeza hasta que su carrera la interrumpió una piedra traidora, se cayó de boca y empezó a llorar desconsolado.

Nicholas, que vio desde lejos una cantidad abundante de sangre chorreándole por la cara, saltó de la silla y corrió sin ser consciente de que no llevaba a *Viking* entre las piernas ni reparó en su alocado corazón. Llegó en un segundo, como un guepardo protegiendo a uno de sus cachorros en plena sabana. Fue una carrera formidable e imposible de mantener durante muchos metros.

—No pasa nada —dijo Nicholas resollando—. No te muevas. —En cuanto cogió a Alex en brazos, se percató de que tenía la barbilla partida, apreció con claridad la palidez del hueso, colocó una mano presionando y detuvo la hemorragia, que volvía con intensidad si aflojaba la fuerza. Los ojazos del niño llenos de lágrimas, le llegaron al corazón; su pequeño aventurero o se refrenaba o tendría un percance serio. Necesitaba sutura, el corte era demasiado profundo para las pequeñas heridas que solían curar casi a diario. Lo calmó y regresó ignorando su propia angustia, otra vez—. ¡Maggie!

—Dios mío. ¿Qué le ha pasado?

Lo sentó en la mesa inclinándole un poco la cabeza hacia atrás, mientras ella limpiaba la herida con un trapo mojado en agua.

—¿Dónde está Charlotte?

—En la biblioteca.

—Tengo que llevarlo al centro de salud, pero no puedo solo.

El alboroto en la cocina alertó a Charlotte, que entró con rapidez, pero se puso pálida al confundir el alcance de la herida.

—No te asustes, es menos de lo que parece —dijo Nicholas, sujetando la barbilla y la cabeza de Alex—. Necesita puntos.

—¿Cómo? —preguntó nerviosa, acariciándole las piernecitas.

Alex sollozó mimoso, intentando explicarle cómo se había caído.

—No llores —dijo Nicholas severo—. Si no fueras como un loco, no te pasarían tantas cosas.

Miró a su padre tragándose el llanto, aliviado con una suave caricia en el pelo de Charlotte, que se volvió y dijo:

—Maggie, quédate con Henry. Voy con ellos.

—Conduce tú, no puedo quitarle la mano de aquí.

Al momento salieron hacia el pueblo. Nicholas de copiloto con su hijo en brazos, sosteniendo una toalla contra el corte que seguía sangrando a raudales y la empapó con una mancha escandalosa, también efectiva para conseguir prioridad absoluta en la pequeña sala de urgencias, donde fue el paciente estrella, demostrando una valentía inusual que los dejó admirados, y preocupados; no sugería una experiencia traumática para Alex. Volvió con cuatro puntos de sutura y una piruleta; orgulloso enseñó la nueva herida de guerra a su hermano y a Maggie; el susto en el cuerpo se lo reservó a sus padres; permanecería con ellos toda su vida, igual que esa cicatriz con él.

En el pub londinense de siempre, Sarah y Rachel, después de pedir en la barra, se sentaron en uno de los reservados, separado del resto por una mampara de madera cubierta con fotos de clientes que las colgaban cuando visitaban otros países. Todas estaban firmadas e incluso había una de ellas, con algunos años menos, en un viaje que hicieron juntas a Italia.

—¿Desde cuándo salen?

Sarah llevaba casi dos meses sin mucha información sobre la vida de sus amigas y, al conocer por Rachel la nueva situación de Laura, se sintió mal consigo misma por haberlas descuidado.

—Un par de semanas —dijo Rachel indiferente—. Volvamos a lo nuestro, ¿Qué te ha dicho Jean?

Sarah solo le había contado el desagradable encuentro con Paula, resopló y le narró la discusión, añadió la devolución de las llaves y el cabreo como despedida.

—No sé Sarah, es un poco violento decirle a tu novia que vas a alojar en tu casa a tu ex.

—Para empezar él y yo no somos novios —dijo rotunda—. Y lo único que ha conseguido es que me replantee lo nuestro.

—¿Qué sois según tú? —preguntó interesada, frunció el ceño.

—¿Amantes?

—Tú sabrás, pero te has cargado tu matrimonio por él. —Rachel no quiso que sonara a recriminación, pero no lo consiguió—. Suponía que lo tenías muy claro.

—Fue Tristam quien quiso divorciarse.

—Joder, Sarah, ¿y qué esperabas?. Te pilla in fraganti y ¿pretendes que te perdone? Es un tío al que has humillado en público, tiene su dignidad, yo habría hecho lo mismo, qué quieres que te diga.

—Ya, pero no me dejó explicarle nada.

—Te estás arrepintiendo ¿Verdad?

—No de todo, pero sí de cómo sucedieron ciertas cosas. Me sentí muy mal cuando vi la cara de Tristam, nunca me lo va a perdonar. Hoy por primera vez me ha sonreído —dijo emocionada—. Y, aunque no te lo creas, me ha partido el corazón

—Lo siento mucho, Sarah, pero no sé cómo pudiste hacerlo, de verdad. Acababais de daros una oportunidad. Aún sigo sin comprenderlo.

—No sé, supongo que me sentí deseada y me dejé llevar. No lo había hecho nunca, tú sabes lo que me costó aceptar que Tristam estuviese enamorado de mí, con Jean me siento segura, confiada.

—Ya, pues no sé qué decirte. No parece mal tipo, pero me gusta más Tristam. Será porque lo conozco más.

—Hoy me ha dicho que tenemos que hablar. Después de dos meses ahora quiere hablar —hizo una pausa y añadió irónica—: De la empresa, por supuesto.

—Es normal —dijo Rachel con paciencia—. Uno tiene que admitir el fracaso, y eso lleva tiempo. Tampoco le ha tocado un plato de gusto, no sé tú, pero no creo que olvide jamás la escenita que vio. Ponte en su lugar.

—Supongo, pero ha salido muy beneficiado. Yo no.

—No quiero que te enfades, pero son las consecuencias de lo que has hecho. Pudiste exigirle tu parte de la sociedad, no lo hiciste para acabar rápido y estar libre con tu amante.

—No fue por eso, no quise enfrentamientos. Me dijo que no quería verme más, y lo vi como una forma de compensarle.

—¿Regalándole tu trabajo? Venga ya…

—Piensa lo que quieras —dijo derrotada.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablaré con Jean para tomarnos las cosas con más calma, se acabó el vivir casi siempre juntos. Necesito mi espacio y aclararme, si lo acepta bien, si no, también.

—¿Y Tristam?

—¿Qué pasa con él?

—No sé dímelo tú —dijo sonriendo.

—Intentaré mantener una relación cordial y te digo lo mismo que con Jean, si quiere bien y si no…

—¿Estás segura? ¿Lo has olvidado?

—No, pero tengo una relación con otra persona y me imagino que él estará haciendo lo que le dé la gana. Está en su derecho.

Rachel afirmó con la cabeza, sopesando unas palabras que sonaron amargas. Le pareció curioso que cuando habló de Jean asumiera que

no quería ningún compromiso con él, en cambio, fue mencionar a Tristam y echarse a llorar. Creyó que Sarah empezaba a tomar conciencia de la realidad. Como médico sabía que el cerebro aumenta la producción de ciertas hormonas responsables del placer al principio de una relación, generan una aparente nube de deseo que provoca hacer el amor con frecuencia, en Sarah debían estar disminuyendo drásticamente, por los planes solitarios que preveía para sí misma en un futuro próximo.

Tristam llegó a Amesbury el viernes por la tarde. Buscó a Diane con la intención de invitarla el día siguiente a Wells para que viera los caballos y le aconsejara dónde construir el establo. En la consulta, se sorprendió frente a la concurrencia de varias personas esperando con sus mascotas. Los saludó y se sentó junto a *Solo,* alegre por entablar amistad con una perrita no muy agraciada, de igual tamaño, y un carácter abierto tan juguetón como el suyo; le supuso a Tristam varias disculpas bochornosas y controlar el impulso reproductor de su amigo, que en cuanto cogió confianza se lanzó arriesgando; a su imagen y semejanza, tal para cual; los dos andaban necesitados de mucho cariño.

El último paciente salió tras más de media hora, escuchó la voz de Diane dándole paso y se levantó arrastrando al perro hacia la puerta de la consulta; *Solo* tenía buena memoria y las inyecciones no le traían gratos recuerdos; no le gustaban y haría todo lo posible por no entrar.

—Vamos, cobarde. —Tristam tiró de la correa—. Hoy no te toca.

Con su afición a la limpieza, *Solo* clavó el culo en el suelo y fue más eficaz que una pulidora.

—Hola. —Diane los miró mordiéndose los labios—. ¿Le pasa algo?

—No. Quería proponerte una cosa.

Diane alzó las cejas y apretó la boca concentrada en él. Tristam la observó, esos morritos lo atraían como la miel a los osos, aunque se mantuvo correcto sin darle muestras de excitación.

—Habla, estoy ansiosa por escucharte —afirmó Diane con desdén.

—Es por el establo de mi casa. Quiero hacerlo ya.

—Estupendo, busca un constructor, por si no te ha quedado claro, soy médico veterinario.

Tristam ignoró el sarcasmo, quería conocerla mejor.

—Tengo una yegua, pura sangre, parió a principios de abril una potrilla. Están en Wells con los caballos de mi hermano. Me gustaría conocer tu opinión para encontrar el sitio adecuado del establo.

—¿Esa es tu proposición?

—Sí —respondió sonriendo—. ¿Qué esperabas?

Diane encogió los hombros, pero se sintió decepcionada.

—Ni idea.

—Mañana voy a ir a verlas, ¿podrías venir?

—Hasta el mediodía tengo la consulta abierta. Puedo ir por la tarde.

—Perfecto. ¿Tienes planes para luego?

—Sí.

—Entonces te recojo mañana sobre la una —dijo despreocupado.

En cuanto salió, Diane cerró el ordenador y colocó las fichas de los tratamientos en un archivador. Luego sacó un sándwich del bolso, se llenó un vaso de agua y, sentada contemplando a su cita, cenó otra noche más en solitario.

Más tarde, Tristam volvió al pub, vio a la pelirroja con algunas amigas y advirtió cómo cuchicheaba observándolo, riendo exagerada. Pasó de ella y se concentró en las tonterías de sus compañeros de barra. Cuando se cansó, se despidió y salió relajado. La luz de la consulta le extrañó, Diane tenía planes. Con confianza Tristam abrió la puerta y al momento apareció con el gesto cansado, pensó que sus bonitos ojos necesitaban más sueño; no supo que el negocio no le daba para contratar a alguien que la ayudara en las rondas nocturnas cuando tenía pacientes hospitalizados.

—Hola, voy de camino, si quieres te acompaño.

—Gracias. Me queda un rato, no te preocupes.

—¿Te han arreglado la furgoneta?

—Sí. Está aparcada cerca —dijo con una ligera sonrisa.

No llevaba puesta la bata y la camiseta negra le marcaba unos pechos que Tristam deseaba tocar, contradiciendo su buena intención. Los vaqueros y las deportivas seguían su línea, una chica muy atractiva, la única que lo había incitado a repetir.

Tristam se acercó a ella, se mordía el labio superior.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Diane rompiendo el silencio.

—¿Cómo te miro?

—Como si me estuvieras desnudando, me pones nerviosa.

Al decirlo, echó el cuerpo hacia atrás para mantener una distancia segura.

—Lo estoy haciendo —dijo sin amilanarse—. Pero me gustaría llevarlo a la práctica.

—Lo siento por ti, a mí, no.

Mintió como una bellaca porque sabía que le traería problemas. Le

gustaba y no quería volver a acostarse con él, salvaguardando su estabilidad.

—¿De verdad?

Tristam le acarició la cara, inclinó la cabeza hacia abajo, y esta vez fue más pausado, con una ternura que resquebrajó los sentidos de Diane. Su lengua se sació en un sutil contacto, tan peligroso que debía detenerlo. Se impregnó de un sabor que cuanto más probaba, más adictivo se volvía. No muy segura, apartó la cabeza y lo miró a punto de llorar.

—No puedo —susurró Diane cuando fue capaz de hablar.

—¿Por qué no?

Tristam la sujetó por las caderas.

—Porque nunca lo había hecho antes y me sentí como una puta cuando me echaste de tu casa —dijo de carrerilla—. Lo siento, Tristam, pero el sexo sin compromiso no es para mí. Lo he intentado, pero no puedo separarlo de los sentimientos y si me sigo acostando contigo me romperás el corazón.

Entendiendo esa postura, Tristam cerró los ojos; no quiso regalarle el oído para acostarse con ella, no podía prometerle nada mejor ni engañarla con falsas esperanzas que no se planteaba.

—Discúlpame, por favor —dijo arrepentido—. Fui muy grosero, y desde luego nunca pensé que fueras una puta. ¿De acuerdo?

—Vale. —Diane sonrió y le tendió la mano—. Gracias, ¿amigos?

—Por supuesto.

Al igual que a ella, a él también le gustaba. Una vez superado el trago del beso, mantuvieron una conversación amena, hablando de trabajo, de intereses y de animales. Luego, con confianza, Tristam le comentó por encima pinceladas del divorcio, el fallecimiento repentino de su padre, y una sola mención al nombre de Sarah, cuando lo traicionó el subconsciente y llamó así a Diane, que supo de inmediato quien era. No hizo falta que le preguntara otra vez si la amaba, el brillo en sus ojos y la tensión en del rostro se lo confirmó; no dijo nada, aceptando la percepción de su instinto; estar con él sería perseguir el fantasma de Sarah.

Por primera vez en mucho tiempo, Tristam sintió que podía ser amigo de una mujer con la única pretensión de compartir aficiones, sueños, admiración o una conversación interesante. La observó atento mientras comprobaba al adormilado paciente, después la ayudó a cerrar y rechazó el ofrecimiento de llevarlo a casa. Regresó andando; le gustaba la noche, veía las cosas con una claridad que era incapaz de apreciar durante el día; la soledad y el silencio del camino le ayudaban a pensar, aunque la usurpadora de su vida siempre lo

acompañara.

En el nuevo apartamento de Cumberland *place*, en Londres, Sarah esperó durante horas a Jean. No se habían visto durante toda la semana. La llamó por la tarde diciéndole que se pasaría después de comer, pero cansada se metió en la cama sin comprender a qué estaba jugando. Ocupada con su nueva perspectiva laboral, el diseño del restaurante y las visitas a sus clientes casi lo olvidó por completo, agradecida por el alivio para su cabeza.

El ruido de la puerta alertó a Sarah de su llegada. Jean tenía una copia de las llaves que todavía no había querido pedirle porque le resultaba violento, pero pensó en no aplazarlo más.

Cuando Jean entró en el dormitorio, Sarah se incorporó observando la tensión en su cuerpo —con un balanceo sospechoso— el pelo alborotado, y la camiseta desgarrada, parecía salido de una pelea callejera.

—¿Por qué llegas tan tarde? —preguntó siguiéndolo con la mirada.

La asustó un brillo metálico en los ojos. Destapó suavemente el edredón para salir de la cama, pero Jean le cortó el paso, la inmovilizó con el cuerpo y se subió a horcajadas encima de ella, aprisionándola contra el colchón.

—¿Adónde vas? —susurró enfadado.

—Al salón, tenemos que hablar.

—No quiero hablar ahora —dijo Jean tocándole ansioso los pechos. En esa voz persistía el malhumor que le dejó el altercado con tres tíos en uno de los locales donde tocaron sus amigos. Se desmadraron no contentos con la música y, sobrado de frustración vio la manera desfogar, se lió a puñetazos con dos de ellos. Por suerte para él, solo recibió varios golpes en el estómago, y pretendía borrar con el sexo su mal sabor de boca—. Te necesito.

—No.

Esa rotundidad incrementó la ira que a duras penas controlaba, se posicionó mejor y sonrió arrogante.

—Sí, ahora.

Le subió el camisón y de un tirón le rompió las bragas.

—Por favor, Jean —rogó tranquila. Sarah percibió una sombra peligrosa que la acobardó—. Suéltame.

—No. Primero me das lo que quiero y después hablamos.

Sarah lo miró aterrada, sin pizca de excitación, al contrario que él, a punto de explotar. Ella prefirió no luchar, sin forcejeo evitaría sentirse ultrajada; sería menos dramático, aunque fuera el único

pensamiento que podía coordinar.

Jean se quitó la ropa a tirones, la besó con tanta fuerza que se vio obligada a apartarlo para poder respirar.

—¿Ya no te gusta?

—Así no.

—Lo siento, a mí me encanta —susurró mordiéndole la barbilla. Se incorporó y guió su miembro con la mano hasta metérselo en la boca —. Chupa, por favor.

Nunca se había sentido más humillada acatando una orden. Las lágrimas en sus ojos no lo inmutaron cuando se corrió ni cuando reprimió una arcada casi ahogándose.

—Necesito ir al baño —murmuró Sarah.

Jean la miró y esbozó una sonrisa lenta.

—No he acabado.

—Yo sí.

Lo empujó con fuerza. Nada. Sarah no consiguió ni un centímetro de separación. Jean le sujetó las manos por encima de la cabeza, se relamió mirándole los pechos y le abrió las piernas con las rodillas mientras ella forcejeaba dándole patadas, revolviéndose bajo su cuerpo, al límite de su aguante.

—Quédate quieta o te ato.

—Eres un cabrón. Me estás decepcionando como nunca nadie lo había hecho.

—Mejor. Así no me ignorarás más.

—No. Te odiaré por esto, no lo dudes.

—Cállate y disfruta. Siempre lo haces ¿Por qué hoy no?

—Porque no te deseo. No me gusta que me impongan las cosas y te estás pasando demasiado.

Con un movimiento seguro la penetró y empezó a moverse frenético. Ella cerró los ojos intentando aislarse del asco que estaba sintiendo.

—Abre los ojos, Sarah. Mírame.

—No —dijo negando con la cabeza; su último recurso.

—¡Abre los ojos!

Despacio enfocó y una sonrisa prepotente se distorsionó en otro beso entusiasmado. Jean, al borde de correrse, mal juró en francés, le atravesó un escalofrío y se dejó caer sudoroso con un gruñido placentero.

—Menudo polvazo tienes —dijo agotado.

—¿Me dejas ir ahora al baño?

La voz de Sarah fue neutra y baja.

—Claro.

Se separó de ella con una sonrisa satisfecha, ajeno a la hecatombe de sus actos.

Sarah se encerró en el baño y después de estar empapada con el agua de la ducha, se quedó bajo el chorro llorando, bloqueada. No quería volver a sentirse así nunca más y decidió cortar por lo sano, pensando en su autoestima.

—¿Podemos hablar ahora?

Salió con unos cómodos leggins negros y una camiseta.

—Sí.

Jean se sentó con la espalda reclinada en el cabecero de la cama, despreocupado por su desnudez.

—Lo que acaba de pasar no se volverá a repetir. Me has forzado y no quiero seguir viéndote.

—Venga ya… —dijo incrédulo—. Te gusta igual que a mí.

—No, te equivocas. Me gustaba cuando era consentido, pero lo que has hecho tiene otro nombre.

—Si estás insinuando que te he violado eres un pedazo de zorra. —Se levantó con rapidez y se encaró con ella—. Vete a la mierda. —Jean cogió la camiseta del suelo, se la puso de malas maneras, igual que el resto de ropa. Cuando acabó, la miró furioso antes de salir—. ¿Hemos terminado?

—Como poco deberíamos estar un tiempo sin vernos y pensar en esto.

—Como quieras —dijo, traspasando la puerta.

—Jean, las llaves, por favor.

Volvió muy serio, se las entregó y se inclinó hacia delante; quiso darle un casto beso en la mejilla, que Sarah declinó echando la cabeza para atrás, indignada con él.

—No me gustaría que nos despidiéramos de esta manera.

—Hace un rato no te he importado lo más mínimo.

—No es cierto. Perdóname si he sido brusco, estaba cabreado.

—Necesito estar sola —dijo seria—. Te lo iba a decir de todas maneras. Adiós, Jean.

—*Au revoir, bébé.*

Lo miró manteniendo una frialdad que no sentía, Sarah estaba convencida de que ahí acababa su idílica relación con él. En cuanto salió, respiró hondo, fue a la cocina y al ver la máquina de café, volvió a llorar. Dejó caer los brazos en la mesa, aceptando la abrupta despedida y la hora de retomar su independencia olvidando a los hombres por una larga temporada. Luego, se quedó dormida exhausta.

De madrugada se despertó dolorida, sacó una jarra de agua fría de la nevera, medio llenó un vaso y, tras meterse una pastilla de

ibuprofeno en la boca, le dio un trago. En la cama intentó borrar esa noche de su memoria, aunque apenas consiguió una vigilia inquietante, peor que cualquier mala pesadilla; sin duda, la habría distinguido de la realidad.

CAPÍTULO XII

Wells, Inglaterra
4/5/2013

Las escalas para practicar y ganar técnica a Nicholas le resultaban monótonas, todo un fastidio obligatorio. Cerró los ojos, dejó libres los dedos y su mano derecha se posicionó en clave de sol; el índice en si bemol; el corazón en do; y el *Nocturno n º1 Op.9* fluyó con la mano izquierda sucumbiendo en clave de fa. En su particular retiro, no advirtió la sigilosa entrada de Charlotte, que escuchó flotar en el aire la suave melodía y se sentó en el sofá a disfrutar mientras lo contemplaba a él, siguiendo con la espalda y la cabeza la cadencia suave de Chopin.

Terminó, rotó varias veces el cuello y se masajeó la nuca.

—Cada día me gusta más verte tocar.

Nicholas se giró sonriendo.

—No te he oído.

—Lo sé. Me gusta hacerte creer que estás solo.

Vio la indicación con el dedo para que se acercara, se levantó, bajándose las mangas de la camisa celeste que vestía con unos vaqueros, y se sentó a su lado. Le subió las piernas al regazo, deslizando las manos por unos suaves muslos bronceados, visibles con un cómodo vestido rojo corto, se inclinó un poco y la besó en la mejilla.

—¿Y los niños?

—Maggie los ha acostado para que cuando llegue Tristam no estén muy penosos.

—¿Está con ellos?

—No, quería ir a su casa. ¿Por qué?

—Para confirmar que estamos solos.

—¿No estás cansado? Me ha parecido que sí.

—Para ti nunca lo estoy.

El brillo perverso de sus ojos era una clara advertencia. La besó cariñoso en la boca, despacio y constante, igual que su amor. Su pasión crecía fuerte, afianzándose serena con el tiempo como los grandes y arraigados árboles que los rodeaban. Charlotte era la savia

de sus venas, que sin avisar le humedeció la cara. Nicholas se apartó, la observó preocupado y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Te quiero tanto —susurró Charlotte—. Necesito que estés siempre a mi lado.

—Mi amor, estoy bien. —Nicholas la abrazó, consolándola con suaves caricias en la espalda. Cuando la notó más calmada, le sujetó la barbilla y sonrió—. No me he vuelto a sentir mal y con tus mimos, y los de Maggie, me vais a convertir en un inútil.

—No digas eso. Las dos te queremos y eres el mejor paciente del mundo.

—¿Tan bueno soy? —preguntó contento. Le tocó el vientre con una mano y la retiró de golpe al percibir una patada—. Se ha movido.

—Lo hace todo el rato.

Charlotte le volvió a colocar la mano con la suya encima, esperando otro saludo, en cuanto llegó, sonrieron felices.

—¿Has pensado algún nombre? —preguntó Nicholas.

—Sí, pero no sé si te gustará ¿Y tú?

—También, pero tampoco estoy demasiado seguro. ¿Cuál es el tuyo?

—Nicole. Me gustaría llamarla así.

No esperaba ese detalle y emocionado la besó en la frente.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Qué nombres te gustan?

—Al principio pensé en llamarla Charlotte, pero, como me dijiste que no querías, he pensado en otros. Me gustan: Elizabeth, Celia, Julia y Anne.

—No sé —dijo dudosa—. Elizabeth, está bien... —Charlotte lo miró insinuando un puchero infantil, parpadeó varias veces para engatusarlo y no necesitó tirar cuando le rodeó el cuello con los brazos; su marido ya había claudicado—. Prefiero Nicole, cariño.

—Entonces la llamaremos así.

—¿A qué hora llega Tristam?

—Me ha dicho que venía con una amiga y que iban a comer por el camino, supongo que no tardará.

Charlotte entrecerró los ojos, sopesando unos segundos su siguiente información: la inesperada llamada a primera hora de la mañana de Sarah, nerviosa por hablar. A pesar de que Nicholas se mostraba indiferente cuando le comentaba cualquier cosa sobre ella, no la nombraba para nada y ese preciso día estaría de visita su cuñado, la invitó sin consultárselo.

—Sarah quiere vernos. Llegará a las cuatro.

—Dirás que quiere verte a ti y a los niños —dijo molesto. Se incorporó y añadió serio—: Entiendo que en Londres podíais quedar y ahora no, es tu amiga y lo era antes de casarse con mi hermano. No le voy a negar la entrada en nuestra casa, pero no me hace ninguna gracia que venga, no me apetece tener que hablar con ella, lo siento.

—Lo sé, pero le ha debido pasar algo. No me lo ha querido contar por teléfono, pero la conozco y creo que está pasándolo mal.

—Ya, mi hermano también y no le importó mucho.

—No te enfades, por favor. Hablaré con ella en la biblioteca y, si no quieres, no hace falta que la saludes.

—Aunque esté incómodo, no voy a ser un maleducado. Siempre me ha caído bien y de verdad que la apreciaba, pero ha perdido el Norte, se ha comportado como una fulana.

—No te pases —replicó impasible.

—¿Tú lo habrías hecho?

Charlotte elevó las cejas rápido y cambió de actitud.

—Quizás… —murmuró y se mordió el labio con picardía—. Contigo.

—Muchas gracias, pero no me seducen los lugares públicos.

—No es verdad.

—¿Ah, no?

Nicholas apretó la frente.

—Un día lo hicimos cerca del camino del río.

—Cariño, eso fue diferente, no había nadie.

—¿Y qué? Era un lugar público.

—No lo es, es nuestra propiedad. Otra cosa es que lo hiciéramos al aire libre, y no es lo mismo que hizo ella.

—Estaba borracha y él la arrastró.

—Me da igual, se podían haber ido a los baños. Solo imaginar la escena que se tragó Tristam me hace compadecerlo.

—¿Con quién viene? ¿La conoces?

—No. Me ha dicho que es veterinaria.

—¿Están saliendo?

—No lo sé, me ha dicho amiga. No empieces a darle vueltas.

—Vale, pero… ¿Están saliendo?

Nicholas usó las cosquillas como distracción infalible. Rió divertido mientras Charlotte se movía tratando de evitarlas, no las soportaba, era incapaz de sentir esas manos juguetonas sin contornearse descontrolada.

Desde la puerta, Henry los vio alucinado. Su padre eso se lo hacía a él y a Alex, no a su madre. Inmóvil no se atrevió a participar.

—Papi.

—Hola, cariño. —Nicholas le tendió la mano—. Ven.

Las carcajadas de Henry en pocos segundos atrajeron al perro, un envidioso observador ignorado, ladrando y moviendo nervioso la cola.

—¿Alex sigue durmiendo? —preguntó Charlotte, peinándole el pelo a Henry.

Aunque lo refrenaron los puntos de la barbilla, Alex no era de fiar.

—No —dijo Henry. Negó con la cabeza—. *Tagando*.

—Será mejor que vaya a verlo —dijo Nicholas levantándose—. Es capaz de estar inventando cualquier cosa.

Extrañado siguió a *Brownie,* que enfiló la escalera y pasó de largo el dormitorio infantil. Ahora con las camas nuevas era más cómodo meterlos y sacarlos sin el engorro de los barrotes, pero ellos, muy diestros, tenían varios trucos para salir por su cuenta, a su antojo.

—Alex.

Obtuvo silencio por respuesta. El perro atravesó el pasillo, se metió en la habitación de matrimonio y empezó a ladrar insistente. Nicholas escuchó un grifo, aceleró las zancadas y llegó corriendo hasta el baño, donde lo encontró metido en la bañera con el agua por el pecho, jugando entretenido con sus patitos de goma, el pijama puesto, y la desvergüenza de sonreírle.

Sin moverse de la puerta, Nicholas lo analizó entre asombrado y resignado.

—Alexander, ¿qué estás haciendo?

—*Ná* —dijo Alex. No le gustaba que su padre lo llamara así, no era buena señal, tenía que apaciguarlo. Levantó un patito, se lo ofreció y dijo—. *Añando* pato.

—Anda trasto, vamos. —Nicholas recordó en esa cara de ángel los gestos de Charlotte cuando se proponía conseguir algo: unos ojos parecidos desorbitados, intentando atraparlo, el mismo movimiento rápido de párpados, y una sonrisa seductora que trataba de reprimir apretando los labios; no supo distinguir si su mujer copiaba al niño o viceversa; los dos hacían con él su santa voluntad. En un momento lo sacó del agua casi fría, envuelto en una toalla lo llevó a su habitación y lo vistió con un pantalón vaquero corto y una camiseta celeste—. Te has mojado la herida, mami se va a enfadar contigo.

Alex hizo un puchero cuando Nicholas cogió el secador del pelo de Charlotte y le dio varias pasadas quitándole la humedad a los puntos.

Unos minutos después, aparecieron de la mano en el salón.

—¿Por qué lo has bañado?

La voz interesada de Charlotte al verlo repeinado con el pelo mojado.

—Se ha metido él solito en nuestra bañera. Me lo he encontrado

con el agua por el pecho, jugando tan campante con los patos.

—Qué peligro tiene. No quería comprar los protectores para las puertas, pero no nos va a quedar más remedio.

—A ver si encuentras también para los cajones, esquinas, enchufes, escalera, vamos todo lo que encuentres, y que sea tecnología punta —dijo divertido, sentándose con Alex al lado.

Al cabo de un rato, Charlotte se quedó sola en la cocina viendo por el camino a Tristam y a Diane acompañar a Nicholas y a los niños a las cuadras. Aunque para ella admitir la presencia de otra mujer con él no era agradable, la presentación había sido amistosa, no le dieron la impresión de ser pareja, y reconoció que la chica, aparte de ser atractiva, a sus hijos les gustó desde el primer momento, parecía sencilla y simpática.

Hizo té esperando a Sarah, contemplando la entretenida conversación que mantenía Diane con Nicholas mientras Tristam jugaba con los niños y los perros. Preparó una bandeja, que llevó a la biblioteca, y escuchó un vehículo detenerse en la puerta. Cuando abrió, la sonrisa a Charlotte se le congeló al ver la profunda tristeza en los ojos de Sarah, más delgada. La impresionó el abatimiento, ignorando que, aunque su tez era morena y fina, el color sonrosado de las mejillas no tenía el mismo tono que una marca delatora en la barbilla. La abrazó cariñosa y Sarah trató de sonreír, nerviosa porque con la urgencia de desahogarse no contó con un inoportuno encuentro casual.

—Vamos dentro y me cuentas qué te pasa. Me estás preocupando.

—No me habías dicho que estaría Tristam.

—Ha venido a ver los caballos. —Charlotte no se atrevió a decirle que también estaba acompañado, la cogió de la mano guiándola hacia la biblioteca, donde cerró la puerta con llave nada más entrar. Se sentaron en el sofá y, mientras sirvió el té en unas tazas pequeñas con unas flores rojas muy elegantes que contrastaban con el aspecto informal de las dos, Sarah no le quitó la vista de encima—. Cuéntame.

—Hemos terminado. Se acabó.

—¿Qué ha pasado?

Sarah se explayó explicándole su deseo de estar sola, sus objetivos laborales, los hábitos diferentes de Jean, el encuentro con Paula, y pasó veloz por el episodio bochornoso de la noche anterior, pero captó la atención de Charlotte, que le sujetó la cara y miró la marca roja.

—¿Esto te lo ha hecho él?

—No es nada —dijo Sarah tocándose la barbilla, pensaba que el maquillaje la camuflaría de los ojos perspicaces de su amiga—. Se pasó un poco.

—¿Te ha pegado? —preguntó seria.

—No —exclamó molesta—. Llegó enfadado y lo hicimos en plan salvaje.

—Ya lo veo —Charlotte intuía que había algo más—. ¿Tú querías?

—No.

Sarah ni se molestó en engañarla, se conocían de sobras.

—No me lo puedo creer —dijo levantándose—. Jean es un encanto conmigo, nunca me ha dado muestras de agresividad.

—Creyó que sí me apetecía.

—¿Te hizo daño?

—No, Charlie —dijo cansada—. Físicamente no, pero me sentí fatal.

—Cuando lo vea me va a oír.

—No le digas nada, no quiero que se sienta avergonzado por algo que pasó entre nosotros, déjalo estar.

—No lo protejas —dijo Charlotte severa—. Se ha pasado, te ha cambiado la vida. No lo defiendas más, por favor.

—No quiero que esto afecte a tu relación con él. —Sarah necesitaba empezar de cero sin el remordimiento de haber fastidiado también un compañerismo que conocía por ambas partes y no era justo que perdieran—. Todo lo que hice, lo hice yo, no él.

—No te lo discuto, pero si no se hubiera metido por medio seguirías con Tristam y quizás estarías más feliz, y más segura.

—No quiero pensarlo —dijo emocionada—. Me duele demasiado.

—Lo siento, no quería ser borde.

Charlotte volvió a sentarse junto a ella y la abrazó.

—No te preocupes —susurró Sarah entre lágrimas—. El otro día nos vimos en el ascensor y desde entonces no hago más que darle vueltas a lo imbécil que he sido.

—Ha venido con una amiga —dijo Charlotte atenta a su reacción.

—Me voy.

Como un resorte, Sarah botó impulsada por unos nervios aterradores, cogió el bolso y agarró el pomo de la puerta.

—¿No vas a ver a los niños?

Sarah suspiró, afirmó con la cabeza y volvió limpiándose la cara.

—¿Cómo están?

—Bien, más revoltosos. El fin de semana pasado me caí y tuve un pequeño sangrado. Fuimos al hospital —dijo Charlotte tranquila. Notó la preocupación de Sarah y añadió—: No te lo he dicho porque no ha sido nada, todo está bien. Lo peor fue que a Nicholas le dio una taquicardia y me asusté mucho.

Sarah dejó de pensar en sus problemas por primera vez en horas.

—¿Cómo está? —preguntó interesada.

—Bien —dijo sonriendo—. En su línea.

—Me alegro muchísimo, Charlie. Procura que se cuide.

—Tranquila, Maggie y yo no lo dejamos en paz. Hoy me ha dicho que lo estamos convirtiendo en un inútil —comentó divertida—. Como si las tareas domésticas alguna vez se le hubieran dado bien.

La felicidad de Charlotte traspasó el corazón de Sarah. La familia era el pilar básico de su vida, Nicholas y sus hijos la llenaban por completo, relegó su carrera consciente de que aplazaba su gran sueño profesional por estar con ellos; Sarah le deseó toda la suerte del mundo a Nicholas, con él, Charlotte concebía su futuro, compartía los pequeños detalles de la convivencia en pareja, entendiendo mejor el gran amor que ella había dejado escapar por no saber reconocerlo, por querer reafirmar una seguridad que siempre le jugó malas pasadas, la confundió, y la condujo derecha al fracaso en su matrimonio.

Salieron hacia la cocina donde las risas de los niños resonaban sobre las voces de los adultos. Sarah iba advertida, pero Nicholas no tuvo el mismo detalle con Tristam, inmóvil con *Solo* en brazos.

De repente se podía palpar la tensión, Diane percibió el cambio en Tristam; sus ojos alegres se secaron frente a una mujer, su cuerpo adquirió la solidez de un tronco rígido; sin conocerla, supo quién era.

—Hola a todos —dijo Sarah.

Saludó y mantuvo unos metros de distancia, que los niños acortaron lanzándose a sus brazos para recibir unos besos entusiastas y cariñosos.

—Hola, Sarah.

Nicholas se acercó con una ligera sonrisa y la besó en la mejilla, a cambio recibió una mirada satisfecha de su mujer.

—¿Cómo estás? Charlie me ha contado lo que te pasó.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Muy bien, gracias —dijo rápido, sin querer reparar en el silencio de Tristam, ausente, acariciando al perro.

—Sarah, ella es Diane —comentó Nicholas intercediendo por su hermano, al que miró de reojo despistado por esa actitud, opuesta al cambio que observó cuando hablaron del proyecto con los caballos—. Una amiga de Tristam.

—Encanta de conocerte —dijo Sarah cordial.

Se dieron la mano sonriendo, pero ninguna evitó un examen a conciencia.

—Igualmente.

—Sarah, —dijo Tristam—, ¿podemos hablar?

—Claro.

Salieron de la cocina por la puerta trasera, mientras Diane, sin saber qué papel estaba jugando, incluso pensó que Tristam la había invitado para darle celos a su exmujer, volvió a centrarse en los niños. Nicholas y Charlotte comprendían la situación embarazosa y le dieron conversación aligerando el ambiente.

Con el perro corriendo alrededor, se alejaron de la casa andando en silencio, inmersos en sus inquietudes. Sarah no dejó de pensar en Diane, en su estilo, distinto al de las mujeres que solían gustarle a Tristam; sintió un escozor amargo en un maltrecho corazón, así concluía y culminaba un acto vergonzante; él estaba rehaciendo su vida con otra; reduciendo la idea de reconciliación que a veces se le colaba en la cabeza del optimismo a la nada; ahí la discreta gota de Diane rebosó esa esperanza, la diluyó en el agua y vio con claridad el futuro, sola.

Se sentaron en un tronco caído cerca del riachuelo, *Solo* olisqueaba empeñado en escarbar cualquier indicio atrayente, distorsionó la angustia de Sarah, que lo contemplaba con una sonrisa, y relajó los nervios de su amo, acostumbrado a unas carreras frenéticas, errores de apreciación con ciertas especies de la fauna local, principalmente lagartijas y ranas, y un carácter sociable tan agotador como indispensable para él.

—No sabía que tenías perro —dijo Sarah acariciando una cabeza con grandes orejas caídas, manchas marrones, negras y blancas.

—Me lo regaló Gordon, es hermano de *Brown.* —Tristam lo tocó—. Me ha venido muy bien.

Al notar la mano de él cerca de la suya, Sarah le pasó el índice con la ligereza de una pluma, pero Tristam se removió incómodo y se apartó con disimulo.

—Perdóname. Por favor, necesito que lo hagas, quiero verte sin sentirme mal.

Tristam cerró los ojos unos segundos, los abrió y exhaló una bocanada violenta de aire girando la cabeza para mirarla.

—Te dije que debíamos reunirnos.

—Me viene muy mal. No tengo mucho tiempo libre —dijo Sarah seria—. ¿Qué quieres que hablemos?

—Quiero comprarte tus acciones de la sociedad. Le he dicho a Philip que prepare una oferta razonable.

—No hace falta, te las regalé.

Suspiró cansada.

—En su momento no tuve ganas de discutir contigo, pero no las quiero de esa manera. —Hizo una breve pausa—. La sociedad era de los dos y los dos la trabajamos, no es justo para ti. Cuando tengas

tiempo, llámalo. Nunca he querido aprovecharme de tu esfuerzo.

—Eres muy generoso. Gracias.

—No lo soy —negó con tristeza enfocado en un punto indefinido del río—. Sé que cometí muchos errores contigo, soy consciente, pero estaba convencido de que los íbamos a superar.

En cuanto volvió a mirarla, el resentimiento de Tristam se esfumó igual que un mar de lágrimas bañaba las únicas facciones capaces de resquebrajar una débil coraza. Mientras Tristam las limpió con suavidad, Sarah no se atrevió a abrir los ojos. Esa calidez otra vez sobre su piel, la ternura que echaba de menos y la horrible carcoma atrajeron enfurecidas olas saladas entre sollozos que fue incapaz de controlar.

—Vamos, por favor. —Tristam colocó un brazo cariñoso en los hombros de Sarah, se inclinó hacia delante y susurró—: No puedo verte así.

—Vete. Necesito estar sola, por favor.

—Como quieras. —Se despidió dándole un beso en la mejilla—. Hasta luego.

Apenas lo vio regresar, conociendo el estado inestable de su amiga, Charlotte se inquietó y, aunque Tristam comentó que le había pedido un momento a solas, salió a buscarla y no lo respetó.

Nicholas frunció el ceño, dejó a Tristam al cargo de los niños, y se lanzó deprisa a perseguirla.

—Charlotte, espera.

Paró en seco, se giró y aguardó amenazante con las manos en las caderas.

—Honorable Nicholas Finch-Hutton, como te vuelva a ver correr, te mato con mis propias manos.

El tono bromista difería de la obstinación de sus ojos.

—Cariño, ahora es “Su Gracia”, y esto no es correr, es andar rápido. Deja de agobiarme, nado y monto todos los días. Cuéntame qué está pasando.

—No sé de qué hablas —dijo reanudando el paso.

—Llámame suspicaz, pero juraría que sabes mucho más de lo que me cuentas.

—Suspicaz.

—Déjate de tonterías. ¿Qué le ocurre a Sarah?

Charlotte negó resignada con la cabeza, como empezara a atosigarla acabarían discutiendo.

—Ella y Jean lo han dejado.

—Qué pena —dijo cínico—. Lo siento por ellos.

—Hay algo más. Ella no quiere reconocerlo, pero al parecer anoche

se puso un poco agresivo.

Nicholas se detuvo sujetándole el brazo.

—Define agresivo.

—Se pasó un poco.

—Estás empezando a cansarme.

—Para resumírtelo, Jean alojó a su exnovia en su casa y no se lo dijo. Sarah la pilló, discutieron, y han tenido… —Charlotte no supo cómo decirlo sin que sonara demasiado violento, tras una pausa, añadió rápido—: Tuvieron relaciones.

Nicholas entrecerró los ojos.

—¿Dónde está la agresividad? —preguntó, usando el último resquicio de paciencia que le quedaba después de interpretar ese desasosiego de otra manera. Charlotte hizo un gesto despreocupado con los hombros al volver a andar, pero Nicholas tiró de su mano impidiéndoselo—. Responde.

—Sarah no quería.

—Estoy empezando a cabrearme mucho, ¿qué me quieres decir?

—¿Yo? Nada —dijo a la defensiva—. Eres tú quien no me deja en paz.

—Es que no entiendo tanta historia para contarme qué coño le pasa a Sarah. Porque estoy tratando de digerir lo que me has dicho y si no ando muy descaminado espero que a tu compañero no se le fuera la mano.

Charlotte se sorprendió por el arranque de ira de Nicholas, lo recordó atravesando indignado el pasillo del museo cuando ella regresó de Sudán, desde entonces, era la primera vez que lo veía tan enfadado.

—No, no le hizo daño, pero no respetó su decisión.

—¿La forzó?

—No. La obligó a hacerle una felación y le echó un polvo un poco brusco.

—¿Eso no es forzarla? Si no quería, debería haberse largado —dijo Nicholas en un tono lento y frío—. Nunca me ha gustado y con esto confirma que siempre voy a seguir haciéndole caso a mi instinto.

—Jean no es mala persona. Es mi compañero y lo conozco mejor que tú. Sarah me ha dicho que llegó enfadado con la camiseta rota, ella durante toda la semana lo había ignorado. Se pasó, no lo justifico, pero a veces con el sexo a algunas personas se les van las cosas de las manos y no son conscientes.

—Piensa lo que quieras, pero alguien que no respeta a otra persona y menos a la mujer que supuestamente ama, porque la amaría ¿no? —Con sarcasmo—. Para mí pierde cualquier credibilidad. Me alegro

mucho por ella, más vale ahora que cuando hubiese sido demasiado tarde. Y también me alegro porque estás de baja y no lo ves a diario, no quiero que vuelvas a relacionarte con él.

—No me puedes exigir eso. Todos nos equivocamos a veces. Todos, mi amor. Las cosas hay que verlas desde los dos puntos de vista, no me parece justo echarle toda la culpa a él. Y es decisión de Sarah valorar hasta qué punto Jean se ha pasado con ella. Lo llamaré para hablar con él, me extraña muchísimo, creía que estaba enamorado.

—Te acabo de decir que no quiero que te relaciones con él.

—Y yo que no puedes prohibírmelo. Es mi amigo y tampoco lo estará pasando bien. En este momento tengo la desgracia de sentir afecto por las dos personas implicadas, es una gran putada para mí, pero es lo que es. No pienso dejarlo tirado porque él y Sarah hayan terminado su relación.

Esa rotundidad negándose a contentarlo, terminó de indignarlo. Nicholas dio la vuelta con rapidez y regresó acelerado a la casa, pensando en el afán protector de Charlotte hacia el francés, por muy amigos que fueran. Lo descuadró una lealtad que la dignificaba como amiga, pero él no toleraba ciertos abusos que como hombre le parecían denigrantes para su sexo.

Nicholas cerró la puerta de la cocina decidido en ahorrarle a su hermano esa historia y centrarse en el otro motivo de la visita, tampoco sabía qué le había contado Sarah y no era su intención inmiscuirse.

—Tristam ¿Podemos hablar?

—Claro.

Se levantó del suelo, les dio a los perros unas alentadoras palmadas mientras los niños jugaban con Diane y siguió hasta el salón a Nicholas, que fue directo al carro de las bebidas y se sirvió un vaso de whisky.

—¿Qué te apetece tomar?

—Agua. Tengo resaca acumulada —dijo sonriendo—. ¿Puedes beber?

—¿Por qué no? Me han dicho que haga vida normal —dijo despreocupado. Cogió una jarra con agua, le llenó un vaso y se lo ofreció sentándose como él en uno de los sillones enfrente de la chimenea que llevaba inactiva varias semanas—. ¿Tú estás bien? Diane me parece muy agradable. ¿Desde cuándo salís juntos?

—Somos amigos —comentó Tristam paciente—. No salimos.

Durante unos minutos Nicholas le explicó el proyecto sobre Ivory.

Tristam lo escuchó atento, apreciando el gesto por mantener viva la memoria de su padre.

—Mañana quiero ir para hablar con Gordon, y de paso comprobar como lo está haciendo Victoria —dijo Nicholas—. ¿Por qué no te vienes?

—¿A qué hora? Necesito hablar con él.

—Si quieres te recojo en tu casa a las diez.

—Mejor nos vemos allí más tarde. No me gusta madrugar los fines de semana.

—¿Sigues viendo a Gerry en Londres?

—No —dijo mintiendo para ahorrarse otra charla—. Estoy liado con el trabajo. He hablado con Sarah por el tema de las acciones. Me lo está llevando Phil, espero que acepte.

—Me lo comentó hace unos días. —Nicholas recordó la conversación telefónica con Astor, que lo llamó interesándose por su salud después de que Tristam se lo dijo en esa reunión—. Confía en él, aceptará.

—He visto a Sarah muy abatida ¿Sabes qué le pasa?

—El francés y ella han terminado. ¿No te lo ha dicho?

—No —dijo serio, sin dejarse arrastrar por los brincos de su corazón disparado hacia una explosión que disimuló con ironía—. Qué poco les ha durado.

—Eso parece. Está mal que lo diga, pero me alegro, nunca me ha caído bien.

Tristam se reservó su opinión para no dar pie a su curiosidad. Miró el reloj levantándose, tratando de aparentar una calma que no sentía en absoluto.

—Voy a buscar a Diane, nos tenemos que ir.

Quería llegar a Amesbury, refugiarse y alejarse del desasosiego que le supuso sentir a Sarah en sus brazos y tener que controlar el impulso de besarla, lo más duro que había hecho en mucho tiempo. Su cuerpo la reclamaba y la cabeza empezaba a abrirle otra vez la puerta del corazón. Incluso se arrepintió por la rapidez en solicitar el divorcio, dudó de esa precipitación; era la primera vez que le ocurría, supo que podían tener otra oportunidad, y eso contradecía todas las noches en vela repudiándola de sus pesadillas.

No esperaron a que Charlotte y Sarah volviesen, salieron con prisas y durante unos minutos Diane no dijo nada, aunque percibió el nerviosismo de Tristam. Se centró en los caballos, en los consejos que le pidió para la cuadra y se comprometió en avisar a un constructor del pueblo que le haría un presupuesto. Luego, se despidieron hasta la próxima semana de manera amistosa con dos besos en las mejillas en

la puerta de su casa, sin explicaciones incómodas, sonriendo agradecidos.

Al final, Nicholas no quiso que Charlotte se viera sola con los niños y esperó a que Maggie volviera de la misa dominical manteniendo otra conversación tirante sobre Jean y Sarah. Llegó a Ivory el último, un poco antes de comer, y se sorprendió al encontrar a su madre hablando con Gordon, sujeta a su brazo. Vestía un elegante traje chaqueta gris perla, el cabello rubio más corto de lo habitual, y parecía más contenta, aunque sus ojos solo reían si los niños estaban cerca.

Observando una belleza serena, tras un cálido saludo, escuchó que iba a comer con Gordon, como solían hacer muchos fines de semana con James. No le extrañó, eran íntimos amigos, pero lo golpeó un súbito relámpago y recordó la percepción que compartió con Charlotte. Prestó atención a gestos que siempre encontró naturales, estudió a Gordon, que ejercía a la perfección como subdirector, organizaba el mantenimiento de las instalaciones y, sobre todo, le daba la garantía de ser con diferencia quien mejor conocía Ivory; se había criado con su padre dentro de esos viejos muros, y estaría vinculado a ellos el resto de su vida. Pasaba los días enteros ayudando a Victoria, seguía en su casa del pueblo y, gracias al aliciente de sentirse útil, estaba recuperando el aspecto saludable y el carácter bromista que echaba de menos después de verlo durante semanas con el rostro demacrado por la tristeza. El bronceado de Gordon destacaba con una camisa blanca, y el espeso cabello plateado desordenado añadía jovialidad a un cuerpo fuerte en vaqueros informales que camuflaban su edad, pero no la sospecha de Nicholas. Contempló una sonrisa tierna y unos ojos oscuros resplandecientes cuando miraban a su madre que no supo interpretar y lo aislaron unos segundos de ellos.

—¿Por qué has venido solo? —preguntó Patricia.

—Porque Charlotte está cansada, y los niños aquí no paran quietos.

—¿En tu casa sí? —dijo Gordon risueño.

—Alex ayer volvió a liarla —dijo Nicholas sonriendo. Resumió la nueva hazaña del niño, la estrella apropiada para una charla divertida, y viendo el interés de su madre, preguntó—. ¿Por qué no te vienes después unos días con nosotros?

—Mañana tenemos una reunión con el personal —dijo Patricia—. Además, estoy terminando de traerme algunas cosas de Londres.

Nicholas disimuló al oírla e intercambió una ojeada cómplice con Gordon, igual de reacio que él a que viviera en el anexo del personal.

—Ya hablaremos —dijo Nicholas serio.

—¿Te vienes? —preguntó Gordon dándole una palmada en el hombro.

—No, he quedado con Tristam. ¿Habéis hablado?

—Sí. Por fin se va a hacer cargo de la yegua. Estarás contento.

—Me ha costado unas cuantas discusiones. ¿A qué hora tenéis pensado volver?

—Estaremos aquí a las cuatro —dijo Patricia.

—Vale. Os esperaré. —Nicholas se inclinó hacia abajo y besó a su madre en la mejilla—. Quiero hablar con los dos.

Más tarde comió con Tristam uno de los deliciosos menús del chef que, a pesar de ser un fichaje de Giselle Harper, cumplía con acierto el compromiso y expectativas respecto a la calidad y servicios que ofrecían. Luego se unió a ellos Victoria, tomaron café charlando por primera vez en años los tres juntos a solas, sin juegos infantiles por medio o las reprimendas cansinas de Nicholas, que comprobó en ese preciso instante a su hermano. Con la muerte de James, las responsabilidades y su fallido matrimonio, Tristam había madurado, enterrando los celos hacia Victoria para empezar a tratarla de manera adulta.

En cuanto Patricia y Gordon regresaron, se sentaron en el despacho de Nicholas, bastante curiosos por la inesperada convocatoria.

—Quería comentaros el tema de mi próximo libro —dijo Nicholas, les echó un vistazo deteniéndose en su madre. Prosiguió con su explicación—. Pretendo hacer una biografía de esta casa, recordando a todos nuestros antepasados y las intervenciones que cada uno fue haciendo en ella hasta finalizar con papá.

—En la biblioteca están todos los documentos de la construcción y de las reformas —comentó Patricia, sonrió melancólica, a James le habría gustado.

—Nick, es una idea excelente —dijo Victoria risueña.

—Necesito que me ayudéis a localizar a algunas personas que trabajaron aquí.

Gordon miró de soslayo a Patricia, ajeno a los ojos de Nicholas clavados en él.

—Nick, no será fácil, algunos han fallecido —dijo Patricia—. ¿Te acuerdas de los nombres?

—De algunos sí —respondió Gordon serio—. En los libros de contabilidad deben aparecer.

No mostró el entusiasmo que Nicholas esperaba, quizás remover los recuerdos no era lo que más le apetecía en ese momento.

—Echaré un vistazo y te agradecería que me dejes fotos de cuando

papá y tú erais pequeños.

—Por supuesto —afirmó, al momento añadió—: Tengo que irme ya, para lo que necesites, llámame.

Gordon se levantó incómodo, se despidió de Patricia inclinando la cabeza, y salió rápido.

—Esta semana hemos tenido una visita del IH&RA —dijo Victoria—. Nos han denunciado por discriminación.

—¿Por qué?

Nicholas tenía un trato excelente con varios miembros de la Asociación Internacional de Hoteles y Restaurantes, algunos de ellos conocidos desde hacía muchos años.

—Unos clientes árabes llevaban varios meses detrás de conseguir una habitación y cuando le ofrecimos la que tuvimos disponible, exigieron una de las suites. Al negarnos porque estaba reservada, insinuaron que no los queríamos alojar por su religión. El inspector comprobó que nos fue inviable atenderlos y lo ha archivado.

—No me gustan ese tipo de acusaciones, ponte en contacto con ellos y ofréceles una de las suites.

—Pero, Nick, estamos a tope, ahora es imposible.

—Déjame ver quiénes son los clientes hasta el final de la temporada y veré qué se me ocurre —dijo Nicholas reclinando la espalda en la silla mientras movía distraído un bolígrafo entre los dedos—. Si conozco a alguno, intentaré convencerlo para cambiar las fechas.

—No me parece justo —interrumpió Patricia—. No soporto a las personas que siempre se sienten víctimas, o aluden a motivos religiosos cuándo no obtienen sus pretensiones, e intentan pasar por encima de los demás tergiversando la información y despreciando a los que han esperado meses para poder alojarse con nosotros.

—Ni a mí, pero prefiero contentarlos si puedo cambiar la reserva de alguien más transigente y no crearnos enemigos —dijo Nicholas sensato. Añadió algo más, para no dejar escapar la oportunidad de mostrar su desacuerdo—. Y otra cosa, no me gusta que vivas en el edificio de los empleados.

Patricia lo observó confusa, intuyendo por el ceño fruncido de Tristam que la apoyaba igual que Victoria; unidas sobrellevaban mejor la ausencia de James.

—No sé por qué, me gusta estar aquí, estoy bien, y con tu hermana.

—Ahora es complicado. —Nicholas no pensaba ceder—. Pero si vas a hacer permanente tu estancia, hay que encontrar otra solución. No me parece normal que vivas sin las comodidades de tu casa siendo la

propietaria.

—El dueño eres tú —dijo rotunda—. Y hasta que no volváis a Londres voy a seguir aquí. Te guste o no.

—Ya veremos.

Hablaría con Charlotte y reformarían la casa de invitados. Nicholas comprendía el desasosiego que le provocaba la soledad a su madre por la pérdida que no terminaba de asumir; también, la nostalgia de vivir en Ivory le evocaba recuerdos felices; incluso admitió el trabajo de relaciones públicas que Victoria le asignó, aprovechando las cualidades sociales innatas para conectar con todo tipo de personas, sabía que la mantenía distraída; aunque buscaría una solución; tal y como le había recordado, él era el jefe de la Casa Ducal.

CAPÍTULO XIII

Londres, Inglaterra
22/5/2013

El ritmo infernal que Sarah se impuso la ayudó a pasar el tiempo sin apenas darse cuenta. Tenía muy avanzado el diseño, contaba con el beneplácito de Göransson, resumido en varios e-mails con algunas sugerencias que ya había incorporado a los planos definitivos, y empezaba para ella la tarea más ardua: encontrar proveedores.

Dio por finalizado el trabajo, recogió la mesa y se cambió los zapatos beige de tacón alto por unas bailarinas rojas, quedaban bien con la falda entallada del mismo color y la camisa clara que vestía. Solía arreglarse a diario, una costumbre difícil de cumplir pero necesaria para su confianza, aunque ir y venir andando la obligaba a usar algún truquillo práctico. Disfrutaba ese paseo, conforme se acercaba el verano se hacía más agradable, sobre todo cuando entraba en el parque antes de cruzar hacia su casa.

Observando la alegría de las personas en el césped sentadas en pequeños grupos, rodeadas de niños jugando, Sarah sintió envidia por no disponer de más tiempo para ella. De repente, un perro que le resultó familiar pasó por su lado arrastrando una correa, se detuvo olisqueando el tronco de un árbol y levantó la pata marcando el terreno.

—¡*Solo*!

Al escuchar la voz de Tristam, suspiró hondo y se giró despacio. Las posibilidades de coincidir fuera del trabajo desde que se mudó eran muy altas, pero tras dos semanas sin verlo no pensó en la nueva obligación del perro, y ese era el sitio más cercano para sacarlo.

Con la imagen informal de siempre, vistiendo bermudas vaqueras y una camiseta, Tristam llegó a paso rápido y le dio la impresión de que se alegró al verla, por una sonrisa natural un poco avergonzada.

—Sarah, hola.

Tristam mantuvo una distancia prudente para su equilibrio, o se estaba volviendo loco o su exmujer cada día estaba más guapa; optó por la belleza.

—Hola, he visto al perro, pero no estaba segura de que fuera el

tuyo. ¿Cómo estás?

—Bien. He llegado hace un rato. Suelo pasar la tarde aquí con él. ¿Y tú?

—Muy bien, gracias —dijo con tristeza—. Tengo que irme.

—¿Por qué no has llamado al despacho de Astor?

—No he podido. Estoy liada con un nuevo cliente.

A Tristam no lo disuadió esa excusa y le cogió la mano, sintió remordimiento por la situación laboral que estaba defendiendo sola.

—¿Te puedes quedar un rato? Nos podemos sentar ahí.

Sarah arrugó el ceño, preguntándose a qué venía ese contacto, pero afirmó con la cabeza y recelosa soltó la mano. Se sentaron en un banco con una placa pequeña atornillada en el respaldo, tenía grabados los nombres de las personas que lo habían donado al parque, casi siempre parejas.

Observando el juego de *Solo* con un cachorro de *collie* blanco y marrón, Tristam inclinó el cuerpo hacia delante y apoyó los brazos encima de las rodillas.

—No tengo mucho tiempo —dijo Sarah.

Tristam se echó para atrás y la miró a los ojos.

—Hazme el favor de hablar pronto con Astor, necesitas ayuda, y con ese dinero te la podrías permitir.

—Ahora mismo no es un buen momento. No puedo pararme para buscar a nadie. En cuanto entregue el proyecto, lo haré.

—¿Cuándo?

—El uno de julio. —Con disimulo, Sarah miró su reloj y comprobó el tiempo que estaba perdiendo. No le apetecía estar con él, era demasiado doloroso pretender ser su amiga; la amargura le hacía mantener la distancia; y además, salía con Diane y no se entrometería. Al fin y al cabo, Tristam tuvo esa deferencia con ella y Jean, de quien seguía sin tener noticias; algo que a esas alturas agradecía; nunca más basaría una relación en el sexo con nadie. El precio que estaba pagando, teniendo a su lado al hombre que dejó, era demasiado alto para su inestable corazón. No pudo explicarle por qué ocurrieron las cosas de esa manera, ¿para qué?, sonaría a justificación. El daño estaba hecho, era tarde para aludir a la inseguridad de sus propios miedos o la tortura que durante semanas le supuso pensar que no era bastante buena para él, o al optimismo cuando por fin se sinceraron o la alegría al saber que nunca le había sido infiel, y, por supuesto, cómo contarle que todas las malditas dudas se alejaron de un plumazo en cuanto apareció Jean con su sex-appeal, deseándola con una intensidad arrolladora que se lo llevó todo por delante, como las grandes tormentas que tras las inundaciones dejan el rastro asolador

del desastre—. Tengo que irme.

—Necesitas ayuda, se lo diré a alguno de los chicos —dijo Tristam serio—. Te pido disculpas por cómo me porté, si hay algo que pueda hacer, no dudes en decírmelo, por favor.

Sarah lo miró enfadada.

—No te vuelvas a disculpar nunca más. Si hay alguien culpable de todo soy yo. Lo asumo y no quiero que te sientas mal por algo que no provocaste —dijo tajante. Se levantó y añadió decidida—. Otro día nos vemos, hasta luego. Cuídate.

Tristam tardó unos segundos en asimilar su huída, hasta que reaccionó y salió corriendo. Por suerte para él, *Solo* lo siguió, porque en ese momento se olvidó de que era su dueño. Al darse cuenta, cogió la correa del suelo y se puso al lado de Sarah.

—Te acompaño —dijo Tristam casual, quería confirmar si vivía en la mansión reformada de la que salió el día que Rachel la recogió con el coche—. ¿Dónde está tu casa?

—Ahí al lado. En Cumberland *place.*

—Te tiene que estar costando una pasta.

No parecía un lugar asequible para alguien que acababa de divorciarse y no disponía de liquidez.

—No tanta. Es el ático del dueño de la inmobiliaria. Me conoce desde hace muchos años, así que hemos hecho un trueque. De vez en cuando me pasan los planos de las casas que quieren comprar para revenderlas y les diseño las reformas a cambio del alquiler.

—Menudo chollo.

—No sé —dijo encogiendo los hombros—. Es más trabajo añadido, y te aseguro que no me regala nada.

—Me hago una idea. Yo casi estoy terminando el establo.

—Enhorabuena, por fin te has decidido. Nicholas estará feliz.

—Sí, me estaba dando la paliza cada dos por tres.

Sin apenas darse cuenta, llegaron a la valla plagada de setos la mansión Cumberland. Ella solo utilizaba un camino adoquinado que llevaba al distribuidor principal, nunca el jardín que la rodeaba; creía que nadie lo hacía excepto el jardinero. No conocía a ningún vecino y si los había visto ni los recordaba. Normalmente, a no ser que mantuviese una conversación con alguien era la peor fisonomista del mundo. Sin embargo, recordaba a la perfección la cara del hombre que esperaba con las manos en los bolsillos y el gesto malhumorado.

Solo empezó a ladrarle, pero Tristam no se molestó en mandarlo callar, a pesar de que la mirada del francés podría haberlo matado. Con una sonrisa satisfecha, siguiendo al pie de la letra su filosofía antibélica, se retiró dándoles unos metros de intimidad.

Sarah se alarmó viendo a Jean abrir y cerrar las manos, no tuvo claro si sería capaz de controlar el ataque de celos que sospechaba, y no quería a Tristam presente si no lo conseguía.

—¿Podemos hablar? —preguntó Jean seco.

—Tengo prisa.

—Será solo un minuto.

—No me puedo entretener, Jean. Lo siento, otro día ¿Vale?

La voz impasible de Sarah y la sonrisilla de Tristam encogiendo indiferente los hombros, prendieron la corta mecha de Jean, que se encaró con él.

—¡Qué miras!, gilipollas.

—No te miraba a ti —respondió Tristam sereno.

—Jean, por favor, tranquilízate —dijo Sarah nerviosa.

—¿Has vuelto con él?

—¡No! —exclamó Sarah perdiendo la compostura, harta de esa agresividad. En su casa la pilló desprevenida, pero ya sabía que cuando se irritaba dejaba de ser el tranquilo arqueólogo que disfrutaba investigando durante horas las historias de las piezas de su trabajo y se convertía en el irracional que tenía delante. No la amedrentaría más, no lo iba a consentir—. No te debo ninguna explicación. No te he pedido ninguna a ti.

—¡Me dijiste que nos diésemos un tiempo! ¡No que ibas a volver con él!

—Haré lo que me dé la gana —siseó.

Tristam empezó a contar, despacio, atento al cabreo del francés; feliz recetándole su propia medicina; incluso pensó que era más elegante —obviando que estaban en público— tenía los pantalones puestos.

El encuentro habría terminado en una discusión llena de rabia y frustración, si no hubiese aparecido por casualidad un supuesto vecino que salió de la entrada principal paseando los ojos entre ellos.

—Siento haberme puesto así —dijo Jean más sosegado.

—Y yo. De verdad que tengo prisa, llámame mañana.

—De acuerdo.

Se inclinó hacia abajo, la besó en la mejilla y al levantar la cabeza se topó con los ojos de Tristam, que los desvió haciéndose el despistado. Jean cruzó la carretera y se perdió en el parque, mientras, esperaron unos segundos a que el perro acabara de orinar.

Sarah admitió que aunque se esforzara no iba a poder centrarse en el trabajo, vio en los ojos de Jean un sufrimiento alejado de la arrogancia que recordaba, era preferible relajarse y tenía a su lado al compañero ideal.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó Sarah.

—¿No te molesto?

—No —dijo sonriendo—. Así te enseño mi refugio.

Tirando de la correa de *Solo,* Tristam la siguió por el camino. Recordó las veces que hablaron del refugio que sería para ellos cuando fuesen mayores la casa de Amesbury, casualmente, la única que consideraba su hogar.

La gran mansión era un edificio rectangular, sobrio, de piedra caliza blanca, con ocho columnas de estilo corintio en la fachada principal. Tenía cuatro plantas, y reflejaba un pasado opulento, que Tristam no corroboró en el interior del hall, con dos únicos muebles antiguos de madera tallada, dorados, una moqueta burdeos y una escalera alabeada enorme. Sin ascensor. Cada rellano tenía dos puertas. Sarah le explicó que las dos viviendas de la planta baja eran dúplex y solo había seis vecinos.

En cuanto entraron, Tristam inspeccionó el techo abuhardillado de un salón amplio muy blanco con el suelo de madera clara, un pasillo al fondo y una cocina abierta con unas pequeñas puertas blancas de vaivén parecidas a las del oeste.

—No está mal —dijo Tristam complaciente. Le quitó la correa al perro, que rastreó por su cuenta y cuando se cansó fue a la cocina, donde Sarah le dio una ensaladera de plástico con agua. Mientras bebía ajeno al decoro de no hacer ruido o espurrear desesperado, Tristam descubrió una foto de Sarah del día que bautizaron a sus sobrinos, un feliz primer plano con claridad amarilla. Se la hizo él. Una luz veraniega iluminaba una cara preciosa, con un sombrero rojo estrafalario que sufrió críticas por parte de todos, pero contribuyó a incrementar la diversión que en aquellos días era constante para él. Todavía les duraba una dulce e inagotable luna de miel hasta que se empeñó en tener hijos sin contar con la opinión que más debería haberle interesado—. Me gusta, es sencilla.

—Por ahora me vale —comentó Sarah cogiendo las cervezas—. Todo el mobiliario es del propietario y está nuevo.

—¿Ves a las chicas? —preguntó Tristam, sentándose en un sofá oscuro de tres plazas.

—No mucho —dijo Sarah ofreciéndole un botellín de cerveza. Bebió un trago, se sentó en el extremo opuesto a él y estiró las piernas, ajena a la curiosidad de unos ojos fijos en cada matiz de su piel—. Llevo un mes horrible.

—Deberías descansar un poco. Estás más delgada.

—Tú también.

—No pierdo el tiempo cocinando, lo sabes.

Sarah sonrió mirándolo.

—¿Vas mucho a Amesbury?

—Sí. Me suelo ir los viernes antes de comer y no vuelvo hasta el domingo por la noche. Me he acostumbrado y me gusta.

—¿Diane es de allí?

—Sí. La conocí cuando vacuné a *Solo*.

—Es muy guapa.

Sarah volvió a beber absorta en unos ojos mágicos, bellos y serenos.

—Sí, es atractiva.

—¿Sales con ella?

—No.

Tristam tensó las mandíbulas y se removió incómodo.

—Preguntaba por interesarme por tu vida, no te molestes.

—Me jode que todos piensen que salimos. Nicholas me lo preguntó varias veces y estoy seguro de que Charlotte lo piensa.

—Ya, creerán también que nos hemos vuelto a liar si se enteran de que has venido aquí.

Tristam sonriendo asintió con la cabeza, refrenó el impulso de besarla porque no quiso precipitarse. Si retomaban la amistad, quizás Sarah volvería a sentir la pasión que tantas veces compartieron. Sus errores debían servirle para cumplir un nuevo objetivo. Necesitaba la oportunidad que se prometieron, ese tortuoso camino hacia el perdón que él había asimilado con Sarah; aunque le fuera la vida acompañándolo hasta el final; su mariposa era ella, y no usaría nada para atraparla, volvería a posarse sola en su corazón.

Charlotte y Maggie entraron hablando mientras cada una dejaba dos bolsas con verdura fresca y fruta encima de la mesa de la cocina. Todas las semanas iban al mercado ambulante que ponían en la plaza del Ayuntamiento. Se podía encontrar desde comida hecha, hasta cordones para los zapatos de cualquier color y, por descontado, una oferta de quesos de las procedencias más insólitas que hacían las delicias del niño mimado, y su mujer siempre compraba acertando de pleno con sus favoritos. A cambio tendría que comer verdura, saliendo de la limitada dieta que le gustaba.

Nicholas entró y, percibiendo un aroma intenso, olisqueó con los ojos cerrados y una feliz sonrisa.

—Hola. —Saludó contento a Charlotte besándola en la cara—. Gracias, cariño.

—Maggie ha elegido uno nuevo.

—Si sé que en el fondo me quieres.

Maggie, que guardaba la verdura en la nevera, volvió la cabeza y recibió un guiño divertido.

—¿Dónde ha colocado a sus hijos?

—Tengo mis recursos —dijo suficiente, metiendo los quesos en la despensa.

—Yo también.

Maggie le mostró un manojo de acelgas y le devolvió el guiño.

—Están con Lewis, ayudándole con las flores.

—Ya sabes, Charlie, te has quedado sin rosales.

—Espero que no haya dejado acercarse a Alex.

Las palabras de Charlotte fueron premonitorias. En un segundo apareció Lewis con el niño en brazos, mirando a Nicholas apurado, seguido por Henry, que al ver a su madre corrió feliz hacia ella.

Alex no lloró ni miró a Charlotte, sus ojos mantenían una guerra con los de Nicholas, que los entrecerró fingiendo estar enfadado.

—Alexander, ¿qué ha sido esta vez?

—Lo siento, señor —dijo Lewis agobiado—. Se ha caído dentro del rosal.

—No te preocupes. —Nicholas sonó paciente sonriendo a Lewis. Llevaba trabajando con él muchos años, tenía cincuenta y nueve, era tímido, muy agradable con los gemelos y Maggie, cordial con Charlotte y respetuoso en exceso cuando se dirigía a él—. Conmigo suelen ser más graves.

—¿Qué te ha pasado, mi amor?—preguntó Charlotte con dulzura.

—*Macaio*.

Alex desvió la vista hacia Nicholas, que permanecía con los brazos cruzados observándolo.

—Anda, ven.

Al cogerlo, vio las espinas en las manos, brazos, rodillas y piernas. Lo sentó en la mesa y Maggie resignada le dio el botiquín. Lo reponían con tanta frecuencia que se turnaban para entrar en la farmacia. Alex era reconocido por la calle, sobre todo, por su club de fans: el farmacéutico, los médicos y el personal del centro de salud, escaso aunque bien relacionado en el pueblo.

Lewis volvió a su tarea y Maggie empezó a preparar la comida, mientras, Nicholas se colocó las gafas, cogió unas pinzas y fue extrayéndolas una a una con mucho cuidado. Alex aguantó tranquilo, acostumbrado a estar en el mismo sitio varias veces a la semana. La herida de la barbilla la tenía cicatrizada y había dejado de servirles como amenaza para mantenerlo más responsable, estaba volviendo a las andadas y en los últimos días las nuevas condecoraciones

aumentaron su rango; a ese ritmo llegaría a general antes de entrar en el colegio.

—Alexander, no te lo voy a repetir más, como no te portes bien le voy a decir al tío Tristam que se lleve a *Brownie* con su hermanito.

—No —espetó a punto de llorar.

—Cariño, papi está cansado de curarte —dijo Charlotte tocándole la mejilla—. Tienes que hacer las cosas más tranquilo. Mira Henry, no hace tus locuras y se cae menos. ¿Tú quieres estar siempre cayéndote?

Volvió a mover la cabeza negando, mirando a su madre.

—Esto va a escocerte un poco. Cierra los ojos. —Nicholas le desinfectó la herida y lo bajó de la mesa dándole un beso en el pelo—. Intenta no tocar nada durante un rato —dijo al verlo con su hermano, mostrándole risueño las manos—. Cierro el consultorio por unos días.

—¿Cómo llevas la investigación? —preguntó Charlotte.

—Ahí voy —respondió quitándose las gafas, que dejó sin mirar en la mesa—. De los pocos que viven solo he encontrado a dos. Una señora de ochenta años que trabajó en Ivory como ayudante en la cocina y al que fue mozo de la cuadra cuando mi padre tenía veinte años. El lunes iré a hablar con ella y el viernes con el hombre. También he encontrado los planos de la reforma que hizo mi tatarabuelo, fue la más grande que sufrió la casa desde su construcción, pero no he encontrado los planos originales.

—Si quieres podemos ir a Oxford. Debe haber información de los edificios históricos en los diferentes condados.

Nicholas la sujetó por la cintura, pegándose al terso e hinchado vientre con una sonrisa prometedora.

—¿El martes o el miércoles? —Le dio un beso en la frente—. Podemos volver a comer en la Turf.

—Maggie, ¿puedes quedarte sola con los niños el martes? —preguntó Charlotte.

—No. —Dejó de cortar unos puerros y se volvió hacia ellos—. La semana que viene mis nietos estarán aquí, podría traerlos, si no os importa, estarán más entretenidos.

—Seguro que se lo pasan mejor con ellos que contigo sola.

Nicholas no lo dijo para molestarla, pero ella no lo entendió así.

—¿Insinúa que conmigo se aburren?

—No —respondió sorprendido—. Lo decía porque a los niños les gusta estar con otros niños. No busques siempre los tres pies al gato.

—Con usted siempre ando de puntillas —dijo sonriente llenando la olla de agua hirviendo con muchas verduras.

—Por cierto, te recuerdo que sigo eligiendo mi menú.

Nicholas quiso hacer la salvedad al intuir la comida.

—No te lances, cariño. —Charlotte le acarició la cara y lo besó rápido en los labios—. Tienes como recompensa los quesos, pero aparte de la carne debes tomar la verdura. La vamos a hacer rehogada, seguro que te gusta.

Salió de la cocina guiñándole un ojo a Maggie.

—Anímese, acaba de poner la misma cara que Alex cuando le regaña.

—¿Por qué nunca me hablas de tú? —preguntó interesado—. Dime la verdad. Dudo que sea por lo que te dijo mi madre.

—Porque aunque no lo crea, no me parece correcto tutearlo siendo usted duque, además, me he acostumbrado.

—Antes no lo era y también lo hacías.

Nicholas se apoyó tranquilo en la encimera con los brazos cruzados.

—Era marqués —dijo despreocupada—. ¿Qué más le da?

—No me gusta, me haces sentir mayor.

—Mucha gente le llamará de usted ¿También ellos le hacen sentirse viejo?

—Para empezar yo no he dicho eso —reflexionó un momento y preguntó inseguro—. ¿Me ves viejo?

—Es broma —comentó riendo—. Está usted guapísimo.

—Menos cachondeo. Aunque si es cierto que a veces pienso que cuando los niños sean mayores seré demasiado viejo.

—No diga tonterías. Si Charlotte lo oyera se enfadaría con usted, no le gusta que esté preocupado por la edad.

—Para ella es fácil, cuando los niños tengan veinte aún no habrá cumplido los cincuenta, en cambio yo tendré más de sesenta.

—Pues casi igual que su padre con Victoria.

Charlotte había permanecido escuchando tras la puerta, pensando en que a lo mejor el episodio de su corazón era el responsable de esa inquietud.

—Cariño, ¿podemos hablar? —preguntó, entrando decidida. Un momento después, con las risas de los niños de fondo jugando con el perro, Charlotte tiró de la mano de Nicholas hasta sentarlo en uno de los sillones de la biblioteca—. ¿Qué te preocupa?

Al hablar se sentó enfrente, atenta a sus ojos.

—¿Nos has espiado?

Con una sonrisa, ignorando su pregunta, Nicholas ladeó la cabeza y sonrió.

—Es lo de menos. Cuéntame eso de que serás demasiado mayor.

Nicholas suspiró molesto y se frotó los ojos.

—Cariño —dijo cansado, cerró un instante los párpados y continuó

—. Tengo doce años más que tú, cuando vayan a la universidad tendré más de sesenta y a veces pienso que si los hubiera tenido antes ahora podrían ser adolescentes.

—Pero yo no sería su madre y no serían nuestros hijos. Así que te prohíbo que nunca más vuelvas a decir nada sobre tu edad o la mía, porque me da por pensar que estaré sola y me hundo.

La observó apretando los labios, advirtiendo firmeza y severidad en el tono, extendió la mano y la sentó en sus piernas.

—No me arrepiento de tenerlos y sabes que nunca los había deseado con nadie que no fueras tú. Simplemente me veo un poco mayor, es todo.

—Pues no lo hagas —dijo acariciándole la mejilla—. Me aterroriza pensar que te pueda pasar algo.

Nicholas sonrió feliz, percibiendo en ella sus mismos temores; ninguno concebía la vida sin el otro; sus hijos eran fruto de un amor inmenso y los dos querían verlos crecer, juntos.

El sonido del móvil sacó a Sarah de una indecisión tediosa delante de un catálogo de fabricantes de suelos de cerámica, al ver el número de Tristam, se sorprendió, ya que según sus propias palabras pasaba los fines de semana en Amesbury y desde el encuentro del parque y la posterior conversación pensó que podrían ser amigos, volvió la complicidad sin reproches ni alusiones comprometidas.

—Hola —respondió contenta.

—Hola ¿Te apetece venirte conmigo al campo?

—Creía que te ibas los viernes —comentó confusa.

—Normalmente lo hago, pero anoche salí y me he acostado muy tarde.

No salió y no estuvo con nadie, aprovechó el tiempo en el despacho de Astor preparando la documentación para dársela en persona y así pagarle su parte de la empresa. Gracias a la herencia, su situación económica era buena, aunque el negocio requería una inversión continua.

—La verdad es que sigo muy liada. Si no te importa, voy otro día.

—Me hacía ilusión que vieras la casa. Pero, si no puedes, lo dejamos para cuando hayas terminado.

Era la primera cosa que le pedía desde el divorcio y Sarah no quiso decepcionarlo más.

—¿A qué hora pensabas irte?

—Dentro de un rato.

—¿Está bien media hora?

—Está perfecto.

Colgó nerviosa, se aceleró en el baño, y después de una ducha rápida, se vistió con unos vaqueros, una camiseta blanca y unas sandalias planas de piel. Cuando Tristam llegó, la besó en la mejilla, luego mostró la sonrisa satisfecha que siempre usaba antes de halagarla, y Sarah, esperando palabras galantes, no disimuló su chasco cuando brillaron por omisión. Tristam le contó durante el trayecto cómo había ido el traslado de los caballos, se interesó por el desarrollo del restaurante y le ofreció otra vez su colaboración, sin rebasar en ningún momento la línea amistosa que estaba definiendo.

Dos horas después, Sarah no encontró ningún cambio significativo en el exterior de la casa, sin embargo, el interior la dejó con la boca abierta; ya no existía la decadencia oscura que conoció; la rodeaba una calidez acogedora, una luz que eliminaba las sombras, y olía a Tristam por todas partes; esa mezcla personal de muebles modernos y antiguos consiguió aturdirla con una impronta que siempre le atrajo de él; conservador en ciertos aspectos y liberal en otros; muy Tristam.

Sarah aceptó que estaba creando un hogar precisamente donde soñaron hacerlo juntos, enmudeció por la tristeza y fue incapaz de articular unas palabras que aligerasen la humedad de sus ojos.

—¿Te gusta?

Tristam se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón vaquero y la observó atento.

—Sí. Te está quedando preciosa.

—Ven, te enseñaré los establos.

Le cogió la mano tirando hacia la salida trasera, ajeno al desbocado corazón de Sarah, con escuchar el suyo tenía suficiente. No aguantaba estar cerca sin tocarla, sabiendo que había recordado el sueño que lo impulsaba a él, conocía los ojos penetrantes de Sarah, y sacándola de las casa evitaba unas lágrimas que pretendía no ver jamás.

Tristam se entretuvo con el perro por el camino, bordeado de árboles cubiertos de flores rosas y blancas, que casi formaban un túnel dejando pasar pocos rayos de sol. Antes de llegar al límite del bosque, a unos cincuenta metros, entraron en la sencilla cuadra hecha con la estética rural de la zona: sólidos muros de piedra, un tejado negro a dos aguas, y varias ventanas con postigos de madera oscura.

—Hola, *Solance*.

Sarah saludó a la yegua, tocándole la espalda.

—Se acuerda de ti.

Tristam entró en el box y ella lo siguió. La potrilla tenía el mismo color castaño de su madre y el brillo del pelo totalmente lustrado.

—Es preciosa, Tristam. —Al acercarse, el animal se puso nervioso —. ¿Cómo la has llamado? Espero que hayas sido más original que con *Solo*.

—¿Por qué? —preguntó risueño.

—¿No elegiste el nombre por ella?

—No —dijo en cuanto captó su confusión—. Se lo puse por mí.

Sarah frunció el ceño, no añadió nada, y volvió a intentar acariciar a la potrilla.

—Shhhh. *Wizard* —susurró Tristam tranquilizando al caballo.

Sin sospechar que era la homenajeada por ese nombre, Sarah sonrió; le gustó, tenía pinta de hechicera.

—Me alegro de que por fin estés haciendo lo que siempre habías soñado con la casa.

—Yo también. —Tristam intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió. Le pudo estar con ella contemplando algo que hablaron muchas veces y solo después del divorcio él había hecho realidad. Mientras salían, preguntó—. ¿Quieres comer aquí?

—¿Cocinas también?

Sarah sonrió con ironía.

—Sabes que no es lo mío, pero puedo intentarlo.

—Te ayudaré.

Para Sarah era inimaginable estar con él así unas semanas atrás, poco a poco se sentía más cómoda, notaba que era mutuo, y aunque la felicidad trataba de regresar, presentía que en cualquier momento le exigiría una explicación que conseguía enfriarla y bajarla a la realidad; Tristam nunca olvidaría el dolor y la humillación, y era un escollo vital insalvable.

Preparando la comida, lo pilló mirándola concentrado, intuyó que algún contacto no fue casual, pero templó los nervios bromeando.

Comieron unos macarrones decentes con unas copas de buen vino tinto, charlaron de la casa mirando siempre hacia otro lado, centrados en obviar el dolor. Más tarde, sonó el timbre, Tristam la dejó en la cocina y fue con *Solo* a abrir.

Encontró en la puerta a Diane, vistiendo según su estilo informal: unos vaqueros y la camiseta roja con el logo de la clínica.

—Hola —saludó Tristam dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien, acabo de terminar y he pensado que podíamos comer juntos.

—He llegado hace un rato con Sarah, y ya hemos comido.

Al escucharlo, Diane necesitó salir. No contó con la posibilidad de que estuviera acompañado, y menos, por la mujer que todavía amaba.

—Lo siento, no quería interrumpir.

—No interrumpes nada —dijo Tristam amable negando con la cabeza, sonrió y preguntó divertido—. ¿Te apetece macarrones? Tenemos para dos semanas.

—No, gracias. —Diane dio un paso hacia atrás—. Me voy. Otro día nos vemos.

—Diane, en serio, no tienes que irte. Sarah ha venido a ver a los caballos.

—No te preocupes. —Se acercó, lo besó en la mejilla y susurró—: Trátala bien.

Tristam regresó a la cocina con una sonrisa agradecida por el consejo de su nueva amiga. Pasaban muchas horas hablando, conociéndose, y podía afirmar que tenía un buen apoyo con Diane.

Esa misma noche llegaron de vuelta a Londres, Tristam aparcó en la parada de autobús enfrente de la casa de Sarah y durante unos segundos eternos esperó inmóvil que cogiera el bolso.

—Gracias por invitarme a pasar un día muy especial —dijo Sarah.

Giró la cabeza, se inclinó hacia el lado y le rozó la cara con los labios.

—Gracias a ti por venir.

Sarah abrió la puerta del coche, salió rápido y controló unas lágrimas que, en cuanto atravesó el vestíbulo, se derramaron tan intensas como durante horas estuvieron reprimidas. Entró en la insulsa casa dispuesta a tomar un baño, pensando en relajarse con el agua, en calmar su conciencia por el gran y estúpido error que había cometido; ser amiga de Tristam, estar a su lado, sería el cruel, digno y civilizado castigo que debería soportar; ante esa única opción, prefería no verlo; no se veía capaz de aparentar una indiferencia que no sentía en absoluto. Para retomar su vida primero tenía que saber adónde iba y no hilaba más de una frase con sentido si él estaba cerca. En cuanto se metió en la bañera, Sarah cerró los ojos, sintió arder la piel y aspiró el suave aroma del aceite de lavanda que le llenó de calma la mente. Más tarde, el agua fría la incitó a envolverse el cuerpo en una toalla, satisfecha porque vio reflejada en el espejo a la mujer que acababa de tomar una decisión; por fin Sarah tuvo claro qué era básico en su vida; y optimista divagó cómo conseguirlo.

El domingo por la mañana se puso ropa cómoda y salió a dar un paseo por el parque. Le sonó el móvil y contestó la llamada de Jean.

Tenían una conversación pendiente y no le serviría seguir aplazándola aunque no fuese agradable.

—Hola, Sarah ¿Cómo estás?

—Hola. Bien ¿Y tú?

—Regular. Necesito hablar contigo, me voy esta tarde a Francia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella, al notar el tono apagado de su voz.

—Mi madre está en el hospital. ¿Nos podemos ver?

—Estoy en el parque, si quieres pásate.

Jean sopesó la posibilidad de que Tristam estuviera con ella, pero la urgencia de su partido no le permitía demorar más lo que quería decirle.

—De acuerdo. Tardo diez minutos, venía andando hacia tu casa.

—Vale. Te espero.

Desde el desafortunado encuentro, Sarah analizó las cosas desde un punto de vista más distante. Aún así, en cuanto entendió que seguía enamorada de Tristam, no quiso darle falsas esperanzas. Él había sido el detonante para aclarar de una vez una cabeza demasiado confusa. Lo vio aproximarse muy serio. Su aspecto cansado sugería que para él tampoco eran buenos tiempos. El desaliño que la volvió medio loca, ahí le pareció enfermizo; se preocupó.

—Hola —dijo Sarah, levantándose del banco.

—Hola.

Jean se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla, antes de sentarse, le levantó una mano y sonriendo con tristeza le tocó el dorso con los labios.

—¿Qué le ha pasado a tu madre? —preguntó interesada.

—Tiene cáncer, le dieron hace meses quimioterapia, pero desde hace unos días ha empeorado y los médicos nos han dicho que no le queda mucho. La metástasis ha invadido algunos órganos vitales y no tiene solución.

—Lo siento mucho, Jean.

Le pasó una mano cálida por la pierna.

—*Merci* —susurró Jean mirándola.

—Supongo que no sabes cuánto tiempo estarás fuera ¿No?

—No, pero no creo que sea mucho. Mi padre me ha dicho que está muy mal.

—Si hay algo que pueda hacer por ti, dímelo, por favor.

—Nunca quise hacerte daño. Te lo prometo. Esa noche había bebido y perdí los papeles con unos gilipollas en el local donde tocaban los amigos de Hush. Cuando llegué a tu casa solo quería hacer el amor contigo. Te necesito —dijo abatido—. Me tocó las narices tu

indiferencia y perdí otra vez el control. Si te hice daño, perdóname, por favor. No dejo de pensar que creas que te violé porque no fue mi intención, sabes que a veces no mido la intensidad.

—Me asustaste mucho.

—No quise hacerlo, de verdad. Perdóname.

Sarah sintió el arrepentimiento en las lágrimas lentas que descendían por su cara. Acarició ese rostro áspero y lo besó en los labios como despedida entre dos almas atormentadas reconociendo el momento de separarse.

—No le des más vueltas. Intenta ser fuerte con la enfermedad de tu madre, ahora es quien más te necesita. Espero que algún día encuentres a alguien y seas feliz.

—Creía que eras tú.

—No, Jean. No puedo ser yo —murmuró Sarah emocionada—. Sigo amando a mi exmarido. Lo siento mucho.

Jean se levantó más tranquilo admitiendo que todo había terminado entre ellos.

—Adiós, Sarah.

En cuanto se fue Jean, Sarah suspiró aliviada. Ese hombre atractivo que se alejaba a paso rápido y algunos veían como el responsable de su fracaso, le infundió la seguridad que necesitaba para fortalecerse, y eso no lo olvidaría nunca. Jean Blanchet fue la mecha que reactivó su autoestima y se merecía un lugar destacado en su memoria.

A pocos kilómetros de allí, en la City, se reunieron de manera extraoficial los tres miembros principales del consejo administrativo de AnGorssen. Consensuaron una estrategia para hacerse con el control de Cyrus Technology Ltd., después de que Jürgen y Andreas volviesen de Estados Unidos, confirmaran la operatividad de Corea e hicieran una escala en la sede de Estocolmo; tres meses de mucho trabajo que no tendrían frutos si no armaban bien su ataque. Debían asustar a los inversores en la próxima salida a bolsa que los americanos tenían previsto realizar. En pocas semanas, bajaría la cotización e incitarían las ventas buscando el precio más rentable para ellos. Andreas encontró el escollo de Mathias, y era el peor; no se la jugaba con los números. Jürgen vio el negocio igual que él, pero el cerebro financiero del equipo, no. Como no lo tuviera claro, no iba a dejarlos en paz, incluso después de admitir la compra seguía insistiendo:

—No sé por qué no queréis hacerme caso, pero podernos perder muchos millones y nos costaría años recuperarlos.

—No vamos a perder nada —dijo Andreas serio—. Vamos a ganar mucho.

—Tenemos las fábricas de Corea, el equipo, con Cyrus completamos el círculo de producción —comentó Jürgen—. Fijemos un tope y así te quedas tranquilo.

—Quiero Cyrus —afirmó Andreas—. Me da igual todo.

—¿Cómo? —preguntó Mathias apretando los ojos. Era bajito, flacucho, pero no se amilanaba delante de esos gigantes. Aparte de que eran amigos, una inteligencia muy por encima de la media era la gran baza que jugaba contra ellos—. Contéstame a una cosa, Andreas ¿es personal?

—No.

La rotundidad en la voz de Andreas no dio pie a suspicacias.

—Dejadme estudiar a su junta —dijo Mathias—. Necesitamos saber qué mínimo nos haría falta. En cuanto sepa algo decidimos nuestro tope, pero va a tener que ser muy bajo y tendremos que correr un riesgo muy alto durante varios meses.

—Me da igual el tiempo. —Andreas se reclinó en la silla—. Soy paciente.

CAPÍTULO XIV

Salisbury, Inglaterra
27/5/2013

El conjunto de casas donde tenía la suya Susan Harris y el camino rodeado de pastos verdes con ganado suelto a su aire, en esa luminosa mañana, le habló a Nicholas del pasado rural que tuvo el pueblo.

Lo recibió en la puerta una mujer, de aproximadamente su edad, parecía nerviosa. Era pelirroja, con la cara huesuda pero expresión afable. En cuanto descendió del coche, se acercó y le tendió la mano sonriendo.

—Buenos días, señor. Mi madre está esperándolo. Desde que la llamó, no habla de otra cosa.

—Es muy amable por su parte recibirme. Llámeme Nicholas, por favor.

—Muy bien. Para mi madre es un honor que haya venido a verla.

—Al contrario, me está haciendo un favor.

Nicholas sonrió y la siguió al interior de la vivienda. La pulcra sencillez del salón, no lo impactó tanto como la alegría en los ojos azules de la diminuta anciana cuando se perdió en sus brazos con agilidad. La señora Harris, a pesar de ser enclenque, lo sujetó con una fuerza que Nicholas achacó a la vitalidad que perduraba en ella, alejada de la imagen preconcebida que traía.

—Sentí mucho la muerte de su padre —dijo con lágrimas en los ojos—. Mi más sentido pésame.

—Gracias, señora Harris.

—Siéntese, por favor —dijo la hija amable—. ¿Le apetece un café? o lo que usted me diga.

—No se moleste, gracias. No entretendré a su madre mucho tiempo.

—No es ninguna molestia.

—En ese caso, sírvame lo que sea más fácil para usted.

—Muy bien. Ahora vuelvo.

La mujer los dejó solos y Nicholas sacó un pequeño cuaderno para tomar notas.

—Señora Harris, estoy recopilando información de las personas

que trabajaron en Ivory para documentar una biografía sobre la construcción de la casa. Por lo que he leído en los documentos que guardaba mi abuelo, usted trabajó para él desde 1950 hasta 1959. Él hizo una reforma unificando algunos dormitorios de la planta alta ¿Me podría hablar de aquellos años? Me interesan los detalles que pueda recordar.

—Cuando me casé dejé el servicio y nunca volví a su casa, pero tengo que reconocerle que pasé unos años maravillosos, gracias a Ivory conocí a mi marido.

—¿Cómo era mi padre en aquella época?

—Cuando lo conocí, él tenía once años. Era un diablo simpático y cariñoso —dijo riendo—. No paraba quieto. Su abuela y la niñera lo tenían que castigar con mucha frecuencia.

Nicholas sonrió entendiendo un poco mejor a Alex.

—Siempre estaba jugando con Gordon, se llevaban muy bien. Eran uña y carne, tenían una conexión especial.

—Siempre la tuvieron —añadió con melancolía.

—Para desgracia de su abuela —replicó Susan, hizo una pausa y negó suavemente con la cabeza—. Recuerdo algunas discusiones. *Lady* Elizabeth le recriminaba a su abuelo que tanta cercanía con Gordon daba pie a habladurías entre el servicio.

Nicholas la escuchó atento y quiso profundizar más en algo que desconocía. Él tenía trece años cuando murió Henry Finch-Hutton, y nunca observó desavenencias, de hecho, su abuela se vino abajo los siguientes diez años que lo sobrevivió, no superó esa pérdida.

—¿Qué clase de habladurías? —preguntó intrigado.

La señora Harris apretó la frente.

—Ya sabe, especulaciones sobre la paternidad del niño.

Lo pilló totalmente desprevenido, con el corazón latiendo desbocado.

—¿Creían que Gordon era hijo de mi abuelo?

Nicholas trató de disimular. Si Charlotte llegara a enterarse tendrían una buena discusión.

—Supongo. No puedo contarle mucho más porque nunca vi a su abuelo con la madre del chico. Ned y él tenían muy buena relación. Todos sabíamos que Ned Smith era quien dirigía Ivory y ninguno en su cara jamás comentó nada sobre su hijo pequeño.

—¿Sabe si alguien los vio alguna vez juntos?

—¿A su abuelo y a Carol Smith?

—Sí.

—No era raro verlos juntos, ya que ella era la doncella de su abuela. Pero si se refiere a verlos en actitud comprometida, no. Le he

buscado algunas fotos como me pidió. Si quiere se las muestro.

—Sí, gracias.

Unos minutos después, la hija de la señora Harris trajo una cuidada bandeja, le sirvió un café y le dio a su madre una cajita de puros llena de fotografías, en blanco y negro.

—Mire aquí están los dos.

Le mostró la imagen de James riendo con doce años mientras tenía el brazo apoyado en el hombro de Gordon, que sonreía de frente como siguiendo las indicaciones del fotógrafo. James vestía ropas de montar, Gordon unos pantalones cortos con una camisa de cuadros y los faldones por fuera.

—Siempre fueron muy buenos amigos —dijo la anciana emocionada—, creo que su padre gracias a él no echó de menos tener hermanos.

—Sí, se acompañaron los dos —afirmó—. ¿Cómo tiene usted estas fotos?

Susan rió feliz, dejó ver unos dientes acordes a su tamaño.

—Un tío de mi madre volvió de América y nos regaló la cámara. Nos la turnábamos por semanas, pero yo no tenía tiempo libre y me la llevaba a Ivory. Practicaba con todo el que se me ponía por delante, ellos eran mis favoritos. Algunas son horribles, pero otras están muy bien, ¿no cree?

—Sí, aunque me ha dejado con la intriga. Estoy seguro de que ni mi padre ni Gordon han tenido constancia de lo que pensaba el servicio. ¿Sabe si mi abuelo lo supo?

—Me temo que sí. Pero no cambió su actitud con el niño. Creo que le dio igual, por eso a veces discutían él y su abuela.

—¿Y los padres de Gordon? Para Ned sería un poco violento, me imagino.

—Si hablaron, quedó entre ellos. Ya le he dicho que nunca nadie comentó nada delante de él. —La señora Harris hizo una pausa—. Su abuela era una mujer especial, tenía una sensibilidad extraordinaria. Recuerdo cómo tocaba el piano, me encantaba escucharla mientras hacía mi trabajo…

Con la mirada perdida empezó a divagar.

—¿Por qué dice que era especial?

—Siempre tenía una palabra amable cuando notaba que alguno de nosotros estaba atravesando alguna situación adversa. Recuerdo que ayudó, sin que su abuelo lo supiera, a una de las criadas. Se quedó embarazada siendo adolescente. Fue una gran mujer.

—¿Le importa prestarme las fotografías unos días? Me gustaría enseñárselas a mi madre.

—No. Lléveselas el tiempo que le haga falta.

—Muchas gracias, señora Harris —dijo Nicholas. Se levantó despacio y le dio un beso en la mejilla. La mujer le tocó la cara y sonrió emocionada—. Me ha sido de gran ayuda.

—Se parece mucho a su padre —comentó nostálgica.

—Eso dicen —dijo Nicholas con orgullo.

—Nos enteramos del nacimiento de sus gemelos. ¿Se parecen a usted?

—Sí. Hoy he confirmado que uno de ellos también tiene el mismo carácter de mi padre —dijo sonriendo—. Está haciendo travesuras constantemente.

—Me gustaría conocerlos algún día.

—Cuando le devuelva las fotografías los traeré conmigo.

—Sí, por favor.

Nicholas se subió en el coche sonriendo, satisfecho por la visita. Percibió en todos los gestos y palabras de Susan Harris ese regusto dulzón que dejan los buenos recuerdos, incluida una comprensión amable para otros que no lo fueron tanto, pero cuando han pasado muchos años la memoria suaviza. Regresó a Wells con más incógnitas, un puñado de viejas fotografías y un leve malestar en el pecho que trataría de ocultar a su mujer.

Antes de entrar en la casa, escuchó el sonido torturado del piano e inspiró hondo. En un instante llegó al salón, permaneció muy serio observando desde la puerta a los niños entusiasmados aporreando las notas sin control, y sin rastro de Charlotte o Maggie.

—El piano no se toca —espetó Nicholas severo.

Los niños se detuvieron de inmediato, se miraron y giraron la cabeza. Henry hizo un puchero arrepentido, pero el desvergonzado de Alex parpadeó y puso la carita de ángel, que ya no lo convencía, aunque él seguía intentándolo.

—¿Dónde está mami?

—*Fera* —dijo Henry, señalando con el índice el ventanal.

—Pues venga, andando.

Tras salir fuera, los dejó con Maggie y volvió con Charlotte dentro. Se dejó caer en la silla del despacho, respirando hondo, apoyó los codos en la mesa y frunció los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlotte preocupada—. ¿Te encuentras mal?

—No —dijo tranquilo—. La señora Harris me ha comentado algo bastante extraño.

Charlotte cruzó los brazos y prestó atención esperando a que siguiera. No fue así, y preguntó:

—¿Qué quieres decir con extraño?

—Al parecer, cuando Gordon nació, el servicio rumoreó que mi abuelo era su padre —dijo ignorando la boca abierta de Charlotte—. Vio discutir varias veces a mi abuela con él por el tema. Me ha dejado pasmado.

—No sé, cariño, siempre ha habido historias románticas entre criadas y señores. No creo que si hubiese pasado fuera el único caso —comentó despreocupada, pensó unos segundos y añadió convencida—. Gordon y tu padre eran diferentes, pero mira los niños, son clavados a ti. A lo mejor Gordon salió a su madre.

—¿Te estás oyendo? —preguntó irritado—. Estás dando por hecho que es verdad. Si fuera cierto, el hombre que he considerado toda mi vida el mejor amigo de mi padre realmente es su hermano y mi tío. Es demasiado.

—Tu padre siempre lo trató como tal. Quizás él tenía una información que no compartió con vosotros. Habla con tu madre, a lo mejor sabe algo.

—Sí, lo haré. —Nicholas cogió la caja de puros y la abrió—. Mira, la señora Harris me ha dejado estas fotos.

Charlotte aumentó su sonrisa conforme las pasó una a una hasta que se detuvo frunciendo el ceño y le enseñó la que sostenía en la mano. Nicholas reconoció a su madre, siendo una niña con nueve o diez años, sentada en una escalera con James y Gordon a los lados. Patricia tenía el pelo rubio recogido en dos trenzas y miraba a James embelesada; él, un adolescente muy guapo, la observaba divertido de reojo, mientras Gordon, con los labios apretados y los ojos clavados en su amigo, parecía enfadado.

—Cariño —dijo Charlotte presintiendo algún amor frustrado—, tengo la impresión de que entre ellos ha habido más de lo que imaginamos.

Analizaron todas las imágenes al detalle, pero la colección terminaba cuando James tenía veinte años y no encontraron nada más relevante. La casa estaba igual, apenas vieron la cocina con parte del personal, y en ninguna aparecieron los duques.

—Mañana iremos a Oxford. Espero aclarar algo sobre las reformas, y el viernes seguiré con esto. Phelps estuvo en Ivory hasta que mis padres se casaron y es, más o menos, de la misma edad, supongo que tendrá más recuerdos.

—Habla también con Gordon.

—Antes hablaré con mi madre —dijo con una expresión seria—. Si

pasó algo entre ellos, voy a averiguarlo.

—Si quieres te acompaño a hablar con el señor Phelps.

—Sí —dijo rápido. A su lado siempre estaba más sereno y en esos momentos necesitaba su calma y sensatez—. Te lo agradecería.

—Gracias. —Charlotte levantó la vista, sonrió feliz y acarició el rostro de Nicholas, pensando en James, en las arrugas que surcarían su piel, en esos ojos que sabían leerla como nadie y tampoco podían mentirle—. Cuéntamelo.

—¿Qué?

Nicholas tardó un instante en procesar qué quería saber.

—No me digas que estás preocupado por esto, ¿qué te pasa?

—Nada —dijo al entenderla. Por supuesto, no tenía la más remota intención de compartirlo—. Estoy cansado.

—Muy bien. —Charlotte lo cogió de la mano, tiró y salieron al pasillo. Para dejar clara su postura, advirtió en un tono severo—. Te estoy vigilando.

Nicholas no tuvo más remedio que reír cuando Charlotte se señaló los ojos con dos dedos y después amenazó los suyos, en plan mafioso siciliano.

—Qué miedo…

Al llegar del almuerzo, Sarah se sorprendió al encontrar en la puerta de la oficina a dos de los empleados de Tristam. Habían trabajado juntos durante un año. John Malcom, tenía treinta, moreno, alto, con la espalda un poco cargada y, aparte de ser simpático, era una bala como diseñador gráfico. El otro, Jeff Tumble, más joven, veintiséis, era la fiera de los presupuestos y mediciones, algo tímido, rubio y atractivo por unos labios gruesos y sensuales. Tristam le enviaba sus galgos cuando más los necesitaba, y también cuando no pensaba aceptarlos; estar “sola” implicaba todas las consecuencias; y ella decidía dónde estaba su límite; no Tristam, que con sus buenas intenciones lo único que conseguía era indignarla más consigo misma.

—Hola —saludó Sarah abriendo la puerta—, ¿qué hacéis aquí?

—Hola, Sarah —dijo John sonriente—. Venimos a echarte una mano. Tristam nos ha dicho que nos pusiéramos a tu disposición.

Sarah los invitó a pasar.

—Echad un vistazo a los planos. Voy a hablar con Tristam.

Intentó parecer agradecida, aunque estaba bastante enfadada. La actitud comprometida de Tristam la desorientó. Si pretendía ser su amigo, ella aún no estaba preparada.

Sarah no llegó a controlar su temperamento cuando abrió con

ímpetu la puerta del despacho de Tristam. De pronto se quedó inmóvil sin soltar el pomo, adherida como si quemara. No pensó que no estuviera solo y, desde luego, no se le cruzó por la cabeza ver la sonrisa petulante de Nia.

—Sarah, hola —Tristam se levantó de inmediato y fue a su encuentro, despistado por una falda blanca que destacaba unas caderas perfectas y una blusa de seda marrón oscuro sin mangas, con un escote de pico sugerente que lo centró en un volumen suave muy apetecible. Se inclinó sobre ella y susurró—. ¿Qué sucede?

—¿Podemos hablar? —preguntó fulminándolo con la mirada, añadió irónica—. Por favor.

Con una ligera idea de los pensamientos que cruzaban por su imaginación, Tristam la sujetó del codo y la guió hasta la sala de reuniones, donde entraron en un tenso silencio, roto por el clic de la puerta de cristal cerrándose de forma automática. Como otras tantas veces, parados frente a un muro invisible, ninguno se atrevió a empezar. Tristam, que vagaba entre arenas movedizas, se dirigió despacio hacia la fachada, un muro real de cristal con una panorámica de edificios altos y la franja ancha del río. Habló de espaldas, concentrado en un barco que navegaba río arriba, hacia el Puente de la Torre:

—¿Qué te pasa?

—No te inmiscuyas en mi trabajo —dijo Sarah, más brusca de lo que pretendía. Tristam se giró, y añadió sin moderarse—. No necesito tu ayuda.

—No es para ponerse así —replicó a la defensiva—. Si tanto te ha molestado, ahora mismo les digo que vuelvan.

—Gracias. Cuando necesite algo te lo diré, mientras tanto, déjame tranquila.

A Sarah la inesperada visión de Nia la había dejado sin ninguna contención.

—Como quieras —dijo Tristam apretando los labios—. Espera un momento, tengo que darte algo.

Salió y regresó en pocos segundos con un sobre de color marrón.

—Toma. En vista de que no ibas a firmar, le pedí a Astor que me lo preparara.

—Gracias —dijo seria, añadió—: Me voy. No olvides llamar a los “jota”.

—Por supuesto.

Tristam la vio alejarse, contoneando las caderas, sin poder apartar los ojos de aquella silueta. Cuando se detuvo en unas nalgas sinuosas, expulsó el aire y cerró un momento los ojos para relajarse, era con

diferencia la mujer más guapa y sexy que había conocido, y encima cada día estaba más buena; menudo consuelo.

En el despacho terminó la entrevista con Nia, que pretendía volver al enterarse de la disolución de la sociedad. Cuando Sarah los interrumpió, acababa de rechazarla de manera amable, pero notó arrogancia en una sonrisa maliciosa y decidió cambiar de estrategia. No se anduvo por las ramas, le dijo qué pensaba y concluyó que nunca más recurriría a él.

En cuanto finalizó la última reunión de la tarde, Tristam bajó al vestíbulo y esperó impaciente cerca de los ascensores, enfocando las cosas que quería dejar aclaradas, sobre todo el resultado de la visita de Nia; no iba a permitir ninguna duda que solo traería desconfianza.

Sarah apareció andando deprisa y, para desilusión de Tristam, no llevaba las sandalias de tacón; tuvo que conformarse con unas cómodas bailarinas rojas. Desde el agriado encuentro matutino, solo se imaginaba recorriéndole con la lengua los pechos. Al tenerla otra vez delante, su miembro le mandó un impulso y apretó los labios forzando una sonrisa.

Sarah rogó para que fuera casualidad, si el malhumor antes le impidió fijarse en su exmarido, casi lo agradeció; tenía una pinta estupenda; incluso pensó que se había cambiado de ropa, no recordaba esos bíceps marcados en un polo negro ni tampoco los vaqueros; era el Tristam informal, su calvario, y también su “nuevo mejor amigo”.

—Hola —comentó con un beso rápido en la mejilla—. Has tardado mucho.

—¿Habíamos quedado? —preguntó enarcando una ceja.

—No, pero he pensado que podríamos volver juntos. ¿Te importa?

—No. Me gusta ir y venir andando.

Caminaron, hablaron de trabajo y cruzaron veloces varios semáforos mezclados con una muchedumbre de personas, y filas de autobuses de dos pisos detenidos antes de copar otra vez la mayor parte del tráfico. El ruido fue ensordecedor hasta que entraron en el parque.

—Cuando hablamos cerca del arroyo en casa de Nicholas, aprecié por primera vez lo que Charlotte lleva diciéndome tanto tiempo —dijo Sarah—. Cada día me gusta menos el ajetreo de la ciudad.

—¿Por qué crees que me voy todos los viernes?

—Te entiendo —dijo con una sonrisa.

—¿Qué te ha parecido el precio?

—¿Qué precio?

—Joder, Sarah ¿No lo has abierto?

—¿El sobre?

Ante la afirmación de Tristam, negó con la cabeza.

—Pues hazlo cuando puedas. Eres increíble.

—Te lo he dicho un montón de veces. Ahora no puedo perder el tiempo con eso y era algo que había dado por perdido. Le dedicaré mi tiempo cuando lo crea conveniente.

—Como quieras.

Durante unos minutos ninguno dijo nada, anduvieron distraídos contemplando a la gente. Sarah se sentía incómoda. Por un lado, le parecía que intentaba aproximarse. Por el otro, estaba cansada de la insistencia por pagarle su parte de las acciones y liquidar la sociedad, lo único que aún los vinculaba.

—Hoy Nia ha venido a pedirme trabajo.

—Qué bien.

Sarah no se molestó en enmascarar su sarcasmo.

—No la he contratado.

—Estupendo.

—Le he dicho que ha tenido mucha desfachatez al venir otra vez, después de la pasta que nos costó echarla.

—¿Se lo has dicho así? —preguntó sonriendo encantada.

—Casi. Se me ha escapado añadirle algún adjetivo un poco obsceno.

Tristam rió contento, no quiso dejar de darle un beso rápido en la mejilla, pero Sarah giró la cabeza y le puso la miel en los labios. Le sujetó la cara con las manos, la miró percibiendo la misma ansia desmedida y le aplastó la boca con fuerza. Sarah le rodeó el cuello con los brazos, dejando que la invadiera una lengua tan desesperada como la de ella.

—Te echo de menos —susurró Tristam.

—Y yo. Pero necesito estar sola, tengo que perdonarme a mí misma todo el daño que te he…

Tristam no quería escucharla y la interrumpió:

—No me alejes de tu vida otra vez.

—Vamos a tomarnos las cosas con calma, Tristam. Aunque nos necesitemos, tenemos que olvidar.

—Lo sé.

Tristam supuso que ella tenía que olvidar a Jean y eso le dolió más que el tiempo que le había pedido.

Sarah le cogió la mano y entrelazó sus dedos.

—No pienses que lo quise como a ti. Porque no fue comparable. A

ti siempre te he amado y con él disfruté del sexo. Te parecerá raro, pero lo he pensado muchas veces. Con él me sentí deseada y me subió mucho la autoestima. —Sonrió amargada—. Casi no recordaba cómo era ser única para otra persona.

—Siento haber sido el causante. Me pasé durante meses, pero fue porque tenía muchas ganas de tener hijos contigo. Cuando me dijiste que querías esperar, creí que lo hacías porque no estabas segura de lo que sentía por ti. Me he machacado por eso, los dos tenemos parte de culpa.

—Me frustré y creo que debí haber hablado antes contigo. Quizás todo se unió para traernos hasta aquí. Tengo muy claros mis sentimientos. Siempre has sido tú, en lo bueno y en lo malo, pero necesito reencontrarme a mí misma. Si algún día tú y yo tenemos otra oportunidad será la última.

—La tendremos. Tómate el tiempo que quieras, me basta con saber que estaremos juntos

La acompañó hasta la puerta de su casa, donde la volvió a besar sin pudor, como un novio adolescente.

—No trabajes mucho —añadió con un besito en la nariz.

—No —dijo sonriendo—. Hasta luego.

Sarah entró feliz, la ternura descartada había vuelto a su vida de manera arrolladora, se dedicó a avanzar en el trabajo con el propósito de admitir al día siguiente la colaboración de Tristam. Si las cosas funcionaban entre ellos, tarde o temprano su futuro laboral también lo haría. Tuvo la tentación de abrir el sobre y curiosear. Tras pensarlo un momento, prefirió seguir confiando en su generosidad y no informarse de algo que nunca tuvo intención de aceptar.

Varios empleados se acercaron a saludar a Nicholas y a Charlotte cuando llegaron a Ivory dando cada uno la mano a los niños. De pronto Alex vio a Gordon, se zafó de su padre y salió corriendo a hasta topar con unos brazos fuertes que lo adoraban y lo alzaron en un baile divertido.

—Hola, golfo.

—Abu.

—Cómo pesas… ¿Qué comes?

—Abu, *amo* —Alex prefería una excursión al río—. ¿*Amo ío*?

Nicholas al escucharlo desvió los ojos hacia su mujer.

—Hola, Gordon —dijo Charlotte—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Veo que ya se va acercando la hora de conocerla —saludó dándole un beso en la mejilla—. Hola, Nick ¿Cómo te

encuentras?

—Bien —respondió con una leve sonrisa—. ¿Has visto a mamá?

—Está con Vicky en su despacho. ¿Vamos a ver si hay ranas? —preguntó a los niños.

Emocionados, los dos afirmaron con las cabezas, le dieron las manos y salieron con él por el jardín trasero, mientras sus padres, sincronizados, intercambiaron una mirada cómplice.

—Cada día sospecho más —dijo Charlotte—. Veo similitudes con tu padre que antes no me llamaban la atención.

—No sé, cariño, me resulta violento.

—Se te nota.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendido.

—Sí. Y Gordon te conoce.

Entraron en el despacho y Patricia se levantó a recibirlos con un aspecto mejorado, una sonrisa alegre y un bronceado atractivo que enmarcaba unos ojos azules heredados por su hija, que también fue a saludarlos.

—Hola —dijo Patricia abrazando a Charlotte—, estás guapísima.

—Y Tú. Te sienta bien estar aquí.

Nicholas la besó en la mejilla, repitió con su hermana y preguntó:

—¿Cómo va todo?

—Bien, pero os dejo, tengo muchas cosas que hacer —respondió Victoria—. Charlie, después hablamos.

—No te preocupes, nos quedamos a comer.

—Estupendo. Luego nos vemos.

Para propiciar la conversación que Nicholas quería mantener con Patricia, Charlotte dijo atenta a él:

—Cariño, voy a ver si aprendo cómo Gordon coge las ranas.

—No se te ocurra intentarlo.

Salió moviendo la cabeza con paciencia. Si él creía que lo tenían mimado, para Charlotte su protección se estaba convirtiendo en un retiro en toda regla, rayando lo ridículo. Incluso si estaba sentada y los niños cerca, no les permitía que se subieran en su regazo. En cualquier parte veía una amenaza.

—El otro día conocí a Susan Harris —comentó Nicholas en cuanto se cerró la puerta—. Trabajó en Ivory del 50 al 59.

—No la recuerdo —dijo Patricia encogiendo el gesto contrariada—. Tendría que verla.

—Me ha dejado varias fotos. —Nicholas metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta azul marino, las sacó y se las dio—. He traído en las que salís vosotros.

—Qué guapo era tu padre —dijo emocionada—. ¿Cómo es que las

tiene?

—Le regalaron una cámara y la traía para practicar. Me dijo que nos parecíamos.

Nicholas sonrió y le acarició con suavidad la mano.

—Sí. Cada día más. —Patricia volvió a concentrarse en las fotos—. Creo que ya le pongo cara. Era un poco mayor que tu padre y es verdad, siempre que traía la cámara nos pedía que posáramos para ella. —Hizo una pausa y elevó la vista mirándolo a los ojos—. Era una niña cuando lo conocí., tenía ocho años. Recuerdo que me fascinó desde la primera vez, un día que acompañé a mi padre en una visita que pidió tu abuela para una de las doncellas, creo que estaba embarazada. Salí a dar un paseo para distraerme y me encontró sentada en una piedra contemplando el prado. Él llegó montado a caballo y fue como si me atrapara un sueño. —Sonrió con tristeza—. Se preocupó, me llevó a la cocina y me dieron la merienda. Desde entonces acompañaba a mi padre cada vez que venía. Un día me presentó a Gordon, supongo que para ellos yo era la hija del médico que se aburría y venía a pasar el rato.

—¿Alguna vez ha habido algo entre Gordon y tú?

—No —respondió rotunda. Frunció el ceño molesta—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Fíjate bien en la mirada de Gordon a papá. ¿Qué ves?

—Nick, por favor. Ahí yo tenía diez años, ellos eran adultos. Quizás habían discutido por algo y de ahí la mirada. No busques algo que nunca ha existido.

—Hay más —dijo muy serio—. Al parecer, cuando Gordon nació se rumoreó que era hijo del abuelo.

—¿Cómo? —exclamó levantándose de golpe.

—Relájate. Para mí ha sido también un shock. No sé si papá lo sabía y no quiso decirlo por algún motivo.

—Nunca me comentó nada. Para él era su íntimo amigo. Siempre lo trató como a un hermano.

—Por eso mismo, mamá. Deberíamos hablar con él.

—No sé, Nick. Si eran hermanos y tu abuelo lo sabía, por qué no lo reconoció.

—Quizás por la abuela. La señora Harris me ha dicho que los escuchó discutir en varias ocasiones por el trato de favoritismo que le daba el abuelo. Hay muchos motivos por los que pudo mantenerlo oculto.

—Recuerdo que tenía muy buena relación con Ned —dijo Patricia, pensó un instante y añadió suspicaz—. Ahora que lo pienso, cuando nos prometimos, tu padre quiso que Gordon fuese testigo, pero

Elizabeth le recriminó a Gordon que hiciese lo que hiciese nunca formaría parte de su familia. Yo lo entendí por la amistad con tu padre. —Hizo una pausa—. Tu abuela era una gran mujer, aunque tenía un carácter estricto.

—¿Tuviste problemas con los abuelos?

—No exactamente. Los médicos aunque no eran ricos tenían buena reputación, y congeniamos desde el primer día, a pesar de que tu padre hizo lo que quiso. —Patricia sonrió ligeramente recordando cómo James canceló un compromiso de matrimonio; para ellos fue bochornoso; aunque nunca ni Elizabeth ni Henry volvieron a mencionarlo, al menos no delante de ella—. A tu abuela le molestó que nos mudáramos a Londres cuando Tristam nació. Tuvo una discusión muy fuerte con tu padre, lo acusó de ser un títere en mis manos, no entendió que era más cómodo y para papá el banco suponía una gran oportunidad. Elizabeth pensaba que con la gestión del patrimonio tenía suficiente. Hasta que no comprobó, unos años después, que para él su trabajo era importante, no se lo perdonó. Papá me lo contó después de su muerte —dijo con lágrimas en los ojos—. La foto dónde estás en la escalera con Tristam fue el día de su bautizo, más o menos cuando ocurrió.

—¿El abuelo no se enfadó?

—No. Tu abuelo se parecía mucho a Tristam, vivía y dejaba vivir. Siempre me trató con cariño. Veníamos en vacaciones y algunos fines de semana, y pasaba horas con vosotros enseñándoos a montar. Era un hombre divertido, muy cercano con todo el mundo.

—Me gustaba estar con él —dijo Nicholas nostálgico, hizo una pausa—. No recuerdo ningún mal gesto de la abuela hacia papá.

—Nunca los tuvo, pero no dejaba escapar una ocasión para pedirnos que volviésemos. Luego, cuando murió el abuelo, ya sabes qué pasó.

—Si Gordon y papá eran hermanos deberíamos aclararlo.

—¿Te imaginas? —Patricia suspiró agobiada—. Descubrir que tu padre no lo es, que has vivido una vida diferente, que no era la tuya —dijo reflexiva—. No sé, cariño, si estás preocupado por su economía, no lo estés; papá se encargó de invertir su dinero y tiene una situación muy buena.

—Indagaré un poco más antes de hablar con él.

—Nick, déjalo. Céntrate en la casa —dijo seria—. Solo le causarás más dolor.

—No puedo, me interesa saber la verdad. Las historias de las personas que la habitaron hacen que el libro cobre sentido.

Sonaron varios golpes secos en la puerta y, en cuanto Nicholas

admitió la interrupción, entró Max esbozando una sonrisa tímida.

—Disculpe, señor Finch-Hutton, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Claro —dijo Nicholas aún tenso por el malhumor.

—Me voy a buscar a los niños.

Patricia se levantó deprisa, pasó por el lado de Max y le hizo un guiño cariñoso. Era un chico trabajador e intuía que a su hija le gustaba. Los había visto algunas veces hablar con complicidad, sin embargo, Victoria lo negó alegando que eran solo amigos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas.

Extendió la mano para indicarle que tomara asiento.

—Dentro de una semana tengo los exámenes finales de este curso. He doblado los turnos con mis compañeros para poder tener libre los tres días que debo ir a Londres.

—Ya sabes qué te comenté cuando te contratamos. ¿Has hablado con Victoria?

—Sí. Por ella no hay problema, pero me ha pedido que se lo comentara personalmente a usted.

—Si ella no ha puesto impedimentos, tampoco lo haré yo.

—Muchas gracias.

—De nada —replicó impasible—. Espero que apruebes.

—Descuide —dijo aliviado.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—Ya que sales, si la ves, dile que la estoy esperando.

—Por supuesto.

Charlotte y Gordon volvían de la mini excursión sin capturas, pero divertidos por los juegos embrutecidos que se traían entre manos los gemelos. Encontraron a Patricia y, regresando distraídos, vieron a Victoria acariciando el rostro de Max, ajenos a sus ojos curiosos, en la puerta trasera de la cocina, dándoles una imagen bastante descriptiva de la amistad que compartían.

—Lo sabía —exclamó Charlotte sonriente.

—Creo que salen —dijo Patricia—. Pero me ha dicho que son amigos.

—Es un chico muy formal —añadió Gordon—, con tesón. Me gusta.

—A mí también —dijo Charlotte—. Además, hacen muy buena pareja.

—Victoria es muy joven. —Patricia habló en voz alta, abstraída en sus recuerdos—. Acaba de empezar a vivir.

—Tú te casaste antes de los veinte —dijo Gordon—. Y con su edad ya tenías a Nick.

Charlotte entrevió un tono de reproche en esas palabras.

—Eran otros tiempos y James estaba impaciente por casarse.

—Ya.

Gordon se adelantó unos metros, atento a los niños, mientras Patricia bajó la cabeza y siguió pensativa el resto del camino; aunque Charlotte intuyó su tristeza, se reservó comentar nada.

Más tarde, estaban en la cama rodeados de una penumbra romántica y música de Hans Zimmer a un volumen bajo, Nicholas la interpretaba trazando un ritmo relajante con los dedos en el vientre de Charlotte, que sentía su calidez y protección mientras calmaba una respiración forzada después de hacer el amor. En su celo protector, Nicholas era el primero en aplicarse sus propias normas y llevaba una semana negándose a estar encima; el contorno de la barriga imponía un cierto respeto, Charlotte lo admitía, pero creyó que a Nicholas lo motivaba más su propio nerviosismo.

—Max es muy mono.

—¿Te gusta? —Empezó a hacerle cosquillas—. Qué callado te lo tenías.

—Pues sí —dijo riendo.

—Será verdad…

Nicholas le mordió el lóbulo de la oreja. Al momento sus manos empezaron a masajearle los pechos hipersensibles.

—No es para mí —susurró—. Tengo suficiente contigo.

—¿Para quién es?

—Victoria —añadió gimiendo al notar su pene rígido empujar, abriéndose paso entre ella.

Nicholas la sujetó por debajo de la barriga y la penetró de una embestida rápida, se movió despacio mientras Charlotte le oprimía las nalgas deseando más profundidad; la recibió en el acto. El sonido de *Honor Him*, unos suspiros sensuales y la placentera presión de sus manos, volvieron a acelerarlo e incrementó el ritmo, creyó estar en el paraíso rozando la eternidad y no quiso salir. Lo alargó hasta alcanzar la locura que precedía un clímax soberbio, siempre honraría el inmenso amor de Charlotte. Agotado, la abrazó por la espalda y recuperó el aliento.

—Te quiero.

Charlotte se volvió y lo miró a los ojos, era la viva imagen de quien es muy feliz.

—Y yo, mi amor. ¿Estás cansado?

—Dame cinco minutos —dijo sorprendido.

La confusión en la cara de su mujer, lo desconcertó.

—No lo decía por eso —dijo Charlotte sonriendo—. Tú verás cuando te rindes.

—¿Yo? —preguntó haciéndose el ofendido—. Eres tú la insaciable. —Nicholas cariñoso la besó en el hombro—. Antes no me has contestado. ¿Salen juntos?

—Victoria lo niega, pero tu madre no la cree.

—Ha venido hoy a hablar conmigo. Necesita varios días libres para hacer unos exámenes.

—Gordon dice que es muy trabajador y formal. Hacen buena pareja.

—Pues a mí no me gustaría que se liaran. ¿Qué le va a ofrecer? ¿Una hipoteca?

—¿En serio?

—Muy en serio. No te digo que se case con un multimillonario, sino con alguien que le pueda dar el tipo de vida al que está acostumbrada.

—Me sorprende que digas eso —dijo incómoda, frunció las cejas—. Se podrán permitir lo que consigan con su esfuerzo. Como todo el mundo

—De todas maneras no deberían mantener una relación estando trabajando juntos.

—¿Su Gracia está hoy arisco?

—No. Pero es mi hermana pequeña y me gustaría que tuviera las cosas más fáciles, con alguien de su nivel.

—¿Perdona? No me lo puedo creer.

Se incorporó enfadada, aunque él no se inmutó, siguió tumbado retándola con los ojos.

—¿Qué?

Nicholas la miró con un gesto de incomprensión en la cara.

—Define nivel —dijo Charlotte imitando la fórmula que él a veces usaba con ella.

—Déjalo. No lo comprenderías.

—¿Por qué según tú no lo voy a entender? Soy como él.

—No quiero discutir. Vamos a dejarlo.

—Sí, vamos a dejarlo —dijo volviéndose de lado.

—Buenas noches.

Sonó fría la voz de Nicholas, pero mantuvo la corrección, fue cauto y no aludió a la edad. En cambio, muy molesta por esos comentarios, Charlotte no quiso seguir su ejemplo. Desde que murió James, Nicholas había asumido el ducado con dedicación, también empezaba a mostrar algunos rasgos invisibles de su carácter que los situaban en

extremos opuestos y se alejaban de la indiferencia que muchas veces expresó sobre la posición social. Para Charlotte suponía navegar en un océano intransigente y retrógrado, del que necesitaba saber cuánta profundidad tenía y hasta dónde llegaba la limitada madurez de su cerebro, tan socorrida siempre para Nicholas, aunque tuvo el detalle de obviarla.

CAPÍTULO XV

Londres, Inglaterra
30/5/2013

La semana concluyó con bastante tensión acumulada durante varios días mientras regresaban de Londres tras la visita mensual del ginecólogo. La niña estaba bien y todo iba según lo previsto, pero el malestar que arrastraban no les dejó mostrar la alegría que sintieron y la opción del silencio no les incomodó. Cada uno tenía razones para defender su postura y Nicholas temía que Max estuviera aprovechándose de Victoria, joven e inexperta. Por mucho que Charlotte creyera que eran iguales, él sabía que sus suegros pudieron mandarla a la universidad sin que ella se viera obligada a aceptar trabajos parciales para costearse sola los estudios, vivían cómodos acorde a sus ingresos, tenían una buena educación y unos modales sociales correctos; por el contrario, de la familia de Max no sabía nada.

El móvil de Charlotte empezó a vibrar, vio la llamada de Patricia y contestó con rapidez, siempre ella y su madre eran las primeras en preocuparse cuando le tocaba ginecólogo.

—Hola, Charlie ¿Qué te ha dicho?

—Todo está bien. Sigue creciendo según la media.

—Estoy impaciente por que nazca. Se me están haciendo eternos estos últimos meses.

—¿Me lo cuentas? No sé cómo voy a aguantar hasta mediados de agosto.

—Si quieres me traigo unos días a los niños.

—No, estamos bien. Gracias a Maggie nos arreglamos sin muchos problemas.

—Como quieras, ya sabes que puedes contar conmigo si te hace falta.

—Gracias. Te noto excitada, ¿va todo bien?

—Sí. Estoy organizando una comida sorpresa para el cumpleaños de Vicky —dijo contenta—. El sábado. Solo nosotros. Bueno, también se lo voy a decir a Max.

—Tendré que informar a Su Gracia —explicó cínica girando la

cabeza hacia Nicholas—. Pero no creo que se niegue.

—¿Está contigo?

—Sí.

—¿Habéis hablado sobre Max?

—Sí.

—Se ha enfadado.

—Sí.

—Tendré que hablar con él y recordarle algunas cosas que parece haber olvidado.

—Suerte.

—No se lo tengas en cuenta, seguro que te ha dicho alguna tontería clasista o lo primero que se le haya ocurrido.

—Cómo lo conoces —bromeó Charlotte—. Pareces su madre.

—Por eso mismo te lo digo, no le hagas caso, cuando quiere es muy repelente.

Charlotte suspiró cansada.

—Lo intentaré.

—Cuídate. Dale un beso a los niños y otro para mi hijo.

En cuanto colgó, Nicholas estaba esperando y prefirió hacerlo rabiar, pero aguantó con la intriga escasos minutos.

—¿Qué quería mi madre?

—Le va a organizar una comida sorpresa a tu hermana para su cumpleaños.

—¿Por qué le has dicho que me tenías que informar? ¿Sobre qué?

—Porque ha invitado también a Max, y como no es de tu nivel…

—No empieces. Ya te lo he explicado.

—El problema es que sigo sin entenderlo.

Charlotte lo miró y le hizo un gesto de incomprensión.

—Porque no quieres —dijo atento a la carretera.

—Déjese de tonterías.

—Tú también, no me ridiculices.

—No sabía que tratarle como merece su título fuera ridículo para usted. Acláremelo, por favor.

—Vuelves a hacerlo.

—No —exclamó rotunda—. Eres tú quién no tiene las cosas claras. Me dices que Max no está a la altura de tu hermana solo porque su familia es humilde, en cambio, si te hago el tratamiento de tu rango social —recalcando las palabras—, me dices que es ridículo. ¿En qué quedamos, Nicholas?

—En que cuando quieres eres insufrible —dijo enfadado.

—Igual que tú.

Cuando llegaron a Wells, Nicholas ayudó a Charlotte a descender del coche y aunque ella quiso soltarse de su mano, no se lo permitió.

—No quiero que estemos enfadados, por favor.

Nicholas le dio un beso en los labios y le colocó con cariño el pelo tras la oreja.

—Yo tampoco, pero esto lo tenemos que hablar largo y tendido.

—Después de cenar —dijo resoplando incómodo.

En la cocina, con los gemelos bañados, Maggie los esperaba preparando la cena, tan deliciosa para ellos como para su papá, que nada más entrar encogió los ojos. Los saludaron con muchas carantoñas y luego Charlotte orgullosa enseñó a Maggie la foto de la ecografía, donde se veía perfectamente la carita de la niña.

—Es guapa, sin haber nacido —dijo contenta Maggie.

—Como su madre —añadió Nicholas.

—Voy a cambiarme.

Charlotte salió y Maggie miró preocupada a Nicholas.

—¿Qué le pasa? Está rara.

—Está enfadada conmigo —dijo encogiendo los hombros.

—¿Qué le ha hecho esta vez?

—¿Por qué he tenido que hacerle algo? Tenemos diferente opinión en un tema, simplemente.

—Porque los hombre siempre son los culpables de todo.

Puso encima de la mesa los platos de los niños, Nicholas se sentó al lado de Alex y empezó a darle el puré. En un despiste, mientras se servía un vaso de agua, el niño cogió la cuchara y catapultó el contenido entero en Henry, que empezó a llorar con la cara naranja y algunos guisantes de adorno como una máscara de calabaza fundida en Haloween.

—¡Alexander! Eres un caso, no se puede dar uno la vuelta.

Maggie limpió a Henry, empezó a darle la cena, y Alex, con cara de pillo, la miró sacándole la lengua, captando la atención de su padre, alucinado una vez más.

—¿Desde cuándo sabes hacer burla?

—Los llevo observando varias semanas —dijo Maggie indiferente —. Cada día aprenden algo nuevo.

—¿Quién te ha enseñado?

—*Ma* —dijo Alex señalándola con el dedo.

—Espero que no hayas sido tú.

—Me ofende que piense eso de mí —dijo agraviada.

—Mejor será que ni me lo plantee.

Un rato después de acostar a los niños, cuando Maggie se fue, Nicholas subió a ducharse y bajó a los pocos minutos con una

camiseta y unos pantalones cortos negros. Charlotte terminó de preparar la cena vestida con un sugerente camisón blanco mientras Nicholas puso la mesa siguiendo su dinámica casera.

—Te ha salido muy bueno —comentó Nicholas en cuanto probó el pescado en salsa, como siempre halagó sus dotes culinarias, era un placer que no le costaba ningún esfuerzo. Charlotte asintió con la cabeza, pero no añadió nada, ausente se sirvió un vaso de agua mirando el líquido. Durante un rato comieron callados, no hubo reproches infantiles por la ensalada, picoteó selectivo hasta que rompió el silencio—. Cuando te dije el otro día que Max no era de su nivel, no quise sonar clasista. Sabes que no lo soy.

—Pues lo pareció.

—Lo sé. Me preocupa que se aproveche de ella. No sé si habrá salido con alguien, pero es muy joven. No quiero que le hagan daño.

—Tal como lo planteas ahora, tiene más sentido para mí. Pero no porque Max no esté a la altura, no lo conozco, al igual que tú, sino por su comportamiento con Victoria. Sabemos que tiene voluntad y está procurándose un futuro. Creo que se debe valorar individualmente a las personas, no por sus familias o cuentas corrientes.

—Ya. Pero no sabemos cómo son.

—Estás adelantando las cosas. Ella no quiere reconocer que salen.

—No pienso ayudarlo.

—No creo que le asuste. Si está viviendo en el pueblo con unos familiares, pasa su tiempo estudiando y el resto trabajando, no creo que se amilane ante ti. Si lo piensas bien, debería ser un orgullo para cualquiera hacer lo que él está haciendo. La mayoría habría abandonado.

—Para no conocerlo hablas de él como si lo conocieras.

—Tu madre y Gordon le tienen aprecio. Supongo que están valorándolo como yo.

—Espero que su familia no avergüence a mi hermana.

—¿Por qué según tú tienen que hacerlo? —preguntó enfadada—. ¿Te has avergonzado de mis padres? ¿De mis amigas?

—¿Por qué te empeñas en compararte con él?

—No lo hago, pero estás dando por hecho algo que desconoces y siempre terminas hablando de vergüenza como si solo la produjeran las personas más humildes. Pues para tu información te diré que personas ricas, nobles, con todo el abolengo que tú quieras, a veces dan más vergüenza que cualquiera que no haya nacido entre tanto boato.

Se levantó indignada de la mesa y salió con decisión de la cocina. Nicholas mareó la ensalada, pensando en elegir mejor las palabras; era

la segunda vez que hablaban de Max y terminaban de la misma manera; sin apetito, cuando consideró que Charlotte había tenido tiempo suficiente para relajarse, subió al dormitorio.

Al llegar, la encontró leyendo en la cama, lo ignoró. Nicholas entró en el baño y salió a los pocos minutos con un pantalón de pijama negro. Luego, cogió las gafas, pasó por delante y, volviendo sobre sus pasos. buscó su libro perdido. Regresó al baño por si lo había olvidado en algún rincón.

Charlotte empezó a perder la escasa paciencia que le reservaba. Lo estaba haciendo adrede, lo pilló sonriendo cuando ella levantó la vista intrigada por tanta vuelta. Tras salir y recorrer la habitación con la mirada, Nicholas se acopló en su lado.

—Cuando quieras, te estás quieto.

—Lo siento, mi amor. No encuentro el libro que estoy leyendo.

—Tú sabrás donde lo has puesto.

—Juraría que lo dejé aquí.

Nicholas se levantó y salió del dormitorio. Charlotte dejó el suyo en la mesita de noche. Realmente no leía, lo cogió al escucharlo subir la escalera, su cabeza no daba para estar concentrada en ninguna lectura.

Nicholas reapareció cansado de buscar.

—¿Su Gracia ha terminado? Me gustaría dormir.

—Déjalo ya, por favor —dijo, tumbándose.

—No. No pienso dejarlo hasta que me digas qué ha cambiado para ti. No me parece justo que rechaces a alguien a quien no conoces solo por sus orígenes. ¿Te recuerdo con quién estuviste casado? —preguntó cínica. Nicholas cerró los ojos y la siguió escuchando—. No vuelvas a decirme nada más respecto a tus orígenes o los de nadie, no me interesan ni ahora ni nunca. Mantengo mis convicciones intactas, si las tuyas han cambiado me gustaría saber por qué.

—Antes no me he expresado como debería. —La miró muy serio—. Perdóname.

—Muy bien. Te escucho.

—El día que mi hermana decida casarse o hacer lo que le apetezca con alguien, no se lo voy a impedir. Pero los familiares de quien sea deberán asistir a algunos actos y relacionarse con personas no tan permisivas como yo —dijo convencido. Al oírlo, Charlotte ladeó la cabeza y alzó las cejas—. Puedes poner la cara que quieras, pero sé por qué lo digo.

—Según lo que entiendo, tu temor no es la familia de Max, son los aristócratas que conoces.

—Sí. He visto durante años cómo menospreciaban a Gordon. Ya

viste lo que dijo Hugh Althemstan en la inauguración de Ivory, estando yo presente. No tienes ni idea de la crueldad que pueden soltar por la boca algunas personas con las que se tendrán que relacionar.

—Me parece muy loable por tu parte esa inquietud, pero no tenemos una vida social tan activa como para tener que estar preocupados por eso, y no creo tampoco que Victoria la vaya a tener. Dale un voto de confianza a quien elija, a veces quien menos esperas te sorprende gratamente.

—Lo sé —dijo más relajado—. Contigo me pasó. Esperaba a una egiptóloga y conocí a mi alma gemela.

Charlotte sonrió con cariño a la vez que le acarició la mejilla.

—Yo no esperaba nada —murmuró Charlotte. Inclinó la cabeza hacia delante y lo besó despacio en los labios—. Y conocí al hombre más maravilloso del mundo. Atento, generoso y el mejor padre que podría haber encontrado para mis hijos. Te quiero, mi amor.

Al borde de licuarse escuchándola, Nicholas la apretó contra su pecho, aspiró el dulce olor de su pelo cayendo atrapado en ella. Con suavidad la colocó encima y se dedicó a amarla sin prisas, tomándose su tiempo.

—Cariño, por favor —rogó Charlotte, necesitando más rapidez.

—No me agobies.

—No lo hago.

—Sí lo haces. ¿Sabes lo que impones?

Charlotte no era consciente de esa intranquilidad. Para Nicholas estar dentro de ella, empujando mientras salvaba la abultada barriga, no lo motivaba a hacer movimientos bruscos. No dejaba de imaginar qué estaría sintiendo su hija o si él estaría haciéndole daño. Entendía que no, pero aún así cada vez le costaba más dejarse llevar por la pasión desmedida que su mujer pretendía.

A la mañana siguiente se dirigieron juntos a la cita con Stuart Phelps. Fue mozo de las cuadras desde los diecisiete años hasta 1983 cuando murió Henry Finch-Hutton. Por lo que Nicholas recordaba de él, tenía la misma edad que Gordon, y le inculcó su gran amor por los caballos, un nexo que compartió con él y su abuelo.

Quedaron en una cafetería del centro de Salisbury, donde justo al entrar un hombre mayor se acercó a ellos. Era enjuto, pero con la agilidad de alguien más joven. Tenía los ojos muy vivarachos, pequeños y oscuros. Toda su apariencia indicaba que pasaba muchas horas al aire libre. Cuando los saludó, confirmaron una vida de duro

trabajo por los callos que notaron en su mano.

—Señor, no sé si se acordará de mí, porque era usted un chaval, pero fui yo quien le metió el gusanillo de la equitación.

—Por supuesto que me acuerdo de usted, y se lo agradezco enormemente.

—*Milady*, es un placer conocerla.

Le retiró con galantería la silla a Charlotte.

—El placer es mío. Y por favor, llámeme Charlotte.

—No me parece correcto. Soy de la vieja escuela.

—Como quiera, pero me sentiría más cómoda si lo intentara.

Un momento después, tomaban café mientras hablaban sobre los años que sirvió para el abuelo de Nicholas. En sus palabras se notaba el cariño que su paso por Ivory le dejó.

—¿Desde entonces ha trabajado allí? —preguntó Nicholas con curiosidad después de que les contara que a los cuarenta y dos años tuvo que encontrar otro empleo.

—Sí. Hasta que me jubilé. Soy un animal de costumbres. Si me encuentro cómodo en un sitio, para qué cambiar.

—Tiene razón —dijo Charlotte—. Es usted de la misma edad que Gordon Smith. —Al escuchar el nombre la expresión de Phelps se congeló—. ¿Cómo eran de jóvenes, él y James?

Stuart Phelps sonrió, paseó la mirada entre Nicholas y Charlotte, y respondió:

—Gordon era mi jefe. Es cierto que tenemos la misma edad, pero él tenía muy buena relación con su familia —dijo mirando a Nicholas—. De ahí que ocupara un puesto para el que, desde mi humilde opinión, no estaba capacitado. —Viendo el ceño fruncido de Nicholas, añadió —: No es algo que dijera yo solo. Todo el personal conocía el trato de favor que recibía por parte de su abuelo. Además, su padre y él eran muy amigos. Sé que lo han sido toda su vida.

—Sí —dijo Nicholas pensativo—. Para nosotros es un miembro más de nuestra familia. ¿Escuchó alguna vez algo sobre la relación entre mi abuelo y él?

—Me sorprende que después de tantos años me haga esa pregunta. —Se tomó unos segundos para continuar. Trató de no reírse, no lo creyó oportuno, y apretó los labios refrenándose. Le asombró bastante que el actual duque no estuviera al tanto de los rumores que circularon sobre esa relación—. El padre de Gordon, Ned, era el mayordomo desde que empecé a trabajar para su abuelo.

—Lo sé —dijo Nicholas. Atento a los ojillos de Stuart, apremió curioso—. Siga contándonos, por favor.

—No hay mucho que contar, se rumoreó que su abuelo era… —

dudó e hizo un gesto de pesar—. Su padre. Nunca supe si era cierto o no y llegué a creer que se decía por el afecto que le tenían tanto su abuelo como su padre. El servicio, sobre todo las criadas y doncellas, eran las que hablaban. —comentó despreocupado, los miró y volvió a su memoria algo que siempre lo intrigó—. Lo curioso fue que la madre nunca se hizo cargo de él. Era raro hace setenta años que una mujer abandonara a su hijo y se olvidara de todo. Mi padre nos contó que su abuela despidió a Carol Smith y le prohibió volver a por el niño.

—Tenía entendido que ella dejó el trabajo —dijo Nicholas.

—No. Puedo afirmarlo con rotundidad. Mi padre los escuchó con sus propios oídos. Eso es lo que siempre nos contó.

—¿A quién oyó hablar?

La voz de Nicholas azuzándolo.

—A sus abuelos. Estaba sentado en un banco de la cuadra cepillando a uno de los caballos, cuando llegó su abuelo. Tenía la costumbre de desmontar dentro y, como sabía que mi padre siempre andaba cerca, dejó el caballo en el pasillo. Nos contó que no le dio tiempo ir a por él. Llegó su abuela, muy nerviosa, y empezaron a discutir. Ella le exigió que o echaba a Carol de Ivory o ella se iba con su hijo. Unas horas más tarde, Ned los llamó a todos para decirles que Carol tenía que guardar reposo y se iba durante unas semanas a Irlanda. Nunca volvió.

—¿Qué hizo el señor Smith? Supongo que cambiaría con el duque si su mujer había tenido un hijo suyo —reflexionó Charlotte ajena a la mirada seria de Nicholas.

—Ned no la quería. Mi padre nos contó que estaba liado con una de las doncellas. —Stuart se rió cansado—. No le puedo decir mucho más, solo que sí es cierto que su abuelo tenía predilección por Gordon y que la madre se fue siendo él un bebé. Se ha criado entre esas paredes y conmigo siempre fue correcto. —Hizo una pausa y resopló—. Hasta que su padre se comprometió con su madre. Solo una vez tuvimos un pequeño desencuentro y a partir de ahí cambió de manera radical.

—¿Qué pasó? —preguntó Nicholas.

—Preferiría no tener que contárselo. Ha pasado mucho tiempo.

—Siento insistirle, pero me gustaría aclarar algunas cosas que para nosotros son totalmente nuevas.

—Pasó de ser un compañero con mejor salario a un déspota despiadado.

—¿Por qué, Stuart?

Charlotte lo miró con una ligera sonrisa y puso la mano sobre la del hombre.

—A Patricia la conocíamos todos, de niña venía siempre con su padre y ya apuntaba que sería una mujer muy guapa. Ella siempre revoloteaba detrás de James y supongo que cuando regresó, el verano que cumplió los quince, se enamoraron. El problema fue que, aunque Gordon no decía nada, a mí me daba la impresión de que callaba demasiado. Unos meses antes de la boda Patricia se instaló aquí con su madre. Un día los vi paseando del brazo hasta el bosque, no me extrañó porque lo hacían a menudo. Su madre era una preciosidad y su padre estaba loco por ella, me imagino que no fue fácil para él mantener las manos muy quietas —afirmó con sorna—. Normalmente cuando los veía seguía con mis tareas, pero ese día me sorprendió ver a Gordon entrar en el bosque unos minutos después que ellos. Intrigado lo seguí y lo descubrí agachado tras unos troncos viendo como…

Se detuvo buscando una manera sutil de decirlo. Nicholas le ahorró el bochorno:

—No se preocupe, nos hacemos una idea. ¿Gordon lo vio a usted?

—Sí. Se enfadó muchísimo. Me amenazó con despedirme si se lo contaba a alguien. A partir de ahí fue cuando cambió conmigo.

—Quizás estaba intrigado por lo que hacían —comentó Charlotte justificándolo.

—No lo creo. Siempre pensé que él creyó que tenía posibilidades con Patricia. Su padre estaba prometido con la hija de *lord* Stonkhem, Edith, y lo canceló. —Stuart notó el asombro de Nicholas y Charlotte —. Creía que lo sabían.

—No —dijo Nicholas serio.

—Gordon es un buen hombre, aunque se enamoró de la mujer equivocada. Cuando sus padres decidieron irse a Londres, noté que la actitud de él conmigo se suavizó. Nunca más hablamos de lo que pasó en el bosque y solo durante esos dos años fue cuando lo vi más sosegado. Recuerdo que cuando usted nació, él se desengañó. Empezó a beber y salía todas las noches al pueblo. Varias veces su padre lo trajo borracho. En cuanto se fueron, Gordon se tranquilizó. Luego murió su abuelo y dejaron de necesitar mis servicios.

—¿Se han vuelto a ver? —preguntó Charlotte interesada.

—Sí —admitió sonriente—. Muchas veces. El tiempo cura las heridas y ya somos unos viejos para andar con tonterías. Siempre hemos mantenido un trato cordial.

—Nos ha sido muy revelador —dijo Nicholas, levantándose.

—Para cualquier cosa que necesite, dígamelo.

—¿Qué hacía exactamente en el picadero de Nolan? —preguntó Nicholas barruntando una idea.

—De todo un poco. Lo que más me gustaba era entrenar a los caballos para carreras, todos son pura sangre. Incluso tuvimos un cliente que nos hizo entrenar al suyo en doma clásica.

—Tengo seis pura sangre y dos árabes. Todos los días monto a uno de ellos. Me estaba preguntando si estaría interesado en venir a Wells y echarles un vistazo. Nos vamos a quedar unos meses y me gustaría que me ayudara a entrenarlos. Hay dos que son bastante difíciles.

—Son caballos con mucho carácter —dijo seguro—. Estoy jubilado, pero no me vendría mal una distracción.

—Hace poco les hemos comprado unos ponis a nuestros hijos. Podría darles algunas clases.

Charlotte creyó necesario que los niños tuviesen otro profesor y no a Nicholas, que perdía los nervios con frecuencia al no poder enseñarlos a los dos a la vez.

—¿Qué edad tienen?

—Son pequeños, trece meses —dijo Nicholas—. Aunque están muy grandes para su edad

—¿Y andan? —preguntó incrédulo.

—Desde antes de cumplir el año corrían —dijo Charlotte risueña —. También son unos loros y unos trastos.

—¿Cuándo le viene bien que vaya?

Le apetecía tener alumnos tan pequeños, que no tendrían la coordinación suficiente, pero era cuestión de verlos. Para montar lo más importante era la confianza, la personalidad de los niños y la de los caballos. Los observaría con los ponis en una sesión corta y en función de eso hablarían.

—Tenga. —Nicholas le dio una tarjeta de visita—. Llámeme la semana que viene.

—De acuerdo —dijo Phelps tendiéndole la mano con una sonrisa. Miró a Charlotte y bajó los ojos a la barriga—. ¿Cuándo da a luz?

—En agosto. La primera quincena.

—Espero que todo vaya bien.

—Seguro —dijo Nicholas—. No olvide llamarme.

—Adiós, Charlotte.

Ella se acercó y le besó con cariño la cara.

—Hasta pronto, Stuart.

Callado, procesando la información, Nicholas la cogió de la mano y salieron hasta el coche. No solo existía la posibilidad de que Gordon fuese su tío, sino también había estado enamorado de su madre y, si su intuición no fallaba, era posible que aún lo estuviera.

—Menuda película —dijo Charlotte abrochándose el cinturón—. ¿Te ha sorprendido?

—No mucho —comentó, al instante se retractó sonriendo—. Bueno, lo del bosque sí. Más o menos es lo que sabíamos, pero me ha dejado un poco frío que nos lo contara una persona ajena a nosotros. Me extraña mucho que mis padres no supieran nada. Le enseñé la foto a mi madre y le quitó importancia, no sé cariño, estoy empezando a querer dejar de saber nada más. Me siento como un intruso invadiendo su intimidad.

—No sé tu padre, porque los hombres para eso sois menos espabilados —dijo tranquila, ignoró a Nicholas y su mirada arrogante—. Pero dudo mucho que tu madre no notase nada. El otro día en Ivory, cuando ella comentó que tu hermana era muy joven para comprometerse con nadie, Gordon dijo que a sus años ya te tenía a ti. No lo dijo mal, pero había un cierto reproche en su voz.

—Es un tema que no nos incumbe. En cambio, sí necesito aclarar si es mi tío o no.

—¿Vas a hablar con él?

—No creo que sepa nada. Y solo se me ocurre hacerle un análisis de ADN y tampoco lo veo claro. Tendríamos que decírselo y no quiero hablar con él sin tener la certeza.

—En el museo los hacemos constantemente. Si quieres se lo digo a Jean.

—No, gracias.

—Pues sería la manera más fiable de salir de dudas.

—De entrada voy a seguir con mis antepasados y la casa. Tengo que volver a Oxford para ampliar la información que conseguimos el martes. He descubierto algo sobre mi abuelo en la Segunda Guerra Mundial y necesito comprobar unos documentos.

—¿Y lo que vimos sobre la relación del I duque con el complot para asesinar al Rey y al duque de York?

—Estoy en ello, pero si hubiese estado implicado lo habrían ejecutado como hicieron con *lord* Russell. Durante esa etapa, al final de su reinado, fue cuando concedió las tierras y los ducados a siete de sus consejeros. Tuvieron que hacer algo muy importante para ser recompensados de esa manera. Me temo que en mi familia hay más secretos de los que esperaba.

—Si tenías pensado hacer una secuencia de la construcción de Ivory en una familia idílica, eres mucho más inocente de lo que piensas que soy yo.

Nicholas suspiró cansado.

—Eso parece —dijo antes de besarla en la mejilla—. Te voy a quitar el puesto.

Victoria no esperaba ver a toda su familia reunida cuando entró con prisas para comer en el salón de Ivory, los saludó risueña hasta que vio a Max siendo el día que libraba alrededor de sus sobrinos, y se bloqueó mirándolo. Vestía un pantalón oscuro con una camisa blanca y tenía un atractivo impresionante, pero sujetaba un ramo de rosas rojas que se podía suponer romántico cuando entre ellos solo había amistad. Se acercó un poco cortado, le ofreció las flores y la besó discreto en la mejilla.

—Feliz cumpleaños —susurró.

—Gracias. ¿Qué haces aquí?

—Me ha invitado tu madre.

Unos minutos más tarde, Nicholas estaba sentado con Tristam observando cada cierto tiempo los movimientos de Max, que hablaba con Gordon. Las mujeres seguían entretenidas con los niños, sin percatarse del control del Duque, excepto Charlotte.

Tristam se sorprendió por el interés de Nicholas en sus avances con Sarah, no demasiados; pero significativos. Regresaron juntos del trabajo varias veces, retomando la complicidad y la confianza. No habían pasado de besos castos, pero Sarah aceptó la colaboración de Jeff y John, y se la veía más relajada, aunque ansiaba que acabara el proyecto y pudieran pasar juntos algún fin de semana, de ahí su empeño en mandarle a diario a sus empleados.

—Tenemos que hablar —dijo Nicholas serio, bebió un sorbo de vino tinto—. Es importante.

—Nos lo vamos a tomar con calma —explicó Tristam acelerado—. No te enfades, por favor.

—¿De qué hablas?

Nicholas frunció el ceño y Tristam se quedó en blanco.

—De nada. —Tristam se dio cuenta de que Nicholas no se había enterado de su intento de desahogo—. ¿De qué hablas tú?

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre Gordon y el abuelo?

—Sí. ¿Has averiguado algo más?

—Más de lo mismo. Chismes. Pero el mozo que trabajó aquí hasta que el abuelo murió, me dijo que Gordon estaba enamorado de mamá. También, que papá estaba comprometido con otra y que la dejó para casarse con mamá.

—¿Se lo has dicho a él?

—¿Qué le pregunto? —gruñó Nicholas. Vio la mirada de Charlotte y bajó el tono—. Es delicado.

—¿Qué dice mamá?

—Nada. Según ella nunca ha notado nada raro. Charlotte cree que

no es posible.

—No sé, Nick. Son mayores para que andemos removiendo el pasado.

—El problema es que creemos que sigue presente.

—¿Cómo?

—Después de morir papá, un día los vimos despidiéndose y la mirada que le dedicó a mamá estaba muy viva, te lo aseguro.

—Por mí pueden hacer lo que quieran.

—No me gustaría, no creo que papá lo aprobase.

—Pero no está.

—Antes cuando me has dicho que os lo ibais a tomar con calma, ¿hablabas de Diane? —preguntó Nicholas, al ver a Tristam negando despacio con la cabeza, su curiosidad se elevó—. ¿Con quién sales?

—Con Sarah —dijo tragando despacio—. Quiero volver con ella.

—¿Crees que me molesta? —preguntó asombrado—. No sé por qué piensas eso. Siempre le he tenido mucho cariño. Me pareció mal lo que hizo, pero es tú decisión.

—Me destrozó, pero también he comprendido que no se lo puse fácil —dijo con tristeza—. No quiero vivir sin ella. Me pierdo.

—Espero que esta vez sepáis lo que os estáis jugando. ¿Has visto a Jean?

—Sí. Nos lo encontramos en la puerta de su casa. Estaba un poco alterado.

—¿No hiciste nada? —preguntó Nicholas tenso—. Porque yo me lo cargo.

—Ya tuvimos un rifirrafe tras el divorcio. Prefiero ignorarlo.

—¿Ignorarlo? Hay cosas que no se deben ignorar y una de ellas es la violencia hacia las mujeres.

—¿De qué me estás hablando? —susurró muy atento.

Nicholas entendió que Sarah no le había dicho nada demasiado tarde para ocultárselo él.

—Creo que deberías hablar con Sarah.

—Cuéntamelo tú.

Se miraron con fijación hasta que Nicholas decidió hablar:

—La forzó a mantener relaciones. Dice que no la violó, pero no estoy muy seguro hasta qué punto se considera un delito o no. No le pegó, pero la sujetó con fuerza y le mordió la barbilla. Charlotte vio las marcas que tenía en los brazos y en las piernas. Según ella, se descontroló. Mírale el lado positivo, gracias a eso estáis juntos.

Concluyó con un gesto de despreocupación.

—No le veo nada positivo. Y aún no estamos juntos.

Tristam se levantó indignado y dejó atónitas a las mujeres cuando

se despidió y salió corriendo. Charlotte miró a Nicholas, pero estaba concentrado analizando abstraído el líquido oscuro de su copa.

Tristam cerró de golpe la puerta de su piso, se quitó los zapatos y los lanzó de cualquier modo en el dormitorio. Durante el trayecto de vuelta trató de apaciguar las ráfagas de ira por la frustración al saberse el último enterado del episodio con Jean, pero no se quitó la irritación, al contrario, lo único que consiguió fue intensificarla. Se duchó y cambió el traje por unos vaqueros y un polo azul marino.

Al momento, salió andando ordenando sus ideas, necesitaba aplacarse. Avanzó decidido hasta entrar en el cuidado jardín, entró en el hall y luego subió tranquilo. Inspiró hondo y tocó en la puerta expulsando con fuerza el aire de los pulmones.

En cuanto abrió Sarah, Tristam se despistó un segundo con el volumen de unos pechos marcados en una camiseta blanca, tan corta que dejaba visible un ombligo tentador, una falda roja que mostraban unas piernas morenas sedosas y una sonrisa alegre de bienvenida, que lo llevó directo a una boca mentirosa que iba a ignorar.

—Hola, ¿no ibas a Ivory?

Sarah se apartó dejándolo pasar. No hubo beso.

—Vengo de allí —respondió serio. La siguió al salón, miró la pequeña mesa delante del sofá, con el portátil abierto, un montón de papeles y varios catálogos esparcidos encima, y preguntó—. ¿Has comido?

—No. Estaba terminando unas cosas. ¿Tú tampoco?

—No. ¿Te apetece chino?

—Encárgate tú, mientras, recojo un poco.

Tristam marcó el número que tenía guardado en la memoria del móvil y al que había llamado muchas veces entre semana cuando estaban casados, era frecuente para ellos pedir comida a domicilio y no molestarse en prepararla.

—En la nevera hay Abbot —dijo Sarah, las había comprado para él. Sonrió escuchándolo pedir lo mismo de siempre. Ni se molestó en preguntarle, sabían que con la comida eran de ideas fijas. Se colocó de forma rápida la melena ondulada en un moño y le cayeron algunos mechones por la cara, Se percató de los ojos verdes lujuriosos fijos en sus pechos cuando se volvió a sentar y le dio una lata—. ¿Qué te ocurre?

—He hablado con Nicholas.

—¿Y? —preguntó bebiendo despreocupada. Aunque intentaba camuflarlo, Sarah detectó su enfado—. ¿Sobre qué?

—Sobre algo que, si es cierto, no entiendo cómo me lo has ocultado.

—No sé qué te habrá contado tu hermano —dijo despacio, suponiendo que Charlotte le habría contado a Nicholas su versión del episodio con Jean. Se levantó apretando los labios muy seria, esa indiscreción la puso a la defensiva—. Pero si es lo que creo, no tenía ningún derecho a hacerlo. Le conté algo que me pasó a Charlie porque en ese momento necesitaba hablar, ya está todo aclarado con quien debía hacerlo. No es de tu incumbencia y, por supuesto, tampoco de Nicholas. Así que ahórrate lo que ibas a decir porque por mi parte está olvidado.

—Quiero oírlo de tus labios.

—No.

No estaba dispuesta a rememorar ese episodio denigrante de su vida con él. Jean se había disculpado y ella no quería darle más importancia ni ser la comidilla entre sus allegados.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Sigues viéndolo?

—Ni lo veo ni lo defiendo. Es algo entre él y yo. Al igual que cuando tú y yo tuvimos problemas no se metieron, tu hermano debería haber mantenido la boca cerrada, ya que Charlie no ha sido capaz.

—Es algo que no se debe dejar pasar.

—No sé qué coño te ha contado —siseó despacio—. Pero no voy a hablar contigo, me da igual lo que pienses de mí. Es mi vida y asumo mis errores.

Tristam negó con la cabeza moviendo las mandíbulas tenso y se levantó mirándola sin comprenderla.

—Me voy. Si no confías en mí es mejor que no lo intentemos. ¿Para qué? —preguntó cínico.

—Como quieras.

Tristam tardó un instante en comprender que tenía que volver a dejarla. Cerró los ojos y al abrirlos vio el abismo en los de ella. Se inclinó hacia delante, levantó una mano y distraídamente le colocó bien un mechón del pelo detrás de la oreja.

—Adiós, Sarah.

Inmóvil, Sarah tragó despacio y se limitó a mirarlo hasta que salió dando un portazo que retumbó en toda la planta. No podía permitir que el fantasma de Jean los acosara, debían empezar de cero, pero no imaginaba acabar otra vez sin la oportunidad que los dos querían darse. Charlotte se había extralimitado y ahora era inevitable afrontar una conversación con Tristam que solo les traería más dolor.

Más tarde llegó el pedido, Sarah lo envió directamente al cubo de

la basura y se cambió de ropa con una intención: iría a Amesbury dispuesta a no dejar que abandonase su vida. Esta vez hablaría con él, aunque supusiera perderlo para siempre.

CAPÍTULO XVI

Amesbury, Inglaterra
8/6/2013

Las ramas de los árboles no dejaban ver la casa desde la carretera, estaban cubiertas de hojas y los verdes se confundían con la hiedra de la fachada. Al aproximarse, Sarah vio una furgoneta con un cómico sabueso y un termómetro en la boca. Era tarde para arrepentimientos, ya no podía coger ningún paraguas, pronto la mojarían las nubes negras que amenazaban con descargar violentas verdades.

Llamó al timbre y esperó nerviosa. Tristam abrió la puerta y no supo ocultar su sorpresa, no le inspiró alegría a Sarah, más bien todo lo contrario.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

Tristam la miró traspasándola con los ojos y la invitó a entrar con la palma de la mano hacia arriba.

En cuanto Sarah apareció en la cocina, Diane se levantó desviando la vista hacia Tristam, que torció los labios y encogió los hombros.

—Hola, Sarah. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Perfecta. —Diane se acercó a ellos despacio—. Ya me iba, hasta otro día.

Tristam se apartó y sonrió agradecido. Desde hacía un rato estaba haciéndole compañía, y hablando sobre los caballos consiguió despejar un mínimo la decepción que a duras penas le permitía razonar con cordura.

Aunque solo fuesen amigos y no viera nada sospechoso, a Sarah le sentó mal la rapidez de Tristam para estar rodeado de mujeres. De pronto sonó un trueno lejano y se estremeció. El viento agitado entró por la ventana, luego la tormenta empezó a caer con un ruido ensordecedor.

Tristam le sirvió una copa de vino, percibiendo su desasosiego, se apoyó en la mesa con los brazos y piernas cruzados, mientras Sarah la cogió y se la bebió de golpe. Lo miró muy seria y empezó a hablar:

—Esa noche Jean había discutido con unos tíos en un local.

Cuando llegó a mi casa estaba enfadado. Hicimos el amor de una manera más brusca que en otras ocasiones, eso fue todo.

Sarah le ahorró todos los detalles.

—Si es así cómo tú lo ves, tú sabrás.

—Es así cómo lo recuerdo. No quiero darle más vueltas. Te quiero, lo tengo claro, y si queremos seguir adelante deberíamos olvidarlo todo. Todo, Tristam, lo mío y lo tuyo. Imagino que en estos meses habrás hecho lo que te ha dado la gana, por supuesto, no quiero saberlo y tampoco te lo voy a reprochar. Necesito que tú hagas lo mismo.

Se miraron durante unos segundos cada uno tratando de pensar si serían capaces de lograrlo. Tristam se acercó hasta que sus cuerpos se rozaron. Le tocó la cara con dulzura, le besó la frente y la sujetó por las caderas.

—Me duele imaginar que alguien te haya hecho daño.

—No me lo hizo —murmuró. Lo besó en los labios como una breve y húmeda gota de cálida lluvia—. Por favor, olvídalo.

—De acuerdo —susurró Tristam robándole el aire. Le besó el hombro y subió despacio abrasando toda la piel que recorrió hasta acabar en sus labios—. ¿Quieres esperar?

Le frotó descarado su abultada erección, apoyó la espalda de Sarah contra la encimera e inclinó la cabeza hacia abajo.

—Sí —dijo Sarah con una sonrisa maliciosa.

—¿En serio?

La confusión de Tristam duró el tiempo que ella tardó en rodearle el cuello con los brazos, arrastrando sus bocas con la pasión que necesitaba; justo eso; la fiereza de Tristam y dejarse arrollar. Su manera de besar hambrienta la devoraba con la calidez y seguridad de una lengua entregada en una unión que lo dominó todo, perdieron la razón guiados por las ganas acumuladas. Todo lo imaginable no fue nada comparado con el fuego que a Tristam lo quemó al tenerla otra vez entre sus brazos, suspirando por él, metió los dedos en una melena espesa y se ancló en ella como a una tabla de salvación.

—Espérame en el dormitorio —dijo Sarah—. Tengo que coger una cosa del coche.

—¿Ahora?

—Sí —dijo convencida.

Lo besó en los labios y salió con intención de hacer realidad un viejo deseo de Tristam, que nunca se atrevió a cumplir acobardada por sus complejos. Días atrás había comprado un conjunto de lencería, a sabiendas de que pronto dejarían la sutileza de los besitos tiernos, pero lo olvidó en el maletero del coche, y no pudo haber sido un error

más acertado.

Volvió sonriendo misteriosa, se encerró en el baño y dejó a Tristam descalzo poniendo música, ignorando qué tramaba; aunque tenía las expectativas altas, seguro que la espera valdría la pena. Se sentó impaciente en la cama, no se quitó la ropa, pero tamborileó los dedos de las manos con la vista clavada en la puerta del baño, que Sarah abrió en pocos minutos para cortarle la respiración, al borde de matarlo ahogado en la belleza femenina más deseable que jamás imaginó. Con una mirada peligrosa, la fantasía de cualquier hombre caminaba hacia él: un demonio erótico capaz de derretir el hielo más sólido. Un body rojo sugerente insinuaba unos pechos exuberantes, unos pezones que le hacían segregar saliva adelantando un suculento menú, unos muslos bronceados y unos tacones de aguja del mismo rojo turbador. Tristam percibió su aroma antes de su llegada, su miembro también.

—No puedo decir nada.

La sujetó de la cintura y la sentó en sus piernas. Sarah le acarició la mejilla, lo besó con intensidad muy consciente de cada roce de sus lenguas, de cada sonido. Tristam se dejó querer hasta que se perdió en ella. Las manos que antes acariciaban suaves, necesitaron apretarla en un contacto incendiario, y, con un ligero movimiento, la aprisionó entre el colchón y su cuerpo. Arrodillado entre ella, le levantó los pies y se concentró en los tacones pasándole las manos con firmeza por las pantorrillas.

—Eres perfecta —susurró quitándole un zapato.

Se agachó, dejó un rastro de pequeños besos, y repitió con el otro pie la misma parsimonia.

—No es verdad —dijo incorporándose. Se lamió los labios y se bajó los tirantes rojos—. Pero me da igual.

Terminó de mostrarle el cuerpo desnudo, sin pudor. Su mujer había vuelto con relámpagos de deseo mientras le desabrochaba los vaqueros, tocándolo tan excitada como él, reclamando posesiva el placer que iba a darle. Tristam gimió con la piel erizada y creyó enloquecer cuando Sarah le quitó la camiseta, le recorrió el pecho con las manos y se apretó abrazada a su cintura; fue incapaz de reprimirse, sintió en los músculos la blandura de sus senos, la humedad de sus labios en el cuello y la urgencia por liberar el amor que copaba todos sus sentidos.

Se hundió en Sarah cerrando el capítulo más amargo de su vida, volvía a brillar el sol, su miembro duro y tenaz la reconoció, se movía implacable. Le besó desesperado los pechos, el cuello, la frente o los párpados, hasta acabar metiéndole la lengua en la boca,

incrementando el placer de amarla con una pasión que les hacía perder la noción de todo. Solo ellos en aquella habitación; dos personas que se necesitaban, dos corazones que nunca quisieron olvidarse. Tristam perdonó a la única persona que se había posado en su corazón, como su mariposa de alegres colores, su presente, y haría lo imposible para que se convirtiera en su futuro.

—Te amo y siempre lo haré —susurró feliz.

—Te amo y siempre lo haré.

Esa réplica puso el punto y final para eyacular y liberar el tremendo estallido de placer que lo descontroló en cuanto Sarah gritó su nombre y se tragó en esos labios el orgasmo que la hacía temblar bajo su cuerpo, igual de poderoso que la intensidad del agua que caía a cántaros. Desmadejado, manteniendo los ojos cerrados mientras unas manos cálidas le acariciaban el culo, poco a poco se le dibujó una sonrisa. Otra vez en el mundo, Tristam se encontró con la mirada enamorada de Sarah, que levantó la mano y la enredó en su pelo.

—Te quiero.

—Y yo —dijo él, repartiendo besitos por toda su cara..

Esa misma noche en Wells, Charlotte entró cansada en el salón tras pasar el día en Ivory. Aunque los niños no habían parado, estaba acostumbrada; su agotamiento no era físico, sino mental. Nicholas le contó la conversación con Tristam y, conociendo la tendencia al secretismo sobre ese tema, Sarah no debía estar muy contenta con ella.

El causante de su estrés tocaba con suavidad a un volumen agradable, la oyó suspirar y detuvo el movimiento de las manos.

—Hola, ¿se han dormido? —preguntó interesado.

—Sí. ¿Por qué no has podido callarte?

—¿Otra vez? —Nicholas bufó harto de explicárselo—. Ya te lo he dicho un montón de veces, cuando me he dado cuenta era tarde.

—Joder, Nicholas. Sarah tiene que estar echando humo.

Molesto por ese vocabulario, raro en Charlotte, bufó y se levantó del banco. Se sirvió un whisky solo y volvió andando despacio con una mano en el bolsillo, sin ninguna alteración.

—Ya no podemos hacer nada. —Nicholas se sentó en un sillón frente a Charlotte, cruzó las piernas y la miró serio—. Que hablen y se entiendan.

—No sé por qué te lo conté. Fue un error.

Charlotte cerró los ojos consternada por su indiscreción.

—Eres mi mujer y entre nosotros no hay secretos.

—Tú lo has dicho. Entre nosotros.

—No estamos hablando de un desconocido, es mi hermano.

—Sí, muy bien, pero le correspondía a ella contárselo. No a ti.

—Yo qué sabía —exclamó resignado.

—Por eso mismo, tendrías que haber sido más cauteloso.

—No me lo repitas más. Lo entendí la primera vez que me lo dijiste en el coche, y esta es la décima. No vamos a resolver nada, no está en nosotros. Es mejor que lo dejemos o terminaremos discutiendo.

—Será lo mejor. —dijo abatida, resopló dramática.

—Ven.

Sonrió con el brazo extendido, la sentó en su regazo y le acarició con suavidad la barriga. La calidez de la mano de Nicholas traspasó todas las capas de su piel hasta quemarla. El olor a whisky de su aliento y el aroma que dejó en sus labios al besarle el cuello, la llenó de la serenidad que necesitaba.

—Lo siento mucho —dijo con voz profunda.

Nicholas pegó la frente en la de Charlotte.

—Y yo. No quería ponerme tan pesada.

—No te preocupes por ellos. Tristam me ha dicho que iban a volver. No creo que por esto se vaya a echar para atrás.

—La llamaré mañana. Seguro que está indignada conmigo.

—Deja de darle vueltas. Cuando habléis dile que toda la culpa es mía —comentó tranquilo. Charlotte le sujetó el rostro y lo besó despacio hasta que su hija los interrumpió con una patada, desatando una risa resplandeciente; iluminó con una ráfaga de felicidad una noche oscura, lluviosa y desapacible. Confidencial preguntó—. ¿Crees que está protestando?

—Sí —dijo Charlotte risueña—. Sabe que su padre se está poniendo cachondo y no tiene ganas de fiesta.

—*Milady* está desatada.

Bromeó mientras sus dedos iniciaban unos rápidos movimientos que precedían a un ataque brutal de cosquillas.

—¿Me contradice Su Gracia?

—Jamás.

Con unas carcajadas olvidaron el desliz, pero Charlotte trató de saciar otra curiosidad.

—¿Qué te ha parecido Max?

—No he hablado casi con él. Me ha dado la impresión de que me evitaba.

—¿Te sorprende? —preguntó asombrada. Nicholas asintió con la cabeza—: Por favor, si lo has acribillado durante toda la comida. ¿Cuántas veces lo has matado?

—No exageres. Escuchaba interesado sus opiniones.

—Pues varias veces te he visto tan concentrado que esperaba ver saltar a Max por los aires —dijo con guasa. Nicholas sonrió y negó entornando los ojos. Charlotte añadió—: Me ha caído bien. Tiene las ideas muy claras.

—¿Qué te ha contado?

—Quiere acabar el año que viene. Entre sus planes está irse a Australia durante dos o tres años.

—Un poco lejos ¿no? Espero que no pretenda que mi hermana se vaya con él.

—No sé qué decirte.

—¿Has hablado con ella?

—No. Pero entendería que quisiera acompañarlo. ¿Tú no?

—Claro.

—Tu hermana es una chica muy sensata, y lo que decida lo tendremos que aceptar sin cuestionarlo. Cada uno debe afrontar sus propias decisiones. Si se equivoca será otra manera de aprender. Además, es la mejor manera. Siempre se aprende más de los fracasos.

—Lo dices como si creyeras de antemano que van a fracasar.

—No. Lo digo porque todos tenemos derecho a equivocarnos.

—Por supuesto.

Ahí debía darle la razón, gracias al gran error de su vida supo reconocerla como su mitad. Nicholas inclinó la cabeza y, con la ternura que le inspiraba la mejor musa que pudo encontrar, fundió los labios con los suyos.

—¿Cómo llevas la investigación?

—Interesante —dijo satisfecho, impregnado de un sabor dulce que no tardaría en volver a probar. Charlotte le acarició el perfil de la boca y con una mirada lo incitó a continuar—. Cuando mi padre vendió las tierras de Australia yo tendría quince o dieciséis años. Empecé a repasar los documentos y vi que llevaban el sello real. —Alzó las cejas con una ligera sonrisa—. William, el hermano de mi abuelo, fue piloto de la RAF en la Batalla de Inglaterra. Murió en combate. He encontrado una carta escrita por mi abuelo Henry, le expresa a Winston Churchill todo su apoyo en la guerra y se ofrece para acompañar al Ministro de Asuntos Exteriores a Estados Unidos y negociar la compra de armas. Curiosamente, unos días antes de irse a Washington vendió los ocho acres de Ivory que hasta entonces ninguno de mis antepasados había tocado, financió la compra de armas para nuestro ejército con ese dinero. Creo que las tierras de Australia fueron la compensación que recibió por su implicación.

—Se supone que por el *strict settlement* (1) no puede hacerlo ¿No?

—El patrimonio se puede retocar en cada trasmisión. Ten en cuenta que él accedió al título en 1933, en aquellos días la finca tenía más de dieciocho acres y ninguno de sus predecesores había restado nada, al contrario, sumaron otras propiedades que con el tiempo sí fueron cambiando de manos, pero Ivory era la residencia oficial de todos. Ninguno la tocó. —Nicholas se detuvo, la observó atento y corrigió suavemente la postura de Charlotte sobre sus piernas—. Me ha desconcertado otra carta. Se la escribió William a mi abuelo. Le cuenta lo importante que es para él participar en la guerra, parece un militar convencido del deber hacia su país y el honor de ayudar a liberar a Europa del nazismo, hasta ahí bien, pero al final le ruega que trate como si fuera suyo al hijo de Carol Smith.

Charlotte abrió la boca aturdida.

—¿Así sin más? ¿No le explica por qué?

—Le cuenta que mantuvo relaciones con ella, aunque no está seguro de si el hijo es suyo o no. No sé, pero si ella se fue a Irlanda y el marido estaba con otra, creo que hay muchas posibilidades de que Gordon y mi padre fuesen familia. No hermanos como creíamos, primos.

—Si es así, no entiendo por qué no habló con tu abuela y acabó con el rumor.

—No sabemos si lo hizo. Solo que el padre de Stuart escuchó una conversación. Quizás mi abuela sí lo supo.

—¿Entonces por qué ocultarlo? Según me contaste, tu madre te dijo que tu abuela se molestó cuando quisieron que Gordon fuera testigo en su boda. Si eran primos ¿Por qué no?

—No lo sé. A lo mejor sabía algo y no creyó a su cuñado.

—Creo que la prueba de ADN es lo único que te puede sacar de dudas. Por lo que sabemos o es hermano de tu padre o es su primo. Familia sí o sí.

—¿No te parece extraño que Gordon no sepa nada?

—No. Es más, creo que es muy probable que tu padre tampoco lo supiese.

Nicholas afirmó con la cabeza, despacio, cada vez más intrigado por los descubrimientos. Todavía le quedaban cinco de sus antepasados y al primero ya le tenía un respeto considerable.

Trató de no desanimarse concentrándose en la mujer que tenía entre sus brazos.

—No hay nada más erótico que verte tan embarazada.

La besó con ternura, recorriéndole la barriga con las yemas de los dedos.

—Yo no me puedo resistir a tu voz.

Charlotte se levantó y de la mano terminaron un día muy largo. En el dormitorio les quedó fuerza suficiente para comprobar la sensualidad de sus cuerpos, moldeándose a unas curvas que con ese volumen cada día anunciaban la proximidad del nacimiento de la niña.

La lluvia se había calmado, aunque el viento todavía azotaba los árboles con ráfagas furiosas cuando Sarah y Tristam acuciados por el hambre salieron de la cama; apenas se mantenían en pie, las pocas horas de sueño no fueron suficientes; tenían tanto ejercicio atrasado…

En la cocina, con restos de embutidos que encontraron en la nevera en estado comestible —Tristam avergonzado tiró dos paquetes con unas manchas verdes sospechosas— prepararon unos sándwiches. Luego, sin ninguna incomodidad enseñando su pene o nalgas, Tristam sacó unos vasos del mueble, sirvió un vino tinto y se sentaron a comerlos. Sarah no reprimió una risa tonta.

—¿De qué te ríes?

—De nosotros. Me hace mucha gracia que estemos en pelotas comiendo de madrugada.

—Me voy a ahorrar qué me parece gracioso, pero te aseguro que el movimiento de tus tetas no.

—¿No? —preguntó intentando disimular.

Tristam bajó la mirada hacia su entrepierna y Sarah se inclinó bajo la mesa, comprobando la seriedad de su afirmación.

—Ya sabes, deja la risita porque no cenamos.

Horas más tarde, Tristam se despertó con Sarah durmiendo a su lado plácidamente, una suave brisa ondulaba los visillos y la claridad del sol lo deslumbró; presagiando un día veraniego, cálido y romántico. Sarah movió el cuerpo y apoyó una mano en un abdomen que se encargó en una milésima de activar a Tristam.

—Hola —saludó bajito.

—Buenos días.

Sarah se levantó, lo besó en los labios y volvió a acurrucarse rodeada por unos brazos firmes pero delicados.

—Anoche me hiciste el tío más feliz del mundo.

—Tú a mí la mujer más afortunada. —Sarah quiso mirarlo a los ojos, se incorporó y se sentó sobre los talones—. Quizás es pronto para decírtelo, pero este mes no he vuelto a tomar los anticonceptivos —dijo seria. Tristam fue a hablar, Sarah no lo permitió con su índice en

los labios de él—. Escúchame atentamente. Quiero compartir mi vida contigo, sé que te hace ilusión tener hijos y fue el motivo que nos distanció. —Sarah hizo una pausa con los ojos vidriosos—. Esta vez no quiero que nada se interponga entre nosotros. Si me quedo embarazada me hará tan feliz como a ti.

—Sabes que eres con la única persona que me lo planteé. Pero no quiero que lo hagas por mí.

—Es por los dos. Necesito vincularme a ti para siempre.

—Aunque no los tuviéramos, siempre estaremos unidos. No nos vinculan los hijos, nos vincula esto. —Tristam se llevó la mano al corazón—. Y es tuyo desde que nos conocimos. Siempre lo ha sido, en todo momento, no ha habido un solo día que no te haya pertenecido.

Sarah lo besó emocionada. La ternura de esas palabras le enseñó el perdón que buscaba. Deseaba poder cumplir su sueño y darle un hijo. Si le quedaba alguna duda sobre los sentimientos de Tristam por ella, ahí se esfumó como la tormenta había desaparecido tras la noche. La luz del precioso día hacía juego con el brillo de sus miradas, reconociendo la profundidad de un amor envuelto de cálidos rayos que los fueron quemando hasta unirlos con esperanza y ardientes palabras susurradas. Sin pasado, sin dolor. Tristam y Sarah, un hombre y una mujer, contrarrestando embates con movimientos sincronizados; su tiempo empezó en aquella casa.

Para atender el compromiso trimestral del museo con los patrocinadores antes de finalizar el mes de junio, Charlotte y Nicholas se trasladaron solos a Londres. El primer fin de semana que pasaban sin niños en muchos meses. Mientras, Maggie recibió en Wells la colaboración de Leslie y Edward.

Nicholas planeó dos días románticos que se torcieron al llegar por algunas contracciones, y la promesa de calma pasó a pura ansiedad. Su estado de ánimo cayó en picado viendo el dolor y empeoró cuando, creyendo que el susto había pasado, Charlotte salió a comer con Sarah y lo abandonó sin negociaciones.

Apurando los minutos, Charlotte entró en el dormitorio donde Nicholas distraído se anudaba la corbata, levantó la mirada y la contempló sonriendo; era egoísta por su parte, pero nunca se cansaba, su ego brincó feliz siendo el único con el honor de verla desnuda; si encima llevaba los pendientes de esmeraldas que le regaló, un vestido mostaza de tela sigilosa, escote pronunciado y un corte bajo el pecho, que disimulaba la innegable barriga, era un placer disfrutar de su compañía.

—Estás preciosa. Ven que te vea. —Nicholas le tendió una mano y la rodeó—. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Molesta, pero como han pasado varias semanas estaba más tranquila. Creo que las cosas entre ella y Tristam están solucionadas. Hacía tiempo que no la veía tan feliz.

—Según él, están mejor que nunca. Supongo que han escarmentado.

—Estoy segura.

—¿Estás lista?

—Sí —dijo Charlotte. Lo besó en los labios—. Prométeme que no le dirás nada a Jean, por favor.

—¿Por qué? Sabes que le tengo ganas.

—Si Tristam lo ha dejado correr, haz tú lo mismo, por favor. Su madre murió hace una semana. No está pasando un buen momento —explicó razonable, le acarició la mejilla notando su incomodidad—. Prométemelo, por favor.

Nicholas se lo pensó durante unos segundos. No quería contrariarla, pero tampoco mantener una charla amigable con Jean.

—No sé si seré capaz.

—Pues haz un esfuerzo. Para ellos está pasado y para Jean supongo que también —dijo con una mirada seria, añadió rotunda—: Te lo estoy advirtiendo.

—No uses ese tono conmigo. Sabes que no me gusta.

—A mí tampoco me gusta cuando te pones intransigente. Vamos a pasar un rato agradable y sabes que debo hablar con muchas personas, no quiero estar preocupada por ti.

—Muchas gracias, pero soy mayorcito.

—Entonces compórtate y mantente alejado de él, así no habrá problemas.

—Muy bien —admitió cínico.

En el último momento su acompañante canceló la cita y Andreas Göransson llegó solo al museo. Recorrió con la mirada a los asistentes hasta que topó con Frank Knight. Después de dos reuniones y hacer una donación para la Fundación, su disposición era excelente y estaba acompañado por el objeto de su obsesión. Llevaba meses soltando redes y en ese momento tenía la oportunidad de conocerlo en persona. Según la investigación que había hecho sobre Ivory Hotel, sería un negocio más rentable si estuviese en las manos adecuadas, por ejemplo: las suyas; el holding que dirigía sería su próximo propietario.

—Señor Göransson. —Knight lo saludó sonriente—. Es un placer

volver a verlo.

—Igualmente —dijo, estrechándole la mano.

—Le presento a Nicholas Finch-Hutton y a su esposa, la doctora Charlotte Wolf.

Los dos le tendieron las manos.

—Andreas. Me alegro mucho de conocerla, doctora. Soy un admirador de la Cultura Egipcia.

—Muchas gracias —dijo Charlotte atenta a unos ojos celestes muy bonitos que no expresaban nada y un dominio perfecto de su lengua, indicando que el señor Göransson la había aprendido hacía años—. ¿Lleva mucho tiempo en Inglaterra?

—No —respondió seco—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. —Charlotte estudió a Andreas y añadió con curiosidad —. Apenas se le nota un ligero acento y me suena su cara, ¿nos hemos visto antes?

Nicholas concentró la atención en él, reconociendo una familiaridad que compartió con su mujer, aunque no supo a qué se debía.

—Que yo sepa, no —respondió Andreas tranquilo. Tenía que tener cuidado con la doctora, era lista y no quería que lo relacionara con Ulick hasta que él lo decidiera—. ¿Cuándo da a luz?

—A mediados de agosto —dijo sonriente. Nicholas apretó cariñoso su mano, los dos deseaban que llegara ese día. Charlotte, por mantener la charla, preguntó—. ¿Es patrocinador?

—Sí. Tengo entendido que puedo realizar una visita privada. ¿Quiere acompañarme?

—Por supuesto —Charlotte sonrió. La cara de Nicholas le hizo gracia, estaba celoso del nórdico. Era atractivo, alto, de complexión delgada, y parecía fuerte. Supuso que tendría unos treinta y cinco años, y cumplía todos los requisitos de sus orígenes. La tez, el color del cabello y sobre todo, la frialdad de su mirada—. Pero dentro de un rato. Si me disculpa, tengo que atender a otras personas.

Nicholas animoso le dedicó un guiño cuando se alejó.

—Usted es el propietario de Ivory Hotel ¿verdad?

—Sí, pertenece a mi familia —dijo orgulloso sin perder la corrección en el gesto—. ¿Lo conoce?

—Estoy en lista de espera —dijo Andreas con una sonrisa.

—Al tener poca capacidad, tenemos una ocupación muy limitada.

—¿Se ha planteado hacer una cadena?

—Señores, tengo que dar una vuelta —dijo Knight—. Espero que lo pasen bien.

—Gracias, Frank —comentó Andreas cortés—. Nos volveremos a

ver.

Nicholas volvió a centrarse en Andreas, se metió una mano en el bolsillo, y bebió un sorbo de champán.

—Lo hemos hablado, pero el encanto de Ivory es el edificio —explicó afable—. Por ahora vamos a consolidarnos como estamos. ¿A qué se dedica usted?

—Tengo un grupo empresas. Nos dedicamos a la hostelería a todos los niveles. Desde suministros hasta la explotación hotelera íntegra.

—Ya tenemos algo en común —admitió sonriendo confiado—. ¿Tiene algún negocio aquí?

—Estoy en ello. Hemos adquirido la cadena de Jimmy´s y vamos a renovarla, dándole otra imagen y otro enfoque.

—¿Jimmy´s? —preguntó Nicholas sorprendido—. Creo que Sarah Thompson es la encargada del diseño.

—¿La conoce? —preguntó Andreas, fingiendo no saberlo.

—Sí. Es mi cuñada. Qué coincidencia.

—El mundo es un pañuelo. Estamos muy contentos con el trabajo que está haciendo. Es muy buena.

—Ella fue la encargada de la reforma de Ivory. El resultado no podía haber sido mejor —comentó relajado. De pronto apareció alguien a quien tenía ganas y se excusó—. Señor Göransson, he visto a un amigo y me gustaría saludarlo. ¿Le importa?

—Claro que no. —Andreas sonrió e inclinó la cabeza—. Ya nos veremos.

Primero echaría un vistazo al hotel, tenía confirmada la reserva desde el veintinueve de julio hasta el cuatro de agosto, examinaría el funcionamiento por sí mismo y empezaría el ataque para hundirlo. Bebió satisfecho adelantando el prestigio que recibiría su compañía al haber rescatado un edificio histórico valioso como Ivory, repercutiría en el resto de negocios, sería su estandarte en Inglaterra, y la dulce venganza hacia alguien que había repudiado durante casi toda una vida.

Nicholas desde que vio a Jean, fue incapaz de apartar los ojos de él. El francés hablaba con dos señoras y al verlo acercarse, se despidió de ellas. Sintió el desprecio de Nicholas en la mirada aunque sonrió con soberbia.

—Charlotte me ha dicho lo de tu madre, lo siento mucho.

Jean frunció el ceño sorprendido.

—Gracias.

Nicholas dio por concluida la parte educada de la reunión y se aproximó más, invadiendo su espacio. Le habló al oído:

—Mantente alejado de Sarah. —Dio un sorbo a la copa, sonrió y

añadió despacio—: Y, por supuesto, ni se te ocurra mirar a mi mujer.

—No me amenaces. Sarah y yo hemos terminado y el mes que viene vuelvo a París. Así que dile a tu hermano que tiene el campo libre.

—A mi hermano no le hace falta que te vayas. A mí, sí. No te quiero cerca de Charlotte. Me asquean los gilipollas como tú.

—Y a mí los prepotentes cabrones como tú. Déjame en paz y métete en tus asuntos.

—Por supuesto —dijo sereno—. No me interesa tu vida. Si te he aguantado ha sido por deferencia a mi mujer. Será un placer perderte de vista.

—Lo mismo digo.

Jean sonrió irónico y se dirigió a otros invitados. Nicholas apuró la copa observándolo atento, un camarero pasó cerca y dejó con agilidad la vacía y cogió otra; podía aguantar varias más sin poner en alerta a Charlotte. Más tarde hablaba en un corrillo cuando la vio acercarse.

—Hola, cariño —dijo Charlotte. Desde las contracciones aisladas de esa mañana, no sintió ninguna más, y con el interés de sus contertulios pasó el tiempo distraída. No hubo ni una sola mujer que no alabara su estado de gestación—. ¿Estás pasándolo bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Contenta —respondió Charlotte haciendo un gesto paciente con la mano a un señor mayor. Bebió un sorbito de zumo de tomate, sonriendo por la cara de asco de Nicholas—. Knight me ha dicho que Morsi se incorporará dentro de quince días.

—Me alegro por él. Suponía que sería más adelante.

—A Jean le han ofrecido trabajo en el Louvre y todo se ha precipitado.

—He hablado con él. Me lo ha comentado.

—Te dije que te mantuvieras alejado.

—No ha pasado nada —dijo sonriendo, ajeno a la suspicacia de Charlotte—. Solo hemos hablado unos minutos.

—Cariño, soy yo, te conozco.

—No me conoces tanto. Hemos sido perfectos caballeros.

—Ya —dijo con sarcasmo—. Me lo creo.

—Tú misma. Por cierto, el señor de la perilla se está destrozando la mano llamándote.

Resopló exhausta y se mordió el labio inferior. Nicholas le sujetó el codo y se distanciaron unos metros sin que nadie se fijara en ellos, excepto el pesado que se movía siguiéndoles los pasos.

—¿Qué haces?

Charlotte se detuvo al adivinar su intención.

—Cariño, si nos vamos nadie va a reprochártelo. Estás de baja y hemos venido. Llevamos varias horas aquí. Vayámonos ahora. Venga, mi amor, no seas cabezota.

—La verdad es que estoy muerta. Desde que hemos llegado, no he parado. Voy a avisar a Frank.

Nicholas la esperó cerca de la Piedra Roseta, se palpaba una antigüedad sobrecogedora, se colocó las gafas y leyó concentrado el panel hasta que llegó Charlotte decidida y risueña.

—Vaya, ¿qué ha pasado?

—Ha cambiado mi expectativa de la noche —dijo cogiéndole la mano—. Tengo un plan maravilloso con mi estupendo marido. —Charlotte estiró el cuello, pero Nicholas inclinó un poco la cabeza y prestó encantado el oído, presintiendo un festival lujurioso, que al imaginarlo ya lo aceleraba—. Los dos solos, en nuestra cama, sin niños, ¿le apetece a Su Gracia?

Nicholas frunció los labios sonriendo ligeramente.

—Te divierte provocarme ¿verdad?

—Me vuelve loca.

—Cuánto.

Con una mirada seductora, Charlotte le quitó las gafas, se las guardó en el bolsillo alto de la chaqueta y de propina con una mano le recorrió el pecho a través de la tela. Nicholas no lo resistió, la inmovilizó por la cintura con unos músculos fuertes como grilletes de acero y la besó en un sitio público, con decenas de personas entrando y saliendo, ignoradas por completo. Cuando su boca la acarició, dejó el museo y se aisló en el sabor embriagador del amor infinito que formaba la pieza fundamental de su vida, Charlotte era su clave de sol y cada día lo llenaba de felicidad.

Un taxi los llevó de regresó a Mayfair, y como pretendían los atrapó el silencio, una tranquilidad que pronto sería imposible con los gemelos cada día más traviesos y un bebé. A pesar de que contaban con Maggie, mantener el orden se complicaría, incluso aunque Nicholas tenía algunas tareas habituales con los niños. La mayoría de las veces Charlotte lo excluía, para que le dedicara tiempo al trabajo; el inconveniente de hacerlo en casa eran las constantes interrupciones.

A principios de la semana siguiente, Nicholas recogió en Ivory a su madre, quiso asistir a una de las clases que el señor Phelps había aceptado dar a los niños.

Patricia vestía un pantalón claro, una camisa blanca, y un amplio sombrero de paja, protegiendo su pálida piel del picante sol veraniego,

no recomendable si se tenía una edad y una coquetería nada disimulada.

En cuanto Stuart Phelps bajó a Alex del poni, se acercó a ella con una sonrisa enorme y no pudieron evitar emocionarse con un abrazo sincero entre viejos amigos, recordando su juventud, a James y las largas conversaciones que mantenían juntos.

—*Milady*, no han pasado los años por usted.

Reprimiendo unas lágrimas nostálgicas, Patricia asintió despacio con la cabeza. Siempre fue un buen trabajador y por su edad tuvieron un trato muy cercano.

—Sigue siendo un adulador —dijo sonriente—. Cuando Nicholas me dijo que estaría aquí, no he podido dejar de venir a saludarlo. ¿Cómo está?

—Jubilado —dijo despreocupado, la miro con seriedad y esbozó una sonrisa apenada—. Sabe que no hace falta que se lo diga, pero no me sentiría cómodo si no lo menciono. Sentí mucho la pérdida de su esposo. Le tenía mucho afecto.

—Lo sé. Él a usted también. Vamos a sentarnos y charlamos un rato. ¿Cómo ve a mis nietos?

—Son diferentes. Alex es más valiente y sigue las instrucciones sin pensar. Henry, al ser más tranquilo, va más confiado y aprende mejor. Son los alumnos más pequeños que he tenido y para su edad cualquier avance está muy bien.

—¿Recuerda a Nicholas? Tendría casi la misma edad que sus hijos cuando empezó.

Se sentaron en la mesa y mientras Charlotte preparaba dentro unos refrescos, Maggie y Nicholas se llevaron a los niños para cambiarlos. Gracias a los cascos y las protecciones aún no habían tenido percances serios; tratándose de ellos algo increíble. Sobre todo de Alex el Intrépido, que destinaba todo su empeño en montar a caballo, se desentendía del perro cuando estaban fuera, y sus intentonas por llegar solo al establo, Nicholas las saboteó a base de carreras, persiguiéndolo por el camino; llevaba la palabra peligro escrita en la frente, era cuestión de tiempo.

—Me han dicho que el hotel es todo un éxito —comentó Stuart.

—Sí. Victoria lo está dirigiendo.

—Es a la única que no llegué a conocer. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro. Es muy joven.

—Sí. Aunque a esa edad yo ya estaba casado.

—Como toda nuestra generación.

—Usted es más joven, *milady*.

—No mucho, y me siento mayor.

—Cuesta acostumbrarse a la soledad —dijo Stuart, percibiendo la tristeza de Patricia, añadió bromeando—: Con sus diablos estará muy entretenida.

—No tanto como quisiera —dijo sonriendo. Pasó unos segundos en silencio hasta que comentó—. La última vez que supe de usted fue porque Gordon me contó que se vieron en el pueblo. ¿Cómo está su mujer?

—Murió el año pasado.

Stuart encogió los hombros, conforme con su destino.

—Lo siento. No lo sabía. Supongo que Gordon tampoco.

—No lo sé. Nos vimos un poco antes de que mi mujer ingresara en el hospital. No hemos vuelto a coincidir. ¿Cómo lleva él la pérdida del señor?

—Ahora está mejor. Han sido unos meses difíciles para todos. Después vendrá a recogerme. No sabe que está usted aquí. Le quería dar una sorpresa.

Charlotte apareció con las bebidas, se dejó caer en la silla y estiró las piernas con un suspiro de alivio.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Stuart.

—Sí, pero me canso con facilidad. Debe ser el calor.

—Falta muy poco —dijo Patricia alegre, obviando el mes y medio que le quedaba en pleno verano—. Tómatelo con calma.

—Lo sé —dijo Charlotte resignada.

Hablaron de Ivory, de los empleados, de los cambios del pueblo, de casi todo menos del rumor sobre Gordon. Luego, Nicholas volvió con los niños, los dejó en el césped y se sentó para prestar atención a anécdotas y curiosidades que compartían saltando de tema con una fluidez pasmosa. Charlotte se sorprendió, ya que no recordaba a Patricia tan contenta ni tan cómplice con nadie que no fuesen James o Gordon; pensó que los amigos de la juventud tenían la capacidad de regresarnos a una época dónde los recuerdos felices anulaban la melancolía.

Un poco antes del almuerzo, el alboroto de *Brown* significaba la llegada de Gordon. Si se sorprendió por la presencia de Stuart, lo disimuló con maestría. En su línea informal, llevaba unos vaqueros, una camisa blanca remangada por los antebrazos y una gorra azul marino con la bandera de Escocia, cubriéndole el espeso pelo blanco que se le empezaba a rizar en el cuello.

—Stu. Qué alegría verte.

Gordon sonriendo lo saludó dándole un apretón de manos.

—Vengo los martes y los viernes. Estoy enseñando a montar a los niños.

—No lo sabía.

—¿Cuánto tiempo trabajasteis juntos? —preguntó Charlotte a Gordon.

—Espera que piense —dijo, entrecerró los ojos y dudoso comentó —: Si no me equivoco desde el 59 o 60 hasta el 83. ¿No, Stu?

—Sí. No había cumplido los diecisiete cuando empecé.

—¿Por qué no siguió cuando murió Henry?

La voz de Charlotte sin filtrar. Nicholas le lanzó una mirada de advertencia, pero la pregunta ya estaba hecha.

—Ya no era necesario —contestó Gordon de inmediato.

—Elizabeth no quiso seguir teniendo los caballos —añadió Patricia.

—Mi abuela tuvo una depresión muy profunda cuando el abuelo murió.

—Se quedó sola, con el personal mínimo —dijo Gordon serio—. Yo pasaba varias veces al día, pero la vimos apagarse sin poder hacer nada por ella.

Charlotte notó el malestar de todos al recordar el final de Elizabeth. Por fortuna estar con niños a veces también ayudaba a suavizar momentos tensos. Eso creyó viendo a Alex correr imitando a las liebres para llegar como siempre hasta Gordon y lanzarse impulsado a sus brazos, al loco la fuerza del choque le inspiraba una carcajada divertida que superaba la mirada severa de su padre, sabiendo que las amenazas no surtían ningún efecto, estaba protegido por Gordon y aprovechaba cualquier ventaja.

—Golfo, me vas a matar.

Al momento Gordon lo subió en las piernas y se hicieron carantoñas embrutecidas con gruñidos mezclados con risas.

—*Aga*, Abu.

Sediento, Alex miró la jarra del agua. Ni sus padres ni su abuela se sorprendieron por el nombre que usó al llamarlo. En cambio, Stuart Phelps frunció el ceño, convirtiendo su frente en tres líneas paralelas. Gordon al desviar la atención del niño, se topó con los ojos entrecerrados de Phelps y le sostuvo la mirada unos segundos. Luego, recorrió lentamente al resto y solo la suspicacia en unos verdes alternando los suyos con los de Stuart, llamó su atención. No tenía claro cómo llevaba Nicholas la novela, lo sentía distante, y sopesó la curiosa coincidencia de estar sentado con ellos y Stuart en la misma mesa; la única persona que conocía el secreto que un día decidió llevarse a la tumba. Si Nicholas andaba detrás, abriría la herida que después de una vida le escocía como si la curara con sal.

N.A. [1]Strict settlement: Derecho con objeto de perpetuar en la familia la propiedad de ciertos bienes de manera indivisible e inalienable.

CAPÍTULO XVII

Salisbury, Inglaterra
15/7/2013

Nicholas regresaba de Ivory reflexionando sobre la muerte y la vida. En poco menos de seis meses otra persona muy querida acababa de fallecer, Sebastian Ulick; un referente en su infancia y un hombre al que admiraba profundamente. Recordó innumerables anécdotas y, sobre todo, vinieron a su memoria unos veranos estupendos con Ewan Ulick y sus hermanos. Patricia no sabía si Ewan acudiría al funeral, no tenía relación con Sebastian desde hacía muchos años, pero Nicholas esperaba verlo. Conocía a Ewan, nunca perdieron el contacto, aunque cada vez se espació más en el tiempo, aun así, confió en que su amigo perdonaría aquello que una vez lo distanció de su padre; algo que no compartieron y achacaron a una tragedia que Ewan no debió presenciar.

Marcó el teléfono de Tristam y esperó paciente varios tonos.

—Nick, me pillas en el aeropuerto. ¿Qué pasa?

—Sebastian ha muerto. Un accidente de tráfico en Edimburgo. El funeral es mañana en Londres, iré con mamá.

—Joder… —Tristam resopló. Durante unos segundos hubo un silencio respetuoso entre ellos—. No voy a poder ir. Salgo hacia París en un momento.

—No te preocupes —dijo Nicholas pensativo, cambió el tono y preguntó—. ¿Fin de semana romántico?

—No —respondió con frialdad—. Tengo una reunión con un cliente.

—Quería comentarte un tema que acabo de ver con Vicky. El chef quiere cambiar a uno de los proveedores de carne. Dicen que no afectará a la calidad.

—Como veáis —comentó indiferente—. Nick, en serio, ahora no puedo hablar.

—Pareces nervioso.

—Ya sabes que no me gustan los aviones. Tengo que dejarte. Nos vemos mañana.

—Sí que es un viaje relámpago —dijo Nicholas extrañado por un

tono irascible—. Relájate, hombre.

—Nos vemos.

Tristam al colgar murmuró algunas palabras mal sonantes y se dirigió a embarcar en su vuelo. Vestía con vaqueros y zapatillas deportivas. Una pequeña mochila al hombro advertía la poca duración de su estancia en la capital francesa. A Sarah le contó lo mismo que a su hermano; una milonga; sin remordimiento. También olvidó avisar a su cliente, un fallo imperdonable que no volvería a ocurrir.

Tras despedir a Nicholas, Victoria volvió al despacho donde revisó a conciencia el contrato con el nuevo proveedor. Según Antoine Levy, el chef, había trabajado con ellos en otro establecimiento y los conocía por su seriedad y profesionalidad.

Max llamó a la puerta y al instante la preciosa sonrisa de Victoria le dio la bienvenida.

—Hola.

Ella se levantó de la mesa, observada por unos penetrantes ojos oscuros, que la recorrían de abajo arriba.

—Hola, ¿cenamos luego? —preguntó confiada.

—Sí —dijo Max rápido—. Tenemos un problema con las neveras del bar.

—¿Qué ocurre?

—Los compresores no funcionan. No nos queda otra que trasladar parte de las botellas a la cocina.

—¿Habéis llamado a mantenimiento?

—Sí. Las han visto, y creen que no merece la pena arreglarlas.

—¿Cuántas hay rotas?

—Todas.

—¿A la vez? —preguntó nerviosa. Max asintió con la cabeza y Victoria cogió el móvil de la mesa—. Voy a ver cómo está. Sigue con Dani y llévate a quién necesites.

Salieron corriendo hasta llegar al hall. Victoria enfiló la cocina con unos andares sosegados y Max volvió a acarrear botellas con varios compañeros, afanándose para tenerlo todo listo antes de la hora del servicio de comida en el salón de verano, el más grande y lujoso. Solo lo habilitaban en julio y agosto. Unas espléndidas vistas al campo, mesas decoradas de manera impecable con manteles blancos de hilo bordados a mano, algunos muebles de colección que los clientes apreciaban —y esperaban hicieran por mucho tiempo— ignorando imprevistos que podían manchar una refinada estancia y quebraba la norma más importante para todos: la excelencia, nada debía

cambiarla.

Con el semblante irritado Gordon escuchaba por teléfono al vendedor de los botelleros justificar el fallo de las piezas al desgaste del uso, miró a Victoria cuando entró, escamado por esa sincronización que alertó una sospecha poco halagüeña. Él conocía el funcionamiento de las máquinas, siempre le resultaron fascinantes. Las desmontaba, modificaba, arreglaba, y jamás fallaban seis a la vez si el fabricante no era el responsable de algún defecto. Consiguió el compromiso para sustituirlas en dos días y una bonificación por la garantía, incluso así era una faena, los clientes más importantes se alojaban ese último mes de la temporada.

—Señor Smith, hemos encontrado el fallo —dijo uno de los chicos de mantenimiento.

—¿Qué ha pasado?

Victoria también prestó atención a la explicación.

—El cuadro eléctrico de la barra tiene tres grupos con diferenciales, hemos comprobado que todos tenían flojos los cables y saltaban chispas. Ya está arreglado, aunque se ha cargado todos los compresores.

—¿Quién hizo la instalación eléctrica? —preguntó Gordon enfadado.

—Los mismos que la reforma. Se hizo todo nuevo. La instalación eléctrica se cambió íntegra. Además, si hubiesen estado mal conectados habrían fallado mucho antes.

—¿Es posible que los tornillos se aflojen solos?

Victoria habló mientras Gordon fruncía los labios y el chico negaba con la cabeza antes de que acabara la pregunta.

—Es muy raro —dijo el chico convencido—. Podría ser que se hubiese aflojado uno, pero los tres a la vez es demasiada coincidencia.

—¿Quién tiene acceso al cuadro? —preguntó curiosa.

—Todo el mundo. Menos los clientes, todo el personal. Ninguno tiene llave.

—Revísalos todos —ordenó Gordon despacio—. Los de la casa entera. Si ves algo fuera de lo normal, házmelo saber.

—Descuide, señor.

Victoria esperó a que el chico saliera para poder hablar con intimidad.

—¿Qué opinas?

Gordon se apoyó en la mesa y jugó durante unos segundos con dos dedos en los labios.

—No sé qué creer —dijo reflexivo—. Pero no me gusta.

—¿Llamo a Nicholas?

—No. Ya lo hago yo.

—Vale. Vuelvo al despacho.

A las seis de la tarde, Victoria dejó caer cansada la cabeza encima de los brazos después de un día agotador. Su meta era pasar las próximas horas relajada con Max. Apagó el portátil, se levantó y, cuando estaba recogiendo sus cosas, la llamada personalizada de Max le dibujó una sonrisa en la cara.

—Hola, ¿nos vamos?

Max asomó la cabeza, pero ella le indicó con el dedo que entrara.

—¿Qué? —preguntó extrañado.

Victoria se levantó, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso suave en los labios.

—Tenía ganas de besarte.

Apretó el cuerpo contra el de Max, que sintió los pechos clavados contra su camisa y le sujetó el culo de forma automática. Era preciosa, una delicia de mujer, pero no era para él. Un nudo de impotencia le comprimió la garganta sin permitirle articular ninguna palabra; no quería decepcionarla, tampoco continuar.

—No puedo.

—Me gustas mucho —comentó seductora.

Max se apartó quemado y echó la cabeza hacia atrás.

—Esto no es buena idea —dijo serio.

—¿Por qué no? Estoy cansada de besitos.

—Ya te he dicho que no me interesa el sexo.

—No digas chorradas.

—No es ninguna chorrada. Si tantas ganas tienes, búscate un semental.

La salida de tono de Max dejó perpleja a Victoria, que bromeó camuflando la verdad. La voz se le quebró rendida al silencio, y a una soberbia mirada negra. Tenía que salir. Lo miró con lágrimas humilladas y retrocedió algunos pasos, pero él la aprisionó entre la puerta y su envergadura, desmintiendo con una excitación palpable los límites que le imponía su voluntad.

—Déjame.

El rechazo de Max se clavó como un puñal en el pecho. Su ruego no hizo efecto. La abrazó con fuerza, inclinó la cabeza hacia abajo y le besó el cuello, la cara y los labios.

—Perdóname. Perdóname, por favor.

Afectado por las lágrimas de Victoria, se disculpó arrepentido; habría dicho cualquier cosa para no verla así, no resistía a las mujeres

cuando lloraban; a las furiosas las sobrellevaba, pero las sentimentales derretían su frialdad.

Desde abril salían de vez en cuando al pueblo, cenaban en alguno de los pubs y aunque al principio le molestó que Victoria lo llevara en el Volvo de su madre, como ninguno tenía vehículo acabó aceptándolo. No le pasaba igual con la tortura de estar con ella sin acostarse, un machaque para su conciencia y su mano, hartas las dos de imaginarla en algo que le traspasaría la piel, por mucho que lo deseara. Las excusas ya no convencían a Victoria y él no quería arrastrarla persiguiendo sus sueños, muy lejos de Inglaterra. Conocía la relación que mantuvo con un compañero de la universidad, un recuerdo nada agradable para ella, pero mejor que el suyo si la abandonaba enamorado, un sentimiento del que huía hasta alcanzar su meta profesional. Sin admitirlo, a Max le dolió tanto o más que a ella.

—No sé si he hecho algo que te ha molestado —dijo insegura, limpiándose la cara—. Y si no te atraigo, no sé qué hacemos.

La tristeza en los ojos azules lo conmovió; no se hacía una idea de su calvario. Su gran error fue el primer beso, debió alejarse cuando lo despidió, pero le pudo el egoísmo. Era el momento de dar otro paso o pararse definitivamente.

—Eres preciosa, inteligente y brillante. —Max no estaba acostumbrado a renunciar, era un luchador, y no encontró palabras adecuadas para expresar su angustia. Con él sus vidas se condicionarían. Ella tenía un futuro asegurado, respaldado por su familia, en cambio, él debía ganárselo a pulso, y era preferible estar solo, todavía le quedaba mucho trecho del camino—. Te mereces ser feliz y yo no puedo…, lo siento.

—Vete, por favor —susurró aturdida.

—Solo soy un humilde camarero que aspira a ser economista —murmuró Max, intentando sonreír con una mueca apenada—. Nunca he pretendido hacerte daño, quise conocerte porque me parecías la mujer más bonita que había visto nunca. Pero… —Tragó despacio, nervioso, sin dejar de mirarla—. No soy para ti, igual que tú no eres para mí. No le des más vueltas, es lo mejor para los dos.

—Creía que tenías orgullo. Vi en ti la dignidad hecha hombre, pero no —dijo Victoria irónica—. Te acabas de rajar alegando que eres menos que yo. Llevas tres meses dándome largas cuando me podías haber contado esto mismo… —Hizo una pausa y respiró hondo, calmando una frustración que empezó a indignarla al sentirse engañada—. Muy bien, Max. También te deseo toda la felicidad del mundo.

Cuando salió, Victoria contuvo la respiración. Le gustaba Max, pero si no estaba cómodo con ella, asumía que desde luego era mejor dejarlo ahí y no cuando fuera mucho más doloroso. Esa sensación de amarga comprensión solo le confirmó lo que pensaba sobre sí misma: por alguna razón que se le escapaba, no tenía suerte con los hombres.

Caminó despacio hasta su dormitorio. Quería estar sola, como siempre. Debido a su prolongada estancia en Suiza no tenía amigas en Londres, casi todas vivían en el continente o en Estados Unidos. Su familia era todo su círculo cercano y añoraba la compañía de personas de su edad. El trabajo la ayudaba a no pensar en ello, con Max de vez en cuando salía, charlaban sobre los intereses comunes que iban descubriendo, y ya tampoco lo tendría, también lo había perdido.

—Hola, cariño —dijo Patricia al verla abrir la puerta.

—Hola, mamá.

Patricia sonrió y de inmediato percibió su tristeza.

—¿Estás bien?

—Sí. Agotada. Hemos conseguido salvar los servicios sin problemas, pero ha sido un poco estresante. Se han comprometido a sustituir las neveras lo antes posible.

—Menos mal. ¿Has hablado con Nick?

—No. Lo iba a llamar Gordon. Van a revisar todos los cuadros y mañana nos dirán si está todo correcto.

—Si te hace falta cualquier cosa, dímelo.

—Gracias. Si no te importa, me gustaría ducharme y descansar un rato.

—Te espero a las ocho para cenar.

—Hoy no. —Hizo un gesto abatido—. No tengo hambre.

Patricia la observó atentamente e inclinó la cabeza.

—No intentes engañarme —dijo desafiándola. Le dio unos segundos, pero no consiguió sacarla de su encierro, apretó los labios y añadió—: Cuéntame qué te pasa, cariño.

Victoria intentó sonreír, abrió la puerta y entró con su madre pegada a la espalda. Tiró la chaqueta en la silla y se dejó caer en la cama observando a Patricia con la mirada vacía.

—Max no quiere que sigamos —resumió cabizbaja.

—¿Habéis discutido? —preguntó, sentándose en el sillón.

—No.

—Por algo lo habrá dicho. ¿No ha pasado nada?

—No tengo ganas de hablar de esto contigo, mamá. No te molestes, es que no me apetece.

—No me voy a escandalizar por nada, cariño. Puedes contarme lo que quieras.

Victoria resopló y cruzó los brazos incómoda.

—Nunca nos hemos acostado —dijo con un hilo de voz.

—Vaya —exclamó Patricia curvando los labios hacia abajo—. Creía que ahora no esperabais mucho.

—Mamá, por favor.

—No sé, cariño, sois jóvenes, guapos —dijo alegre—. Con anticonceptivos...

—No le atraigo para eso.

Patricia se puso de pie y se sentó junto a ella. Le sujetó la cara y la miró muy seria. No quería ver esa melancolía en sus ojos. Necesitó hacerle comprender que tenía una vida por delante y todavía le quedaban algunos desengaños por vivir.

—¿Qué crees que te diría papá? —preguntó emocionada—. Seguro que sus palabras serían más efectivas que las mías, pero el propósito es el mismo. No dejes nunca que nadie te haga dudar de tu capacidad, sonríe y disfruta de lo que tienes porque cuando menos lo esperes aparecerá el hombre adecuado.

—Para ti es fácil decirlo. Siempre estuviste enamorada de papá, pero para mí no es tan sencillo. No sé por qué a veces pienso que hay algo en mí que repele a los hombres.

Una triste lágrima le cayó por la mejilla y Patricia la apretó en un firme abrazo, tratando de reconfortar su inquietud.

—Es verdad que no tuve elección. En cuanto lo vi me enamoré de él, pero no creas que lo tuvimos tan fácil. Él estaba comprometido con la hija de un *lord*, no habían fijado la fecha del enlace, pero sus familias estaban de acuerdo. —Mientras hablaba, Victoria la escuchaba inmóvil—. Cuando nos conocimos, tu padre estudiaba interno en Saint Andrews y volvió a pasar el verano antes de irse a Oxford. Yo era una cría, y me dejó impresionada. Con el tiempo cada vez nos veíamos menos y solo coincidíamos algunos días en verano, hasta que cumplí quince. Ese año él empezó a trabajar en el Barclays y yo pasaba los últimos días con mi familia. En septiembre entraba en una escuela privada de Londres. Ellos seguían comprometidos, pero empezamos a vernos y el cariño que nos teníamos se convirtió en un amor arrollador. Durante los siguientes tres años, nos veíamos en Londres casi todos los días. No más de unos minutos, pero avivaron el deseo que teníamos por estar juntos. Por eso te decía lo de los anticonceptivos —añadió con ironía—. Nada es fácil, cariño. Tu padre agravió a una familia y tuvo algunas palabras con tus abuelos, pero nada nos desanimó. Al contrario, nos fortaleció como pareja. —Patricia se detuvo y se rió con cariño recordando a su marido—. Era una joven enamorada e inexperta el día que vino a pedir mi mano,

creo que mi padre estaba más nervioso que yo. Siempre pensó que se había encaprichado, pero verlo frente a él, con seriedad y firmeza, lo convenció de lo contrario. Tu padre era un hombre hecho y derecho, con un buen trabajo y una familia distinguida, explicándole sus intenciones. Si ya lo quería, ese día lo adoré; estuvo encantador.

—¿Tuviste problemas con el abuelo Henry o la abuela?

—Al principio se mostró un poco fría, pero con el tiempo mantuve muy buena relación con los dos. Recuerdo que cuando pasaron los dos primeros años y no me quedé embarazada, siempre tenía palabras de consuelo para animarme. Era una mujer con mucho carácter aunque no soportaba ver el sufrimiento a su alrededor. Al igual que tenían que tratarla con el máximo respeto, también se preocupaba por el bienestar de los empleados y sus familias.

—¿ Y el abuelo?

—Era un hombre entregado a la pasión de sus caballos. Pasaba horas con Gordon hablando de ellos. Por eso cuando murió no quiso tenerlos cerca; la hacían recordar demasiado.

—¿Por qué nunca me habías dicho que papá estuvo comprometido con otra?

—Para qué hacerlo. —Patricia le acarició la mejilla—. Si las cosas tienen que ocurrir, el tiempo se encargará de traértelas.

Victoria meció la cara en su mano sintiendo el apoyo incondicional de su madre.

—Lo echo de menos —dijo nostálgica.

—Y yo, cariño. Pero tenemos que intentar ser lo que él hubiera querido que fuésemos, ¿te acuerdas?

—Claro. —Victoria rió feliz—. Sus chicas divertidas.

—Eso somos —susurró risueña—. Sus chicas divertidas.

—Gracias, mami.

Patricia se levantó y fue hacia la puerta, pero antes de salir recordó algo:

—Mañana tengo que ir a Londres, volveré por la tarde.

—¿Por qué?

—Ha muerto Sebastian Ulick, voy a su funeral.

—¿Cómo?

—Un accidente de tráfico —respondió con resignación—. Es una pena, sus hijos están muy afectados.

—No los conozco, pero imagino cómo estarán pasándolo.

—Tú no habías nacido cuando íbamos a Escocia con ellos. A tu padre le gustaba mucho la casa que tenía cerca de Edimburgo. Era la época que Sebastian fue embajador en México, Tristam era pequeño, tendría cuatro o cinco años, y Nicholas disfrutaba como un loco con

Ewan, tenían la misma edad —comentó un poco abstraída, no lo veía desde que Virginia Ulick murió—. Es abogado en el D.F., nunca ha vuelto.

—Nicholas me ha hablado de él.

—Hicimos muchas excursiones, Sebastian era un apasionado de la montaña. Siempre estaba ocupado, pero se las ingeniaba para buscar un hueco y volver una o dos veces al año. Pasábamos juntos unos días muy divertidos, qué lástima que dejáramos de hacerlo, la casa era una maravilla.

—Es verdad… Me habría gustado ir —dijo Victoria sonriendo, aunque en las anécdotas que le contaba su padre de aquella casa, la describía como un castillo a orillas de un lago perdido en un lugar remoto. Comentó extrañada—. Es raro que no rehiciera su vida. ¿Cuántos años ha estado viudo?

—Demasiados. —Patricia pensó en un momento trágico. Tenía diluida en la memoria la imagen de Virginia; sin embargo, jamás olvidaría el impacto de un suicidio que los pilló por sorpresa, en 1990. Poco después, regresó con sus hijos menores definitivamente a Londres, Ewan se quedó estudiando. El carácter afable de Sebastian cambió por completo, se reincorporó en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en un puesto inferior que le permitía pasar más tiempo en su casa, y nunca volvió a nombrar a Virginia. Patricia encogió los hombros y comentó con tristeza—. No sé por qué, siempre fue un hombre muy inteligente y guapo. Supongo que no encontró a nadie o no quiso porque prefería estar solo. Creo que en Escocia era feliz, por eso dejó Londres.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó percibiendo la mirada vacía de su madre—. Puedo organizarme.

—No, he quedado con Nicholas —respondió entornando la puerta —. He llamado a Tristam para que lo supiera, pero no he conseguido localizarlo.

—¿Gordon no va?

—No quiere. —Patricia suspiró—. Dice que no puede perder todo el día, pero creo que no tiene ganas de más funerales.

—Lo comprendo —murmuró Victoria con una sonrisa leve—. No te preocupes, no lo pierdo de vista.

Tristam volvió a Londres pasadas las once de la noche. Entró con sigilo en el apartamento de Sarah, la encontró en la habitación, dormida con un libro desparramado en el suelo. Tenía la costumbre de dejar las ventanas abiertas y cuando cerró la puerta, una ráfaga de

viento refrescó la calurosa noche de verano y reveló bajo una ligera sábana parte de su cuerpo desnudo, que reaccionó al cambio brusco de temperatura erizando una piel sedosa por la que él vivía.

Sentado en el borde de la cama, se quitó agotado las deportivas y la ropa. Luego se tumbó, Sarah se movió al sentir su contacto y abrió los ojos adormilados.

—Hola —murmuró con una sonrisa.

—Hola. Duérmete, no quería despertarte.

Sarah le acarició el pecho y suspiró aliviada.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien.

Le dio un beso en la frente y le acarició la cara con la mano izquierda, la otra era mejor no enseñarla mucho. La había tenido con hielo y antes de entrar se deshizo del vendaje que él mismo se hizo en el aeropuerto; gracias a esas horas inmovilizada con un antiinflamatorio, no se apreciaban los rastros rojos del sobreesfuerzo que aguantó mientras se proclamaba su portavoz delante del aturdido cliente, pillado fuera de juego, sin opción a réplica.

Sarah se amoldó a su cuerpo y empezó a pasear con pereza la mano por la cadera. Tristam le acarició las suaves curvas de las nalgas, besándola hambriento de su sabor.

—Cariño, me muero por ti —murmuró sujetándole la cara—. Déjame amarte.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada por la necesidad que notó.

—Mejor que nunca.

Tristam sonrió antes de unir sus labios en un baile lento que se convirtió en una danza desesperada entre dos lenguas ávidas por saciarse y unas manos feroces intentando abarcarlo todo al mismo tiempo. Rodaron por la cama hasta que la tuvo encima de su cuerpo, le tiró del pelo y hundió la cabeza en sus pechos, incendiando la placentera agonía que sus bocas no podían reprimir. Tristam no paró en el asedio mientras le acarició el sexo para poseerla como su cuerpo reclamaba. Aguantó poco, detuvo el movimiento y la aprisionó entre el colchón y sus firmes músculos, dureza contra suavidad, curvas seductoras que lo conducían a un túnel indómito fuera de la cordura.

Aunque no había luz, él podía ver el brillo de sus ojos, la forma exuberante de sus labios. Ella, ella y ella fue lo único que pensó. Sarah tenía la capacidad de hacerlo olvidarse de todo. Solo quería estar hundido en su interior. Entrelazó sus manos al penetrarla, sin dolor, con suavidad, con seguridad.

—Te quiero —susurró él, cuando encontró su voz.

A Sarah se le escapó un gemido urgiéndolo a continuar a la vez

que le clavaba las uñas en la espalda. Tristam empezó a moverse más rápido, mirándola sin perder detalle, abstraído en el poder de la belleza a punto de gritar.

—¡Tristam!

Unos gruñidos varoniles, la humedad de sus cuerpos en una fricción perfecta, una fuerza salvaje empujando de una sensación mejor hacia otra que la superaba. Tristam desató el delirio en Sarah, acalló palabras enardecidas cuando se arqueó en tensión recibiendo la cálida prueba de un orgasmo demoledor. Ahogó su propio grito mientras se dejó caer rendido. Si alguien en ese instante lo hubiese amenazado con un arma, aceptaría morir encantado; seguiría tumbado en ella; totalmente satisfecho por el maravilloso recibimiento.

—Soy muy feliz, cariño —dijo Sarah besándolo con ternura.

—Y yo. Eres la mujer de mi vida.

Seguían acoplados, también conectados con el ritmo acelerado de sus corazones, pero tan cómodos que no se esforzaron por apartarse, se sosegaban con arrumacos suaves y besos mimosos.

—Cuando no puedas respirar me quito, antes no.

—Entonces no lo hagas nunca.

Tristam se incorporó apoyándose con los brazos y le dio un beso en los labios. Tenía el pelo esparcido por la almohada como las modelos de los pintores barrocos. Era su sueño de mujer perfecta, solo para él.

Si alguien pensó que dejaría alguna cuenta en el olvido, no conocía al verdadero Tristam Finch-Hutton. La única pendiente, que carcomió un instinto protector marcado, horas antes la dejó saldada en París. Si otra vez se atrevía a cruzarse en su camino, la advertencia contundente de su puño no sería nada comparado con el daño que todavía podía provocarle, no sería solo físico. Estaba dispuesto a acabar con él. La mujer seductora que lo miraba sonriendo, enamorada, lo haría el resto de su vida; jamás cometería los mismos errores; su propósito era amarla, cuidarla y respetarla, siempre.

En Wells, un par de semanas más tarde, Charlotte repasó en el dormitorio las cosas que había guardado en una coqueta bolsa de viaje, con la certeza de no haberse dejado nada importante. En la última revisión William les dijo que la niña estaba encajada, y las contracciones la preparaban para el parto. De forma incomprensible iba a traer al mundo a su tercer hijo y sus temores eran similares a los de cualquier primeriza. Con los gemelos no sintió ningún dolor, y los avisos que su cuerpo le enviaba —desde hacía más de un mes— la alarmaron frente a un esfuerzo colosal, impresionante, pero necesario

para conocerla. El carácter tranquilo de Charlotte se volvió insoportable conforme los días acercaban la fecha prevista. Nicholas no sabía cómo ayudarla y optó por ser muy condescendiente. En cuanto notaba el más mínimo cambio en el tono de voz, le dedicaba una batería de palabras cariñosas o desaparecía a toda velocidad llevándose a los niños.

Entró sigiloso por la puerta trasera de la cocina con Henry en brazos, se había caído del poni y se golpeó la mejilla. Nicholas le hizo una señal a Maggie para que mantuviese el silencio, abrió el congelador y sacó varios cubitos de hielo.

Maggie sujetó a Henry en la mesa, que los observaba muy relajado con una ligera sonrisa en los labios. Para él era un honor estar sentado en el sitio favorito de su hermano, siendo atendido por su padre para variar.

—¿Dónde está Charlotte? —preguntó Nicholas, envolviendo el hielo en un paño.

—Preparando la bolsa —respondió susurrando.

Henry alternaba los ojos entre ellos, que no le dedicaban las mismas palabras tiernas que al loco de su hermano cuando lo curaban.

—¿Estaba bien?

—Sí. La he escuchado hablar con el doctor Morsi. Me ha parecido que estaba de buen humor.

—Eso espero. Ya no sé qué decirle para que se relaje. Está aterrada con el parto.

Sin darse cuenta, Nicholas presionó con demasiada fuerza la mejilla del niño.

—Papi, *dule* —dijo Henry, observándolo a punto de llorar.

—Pues te aguantas —espetó Nicholas enfadado. Henry abrió los ojos de par en par y no controló un puchero que no amilanó un carácter competitivo innato, a veces desmedido—. No seas cobarde. Si hubieses hecho caso al señor Phelps no estaríamos aquí.

Maggie al verlo tan triste soportando la reprimenda de su padre le acarició las piernas compensándolo.

—Hen, tienes que hacer caso al señor Phelps.

La mirada reprobatoria de Maggie remordió a Nicholas, que resopló sonriendo con paciencia mientras le alborotó el pelo olvidando su malhumor. Lo cogió en brazos y echó un poco la cabeza hacia atrás para observarlo bien. Henry no se había relajado del todo, pero se estaba formando una ligera sonrisa en su bonito rostro, equilibrado por una nariz respingona, unos sonrosados labios finos y unos ojos verdes familiares, con un brillo que, en alguna ocasión, Nicholas creyó ver en ellos lo más profundo del corazón de su hijo. Veía sinceridad,

compasión, y timidez.

—¿Te duele?

—No.

Nicholas negó con la cabeza, lo besó en la frente y Henry lo agradeció con un abrazo cariñoso. Le caían diferentes mechones por el rostro bronceado, que como Alex prefería no peinar, descuidando su aspecto. Allí las visitas al peluquero no entraban en los planes de ninguno, incluido él, que también redujo las sesiones de afeitado.

Escucharon a Charlotte, y Maggie se apresuró a eliminar las pruebas. Nicholas estaba a punto de salir por la puerta trasera, dándole la espalda, cobijando a Henry en su pecho.

—Cariño —dijo Charlotte elevando la voz.

—Dime —respondió casual, sin mover el cuerpo, giró un poco la cabeza.

Cuando ella se acercó, Nicholas esbozó una sonrisa nerviosa que mosqueó a Charlotte, buscando ver al niño.

—¿Qué ha pasado?

Con agilidad Nicholas dio unos pasos hacia atrás, provocando la risa de su hijo. Charlotte entrecerró sus ojos suspicaces y, recabando más pistas, miró a Maggie, que encogió los hombros sin querer participar en el juego.

—¿Se lo decimos a mami? —preguntó Nicholas, amagando a Charlotte.

En una absurda persecución Nicholas estaba recorriendo la cocina esquivando a su mujer, mientras, Henry se lo pasaba bomba pataleando descontrolado. Tras unos minutos de tonterías, lo volvió a sentar encima de la mesa y dejó que Charlotte viera el alcance del accidente; mucho más leve que cualquier descalabro de Alex, impasible cuando Henry se cayó y se lo llevó, ya que era su turno con Stu y esperaba impaciente.

—No me lo digas. —Charlotte resignada—. Se ha caído del poni.

—Sí. —Nicholas añadió irónico—. Parece que ahora van a empezar a repartirse las condecoraciones.

Sonó el timbre de la puerta principal y Maggie frunciendo el ceño se dirigió a abrir. Al instante les llegó la voz de Gordon y en pocos segundos reaparecieron juntos en la cocina.

Se aproximó esbozando una sonrisa con la vitalidad que había sido siempre su seña de identidad y aunque el trabajo en Ivory ayudara a recobrar su espíritu, Nicholas presentía que no era la única razón en ese cambio.

—Hola —dijo Charlotte contenta. Lo saludó dándole dos besos—. Qué sorpresa.

—Hola, ¿qué le ha pasado a mi niño? —preguntó a Henry con mimo.

—Se ha caído del poni, no es nada —dijo Nicholas despreocupado—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Vienes a ver a Phelps? Está con Alex.

—No. Tenemos que hablar.

Nicholas lo miró serio, le indicó moviendo ligeramente la cabeza que lo siguiera y salieron de la cocina. En la biblioteca se sentaron en los sillones frente al sofá. Nicholas cruzó las piernas y balanceó un pie, esperando a que Gordon se decidiera a empezar. Si conseguía encontrar el momento adecuado trataría de mantener su conversación pendiente.

—Ayer tuvimos otra inspección del IH&RA. Esta vez venían para ver todos los registros de los proveedores.

—¿Por qué?

—No lo sabemos. Todas las partidas de carne tienen los certificados de su procedencia y según nuestros registros no ha habido nada irregular.

—¿Entonces? ¿Qué está pasando? Se ha cambiado el proveedor porque según vosotros este era mejor. ¿Lo es o no? Este tipo de cosas solo nos traerán problemas.

—Lo sabemos. Por eso vamos a extremar las medidas de control en la cocina.

—Es increíble. Llevamos un mes de locos y sabes que es el más importante del año. Hablé con la empresa que instaló la electricidad, Sarah los llamó dándoles las quejas y se pusieron en contacto conmigo. Me enseñaron los certificados que autorizaban la instalación y en todos había pasado las inspecciones municipales.

—Te repito lo que te dije cuando ocurrió, no creo en ese tipo de coincidencias. Esto afecta a nuestra imagen. Intentaré estar atento y también sería conveniente que hasta el último día de la temporada te pasaras con más frecuencia.

—Charlotte está a punto de dar a luz y no quiero dejarla sola aquí con los niños.

—Cerramos el cuatro, no creo que se vaya a adelantar casi quince días. Victoria lo está haciendo bien, pero es joven, tú te impones más. Solo será la próxima semana.

—De acuerdo —admitió de mala gana—. Tendré que posponer la novela de todos modos.

—¿Cómo llevas la investigación?

Nicholas vio la oportunidad que estaba esperando y se decidió a no desaprovecharla.

—Empecé con el abuelo porque me interesó averiguar qué lo

motivó a deshacerse de parte de la finca. La verdad es que no esperaba lo que he encontrado. ¿Oíste alguna historia sobre su hermano? Por lo que sé, fue piloto en la Segunda Guerra Mundial.

—No lo conocí, pero alguna vez oí a Henry hablar sobre él. Siempre me decía que fue un hombre de honor con mucho sentido del deber. Yo era un crío y me interesaban más los caballos, así que tampoco sentía curiosidad por saber de nadie —dijo con indiferencia—. Para mí era un privilegio que tu abuelo me tratara con el afecto que lo hacía. De hecho, algunos compañeros siempre cuchicheaban a mis espaldas, pero a mí me daba igual. Nos caíamos bien y como me dejaba estar con él mientras entrenaban a los caballos, que dijeran lo que quisieran, yo era feliz.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu madre?

Gordon cambió el semblante e inclinó la cabeza.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Lo que recuerdes —dijo encogiendo los hombros, no quiso indagar tan directo.

—Nada. Era un bebé cuando se puso enferma y se marchó. —Gordon no mostró ninguna nostalgia—. Mi padre y ella eran irlandeses, católicos. El divorcio no era una opción. Supongo que lo más parecido que encontraron fue que ella regresara con su familia. Mi padre fue un buen hombre, Nick, e imagino que dejó de amarla.

—No quiero ser impertinente, Gordon, pero debió ser duro para ti. —Nicholas hizo un gesto apenado comprendiendo un poco mejor al hombre que tenía frente a él. Quería acabar con la sensación de injusticia que le rondaba desde que leyó la carta de William Finch-Hutton—. He encontrado algo —dijo al levantarse, cogió de su mesa un sobre antiguo y se lo entregó—. Léela.

Gordon extrañado frunció el ceño, bajó la cabeza y se concentró en una caligrafía con trazos largos, juntos, y nuevos para él. Cerró los ojos asimilando una información que explicaba muchas cosas que nunca comprendió. Nicholas notó el sutil brillo en unos ojos oscuros, que se recompusieron orgullosos. Para Nicholas, que lo admiraba y respetaba igual que a un padre, nada influiría en su decisión, si era su tío lo honraría con el apellido que por alguna razón ocultaron, y lo motivaba a querer conocer la verdad.

—He creído necesario que lo supieras —dijo Nicholas sin apartar la mirada de él.

—No deja en muy buen lugar a mi madre.

—¿Por qué? Lo único que dice es que no está seguro. Al estar casada supondría que mantendría relaciones con tu padre. No dice otra cosa, yo no le veo otra intención. ¿Nunca escuchaste nada? Solo

he hablado con dos personas que trabajaron en esos años y los dos me han confirmado que entre el servicio circuló algún que otro rumor sobre tu padre.

—¿Has hablado con Stu?

—Sí, y con Susan Harris. Os hizo una buena colección de fotos.

—La recuerdo —dijo aliviado al notar que Nicholas no mostró ninguna suspicacia—. Me gustaría verlas. Cada foto era un martirio, creíamos que lo hacía adrede para estar con nosotros, era muy simpática.

—Lo sigue siendo. Me dijo que tu padre y el abuelo se llevaban muy bien.

—A mi padre todos le tenían un gran respeto —dijo muy serio—. Jamás dijeron nada delante de mí y estoy convencido de que no se atrevieron a hacerlo delante de él.

Se levantó con el peso de unos años que al entrar no se le notaron. Pensativo y con los ojos húmedos por las lágrimas se dirigió a la puerta.

—Gordon —dijo Nicholas yendo a su encuentro—. No sé si mi padre estaba al corriente. Sinceramente, lo dudo —añadió ante la silenciosa afirmación de Gordon—. No sé si quieres hacer algo o no, es tu decisión, pero quiero que sepas que decidas lo que decidas nada cambiará nuestra relación. Tengamos o no la misma sangre siempre serás parte de esta familia.

—Gracias, Nick, pero en este momento necesito pensar. Comprendería ciertas cosas que cuando fui joven las encontré excesivas, pero también si Henry fue mi tío, debería habérmelo dicho.

—Creo que tu madre era la única que sabía la verdad. No culpes al abuelo, él sabía lo mismo que tú y yo ahora.

—A veces intuí que había algo más. —Sonrió con amargura—. Pero fui tan arrogante que creí que era por mí mismo. Supongo que lo único que hacía era limpiar su conciencia.

—Quizás, aunque dudo que pasara tanto tiempo contigo solo por eso. Te tenía mucho afecto, no lo dudes nunca. Igual que mi padre, no se te ocurra pensar ni de lejos que fingió durante años el cariño que te tenía —dijo clavándole los ojos obstinado—. Eso sí te ruego que te lo quites de la cabeza. Fuisteis amigos desde que erais niños y supongo que a veces las cosas no serían fáciles para ti.

—A veces no lo fueron, es cierto, pero el tiempo serena los espíritus y ayuda a olvidar.

Nicholas afirmó con la cabeza, pensando en el conformismo de Gordon, en la alegre sonrisa de su madre, y en el esfuerzo que debió suponerle renunciar a ella y verla feliz durante años junto a su padre,

ocultando en silencio sus anhelos más íntimos, siendo un gran apoyo y su mejor amigo.

CAPÍTULO XVIII

Wells, Inglaterra
1/8/2013

Faltaban dos horas para que llegasen todos a la comida que iban a celebrar en honor al escritor. Charlotte colocaba con precisión unos canapés en una bandeja decorada con ramas de flores, y Maggie pinchaba concentrada unas brochetas de quesos y frutas; sus favoritas, ese día era íntegro para él, excepto por un detalle que le molestó y se guardó.

—Vicky va a traer la tarta —dijo Charlotte alegre. Percibió un leve gesto desdeñoso y añadió—: Me ha dicho que es una sorpresa del chef.

—No sé por qué le dais tanto mérito. Me agotan los cocineros creativos, tienen mucha labia para que te conformes con una porción ridícula.

—Si estás enfadada porque este año no le has preparado tu bizcocho, dímelo claramente.

—No es por eso —replicó con indiferencia—. Me da igual quien le prepare la tarta.

—Ya. Si tú lo dices…

Un rato después Nicholas trajo de Ivory a su hermana, a su madre y a Gordon. Sin que él se enterase, Victoria dejó la tarta en la despensa.

Maggie ponía los platos en la mesa del jardín cuando vio a Nicholas sonriendo venir hacia ella con Alex de la mano.

—Espero que no se te haya olvidado mi bizcocho. Alex quiere probarlo.

—No. —Maggie apretó los labios y entrecerró los ojos con pesar—. Hable con Charlotte, es la responsable de la comida.

Su voz sonó con un reproche claro y marcado.

—¿Me habéis dejado sin él? —preguntó incrédulo—. No me lo puedo creer —dijo elevando la barbilla con soberbia. Miró a Maggie y habló desilusionado—. Vámonos Alex, por aquí no nos quieren.

En Amesbury, Sarah terminaba de arreglarse cuando Tristam entró

en el baño, preparó la brocha para afeitarse y se echó espuma en la cara. Luego, del armario de mimbre que había bajo el lavabo, sacó una bolsa de maquinillas desechables, la abrió y, tirando el envoltorio en la papelera metálica, por casualidad, descubrió una caja con un test de embarazo. La observó pensativo al tiempo que la cogía, leyó el prospecto y comprobó el resultado. En cuanto dio por concluido el afeitado, ordenó el baño, se puso unos pantalones oscuros y salió relajado.

Sarah siguió sus pasos reflejados en el espejo, ajena al revuelo mental de Tristam, que sonreía admirando a su sueño rojo: un vestido con un escote redondo, un cinturón marcando la sensualidad de su cintura, unas sandalias negras de tacón alto, el pelo ondulado sobre los hombros, y unos aros grandes que la confundían con una misteriosa y bella zíngara.

—Eres perfecta, el rojo te queda genial.

La halagó andando hacia ella.

—Tú no estás mal, pero vas un poco retrasado. Siempre llegamos tarde a todas partes.

Advirtiendo que le faltaban la camisa y los zapatos no pudo mostrarse firme. La vista del sólido pecho de Tristam, bronceado y con muy poco vello, la distrajo demasiado cuando le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cabeza en su pelo. El olor fresco de su cabello lo transportó a la infancia, tumbado en el campo con su padre durante las vacaciones en la casa que alquilaban en el sur de Francia, rodeado de lavanda otra vez. Flores moradas, suaves como unos senos apretados contra su torso; un aroma dulce y penetrante como el sabor a vainilla y canela de unos labios exóticos, y la realidad que lo incitaba a querer seguir pegado a su mujer.

—Cariño no tenemos tiempo —dijo Sarah, sintiendo su excitación.

—Lo sé, pero tu pelo me trae tan buenos recuerdos que no quiero soltarte.

Con una sonrisa aspiró extasiado, la soltó y le cogió la mano donde volaba su mariposa.

—Es precioso, no me lo había puesto antes. Solo podía llevarlo si tú estabas conmigo.

—Gracias por llevarlo —susurró Tristam—. Mi madre me lo dio para ti.

Admitiendo al igual que él ese nuevo compromiso, Sarah le acarició la mejilla y le dio un beso, suave y ligero como las alas de la mariposa hecha con brillantes y zafiros que lucía en el dedo anular.

—Luego me cuentas con detalle esos buenos recuerdos.

Tristam volvió a colocar los brazos en su cintura.

—Espero que no se me olvide nada —dijo con otro beso perezoso.

—Seguro que no. Eres bueno recordando detalles.

—¿Soy bueno? —preguntó risueño.

Sarah afirmó con la cabeza, acariciándole la nuca. El balanceo sensual de Tristam les auguraba volver a llegar los últimos y así seguir aumentando la fama de impuntuales que algún miembro de su familia ya se había encargado en otorgarles.

—¿Por qué no me has dicho que te has hecho una prueba de embarazo?

—Porque no quería darte falsas esperanzas —respondió seria.

—Cariño, solo hace un mes que no tomas los anticonceptivos. Vamos a tomarnos las cosas con calma ¿Vale?

Le dio un beso ligero en los labios.

—Tengo un retraso de cuatro días y… —Sarah encogió los hombros—. Se me ocurrió descartarlo. —Rió sintiéndose tonta—. No sé, pensé que quizás sería posible…

—No le des más vueltas. Cuando lleguen serán bienvenidos, pero si nos obsesionamos será peor —concluyó con un beso en la frente—. Deja de presionarte, por favor.

—Lo intentaré, pero no puedo evitarlo. Y si…

Tristam no la dejó terminar, acalló con un beso la frustración de sus palabras. Estaban juntos y para él era suficiente, necesitaba que Sarah también lo sintiera así.

—Vamos a olvidarnos del tema. Tú y yo, cariño. Si piensas que es lo que más deseo, te equivocas. Tú, Sarah Thompson, eres mi mujer y serás la madre de mis hijos, cuando lleguen, sin prisas, y sin condicionarnos. No te agobies más, por favor.

—Te quiero —dijo Sarah más relajada.

Maggie en un principio creyó que Nicholas exageró su decepción, pero no solo la ignoró durante la comida, sino también le envió varias indirectas que la indignaron bastante.

Entró de vuelta a la cocina y con destreza preparó la masa del bizcocho. En menos de quince minutos lo metió en el horno y por la tarde se lo plantaría delante, dejándolo enmudecido y acabando con la irritación que le provocaba una actitud ofendida de la que no era responsable.

Leslie y Patricia hablaban observando a Gordon y Edward sostener a los niños en los ponis. Para ser tan pequeños, era muy grato ver cómo se movían confiados al ritmo del paso suave que llevaban. Gordon paró el animal de Alex y le hizo unas indicaciones para que

mantuviera la espalda derecha y solo moviese la cintura.

Leslie, al verla sonreír con melancolía, colocó una mano en la de Patricia, intuyendo los pensamientos y comprendiendo el dolor de sus ojos.

Por un lado, a Patricia le entristecía no ver a su marido con sus nietos. Por el otro, quién mejor que Gordon para sustituirlo; lo había querido durante toda su vida, como a un buen amigo; James lo adoraba y lo consideró el hermano que nunca tuvo. Ella no podía verlo con otros ojos porque no se planteaba volver a amar a otro hombre, pero si alguno merecía el papel de su marido era, sin ningún lugar a dudas, el señor Gordon Smith; el mejor amigo de James y, probablemente, su pariente vivo más cercano.

—Son unos bichitos encantadores —dijo Leslie amable.

—Lo son. —Patricia sonrió y trató de olvidar sus inquietudes—. ¿Te han dicho cómo van a llamar a la niña?

—Mi hija quería ponerle Nicole, pero me parece que Nicholas pretende añadirle algo más. No me hagas mucho caso. Charlie no ha querido aclararme el otro nombre.

—Espero que no sea el mío, no me gusta nada.

A unos metros de ellas, Gordon se giró sorprendido al escucharla:

—No digas tonterías, *milady*.

Desde que Nicholas habló con ella, analizaba con más detalle el comportamiento de Gordon. Patricia no veía diferencias, quizás, algunas veces la sorprendía como nueva cierta sutileza al hablarle o mirarla, sin estar segura de que no lo hiciera antes.

Charlotte entró en la cocina para sacar la tarta de Nicholas, y un olor delicioso se le metió en la nariz; no tardó en comprender su procedencia. Maggie salió de la despensa y casi chocaron.

—¿Qué buscas? —preguntó Maggie, viéndola pasear la vista por la encimera.

—Las velas. ¿Dónde están?

—Ni idea. Pregúntale a Victoria. Ella sabrá.

—Déjalo ya. ¿Vale? —dijo molesta. Charlotte no quiso ser brusca, pero llevaba más de una hora sintiendo contracciones cada cierto tiempo y le dolían de forma intensa, más que otros días—. Le estás haciendo tu bizcocho, al final siempre se sale con la suya, no sé para qué te metes tanto con él.

—Me lleva acribillando toda la comida. Si no quieres, no se lo doy.

—No. Le va a gustar más que la tarta.

El pastel era muy bonito y elegante, aunque la exagerada cantidad de nata no iba a ser del gusto de Nicholas; la detestaba. Limitaba su consumo de dulces a exclusivos chocolates con frutos secos o los

deliciosos bizcochos de fruta que Maggie preparaba de forma magistral. Charlotte encontró las velas en el interior de una cajita plateada, parecía un regalo más que otra cosa. Las pinchó formando una espiral y Maggie le acercó un mechero antes de que lo necesitara. El gesto indiferente de Charlotte no la engañó, detectó una sombra de miedo en sus ojos que la alertó y preocupó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias por hacérselo —dijo Charlotte. Intentó disimular sonriendo—. No te preocupes, estoy un poco nerviosa.

Cuando salió Charlotte, sin defraudarla, Nicholas contrajo el gesto mirando la tarta con cuarenta y tres velas encendidas, encogió los hombros resignado a su desgracia y un único pensamiento: «¡qué asco de nata!». Creyendo que las velas eran para ellos, los niños las soplaron junto a su padre mientras su familia cantaba un desafinado *Cumpleaños Feliz*. Luego, Nicholas recibió besos y abrazos cariñosos, aunque echó de menos a la mujer con el delantal que le sonrió apoyada en la puerta de la cocina, cruzando los brazos con una mirada reveladora a través de sus gafas, de acuerdo con la mueca de desagrado que él no disimuló señalando la tarta.

El tiempo los acompañó en una tarde divertida y familiar hasta que algunas nubes coparon el cielo. Entraron en el salón hablando o jugando en función de la edad, Tristam sirvió unas bebidas atento a las indicaciones de Nicholas, que se sentó en el banco. Gordon fue el primero en entregarle su regalo: una silla de montar negra con partes caladas en la piel. Nicholas la admiró agradecido, pensando en *Viking*; qué buenos momentos pasaba con ese caballo, el mejor que había tenido nunca. Patricia le dio emocionada unos gemelos de James que mandó hacer en Cartier el abuelo Henry. Tenían sobre una pieza de oro los escudos tallados de su apellido y las letras “F” y “H” grabadas detrás.

—Gracias, mamá.

Nicholas se inclinó hacia abajo y le dio un beso en la mejilla.

—Tu abuela se los dio a tu padre. Ahora son tuyos.

—Papá siempre se los ponía con el esmoquin —añadió Victoria pensativa.

Los niños reaparecieron corriendo cada uno con un paquete rojo y un lazo plateado. Alex casi no podía tirar del suyo, pero Charlotte lo dejó porque su genética obstinada le resultó graciosa, era otro rasgo que lo identificaba, y su hermano —aparte de aceptarlo— parecía que a veces prefería un segundo plano para poder ir a su aire.

Nicholas le agradeció con un beso las botas de montar que había elegido su mujer y cogió el pequeño paquete que Henry le ofreció,

esperando paciente. Era un marco de plata con una foto de él y Alex montando los ponis. Charlotte la dedicó en sus nombres: *«Para el mejor papi del mundo. Hen y Alex »*

—Gracias, cariño —susurró Nicholas agachado—. Es el que más me ha gustado.

Henry sonrió satisfecho, mientras su hermano ayudaba entusiasmado a Nicholas sacando las botas de la caja.

—Aquello es nuestro regalo.

Tristam le señaló un paquete voluminoso cerca de la puerta corredera. Nicholas se acercó intrigado, lo abrió y admitió contento:

—Vaya, empiezo una colección.

Tenía delante otra máquina de escribir antigua, una Royal americana de principios del siglo XX, negra, con unos pequeños cristales en los laterales. Le buscaría hueco en la librería de su despacho; la Underwood que le regaló Charlotte ocupaba un lugar de honor, y también para esta encontraría uno especial.

Su hermana se decantó por una sofisticada pluma estilográfica lacada en marfil y un veteado negro, con detalles florales dorados, y un acabado artesanal impecable. Cuando Nicholas creyó que por fin había terminado de abrir elegantes envoltorios, Charlotte se aproximó con un sobre en la mano.

—Toma, cariño —dijo sonriendo—. Faltan algunos meses para que lo disfrutes…

Nicholas frunció el ceño y con suavidad sacó dos entradas para el recital en Berlín el próximo treinta de octubre del pianista argentino Daniel Barenboim.

—Gracias. Esto sí que no lo esperaba.

Charlotte lo besó en los labios, pero se apartó al notar que a su marido no le importó enredar sus lenguas estando rodeados de público, aunque fuese la propiedad privada de su casa.

El ruido del carro de la comida precedió la entrada de Maggie con un servicio de té y café, y el bizcocho colocado en la bandeja inferior, aún templado, pero el detalle era lo importante.

—Luego hablamos tú y yo —susurró Nicholas, sosteniendo una mano bajo la espalda de Charlotte.

—Tengo una sorpresita para usted —dijo Maggie.

Sin soltar a Charlotte, con una expresión de disgusto, Nicholas entrecerró los ojos mirándola. La mujer lo desafió burlona tapando con su cuerpo el carro.

—No me interesa. Lo único que podías haber hecho, no te ha dado la gana hacerlo.

Charlotte le tocó el brazo preocupada, creyó que fingía, aunque el

reproche de su voz no dejaba mucha duda, se había indignado como un crío por no tener su pastel favorito.

—Cariño —murmuró Charlotte—, contrólate.

Nicholas miró suspicaz a Maggie.

—Venga —dijo Leslie sonriendo—, no lo hagáis rabiar.

Consciente de que se cocía algo, Nicholas giró la cabeza, contempló la risa silenciosa de su mujer, compartida por todos, y sonrió cínico por la tomadura de pelo en cuanto Maggie se apartó.

—Muy graciosa, pues ahora no lo pienso probar.

—Cariño, no seas infantil.

—Usted verá qué hace —dijo Maggie indiferente mientras Sarah y Tristam venían con los niños reclamando su porción—. Yo no me lo pensaría mucho.

Al terminar de decirlo, Nicholas la besó en la mejilla.

—Gracias, sin tu bizcocho no sería lo mismo.

—Feliz cumpleaños.

—Está delicioso, Maggie —dijo Gordon encantado.

Todos sin excepción alabaron una masa esponjosa rellena de crema de canela espesa, suave y dulzona, combinada en un equilibrio perfecto con unos arándanos morados y rojos, unas frambuesas, y algunas grosellas negras muy ácidas, sin enmascarar el contraste de un bocado exquisito.

El ensordecedor ruido de un trueno comenzó la tormenta de verano anunciada por varios relámpagos y unas rachas de viento desagradables.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Leslie a Ed.

Al día siguiente salían de vacaciones a Francia, donde pensaban estar hasta que naciera su nieta. Tenían más de una hora de trayecto y esperar a que mejorara la lluvia no era una buena opción, cuando empezaba así, prometía varias horas de agua.

Menos Tristam y Sarah, en pocos minutos los demás se despidieron. Nicholas llevó a su familia de regreso a Ivory y los dejó entretenidos con Charlotte y los niños.

—La semana que viene nos vendremos a pasar el verano —dijo Sarah, sentándose en el sofá.

—¿Por qué no os venís a Ivory?

—Estamos terminando de decorar la casa. Pero podemos vernos algunos días.

—Me hacía ilusión que pasáramos juntos el resto del mes —dijo apenada—. Cuando volváis a Londres solo nos veremos los fines de semana, y no sé si cuando nazca Nicole tendré ganas de reincorporarme, me estoy acostumbrando a estar rodeada de los niños.

—Supongo que no es fácil dejarlos.

—No. —Charlotte se fijó en la mirada de Sarah hacia Tristam, que jugaba de manera violenta tirado en el suelo con sus sobrinos y preguntó sonriente—. ¿Lo estáis intentando?

—Sí.

Sarah mostró su desilusión con un oscuro brillo melancólico en los ojos.

—Cuando tuve el aborto no quería volver a quedarme embarazada. Fueron los peores días de mi vida. —La voz serena de Charlotte tratando de no quebrarse—. Pasamos tres meses horribles. Empecé a obsesionarme y creía que nunca más me quedaría embarazada. Como una especie de castigo —dijo dudosa. Sarah le acarició la mano, nunca la obligó a confiarle sus temores y respetó el silencio que Charlotte necesitaba para continuar; no hablaba de esos días sin emocionarse; era superior a ella. Se recompuso y concluyó—. Al poco tiempo de asumir que no estaba en nosotros, me quedé embarazada. La ansiedad y el estrés no ayudan. Hazme caso, cuanto más lo pienses será peor.

—Gracias —dijo Sarah. Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Tristam me ha dicho lo mismo.

—Sarah, nos deberíamos ir ya.

Se sucedieron los abrazos, besos y una breve rabieta que Tristam apaciguó con una paciencia muy tierna, ganándose más afecto de Sarah y una repentina admiración de Charlotte.

En la cocina Maggie limpiaba los restos de la merienda cuando Charlotte entró con Alex y Henry. Los llevó al rincón de *Brown,* se sentaron y empezaron a alimentarlo cogiendo el pienso del comedero con las manos. Ella fue hacia la mesa y se dejó caer en una silla suspirando profundamente.

—Estoy muerta.

—¿Te apetece un zumo?

—No —respondió Charlotte—. ¡Dios!

De manera brusca se sujetó con las manos la parte baja de la barriga.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

—Llevo todo el día con contracciones fuertes —dijo fatigada.

—No te muevas de ahí. Quédate un rato tranquila.

La intensa lluvia ralentizó el paso del Porsche de Tristam en una calzada demasiado mojada como para confiarse. No habían llegado ni a la mitad del trayecto cuando tuvieron que esperar más minutos de los normales por un atasco en la calle principal de Frome.

—Charlotte me ha pedido que pasemos agosto con ellos en Ivory —dijo Sarah.

—Nuestra casa está a diez minutos —comentó tocándole la rodilla —. Prefiero que estemos solos.

—No te aceleres, me pone muy nerviosa la lluvia.

—Voy tranquilo —dijo condescendiente—. ¿Qué le has dicho?

—Que estamos terminando de reformarla y que cuando quieran podemos ir a pasar el día con ellos.

—Perfecto. ¿Te apetece que paremos a comprar queso? Así dejamos que se despeje esto.

Señaló la fila de coches que aguardaba delante de un semáforo averiado.

—Sí, pero el último que compramos no me gustó, vamos al viejo Mike.

Charlotte bañó a los niños con Maggie, los dejaron jugar dentro de la bañera distraídos con sus muñecos de goma, y los contempló sonriente a pesar del desasosiego de su cabeza.

—¿Te dolieron mucho? —preguntó Charlotte.

—¿El qué?

—Qué va a ser —dijo exasperada—. Los partos de tus hijos.

—Charlie, por favor… —Maggie suspiró cansada—. Te lo he dicho mil veces, no hagas caso de los comentarios de la gente, cada persona siente el dolor de una manera. Me he encontrado a mujeres para quienes el parto fue la peor experiencia de sus vidas y otras que decían ni haberse enterado. Te van a poner la epidural. Deja de preocuparte.

—Sí, pero antes tendré que haber dilatado y eso es lo que duele.

—No lo pienses más. Piensa que todas las mujeres lo hacen y no pasa nada.

—¿Todas? ¿Todas?

Maggie volvió a concentrarse en los niños, impotente por no ser capaz de calmar a Charlotte. Le había explicado con pelos y señales los dos partos de sus hijos. También le contó todas las experiencias positivas de sus amigas y conocidas, y, aun así seguía obstinada con sus temores.

Cuando llegaron a Ivory, a Nicholas le llamó la atención un Mercedes SLS AMG aparcado en la zona reservada para los clientes. Desde que cambió su deportivo por el X6 no se había arrepentido,

pero no podía evitar sentirse fascinado por el modelo elegante del cupé negro que era la primera vez que veía tan cerca.

Patricia y Gordon entraron con rapidez al interior, mientras él, andaba más despacio con su hermana.

—¿Quién es el dueño? —preguntó curioso.

—Un empresario sueco, Andreas Göransson ¿Te gusta?

—Sí. Es precioso. ¿Desde cuándo está con nosotros?

—Hace dos días. Tiene negocios de hostelería en varios países. Sarah está trabajando para él —dijo Victoria despreocupada—. Es educado, un poco serio pero correcto.

—Lo conozco. Nos lo presentó a Charlotte y a mí Frank Knight, en la gala de la Fundación del Museo. Me dijo que estaba en lista de espera.

—Sí, ha estado más de dos meses.

Andreas llevaba un par de días preparándose para el encuentro, se sorprendió al ver a Nicholas a esas horas, y apareció de repente su oportunidad. No le apetecía ser cortés con nadie, pero la mirada tímida de la joven directora, que correspondió con una sonrisa, aumentaron unas expectativas de éxito. Necesitaba que los Finch-Hutton empezasen a perder dinero. Más tarde, cuando surgieran las escisiones entre ellos, sería el momento adecuado para intervenir. El más preocupante para él era el hombre que le sonreía con amabilidad. Su patrimonio personal estaba saneado y las empresas donde había invertido eran rentables.

El señor Göransson tenía claro que en los negocios como en las guerras todo era válido. Su meta era el hotel y se disponía a jugar bien sus cartas para conseguirlo con argucias legales, a pesar de que algunas no parecieran nada éticas. Ciertas definiciones no entraban en su vocabulario, y conseguía todo aquello que se proponía. La obsesión desde que Giselle le habló de una selecta clientela se incrementó sin escrúpulos, sin sentimientos; la frialdad de sus ojos era el reflejo de la superioridad que proporciona tener hielo en el alma, más si cabe desde que su padre había fallecido y nunca vería esa casa que supuso disfrutó junto a ellos en sus manos.

Con unos andares confiados y una apariencia relajada, Andreas camufló la aversión que sentía y alejó cualquier sospecha.

—Señorita Finch-Hutton, es un placer verla.

—Gracias. —Victoria sonrió nerviosa—. ¿Ha pasado un buen día?

—Sí. Necesitaba esta calma. —Andreas miró a Nicholas interesado y le tendió la mano—. Me alegra volver a verlo.

—Lo mismo digo —comentó Nicholas correspondiendo al firme saludo. Se metió las manos en los bolsillos y añadió amigable—: No

sabía que estaba usted aquí. ¿Qué le parece el hotel?

—Encantador. Todo es precioso y el servicio personalizado hace la estancia muy acogedora.

—Es un gran cumplido viniendo de un hombre como usted —dijo Nicholas con sinceridad—. Por cierto, tiene un coche fantástico.

Andreas rió complacido por primera vez. El coche los podía ayudar a estrechar unos lazos de confianza que serían convenientes en un futuro próximo.

—¿Le apetece conducirlo?

Le mostró las llaves y una ligera sonrisa.

—Otro día. Tengo que volver a mi casa y la noche no es la más indicada.

—Cuando le venga bien, solo tiene que decírmelo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo van con los restaurantes?

—El de Londres lo abriremos la primera semana de septiembre. Por supuesto, están invitados a la inauguración —dijo con cortesía.

—Muchas gracias. Ha sido un placer verlo. —Nicholas le tendió la mano a modo de despedida—. Disfrute de su estancia en Ivory.

—¿Se va?

—Sí. Ya nos veremos.

—Por supuesto —dijo Andreas inclinando la cabeza.

Sin nadie alrededor, la mayoría de los clientes disfrutaban en el salón de la cena, y con la recepción desierta, en cuanto Nicholas los dejó solos, Victoria mantuvo una pose serena y trató de continuar la charla:

—¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse en Inglaterra?

—¿Quiere echarme?

—No, claro que no —dijo rápido. El tono bajo de la voz de Andreas pulsó la vanidad femenina de Victoria, que en las dos últimas semanas retomó su relación estrictamente profesional con Max y creía tenerlo superado, pero no estaba acostumbrada a que los hombres flirtearan con ella, al menos, no los hombres como el señor Göransson. Con una mirada avergonzada, que no pudo sostener más de dos segundos, trató de disculparse—. Le he preguntado por curiosidad.

—Solo bromeaba. —Andreas se concentró en el rubor de unas mejillas y en la transparencia de unos inocentes ojos azules. Victoria Finch-Hutton era una mujer hermosa, no dudó de su capacidad, y tampoco de que si se lo proponía la haría comer de su mano; todas las mujeres eran iguales; les consentía sus caprichos y siempre se doblegaban a su voluntad—. No quería ser insolente. Háblame de tú, y acepta comer mañana conmigo.

—No sé si tendré tiempo —dijo disimulando. Había algo misterioso

en él que la atraía con la misma fuerza que la repelía, era un hombre espectacular y su interés por ella subió de forma turbadora su autoestima—. Normalmente lo hago aquí cuando los clientes han terminado.

—No hay problema, te esperaré.

—Como quieras —admitió con una sonrisa leve—. Será mejor que te deje, es la hora de la cena.

—¿Te espero sobre las tres? ¿Está bien?

—Sí. Buenas noches, Andreas.

El sonido de su nombre en sus labios no lo esperaba. La señorita Finch-Hutton escondía una sensualidad que lo puso duro al instante. «¡Joder!». Si solo con una palabra lo había puesto tan firme como una roca, no quiso imaginarse lo que sería quitarle ese vestido blanco y enredar unas piernas de vértigo con las suyas hasta hacerla estallar con él. Alejó esos pensamientos, al igual que ella desapareció de su vista.

Charlotte acabó de ducharse y se colocó un camisón celeste, escuchando las bromas de Maggie y a sus hijos jugar con el perro. Fuera, la tormenta seguía trayéndoles el sonido enfurecido de algunos truenos. Una contraventana azotada por el viento empezó a dar golpes en el cristal. Charlotte la abrió, la colocó bien y, mientras la cerraba, notó cómo se le empapaban las piernas. Bajó la vista y se asustó por la cantidad de agua que brotaba de su cuerpo.

—¡Maggie!

El sonido de su voz quedó silenciado por el chapoteo de la lluvia. No sintió ningún dolor y anduvo cautelosa hasta sentarse en la cama, el volumen de su barriga le impidió verse la entrepierna, pero estaba de parto en la semana treinta y ocho, cumpliendo una de sus pesadillas, sola; sin Nicholas.

—¡Maggie!

Presa del pánico, Charlotte no quería moverse. Le llegó una contracción brutal que la encogió de dolor, soltó un alarido desgarrador asumiendo la intensidad real del esfuerzo que tenía por delante, aparte de la cara alucinada de sus hijos y Maggie; inmersa en su martirio ni siquiera los oyó entrar.

Maggie se fijó en el charco de agua, apartó a los niños sopesando la situación y volvió con Charlotte.

—No pasa nada —dijo sonriendo ligeramente—. Has roto aguas. Vamos a llevarte al hospital. ¿Dónde tienes la bolsa?

—¿Quién me va a llevar? —preguntó irónica—. ¿Tú?

—No. Nicholas tiene que estar a punto de llegar. Voy a llamarlo.

—No me puedo creer que esté pasando esto.

—Llevas varios días con contracciones. ¿Hoy no has tenido?

—Sí, un montón, pero no quería estropearle la comida.

—No te inquietes, voy a llamarlo.

Se llevó a los niños, y en la cocina los sentó en sus sillas. Para su asombro parecía como si intuyeran el temor que le atenazaba todo el cuerpo, se estaban comportando con docilidad sin incrementar su estrés. Cogió el móvil de Charlotte y llamó a Nicholas. Respondió de inmediato:

—Dime, cariño, estoy saliendo.

—Hola, soy Maggie.

—Hola, Maggie. ¿Qué pasa?

—Charlotte está de parto.

—¿Ahora?

Tan sorprendido como ella hace un momento.

—Sí. No sé cuánto le queda, pero está teniendo contracciones y ha roto aguas.

—¿Cómo está?

—Un poco histérica. Venga lo antes posible, como empiece el parto con ella sola, me muero.

Si Maggie, que poseía la cualidad de la templanza en situaciones de emergencia, estaba así, su mujer estaría por las nubes. Cuando abrió el coche y lo puso en marcha, el corazón empezó a latirle con demasiada fuerza.

—Voy de camino. Tardo media hora.

Una lluvia violenta caía en el parabrisas y las escobillas no daban abasto para retirar el agua. Lo más rápido que hacía siempre ese trayecto superaba en más de una hora el tiempo que le había dicho a Maggie. Oscura y serpenteada de árboles, la A36 lo vio pasar mucho más rápido de lo permitido, tan veloz como el latido descontrolado de su corazón. La respiración cada vez más trabajosa indicaba el principio de un ataque. Debía tranquilizarse o no sería de ninguna ayuda. Sin sopesar el riesgo siguió apretando el acelerador. Marcó el teléfono de Tristam con la esperanza de que aún no hubiesen llegado a Amesbury. Bajó el ritmo del coche, no así el de sus latidos. Le dolía el pecho y se estaba dejando llevar por el pánico.

—Hola, Nick.

—Tristam, ¿dónde estás? —preguntó sofocado.

—En Frome ¿Por qué? ¿Estás bien?

—Vuelve a mi casa. —Con la voz entrecortada, sin aliento añadió —: Charlotte… está…de parto. Llévala… a… Bristol.

Hasta ahí pudo hablar antes de perder el conocimiento y dejar caer bruscamente la cabeza contra el volante.

—Vale, no te preocupes. ¿Dónde estás tú?

Tristam esperó unos segundos, pero al no obtener respuesta creyó que la comunicación se había cortado. En cambio, la llamada seguía activa.

El sensor de velocidad del coche de Nicholas detectó la falta de presión y frenó el movimiento. La carretera desierta fue mudo testigo de un todoterreno parado bajo la incesante lluvia; su ocupante había perdido la lucha contra el tiempo; un corazón traicionero no aguantó los kilómetros que necesitaba recorrer para ayudar a Charlotte; él tenía que ser socorrido.

—¡Nicholas! —gritó Tristam preocupado—. ¿Sigues ahí?

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah, advirtiendo su intranquilidad.

—Charlotte está de parto, tenernos que volver a Wells.

—¿Dónde está Nicholas? ¿Aún no ha vuelto?

—No lo sé. No me contesta.

—Bueno, él estará bien. Vamos a por Charlotte.

Sarah le tiró de la mano y sin importarle la lluvia, a paso rápido llegaron al coche.

Media hora más tarde, las ruedas del Porsche entrando rápido por el camino levantaron el agua hasta que llegaron a la puerta, escoltados por dos cascadas llenas de barro, en una de las noches veraniegas más desapacibles que recordaban. Su sobrina eligió para nacer un día especial, era el cumpleaños de su padre, y sería una bonita coincidencia, también sería un detalle que no tardara en aparecer; aunque supuso que no se haría de rogar, estaba como loco por conocerla.

Maggie abrió y respiró aliviada por los refuerzos.

—He llamado al centro de salud. El médico ha salido a una visita, me han dicho que en cuanto termine nos llamará para ver si seguimos aquí.

—Nicholas dice que vayamos a Bristol —dijo Tristam, subiendo la escalera detrás de ellas.

—Donde sea —dijo Maggie—. Pero tiene que ser ya.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Sarah.

—En su dormitorio. Aún no están dormidos.

—Si llama Nicholas dile que vamos a llevarla a Bristol —dijo

Tristam.

Maggie asintió con la cabeza, entraron en la habitación y encontraron a Charlotte sentada en el sillón junto a la ventana.

—¿Cómo estás? —preguntó Sarah.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está Nicholas?

Les había dicho que tardaría media hora, no que vendrían sus cuñados.

—Estábamos más cerca que él —explicó Tristam—. Me ha dicho que nos vayamos ya al hospital.

—Vale —admitió Charlotte preocupada—. Llámalo y dile que vaya directamente allí.

—Lo hacemos por el camino —dijo Tristam.

Cogió la bolsa que Charlotte tenía preparada y salieron hacia el coche.

Desafiando la oscuridad el resto del trayecto, entre gritos que se sucedían con más frecuencia, Tristam condujo sereno, aunque por dentro sus nervios estaban empezando a traicionarlo. En varias ocasiones increpó a otros conductores que no tenían su misma urgencia. Sarah se acopló cómo pudo detrás y Charlotte lo acompañó en silencio hasta que otra contracción la hizo gritar de dolor.

—¿Cada cuánto las tienes?

Sarah lo único que conocía era que si el intervalo era muy corto el parto era inminente.

—No estoy segura, cada diez minutos más o menos. Quizás menos. No sé.

—No te preocupes, tampoco nos va a servir de mucho.

En el hospital un celador sentó a Charlotte en una silla de ruedas y la dejó con Sarah infundiéndole ánimo, mientras Tristam aparcaba. Cuando le estaban tomando los datos, sonó su móvil y vio aliviada el número de Nicholas. Soltó el aire y más tranquila esbozó una sonrisa mirando a la enfermera, que con eficiencia terminó su ficha.

—Hola, ¿dónde estás?

—Hola —saludó un desconocido—. ¿Conoce a Nicholas Finch-Hutton?

—Sí —susurró Charlotte—. ¿Qué ocurre?

—Le llamo del Salisbury District Hospital, lo acaban de traer. Ha sufrido un accidente.

En ese instante la luz se apagó para Charlotte, dejó caer el teléfono

al suelo con la mirada perdida, sin valor para afrontar la realidad de la única noticia que no querría haber escuchado nunca.

La niña la reclamó y una enfermera se la llevó; no reparó en el móvil olvidado. Sarah se agachó, lo cogió y remarcó la llamada de Nicholas. El miedo en los ojos de Charlotte la dejó impresionada. El teléfono sonó sin respuesta hasta que avisó de que el número no estaba disponible. Según sus cálculos, Nicholas no debería tardar. Desde Salisbury el trayecto no lo haría en menos de una hora y cuarto, los avisó a las ocho y media; eran casi las diez, tenía que aparecer pronto; estaba segura, él no dejaría a Charlotte sola; absolutamente convencida.

Continúa con Ivory Manor III, *Entre nubes*.
El mayor temor de Charlotte se hace realidad cuando se tiene que enfrentar sola al parto.
Con arrogancia y suficiencia Andreas creerá que Victoria es una conquista fácil, hasta que va cayendo arrodillado. Sus planes se verán condicionados por ella, aunque será tarde para arrepentimientos cuando implique a todos los Finch-Hutton.
Victoria le descubrirá el amor y también su secreto mejor guardado; uno que llevaba toda la vida tratando de olvidar. Ella se encargará de hacerlo salir a la luz. ¿Podrá él asumirlo?
Una casa en peligro de cambiar de manos, tras más de trescientos años puede dejar de pertenecerles. Corazones debilitados por el amor, una familia, un legado, y sentimientos fortalecidos por el destino de Ivory manor.

Entre nubes

IVORY MANOR III

RosA. Menéndez

Ivory Manor III

Entre nubes

RosA. Menéndez

copyright © RosA. Menéndez 2014
Portada © R.A.M.
www.rosamenendez.com

Sinopsis

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Sinopsis

La peor pesadilla de Charlotte se hace realidad cuando tiene que enfrentarse sola al parto. Andreas con su arrogancia y suficiencia creerá que Victoria es una conquista fácil hasta que va cayendo arrodillado. Un plan bien trazado se verá condicionados por ella, aunque será tarde para arrepentimientos cuando implique a todos los Finch-Hutton. Con Victoria saldrá a la luz el hombre que oculta bajo una apariencia helada y un secreto que lo atormenta. ¿Será capaz de asumirlo? ¿O arrasará con el legado de una familia?

CAPÍTULO I

Bristol, Inglaterra
1/8/2013

Tristam llegó a la sala de espera y encontró a Sarah muy seria mirando concentrada un móvil que sostenía en la mano; un extraño miedo atenazaba todos sus músculos; conocía a Charlotte y el pánico que vio en sus ojos no fue motivado por el parto; Nicholas no había llegado, y sus nervios se incrementaban sin control.

—¿Dónde está Charlotte?

Sorprendida al verlo, Sarah parpadeó varias veces.

—Se la han llevado hace unos minutos.

—¿Va todo bien? —preguntó Tristam tocando su brazo.

—No lo sé. Antes de irse la han llamado por teléfono. Ha sido Nicholas, no sé qué le ha dicho, pero Charlotte ha dejado caer el móvil aturdida. No he podido hablar con ella, ha sido muy rápido —admitió con un gesto contrariado—. He intentado hablar con él, pero no lo tiene operativo.

—Debería haber llegado ya. Voy a llamarlo.

Tristam marcó el número con el mismo éxito que ella, suspiró agobiado y se sentó al lado, pasándose frustrado las manos por la cara. Sarah le dio un beso rápido en los labios, y sin palabras se infundieron el ánimo que necesitaban.

Un poco más tarde, las puertas de la sala donde estaba Charlotte se abrieron y la vieron salir abatida con los ojos enrojecidos.

—¡Tristam! —Charlotte gritó desesperada. Desde que entró en monitores les rogó a dos enfermeras que avisaran a su cuñado, le aseguraron que lo harían, aunque no dejaron una divertida conversación para tomarse esa molestia—. ¡Tristam!

—Tranquila —dijo Tristam acercándose con una sonrisa—. Todo va a ir bien.

—Busca a Nicholas —rogó llorando. El celador que empujaba la camilla no se detuvo y siguió avanzando por el pasillo—. Ha tenido un accidente

—¿Cuándo? —preguntó nervioso, corriendo al ritmo que impulsaba el celador—. ¿Dónde está?

—No lo sé.

Charlotte desapareció en el interior del enorme ascensor que bajaba al sótano y los dejó delante de unas puertas de acero cerradas que reflejaron sus imágenes atónitas.

—¿Cuánto tiempo hace que la llamaron? —preguntó Tristam.

—Más de media hora —respondió Sarah—. Te dijo que estaba saliendo de Ivory sobre las ocho y media, no ha debido ser muy lejos de allí —razonó seria, atenta a la preocupación en el rostro desencajado de Tristam y al miedo que expresaban sus ojos—. Llama a la policía de Salisbury, ellos sabrán algo.

De inmediato Tristam habló con un oficial que le informó del vehículo hallado en la A36, a la altura del campo de cricket, a menos de tres kilómetros de Salisbury, parado con su ocupante inconsciente. Aunque no supo decirle cómo estaba, tuvo la deferencia de darle el nombre del hospital al que la ambulancia lo llevó, gracias al aviso de un conductor que pasó pocos minutos después y paró a socorrerlo.

—Voy a buscarlo —dijo Tristam—. Ha sido cerca de Ivory.

—¿Qué? —preguntó nerviosa— ¿Cómo está?

—No lo sabía, dice que se lo llevó una ambulancia. Parece algo del corazón, cuando me hablaba respiraba sofocado. —Tristam comprendió la extraña sensación que tuvo, cavilando en la similitud con las arritmias de su padre—. Voy a llamar a mi madre para que vaya, llegará antes que yo.

—De acuerdo. Conduce despacio, por favor.

—No te preocupes. —Tristam le acarició la mejilla—. Solo serán un par de horas.

Tristam trató de apaciguar su desasosiego ante la responsabilidad de quedarse sola con Charlotte, la besó en los labios y salió corriendo por el pasillo.

En las urgencias del Salisbury District Hospital, un médico trataba cansado de apaciguar la ansiedad del hombre fuera de sí, que no era capaz de estar quieto un momento.

—Señor Finch-Hutton, no se lo voy a repetir más —dijo firme. En su extensa carrera había visto de todo; sin embargo el ímpetu de ese paciente lo recordaría mucho tiempo—. Hasta que no venga algún familiar a recogerlo, no va a salir de aquí.

—Tengo que llegar a Bristol, le he dicho que ya estoy bien —explicó Nicholas tan harto como el médico. Con un tono vehemente que no ayudó a calmar los ánimos, añadió—. No puede retenerme.

—Sí puedo —dijo rotundo—. No le doy el alta.

—Se acordará de esto toda su vida. —Impotente, Nicholas se dejó caer en la silla, esperando un milagro. No pensó en su suerte ni en su dislocado corazón, su cabeza estaba con Charlotte, y hasta que no llegara a Bristol no tenía intención de parar—. Vamos a hacer un trato. Hágame otro electro, si estoy mejor, dejará que me vaya, si no, me quedo —explicó convencido, más calmado añadió—: Por favor.

—Es usted el paciente más cabezón que he tenido en mucho tiempo. Su cuerpo le ha dado un aviso —comentó el médico severo—. Ha tenido mucha suerte de que otro conductor lo encontrara tan rápido. Según su historial, es el segundo episodio que tiene. No debería tomárselo a la ligera.

—Cuando me ha encontrado, estaba recobrando el conocimiento. Y también le he dicho el porqué de mis nervios. Mi mujer me necesita a su lado, no quiero volver a repetírselo.

El médico lo miró resignado, pero le colocó los electrodos en el pecho. Nicholas cerró los ojos concentrado, calmándose respiró varias veces y la máquina empezó a dibujar el ritmo de sus latidos. El pitido constante se estaba estabilizando y mostró un pulso menor de cien por minuto. Nicholas expiraba e inspiraba relajado, tratando de convencer al aparato.

—Está mucho mejor —reconoció el médico—. Pero no se confíe. Si cuando está muy estresado se altera y pierde la consciencia, aunque no suponga un peligro para su corazón, puede desencadenar un accidente involuntario. Le aconsejo que cuando vuelva a sentir que el latido cambia con rapidez se relaje y deje de hacer cualquier actividad que lo ponga en riesgo a usted o a cualquier persona.

Unos minutos después llegaron Patricia y Victoria. El temor que reflejaban sus ojos se alivió al verlo sentado hablando con un médico. Las dos advirtieron una expresión tensa, esforzándose por dominarse. La mirada letal de Nicholas al hombre, mientras balanceaba un pie con las piernas cruzadas, sugería un rango de humor bajo mínimos.

—Nicholas.

Al oír la voz de Patricia, se levantó de un salto y la abrazó aliviado; por fin podría salir pitando de allí.

—Doctor, son mi madre y mi hermana. ¿Me puedo ir ya?, por favor.

—Un momento —dijo cogiendo su ficha. Escribió unas líneas y estampó un sello junto a su firma—. Tenga. —Le extendió el alta con una sonrisa irónica. Deseó con fuerza que la noche mejorara. Si llegaba otro paciente como ese, directamente lo estrangularía con sus propias manos. No entendió cómo se podía ser tan irresponsable. Una cosa era poner en riesgo su propia vida, pero otra la de los demás, y lo

triste era asumir que nada de lo que le dijo parecía haber calado muy hondo en él—. Entréguelo en el mostrador.

Tras hacer efectivo el alta, salieron hacia Bristol tranquilos. Pese a que la tormenta había pasado, todavía seguía lloviendo, las gotas chapoteaban en el capó y la visibilidad era escasa. Por el camino, Nicholas le pidió a Patricia que lo dejara en su coche. Seguía estacionado a un lado de la carretera, donde lo puso el conductor que llamó a la ambulancia antes de que Nicholas se negara a ser atendido por los sanitarios, que no le dieron opción al confirmar la arritmia.

—Déjalo ahí —dijo Patricia pasando de largo. No iba a irse solo, por muy intransigente que se pusiera—. Mañana lo recogeremos.

—Sois unas pesadas.

—He hablado con Sarah, dice que Charlotte aún está dilatando —comentó Victoria, ignorándolo—. Le han dicho que tiene para un rato.

—Todo va a ir bien —dijo Patricia seria—. Intenta calmarte, Nick. Nos has dado un buen susto.

Incómodo, tensó las mandíbulas y prefirió mantener silencio. Rezó durante el resto de kilómetros para llegar a tiempo antes de que su hija naciera. No se perdonaría haberle fallado en ese momento a Charlotte, que supuso estaría al borde de la histeria.

Cuando Sarah vio entrar corriendo a Nicholas se abalanzó contra él, lloró de alivio por Charlotte, imaginando cómo debía estar, aunque de momento no había ninguna complicación y era lo único que la mantenía serena.

—¿Cómo estás? —preguntó Sarah—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada —dijo rápido—. Luego hablamos. ¿Cómo está Charlotte?

—Está abajo, dilatando. Habla con la enfermera.

Nicholas se acercó al mostrador y tras enseñarle su documento de identidad, la mujer le dio un traje aséptico verde.

En cuanto Tristam regresó, dio la vuelta cuando su hermana lo puso al tanto del estado de Nicholas, abrazó a Sarah, y se sentaron junto a Patricia y Victoria. Faltaba menos de media hora para acabar un día donde el tiempo estaba detenido, hasta que naciera la niña no darían por concluido el cumpleaños más largo que habían vivido nunca.

Para Charlotte no fue novedad que la puerta del quirófano se abriese, desde que le pusieron la epidural el trasiego de personal era constante. Creyó alucinar cuando vio los ojos de Nicholas sonriéndole.

Supo que había llegado la hora; si estaba con ella, todo era fácil.

—Hola, mi amor.

Nicholas le cogió la mano y le dio un suave beso en el dorso.

—Colóquese aquí —ordenó un médico.

Lo situó detrás de la cabeza de Charlotte. El sonido de las máquinas y un olor a desinfectante, desagradable, le puso los vellos de punta. El frío del aire acondicionado tampoco ayudaba a sentirse cómodo.

—Charlotte, cuando yo te diga, empuja —dijo un ginecólogo—. No antes ¿de acuerdo?

Asintió con la frente llena de sudor. Comprobaron la posición del cuerpo de la niña y le pidió a Charlotte el primer esfuerzo:

—Muy bien. La veo perfectamente. Ahora empuja un poco, no muy fuerte. Hasta que yo te diga —ordenó con una sonrisa. Cuando tuvo en sus manos la cabeza del bebé, miró risueño a Nicholas, que sujetaba con firmeza a Charlotte por los hombros, susurrándole palabras cariñosas mientras jadeaba cansada. El médico le hizo una ligera señal para que no dejara de alentarla y volvió a ordenarle lo mismo varias veces hasta que salieron los hombros—. Charlotte, llega el final. Empuja con todas tus fuerzas. ¡Ahora!

Al momento, el pequeño cuerpo de Nicole salió disparado hasta casi resbalar en las grandes manos que la esperaban.

—Caballero —dijo una enfermera dirigiéndose a Nicholas. Le mostró una tijera plana—. ¿Quiere hacer el honor?

Nicholas se acercó para ver a su hija por primera vez. Tenía el cuerpo envuelto en una sustancia rojiza y viscosa, no lloró y le pareció la *cosita* más tierna que había visto nunca. Cogió las tijeras con el pulso tembloroso y cortó el cordón umbilical por donde le indicaron. Luego, la pesaron, asearon y, envuelta en una cálida sábana, se la entregaron.

Una enfermera dictó a otra todos los datos de la niña:

—Ha pesado tres kilos quinientos gramos. Mide cincuenta y un centímetros y ha nacido el día uno de agosto a las veintitrés cincuenta y cinco minutos. ¿Cómo se va a llamar?

—Jamie Nicole —dijo Charlotte.

Observó a Nicholas con la pequeña en brazos. Estaba tan emocionado mirando al bebé que Charlotte no quiso interrumpirlo. Al escucharla, levantó la vista sonriente.

—¿Seguro? —preguntó poniéndosela en el pecho.

—Sí.

Exhausta, empezó a llorar al sentir el pequeño corazón de su hija sobre el suyo. Nicholas se inclinó y le dio un beso en la frente,

tranquilo, calmado, y sobre todo, muy feliz por estar por fin junto a ella.

Más tarde, después de que sus tíos y abuela paterna la conocieran y volvieran a sus casas, se quedaron solos en la habitación. Sentado en el sofá con la niña dormida en brazos, Nicholas era incapaz de dejar de mirarla.

—No sabes el miedo que he pasado —dijo Charlotte—. Cuando me han dicho que has tenido un accidente, se me ha caído el mundo encima.

—Lo siento, mi amor.

—No puedo vivir con esta intranquilidad. —Charlotte habló con los ojos húmedos—. Prométeme que harás algo, no sé: taichi, yoga o lo que te dé la gana, pero tienes que aprender a controlar tus nervios; podías haberte matado.

Nicholas, que no era amante de técnicas orientales, la observó paciente, admitiendo que tenía razón. Probaría el yoga si podía ayudarle a relajarse cuando él quisiera.

—Me has convencido —dijo contento. Se centró extasiado en la niña, que acababa de despertarse—. Hola, belleza. —Nicholas habló con ternura, con mucho mimo le pasó el dedo por la cara, y la niña lo miró con unos preciosos ojos azules iguales a los de Charlotte—. Tu hija es igual que tú.

—Menos mal, porque tus hijos son iguales a ti.

Se sentó a su lado con la pequeña y la dejó despacio en el regazo de Charlotte, que no pudo evitar emocionarse otra vez. Nicholas la rodeó con el brazo, le dio un beso en la sien y cerró los ojos, tratando de asimilar que los tres estaban bien después de unas horas angustiosas.

El día siguiente Victoria entró corriendo en su despacho, se cambió el uniforme por un vestido largo rojo y unas sandalias de cuero sin tacón. Con diez minutos de retraso se encontró con Andreas Göransson en la recepción del hotel. Vestía unos vaqueros, un jersey blanco de mangas cortas y unas deportivas blancas de tela; en conjunto ofrecía un aspecto informal, alejado del serio que hasta ese momento conocía y llegó a sorprenderla. Era un hombre imponente. No se había afeitado, aunque la ligera barba rubia apenas se notaba, era tan clara como la raíz de su cabello, que llevaba muy corto.

—Estás muy guapa —dijo Andreas con una sonrisa.

—Gracias, siento que me hayas esperado, pero no he podido terminar antes.

—No pasa nada, ha sido muy distraído ver el funcionamiento de la recepción. He reservado en The Three Lions, nos están esperando.

—A mi padre le encantaba comer ahí cuando podía.

Andreas reconoció cierta melancolía, pero, sin querer ahondar en ese tema, no comentó nada, apoyó la mano bajo la espalda femenina y la incitó a salir. Las chicas de recepción los despidieron con miradas suspicaces que a ninguno les importaron.

Victoria abrió los ojos de par en par cuando las puertas del coche se elevaron igual que las alas de un pájaro. Andreas le explicó cómo sentarse para que no se golpeara la cabeza con la barra superior de la puerta, evitó cualquier otro roce con ella, y cerró con suavidad en cuanto entró. El interior del vehículo era una proyección de su apariencia: elegante y deportivo; mezcla de tecnología punta con trabajo artesano. No le extrañó la admiración de Nicholas, era un gran exponente de sus máximas.

—Es muy nuevo.

—Sí. —Andreas empezó a maniobrar para salir del aparcamiento —. Lo he comprado hace muy poco tiempo.

—Está muy bien.

—La verdad es que sí. Me relaja conducir, aunque no lo cogeré mucho. —Hizo un gesto indiferente con los hombros—. Me gustaba, y si me gusta algo lo compro.

—Claro.

Victoria afirmó con la cabeza, pensando en su situación financiera si podía permitirse ese tipo de lujos en cada país donde tuviera negocios. Le pareció pretencioso, una actitud de nuevo rico, pero reconocía que cada cual tenía derecho a hacer con su dinero lo que le diera la gana y si al señor Andreas Göransson eso le hacía feliz, mejor para él.

—Menos mal que el tiempo ha cambiado —comentó distraído—. Ayer parecía que hubiese vuelto de un rallye.

—Esperemos que dure, por aquí nunca se sabe. Anoche cuando volvimos de Bristol ya había mejorado, pero menudo día…

—¿Qué hiciste ayer?

—Tuvimos comida familiar y cuando Nicholas nos trajo de vuelta, su mujer se puso de parto. Después a él le dio otro ataque de arritmia, mi madre y yo fuimos a buscarlo, luego, a Bristol, y menos mal que por suerte llegamos antes de que naciera mi sobrina.

—Enhorabuena. —Andreas giró la cara, sonrió y añadió—: ¿Nicholas sufre del corazón?

—Le dan arritmias cuando se estresa. Esta ha sido la segunda, nos asustó mucho.

—Me lo imagino. Dale mi más sincera felicitación a él y a su mujer.

—Claro, aunque supongo que hasta el fin de semana lo veremos más por aquí, seguramente lo podrás hacer tú mismo.

Andreas continuó atento a la carretera, ya vería de qué manera lo felicitaba. Por lo pronto, el ataque a Cyrus estaba dando resultados con unos despavoridos inversores deshaciéndose de sus acciones en masa, no Nicholas.

En el restaurante fueron los únicos clientes. Los sentaron en una mesa dentro de un salón acristalado repleto de flores, con el mobiliario rústico, un zócalo de madera oscura, y unas coloridas moquetas en un suelo de piedra antiguo que resaltaban el aire acogedor y familiar del caserón; precedido en la zona por una reputación excelente de muchos años.

Andreas pidió una botella de vino tinto y decidieron compartir un asado de cordero, entretenidos con una conversación agradable que lo animó a querer conocerla y a deponer sus intenciones. Tenía algo que lo atraía poderosamente; aparte de ser una mujer preciosa y de que esa voz lo embelesaba, la sutileza de unos gestos coquetos lo llevó a reflexionar concentrado en sus ojos, escuchándola, absorbiendo todas las palabras que salían de unos labios muy apetecibles.

—¿En qué universidad estudiaste? —preguntó Victoria.

—En la de Estocolmo —dijo de pasada siendo una media verdad—. ¿Y tú?

—En Suiza. ¿Tienes intención de quedarte por aquí?

—Es la segunda vez que me lo preguntas —dijo mirándola con dureza. Andreas advirtió una brusquedad que no pretendía en el rubor de las mejillas de Victoria, ajena a sus conflictos, amagó una sonrisa y añadió—: No lo sé.

—Es simple curiosidad.

Durante unos minutos comieron en un silencio incómodo que rompió Andreas.

—¿Cuál es tu meta, Victoria?

El tono grave en esa voz al pronunciar su nombre, la inspiró en su boca, con un corazón perfecto marcado en el labio superior, que imaginó susurrándole al oído palabras excitantes. Sonrió con disimulo y subió la mirada a sus ojos.

—Ser feliz.

—¿Así sin más?

—Sí. —Victoria mostró sus dientes blancos, bien alineados e

iguales, en una sonrisa sincera—. No hablo de vivir en una burbuja irreal, sino estar a gusto con uno mismo. Por ahora no puedo quejarme —admitió confiada—. Supongo que a todos nos llega un momento donde tenemos la oportunidad de elegir nuestro camino. Espero no equivocarme.

—Eres una soñadora —dijo tolerante—. Aunque creo que hay pocas cosas que le den a uno la felicidad, estoy de acuerdo en que todos podemos elegir nuestro camino.

Al oírlo, Victoria notó dolor en sus palabras, quiso quitarle esa fría armadura e infundirle el optimismo que sus padres le inculcaron. Las palabras de James resonaron en su cabeza: «Siempre hacia delante, Vicky. Siempre».

—Háblame de tu niñez —preguntó Victoria después de beber un sorbo de vino—. ¿Tienes hermanos?

—Sí. Son mayores que yo; dos.

—Como yo —dijo sonriendo—. ¿Os lleváis muchos años?

—Cinco con Magnus, el mayor, y dos con Jonas.

—Al menos podías jugar con ellos. A mí Nicholas me lleva veinte, y Tristam diez, nunca hemos tenido una relación como la de mis sobrinos, por ejemplo.

—Yo tampoco la tuve con ellos.

Victoria frunció el ceño, procesando qué significaba esa afirmación, intuyó algo más, pero quiso dirigir la conversación hacia otro terreno menos íntimo.

—Hablas muy bien, no tienes casi acento.

—Mi madre era intérprete, cuando era niño me hablaba con frecuencia en inglés, y en el colegio insistían mucho con la pronunciación. ¿Hablas alemán o francés?

—Mejor francés, pero me defiendo bien con el alemán, es la ventaja de Ginebra.

Les trajeron la comida y empezaron a degustar la especialidad de la casa en un grato silencio. Andreas no solía hablar de su vida y menos con una desconocida, en cambio, le estaba dando una información vetada para la mayoría; con Victoria era él; el hombre que ocultaba el empresario triunfador; el hijo de Åsa, su madre, de quien nunca hablaba. Arrastrando las palabras, rompió el silencio y preguntó:

—¿Sales con alguien?

—No. ¿Y tú?

—No salgo con mujeres —dijo con una mueca indiferente en los labios—. Prefiero a mis amigos.

Victoria alzó las cejas totalmente desconcertada.

—Ah —murmuró sin poder articular palabra. Así no iba a llegar muy lejos, su instinto femenino cada vez era peor. Le sonrió recuperándose del impacto, pero se le borró al ver la risa alegre de Andreas—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Creo que no me has entendido —dijo cuando paró de reír—. Cuando digo que no salgo con mujeres es literal. Las prefiero para otras cosas.

Tragó incómoda, mientras él, con suavidad, cogió la copa de vino y bebió con calma.

—¿Te gusta la carne? —preguntó Victoria.

—Y las mujeres —murmuró en voz baja sonriéndole.

Otra vez Victoria notó el matiz sexual. Advertía el peligro, un flirteo para el que no estaba preparada, y la sensatez ordenaba que se retirara con elegancia. Usando la escasa sangre fría que ese hombre formidable no había calentado, ordenó algunas ideas y preguntó casual:

—¿Cómo conociste a Sarah Thompson? Me ha dicho que es la decoradora de tus restaurantes.

—Me la recomendó una amiga que conocía su trabajo.

—Es una coincidencia que nos hayamos conocido.

—Sí. Muy agradable, por cierto —dijo sonriendo cortés—. ¿Cómo fue para ti vivir en Suiza?

—Al principio una pesadilla. Echaba mucho de menos a mis padres. Luego, vas haciendo amigos y te acostumbras a estar solo. Mis hermanos también estuvieron en internados, para mi familia es algo habitual. Según mis padres te hace más fuerte e independiente.

—Supongo que sí.

—No sé por qué me da la impresión de que no te gusta hablar de ti.

—Es cierto, no me gusta recordar el pasado. Hay cosas que prefiero olvidarlas y hablando de ellas no lo consigo.

—¿Ves mucho a tu madre?

—Murió hace ocho años.

—Vaya, lo siento. No se me da bien entablar conversación.

—Lo haces muy bien. Soy yo el complicado.

—¿Eres muy complicado?

—Mucho. —Se rió afirmando con la cabeza—. ¿Qué planes tienes para el verano?

—La semana que viene volveré a Londres hasta septiembre. Quizás me vaya unos días a Ginebra con una amiga. Aún no lo hemos decidido. ¿Y tú?

—Pasado mañana me voy a Londres. No creo que vaya a ningún

sitio hasta que terminemos con los restaurantes. Si pudiera me perdería unos días en alguna cabaña en las montañas, pero, entre unas cosas y otras, no sé si tendré tiempo.

—¿Viajas mucho? Supongo que con negocios en tantos países tendrás que estar constantemente de un sitio para otro.

—Sí. Intento estar casi siempre en Suecia, pero sí es cierto que varias veces al mes tengo que ir a reuniones fuera. Depende de los negocios que estemos haciendo.

—¿Qué haces aparte de montar restaurantes?

—Compro hoteles en quiebra y los exploto —dijo rotundo—. También empresas, si me interesa las mantengo y si no, las vendo a otros. En las operaciones siempre se revaloriza el valor de la compra, y aunque no entren a formar parte del grupo siempre nos beneficiamos.

—¿Tienes intención de comprar algún hotel aquí?

—No —dijo rápido—. Dentro de unos años, puede, pero ahora no es el momento.

—Cuando lo hagas, no dudes en pedirme lo que necesites.

El ofrecimiento amable de Victoria lo volvió a hacer reflexionar sobre sus intenciones. Tenía que ser muy hábil si quería seguir adelante.

—Lo tendré en cuenta —dijo casual—. Gracias.

Un rato después llegaron a Ivory. Victoria vio a su madre hablar con Gordon. Por las sonrisas y gestos cariñosos, dedujo el motivo de la conversación. Andreas con cortesía le tendió la mano para ayudarla a salir del coche, sin percatarse de los ojos oscuros de Max, que Victoria tampoco advirtió.

Max había salido a descansar cinco minutos y la visión del deportivo captó su atención. Al verla con otro se llenó de rabia. Con los puños apretados, bajó la cabeza y volvió al interior del hotel.

Gordon y Patricia intercambiaron una mirada breve, dejando a un lado sus impresiones sobre la pequeña de la familia.

—Pobre muchacho —dijo Gordon con un gesto apenado.

—Él se lo ha buscado.

—¿Por qué lo dices? Creía que Vicky lo había dejado.

—No exactamente. Le dijo que fuera feliz, que él no era lo suficientemente bueno para ella. Tendrá sus motivos —dijo despreocupada—. La niña es muy joven, prefiero que viva un poco.

—Siempre dices lo mismo. Sin embargo, no creo que a ti te fuera mal.

—Y no lo fue, lo sabes —afirmó convencida—. Si él no sabe lo que quiere, es mejor que la haya dejado tranquila. Además, me gusta el señor Göransson, parece un hombre serio y está interesado en ella. Me gusta verla contenta.

—También su situación económica no tiene nada que ver con la del chaval.

—A Victoria eso no le importa. Con él no le importó. Es a él a quien le preocupa, no a ella.

—¿Y a ti?

La voz baja de Gordon llena de cinismo la sorprendió, en cambio, la furia atormentada de sus ojos decía más que unas palabras mordaces. Patricia alzó la barbilla y habló muy despacio:

—Si piensas eso de mí, me decepcionas enormemente. Si me disculpas, tengo que irme.

Patricia se fue antes de darle la oportunidad de ver por él mismo el resultado de esa pregunta hiriente. Inmóvil, muy enfadado consigo mismo, Gordon la observó mientras se alejó con paso decidido. No fue su intención molestarla, aunque la frustración amasada durante toda una vida desde hacía unos meses empezaba a salir a flote cuando menos lo necesitaba. No había vuelto a hablar con Nicholas sobre su dudosa procedencia, y no tenía claro hasta qué punto Patricia conocía la historia, a veces era mejor no saber y no remover un pasado muy doloroso.

Victoria sorteó dispersas por el pasillo algunas cajas de los empleados que no volverían en septiembre, cuando llegó a la puerta del dormitorio, encontró a su madre esperándola.

—Hola, cariño ¿cómo te lo has pasado?

—Muy bien —comentó cediéndole el paso—. Andreas es muy agradable.

Como siempre, Patricia se sentó en el sillón mientras Victoria se desnudaba.

—¿Habéis vuelto a quedar?

—No. Hemos comido juntos, no era una cita.

—No lo descartes. Por algo se empieza.

—Mamá… Vive en Suecia, es mejor no complicarse.

—Pues no te compliques. Disfruta el momento.

—Me hace gracia que te pases la vida incitándome a que disfrute. ¿Y tú? ¿Piensas volver a hacerlo?

—No es lo mismo, yo ya lo he vivido. No te digo que busques al hombre perfecto. Ese aparecerá cualquier día, pero no seas tonta y aprovéchate de lo que puedas.

—¿Me estás diciendo que me enrolle con cualquiera?

No le gustaban esas conversaciones con su madre, pero al parecer a ella sí la motivaban.

—No tiene por qué ser cualquiera. —Con una sonrisa encantadora insinuó—. Podría ser Andreas.

—No creo que le interese en ese plan. Me ha dicho que no le gusta salir con mujeres.

—Ah, ¿no? ¿Y tú qué eres?

—Hablaba de salir en plan pareja. Ya te he dicho que lo de hoy no ha sido una cita. Así que déjame tranquila.

—No te enfades, no se te puede hablar.

—No es eso, mamá, pero me sorprende que últimamente siempre me digas lo mismo. ¿Te pasa algo?

—¿A mí? No ¿Por qué lo dices? Que le aconseje a mi hija pequeña que disfrute de la vida no tiene que significar que me pase algo. No me pasa nada —afirmó con seguridad.

—Muy bien, ya me lo has dicho, ahora procura no repetírmelo en las próximas horas.

Dos días después del parto regresaron a Wells. Mientras Charlotte entró con su hija, Nicholas aparcó el coche en el garaje. Tristam y Sarah se lo llevaron el día antes al hospital. Al parecer, lo encontraron tal y como lo dejó.

Alex y Henry se mostraron extasiados y felices al conocer a su hermana. La niña era tranquila y para Charlotte fue muy grato notar la diferencia entre esa recuperación y la cesárea; realmente había sido un paseo para su cuerpo; no así para su cabeza.

Maggie cogió en brazos a la niña, mirándola con una gran sonrisa.

—Es preciosa, Charlie.

—Sí. Es guapísima —afirmó sonriendo y acariciando a su hija—. Tiene el pelo un poco más oscuro que los niños, y la carita más redonda.

—Sí, es nuestra gordita. ¿A qué sí? Jamie

—Sus tíos y Patricia también la llaman así. A mí me gustaría que la llamásemos Nicole. Es el nombre que en un principio iba a tener.

—Los dos son bonitos. No te preocupes por eso, seguro que atiende por los dos.

—Ya, pero era mi homenaje a Nicholas.

—Estoy segura de que a no le importará.

—Y yo —afirmó sonriendo.

Más tarde, el silencio de la casa se vio roto por las lentas notas del piano. Charlotte y Maggie sonrieron al presentir el humor de Nicholas.

La canción de cuna de Brahms los envolvió con una melodía tierna e hizo que la pequeña Jamie, tumbada en el cochecito, se durmiera escuchando tocar por primera vez a su padre.

Antes de acostarse, Nicholas se sentó en el sillón con ella y le dio un biberón. Contempló la pequeña boquita hambrienta mientras le acarició despacio la mejilla. Una solitaria lágrima recorrió su rostro, tras unos días agotadores. Tenerla entre sus brazos, tan pequeña e indefensa fue el acicate para comprender lo importante que era seguir con vida y disfrutarla junto a sus hijos y Charlotte. Decidió llamar al día siguiente a Randy, tenía acciones en un gimnasio donde daban clases de yoga y otras disciplinas orientales. Aunque le parecía ridículo, también entendía que era efectivo para la relajación, lo probaría y decidiría por sí mismo.

—¿Qué te pasa?

Charlotte salió del baño, interrumpiendo sus buenos propósitos.

—Nada. —Sonrió con un gesto que indicaba una felicidad serena—. ¿Has visto el apetito que tiene?

—Sí. —Se acercó y le acarició las piernas, Jamie abrió los ojos, sin dejar de succionar—. Se parece a sus hermanos. ¿Te acuerdas de los malabares que hacíamos?

—Sí —dijo mirando extasiado a Jamie—. Esto es otro mundo.

—Cuando termines te espero en la cama.

Charlotte salió de la habitación para ver a los niños. Siempre lo hacían. Si no era Nicholas, era ella quien los comprobaba. La niña se quedaría con ellos hasta dentro de un mes. Le habían preparado uno de los dormitorios y Charlotte quiso que fuese muy femenino e infantil. Mezcló blanco y papel pintado con flores rosas y naranjas y, de vez en cuando, alguna hoja turquesa. El resultado fue una habitación acogedora, con una cama con barrotes blancos y dos cajones en la parte inferior, y un rincón de la alfombra lleno de cojines y peluches.

Nicholas la acostó en la cuna, después de sostenerla unos minutos sobre el hombro, no advirtió a su mujer mirándolo con una sonrisa, apreciando un cuerpo elegante y musculoso solo con la parte de abajo del pijama, tratando con tanto mimo y seguridad a la niña. Ese Nicholas era un absoluto desconocido para todos, ese era, sin dudas, el referente de su vida.

Cuando se acercó a la cama sonriendo, al verla, Nicholas cambió el gesto y se tumbó junto a ella.

—¿Por qué lloras? —preguntó preocupado—. ¿Te duele algo?

—No —dijo acariciándole la barba—. Estoy asustada.

—¿Por qué, mi amor?

—No soportaría que te pasara algo. He comprendido que mi vida sin ti no tiene sentido.

Nicholas negó con la cabeza en silencio y le limpió las lágrimas, sin apartar los ojos de los suyos.

—No digas eso. Hemos encontrado el sentido con los niños. Estamos juntos y vamos a seguir siempre juntos. Te prometo que me voy a tomar en serio el tema del corazón. No te preocupes más por eso.

—No lo puedo evitar. Me asusta sentirme feliz. Es irracional, pero es como me siento.

Nicholas la besó con pasión. El contacto con Charlotte y el sabor que lo enloquecía, se le metió en el cuerpo anulando sus inquietudes. Inició una danza peligrosa que tenía que parar o no sería capaz de hacerlo más adelante.

—Duérmete, cariño.

Charlotte se acurrucó con el único pensamiento de sentirlo siempre así. La promesa que le había hecho y la firmeza de ese abrazo protector fueron suficientes para relajarla hasta que se durmió soñando con una familia perfecta, idealizada en unas imágenes donde se vio paseando con Nicholas rodeada por sus tres hijos, en un día muy soleado, sin niebla, sin lluvia, ni siquiera había una sola nube; aquel sol deslumbró sus ojos y le permitió descansar cobijada con el hombre que siempre velaría por cumplir todos sus deseos.

CAPÍTULO II

Wells, Inglaterra
5/8/2013

El ambiente en la casa era de lo más entretenido, mientras Maggie daba de comer a los niños, Charlotte, sentada en el jardín, hacía lo mismo con Nicole. Las constantes reprimendas de Maggie no los intimidaban, estaban acostumbrados. Ahora, con su hermana, pasaban menos tiempo con Charlotte y trataban de llamar la atención de cualquier manera. Ese día la diversión consistía en tirarle los guisantes al perro. Cuando no era Alex, era Henry, a Maggie había dejado de importarle. Solo quería que se calmasen un rato.

—Charlie —dijo Maggie desde la puerta trasera—, por favor, llama a Nick.

—No. Déjalo un rato tranquilo, quería escribir.

—Pues de la cena de estos te encargas tú. A mí me tienen harta, hoy no puedo más.

Charlotte entró con la niña en la cocina y se la entregó con el biberón.

—Sigue con ella.

Maggie se sentó en el lado opuesto de la mesa, observada con sorpresa por los niños, que vieron la cara de Charlotte y sabían que no se amilanaba al regañarles.

—Muy bien. Como veo que a Maggie no le hacéis caso, os voy a dar yo la comida. ¿Queréis?

Los dos sonrieron muy felices, pero al ver cómo su madre cargaba la cuchara con los insulsos guisantes, cerraron la boca con fuerza. Henry, negando con la cabeza, fue desorbitando los ojos a medida que la cuchara se le acercaba.

—¿No quieres? —preguntó demasiado cariñosa. Con la lengua tan activa que mostraban, en ese preciso instante, parecían carecer de cuerdas vocales—. Mira como se los come Alex. —El desafío no surtió efecto en otra boca sellada con rigidez—. ¿No?, ¿seguro? —Charlotte hizo un gesto abatido—. Maggie, me has dicho que vaya a por Nicholas ¿verdad?

—Sí. Es con el único que se los comen.

—Voy a llamarlo —admitió con desgana.

Viéndola salir, se miraron entre ellos, Henry cogió con disimulo su cuchara y se la metió en la boca. Alex hizo una mueca de disgusto, pero también cogió la suya.

—Si cogéis también carne están muy buenos —dijo Maggie—. Charlie. —La llamó a sabiendas de que no estaba lejos. En cuanto apareció, los miró sonriendo exagerada y Maggie animosa añadió—: ¿Has visto? Ellos solitos.

—Son mis campeones.

Se acercó risueña y les dedicó unas carantoñas divertidas. Al ver la reacción tan positiva de su madre, los niños siguieron contentos hasta acabárselo todo. Tras acostarlos en una reconstituyente siesta, Charlotte fue a la biblioteca.

Nicholas leía concentrado algunos documentos, levantó la vista cuando entró, se quitó las gafas, y la siguió atento por la habitación.

—¿Te ayudo con los niños?

—No, están durmiendo. La comida ya está lista, y le he dado la tarde libre a Maggie. Hoy lleva un día movidito con ellos. Hemos estado a punto de venir a buscarte para que se comieran los guisantes.

Se sentó en una de las sillas frente a él.

—Son unos pillos. —Nicholas sonrió al escucharla y empezó a recoger los papeles que tenía desordenados—. Si pueden salirse con la suya, no dejan de intentarlo. ¿Y mi hija?

—En su línea, comer y dormir —dijo despreocupada sonriendo—. ¿Cómo te ha ido? ¿Has averiguado algo más sobre el hermano de tu abuelo?

—¿Recuerdas cuando te conté lo de la *Operación León Marino*?

—Más o menos. El plan de invasión de Hitler —dijo, ante su afirmación añadió—: La cortina de humo alemana para distraer del ataque contra la Unión Soviética.

—Eso es. —Nicholas sonrió satisfecho—. Mi bisabuelo, Nicholas, cuando heredó el Ducado pasó a la Cámara de los Lores. Tuvo muchos amigos y conocidos políticos, también fue un genio de las finanzas. Estudió Matemáticas en Oxford. Se casó mayor después de dedicar muchos años a viajar por las Indias y parte de África. Incluso durante unos años, fue ejecutivo en la Compañía de los Grandes Ferrocarriles Orientales —explicó viendo una mueca de admiración en los labios de Charlotte—. Cuando formó parte del Gobierno, aprobó el Acta de Defensa Naval, con él se invirtieron muchos millones de libras en modernizar y mejorar nuestra flota. La misma que aterraba a Hitler y a la que no quería enfrentarse. De ahí que bombardeara Londres sin

atreverse con la fuerza naval. Es curioso cómo ese Acta fortaleció a nuestra armada.

—¿En qué año se firmó?

—En 1889. Hasta después de la Primera Guerra Mundial no se empezó a expandir la industria aeronáutica. Fue un hombre muy conservador y un pacifista reconvertido —reflexionó alzando las cejas—. En unas cartas explica su visión de la guerra y le pide a su hijo William que abandone el ejército.

—Supongo que si era mayor no querría que su hijo estuviera en peligro.

—Cuando murió aún faltaban seis años para que empezase la guerra —dijo serio, bloqueado con un tema contradictorio—. En esos años, las campañas estaban en África. Pero insta a William con vehemencia a dejar las armas. —Nicholas apretó un segundo los labios—. Lo triste, es que años después el abuelo Henry vendiese parte del patrimonio para financiar la guerra donde su hermano murió; al menos, su padre no vivió para verlo.

—¿Cuántos años tenían tu abuelo y él cuando murió su padre?

—Mi abuelo treinta y tres, William veintiocho. El bisabuelo se casó con cuarenta; casi como yo.

—Bueno, tú le llevas una ventajilla.

—De eso nada —dijo convencido—. Además, no quiero pensar en lo viejo que seré cuando los niños sean mayores.

Charlotte se burló con una cara cómica de esa inquietud.

—¿Y su mujer?

—Murió de tifus cuando los niños eran pequeños. Mi abuelo tenía dieciséis y William once. Debió ser una tragedia para ellos. Se quedaron solos, ten en cuenta que él estaba ejerciendo su carrera política en Londres.

—Sí que debió serlo —reconoció pensativa—. ¿Has visto las sucesiones patrimoniales?

—Tengo que comprobar cuál fue la justificación registral que usó el abuelo para cambiar parte del contenido. He hablado con Astor y me ha dicho que debería vender si quiero que la sociedad explote Ivory de manera indefinida.

—¿Y qué problema hay?

—Por ahora tenemos un arrendamiento industrial, por el cual todo pertenece al Ducado aunque los beneficios de la actividad se reparten por igual entre todos.

—¿Entonces el hotel te paga un alquiler?

—En teoría, pero no cobramos. Es un tema financiero para cuadrar las cuentas. El problema es que no puedo hacer la cesión porque la

finca estaría garantizando el negocio. Y si las cosas en un futuro no fueran bien, podríamos perderla.

—Si la vendes a la sociedad no creo que tengas problemas, es tu familia.

—No voy a hacerlo —dijo rotundo—. La inversión que hemos hecho ha sido muy elevada y, aunque está amortizándose, falta mucho por estar en un nivel relajado.

—Nunca me cuentas estas cosas. ¿Va todo bien?

—Sí —dijo rápido—. No te preocupes, es solo que antes vivía más tranquilo.

—Cariño, el hotel era el sueño de tu padre. Si no quieres seguir, habla con ellos y déjalo.

—Ya veremos.

Nicholas suspiró cansado y le ahorró todos los detalles sobre sus inquietudes respecto a las cuentas del hotel y la transmisión de la finca. Todos tenían el mismo número de acciones, pero como futuro arrendatario cuando el Ducado estuviera en sus manos (nunca imaginó que sería tan pronto) llegó a un acuerdo con su padre y corrió con todos los gastos de la reforma en su día, para que el capital social aportado por el resto se destinara a poner en marcha el negocio; así se ahorraron solicitar ningún préstamo. Fue el prestatario con la condición de que la sociedad le reintegraría, sin intereses, su inversión de los beneficios; sin embargo, todavía no había visto una libra y en las liquidaciones se repartieron los dividendos sin que él objetara nada.

Con los cambios de su vida y la bajada del precio en la cotización en bolsa de los paquetes que tenía invertidos, al examinar los balances que le mandó Randy fue consciente de que debía prestar más atención a ciertas cosas que antes no le preocupaban.

Charlotte intuyó que no quería compartir con ella esas preocupaciones, o bien porque pensaba que se aburriría o porque quería alejarla de los problemas.

Sin darle más tiempo a pesadas cavilaciones, Nicholas se levantó, tiró de su mano y le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Qué vamos a comer?

—Sopa fría de champiñones. —Charlotte rió viéndolo apretar los labios con fuerza igual que hacían los niños. Para compensar, añadió —. Y filetes en salsa.

—No me libro ni un solo día —dijo con un puchero.

—No —dijo seria—. Ni lo vas a hacer nunca hasta que no me demuestres que estás haciendo algo para aprender a relajarte. Me dijiste que hablarías con Randy, y seguro que no le has dicho nada.

—Te equivocas. —Le dio un beso en la nariz—. Empiezo el lunes mi clase de yoga. Me ha matriculado en su gimnasio. Tendré que ir una vez a la semana. Astor viene también.

—Vaya, felicidades. Aunque no sé dónde están los nervios de Phil —comentó risueña, era una gran noticia que le permitió bromear contenta—. ¿Tenéis ya los leggins? Me cuesta veros a los dos, no sé quién estará más guapo. Tú no vas a tener desperdicio, pero Phil…, por favor, grábalo.

—Ríete lo que quieras —dijo sujetando sus nalgas con una sutil presión—. Además, vamos a ir en pantalón corto. No intentes asustarme, tengo la moral muy alta.

—Es lo mejor. —Charlotte lo besó en los labios—. Me tendrás que enseñar lo que aprendas.

—Va a ser muy interesante porque he estado leyendo que da mucha elasticidad —Balanceó las caderas juguetón—. Ya sabes, piernas…, brazos…

—¿Ves? Solo era cuestión de que encontrases tu motivación. Ahí la tienes. Tú, el yoga y tu mente pervertida.

—Pero te gusta —susurró con voz seductora.

Pasaron la tarde tumbados al sol, con las risas de los gemelos y el llanto de Nicole alertándolos de su apetito. Después de tomarse el biberón, se quedó dormida en brazos de su padre, que aprovechó para echar una cabezadita con ella.

Aquel día, fue el primero que estuvieron solos desde el nacimiento de Nicole. Charlotte pensó en el gusto que podría sentir si siempre pudieran estar bajo el sol, relajados y en armonía. Sus pensamientos optimistas duraron el tiempo justo hasta que Alex y Henry empezaron una de sus múltiples peleas; una manera como otra de pasar el rato.

El último día de la temporada en Ivory, la actividad era frenética. Habían organizado una comida para los empleados como despedida en cuanto finalizaran los clientes. El chef y el resto del personal sacaban con ritmo los platos que demandaban los camareros hasta que uno de los responsables de la parrilla, en un descuido de apenas unos segundos, dejó más tiempo del necesario unos filetes y Antoine Levy lo vio. Se enzarzó con él en una discusión y, en el acaloramiento de la bronca, no se dieron cuenta de las llamas que empezaron a formarse sobre la carne.

—La cocina está ardiendo —exclamó un cocinero.

Al instante, echaron encima unos trapos para sofocarlo, con la mala suerte de que uno de ellos seguía impregnado en el alcohol que

sirvió para flambear un postre, y solo consiguieron extender el fuego con más rapidez. El ruido del desastre se mezcló entre confusión, gritos y carreras.

—¿Por qué no salta la extinción automática? —preguntó Max. No entendía cómo el dispositivo de emergencia de la campana no funcionó—. ¡Avisad al señor Smith!

Antoine Levy descolgó un extintor y se lo dio a su pinche, cogió otro, y empezaron a rociarlos descontrolados encima de todos los utensilios, alimentos y electrodomésticos, cualquier cosa a su alcance; todo quedó inservible.

Desconcertada, Patricia entró bajo una espesa humareda gris. Solo unos minutos antes había salido y la actividad era la normal, quizás un poco más estresante al ser la última comida, pero nada presagiaba ese percance justo en tan mal momento. Ayudó al personal a desenchufar algunas máquinas, las pocas que no estaban en la encimera. La cocina y la campana soltaron un humo negro, picante, irrespirable. Alguien pulsó la alarma de incendio y el sonido estridente puso en alerta a todo el hotel.

Para la mayoría fue difícil mantener la calma. Max salió a buscar a Gordon, que venía rápido sin creerse que fuera un incendio real hasta que accedió al vestíbulo y se vio rodeado por la incomprensión de algunos clientes o el nerviosismo del personal que trataba de tranquilizarlos. La excelencia que buscaban quedó en entredicho, no por el accidente en sí, sino por la falta de seguridad en las instalaciones.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido un accidente en la cocina —dijo Max con el sudor chorreando por la frente y una mirada preocupada—. Se ha prendido fuego y el sistema contra incendios no se ha activado.

—¿Está controlado?

—Sí. Aunque es un desastre. No vamos a poder seguir.

—¿Dónde está Victoria?

—No lo sé. No la he visto.

—¿Y Patricia?

—Ayudando en la cocina.

Al escucharlo, Gordon reaccionó. No tenía ganas de verla, la tensión entre ellos se podía cortar; pero no iba a permitir que confundiera las cosas. Ella era la dueña y no debía estar allí. En la cocina, el calor era sofocante, el olor se metía en la garganta y apenas se veía. Patricia cargaba una caja de cartón con un pañuelo en la cara. Gordon la miró inmóvil, perdió la compostura, muy enfadado se acercó a ella y con un gesto brusco se la quitó de las manos.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—No —exclamó molesta—. Estoy ayudando.

—Pues vete a la recepción y ayuda a Vicky con los clientes. —El tono severo de Gordon no admitía réplica—. Deja esto a otros.

Patricia, que había conseguido evitarlo los últimos dos días, no soportó esa actitud y lo observó rígida, sin apartar los ojos de los suyos. En cuanto se retaron varios segundos, se cansó de tanta furia y dio la vuelta para quitarse de su vista a paso rápido.

Cuando aparecieron los bomberos ya no quedaba fuego, pero se palpaba su rastro. Excepto dos parejas de clientes, amigos de Nicholas, el resto salió de manera constante. De todos, Andreas Göransson fue el único que los dejó a primera hora de la mañana. Se despidió de Victoria con amabilidad, estrechó su mano sin mayores confianzas y salió en el flamante deportivo hacia Londres.

Tras inspeccionar el cuadro del sistema de extinción automática, un bombero comprobó las conexiones y vio suelto un cable que conectaba el dispositivo de seguridad y activaba el vaciado de un agente químico sobre el fuego, mediante unos rociadores colocados en la campana. En esas condiciones era imposible que saltaran los detectores de humo. De inmediato avisó a Gordon, que intentaba organizar el caos en una cocina llena de una capa espesa de polvo tóxico.

—¿Cuándo han pasado la última revisión? —preguntó con suspicacia.

—Hace poco —dijo carraspeando—. Tenemos todos los certificados —. ¿Por qué ha fallado?

—El cable que activa el sistema estaba desconectado.

Gordon entrecerró los ojos.

—Hablaré con la empresa que se encarga del mantenimiento y puesta a punto de las instalaciones. —La impotencia al saber que otra vez alguien estaba saboteándolos aumentó de forma irracional su malaleche—. Si es necesario sellar todos los cuadros, lo haremos. Esto no se volverá a repetir.

—Es una lástima, porque de haber funcionado correctamente, solo habrían perdido la comida. —El bombero observó el polvo y negó con la cabeza—. A veces la gente no se da cuenta de lo importante que es tener las instalaciones de seguridad en buen estado.

—No sé con qué clase de personas está acostumbrado a tratar —dijo Gordon molesto—. Nosotros hemos cumplido con toda la legislación, no hemos escatimado en gastos y esto lo vamos a investigar a conciencia. Supongo que usted hará un informe pericial.

—Por supuesto. Mire los papeles de la última revisión, pero al estar

la caja sin protección, cualquiera puede haberlos desconectado. Tenemos que mandar nuestro informe al juzgado, abrirán una investigación. Supongo que en pocos días la policía les llamará.

Gordon asintió despacio, pensando quien estaría detrás. Si ya tuvo sus dudas sobre la coincidencia de los compresores, esto venía a confirmar su sospecha: alguien no quería que Ivory Hotel siguiera abierto. Llamó al seguro para informarles y, sin rechazarlo, le dijeron que hasta depurar responsabilidades no podían valorar ni asumir el coste de los daños. Un rato después habló con Nicholas y Tristam. Si el primero se indignó, el segundo mal juró como un poseso.

Por la tarde se reunieron los tres en el despacho de Nicholas. Tenían menos de un mes para restablecer el funcionamiento y Gordon no quería empezar sin haber descartado al responsable.

—¿Cómo empezó? —preguntó Tristam.

—Fue un descuido. Antoine en vez de resolver la situación, la empeoró con una discusión. Como la extinción automática no se activó, mandó rociarlo todo con los extintores de polvo. —Hizo una pausa y los miró enfadado—. Os lo digo muy en serio, estoy convencido de que esto y lo que pasó con los compresores no son coincidencias.

—¿Han llegado los de la empresa contra incendios? —preguntó Nicholas.

—Aún no —respondió Gordon.

—Deberíamos examinar a todos los empleados —añadió Tristam—. Nos fiamos de Giselle, de su criterio y experiencia, pero realmente ninguno de nosotros le prestó demasiada atención.

—¿Crees que puede estar detrás? —preguntó Gordon, empezando a ver las cosas desde otro punto de vista.

—No lo sé, pero es mejor no fiarse. No nos podemos permitir empezar en septiembre y que se repita.

—Vamos a esperar al informe pericial —dijo Nicholas tensando las mandíbulas—. Pero os advierto que la maquinaria de la cocina es muy cara y nos va a costar un pico volverla a poner en funcionamiento. —Había hecho algunas cuentas por encima y repasado las facturas de los aparatos, la cifra que tenía en mente era un gasto con el que ninguno contaba. Miró a Gordon y añadió—: Y por la manera de tratarte, me da que el seguro no está por pagar.

—No contéis conmigo —replicó Tristam, miró enfadado a su hermano—. Estoy hasta el cuello. Tendrás que hacer frente tú.

—¿Otra vez? —preguntó con brusquedad. Nicholas sintió como se le aceleraba el pulso. Se levantó y respiró varias veces controlándose hasta que se le pasó el arrebato. Se metió las manos en los bolsillos y

se volvió relajado hacia ellos—. En cuanto sepamos el importe, nos sentaremos a hablar para dejar muy claro cómo vamos a llevar las cosas. La solución que tenemos no me vale, de todos soy el más perjudicado con diferencia, así que, o le damos otro enfoque o cerramos el negocio.

Gordon escuchó atento.

—¿Por qué eres el más perjudicado?

—¿Por qué? —exclamó incrédulo—. ¿Y me lo preguntas? La sociedad me iba a pagar la obra de reforma, en cambio, hasta el momento ese dinero siempre ha ido para cuadrar los balances y no os he dicho nada.

—Creí que a esos dividendos ya le habías descontado la parte de la obra —dijo Gordon frunciendo el ceño—. No lo sabía.

—Yo tampoco —admitió Tristam.

—Ahora lo sabéis los dos. No me gustaría tener que empezar a hacer aportaciones personales. Para eso la hubiese dejado como estaba y me saldría más barato. Haceos a la idea de que tendremos que ampliar el capital de la sociedad.

—Por mí no hay problema —dijo Gordon.

—Lo sé, no eres tú quien me preocupa. —Desvió la mirada a Tristam—. Astor me ha dicho que la mejor solución sería que la sociedad me comprase la finca. Tendría que cambiar el patrimonio del Ducado para la próxima trasmisión y no lo voy hacer. Si podemos seguir con la explotación del hotel como está, bien, pero no quiero cambiar ni la calificación ni la propiedad. Tenemos que encontrar una solución intermedia. Los dos sabéis por quien estamos aquí, y por él me embarqué en este proyecto, pero no tengo intención de arruinarme si esto se nos va de las manos.

—Vamos a mantener la calma y a encontrar al responsable. En cuanto sepamos la decisión de la aseguradora nos volvemos a reunir.

—Muy bien —dijo Nicholas—. Pero id pensando en la ampliación.

—Nick, yo no puedo —insistió Tristam. La inyección de liquidez con la que insufló su empresa y la reforma de la casa se habían llevado gran parte de su dinero, y si tenía que invertir en Ivory, el plan que tenían para cambiar la casa de Londres tendría que esperar de manera indefinida. El verano tranquilo que pretendía pasar estaba empezando a torcerse—. Si la aseguradora no responde, tendré que buscar otra alternativa.

—Déjate de chorradas. Administra mejor tu dinero —dijo Gordon mirando con dureza a Tristam—. La única alternativa es continuar.

Frunciendo los labios, Tristam entornó los ojos, se levantó indignado y salió del despacho sin que Gordon se inmutara; conocía

muy bien ese carácter rebelde, James era igual; tan impredecible como generoso. Aunque todos creyeran que Nicholas era el que más se le parecía, los dos tenían rasgos de su viejo amigo, y esos arrebatos eran idénticos a algunos vividos en sus propias carnes. Preocupado por la seriedad que advirtió en Nicholas, preguntó:

—¿Estás teniendo problemas económicos?

—No es eso. —Nicholas suspiró cansado—. Estoy un poco más agobiado que antes. Entre las casas, los sueldos, los contratos y que ahora tengo muchos más gastos, no puedo estar metiendo dinero aquí con la alegría que Tristam espera. Si he perdido la cuenta del dinero que le he prestado…

—Tu padre invirtió parte de mis ahorros en unos fondos muy lucrativos, si te hace falta, dímelo.

—Te lo agradezco, pero no estoy tan mal. —Esbozó una sonrisa apagada—. Charlotte no sabe nada, y me gustaría que si decide no volver a trabajar vivamos como hasta ahora, pero si seguimos así, va a tener que continuar trabajando y me jode mucho haberme dejado arrastrar a una situación a la que no quería llegar.

—Si tu padre estuviera aquí ya habría ideado algún plan.

—Supongo. El arrendamiento se hizo a su nombre y cuando murió se tendría que haber cambiado. Este mes termina el plazo para hacerlo dentro del periodo legal, si no, incurro en una sanción, además de dejar Ivory en una situación bastante dudosa.

—Podemos ampliar el capital y cambiar a la vez el arrendamiento. Pero ni te plantees vender. Por ahí tampoco paso yo.

—Mamá podrá hacer frente a ese gasto, pero ya has oído a Tristam.

—Vamos a esperar unos días y tomamos una decisión.

Nicholas expulsó el aire de los pulmones. Era tranquilizador tener a Gordon de su lado, al menos comprendía el significado que tenía Ivory para él.

Llegó a su casa con la mente agotada. Aun así se esforzó por estar sonriente para los niños. Maggie estaba dándole el biberón a Nicole y se acercó despacio viéndola comer con los ojos cerrados; era tan tranquila que no se molestaba por el alboroto de los gemelos, que habían aprovechado la coyuntura y se levantaron de la mesa en tromba a por él. Llevaban puestos los pijamas: un pantalón corto rojo y una camiseta blanca, la de Alex con una “A” roja, y una “H” azul marino en la de Henry, que como siempre se habían intercambiado.

—¡Papi!

—Hola. —Nicholas cogió a cada uno en un brazo, pero aguantó subir y bajarlos; aparte de estar altos, eran macizos, puro músculo; aunque la edad no perdonaba y solo querían juego y cariño—. ¿Cómo estáis? —preguntó agachado riendo divertido. Sus hijos alegraban a cualquiera, era imposible no ser tierno, las caritas inocentes, que insinuaban una imaginación desmedida, arrancaban sonrisas, complicidad, y cierta firmeza—. Volved a la mesa. Ahora voy ¿vale?

Se sirvió una copa de vino tinto, se sentó con ellos y les ayudó con las cenas.

—¿Con quién habla Charlotte?

La voz de su mujer se escuchaba alta y clara.

—Creo que con Sarah. ¿Cómo estaban las cosas?

Nicholas encogió los hombros e hizo una mueca de disgusto. Maggie advirtió su desgana y lo dejó beber tranquilo. La niña terminó y cambió de brazos, fue su padre el encargado de dormirla.

—Hola, belleza.

La sostuvo derecha sobre su pecho y con unos suaves toques en la espalda expulsó el aire que tragaba cada vez que comía.

Charlotte entró en la cocina, con un pantalón corto y una camiseta roja muy estrecha de tirantes.

—Hola, cariño.

Le dio un beso en los labios y percibió su malestar.

—Hola.

Nicholas sonrió acariciando la cara de Jamie.

—¿Qué ha pasado?

—La cocina está hecha un desastre. Hay que cambiar toda la maquinaria.

—¿Cómo ha sido?

—Al parecer empezó por un descuido y se descontroló. Podría haber sido peor.

El gesto abatido de Nicholas y la profunda decepción de sus ojos preocupó mucho a Charlotte.

—Maggie, ¿te importa quedarte un rato sola con los tres?

—No. —Miró a Nicholas—. Póngala en el carrito. En cuanto los niños terminen los llevo a dormir.

Tras dejar a la niña, Charlotte cogió la botella de vino y tiró de la mano de su marido hasta la biblioteca. Se sentaron en el sofá, volvió a llenar la copa de Nicholas sirviéndose también una.

—¿Cómo estás? Y no trates de engañarme.

Nicholas la miró con los labios apretados.

—Estoy harto.

—¿Tan grave ha sido?

—No. No ha habido víctimas y todo es subsanable, pero alguien está detrás. No ha sido un accidente fortuito. El cable del sistema de extinción estaba desconectado.

Charlotte abrió los ojos de par en par y empezó a sentir su frustración.

—¿Por qué? ¿Es alguien que trabaja con vosotros?

—Cariño, no sé más. Tenemos que esperar. La policía abrirá una investigación y el seguro no se hará cargo hasta tenerlo todo muy claro.

—No van a pagaros. Como detecten que ha sido intencionado se escudaran con eso.

—Lo sé —afirmó cerrando un instante los ojos.

—¿Cuándo fue exactamente lo de los botelleros?

—A mediados de julio, ¿por qué?

—Estaba pensando en si habías contratado a alguien en esa fecha.

—Tristam y Gordon quieren que revisemos a todos los empleados. Gordon cree que es alguno de ellos.

—Yo también.

—No tengo ni idea, y ahora mismo solo quiero dejar de pensar. Llevo un día de locos.

Charlotte sonrió melancólica y le acarició la mejilla.

—Vamos a cenar y nos acostamos temprano. Mañana verás las cosas de manera más optimista.

—¿Te importa si no ceno? —preguntó agotado—. Prefiero darme una ducha —comentó encogiendo los ojos. Charlotte le dio un beso suave en los labios y sonrió comprensiva—. No tengo hambre.

—Vete tranquilo.

Un rato después entró en el dormitorio. El agua de la ducha era el único ruido que se escuchaba en la casa. Dejó el tentempié que había traído en una mesa antigua llena de fotografías, quitó la colcha de la cama y cogió el camisón.

—¿Qué es esto? —preguntó al salir del baño.

Nicholas no ocultó la agradable sorpresa ante ese detalle. En la bandeja había un surtido de sus quesos favoritos, fruta troceada y dos copas de vino.

—No me gusta verte triste —reconoció poniéndose el camisón.

—No lo estoy, cariño.

Charlotte se sentó con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas cruzadas, dejando visible gran parte de su piel.

—Me alegro.

Con naturalidad, Nicholas se quitó la toalla, ajeno a la sonrisa tonta de Charlotte ensimismada en unos glúteos sugerentes, unas piernas muy fuertes y unos genitales bien dotados que ocultó en pocos segundos con el pantalón del pijama. Insinuando una sonrisa, ya que intuía el motivo del buen humor en su mujer, cogió la bandeja y se sentó igual que ella.

—¿Te gusta mi culo?

Nada más oírlo, Charlotte casi se atraganta con el vino.

—¿Se nota?

—Un poco —dijo riendo. Inclinó la cabeza hacia el lado y la besó cariñoso en la mejilla—. Luego te dejo que me lo toques.

—¿Cuándo no me has dejado?

La mirada alegre de Nicholas, esa que siempre veía cuando estaban a solas, brilló con una estela de promesas muy terrenales. Compartieron indirectas, divertidos en otro momento donde pudieron olvidar durante un rato los problemas para relajarse. Casi dando por finalizada la cena, Nicholas preguntó antes de beber:

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. He hablado con Ahmad. Cuando has llegado estaba hablando con Sarah. Me ha dicho que ella y Tristam están buscando casa en Londres.

—Sabes más que yo —dijo con un leve reproche—. A mí no me ha contado nada.

Charlotte apiló en el tenedor varios trozos de fruta con un poco de queso fresco y se lo acercó a los labios. Sonriendo, Nicholas abrió la boca y lo masticó sin apartar los ojos de los suyos.

—Me gusta que me mimes —comentó con la boca llena.

—Es mi placer. —Se inclinó hacia delante y le besó cariñosa la barbilla. Durante unos minutos hablaron de sus hijos dando buena cuenta de algunos bocados deliciosos—. Mañana vendrán Rachel y Laura a ver a Nicole. También Jean me ha mandado un e-mail muy simpático, con una osa enorme, muchas estrellas y buenos deseos para las dos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con el ceño fruncido.

—Cariño, para empezar no es tonto y para continuar, él y Morsi son amigos, supongo que habrán hablado por algún motivo de trabajo y se lo habrá comentado.

—Nunca me ha gustado y ahora lo tengo atragantado.

—Ha sido amable. No hemos tenido más comunicación. No le des más vueltas —dijo bebiendo un sorbo de vino—. Por cierto, no me has dicho como has reaccionado al ver la cocina.

—¿Hablas de mi corazón? —Ante el gesto afirmativo de Charlotte,

añadió—: Perfecto. Me he controlado muy bien, aunque no sé si podré ir mañana a Londres.

—Intenta ir. Sería una ayuda estupenda.

Nicholas se levantó y dejó la bandeja en la mesa.

—¿Sabes cuál es mi mejor terapia?

Se tumbó a su lado y le acarició el pelo con ternura.

—No me dejes al margen de tus preocupaciones —susurró con una sonrisa cariñosa. Charlotte recorrió despacio su pecho, palpó en los dedos el rítmico latido de su corazón, relajado y sin rastro de tensión —. Por favor, cariño.

—No lo hago.

Nicholas le colocó el pelo tras la oreja, con un casto beso en la frente. Rodear el cuerpo de Charlotte entre sus brazos, sentirla cobijada bajo él, era todo lo que necesitaba. Sus hijos estaban sanos, amaba a su mujer, le gustaba su trabajo, y tenía lo necesario para vivir tranquilo, pero no lo hacía. Pasó un rato mirando el techo hasta que la respiración pausada de Charlotte le indicó que se había dormido. Le costó dejar que también lo atrapara el sueño. Luego, se vio rodeado de sus hijos, adultos, siendo un anciano. Al no tener cerca a Charlotte, la ansiedad fue haciendo mella en su subconsciente hasta despertarlo aterrorizado, cuando se consoló al saber que había sido una pesadilla.

Unos días después, Andreas Göransson sostenía un vaso de whisky en una mano mientras tenía la otra metida en el bolsillo del pantalón. Llevaba una camisa blanca por fuera, no le preocupaba el desaliño de su aspecto, concentrado en las luces brillantes de los barcos que recorrían intermitentes el río en la cálida noche de verano.

En pleno centro londinense, el discreto y elegante Rafayel, tenía tanto acero y cristal como para enfriar su imagen, dando una versión distorsionada de lo que podía ofrecer; como él. La única persona que realmente lo conoció murió hacía ocho años. La otra, a quien le debía la vida, a quien nunca quiso conocer, pese a estar empeñado en lo contrario, incluso estando muerto podía amargarlo. Tenía encima de la mesa una carta que firmaba el albacea del testamento de su padre, no iba a responder; pero no pudo olvidarla. De repente sonó el teléfono de la habitación y dejó sus cavilaciones.

—¿Andreas?

Escuchó la voz de Giselle y contrariado entornó los ojos. Cuando Finch-Hutton la puso de patitas en la calle, le prometió la gerencia del restaurante de Londres, aunque sus constantes atenciones estaban empezando a molestarlo. No solía sentirse en deuda con nadie; en

cambio, gracias a ella encontró una motivación que no sentía desde hacía años.

—Hola —dijo frío.

—¿Cuándo volviste? —preguntó Giselle interesada.

—Hace tres días.

—¿Estás bien? No sabía si te había pillado allí el incendio. Te he llamado varias veces al móvil.

—¿Qué incendio?

—El de Ivory. El último día de la temporada.

—¿Cómo? —preguntó con un matiz de inquietud—. ¿Qué ha pasado?

—Me llamó Antoine. Hubo un incendio en la cocina y desalojaron a todos los clientes. Según me ha dicho, fue un accidente.

—No lo sabía, me fui a primera hora de la mañana.

—¿Quieres que vaya a verte?

—No.

Hubo un silencio incómodo entre ellos.

—Muy bien —dijo Giselle, fingiendo desinterés—. Cuando tú quieras me llamas.

—Claro.

Tras terminar la conversación, quiso llamar con una excusa a Sarah Thompson y así pedirle el número de Victoria, que se colaba en su cabeza a traición pese a mantener las distancias. En vez de preocuparse por sus negocios, ese accidente lo único que acrecentó fue un interés por volver a verla; algo incomprensible; jamás se había sentido cómodo con una mujer. Se impuso un control férreo que incumplió en la cama. En cuanto se tumbó, su imagen se adueñó de él y, al igual que en las últimas noches, acarició una erección testaruda que empinaba con fuerza la ligera sábana de algodón. Pensando en ella, se masturbó con violencia y fue, sin duda, el mejor momento del día; aunque huyera de Victoria, lo ponía muy firme y sabía que en el fondo deseaba convertir esa fantasía en realidad, comprobar si en persona sería capaz de provocarle los mismos orgasmos que conseguía con su recuerdo; preveía que podía superarlos y significar una catástrofe en su plan de expansión. Aquel propósito que alentó durante meses un afán vengativo ignorado muchos años, empezó a machacarlo. Sopesó ese interés en Ivory, que le atrajo desde que conoció su existencia; la maniobra con Cyrus para forzar a Nicholas, que había cometido la torpeza de continuar con la amistad que James Finch-Hutton tuvo con Sebastian Ulick: su padre e impulsor de todo; un hombre que cometió el error de engendrarlo. Visto con perspectiva ya no tenía sentido o, quizás, fue solo una excusa para acallar su

conciencia; esa que no le permitía conciliar el sueño porque Ulick ya no estaba y se había llevado cualquier oportunidad de redención, también una venganza acariciada durante años.

CAPÍTULO III

Londres, Inglaterra
9/8/2013

Después de días estresantes, Victoria entró en la casa de Londres con su madre, un poco más tranquila. Ayudó a sus hermanos y a Gordon con la investigación de las referencias de todos los empleados, y al único que no pudieron comprobar fue a Antoine Levy; contratado sin competencia por Giselle. Empezaron a solicitar aspirantes a su puesto con la intención de no renovarle el contrato en septiembre.

Tras organizar la ropa en el dormitorio, en esas situaciones era consciente de la cantidad exagerada que tenía, Victoria se vistió con un sobrio vestido negro de tirantes, algo corto, para acudir a una cita con Andreas. La había llamado por la mañana, invitándola a cenar. Consiguió sorprenderla bastante, ya que no esperaba que quisiera volver a verla, pero tampoco quiso darle mayor importancia, pensando en que habría entrando en la categoría de amiga sin derechos.

—¿Dónde vais a ir? —preguntó Patricia.

—No lo sé —dijo indiferente. Su madre dejó a un lado las inquietudes por Ivory para concentrarse en ella, mientras se ponía unos zapatos beige de tacón alto—. No me lo ha dicho.

—Seguro que se come bien. Estás preciosa, cariño.

Terminó de arreglarse, sonó el timbre y Patricia sonrió de oreja a oreja.

—Ni se te ocurra. —Victoria la miró con burla y la besó en la mejilla—. No creo que llegue tarde.

—No seas negativa y disfruta.

Victoria movió paciente la cabeza y salió del dormitorio.

Andreas la esperaba apoyado en el coche. Vestía un traje oscuro con camisa blanca, sin corbata. Su atractiva apariencia mejoró al mostrarle una sonrisa de bienvenida.

—Hola. —Andreas se incorporó rápido y le rozó con los labios la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo sonriendo tímida—. ¿Y tú?

—Contento de volver a verte.

—Gracias. —Las puertas del vehículo se abrieron y como hizo en Ivory la ayudó a sentarse—. Me ha sorprendido que me invitaras.

—¿Por qué? —preguntó cuando se sentó tras el volante.

—No sé… —Victoria sonó indecisa—. Me dijiste que no salías con mujeres.

El gesto mezcla de indiferencia y asombro de Victoria fue correspondido por un amago de sonrisa con los labios apretados.

—No te mentí —dijo mirándola a los ojos—. Nunca lo hago. Estás siendo mi excepción que rompe la regla.

Victoria tragó despacio disimulando, halagada, mientras jugueteó con la correa del bolso.

—¿Adónde vamos?

—He reservado en un pequeño restaurante de las afueras, nunca he ido, me lo ha recomendado uno de mis socios.

—Si te lo ha dicho, será verdad —dijo Victoria complaciente. Andreas parecía de buen humor y le gustó verlo relajado, también que se hubiera acordado de ella—. Sarah me ha dicho que la llamaste para pedirle mi teléfono.

—Sí. ¿Te ha molestado?

—No —respondió sonriendo—. Pero podrías haber llamado al hotel. Hemos tenido un problema y no hemos parado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un tono plano que no sugería nada, quiso conocer su versión—. Espero que no haya sido grave.

—Hubo un incendio en la cocina. El mismo día que te fuiste. Ha sido una pesadilla. La policía lo está investigando.

—¿Ha sido provocado?

—Sí.

Andreas batió las mandíbulas con fuerza.

—Espero que cojan a quien lo haya hecho —dijo severo.

—Yo también. Es la segunda vez que alguien nos sabotea.

—¿Segunda? —preguntó Andreas girando la cabeza para mirarla. No se fiaba de Giselle; la conocía; se parecían demasiado. En cambio, la mujer que lo acompañaba era noble, se intuía su inocencia y, aunque él no tenía escrúpulos en los negocios, no le interesaba que su proyecto se viera frustrado por la incompetencia de nadie; menos de quien dirigiría uno de sus restaurantes. Interesado dijo con frialdad—. Cuéntamelo.

—En julio manipularon un cuadro eléctrico y se rompieron todos los compresores de las neveras. Esta vez ha sido peor. No solo por los daños materiales, sino también porque podría haber sido una tragedia.

El sistema contra incendios no funcionó y los bomberos nos dijeron que alguien había desconectado los cables.

Procesando una corazonada, concentrado inmóvil en la carretera, Andreas frunció los labios. O Giselle le aseguraba que su amante estaba controlado o se quedaba sin trabajo. Sabía que habían mantenido una relación y supuso que podían estar detrás. La imagen del hotel se resentiría y eso no lo beneficiaba. Ivory era una maravilla, un símbolo de orgullo, apreciaba su encanto; era un despropósito arruinarlo. Sus planes, mucho más sutiles, jamás pondrían en peligro la propiedad; sabía valorar la historia y le asqueaban los bárbaros incapaces de disfrutar con el arte; uno de los pocos alicientes que tuvo Åsa en vida y le transmitió desde niño.

En veinte minutos llegaron al restaurante. Tenía un ambiente discreto y selecto, una decoración clásica con colores marrones donde destacaban dos murales con escenas de caza.

Les dieron una mesa apartada. Eran los clientes más jóvenes, rodeados de personas, entre cincuenta y sesenta, que los siguieron con discreción hasta que se sentaron. Andreas examinó la carta de vinos y eligió un burdeos *Château Lafite*, no le importaron las quinientas libras que costaba.

—¿Has decidido si vas a Ginebra?

—Sí —respondió sorprendida; el señor Göransson tenía buena memoria—. Me voy mañana. ¿Y tú?

—No lo sé —dijo encogiendo los hombros de manera automática —. Tengo algunos asuntos pendientes. —Al decir esto, una idea pasó veloz por su mente «¿Dónde estaban las mejores montañas de Europa?»—. ¿Cuántos días te vas?

—Una semana —dijo sonriendo. Victoria advirtió un cambio en él, de repente, sus ojos la calentaron con una inesperada ráfaga cálida. El camarero les sirvió las copas y pidieron los platos siguiendo su recomendación. Después de oler un aroma afrutado con un ligero toque a madera, dio un sorbo y captó en la boca el sabor elegante y suave de un vino que conocía, pero nunca había podido probar. Satisfecha por el gusto y animada por la actitud de Andreas, más atrevida, preguntó después de beber otra vez—. ¿Por qué me has llamado?

—Me gustaría que fuésemos amigos.

—Claro —dijo con una sonrisa forzada. Si en ese momento hubiese encontrado un muro, se habría dado de cabezazos. «¿Amigos?». No entendía qué le pasaba a los hombres con ella. Este no tenía

problemas económicos, era atractivo y la había invitado a cenar. «¿Para ser amigos?» Menuda suerte la suya. La insistencia de su ironía la dejó durante varios minutos concentrada en hacer girar el líquido de la copa. Si su madre creía que con Andreas tendría algo de diversión, no podía estar más equivocada—. Por supuesto.

—Me dijeron en Ivory que la mujer de Nicholas tiene una Fundación para ayudar a niños discapacitados. —Andreas trató de entablar de nuevo una conversación. Percibió el cambio, el hermetismo. «¿Qué podía haber contestado?» Si supiera qué le gustaría ser, probablemente saldría huyendo—. Me parece muy interesante.

—Sí, están haciendo una labor increíble. La constituyeron mi padre y mi hermano. Ella es la presidenta, y todos ayudamos en lo que podemos, es gratificante.

—Me imagino.

—¿Colaboras en algún proyecto benéfico?

—No de esa manera —dijo indiferente. Los beneficios fiscales que obtenía eran más importantes—. Hago donaciones y esas cosas.

—Algún día podrías pasarte por la oficina de Londres. Si quieres puedo acompañarte —dijo amable. Casi nadie quedaba indiferente cuando lo veía con sus ojos—. Seguro que te animas a apoyarlos.

—Lo intentaré —dijo cogiendo la copa, mirándola.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—¿Otra vez? —preguntó bromeando—. Van tres —dijo cuando Victoria rió alegre, su rostro se iluminó y disfrutó de su belleza. Un mechón de pelo castaño le cayó por la cara y se lo colocó detrás de la oreja con un movimiento coqueto; él necesitó colocarse otra cosa y bajó la mano con disimulo hacia la entrepierna—. Supongo que hasta mediados o finales de septiembre, pero puedes venir a verme cuando quieras.

—Lo tendré en cuenta —dijo pensando en las señales confusas que recibía entre el sonido de esa voz profunda, la intensidad de una mirada que parecía atravesarle el cuerpo y una sonrisa maliciosa. Creyó que flirteaba, y consiguió ponerla otra vez nerviosa—. No conozco Estocolmo.

—Ya sabes… —Andreas dejó la frase sin terminar—. ¿Cuándo inauguráis la temporada?

—Si no hay más incidencias, la cocina volverá a estar en funcionamiento en dos semanas. Hemos tenido que comprar toda la maquinaria nueva. Mis hermanos están intentando que el seguro se responsabilice, pero hasta que la policía no termine sus pesquisas, no van a pagar nada; están todos bastante enfadados. Hemos trabajo

mucho para destacar por calidad y ahora esto solo nos hará tener que hacerlo con más empeño para limpiar nuestra imagen.

—Es normal, no solo es el negocio, el prestigio es muy importante, los comprendo perfectamente.

—No entiendo por qué alguien hace ese tipo de cosas; es rastrero y una manera bastante absurda de complicarse la vida.

—Hay personas que no miden los riesgos.

—¿Eres de ese grupo?

—No —dijo rotundo—. Nunca me meto en nada si creo que puedo perder.

—¿Nunca haces nada improvisado? No sé, dicen que las cosas que surgen de manera espontanea son las más divertidas.

—No. ¿Tú sí?

—Bueno, no he tenido muchas posibilidades de diversión, solo con mis amigas y éramos unas pardillas. Creíamos que por escaparnos unas horas del internado estábamos violando un montón de leyes. —Victoria sonrió encogiendo los hombros—. No he vivido mucho.

—Al menos en el plano laboral sí se puede decir que eres una experta —dijo Andreas. No hacían falta sus palabras para confirmar algo que sabía, pero el matiz triste de su voz, reconociendo con humildad su juventud, le golpeó demasiado profundo. Incluso se planteó si sería virgen, se podía deducir que sí por sus palabras; tenía muchas posibilidades; sin embargo, no iba a preguntárselo, prefería descubrirlo con su cuerpo—. Me gustó tu forma de dirigir Ivory.

—Tengo mucho que aprender —admitió agradecida. Se fijó en una boca masculina que la estaba sorprendiendo con dulzura y valoraba su trabajo con admiración, aunque era consciente de la realidad—. Está claro que si mi familia no fuera la propietaria, no estaría donde estoy.

—¿Por qué no? Si yo fuera el dueño, te daría el puesto, seguro.

—Ya, claro. —Volvió a reír incrédula—. Por suerte eso no va a pasar.

—Por supuesto que no.

En ese momento, Andreas habría dicho lo que fuera por mantener el buen ambiente. La sonrisa confiada de Victoria, sus gestos calmados, su elegancia al hablar, todo le estaba gustando demasiado; y *demasiado* era peligroso. Desoyendo a un instinto de conservación primario, se empeñó en tomar un postre casero y lo saboreó exagerando. Victoria de manera sensual pasó la lengua por sus labios mientras lo observaba comer, tragó despacio y se excusó yendo al servicio. En cuanto salió de su vista, Andreas aceleró terminarlo antes de que regresara. Esa simple visión lo había puesto como el acero. Inseguro, se echó un vistazo rápido a la entrepierna. Se levantó, se

quitó la chaqueta y la sostuvo ocultando una bragueta a punto de reventar. Pagó la cuenta y la esperó dentro del coche, no estaba para exhibiciones delatoras.

En el trayecto de vuelta charlaron de arte, música y la proyección de algunos países en el sector turístico. Comprendió el porqué de su cargo con solo veinticuatro años. Tuvo la certeza de que su familia no le estaba regalando nada. Si la habían designado directora del hotel era porque tenían tan clara como él su capacidad intelectual. Era brillante, guapa y con un futuro prometedor. Algunos pensamientos sobre ella lo asustaron. Su plan empezaba a hacer aguas, y debía encontrar la manera de tener Ivory sin implicar la relación que estaba planteándose con Victoria.

—Gracias por la cena —dijo Victoria en la puerta de su casa.

—Gracias a ti por venir.

Andreas apenas movió los labios, se inclinó hacia abajo, le dio un beso rápido en la mejilla y volvió al coche casi corriendo.

La cara sorprendida de Victoria expresó alivio en cuanto cerró la puerta y se apoyó en ella resoplando con los ojos cerrados. Escuchó unos pasos y abrió los párpados despacio.

Patricia apareció con una bata de raso beige y una sonrisa suspicaz.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—Me parece que no ha ido tan bien.

—Qué quieres que te diga —espetó. Fue hacia la escalera, pero su madre la siguió—. Otro amigo más.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, pretende que seamos amigos, así que no vuelvas a repetirme que disfrute; cuando me decido a hacerlo pierden el interés en mí.

—No seas tan dura contigo. Relájate en Suiza con Val y ya verás como en buena compañía se ven las cosas de otra manera.

—Claro.

—Mañana me iré a primera hora a Ivory, he quedado con tus hermanos, llámame cuando llegues. Buenas noches, cariño.

—No te preocupes.

Victoria le dio dos besos en las mejillas y subió al dormitorio. Patricia se dirigió al salón, solitario, silencioso y lleno de recuerdos. Lo fácil sería no alentarla y tenerla a su lado todo el tiempo posible,

pero quería que amara con la intensidad que ella lo había hecho. Vivió los mejores años de su vida junto a James y deseaba para ella esa misma felicidad.

La policía tras varios días de investigación se puso en contacto con Nicholas, habían encontrado al responsable y querían informarle en persona. Le pidieron con amabilidad que pasara por la comisaria de Salisbury. Charlotte lo acompañó con sus sospechas puestas en el chef, por cómo y por quién fue contratado. Gordon compartía opinión, mientras Tristam no descartaba a Max, y su madre apostaba por alguno de los chicos de mantenimiento. Según ella, no todo el mundo podía manipular los cuadros. Le explicaron varias veces que no hacía falta ser un genio, pero insistió; probablemente por su propia incompetencia ante la electricidad.

Después de comer juntos en The Three Lions, llegaron a la comisaría. Dos policías los acompañaron a la sala de reuniones, donde su jefe, de manera afectuosa, saludó a Gordon y Patricia, viejos conocidos desde su juventud. Gracias a esa amistad priorizó el caso.

—En cuanto interrogamos a todo el personal, empezamos a investigar sus anteriores empleos. El señor Levy ha sido acusado de un delito de sabotaje contra sus instalaciones —explicó uno de los agentes—. Quedará exento de responsabilidad penal, ya que hay testigos que lo vieron intentando voluntariamente impedir la consumación del mismo.

—¿Está arrestado? —preguntó Nicholas muy serio.

—No. Pueden presentar una denuncia contra él o solo se actuará de oficio. Siento decirles que este tipo de faltas implican una multa y no creo que sea elevada.

—Lo haremos, por supuesto. —Nicholas tomó la palabra sin dudar del apoyo de su familia. Hablaría con Astor y lo dejaría en sus manos —. Puso en peligro la vida de sus compañeros y clientes, también nos ha ocasionado un daño material elevado y otro a la imagen de nuestra empresa que nos va a costar mucho esfuerzo reparar.

—¿Les ha dicho por qué? —preguntó intrigada Charlotte.

—No exactamente. Cuando hablamos con él, en un principio lo negó todo, pero en cuanto mencionamos a la señora Giselle Harper no pudo contener la rabia y a partir de ahí fue descubriéndose. De hecho, no teníamos idea del otro sabotaje y terminó por confesarlo también. Como les he dicho, se encargarán de oficio, pero si tienen intención de acusarlo de manera particular, tenemos su declaración reconociendo los dos intentos.

—Ella fue quien lo contrató por las excelentes referencias que tenía —dijo Gordon—. Fue un poco precipitado y no lo comprobamos.

—Está claro que tenía muy buenas referencias.

El policía sonrió irónico.

—Y tan buenas —dijo su compañero.

—¿Estaban liados?

Tristam creyó entender eso. Los policías afirmaron con la cabeza y durante unos minutos les aclararon la clase de relación que mantenían. Todos conocían el motivo del despido de Giselle, y esa historia encajaba a la perfección en la imagen que les había dejado.

Cuando salieron poco después, Nicholas y Charlotte andaban de la mano hacia el coche, mientras Patricia acompañaba a Tristam detrás de ellos y Gordon iba delante, a varios metros, pensativo.

—Hemos acertado al decidir no renovarle —dijo Tristam cuando llegaron al todoterreno de su hermano—. Por una vez hemos estado todos de acuerdo.

—Sí. —Nicholas besó en la mejilla a Charlotte—. Tenías razón, cariño. —Abrió la puerta a Charlotte y se giró para despedirse—. Hablaré con Astor. Tengo que reunirme el lunes con él en Londres. Que emprenda las acciones legales que considere oportunas. Por otro lado, el plazo para la transmisión vence el día quince. En cuanto esté hecha os avisaré para revisar el contrato de arrendamiento.

—De acuerdo —dijo Tristam. Nicholas le dio una palmada en el hombro—. Pero tenemos que hablar.

—Muy bien.

—Hasta luego, cariño. —Patricia se despidió de Nicholas con un beso en la mejilla e hizo un gesto con la mano a Charlotte, que hablaba en ese momento por el móvil—. Si puedo mañana iré a ver a los niños. Quiero volver a Londres por la tarde.

—¿No te vas con Gordon?

—No. Voy a cenar con Tristam y Sarah en su casa. Así veo cómo llevan las reformas.

Gordon se mantuvo en silencio percibiendo el malestar que arrastraban desde el inoportuno comentario sobre Max. Notaba cómo se escabullía de él y cuando estaban, como en ese instante, rodeados de su familia, simplemente lo ignoraba. Nicholas no advirtió nada extraño y al quedarse solos se despidió con un abrazo.

—Si tienes cualquier problema, llámame. No podemos retrasarnos mucho.

—Tranquilo —dijo serio. Dio la vuelta, aunque se detuvo y añadió

—: Nick, tendrás que hacer frente a un gasto muy importante para liquidar el impuesto de la herencia de Ivory. Recuerda lo que te dije.

—No te preocupes, te lo agradezco —dijo esbozando una sonrisa resignada—. Cuando hable con Astor tendremos que convocar una junta extraordinaria. Tenemos que resolver el tema económico de la sociedad. La semana que viene hablamos, además, empieza la renovación de la cocina.

—Han dicho que, excepto la campana, ya han llegado el resto de máquinas. A ver qué dice el seguro.

—Nada bueno. Encárgate de las entrevistas con los chefs, dile a mamá que pruebe los platos contigo.

—¿Por qué no lo hacéis vosotros? —preguntó sorprendido e incómodo—. Estáis más acostumbrados a ese tipo de comida.

—No seas miedica. Con decir si te gusta o no, vale. Además, mamá es experta.

—No sé si querrá ayudarme —murmuró rápido.

—¿Por qué no?

Gordon encogió los hombros con un gesto disconforme.

—Llevamos unos días un poco raros.

—¿Os ha pasado algo?

—Le dije algo que no le gustó.

—¿Qué?

—Una tontería —dijo indiferente, negando despacio con la cabeza, sin intención de ampliarle nada—. Ya se le pasará.

—Si me lo quieres contar, sabes que puedes hacerlo con total confianza.

—Anda, vete. Charlotte ha terminado.

—De acuerdo. —Nicholas lo vio alejarse, subió al coche y arrancó —. Menos mal que todo se ha aclarado.

—Sí. —Charlotte colocó una mano sobre la suya—. ¿Te pasa algo?

—Me ha dejado intrigado una cosa. ¿Has notado rara a mi madre con Gordon?

—Ahora que lo pienso, no los he visto hablar. ¿Por qué?

—Le he pedido que entrevisten ellos a los chefs, sobre todo para que prueben los platos, y me ha dicho que no tenía muy claro que mi madre quisiera ayudarlo.

Charlotte inclinó la cabeza y lo miró extrañada.

—¿Se le habrá declarado?

—No creo.

—Nunca se sabe —dijo sonriendo—. ¿Por qué supone que no va a querer ayudarlo?

—No me lo ha contado. Dice que dijo algo que la molestó, pero no

me ha dicho qué.

—Ahí lo tienes —bromeó sonriendo contenta.

Nicholas la dejó por imposible, salió del aparcamiento y cogió la carretera de vuelta a Wells. Prefirió centrarse en todos los frentes que tenía abiertos, con un poco de suerte todos resueltos al finalizar agosto. En su visita a Londres también hablaría con Randy. Las acciones de Cyrus estaban cayendo de forma constante y los dos tenían invertidas grandes sumas de dinero, que podía significar su ruina de mantenerlo. Necesitaba información urgente en vista de que sería un suicidio cumplir el margen de tiempo que se habían dado para aguantarlas. Cansado de unos pensamientos negativos, Nicholas miró un segundo a Charlotte, distraída con el paisaje.

—¿Por qué no os venís conmigo?

—¿A qué hora quieres salir?

—Por la tarde, así llegamos con tiempo para darles tranquilos la cena. Puedes dejarlos con Joan y aprovechar para hacer lo que quieras mientras hago mis cosas.

—Ahmad iba a venir a comer, pero si vamos a estar en Londres, mejor lo vemos allí. ¿A qué hora terminarás?

—No lo sé. Tengo la reunión con Astor a las nueve y de allí iré a ver a Randy. Dile a Ahmad que venga sobre las dos, supongo que a esa hora habré terminado.

—Vale. A lo mejor también se lo digo a Rachel, ahora que Laura está ennoviada y Sarah en el campo, no sale mucho.

—No estarás intentando colocarle a Ahmad ¿verdad?

—No —dijo casual, insinuando una sonrisa, añadió—: Pero si ellos quieren, son mayorcitos.

—Estás muy contenta, ¿hay algo que no me has contado?

—Puede —respondió risueña.

Charlotte había hablado con Maggie al salir de la comisaria, quería sorprenderlo con una velada romántica para que olvidase todas las preocupaciones y por unas horas se relajara por completo.

Una vez en su casa, acostaron a los niños y Maggie los dejó a solas. Tuvo la precaución de esconder en el horno el menú y mantener así el pequeño secreto que compartía con Charlotte.

Mientras Nicholas preparó algunos documentos en el despacho, Charlotte se duchó. Al terminar, se puso un conjunto de lencería negro y un vestido azul entallado con un cinturón que disimulaba la leve

hinchazón que aún tenía en el vientre. Se maquilló y arregló cómo si de una cita se tratase.

Puso la mesa con mucho detalle y encendió varias velas. Trajo la carne asada en una bandeja de plata y la sopa fría de salmón que Maggie preparaba con un resultado excelente. Entornó la puerta de la biblioteca:

—Cariño, te espero en el salón.

—Voy.

Nicholas se quedó inmóvil en la puerta. Iba de sorpresa en sorpresa. Se metió las manos en los bolsillos y se acercó despacio mientras la recorrida de arriba abajo con una mirada que no ocultaba su admiración.

—¿Y esto? —preguntó con las cejas arqueadas.

—Tú y yo, menú especial de Maggie y, quizás, algo más.

—Estás preciosa. De haberlo sabido, me habría vestido para la ocasión.

—Pero hubiese perdido todo el efecto. —Charlotte acarició su rostro un poco áspero por la incipiente barba y lo besó con pasión. Vestía lo mismo que llevó a Ivory: un pantalón azul marino y una camisa celeste, remangada por los antebrazos. Nicholas la apretó contra su cuerpo y ella, al notar la solidez de su miembro, se excitó tanto que dudó si serían capaces de llegar al postre. Las semanas de celibato incrementaron la necesidad de los dos. Si Charlotte estaba aturdida por el beso, Nicholas había subido al cielo—. Te echo de menos.

—Como sigamos, no respondo —dijo mordiéndole la barbilla—. Me has puesto cardiaco.

—Pues acumula fuerzas —susurró Charlotte junto a sus labios, sonrió y se apartó—. Mejor no voy a decirte cómo estoy. —Se sentó en la mesa y dijo—. No he traído el vino, elígelo tú.

Nicholas salió del salón con unas expectativas que anularon todas sus inquietudes. Luego, después de traer una botella de tinto, sirvió las copas.

—Por nosotros —brindó Charlotte.

—Por nosotros.

Bebieron, comieron y hablaron de todo. Repasaron a los niños y también a algunos miembros de su familia, hasta que Charlotte comentó que sus padres regresaban en unos días y el gesto alegre de Nicholas se esfumó.

—Tendrán que quedarse aquí —dijo seco.

—Mejor en la casita de invitados —comentó Charlotte que no quiso desilusionar a sus padres, locos por conocer a la niña y pasar

unos días junto a ellos—. Tendrán más intimidad.

—Está hecha un desastre. Si la hubiésemos reformado cuando te lo dije, ahora estaría perfecta para que vinieran cuando quisieran —reprochó Nicholas agobiado—. Me da vergüenza que se queden en ella.

—Está igual que cuando yo me quedé, y entonces no te importó.

—Cariño, no es lo mismo, no te conocía.

—Es broma. —Charlotte acarició su mano—. No les importará como esté, lo que quieren es pasar unos días con los niños.

—Tú verás, son tus padres.

—No te preocupes.

Tras un mousse helado de chocolate, Nicholas quiso tomar una copa, pero Charlotte se negó dando por concluida la cena.

—No tengo sueño. —Nicholas con estoicismo llevaba como podía la recuperación del parto—. Me apetece un whisky.

—Creo que lo que tengo te va a gustar más —dijo Charlotte cogiéndole la mano—. Pero, si quieres, tráete la botella.

La miró confundido, entornando los ojos, esa sonrisa prometía lujuria. Se acercó al carro de la bebida y eligió una edición limitada de un Chivas de veinticinco años.

—¿Vas a querer?

—Cógeme un vaso.

—Me estás descuadrando. ¿Por qué vamos a necesitar tanto alcohol?

—No he dicho que lo vayamos a necesitar. Tú no sé, yo te garantizo que no

Nicholas le dio los vasos y subieron al dormitorio. En cuanto dejó la botella en la mesa, salió a hacer su ronda. Charlotte sirvió el whisky y esperó sentada en el sillón con las piernas cruzadas, balanceando el pie a la vez que el aroma penetrante del licor impregnó todo su paladar. Cerró los ojos disfrutándolo y no vio ni escuchó entrar a Nicholas, que la observó encantado saboreando una bebida apasionante; los matices, la sutileza y la fuerza de la tierra se podían sentir si se prestaba la suficiente atención.

—¿Te gusta?

Empezó a desabrocharse la camisa.

—Sí —susurró—. Cada día más.

—Me alegro —dijo con la piel de gallina. Terminó de desnudarse y cogió el pantalón del pijama. Había tomado la costumbre de ponérselo y ahorrarse el contacto directo con la piel de su mujer, cierta distancia era importante. Evitaba incumplir la convalecencia que creía debía guardar. Pasó por delante en calzoncillos con la camisa y el pantalón

en la mano—. No tardo.

—¿Tienes prisa?

Nicholas inclinó la cabeza, sin apartar los ojos de ella. Se dirigió lentamente hacia el sillón.

—No, solo iba a ponerme el pijama.

Charlotte se levantó y le dio la espalda.

—¿Me ayudas? —preguntó muy bajo. Escuchó a Nicholas resignado expulsar aire, sin ver una sonrisa maliciosa, bajó la cremallera y se alejó unos pasos—. Parece que me rehúyes.

Charlotte empezó a quitarse el vestido mientras Nicholas daba un sorbo al whisky. Cuando vio el sujetador negro que dejaba los pezones a la vista, tosió atragantado.

—Me vas a matar.

—Ni mucho menos es mi intención.

Le recorrió cada centímetro de piel con los ojos, despacio. Si quería lentitud iba a dársela. Toda la que quisiera, ese conjunto merecía su plena dedicación. El cuerpo esbelto de Charlotte, un poco más redondeado, solo con las bragas y el sujetador fue demoledor para su libido; los zapatos, el extra innecesario pero recomendable.

—Estoy pensando en serio que no eres humana. Es imposible que hayas recuperado la figura en diez días.

Charlotte hizo un gesto disconforme y negó con la cabeza.

—Me falta un poco para estar como antes.

—No quiero que estés como antes —susurró acariciando con los dedos extendidos su vientre. Inclinó la cabeza y lamió su cuello con un reguero húmedo y abrasador—. Me gustas más así, estás perfecta. —Subió la boca y atrapó la suya con una lengua juguetona. Se apartó y susurró bien sujeto a sus caderas—. Sabes perfecto.

La llevó a la cama y con mucha parsimonia le bajó los tirantes del sujetador. Besó sus hombros, su pecho, hasta que no pudo más y terminó de exponer sus senos y devorarlos.

—Si supieras lo que me provocas, no estarías tan tranquila. ¿Estás segura? No quiero hacerte daño.

—Nunca me lo has hecho y no creo que hoy vayas a sobrepasar tus autoimpuestos límites.

—Son necesarios para mí —reconoció, besándola por toda la cara.

—Ya no.

Charlotte le besó el firme pecho, con suavidad, inhalando ese aroma que formaba parte de ella. Sus labios se unieron y sus lenguas otra vez se saciaron entre el sabor del whisky y el deseo que los arrastraba. Nicholas hundió la mano en un cabello rubio sedoso y tiró con delicadeza de él. Sus pechos se elevaron reclamando más

atención, y se la dio, toda. Más brusco de lo que pretendía, se quitó los bóxers. En cambio, introdujo la mano con mucha suavidad bajo las braguitas hasta que tocó el sexo de Charlotte y se contorneó en su mano.

—Me gusta verte así —susurró con una voz grave que destilaba deseo—. De hecho, quiero verte siempre así.

—Yo también —musitó acariciándole el pene, sólido y preparado, por ella.

Nicholas usó las dos manos para despojarla de la última prenda. Recorrió sus muslos con los ojos fascinados delante de una belleza espléndida que seguía dejándolo impactado.

—Te quiero —susurró besándole la cara interior de las piernas—. Te quiero. —Con la punta de la lengua rozándole el clítoris—. Te quiero

La voz de Nicholas era otra caricia más. Llegó hasta sus labios sujetando todo su peso con los brazos. El contacto de sus cuerpos los excitó empezando a apremiarlos. Un miembro rígido, con la suavidad como táctica, rozó la entrada. Nicholas cogió sus manos y las extendió a los lados. Impulsó las caderas en un movimiento casi imperceptible, que hizo gemir a Charlotte en un ronroneo mejor que cualquiera de las piezas que admiraba; el sonido del placer en esos labios era la mejor música para sus oídos. La penetró con prudencia, no quería provocarle ningún dolor; solo satisfacción; el mismo que descubrieron aquel primer día cuando se amaron en la casita. Se pertenecían y necesitaban, aunque lucharan con embestidas casi salvajes; Nicholas perdió la noción de todo, Charlotte era su única dueña.

—¿Te duele?

—No. Sigue y déjate llevar.

Esa feminidad cuando intercalaba suspiros placenteros, lo hizo sonreír y empujar hasta clavarse en su interior. «Dios, cuánto la amaba». Si alguien alguna vez le hubiese dicho que se podía querer a alguien con la intensidad que él amaba a Charlotte, jamás lo hubiese creído.

—Mi amor.

Estaba a punto de eyacular y quería esperarla. Ralentizó la violenta demanda de su cuerpo, la sacudió con profundas y lentas embestidas. Cuando Charlotte explotó gritando su nombre, acalló esos labios hinchados con un beso arrollador. Recorrió con la lengua todos los húmedos rincones de su boca, tragándose un grito enardecido. Luego, cayó derrotado sobre ella, su vida estaba en sus manos al igual que su corazón. Se calmaron satisfechos por una intensidad inagotable, felices por un ansiado reencuentro. Nicholas acarició el rostro de su amor,

sonriéndole mientras sentía la suavidad de unas caricias en la espalda, flotaban como gotas de lluvia suspendidas en pétalos de coloridas flores. Se escuchó el llanto de la niña y, con un beso en los labios, se apartó de su sitio; el de honor.

—Voy a por el biberón de Jamie.

Abducida por esa voz, sonrió mientras Nicholas se puso el pantalón del pijama. Se acurrucó oyéndolo susurrar palabras cariñosas a la niña. En cuanto la calmó, salió decidido. A los pocos minutos regresó Nicholas, pero no advirtió una lágrima en el rostro de Charlotte, que vio cumplido su sueño. El hombre reacio a tener descendencia se había convertido en el maravilloso padre que siempre quiso para sus hijos. Verlo con Jamie perdida entre fuertes músculos, protegida por él, dejando al descubierto toda la ternura de un hombre sereno en la plenitud de su vida, fue la imagen más bonita que recordaría siempre. No imaginaba una vida sin él. Su infinito era la familia que tanto disfrutaban juntos.

CAPÍTULO IV

Londres, Inglaterra
12/8/2013

Nicholas llegó al despacho de Randy tras hablar con Philip. Debían aportarle el coste de la reforma de la cocina y valorar los daños ocasionados a la imagen del hotel para preparar la demanda contra Antoine Levy, algo difícil aunque no imposible.

Tras saludar a Randy con un abrazo afectuoso, ponerlo al día de sus avances en el gimnasio con Astor, y preguntas amables de sus familias, entraron en la materia que les preocupaba: Cyrus, la empresa americana fabricante de hardware. Tenían metido mucho dinero desde enero de 2011 y compartía con Nicholas la preocupación por el delicado momento que atravesaba.

—No entiendo cómo en dos meses han caído tanto. Te lo juro, Randy, no duermo.

—Está circulando información sobre los últimos productos que han sacado al mercado. —Randy sirvió dos vasos de agua, cogió uno y bebió—. Los inversores no creen que sean apropiados, ya que son demasiado costosos y tampoco ofrecen demasiadas innovaciones. Al parecer, están desalentados porque con los precios actuales no atraerían a un nuevo mercado y apenas tendrían margen de beneficios a corto plazo. He hablado con el jefe de inversiones y hay una compañía que está acumulando acciones atraída por el precio. Se está posicionando.

—¿Cuál?

—Aún no lo sé. —Randy miró a su amigo con unos ojos tan oscuros como sus sospechas—. Los de Cyrus bajaron el precio tratando de animar la inversión para hacer más accesible los títulos. En cambio, no les ha funcionado. Solo esta compañía es la que está comprándolas de forma masiva —dijo serio. Consultó datos en el ordenador, giró la pantalla y se la enseñó a Nicholas, que se puso las gafas—. Han dividido el valor nominal de las acciones a razón de ocho nuevas por cada una de las antiguas. Intentaban aumentar el número de compras de títulos sin que afectara al valor inicial. No les ha salido mal la maniobra, pero, desde mi punto de vista, el nuevo inversor tiene una posición demasiado destacada. Imagino que dentro de muy poco se estabilizará el precio y se disparará otra vez la cotización. Es un riesgo

que debemos correr, pero en nuestro caso no vendería —comentó reclinando el cuerpo en el sillón, se movió despacio y añadió insinuando una sonrisa—. Nick, vamos a mantenerlas porque es una estrategia. Estoy casi convencido de que esa compañía es quien ha lanzado el rumor a los inversores para forzarlos a vender y se está aprovechando de la confusión.

—¿Qué crees que va a pasar?

—Cyrus debe atraer nuevos mercados y me apuesto el cuello a que quien está comprándola tiene muy claro cómo hacerlo. Seguro que ampliarán la oferta de productos diversificando la producción a precios competitivos. Cuando lo hagan, habrán conseguido quedarse con el control habiéndola comprado por una ganga.

—Tú eres el experto —dijo Nicholas atento al brillo penetrante de sus ojos, tenía la fuerza de un instinto que hasta la fecha siempre había sido muy rentable para ellos; gozaba de su total confianza—. Si crees que es lo que debemos hacer, lo hacemos, espero que estés en lo cierto. Tengo demasiado dinero invertido.

—Lo sé, yo también. Las inversiones en bolsa son arriesgadas, hasta ahora nos ha estado yendo muy bien. Debemos ser pacientes, Nick.

—Ya. ¿Pasamos a Ivory? ¿Cuánto va a costarme la transmisión?

—El impuesto es el siete por ciento. Cuando tu padre la heredó tenía un valor de algo menos de tres millones de libras y se basan en el incremento municipal del suelo para establecer algunas reducciones, lo siento. —Randy lo miró e hizo una mueca de disgusto por el dolor que le ocasionaba darle esa noticia—. Unas doscientas mil libras. —Apretó los labios viendo a Nicholas murmurando por lo bajo, frotándose los ojos consternado—. Anímate, tienes quince días para hacer efectivo el pago, luego te lo digo con exactitud.

—Qué considerados.

—Es mucho dinero, Nick, pero ten en cuenta que es muy grande y está calificada como rústica. Puedes cambiar la calificación, pero sería peor. Podríais ampliar el negocio pero conlleva ese gasto añadido.

—¿Ampliar el negocio?

—No os ha ido mal. Si ofertáis más plazas podríais crecer más rápido.

—Ni loco. No pienso cambiar nada. Bastante he hecho ya.

—En cuanto me digas, preparo la ampliación de capital. El valor actual de las acciones está fijado en ciento cincuenta libras cada una. Todos tenéis exactamente la misma proporción. Si queréis ampliar mediante emisión de nuevas acciones con aportaciones dinerarias, la mejor opción para ti es ampliar a la par, así cada uno abona el

importe nominal de la acción.

—Tristam no puede afrontarlo.

—Entonces tendríais que hacerlo con cargo a reservas, por lo que abonaríais una parte o nada del valor, pero se negociarían los derechos.

—No sé si le interesará.

—No se le pagarían los dividendos, y tampoco le costaría nada la ampliación. Tenéis que hablarlo. Si quieres nos reunimos todos, porque cada uno tendrá una situación diferente a la del otro.

—Será lo mejor. Vamos a terminar con la transmisión y antes de reinaugurar aclaramos este tema. No puedo seguir haciendo frente solo a todos los imprevistos que surjan.

—Deberías negociar tus derechos con ellos. Ese dinero debería estar saliendo de las reservas, ya que contribuye a valorar mejor las acciones.

—Hablaré con Tristam —dijo Nicholas. Cogió el vaso de agua y le dio un trago largo—. Gordon y mi madre no tienen problemas.

—A lo mejor le interesa vender su parte a un tercero.

—¿Puede hacerlo?

—Sí. Puede fijar el precio de venta de sus acciones como quiera, aunque vosotros tenéis derecho de suscripción preferente.

—No creo que llegue el caso. Sabe que es familiar.

—Lo sé, Nick, pero es mi obligación advertírtelo. No lo olvides, ante cualquier nuevo inversor, primero estáis vosotros.

Nada más llegar a Mayfair del banco, su malhumor cambió al ver a Morsi con Jamie en brazos, mientras Charlotte y Rachel jugaban con los niños. Desde que vivía en Londres, no habían coincidido entre sus obligaciones y las del egipcio adaptándose a la nueva plaza que ocupaba.

—Ahmad, *As-salam alaykom*. Es un gran placer verte, como siempre.

—*Wa Alykom As-slam*. Veo que estás progresando.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó Nicholas. Lo saludó dándole unos suaves toques en el hombro y dos besos a Rachel en la cara. A Charlotte y a sus hijos los dejó para el final. Ella le dio un beso rápido en los labios, mientras Alex y Henry se lanzaron a sus brazos—. Podías haber venido algún fin de semana a Wells.

—Lo tengo pendiente, en cuanto pase el verano. Ahora estamos un poco liados por la afluencia de turistas y la baja de quien sabemos.

Miró a Charlotte, que divertida hizo una mueca fingiendo estar

desolada.

—Quizás la haga definitiva.

—¿En serio? —preguntó Rachel.

—Sí —dijo risueña. Miró a Nicholas —. ¿A que sí?

Nicholas sonrió y se sentó junto a Morsi con Alex en las piernas. No tenía intención de compartir por ahora sus inquietudes económicas. Durante un rato charlaron del parto, el accidente, trabajos y nuevos proyectos, hasta que Joan los avisó para comer. Charlotte, acompañada por Rachel, subió a los niños a dormir la siesta y pudieron disfrutar de una comida tranquila.

—Hay una obra muy interesante que quiero ver —dijo Rachel de manera casual, pero tanto Charlotte como su marido intercambiaron una mirada que sin palabras le adelantó la respuesta—. ¿Por qué no quedamos?

—Yo estoy disponible. —Morsi sonrió—. Si te valgo.

Otra vez Charlotte y Nicholas fueron cómplices, aunque Rachel no los vio.

—Claro —afirmó Rachel contenta. El egipcio tenía un punto misterioso interesante, además de un carácter divertido que le gustó —. Si quieres compro las entradas.

—Luego te doy mi teléfono —dijo Morsi. No creía en su suerte. La única vez que salía en Londres desde que llegó, a casa de sus amigos, y conocía a la doctora Chamley, que no solo era atractiva e inteligente, también tenía un cuerpazo demoledor—. Me dices el día y la hora, y si quieres cenamos después.

—Perfecto —dijo Rachel, percibiendo interés. Era mutuo—. Reserva en el Hispania, me han hablado muy bien.

—Podías invitarme, cariño —comentó Charlotte acariciando la mano de Nicholas—. Comida española, mediterránea…

—Dime el día y la hora —dijo Nicholas repitiendo a Morsi, que lo miró sonriendo—. Y hago la reserva.

Siguieron animados conversando hasta avanzada la tarde. Los niños regresaron del descanso y finalizaron el de los adultos. Sus amigos se marcharon y, tras recoger, emprendieron el regreso a Wells, el hogar que los dos sentían verdadero.

Salieron de Londres en un silencio agradable. Los niños miraban distraídos una película infantil, la pequeña succionaba el chupete tranquila, y Charlotte se interesó por las reuniones de Nicholas.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó girando la cabeza para ver sus ojos.

—Bien —respondió atento a la carretera—. Astor va a formalizar la denuncia contra Antoine, y Randy me ha estado explicando la ampliación de capital. Tenemos que reunirnos con él para que todos sepamos los pros y los contras de las diferentes soluciones que podemos adoptar.

No comentó nada del resto de la conversación, ya que Charlotte desconocía las sumas que tenía invertidas en diferentes compañías. Si para él era difícil entender ciertas prácticas económicas, supuso que para ella sería entrar en otra dimensión. Prefirió obviarle el tema. Si se enteraba de las cantidades que estaba arriesgando, probablemente, lo tacharía de loco, aunque les permitían vivir como lo hacían.

—¿Te ha dicho a cuánto asciende el importe de la transmisión?

—Sí, más de doscientas mil libras.

—¿Cómo? —preguntó incrédula. Nicholas nunca quería contarle cómo ni dónde tenía invertido el dinero y tampoco se había interesado demasiado. Su única propiedad era el Golf y lo tenía medio abandonado en un rincón del garaje. Unos días después de volver de Egipto, la incluyó en una de las cuenta del Barclays, según le contó, la primera que abrió en el banco donde trabajó James durante toda su etapa profesional. Ahí transfería todos los meses una cantidad fija para ella, que solo usaba para comprar algunos caprichos de ropa a los niños, y nunca le pedía explicaciones. Su nómina se la ingresaban religiosamente en una cuenta a su nombre y los gastos generados por las casas, la alimentación o los sueldos de Joan, Maggie y Lewis salían de otra, que controlaba solo él, y costaba que le diera información. Consiguió algunas evasivas las veces que se puso muy pesada; aunque nunca vio ningún extracto. La cifra desorbitada que escuchó no la había visto jamás—. Es una exageración, cariño. —Charlotte lo miró nerviosa—. ¿Cómo vamos a pagarlo?

—Va en función del valor de la finca. No te preocupes, he ido al banco y ya está todo solucionado.

—¿Has pagado doscientas mil libras?

Unos ojos azules de par en par expresaban asombro.

—Sí.

Nicholas no se inmutó y siguió pendiente de la conducción, mientras Charlotte daba vueltas a la cabeza tratando de calcular cuánto dinero tenía si podía desprenderse de esa cantidad sin pestañear.

—¿Dónde y qué cantidades tienes invertidas?

—En varias empresas —respondió con una mirada de reojo—. Tecnología, productos farmacéuticos, cereales, acero…

—¿Cuánto? —preguntó seria.

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—Una mezcla de las dos.

—¿Por qué? —preguntó Charlotte molesta—. Tú sabes perfectamente lo que gano, tengo derecho a saber de qué vivimos.

—Lo sabes —dijo despacio—. De tu trabajo y el mío.

—Del tuyo no lo tengo claro y del mío te garantizo que no. No me tomes por idiota.

Nicholas pareció herido al escuchar ese tono airado.

—Nunca lo he hecho.

—Si tú lo dices…

Cruzó los brazos enfadada. Hicieron el trayecto en un tenso silencio. Ninguno quiso ceder; cada uno tenía sus motivos.

Ese día, por la tarde, Andreas citó a Giselle en la oficina de AnGorssen Group en el centro de Londres. Tenía que llegar al aeropuerto en menos de dos horas. Miró el reloj resoplando por la nariz, harto de su impuntualidad. Cinco minutos, a partir de ahí, si no aparecía daría por concluida la relación profesional que iban a mantener. Justo antes de tiempo, apareció en el despacho. Cerró la puerta y entró con decisión.

—Hola, disculpa el retraso —saludó sonriendo—. Tengo al niño y no llegaba la canguro.

—Es tu problema. —Andreas la recorrió despacio con una mirada despectiva—. Es la última vez que te espero —advirtió cortante. Giselle se sentó cruzando las piernas, incómoda—. Las noticias que tengo no son muy buenas para ti.

—¿Por qué?

—Han acusado a Levy de provocar el incendio en Ivory. No sé qué tipo de relación mantenéis. —Con una mirada helada, impidió una interrupción que no pensaba permitir—. No me importa ni me interesa saber a quién te tiras, ahora bien, si afecta a mis negocios, la cosa cambia. Si vas a hacerte cargo de la gerencia del restaurante, lo quiero alejado de mis intereses, no voy a consentir que ese pirado haga lo que le dé la gana. ¿Está claro?

—Estuvimos juntos varios meses e imagino que quiso vengarse por cómo sucedieron las cosas cuando me despidieron.

—Te lo he dicho, me da igual —dijo rotundo. Jamás jugaba con sus negocios ni devolvía favores si conllevaban arriesgar su reputación —. O aceptas o no hay trabajo.

—Conoces mi trayectoria, no creo que tenga que justificar nada

ante ti. Si no quieres darme el puesto, lo entenderé.

No quiso rebajarse. Ella no era responsable de los actos de los demás. Si le comentó su decepción a Antoine y él quiso tomarse la justicia por su mano, no iba a asumir una culpabilidad que no le correspondía.

—Es verdad que te conozco desde hace años, pero nunca has trabajado para mí. Soy muy exigente con mis empleados. Sé que en el Regency lo hiciste bien y no tengo claro qué pasó para que te despidieran los Finch-Hutton. Quería hablar contigo en persona para dejar claras las cosas antes de empezar.

—En Ivory las cosas funcionaban bien hasta que llegó Victoria, la hermanita pequeña —dijo con desprecio. Andreas frunció el ceño, mirándola impasible—. Llegó con su máster y su suavidad hasta que consiguió quitarme el puesto. No pasó nada más.

—La conocí a principios de mes. No me pareció una persona que se mueva de esa manera, y te aseguro que soy muy bueno calando a la gente. —Andreas inclinó la cabeza y sonrió irónico—. No me interesa tu opinión de la señorita Finch-Hutton, solo quiero tu compromiso para gestionar el restaurante de aquí. Si los resultados en tres meses no son los que esperamos, estás fuera.

—Acepto, pero si en tres meses cumplo, quiero una revisión del contrato.

—Eso lo decidiré yo —Andreas entornó los ojos sin amilanarse por esa arrogancia. Se levantó dando por concluida la reunión—. Nos vemos la semana que viene.

—¿Te vas? —preguntó sorprendida—. Creí que íbamos a cenar juntos.

—Salgo de viaje dentro de poco.

Giselle se levantó y se alisó la falda negra, llevaba también un top sugerente, creyó que entre ellos habría algo más que una simple reunión laboral. Sintió curiosidad al verlo vestido de manera informal, intuyendo que no era un viaje relacionado con negocios.

—¿Te puedo preguntar adónde vas?

—Sí.

Esperó una respuesta que no llegó. Andreas la acompañó a la puerta, impaciente por quedarse solo.

—No me has contestado.

Giselle colocó una mano en la tela de la camiseta negra que marcaba la potente musculatura del torso masculino. Con suavidad, Andreas se la quitó e hizo una mueca de fastidio.

—No he dicho que fuera a responderte. Si me disculpas, tengo prisa.

Giselle inclinó la cabeza con cortesía y salió, no iba a mostrarle su enfado aunque sintiera pateado el estómago.

En cuanto se vio solo, Andreas volvió a mandarle otro mensaje a Victoria, y otra vez no obtuvo respuesta. Su única opción era que lo rechazara en persona. Desde que cenaron llevaba cuatro noches sin dormir, hiperactivo, ilusionado por pasar con ella las mini vacaciones que tanto necesitaba. Había preparado una bolsa de viaje con algo de ropa para la montaña, llamó a un taxi y salió hacia el aeropuerto.

Llegó a Ginebra pasadas las once de la noche y se alojó en uno de los hoteles que tenía su grupo. Al día siguiente hablaría con ella. Si aceptaba acompañarlo, irían a la cabaña que tenía alquilada hasta el domingo.

Charlotte entró en el dormitorio y vio a Nicholas sentado en el sillón leyendo concentrado. La niña dormía plácidamente, pero la tensa calma no se había diluido.

—Voy a ducharme.

Nicholas la observó, se levantó y dejó las gafas y el libro en la mesa. No quería seguir así, le dolía demasiado. Abrió la puerta del baño y se quedó inmóvil contemplando su cuerpo desnudo, con los ojos cerrados mientras se enjabonaba el cabello. Se desnudó y entró en la ducha. Rodeó su cintura, inclinó la cabeza y le mordisqueó el cuello, excitado, pulsando contra unas nalgas que siempre lo arrastraban a sus instintos más primarios.

Le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja.

—No quiero que estemos enfadados.

—Yo tampoco.

Charlotte al sentirlo detrás no pudo detener el deseo, se sujetó a sus caderas, sentía su miembro en la espalda listo para una sesión de sexo mojado. Nicholas movió las manos, apresaron con seguridad unos pechos más llenos y pesados, que besó, lamió y pellizcó con un brillo perverso en los ojos, anunciaban rudeza.

Al instante, la giró y la apoyó en los fríos azulejos, con sus cuerpos pegados ardiendo. Charlotte se dejó llevar por él, fuerte y descontrolado. Descargó toda su frustración con un deseo primitivo que lo aislaba de todo y solo le dejaba la sensación extraordinaria de perderse en el interior de su mujer; solos, ellos, sus gemidos y el ruido del agua que ninguno se molestó en cerrar. Un poco después, Nicholas se rodeó las caderas con una toalla larga. Charlotte se secaba el cuerpo cuando escucharon un golpe seco, contundente. De inmediato, el llanto desconsolado de uno de los niños los llevó corriendo hasta el

dormitorio. Alex estaba en el suelo y Henry sostenía en la mano una de las pequeñas grúas amarillas de hierro que tenían en la parte alta de la estantería. Dedujeron que habría subido trepando por las baldas.

—¿Qué estáis haciendo?

Nicholas cogió a Alex y comprobó que no tenía nada.

—No es hora de juegos.

Charlotte los reprendió y le quitó a Henry el juguete de las manos.

—Mañana no hay poni —dijo Nicholas serio. Henry fue a replicar, pero al ver la cara de su padre se lo pensó—. Estáis castigados los dos.

—Te podías haber hecho mucho daño.

Charlotte los dejó solos y volvió a la cama. Prefería quedarse al margen cuando Nicholas les regañaba. En pocos minutos entró sonriendo, se tumbó en su lado y tiró de ella para envolverla en un abrazo cariñoso.

—Vaya dos.

—Mañana quitamos todo de en medio. ¿Se han dormido?

—No. No sé por qué están desvelados.

—No podemos volver a encerrarnos en el baño. No son de fiar.

—Estaban dormidos, cariño.

—Ya, pues mira… Mañana llegan mis padres y solo espero no tener ningún percance con ellos, van a creer que soy un desastre como madre.

—No digas tonterías. Cada niño es un mundo, han salido a mi padre —dijo risueño—. Yo en el fondo lo prefiero.

—Pues no dices eso cuando no te dejan hacer nada.

—Cariño —La apretó a su cuerpo y le besó el cuello—. Es para escucharte…

Más tarde tuvieron que hacerles un hueco y dormir los cuatro apretados. Harto de dar vueltas, Nicholas se fue al cuarto de ellos y la dejó con los tres niños dormidos. Entre el calor de la noche y una marea agotadora de inquietudes ni con el cambio de cama consiguió descansar un poco. Al día siguiente hablaría con Charlotte y le explicaría su situación financiera, no soportaba llevar solo esa carga, empezaba a hundirlo.

Tras desayunar en el buffet del hotel, Andreas volvió a llamar a Victoria. Estaba a punto de perder la paciencia, viéndose solo pasando esos días. Para su cuerpo relajante, para su orgullo un varapalo importante. Ninguna mujer hasta el momento lo ignoraba como estaba haciendo ella. Se guardó el teléfono enfadado consigo mismo. Para ser la única vez que estaba tratando de ser considerado el resultado no

podía ser más nefasto. Subió a la habitación y cogió el equipaje, le vibró el aparato en el bolsillo. Al ver quien llamaba, necesitó aplacar el temblor de la mano.

—¿Andreas?

La voz dulce de Victoria pronunciando su nombre.

—Hola, te he llamado varias veces ¿Cómo estás?

—Bien —respondió sorprendida por ese buen humor. Victoria estaba con una amiga y, ante tanta insistencia, creyó que tendría alguna consulta importante—. De vacaciones. ¿Y tú?

—Te quería preguntar una cosa.

Victoria hizo un mohín de disgusto.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

El tono formal no lo desanimó:

—¿Te apetece que te recoja? Me gustaría que pasáramos juntos unos días.

—¿Puedes repetirlo?

Desorbitó los ojos como norias brillantes y su boca formó un círculo casi perfecto. Su amiga Valérie intrigada frunció el ceño.

—Me has oído —dijo Andreas con suficiencia.

—Estoy en Suiza —dijo sonando seca, negó con la cabeza, exasperada, dudando si había prestado atención a algo de lo que le contó cuando hablaron—. Creo que te lo comenté.

—Lo sé. Yo también.

Al escucharlo, Victoria multiplicó su nivel de ansiedad; se disparó, le aceleró el pulso y le impidió continuar. Miró a Valérie y con un hilo de voz preguntó:

—¿Estás aquí?

—Sí. He alquilado una cabaña cerca del *Wildhorn* hasta el domingo.

—¿Quieres que vayamos juntos? ¿Por qué?

—Porque me apetece estar contigo —murmuró sincero.

—Me has dejado sin palabras. Estoy con una amiga y tenemos planes.

—Cámbialos por otro amigo.

Victoria tardó unos segundos en sopesar qué harían en una cabaña dos amigos. Decidió no ir, prefería seguir con Val y no pasar cuatro días frustrada.

—Creo que no. Hace tiempo que no la veo y quiero estar con ella, lo siento.

—¿Podemos vernos un rato?

Andreas sabía que se le agotaba el tiempo. Tenía que actuar con rapidez. En persona le sería más fácil convencerla.

—Estamos en la Rue du Lac, tomando café en Di Pietro.

—Espérame, tardo diez minutos.

—Como quieras.

En cuanto colgó, Valérie estaba impaciente por saber.

—¿A quién le has dado plantón?

—Es un cliente del hotel. Hemos salido un par de veces, como amigos.

—¿Qué quería?

Victoria resopló de mal humor. Podría explicarlo, si lo supiera

—Me ha invitado a que pase con él estos días hasta el domingo.

—¿Ha venido a verte?

—Lo dudo.

—No te habría invitado. ¿Adónde?

—Me ha dicho que ha alquilado una cabaña.

Valérie cambió el gesto y esbozó una sonrisa pícara.

—¿Está bueno?

—Sí, pero quiere que seamos solo amigos.

—¿Es gay?

—Qué pesada —dijo con paciencia—. No, pero dice que no sale con mujeres.

—Claro… Y yo me lo creo… —Valérie elevó las cejas con un gesto teatral de pura burla—. Por eso ha venido hasta aquí…, ha alquilado una cabaña…, te ha llamado…

—Val, no seas coñazo. Cuando hemos salido siempre ha sido muy correcto. No sé qué mosca le ha picado.

—Yo sí.

—¿Cuál? —preguntó agobiada. Los ojos de Victoria reflejaron malestar. Le atraía Andreas, pero no quería ser su amiga. No se sentía con fuerzas para disimular durante varios días con él—. Si lo llego a saber no lo llamo. Hay tíos que alucinan solos. ¿Qué pretende que hagamos?

—Vicky, por favor…

—No, en serio, estoy harta. Uno me dice después de varios meses que sea feliz y que me busque a otro. Este que seamos amigos, ¿qué será lo próximo? —La expresión abatida de Victoria hizo que Val sonriera amable—. Quería estar tranquila unos días contigo y ahora ya no sé qué hacer.

—¿En qué habéis quedado?

—Viene ahora.

—A lo mejor te aclara algo.

—Ni idea —dijo resignada—. Voy al baño, ahora vuelvo.

Unos minutos después, Andreas entró en la cafetería y recorrió el

local con la mirada. Vio a una chica morena bastante atractiva que le sonrió con timidez, correspondió inclinando un poco la cabeza y salió pensando en que Victoria no lo había esperado. Valérie lo controló en la puerta, parecía nervioso cuando miró el reloj.

—¿Pedimos la cuenta? —preguntó Victoria volviendo a sentarse.

—Sí. ¿Tu amigo es alto y rubio?

—Sí.

—Creo que está fuera.

Victoria maldijo entre dientes a la vez que Andreas sonrió al verla. Se levantó con el pulso acelerado y le devolvió la sonrisa. Para él, calculador como pocos, fue muy revelador saber que la alteraba de esa manera, además de estar muy sexy con un conjunto veraniego blanco de pantalón corto y camisa sin mangas, que dejaban visibles unas piernas torneadas perfectas.

—Hola.

Andreas se inclinó para besarla y le rozó la comisura de los labios.

—Hola.

Victoria apenas encontró su voz. Tenerlo pegado, con un físico tan atrayente, observándola, estaba destruyendo la confianza que trató de conseguir anticipando ese momento.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó en voz baja.

—Quería desconectar unos días y aquí hay unas montañas increíbles.

—Ya.

Victoria desvió la vista, pensativa, sin escuchar el motivo que le hubiese gustado oír. Al advertir su decepción, Andreas decidió enseñarle alguna carta. Bajó la cabeza y habló en un susurro:

—Vente conmigo.

Dudó, y Andreas aprovechó la distracción para hacerla girar y atraerla en un abrazo posesivo. Victoria lo observó impresionada, aunque no le dio tiempo a reaccionar cuando le sujetó con fuerza la cara y aplastó la boca contra la suya. Andreas se embriagó con un sabor dulce y necesitó devorarla hambriento. Poco a poco, Victoria permitió la invasión y vacilante abrió los labios para él. Para que ardiera en el deseo que lo estaba poniendo duro y excitado con la violencia de una gran tormenta de verano. Victoria empezó a devolverle la misma intensidad, rindiéndose y apretándose rodeó su cuello con los brazos y le acarició la nuca con suavidad. Andreas gimió dentro de ella, extasiado por una pasión que se mezcló con miedo ante lo desconocido. La sostuvo sin querer dejarla; la necesitaba, y estaba dispuesto a conseguirla como el mejor de los estrategas que era. Contuvo el placer y se prometió terminar más

tarde, cuando no estuvieran en mitad de la calle. Solos, en la montaña, la seduciría y disfrutaría de esa timidez que en contra de todo consiguió despertar un deseo potente y electrizante, jamás ninguna mujer lo había puesto en una situación parecida. Se separó con un suave mordisco en un labio inferior que lo traía de cabeza.

—¿Vas a venir? —susurró sin quitar las manos de su cintura.

—¿Somos amigos? —preguntó mirándolo atenta. Andreas movió la cabeza, negando despacio, y sonrió prometiendo placer. Victoria insinuó una sonrisa satisfecha y murmuró—. Entonces, sí.

Entraron en la cafetería y Andreas no se apartó de Victoria ni dos centímetros. Habló con Valérie aunque le sobraban las explicaciones, ese morreo en toda regla no dejaba dudas sobre la clase de amistad que tenían. La acompañaron a su casa y mientras Victoria guardó la ropa y los objetos de aseo en una trolley grande, Andreas y Valérie buscaron rutas de senderismo por los alrededores de la cabaña.

En menos de una hora se acomodaron en el todoterreno que Andreas tenía alquilado. Se dirigieron dirección a Lausana charlando del país, las maneras educadas y a veces indiferentes de los suizos, y evitaron hablar del beso. Cuando pasaban por el glacial *des Diablerets*, Andreas entró en el aparcamiento de un hotel de montaña. El estilo rústico y acogedor era el típico de todos los Alpes sin la masificación del invierno.

—Deberíamos almorzar aquí —dijo Andreas un poco ansioso—. Les dije a los dueños que me dejaran provisiones y no sé qué encontraremos.

Tras pedir sus platos, se extrañó por la elección de Victoria: solo una ensalada. Una de las cosas que más le gustaba de ella era su naturalidad. Recordó un apetito voraz las dos veces anteriores que comieron juntos, no se correspondía con su silueta y le divirtió que compartieran los platos. No se anduvo con cursilerías como muchas de las mujeres que lo rodeaban, no tenía que aparentar una elegancia forzada, era innata. Aquellos modales suaves desde el principio fueron un imán para su atención. Sirvió dos vasos de agua y se dedicó a observarla, suponiendo que el nerviosismo por el cambio de planes había motivado esa inapetencia. Sonrió masticando un trozo de chuletón a la brasa, pero cambió el gesto cuando Victoria picoteó con el tenedor un espárrago y se lo comió, de forma automática imaginó otra cosa dentro de esa boca y volvió a acelerarse.

—¿Esquías?

Andreas arqueó una ceja al escucharla.

—Soy sueco —dijo con un azul arrogante. Desvió la vista a la ensalada con un gesto de rechazo—. ¿Por qué te has pedido eso?

—No tengo hambre —respondió ausente. No esperaba esa bienvenida. Si pretendía sorprenderla, había cumplido su misión con creces. Seguía medio trastornada, aún estaba excitada y no dejaba de mover las piernas, incómoda—. Pero está bueno.

—¿Quieres probar esto? Está delicioso. —Andreas le tendió el tenedor, y retiró la mano de su alcance en cuanto fue a cogerlo. Mirándolo seria, Victoria apretó los labios sin decirle nada—. Si lo quieres, te lo tengo que dar yo —dijo con los ojos fijos en unas curvas sedosas, sonrosadas como fresas y suaves como la nata, era lo único que de momento había probado y no podía tener queja, con un beso colapsó el resto de sus sentidos. Victoria encogió los hombros y siguió con su ligero menú. Aunque parecía débil, Andreas sabía que debajo de esa fachada había una mujer independiente y con coraje. Si alguna pensó que la manejaría, estaba dudando de quién era de ellos el cazado; la tela invisible de Victoria estaba enredándolo, y ahí, él era el ratón y ella la gata que se lo iba a comer si no andaba con cuidado. Animado por el reto, admitió risueño—. Como quieras.

—No soy otra de las mujeres con las que no sales.

—Lo tengo clarísimo.

—¿Qué esperas de mí?

—Lo que tú quieras.

—No sé qué pensar. Estoy un poco nerviosa.

—No lo estés.

—Apenas sé nada de ti.

—Te equivocas —murmuró sin matiz sexual, pareció triste. Había compartido con ella cosas de su pasado que casi nadie sabía. Estaba cómodo, necesitaba que confiara en él. Levantó la mirada despacio y dijo relajando una tensión inoportuna; inevitable al recordar—. Quiero conocerte.

—Solo he tenido un novio, por llamarlo de alguna manera. —Victoria tragó despacio, pensando cómo explicarle su inquietud—. No tengo experiencia y no quiero que te desilusiones.

—No sé qué crees que espero —dijo hablando con la voz grave, deslizando un dedo por la mano femenina. El rubor de sus mejillas poniéndolo en antecedentes rozó su pecho como una bala. Si supiera las noches tan calientes que había pasado masturbándose con ella, no tendría la más remota duda sobre su capacidad. No ser consciente de su atractivo era un peligro para Andreas, que no pensó en negocios ni venganzas, dejó la mente en blanco con una misión: acostarse con ella; sentir, ver y tocar ese cuerpo estilizado bajo sus manos mientras

cumplía su fantasía—. Relájate, no voy a hacer nada que no desees tanto como yo. —Sonrió de manera perversa y el azul de sus ojos ardió fundiendo el hielo que aparentaban—. Aunque me encantaría que me atases a la cama e hicieras conmigo lo que quisieras.

Guiñó un ojo bromeando y causó otro estrago en Victoria, que se vio atada en una cama de sedosas sábanas negras con él metiéndole mano. Otra vez tuvo que apretar las piernas reteniendo su imaginación.

—Me gustaría tener tu seguridad —comentó Victoria con una leve sonrisa.

—Cuando he venido no la tenía. Ahora la he recuperado —dijo sonriendo. Bajó el tono y añadió—. Voy a pasar cuatro días y tres noches con una mujer preciosa que me ha llenado el ego de confianza. Si consigo que me supliques cuando grites muerta de placer, habré cumplido mi propósito.

—¿No vamos a salir de la cama? —preguntó irónica. No dudó que cualquier mujer rogara, percibía una agresividad turbadora, y aquel beso en mitad de la calle la inflamó tan rápido de deseo que de no agarrarse a él, probablemente, habría acabado en el suelo, desestabilizada en pocos segundos; confirmando el poder que podría derrochar en su salsa—. Son muchas horas.

—Termina de comer y deja de darle vueltas. Te lo he dicho, no va a pasar nada que tú no quieras.

—Está bien —dijo moviendo la servilleta con unos toques ligeros en la boca—. ¿Qué has hecho estos días?

—Trabajar demasiado para poder estar aquí. ¿Cómo vais vosotros?

—Bien.

—¿Ha pasado algo nuevo?

—No. No sé si sabrás que arrestaron a Antoine Levy, era el chef. Fue quien manipuló los cuadros. Según la policía era amante de la anterior directora.

—Me enteré ayer —dijo Andreas incapaz de sostener su mirada un instante. Cogió la botella de agua disimulando y añadió curioso—: ¿Por qué despidió tu hermano a Giselle? Si me lo quieres contar, claro.

—No es ningún secreto. La verdad es que para mí fue un lujo estar a su lado los meses que coincidimos. Es buena profesional y llevaba bien la gestión del hotel, excepto por lo del chef. Lo contrató y nos ocultó la relación que mantenían.

Esa manera de hablar era opuesta a la que Giselle usó cuando se refirió a ella. Otra vez su intuición no se equivocó, Victoria no fue la causante del despido.

—¿Entonces?

Suspiró incómoda.

—Se puso un poco pesada con Nicholas.

—¿Cómo de pesada?

—Caricias, abrazos, comentarios... Ese tipo de cosas. Charlotte la vio varias veces y estaba empezando a hartarse. Nicholas prefirió estar tranquilo con su mujer y quitarse de en medio a Giselle, que solo iba a ocasionarle problemas en su matrimonio.

—Entiendo.

Así que ese había sido el motivo. Se alegró de que su profesionalidad no hubiese quedado en entredicho. Comprendió un poco mejor a Giselle; mostraba despecho cuando hablaba de ellos.

Se les hizo tarde rodeados por altas cumbre nevadas donde no se veían prados verdes con vacas pastando, solo curvas y silencio en cuanto la noche empezó a cerrarse. Conforme se acercaban a su destino, Victoria no pudo controlar un miedo inquietante. Se vio sola en un paraje aislado y, como una sutil alerta, su corazón también incrementó el ritmo; en poco tiempo estaría a merced del excitante y turbador señor Göransson.

CAPÍTULO V

Ayent, Suiza
13/8/2013

Llegaron a un cruce y Andreas detuvo el coche para comprobar la zona en un mapa que sacó de la guantera. A partir de ahí se les complicaba el trayecto. Según las indicaciones debían coger una carretera secundaria hasta un Spa en la localidad de Anzère. El problema era la falta de visibilidad y el desconocimiento de las carreteras. El GPS no servía, medio loco recalculando cada dos por tres la ruta.

—Me dijeron que cuando pasáramos la estación del telecabina, veríamos una señal del bosque *des Tsans*. Luego, teníamos que andar unos trescientos metros y llegaríamos sin problemas.

—¿Cómo vamos a saber cuál es?

—Creo que es la única que hay.

Después de varios kilómetros, se miraron cómplices al pasar por el desvío hacia el Spa, al momento dejaron atrás el telecabina.

—Parece que vamos bien —dijo Andreas contento.

—Espero que no nos perdamos. No me hace mucha gracia pasar la noche al raso.

—Vamos a encontrarla, confía en mí.

En unos minutos encontraron el camino de tierra y aparcaron en la zona de recreo del bosque. Al bajarse del coche, a Victoria se le metió el frío en la cabeza y le castañearon los dientes.

—¿Has traído algo de abrigo? —preguntó preocupado.

—No.

Con la impaciencia por salir de Ginebra no le advirtió que se cambiara de ropa. Sabía que debía estar pasando bastante frío, esos pantalones cortos y las sandalias iban a ser un problema los metros hasta la cabaña. Sacó un jersey térmico rojo del maletero y se lo dio.

—Toma. —Rió disimuladamente en cuanto Victoria se lo puso. Le sobraba por todas partes, pero tenía un aspecto encantador—. Coge de la maleta lo que tengas de sport, y lo metemos en mi bolsa. El resto no

te va a servir para nada.

—De haberlo sabido, me habría comprado unas botas de montaña. Por cierto, habrás traído linterna ¿no?

Andreas apretó los labios y negó con la cabeza. Se miraron alucinados y explotaron en una sonora carcajada.

—Nos alumbramos con los móviles.

Al empezar a andar, Andreas sujetó con seguridad la mano de Victoria. Siguieron un sendero calculando con el teléfono la distancia que llevaban recorrida, más o menos a la altura que esperaban, apareció una cabaña de tamaño infantil; no tendría más de dieciocho o veinte metros cuadrados, y en la oscuridad solo apreciaron un pequeño porche delantero.

Andreas metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Todo el interior estaba forrado de madera color miel. Victoria entró recorriéndola con la mirada. Un sofá viejo de cuatro plazas, una mesa de madera pequeña con dos sillas y una cocina de dos fuegos encima de un mueble con varios cajones y dos baldas cubiertas con una raída cortinilla. Austeridad máxima. La única puerta daba a un baño minúsculo con una ducha que dudó si Andreas podría usar; seguía la línea de todo.

Tras dejar la bolsa en el sofá, Andreas hizo también su propia inspección.

—No hay electricidad —dijo tranquilo—. Voy a encender unas velas.

—Desde luego es para aislarse —comentó pensativa—. Nunca había estado en un sitio así.

—A veces es necesario olvidarse de todo.

—¿Dónde vamos a dormir?

—Supongo que será cama. —Andreas centró la vista en el destartalado sofá, con una tela de cuadros que gracias a las tinieblas de la habitación ocultaban su apariencia real—. ¿No te gusta? —preguntó sonriendo. Victoria inclinó la cabeza y movió la mano en un gesto dudoso. Para él no era importante y comentó animado—. Puedes mirar qué hay para comer, si quieres enciendo la chimenea para que se caliente esto un poco, y cenamos algo.

—Vale, pero espero que mañana no haga tanto frío, es agosto.

—Es muy tarde y las temperaturas bajan mucho por la noche. Estamos a mucha altitud, no lo olvides.

—Lo tengo presente.

Salió fuera a recoger algunos troncos apilados en un montón a la vez que Victoria encontró varias latas de comida y encogió la cara con asco. Ni muerta iba a comer aquello. Gracias a un generador cubierto

en una caja metálica con una rejilla, ubicado a unos pasos de la pila de troncos, acorde a su tamaño, tenían un frigorífico enano. Había huevos, leche, quesos y patés. Sacó una bolsa de pan y una botella de vino, con una tarjeta apoyada de la persona de contacto en caso de problemas.

—¿Te importa que me duche? Necesito entrar en calor.

—No. Iré sacando la ropa —dijo soltando los troncos. Victoria cerró la puerta, y añadió elevando la voz—. Si quieres quédate esa camiseta.

Andreas encendió la chimenea con destreza, se descalzó y abrió la bolsa de deporte. De repente escuchó el grito despavorido y malsonante de Victoria.

—Ahhhh ¡Coño!

Corrió al baño y la encontró temblando, empapada y tal como vino al mundo.

—Joder —murmuró con la boca abierta.

—El agua baja directamente de la montaña.

El sonido de la voz tembló entre dientes rechinando.

—Hay dos placas solares. —Andreas se concentró en los ojos de Victoria sin querer volver a mirarle el cuerpo. Creyó que la bragueta le iba a estallar—. Hoy no han debido calentarse.

Casi sin respirar, el frío se estaba convirtiendo en fuego para Victoria; se derretía consciente del deseo en su abultada entrepierna.

—Ven. —Andreas cogió una toalla y se ocupó de recorrerle con suaves pasadas toda la piel. No dejó nada sin su atención. Se agachó y recorrió con las manos bien extendidas sus piernas, que trató de cerrar. Inclinó la cabeza elevando la vista y ordenó—. Abre.

Fue un susurro grave y firme. Él quería seguir, pero Victoria no era capaz de mantenerse quieta. Nunca había sentido con tanta fuerza la excitación que le provocaba.

La mano grande y segura de Andreas rozó un sexo femenino, que soñó tocar para saciar su curiosidad, creyó que se calmaría, pero se equivocó. Lo cierto es que Victoria lo excitaba de una manera indescriptible. Introdujo un dedo mirándola satisfecho, notó su sorpresa y sonrió delante de unos ojos dilatados y un gemido suave que salió involuntario de sus labios; todo sugería que era el primer hombre que la tocaba con esa intimidad.

—Déjate llevar —susurró besándole el cuello.

Victoria no podía articular ninguna palabra, su cuerpo no respondía, seguía su instinto y él era quién lo guiaba.

Andreas necesitó tocar sus pechos, saborearlos en la boca. Miró los pezones erguidos sin dejar de acariciarle el clítoris, recorrió un

estómago liso con la otra mano y subió para palparlos ajeno a la intensidad de unos dedos abusivos. Se inclinó y la besó en los labios. El hambre salió disparada y le sujetó la nuca enredando los dedos a sus cabellos, aprisionándola con su fuerza, atrapándola con sus movimientos. Luego, sacó la mano de su entrepierna y deslizó los dedos en su boca. Quería que lamiera el deseo que lo volvía loco.

—¿Eres virgen?

—No, pero solo he tenido un amante. —Victoria sabía que con su edad podía parecer un poco raro, pero le costaba intimar con los hombres—. No fue muy agradable.

—Conmigo lo será —dijo ronco muy cerca de su boca. En ese momento, la dejó con la miel en los labios, gimiendo desesperada para que continuase. Sonrió arrogante, Victoria le hubiese dicho que sí a cualquier cosa, estaba convencido; lo deseaba igual que él a ella—. Vamos fuera.

La cogió de la mano y, a pesar de su timidez, no sintió vergüenza mientras él seguía vestido. El fuego había caldeado el salón, y Andreas a ella.

—Desnúdame y toca lo que quieras.

Los ojos de Andreas se clavaron en los suyos. Le cogió la parte baja de la camiseta y la subió por su torso. Tenía los abdominales marcados y una cintura estrecha que se fue ampliando, hasta descubrirle el pecho, sin vello, firme y musculoso. Alzó los brazos insinuando una sonrisa cuando Victoria lo rozó con los pezones al ponerse de puntillas para quitársela.

—¿Haces deporte?

—Sí. Todos los días.

Indecisa, se acercó más y aspiró su olor mientras recorría su torso con las manos. Buscó su aprobación con un vistazo rápido, le desabrochó el botón de los vaqueros y bajó despacio la cremallera. Sonrió enmascarando su nerviosismo al ver el bulto que presionaba contra unos bóxers negros ajustados y se mojó los labios cuando los bajó liberando una erección enorme, que apuntó hacia arriba impaciente. Estaba demasiado bien dotado y lo sabía, vio suficiencia en su mirada.

Andreas sonrió, iban a ser un hombre y una mujer gozando de su sexualidad. No había negocios ni dinero que pudieran entrar en esa cabaña Toda la contención que pretendía tener quedó reducida a polvo, expuesto delante de un azul turquesa que podían ver en lo más profundo de su interior, con ella sentía el pulso de un corazón dormido durante años; alegre por ver su fantasía diaria tan excitada como él.

—Tócame —susurró.

Victoria tragó despacio, quería que se dejara de juegos y no ser ella quien llevase las riendas, no tenía seguridad en saber darle el placer que supuso esperaba. Con el pulgar recorrió despacio el suave glande y lo miró a los ojos.

—Te he dicho que solo he estado con un hombre antes que tú. —Detuvo el movimiento de su mano—. No quiero que te lleves una impresión equivocada.

—¿Qué te pasa? —Andreas frunció el ceño mirándola fijamente. Le levantó la barbilla y la besó en los labios. Le rodeó la cintura con los brazos y ella pegó la cabeza a su pecho. Se refugió en él. Se veía pequeña acurrucada bajo su cuerpo y eso lo llenó de una ternura que no había sentido por ninguna mujer. Lo puso más duro, tenía la mezcla perfecta para causarle muchos quebraderos de cabeza. Era guapa e inteligente, también inexperta y vulnerable. Todo carácter y delicadeza. Se besaron con un entusiasmo digno de dos enamorados ansiosos. Apenas se conocían y sus cuerpos ya no querían separarse. Con una ligera sonrisa se apartó de ella, murmuró—. No sabes nada. —Andreas buscó una caja de preservativos en su bolsa y sacó uno. No le dio tiempo a abrir el sofá cuando la había escuchado gritar en el baño, ahora tampoco iba a perderlo. Entornando los ojos preguntó—: ¿Quieres ponérmelo?

Victoria percibió el desafío, pero no podía asumirlo.

—Otro día —dijo con la vista clavada en su pene—. Hoy soy incapaz.

Andreas sonrió y se acercó mordiendo el envoltorio plateado, sujetó con fuerza su miembro y se lo colocó con eficacia.

—Túmbate.

Al instante, comprobó que sus cuerpos encajaban a la perfección. No quería apabullarla y se sostuvo con los antebrazos a los lados de su cabeza. Se inclinó y la besó con dulces tanteos previos con la lengua. Cuando respondió volvieron a enzarzarse en una guerra húmeda y violenta donde los dos iban a ganar. El miembro de él buscaba su interior y los dulces gemidos de Victoria lo impulsaron con fuerza a no demorarse.

—¿Te duele?

—Eres muy grande.

—Voy a ir despacio —advirtió antes de volver a besarla.

Poco a poco se hundió en ella escuchando unos gemidos sensuales demasiado eróticos para mantenerlo controlado. Incrementó el ritmo y le sujetó las caderas entre el sonido húmedo de su miembro entrando y saliendo mezclando los fluidos de los dos. Victoria le apretó las

nalgas, incitándolo a que profundizara más. Subió las manos despacio por su espalda, creyó palpar una cicatriz, aunque no estaba segura de nada, solo quería sentirlo dentro. Con gruñidos varoniles la taladró entre su cuerpo y el infame colchón. Se detuvo y bajó la cabeza con hambre de pezones.

—No te pares —jadeó revolviéndole el pelo, muy rubio, en ese momento con un aspecto de guerrero despiadado—. Sigue.

—¿Te gusta?

—Mucho —resolló al borde de perder la razón.

Tuvo que reconocer que la experiencia era un grado, y había tenido suerte con él. Su novio de la universidad no tenía ni idea, comparado con lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Córrete conmigo.

Volvió a mordisquearle los pezones cuando ella arqueó la espalda recibiéndolo por completo. Tensó todo el cuerpo ante la inminencia del orgasmo que la iba a sacudir. Gritó enloquecida y sujetó su cara con fuerza. Victoria necesitó besarlo y que supiera lo feliz que acababa de hacerla. Desarmado por aquel orgasmo poderoso, Andreas la siguió, tembló y le besó el cuello sin querer apartarse.

—Ha sido genial —susurró Victoria sonriendo—. ¿Para ti también?

Andreas acalló esa inseguridad otra vez con sus labios, más tierno; no quería expresarse con palabras. Con un gesto abatido se separó, se quitó el preservativo, lo anudó y se levantó buscando algún sitio donde ponerlo. Encontró un pequeño cubo bajo un fregadero minúsculo en la insinuación de cocina. Al darse la vuelta, vio a Victoria ponerse una de sus camisetas y levantarse del sofá.

—¿Quieres comer algo? —preguntó pasando por su lado.

—Sí —respondió mirando de arriba abajo un cuerpo sexy cubierto de blanco, su blanco, donde apuntaban unos pezones comestibles—. Estoy hambriento.

—Antes encontré varias cosas en la nevera con buena pinta.

Andreas, que no pareció preocupado por su desnudez, sacó dos vasos y sirvió dos copas de vino. Se sentó en una silla tranquilo, frente a Victoria, observándolo impasible mientras dejó con suavidad el cuchillo en el plato, junto al pan y unos patés caseros.

—¿Qué? —preguntó Andreas extrañado.

—¿No te vistes?

—¿Te molesta?

—No estoy acostumbrada a comer con un hombre desnudo. Me pones nerviosa.

No era su intención, al contrario. Andreas se levantó sonriendo, sacó unos bóxers, que se puso rápido, y una camiseta de la bolsa.

Volvió a la mesa terminando de ponérsela.

—¿Mejor ahora?

—Gracias —dijo mirándolo con un brillo alegre en los ojos. Untó dos tostadas y las colocó en su plato, mientras él bebía un sorbo de vino, preparó otra y se relamió al probarla—. Qué rico. ¿Te gusta el paté?

—Sí —dijo sin haber comido—. Tú también.

—¿De verdad te ha gustado? —Victoria no podía salir de su nube, dolorida pero satisfecha, enseñó una sonrisa radiante que duró poco difuminada por la timidez—. No mientas.

—Si quieres te lo repito cada cinco minutos —comentó serio, mordió un pedazo de paz y añadió con la boca llena—. Sí, deja de preguntármelo.

—Vale —susurró Victoria cohibida por el frío de esa voz.

Comieron en silencio, racionalizando cómo se sentían. Para Andreas la ternura de Victoria fue la mejor sensación que nunca antes se había permitido con ninguna mujer. Cuando se sintiera con más confianza probaría otro tipo de sexo que todavía no podía plantearle si quería seguir con ella; algo que deseaba más que nada.

—¿Qué quieres hacer mañana? —preguntó contenta.

—No sé, investigar un poco.

—Yo no creo que pueda —comentó despreocupada. Él frunció el ceño confundido—. A no ser que me compre en el pueblo unas botas.

Al escucharla, sonrió aliviado.

—No te preocupes por eso —dijo mientras rellenaba las copas de vino, sonrió malicioso—. Nos podemos quedar todo el día aquí.

—Suena perfecto, pero deberíamos ir a comprar algo de comer —dijo casual, encogió la nariz y añadió—: Hay un montón de latas que no pienso probar.

—¿Es demasiado cutre para ti? —preguntó arqueando las cejas.

—No sé si solo para mí, pero no he comido una lata en mi vida.

—Yo sí. Te acostumbras.

Victoria lo observó curiosa, notó cierto dolor en su voz.

—¿Has pasado necesidades? Cuando eras pequeño, quiero decir.

—No siempre —respondió con un brillo extraño en los ojos—. Una mala racha cuando tenía ocho o nueve años, no lo recuerdo bien. Mi madre perdió el trabajo. Luego mejoramos.

—¿Y tu padre?

—Muerto —dijo rotundo. Con la desaparición de Ulick vio a otra familia; aunque cerraba un capítulo amargo que no quería recordar, bastante daño le había hecho. Los hijos de Sebastian Ulick nunca entraron en su vida, no así los de Åsa, ellos fueron una constante. Con

más suavidad repitió—. Murió hace poco.

—Lo siento. —Victoria apretó los labios con los ojos muy brillantes —. No tenía que haber preguntado.

—No te preocupes, él no me afecta.

—¿No? —preguntó entornando los ojos—. Mi padre para mí ha sido una de las personas más importantes en mi vida. —Hizo una pausa, no aguantó recordarlo sin emocionarse, y una lágrima bajó despacio por su mejilla. Rompió el hielo de Andreas, que levantó la mano y la arrastró con el pulgar. Victoria trató de sonreír y suspiró hondo—. Discúlpame.

—Para mí lo fue mi madre. Con ella aprendí a adaptarme a cada circunstancia, por eso no me importa comer cualquier cosa.

—¿Crees que a mí sí?

—Tú misma lo has dicho, nunca has probado las latas y no tienes intención de hacerlo. Nunca has vivido algunas experiencias que te curten.

—Viví sola desde los doce.

—Ya, en un internado super pijo —replicó con desdén negando con la cabeza, lleno de ironía añadió—: Supongo que tu mayor problema sería decidir el punto exacto de los huevos duros. No tienes ni idea.

Victoria percibió la rabia; sin embargo no se amedrentó y le sostuvo la mirada hostil.

—¿De verdad tu padre está muerto?

—No quiero hablar de él —dijo con dureza—. Está tan muerto como mi madre.

—Supongo que después de esa racha, mejoraría vuestra situación ¿No?

—Sí. —Andreas relajó la expresión—. Pasamos unos años buenos. Conseguí un trabajo a tiempo parcial en un banco y me matriculé en Económicas. —La miró serio y se tomó unos segundos antes de continuar—. No terminé. Mi madre enfermó y tuve que dejarlo.

—Lo siento mucho.

Victoria acarició su mano con suavidad, y correspondió con una sonrisa amable. Centrado en untar otra tostada, Andreas olvidó el enfado ante el dolor que su padre les causó y al que achacaba el deterioro de su madre, extendió la mano y le ofreció el pan a Victoria. Lo mordió y masticó mirándolo, sonriéndole con los ojos, sin saber que era la única persona con quien había compartido parte de un pasado muy triste donde se sintió demasiado solo.

Abrieron el sofá un rato después, entre los dos pusieron una sábana y se tumbaron escuchando el crepitar del fuego. Victoria le acariciaba

el estómago con la cabeza apoyada en su pecho, cariñosa y tranquila, todo lo contrario a lo que estaba acostumbrado. Sus escarceos siempre habían sido distantes y atropellados, buscaba sexo rápido para satisfacer unas necesidades físicas; en cambio, le gustaba el sosiego de estar tumbado con una mujer sin tener que salir corriendo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Victoria con un beso en la barbilla.

—Treinta y tres. Bueno, los cumplo el cinco de diciembre. ¿Te importa?

—No. —A Victoria la envolvió un olor a hombre y deseo tan penetrante que no le dejó otra opción más que seguir explorando en ese misterio que rodeaba algunas partes de su vida; la asustaba, pero a la vez la incitaba a querer conocerlo mejor—. Me gusta tu experiencia.

—Y a mí tu inocencia —dijo alegre. La giró con los brazos y se la colocó encima. Le quitó la camiseta, acariciándole extasiado la piel. Despacio volvió a seducirla con besos en sus pechos mientras Victoria le tocaba el pelo con suavidad—. Eres preciosa. Tus tetas me chiflan.

Para confirmar sus palabras, las apretó entre sus manos. Eran perfectas, suaves y delicadas. El calor de sus cuerpos empezó a acelerarlos y en poco tiempo la sujetó por las caderas hasta que otra vez se perdió en su cuerpo con movimientos que los hicieron olvidar la noción de la realidad. Victoria se acordó de que no se había puesto preservativo y se sujetó a sus hombros deteniéndolo.

—No te has puesto condón, hazlo por favor.

Salió de mala gana, y ella se sonrojó, aunque no podía permitir ese tipo de descuidos.

—Lo siento —dijo Andreas en voz baja. La miró al deslizar el preservativo por su miembro, pensando si era por evitar un embarazo o por salvaguardar la salud—. No me he dado cuenta. Perdóname.

—No quería cortarte, pero no tomo anticonceptivos.

—No le des más vueltas, estoy acostumbrado.

Esa referencia a su vida sexual no animó a Victoria, que no quería saber con cuántas mujeres había estado ni qué hacía con ellas. Andreas vio el cambio en su expresión, tiró de su cuerpo y la volvió a poner encima para penetrarla con más violencia.

Todavía dolorida, solo pudo dejarse llevar por esa fiereza; el ritmo de Andreas era frenético y aquellos fuertes embates la hicieron gritar sin conseguir excitarse como la primera vez. Victoria cerró los ojos e intentó aislarse.

Andreas tiró de su cabello con fuerza y arrasó con la boca sus pezones. Los mordió descontrolado hasta que la miró a la cara y vio las lágrimas en sus ojos.

—Dios, Victoria —exclamó jadeando—. ¿Qué te pasa?

—Me estás haciendo daño —sollozó.

La apartó de su cuerpo como si quemara y la tumbó en el liviano colchón.

—No quería hacértelo, de verdad. Me he dejado llevar sin darme cuenta —dijo apurado. Se quitó el preservativo. No quiso seguir asustándola, empezaba a importarle y comprendía que no estaba acostumbrada. Se tumbó de lado y limpió sus lágrimas pasándole la mano con ternura por la cara—. Perdóname.

Repartió muchos besitos cariñosos que la hicieron sonreír. Era la primera vez que Andreas calmaba a una amante en su vida, no sabía si lo hacía bien o no, pero al menos consiguió que dejara de llorar.

—Debo parecer una niña pequeña.

—No —dijo sonriendo. Le besó los hombros, el cuello, la barbilla hasta llegar a su boca—. Pareces una mujer sensible.

El aroma de Andreas y un cariño inesperado la derritieron junto a una lengua intrépida que no se cansaba de danzar dentro de su boca. Sintió el calor que la arrollaba con una de sus manos acariciándole las nalgas suavemente. La apretó más contra su cuerpo y la erección dura y firme se le clavó en la barriga.

—Como sigas así vamos a acabar la caja de preservativos esta noche —dijo Victoria rozándole con los dedos la barba.

—Por esta noche hemos terminado.

—¿Por qué? —Victoria acarició su pene, se volvió más valiente y movió la mano con más presión—. No quiero que te quedes así.

—No sigas, por favor. —Andreas la detuvo con una sonrisa ligera, dibujó con el dedo índice el contorno de unos labios carnosos, bien perfilados y una forma de corazón perfecta—. No te preocupes por mí, ahora me daré una ducha —dijo recorriendo sus cejas, le besó la nariz y bromeó contento—. Por lo que he oído, el agua está fresquita.

—No creo que lo resistas. Está helada. ¿Mañana tendremos agua caliente?

—No lo sé. Siempre podemos hacer una hoguera y calentarla.

Habló serio y, al ver cómo se lo creía, soltó una carcajada sin cortarse. Cuando se quedó satisfecho, se levantó todavía sonriendo y atravesó el pequeño salón hacia el baño.

Obnubilada como una tonta, Victoria no le quitó ojo a una espalda imponente que se estrechaba en la cintura para terminar en unos glúteos duros, muy gratos de acariciar, y unas piernas largas, delgadas, donde se veían con claridad los volúmenes de los músculos, igual que en los brazos, el estómago o el pecho. Se tapó con la sábana pensando en ese despliegue de masculinidad, suspiró hondo y se

concentró en las llamas de la chimenea. Aquella danza sinuosa de colores entre la tenue penumbra de las tres velas colocadas encima del único mueble multiusos de toda la cabaña, la relajó y adormeció.

Unos minutos después, Andreas salió seco, pero con la piel de gallina, la vio dormida y se tendió a su lado procurando no hacer ningún ruido. Victoria giró el cuerpo, se amoldó y acurrucó contra el suyo, abrazada a su cintura, ajena a unas suaves caricias en la espalda. Durante un buen rato Andreas dejó que la calma sosegara sus nervios, hasta que el sueño se apoderó de su cabeza y los dos se encontraron perdidos, en un paraje solitario, empequeñecidos por la magnitud de las cumbres dominantes que los rodeaban.

El día siguiente Andreas se levantó temprano, se vistió con unos *cargo* verde oscuro llenos de bolsillos, una camiseta blanca, y unas botas de montaña. Luego, preparó el desayuno sin avisar a Victoria; prefirió contemplarla dormir y dejarla descansar. Cuando estaba casi terminando, un penetrante olor a café recién hecho invadió la limitada superficie que compartían y la despertó de inmediato. Andreas se acercó a la mesa con una sartén en la mano, sirvió unos huevos revueltos en dos platos y el café en las tazas.

—Buenos días —saludó Victoria bostezando—. ¿Qué hora es?

—Hola —dijo sonriendo alegre—, ni idea, ayer me quité el reloj y no quiero saberlo. ¿Tienes hambre?

—Mucha —comentó subiéndose la sábana hasta la barbilla—. Qué bien huele.

—¿Vienes?

—¿Me puedes dar la camiseta?

—No. —Andreas quiso provocarla un poco, le había hecho gracia su pudor mañanero—. Cógela tú.

Victoria frunció los labios, no esperaba que se arrodillara a su paso, pero un poco de cortesía no estaba mal. Tiró de la sábana, se envolvió en ella y cuando pasó por delante amagó una sonrisa orgullosa. Aposta, Andreas pisó la cola de la tela y, de repente, se quedó desnuda dándole la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó girándose.

—¿Yo? —replicó rápido, fingiendo estar confuso. No quiso evitar darle un repaso lento a ese cuerpo que hacía vibrar su miembro con solo saber que estaba cerca—. No he hecho nada, en serio.

—Ah, ¿no? —Victoria se agachó, la recogió y volvió a colocársela con una mueca irónica, que cautivó a Andreas y repitió la jugada. Con los ojos brillando indignados se giró otra vez y preguntó—. ¿Se puede

saber qué te pasa?

—A mí nada. ¿Y a ti? —dijo con desfachatez moviendo los hombros—. ¿Siempre te levantas con ese humor?

—No me he levantado de malhumor, pero si te pido un favor y te niegas, no sé qué pensar de tu actitud. Y no me mires así, por favor.

—¿Cómo?

—Como lo estás haciendo. Me hace sentir vergüenza.

Se acercó más y rodeó su cintura con los brazos.

—Estamos solos y te he visto desnuda antes, así que no tienes que sentirte incómoda. Además, tienes un cuerpo para enseñarlo.

—Ya, pero no soy así.

—No te estoy diciendo que vayas desnuda por la calle. Te estoy pidiendo que me lo enseñes solo a mí.

La besó en los labios compensando sus palabras.

—No me siento cómoda —dijo suplicando con los ojos, no quería ser una mojigata y tampoco comportarse de una manera artificial—. No me pidas que me siente a la mesa desnuda, por favor.

—Estaba bromeando.—Andreas colocó la sábana sobre su cuerpo, la anudó y volvió a besarla más cariñoso, hipnotizado por una timidez que consiguió avergonzarlo. Se separó sin ganas, buscó su camiseta polar, unas braguitas y se las dio—. Haz lo que tengas que hacer en el baño, te espero para desayunar.

Sonrió aliviada, las cogió y desapareció a toda velocidad, tratando de comprender la ternura que acababa de sentir con un solo beso, capaz de subirla a las nubes, mecerla entre algodones y dejarla tumbada con un sutil balanceo. Fue una sensación tan opuesta a la agresividad de la noche anterior que no supo interpretarla, desconcertada por unos brazos que podían apresarla como grilletes de acero o acariciarla con la suavidad de la seda.

Después de comprobar la faceta culinaria de Andreas, a tener en cuenta, salieron y disfrutaron del paisaje espectacular de los alrededores. Victoria se vistió con unos vaqueros y, aunque las sandalias no eran apropiadas para andar por el campo, no protestó en ningún momento yendo tranquila asegurada por una mano fuerte pendiente a sus pasos.

Las escarpadas cumbres nevadas, algunas más altas que las nubes, rodeaban un valle lleno de prados con manchas de pequeñas flores, lilas, rojas y amarillas. El bosque donde dejaron el coche olía a hierbas, plagado de abetos jóvenes y viejos, donde anidaban los pájaros que mezclaron el ruido de sus pisadas con el ritmo placentero

de un trinar alegre.

—¿Quieres que vayamos al pueblo?

—Como quieras —dijo Victoria—. Si lo dices por las botas, me da igual; voy bien.

—Por eso y por la comida. No tenemos mucho donde elegir, a no ser que te animes a pescar conmigo.

—¿Sabes pescar?

—Un poco —dijo Andreas curvando los labios hacia abajo—. ¿Probamos?

—No tenemos caña. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—A lo bruto. Tengo hilo y anzuelos.

Victoria rió encantada ante una imagen silvestre feliz. Ese hombre relajado no tenía nada que ver con el serio empresario que había conocido hacía menos de quince días. Se sintió muy bien a su lado, sin contar con la atracción que la llenaba de calor cada vez que le cogía la mano preocupado por su seguridad. Recordó cómo la noche anterior la tranquilizó en cuanto sobrepasó el límite que podía soportar; percibía su protección en todos los sentidos.

Hablando distraídos, tras una caminata, llegaron a un río no muy grande que corría con fuerza. Sin tocar el agua, solo por el color, Victoria supuso la temperatura. Andreas sacó un carrete con el sedal y buscó por la orilla alguna rama que haría la función de caña. Victoria lo observó cortándola, luego, cómo comprobó la flexibilidad con unos toques rápidos en el aire mientras ella se quedó descalza y se remangó los pantalones para sentarse en una piedra. Al momento metió los pies en el agua y gesticuló aturdida, aunque sus pies doloridos agradecieron el frescor.

—¿Qué vas a utilizar de cebo?

—Esto. —Andreas le enseñó varias ramitas que había juntado y estaba atando como si fueran un señuelo, incluso dejó varios hilos como cola, que hacían un efecto dentro del agua parecido al movimiento de los insectos. La agitó divertido antes de enzarzarla en el anzuelo—. ¿Qué te parece mi libélula?

—Eres un hombre de recursos —dijo sonriendo admirada.

—Siempre hay que saber afrontar las dificultades.

Preguntándose a cuántas se habría enfrentado en la vida, Victoria sonrió asintiendo con la cabeza. Por lo poco que sabía, no lo había tenido fácil y, sin embargo, se podía decir que era un triunfador, al menos en los negocios; en el plano personal no tenía tan claro si las cosas habían sido tan positivas.

—¿Qué va a picar con eso? —preguntó con una mueca dudosa—. Te ha quedado muy chulo, pero no sé…

—Alguno que pase despistado y tenga hambre.

—Suerte —dijo riéndose de él.

Para su sorpresa, unos minutos después, lo vio luchar con un pez hasta sacarlo y levantarlo sonriendo orgulloso.

—¡Ahora qué!

—Vaya —exclamó con los ojos de par en par—. ¿Qué es?

—Una trucha —respondió apretando la frente—. ¿No habías visto antes ninguna?

—Así no. Las he comido, pero nunca las había visto en acción. ¿No te da pena?

—No.

La colocó sobre la hierba y, animado por la captura, repitió el proceso. En menos de media hora pescó tres. Victoria no daba crédito cuando las sacaba; si seguía por ese camino iba a salirle el pescado por las orejas.

—¿Cómo vas a cocinarlas?

La cabaña no ofrecía muchas alternativas.

—He visto una barbacoa de piedra en la parte de atrás —comentó atareado poniendo otra vez el señuelo, para escucharla añadió—: Pero no sé limpiarlas. Tendrías que hacerlo tú.

Una cara de asco preciosa lo llevó a carcajearse sin contenerse.

—Te está sentando muy bien la pesca.

Sonó una voz suave con ironía.

—Está ayudando. ¿Quieres intentarlo?

Decidida ante la novedad, se levantó y se acercó. Andreas la colocó delante de él y puso la caña entre sus manos. Le hizo la demostración varias veces, aunque Victoria estaba más pendiente a sus brazos cuando le rozaban los pechos. Con cierta inseguridad, dejó caer el sedal en el agua, no muy esperanzada en su suerte.

—Cuando notes un tirón, me avisas. No hagas fuerza porque puedes cortarte con el hilo. Pega tironcitos suaves. Voy a limpiar estos.

Siguió sus instrucciones y aburrida empezó a despistarse con el paisaje, mientras, Andreas destripaba los peces con una navaja. En cuanto Victoria notó el primer tirón, vio al pez. Luego, nerviosa, quiso sacarlo muy rápido y, recogiendo con energía, se enredó varias vueltas de hilo en el pulgar.

—Ha picado uno, pero me estoy cortando el dedo.

—¡Suéltalo!

—¡No puedo!

Con la otra mano trató de desenredarlo manteniendo el equilibrio, sus pies descalzos la hicieron resbalar y se cayó al río gritando

asustada.

Andreas, que creyó exageraba, cuando quiso darse cuenta la vio arrastrada por la corriente hasta que a varios metros se sujetó a una roca con el rostro desencajado. En cuanto se metió en el agua helada no le cubrió la cintura.

—No te muevas —dijo llegando. La cogió en brazos, empapada por completo, la tendió en la hierba de la orilla y salió preocupado—. ¿Cómo estás?

—Me duele el dedo y la cabeza.

Andreas lo examinó dándole varios giros, tenía una marca roja por la presión, pero por suerte no se había cortado; con más fuerza esos hilos se convertían en cuchillas.

—Hay que quitarte la ropa —dijo serio. Desabrochó rápido los pantalones, tiró por los bajos y los sacudió a sus pies. Clavó los ojos en la transparencia de la camiseta, excitante, aunque no pensó en el sexo, solo un poco, debía entrar en calor o pillaría una pulmonía, a esa altitud no tenían más de doce o trece grados, a pesar de ser agosto—. Toda.

—Al final has conseguido que me desnude en público.

—Si consideras así a los árboles, tú verás.

Victoria se quitó la camiseta y, ante el gesto de él, también el sujetador. Se abrazó los pechos tiritando.

—Estoy muerta de frío.

—Me lo imagino —dijo suspirando. Debían andar varios centenares de metros hasta la cabaña. Se quitó el jersey, un poco húmedo en la cintura y se lo ofreció—. Toma, póntelo. —Andreas la observó, casi le tapaba las rodillas—. Quítate también las bragas, cuánta menos humedad te dejes, mejor.

Sus buenos consejos no se los aplicó. El pantalón chorreando fue con él durante el trayecto de vuelta. Gracias al solitario emplazamiento no se cruzaron con nadie que los viera semidesnudos, con los peces colgando de la mochila que Andreas llevaba como si estuviese acostumbrado a hacerlo con frecuencia, riendo divertidos por una hazaña que no olvidarían.

Poco después entraron en la cabaña y encendió la chimenea con una pericia sorprendente, era habilidoso, y Victoria se planteó cuántos hombres con sus obligaciones serían capaces de sobrevivir como él. Se acurrucaron delante del fuego, sentados en una manta. Una cosa llevó a otra y terminaron haciendo el amor, concluyendo su primera mañana aislados del mundo, con la comida asegurada hasta el domingo. A ninguno se le pasó por la cabeza repetir la pesca, era preferible estar donde estaban.

Los siguientes días se enclaustraron en aquel refugio, enredados entre abrazos, susurros y una pasión que sus labios gritaban en un paraíso de lujuria. Nada les impedía saciarse el uno del otro; sin embargo, no podían. El deseo los envolvió entre dulces arrebatos que poco a poco siempre se convertían en encuentros enloquecidos, luego, hablaban forjando una intimidad donde se conocían a un nivel más profundo. Sus sueños, divagaciones, y pequeñas pinceladas de sus pasados los unían en conversaciones pausadas, intercaladas con suaves caricias que abrían una brecha en un corazón entusiasmado; entregado por completo a la mujer que pretendía usar sin remordimientos.

CAPÍTULO VI

Amesbury, Inglaterra
17/8/2013

Nicholas aceptó la invitación de Tristam y Sarah para pasar juntos el sábado en su casa. Aprovecharía la ocasión para comentarle la ampliación de capital, ahora que la propiedad era suya de pleno derecho. Sus suegros acababan de irse después de tres días, y tenía ganas de salir de Wells para despejarse, harto de fingir una calma que no sentía en absoluto.

Salieron a dar un paseo con los niños hasta el bosque acompañados por los perros y, mientras las mujeres iban delante, Nicholas abordó el tema con Tristam.

—El lunes hablé con Randy. Tenemos que convocar una junta extraordinaria para emitir las nuevas acciones. Hemos calculado una ampliación de quince mil libras cada uno.

—Nick, ahora no es un buen momento para mí. Sarah y yo queremos vender la casa de Camden y comprar algo un poco más grande. Entre eso y los gastos de esta reforma no quiero meterme en otro follón.

—¿No está yéndote bien el negocio?

—No es eso. —Tristam resopló agobiado—. Las cosas están funcionando, pero no cobramos con la rapidez de antes, y a Sarah le está costando hacerse con una cartera de clientes. No son buenos tiempos para nuestras profesiones. La gente piensa que ellos mismos pueden hacerlo y somos de los primeros que prescinden.

—Te entiendo, pero necesito resolver este tema. No puedo seguir así. Para mí tampoco está siendo una buena época.

—¿Y tus inversiones? Creía que te daban buenos dividendos.

—Lo hacían —comentó cansado—. Pero desde hace unos meses las acciones de Cyrus han caído y en estos momentos estoy perdiendo mucho. Además, los impuestos de la transmisión me han costado una fortuna. Charlotte piensa que es mejor para mí disolver la sociedad y dejar Ivory para nuestro uso. Hablé con ella el otro día y se indignó al saber cuánto está costándome. No me apetece este quebradero de cabeza. Lo siento. —Nicholas lo miró apretando los labios. Pensó unos

segundos—. Sabes que nunca he tenido problemas cuando ha hecho falta que os prestara dinero, pero ahora mismo tengo que cortar y para mí el hotel está siendo un coladero.

—Lo sé y te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero no puedo devolvértelo.

—No estoy pidiéndote que lo hagas, solo quiero que comprendas mi situación. Me costó más de trescientas mil libras adaptar la casa y se suponía que iba a recuperarlo, y sabes que hasta la fecha no se me ha devuelto nada.

—Ya lo sé, y me pongo en tu pellejo, y sé que no es justo, pero no sabía que estabas pasando un momento tan delicado. Yo he pensado en vender mi parte.

—Si lo haces, nos fuerzas a comprártelas y no puedo planteármelo, tendría que vender algunos paquetes de acciones y, según Randy, deberíamos esperar.

—Se lo diré a mamá y a Gordon, ellos a lo mejor sí quieren comprármelas.

—Tienen un valor de ciento cincuenta libras cada una.

—Las vendo por quinientas.

—Es muy barato.

—Cada una.

—¿Cómo? —exclamó sorprendido—. ¿Estás loco?

—No —respondió tranquilo—. Es un negocio.

—Somos tu familia, no unos extraños —dijo Nicholas indignado, negó con la cabeza fulminándolo con la mirada—. Me parece increíble, se te ha ido de las manos.

—No sé por qué. El hotel va bien y, casi con seguridad, en poco tiempo aún valdrán mucho más. No sé qué te sorprende tanto.

—¿No? —Respiró hondo y bajó la voz—. Pues voy a decírtelo muy clarito, acabas de decepcionarme, he hecho por ti más que nadie, te he sacado de todos tus apuros y ahora intentas especular aprovechándote de la coyuntura porque sabes que vamos a comprártelas. Cuando mamá y Gordon se enteren, van a alucinar. ¿Qué pretendes?

—Joder, Nick, necesito la pasta. Las puedo vender a un tercero.

—Sí, y también podemos ampliar el capital sin que pongas nada. Sería cuestión de que luego no recibieras los beneficios hasta igualar el porcentaje que los demás hayamos aumentado.

—Seguiría igual o peor que hasta ahora —dijo resignado, bufó con fuerza y se pasó la mano por el pelo—. Déjame que lo piense ¿Vale? Y no te enfades, estoy buscando una solución. Si encuentro a alguien dispuesto a comprármelas ¿Aceptarías?

—No —dijo rotundo—. Es un negocio familiar. ¿A quién vas a

decírselo? —Sonriendo con sarcasmo preguntó—. ¿A la tía Emma?

—No había pensado en ella —respondió indiferente, frunció toda la cara e improvisando añadió—: Ya veré, pero debería ser alguien a quien no le pese invertir y que tampoco esté encima.

—Olvídalo. Gordon te las comprará, el precio tendréis que discutirlo.

—Hablaré con él —admitió dándole una palmada en el hombro—. Venga…, no te cabrees, si no, Charlotte me va a matar. —dijo animoso con la intención de tranquilizarlo, agradecido por cómo lo había ayudado siempre y comprendiendo ese deseo de seguir manteniendo la sociedad en la familia, aunque significase no percibir unos ingresos considerables que los dejarían a él y a Sarah en una situación desahogada, necesaria para aguantar una racha profesional bastante grave. Su hermano no conocía el alcance real; pero en pocos meses redujeron la plantilla a la mitad y, a ese paso, se quedarían solos antes de finalizar el año. Para cambiar de tema, preguntó—. ¿Cómo vas con la biografía de papá?

—No es sobre papá —respondió paciente—. Te lo he dicho varias veces, es sobre Ivory, y voy bastante retrasado. Entre el incendio, los niños y todo lo que se me ha acumulado, casi no me queda tiempo para investigar, menos para escribir.

—¿Hablaste con Gordon?

—Sí. Le enseñé la carta del hermano del abuelo. Al principio se quedó bloqueado, pero después me dijo que tenía que pensarlo. No hemos vuelto a hablar.

—Si de verdad él y papá fuesen primos ¿qué pasaría?

—Cuando William murió todo pasó al abuelo. Como no lo reconoció, supongo que legalmente no tiene derecho a nada, otra cosa es lo que queramos hacer nosotros.

—No sé cómo no se ha hecho ya alguna prueba para salir de dudas.

—No le interesa. Si le hubiese pillado joven supongo que sí lo habría hecho, a su edad y sin familia, creo que le da igual.

—Su hermana sí tiene hijos.

—Ya, pero ¿tú crees que va a mover nada para que sus sobrinos hereden algo que hasta ahora no sabían que tenían?

—No sé, Nick, pero si su padre era vizconde, el título como mínimo le pertenece.

—¿Y qué? ¿Se lo va a comer? —dijo con ironía—. ¿De qué nos ha servido a nosotros?

—Ya lo sé, pero tú, por ejemplo, ya les has adjudicado a los niños los suyos, no haberlo hecho.

—No empieces a darme la paliza como Charlotte, por favor —dijo frustrado negando con la cabeza—. Con ella tengo bastante.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque debía hacerlo. Si soy el duque, Henry es mi sucesor, por tanto, es marqués de Tisbury, y Alex vizconde de Mere, igual que tú eres de Sherborne —dijo enfadado—. No hay más que hablar, no he inventado nada.

—Estás un poco sensible con el tema.

Tristam hizo una mueca de disgusto.

—No es eso, es que estoy harto de explicarlo. Parece que tenga algún interés especial cuando no es así. Simplemente estoy haciendo lo mismo que hizo papá con nosotros.

—Lo sé —dijo sonriendo—. Pero al ser gemelos, es injusto para Alex.

—Cuando sea mayor lo entenderá. Va a vivir igual que su hermano, con menos obligaciones, no creo que le importe.

Tristam echó el brazo por los hombros de Nicholas dándole varias palmadas compasivas. Vieron a Henry ofreciéndole a Alex una seta, mientras Sarah y Charlotte no lo advirtieron a poca distancia de ellos.

—¡Alex! ¡No!

Llegaron corriendo bajo las miradas sorprendidas de sus mujeres. El niño la chupaba, pero la escupió al escuchar el grito severo de su padre. En cuclillas, Nicholas comprobó que no había tragado nada. Charlotte se acercó concentrada en Henry, que sostenía inmóvil otra con dos dedos, mirándola confundido.

—Tírala.

Le cogió la mano con brusquedad y lo llevó junto a Sarah, sentada en un tronco, acunando a Jamie en brazos.

—No te irrites —dijo Sarah.

—Es que están siempre igual.

—Son niños —dijo indolente—. Cuando sean un poquito más mayores estarán más relajados.

—Si no llegamos a verlo, se la come —dijo Tristam impresionado —. Menudo elemento.

Nicholas cogió en brazos a Alex y lo sentó al lado de su hermano. Se puso delante de ellos con los brazos cruzados y la expresión contrariada. Sarah, Charlotte y Tristam tuvieron que apretar los labios.

—Es la última vez que os lo digo: no-se-co-ge-na-da-del-sue-lo. ¿Entendido? —preguntó entrecerrando los ojos. Mirándolo muy serios, los dos afirmaron con la cabeza—. Os habéis quedado sin clase el martes. Llamaré al señor Phelps para que no venga.

Alex empezó a hacer pucheros por el castigo que más le dolía, Henry se solidarizó y rompieron juntos en un llanto desconsolado.

—¿Esto siempre es así? —preguntó Tristam, trató de no reír, no era oportuno—. Vaya nivelito.

—Sí —dijo Nicholas con una mueca irónica—. Alex no le tiene miedo a nada y, encima, Henry ya no solo es que lo siga, sino también lo incita a hacer más travesuras. Me paso todo el día detrás de Henry el Bueno y Alex el Intrépido. Entiendes ahora mejor por qué voy tan retrasado ¿verdad?

—Nosotros queremos tener niños pronto —dijo Tristam con una sonrisa mirando a Sarah—. Me apetece mucho.

—Pues piénsatelo, como sean parecidos a estos, vas listo.

—No me importa.

—Ya, eso decía yo.

—¿Tiene, *Su Excelencia*, algo que objetar?

Charlotte se aproximó con una ráfaga amenazante.

—No, por Dios —exclamó Nicholas fingiendo miedo, con rapidez añadió—: Jamás osaría decir nada en contra de nuestros hijos.

—Creía haber escuchado a, *Su Gracia*, decir a Tristam que no tuviera hijos.

—No me ha dicho eso —dijo Tristam sonriendo por el tono deferente lleno de burla que usó con su hermano—. Por cierto, no me ha quedado claro, ¿qué eres? —preguntó a Nicholas—. ¿Su Gracia o Su Excelencia?

—Ahora es Su Gracia, pero responde a todo —dijo Charlotte suficiente, miró el gesto divertido de los dos y comentó centrada en Tristam—. Y no le hagas caso, después no puede estar sin ellos.

—Totalmente de acuerdo —admitió Nicholas dándole un beso en la mejilla.

Regresaron a la casa, donde Sarah preparó una suculenta comida y Tristam la recorrió con ellos explicándoles entusiasmado las reformas. Se notaba el toque de los dos en todos los rincones. Un suelo de madera recién acuchillado y barnizado, una cocina nueva, algunos muebles restaurados mezclados con otros más modernos, colores verdes en casi todo el interior que combinaban bien con los marrones veteados de los suelos. En conjunto, por fin tenían un hogar y estaban dispuestos a llenarlo con los niños que vinieran, a pesar de no haberlo conseguido, aún. Tristam estaba dispuesto a morir en el intento. Incansable animaba a Sarah, que lo llevaba peor; parecía que el tiempo que se tomó para decidirse, de pronto, la azuzara a conseguirlo de inmediato, y no dependía de ellos.

La reforma de la cocina de Ivory estaba en pleno apogeo a la espera de recibir la maquinaría. Gordon y Patricia, un par de días atrás, eligieron al nuevo chef. Un joven inglés con poca experiencia pero sobrado de creatividad y motivación; unas exigencias primordiales. Aunque se mostró reacia, no quiso decepcionar a sus hijos y lo ayudó a elegir. Mantuvo las distancias y, en cuanto terminó, cogió el coche y regresó a Londres, quería estar sola hasta la vuelta de Victoria.

Por la tarde, Victoria y Andreas llegaron en un taxi a Mayfair. Regresaron juntos desde Ginebra y tenía intención de no terminar ahí; con ella era realmente el hombre que era, sin la frialdad que mostraba al resto del mundo, aparte de que esos días habían sido los mejores de su vida.

El sueco se bajó rápido, le abrió la puerta y la cogió de la mano. Sin importarle hacer esperar al conductor que colocó la maleta de Victoria en la acera o la mirada sorprendida de Patricia, que los observaba desde la puerta de la casa, sujetó su cara entre las manos y repitió un beso entusiasmado que no pareció cohibirlo, como si tuviera un punto exhibicionista que todavía lo excitaba más.

—Te llamo dentro de un rato.

—Vale —susurró Victoria acariciándole la nuca—. Hasta luego.

Le guiñó el ojo contento y entró decidido en el vehículo. Victoria se giró y la sonrisa cariñosa de su madre topó con ella. Elevó las cejas sonriendo satisfecha, tiró de la maleta hasta que estuvieron enfrente y se abrazaron con ternura.

—Me vas a tener que contar muchas cosas —dijo Patricia con picardía.

—Hola, a ti también.

La saludó con calma entrando en la casa.

—Déjate de cortesía y cuéntame qué has hecho.

—¿Puedo subir primero la maleta? —preguntó irónica.

Patricia se mordió el labio en un gesto cansado y asintió risueña. La esperó en el salón, donde había servido dos copas de vino, impaciente por saber qué hacía Andreas Göransson besándola en la calle, cuando le aseguró que iba a Suiza con Valérie.

En unos minutos, Victoria bajó descalza, con la piel bronceada por el tiempo que pasaron durante las mañanas en el prado que rodeaba la cabaña, tirados en una manta.

—¿Cómo va la cocina?

—Bien, falta el extractor de la campana y el horno. La semana que

viene estarán colocados. ¿Dónde has estado?

—En Suiza, mamá.

—¿Toda la semana?

—Sí —afirmó resoplando. Le clavó la mirada y empezó a contarle—. Andreas vino a buscarme a Ginebra, hemos pasado unos días en una cabaña, en Ayent. —Aunque trató de mantenerse seria, no reprimió una sonrisa feliz. Recordó a Andreas con ella encima hablando de sus vidas, el olor de su cuerpo o cuando le confesó que también había hecho el amor por primera vez y voló tan ligera como las nubes que a veces tapaban el sol arrastradas por el viento, descubrió sensualidad y a un amante generoso; trató de darle placer sin exigir a cambio lo mismo; notó su control; le gustaba mucho y quería seguir conociéndolo—. Ya no quiere ser amigo mío.

—Supongo qué quiere ser ahora.

—Supones perfectamente. —Cansada e intentando acortar la conversación, preguntó—. ¿Puedo ir a ducharme?

—¿Cómo es?

—Increíble —respondió resuelta—. Me ha tratado muy bien, nos hemos divertido muchísimo. —Sus ojos se iluminaron igual que las noches cerradas en plena montaña brillaban por el cielo más estrellado que había visto nunca. Riendo comentó—. Hasta he pescado.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—No sé, cariño, vive en Estocolmo. Tú dirás…

—Mamá —dijo negando con suavidad la cabeza—, hemos estado juntos cuatro días ¿Entiendes? Cuatro. Ya veremos. No voy a preocuparme por eso ahora ¿vale?

—Como quieras. Me gustaría conocerlo mejor, en Ivory solo hablé con él de pasada.

—No lo molestes mucho, por favor. Y no le preguntes por su familia.

—¿Por qué?

Patricia frunció el ceño.

—Su madre murió y tiene dos hermanos mayores con los que no tiene relación, así que intenta evitar ese tema.

—¿Y el padre?

—También está muerto —dijo despacio. A Victoria le asaltó la visión de la ira en los ojos de Andreas y la impotencia que vino después. Entendió esa postura fría porque no imaginaba una vida sin haber conocido a su padre y le embargó una gran sensación de tristeza al imaginárselo pasando penurias solo con su madre enferma. No

quiso ahondar más, esperando a que se sintiera cómodo y se decidiera a contárselo. No lo había hecho y no quiso que su madre lo comprometiera—. Recuérdalo ¿vale?

—No lo está ¿verdad?

—Me dijo que murió hace poco, pero no estoy segura. —Victoria encogió los hombros y apretó los labios—. No sé, cómo sea no tiene solución. ¿Alguna otra novedad por aquí?

—No —respondió con un gesto un tanto despectivo—. Todo bien, como siempre.

—Voy a darme una ducha, después saldré con él.

—Disfruta, cariño.

Victoria fue al dormitorio y deshizo la maleta. Más tarde, la llamó Andreas y la invitó a cenar en su hotel. Para algo que pudieron acordar en cinco minutos, tardaron casi media hora. Al final se duchó corriendo, se puso un vestido sin tirantes de seda verde oscuro, con un escote en uve, un lazo en la cadera y el largo por las rodillas. Se sentó en la cama, se abrochó unas sandalias plateadas de tacón alto y entró en el baño para recogerse el pelo húmedo en un moño. Se echó un poco de rímel en las pestañas y un ligero toque de brillo en los labios, no podía perder más tiempo si quería ser puntual; y desde luego estaba impaciente por serlo.

Al verla, Patricia sonriendo abrió los ojos de par en par.

—Estás muy guapa, cariño ¿No viene Andreas a recogerte?

—No. —Victoria se acercó y la besó en la mejilla—. No me esperes. No sé si volveré.

—No tenía intención de hacerlo.

Cogió un bolso de mano negro, salió de la casa y se subió en el taxi que llevaba esperando en la puerta varios minutos.

Sin más explicaciones, la llevó a través de Park Lane. Rodearon Hyde Park, con trasiego aún de deportistas, y pasaron por Belgravia. Unos minutos después, cruzaron el Battersea, con los miles de toneladas de hierro que lo sostenían, hasta llegar a la escalinata de acceso del hotel Rafayel; un coloso de acero y cristal testigo del discurrir diario del Támesis.

El interior era moderno, sobrio, con colores neutros y algunos sillones cuadrados oscuros. Por un pasillo pintado de rojo llegó a la suite Nilo. Sonrió al recordar a Charlotte, se la recomendaría si cumplía con la expectativa.

Un poco inquieta, pensando en que ya no estaban aislados, sentía un aleteo especial en el pecho; llamó a la puerta con tres toques

suaves. Al momento, abrió Andreas y barrió todo ese nerviosismo, captó su atención la ternura que percibió en una sonrisa insegura que no esperaba viniendo de él.

—Hola, estás preciosa. —La besó rápido en los labios—. No he terminado.

—No te preocupes. —Victoria sonrió, observando despacio de abajo arriba unos pies descalzos, un pantalón sastre azul marino, una camisa celeste y una corbata gris oscuro colgándole del cuello. Acarició unas mejillas recién afeitadas; entero olía muy bien, y preguntó en un susurro—. ¿Vamos a salir?

—No.

—Pues no te la pongas.

Cogió la corbata y tiró con suavidad.

—La podemos utilizar luego —murmuró Andreas. Inclinó la cabeza y la besó con la intensidad que necesitaba. Las horas que había estado sin verla fueron un desconcierto. Se le echó el tiempo encima pensando en volver a tenerla entre sus brazos, una eternidad. «¿Qué voy a hacer sin ella en Estocolmo?», se repitió desde que habían vuelto. Se centró en unos pezones clavados en su pecho y la apretó con fuerza, sentirla era su droga y besarla lo saciaba con una magnitud que estaba empezando a asustarlo de verdad—. Te he echado de menos.

Victoria se apartó y sonrió confiada.

—La habitación es enorme —dijo acercándose a la espectacular esquina del salón, traslúcida, sin intimidad. Estaba situada en la segunda planta y unos ventanales de suelo a techo la exponían al río —. Menudas vistas.

—De día es mejor. —Andreas se sentó en un sillón con forma rectangular y se puso unos mocasines negros de ante—. He pedido que nos suban la cena.

—Perfecto. ¿Puedo?

Victoria echó un vistazo al resto de la habitación. La cama tenía una colcha beige con grandes flores negras y unos paneles de madera en la pared la iluminaban de manera sinuosa. El suelo enmoquetado en color gris claro dejaba la marca de sus tacones y, pese a que perdiera glamur, decidió sentarse en la cama para quitarse las sandalias.

—¿Sabes qué es para mí perfecto? —preguntó Andreas, que vio la oportunidad para quedarse otra vez descalzo—. Mejor dicho, un sueño.

—No —respondió Victoria con las piernas cruzadas, desabrochándose la sandalia que aún tenía puesta. Intrigada preguntó

casual—. ¿Qué?

—Tú ahora mismo, sentada en mi cama —dijo delante de ella. Victoria levantó la vista y sonrió con un destello de dientes blancos impecables. Andreas se sentó, le acarició con ternura la cara y a unos milímetros de sus labios, susurró—. Quiero que te quedes esta noche conmigo.

—Pensaba quedarme —dijo fundiendo sus bocas en un contacto suave, cadencioso y muy grato para los dos—. Yo también te he echado de menos.

—Me gustas mucho. Desde que nos conocimos, desde que hablaste por primera vez. Me gusta tu cabeza y que seas aventurera. Además de ser la mujer más sexy que he conocido —murmuró antes de besarla muy despacio—. Todo de ti me gusta demasiado.

—Tú a mí también me gustas —dijo sonriendo. Desde la primera vez que hicieron el amor se convirtió en especial, le mostró el placer que un hombre podía darle hasta desearlo con verdadera lujuria, y también con esos besos sencillo y románticos sabía llevarla a un paraíso de ternura donde la hacían sentirse especial—. Contigo he pasado los mejores días de mi vida.

Andreas se separó contento, feliz al saber que hasta eso compartían, con una promesa de más placer escrita en los ojos, se levantó, ajeno a la miradita satisfecha de Victoria.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó cogiendo una botella. Pasados unos segundos, viendo la concentración de un arsenal turquesa en su entrepierna, inclinó la cabeza hacia abajo y encogió despreocupado los hombros—. Después tendrá su momento de gloria.

—Claro —dijo riendo por ser la causante de esa reacción—. Tinto, por favor.

Llamaron a la puerta y Andreas dejó la botella en la mesa, atendió al camarero, que trajo un carrito con dos bandejas tapadas con unas campanas metálicas y colocó cerca del rincón transparente.

—Huele bien —comentó Victoria sirviendo el vino mientras Andreas ponía la mesa—. ¿Qué has pedido?

—Iba a pedir trucha, pero me he apiadado de ti —dijo bromeando—. Espero que te guste. —Destapó una suculenta langosta bañada en una salsa con un aroma dulce y ahumado muy penetrante—. ¿He acertado?

—Sí, aunque no me suena ese olor.

—Es una salsa de miel con ajo y mostaza, flambeado con ron.

—Qué bueno.

Se sentaron y comprobaron que su olfato no había mentido al gusto. Con un sabor delicioso junto a una conversación agradable se la

comieron sin darse cuenta. Estando juntos el tiempo se detenía, volvían a las montañas rodeados de aromas naturales, de vida plácida y de secretos escondidos entre colores brillantes.

Andreas quiso contarle tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Su vida había sido dura y su presente con ella no estaba garantizado. Jugaba con fuego, pero no quería perderla tan pronto. Prefirió hablarle de él con sinceridad. En otro momento, se preveía cercano, le hablaría de sus negocios. No era más que eso, un negocio, aunque ya no tenía claro que arruinar a Nicholas Finch-Hutton fuera importante, podía prescindir de Ivory; encontraría otro hotel y su venganza ya no afectaría a su padre; sin embargo, Victoria no se lo perdonaría y eso no podía ignorarlo.

—Desde cuando no ves a tus hermanos.

La voz baja y suave de Victoria fue un empujón para enseñarle sus heridas más profundas.

—No los conozco —reconoció despacio. El semblante de Victoria cambió por completo. Sus ojos expresaron confusión. En cuanto encontró las palabras continuó—. A mi madre le surgió la oportunidad de trabajar haciendo una suplencia a una traductora en la Embajada de Suecia, aquí en Londres. Se fue… —Respiró hondo y ordenó sus recuerdos—. Su marido era médico y no quiso que se llevara a los niños. Mis hermanos eran pequeños y se quedaron con él. Magnus tenía cinco años y Jonas dos. —La miró serio—. Solo estuvo fuera seis meses, le pasó algo. —Hizo una pausa tragando despacio—. Volvió embarazada de mí. —Victoria acarició su mano con una ligera sonrisa, él siguió—: Su marido pidió el divorcio y el traslado del hospital donde trabajaba. Se llevó a los niños y la dejó sola.

—Lo siento, tuvo que ser muy triste para ella.

—Déjame acabar, me ha costado mucho tiempo hablar con alguien sobre esto.

—Cuéntame lo que quieras —dijo casi susurrando.

—Volvió a su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores cuando yo tenía un año, pero no habló con su jefe sobre mi padre hasta que empecé el colegio. La despidieron y ahí empezó nuestra peor racha. Unos años después mejoramos, compró una casa en el centro de Estocolmo, no teníamos lujos, pero vivíamos bien. —Sonrió apático—. Tuvimos una racha muy tranquila hasta que enfermó de leucemia y se nos volvieron a torcer las cosas. La manera más eficaz de sanarla era con un trasplante de médula. Yo era el único disponible y lo hice con la esperanza de que volviera todo a la normalidad. Parecía que mejoraba, pero recayó y ya no pude hacer nada más por ella.

—¿Cuántos años tenías?

—Estuvo luchando desde que estaba en el instituto, murió al poco de mi veinticinco cumpleaños —comentó medio ausente, recordando la peor Navidad de su vida—. No había cumplido los cincuenta y cinco.

—Lo siento mucho, no debió ser fácil para ti —dijo emocionada, percibió una pena asoladora, también admiró su voluntad—. ¿Cómo empezaste en los negocios?

—A los dieciocho. Empecé a trabajar a media jornada en un banco, se me daba bien invertir el dinero de algunos clientes, me gustó y por eso elegí Económicas.

—¿Por qué no terminaste?

—Dejé la universidad cuando la enfermedad de mi madre se agravó, empecé a jornada completa en el banco. Mi madre tenía un seguro y ese dinero lo invertí como hacía para mis clientes —dijo más animado, obvió el piso de Gamla Stan que no quiso vender, suyo desde pequeño, no podía—. Imagínate, solo y ganando dinero sin esfuerzo.

—Menudo peligro.

Victoria sonrió, haciéndose una idea muy gráfica de él con esa edad disfrutando sin restricciones.

—No entraba en mis planes volver a la universidad. En menos de dos años había conseguido lo suficiente para comprar un hotel en quiebra y reformarlo. Cree mi propia empresa y así empecé en los negocios. Dos de mis compañeros del banco se unieron y como nos gustaba invertir en la bolsa, seguimos haciéndolo. Hasta ahora no me puedo quejar de cómo nos ha ido.

—Estaría muy orgullosa de ti.

—Fue una gran mujer.

—¿Tus hermanos no fueron a su entierro?

—No. Nunca quisieron saber nada de ella. Durante los primeros años, recuerdo que siempre les mandaba regalos por sus cumpleaños, hasta que empezaron a devolvérselos. No hicieron nada por encontrarla, aparecía en la guía de teléfono, si hubieran querido no les habría costado mucho dar con nosotros.

—¿Sabes quién es tu padre?

—Sí. Fue un cabrón con poder. —Apretó el gesto en una mueca de asco—. No lo conocí. Está muerto y espero que pudriéndose en el infierno.

—Sé que no lo has debido pasar bien. —Victoria se levantó y se sentó en su regazo. Le acarició con ternura la cara y la sujetó entre las manos. Su aliento lo rozó antes de darle un beso ligero, lleno de calidez. Escuchó el gemido de Andreas en su boca y sintió su miembro

bajo la suave tela de su vestido—. Gracias por confiar en mí.

—Nunca había hablado de esto con nadie.

Acarició sus muslos subiendo con una mano que introdujo bajo el elástico de las braguitas, tocó con suavidad su sexo, con precisión, solo con aquella calma era capaz de convertir una brisa tierna en un huracán arrollador, transformaba el frío viento del norte en fuego. Las yemas de unos dedos habilidosos la apretaron a él, dejó que le besara el cuello y que otra vez se la comiera con una lengua que la saciaba más que cualquier alimento.

—No tengo hambre —susurró Victoria excitada—. Vamos al sofá. —Se levantó decidida tirando de su mano, pero Andreas la sujetó con fuerza por la cintura y la giró para desabrocharle el vestido—. No. —Victoria lo detuvo con una voz aterciopelada que envió otra descarga directa y dolorosa a su rígido pene. Sonrió y colocó una mano en su pecho, empujando hacia atrás. No tenía mucha experiencia practicando sexo oral, pero no le importó, quería tenerlo en su boca y probar todos sus sabores. En la cabaña Andreas se negó, aunque no se privó de devorarla a ella, provocándole unos orgasmos estremecedores. Contempló la erección que insinuaba la bragueta y habló levantando la vista a sus ojos—. Siéntate, quiero hacer otra cosa.

Andreas se dejó caer en el sofá abierto de piernas, disfrutando orgulloso de su poderío. Dejó que le bajara el pantalón, tocándole los endurecidos pezones.

—Soy todo tuyo.

Victoria no sabía cómo empezar, se arrodilló entre sus piernas y acarició con parsimonia un pene sedoso marcado por algunas venas dilatadas. No intentaba ser sensual, aunque a él se lo pareció viendo su mirada de asombro o reprimiendo un gemido cuando se humedeció los labios y siguió su instinto rozándolo con la punta de la lengua. Poco a poco lo fue tomando, suave y caliente; ardiendo, llevándolo al clímax. Andreas botó con un gruñido alentador, soportando la presión de sus testículos sin querer eyacular en su boca.

—Vamos a la cama.

Alzó la vista confundida y dejó la succión que lo estaba matando de placer. Andreas se levantó, se terminó de quitar los pantalones y la desnudó, recorriendo su cuerpo con unas posesivas manos. Quería tocarlo todo, pegándola a él para que no saliese nunca de su alcance. Cuando se colocó el preservativo, le hizo el amor todo lo despacio que su excitación permitía mientras se movían acompasando sus caderas y acariciaba con ternura su cara. Con una mirada, Victoria destruyó su poca contención, sintió la explosión de la ardiente eyaculación que

salió disparada, escuchó gritar su nombre estremecido por un placer inmenso que los dejó exhaustos y totalmente acoplados.

Andreas la besó en los labios, se levantó con desgana y fue al baño. De repente, su móvil empezó a vibrar descontrolado en la mesita de noche. Toda la felicidad reflejada en la cara de Victoria se evaporó al leer un nombre; de alguien conocido, a una hora inapropiada. Despertó una suspicacia y un recelo que la instó a marcharse enfadada por una relación bastante sospechosa. Cuando Andreas regresó, la vio poniéndose el sujetador y frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

—Me voy —dijo sin mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó acercándose con cautela—. Me has dicho que te quedabas.

Se puso las braguitas y el vestido con demasiada rapidez, no reparó en el aspecto enmarañado de su pelo ni en su boca inflamada por unos besos apasionados.

—He cambiado de opinión.

—¿Qué te pasa? —preguntó al sentir la furia de sus gestos.

—Nada.

Andreas se quedó inmóvil, cavilando en que habría ocurrido durante el breve espacio que tardó en deshacerse del preservativo.

—Me lo vas a decir ahora —siseó lento, poniéndole los vellos de punta.

—Deberías haber apagado tu teléfono —replicó despacio, elevó la barbilla y añadió—: No sé a qué estás jugando conmigo. Quiero irme, por favor.

—No —dijo rotundo. Le sujetó la mano con fuerza y la arrastró con él hasta que cogió el móvil. En cuanto vio la llamada perdida, cerró unos segundos los ojos resoplando por la nariz muy enfadado—. Tenemos que hablar.

—No.

Victoria negó con tristeza la cabeza y apretó los labios hasta hacerse daño.

—Sí —dijo obstinado. Andreas no pensaba dejarla salir sin aclararle las cosas, había tardado en encontrarla y no iba a permitir dudas sobre sus sentimientos. La sentó en uno de los sillones sin dejar de observarla. Por la traición que vio en sus ojos, iba a ser difícil convencerla. Las negociaciones se le daban bien y esa era la más importante que debía afrontar—. Giselle y yo nos conocimos hace algunos años, la primera vez que vine por negocios y me alojé en el hotel que ella dirigía. Congeniamos y me presentó a varias personas que más adelante me abrieron algunas puertas. Cuando se enteró de

que iba a abrir los restaurantes aquí, me contó que tu hermano la había echado y me pidió trabajo.

—¿Por qué te llama a estas horas?

—No lo sé.

—¿Qué tipo de relación tienes con ella?

—Profesional.

Victoria se levantó quedando frente a él, escupiendo fuego airado por sus ojos.

—Si crees que me estoy tragando que te llama a estas horas por algo relacionado con el trabajo, es que piensas que soy imbécil.

—Antes nos acostábamos —dijo Andreas empezando a irritarse por la risa exagerada de Victoria destilando sarcasmo, se armó de paciencia y continuó muy serio—. No te estoy mintiendo. Hace meses que no lo hacemos.

—Te he hablado de ella cuando me has preguntado. ¿Por qué fuiste a Ivory? Sabías que ya no estaba.

—Me contó maravillas y quise probarlo. Te conocí y… —Andreas no encontró las palabras, buscó desesperado—. Desde entonces… no te he podido sacar de mi cabeza.

—No es solo eso —dijo despectiva, no la conmovió un gesto atormentado, parecía arrepentido de verdad—. La vas a contratar y tendría que verla, y no me apetece. Fue rastrera con mi cuñada y se comportó como una zorra sigilosa con mi hermano. No quiero tener ningún tipo de trato con personas de su naturaleza. Por supuesto, tú puedes relacionarte con quien te dé la gana. —Se giró y empezó a andar, aunque no había terminado—. Es mejor que lo dejemos aquí. No nos conocemos y nos evitaremos problemas.

Andreas con sus grandes zancadas le impidió el paso, colocándose apoyado en la puerta.

—No te vas a ir —susurró rozando con las manos un cuello estilizado—. Como me obligues, te ato a la cama.

—Atrévete.

—No me provoques. —Andreas inclinó la cabeza hacia abajo con una sonrisa que anunciaba su intención de cumplir esa promesa. La cogió en brazos y le aplastó la boca con un beso atropellado que no midió ni la presión dolorosa ni una velocidad de vértigo, con ese ímpetu podía estrellarse en un golpe mortal; luego, la dejó caer en la cama con brusquedad, la giró y bajó rápido la cremallera del vestido. Metió las manos y amasó con fuerza por detrás sus senos, muy excitado susurró—. Eres peor que una droga.

—Déjame —dijo con la voz entrecortada Victoria, sentía su aliento en el cuello acercándose a sus labios—. No me toques.

—Estás buenísima. —Andreas sonrió con arrogancia, pasó las piernas por encima de un trasero blanquito muy apetecible, y se sentó con cuidado, apoyando las rodillas para sostener su peso, a horcajadas en su espalda, sujetándole la cabeza sin ceder—. No vas a salir.

Esa voz destilando autoridad la mojó excitada hasta convertirla en líquido inflamable bajo un remolino de deseo. Andreas terminó de quitarle el vestido, el sujetador apenas sin notarlo y, bajando las manos con los dedos extendidos por sus costados, las braguitas que arrastró mientras besaba entregado las curvas de sus nalgas. Le sujetó un brazo y la giró. Se lanzó de cabeza a devorarle los sonrosados pezones, endurecidos imaginando su lengua en ellos.

—Suéltame. —Victoria no podía hacer nada contra la lujuria que sabía despertarle, aunque no quería someterse, había mentido y no podía utilizar el sexo para convencerla—. No voy a repetírtelo.

—No —susurró grave y excitado, con la prueba sólida de su hombría preparada con firmeza para darle más placer—. Como me provoques más, te ato de verdad.

—Como lo hagas, te arrepentirás.

—No. Vas a suplicar, te lo aseguro.

Esa suficiencia la hizo desearlo más que a nada. Si estaba ya al borde de colapsar, tenerlo sobre ella, con el cuerpo cincelado con músculos marcados y potentes, amenazándola con dejarla a su merced, ocasionó un estrago en su cerebro tan ardiente que la quemó igual que el fuego de sus cuerpos. Sin mediar palabra, Andreas cogió su muñeca derecha y entrelazó los dedos con los suyos. Se inclinó hacia delante y, antes de que pudiera reaccionar, la ató a una de las bolas laterales de la cama. Vio la corbata sujetándola con un nudo firme. Andreas sonrió satisfecho y la besó rápido en los labios. Se bajó de la cama y sacó otra corbata del armario, al momento, repitió la operación con la otra mano. Victoria tiró de sus brazos, asustada por la ráfaga de duda que surcó sus pensamientos.

—No te muevas. —Andreas se sentó en el borde de la cama—. Confía en mí.

—No puedo. —Giró la cabeza para que no viera sus lágrimas—. Me has mentido.

Con suavidad, Andreas le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo. Sus ojos fueron una patada en las entrañas que no quería ver. Necesitaba que volviera a él, ciegamente. Igual que arrastrado por la ternura le confió la parte más oscura de su pasado, Victoria debía apartar sus celos. Se estaba enamorando de ella; sin amor era imposible aquel nivel de entrega o una renuncia que no solo le acarrearía una pérdida económica considerable, sino también alguna

discusión con sus socios. Percibiendo su ansiedad, tras mostrarle un pañuelo negro de seda, vendó sus ojos y se dedicó a complacerla.

Momentos después, Victoria se rindió al clavarle las uñas en el culo cuando la penetró con fuerza, desprotegido; era la primera vez que lo sentía tan cálido y no le importó, al contrario; ese inmenso placer anulaba cualquier atisbo de cordura, Andreas era un peligro para sus sentidos; y asumió el riesgo, entregada a la potencia de unos músculos que palpitaban de deseo con una fricción veloz, anticipando el devastador orgasmo que los dos sentían a punto de llegar.

—Perdóname. —Andreas subió la venda. Quería eyacular viendo sus bonitos ojos clavados en los suyos—. Por favor, Vic.

—No sé qué pensar —dijo sonriendo por su nuevo diminutivo, empezó a llamarla así cuando estaban relajados en el campo, era el único que lo hacía y le gustaba. Jadeó moviendo las caderas—. Quiero seguir viéndote.

—Piensa en esto —susurró Andreas a punto de estallar. Sincronizados en el tiempo, le sujetó las caderas a la vez que se arqueaba con la flexibilidad del bambú para sucumbir a una oleada de sensaciones maravillosas. Un éxtasis perfecto en un mundo que no lo era. Andreas tendría que aclararle algunas cosas cuando se sosegaran y pudieran articular palabra. Le desató las muñecas y la cobijó bajo su cuerpo. No la iba a soltar. Era suya al igual que sus temores—. Duérmete. —Le besó un hombro, acarició su vientre acaparándolo con la mano abierta y susurró—. Eres la única persona que me conoce.

Agotada, Victoria cerró los ojos envuelta en un sólido pecho con un corazón latiendo al mismo ritmo que el suyo. La atrapó un sueño profundo, enredada en unos firmes brazos protectores, tan seguros que no aflojaron su agarre hasta que Andreas también cayó en un abismo negro y turbador, volvió a una pesadilla que se había acostumbrado a perseguirlo y no lo dejó dormir tranquilo; siempre acababa solo.

CAPÍTULO VII

Londres, Inglaterra
18/8/2013

La mañana siguiente Victoria se despertó en una cama vacía, se volvió perezosa oliendo el aroma masculino que aún perduraba en las sábanas cuando se abrió la puerta de la habitación y entró Andreas vestido con unos vaqueros y una camiseta negra. Sonriendo ligeramente, dejó encima de la mesa un ramo de rosas rojas, mientras Victoria se incorporó sujetando la sábana con una mano. Notó intranquilidad en el movimiento tenso de sus mandíbulas, pese a disimular al acercarse sin dejar de mirarla o besarla cariñoso en los labios.

—Buenos días.

—Hola.

Fue un murmullo sensual que le mandó una advertencia para que se mantuviera frío al hablar con ella. Cogió su mano y dijo:

—El desayuno está en la mesa.

Victoria agarró la sábana, contempló unas facciones marcadas ángulos simétricos, tan atractivas que dolía mirarlas, se puso de puntillas y le besó la mandíbula—. ¿No vas a darme las flores?

—Por supuesto —dijo en un tono complaciente. Al momento cogió el ramo, pero se bloqueó al verla andar como una diosa pagana. Se llenó de lujuria, la giró y pegó sus cuerpos en un abrazo ansioso. Destapó la sábana y recorrió cada centímetro de piel con una mirada lenta. Victoria abrió la boca, pero colocó con suavidad el índice en sus labios acallando ese pudor—. Tienes un cuerpo perfecto —susurró con voz grave, inclinó el torso hacia abajo y su boca quedó a escasos milímetros de la suya—. Déjame verlo.

—Tenemos que hablar y así no vamos a hacerlo.

Pegó sus frentes y cerró los ojos, inspirando un dulce olor lleno de matices agradables. No recordaba haber hecho el amor con ninguna mujer y sentirse tan pleno, como si conociera cada uno de sus deseos, viendo en un interior donde le remordía la conciencia por la estrategia para arruinar a su hermano, temía que ese error de apreciación era de los gordos.

—Ya te he contado lo de Giselle.

—¿De dónde vienes?

Andreas giró la cabeza mirando las flores. En cuanto las vio, pensó en ella; sin embargo, no iba a decirle que había salido para detener la adquisición de Cyrus. Jürgen y Mathias se mostraron reacios, ya que en esos momentos tenían un poco más del cuarenta por ciento de la compañía, suficiente para manejarla, pero no para realizar la fusión que tenían planteada.

Victoria recogió la sábana y se la colocó con rapidez.

—Me apetecía regalártelas —dijo dándoselas con un beso en la mejilla—. *Jag älskar dig.*

—¿Qué quiere decir? —preguntó intrigada. Andreas encogió los hombros con una sonrisa misteriosa. Victoria entendió que no iba a sacarle el significado e indiferente dijo—. Como quieras, ¿me puedes prestar algo de ropa?

—Claro.

Le dio una camiseta blanca, que se puso con sus braguitas, dobladas a la perfección en uno de los sillones junto al vestido y el sujetador. Se sentaron a la mesa y sirvió el café con unos ojos pendientes a cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué me lo ocultaste?

—Cuando empezó a trabajar para vosotros me habló muy bien sobre el hotel y la propiedad. Me atrajo la idea de que ofrecierais una calidad de lujo en un ambiente campestre limitado. Me contó la lista de espera con personas influyentes sin importarles tener que aguardar durante semanas. Solicité una reserva, te conocí… —Andreas hizo una pausa—. Cuando volví te responsabilizó de su despido. —Victoria elevó las cejas muy seria—. Ya le había ofrecido la gerencia del restaurante y no me atreví a hablarte de ella porque entendía que si la habías despedido no te gustaría conocer la relación que teníamos.

—Supusiste bien —comentó irónica—. Pero si me hubieses dicho que venías recomendado por ella, no habría pasado nada; ya te dije que me parece una buena directora y que aprendí mucho a su lado. Te mintió respecto a su despido y ahora es complicado para mí, sobre todo cuando se enteren mis hermanos. El responsable del incendio fue su amante y ella lo contrató, comprenderás que no sean personas gratas para nosotros. Nos han hecho mucho daño sin motivo, por no contar las pérdidas económicas.

—Hablé con ella antes de salir a Ginebra. Me aseguró que no ha tenido nada que ver con eso. Le dije que la despediría si en tres meses no teníamos los resultados que esperábamos.

—Sigo estando en una posición muy delicada ante mi familia —

dijo con una mirada triste—. ¿Lo entiendes? ¿Cómo le explico a Nicholas que salgo con el hombre que ha contratado a la mujer que directa o indirectamente nos ha intentado perjudicar?

—Puedo hablar con él —dijo tenso.

—No. Prefiero hacerlo yo.

—¿Estamos saliendo? —preguntó con una mirada expectante.

—No lo sé —dijo agobiada, trató de sonreír—. Al menos hasta que te vayas.

—No quiero estar solo en Estocolmo.

—Intentaremos vernos cuando podamos —dijo apretando los labios—. Tampoco quiero estar sin ti.

En aquel preciso instante, Andreas palpó la felicidad y dejó entrever una tímida sonrisa, planteándose vivir una vida inimaginable, nueva, delante del rostro sereno que lo miraba con fuego en los ojos; Victoria Finch-Hutton estaría a su lado.

Unos días después de la conversación que mantuvo con Tristam, de regreso a Wells, después de que Randy lo llamara instándolo a una reunión urgente, Nicholas conducía pensando en el interés de AnGorssen Group en Cyrus y por qué de repente ya no. Su suspicacia aumentó cuando supo la identidad del presidente y principal accionista. El señor Andreas Göransson estaba ocultando algo. Desde hacía varios meses su grupo había estado adquiriendo acciones a bajo precio de esa compañía. «¿Por qué?» «¿Por qué ese interés en él?». Recordó cuando Knight se lo presentó en el Museo, su estancia en Ivory, la amabilidad, la confianza en Sarah… algo no cuadraba, no podía ser casualidad, estaba convencido de que Göransson no era quien decía ser.

A menos de una semana de la fiesta que inauguraría la próxima temporada, llegó a Ivory donde había quedado con su madre y Gordon para comprobar por ellos mismos el resultado final de la renovación en la cocina. Aquella actividad distrajo unos pensamientos oscuros y negativos que no dejaban de rondarlo. Tristam se encargó de la publicidad, añadió algunos datos históricos e imágenes del hotel en funcionamiento, realizó las invitaciones para las agencias, empresarios o amigos, y recibieron la aceptación de todos en otra nueva etapa.

Tras unos minutos de charla, Nicholas advirtió que la actitud de su madre con Gordon seguía igual de tensa, en ninguna ocasión lo miró a los ojos y no pasó de dos frases condescendientes cuando la animó a contarle la experiencia en la degustación.

—Ha quedado muy bonita —comentó Patricia, mirando con

atención la cocina.

—Sí —dijo Nicholas satisfecho—. Al final lo hemos conseguido.

—Ayer se hizo un simulacro de incendio con los empleados —explicó Gordon—. Se probaron todos los medios de extinción y todo está correcto.

—Dile a Vicky que compruebe a diario los partes de mantenimiento —dijo Nicholas serio—. Quiero que todos los días se revisen las instalaciones y quede reflejado quién y a qué horas las han realizado. —Con una mirada impasible, repitió vocalizando—. Todos los días.

—Es demasiada frecuencia. —Gordon negó con la cabeza, desvió un instante los ojos hacia Patricia, pero volvió a Nicholas—. Siempre nos surgen problemillas que hay que ir atendiendo.

—Me da igual —dijo Nicholas inflexible.

—Tendremos que contratar a alguien para que lo haga.

—No —replicó obstinado—. Que se organicen. Es preferible pagarles algunas horas extras.

—Lo hablaré con Vicky. ¿Ha vuelto ya? —preguntó Gordon directamente a Patricia.

—Sí. Y muy bien acompañada.

—¿Por quién?

La voz curiosa de Nicholas.

—Andreas Göransson —respondió Patricia alzando la barbilla al mirar a Gordon.

—¡¿Cómo?!

Nicholas no podía creerlo, eso sobrepasó su límite. «¿Qué quería ese hombre de su familia?»

Patricia frunció el ceño, contrariada por la conmoción de su hijo y la sonrisa satisfecha de Gordon. Quería borrársela dándole el bofetón que llevaba muchos días aguantando. Su educación no se lo permitió, pero lo asesinó con la mirada, tanto, que cambió de expresión y bajó la cabeza.

—¿Qué pasa? —espetó molesta a Nicholas—. ¿Por qué te importa con quién salga?

—No sabría por dónde empezar, pero te aseguro que voy a averiguar qué quiere ese hombre de nosotros.

—¿De qué estás hablando?

—No me gusta y no quiero que la niña se relacione con él.

—No eres tú quién debe decidirlo.

—Ahora soy el cabeza de familia y te estoy diciendo que no quiero que salga con él, punto.

—No seas maleducado conmigo, no te lo permito —dijo Patricia

explotando—. Y si tu hermana quiere salir con él no lo vas a impedir. O me cuentas qué te ha hecho o no consentiré que te opongas a una relación que no te incumbe.

Nicholas miró a Gordon, que conocía sus problemas económicos, y se decidió por contarle a su madre la bajada de las acciones en la bolsa. No le vio ninguna relación, aunque Gordon, al igual que él, sabía que antes de empezar una operación de esa magnitud, las empresas investigaban a los principales accionistas, a quienes iban a perjudicar. Patricia no era ninguna experta, pero más de cuarenta años al lado de James le valían para no alterarse hasta llegar al tope que uno se marcara.

—Por lo que dices, la situación se está normalizando. No creo que sea para preocuparse tanto —comentó Patricia con los brazos cruzados —. ¿Habéis establecido un precio mínimo?

—Sí, pero no sabemos si es otra maniobra o si han decidido detenerse porque no han visto viabilidad a sus planes de expansión. Si es así, la arruinarán y perderé todo lo que tengo invertido en ella, y son varios millones de libras.

—Habla con él —dijo Gordon sensato—. Si están saliendo, vendrá a la inauguración.

—Lo haré. Solo espero que no esté utilizándola.

Nicholas se alejó de la cocina con el paso rápido, conteniendo la ira que intentaba dominarlo. En cuanto se quedaron a solas, Gordon y Patricia respiraran aliviados.

—¿Crees que puede tener razón? —preguntó preocupado.

—No, Gordon —dijo sonriendo despacio—. Lo he visto con ella. Estoy convencida de que está enamorado. Es imposible fingir ciertas cosas y una de ellas son las miradas que le dedica cuando viene a recogerla todos los días. —Negó lentamente con la cabeza y tocó con cariño su brazo—. Hay cosas que no se pueden ocultar.

Gordon tragó despacio con un nudo en la garganta. Tenía que salir de su demoledora presencia o se pondría a llorar como el adolescente inseguro que la vio enamorarse de su mejor amigo.

—Me tengo que ir. —Quiso decirle que era la mujer más bella que había conocido, pero no pudo articular esas palabras. Sus años de calvario no le permitieron sacar a la luz sus sentimientos más profundos. Ya había pasado su oportunidad, era imposible competir contra el fantasma de James—. Hasta luego.

Patricia se quedó inmóvil. Sintió por primera vez la impotencia de su voz. Fue consciente de su amargura, de su frustración. Ese buen hombre se había enamorado de ella y se enteraba después de más de cincuenta años.

Nicholas llegó a Wells con un cabreo considerable. Necesitaba encerrarse un rato en el despacho y ordenar sus ideas. Por suerte, ni Charlotte ni Maggie estaban en la casa. Supuso que habrían salido a observar las clases de los niños, que siempre necesitaban alguna vigilancia mientras Stuart atendía a uno de ellos.

Estaba sirviéndose una copa de vino cuando entraron con Jamie en el carrito, sin los gemelos. Al instante, cogió a la niña en brazos y consiguió serenar con ese cuerpecito tierno todas sus inquietudes.

—¿Cómo ha quedado?

La voz alegre de Charlotte antes de darle un beso rápido en los labios.

—Muy bien —respondió jugando con los pies descalzos de Jamie, se sentó en la mesa y preguntó—. ¿Están solos con Phelps?

—Han ido a los establos —dijo Maggie buscando algo en la despensa—. Les toca clase de aseo.

—¿Todo bien con Randy? —preguntó Charlotte, sirviéndose una copa.

—Sí, mejor.

—¿Pasa algo?

—No —dijo mirando de reojo a Maggie, que al verlo cogió los auriculares y se los colocó de manera despreocupada. Nicholas alzó las cejas y suspiró paciente—. El precio de las acciones sigue bajando, aunque ha sufrido un retroceso.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—No está claro. —Nicholas fijó los ojos unos segundos en Charlotte—. Andreas Göransson es quien ha estado detrás de la compra. Mi madre me ha dicho que está saliendo con Vicky. No sé cariño, pero me parece demasiada coincidencia.

—Cuando lo conocimos tuve una sensación rara. Había algo en sus ojos que me inquietó, me resultó familiar.

—A mí también, pero no sé si es porque lo he visto antes o porque me recuerda a alguien. Conmigo ha sido amable, incluso me invitó a dar una vuelta con su coche, y ya había empezado la compra —comentó pensativo, inclinó con suavidad la cabeza y sonrió irónico—. Pero no mencionó nada sobre negocios cuando sabía que estaba afectándome de manera negativa.

—Supongo que lo correcto habría sido decírtelo. ¿Desde cuándo salen?

—No lo sé. Se conocieron en Ivory, estuvo alojado la última semana.

—A lo mejor se ha pensado mejor seguir comprando Cyrus.

—O quizás ha cambiado de opinión por Victoria —añadió Maggie, interrumpiéndolos.

—Se supone que no estabas escuchando —dijo Nicholas severo.

—No lo hacía. He escuchado sin querer.

—Seguro…

—Es posible —admitió Charlotte apretando los labios en un gesto de conformidad—. Las personas cambian cuando se enamoran.

—Usted lo hizo —dijo Maggie contenta. Metió una prometedora lasaña en el horno, se acercó a Nicholas y añadió dándole una palmadita en el hombro—: Ahora come lechuga.

—Qué divertida. —Sonrió irónico—. Nunca he hecho conscientemente daño a nadie.

—Quizás él tampoco —comentó Charlotte—. No sabes cómo ha invertido Randy tu dinero.

—No creo que utilice sus mismos sistemas —replicó con sarcasmo.

—Bueno, mírale el aspecto positivo, al menos ya no estás perdiendo.

—Sí estoy haciéndolo, pero menos. Se trae algo entre manos con esa compañía, no me preguntes el porqué, pero lo presiento.

—¿Qué vais a hacer tú y Randy?

—Quiere que esperemos hasta ver la jugada. O lo tienen claro y ganamos con ellos o nos arruinamos.

Charlotte tragó despacio. Su situación financiera dependía de las intenciones del sueco, que tampoco le gustaba, y apoyó la sensación de Nicholas con el escalofrío que recorrió su espalda. Para Maggie, que nunca se había preocupado en pensar que Nicholas atravesaría algún problema, fue una revelación inquietante. Guardó un prolongado silencio y, con el ánimo alejado de su habitual espíritu burlón, tocó cariñosa el brazo de Nicholas.

—Voy a recoger a los niños.

Se quitó el delantal y salió a paso apresurado.

—¿Tan grave sería? —preguntó Charlotte, rodeando sus hombros con los brazos.

—Casi —dijo contemplando a su hija—. Si vendo ahora, perdería bastante, aunque si tienen un plan podríamos ganar muchísimo. Tenemos que decidir si corremos el riesgo o no.

—¿Por qué no hablas con él?

—Lo haré en la fiesta, intentaré que mi hermana no se dé cuenta. No creo que sepa nada.

—Si se conocieron a principios de mes, no tendrán mucha confianza.

La noche de la fiesta el jardín de Ivory estaba animado por una orquesta y numerosas personas hablaban o bailaban en un ambiente relajado. Andreas no dejó de mirar con orgullo el impresionante cuerpo de Victoria con un vestido negro muy largo. Se acercó sonriendo y le ofreció el brazo para ir a saludar a Nicholas y Patricia. No quiso prestar atención al sutil cambio que notó a pocos metros en el gesto de Nicholas.

—Hola, mamá.

Patricia la abrazó y besó en las mejillas a Andreas, que sonrió cordial.

—Hola, Patricia —dijo Andreas bajo la mirada atenta de Nicholas—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Hola, Nicholas.

Le tendió la mano, que Nicholas cogió apretándola con demasiada fuerza.

—Señor Göransson, bienvenido.

Nicholas desvió un instante los ojos hacia la mano de Andreas entrelazada a la de Victoria.

—Me alegro de que hayan resuelto los problemas que tuvieron.

—Sí, fue un contratiempo que no esperábamos.

—Si me perdonáis —dijo Victoria—. Voy a ver cómo están las cosas dentro.

—Iré contigo, cariño.

Se fueron, y Nicholas aprovechó su momento.

—Me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre qué?, ¿aún quiere probar el coche?

—No —dijo cínico. Con una media sonrisa añadió—: Cyrus.

—Supongo qué va a decirme. —Andreas venía preparado. Desde que hicieron pública su participación, sabía que tendría que hablar con Nicholas si quería seguir con Victoria. Si le hacía caso ganaría mucho, siempre y cuando no se dejase guiar por las apariencias de las cosas—. No tengo inconveniente en aclarárselo.

—Muy bien. —Nicholas comprobó el reloj que lucía en la muñeca, también brilló un escarabajo de plata—. Reúnase conmigo dentro de media hora en la biblioteca.

Nicholas inclinó la cabeza en un gesto cortés y lo dejó para saludar a otros invitados. Un rato después, Andreas bailaba con Victoria y disimuladamente miró la hora. Había unos ojos oscuros siempre observando sus movimientos.

Viendo felicidad en una sonrisa alegre, la misma que hacía menos de un mes le deseó sin dudar, la sangre de Max hirvió. Desde que

conoció a Andreas lo tenía atravesado, sabía que iba a por ella y tuvo claro que la había cazado. Victoria tenía la cabeza apoyada en el hueco de su hombro, mientras él acariciaba cariñoso sus elegantes facciones.

—Estás muy guapo con el esmoquin. Pareces más alto.

—Tú sí estás alta. —Andreas la besó en la mejilla y no perdió la oportunidad en cuanto acabó la canción—. Voy al baño. Pide algo de beber. —Alejándose añadió—. Por aquí tienes mano.

Victoria sonrió, pero al ver la cara de Max, alzó las cejas, altiva, y se acercó a coger dos copas de vino blanco.

—Buenas noches —saludó seria.

—Estás muy sexy —dijo Max con un guiño.

—No te distraigas y atiende a los invitados, por favor.

Max bajó con arrogancia los párpados, al momento elevó la cabeza con una sonrisa demasiado exagerada y fue ofreciendo bebidas tal y como su jefa le exigió con frialdad. Victoria se prometió tratarlo como a uno más, y si a ninguno toleraba esos comentarios, no iba a hacer una excepción con él cuando tampoco tuvo miramientos al aclararle sus prioridades y no se cortó al decirle que ella no le interesaba. Aquel día no supo valorarlo; sin embargo, gracias a esa sinceridad había conocido a Andreas y era muy feliz. Debía hablar con Nicholas, pero sabía que no se opondría; nunca se metía en ese terreno, y supuso que la relación entre Giselle y Andreas también la entendería, para ella estaba todo aclarado. No sabía cuánto tiempo les quedaba, no había concretado su regreso a Estocolmo, pero se habían prometido verse cada vez que tuvieran tiempo disponible mientras estuviese en Londres. Se encontraba pletórica, cada día descubría detalles que perfilaban a un hombre carismático, voluntarioso y mucho más tierno de la imagen distante que ofrecía a los demás; le recordó a Nicholas; eran muy parecidos y creyó que en cuanto se descubrieran mantendrían una relación amistosa.

En la biblioteca, vestido con un esmoquin negro, Nicholas sostenía una copa de vino mientras esperaba con la otra mano metida en el bolsillo del pantalón. Al escuchar unos pasos en el pasillo, se giró. De inmediato, dos toques suaves en la puerta.

—Adelante —dijo tranquilo. Andreas entró con sigilo y tan tenso que casi era posible tocar el gélido metal en el que se habían convertido sus músculos. Con una leve sonrisa, Nicholas se acercó al carro de las bebidas—. ¿Qué le apetece tomar?

—Lo mismo que usted.

Un momento después, le entregó una copa de vino blanco. Con un gesto de cortesía, extendió la mano indicándole uno de los sillones del

rincón.

—¿Por qué ya no le interesa Cyrus? —preguntó sin contemplaciones.

—¿Quién le ha dicho que no me interesa?

—Su manera de actuar. Usted sabía que tengo acciones. ¿A qué está jugando?

—No juego con mis negocios, y no tengo por qué explicarle nuestra estrategia empresarial.

La voz segura y firme de Andreas no estaba tranquilizando a Nicholas, al contrario, percibió con claridad prepotencia.

—¿Por qué han dejado de comprar?

—Porque hemos alcanzado nuestro objetivo. Con lo que tenemos podemos controlar la junta directiva.

—¿Qué planes tienen?

—Queremos ampliar la fabricación de dos de nuestras compañías de imagen y sonido. Si adaptamos los elementos que se hacen en Cyrus podemos abaratar los costos de producción y ofrecer un producto de calidad a un precio razonable en mercados emergentes, como algunos países de Asia. —Andreas lo observó mientras bebía, estaba dominando la situación y se había relajado—. Dentro de unos meses tendremos la capacidad para producirlos en nuestras fábricas, le garantizo que las acciones triplicarán de valor si nos apoya en la próxima junta.

—¿Por eso sale con mi hermana?, ¿para conseguir mi apoyo?

—No. —Andreas se enfadó. Acababa de salvar sus finanzas y gracias a Victoria no lo había arruinado, era muy desconsiderado por su parte creer que estaba con ella por algún interés económico. Sí, es cierto que lo pensó cuando la conoció, pero le duró el tiempo de su primera comida juntos—. Salgo con ella porque me gusta —despectivo añadió—: No necesito su apoyo.

—Si le hago caso ¿me arrepentiré?

—No —respondió rotundo—. Hay algo más, y prefiero decírselo yo. Conozco a Giselle Harper desde hace algunos años y será la directora del restaurante de Londres.

—Puede contratar a quién quiera. —Nicholas torció la boca apoyando la indiferencia que sentía—. No me debe ninguna explicación.

—Perfecto.

—No sé cuáles son sus intenciones con mi hermana, solo espero que sepa lo que está haciendo.

—Estamos bien juntos —dijo sincero. No podía ser más concreto, ya que exploraba un terreno desconocido que cada día le gustaba más

—. Por ahora nos basta.

Nicholas admitió la respuesta y bebió un sorbo de vino.

—He estado indagando en sus negocios. ¿Por qué se han decantado aquí por restaurantes y no hoteles?

—La compra nos salió barata —comentó con una ligera sonrisa—. Decidimos reconvertirlos según la última tendencia que está funcionando muy bien en Estados Unidos. —Andreas optó por lanzar una sonda—. No descarto adquirir algún hotel. ¿Le interesa un socio?

—No.

Nicholas sonrió con suficiencia.

—¿Por qué? Me parece un negocio interesante.

—Es familiar —afirmó rápido.

—Entiendo, pero con los negocios es mejor no tener vínculos emocionales.

—Con esta casa es imposible no tenerlos. Significa mucho para nosotros.

Hablaron durante unos minutos y poco a poco depusieron la actitud defensiva. Andreas habló lo justo de su pasado y Nicholas hizo lo mismo con sus inquietudes sobre inversiones. Los dos fueron ganando comodidad, obviando los temas más delicados.

—Gracias por la charla —dijo Nicholas volviendo al jardín—. Llámeme Nicholas, por favor. Creo que podemos tutearnos.

Andreas le tendió la mano con una sonrisa.

—Gracias, Nicholas. Ha sido un placer hablar contigo.

Victoria y Patricia los vieron salir juntos, la actitud cordial entre ellos no parecía indicar desencuentro.

—¿Te quedas esta noche o vuelves a Londres? —preguntó Patricia.

—Me quedo aquí. ¿Y tú?

—También. He ido trayendo mis cosas estos días.

Gordon se acercó y envolvió a Victoria en un cálido abrazo.

—Estás guapísima, Vicky. —Sonrió y se volvió hacia Patricia—. *Milady*.

—Hola, Gordon.

Lo saludó con la tristeza que le producía saberse la causante de su amargura.

—¿Quieres bailar conmigo?

—No, gracias.

—Mamá, por favor —dijo Victoria incrédula—. Si te encanta bailar.

Gordon extendió la palma de la mano esperando que se decidiera. Con un suspiro de resignación, Patricia empezó a moverse con él detrás, siguiéndola hasta la pista de baile.

—Lo siento —murmuró Gordon sujetando su mano mientras

bailaban. Inclinó la cabeza y aspiró el perfume suave que llevaba utilizando muchos años—. ¿Me has perdonado?

—Nunca he estado enfadada contigo —dijo Patricia levantando la vista—. Me decepcionaste.

—No lo dije con la intención que tú crees.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál fue tu intención?

—Advertir que con uno lo tendría más fácil que con el otro.

—No te creo, vi tus ojos. —Patricia tocó su cara con ternura. Había sido un joven muy guapo, tuvo una madurez espléndida y ahora, en sus últimos años, aún tenía un rostro atractivo junto a un físico saludable, acrecentado vistiendo un esmoquin clásico, alejado del aspecto descuidado al que estaba acostumbrada a verle—. He entendido muchas cosas desde que James murió —dijo con mucha suavidad, hizo una pausa al ver sus ojos emocionados—. Nunca quise hacerte daño y siento mucho que las cosas hayan sido muy difíciles para ti. No sé exactamente cómo lo habrás pasado, durante toda mi vida te he considerado uno de mis mejores amigos, no quiero que eso cambie entre nosotros, pero espero que entiendas que entre tú y yo nunca podrá existir nada más. No puedo amar a otro hombre, porque mi corazón se fue con él. —No pudo reprimir unas lágrimas al recordarlo, que Gordon enjugó despacio—. Me dolió creer que lo dijiste porque James era el hijo de Henry y tú no. Sabes cómo nos quisimos. Eso no quiero que jamás lo vuelvas a poner en duda.

—Nunca lo he dudado. Lo dije por la rabia que sentí al verme reflejado en el chico. No quiero hablar de algo que no nos va a beneficiar a ninguno. Perdóname, por favor.

—Y tú a mí. ¿Amigos?

—Siempre, *milady*. —Gordon sonrió aliviado, confirmaba lo que sabía: el espíritu de James flotaba entre ellos. Si su ausencia era la pena que tenían que pagar, su recuerdo permanecería intacto hasta el día de sus muertes—. Hasta el final.

Patricia volvió a acariciarle la mejilla.

—¿Por qué no quieres saber si William fue tu padre?

—¿Qué más da, *Rubi*?

Sonrió encantada al escucharlo llamarla así por primera vez en muchos años. Era el apodo que James y él usaban cuando la veían llegar de niña con su padre.

—Me gustaría saberlo. Creo que sería bueno para todos salir de dudas. Serías el pariente más cercano de James por parte de Henry.

—Hablaré con Nick.

—Gracias, primo Gordon.

—Disculpe, señora, probablemente sería *lord* Gordon.

—¿Te imaginas? —preguntó risueña.

—No —dijo cambiando la expresión—. La verdad, es que no. A estas alturas me da igual. Sabes que vivo bien, no tengo ganas de complicaciones.

—¿No habías escuchado nunca nada?

—No —respondió negando con la cabeza—. Lo único que oí, y fue siendo adulto, fueron rumores sobre mí y Henry. Creo que muchos daban por hecho que era mi padre. Nunca los tuve en cuenta y nunca dijeron nada delante de mí.

—¿Tu hermana sabe algo?

—No. Jamás ha sacado el tema.

—Si quieres, te acompaño cuando vayas a hacerte la prueba.

—Supongo que alguno de tus hijos tendrá que venir.

—Cuando hables con ellos, dímelo.

Victoria vio a Andreas con Charlotte y se acercó contemplando un vestido largo en color crema, con muchos pliegues en la falda y la espalda totalmente descubierta.

—Estás espectacular —dijo Victoria dándole un beso en la mejilla —. Algún día te lo pediré.

—Siempre dices lo mismo y nunca lo haces, tienes de sobra con los tuyos. —Charlotte sonrió y bebió despacio alternando los ojos entre su cuñada y el sueco, que la miraba embobado, y a ella estaba conquistándola con una curiosidad incansable y unas teorías extravagantes muy divertidas—. Hablábamos de Egipto, Andreas es todo un experto.

—Es un gran halago viniendo de ti.

—¿A que no sabes cómo se llama su suite? —preguntó Victoria con una sonrisa contagiosa. Andreas frunció el ceño, cómico, y le siguió el juego concentrado en Charlotte—. Nada más verla, me acordé de ti.

—¿Dónde estás alojado?

—En el Rafayel. ¿Lo conoces?

—No. ¿Cómo se llama? —preguntó intrigada.

—Nilo —respondió Victoria riendo.

—¿Está bien?

—Sí —dijo Andreas—. Deberías probarla.

—Cuando la dejes libre se lo diré a Nicholas.

Sin querer, Charlotte mencionó un tema que evitaban, Andreas a mediados de septiembre tenía que regresar y todavía no había hablado con Victoria.

—¿Quieres bailar? —preguntó Andreas cuando Charlotte se despistó con otro invitado—. Me gusta esta canción.

—Harías buena pareja con mi madre —comentó dándole la mano.

Mucho más tarde, cuando llegaron al dormitorio de Victoria cayeron agotados en la cama. Durante varias horas bailaron, hablaron por los codos y fueron agradables juntos o por separado. Para Andreas fue una buena ocasión de introducirse en un ambiente selecto que nunca se debía rechazar en un sector como el suyo.

Después de desnudarse apremiados por el deseo, hicieron el amor, sin reparar en los oídos agudos de Patricia, que ocupaba la habitación contigua.

—Vamos, Vic. —Concentrado en licuarle el sexo con las húmedas e insistentes pasadas de su lengua—. No seas tan escandalosa.

—Eres tú —jadeó alborotándole el pelo.

—No, es tu sabor. Me pierde.

La llevó a un orgasmo donde un mar de sensaciones la hizo temblar. Con Andreas se sentía libre, sensual y, sobre todo, muy viva. La estremeció con olas abrumadoras que estaban fuera de su control. Arrodillado entre sus piernas, Andreas sujetó con firmeza unos muslos tersos y guió su miembro con una mano hasta hundirse poco a poco en el placer absoluto para él. Finalizar el día en su interior se había convertido en un hábito al que no quería renunciar. La fricción de sus cuerpos chocando y deslizándose con rapidez pronto necesitó llegar mucho más profundo. Andreas deslizó las manos bajo sus nalgas, las apretó y las subió fascinado observando sus caderas unidas. Victoria gimió y le acarició la espalda con las uñas, mientras sus pechos botaban en una enardecida danza antes de perder la razón con otro orgasmo que liberó la dolorosa carga de unos testículos inflamados, con un gruñido nada discreto.

—Shhh. —Victoria cerró su boca con un beso sosegado y sonrió feliz con las manos sujetas a un culo duro muy suave—. Tú también eres un escandaloso.

Andreas dejó una senda de besos desde el cuello hasta sus orejas.

—Necesito saber que esto va a continuar —susurró con voz grave.

—Haremos que funcione.

—Prométemelo.

Victoria le acarició la mejilla sorprendida de nuevo por la inseguridad que mostraba un gesto tenso.

—¿Qué te pasa?

—No sé si podré estar lejos de ti. Me pone enfermo pensar que aparezca alguien cuando yo no esté.

—Si esa es tu preocupación, puedes estar tranquilo. —Lo besó en los labios—. Apenas salgo y resistiré si nos llamamos por Internet. —Sonriendo, pese a que sus ojos no lo hacían, añadió—. Y te digo lo

mismo, no me gusta compartir lo que es mío.

Andreas agrandó la sonrisa. Su adorable gata estaba enseñando los dientes de una tigresa. No iba a discutírselo. Era la ocupante permanente de todos sus pensamientos.

CAPÍTULO VIII

Londres, Inglaterra
6/9/2013

El viernes por la noche Andreas hablaba con varios invitados mientras controlaba la puerta del restaurante, no podía evitarlo. Solo fueron convocados algunos empresarios del sector y personajes de la vida social londinense, por supuesto, Victoria le aseguró que asistiría. Intentando confirmarlo, la llamó varias veces, pero no tuvo suerte con el teléfono siempre apagado y tampoco respondió a ninguno de los mensajes que llevaba enviándole desde que llegó.

Con amabilidad, antes de ejercer el papel de anfitrión entregado, presentó a Sarah como artífice de la remodelación, no escatimó halagos y consiguió que recibiera constantes enhorabuenas, que aceptaba con cortesía bajo la cálida protección del brazo de Tristam, a su lado en todo momento. En cuanto Andreas se alejó, Tristam reparó en alguien conocido que no esperaba y le molestó.

—¿Qué hace Giselle aquí?

—Es la directora —dijo con una mirada suspicaz—. Me enteré ayer.

—Seguro que está liada con Göransson, no le quita los ojos de encima.

—No lo creo, por lo que me ha contado Charlotte, está saliendo con tu hermana.

—¿En serio?

Tristam frunció el ceño.

—Se conocieron en Ivory. No sé por qué te extraña tanto. Tu hermana es muy guapa y él no está mal.

—¿Cómo qué no está mal?

—Me has entendido.

—Pues que mantenga los ojos bien abiertos. —Hizo una pausa observando a Giselle susurrar en el oído de Andreas, tirándole de la chaqueta para que se inclinara—. Mira como le habla.

Después de que Giselle le avisara de la llegada de dos críticos culinarios, Andreas advirtió los dos pares de ojos pendientes y vio la oportunidad que buscaba para preguntarles por Victoria. De manera

casual fue saludando a algunas personas hasta acercarse a ellos.

—¿Cómo lo estáis pasando?

—Muy bien —respondió Sarah risueña—. Varias personas me han pedido el teléfono, quién sabe…

—Las relaciones son muy importantes —dijo con una sonrisa amigable—. Es algo que aprendí pronto.

—Desde luego —reconoció Tristam, miró un segundo a Giselle, y comentó serio—. Supongo que sabrás que tu nueva directora trabajó con nosotros.

—Sí. Hablé con Nicholas —dijo rápido. Sin ocultar la ansiedad miró el reloj, por enésima vez recorrió el local, y preguntó—. ¿Sabéis si Victoria va a venir?

—Ni idea —dijo Sarah despreocupada—. Llevamos aquí toda la semana.

Otros asistentes lo reclamaron y pasó varias horas explicando lo mismo con una sonrisa encantadora. Sin embargo, por dentro hervía de rabia. Si a Victoria le había surgido cualquier imprevisto podía haberlo llamado; con aquella ausencia tentó al mismo demonio que llevaba un mes dormido.

En Ivory, el tímpano del oído izquierdo estuvo a punto de reventar la cordura de Victoria. Empezó a dolerle al terminar de comer y durante el transcurso de la tarde se convirtió en un suplicio. Se ausentó de su puesto por la imposibilidad de mantener la cabeza derecha. En cuanto llegó a la habitación, se tomó dos analgésicos que la dejaron fuera de combate. Su madre insistió en ir al pueblo para que la viera el médico, pero le aseguró obstinada que si se relajaba se le pasaría. Antes de acostarse Patricia fue a hacerle una visita, la encontró dormida y la dejó descansar.

De madrugada, alarmada por unos golpes que provenían del pasillo, Patricia salió abrochándose la bata. No esperaba encontrar a Andreas fuera de sí.

—¿Dónde está Victoria? —preguntó nervioso.

—Acostada. Le dolía mucho el oído.

Al escucharla, el malhumor se convirtió en preocupación, arrepintiéndose de todos los pensamientos que casi lo enloquecen en el trayecto que acababa de realizar desde Londres. Patricia abrió el dormitorio, la encontraron echa un ovillo, profundamente dormida.

—Vete —susurró Andreas—. Gracias por abrirme.

—Para lo que necesitéis, estoy al lado.

Se desnudó y se tumbó junto a ella. Le pasó el brazo por la cintura

y la besó cariñoso en el hombro. La frustración al creerse ignorado se convirtió en calma; necesitaba esa suavidad; ese aroma dulce que lo debilitó al protegerla, pese a fortalecer un vínculo que no se planteaba perder; por primera vez en su vida se sentía feliz.

Unas horas antes de amanecer, desvelada, Victoria se sintió rodeada por un cuerpazo musculoso de metro noventa, que superaba su peso en más de treinta kilos, abrazado a ella como un pulpo. Las manos grandes de Andreas se entremetían cálidas por su cintura y las piernas habían creado una maraña entre las suyas. Tan grande y parecía un niño asustado. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, escuchaba el latido de un corazón pausado, igual que la respiración. Entendió que debió llegar de Londres durante la noche y recordó que ni siquiera lo avisó. Rozó con suavidad una incipiente barba más oscura que el cabello, hasta que se movió dormido. Ansiosa por el contacto, Victoria bajó una mano y acarició un pene juguetón, más activo que su dueño. Bastaron unas ligeras pasadas arriba y abajo para que se animara.

—Hola —saludó Andreas adormilado. Recibió un besito en el glande y una sonrisa feliz de Victoria, que levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Creía que estaba soñando.

—Buenos días.

Tenía el maldito poder de dispararlo con ese tono de voz.

—¿Estás mejor?

Victoria se tendió encima de él y afirmó con la cabeza lentamente.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta madrugada. —Andreas le acarició la cara con ternura y colocó bien un mechón de su cabello tras la oreja—. Salí casi a las dos.

—No me he enterado. Ayer pasé una tarde horrible.

—Te llamé varias veces.

—Tuve que apagar el móvil, no aguantaba ningún sonido. Me tomé unas pastillas para el dolor y me acosté. No se me ocurrió avisarte, lo siento, cuando me pongo así solo puedo darme cabezazos, es insoportable.

—Me podías haber mandado un mensaje, creía que estabas pasando de mí.

—Lo siento, pero me dolía tanto que me olvidé de todo.

—¿Te pasa con frecuencia?

—Últimamente, no. Fui al médico y me dijo que era un dolor posicional. Creo que los nervios de la primera semana no me han ayudado mucho. ¿Cómo fue la inauguración?

—Bien.

Sin muchas ganas, Andreas sonrió.

—¿Me echaste de menos?

Con suavidad volvió a tocarle el endurecido miembro.

—Me acordé varias veces de ti —admitió con una media sonrisa.

—Me lo imagino —Le dio un beso en los labios y él apretó su culo con las palmas extendidas—. ¿Te quedas hoy conmigo?

—Sí, y mañana.

—Perfecto, aunque tengo que trabajar unas horas.

—No te preocupes, adelantaré algunas cosas. He estado cuadrando las reuniones. Seguramente volveré a principios de octubre.

—¿Dos semanas?

—Sí. A no ser que quieras venir antes a verme.

—Hasta diciembre no me será posible, aquí no paro ni los fines de semana.

—No quiero pensar en eso ahora.

Habló muy bajo, sabía que estaba excitada, podía oler el deseo. Eso lo puso aún más duro, urgiéndolo a querer saciarse como si llevaran separados años cuando solo habían sido unas horas.

A la hora del almuerzo se sentaron en una mesa apartada del salón. Por la mañana, Andreas aprovechó el tiempo libre para hablar con uno de sus socios, Mathias Klopp, el alquimista de los números, el pequeño y eficaz mago de AnGorssen. Acordaron convocar las juntas directivas de las tres empresas que formaban parte de su plan de expansión. No tenían garantizada la aprobación y debían encontrar la manera de implicar a una parte de los accionistas si no querían arrepentirse de la jugada; el golpe se suponía duro de soportar, y no iban a permitirlo.

—¿Te ha vuelto a doler? —preguntó interesado.

—No, estoy muchísimo mejor —Victoria le acarició la mano con una sonrisa—. ¿Qué quieres comer?

—Lo mismo que tú. Trae los platos y yo me encargo de las bebidas y el postre.

Andreas se giró y fue decidido al rincón donde estaban las bebidas, cogió dos botellas de agua y recorrió con la mirada los tres postres que podía elegir: un pudin casero de pan y manzana, varias frutas en macedonia y tarta de chocolate. Delante del buffet que disponían para los empleados, Victoria echó carne en salsa, y dudó entre acompañarla con espárragos verdes asados o arroz oriental; terminó poniendo unas porciones pequeñas de los dos en cada plato. En su descanso para comer, Max entró con Dani y al ver a Victoria se le aguó el buen humor que traía. Incapaz de soportar más indiferencia, en cuanto Dani

se detuvo saludando a otro compañero, se acercó con los labios fruncidos y un brillo claramente hostil en los ojos.

—Qué rápido me has sustituido.

Manteniendo la compostura, Victoria volvió la cabeza con una sonrisa. Advirtió el desprecio en el reproche de esas palabras y se armó de paciencia durante los segundos que tardó en hablarle:

—¿Puedes acompañarme?, por favor —dijo sin enmascarar un tono severo, cansada de su falta de consideración. Max olvidaba con cierta frecuencia donde estaban y quienes eran, y estaba jugándose el puesto si no deponía esa actitud—. Vamos a mi despacho.

Dejó los dos platos servidos a un lado de la barra, uno de los camareros los recogió mirándola con una sonrisa amable y salió fuera de miradas curiosas. Andreas, que cortaba entretenido dos trozos de pudin con la intención de echarles nata por encima, no escuchó nada ni los vio atravesar el salón con una tensión que podía cortarse de lejos.

En cuanto entró Max, Victoria cerró la puerta con suavidad, pasó por delante de él y se sentó en la mesa, preparada para sacar su vena autoritaria.

—Siéntate, por favor.

—Estoy bien así.

—Como quieras —dijo impasible—. Vamos a dejar las cosas claras, porque me parece que hay algo que no has entendido. Aquí soy tu jefa —remarcó cortante—. No vuelvas a hablarme de ningún asunto personal dentro de tu horario laboral. Si no eres capaz de cumplirlo, es tu problema. Es la última vez que te lo digo, la próxima te quedas sin empleo.

Max se rió con burla.

—Cuando te dije que te buscaras un semental, no era literal —comentó rabioso—. Te ha faltado tiempo.

—Estás despedido —siseó enfadada.

—Estupendo —replicó rápido. Apoyó las manos en la mesa clavando en ella unos ojos que ardían frustrados y acercó la cabeza a la suya—. Me da asco ver cómo te manosea —dijo despacio, con la boca torcida comentó ignorando el volumen de su voz—. Si hubiese sabido lo caliente que eras, te habría dejado bien jodida.

—Eres un maleducado. —Victoria se levantó usando el poco control que mantenía, no se amilanó por la malaleche de Max y, apenas sin mover los labios, añadió amenazante—: Sal de mi despacho.

—Ahora mismo —dijo yendo hacia la puerta. Apretó el pomo hasta agarrotarse los nudillos y exclamó alto y claro—. Eres una zorra con cara de ángel.

Abrió de golpe y se topó de frente con Andreas, que lo oyó justo cuando llegaba buscando a Victoria, preocupado por la desaparición repentina. Minutos antes, una de las recepcionistas le dijo dónde encontrarla.

—Cabrón —murmuró Max, apretó las mandíbulas y pasó por delante resoplando.

Andreas lo ignoró confuso, le sonaba la cara del hotel, pero no lo conocía y nunca habían hablado. Entró despacio, cerró la puerta y centró la atención en Victoria, con la cabeza escondida entre las manos.

—¿Qué coño le pasa a ese?

—Nada —murmuró levantando la vista, enseñando el bajón de adrenalina—. Lo acabo de despedir.

—¿Por qué te ha llamado zorra?

—No lo sé —respondió torciendo rápido los labios— . Estaba enfadado.

—¿Y a mí cabrón? —preguntó serio, intuyó que no estaba siendo sincera. De repente se vio invadido por una oleada de celos que dudó si podría gestionar. Nunca se había sentido más vulnerable con nadie —. ¿A qué ha venido? ¿Tampoco lo sabes?

—No me presiones.

—¿Cómo? ¿Qué coño hay entre ese tío y tú?

Victoria perdió el limitado control que le quedaba. Se levantó de golpe y rodeó la mesa hasta colocarse frente a él.

—¡No hay nada!

—No me mientas.

—¡Nunca te he mentido! —exclamó irritada clavándole el índice en el pecho.

A Andreas ese contacto le hizo gracia y esbozó una sonrisa que la indignó más.

—Estás muy sexy enfadada.

—¿Cómo?

Andreas sujetó su cara con fuerza y arrasó su boca con un beso despiadado. Puso las manos en las caderas femeninas e inclinó la cabeza hacia abajo.

—Entenderé que no quieres hablar, pero no me digas que no hubo nada entre vosotros.

—No hubo nada —dijo triste, cogió aire y lo expulsó fuerte—. Algunos besos.

Andreas tenía claro que no podía ser mucho más, pero aquellos besos, al parecer, implicaban sentimientos profundos que ella no había tenido en cuenta.

—¿Salíais juntos?

—A veces nos veíamos fuera —dijo más tranquila—. Me gustaba. Es un chico muy agradable, cuando quiere, claro. Nunca nos acostamos —murmuró bajando la vista hacia un pecho sólido tan inmóvil como el suyo—. No quiso. Me dijo que no era para mí.

—¿Por qué?

Andreas no entendió qué lo llevó a esa renuncia, algo impensable para él.

—Llevábamos saliendo varios meses y me preocupaba que nunca quisiera que nos acostáramos —explicó ocultando un bochorno inmaduro con una ligera sonrisa—. Siempre que se lo insinuaba, me daba cualquier excusa. Un mes antes de conocerte me dijo que él no podría hacerme feliz y ahora no sé a qué está jugando.

—Yo sí.

Andreas usó un tono suficiente, deslizó las manos hasta sus nalgas y apretó posesivo.

—Cada vez que tiene oportunidad, dice algo para molestarme o halagarme, depende de cómo le dé. Le dije que no iba a consentirlo y no pienso hacerlo.

La escuchó atento y la besó en la frente.

—No sé qué le llevó a dejarte, pero estoy seguro de que prefiere verte feliz con él que conmigo. Has hecho bien quitándotelo de encima.

—No estoy contenta, no tiene recursos y necesita el empleo.

—Si tiene necesidad encontrará otra cosa, no te preocupes más —comentó con una ligera sonrisa—. Se lo ha buscado él.

A pesar de haberse mostrado firme con Max, Victoria no quiso perjudicarlo. Andreas sintió compasión, ya que para conseguir una carrera brillante dirigiendo a personas de todo tipo debía endurecerse y, por su carácter, Victoria prefería un trato más cercano evitando enfrentamientos.

En Wells el domingo estaba siendo relajado gracias a que Nicholas llevó antes de comer a los niños al establo, ilusionados por enseñarle lo bien que cepillaban solos a los ponis. En ese momento silencioso sonó el timbre y Maggie miró extrañada a Charlotte, que jugaba en la esquina infantil de la cocina con su hija, sentada en una alfombra confortable dentro de una pequeña leonera donde se podía encontrar

de casi todo.

—¿Quién será? —preguntó Maggie, levantándose de la mesa.

—No esperamos a nadie.

Maggie regresó en unos minutos, seguida de Gordon, con unas ojeras que advertían insomnio aunque sonrió encantador andando hacia Charlotte.

—Hola —saludó dándole cariñosa dos besos en las mejillas—. Pareces cansado. ¿Cómo estás?

—Ahí voy —dijo resignado—. Tengo que hablar con Nick, ¿está en la biblioteca?

—No. Está con los caballos.

—Voy a verlo.

Sin decir nada más, salió con rapidez. Por el camino intentó sosegar los nervios que le producía aceptar de forma irremediable la mentira de su vida. Las palabras de Patricia lo hicieron cambiar de opinión, también le robaron el sueño durante las noches de las dos últimas semanas.

Encontró a los gemelos muy aplicados limpiando los cepillos. Al verlo, Nicholas sonrió, mientras se acercó sigiloso para sorprenderlos.

—Vaya, vaya ¿A quién tenemos por aquí?

—¡Abu!

Los gritos infantiles alborotaron a los ponis y Nicholas los sacó del box de inmediato.

—Espero que no me traigas malas noticias —comentó Nicholas dejando a Henry suelto. Miró al otro perla, entornó los ojos y habló severo—. Alex, vamos al río, ya sabes.

La amenaza de esa advertencia, dejó a Alex inmóvil. A los dos segundos vio a su hermano correr con el perro y tardó menos de uno en salir disparado detrás, gritando para que lo esperasen.

—¿Sigue igual? —preguntó Gordon sonriente, observándolos. Conseguían que olvidara sus problemas, siempre inspiraban unos recuerdos agradables de su infancia, muy feliz junto a James, lo más parecido que tuvo a un hermano. Se concentró en Alex, un calco de su amigo, y comentó divertido—. Es un golfo.

—Sí, no tiene solución. Lo lleva en los genes —dijo sonriendo mientras los veía jugar a una distancia medio prudente—. Es Finch-Hutton hasta la médula, y un desastre —afirmó con su pizquita de orgullo paterno. Empezaron a andar en silencio y Nicholas, que lo conocía, presintió el motivo de esa visita. Su madre le contó la charla que mantuvieron y sabía que tarde o temprano acudiría a él—. ¿Qué te trae por aquí?

—He pedido cita en un laboratorio de Bristol.

—Me alegro. Te dije que contabas con mi apoyo.

—Tristam debería venir también. Con más muestras es más fiable. Analizan los cromosomas de los varones relacionados por vía paterna.

—No creo que le importe. ¿Has hablado con él?

—No, primero quería decírtelo a ti.

—¿Qué día es la cita?

—Pasado mañana.

—Ahora lo llamamos. ¿Mamá va a venir?

—Sí, quería acompañarnos.

Pasaron el rato tratando de coger ranas y lagartijas. En cuanto Gordon atrapó la primera rana, los gemelos se olvidaron de Nicholas, que se sentó tranquilo y acarició al perro, pensando en su padre, en lo feliz que habría sido disfrutando ahí con los niños. Vio venir al *loco* que más se le parecía con Henry detrás, no muy conforme con su protagonismo, y compuso una sonrisa alegre.

—Mira, papi.

Alex le mostró una lagartija. La sujetaba con dos dedos mientras la balanceaba haciendo rabiar a Henry, que perdió la paciencia y se la quitó de un manotazo. Al tirar con fuerza, le partió la cola, que quedó suspendida en la mano de Alex, asombrado, con los ojos abiertos de par en par, a punto de estallar.

Nicholas y Gordon contenían la risa, mientras ellos miraban alucinados cómo el animal se retorcía colgando en las manos de los dos.

—Ya la hemos liado —murmuró Nicholas—. Vámonos antes de que se pongan a llorar.

—Sí, no pinta bien —dijo observando atento sus caras. Se centró en Henry y exigió serio—. Suéltala.

Con disimulo, Alex imitó a su hermano y dejó el trozo de cola, no miró a su padre en ningún momento; montar en poni le podía.

—No te preocupes —dijo Nicholas relajado alborotándole el cabello, un poco más. Esa información iluminó el rostro infantil y esbozó una sonrisa llena de pequeños dientes blancos, ajeno a que su padre veía en él una mezcla perfecta capaz de anular cualquier enfado al instante. Se agachó y le dijo con ternura—. Le crecerá otra.

Llegaron a la cocina sudando, con las mejillas sonrosadas y la ropa llena de manchas de barro. En cuanto Maggie los pilló, no se lo solían poner fácil, los volvió a sacar llevándolos a la ducha de la piscina.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Charlotte.

—No. Voy a recoger a Patricia. Vamos a The Three Lions. Si

queréis, el domingo que viene podíamos ir todos. —Sonrió mirando a Nicholas y añadió—: Antes lo hacíamos de vez en cuando.

—Por nosotros puedes reservar, ¿verdad, cariño? —dijo Charlotte—. Me gusta mucho.

—Claro. —Nicholas se despidió con unas palmadas en el hombro—. Cuando hables con Tristam, llámame.

En pocos minutos se quedaron a solas con Jamie dormida en el carro, que como contrapunto a los niños era una bendita si estaba satisfecha.

—¿Va a hacerse la prueba? —preguntó Charlotte—. ¿Se ha decidido por fin?

—Sí. —Nicholas se sentó en una silla, estiró las piernas y reclinó el cuerpo hacía atrás—. Pasado mañana. Tenemos que ir con él a Bristol.

—¿Todos?

—No, solo Tristam y yo. Mi madre vendrá por acompañarnos.

Charlotte se acercó preocupada y observó el cansancio en unos ojos que intentaban tranquilizarla, pero los tenía bien calados.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, cariño. —Nicholas la cogió por la cintura y la sentó en sus piernas—. Aprovecha estos buenos días, no creo que duren mucho.

—Si quieres dame alguna tarea, y te ayudo, así me distraigo.

—¿Te aburres? —preguntó sonriendo.

—No, pero necesito pensar en algo que no sea infantil.

—Por mí, perfecto —dijo animado. Necesitaba su colaboración, era buena investigando y, comparado con los rompecabezas que estaba acostumbrada a resolver, eso sería un paseo para ella; aunque no se atrevió a pedírsela, ya que creyó que con los niños tenía suficiente; sin embargo, con esa oferta aclararían cómo sus predecesores pasaron por una casa que el primero de ellos construyó en unas tierras concedidas bajo circunstancias excepcionales, ocultas a través de historias contadas, poco documentadas o exageradas según la proveniencia. Para descubrirlo de forma precisa tenía a la mejor aliada que podía soñar: su musa; un acicate constante para empujarlo hacia sus metas. Sin ocultar una inesperada alegría, Nicholas comentó—. Voy por mi tatarabuelo. Se encargó de demoler parte de la casa original y modernizarla. Te hablo de 1870. —Sonrió y añadió bromeando—. Te puedes hacer una idea de la tecnología que usaban.

—Será más avanzada que la de Egipto, seguro

—Tengo los archivos en mi mesa por los periodos ducales, coge lo que quieras. Sobre todo, de él me interesa la ampliación del ala norte.

—Vale —dijo con un besito en los labios—. Cuando pueda me pongo.

Hablaron sobre la época, años de bonanza para su antepasado y la mayoría de nobles que supieron invertir en modernizar la manera de explotar sus fincas. Su tatarabuelo, Henry, no creó ninguna fábrica para manufacturar algodón; no lo necesitó. Con la expansión británica por Pakistán y la India, el Imperio atravesaba un buen momento y, al aumentar la demanda en las colonias, Henry Finch-Hutton, IV duque de Salisbury, gracias al desarrollo de nuevas máquinas agrícolas, incrementó la producción hasta alcanzar unas cifras históricas que contribuyeron a engrosar el patrimonio familiar.

El día de la prueba, Charlotte aprovechó la siesta de los niños para indagar en el pasado de Ivory. Según los planos del arquitecto, se suprimieron diez dormitorios de la zona norte, ocupada actualmente por parte de las cámaras y la cocina. Reformaron la primera planta, ampliaron y decoraron con más lujo las habitaciones, algunas con otra contigua, y crearon dos zonas separadas para el aseo de hombres y mujeres. Debido al apretado calendario social que estaba descubriendo, Charlotte imaginó que quisieron mejorar el alojamiento de los invitados, con la costumbre de pasar varias semanas acomodados en las casas de sus anfitriones.

Durante varios minutos miró las molduras del techo, pensando en que ese mismo año Charles Dickens publicó su *Cuento de Navidad*, donde retrató las penurias de los niños en aquella revolución industrial que enriqueció solo a unos pocos.

Estremecida por la antigüedad que la rodeaba, Charlotte imaginó a las personas que como el señor Scrooge habrían pasado por Ivory; muchos, con seguridad. De pronto, escuchó el jaleo de los niños, salió y los encontró en brazos de Nicholas.

—Hola, cariño. —Risueña, se acercó y le dio un beso delante de las caras felices de sus hijos—. ¿Cómo os ha ido?

Nicholas los dejó en el suelo y le cogió la mano guiándola hasta el salón.

—Ven.

—¿Qué pasa? —preguntó curiosa.

Cerró la doble puerta acristalada, la llevó al sofá y la sentó en su regazo. La observó un instante, movió hacia delante la cabeza y la besó en los labios, tranquilo, un saludo tierno.

—No pasa nada. Quería tenerte un poco para mí solo.

—No creo que duren mucho fuera.

A Nicholas le bastó una sonrisa contenta de Charlotte para ceder a un beso apasionado. Alejó sus inquietudes con las pasadas de unas

lenguas ávidas de ternura; ahí, con ella y sus hijos, era en el único lugar que se sentía en paz. Charlotte se apartó relamiéndose, observándolo embelesada acarició con un dedo su labio inferior, amando esa madurez varonil que rezumaba clase.

—¿Qué tal todo?

—Hemos tenido que mojar un palito con saliva —comentó relajado, aunque se removió un poco incómodo por el roce de cierta parte femenina que le gustaba demasiado—. Dentro de quince días tendremos los resultados. Aportarán también un informe pericial.

—Cariño, hacemos esa prueba a las momias —dijo condescendiente—. Supongo que al no ser familia en primer grado, cómo mínimo analizarán quince marcadores del cromosoma Y. ¿Qué porcentaje de error os han dicho?

—Es fiable en un noventa y ocho con ocho por ciento.

—¿Pues sabes una cosa? Desde que tenemos la duda, he comparado muchas veces los rasgos de Gordon con los vuestros y estoy casi convencida de que es vuestro tío. Él tiene los ojos oscuros, pero tenéis la misma forma en el arco orbitar y los pómulos.

—No sé, tú tienes más práctica que yo.

—¿Cómo van las cosas?

Nicholas tardó unos segundos en comprender lo que ella quería saber.

—Bien. Han convocado la junta el día siete de octubre.

—¿Estás mejor?

—Hasta que no sepamos oficialmente cuáles son sus planes, no. Por lo que sabemos nunca se han conformado con menos del cincuenta por ciento.

—Confía en él. No creo que te haya mentido, tú hermana está por medio.

—Eso es lo que más me preocupa.

Charlotte le dio un beso en los labios.

—Deja de hacerlo.

Le tocó las cejas con suavidad, hasta que relajó el ceño.

—Sigue —dijo con voz grave y los ojos cerrados.

El crujido de la madera al abrirse las puertas interrumpió un intermedio sosegado.

—Oh! Lo siento.

Maggie se disculpó sonriente, mordiéndose los labios.

—No te preocupes —dijo Charlotte poniéndose de pie.

—¡Papi!

Los gemelos se lanzaron en tromba y le concedieron el honor de entretenerlos, mientras Charlotte salía con Maggie, que se interesaba

de vez en cuando por la situación financiera de Nicholas.

—¿Hay novedades? —preguntó en el pasillo.

—No —respondió Charlotte con una ligera sonrisa al entrar en la cocina—. ¿Por qué nunca se lo preguntas a él?

—Porque no.

Sacó varias zanahorias de la nevera y algunas patatas de la despensa. Charlotte empezó a cortar naranjas, al escuchar el llanto de la niña, salió con rapidez hacia el dormitorio. La habían cambiado unos días atrás y estaban sorprendidos por lo bien que se había adaptado, menos cuando se despertaba y se encontraba sola, entonces lloraba de manera desconsolada.

Al subir la escalera, le llegaron las primeras notas del piano. Supuso que los niños estarían sentados con Nicholas en el banco. Cada cierto tiempo se distinguía cuando aportaban su granito de arena en la melodía. Sonrió disfrutando; se sintió feliz a pesar de su situación económica, incluso echando de menos el trabajo; aquellos momentos familiares compensaban con creces cualquier preocupación.

El domingo Victoria estuvo durante toda la mañana más nerviosa que nunca, con el carácter irascible hasta el extremo, y todo porque Andreas se iba por la tarde. Después de comer se despidieron y le prohibió ir al aeropuerto. Intentó no llorar, pero el nudo de la garganta explotó hasta convertir sus ojos en ríos desolados por una gran borrasca. Dio cientos de vueltas por la habitación incapaz de hablar con nadie. O estaba con él o prefería su soledad, al menos podía desahogarse sin temor a exponer unos sentimientos que no le había confesado.

Impulsada por la desesperación, salió corriendo para impedir que se fuera sin conocerlos. Buscó a Patricia, que, al verle los ojos, le tendió las llaves del coche sin preguntas. Al momento puso rumbo al aeropuerto. Sabía que Andreas iba ligero de equipaje, le quedaba más de una hora de trayecto y no tenía asegurado llegar a tiempo. Con más impaciencia que sensatez aceleró ignorando los límites de velocidad.

Concentrada en el primer hueco libre que vio, aparcó el coche y entró rápido, desorientada. Había tanta gente que se detuvo, observó con detenimiento a cientos de personas aguardando una cola para acceder al control de seguridad; no veía a Andreas, lo llamó al borde de las lágrimas, pero su teléfono estaba apagado. Volvió a buscarlo, negándose a creer que ya hubiese embarcado. Otra vez recorrió con

unos ojos angustiados la zona de salida. El movimiento, el ruido y su propia ansiedad empezaron a marearla; Andreas se había ido.

—Te dije que no vinieras.

Oyó a su espalda la voz grave que siempre le erizaba el vello. Cuando se giró esbozó una sonrisa muy feliz y se lanzó contra él, que la abrazó con fuerza y enterró la cabeza en su melena. Quiso sumergirse en aquella fragancia a jazmín delicada y fresca. Lo mantenía vivo y la recordaría cada segundo de los próximos días; la tenía grabada en la mente, al igual que el mejor mes y medio de su vida. La mujer obstinada que tenía bajo su cuerpo lo hizo posible.

—No te veía y me estaba poniendo histérica.

—Te he visto al entrar. —Andreas le dio un beso cariñoso en el cuello—. No tengo mucho tiempo.

—Tengo que decirte algo —habló respirando su mismo aire, con los ojos tan húmedos y brillantes que parecían dos aguamarinas sumergidas en algún arrecife tropical—. Te quiero.

Andreas apoyó la frente en la suya y sonriendo susurró:

—*Jag älskar dig.* —Abrumado por el de romanticismo, la besó en los labios, su chica provocaba esa parte tierna que salía de manera natural. Se separó un poco y la contempló satisfecho—. Yo te lo dije primero.

Charlotte entró en la biblioteca entusiasmada por ayudar otra vez a Nicholas en el trabajo, con la cantidad de notas que había escrito sobre su tatarabuelo tenía historias para contarles a los niños durante años.

—Hola —dijo risueña, sentándose en su sitio. Asombrado por esa energía, Nicholas alzó las cejas y se quitó las gafas mientras sostenía en la mano una pluma. Charlotte repasó rápido un cuaderno lleno de fechas en color rojo y frases marcadas en fluorescente amarillo—. Tengo algo que me ha sorprendido mucho.

—Por tu cara diría que debe ser importante.

—No sé, júzgalo tú.

—Dime.

Se reclinó en la silla y cruzó los brazos.

—A tu antepasado le fue muy bien en los negocios, sacó muchos beneficios de la expansión en las colonias. —Con un gesto pesaroso, encogió los hombros—. Pero no debió tener una vida fácil.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se quedó solo. Comprendo la muerte de su hermano pequeño de niño, pero me tiene intrigada el mediano, Robert. No sé

para qué hizo la casa de Amesbury y se fue a América con veinticinco años.

—Usa la imaginación. —Nicholas sonrió y añadió bromista—. Cuando quieres no te privas.

—Muy gracioso —dijo inclinando la cabeza—. Pero es raro que la hiciera para nada. Dejó Inglaterra en 1851 y nunca volvió. He leído algunas de las cartas que le envió a su hermano durante varios años. Luego, cesa la correspondencia entre ellos.

—¿De dónde han salido?

—Te he archivado todos los documentos y están dentro de una nueva base de datos. Así te será más fácil encontrar la información —explicó despreocupada—. Las cartas estaban en una de las carpetas que tienes de tu bisabuelo Nicholas, supongo que pensaste que eran más de las antibélicas que le envió a William para que dejara el ejército.

—¿Por qué estaban ahí?

—No lo sé, dímelo tú.

—Tampoco lo sé. Creía que los documentos de cada uno estaban bien guardados.

—Quizás no estaba ahí por error. A lo mejor quiso averiguar el paradero de su tío. Era el único familiar directo de su padre.

—¿Qué fechas tienen las cartas?

—Están enviadas desde Nueva York, en 1852, 53 y 56. Solo he encontrado esas tres, pero según cuenta en la última, se había casado y su esposa estaba embarazada. Tenéis una rama en América. ¿No lo sabíais?

—Alguna vez escuché hablar al abuelo con mi padre. Que sepa, nunca tuvieron contacto.

—Otra cosa que me ha llamado la atención es el exceso de empleados para ser solo tres miembros en la familia. Había más de treinta trabajadores, solo en la casa.

—Ten en cuenta que pasaban la mayor parte del año recibiendo visitas. Aunque algunas damas traían sus propias doncellas, siempre los dueños de la casa tenían personal suficiente para asistir a sus invitados.

—Por supuesto, la hospitalidad era digna de jeques —dijo irónica—. También era una forma de mostrar la posición social, incluso, diría exhibir. —Charlotte se fue calentando y añadió con desprecio—. A más criados, más altura en el escalafón.

—¿Por qué te molesta? —Nicholas percibió un reproche insinuado en sus palabras—. No tiene nada que ver con nosotros.

—No me molesta —comentó con una mueca indiferente que

contradecía esas palabras; estaba indignada—. Pero me hace pensar en las pocas personas que podían disfrutar de una vida así mientras la mayoría pasaba necesidades.

—En otro periodo no te lo discuto, pero en ese, precisamente, fue cuando empezó el boom de la industrialización y había bastante trabajo —comentó serio—. Por tanto, con otros de mis antepasados tendrás razón, pero con este no.

—¿Si había tanto trabajo por qué emigraron tantos millones de personas?

—Casi todos fueron irlandeses huyendo de la hambruna por la escasez de patatas.

—Ya ¿Y quiénes eran los propietarios de la tierras agrícolas de Irlanda? —Se rió cínica y lo miró suficiente—. Ellos os cultivaban en vuestras grandes propiedades el trigo y se alimentaban de las pocas patatas que les daban sus huertos. Si alías la mala suerte de una plaga y la avaricia de los nobles terratenientes, tienes tú refutación a que la mayoría sí pasaba necesidades. Los campos de trigo irlandeses estaban sanos, pero ellos no podían acceder al cereal, así que era mejor el futuro incierto pero esperanzador que les ofrecía América.

—No sé qué te pasa. —Nicholas empezaba a perder la paciencia—. Parece como si me responsabilizaras de esa situación.

—No lo hago, pero tus antepasados contribuyeron.

—Las cosas funcionaban de otra manera, y que los pobres irlandeses tuvieran que emigrar no tiene nada que ver con la decisión del hermano de mi tatarabuelo —dijo molesto por la vehemencia de Charlotte, la justiciera del pasado. Cuando se ponía rebelde era mejor no entrarle al trapo, a veces lo conseguía, otras caía enredado en sus palabras—. Tal y como has dicho, ellos podían comerse ese trigo, las mejores carnes o lo que les diera la gana.

—Está claro —dijo con una leve sonrisa—. Se iría por otros motivos, su economía le permitía empezar una nueva vida sin las estrictas normas que se vería obligado a seguir aquí. Vete a saber… —Charlotte depuso la ofensiva, consciente del malestar de su marido, y más suave añadió—. Me imagino que sería vizconde, aunque no he encontrado el otorgamiento.

—Sí, marqueses los primogénitos y vizcondes el resto de hijos.

—Excepto las mujeres.

—Cariño —dijo Nicholas cansado—, no empieces.

—Lo siento, sé que no es culpa tuya.

Nicholas sonrió y volvió a Robert Finch-Hutton.

—Sería interesante indagar un poco más sobre él. No mucho, porque nos desviamos de Ivory y aún me tienes que contar cómo

quedaron distribuidos los dormitorios y los detalles de construcción del nuevo ala.

Charlotte empezó a proporcionarle datos que anotó sin levantar la vista del cuaderno; igual que en la investigación de Meroe, o incluso peor, porque se lo había tomado como un trabajo y la colaboración se intuía precisa, contrastada, y a rebosar de la información que tenía disponible en el archivo privado de la casa ducal, con innumerables documentos que le facilitaban la investigación y la convertían en la distracción perfecta para su mente lógica; algo que Nicholas en ningún momento dudó.

CAPÍTULO IX

Estocolmo, Suecia
18/9/2013

Andreas llevaba tres días en su casa y le pesaban como cien años. Nunca se había aburrido más. Por las mañanas y las tardes corría por Humlegården, cerca de Östermalm. Cuanto más tiempo permaneciera fuera, más se lo agradecía la cabeza. Hablaba con Victoria a diario, esperaba ese momento impaciente, al igual que volver a Inglaterra. Echaba de menos su sonrisa feliz, el optimismo o la sensualidad de su cuerpo; y por añorar, hasta le faltaba aquella niebla espesa que se elevaba despacio de los campos que rodeaban Ivory cuando conducía temprano por la carretera de vuelta a Londres. Estaba llegando al punto de admitir que su sangre inglesa tiraba de él; esa parte de su padre de la que había renegado siempre y lo empujó a mantenerse lo más alejado que pudo de cualquier cosa que los relacionaran. Intentó olvidar un nombre maldito y se concentró en el plan de acción de Cyrus. Fortalecerían la innovación en desarrollo tecnológico y asegurarían la producción de las dos fábricas de Corea del Sur. Querían apostar por ser precursores en ofrecer la calidad de imagen que demandaba el mercado, televisores más grandes sin que la resolución de los píxeles se viera afectada por el aumento del tamaño. Era la oportunidad idónea para crear una pantalla curva con tecnología de vanguardia que los destacaría ante sus competidores por calidad y precio. Sus ingenieros trabajaban en un sistema que permitiría reproducir una sensación de profundidad muy similar al 3D con un ángulo de visión de superior a los 30º. Para hacerlo posible habían integrado unos algoritmos inteligentes que controlaban y analizaban los objetos dentro de cada fotograma tanto para recrear la profundidad como amplificar el sonido, equilibrar el color o mejorar la imagen. Con Cyrus abrían las puertas del mercado asiático y, con los costes de producción calculados, el producto final no tenía rival. Su compañía detuvo la compra con un porcentaje del cuarenta y tres por ciento de los derechos, Nicholas poseía un quince, un cinco era de su amigo Randoll Lichter, los tres socios fundadores controlaban el

veinticinco y el doce restantes estaba repartido entre un pequeño grupo de inversores, que con una buena oferta no serían ningún problema. Confiaba en que Nicholas los apoyaría en cuanto conociera el proyecto, también contaba con Lichter; aunque no dependían de ellos, y eso era tranquilizador para AnGorssen, no así para su relación con Victoria.

Dos días después, en el centro de Estocolmo, Andreas discutía con sus socios el proceso de selección de mercados cuando Victoria lo llamó. Abandonó la reunión contento al imaginar el motivo de su urgencia y se encerró en el despacho.

—¿Cómo estás? —preguntó animosa.

—Bien —dijo Andreas sentándose en un sillón blanco frente al puerto de la ciudad vieja, contemplando las vistas frías del mar, que extendía sus brazos como ríos de agua alrededor de los islotes, con un yate enorme atracado y una barcaza de turistas, algo más para recordar Londres—. Echándote de menos.

—Me podías haber avisado —comentó riendo—. Se ha liado una buena cuando han visto llegar la grúa.

—Era una sorpresa, así ya no tendrás que pedirle el coche a tu madre.

—Sabes que por aquí no lo voy a coger, es demasiado potente. Solo cuando vaya a buscarte al aeropuerto.

—Díselo a Nicholas, seguro que él no le hace ascos.

—No sé qué decirte —comentó cambiando el tono, bufó apática y entrecerró los ojos—. Está negro con Tristam.

—¿Por qué?

—Porque no quiere ampliar el capital de Ivory. Está pensando en venderles su parte y Nicholas no se la quiere comprar. No creo que esté de humor.

—¿Cómo tienen hecho el reparto?

—A partes iguales. La de mi padre pasó a mi madre ¿Por qué?

—¿Tú no tienes?

—No, pero es como si fuera mío también.

—Pero no lo es.

—Ya, pero no me importa —dijo despreocupada—. Es de mi familia. Hablando de otra cosa, te he visto en el reportaje de *Luxury Holidays*, gracias por hablar tan bien de nosotros. Ha sido un detalle.

—No hay de qué —dijo sonriendo—. Por ti hago lo que sea.

—Gracias. —Victoria bajó un segundo la vista, apretando los labios, satisfecha, y muy feliz—. Te llamo luego, un beso.

—Otro para ti.

La información de Ivory dejó a Andreas pensativo. Había descartado formar parte de la sociedad; sin embargo, ahora tenía la ocasión perfecta para hacer lo justo. En cuanto regresara, hablaría con Sarah y Tristam. Era una cuestión de saber jugar sus cartas y tentarlos con una buena oferta que Nicholas no pudiese igualar.

A las dos semanas de los análisis, Gordon fue a Bristol para recoger los resultados. Tras meditar de forma obsesiva durante horas las consecuencias de emparentar con James y enterarse a los setenta y tres años, decidió conocer su historia, aunque no pensaba cambiar nada, ya que nunca le interesó la posición ni el dinero. Pocas cosas alentaron su vida: los caballos, el campo, la amistad, y la mujer que iba sujeta a su brazo, mucho más intranquila que él; la única persona que permitió a su lado en ese momento.

—¿Estás bien? —preguntó Patricia por tercera o cuarta vez al entrar en el edificio del laboratorio—. Qué nervios.

—Relájate, *milady,* salga lo que salga, nosotros vamos a seguir siendo los mismos.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

Unos minutos después, en cuanto supieron que su padre fue sin lugar a dudas William Finch-Hutton, se abrazaron compartiendo el inmenso cariño que los había unido siempre. Las lágrimas en los ojos de Patricia nublaron los de Gordon. Asumieron bromeando una injusticia que no tenía reparación con todos los implicados muertos y algunas incógnitas que tarde o temprano desvelarían.

—Es un placer conocerlo —dijo Patricia inclinando la cabeza sonriente y ofreciéndole la mano como una dama de siglos pasados—. *Lord* Gordon Finch-Hutton.

—El placer es mío. —Con un brillo divertido en los ojos, saludó cogiendo galante esa mano y besó el dorso—. *Lady* Patricia.

—A James le habría gustado estar hoy con nosotros.

Patricia cambió la expresión y Gordon le tocó con cariño la mejilla.

—Siempre está con nosotros.

Afirmó en silencio, notando cada matiz de esas palabras.

—¿Cómo te sientes?

—Igual —respondió encogiendo los hombros.

—¿Crees que tu padre lo sabía?

—No lo sé, supongo que no. No creo que fuera el tipo de hombre que admitiera cargar con el hijo de otro.

—Eso aparentaba, pero a veces la gente no es lo que parece.

—¿Qué piensas?

—Es una especulación, pero si William estaba tan preocupado por tu bienestar que no le importó rogarle por escrito a su hermano, por qué no pensar que amó a tu madre. Tu padre vivía con otra mujer y disfrutaba de un tren de vida demasiado elevado para sus ingresos. —Patricia elevó las cejas—. Recuerda que Henry no era especialmente generoso con los salarios, quizás tuvo algún incentivo.

—¿Me estás diciendo que Henry le pagaba para que mantuviese la boca cerrada?

—Te he dicho que era una suposición, pero sí, más o menos, eso —dijo afirmando con la cabeza. Ignoró el gesto contrariado de Gordon, mirándola serio, y siguió—. Lo que no entiendo es cómo tu madre se fue y te dejó.

—No sé, nunca la eché de menos —comentó curvando los labios despectivo—. Estaba acostumbrado a vivir sin ella. Mi padre me trató con cariño, siempre estuve rodeado de mucha gente y creo que fui feliz. —Gordon sonrió recordando su infancia—. No me puedo quejar, Henry se preocupó por mi educación, y sabes que me dejó hacer lo que quise.

—Lo recuerdo —dijo, cogiéndole el brazo—. Te conocí.

Salieron de Bristol y por el camino Patricia llamó a sus hijos para que se reunieran con ellos en Ivory. Al llegar, la tensión era visible en los gestos desdeñosos del uno hacia el otro. Tampoco ellos estaban de acuerdo con el precio que Tristam quería por las acciones, pero no eran tan exagerados como Nicholas mostrándole su rechazo. Patricia se acercó a los dos y los besó en las mejillas. Gordon por su parte, había optado por una fría cortesía que hizo a Tristam sentirse excluido, pese a que disimuló y le colocó el brazo alrededor del hombro saludándolo a su manera.

—Bienvenido —Nicholas extendió la mano sonriendo contento, desvió un instante los ojos hacia Tristam, que retiró el brazo, y dijo—. Hola, tío Gordon.

—De repente me han crecido los sobrinos —comentó de buen humor—. Espero que no os dé por llamarme tío.

—Tenemos que celebrarlo —comentó Tristam rodeando otra vez su hombro. Inclinó la cabeza y añadió risueño—: Tío Gordy.

—Déjate de chorradas, que tú cuando empiezas te pierdes y las tonterías son contagiosas. —Gordon rió, mientras Patricia apretó los labios y Nicholas, atento a Tristam, entrecerró un ojo y negó con la cabeza. Animoso, comentó para limar asperezas—. Si queréis nos

reunimos todos aquí el domingo.

—Ahora hablamos —dijo Nicholas—. Id a mi despacho, voy a buscar a Victoria.

En cuanto entró Nicholas en la cocina, Victoria dejó la conversación con el chef. El joven inglés de apenas veinticinco años estaba superando todas las expectativas con una cocina de autor acorde al compromiso que exigían con la calidad y al entorno espectacular que los rodeaba. Recibía con frecuencia el halago de los clientes satisfechos, consiguieron sumar otro punto favorable e, incluso se plantearon abrir el restaurante los fines de semana para el público externo al hotel, pero hasta no aclarar la situación financiera de la sociedad no pensaba tomar ninguna decisión que afectara directamente a su economía.

Nicholas movió la cabeza en una sutil señal, que Victoria captó rápido, y la esperó cerca de la puerta. Se acercó intrigada y preguntó:

—¿Qué?

—Es nuestro tío —dijo con una ligera sonrisa—. Está en el despacho.

—¿Está contento?

—Creo que sí.

Salieron al pasillo y, antes de llegar, Nicholas detuvo a Victoria con una mano en el codo.

—¿Por qué me he tenido que enterar por Gordon que has despedido a Max?

—¿Ahora te enteras?—preguntó incómoda, frunciendo la cara—. Fue a principios de mes, creía que lo sabías, y si lo hice fue porque no podía tolerar el comportamiento que estaba teniendo conmigo.

—¿Qué pasó? —preguntó serio.

Después de soltar un suspiro, Victoria le contó las faltas de respeto, también añadió el insulto a Andreas. Atento, Nicholas frunció los labios y no tardó en comprender el origen del malestar de Max; sus dudas habían sido despejadas.

—El coche de Andreas está fuera ¿Lo sigues viendo?

—Lo sé, me lo ha prestado. Y sí, vamos a seguir viéndonos —afirmó rotunda—. Vuelve el día cinco. Me ha dicho que lo cojas si quieres.

—Gracias, pero no —dijo con una sonrisa cínica—. ¿Qué sabes de sus negocios?

—Invierte en la bolsa y tiene varias sociedades. Él es el mayor accionista y el presidente. —Victoria sabía por su madre que todos conocían que Giselle Harper dirigía uno de sus negocios. Ninguno comentó nada al respecto, y no quería que Nicholas supiese la clase de

relación que había mantenido con Andreas. A la defensiva preguntó—. ¿Por qué?

—Tengo participaciones en una de las compañías donde él es el mayor accionista. La ha comprado hace poco y he perdido mucho dinero por su culpa. —El sonido neutro de la voz de Nicholas contrastó con la expresiva mirada de asombro de Victoria—. Por tu cara deduzco que no te ha contado nada —dijo observando un gesto negativo con la cabeza—. Hablé con él, me pidió que aguantara las acciones y me garantizó que ganaría mucho dinero. No sé cómo funciona y ni si es de fiar, pero no voy a tener compasión como me la juegue.

—¿Qué te hace pensar que no es de fiar? —preguntó enfadada—. No lo conoces, yo sí. Si te ha dicho que ganarás dinero, lo harás, pero no uses ese tono conmigo, no soy una niña y tampoco tu hija.

—No te pongas así —advirtió firme—. Estoy preocupado por ti. Es un hombre acostumbrado a jugar fuerte, y no sé si te beneficia su amistad.

—¿Qué quieres decir? No somos amigos, somos pareja, y yo decidiré lo que me beneficia o no.

—Me parece que ya has hecho tu elección.

—No, no la he hecho —dijo con tristeza—. Hemos estado juntos muy poco tiempo, pero me he enamorado de él y no es quién tú crees. No ha tenido una vida fácil y cómoda. Sabe lo que es luchar por tener lo que tiene y no ha tenido ningún apoyo. No te va a perjudicar, por favor, créeme.

—No me gustaría que te vieras envuelta entre los dos, y si no llegamos a un acuerdo en la reunión de la nueva junta, voy a tener problemas con él y tú estarás en medio.

Victoria cerró los ojos unos segundos, deseando volver a Suiza y no tener que enfrentarse a una situación que le resultaba irreal. Su cerebro rodaba a toda velocidad tratando de comprender qué había motivado a Andreas a adquirir esa compañía.

—¿Qué fabrican exactamente?

—Placas base y otros elementos informáticos —respondió calmado.

—Si ha visto alguna oportunidad, es porque sabe que va a ganar mucho dinero. Un día me dijo que él no hacía nada si no iba a ganar. Yo que tú no vendería.

—Voy a esperar a la reunión.

—¿Y Tristam? —preguntó interesada—. ¿Habéis solucionado algo?

—No —respondió negando con la cabeza—. Sigue queriendo quinientas libras por acción.

—¿Y Gordon? Él se las compraría.

—Sí, pero Tristam tiene poco aguante, hay que cansarlo. Es cuestión de no seguirle el juego.

—No sé qué decirte —dijo moviendo la boca con un mohín, pensando en su propia experiencia con él. Con más seriedad, preguntó —. ¿Qué va a pasar con Gordon? Es el único pariente de papá.

—Habrá que compensarlo de alguna manera. Tengo que hablar con Astor.

—¿Te ha pedido algo?

—No —exclamó—. Creo que lo ha hecho por no contrariar a mamá.

Victoria intuía que las deferencias constantes que Gordon tenía con su madre provenían de algo muy profundo que ninguno se había atrevido a descubrir.

—Hace poco me contó que papá había estado prometido con otra antes de que se casaran. ¿Tú lo sabías?

—Sí, pero no por ella.

—Creo que lo echa mucho de menos —dijo triste.

—No debe ser fácil.

Nicholas puso la mano en su hombro y con suavidad la incitó a retomar el camino hacia el despacho.

En Londres, Tristam y Sarah comieron en un restaurante japonés antes de visitar un piso en el Soho, un poco caro, aunque se adaptaba bien a sus necesidades. La tensa situación que atravesaba con su familia no era nueva para Tristam y no influía en su carácter, acostumbrado a periodos silenciosos por parte de sus padres o Nicholas cuando se enfadaban con él. En cambio, que en ese momento Nicholas y Patricia no le dirigieran más que palabras de cortesía, para Sarah era otro quebradero de cabeza por si con lo suyo no tenía bastante. Su mejor cliente, Andreas, estaba pagándole las facturas, con el resto casi debía suplicar para cobrar, y por supuesto, el tema de los hijos lo tenía aparcado; el principal motivo para cambiar el apartamento.

No muy interesada en una compra que no podían permitirse, Sarah entrelazó la mano con la de Tristam cuando salieron a la calle, andando a un ritmo ligero de regreso a su casa, donde tenían preparadas las cosas que solían llevarse los viernes por la tarde a Amesbury.

—¿Te ha gustado? —preguntó Tristam—. Es lo que buscábamos.

—Sí, está bien —dijo apática. Lo miró de reojo, cavilando en los dos nuevos restaurantes que Göransson pretendía abrir en unos meses

y en los bocetos que le pidió para decidir en la próxima visita si contaba con ella de forma continuada. Tenían unas previsiones a dos años excelentes, que ayudarían a equilibrar la economía de sus negocios hasta poder fusionarlos otra vez, como era la intención de los dos. Ese empujón llegaba en un momento delicado y necesitaba concentrarse para tenerlos listos en menos de dos semanas, no en imaginar quimeras. También, cuando concertaron en el último e-mail la reunión, sugirió la presencia de Tristam y dejó entrever la posibilidad de contratar sus servicios para la publicidad e imagen corporativa de un nuevo producto, del que no le dio ninguna información—. Espero no perder más tiempo.

—¿Por qué? —Tristam giró la cabeza—. Te ayudaré con los montajes.

—Ya lo sé, pero tengo que hacer muchas cosas y visitar pisos que no podemos pagar me frustra, lo siento, cariño —dijo Sarah agobiada—. No sé para qué hemos venido.

—Si alquilamos el apartamento y vendo las acciones a Gordon, sí nos la podríamos permitir.

—Estás haciendo unas cuentas que no son reales. Además estás muy seguro de que Gordon va a comprártelas, pero no te ha confirmado nada. Creo que si le dijeras que nos hiciera un préstamo sería más razonable para ellos.

—Pero denigrante para mí —dijo enfadado. Frente a Sarah, continuó inmóvil—. Hace tres años le dije a Nicholas que no volvería a pedirle dinero y no pienso hacerlo. Sabes que he invertido casi todo el dinero que me dejó mi padre en la empresa y en reformar la casa, no podemos contar con los fondos hasta dentro de unos años y si nos quedamos sin Ivory estoy seguro de que en poco tiempo nos arrepentiremos. Si ahora las acciones tienen un valor de ciento cincuenta libras, dentro de cinco años valdrán más de trescientas y dentro de diez más de quinientas. No estoy pidiéndoles la luna, solo tienen que mirar un poco más allá para comprendernos.

—Sigo pensando que es más honesto por nuestra parte decirles que nos hace falta el dinero. Así solo fomentamos que crean que queremos aprovecharnos.

—Que piensen lo que quieran —dijo obstinado. Le dio un beso en la sien y siguieron pensativos. Para Tristam la oportunidad de trabajar con AnGorssen abría una puerta que, si sabía aprovechar, podría reportarle nuevos clientes, prestigio y la tranquilidad que buscaba. Percibiendo el malestar de Sarah, trató de alejar su preocupación—. Ya entrarán en razón.

—Me agobia mucho el mal rollo que tenéis Nicholas y tú. Tu

madre y Gordon lo disimulan mejor, pero él me pone nerviosa.

—Porque no estás acostumbrada. Cuando le da la gana es un cabrón arrogante.

—Lo que tú digas, pero procura aclarárselo en la comida. No me gusta que piensen así de ti.

—Lo intentaré, aunque no te prometo nada.

En su casa de Östermalm, Andreas se acababa de duchar tras una carrera nocturna diaria y, después de vestirse con un pantalón corto, se preparó una pizza, dispuesto a pasar la noche del sábado trabajando en el proceso de segmentación y posicionamiento por mercados. Antes de salir a correr había hablado con Victoria, notó un sutil cambio en su voz que intentó enmascarar, aunque no consiguió engañarlo; sabía que le preocupaba algo. Observando el horno, esperaba apoyado en la encimera de la cocina cuando el sonido del portero electrónico lo sacó de unas cavilaciones bastante difusas. La voz de su amigo Lubbe Nyström apuntaba una alegría inducida por el alcohol, y se mentalizó para soportarlo durante un rato. Se conocieron en el gimnasio. En un principio no congeniaron, pasadas unas semanas coincidieron en una discoteca donde descubrieron que les gustaba el mismo tipo de diversión y desde entonces se veían varias veces al mes.

Tras permitirle el acceso, fue al dormitorio y se colocó una camiseta negra. A los pocos minutos llamaron al timbre. Abrió con las ganas justas, y al verlo se redujeron a nada. No por él, sino por la compañía que traía: dos chicas conocidas por los dos.

—Hemos venido por casualidad —comentó Lubbe. Tenían la misma edad y altura, el rostro tapado por una ligera barba castaña y unos ojos azules pequeños que se abrieron felices al saludarlo con un abrazo—. Creía que estabas fuera.

—Pasad.

Andreas hizo un gesto con la mano a las chicas.

—Hola. —Meike lo besó rápido en los labios. Era una rubia atractiva con unas ganas permanentes de sexo que tenía tan claro como él y Lubbe que esos encuentros no implicaban sentimientos o compromisos por parte de ninguno—. Estás muy guapo.

Meike siguió a Lubbe y se sentaron en uno de los sofás del salón.

—Hola, Ing. —Andreas habló forzando una sonrisa. Era otra rubia pasable, alta, y con unas curvas tentadoras. Pero Inggärd, a diferencia de Meike, no había sabido separar el sexo del amor, y para él ya estaban unidos a un nombre y no era el suyo. Se mantuvo correcto y preguntó—. ¿Cómo estás?

—Hola —dijo Inggärd suave. Se acercó y le dio un beso en los labios—. Cuánto tiempo.

Andreas echó la cabeza hacia atrás, no se sintió amenazado, pero no quería dar pie a otra situación violenta como la que tuvieron unas semanas antes de su partida a Inglaterra.

—Adelante.

Andreas hizo una mueca de fastidio, que Inggärd respondió levantando las palmas en son de paz. Se preparó para rechazarlos con una sonrisa cínica, tenían pinta de querer fiesta.

—Vístete y vente con nosotros —dijo Lubbe.

—Lo siento. —Se sentó en el sillón más alejado de Inggärd—. Otra vez será.

—No seas muermo —añadió Meike—. Hace dos meses que no te vemos.

—No, no insistáis.

—Pues entonces nos vamos. —Lubbe conocía la cabezonería que podía desplegar Andreas si se lo proponía, se levantó impaciente y tiró de la mano de Meike—. Paso de perder el tiempo contigo.

—Por supuesto, que os divirtáis. —Andreas los vio atravesar la puerta de salida, se sorprendió cuando Inggärd no se movió del sitio. Con sequedad preguntó levantándose—. ¿No te vas con ellos?

—No —dijo con voz melosa. Se acercó con una mirada seductora —. Prefiero quedarme contigo.

La acribilló con ráfagas heladas, tratando de apaciguar las ganas que tenía de rugir y echarla de su casa sin contemplaciones.

—No te he invitado.

—¿Y qué?

Alzó la mano para tocarle el torso donde se perfilaban unos músculos firmes y potentes.

—No me toques —espetó con desprecio—. Y déjame solo, por favor.

—¿Por qué me tratas así?

—¿Así cómo?

—Como si no nos conociéramos. Como si no hubiésemos hecho el amor cuando has querido.

—No nos conocemos y nunca hemos hecho el amor —dijo despacio. La miró muy serio considerando el grado de brusquedad que iba a tener. Sintió pena, no quería enterarse y él no quería esforzarse en suavizar sus palabras para no darle oportunidad de confusión—. Tengo contigo el trato que considero oportuno. No te lo voy a repetir, sal de mi casa, por favor.

—Adiós, Andreas —dijo Inggärd recobrando la dignidad, levantó la

barbilla y dio la vuelta—. Espero que todo te vaya bien.

—Lo mismo digo.

Salió cerrando la puerta con suavidad y Andreas soltó un bufido largo y cansado al dejarse caer en el sofá. Su amigo Lubbe le fastidió el plan y encima lo dejó pensando en la única persona con la que había hecho el amor y, muy a su pesar, estaba a demasiados kilómetros de allí.

Aquel domingo otoñal, gracias a los gemelos, disfrutaron de una comida relajada en Ivory, con solo algunas miradas de reproche y pocas indirectas que Tristam soportó impasible. En cuanto vieron su oportunidad, Sarah y Charlotte se escabulleron a dar un paseo con los tres niños por el camino de grava, entre centenares de sauces con las copas a rebosar de hojas que en pocas semanas parecerían ríos de sangre fluyendo directos al bosque.

—No lo soporto —comentó Sarah empujando el carrito de Jamie —. Me superan, Charlie.

—Es bastante deprimente —dijo negando despacio con la cabeza. Sentía igual esa frustración ante el pulso de Tristam y Nicholas—. De verdad que entiendo vuestra postura, estoy convencida de que dentro de un tiempo el valor del hotel será impresionante, pero para Nicholas es el peor momento.

—Qué asco de dinero. —Sarah, suspiró de manera ruidosa—. No me acostumbro a tener tantos frentes abiertos.

—Yo tampoco, vivía más feliz cuando no tenía ni idea de los asuntos de Nicholas.

—Espero que lleguen a un acuerdo pronto, me agota tener que estar con ellos.

—Y a mí, pero si te fijas les da igual.

—Ese es el problema, que para Tristam es algo normal.

Charlotte se rió encogiendo los hombros a la vez que Sarah la miró con un gesto resignado.

—¿Cómo lleváis el tema de los niños?

—Por ganas e intentarlo no es —reconoció con una ligera sonrisa muy pícara—. Pero…

—No desesperes, cualquier día os lleváis una sorpresa.

—¿Cómo la de Rachel? —preguntó divertida.

—¿Te lo ha contado? A mí Ahmad me ha insinuado algo, pero no ha entrado en detalles. ¿Qué te ha dicho?

—Han salido varias veces. No ha querido ser muy explícita, pero creo que van a hacerlo algunas más —comentó sonriendo. Pensativa

añadió al cabo de unos segundos—. Ha sido un viaje intenso para las cuatro encontrar a nuestros chicos.

—Mucho —afirmó con los ojos brillando alegres—. Y que continúe. —Con una fina ironía, Charlotte dejó entrever un matiz que se intuyó lascivo y soltaron una carcajada absurda que las unió con humor. Observando a su amiga, calmada, a gusto consigo misma, recordó a una persona que la marcó y se atrevió a pronunciar un nombre prohibido en cualquier entorno Finch-Hutton—. ¿Has vuelto a hablar con Jean?

—No —respondió con un gesto despreocupado—. ¿Y tú?

—Me mandó un correo cuando nació Nicole. Sé que habla con Ahmad y cuando me reincorpore también tendré que hacerlo de vez en cuando.

—No me molesta ni me preocupa. Fue mi error, pero también me abrió los ojos. Nunca lo olvidaré —dijo con una mirada nostálgica, sonrió a Jamie y volvió a centrarse en Charlotte—. Es normal que hables con él, es un gran profesional y os llevabais muy bien.

—Sí, como compañero fue encantador. —Charlotte no pudo reprimir una sonrisa que se amplió poco a poco, pensando en las horas que compartió con Jean, en cuánto aprendió a su lado. También llegó a un nombre árabe que la motivaba a retomar el trabajo, era uno de los pros más atrayentes para buscar el equilibrio entre su familia y la carrera que tantas alegrías le había dado. Ahmad tenía una capacidad profesional increíble, podía conseguir llegar a codearse con lo más selecto del panorama científico, además de mantener una relación instructiva salpicada de diversión. En el fondo tenía una manera similar a Sarah para entablar relaciones—. Aunque no tienes ni idea de cómo es realmente Ahmad. Tengo ganas de empezar con él.

—¿No pensabas pedir una excedencia?

—Sí, pero creo que ahora no es el mejor momento, si las cosas se nos complican tendré que volver quiera o no. Tengo hasta abril para decidirme.

Sarah advirtió cierta angustia en esas palabras. Tristam siempre daba por hecho que la situación de Nicholas era desahogada. Frunció ligeramente las cejas, tocó su brazo y preguntó con una mirada que no sabía disimular:

—¿Tan mal estáis?

—Es difícil valorarlo —dijo tristona—. Nicholas tiene mucho dinero invertido en una empresa americana que ha comprado Andreas. Si se ve obligado a vender sería un palo muy gordo.

—En unos días tenemos una reunión —comentó sorprendida. Sarah desconocía que Andreas y Nicholas tuvieran los mismos

intereses. Sin querer prestar atención, la incertidumbre sobre las intenciones del sueco repiqueteó en su conciencia como una alarma—. Para mí está siendo un buen cliente.

—En la fiesta habló con Nicholas y le dijo que confiara en él. Supongo que al estar saliendo con Vicky no hará nada perjudicial para nosotros. Durante el tiempo que estuvimos juntos fue muy agradable. —Se detuvo un momento—. No me pareció tan distante como en el museo. —Torció los labios en un gesto de desconfianza—. Aunque Nicholas no lo tiene claro hasta que expliquen sus planes en la próxima junta.

—Esperemos que falle su intuición. A veces las cosas no son lo que parecen —dijo seria, hizo una pausa y siguió casual—: En la inauguración del restaurante me dio la impresión de que estaba liado con Giselle, y sin embargo está con Victoria.

—¿Giselle? —preguntó extrañada—. ¿Se conocen?

—Me parece que bastante bien —dijo mordaz—. Si no, ¿por qué le ha dado el puesto de directora?

—¿Es la directora?

—Sí. Me enteré el día antes. Tristam también se sorprendió mucho. —Sarah notó el cambio en los ojos de Charlotte—. Creía que Nicholas lo sabía.

—Ni idea —dijo con un ligero reproche en la voz—. A mí desde luego no me ha comentado nada.

—Por lo que sé, se conocen desde hace años y estoy segura de que han tenido más que una relación laboral. Tenías que haberla visto en la inauguración, no lo sobó más porque él no quiso.

—Me imagino que Vicky lo sabe ¿No?

—Supongo, pero no fue.

—Le dolía el oído —dijo Charlotte. Conocía por su suegra el numerito de Andreas de aquella noche—. Hacen buena pareja, aunque me da la impresión de que él tiene bastante carácter y no sé si Vicky será capaz de manejarlo.

—¿Por qué no? ¿No lo tiene Nicholas? ¿O Tristam?

—Tienes razón —admitió moviendo la cabeza—. Por cierto, podríamos aprovechar mi cumpleaños para vernos las cuatro.

—¿No vais a Berlín?

—Sí, pero cuando volvamos. Y esta vez nos vamos solas.

—Te noto impaciente por escaquearte.

—Un poco. Si con decirte que mi mejor momento es cuando los niños duermen la siesta y ayudo a Nicholas con la investigación. No paran en todo el día. Te puedes hacer una idea de lo que necesito desfogar.

—Por mí, perfecto. No creo que Laura y Rach pongan problemas. Dime el día y organizamos una cenita para las cuatro.

Los gemelos vieron acercarse a Tristam y corrieron a jugar con él. Tras unos minutos, se despidió de ellos y de Charlotte, harto de los desplantes de Nicholas. Prefería irse para no agotar la paciencia que le había reservado en exclusiva. Sarah lo imitó y en poco tiempo todos volvieron a sus casas.

En el trayecto hacia Wells, los niños acusaron el cansancio del paseo y terminaron dormidos con el movimiento del coche. Charlotte decidió saciar su curiosidad en el tema que le rondaba e intuyó que, para no alentar suspicacias, Nicholas ocultó adrede.

—¿Sabes quién es la directora del restaurante de Andreas?

—Sí —afirmó sin mirarla.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Por qué tenía que hacerlo? —replicó echándole un vistazo rápido.

—Para empezar porque no tenemos secretos —dijo con ironía, sonrió con los labios cerrados—. Y para continuar porque tenía intención de ir a cenar cualquier noche.

—¿Quién te impide ir?

—No tengo ganas de cruzarme con ella —respondió cínica.

—Cariño, en todo caso estará enfadada conmigo.

—¿Eso crees? —Charlotte negó con fastidio ante la inoperancia del cerebro de Nicholas—. Te apuesto el cuello, sin ningún riesgo de perderlo, de que no es así.

De pronto, una corriente fría fluyó por el interior del vehículo. Nicholas conocía el temor infundado de Charlotte, pero lo respetaba; él tenía los suyos; sin embargo, lo incomodaba, por eso se lo ocultó. Nadie ocuparía su lugar, nunca; la amaba de manera incondicional; se lo había dicho tantas veces que volver a nombrar el fantasma de Giselle no era un tema prioritario para él, bastante herido se sintió cuando la escuchó hablar con Maggie.

Pasado un rato, se despertó Henry y, antes de llegar, aburrido, no paró de incordiar a Alex hasta que empezaron a pelearse por un juguete de goma. Jamie contribuyó avivando un jaleo cansino que, en ese momento, distrajo a sus padres de unos pensamientos grises nada positivos.

En cuanto llegaron, gracias a la atención que necesitaban los niños, volvieron a la normalidad y cortaron la tensión, los dos querían lo mismo: la familia que tenían.

CAPÍTULO X

Londres, Inglaterra
5/10/2013

En el vuelo de regreso a Inglaterra, Andreas hizo bien los deberes y repasó algunos datos que debía aportar en la junta del próximo lunes. Luego, se distrajo pensando en el fin de semana que iba a pasar con Victoria sin salir del hotel. Le aseguró que estaría esperándolo y las siguientes cuarenta y ocho horas serían suyas. Una cosa lo llevó a otra y su recuerdo empezó a bombardearlo con imágenes gráficas de un cuerpo desnudo que lo ponía como el acero en cuestión de segundos. Consiguió subirse la temperatura al recrearse en la belleza femenina de unas curvas voluptuosas, en el tacto suave de su piel aterciopelada, en ese sabor que lo convertía en un cavernícola… «¡Joder!» Su miembro pulsó con fuerza contra la bragueta, abrió los ojos de golpe y se removió incómodo sujetando el portátil en las piernas; asombrado por la velocidad supersónica para excitarse cuando creía que solo le había dado tiempo a imaginarse sus tetas y estaba harto de ver mujeres desnudas.

Necesitó desviar la atención antes de aterrizar y pensó en varias conversaciones pendientes con ella. Debía sincerarse y hablarle de Cyrus, también de Ivory, pero aterrado por las consecuencias, decidió no contarle nunca por qué se conocieron, ya no importaba, y era consciente de que Victoria se enfadaría. Con su nuevo plan para retenerla, creía estar haciendo lo correcto, borraba cualquier mala intención y compensaba un pensamiento egoísta que lo asedió algunos días. En sus horas bajas, se planteó dejarla embarazada, pero de inmediato lo descartó; nunca jugaría con eso.

Con la placentera sensación de estar llegando a Londres, Andreas alivió la inquietud que a veces lo bloqueaba y traía de regreso a su mente aquel miedo irracional que sintió de niño en cuanto comprendió que estaba solo en el mundo con su madre; con Victoria la sensación de desamparo era igual.

Conduciendo de forma más relajada que varios días atrás cuando

fue a Salisbury con Patricia para realizar unas compras, Victoria aparcó en Heathrow. Durante el trayecto desde Ivory repasó cómo abordar a Andreas para que le aclarase sus proyectos respecto a la compañía donde Nicholas tenía también intereses. No dudaba de su capacidad para los negocios, tenía su admiración desde que se conocieron, aunque necesitaba un compromiso para no perjudicar a su familia; no se imaginaba eligiendo.

En cuanto tomó tierra el avión, Andreas fue de los primeros pasajeros en atravesar el control de aduana y dirigirse a la cinta de los equipajes. Gracias a su altura no tuvo problemas y divisó con rapidez la figura de Victoria en la zona de llegadas. Con un vestido verde que destacaba la suavidad de unas curvas que estaba loco por sentir bajo su cuerpo, cambió la expresión nada más verlo y echó a correr hacia él.

Sonriendo, Victoria le rodeó el cuello con los brazos, Andreas sujetó sus mejillas con fuerza y fundió sus labios en un beso ansioso. Esa boca temblorosa, presente en todos sus sueños, se dejó acariciar por su lengua, saciándolo de un sabor que había añorado durante dos semanas. Victoria se relajó y apoyó la cabeza en su pecho, apretándose a la firmeza de un cuerpo imponente. Ignoró que el contacto de sus pezones, clavados como piedras en la camiseta de Andreas, volvió a enviarle la punzadita de advertencia que lo empujó a otro beso más largo y profundo; su manera favorita de hacerle saber cómo se sentía.

—Hola —susurró Andreas junto a sus labios—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo —dijo tocándole la cara—. Estás muy guapo.

—No digas tonterías. —Andreas sonrió contento—. Tú eres bella, y yo solo puedo admirar el arte. —Se inclinó hacia abajo y la besó en la cara. Cogió su mano y con la que tenía libre tiró de la maleta—. ¿Todo bien?

—Sí —respondió halagada por un romanticismo que la hacía muy feliz. Comprobó la diferencia de tamaño de la maleta que se llevó con la que traía y comentó—. Veo que esta vez vienes más cargado.

—Sí, no tengo claro cuando voy a volver.

Pensando en esas palabras, Victoria se quedó inmóvil y esbozó una sonrisa seductora sobrevolando las nubes. Contentos por la implicación que significaba un posible traslado, llegaron al aparcamiento y se subieron en el coche camino de Londres.

Con una seguridad que lo sorprendió, Victoria condujo sin

incidencias hacia el Rafayel. Tenía reservada otra vez la suite Nilo para dar rienda suelta al banquete que pensaba darse con un único menú: el cuerpo de su chica. Le dolió esa impaciencia, e incómodo en el asiento, se llevó la mano a la entrepierna tratando de ajustar aquella inoportuna erección; se avergonzó por el escaso control que tenía sobre su cuerpo cuando Victoria andaba cerca.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada girando la cabeza. Colocó cariñosa una mano en su muslo—. ¿Estás bien?

—¡Ayyyy! No me toques. —Andreas dio un salto y chocó la cabeza con el techo. Sin hacerse una idea de su suplicio, sonrió encantada mientras dijo convencido—. No puedo soportarlo.

Unos minutos más tarde, Andreas no tuvo ninguna palabra deferente para el recepcionista, cogió la llave en cuanto se registró y tiró de su mano demasiado rápido hasta el ascensor, donde aprovecharon la soledad con unos besos enloquecidos y unas manos que pretendían tocarlo todo de golpe.

—Tienes un culito muy apetecible —susurró Andreas, apresándolo con fuerza.

Victoria suspiró al sentir aquella palpitación incontrolable entre las piernas que él provocaba con la velocidad de la luz y añoró a diario desde que se fue. Andreas era un tormento para su mente: solitario, exigente, orgulloso, y también representaba todos sus sueños: indomable, duro y decidido. Cumplía de sobras sus fantasías, al igual que ella era la destinataria de la lujuria que no se privaba de obsequiarle sin pudor.

Al abrirse las puertas, los pilló en un tórrido beso el débil sonido del timbre, ajenos a una pareja de ancianos que los contemplaron con unas miradas alegres esperando en su planta que se dieran por satisfechos. Al pasar por delante, los saludaron con unas sonrisas tímidas. El sonrojo de Victoria sugirió a Andreas la vergüenza de su pequeña tigresa, que solo se desataba en la intimidad.

Falto de tiempo, Andreas entró en la habitación, cerró dando un portazo y la aplastó tras la puerta imponiendo su envergadura. Arrasó con su boca en un beso implacable, devoró y fisgó todos sus rincones con una insistente lengua que no se saciaba de una dulzura con sabor a mandarinas, chocolate, cerezas o whisky; todos fundidos entre esos labios. Abrazado a la necesidad de que la dura erección que comprimía sus vaqueros formara parte de ella, con una mano bajó el

elástico de sus bragas, de un tirón se las quitó, y la metió donde sabía que su toque era infalible. En un baile incontrolable, Victoria se desesperó bajándole la cremallera del pantalón.

—Tócame.

La voz ronca de Andreas era una orden cuando detuvo la mano que la acariciaba. Victoria no vaciló, bajó sus pantalones y el bóxer por las rodillas. Sintió el calor que brotaba de su miembro cuando lo contempló preparado para llenarla; ansió tenerlo dentro, compartiendo una mirada que brilló con deseo. Andreas sonrió con malicia, consciente del derroche de lujuria que su esplendor despertaba. Camufló la habilidad de sus dedos, le desabrochó el vestido y, con rapidez, se quitó de en medio el sujetador.

Las piernas de Victoria flaquearon, sintió que volaba sin tener ningún suelo debajo hasta que vio enfrente el rostro de Andreas y compartieron el aire. Se besaron con la misma potencia que sus cuerpos reclamaban, sin medida, sin importarles unos jadeos que aumentaron de volumen al ritmo que la fricción ardiente de sus sexos. Victoria apenas notó las manos fuertes que la sujetaban por las nalgas, tenía los brazos rodeando el cuello masculino mientras sus pechos se apretaban contra un torso sólido, asegurando un roce que pronto fue insuficiente. Andreas alternó largos besos calientes y húmedos con suaves mordisquitos en sus pezones, que la llevaron a rogar al límite de su aguante.

—Por favor.

—¿Qué quieres? —susurró antes de suspender su asedio.

—A ti.

Otro que llegó a las nubes disparado. Andreas enseñó una bonita dentadura, se subió un poco el pantalón y buscó un preservativo de emergencia que solía llevar en uno de los bolsillos traseros. Sin aparentar esfuerzo, se cambió a Victoria de mano y siguió tanteando con un gesto de duda que la hizo sonreír.

—Lo siento —dijo agobiado al no encontrarlo—. Juraría que lo tenía.

—No te lo pongas —añadió rápido. Andreas la miró frunciendo las cejas. Ante su confusión, Victoria añadió—: No me importa. He empezado a tomar anticonceptivos.

—Perfecto —admitió con un brillo abrasador en los ojos durante unos pocos segundos—. No pienso salir de ti.

—No lo hagas —Victoria se inclinó hacia delante, mostró una sonrisa cariñosa y unió sus bocas en otro beso que los acercó al delirio —. Te quiero.

Con sus miradas tan unidas como los sentimientos que ya no

ocultaban, rieron satisfechos. Andreas afianzó las piernas, y Victoria sintió cómo la levantaba, luego, la punta de su pene abriéndose paso en ella y los dos creyeron morir de éxtasis. Volaron juntos e igualaron a las aves y al viento, libres, con los ojos cerrados se alejaron sobre aquellas nubes veraniegas que los descubrieron y despojaron de la voluntad de resistir.

—Te amo —susurró Andreas entregado por completo cuando pudo hablar. Necesitó abrazarla abrumado, tan feliz que escondió la cabeza a punto de llorar entre una melena castaña y un tibio cuello mientras se sosegó—. Te amo.

Victoria reconoció que esas palabras, aparte del significado que tenían, salían por primera vez de sus labios delante de una mujer. Se aferró a su cintura, deseando que esa sensación de paz no acabara nunca, también porque era al único hombre que había amado y, en ese preciso instante, dudó que pudiera amar a otra persona con la misma intensidad.

Al día siguiente, se despertó con el cálido aliento de Andreas muy cerca de sus pechos, dormido con la cabeza apoyada en su costado y una mano descansando perezosa sobre su estómago. Victoria admiró la anchura de una espalda que se estrechaba en la cintura mientras le recorría despacio con el dedo índice desde el hombro hasta el brazo. Rodeó con el pulgar uno de sus diminutos pezones y notó cómo se le erizaba la piel, sintiendo un escalofrío excitante. Incluso dormido tenía la capacidad de hacer reaccionar su cuerpo incitándola a despertarlo. Acarició el rostro atractivo de su chico, ensimismada en unos rasgos que advertían una marcada ascendencia eslava, con la nariz recta, los pómulos altos o el incipiente vello de una barba rubia más oscura que el cabello, tan áspera bajo las yemas de sus dedos como tentadora para no detenerse.

Andreas, que conocía el tacto de esas manos mimosas, empezó a sonreír sin fuerzas para abrir los ojos.

—*God morgon.*

—Buenos días —susurró con una sonrisa radiante al verle los ojos adormilados—. Me gustaría que me enseñaras algo de sueco.

—Cuando quieras. —Andreas se mordió el labio al tumbarse encima de Victoria sujetando su peso con los brazos, su miembro rozó una húmeda entrepierna y dejó que la saludara con el buen polvo mañanero que merecía. Tras unos fogosos minutos que dejaron derrotado a Andreas, se apartó con un beso dulce en los labios y pegó la espalda contra el colchón, mirando el techo con la boca abierta,

como un pez intentando respirar fuera del agua.—. Dios, menudo recibimiento.

Victoria buscó a tientas su mano, entrelazó los dedos a los suyos; relajada y asustada; cada día se sentía más enamorada; todo Andreas había copado su vida y no podía imaginarse un futuro sin él. En cuanto consiguieron levantarse, después de una ducha donde volvieron a hacer el amor, Victoria fue la encargada de pedir el desayuno mientras Andreas se esmeraba con el afeitado, ya que no tenía intención de dejarle marcas ni pensaba detenerse. Al contrario, el torrente de deseo que circulaba por su sangre iba a descargarlo todas las veces que pudiera.

En unos minutos, salió del baño con las caderas cubiertas por una toalla blanca con el logo negro del hotel bordado. Sentada en la mesa con un sugerente camisón blanco, Victoria siguió con disimulo sus movimientos. Andreas fue hacia la entrada donde la noche anterior dejó con prisas la maleta y, al verla junto a un montón de ropa desparramado en el suelo, la abrió sin decir nada, suponiendo la vergüenza que habría pasado con el personal del servicio de habitaciones.

Al ponerse Andreas unos bóxers negros, Victoria comprendió el motivo de una cara burlona mal disimulada.

—No me mires así —dijo Victoria, sirviendo el café.

—¿Por qué? —Andreas se vistió con unos vaqueros y una camiseta blanca—. Ya te he dicho lo que pienso del arte, y tú eres lo más bonito que podría soñar ver ningún hombre en su habitación al despertarse —dijo satisfecho. Él mismo se sorprendía de su facilidad para halagarla, aunque tuviera la impresión de que no lo creía y siguiera mostrando un pudor que formaba parte de su carácter y cada día le gustara más—. Me imagino que no te ha dado tiempo recogerla.

—Eres muy perspicaz. He tenido que ponerme esto corriendo porque no han tardado nada en subir. —Victoria echó un chorrito de leche en una de las tazas, volvió a colocarla en su platito y la puso delante del sitio de Andreas—. Te aseguro que no ha sido divertido.

—Ha sido preferible que hayan visto la ropa que no a ti desnuda. —Se acercó con una ligera sonrisa, inclinó el cuerpo hacia abajo y la besó en los labios—. Ese es mi privilegio.

Después de sentarse, Andreas untó varias tostadas con mantequilla y cogió unos envases individuales de mermelada de frambuesa y melocotón. Victoria aprobó su elección moviendo la cabeza con un gesto afirmativo y, mientras él terminaba con el pan, repartió de forma desigual unos huevos revueltos en cada plato. Luego, desayunaron haciendo planes para los fines de semana siguientes,

íntegros para ellos; aunque Victoria recordó que debía hablar con Nicholas para esos días y antes quería aclarar el tema que le preocupaba con él.

—Mi hermano me ha contado algo que me ha sorprendido bastante —dijo limpiándose los labios con la servilleta. Andreas comía tranquilo, pero al escucharla intuyó qué podría ser, y la observó atento—. ¿Por qué has invertido tanto dinero en Cyrus?

—Porque es lo que hago —afirmó dejando los cubiertos en el plato. Notó la angustia flotar en unas aguas cálidas turquesas y solo deseo que desapareciera—. Tengo un negocio basado en la adquisición de empresas para rentabilizarlas.

—Ya. —Victoria lo miró intentando ver en lo más profundo de sus ojos—. Pero me parece demasiada casualidad que quieras esa precisamente —comentó tranquila—. ¿Por qué?

—Porque fabrican algo que nos interesa —respondió despacio. Ahí estaba uno de los errores, de frente. Debía asegurar bien la respuesta para borrarlo con autoridad; su chica destacaba por guapa, y sobre todo por inteligente; tenía que ser persuasivo para convencerla—. Hace dos años compramos en Corea del Sur dos compañías dedicadas a fabricar equipos electrónicos, de audio, video, informática y telecomunicaciones. Tienen un mercado afianzado en varios países limítrofes. En un principio íbamos a venderlas, pero nos llegaron rumores de que Cyrus había desarrollado unos procesadores de cuatro núcleos y empezamos a estudiar la viabilidad para sacar partido a las fábricas creando un televisor curvo adaptado a las necesidades del público que ya tienen, con calidad y a un precio competitivo. —Andreas percibía la concentración de Victoria, inmóvil, con los cinco sentidos puestos en sus palabras—. No sé desde cuando tiene Nicholas las acciones, de hecho no lo he sabido hasta hace poco. Nosotros vamos a implicarnos con Cyrus —dijo serio—. Dudo que él tenga la misma intención, y sabe que puede ganar mucho si nos apoya.

—Me lo ha dicho, pero por ahora está perdiendo y si se ve amenazado, estaré en una posición muy delicada —explicó tragando despacio—. No quiero que nada se interponga entre nosotros.

—Nada va a hacerlo. —Andreas levantó la mano y entrelazó los dedos con los suyos, como le gustaba hacer a Victoria para expresarle su amor—. Tienes mi palabra.

—Te quiero —dijo sonriendo aliviada. No solo era decirle cuánto lo amaba, sino también que le confiara sus secretos, sus sueños, sus miedos, todo; igual que hacía ella. Necesitaba conocer al frío empresario que llenaba su vida de calor—. Me resulta raro decirlo con naturalidad, pero es como me siento y quiero que lo sepas.

—Lo sé, Vic. —Andreas no pudo apartar los ojos de ella, sentía igual esa felicidad espontánea que brotaba con alegría. Nunca había sido dado al romanticismo, creía que era de cursis aficionados; sin embargo, le regalaba flores, cubría sus oídos de frases empalagosas y la besaba en público, olvidando la discreción de la que siempre había hecho gala, contagiado por ese espíritu soñador; por ella estaba cambiando—. A mí me pasa lo mismo.

El día de la junta extraordinaria que AnGorssen convocó para el consejo de Cyrus, Nicholas hablaba con Randy esperando que los suecos se dignaran a aparecer. Con ese retraso de quince minutos, la incertidumbre ocasionó un rumor bastante irritante. De pronto se escucharon voces en el pasillo y se abrió la puerta de la sala de juntas. Andreas, vestido con un traje gris oscuro, entró acompañado por una chica morena, que de manera eficiente les entregó unos portafolios con documentación, y dos hombres: Jürgen Eriksson y Mathias Klopp, que de los tres era el que tenía una presencia menos imponente. Tenían la misma edad y llevaban con Andreas desde que empezó. Se conocieron en el banco y cuando surgió la oportunidad de comprar el primer hotel entraron como socios minoritarios, desde entonces controlaban el grupo entre ellos.

Andreas saludó con una leve inclinación de cabeza a Nicholas, se giró quitándose la chaqueta y ocupó la cabecera de la mesa. Mientras sus socios se sentaban junto a él, se remangó la camisa blanca y preparó el portátil sin prestar atención en nadie.

En unos minutos, tras una breve conversación con Andreas y Jürgen, Mathias Klopp se levantó y echó un vistazo rápido a unos documentos. Se dirigió a una pizarra digital, tocó la pantalla y carraspeó antes de empezar. Nicholas y Randy se miraron de reojo y lo observaron atentos. Era bajito, con unas facciones agradables, unas gafas de pasta oscura y una vestimenta informal más apropiada para un encuentro entre bohemios que para una reunión entre hombres de negocios con pocas ganas de sumar otra suspicacia a las ya innumerables dudas sobre sus intenciones. En cambio, cuando empezó a explicarles con detalle el plan que tenían previsto, Nicholas y Randy tuvieron claro que su fuerte no era la imagen, sino claramente su destreza con las matemáticas.

Cuando terminó su exposición, el señor Eriksson tomó la palabra. En él confluían todos los tópicos de los vikingos: grande, con unas manos que era preferible ver de lejos; rubio, con el pelo casi blanco; frío, por el azul invernal de sus ojos, y unos rasgos duros que

sobresalían en una mandíbula cuadrada acorde a su tamaño. Con aplomo y una voz grave convencida por el entusiasmo de su proyecto, comentó:

—Como pueden ver en los gráficos que les hemos mostrado, con la inversión que pretendemos hacer en desarrollo tecnológico junto a las dos filiales que tenemos en Corea, dentro de unos meses dispondremos de un producto con el que penetraremos en el mercado asiático, con las consiguientes ventajas de coste en relación con nuestros competidores.

—¿Cómo saben que Asia es el mejor mercado para empezar? —preguntó serio uno de los socios fundadores de Cyrus, Richard Grant. Se quitó las gafas y mordió la patilla.

Era un hombre de más de sesenta años, y la idea de que su empresa estuviera en manos de unos desconocidos, con un aspecto tan desafiante, no era lo que esperaba ver antes de su jubilación.

—Constituye un mercado muy dinámico —respondió Eriksson calmado, sin influenciarse por la actitud hostil del pequeño calvo regordete, con una sonrisa cínica, que él iba a borrar de inmediato—. Las diferencias existentes en materia cultural y los costes asociados al transporte de las mercancías es lo que nos ha hecho elegirlo. Las características de nuestro producto lo diferenciarán del resto y con una campaña de marketing potente y el precio estimado, actualmente, nadie puede competir con nosotros. Es su decisión apoyar nuestra propuesta o no —dijo con cierto desprecio mirando impasible a Grant. Elevó la barbilla y recorrió con su azul más helado al resto—. Solo añadiré que con nuestra experiencia teniendo el control de todas las operaciones es una apuesta segura.

El señor Grant torció los labios, se colocó las gafas y garabateó unas notas en los documentos que les habían entregado.

—¿Cómo van estabilizar el precio de las acciones?

La voz clara de Randy sonó en la sala, Eriksson miró a Andreas, que negó con la cabeza en silencio, forzó una sonrisa y se levantó despacio concentrado en él.

—En cuanto aprueben nuestro proyecto, recompraremos el diez por ciento de nuestras acciones, por un valor de más de quinientos millones de libras. Realizaríamos la compra fuera de mercado, a razón de ochenta libras por título.

Con los brazos cruzados, Randy se mantuvo inmóvil hasta comprender la jugada. Compraron a menos de cincuenta más de veintidós millones de títulos, casi a la mitad de precio. Un negocio redondo. Con Cyrus, Andreas Göransson ahorró ochocientos millones de libras a su grupo y, al reinvertir, fomentaba el desarrollo del

producto que necesitaban para su proyecto, con pinta de ser un negocio muy rentable. Todos los datos que aportaron avalaban mucho trabajo detrás, sensatez, inteligencia y un interés importante en cumplir una expectativa tan pretenciosa como atrayente. Apuntó en un papel: «*SÍ*» y lo deslizó delante de Nicholas. Poco después, tras la votación, el proyecto de AnGorssen Group fue aprobado por mayoría.

Cuando salieron, el ánimo relajado fue evidente en todos los rostros de los implicados, se sucedieron preguntas optimistas, que los tres contestaron amables.

—Andreas —dijo Nicholas acercándose al pequeño grupo donde lo tenían secuestrado—, ¿podemos hablar?

—Me disculpan, por favor. —Andreas agradeció con una sonrisa la comprensión de los hombres y extendió la mano hacia Nicholas—. ¿Cómo estás?

—Ahora mismo aliviado —dijo aceptando el saludo.

—Te dije que confiaras en mí.

—Lo he hecho, gracias.

—De nada —dijo Andreas amable. Por tantearlo no perdía, y preguntó casual—. ¿Cómo va todo por Ivory?

—Bien —respondió sonriendo—. Mucho trabajo, pero parece que las cosas han vuelto a la normalidad.

—Entonces me imagino que volverías a rechazar mi oferta de asociarnos, ¿me equivoco?

—No. —Nicholas volvió a sonreír y añadió una justificación como deferencia por el trato que había recibido—. No es nada personal, pero Ivory es parte de nuestra historia y de momento quiero que solo la explote mi familia.

—Lo entiendo —dijo serio. Lo comprendió todo, excepto el concepto que tenía de familia. Victoria era miembro de esa familia y no formaba parte de la sociedad. Si podía remediarlo, lo haría; pese a no contar tampoco con ella—. ¿Te apetece comer conmigo? Llevé anoche a Victoria y no tengo ganas de comer solo.

—Debo volver a Wells, lo siento.

—Otra vez será —dijo encogiendo los hombros. Percibió la incomodidad de Nicholas y añadió—. No te preocupes, tendremos más ocasiones.

—Si quieres, hablo con Charlotte y te vienes el sábado con Victoria a comer a mi casa.

—Gracias. Tengo ganas de conocer a los gemelos, Victoria me habla mucho de ellos.

—Prepárate, ahora solo quieren jugar a lo bestia.

—Lo tendré en cuenta —dijo sonriendo.

Nicholas se despidió con otro apretón de manos y se reunió con Randy antes de separar sus caminos al salir del edificio. Aunque seguía siendo un riesgo para mantener sus acciones, le gustó el proyecto y la confianza de los suecos. También, entre las clases de yoga y las palabras de ánimo de Charlotte consiguieron que su actitud fuera más receptiva y se mantuviera sereno. En situaciones estresantes cogió la costumbre de tomarse el pulso en la muñeca, y si superaba más de cien pulsaciones por minuto, con disimulo empezaba unos ejercicios de respiración inadvertidos pero eficaces, que ahí solo hizo durante el tiempo previo a la reunión.

Pasados unos días, Andreas volvió a esa misma sala de juntas, acompañado por Tristam y Sarah. Una vez vio los bocetos de la decoradora, adaptados a las dimensiones de los dos nuevos locales, dio el visto bueno y llamó a Jürgen por Internet. Le pidió que le mostrase a Tristam las encuestas que habían hecho sobre la aceptación de los nuevos televisores y el rango de población al que iban dirigidos. Tenían desarrollada una estrategia de posicionamiento, aparte de los cuestionarios para conocer en profundidad a sus potenciales consumidores, y habían realizado un sondeo a la competencia. Tristam se sintió cómodo escuchando. Se tomaban en serio el trabajo con un análisis a conciencia de la situación del mercado, y la campaña de marketing podía suponer para su empresa un gran empuje en todos los sentidos. El trabajo sería espectacular, le daban vía libre para expresar con simplicidad la marca y la imagen del producto; querían el mayor impacto visual posible; un desafío difícil de rechazar.

Cuando Jürgen terminó, Andreas esperó las impresiones de Tristam.

—Habéis estudiado en profundidad el perfil de los consumidores, y creo que con una campaña bien armada llegaríais a todo ese público potencial. —Tristam habló serio, pero se detuvo unos segundos sopesando ideas—. Solo veo un inconveniente y es que el consumidor valora entre varias marcas cuando va a comprar un producto de un valor que entraña una decisión relativamente importante en su economía, y la vuestra es totalmente nueva. Tendríamos que contar con otro factor que no sea la calidad del producto o la innovación e intervenga en la decisión de compra final.

—Los aparatos de sonido y audio que actualmente se fabrican en Corea son conocidos en varios países asiáticos —dijo Andreas manteniendo una actitud formal, pese a que notaba la implicación de Tristam y le gustó de inmediato—. Hay que aclararles que ellos siguen

participando en la fabricación aunque sea un nuevo producto bajo otro marca.

—Sería interesante que valoréis hacer descuentos promocionales durante un tiempo limitado para el lanzamiento. Después se seguiría una táctica específica para equilibrar la eficiencia y efectividad de los diferentes medios. Lo más importante es el alcance y la frecuencia.

—Si la campaña es buena, lo mejor es el alcance efectivo. Preferimos llegar a menos gente, pero es primordial que la calidad de la publicidad llegue a la conciencia del consumidor. No nos interesa sobreexponernos o saturar a nuestros clientes potenciales.

—Me parece correcto para la línea que queréis darle. Creo que sería también muy positivo que generaseis expectación algunos meses antes del lanzamiento real. Como me imagino no se podrá hacer con una imagen del producto, en vuestro caso, sería interesante ir lanzando la marca creando algo de confusión.

—¿Te interesa?

Sarah los observó con los labios apretados; Andreas estaba ofreciéndole el trabajo y eso supondría un gran reto para él, tenía claro que no iba a rechazarlo.

—Por supuesto —dijo Tristam rotundo. Con una sonrisa sincera enfocó su atención en Andreas e ignoró adrede una mirada oscura condescendiente—. Me parece un gran proyecto. Habría que definir claramente la estrategia de medios, hacer un plan de costos y que decidáis entre las propuestas que os presentemos. Si te parece, hablamos sobre los datos que necesitamos para haceros un presupuesto y, cuando lo hayáis estudiado, nos dais una respuesta.

—No tengo que esperar a que me presentes un presupuesto para contratar tus servicios, confío en tu profesionalidad e imagino que tus honorarios estarán dentro de lo normal.

—Yo no lo tendría tan claro —apostilló Sarah.

—No le hagas caso —dijo Tristam rápido, indiferente a la burla que arrancó una mirada divertida de Andreas, enfrentado a ellos, parecía disfrutar con el carácter alegre de Sarah—. Ten por seguro que te trataremos muy bien. Nuestros precios son los habituales en este tipo de campañas. —Al decir esto, Sarah parpadeó varias veces, Andreas se tapó la boca con disimulo y él negó con la cabeza. Un poco más serio, se levantó dando por finalizada la charla—. Para mí es una gran oportunidad porque todo lo que hemos hecho hasta el momento ha sido aquí y a una escala más pequeña, así que te aseguro que haremos todo lo posible por llegar a un entendimiento y poder colaborar con vosotros. Ya te he dicho que me parece un proyecto muy interesante.

—Perfecto.

Con buen ambiente ante las perspectivas que se les abrían a todos, Andreas los acompañó a la puerta, se despidió de Tristam con un apretón de manos y dos besos en las mejillas a Sarah. Para Andreas no solo habían hablado de trabajo, los lazos de confianza eran importantes para que Nicholas no pusiera trabas al cambio de dueños que tendría su amada propiedad.

El sábado por la mañana, Andreas llegó a Ivory con la intención de recoger a Victoria, comer en Wells y no separarse de ella hasta el lunes. No se habían visto en tres días y cuando se sentó en el coche con un vestido rojo entallado, como siempre elegante, que se le subió por los muslos, y unos zapatos de tacón negros provocaron también como siempre, un saludo automático en su bragueta. Animado por el tiempo que estarían juntos, arrancó hacia su fin de semana soñado. Quería desconectar en el condado de Dorset, donde tenían reservada una habitación en un pequeño hotel de Lulworth Cove; conocido por una ensenada natural, parte de la costa Jurásica y destino turístico por Durdle Door, una obra espectacular de arquitectura hecha por el mar que llamaba la atención y Victoria se prestó encantada a visitar con él.

Cuando llegaron, Nicholas los recibió con los gemelos bien sujetos de las manos. Cada día sus juegos eran más violentos y se probaban constantemente a puñetazo limpio. Esas peleas daban paso a periodos breves donde muchas veces no sabían qué era preferible, si el amor o el odio.

—Hola, Andreas, bienvenido a mi casa —dijo Nicholas dejándolos libres. Tendió la mano y apretó con seguridad sonriendo relajado—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. —Andreas aceptó su ofrecimiento para entrar mientras los niños reían felices lanzándose a tumba abierta en los brazos de Victoria. Pensó en lo cerca que estuvieron de tirarla de espaldas, aunque sus caras indicaban que habría sido otro motivo más de diversión—. Vaya fuerza…

—Creo que te lo advertí —comentó Nicholas, observando con las manos en los bolsillos.

—Alex, Henry —dijo Victoria—. Este es Andreas, un amigo.

Andreas sonrió y se puso en cuclillas al igual que ella. No estaba acostumbrado a estar con niños, pero esos dos le parecieron de lo más gracioso. Vestían igual, vaqueros y camisetas de mangas largas con unos dibujos infantiles, el pelo rubio repeinado por delante no ocultaba su rebeldía con unas puntas rizadas, y las zapatillas

deportivas sugerían cómo se las gastaban. Aunque eran idénticos, Alex lo dejó impresionado por un intenso color de ojos y un punto granuja con un lunar en el labio. Su hermano se camuflaba mejor y, por la paliza que estaba dándole al perro, confirmó la teoría de su tía, "su amiga Vic", la pinta de Henry el Bueno era solo fachada.

Cariñosos, lo besaron en la mejilla y le presentaron a *Brownie*. Al momento, salió Charlotte con la pequeña en brazos y también lo saludó con cordialidad. Tanto ella como Nicholas vestían ropa cómoda, para su alivio; llegó a preocuparse por su aspecto informal cuando vio a Victoria.

—Supongo que esta es Jamie —dijo Andreas, acariciando con un dedo la carita de la niña—. Hola, guapa.

—Sí. —Charlotte miró con una sonrisa los dientecillos que empezaban a asomar en la boca de su hija—. Nuestra princesita.

Nicholas extendió los brazos y Jamie no se lo pensó, su padre la recibió con muchas carantoñas y unos paseos en volandas a través del pasillo que la hacían reír a carcajadas.

En el salón, Andreas besó con confianza a Patricia, que dejaba patente que era todavía una mujer muy bella, vestida con un traje sastre en color blanco y ribetes negros. Luego, se acercó al hombre mayor por quien su chica sentía un cariño inmenso. Durante unos segundos observó a un anciano; por el pelo gris, las arrugas; a menos metros percibió el carácter, por una mirada obstinada, un ligero movimiento con la cabeza; y a su lado, sintió el amor, la protección. Escudriñó en sus ojos buscando conocer sus intenciones con Victoria, y ahí consiguió su respeto.

—A mi tío Gordon ya lo conoces.

—Hola, Victoria me ha contado la noticia —Andreas tendió la mano con una sonrisa—. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias —dijo Gordon amable. Era la primera vez que lo presentaban como miembro de la familia, no le sorprendió y tampoco le importó—. ¿Cómo van tus negocios?

—Bien. —Andreas se metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero y cruzó una mirada con Nicholas. La próxima semana harían la recompra y el precio de las acciones subiría de nuevo. Si le había contado a Gordon que él era el responsable de la incierta situación financiera que atravesaba, podían entrar en un tema que no era el apropiado para la reunión familiar que pretendía disfrutar. Decidió optar por no comentar nada de trabajo y evitar preguntas incómodas —. Me ha dicho Victoria que es un enamorado de los caballos.

—No sabría decirte si estoy enamorado de ellos —dijo irónico, sonriendo añadió—. Al parecer lo llevamos en la sangre. A todos nos

gustan mucho.

—No es una suposición —dijo Nicholas atento a Gordon. Con humor se centró en la niña y dijo—. Dile algo al tío Gordy.

—Déjate de las tonterías de tu hermano. —Gordon habló serio—. Con él tengo suficiente.

—Voy a decirle a Maggie que ya estamos todos.

Charlotte salió sonriendo hacia la cocina.

—¿Tristam y Sarah no vienen? —preguntó Victoria a Nicholas.

—No.

Andreas se dio cuenta de la repentina frialdad de Nicholas y desvió la mirada con rapidez hacia su chica.

—¿Cómo llevas la novela? —preguntó Victoria intentando suavizar ese gesto indiferente, aunque le abochornaba una inmadurez que no esperaba de ellos—. ¿Has encontrado algo nuevo?

—Ahora mejor con la ayuda de Charlotte —dijo volviendo a su tono habitual—. Hemos descubierto una rama de la familia en Estados Unidos.

—¿Vas a investigarlo? —preguntó Andreas con interés. Por enésima vez en tres meses estaba acordándose de sus hermanos, una carencia a la que se acostumbró de niño y trataba de olvidar. Así como la figura de su padre le asqueaba y no lo incitó nunca a conocerlo, Magnus y Jonas eran también hijos de su madre y significaban una herida dolorosa que nunca quiso tocar, creyendo que había cicatrizado. En cambio, desde que salía con Victoria y veía la unión de su familia, acudía a su conciencia el deseo que Åsa jamás vio realizado —. Debe ser un poco inquietante para ti.

—Un poco —dijo Nicholas despreocupado—. Pero siento curiosidad por saber qué fue de él y qué hacen actualmente sus descendientes. —Con una ligera sonrisa añadió—. A fin de cuentas son Finch-Hutton.

—Es interesante.

La mirada ausente de Andreas hizo sospechar a Victoria, ya que durante el tiempo que pasaban juntos nunca hablaba de sus hermanos. Hacían el amor, se preguntaban sus opiniones, le mostraba pinceladas de su carácter cuando hacía algo que no le gustaba y también le daba la razón cuando entendía que ella la tenía, pero el tema de su familia estaba prohibido.

Entró otra vez Charlotte, acompañada por una señora bajita con unas gafas pasadas de moda. Andreas contempló un rostro expresivo y unos andares rápidos que denotaban que era puro nervio. Además, la sonrisa burlona que le dedicó a Nicholas lo dejó reflexionando sobre el grado de confianza que tenían, pese a hablarle sin tutearlo. Mientras

ellos organizaban la mesa, se aproximó a uno de los ventanales y contempló el extenso prado, sus ojos se perdieron en un camino flanqueado por árboles iguales a los del acceso. Permaneció de pie pensativo hasta que Victoria se acercó y colocó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Quieres tomar algo? Nicholas va a preparar Martini.

Se giró con una sonrisa melancólica.

—Prefiero vino o cerveza.

—Vale —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó, mirándola con cariño. Cada día lo conocía mejor, era capaz de ver a través de su alma y siempre era muy receptiva con sus estados de ánimo. A pesar de que no quisiera reconocerlo, el rechazo de sus hermanos cada vez le hacía más mella y no estaba dispuesto a admitirlo. Inclinó el cuerpo hacia delante y la besó cariñoso en la frente, ajeno a Gordon y a Patricia, pendientes de ellos —. Miraba el campo. Me gusta.

—Y a mí —dijo sonriendo—. Después podemos ir al arroyo.

Victoria se alejó más tranquila, cogió de la mesa una botella de cerveza y antes de dársela, Gordon se la quitó con un guiño y se acercó a Andreas.

—Toma.

Gordon se la ofreció con una leve sonrisa.

—Gracias —dijo Andreas. Se llevó la botella a la boca y bebió un trago largo—. ¿Ha sido difícil para usted aceptar su nueva identidad?

—Primero háblame de tú, y segundo, no. Mi identidad no ha cambiado, solo mi apellido y te aseguro que quien me ha conocido como Smith va a seguir llamándome así.

—Me lo imagino. Debe ser complicado aceptar que después de tantos años tu padre no lo fue.

—Si quieres que te diga la verdad, no es eso lo que más me ha preocupado durante estos meses. Para mí lo peor ha sido entender el porqué mi tío no me lo contó. Al que consideré mi padre, puedo entenderlo, pero la omisión de Henry es lo que más me ha dolido.

—Victoria me ha contado que su padre y tú fuisteis amigos desde la infancia.

—Sí, cuando yo nací él tenía un año. Sus padres no tuvieron más hijos. Nos criamos juntos.

—Pero imagino que no tuviste las mismas posibilidades que de haber sido público quién era tu padre.

—Preferí dedicarme a los caballos. Tanto mi padre como Henry me aconsejaron que fuera a la universidad, pero a veces cuando uno es

joven no ve las cosas como sus mayores. ¿Tienes hermanos?

Andreas tensó la mandíbula y movió los músculos de la cara. El gesto no pasó inadvertido para Gordon, sí para el resto de la familia, que seguía distraída jugando con los niños.

—Sí —respondió serio—. Y no me preguntes por ellos, no los conozco.

—Siento la pregunta —dijo Gordon incómodo—. Solo pretendía ser amable.

—No te preocupes. —Andreas curvó los labios con indiferencia—. Lo tengo asumido.

Gordon guió la conversación hacia los caballos, atrayendo la atención de Nicholas. Se acercó con sus hijos y prometieron hacerle una exhibición cuando terminasen de comer.

Al final, Nicholas prefirió enseñarle los coches. Andreas preguntó curioso todo lo que se le ocurrió sobre esos modelos, en especial del Aston Martin DBR2 plateado, el que más llamó su atención; era un fórmula 1 de competición capaz de interesar a cualquier negado de los automóviles; pura aerodinámica. Disfrutó sentado al volante y admiró el cuadro hecho en madera que por el brillo parecía recién salido de fábrica. Nicholas, encantado por ese entusiasmo, le contó que solo existía otro más como ese y que lo heredó de su abuelo; un incondicional de las carreras e íntimo amigo de *sir* David Brown, dueño de Aston Martin durante muchos años y responsable por sus iniciales de la DB en su honor en todos los coches. Con buena intención, Nicholas le propuso probarlos cuando regresaran de Berlín y organizaran otra comida; por supuesto, Andreas aceptó sin dudar, muy cómodo descubriendo que coincidían en muchas cosas.

Por la tarde salieron cuando estaba oscureciendo. La carretera no tenía apenas tránsito y llegaron a la costa en menos de una hora. Victoria sonrió al ver cerca de la playa, a unos metros del pequeño hotel de piedra donde estaban alojados, una cabaña, vendían artículos de pesca.

—No sabía que la gente venía aquí a pescar.

—Donde haya agua, siempre habrá algún pescador. ¿Quieres que lo intentemos mañana?

—No, gracias. Prefiero pasear por la playa.

Desde que aparcaron y accedieron al interior, Victoria se hizo una idea de lo que iban a tener. En cuanto empezó a subir la estrecha y empinada escalera con una moqueta oscura, sintió las grandes manos de Andreas en el culo. Se detuvo en seco al llegar a la segunda planta

y toparse con una señora de unos cincuenta años. De repente, la cabeza de Andreas chocó contra su espalda y la impulsó hacia delante, ni vio a la mujer ni las mejillas de Victoria.

—Vamos, Vic, no te pares ahora, no sabes el dolor de huevos que tengo.

Victoria abrió los ojos de par el par, apretó los labios y esbozó una sonrisa avergonzada.

—Disculpe a mi marido. Estamos recién casados.

Andreas no reprimió reírse y asomó la cabeza por su espalda.

—Buenas noches.

La señora habló cuando dejaron libre el paso, bajó murmurando, mientras entraron con rapidez en el dormitorio, que cumplió las escasas esperanzas de Victoria. Solo tenía una cama, no muy grande, con un cabecero de barrotes de hierro; dos mesitas de noche y un armario pequeño. Igual que el baño, su primer pensamiento fue para Andreas, como en su paraíso suizo, no tuvo claro cómo podría ducharse. Habían encajado la ducha bajo el hueco de la escalera y la altura no pasaba del metro setenta; en conjunto, una caja de cerillas.

—Desde luego… —Victoria dejó la inspección con un mohín nada halagüeño—. Es horrible.

Andreas soltó los escasos equipajes en un rincón.

—No está tan mal —dijo con una sonrisa prometedora y un brillo peligroso en los ojos—. Tenemos lo básico.

—¿Por qué has dicho eso?

—Porque es la verdad.

—Pues la próxima vez te esperas a que estemos a solas.

—Estábamos solos —añadió, rodeándole la cintura con los brazos.

La besó con tanta intensidad que Victoria sintió que se mareaba. Cuando la sostenía así, dejaba su cuerpo y se convertía en aire ligero y suave, contrarrestando las ráfagas violentas con las que Andreas la azotaba. Se calentaron, volaron y explotaron. El chirriar del colchón llegó a ser audible en todo el hotel, a ellos no les importó. Cuando sosegaron sus agitadas y ruidosas respiraciones volvieron al mundo real donde a Victoria sí le preocupaban.

—Mañana va a llover —dijo mirando las gotas que empezaban a mojar los cristales de la ventana—. Mejor no desayunamos aquí, podemos hacerlo por el camino.

—Como quieras, no es ninguna novedad ¿Has traído chubasquero?

—Por supuesto —dijo con suficiencia. Se giró y le pellizcó el pecho —. En Suiza me pillaste desprevenida, aquí sabía a lo que venía.

—Ah, ¿sí? ¿A qué venía señorita Finch-Hutton?

—A enseñarle a un amigo sueco una de las creaciones más

alucinantes de la naturaleza —explicó jugando—. No sé si le gustará.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque mi amigo es un hombre muy cosmopolita y le gusta demasiado la arquitectura moderna. No sé si apreciará un arco de piedra con más de doscientos millones de años.

—Estoy seguro de que es un hombre que sabe apreciar la historia.

—Eso espero, no me gustaría decepcionarlo. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—¿No se lo he dicho? —preguntó frunciendo el ceño. Victoria movió la cabeza y negó aguantando una sonrisa. Andreas le sujetó la cara y la besó como si llevara años sin hacerlo. Al terminar, se relamió los labios y acomodó sobre su pierna el muslo de Victoria—. Qué despiste, es que también soy sueco.

—Sí, a veces os gusta mucho haceros los locos

A la mañana siguiente Victoria se entretuvo mirando el puerto por la ventana, esperando que Andreas se despertara. Prefirió dejarlo dormir y ahorrarse el bochorno de bajar a desayunar con el resto de clientes. Más tarde, pasaron el día recorriendo la costa desde Dorset a Devon. El día lluvioso les permitió andar de la mano por la playa sin ninguna compañía. Andreas disfrutó como un loco en los cuatro museos que visitaron. En el último, desconcertada por tanta emoción, Victoria le compró una camiseta y un llavero con la cabeza de un pliosauro, tenía las mandíbulas abiertas y una pinta bastante amenazadora.

—Cualquiera diría que no tuviste uno de niño.

Victoria lo observó risueña, no tardó ni un segundo al entrar en el coche para ponerse la nueva camiseta.

—No lo tuve —dijo casual mirando embobado cómo le quedaba. Giró la cabeza hacia Victoria y sonrió melancólico, recordando su infancia—. Cuando estrenaron *Parque Jurásico* yo tendría doce o trece años, se pusieron de moda los dinosaurios y mis compañeros traían al colegio la colección de la película. Mi madre se negó a comprármelos. —Andreas torció los labios hacia abajo—. Creo que no podía, pero no me lo dijo. Me los prestaban para jugar, pero en cuanto acababa el recreo se los guardaban y ahí acababa mi diversión. —Con un brillo emocionado en los ojos, bajó la mirada y murmuró—. No era consciente de la situación que atravesaba en aquellos días, me ponía muy pesado con ella para que me comprara alguno.

—Eras un niño —susurró Victoria. Acarició con mucha ternura el rostro ensombrecido por una capa fina de barba y una tristeza que se

resistía a abandonarlo. Vio a un hombre serio que ocultaba la imagen desenfadada de un joven divertido, también, el dolor de un solitario sin nadie en quien apoyarse. Percibió la amargura y el resentimiento por la injusticia que vivió su madre en el desapego que mostraba en el trato con las personas, parecía que mantenía las distancias para no sufrir más decepciones—. Algún día, me gustaría que me hablaras de tus hermanos.

—Ya te he dicho que no los conozco.

—Tu madre te contaría cosas de ellos. Sé que es doloroso para ti, pero si lo compartes la carga será más ligera.

Andreas la observó fijamente. Sus hermanos nunca habían mostrado interés por él. «¿Por qué debía ser él quien se interesara por ellos?» La curiosidad por conocerlos estaba abriéndose camino con rapidez sobre el rencor acumulado durante años. Sobre todo, cuando sufrió con su madre una enfermedad tan horrible siendo él casi un adolescente o cuando la enterró con la única presencia de varios compañeros de trabajo con los que apenas había tenido relación. Un chico de esa edad, solo, esperando que cualquier día apareciesen sus hermanos mayores; nunca lo hicieron y los anuló de su cabeza, hasta que conoció a Victoria.

CAPÍTULO XI

Londres, Inglaterra
25/10/2013

En The Rank, sentado en la mesa que siempre tenía a su disposición por ser el dueño, Andreas vio entrar a Tristam, dejó la servilleta a un lado del plato y se levantó. AnGorssen aprobó el presupuesto para la campaña publicitaria y lo invitó a comer con esa excusa.

—Hola —saludó Andreas al darle la mano—, ¿cómo estás?

—Pletórico —admitió estrechándosela.

Brindaron con un buen vino y departieron sobre el enfoque que Tristam estaba pensando para el logotipo de la marca. Tras terminar el postre, Andreas pidió dos copas de brandy.

—Me ha dicho Victoria que estás interesado en vender tus acciones de Ivory —dijo Andreas, se giró un poco en la silla y cruzó las piernas con comodidad—. ¿Tienes comprador?

—Sí, estamos negociando el precio —comentó tranquilo, sabía que Gordon al final aceptaría—. Le gusta regatear.

—¿Te molesta si te pregunto cuánto pides por cada una?

—No. —Tristam sonrió un instante—. Quinientas libras.

—¿Qué cantidad?

—Mil.

—Te pago seiscientas libras por acción —dijo mirándolo con una ligera sonrisa. Bebió despacio de la copa y añadió—: ¿Te interesa?

Tristam pasó de la comodidad a la confusión.

—Aunque me interesara, no podría vendértelas.

—¿Por qué?

—Porque Nicholas y Gordon no lo aprobarán, quieren que siga siendo familiar.

—Lo sería.

Empezando a molestarse e intrigado por esas palabras, Tristam frunció el ceño y preguntó irónico:

—¿Tan pronto os vais a casar mi hermana y tú?

—No —dijo rotundo—. Si llegáramos a un acuerdo, una de mis condiciones es que mantengas mi nombre en secreto hasta que yo lo decida.

—¿Por qué?

—Son mis normas. Si no cumples, no las quiero.

—No hay trato —dijo inflexible. Ivory era un símbolo para su familia, sagrado, y no los traicionaría por alguien que creaba suspicacia por mucho dinero que pudiera pagar—. O me dices que estás tramando o terminamos aquí toda nuestra relación.

Andreas notó el enfado de Tristam y decidió sacarlo de su error.

—En junio Victoria cumple veinticinco años. Es mi regalo, irían a su nombre.

—Faltan ocho meses.

—Lo sé —dijo serio—. Tendrías que participar en la ampliación de capital que van a hacer, pero podría abonarte ese importe por adelantado y obtendrías dos trimestres más de beneficios.

—Nicholas o Gordon tratarán de comprarlas —comentó más tranquilo.

—Ellos tienen derecho preferente, pero tendrían que igualar mi precio. ¿Lo harían?

—No, ya les parece un abuso quinientas libras —dijo sincero. Andreas elevó las cejas y disimuló una sonrisa. Tristam añadió—: Deja que me lo piense unos días.

—Por supuesto —dijo levantándose—. Te agradecería que esta conversación no llegue a Victoria.

—No te preocupes.

Tristam aceptó la mano que Andreas le tendió y concluyeron con un pacto entre caballeros una charla interesante para Andreas y desconcertante para Tristam, que no dejó de pensar en la cordura del sueco. «¿Quién coño hacía un regalo de seiscientas mil libras?» Desde su aparición, todos se estaban beneficiando, incluso creyó que su hermana había encontrado una mina de oro; aunque seguía inquietándolo esa generosidad, más si cabe, cuando Giselle Harper estaba relacionada con él. Debía reflexionar con calma el enorme rompecabezas que Andreas Göransson le planteaba.

Nicholas llegó a Wells de su clase semanal de yoga y encontró a Charlotte leyendo y tomando notas en la mesa del despacho. Se sorprendió porque iban a tomarse una semana sin niños, salían para Berlín al día siguiente por la noche, y creyó que estaría preparando el equipaje. A la vuelta Charlotte había quedado en Londres con sus amigas para celebrar su cumpleaños con una salida y él aprovecharía para hablar con Tristam y aclarar el tema de la sociedad de una vez por todas.

—Hola, cariño. —Dejó la bolsa de deporte en el suelo y se inclinó hacia abajo para darle un beso en la mejilla—. ¿Qué haces?

Charlotte aspiró un atrayente olor fresco a gel.

—Estoy terminando con el repaso del III duque. ¿Cómo te ha ido?

—Bien. —Nicholas se dejó caer en una silla y estiró las piernas relajado—. Hoy hemos practicado *asanas* intermedias.

—Qué te gusta una palabra nueva —comentó resignada.

—No lo puedo evitar —dijo sonriendo. Con una pizca de malicia, añadió—: Me gusta la lengua.

—Ya te veo, relajado, *duchadito*, aprendiendo cosas nuevas, mientras, yo te hago el trabajo sucio.

—Te has ofrecido voluntaria. ¿Cómo ha ido la tarde?

—Bien, han estado entretenidos con Gordon, no ha habido niños.

—¿Qué se cuenta mi cuarto abuelo?

—¿No vas a llamarlo tras tatarabuelo? —preguntó arqueando una ceja con ironía—. Me sorprendes.

—No quería humillarte con mis conocimientos.

La sonrisa burlona de Nicholas recibió a cambio un gesto torcido de su mujer.

—Estaba preparada —replicó entornando los ojos.

Sin ocultar su alegría, Nicholas se incorporó con los labios fruncidos, cruzó los brazos encima de la mesa y preguntó:

—¿Sabes por qué fue el único en no hacer reformas en Ivory?

—Por lo que he visto, las cosas le fueron bien. No tanto como a su hijo, pero las tierras le rendían. Tenía inversiones en dos minas de carbón en Gales y con el auge del vapor ganó mucho dinero.

—Parece que a mis antepasados se les daba bien las inversiones.

—A ti también —dijo rápido al advertir preocupación—. No lo dudes más.

—Por lo que pude leer, tuvo muy mayor a sus hijos. Al pequeño lo tuvo con cincuenta y ocho años. Tenía sesenta y uno cuando murió el niño.

—Sí —dijo Charlotte afirmando despacio con la cabeza, reclinó el cuerpo en la silla y continuó atenta al gesto sereno de Nicholas, que también se veía mayor con los niños—. Se casó con su primera esposa cuando tenía veinticinco años. Durante los diez siguientes ella tuvo tres abortos y murió a los veintiocho dando a luz a un bebé muerto. —Charlotte hizo una pausa larga y respiró hondo. Nicholas la miró serio y compartió el dolor de ciertos recuerdos que permanecerían con ellos siempre—. Imagino la tragedia que vivió. No sé si eso influyó o no, lo cierto es que pasó solo veinte años. Luego, a los cincuenta y tres, se casó con Mary Conway, ella tenía veinticuatro. Un año después nació

tu tatarabuelo Henry. Tuvieron muy seguidos a los tres niños. Cuando él murió, ella tenía cuarenta y cinco. Lo sobrevivió solo siete años. Después, Robert se embarcó en el *Britannia* y nunca regresó de América.

—¿Crees que se fue por la muerte de su madre?

—No lo sé, no he encontrado más cartas. Se ve que él y su hermano perdieron el contacto.

—¿Para qué construiría la casa?

—Ni idea, buscaría nuevas experiencias. —Charlotte se levantó y rodeó la mesa—. Echaré un vistazo a ver si encuentro algo más. ¿Tienes clara la ropa que te quieres llevar?

—Sí. ¿Y tú? Antes pensé que estarías haciendo la maleta.

Charlotte le dio la mano, salieron de la biblioteca y coincidieron en la escalera con los gemelos, que bajaban con los pijamas, y Maggie, con Jamie en brazos.

Nicholas los saludó con un cariño muy ruidoso y extendió los brazos para que la niña se fuera con él. Al momento siguió a Charlotte hacia la cocina, donde Alex y Henry empezaron a cenar bastante formales, pese a llevar varios días sin montar en los ponis. Con mucha habilidad, cuando la mañana era lluviosa, el señor Phelps los entretenía enseñándoles las tareas de mantenimiento del establo, y surtía un efecto agotador reconfortante para el descanso general de los Finch-Hutton-Wolf.

A Andreas no le pesaba conducir hasta Salisbury para recoger a Victoria con tal de no esperar aburrido en Londres. Llegaron por la tarde y, después de una ducha excitante, decidieron salir a cenar fuera. Se había vestido con un traje negro y una camisa blanca, sin corbata, como solía hacer cuando no tenía reuniones laborales, y Victoria escogió un vestido negro con la espalda al aire. En cuanto se bajaron del coche, Andreas se quitó la chaqueta y la colocó gentil en su espalda para evitar el frío húmedo que su chica ignoraba al anteponer su gusto por la moda.

The Rank estaba a pleno rendimiento el sábado por la noche. Victoria, que no conocía el restaurante, atravesó el comedor seguida por Andreas, impaciente por conocer su opinión. Recorrió el local con curiosidad cuando se sentaron en la mesa. Con una apariencia industrial, por los techos altos, unas tuberías de acero colgadas de tamaños diferentes, un impactante vestíbulo formado por un cubo rojo traslúcido, y algunas paredes en un blanco brillante opuesto al negro mate de varias columnas repartidas por todo el interior, solo coincidía

en otros trabajos de Sarah en los suelos de madera, por lo demás se alejaba.

—Esperaba algo así viniendo de ti, pero de Sarah me ha sorprendido. Siempre le ha puesto a sus diseños un toque romántico con elementos antiguos.

—¿No te gusta?

—Sí. —Victoria sonrió complaciente—. Muy moderno.

—Es apropiado para este tipo de negocio —dijo Andreas con dureza. Había notado indiferencia en su gesto y no moderó el tono, pensando en que diera por hecho que no sabía apreciar la historia, cuando no era así—. No ha sido una decisión personal, seguimos la tendencia del mercado. Esto no es mi casa.

—No te enfades —murmuró—. Te acabo de decir que me gusta, es solo que me ha dejado bloqueada. —Acariciándole la mano, insinuó una sonrisa cariñosa y trató de arreglarlo—. Nunca te lo he dicho, pero una de las muchas cosas que me gustan de ti es tu interés por el arte.

Andreas levantó la mirada.

—Me atrae la belleza.

—Lo sé. Y tú eres lo más bello que me rodea. —Victoria sonrió observando la relajación en su rostro. Levantó su mano y le besó el dorso con un guiño que concluía su enfado. Cogió la carta y con una voz dulce, preguntó contenta—. ¿Qué me sugieres?

Dejó que pidiera y en pocos minutos, con un servicio excelente, le trajeron un soufflé de vieiras que hizo las delicias de su paladar. Andreas agradeció unos efusivos elogios durante toda la comida, disfrutando de una velada con la única compañía que deseaba a su lado. Para terminar compartieron un postre helado de chocolate y un champán francés que les sirvieron en dos copas de cristal tallado muy clásicas.

—El próximo viernes tengo que volver a Suecia.

—No hemos estado juntos ni un mes.

—Solo serán diez días. —Andreas bebió observándola atento—. Cuando vuelva me gustaría que me ayudases a encontrar un piso.

—¿En serio?

—Por supuesto —dijo rotundo, sonrió despacio—. Estoy cansado del hotel, necesito algo mío.

—Si quieres mira por Internet y me mandas lo que te guste. Aunque no pueda venir a verlo, te podré dar mi opinión.

—¿Dónde te gustaría?

—Se supone que eso debes elegirlo tú.

—¿Por qué? ¿No te vas a venir conmigo?

—No —respondió apretando la cara—. Sabes donde trabajo, no voy a conducir todos los días dos horas para ir y dos para volver.

—¿Entonces? ¿Tengo que trasladar mi empresa a Salisbury? —preguntó con sarcasmo.

—No he dicho eso. No esperaba que me dijeras que querías vivir conmigo.

—¿No?

—No. Me has sorprendido.

—Menos mal, ya que no lo ha hecho la decoración, me has dejado ese privilegio.

—¿Por qué estás así? ¿Qué quieres que haga?

—Podías haber sido un poco más entusiasta con la idea.

—Lo siento, me has pillado desprevenida.

—Otra habilidad más para mi lista.

Victoria bufó por la nariz y se levantó con calma.

—Voy al servicio. Me gustaría irme en cuanto salga.

—Como quieras.

Andreas la vio atravesar el vestíbulo, planteándose que su idea de vivir en Londres había sido demasiado precipitada. Dejó rápido la servilleta encima de la mesa y se dirigió a la barra. Con una ligera señal, el barman lo entendió y le sirvió un vaso con una cantidad generosa de whisky. Cansado de la conversación con Victoria lo apuró de un trago. El eficiente camarero se lo rellenó y, ese sí pudo saborearlo más relajado. Bebió contemplando el ambiente del local hasta torcer el gesto al descubrir a Giselle hablando con unos clientes. Justamente ahí supo que su noche se había ido al traste. En cuanto lo vio Giselle, dejó la charla y enfiló el salón derecha hacia él. Vestía un traje de chaqueta oscuro, al igual que el resto de empleados; en The Rank la diferencia la marcaba la cocina y no la indumentaria de la gerente, aunque se hubiera pintado los labios del mismo tono que la pared transparente por donde pasaba Victoria en ese momento.

—Hola, Andreas.

—Hola —saludó con una sonrisa cortés, sin mover el cuerpo un centímetro—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Teníamos un problema con el encargado de la barra y quería comprobar cómo estaba yendo la noche.

—Está funcionando muy bien —reconoció satisfecho.

—Hola, Giselle —dijo Victoria al acercarse. Andreas tiró de su mano y la sujetó con naturalidad por la cintura—. ¿Cómo estás?

Giselle giró la cabeza y no se molestó en ocultar un rastro de desprecio que cabreó a Andreas, consciente del esfuerzo de Victoria siendo amable. La miró con el ceño fruncido, desafiándola a ser

grosera.

—Muy bien —dijo Giselle con una sonrisa cínica. Bajó la vista hasta la posesiva mano de Andreas—. ¿Cómo te va?

—De lujo —contestó irónica—. Ya sabes, con mi familia apoyándome. No tengo ningún problema. —La malaleche de Victoria dejó inmóvil a Andreas y confundió a Giselle. Ninguno estaba acostumbrado a ese tono hostil. Parpadeó varias veces y forzó una sonrisa tan falsa como la que Giselle tenía dibujada en el rostro desde que preguntó—. ¿Estás contenta aquí?

—Sí. —Giselle desvió los ojos hacia Andreas—. Me tratan muy bien.

—Me alegro por ti —añadió Victoria. Levantó la barbilla, giró la cabeza y observó a Andreas tensar las mandíbulas—. ¿Nos vamos?

Sin soltarla, Andreas apuró el vaso y salieron en silencio. El balanceo de las caderas de Victoria lo distrajo mientras se dirigían a la calle. Por su paso rápido supo que ese encuentro no había ayudado al malhumor de los dos. El suyo se estaba disipando, pero el de ella solo empezaba.

Durante el trayecto siguieron en su mutismo. Así hasta que finalmente llegaron a la suite del hotel. Victoria se sentó en la cama, se quitó los zapatos y entró en el baño pasando por delante sin mirarlo. Andreas arqueó una ceja mientras se desprendía con brusquedad de la maldita chaqueta, que obstinada no consintió aceptar. Sacó dos mini botellas de la nevera y se las sirvió en un vaso con hielo.

Victoria salió y observó con una pose enervante el vaso que sostenía. Relajado, Andreas se sentó en el sillón y cruzó las piernas. La tigresa estaba a punto de aparecer y era un espectáculo que quería presenciar en primera fila.

—¿Quieres? —preguntó provocándola—. No es Chivas de veinticinco años, pero no está mal.

—No —respondió seria—. Y te estás pasando.

—¿Por qué?

—Si quieres empezar a hacerte el tonto, haz lo que te dé la gana.

—Creo que soy yo quien debería estar molesto, y, como verás, no lo estoy.

—¿Conmigo? ¿Tendrías que estar molesto conmigo? ¿Por qué? ¿Por no querer pegarme una paliza todos los días?

—No, por no ser más transigente —dijo impasible, concentrado en el enfado de unos ojos que desprendían un fuego abrasador—. Tengo

pensado vivir aquí, por ti. —Andreas no buscó recriminarle nada, aunque la lentitud de aquellas palabras advertían decepción—. Si no quieres conducir tantas horas, lo entiendo, pero podrías haber dado alguna alternativa. No sé, por ejemplo: qué bien Andreas, intentaré venir los viernes; o, gracias Andreas, si no vinieras tú, yo no habría movido un dedo por nosotros.

—¿Esperabas que me trasladara a Estocolmo? —preguntó alucinada.

—No. Siempre he tenido claro que sería yo quien tendría que adaptarme a ti.

—No sé en qué te has adaptado. No creo que mis costumbres sean muy diferentes a las tuyas.

—A veces me imagino viviendo contigo —comentó pensativo dándole un trago al alcohol—. Esta noche he comprendido que no estás preparada, y aunque te cueste creerlo, me has cambiado.

Victoria recapacitó durante unos segundos. La mirada cansada de Andreas le traspasó el alma, no quería entristecerlo y mucho menos que pensara que para ella no era importante. Se paró enfrente y le tendió la mano. Andreas la cogió y la sentó en sus rodillas.

—No quiero que te enfades —dijo Victoria, sujetándole la cara entre sus manos. La calidez de su aliento rozándole la mejilla, mezclado con el aroma del whisky hizo que se excitara al instante—. Perdóname.

—Yo también lo siento.

Victoria inclinó el cuerpo hacia delante y unió sus labios en una caricia lenta llena de ternura, que los relajó y se fue animando hacia embates agresivos entre dos lenguas necesitadas de la misma pasión que los consumía. Andreas introdujo la mano por el amplio escote de la espalda y pasó un dedo por la curva de un pecho, luego, el otro, tranquilo.

—Estás perfecta —susurró con un suave mordisco en el hombro.

Unos minutos después, Victoria jadeaba moviéndose sobre su mano, con un solo corazón que la convertía en líquido ardiente escapándose entre sus dedos. Gimió deseando más, hasta dejarse caer temblorosa en su pecho. Poco después Andreas la besó comiéndosela hambriento, saboreaba un aroma que siempre resurgía el deseo. Abrió los labios, tomó posesión de su boca y la tentó jugueteando con la lengua. El placer de los dos empezaba de nuevo.

Saciados en un mar revuelto de sábanas como olas blancas de algodón, Victoria se apartó con las mejillas sonrosadas. Ese color no era solo por una respiración agitada, Andreas tenía la capacidad de quitarle el aliento y darle aire para vivir. A su lado se relajaba con la

piel del pecho brillante y algunas gotas de sudor en el nacimiento del cabello.

—¿No vas a decirme nada de Giselle? —preguntó Andreas acariciando sosegado una pierna sedosa femenina atrapada entre las suyas—. Sé que te ha molestado verla.

—No —murmuró. No tenía ganas de hablar de otra mujer tras una exhibición de sexo maravillosa. No tenía ni idea del daño que le hacía imaginar que esa experiencia suya antes debió practicarla con otras, entre ellas: Giselle—. Te equivocas.

Andreas no la creyó, entrecerró ligeramente los párpados y levantó su barbilla presionando con el pulgar para imponer una mirada severa.

—Qué es lo que no me estás contando.

—Nada, no me apetece hablar.

—¿De ella? ¿O de nada en particular?

Victoria lo miró fijamente. Con él había descubierto el sexo e imaginarlo con Giselle era algo que no se podía quitar de la cabeza, menos cuando debía hablar con ella cuando se encontraran.

—Voy al baño.

Andreas no se movió, pasados algunos minutos se levantó y fue a buscarla. La encontró lavándose la cara, la rojez de sus ojos no podía ocultar las lágrimas que se mezclaban con el agua. Se acercó despacio y le rodeó la cintura con los brazos. Le sujetó la cara y le pasó un dedo, arrastrándolas con él.

—Cuéntamelo.

Pidió con un murmullo grave.

—Es violento para mí. —Lo miró a los ojos y se tomó su tiempo—. Entiendo que tengas un pasado y que hayas tenido relaciones con otras mujeres, pero no es lo mismo saberlo y no conocerlas, que tener que tratarla y fingir que no sé qué hicisteis juntos.

Escuchó cómo resopló y un escalofrío mezclado con un aliento cálido se metió en su cuerpo sin permiso, tambaleó un equilibrio inestable, pero Andreas la sujetó con más firmeza.

—No sabes lo que hicimos. —Le pasó un dedo por el perfil de los labios—. No tienes la más mínima idea de lo que siento cuando hacemos el amor. Con ella, al igual que con las demás, no había sentido nunca satisfacción. Cuando te dije que para mí también había sido la primera vez, no te mentí. Tú me has descubierto el amor, con ellas practicaba solo sexo.

—No quiero ir mucho al restaurante.

—No iremos —murmuró amable, la besó suave en los labios—. Nunca hemos hecho nada que tú no quisieras.

—Gracias.

—De nada —admitió sonriendo— ¿Me acompañas?

Moviendo lentamente la cabeza, Victoria afirmó. Se dejó llevar a aquella cama con sábanas de algodón que delataban un uso apasionado y, por la poca resistencia que estaba poniendo, pronto volverían a ser mudas testigos de otro encuentro. Recuperada su confianza, decidió hacer todo lo que estuviese en su mano para vivir juntos y poder sentirse todos los días como el espíritu libre en el que se convertía cuando Andreas la amaba exigiendo con la fuerza de su cuerpo; por él haría cualquier cosa.

La semana siguiente, Nicholas y Charlotte volvieron a Londres tras pasar dos días en Berlín. El concierto al que asistieron cumplió ampliamente las expectativas de Nicholas y lo dejó aun más admirado del pianista argentino, que tocó con maestría obras de Schubert.

Le regaló a Charlotte algo acorde a los gustos de los dos. Llevaba tiempo escuchándola hablar sobre las virtudes de pasar un fin de semana en un spa, y le entregó un bono para que eligiera cuando quería ir, también, unos zapatos de ante negro, de tacón alto, con un tacto que lo hipnotizó cuando se los puso solo con la ropa interior después del recital. Al día siguiente, mientras estaba en la ducha, se divirtió bastante a su costa por las marcas que le había dejado en las nalgas; un peaje nada elevado para él.

El viernes por la noche, Sarah y Charlotte iban a la celebración de cumpleaños que tenían pendientes. Por decisión de Charlotte, encargada de la cuenta, cenarían con Laura y Rachel en el restaurante de Andreas, mientras Nicholas lo haría en su casa a solas con Tristam.

En cuanto salieron sus mujeres, con el arsenal de paciencia hasta los topes, Tristam entró en el salón detrás de Nicholas. Prefería posponer la conversación a la cena, aunque el semblante serio de su hermano indicaba que en breve iniciaría la ofensiva.

—¿Qué quieres tomar?

—Me da igual —contestó Tristam encogiendo los hombros—. Cerveza, vino, lo que sea.

—Voy a ver que hay.

Salió tranquilo, abrió dos botellines de cerveza en la cocina y, en pocos minutos, regresó. Cuando Tristam cogió uno, lo levantó en un brindis amistoso, que molestó a Nicholas por una sonrisilla irónica incomprensible para él en ese instante. No dijo nada, se limitó a entornar los ojos y observarlo.

—¿Qué tal en Berlín? —preguntó Tristam casual.

—Perfecto.

—¿Te gustó el concierto?

—Mucho.

Sonrió y bebió despacio. Hasta aclarar la situación, no iba a sacarlo de ahí; no le daba la gana ser condescendiente, lo había sido demasiadas veces. Se abrió la puerta, Nicholas atendió a Joan, que preguntó para servir la cena y volvió a salir ajena a la tensión que flotaba en el ambiente. En cuanto se sentaron en la mesa, no pudo reprimirse más:

—¿Sigues en tus trece?

—¿Podemos comer tranquilos?

—Sí, claro. Tú mandas.

—No —dijo Tristam sonriendo cínico—. Es tu casa, tú decides.

Joan regresó con el carro de la comida y un menú nada arriesgado: pastel de carne con guarnición de patatas y verduras. Se retiró y Nicholas sirvió los platos, no miró a su hermano ni siquiera cuando le colocó delante el suyo.

Luego, gracias a un carácter sociable, a la hartura que tenía de él, incluso entendiendo su postura, Tristam preguntó por los niños, caballos y libros, temas infalibles, y mantuvieron una charla amigable. Los dos sabían que era una tregua temporal hasta terminar en la mesa cumpliendo con corrección unas normas sociales bien arraigadas desde sus infancias. En un rato, sentados en el sofá con unos vasos de whisky, llegó la hora de hablar sin rodeos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nicholas.

—Vender.

—No vamos a comprártelas a ese precio, olvídalo y sé un poco realista.

—Soy muy realista —dijo con un amago de sonrisa—. También optimista.

—Máximo te pagaríamos trescientas libras por acción.

—Si las queréis, la cifra ha subido.

—¿Estás loco?

—No. —Tristam bebió relajado—. Tengo un comprador que me ofrece seiscientas libras por acción. O igualáis la oferta o se las vendo.

—De eso nada —espetó Nicholas enfadado—. No vas a vendérselas a nadie.

—Lo que tú digas —admitió impasible—. Haremos la venta en mayo, hasta entonces puedes cambiar de opinión.

—¿En mayo? —preguntó hasta convertir los ojos en dos líneas oscuras—. ¿Por qué?

—Es algo entre él y yo.

—¿Quién es?

—Alguien que conozco —respondió serio—. Es una persona que se dedica a los negocios y también tiene experiencia en el sector hotelero.

Nicholas estudió intrigado a Tristam, esa serenidad consiguió inquietarlo, no tenía nada que ver con el histérico al que estaba acostumbrado cuando discutían.

—No me gusta tu confianza —comentó Nicholas esforzándose en no elevar la voz—. Estás dando por hecho que las vas a vender y de aquí a mayo pueden pasar muchas cosas, de entrada tienes que aportar quince mil libras para la ampliación de capital.

—¿Cien acciones más cada uno?

—Sí —contestó severo—. Al valor nominal que tienen.

—No sé por qué no me quieres entender —dijo Tristam cansado—. No quiero problemas, prefiero vivir tranquilo y dedicarme a mi profesión. Si vendo al precio que tengo acordado, me quito de complicaciones para toda la vida.

—¿Y crees que a mí me emociona seguir? —preguntó Nicholas explotando. Se levantó de un salto mirándolo envenenado—. Porque estoy hasta las narices. Me metí en esto por papá, por mí se puede ir todo al infierno, estoy harto de asumir todos los problemas.

Salió furioso del salón y se encerró dando un portazo en el despacho. La noticia de Tristam abría la puerta a uno de sus principales temores: ver Ivory en manos extrañas. La finca pertenecía a su familia desde 1683; hasta 1686 no terminaron de construir la casa, objeto de remodelaciones sin sufrir ninguna alteración drástica en su fachada durante tres siglos; y sobre todo, había sido siempre la residencia de todos sus predecesores, incluido su padre.

Parado en el centro de la habitación, Nicholas notó cómo su pulso se aceleraba por el miedo irracional y le retumbaba en todo el cuerpo. Se sentó en el suelo, tratando de dejar la mente en blanco, comenzó con los ejercicios de relajación y, en pocos minutos, controló la respiración, calmando también el ritmo de su corazón.

Unas horas después llegó Charlotte, subió al dormitorio y se sorprendió al no encontrarlo. Se quitó los zapatos y bajó con paso inseguro la escalera. No había bebido mucho, tres cócteles de champán, pero su cuerpo creyó que eran un litro de tequila después de meses en el dique seco.

Entró en el despacho y la golpeó la imagen de Nicholas tendido en el suelo. Con todos los músculos atenazados, los nervios de punta y

palpitaciones, se dejó caer de rodillas a su lado.

—¡Nicholas! —Charlotte lo cogió por los hombros zarandeándolo—. Por favor, Nicholas, reacciona.

—Qué pasa… —Empezó a mover la cabeza, abrió los ojos adormilado sin saber a qué venía tanto grito y se topó con la cara de Charlotte a pocos centímetros de la suya—. Hola, cariño.

—¿Estás bien?

—Sí. —Nicholas miró alrededor, comprendiendo que se había dormido con los ejercicios, se sentó y resopló molesto—. ¿Qué hora es?

—Las dos —respondió Charlotte desconcertada, aún tenía el susto reflejado en los ojos, ese era su mayor miedo—. Acabo de llegar.

—Lo siento, me he dormido aquí.

—¿En el suelo? —preguntó con el gesto contrariado. Se sentó frente a él con las piernas bajo las nalgas—. ¿Por qué?

—Estaba relajándome.

—¿Qué te ha dicho Tristam?

—Tiene un comprador que le paga seiscientas mil libras.

—¿Cómo? ¿Tanto valen?

—Valen lo que él quiera pedir y alguien quiera pagar. Está claro que nosotros ahora mismo no vamos a comprárselas.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho. Dice que la compra la harían en mayo.

—¿Por qué esperar? La temporada acaba de empezar, en mayo está a dos meses de acabar.

—No lo sé. No ha querido darme más información.

—Me imagino que el tono que habéis tenido no ha sido muy comedido.

—No, por su parte; se notaba que tenía clara la decisión.

—Aunque vendiera, solo es un veinticinco por ciento. No va a poder hacer nada sin vuestro consentimiento.

—No era lo que tenía pensado —reconoció con tristeza.

—Si las cosas van como me dijiste en Cyrus, podríamos comprar su parte. Si hablamos con Gordon y tu madre, entre los tres sería doscientas mil libras.

—No —dijo rotundo—. Es un precio desorbitado. Ten en cuenta que las acciones no son por la propiedad, son por la sociedad que explota el negocio. La propiedad es nuestra, pero si la gestión del hotel no se hace como hasta ahora corremos el riesgo de perderla.

—¿Ivory está garantizando el hotel?

—No. —Nicholas la observó serio—. El hotel está vinculado a Ivory. Yo soy el administrador de la sociedad, si tuviéramos que cerrar

y debiéramos pagar a acreedores, posiblemente, la embargarían.

—Vamos a ver… —comentó paciente. Charlotte cogió sus manos y sonrió—. Te estás poniendo en el peor de los casos cuando tienes un montón de pistas para suponer que nada de eso va a pasar. Primero, para que el hotel vaya a la ruina, lo tenéis que hacer de pena. Segundo, siempre podremos comprarle a Tristam su parte y seguir gestionándolo nosotros. Y tercero, quítate de la cabeza la idea de que tú vas a perderla. No sé por qué siempre estás dándole vueltas a lo mismo.

—No lo puedo evitar. Cada uno tenemos nuestros fantasmas y el mío es no saber si seré capaz de transmitirle a Henry la parte de nuestro legado que le corresponde.

—Te lo voy a repetir una última vez —advirtió levantándose. Tardó unos segundos en encontrar su centro de gravedad—. Como empieces con el rollo del legado, te juro que no duermo contigo.

Esa amenaza pulsó directa en el orgullo de Nicholas, que la miró esbozando una sonrisa perversa sin apartar los ojos de unas curvas seductoras que siempre lo ponían firme con un vestido gris claro, suavizando el efecto sexy de unas uñas rojas en los dedos de los pies. En cada milímetro del cuerpo su mujer tenía escrito el festín que iba a darse. Si creía que iba a salir de ahí sin un buen repaso, envalentonada por el alcohol, un día que estaban solos en Londres, era síntoma de que la había perjudicado más de lo que suponía. Con ese pensamiento olvidó sus problemas para centrarse en otro más placentero e infinitamente mejor.

CAPÍTULO XII

Salisbury, Inglaterra
3/11/2013

Victoria llegaba al aparcamiento de Ivory cuando sobrepasó la esbelta figura de Max, que se giró al reconocer el sonido del motor. Para su sorpresa, se equivocó de conductor; su propietario estaba en Estocolmo. Parado en la puerta principal, la observó bajarse con cuidado y al momento girar la cabeza para ignorarlo. Tenía intención de darle la disculpa que le debía, en su momento. Primero asistiría a una reunión con Nicholas, trataba de volver al hotel y era importante mantener una buena relación con ella, no quería hostilidad en la nueva etapa que iba a plantearle a su hermano.

Recorrió el interior saludando a sus excompañeros. Casi todos eran los mismos, solo no reconoció un par de caras. Tocó con suavidad la puerta del despacho y escuchó de inmediato a Nicholas dándole paso.

—Max Lane, me alegro de volver a verte —dijo Nicholas con un apretón de manos.

—Lo mismo digo, señor Finch-Hutton. Muchas gracias por recibirme un domingo.

—No hay de qué. —Nicholas le indicó con un gesto cortés dónde tomar asiento—. Ya te comenté por teléfono que la decisión fue de Victoria, y no me meto en sus motivos.

—Lo entiendo y tengo intención de disculparme con ella. Quería decirle que he aprobado todos los exámenes y solo me queda uno para terminar. Si cree que puede necesitar a alguien en el departamento de contabilidad, me gustaría que contase conmigo.

—Enhorabuena. —Sonrió sincero—. Tendría que hablar con Victoria y no sé si le parecerá buena idea.

—Por intentarlo no pierdo nada. Solo sería hasta que termine la temporada en agosto. Me voy a Australia en septiembre del año que viene. Me vendría bien hacer prácticas. Me conformo con lo que me quieran pagar.

—Es muy tentador. Déjame que lo hablemos.

—Muchas gracias. ¿Cómo están Charlotte y los niños?

—Muy bien, los gemelos hechos unos golfos y la niña es un

encanto.

—Me alegro. —Max se levantó y le tendió la mano sonriendo—. Gracias de nuevo.

Nicholas lo acompañó a la puerta y se despidió con una palmada afectuosa en el hombro. Aunque eran su madre y Gordon quienes más lo conocían, las veces que habían hablado admiró su voluntad, y cuando Victoria le contó el motivo del despido, entendió que el chico primero quería conseguir sus metas para ofrecerle aquello que un día él también creyó necesitaba. Si Max Lane por sí mismo tenía las cosas complicadas, la presencia de Göransson anulaba cualquier aspiración. Nicholas vio nubes tormentosas aproximándose a Victoria si accedía a contratarlo; algo que intentaría a toda costa; el chico valía la pena y les iba a salir casi gratis. Un rato después, una tímida llamada en la puerta advirtió la llegada de su hermana, se quitó las gafas y sonrió cariñoso.

—¿Me puedes decir qué hacía Max aquí?

Victoria se sentó frente a él con una actitud contrariada.

—Ha venido a ofrecernos sus servicios. —Nicholas se recostó tranquilo en su silla giratoria de piel negra. Dobló la pierna observando la incredulidad en su rostro—. Ha terminado la carrera y quiere empezar a hacer prácticas.

—¿Cómo que ha acabado ya? Le quedaban cuatro asignaturas.

—Ahora solo le queda una —dijo sonriendo despacio—. ¿Qué te parece?

—Me parece que es muy inteligente. —Victoria habló firme y añadió irónica—. Pero que se busque el trabajo en otro sitio.

—Piensa las cosas con calma. Me ha dicho que en septiembre se va a Australia, nos saldría muy barato y sabes que es bueno con las cuentas, no lo descartes con tanta rapidez.

—Será un genio, no te lo discuto, pero es un maleducado. No quiero trabajar con él.

—Pues yo sí —afirmó Nicholas intransigente—. Dejad vuestros problemas personales fuera de aquí.

—Fue él quien no supo dejarlos fuera —replicó enfadada—. No te confundas.

—Hablaré con él, si eso es todo lo que te preocupa.

—Por supuesto es todo. —Se levantó y alzó la cabeza con orgullo —. Haz lo que te dé la gana, pero si lo contratas tendrás que tratar tú o cualquier otro con él, no está bajo mi supervisión.

—Es responsabilidad tuya. —Nicholas le disparó llamas verdes airadas—. Todos los que trabajan aquí lo son.

—Muy bien —dijo calmada. De pie, con los puños cerrados tan

fuerte que se clavó las uñas, observó inmóvil la tensión de su hermano. Con aquella cabezonería propia de sus genes, la obligaba a aceptar a Max, y lo haría, también se encargaría de no facilitarle las cosas—. Tú mandas.

Salió sin cerrar la puerta y lo dejó reflexionando. Ese tipo de desacuerdos podrían darse con frecuencia si Ivory pasaba a depender de alguien ajeno a la familia, cada decisión debería ser valorada y aprobada por una junta y, pese a que siempre contaría de su lado con Gordon y su madre, si el nuevo accionista se oponía complicaría la gestión que venían realizando. Aparte de que el negocio fuera rentable, lo más importante era preservar la finca como estaba y ante cualquier eventualidad desvincularla de la sociedad para protegerla. Si la situación financiera se torcía, un socio externo a sus intereses podía pretender agotar todas las reservar hasta que fuese irremediable perderla. Con unos pensamientos desoladores atormentándolo, Nicholas no paró de darle vueltas a lo mismo: el misterioso comprador de Tristam, «¿quién en su sano juicio pagaría tanto dinero por esas acciones?».

A los pocos días de su reincorporación, Max repasaba atareado unos balances cuando entró Victoria muy seria. Todavía no había encontrado el valor para disculparse y no dejaría de sentirse como un gusano cada vez que pasaba por su lado sin mirarlo hasta que no lo hiciera. Si estaban con otras personas, Victoria se dirigía a ellos y al momento se escabullía; a solas no le arrancaba ni una sola palabra, simplemente era invisible.

—Hola —dijo Max—. Buenos días.

Victoria pareció no escucharlo, se encerró en el despacho y desapareció dentro. Max se levantó, respiró hondo y llamó con tres toques a su puerta.

—Adelante.

—¿Podemos hablar un minuto?

—No, estoy muy ocupada. —Victoria no esperaba ver los ojos oscuros de Max. Pasó de él mirando unos papeles y en un tono frío añadió—: Cualquier duda pregúntasela a Anne o a Hugh.

—Seré breve, no es relacionado con el trabajo.

—Entonces espera a que no estemos ninguno en nuestros puestos de trabajo —dijo impasible—. Si me disculpas, tengo mucho que hacer.

En silencio Max asintió con la cabeza, dio varios pasos hacia atrás y salió cerrando la puerta despacio. No podía reprocharle esa actitud,

por imbécil se merecía toda la furia que quisiera dedicarle.

A Victoria aquella tarde lluviosa en otro momento la habría enviado a su habitación, pero le apetecía salir de Ivory y se dirigió al aparcamiento para conducir un rato por unas carreteras otoñales que la distraían en sus horas libres. Con una suave pulsación en el mando, el coche se convirtió en un ave con un ala tan negra como el carbón.

—¡Victoria!

Max corrió hasta ella y se detuvo cuando la puerta se cerró. Victoria bajó la ventanilla y lo miró cansada.

—Antes quería pedirte disculpas. Fui muy grosero contigo. Lo siento mucho.

El agua le chorreaba por el pelo y la docilidad de su gesto le dio un aspecto decadente que la conmovió. Habían sido amigos y compartido muchas charlas, decidió que merecía otra oportunidad.

—¿Has vuelto a casa de tus tíos? —preguntó interesada.

—No —respondió rápido—. Comparto un piso con Dani.

—Voy a dar una vuelta, si quieres te llevo.

Max vaciló un instante, ya que sabía quién era el dueño del vehículo y no tenía ganas de enfrentamientos; sin embargo, era una oportunidad para volver a estar cerca de ella y no perdía nada por intentarlo.

—¿En serio no te importa?

—Si no, no te lo habría dicho.

Victoria abrió la puerta del copiloto y le advirtió de la barra superior.

—Menudo carro. —Max no reprimió el halago al ponerse el cinturón—. Es una pasada.

—Sí —dijo pensativa, lo miró un segundo y empezó a maniobrar —. Es un gusto conducirlo.

Salieron de la finca, Max le indicó su dirección y en menos de cinco minutos llegaron a Salisbury, a una calle de dos hileras de casas casi idénticas con la piedra enverdecida por la humedad. En el silencioso vecindario solo se oía el repicar de la lluvia en el parabrisas.

—Gracias por traerme.

—De nada.

—Gracias por perdonarme.

Victoria esbozó una sonrisa leve. En cuanto Max salió, cerró la puerta, no esperó a que entrara y ni siquiera miró por el retrovisor. Durante el corto trayecto hablaron sin profundizar de sus planes, se trataron de manera educada y en ningún momento tocaron el tema

que los distanció; Max Lane era un amigo y otra vez su subordinado, nada más. Su vida tenía otro nombre masculino que la llenaba por completo. Faltaba menos de una semana para que regresara y estaba impaciente por enseñarle los dos áticos que encontró en Londres. Como si supiese que pensaba en él, sonó el móvil con una llamada suya.

—Hola —saludó Andreas contento—. ¿Cómo estás?

—Pensando en ti —reconoció con ternura, en un susurro tristón añadió—: Te echo de menos.

—Y yo. —Andreas sonrió cansado mientras se tomaba un refresco sentado en el sofá de su casa, aburrido por la oscuridad desde las cuatro de la tarde que anticipaba el frío invierno a la vuelta de la esquina—. Mañana tengo que ir a Corea, volveré el domingo.

—¿Cuándo vendrás?

—El lunes, antes no puedo.

—Ah, vale —dijo aliviada—. He creído que íbamos a estar más días sin vernos.

—Llegaré muerto, pero será un placer morir en tus brazos.

—Eres un exagerado. —Se rió halagada—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien. Tenemos varias reuniones con los coreanos, creo que si todo sale según lo previsto para Navidad pueden tener algunos prototipos de los procesadores. Si los ensayos van dando resultados satisfactorios, en seis meses deberíamos sacar los primeros modelos. También estamos viendo la viabilidad de acceder a más mercado con *tablets* y dispositivos de audio, pero todavía no hemos decidido nada.

—Tenéis unas previsiones muy buenas. No sé cómo no te agota la responsabilidad.

—No estoy encima de todo a diario. Esto es así hasta que el negocio funciona, luego nos dedicamos a otro y así vamos ampliando. ¿Y a ti? ¿Cómo te está yendo?

—He encontrado dos pisos que me han gustado. Cuando vengas podemos ir a verlos.

—Perfecto —admitió en un tono neutro—. Seguro que son estupendos.

—Sí. Uno de ellos tiene una terraza de más de cien metros cuadrados, está en Fulham. Me encanta el barrio y con la ayuda de Sarah podría quedar precioso.

Andreas la escuchó confuso, creyendo entender que estaba haciendo planes de una convivencia que días antes había rechazado.

—¿Te lo has pensado?

—Sí —dijo sin vacilar—. Si tú te vienes de Estocolmo, yo viviré contigo en Londres.

La sonrisa más feliz y rotunda del mundo asomó por el rostro de Andreas.

—Me acabas de dar la mejor noticia de mi vida.

—No digas eso, nos quedan muchas buenas noticias que recibir.

—Eso espero. ¿Has terminado por hoy?

—Sí, he salido a dar una vuelta con el coche. Está lloviendo, pero tenía ganas de conducir.

—Me sorprende, señorita Finch-Hutton, a usted no le gusta conducir.

—Lo sé, caballero —dijo Victoria siguiéndole la broma, con un tono que recordaba a una damisela remilgada—. Lo que ocurre es que mi amigo… —Hizo una breve pausa—. ¿Recuerda cuando le hablé de él?

—¿El sueco?

—El mismo —dijo casual—. Tiene un nuevo cochazo y me lo presta para que practique. No me gusta decepcionarlo. —Su voz se convirtió en un susurro sensual—. Se pone un poco arisco si no le hago caso.

—¿Muy arisco?

—Mucho, pero me encanta —murmuró mimosa—. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—¿No se lo he dicho?

—No.

—En ese caso, será mejor que me presente cuando vaya a su país, tengo muchas ganas de verla conducir.

—Perfecto, cuídese.

—Adiós, *lady* Victoria.

—*Jag älskar dig.*

Andreas se emocionó. Su chica estaba haciendo sus pinitos con el sueco, aunque agradeció no estar con el ordenador, parecía un idiota enamorado con la sonrisa más tonta que podía abarcar.

—Si te digo como estoy, creerás que vuelvo a exagerar.

—Si cierro los ojos, puedo verte. Cuídate mucho.

—Nos vemos la semana que viene.

—Iré a buscarte. De todas maneras hablaremos antes.

—Te amo —susurró Andreas—. Buenas noches.

—*Hej då.*

Pasados varios días Victoria leyó enfadada los papeles de la renovación anual de la licencia de funcionamiento. Para reabrir en enero era imprescindible tener la autorización local tramitada con

meses de antelación; no lo habían hecho y el plazo terminaba en diciembre. Debían presentar varios certificados donde se acreditara que cumplían con la legislación. Disponían desde septiembre los que emitieron bomberos y sanidad; para el de medioambiente, solo exigido a establecimientos de cuatro y cinco estrellas, encargaron una auditoría a una entidad de control ajena al Ayuntamiento de Salisbury, aún pendiente de entrega. También todos los empleados pasaron el reconocimiento médico. Sin embargo, a un mes escaso para la siguiente temporada no podían presentar la solicitud hasta tener completa toda la documentación.

La angustia pesaba sobre Victoria y la convirtió en una persona irritable. Su falta de responsabilidad, previsión y la inquietud porque sus hermanos dudaran de su competencia, la convenció para solo contarles parte de la verdad. Sabían que la licencia se estaba renovando, pero no que iban fuera de plazo y que habían abonado una sanción.

Por fortuna, Andreas llegaba el día siguiente y, aunque no era una excusa, tenerlo a su lado la centraba y ayudaba a olvidarse de los problemas; siempre tenía ideas que no le importaba compartir, de las que aprendía; o palabras de ánimo cuando intuía que alguna situación la superaba.

Llamaron con suavidad a la puerta del despacho y al momento apareció Max con una carpeta en la mano.

—Hola, ¿tienes un momento?

—Estoy un poco liada. ¿Es urgente?

—Nicholas me pidió que hiciera un análisis de la situación financiera y, antes de darle los resultados del trimestre, me gustaría hablarlo contigo.

—Pasa y siéntate, por favor.

Max cerró la puerta, se sentó y sacó algunos documentos.

—He repasado el control de costos fijos y variables. Hay una cantidad como gasto variable de dos mil trescientas libras del día treinta de septiembre. ¿Sabes de qué es?

—Sí, es un abono al Ayuntamiento —explicó sin aclararle más—. Ponlo en los costos indirectos, no es un gasto fijo.

—Muy bien —admitió, anotando en los papeles. Levantó la vista y añadió—: Según el análisis, el porcentaje de costos fijos es mayor que el de los variables y, mientras eso ocurra, será difícil mantener una adecuada productividad. Deberías incrementar los ingresos del hotel revisando los precios, los márgenes o los niveles de ocupación, pero tal como estáis ahora no podréis mantener este nivel con estos gastos.

—El mayor porcentaje de gastos fijos están en los alojamientos,

tanto en la zona de clientes como en la del personal.

—Está claro, pero algunos de esos costos son indirectos y se podrían atribuir a la depreciación del edificio. Si los mantenemos como lo estáis haciendo, tendrás que aumentar las ventas.

—Tenemos una capacidad muy limitada.

—No, si ofreces otros servicios. Por ejemplo: tenéis espacio suficiente para un campo de golf, no solo atraería a los huéspedes, sino también a personas de los alrededores.

—Olvídalo —comentó resignada.

Max la observó serio y le explicó el balance financiero con gráficos de la liquidez inmediata, solvencia, índice de rentabilidad y endeudamiento.

—El mayor de los activos es la finca y el edificio. Con respecto al trimestre anterior su valor ahora es un veinticinco por ciento más elevado. Nicholas me dijo que había hecho la transmisión a su nombre y le habían dado el valor actual, eso hace que el total de activos de ahora sea superior al anterior y como han ampliado el capital social el balance no es malo.

—Está muy bien, Max. —Victoria reconoció con una ligera sonrisa un trabajo concienzudo. A pesar de que la variación en el presupuesto ejecutado del trimestre era menor de lo previsto, se ofreció a revisar los costos y buscar soluciones para aumentar el volumen total de ventas—. Cuando tengas algo, dímelo.

En cuanto salió Max, Victoria tardó unos minutos en volver a concentrarse en la tarea. Desde un punto de vista externo, Max tenía razón en el planteamiento del negocio, el principal obstáculo era que su familia, en especial Nicholas, no quería hacer ninguna modificación que alterase la finca y, con esa postura, se hacía inviable el crecimiento de la productividad.

En Heathrow, Andreas atravesó la zona de llegadas, buscó con impaciencia a Victoria y miró el reloj extrañado; le aseguró que iría a recogerlo. Centró la atención en las puertas automáticas de acceso y de improviso Victoria entró corriendo. Se embobó con una sonrisa enorme mientras se acercaban, admirando un contoneo estilizado vestido con su uniforme habitual: blusa de seda verde, falda entallada azul marino, y un pañuelo en el cuello como alguna azafata de una compañía aérea, si no hubiese llevado el pelo suelto cayéndole por los hombros. Andreas la estrechó a su cuerpo girándola feliz entre los brazos, al instante, la besó apasionado.

—Hola —dijo Victoria con la respiración entrecortada—. Casi no

llego.

—*Du är vacker*.

—Gracias. —Victoria sonrió contenta—. Te he entendido.

—Ahora debo tener mucho cuidado con lo que diga delante de ti —comentó Andreas mostrando unos dientes blancos perfectos. Se inclinó en su oído y le acarició la piel con los labios—. Estás preciosa.

—¿Nos vamos? —preguntó inquieta. Entre esa voz grave que prometía sexo y el aire acondicionado se le marcaron los pezones en la camisa por la ráfaga de excitación que recorrió su cuerpo de arriba abajo. Tiró de una mano, grande y firme, enlazando los dedos a los suyos—. Tengo el coche muy cerca.

En unos minutos llegaron, tras dejar el equipaje en el maletero, Andreas abrió la puerta del copiloto e hizo ademán de adecuar el asiento, pero se detuvo al comprobar que estaba bien para él. Miró el suelo y vio en la alfombrilla manchas de barro con forma de huellas de zapatos; por el tamaño dedujo que de algún hombre, y bastante alto.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió de manera mecánica, pensando en otra cosa—. Conduce tú, por favor. Llevo desde ayer sin dormir nada. La vuelta de Seúl vía París ha sido de casi veinte horas.

—Como quieras.

Trató de alejar los celos, pero saliendo del aparcamiento, preguntó con brusquedad:

—¿Quién se ha sentado aquí?

Sorprendida por esa rapidez sabuesa, no le quedó más remedio que contarle un acto servicial.

—El otro día llevé a Max a su casa.

—¿Puedes repetírmelo? por favor.

Andreas volvió la cabeza y entrecerró los ojos.

—Salimos de la oficina, estaba lloviendo y me ofrecí a llevarlo, eso es todo.

—Lo será para ti. ¿No se suponía que estaba despedido?

—Nicholas lo ha vuelto a contratar.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Victoria frunció el ceño molesta por el tono.

—No lo sé, se me ha olvidado.

—Y una mierda se te ha olvidado —replicó muy rudo con una tensión patente en las mandíbulas, que no dejaban de moverse—. No me tomes por gilipollas.

—No me hables así —dijo echándole un vistazo—. No lo he decidido yo, fue Nicholas quién quiso contratarlo. Vino al hotel a decirle que había acabado la carrera y se ofreció a hacer prácticas antes de irse a Australia.

—¿Y no podía pedir el favor en otro sitio?

Andreas sonrió con ironía. Había subestimado al camarero, pero no iba a consentirle que utilizara nada suyo en su ausencia; nada incluía todo, Victoria lo primero.

—Le dije a Nicholas que no quería trabajar con él, pero me dijo que teníamos que dejar nuestros problemas personales fuera del trabajo.

—Por supuesto que debéis hacerlo, y procura no volver a subirlo en mi coche —siseó con lentitud—. No lo quiero cerca de nada mío.

—¿Estás celoso? —murmuró Victoria, comprendiendo su cabreo.

—Sí.

Victoria apretó los labios para no reírse. El carácter posesivo de Andreas le mandó la descarga suficiente para mojarle excitada las bragas. Se concentró unos instantes en la carretera y de repente entró en una gasolinera.

Andreas miró el testigo del salpicadero, ajeno a la revolución de Victoria:

—No le hace falta combustible.

—Lo sé.

Aparcó en la zona más alejada a la entrada de la tienda, que debido a la poca iluminación era el sitio perfecto para su plan.

—¿Qué te pasa?

Los ojos de Andreas se centraron en sus manos, desabrochándose la blusa, tragó despacio y se relamió al verle el sujetador.

—Nada —dijo Victoria, mirándolo con una sonrisa que fue ensanchando—. ¿Y a ti?

Andreas giró el cuerpo, sin apartar la vista en ningún momento de la cara feliz de su tigresa.

—Te he echado de menos.

Se besaron iniciando un combate mojado con unas lenguas ansiosas y unas manos que los desnudaban con rapidez. Los días sin verse aumentaron el ímpetu de los dos en cuanto sus sexos se rozaron. Ni estrecheces ni posturas incómodas podían frenar unas caderas masculinas que se movían imparables mientras sus bocas ahogaban suspiros entrecortados, enrojecidas por aquellos besos voraces.

Unos pocos minutos más tarde, todavía estremecido por el húmedo anillo de músculos que irremediablemente los unían, Andreas volvió a besarle los pechos, recorrió su cuello, la cara y le besó los párpados

cerrados hasta apoderarse como quiso de sus labios.

—No puedo estar sin ti —susurró Andreas.

—Ni yo —Victoria apoyó la cabeza en el hueco de su hombro, abrumada por la felicidad de saber que los dos vivían entregados al otro—. Te quiero mucho.

Andreas acarició con las yemas de los dedos unas facciones suaves, pareció que estuviera grabándolas en su tacto, sonrió despacio y la besó cariñoso en los labios. Se vistió poco después, salió del coche y compró en la tienda dos refrescos, mientras, Victoria se puso las bragas, abrochó la camisa y se bajó la falda que aún tenía enrollada en la cintura. Cuando regresó, estaba mirándose en el espejo interior arreglándose el pelo.

—No te peines mucho —dijo Andreas pasándole una coca-cola—. Te voy a despeinar todo lo que pueda.

—Eres muy suficiente, ya veremos si llegas despierto.

—No lo dudes —dijo bebiendo y guiñándole un ojo—. Tengo que ponerme al día.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar conmigo?

—Hasta que me eches.

—En serio, digo en Ivory.

—Supongo que hasta el viernes, por ahora no tengo ninguna reunión a la vista.

—Perfecto. Le diré a Nicholas que este fin de semana no cuente conmigo. Si quieres podemos ir a ver los pisos.

—Vale —afirmó encantado—. Mañana me encargo de concertar las citas.

—No muy temprano.

Aprovechando su experiencia en los negocios habló con él de la inquietud que la corroía por la licencia de funcionamiento. Durante unos minutos se mortificó por el descuido, que Andreas trató de suavizar, aunque no se cortó a la hora de responsabilizarla. Luego, la conversación con Max sobre el aumento de productividad.

—Vamos a ver, cariño —dijo condescendiente. La escuchó con atención, negándose a creer que no comprendiera los datos del atento casi licenciado—. Cerráis en temporada alta, algo impensable en cualquier negocio de hostelería, pero, bueno, no voy a entrar en ello, sois un negocio atípico y funcionáis por algunos motivos diferentes al resto; no podéis abarcar más clientes alojados y, si queréis explotarlo mejor, debéis ofrecer servicios indirectos que repercutan directamente en la estabilidad de los ingresos. La fluctuación en los volúmenes de venta sería constante durante todo el año, independientemente de que el hotel estuviera en funcionamiento.

—A Nicholas no se le puede plantear modificar el entorno de Ivory.

—Tendrá sus razones, y conseguiréis un negocio que se mantendrá solo, pero tenéis que replantearos algunas cosas si queréis crecer y ganar dinero. Por ejemplo, en el hotel de Ginebra tuvimos que adaptar toda una planta como gimnasio y desde hace varios años se ha convertido en uno de los gimnasios con más clientela de la ciudad. Vienen muchos de los empleados de las oficinas que están cerca y durante la temporada baja conseguimos tener ganancias.

—Tenemos la piscina cubierta y la zona de masaje, pero siempre está en uso por los clientes —explicó con pesimismo.

—Crea opciones —dijo convencido—. Cuando fui contigo a la reapertura la fiesta en el jardín estuvo muy bien, podías sopesar el realizar eventos.

—Los únicos que hacemos son esas fiestas y las de la Fundación. Me parece una buena idea. Todo lo que sea desmontable es factible, Nicholas de lo que no quiere oír hablar es de obras.

—Haz números y una oferta atrayente. Estoy seguro de que podría ser una manera de generar ingresos.

—No sé si a nuestros clientes les gustará estar tranquilos en el campo con una celebración de boda en el jardín.

—Pues dejad las bodas para los meses que estáis cerrados. También podéis organizar conciertos de música clásica o visitas guiadas cuando no haya clientes, alquilarla para rodar anuncios; no te ciñas a celebraciones, seguro que hay algo que se adapta a vosotros.

Victoria se sintió mucho más relajada cuando reflexionó en las palabras de Andreas; sabía que su mente era brillante para conseguir lo que tenía con su edad, y, si ya lo admiraba como hombre, esa capacidad como empresario la llenó de orgullo.

Antes de llegar al camino de Ivory, Victoria escuchó la respiración acompasada de Andreas, dormido profundamente. En cuanto aparcó, lo llamó con suavidad a la vez que le movió un hombro.

—Andreas, hemos llegado.

Abrió los ojos y tardó unos segundos en ubicarse, bostezó mirándola confundido.

—Hola. —Su boca se volvió a abrir indicando la falta de sueño—. Estoy reventado.

—Vamos, anda.

Abrazados por la cintura en una noche sin lluvia que no era especialmente fría, pasaron por delante de la puerta principal y

atravesaron el camino hasta el anexo de los empleados sin cruzarse con nadie. Entraron silenciosos en la habitación llena de sombras recortadas que se colaban del jardín a través de la ventana. A Andreas le faltó tiempo para dejarse caer de espaldas en la cama, cerró los ojos agradeciendo aquella quietud y comodidad del colchón para regresar con Morfeo, que debía andar muy cerca por la rapidez con que volvió a atraparlo. Como pudo, Victoria empezó a quitarle la ropa; intentó hacerlo con la mayor suavidad posible, aunque le costó algún esfuerzo la camiseta. En cuanto terminó, con una ligera sonrisa, lo arropó con el edredón, pensando en lo grande que parecía disfrutando del sueño en su cama, también contempló a un hombre con todas las letras que en ese momento se acurrucó igual que un niño pequeño, un pequeño solitario. Se desnudó, buscó debajo de la almohada el pijama y se tumbó relajada a su lado con una sensación de felicidad absoluta al comprender que por la mañana estaría ahí, con ella, algo que pronto no sería una novedad, sino permanente.

A las siete del día siguiente, con la luz tenebrosa que apenas dejaban pasar unas nubes grises que auguraban tormenta, Andreas abrió los ojos de golpe después de descansar como un bendito durante horas, sin recordar cómo había llegado a desnudarse. Giró el cuerpo y encontró a la responsable de su placidez dormida con un estiloso pijama beige que llegó a sorprenderlo, ya que en la cama nunca se ponían ropa; al menos él no lo hacía, incluso estando solo o en pleno invierno. Apartó despacio el pelo de su hombro, inclinó el cuerpo hacia delante y lo besó con ternura, inspirado por los mimos que ella siempre le dedicaba. Luego, tras salir del baño, buscó sin hacer ruido su ropa en la maleta. Se puso un pantalón corto negro, una sudadera gris y, cuando se ataba los cordones de las deportivas, sentado en el sillón, vio a Victoria girarse hacia su lado, extendió un brazo como si lo buscara en sueños, y sonrió encantado admirando a su gatita, que no tardaría en despertarse y anularía un buen propósito matutino con total seguridad.

Salió cerrando la puerta con sigilo y corrió por uno de los caminos que circundaban la finca. Después de una carrera suave de cinco kilómetros, regresó a la media hora. Victoria se había ido a trabajar y le dejó una nota encima de la mesa. Pasó muchos minutos bajo una ducha que le sentó de maravilla, no perdió más tiempo en afeitarse y se vistió con unos vaqueros, una camiseta negra con el cuello de pico, una americana sport y antes de salir se anudó en el cuello una bufanda azul marino.

Se dirigió sin prisas al majestuoso edificio, observando una calma contagiosa, envidiable en otros hoteles a esas horas donde empezaban una actividad frenética con los desayunos, ahí todo se hacía a otro ritmo que marcaba esa diferencia de la que hablaron mientras volvían del aeropuerto.

Pasó por la recepción, saludó un poco cortado a las dos chicas que estaban detrás del mostrador con forma semicircular y fue decidido al despacho de Victoria.

La vio aparecer sonriente por el pasillo mientras se acercaban.

—Buenos días. —Victoria no pudo evitar acariciarle la cara y besarlo en los labios, un tibio roce nada lascivo—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca —dijo contento—. He salido a correr.

—Te he visto cuando me he levantado. —Cogió su mano y lo guió hacia el comedor—. Vamos a desayunar, ahora es el mejor momento, los clientes bajan más tarde.

—No me hace gracia desayunar aquí, prefiero ir al pueblo.

—No seas tonto, yo hago aquí todas las comidas, va incluido en el sueldo.

—Lo sé, pero yo no trabajo aquí.

—Si vas a Salisbury no puedo ir contigo. Tendrás que ir solo.

—Lo había dado por hecho —admitió sin rastro de enfado—. No te preocupes por mí, aprovecharé para ir adelantado trabajo.

Andreas le sujetó las mejillas, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó despacio, ajeno a Max, que salía en ese momento del despacho con varias carpetas en la mano, los vio y dio un paso atrás para evitarlos; se quedaría dentro hasta que dieran por finalizada la exhibición.

—¿Te espero para comer? —preguntó Victoria sin soltar la mano de Andreas.

—Pareces mi mujer despidiéndose antes de que me vaya al trabajo.

—Casi lo soy.

Victoria sonrió confiada. Se dieron un beso demoledor, que la obligaría a pensar en él cada cinco segundos, a pesar de que al oír el murmullo de varias personas acercándose fue más breve de lo que ellos hubiesen querido.

Pasaron por su lado varios miembros del personal, que aprovechaban la inactividad para tomar un café.

—¿A qué hora vuelvo?

—A las tres. Esta noche, si quieres, podemos ir a cenar al pueblo.

—De acuerdo —dijo Andreas reticente a dejarla, sonrió y la besó rápido en la mejilla—. ¿Dónde están las llaves del coche?

—Al lado de la televisión.

Max entornó la puerta y salió al comprobar que ya no estaban pegados como lapas. Saludó a Victoria con una ligera inclinación de cabeza y desvió la vista hacia Andreas, que alzó las cejas mirándolo con cara de pocos amigos. Max tragó despacio recibiendo una patada sin dolor directa en los testículos; la expresión de superioridad que percibió en unos ojos fríos como el hielo fue suficiente para que desapareciera a paso rápido, asumiendo que había perdido su oportunidad, que debía olvidarla y no entrometerse; parecían felices, y no podía hacer nada porque Victoria siguiera su consejo, aunque aquel aciago día habló con la boca pequeña y se arrepintió al poco tiempo.

CAPÍTULO XIII

Londres, Inglaterra
22/11/2013

Andreas aparcó muy cerca de la entrada del edificio de cuatro plantas donde aguardaba un agente inmobiliario en el segundo apartamento que verían; el más esperado. Ese era el objeto del deseo de Victoria e iban a comprobar si estaba a la altura de las fotografías que habían visto en Internet.

Con unas facciones afiladas y una sonrisa permanente, el señor Clarens se presentó de manera amistosa. Tendría unos años más que Andreas, vestía un traje oscuro de alguna firma barata, y llevaba una perilla bien cuidada que le aportaba una apariencia profesional; en cambio, los zapatos marrones, con las puntas curvadas hacia arriba, le restaron mucha credibilidad al perspicaz examen que Victoria estaba haciéndole. Los guió a los ascensores a través de un vestíbulo sobrio, bien cuidado, con el suelo de mármol claro y un patio acristalado en el centro, con una gran claraboya iluminando con luz natural varios arbustos de diferentes especies y tamaños que rodeaban una espiral de piedras blancas a modo de escaleras. Era raro y original, no se parecía a los tan de moda jardines zen que se veían por muchos locales comerciales. Andreas miró a Victoria torciendo los labios hacia abajo con los ojos abiertos de par en par. Su divertido asombro recibió como respuesta un pellizquito en la mano, mientras ella se concentraba en mostrarse atenta a las explicaciones del agente, ignorándolo por completo.

—Como está en la última planta, no tendrían ningún vecino —dijo Clarens esperando el ascensor—. Por eso la terraza es tan grande y ocupa toda la esquina.

Al llegar a otro vestíbulo blanco, decorado con unas llamativas plantas exóticas, Andreas lo recorrió con la mirada y apretó los labios disimulando una sonrisa infantil que volvió a arrancar otro toque de atención por parte de Victoria. Esta vez presionó sus dedos con fuerza, entornó los ojos y negó suavemente con la cabeza tratando de mantenerse correcta, ignoró sus tonterías mientras el hombre abrió la puerta y se apartó para cederles el paso.

Nada más entrar, Victoria inclinó la cabeza hacia un tragaluz que dejaba pasar toda la claridad del día, pese a que en ese momento las nubes descargaban con suavidad y solo se vieran pequeños chorros de agua resbalando sinuosos.

—Qué bonito.

—El ruido también se escucha más —comentó Andreas para que no se dejara llevar por el entusiasmo—. Pero me gusta.

Recorrieron un pasillo blanco con varias puertas de madera en color claro al igual que el suelo. Al fondo había una puerta doble que daba a un salón grande. Tenía un rincón acogedor con un sofá esquinero enorme, también en blanco, una mesa de cristal para seis comensales, unas sillas de rafia con el respaldo alto, y una chimenea de gas integrada en una de las paredes. Todos los muebles, excepto las lámparas metálicas, eran del mismo color. Se accedía a la terraza mediante dos puertas correderas con la carpintería blanca al igual que todas las ventanas del edificio.

—Me gusta el ladrillo de la fachada —dijo Victoria al salir con rapidez a la terraza sin importarle la lluvia—. ¿Y a ti?

—Sí —respondió Andreas desde el interior pendiente a todos sus movimientos. No iba a contradecirla. Ella quería ese piso y él se lo daría—. Es magnífica para hacer fiestas.

—¿No vas a salir? —preguntó Victoria cuando entró corriendo, lo observó con una sonrisa feliz arreglándose con la mano el cabello—. Me encanta.

—¿Necesitas ver el resto?

—Por supuesto —dijo frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo dices?

—Por nada.

—Si me acompañan —dijo Clarens. Hizo un gesto con la mano para que lo siguieran por el salón—, por aquí, por favor.

En el dormitorio principal volvieron a inclinar la cabeza mirando hacia arriba, captó su atención otro tragaluz en el centro de más de cuatro metros cuadrados; convertía el techo en un mar de nubes. Apenas tenía muebles, solo una cama de matrimonio con un tabique en un lateral de no más de un metro de altura del mismo ladrillo rojizo que la terraza. Se sentía la frialdad de la pobre decoración, aunque Victoria se lo imaginó lleno de libros, con fotografías de los dos, con un tocador antiguo y algunas plantas que crecerían sin problemas, y se vio siendo feliz en ese paraíso que empezaban a crear juntos.

—Ahí tienen un vestidor. —Clarens, andando hacia el otro extremo de la habitación, señaló una puerta lacada en blanco con molduras, en la misma pared que el cabecero de hierro forjado de la cama. Abrió

otra puerta camuflada y los dejó pasar inclinando la cabeza muy sonriente—. Este es el baño principal.

—Es muy amplio —comentó Victoria con Andreas pegado en la espalda sujetando sus caderas con naturalidad, bastante más comedido de lo que esperaba. El suelo era cerámico de color tierra, tenía una bañera espectacular en el fondo que ocupaba todo el ancho, y eran más de tres metros, también, dos lavabos hechos con piezas rectangulares de granito oscuro y una pared revestida de pequeños azulejos naranjas, amarillos y blancos con dos cabinas. Una era la ducha con una ligera pendiente en el suelo; la otra, un inodoro; las puertas eran de cristal al ácido y los días soleados reflejarían la luz con mucha calidez—. Está todo impecable.

—Cuando reformaron el edificio, el propietario renovó también el interior de los apartamentos —explicó el hombre saliendo hacia el pasillo—. Lo estrenarían todo.

—Si no recuerdo mal —dijo Andreas—, no es posible la opción de compra, ¿verdad?

—Sí —afirmó Clarens con una mueca apurada—. Lo siento, señor Göransson, pero todo el bloque es de alquiler.

Vieron de pasada otro baño completo en el pasillo y fueron a la cocina, que tenía una isla en el centro, dos ventanales estrechos, los electrodomésticos de acero inoxidable y los muebles claros con una encimera negra de granito.

—¿Cuándo podríamos mudarnos? —preguntó Victoria.

—En cuanto entreguen la fianza y el propietario haya dado el visto bueno.

—Mañana haré el ingreso —comentó Andreas tendiéndole la mano. Clarens la apretó e hizo lo mismo con Victoria—. La documentación se la mandarán desde mi oficina.

—Me alegro de que les haya gustado —dijo Clarens contento—. Si quieren pueden quedarse un rato, tengo que enseñar otro piso aquí al lado, y así pueden ver qué necesitarían. No hay menaje ni sábanas ni toallas. En las paredes no hay nada porque el propietario no quiere que se hagan agujeros, si tienen que colgar algo tendrá que ser con masilla adhesiva.

—No se preocupe, lo tendremos en cuenta —dijo Victoria con una sonrisa—. ¿De verdad podemos quedarnos un rato? Me gustaría saber exactamente qué tenemos que comprar.

—Claro. Comprueben lo que quieran, volveré en una hora.

—Muchas gracias —dijeron los dos a la vez.

Acompañaron a Clarens hasta el vestíbulo y regresaron al dormitorio. Victoria no dejó de hablar sobre compras, telas, vajillas o

decoración, totalmente pasada de vueltas. Andreas la escuchó paciente hasta que se sentó resoplando en la cama con las piernas abiertas y el cuerpo inclinado hacia delante.

—¿Te aburro? —preguntó Victoria frente a él con las manos en las caderas.

—No. —Andreas alzó la vista—. Pero te agradecería que como no voy a participar en la elección de nada, me ahorres ahora los detalles y así luego me sorprendo.

—¿Por qué no vas a participar?

—Vic, porque no juego si no voy a ganar, y esta guerra la tengo perdida.

—Puedes dar tu opinión sobre lo que quieras.

—¿Serviría de algo? —preguntó con sarcasmo.

—Por supuesto.

Andreas sujetó su cintura y levantó la cabeza sonriéndole feliz. Su objetivo era ella y acababan de dar un paso muy importante. Nunca había convivido con otra mujer que no fuera su madre y había pasado tanto tiempo que no recordaba cómo era. Victoria se sentó a horcajadas en sus piernas y le recorrió las cejas con un dedo hasta que relajó el ceño.

—Tú y yo así en una cama, no somos de fiar —dijo Andreas con un besito en los labios. El contacto con el cuerpo de Victoria estaba inflamándolo y besarla como le apetecía sería la mecha para echarle un polvo en esa cama que en pocos días tendrían para disfrutar sin el agobio de sentirse controlados cada vez que entraban y salían tanto del Rafayel como de Ivory. Con una sonrisa pícara y otro beso breve, añadió—: Compórtate, anda.

—¿Desde cuándo te hace falta una?

—No me tientes —murmuró despacio—. Y no me mires así el paquete. —Andreas la desafió con un brillo intenso en los ojos—. Eres la única mujer que conozco que sigue siendo elegante, mientras me comes con la mirada.

—¿Sí? —susurró muy cerca de sus labios, movió las nalgas sobre la gruesa erección que insinuaba su bragueta—. ¿Soy elegante?

—Y muy mala —dijo antes de atraparle la boca con los dientes y tirar con suavidad de su labio inferior. Entretanto, le metió la lengua y se levantó con ella rodeándose la cintura con las piernas—. Tú te lo has buscado.

—El vestidor —dijo Victoria ansiosa—. Rápido.

Unos breves minutos después, Andreas la aprisionó contra la pared y su cuerpo. Sujetaba su nuca con una mano, con la otra sostenía su culo con firmeza mientras empujaba con las caderas.

—Vamos, nena. —Andreas bajó la cabeza, acarició un pezón con la lengua y se lo metió en la boca. Victoria gritó tensándose cuando lo mordió entusiasmado mientras se hincaba en su interior sin compasión —. Estoy a punto.

—Más, cariño.

Victoria le clavó las uñas en los hombros, sintiendo cómo eyaculaba estremecido por un orgasmo turbador y potente. Dejó las piernas en el suelo con sus cuerpos todavía en contacto, y Andreas colocó los brazos a los lados de su cabeza, respirando con dificultad. Victoria, que jadeaba también buscando aire, acercó la boca a la suya y la mordió de forma brusca.

—Ayyy… —exclamó Andreas sorprendido, sacó la lengua y se masajeó el labio inferior—. Cariño, me ha dolido.

—Tú a mí también me has hecho daño.

—¿Cuándo?

—Lo sabes perfectamente —dijo abrochándose el sujetador de encaje blanco—. No te hagas el sueco.

—No lo hago adrede, tú sí. —Andreas se metía la camisa dentro del pantalón viendo un contoneo muy sexy mientras Victoria se subía el vestido—. Eres vengativa.

—¿Te he hecho mucho daño? —preguntó con remordimientos. Al ver una sonrisa feliz, levantó un pie, como casi siempre, calzaba unos zapatos de tacón de lo más erótico, sobre todo, para ciertas partes de la anatomía de Andreas—. ¿Te han quedado marcas?

—Supongo, pero sabes que me pone —admitió cogiéndole una mano—. Vamos a echar ese vistazo, si no, este hombre va a volver y va a creer que hemos estado estrenando la cama.

—¿Desde cuándo te importa?

—No lo decía por mí. —Andreas sonrió lleno de ironía, salieron del dormitorio y entraron en la cocina. Complaciente preguntó—. ¿Quieres comprar muchas cosas?

—No, pero yo no tengo nada, y tú me parece que en el hotel tampoco. Así que tú dirás…

Andreas la besó en la mejilla y recorrieron sin prisas la casa charlando sobre sus gustos para buscar un equilibrio. Justo cuando terminaron, escucharon la puerta principal abrirse. El señor Clarens los encontró donde los dejó, aunque en ese momento Victoria apuntaba en el móvil todo lo que creyó imprescindible comprar.

Más tarde, tumbados en la cama de la suite Nilo, se repartieron la tarea de buscar en algunos establecimientos el menaje, sábanas,

toallas, y los artículos de higiene básicos que necesitaban. El resto de muebles decidieron comprarlos más adelante, cuando estuvieran instalados. Andreas buscó con su Ipad, al poco tiempo empezó a suspirar, luego, a estirarse aburrido.

—Creo que lo mejor es ir a un solo sitio —dijo de manera práctica —. Esto es una locura.

—No me gustan los centros comerciales —comentó Victoria, cerró con desinterés el portátil de Andreas—. Cerca de mi casa hay un montón de tiendas donde encontraríamos sábanas y toallas muy monas.

—Por "muy monas", ¿qué quieres decir? —preguntó cruzando los brazos relajado—. ¿Muy cursis o muy caras?

—Las dos —afirmó con una gran sonrisa—. Pero te aseguro que te va a encantar dormir con sábanas de auténtico algodón egipcio.

—Ya lo he hecho —replicó suficiente. Al decir esas palabras, Andreas se dio cuenta de su error. No habló por recordarle sus experiencias anteriores, pero fue el sentido que Victoria le dio y se reflejó al instante en su rostro—. Perdóname, lo he dicho con demasiada brusquedad.

—No pasa nada. Es lo que hay.

—Sí, es lo que hay, y no puedo cambiarlo.

Con rabia, Andreas apartó el Ipad, se levantó con agilidad y, antes de entrar en el baño, se desnudó sin mirarla. Victoria también estaba enfadada, con él y consigo misma por no controlar unos celos que no debía tener. Tentada por el sonido del agua en la ducha estuvo a punto de acompañarlo, aunque meditó durante unos segundos con su parte sensata, aquella que se evaporaba cuando él estaba cerca, y se exigió no moverse. Si empezaban a convivir tenían que aprender a solucionar los problemas sin inmiscuir el sexo, al menos es lo que aprendió de sus padres. Patricia siempre se enorgullecía cuando le contaba que ella y James jamás resolvieron un problema en la cama. Ahí solo se dedicaban a amarse y a disfrutar; si empezaban a mezclar, al final, los problemas acabarían con el amor.

Cuando salió Andreas, Victoria estaba sentada en el sillón con el ordenador. Las nubes dejaron un atardecer lleno de cálidos naranjas que se confundían con sinuosos violetas, el tránsito por el río era inexistente y solo cada cierto tiempo pasaba alguna barcaza con turistas parapetados bajo una lona cenando en la cubierta, a pesar del frío, la humedad o cualquier otra inclemencia.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó tranquilo, poniéndose el pantalón del pijama.

Victoria lo observó seria.

—Con los bóxers es suficiente —dijo en un tono neutro—. No hace falta que seas tan condescendiente conmigo.

—No lo soy, y me lo he puesto porque no me apetece ser la atracción de los barcos.

—Perdona —dijo en voz baja—. Tienes razón.

Andreas abrió la nevera y sacó una botellita de whisky.

—¿Quieres?

—No, pero tráeme agua, por favor.

En unos minutos, se sirvió su vaso y llenó otro con agua mineral bastante fría, que le ofreció al sentarse en el sofá. Con una pierna cruzada en la rodilla, Andreas movía con ritmo un pie tan desnudo como su torso, bebió un trago largo y cerró los ojos un instante saboreando el alcohol.

—Sé que antes no has querido molestarme —dijo Victoria. Mostró una leve sonrisa y se acomodó en el sillón con un pie bajo las nalgas —. A veces siento celos de tu pasado y no he sabido procesarlo.

—No quieres hacerme caso y te lo he dicho muchas veces, no tengo recuerdos de esas mujeres —comentó entornando los ojos, sonrió cansado—. Ninguna ha dejado el más mínimo rastro en mí. En cambio, tú eres lo mejor que me ha pasado nunca, y no nos lleva a ningún sitio perder el tiempo con cosas que no podemos cambiar y que no conducen a nada positivo.

—Lo sé.

Andreas dejó el vaso en la mesa, se levantó y la cogió de la mano. Victoria se vio rodeada por solidez y determinación, por ternura y cariño; esos brazos eran grilletes que la aferraban a él.

—Estoy muerto de hambre —dijo con un beso en la frente—. ¿Quieres salir a cenar?

—Como quieras.

—¿Vamos al restaurante? ¿O prefieres otro sitio?

—Al restaurante, la comida está buenísima.

—Me alegro de que te guste.

—Yo más, me lo recomendó un amigo.

—¿En serio? —Andreas desorbitó los ojos fingiendo estar sorprendido—. ¿Sueco?

—Sí —respondió sin pizca de enfado—. ¿Lo conoce?

—No. Por cierto, *lady* Victoria, tengo un mensaje de un amigo de su amigo.

—¿No me diga? —exclamó demasiado interesada acariciándole la nuca—. ¿Qué le ha dicho?

Andreas se frotó contra ella y se inclinó para hablarle en el oído.

—Me dijo que si usted no era buena, me daba permiso para hacerle

lo que quisiera.

—¿No he sido buena?

—No —respondió con una sonrisa mientras negaba despacio con la cabeza—. Hoy ha sido muy mala, así que voy a aceptar su ofrecimiento.

—No seré yo quien se lo impida —susurró rozándole los labios—. Pero antes me gustaría cenar y que me dijera su nombre.

—Solo soy un pobre mandado —dijo Andreas con una mueca de disgusto—. Mi nombre no es importante.

—No diga eso. —Victoria le recorrió el óvalo de la cara con un dedo—. Para todos es importante su nombre y apellidos, sin ellos no existiríamos.

—Lo que tú digas.

Andreas la soltó dando por concluido el juego. Llevaba el apellido de su madre y era el único que con orgullo siempre lo acompañaría. Victoria no tenía nada que ganar en ese aspecto por mucha insinuación velada que hiciese.

Entraron en The Rank antes de las ocho. Giselle se acercó a ellos con una sonrisa mientras atravesaba el local saludando a casi todos los clientes.

—Hola —dijo en exclusiva a Andreas, ignorando a Victoria—. Tu mesa está lista.

—Gracias.

—Buenas noches, Giselle.

Ante esa grosería, Victoria mostró su mejor versión.

—No puedo entretenerme —dijo Giselle gesticulando con las manos—. Estamos en la peor hora.

—No te hemos pedido que lo hagas —comentó Andreas muy serio —. Puedes seguir con tu trabajo.

—Muy bien, que disfrutéis.

Se alejó con una sonrisa agriada. Se sentaron para pasar una velada romántica aderezada por suculentos platos que Victoria probó con deleite.

—He pensado que con vuestra cocina también podíais organizar cursos dirigidos por el chef —dijo Andreas comiendo carpaccio de atún—. Las *master class* están de moda.

—¿Todavía estás dándole vueltas?

—Sí, tengo ese problemilla —afirmó risueño—. Cuando algo es un reto para mi cabeza no puedo parar hasta conseguir descifrarlo.

—Gracias por ayudarme. —Victoria acarició su mano observando

unos ojos que brillaban felices—. Voy a trabajar en serio con las ideas que me has dado.

—De nada. Es un placer.

Ivory quedó a disposición de la familia a principios de diciembre. Patricia hablaba con Victoria en la parte trasera del edificio cuando apareció Max con dos ramos de flores.

—Hola, he venido a despedirme. —Max con una ligera reverencia entregó un ramo a cada una, eran flores sencillas y coloridas—. Me voy a pasar las fiestas a Londres.

—Muchas gracias —dijo Patricia dándole un beso en la mejilla—. Es un detalle muy bonito.

—Gracias, Max.

Victoria no se movió, pero él se acercó y la besó en la cara, ajeno a la torre nórdica que corría concentrado en sus movimientos desde que lo vio aparecer. Andreas murmuró una sucesión de tacos en su lengua y entró en el edificio de los empleados donde se fue directo al dormitorio de Victoria. Se dio una ducha y se vistió con rapidez. Al momento salió disparado, harto de un comportamiento que intuía solapaba otros intereses menos amistosos; creía que Max esperaba una oportunidad o un descuido suyo.

Se subió al coche observado por Victoria con sorpresa. En cuanto salió, por su manera de conducir, supo que estaba enfadado.

—Que pases unas felices fiestas —dijo Victoria a Max con ganas de terminar la conversación.

—Igualmente.

Aun conociendo sus escasas posibilidades, Max no se resignaba a admitir que había cometido el mayor error de su vida al no intentar siquiera hacer el amor y quitarse la pulsación permanente que tenía cuando estaban cerca. Pensando en eso, se alejó por el camino donde las ruedas del coche de Andreas acababan de dejar grandes surcos en el barro. Mientras tanto Victoria se despedía de su madre hasta el día de Navidad, cuando se reunirían todos para comer juntos.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré en Londres con Andreas.

—Vale, y ya sabes, cuando quieras puedes invitarme a ver el apartamento.

—Descuida, en cuanto lo tengamos medio presentable haremos algo en la terraza.

Tras un cariñoso abrazo, Victoria regresó al dormitorio y marcó el número de Andreas, que respondió a los varios tonos, sin prisas.

—¿Adónde has ido?

—Tenía cosas que hacer. ¿Has terminado ya con tu ex?

—Sabes perfectamente lo que fue, si quieres seguir por ahí, allá tú. Cuando te dé la gana, sabes dónde estoy.

—Muy bien —dijo cortante—. Hasta luego.

Victoria colgó la comunicación, sacó una maleta y empezó a colocar encima de la cama la ropa que iba a trasladar a Londres. Ni cinco minutos después, Andreas entró y se apoyó en la puerta con los brazos y los tobillos cruzados. Su pose era tranquila, pero innegable la tensión en su rostro.

—Qué rápido has llegado.

—No estaba muy lejos.

—¿Tienes preparadas tus cosas?

—Siempre vengo muy ligero.

—Ya.

Victoria lo ignoró y entró en el baño para recoger sus artículos de aseo. Al salir se observaron fijamente, decidiendo quién sería el primero en expulsar por la boca los pensamientos que con rabia reprimían.

—Si vuelvo a ver a ese capullo a menos de un metro de ti, voy a partirle la cara —dijo Andreas despacio. Victoria no esperaba oír una amenaza tan rotunda y sonrió por sus celos, añadiendo más leña a un fuego que Andreas no podía controlar—. No sé de qué coño te ríes. Algún día te mostraré lo jodido que es ver a quien tú quieres coqueteando en tus narices con otra persona.

—No estaba coqueteando con él, estaba hablando con mi madre cuando ha llegado y nos ha dado las flores. No he hecho nada, así que infórmate mejor.

—Lo he visto desde que ha entrado por el camino. También he visto cómo tú no has hecho lo mismo que tu madre, pero cuando él te ha besado, has sonreído y eso es lo que no debes hacer.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer. Si alguien te besa la mejilla, lo más correcto es agradecérselo con una ligera sonrisa, exactamente lo que he hecho. Si quieres ver otra cosa, allá tú.

—Eres tú quien no quiere enterarse —dijo vehemente, negando con la cabeza—. Ese tío sigue enamorado de ti y estoy seguro de que no te entra porque sabe que estás conmigo, así y todo, en cuanto tiene la más mínima oportunidad, te da conversación o te regala flores en plan pelota.

—También se las ha regalado a mi madre, así que no le veo el lado romántico. Y no me da conversación cada dos por tres, cuando hablamos lo hacemos sobre el trabajo.

—Estás advertida, un metro —señaló el índice de su mano derecha

con arrogancia—. Uno.

—A veces te comportas como un neandertal.

—Es lo que soy cuando estoy contigo, así que no me provoques.

—No me das miedo —comentó encarándose con él—. Si quieres parecer un perro callejero, es tu problema —dijo tranquila rodeando su cuello con los brazos—, pero a mí no me engañas; te conozco, y estoy segura de que tu madre no te educó así.

—Lo siento. —Andreas tensó las mandíbulas y apretó los labios impidiendo que saliesen de su boca las palabras que quería gritar. Victoria tenía razón, Åsa siempre le inculcó hacer frente a todos sus problemas con el diálogo, aunque implicasen pérdidas demasiado elevadas; como le ocurrió a ella, que lo tuvo a pesar de perder a dos hijos y renunciar a la comodidad de una vida junto a su marido—. Perdóname.

—*Jag älskar dig* —dijo Victoria con ternura. Lo besó con suavidad en los labios y notó la relajación inmediata en el cuerpo de Andreas. Sus celos infundados a veces la halagaban, pero otras le hacían mucho daño. De los dos, él era el fuerte y seguro, sin embargo, ella podía percibir el miedo en sus palabras—. No lo olvides nunca.

—Tú tampoco.

La voz de Andreas fue un susurro grave y melancólico. Se había vuelto a ver charlando con su madre y todas las lágrimas que nunca fue capaz de dejar libres cayeron de sus ojos para crear unos turbios lagos llenos de impotencia. Mientras, Victoria tenía apoyada la cabeza en su pecho y lo reconfortó abrazándolo con fuerza por la cintura.

—¿Cuál es el apellido de tus hermanos?

—Lindqvist. Lo único que sé es que su padre era médico y se llamaba Henning.

—Creo que es hora de que intentes perdonar. Has dado muchas cosas por sentado, quizás ellos no sepan nada de ti.

—Mi madre les habló de mí.

—Pero no sabes si ellos recibieron esa información. Si eran unos críos, probablemente su padre no les dijo nada.

—No puedo conocerlos después de tantos años.

Victoria le tocó el rostro acompañándolo en ese dolor.

—En algún momento de nuestras vidas todos necesitamos saber quiénes somos. A ti la única familia que te queda son ellos, y tu corazón quiere conocerlos por mucho que tu rencor te lo niegue. Hazle caso a lo que te vaya a dar más paz.

—No puedo.

La voz baja de Andreas reconoció su obstinación. No quería perdonar esa ausencia que lo había marcado. Victoria lo respetó en

silencio, aunque su mente bullía con actividad, pensando en cómo solucionar algo que él por sí mismo no iba a hacer. No tenía muchos datos, pero empezaría a buscar en los hospitales, con un poco de suerte el doctor Henning Lindqvist no estaría jubilado.

En Wells, Charlotte entró en la biblioteca con su hija en brazos, aprovechó el despiste de los niños con Maggie para hablar con Nicholas de lo que había descubierto sobre Robert Finch-Hutton y su vida en América.

—Hola, ¿estás muy liado?

—No.

Nicholas se levantó y cogió a la niña.

—Siéntate en el sofá —dijo Charlotte impaciente—. Tengo que contarte algo muy interesante.

—¿Sobre qué? —preguntó con curiosidad. Jamie sobre sus piernas botaba divertida con un movimiento que la hacía reír alegre y dejaba a la vista los dos pequeños dientes que le asomaban.

Charlotte sacó un bloc de notas del bolsillo de la chaqueta de lana y se sentó repasando unos apuntes con una letra solo apta para ella. Seguidamente, lo miró y empezó a hablar:

—He estado investigando la vida en América de Robert Finch-Hutton y estoy segura de haber encontrado a tu rama perdida.

—¿En serio?

—Sí —afirmó risueña—. Empecé por el censo de Nueva York en 1851. En junio se empadronó en la dirección que ponía en las cartas que le envió a tu tatarabuelo. En la última, donde le dice que su mujer estaba embarazada, aparece otra dirección. Se mudaron a Texas y dejaron de usar el apellido compuesto; los he encontrado como Robert y Margo Finch. Solo tuvieron una hija, compraron tierras y empezaron a cultivar trigo. En el registro mercantil de 1860 aparece una sociedad a nombre de Robert Finch, ubicada a pocos kilómetros de San Antonio, y es cuando empecé a creerme que era él sin lugar a dudas.

—¿Por qué?

—La niña nació en el 57, en marzo, y la llamaron Mary. Como tu cuarta abuela.

—Es un nombre muy común.

—Ya, pero escúchame. Durante la Guerra de Secesión exportaron toneladas de trigo a Europa y crecieron de forma increíble. Cuando Mary se casó, pasó a apellidarse Mell y dirigió la empresa al morir su padre en 1890. Luego, en 1917, le cedió el cargo a su hijo, Robert Mell, que la dejó en manos de su hermana Muriel porque no tuvo

hijos.

—¿Siguen funcionando?

—Sí —afirmó elevando las cejas—. Ahora te cuento más de lo que hacen actualmente. —Charlotte consultó el bloc y a los pocos segundos continuó—. La señora Muriel Lasair, de soltera Mell, se casó con Adam Lasair y tuvieron tres hijos. Hoy día, Robert Lasair dirige la empresa y es uno de los mayores productores de trigo de Norteamérica. Por los informes que he visto, ellos solos producen el diez por ciento de todo el estado de Texas.

—¿Cuántos años tiene?

—Nació en 1955, ahora tiene cincuenta y ocho.

—¿Estás segura de que son ellos?

—Cariño, aún no te he dicho el nombre comercial —dijo observándolo con atención. Apretó los labios para no reír, aunque no lo consiguió—. *Flourivory*.

En cuanto terminó de decirlo, Nicholas elevó las cejas y los dos soltaron unas carcajadas.

—Increíble.

—¿A que sí?

—Sí —dijo Nicholas aún sonriendo—. Pero, por lo que sabemos, el apellido lo perdieron con Mary.

—Sí, en Estados Unidos desde 1937 no queda ningún Finch-Hutton.

—¿Sabes por qué no reclutaron a Robert Finch en la guerra?

—No. —Charlotte negó con la cabeza—. En la de Secesión tenía treinta y cinco años, pero si ya tenía la explotación agrícola y contactos, no creo que le fuera muy difícil eludir esa responsabilidad.

—Es interesante. ¿Sabes que hizo desde que llegó hasta que se fueron a Texas?

—No, vivieron en Nueva en York, es lo único que sé. Supongo que decidió dedicarse al cultivo de cereales que tan buenos resultados estaba dándole a su hermano.

—¿Por qué no volvería nunca? —preguntó Nicholas pensativo.

—Eso va a ser muy complicado responderlo sin ninguna prueba escrita. Vete a saber, a lo mejor se enamoró de la mujer de su hermano. En esa época eran muy dados a liarse todos con todos.

—Claro, donde haya un buen lío… —admitió despreocupado—. Gracias, has hecho un trabajo excelente —dijo levantándose.

—Ha sido divertido. —Charlotte también se puso de pie y Nicholas le dio un beso rápido en los labios con Jamie acoplada en uno de sus brazos—. Cuando quieras me das el próximo.

—Estoy con el segundo. Dedícate al primero.

—¿No quieres hacerlo tú?

—Sí, pero tú eres mejor que yo investigando.

—Perfecto.

Con el gusanillo metido en el cuerpo, Charlotte salió contenta de la biblioteca. Nicholas le había dejado el honor de profundizar en la vida de Henry Finch-Hutton, I duque de Salisbury y, quizás, el que tuvo una vida más destacable. Gracias a él, todos sus descendientes habían gozado durante siglos de una posición social y privilegios destinados solo a una élite muy exclusiva. Casi trescientos treinta años después, uno de ellos estaba poniendo algo de claridad en la historia de una familia que no dejaba de sorprenderlos en cada generación.

CAPÍTULO XIV

Londres, Inglaterra
5/12/2013

En un día muy especial, Victoria se había tomado la tarde libre y regresó a Londres, pero llegó a su casa con el tiempo justo, ya que se entretuvo con el chef de Ivory, que le explicó cómo hacer varios platos utilizando comida enlatada. Pasó por un supermercado que no estaba muy lejos, compró todos los ingredientes y cargó con dos bolsas llenas que la dejaron sin aliento.

Siguió escrupulosamente las indicaciones de las recetas, bastante sencillas, y preparó una cena con la que pretendía sorprender a Andreas, además de demostrarle que estaba abierta a nuevas experiencias. Más tarde se duchó, maquilló y se vistió con un sugerente vestido rojo con escote palabra de honor y el largo por encima de las rodillas. Se sentó en la cama para ponerse los zapatos, sonriendo al imaginar la cara que pondría el homenajeado en cuanto la viera, también por las marcas que esos tacones de aguja iban a dejarle como recuerdo en su treinta y tres cumpleaños.

Para darle una sorpresa, lo llamó y le prometió que iría cuando acabase, tratando de evitar que se plantara por la tarde en Ivory y destrozara su plan. Le hacía ilusión celebrarlo en la intimidad de su nueva casa aunque todavía estuviera a medio decorar, era de los dos y estaban cómodos dónde y cómo querían.

Se esmeró preparando la mesa del salón con la vajilla de estilo oriental que su madre le regaló hacía unos días, guardó un sobre con su otra sorpresa bajo el mantel beige bordado, en un rincón nada sospechoso, y colocó con precisión la cubertería. Ensimismada, Victoria no notó la presencia de Andreas hasta que su olor penetró con fuerza en ella y lo tuvo casi encima.

—Hola —susurró Andreas en su oído, le rodeó la cintura por detrás y le besó el cuello—. Estás impresionante.

—No te he escuchado. —Victoria se giró en sus brazos y lo besó con ternura en los labios—. Felicidades, te quiero.

—Y yo —dijo Andreas al separarse. Repasó su cuerpo con un escaso vestido entallado que lo endurecía y elevó las cejas sonriendo

cuando llegó a los pies, sabía qué le esperaba a su anatomía. Poniendo unos metros imprescindibles de distancia si querían cenar, empezó a aflojarse el nudo de la corbata. Nada más entrar en el hall, se había quitado la chaqueta y los zapatos—. ¿Por qué no me has dicho que llegarías temprano? Habría venido antes.

—Quería darte una sorpresa —dijo contenta—. Cámbiate, si quieres, tengo la cena casi lista.

—Me ducho en cinco minutos.

Salió del salón y, poco después, regresó con el pelo mojado, vestido con un pantalón vaquero y una camisa negra. Sonrió apreciando el menú, todo con una pinta excelente: cuatro tipos de patés con pequeñas galletas dulces, una bandeja con burritos, varias guarniciones para unos nachos, y unos pinchitos de *bacon* con pimientos verdes en tiras.

—¿Cuándo lo has preparado? —preguntó Andreas sirviendo un vino tinto español. Victoria dejó el mechero con el que había encendido dos velas y se sentó satisfecha delante de sus propias creaciones. Andreas probó un pinchito, lo saboreó despacio y comentó asombrado—. Está buenísimo.

—Me alegro de que te guste —dijo sin reprimir su entusiasmo, con una miradita orgullosa añadió—: Los ingredientes son de lata, así ya no podrás decirme que no pruebo de todo.

Andreas la observó con cariño, recordando la conversación en Suiza, nada se parecía ni de lejos a aquellas comidas, pero se había tomado muchas molestias que pensaba corresponder más tarde con una dedicación plena.

A gusto con sus vidas, disfrutaron del placer de una cena sencilla. Descubrieron nuevas cosas que a veces los sorprendían con la complicidad del humor; otras, fraguaban la solidez de una relación con la intimidad de unos pensamientos más profundos, de unos valores que compartían o unos temores de los que huir. Esa afinidad tenía el vértigo de las grandes cumbres; igual los empujaba a seguir hasta el final como incrementaba el respeto cuánto más ascendían ante la magnitud de lo desconocido. Solo hubo un tema que Victoria se reservó en esa conversación y le quitaba el sueño: encontrar a Magnus y Jonas Lindqvist; sabía que no lo aprobaría y prefirió dejarlo para otro momento.

En cuanto terminaron, Victoria se levantó, trajo una botella de champán con dos copas y brindaron con un reflejo brillante en sus ojos, achacable a esa felicidad que los dos sentían. Luego, rodeó la mesa, levantó el mantel ajena a la suspicacia de Andreas y sacó un sobre dorado de tamaño mediano, con un sello rojo lacrado donde se

distinguía a la perfección el escudo Finch-Hutton.

—Toma —dijo dándoselo con una sonrisa tímida—. Es mi regalo.

—Gracias. —Andreas no esperaba nada más, pero otra vez su chica conseguía dejarlo sin palabras. Victoria se sentó expectante a su reacción. Rompió el lacre con cuidado, encontró una tarjeta escrita a mano en un papel satinado con una marca de agua, otra vez con el escudo familiar, y una caligrafía uniforme y femenina en la que leyó: «Lady *Victoria Finch-Hutton/ tiene el honor de invitar al/ señor Andreas Göransson/ con ocasión de su trigésimo tercer cumpleaños/ a una celebración muy especial el martes 31 de diciembre de 2013 desde las 00:00/ Felicidades/ Ruego acepte todas mis condiciones/ Londres 5 de diciembre de 2013*»—. No sé qué decirte. ¿Tus condiciones?

—Sí. Mi regalo, mis reglas —dijo contenta—. ¿Aceptas o no?

—Por supuesto, estoy impaciente. El problema es que aún quedan muchos días.

—Si quieres un adelanto, vete al dormitorio y espérame en la cama.

Andreas no se lo pensó, lo tuvo muy claro. Era imaginársela dispuesta para él y su cerebro ocupaba su entrepierna. Se levantó y fue directo al dormitorio. Se quitó el pantalón, la camisa y se tumbó en la cama esperándola.

Victoria entró confiada y sonrió al pasar hacia el baño. En cuanto salió, el miembro de Andreas volvió a cobrar fuerza al verle los labios tan rojos como los zapatos que lo estaban volviendo loco. Recordar la sensación de esos tacones en las nalgas lo impulsaron a levantarse e ir a su encuentro.

—Desnúdame.

Se situó detrás, bajó con suavidad la cremallera del vestido y dejó que poco a poco aparecieran un sujetador y unas braguitas de encaje rojo que la convertían en un sueño para hacer añicos una escasa contención.

—No puedo articular ninguna palabra —murmuró Andreas, que apresó unos pechos suaves, rozando con los pulgares sus pezones—. Voy a explotar.

—No hables. —Victoria inclinó el cuello para que se lo besara—. Quiero que te tumbes y me dejes a mi aire.

—No me pidas eso —susurró con voz grave—. Por favor.

—Esta noche mando yo.

—Pero es mi cumpleaños —dijo besándole un hombro—. No es justo.

—Por eso mismo, toda la noche será mi homenaje privado para ti.

En una décima de segundo, Andreas extrajo de esa frase tres

palabras: noche, homenaje y privado, suficientes para que volviese a la cama convencido de que su regalo iba a estar a la altura de las expectativas que se había creado; cualquier cosa que Victoria quisiera hacerle sería un placer; estaba a su entera disposición, listo para sucumbir a su amor.

Sin ninguna esperanza, unos días antes de Navidad, Sarah compró un test de embarazo en Amesbury y aprovechó la ausencia de Tristam, que había sacado a *Solo* en el paseo matutino, para realizarse la prueba, así evitaba la paciente charla que le daría cuando se enterase de otra falsa alarma. Esperó el tiempo de rigor e incrédula fue abriendo los ojos de par en par viendo el color del contraste. Después de soñar muchas veces ese momento, precisamente escogió hacerlo estando sola. Terminó sentada en la bañera, bloqueada con las piernas temblorosas, pensando en que todavía no habían encontrado casa en Londres, en sus perspectivas laborales, que eran buenas, y en la venta de las acciones que les darían estabilidad para cumplir sus objetivos. Incluso sopesó durante unos minutos seguir unos años en el apartamento o trasladarse de forma permanente ahí; para los dos, esa casa era su verdadero hogar, y podían ir y venir varias veces a la semana igual que hacía Victoria. Se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por un desasosiego infantil y bajó a la cocina para preparar el desayuno mientras Tristam regresaba. Necesitó ocupar la cabeza con rutina; la única manera de contrarrestar esos nervios.

Cuando llegó Tristam, un penetrante aroma a café inundaba la casa, se podía aspirar desde el exterior y entró olfateando con una sonrisa satisfecha.

—Sarah, ya estamos aquí.

Se quitó las botas de agua y el chubasquero en el vestíbulo, y dejó que el perro lo adelantara al entrar en la cocina para beber desesperado.

—Buenos días —dijo Sarah sacando el pan de la tostadora. Observó a Tristam desaliñado en vaqueros y camiseta, con el pelo más largo de lo normal y, por supuesto, sin ver una cuchilla en su rostro hasta que volvieran a Londres. Sonrió ligeramente por la gran noticia que iba a darle—. ¿Cómo se ha portado?

—En su línea, ya sabes, voy a mi puñetero rollo. —Tristam no le dio importancia al carácter alocado de *Solo,* se acercó y la besó en los labios. Llevaba un camisón negro, sensual e inadecuado para las frías temperaturas de diciembre que había en la cocina, porque quiso restaurarla sin añadir ningún elemento moderno y prescindió de

radiadores. Él creía que era consciente de su error, pero nunca lo reconocería, tampoco iba a reprochárselo; gracias a su estricto gusto por lo antiguo, Sarah convirtió en nevera esa habitación, y había sido todo un acierto; se daba festines de pezones duros como el hielo, con la única misión de descongelarlos a base de cálidas caricias con la lengua; vamos, un fastidio en toda regla. Rodeó su cintura y repartió muchos besitos por su cuello—. ¿Tienes frío?

—Como siempre —dijo Sarah acariciándole la cara. Tenía la certeza de que sería un padre maravilloso y era el colofón que les hacía falta. Lo besó despacio sintiéndose totalmente feliz unida a él—. Tengo que decirte algo. Cuando estabas con el perro he recibido una noticia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó apretando el ceño.

Sarah se acercó a su oído.

—El año que viene vas a ser papá.

Tristam se apartó sujetándola por los brazos. Su cara reflejaba una tensión que se diluyó en cuanto vio una sonrisa preciosa, pegó la frente a la suya y cerró los ojos un instante.

—Gracias, cariño —murmuró emocionado—. Acabas de hacerme muy feliz.

—Yo también lo estoy.

Se sentó en una de las sillas con Sarah sobre sus rodillas.

—¿De cuánto crees que estás?

—No lo sé —dijo acurrucada en su pecho—. Tengo un retraso de una semana. Cuando volvamos a Londres pediré cita con mi ginecóloga.

—¿Cuántas pruebas te has hecho?

—Una.

—Después compramos otro test y lo confirmamos.

—Como quieras, pero he leído el prospecto más de diez veces, tiene una fiabilidad casi del cien por cien.

—Por si acaso —dijo Tristam besándole el pelo—. No quiero que nos ilusionemos y después nos llevemos un chasco.

—Vale.

Sarah inclinó el cuerpo hacia delante para levantarse.

—¿Adónde vas?

—A sentarme en mi sitio.

—Ya estás en tu sitio.

Tristam no le permitió moverse y se las ingenió para servir el café con ella encima. Luego, untó mantequilla en una tostada y la colocó en su plato. Con carantoñas y muchos mimos desayunaron más juntos que nunca; empezaban otra etapa en su relación, quizás la más

intensa, que afrontarían con la absoluta certeza de que si los últimos seis meses habían sido los mejores desde que se conocieron, lo próximo sería insuperable; era la culminación perfecta para un amor que tanto los había rehuido.

—¿No tienes un poco de miedo? —preguntó Sarah.

—No, ninguno —dijo sonriendo—. ¿Sigues pensando en no querer casarte?

—Tú has sido siempre mi marido. No necesitamos papeles para tener claro quiénes somos el uno para el otro, y no quiero volver a tener que decir delante de nadie lo que siento por ti, prefiero decírtelo a solas cada vez que me apetezca.

—Ahora las cosas son diferentes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada—. Hasta ayer estabas de acuerdo.

—Lo sé —afirmó con un leve movimiento de hombros—. Es solo que siempre había pensado que cuando tuviéramos hijos estaríamos casados y no sé si a nuestro hijo le puede perjudicar.

—Tristam Finch-Hutton, no sé en qué siglo vives en este momento, pero a nuestro hijo no va a perjudicarle en nada nuestro estado civil. Otra cosa sería que no quisieras reconocerlo, ¿es el caso? —preguntó con ironía, de inmediato se respondió a sí misma—. No. Así que no me cuentes más milongas. Si quieres que nos volvamos a casar, dímelo claramente, pero no uses al bebé para convencerme.

—¿Te quieres casar conmigo? —preguntó vía directa. Sarah se echó a reír y negó divertida con la cabeza—. ¿Me estás rechazando?

—Sí.

—Soy muy cabezota cuando quiero.

—¿No me digas? —Sarah sonrió con burla—. Creo que te gano.

—Vamos a hacer un trato —dijo Tristam uniendo su meñique al de ella—. Si el Arsenal gana la liga, nos casamos.

—¿Cómo? —exclamó atónita—. ¿Pretendes que me case porque tu equipo gane?

—Es un trato —admitió disimulando una sonrisa que le llegaba a los ojos—. Además, no creas que lo tenemos fácil; vamos cuartos.

—Pues lo siento por vosotros, pero no hay trato. Me tendrás que convencer de otra manera. ¿No eres creativo?

—Si me enrollo ¿tengo posibilidades?

—Puede —respondió indiferente. Sarah no veía con mucha frecuencia a sus padres, que vivían en un pueblecito cerca de Liverpool, solo dos o tres veces al año, y no se habían enterado de algunos acontecimientos de su vida; aunque mantenían un contacto telefónico semanal. Si decidía volver a casarse, no iba a invitarlos,

tampoco a su hermana; era preferible a tener que explicarles el motivo de su divorcio. Tristam no sabía nada, y ella no quiso remover un tema que trataba de olvidar y a él todavía tenía la cualidad de envenenarlo; de manera tácita jamás hablaban de aquellos meses. Con una sonrisa misteriosa, añadió—: Inténtalo, el no ya lo tienes.

—Lo tendré en cuenta.

En una casa que emanaba calidez pasaron otro día lluvioso, tumbados relajados en el sofá entre bromas y ansiados planes. La chimenea templó el salón mientras hablaban de sus sueños, aquellos que estuvieron a punto de perder. Más tarde, se amaron por encima de cualquier límite físico y consiguieron fundir sus almas; desde hacía meses funcionaban como uno solo y con ese hijo tan deseado completaban las aspiraciones de los dos.

En Salisbury el día veinticinco amaneció gris, triste, en cambio, el salón de invierno de Ivory brillaba engalanado para las fiestas con los mismos objetos que Patricia siempre ponía en la mesa: una mantelería portuguesa blanca con un bordado a mano, cinco candelabros de plata con unas velas rojas, una de las vajillas de porcelana que le regaló Elizabeth cuando se casó con James, la cristalería francesa, que no podía faltar ese día, y los coloridos centros de flores naturales que combinaban con el resto de la decoración del salón.

El alboroto de los niños cuando recibieron los regalos que había bajo el gran abeto, flotó por la casa y alegró a los adultos que echaban de menos a James. Eran las primeras Navidades sin él y para Patricia suponía un reto mantener la compostura, necesitaba estar sola y llorar sin tener que dar explicaciones, aunque sus dos rubiales merecían el esfuerzo, tenían la capacidad de arrancar sonrisas hasta de las piedras.

Hubo regalos para todos. El que más sorprendió fue el de Victoria a Andreas, que en cuanto abrió la caja y vio la colección de dinosaurios de *Parque Jurásico* soltó una carcajada que resonó a varios kilómetros.

Tristam estaba impaciente por anunciarles su próxima paternidad, Sarah ya había llamado a sus padres, que se mostraron entusiasmados ante la llegada del que sería su segundo nieto, pero acordaron esperar a los postres y se entretuvo con los gemelos, que no perdonaban una buena juerga y nunca tenían hartura.

Andreas salió del salón y atendió la llamada de uno de sus socios. Al momento, apareció Tristam con dos pistolas de juguete y los gemelos corriendo tras él. En cuanto Andreas finalizó la conversación, se unió a ellos en una guerra donde no había ganadores, solo risas

infantiles con muchos aspavientos cuando Tristam o él se tiraban al suelo haciéndose los muertos.

Un rato después, Patricia cogió a Jamie de los brazos de Gordon, mientras Leslie salió a por los niños para comer. Tristam y Andreas se quedaron charlando de la campaña y eludieron comentar nada sobre la adquisición de las acciones. Tras el primer pago, acordaron seguir con sus planes y esperar hasta mayo para cambiar la titularidad ante notario.

Nicholas, que hablaba distraído en el salón con Gordon y su suegro, se calló de repente, observando a través de la ventana a su hermano y a Andreas; parecían dos amigos en un ansiado reencuentro. Iluminado por una luz cegadora, varias escenas pasaron con rapidez por su mente y se asociaron en un único pensamiento: Andreas Göransson quería Ivory.

Andreas y Giselle, Andreas y Sarah, Andreas y Victoria, ahora también, Andreas y Tristam. Nicholas murmuró un taco muy grosero. Había encontrado al comprador. «¿Quién, si no él?» Recordó la conversación con Tristam y cuáles eran los principales negocios de Andreas, su alojamiento en el hotel tras esperar dos meses y su amistad con Giselle. Incluso empezó a dudar de sus intenciones con Cyrus y, por supuesto, creyó que estaba utilizando a su hermana.

—¿Te ocurre algo? —preguntó sorprendido Gordon.

—Lo mato —siseó Nicholas, con los ojos centrados en su hermano y Andreas. Lo invadió un odio arrollador y al apretar los dientes se le marcó toda la tensión en la cara. Blasfemó frustrado, ordenando los indicios que habían desatado la peor parte de su carácter—. Me lo cargo.

—¿Qué pasa?

—Ese cabrón es quién está detrás de comprarle las acciones a Tristam. No sé qué pretende, pero lo voy a averiguar.

—¿Ya lo sabes? Creía que Tristam no te lo había dicho.

—No hace falta que me diga nada.

Nicholas lo tuvo tan claro que salió decidido del salón echando humo por las orejas. Gordon se quedó inmóvil, pero al instante lo siguió. La amenaza asesina no era preocupante, en cambio, la discusión que estaba viendo venir podía amargarles un día que siempre había sido muy especial para ellos.

—¡Tú!

Nicholas señaló a Andreas con el dedo y se acercó con el rostro transformado en una máscara de furia. Tristam supo de inmediato que Nicholas iba a cometer un error, aunque ya era tarde para impedirlo; ese cabreo descomunal tenía un nivel que nunca había vivido, todos

sus gestos advertían que estaba totalmente fuera de sus casillas.

Andreas no le quitó la vista de encima, confundido, pero no tuvo tiempo de reaccionar, un puñetazo contundente de Nicholas impactó en su mandíbula y le giró la cabeza con violencia. Andreas se llevó la mano a la cara moviendo la boca, concentrado en su adversario. Vio venir otro golpe, y esa vez sí pudo amagarlo.

—No te atrevas a decir nada —espetó Nicholas mirando a Tristam —. Tú tienes la culpa.

—Como me vuelvas a dar, no respondo —dijo Andreas conteniéndose por ser quién era—. Estás avisado.

—¡Nick! Por favor —gritó Gordon, respirando con dificultad llegó hasta ellos—. Basta, contrólate.

—No —exclamó fulminando a Andreas—. Este hijo de puta quiere quedarse con mi casa y antes lo mato.

Tristam tenía que sacarlo de su error, si no quería que los dos terminaran en una batalla donde ahora sí habría algún perdedor.

—No tienes ni idea —dijo Andreas muy enfadado, apretó los puños hasta convertirlos en rocas blancas y se acercó tanto a Nicholas que con un simple cabezazo pudo derribarlo, no lo hizo, pero perdió la compostura y exclamó lleno de ira—. Jamás vuelvas a mencionar a mi madre. ¡Me has oído! ¡Jamás!

Edward Wolf se les unió como testigo de unas acusaciones que no entendió, aunque intentó mediar junto a Gordon viendo la malaleche de su yerno y el escaso aguante que le quedaba a Andreas.

Ajenas al revuelo en el jardín, Charlotte y Victoria salieron del despacho donde habían hablado de diferentes opciones para encontrar a los hermanos de Andreas. Halagada porque su familia de verdad creía en sus dotes detectivescas, Charlotte se ofreció a ayudarla y así matar el tiempo libre, se presuponía una tarea facilona y estaba encantaba desentrañando viejas historias.

En cuanto entraron en el salón, se extrañaron al ver a sus madres y a Sarah inmóviles mirando por las ventanas, y a los niños solos; lo que fuera debía ser sumamente interesante.

—¿Qué miráis? —preguntó Victoria.

Las caras desencajadas de las tres solo acrecentaron su curiosidad. Al asomarse, vio a Nicholas encarado con Andreas, a Gordon, Edward y Tristam metiéndose entre ellos tratando de apartarlos. De pronto, no pensó, afloró un instinto de protección que la empujó a correr hacia el jardín, abochornada por un comportamiento que jamás imaginó presenciaría. Ni su hermano ni su novio eran dados a la violencia y lo que pasara entre ellos tendrían que resolverlo de otra manera, pero, desde luego, no liándose en una trifulca como vulgares macarras.

Sin saber qué había desencadenado esa agresividad, Charlotte corrió tras ella, creyendo que estaba motivada por algo relacionado con las acciones de Cyrus.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Victoria a todos los elementos masculinos congregados en el jardín.

—Vete dentro —exclamó Andreas sin apartar los ojos de Nicholas, más suave añadió—: Vic, por favor, hazme caso.

—No —dijo obstinada—. ¿Qué está pasando?

—¿No te lo ha contado? —preguntó Nicholas destilando desprecio.

Convencido de que Nicholas podía jorobar todo el plan de Andreas, haciendo un esfuerzo, Tristam miró a Victoria y esbozó una leve sonrisa cogiéndola por el codo. Vio llegar a Charlotte y también trató de evitar que se acercara más; se la llevó por delante.

—Suéltame —ordenó Charlotte zafándose—. ¿Qué les pasa?

—Nada que os interese a vosotras —dijo Tristam sin amilanarse por los codazos de Charlotte—. Id dentro, por favor.

—Espero que lo solucionéis sin llegar a las manos —dijo Victoria alternando la mirada entre Nicholas y Andreas—. Me habéis decepcionado los dos.

—¿Yo? —Andreas no podía creer que lo culpara—. Aún no lo he tocado.

Gordon palmeó el brazo de Andreas y con la cabeza negó, atento a Nicholas, que a duras penas trató de tranquilizarla.

—Es un poco tarde para eso, pero no se repetirá.

Escoltándolas hasta la casa e ignorando la paliza verbal de su cuñada, Tristam anduvo ligero.

—Dile a tu hermano de mi parte, que en cinco minutos me voy con los niños como no se controle.

Dando la vuelta para volver al meollo de la actividad, admitió en silencio las palabras de Charlotte.

—Siempre has querido esto ¿Verdad? ¿Por qué?—preguntó Nicholas furioso, señaló la finca y añadió escupiendo las palabras—. ¿Quién coño eres tú?

—Edward, por favor. —Tristam pensó que era mejor hablarlo entre ellos—. ¿Te importa volver dentro?

En cuanto Edward se fue, Tristam se volvió hacia Gordon.

—Él se queda —dijo Nicholas rotundo mirando a su hermano—. No se te ocurra invitarlo a desaparecer.

Gordon ya no sabía qué pensar. Todavía seguían muy tensos, pero se habían distanciado unos metros y Nicholas tenía los brazos cruzados desafiando a Andreas con los ojos.

—Nick, siento no habértelo dicho antes, pero Andreas me pidió por

favor que no lo hiciera —dijo Tristam concentrado en él—. Tiene sus motivos y tú acabas de pasarte bastante.

—¿Perdona? —exclamó Nicholas cambiando su objetivo—. ¿En qué me he pasado? ¿En tratar de proteger nuestra herencia?

—No —dijo Tristam despacio—. Te has pasado con la imaginación. Te has montado una película y sin antes confirmar tus sospechas te has lanzado a darle una paliza a Andreas.

—O sea, según tú, este tío se apropia de tus acciones pagándote una exageración para que por cojones se las vendas a él, y yo tengo que tragármelo doblado. ¿Hablamos de lo mismo, Tristam? —dijo con cinismo—. Y no le he dado ninguna paliza.

—Si te relajas un poco, podemos contarte la verdad —dijo Tristam desviando la mirada hacia Andreas.

—¿Qué verdad? No ha dicho una verdad desde que lo conocemos.

—Nick, tranquilízate, por favor —dijo Gordon tocándole el hombro —. Vamos, así no solucionaremos nada.

—Que conste que no tengo por qué explicarte mis motivos. —Andreas habló muy despacio—. Si lo hago es para que dejes de comportarte como un imbécil.

—Por favor, Andreas —dijo Gordon—. Si vamos a hablar, todos tenemos que mantener las formas.

—Vamos a mi despacho.

Nicholas no esperó que lo siguieran, enfiló el camino del edificio sosegando con la respiración sus alteradas pulsaciones antes de verse en otro episodio catastrófico para él.

Al entrar se topó con Charlotte, observándolo muy seria.

—Vas a tener que darme una buena explicación.

—Luego.

En ese momento, lo que menos necesitaba era una reprimenda de su mujer, no se detuvo y atravesó el pasillo seguido por Tristam y Andreas, que entraron silenciosos tras él en el despacho. Gordon fue el único que tuvo un gesto reconfortante al apretarle el brazo con suavidad antes de que cerrase la puerta.

Nicholas abrió una pequeña nevera y sacó un cubito metálico para la mandíbula de Andreas, con un incipiente hematoma que estaría presente varios días.

—Toma.

Sentado junto a Tristam, Andreas giró la cabeza hacia la mano de Nicholas.

—No me hace falta, gracias.

—Como quieras —dijo Nicholas. Volvió a dejarlo en el congelador y se sentó en su sillón. Durante unos segundos se controlaron unos a

otros. El único que estaba sin apenas información, era quien más relajado parecía. Tristam tenía los brazos cruzados y movía nervioso los pies. Andreas había doblado una pierna en la rodilla y repiqueteaba los dedos en ella, sin dejar de observarlo con rabia—. Te pido disculpas por el puñetazo y espero que las aceptes, también me gustaría que me explicaseis que estáis haciendo.

Durante un segundo las miradas de Tristam y Andreas se cruzaron, Nicholas advirtió esa breve comunicación mientras esperó quién de ellos empezaba a aclararle las cosas.

—No tengo ni idea qué andas imaginándote, pero te aseguró que estás equivocado —comentó Tristam.

—Sacadme de mi error.

Andreas apretó los labios y se concentró en sus ojos.

—Quiero esas acciones, pero no son para mí.

—¿Cómo? —preguntó Nicholas, movió la cabeza alternando entre ellos—. ¿Para quién son?

—Son para Victoria, Nick —añadió Tristam negando suavemente —. Andreas quiere regalárselas en su cumpleaños.

—¿Y no me lo podías haber dicho? Me has hecho creer que iban a pasar a manos extrañas.

—Eso vuelve a ser de tu cosecha —replicó Tristam—. Yo solo te dije que no iba a revelarte la identidad del comprador, y que la operación no se haría hasta mayo.

—¿Por qué tanta generosidad? —preguntó Gordon.

—Porque puedo —respondió Andreas con soberbia—. Y porque quiero.

—Ten cuidado con tu tono —dijo Nicholas apretando las mandíbulas, a él podía hablarle como le diera la gana, pero con Gordon exigía un respeto y no pensaba tolerarle esa chulería. Andreas miró de reojo a Gordon, que insinuó una sonrisa quitándole importancia. Nicholas, sin creerse que no tuviera otra motivación, comentó con cinismo—. No pretenderás hacer de esto otro de tus hoteles ¿verdad?

—Te he dicho que son para Victoria. —Andreas estaba harto de esa desconfianza y no moderó el volumen—. Para ella. Para que tenga lo mismo que todos vosotros. —Al decir esto, no ocultó una sonrisa cínica—. Porque no solo está trabajando aquí por un salario, también es tu hermana y la habéis dejado fuera del negocio. Si puedo remediarlo voy a hacerlo.

—Está fuera porque cada uno invertimos una cantidad que ella no podía asumir —explicó Nicholas con ironía—. Cuando empezamos aún no había terminado sus estudios, y, aunque no lo creas, no está

fuera del negocio, como tú lo llamas —dijo despectivo—. Mi madre ha incluido en su testamento que solo las herede ella, así que, dentro de unos años tendrá la misma participación que los demás. —Nicholas levantó un poco la barbilla y cruzó las manos encima de la mesa—. El puesto que tiene no lo tendría en ningún otro hotel del mundo, eso lo sabemos todos, incluida ella, y su salario es muy superior al que le correspondería. No creo que tenga queja.

Tristam y Gordon escucharon el intercambio de palabras en un sepulcral silencio.

—Me da igual. No me parece normal tener que esperar a que fallezca vuestra madre para que forme parte de la sociedad. Tristam y yo tenemos un acuerdo y vamos a cumplirlo.

—Estás pagando una exageración —dijo Gordon mirando a Andreas con una oscuridad que escudriñaba en su interior—. No me parece justo.

—Lo sé, pero hay muchas cosas injustas en la vida.

Ahí, Gordon no tuvo más remedio que afirmar con la cabeza; nadie mejor que él para saber que tenía razón.

—¿No te importa? —preguntó Nicholas. Sonrió con sarcasmo y añadió—: No me lo creo. Eres un tiburón de las finanzas, por qué vas a pagar seiscientas libras por acción cuando sabes que valen ciento cincuenta; no cuela. —Nicholas negó con la cabeza sin dejar de mostrar unos labios fruncidos que destilaban suficiencia—. Además, te alojaste aquí en agosto e hiciste la reserva en junio, creo que tu verdadera intención es que Tristam te venda sus acciones haciéndole ver que son para Victoria. No me mientas, no tienes intención de regalarle nada a mi hermana; tú quieres Ivory.

Andreas suspiró entornado los ojos. Nicholas era muy listo y ahora tendría que convencerlo de su error, aunque no lo fuese hace unos meses.

—La compra se hará a nombre de Victoria. En ningún momento estarán a otro nombre, de Tristam a ella. Solo te pido que no lo sepa hasta su cumpleaños. Es la única condición que le puse a él y la mantengo con vosotros.

—No me fio de ti, lo siento —reconoció Nicholas más tranquilo—. Entre esto y la maniobra de Cyrus, no me has dejado alternativas.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —aseguró Andreas—. Esto es personal.

—Muy bien —dijo Nicholas. Todavía no tenía esas acciones y como se la jugara a Tristam nunca serían suyas. Si era necesario vendería las casas, la colección de arte, los coches, las joyas, incluso los caballos; todo a la baja, pero Andreas Göransson jamás sería el

propietario de Ivory Manor—. No le diremos nada.

—¿Podemos hablar tú y yo a solas?, por favor —preguntó Andreas.

Nicholas miró a Gordon y a Tristam e hizo una ligera inclinación con la cabeza. En cuanto salieron y cerraron la puerta, Andreas se levantó y fue hacia la ventana, con un antepecho que le llegaba a la mitad de los muslos y la profundidad justa para sentarse; se giró con las manos en los bolsillos, apoyó el cuerpo relajado y cruzó las piernas por los tobillos, limitándose a observar atento a Nicholas.

—Tú dirás —incitó el escritor impasible.

—No me gusta dar explicaciones de mi vida, pero contigo voy a hacer una excepción —comentó serio—. Como sabes, Victoria y yo vivimos juntos; si solo quisiera aprovecharme no iba a trasladarme de país para convivir con ella; si quisiera joderte en Cyrus, lo habría hecho y no me habría pesado; y si quisiera Ivory, no dudes que también sería mía.

—¿Estás amenazándome?

—No —respondió con una media sonrisa—. Me da igual lo que pienses de mí, simplemente quiero que entiendas que puedo hacer lo que quiera. —Andreas hizo una pausa, cruzó los brazos, aún más cómodo, e inclinó la cabeza volviendo a una expresión severa—. Quiero a tu hermana, te guste o no. Respeto tu postura con vuestra sociedad familiar y no voy a involucrarme aunque considere que lo podíais hacer mucho mejor.

—Debo reconocerte algo —dijo Nicholas reclinando el cuerpo en el sillón—. Te creo cuando dices que quieres a mi hermana porque dudo que ciertas cosas puedan fingirse, pero no creo en tantas coincidencias, llámame escéptico —comentó con ironía. Andreas derrochaba seguridad, no estaba mintiéndole al reconocer sus sentimientos por Victoria y eso abrió sus ojos ante la evidencia de que se había dejado llevar por uno de sus más profundos miedos. Aunque seguía pensando que lo conocía y tenía algo familiar que se le escapaba. Sintió curiosidad por saber su opinión, ya que parecía no estar de acuerdo con la forma de gestionar Ivory, y preguntó—. Según tú, ¿qué no estamos haciendo bien?

—Si seguís como hasta ahora, solo conseguiréis manteneros con unos beneficios muy justitos. No tenéis capacidad para crecer alojando y la única vía de incrementar los ingresos es dotar al hotel de otros servicios que atraigan a clientes externos. Victoria está trabajando en algunas opciones que no implicarían reformar o construir nada en la finca y os reportarían más beneficios sin conllevar más gastos fijos.

—¿Victoria te habla de nuestras finanzas?

—No —respondió rápido—. Le di mi opinión mientras hablábamos

de uno de mis hoteles.

—No me ha comentado nada, pero estoy abierto a escuchar las opciones que me proponga.

—Me alegro, porque se toma muy en serio su trabajo.

—Lo sé.

Durante unos minutos conversaron sobre negocios y depusieron la agresividad que los dos habían camuflado. Luego, se sintieron cómodos, fluyó una admiración mutua que los guió hacia temas más personales, donde se descubrieron de manera amigable y otra vez creyeron percibir la similitud que compartían sin saberlo. Tras una hora que pasó volando, salieron para enfrentarse a unas miradas suspicaces y preocupadas, aunque —viéndolos con cordialidad— consiguieron olvidarse el resto del día de su conflicto o algunos, como mínimo, lo intentaron.

Aquella misma noche, cuando Nicholas y Charlotte acostaron a los niños en la habitación contigua a la suya, ella seguía molesta por la discusión con Andreas, a pesar del cambio de actitud de los dos desde que salieron del despacho. Llevaba todo el día camuflando su enfado delante de la familia. No aprobaba la violencia.

Al estar a solas, un silencio denso e incómodo, que Nicholas no pretendía romper, incrementó el mal humor de Charlotte, que lo esperó sentada en la cama hasta que salió del baño con el pantalón del pijama puesto.

—Me estoy cansando —dijo con dureza.

—Le he pedido disculpas y hemos solucionado nuestras diferencias.

—¿Por qué te has puesto así?

—Por algo que he malinterpretado.

—¿Tiene que ver con el proyecto de Cyrus?

—No —exclamó sorprendido—. ¿Creías que era por eso?

—Qué quieres que piense. ¿Qué has malinterpretado?

—Ya, nada —dijo dándole un beso en la mejilla—. Está aclarado.

—¿No me lo vas a contar?

Charlotte apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el latido sosegado de su corazón.

—Otro día —susurró, tocando sus nuevos pendientes. Se los había regalado por la mañana. Eran unos discretos diamantes rosas, acordes a su estilo elegante. Ella le compró otra máquina de escribir antigua y una litografía con un paisaje desértico donde se veía un oasis que les recordó su luna de miel y un lugar mágico que nunca olvidarían, el-

Medawara—. Te quedan muy bien.

—Si es algo importante, dímelo, por favor. —Charlotte murmuró antes de besarle la barbilla—. No quiero que asumas solo nuestros problemas.

—No te preocupes —dijo con una mirada cariñosa, la besó en los labios y se apartó despacio—. Duérmete, es tarde.

Siguieron un rato abrazados hasta que a Charlotte la venció el cansancio y se entregó a un sueño profundo. Nicholas la observó dormida, arrepentido por esa falta de control. Ella, sus hijos y su herencia eran lo más importante en su vida, y no estaba preparado para que alguno lo abandonara ni dispuesto a admitirlo, eran suyos e iba a protegerlos a toda costa. Se había equivocado con Andreas, pero dieron un paso hacia el entendimiento y con un poco de esfuerzo esperaba que todos olvidasen una situación bochornosa que se prometió no repetir jamás.

CAPÍTULO XV

Salisbury, Inglaterra
26/12/2013

A la mañana siguiente Victoria cruzó su mirada con la de Andreas después de hacer el amor en una de las suites de Ivory, alojados con el resto de los Finch-Hutton y los padres de Charlotte; estarían ahí hasta final de año, juntos como habían hecho toda su vida; examinó el morado oscuro con pinta de doler, pese a que insistía en lo contrario, lo recorrió con la yema de los dedos y comprobó que también tenía una ligera inflamación. Era algo inevitable; si creía que estaba mal, se preocupaba; y que sus ojos parecieran rogarle o suplicarle que no preguntara, aparte de ser la primera vez que lo veía, contribuyó a aumentar su inquietud.

Sentirse parte de una familia fue un sueño que Andreas descartó hacía años; en cambio, disfrutó de un día navideño que sería imposible olvidar, ya no porque Nicholas le hubiese mostrado su carácter menos hospitalario; eso lo entendió al comprender que defendía lo suyo por derecho, por convicción y, sobre todo, porque estaba unido por demasiados lazos sentimentales a la historia de una tierra que sentía de su propiedad, algo que él nunca había tenido: raíces profundas de pertenencia a un lugar; realmente ese día fue consciente del vacío de su madre, a quien echó mucho de menos.

—Es la primera vez que he visto a Nicholas perder el control —dijo pensativa. Victoria tenía la cintura rodeada por el brazo de Andreas y sus nalgas rozaban la entrepierna masculina. Estaban tranquilos, pero al oírla volver al dichoso tema, se dio la vuelta y la dejó sin su contacto. Victoria giró el cuerpo y contempló su perfil altivo, sereno y muy serio, suponiendo por ese hermetismo que se sentía humillado—. Sé que no vas a decirme qué ha ocurrido entre vosotros, y eso me duele tanto o más como si el puñetazo lo hubiese recibido yo —susurró, pasando el índice por un brazo fibroso con unas curvas que mostraban la fuerza que supo contener, evitando una confrontación en la que Nicholas, con seguridad, habría salido perdiendo. Victoria se incorporó un poco y le besó con ternura el hematoma—. Te quiero, y no me gusta verte así.

Andreas se mantuvo en silencio, apretando los dientes.

—Voy a ducharme.

Sin un movimiento brusco, apartó a Victoria de su cuerpo, tampoco se planteó darle explicaciones. Se levantó y entró en el baño, perseguido por unos ojos azules que no podían comprender unos pensamientos atormentados muy agobiantes.

Antes de las diez, vestidos con vaqueros y jerséis de cuello alto, bajaron a desayunar al salón y coincidieron con Tristam, Sarah y Charlotte, que saludaron a Andreas con afecto y disimularon cuando vieron la marca en su mandíbula. Poco después, recibieron la inesperada noticia del embarazo de Sarah y esa felicidad tapó por completo cualquier sentimiento que recordara la trifulca del día anterior, las mujeres se entusiasmaron y no dieron ocasión a nada que no fuese alegre.

Los gemelos entraron con las abuelas y se lanzaron contra Tristam y Andreas, buscando repetir unos juegos varoniles en los que esos dos eran mejores que su padre. Empezó a llover, pero no se desanimaron, al contrario, en cuanto Charlotte se levantó y la vieron coger sus pequeñas botas de agua y los chubasqueros, uno rojo y el otro azul, se quitaron con rapidez los zapatos y la apremiaron para que terminara de vestirlos lo antes posible.

En el vestíbulo de recepción, Gordon y Nicholas hablaban cuando vieron atravesar el pasillo a Andreas, solo; dejó a Victoria entretenida con sus cuñadas y Tristam, el escritor desvió la mirada hacia él; por si no se había fustigado bastante, el morado lo avergonzó sin piedad.

—Buenos días —dijo Andreas, sonrió tendiendo el brazo a Nicholas, percibiendo su incomodidad mientras le estrechaba la mano —. Parece que la lluvia no quiere abandonarnos.

—Buenos días. —Nicholas agradeció esa falta de rencor y añadió con una ligera sonrisa—. Lo raro sería que desapareciera.

—¿Cómo estás? —preguntó Gordon. Conocía a Nicholas y supo que obvió esa cortesía para seguir con la buena disposición que mostraron después de aclararse—. ¿Te duele?

—No. —Andreas entrecerró los ojos y movió la cabeza negando—. Estoy bien, espero que mañana no se note con la barba, parece más de lo que es —dijo tranquilo—. No os preocupéis por mí, de verdad.

—¿Quieres venirte? —preguntó Gordon—. Estamos esperando a Alex y a Henry.

—¿Adónde vais?

—A ver las caballerizas —dijo Nicholas.

Un momento después llegó Charlotte sujetando a cada niño de una mano. Alex con el chubasquero rojo y las botas de agua azules, al revés que su hermano. Corrieron hacia Andreas poseídos por una excitación que arrancó sonrisas a los adultos, como si no acabaran de verlo. Era un nuevo ídolo para ellos. Si su tío Tristam tenía un nivel de mesías, este nuevo fichaje era lo más parecido a un dios que habían conocido nunca.

—Qué botas más chulas, quiero unas —dijo Andreas animado, se agachó y alborotó dos cabezas rubias con un pelo igual de divertido que sus dueños, incluso con más ritmo, esos mechones desparejos apuntaban pocas visitas a la peluquería. Miró risueño a Alex, que alternó la vista entre sus pies con unas deportivas oscuras y los suyos —. ¿Crees que las encontraré?

—*Zí.*

—¿Tú *vines?* —preguntó Henry.

Andreas levantó la cabeza y cruzó una expresiva mirada con Nicholas, no necesitaron más; los dos estaban de acuerdo en entenderse.

Luego, entraron en el camino de la cuadra, que en otro tiempo estuvo llena de caballos. Gordon fue explicándole el amor que sentía Henry Finch-Hutton por ellos y cómo se lo transmitió. A Andreas la finca le parecía extraordinaria, tenía espacio suficiente para poder explotar un hotel con una rentabilidad asegurada. En cambio, sería una tragedia perder el maravilloso entorno que rodeaba la casa, situada en el Sur, con un bosque que limitaba la vista por el Norte y la linde con la carretera comarcal al Este. La mejor opción eran las tierras del Oeste, donde varias generaciones de labradores las cultivaron hasta los años setenta, sin las hierbas, matorrales o arbustos que ahora crecían desordenados en un inmenso terreno perfecto para un campo de golf, incluso tenía una colina y varios montículos aprovechables para algunos hoyos.

Delante de la cuadra había una pista de tierra vallada donde Gordon aprendió a domar a los caballos. El edificio era de piedra, con veinte cubiles independientes, un pasillo en el centro y una entreplanta al fondo que en otra época se llenó con balas de paja.

—Hemos hablado sobre lo que me dijiste para generar más ingresos —comentó Nicholas.

—Tenéis el sitio, solo os hace falta encontrar qué se adapta mejor a este entorno. Creo que en primavera y verano podríais explotarlo celebrando fiestas privadas, solo tendríais que acondicionar el terreno.

Si os encargáis del catering, los beneficios serían mayores, además de que tendríais todo el control vosotros, un tema vital para mantener el nivel del hotel. Otra cosa sería que os decidierais a construir un campo de golf —dijo atento a su reacción—. Conllevan gastos fijos de mantenimiento, pero con la clientela potencial que podríais tener, los ingresos serían importantes.

—Prefiero las celebraciones —dijo Gordon—. No tenemos que volver a invertir y transformar la propiedad.

—Es una decisión vuestra. —Andreas hizo un gesto de indiferencia con los labios—. Por lo que sé, si no ajustáis algunos departamentos, optimizáis los horarios del personal y generáis más ingresos, el hotel seguirá funcionando, pero se limitará a no ocasionaros gastos, tampoco beneficios.

—A principios de mes tenemos la fiesta que inaugura la temporada —dijo Nicholas, miró a Gordon y continuó—: Sería interesante si en vez de contratar un catering externo, lo hacemos todo nosotros, es cuestión de hablarlo con el chef.

—Puede ser una manera de empezar a comprobar qué sois capaces de hacer. —Andreas paseó la mirada entre los dos y metió las manos en los bolsillos de la parka oscura que se puso antes de salir—. Supongo que no será un acto masivo.

—No, como la de septiembre —dijo Nicholas—. Solo invitamos a tres agencias, clientes y a algunos amigos.

—Intentadlo. Si os puedo ayudar, contad conmigo para lo que querías.

—Eres muy amable, muchas gracias.

Gordon le dio una palmada en el hombro mientras los gemelos, aburridos de ellos mismos, se dedicaron a no dejarlos tranquilos. Andreas montó a Alex a caballito, pero se percató de su error cuando Henry empezó a llorar disgustado.

—Vamos, Hen, no seas impaciente —dijo Gordon acariciándole la cara—. Ahora te tocará a ti.

—Papi, tú.

Nicholas entrecerró los ojos, inclinó la cabeza y observó sus lágrimas mientras el Golfo de su hermano reía a carcajadas con las bromas de su *nuevo mejor amigo*.

En cuanto se agachó Nicholas, Henry se colocó a su espalda, le rodeó el cuello con fuerza y empezó a azuzarlo como hacía con su poni. Gordon sujetó el brazo de Nicholas y frenó una carrera desigual.

—Ahora que estamos solos, quiero decirte una cosa.

—Habla rápido, este no va a aguantar mucho.

Andreas iba corriendo varios metros por delante de ellos y de vez

en cuando cambiaba el ritmo provocando nuevas risas en su jinete.

—¿Recuerdas cuando te conté que tu madre se enfadó conmigo por algo que le dije? —preguntó Gordon. Vio la afirmación silenciosa de Nicholas y continuó—. Ese día estábamos hablando de la niña, Vicky y Andreas llegaron en el coche cuando Max salió de la cocina, al verlos se le cambió la cara.

—Supongo que no le haría gracia.

—Tu madre se enfadó porque le dije que el dinero ayudaba a Vicky a que Andreas le gustara más.

—¿Y qué?

—Reconozco que me he equivocado con él. Me está sorprendiendo mucho, y creo de verdad que están enamorados.

—Yo también he metido la pata, menos mal que no parece rencoroso.

—Sí. Otro en su lugar se habría ido sin pensárselo.

—Papi, vamos.

Harto de las pataditas indiscriminadas e insistentes de su hijo, Nicholas aceleró el ritmo. Al llegar a la parte trasera del edificio, Andreas y Alex estaban esperándolos. Henry se empeñó en cambiar de caballo, la velocidad del que tenía su hermano llegó a convencerlo, y, para compensar, le dieron el gusto, pese a las reticencias de Alex en abandonar una apuesta ganadora. Durante los siguientes minutos hicieron algunas carreras, con las carcajadas de Henry haciendo rabiar a Alex, que en su desesperación, no contento con la paliza que estaba dándole a Nicholas en los costados con las piernas, se soltó de manos y se lió a golpes en la espalda, cabeza y brazos, sin que sus pequeños puños contribuyeran en una derrota tan cantada como la victoria de sus rivales.

En el salón, con Jamie en brazos, Charlotte los observó por uno de los ventanales cuando Victoria se levantó de la mesa y se unió a ella.

—No sé quiénes son peores —comentó Charlotte—, ¿los niños o ellos?

—Ahora mismo, te diría que ellos. —Victoria negó despacio con la cabeza, pendiente a una lucha medieval, a las risas felices de sus sobrinos, y a su hermano con Andreas andando a cuatro patas más risueños que los niños. Cruzó los brazos en el pecho y preguntó sin dejar de observarlos—. ¿Te ha contado Nick por qué discutieron?

—No, ¿y Andreas a ti?

—Tampoco. Según él, ya está solucionado.

—Entonces es que se han puesto de acuerdo. ¿Qué sabes de Cyrus?

—Poco. Andreas estuvo el mes pasado en Corea viendo las fábricas y poniendo en marcha el proyecto. ¿Por qué?

—Por saber cómo iba —dijo casual—. ¿Qué te regaló ayer?, no lo vi; los dinosaurios eclipsaron todo lo demás.

—Un collar de perlas de su madre, es precioso.

—¿Le has dado ya el de su cumpleaños?

—No, el treinta y uno. Falta un poco para que esté lista.

—Seguro que le gusta, Sarah me la enseñó.

—Está quedando acogedora. ¿Por qué me has preguntado por Cyrus?

—Porque Nicholas no me cuenta mucho.

—Sé que tienen muy buenas previsiones.

—Qué bien, menudo alivio. —Charlotte volvió a centrarse en los improvisados caballos—. Por cierto, creía que metiendo en Internet al doctor Henning Lindqvist me saldría rápido. Pero es muy raro, a partir de 1980 desaparece de todos los registros oficiales. Supongo que me llevará más tiempo encontrarlo, algunos organismos públicos lo han informatizado todo, pero otros todavía tienen mucho retraso. De todas maneras, no creo que sea complicado dar con sus hermanos.

—No quiere encontrarlos —dijo seria. Charlotte frunció el ceño, con un interés creciente, y Victoria comprendió que debía ampliarle ciertas cosas—. Lo que voy a contarte es muy delicado.

Con un movimiento afirmativo de la cabeza, Charlotte detectó una gravedad en los ojos de Victoria que la instó a seguirla hacia su despacho sin hacer más preguntas. Una vez dentro, se sentó con Jamie en el regazo y dijo:

—Si te preocupa que hable con Nicholas, tienes mi palabra de que no lo haré.

—Es muy importante que esto quede entre tú y yo. Si Andreas se entera de que he hablado contigo, se enfadará muchísimo.

—Puedes estar tranquila —dijo condescendiente.

—La madre de Andreas se llamaba Åsa Göransson, aceptó una suplencia en la Embajada de Londres a principios de 1980. Dejó a sus hijos en Estocolmo con su marido y se vino aprovechando la oportunidad, en aquella época trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Andreas me ha dejado entrever que uno de sus jefes la violó. —Victoria hizo una pausa observando el rostro sorprendido de Charlotte—. En junio de ese año regresó embarazada de Andreas, se divorciaron y él se llevó a los niños.

—¿No denunció la violación?

—Sí, pero muy tarde. Quiero suponer que esperó a sentirse con suficientes fuerzas. Sé que la despidieron por ello y su denuncia nunca llegó a ningún sitio. Imagino que el padre de Andreas sería alguien con responsabilidad.

—¿No sabe su nombre?

—No lo sé, dice que está muerto y se niega a hablar de él.

—Supongo que no será difícil saber quiénes eran los responsables en esa época. Otra cosa es que quieran hablar.

—No me interesa su padre —dijo con un gesto despectivo—. Solo quiero localizar a sus hermanos. No se conocen y, aunque él no quiera admitirlo, eso le hace mucho daño.

—¿La madre nunca más volvió a ver a sus otros hijos?

—No. Les escribió durante años a la dirección que el padre le dio, pero no permitió que los viera. Estoy casi segura de que ellos se han olvidado de Andreas.

—¿No saben que tienen un hermano? —preguntó Charlotte cada vez más afligida, pensando en su hija si no conociera a sus hermanos o si ella se viera privada de su presencia de por vida. Sin poder evitarlo, la embargó una emoción maternal y aparecieron en sus ojos algunas lágrimas—. Es muy triste.

—Lo sé —dijo pensativa—. Pero no sería raro. Ellos tenían cinco y dos años cuando su madre volvió embarazada; debió hacerlo de poco tiempo, de tres meses; ten en cuenta que Andreas nació en diciembre, y ella regresó en junio; pudieron no enterarse si no había engordado mucho.

—Pero dices que ella les escribió.

—Sí, pero eran niños pequeños. ¿Y si el doctor Lindqvist no les dijo nada? —preguntó Victoria torciendo el gesto—. No sé, Charlie, por lo que me ha contado, se volvió a casar y se mudaron; es posible que hayan crecido sin saber que Andreas existe.

—Me parece indignante que un hombre haga eso, negarle a sus hijos. ¿Ella no lo denunció?

—No lo sé —dijo Victoria resignada—. Habría que indagar y no hablo de este tema con él, a no ser que quiera.

—¿Qué piensas hacer cuando los encontremos?

—No lo tengo claro. Me gustaría que se conociesen. ¿Estás segura de que los encontraremos?

Charlotte esbozó una sonrisa.

—Sí. Estoy acostumbrada a indagar y ahora con vuestros antepasados me estoy remontando a varios siglos atrás donde no tengo más que tirar de libros y registros oficiales. Con ellos creo que es pan comido.

—Vale, pero lo dicho: que quede entre nosotras, por favor.

—No te preocupes. Aunque ten en cuenta que tarde o temprano se enterará. No le digas que te he ayudado, por mi parte esta conversación no la hemos tenido.

Salieron y al volver vieron que estaban todos presentes en el salón. Los pequeños jinetes y sus caballos humanos vestían ropas secas y jugaban con los dinosaurios de Andreas, a los que tampoco Tristam fue capaz de resistirse. Más tarde, comieron en un ambiente relajado y recobraron el espíritu de unas fiestas que una ausencia en particular ya había hecho diferentes para siempre.

La mañana de Nochevieja Andreas no sabía adónde iban. Sin más pistas, Victoria solo le sugirió que guardara ropa de abrigo para tres días. Se vistió con vaqueros, una camiseta roja de mangas largas, un chaquetón verde oliva con forro de pelo, y una bufanda a juego con un gorro oscuro de lana gruesa, hechos de punto con ochos, que eran sus favoritos, se ponía en contadas ocasiones y los tenía desde que era un chaval. Victoria le dio un repasito a su apariencia desenfadada, más visible por una espesa barba, y sonrió contenta, mientras, correspondió gustoso viendo unas piernas marcadas por el elástico negro de unos leggins, unas botas marrones de tacón, y, con la imaginación suficiente, el resto oculto; igual que su próximo destino.

En el aeropuerto, en cuanto pasaron el control de seguridad y echó un vistazo en las pantallas digitales, se giró hacia Victoria y, con una voz medio cantarina, alegre y arrogante, dijo:

—Ya sé a dónde vamos.

—¿Sí? Venga, ¿adónde?

—Ginebra.

—Te crees muy listo ¿verdad?

—No. —Andreas encogió los hombros, la rodeó con los brazos por la cintura y le dio un beso en los labios. Estaba muy contento y tenía muchas ganas de llegar otra vez al lugar donde se descubrieron—. Lo he deducido.

—Como verás, he tenido el detalle de decirte el tipo de ropa, a ver si aprendes.

Antes de que oscureciera regresaron a Ayent. Esa vez les resultó más fácil que cuando estuvieron en agosto; sin embargo, la nieve lo cubría todo a quince grados bajo cero. En el coche, Victoria se puso unas botas blancas de pelo y se abrigó hasta las cejas. Andreas disimuló una sonrisa mientras se imaginó desnudándola, le llevaría varias horas desprenderla de las múltiples capas que se había puesto, aunque pensaba disfrutarlas. Cuando divisaron la cabaña, Victoria se detuvo y sacó un sobre del bolsillo de su anorak.

—Toma —dijo dándoselo—. Léelo.

—¿Ahora? Es mejor que entremos ¿No tienes frío?

—Tienes que leerlo primero.

Andreas resopló con fastidio, pero lo cogió. El momento no podía ser más inoportuno, pero, si su chica se ponía terca, era mejor hacerle caso y terminar pronto. Empezó a leer y sus ojos se ampliaban conforme asimilaba que la cabaña era suya; según el contrato de compra venta, era el nuevo propietario.

Con una sonrisa satisfecha, Victoria sacó las llaves y se las entregó; había conseguido dejarlo sin palabras; su objetivo.

—Eres increíble —dijo sujetándole la cara.

—Tú también. Felicidades atrasadas. —Victoria lo besó rápido en los labios—. ¿Qué te parece?

—Alucinante. Siempre me ha gustado perderme en la montaña. Gracias, cariño, pero te has pasado.

—No te creas —replicó bromeando. No había sido muy cara y podía permitírselo, además, la casa de Londres la pagaba él y no quería oír hablar de compartir ningún gasto. Entre Ivory, donde todo le salía gratis, y esa generosidad, el sueldo era íntegro para ella y un único vicio: la ropa, que tenía perfectamente cubierto. Su herencia seguía intacta, y cada tres meses su madre se encargaba de transferirle los beneficios que generaban las inversiones de su padre. Sin duda, por ver la cara de Andreas, todo el esfuerzo mereció la pena—. Me la han cobrado por metro cuadrado y ya sabes que es mínima.

En cuanto abrió la puerta y entraron, Andreas comprobó que aun siendo la misma cabaña, parecía más grande con el espacio mucho mejor optimizado. Todo era nuevo y relucía con el toque de su novia; si no supiera dónde estaban, podría haber jurado que era la suite de algún exclusivo hotel de montaña. Un suelo de madera brillante en color miel, con dos alfombras mullidas; troncos simétricos revistiendo todas las paredes, incluidos los techos a dos aguas, excepto unas piedras grises que rodeaban la chimenea; una lámpara antigua colgaba encima de una mesa oscura con dos sillas hechas a mano, se notaba el trabajo artesanal en las tallas, con unos cojines de cuadros escoceses que, seguramente, compró en alguna de esas tiendas de las que era asidua. Captó su atención un confortable sofá-cama tapizado con una tela blanca, opuesto al desvencijado que sufrieron en sus espaldas la vez anterior.

—Esto es el paraíso, no vamos a salir de aquí —comentó admirado. Curioseó en la pequeña cocina, de apenas tres metros de largo, con

armarios blancos arriba y abajo, unos electrodomésticos a la última, y una nevera mediana con un vinilo en la puerta de una cabina telefónica londinense, llamativa y original, sin sorprenderlo, comprobó que también estaba repleta de unos víveres algo sibaritas. Sonriendo, preguntó intrigado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Cuando la compré me mandaron un plano, Sarah hizo las reformas y una empresa de aquí las ha hecho. Ella lo ha coordinado todo. Nos han ido mandando fotos y, la verdad, es que han sido super competentes, muy profesionales.

—¿No habéis venido ni una sola vez a supervisarlo?

—¿El qué? —preguntó encogiendo el rostro mientras sonreía con las palmas de las manos hacia arriba—. No llega a veinte metros cuadrados, creo que es la casa más pequeña que Sarah ha reformado en su vida.

—Pero seguro que es la mejor —dijo Andreas con una cara feliz tan ilusionado con su regalo que a Victoria le recordó la mañana de Navidad, cuando lo observó jugando con los dinosaurios y sus sobrinos, volvió a ver al niño solitario que por fin conseguía un ansiado deseo. Inconsciente a esos pensamientos melancólicos, Andreas revisó el baño y, como novedad, aparte de los sanitarios nuevos y la ducha más grande, vio un pequeño termo eléctrico, se giró y comentó con una mirada burlona—. Eres una tramposa.

—Puedes llamarme como quieras, me da igual —replicó tranquila —. No iba a arriesgarme otra vez. Solo tienen electricidad la cocina, la nevera y el termo, tampoco es que me haya cargado el medioambiente. Además, los tres pueden funcionar con las placas solares, cuando haya sol, claro.

—Era broma —dijo antes de pasar por su lado y darle un beso en la mejilla—. Me gusta mucho.

—Enciende la chimenea y guardamos las cosas.

—¿Dónde está el armario?

Con una sonrisilla vanidosa, lo cogió de la mano y volvieron al salón. El sofá tenía dos cubos de un metro de altura a los lados, con unas lamparitas de lectura fijas en la pared, parecían mesitas y Andreas creyó que formaban parte de la estructura, pero Victoria abrió dos puertas con unos toques suaves.

—El de la derecha es el mío. Al menos podremos colgar las chaquetas y guardar los zapatos. En el tuyo hay también dos cajones.

Después de instalarse, Andreas encendió la chimenea y puso la mesa mientras Victoria preparó unos filetes de ternera para cenar. Luego, recogieron juntos y Andreas sacó la cama con intención de estrenarla lo antes posible.

—Voy a darme una ducha —dijo Victoria—. ¿Vienes?

—¿Me lo preguntas?

La calidez del agua en sus cuerpos acrecentó las ganas de los dos por hacer el amor. Andreas dejó un rastro de besos en su cara, disfrutando del sabor de esa mujer; su novia, amiga y la mejor amante que había tenido nunca. Cogió la ducha y le recorrió las piernas con un chorro que la inundó de cosquillas y la hizo gritar muerta de risa. Andreas no soportó más la tensión que le provocaban sus pechos, la giró contra la pared y se enjabonó las manos. Sin pasar por alto una minuciosa atención en cada centímetro de su piel, disparó a Victoria. Metió una mano entre sus muslos balanceando las caderas con una cadencia demasiado lenta. Trazó círculos imaginarios con el pulgar en sus pezones, pellizcaba y acariciaba con la presión exacta, provocando con descaro un placer inagotable que la reducía a solo desearlo. Al darle la vuelta, sucumbió a unos labios que gemían por él. Tenía metido ese sonido en la sangre, era erótico, y siempre lo apresuraba.

—Quería ir despacio —susurró con una voz profunda, que conseguía el mismo efecto en Victoria—. Pero no puedo más.

Aquel mermado autocontrol se esfumó cuando la tigresa apresó su labio inferior entre los dientes y mordió con fuerza. En aquel preciso instante, Andreas empezó a mover las caderas con ímpetu, la taladró contra su cuerpo y una pared que chorreaba igual de húmeda que la unión de sus sexos deslizándose hasta que sus gritos se mezclaron, exhaustos y en la gloria.

Medio desmoronados, tras unos minutos bajo un agua templada, se secaron entre caricias y silencios, no hacía falta buscar palabras para definir cómo se sentían juntos, esa pasión estaba por encima de todo.

Pocos minutos después, Andreas esperó a Victoria tumbado en la cama, que hizo mientras ella se secaba el cabello. Al verla reaparecer envuelta en una escasa toalla y ponerse sin bragas un camisón negro muy corto, disimulando cubrió con el edredón una columna cachonda que apuntaba hacia arriba, imparable o desatado, todo le venía bien delante de su única obsesión: la mujer que tenía enfrente y lo miraba divertida.

—¿Te pasa algo? —preguntó burlona. Andreas encogió los hombros como si la cosa no fuera con él, pero siguió suspicaz sus movimientos. Victoria, que tras la ducha se dio por satisfecha, sacó un pañuelo de seda negro de la maleta para acabar con la guerra que advirtió aún buscaba. Esos tres días iban a ser íntegros para él, como deferencia por la espera de su regalo. Se subió a horcajadas en su cuerpo y se inclinó hacia delante notando unas manos posesivas en sus nalgas. Andreas tragó nervioso y se mordió el labio que ella también

probó. Victoria lo besó con suavidad y acarició despacio la barba de una semana que se camuflaba con el amarillo y los tibios morados del recuerdo más agrio de las fiestas—. ¿Te he hecho daño?

—No —susurró con una mirada peligrosa—. Me gusta.

—Feliz año nuevo —dijo con ligeros besos alrededor de la boca—. Te amo.

Andreas no pudo articular la voz, la sujetó a su cuerpo con una firmeza desesperada y dejó que sus sexos se rozaran; era su mundo y quería estar siempre así. Más confiado que nunca, aguardó tranquilo mientras Victoria vendaba sus ojos, luego su instinto lo guió en la oscuridad hasta mecerse con suaves movimientos. Se estremecieron y ardieron de placer; el sol podía estallar y no alcanzaría el brillo de los millones de átomos que se fundieron entre ellos; resplandecieron como la estela de un gran cometa al atravesar en una espada de fuego la inmensidad de un cielo nocturno plagado de estrellas.

El día siguiente se despertaron rodeados por claridad y una nieve que invitaba a tomarse las cosas con relajación; la vida sin preocupaciones era una maravilla. Tomaron el desayuno en la cama y acabaron enredados otra vez en su propio mundo. Después de saciarse, Victoria apoyó una pierna encima de otra masculina y acarició con mimo un pecho musculoso que era una invitación constante para sus dedos, no se cansaban de tocarlo y sentirlo.

—No quiero volver —susurró dándole ligeros besos por el cuello hasta una barba clara y tupida, que aparte de ofrecer la imagen más sexy, salvaje y guerrera de su chico del norte, le hizo cosquillas al mecer la cara contra ella—. Soy feliz.

—No volvamos, por mí no hay problema si tú estás conmigo —murmuró convencido. Victoria se incorporó, sonrió y recibió otro beso. Esta vez Andreas fue más dulce, más profundo; necesitaba que supiera cuánto significaba para él; un hombre que hasta hace pocos meses jamás se planteó compartir nada con nadie, y, sin embargo, ya no podía imaginarse solo, sentía un vínculo con ella situado con honores en el lugar más alto de sus prioridades; Victoria Finch-Hutton había reventado sus planes, pero a cambio le concedió la etapa más estable de su vida. La tumbó completamente sobre él y la obligó a mirarlo—. Sabes que te amo, y no puedo pasar sin ti. De los dos, soy el que más ha ganado. Gracias por ser como eres, sacas lo mejor de mí.

Abrumada por un romanticismo que siempre conseguía sorprenderla, Victoria bajó la vista unos segundos, levantó los párpados despacio y, con la intención de aligerar ese momento y un

brillo alegre en los ojos, le preguntó:

—¿Quieres que vayamos a esquiar?

—No esquío desde hace años —respondió acariciando su cara—. Prefiero el snowboard.

—No lo he intentado nunca. ¿Me enseñarías?

—Sí, pero vas a acabar muerta.

—Mejor para ti. —Inclinó la cabeza hacia delante y susurró delante de sus labios—. Así después me reanimas.

Un pantalón oscuro de esquí, una camiseta térmica roja, y su gorro de la suerte, fueron suficientes para aislar a Andreas de un frío cruel que helaba la estación del teleférico en Anzère y las pistas del Pas-de-Maimbré. No debía ocurrirle igual al bombón de su novia, vestida con un mono amarillo chillón muy *fashion* que conseguía llamar la atención de todo el mundo, y lo puso negro cuando se lo bajó acalorada hasta la cintura, sin advertir las marcas de sus pezones en la camiseta blanca que llevaba. Esas mismas que no dejaron indiferentes a los cuatro chavales que un rato después practicaban cerca de ellos; fueron una distracción absoluta, soltaron las tablas y se sentaron sonrientes a mirarla cuchicheando sin disimular.

Subido en una *Burton* grande, pesada y llena de color, Andreas le indicaba con paciencia cómo tenía que flexionar las piernas y mover las caderas. En una de esas veces, se alejó deslizándose con seguridad y Victoria se cayó de lado. Automáticamente los chavales se levantaron para ayudarla. Cuando regresó Andreas y la vio rodeada de rostros imberbes que babeaban con los ojos extasiados fijos en la camiseta blanca, echó mano de toda su educación para no liarse a golpes y apartarlos.

—¿La podéis dejar respirar? —preguntó irónico—. Por favor.

Uno de los chicos sonrió a Victoria antes de decir casual:

—Solo estábamos ayudando.

—Habéis sido muy amables —replicó Andreas al que parecía el cabecilla. Los cuatro iban con equipaciones de marcas conocidas y, por lo que había observado, eran muy hábiles con las tablas. Supuso que serían de la zona por un acento francés que se mezclaba con el alemán de los cantones vecinos—. No hace falta que perdáis más tiempo.

—No te preocupes, tío, no vamos a quitártela.

El listillo se creció con las carcajadas sonoras de sus amigos. Andreas alzó las cejas, lo fulminó con cinismo y levantó a Victoria cogiéndola por las axilas, dando por finalizada la clase y el

espectáculo.

—¿Estás bien?

—Sí, no podía levantarme sola.

—Si quieres comemos en el restaurante de arriba.

—Vale, si soy capaz de dar un paso —dijo despreocupada.

Como consecuencia de la última caída, las rodillas y la cadera izquierda le dolían un poco. Mientras pudiera moverse, era preferible irse si pretendía seguir disfrutando del hombre que se arrodilló delante suya, le quitó las fijaciones de las botas y cargó con las dos tablas sin soltar su mano hasta llegar al refugio de madera, donde compartieron comida y acabaron un día muy divertido.

Aquella mañana Ivory parecía sacada de una postal. Desde su despacho, Nicholas recreó la vista en una fina capa de hielo que se derretía en los campos bajo un sol cálido que la humedeció hasta convertirla en agua. Tardó lo suyo, igual que la resolución afirmativa del Ministerio de Justicia para la rehabilitación del título caducado que su tío-abuelo dejó vacante al morir. El que pertenecía a Gordon como único sucesor directo. Desde que la prueba de paternidad confirmó que era hijo de William Finch-Hutton, encargó a Philip Astor que hiciera todos los trámites necesarios para restablecerlo como vizconde. Reunió a Gordon, Tristam y a su madre, aprovechando que Sarah y Charlotte les dieron una tregua en una escapada al pueblo con los tres niños; que siendo imprescindibles para todos, de vez en cuando valoraban esa tranquilidad.

Patricia y Gordon se sentaron en el sofá y observaron a Nicholas de pie, con las manos metidas en los bolsillos de unos vaqueros desgastados, y a Tristam apoyado en la mesa, mirando a su tío con una amplia sonrisa, mientras cruzó los brazos y las piernas esperando que Nicholas anunciara algo que conocía.

—Hace unos días se te rehabilitó como vizconde de Winsham, el título que tuvo tu padre y que te corresponde como legítimo sucesor.

—No tenías por qué hacerlo —dijo Gordon sin mostrar interés—. Sabes qué opino al respecto.

—Lo sabemos —comentó Patricia tocándole la mano con cariño—. Pero te corresponde a ti aceptarlo o no.

—Si no lo quieres, en la carta de creación del título se dispone que la sucesión se hará con preferencia de la línea recta descendiente, o sea, yo —explicó Nicholas serio—. Y no me gustaría aceptarlo cuando eres tú su legítimo heredero.

—Tío Gordon. —Tristam empezó risueño, ignoró los labios

fruncidos de Nicholas, que no vio apropiado reírse, y también la inclinación de cabeza de Gordon cuando le disparó una ráfaga de advertencia, no muy efectiva por la cara burlona del simpático de su *sobrinito*—. Es algo honorífico, y tampoco va a servirte para nada. Te lo garantizo por mi experiencia, llevo siendo vizconde toda la vida y no tenemos ningún privilegio. —Encogió los hombros y añadió despreocupado—. Además, a los del pub se las suda mientras pagues las birras; eso sí, vas a ser la comidilla durante varios meses.

—Tristam, por favor… —dijo Patricia resignada.

—Con la que hemos tenido que liar deberías aceptarlo.

Nicholas sonó más formal que su hermano, pero también sonreía.

—Pensaba que eras tú quien los otorgaba —comentó Gordon mirando a Nicholas—. Es un tema que nunca me ha interesado.

—Los títulos los otorga la Reina. —Nicholas se apoyó en la mesa junto a Tristam y cruzó las piernas por los tobillos—. En nuestro caso, el rey Carlos II. Yo solo puedo distribuir entre mis hijos los que tenemos concedidos, y no es algo que se hace de manera improvisada o aleatoria. Para reservar el Título principal de Henry tuve que presentar su escritura ante notario; por eso es marqués de Tisbury —comentó con una sonrisa agradecida por la comprensión que vio en la mirada de su madre. Centró otra vez la atención en Gordon y prosiguió—. Tu padre fue el último vizconde de Winsham, se lo concedió el bisabuelo Nicholas, pero al morir sin descendientes reconocidos, y como el abuelo no lo reclamó, quedó vacante y caducó el plazo para solicitarlo. Pudo hacerlo y habría vuelto a la familia, pero por alguna razón dejó que desapareciera con su hermano. —Concentrado en la oscura historia que su abuelo Henry ocultó, se apretó el labio con los dedos—. No sé por qué lo hizo, teniendo en cuenta que sabía que tú eras su sobrino. —Se incorporó de repente, rodeó la mesa y cogió una pequeña caja de madera con incrustaciones de cobre que su padre tenía guardada en la caja fuerte de la casa de Londres. Era el único objeto personal que Henry conservó de su hermano, y James mantuvo con el resto de reliquias que habían ido pasando de generación en generación. Nicholas reservó a Gordon el abrirla tras permanecer arrumbada en un rincón más de setenta años —. Astor entregó en octubre toda la documentación que nos exigían, incluida una solicitud a la Reina. También hemos tenido que buscar varios documentos muy antiguos sobre tu padre y encontramos esto.

—Gordon, estás en tu derecho de hacer lo que quieras, no queremos que te sientas presionado. Nuestra intención ha sido enmendar una injusticia aunque para ti no sea importante. Eres un Finch-Hutton con o sin título. —Patricia le cogió la mano y él se la

besó con galantería. Nicholas y Tristam cruzaron una mirada suspicaz y desviaron la vista con disimulo—. Solo queríamos que tuvieras la distinción que te corresponde. Sabes lo importante que era para James el legado. Acéptalo en su memoria, por favor.

Gordon cogió la pequeña caja y la giró en la mano.

—Está bien —afirmó en voz baja.

En aquel momento sus sobrinos se desengañaron; ninguna de sus razones fueron suficiente para que lo admitiera; en cambio, las palabras de Patricia bastaron para decidirlo. Los dos vieron con claridad como tras más de cincuenta años su tío seguía enamorado; el amor de juventud del hombre anciano que tenían delante todavía hacía mella en su espíritu, todavía tenía el poder de dominar su cabeza y estaban seguros de que seguía anclado en su corazón con la firmeza de las rocas que sujetan la tierra. Gordon nunca superó ese amor incondicional y formaría parte de su ser hasta que falleciera. Su corazón eligió mal y nunca quiso reconocer aquel error. Patricia sería siempre el gran amor de su vida, al que nunca tuvo acceso y tuvo que respetar por una amistad leal que le dio otra clase de amor. Siempre tuvieron paralelos sus destinos, pero nunca la posibilidad de cruce. Lo tenía asumido y ni siquiera soñaba con cambiarlo; prefería su amistad que perderla para siempre.

Pocos minutos después, Nicholas y Tristam salieron del despacho dejándolos solos.

—¿No vas a abrirla?

—¿James no lo hizo?

—No creo. Nunca lo vi revisando los objetos que tenía guardados; han ido pasando de manos durante años; si Nicholas no estuviera investigando, seguirían olvidados hasta vete a saber cuándo.

Gordon abrió la caja y encontró dos medallas antiguas, parecían de oro, y un reloj de bolsillo con un grabado en la tapa. Se lo pasó a Patricia, que lo examinó con curiosidad. En la parte posterior tenía inscrito el nombre de William con letras cursivas y algunas filigranas formando un lazo bajo la inscripción.

Patricia lo abrió y se quedó inmóvil mirando fijamente detrás de la tapa un retrato en blanco y negro, con tintes sepias, del rostro de una mujer. Aunque no conoció a la madre de Gordon había visto algunas fotos y supo que era ella.

—Toma —susurró al entregárselo.

Gordon lo cogió y al ver a su madre sonriente, se le humedecieron los ojos y los cerró un instante. Suspiró con fuerza, sacó la foto y dándole la vuelta leyó: «*Siempre te esperaré. Tuya, Carol*». Patricia frunció el ceño, le quitó la foto de las manos y, en cuanto comprendió

la profunda tristeza de unos ojos negros que no podían mentir, lo abrazó y compartieron el dolor de otro amor imposible.

Casi tres cuartos de siglo después, podían afirmar que William Finch-Hutton y Carol Smith se amaron, tuvieron un hijo y las trágicas circunstancias del mundo en esos años los separaron junto a unas convicciones religiosas que los privaron de tener una vida en común.

Por la tarde, en el despacho de Victoria, Charlotte cerró rápido el portátil cuando escuchó a Nicholas hablar con Tristam en el pasillo. Dejó de investigar y se apresuró a guardar la dirección y el teléfono de las dos únicas personas que coincidan con los datos de Magnus Lindqvist. Uno era agente comercial en una firma farmacéutica. El otro trabajaba en la Universidad de Malmö como profesor de Matemáticas Aplicadas, y Charlotte creyó que era el hermano mayor de Andreas; varias fotografías avalaban esa corazonada; tenían la misma sonrisa y un parecido más que razonable. Cuando Victoria regresase la pondría al día para que ella decidiera qué hacer. Solo quedaba Jonas, y sabía que localizando a Magnus era cuestión de poco tiempo. Los hermanos perdidos que Andreas no había querido descubrir en toda su vida, para ella se hicieron visibles en pocos minutos, horas como mucho, ya que descubrió dos cosas inquietantes. En septiembre de 1980 Åsa Göransson fue quien presentó la demanda de divorcio de Henning Lindqvist, contradiciendo la lógica razonable. Y la otra fue una imagen en el *Daily Mirror* del sábado dieciséis de febrero de 1980. Indagando en los primeros meses de aquel año, empezó con el personal que trabajó con ella en la Embajada de Suecia, se centró en los hombres con cargos superiores al suyo. Por casualidad leyó un Acuerdo Económico Preferencial entre los dos países, que significaba unas reducciones de aranceles muy ventajosas para la industria automovilística, y se quedó atónita cuando vio al Embajador sueco de aquella época acompañado por Sebastian Ulick, que representaba al Ministerio de Asuntos Exteriores Británico como Consejero Comercial. Debía tener alrededor de cuarenta años, con muy buena percha, pero no lo vio a él, contempló a Andreas y se dispararon todas sus alarmas; ese parecido entre ellos no podía ser una coincidencia; eran dos gotas de agua.

Charlotte, que conocía parte del pasado profesional y privado de Ulick, se obsesionó por su secreto, uno muy grave que había mantenido oculto a todos. Repasó una trayectoria brillante desde sus inicios en la carrera diplomática a mediados de los sesenta, hasta el quince de octubre de 1990. Aquel día, la muerte en circunstancias

extrañas de Virginia Ulick, su esposa y madre de sus tres hijos, llenó las portadas de la prensa mexicana, incluso en el *Excelsior*, uno de los más importantes, leyó que horas antes de que el hijo mayor de la pareja encontrara a su madre colgada de un árbol en el jardín, varios miembros que trabajaban en la casa los oyeron discutir con mucha agresividad. Tras unas semanas de investigación, se concluyó que fue un suicidio. A raíz de ahí, Ulick dejó la Embajada y regresó a Londres con sus dos hijos menores. Ewan prefirió olvidar una escena terrible en el país donde llevaba media vida, Charlotte sabía por Nicholas que jamás había vuelto y quiso creer que no fue por la suspicacia que esa muerte reflejó la prensa; durante todo el proceso policial se convirtieron en la comidilla. El interés mediático se esfumó a las pocas semanas, pero avivó la curiosidad de Charlotte con un dato que la hacía jugar con ventaja, se sabía casi de memoria las calamidades que Åsa y Andreas pasaron aquellos años. Åsa, que desde el 87 no era funcionaria pública, ya no tenía subsidio por desempleo, y supuso que iría sobrada de problemas diarios para llegar a final de mes. Pero tres años después, misteriosamente pagó en efectivo dos millones de coronas por la casa donde vivían en Estocolmo, equivalentes a más de ciento cincuenta mil libras. Era un modesto apartamento en el número 47 de Skeppsbron, en el corazón de Gamla Stan, escriturado a nombre de Andreas. Con seguridad, debido al alza de ese barrio, el precio actual estaría triplicado. Andreas la seguía manteniendo, igual que otra propiedad adquirida en 2008, en Östermalm. Charlotte pensó que pagada con los beneficios de AnGorssen, fundada un año después del fallecimiento de su madre. ¿Pero, de dónde salió el dinero del año 1990? Imposible que de su trabajo, Åsa no tenía, aparte de otra casualidad; una que dejó volar la imaginación adicta de Charlotte a los acertijos: la fecha que registraba la escritura pública, un jueves dieciocho de octubre de 1990, tres días después del suicidio de Virginia Ulick. ¿Se enteró del delito que cometió su marido y no lo soportó? ¿Lo sabía antes de abandonar Londres diez años atrás, y creyó que saldría a la luz? ¿Supuso que Andreas era fruto de una relación adúltera consentida? ¿Murió siendo consciente de alguna verdad? Charlotte se agotó a sí misma. La memoria de Ulick quedaría intacta para sus amigos, más adelante, ya decidiría. Aunque, atando cabos, viendo las cosas con distancia, Charlotte era práctica, le ayudaba en todos los aspectos de su vida, y siempre volvía a lo mismo, esas malditas coincidencias en las que no creía. Estaba segura de que la aparición repentina de Andreas, siendo hijo de un íntimo amigo de James, tenía algún motivo. Por desgracia, los tres implicados estaban muertos y cuánto más profundizaba, más se sorprendía por las

apariencias engañosas de algunas personas. Intuyendo que el doctor Henning Lindqvist quizás podía arrojar claridad, siguió buscándolo; sin éxito. No lograba entender cómo se evaporó con dos niños pequeños, debía mantenerlos, trabajar y ocultarse; mucho esfuerzo para un hombre solo.

El día que Andreas y Victoria regresaban de Suiza, Charlotte esperó a que los niños se acostaran para sondear a su marido y tener las cosas claras antes de hablar con ella. Nicholas entró de la habitación contigua, avivó la chimenea y la miró con un brillo pícaro en los ojos. Se desabrochó la chaqueta del pijama, fue hacia el jacuzzi y lo puso en funcionamiento.

—¿Vas a meterte? —preguntó Charlotte intrigada. Un poco sorprendida, ya que desde que ocuparon esa suite, las reprimendas a los gemelos para que se mantuvieran alejados fueron constantes, y, aun así, el Intrépido intentó varias veces comprobar sus beneficios; sonrió, pensando que no podía parecerse más a Nicholas, sus gustos eran iguales; vivían para el placer. Se incorporó y lo observó concentrado en los mandos—. Qué te motiva el agua.

—Tú también —admitió dando por concluida las tareas. Se dirigió a la mesa, donde tenía una botella de Lagavulin de veintiún años, regalo de Gordon, y sirvió dos vasos—. No sabes las ganas que tenía de estar relajado. Pensaba que nos íbamos sin probarlo.

—Casi —dijo Charlotte animada, cogió su mano y se sentó con él en el sillón frente al fuego—. ¿Estás contento?

—¿Por Gordon? —preguntó confundido. Charlotte afirmó con la cabeza y le acarició la mejilla—. Sí. —Nicholas sonrió y olió balanceando el vaso unos aromas sutiles ahumados, probó un sabor intenso en la boca que dejó un rastro de fuego en su lengua y entrecerró los ojos, encantado, incapaz de borrar la satisfacción en toda su expresión facial, fue feliz un instante más—. Guau, menudo nivel…

Charlotte bebió un sorbito y su cara no mostró la misma alegría; en pocos segundos, el potente sabor hizo su efecto y se relamió admitiendo el acierto de Gordon.

—Está bueno —dijo complaciente—. Podríamos ir con los niños a Escocia y visitar alguna destilería, no sé, creo que sería divertido.

—Por mí, bien. —Nicholas sonrió y volvió a beber—. Este es de Islay. Si quieres busco algo para la primavera, no tengo claro si el ferry funciona durante el invierno.

—Era una sugerencia. También me valen Edimburgo o las

Highlands.

—Skye no estaría mal, hay alguna destilería. —Nicholas bebió ausente, recordando su infancia—. Una vez fuimos a las Cuillin con Ulick y sus hijos, subimos andando hasta una cima y nos quedamos a dormir por la noche. Nos lo pasamos de miedo.

Sin saberlo, Nicholas le puso a tiro la conversación.

—¿Hace mucho que no los ves?

—Desde el funeral —respondió apagado—. No tenemos mucho contacto. Es una pena, pero con quien más me relacionaba era con Ewan, y se quedó en México. Hacía años que no lo veía.

—¿Cómo llegó a embajador? —preguntó extrañada, lo habitual era que los Gobiernos eligieran a diplomáticos experimentados para representarlos en un puesto de ese calibre, no a un aristócrata inglés, sin experiencia internacional—. Era un poco joven.

—No lo sé —dijo encogiendo los hombros—. Era de la misma edad que mi padre, se conocieron siendo adolescentes en Oxford. En esa época yo tendría unos diez años y nunca me metía en esos asuntos. Desde que terminó la carrera, Ulick trabajó en diversos puestos dentro del Servicio Exterior. Cuando lo nombraron Embajador, llevaba años en cargos relevantes.

—Apenas lo conocí, pero me pareció un hombre triste.

—Supongo que sería porque tenía una imagen distante, pero era muy agradable. Mi padre lo apreciaba mucho. Cuando volvió de México dejó la carrera diplomática unos años después; imagino que estaría cansado. No tuvo una vida fácil.

—Seguro —dijo Charlotte con un matiz cínico que Nicholas no notó—. ¿Cómo murió su mujer?

—Se suicidó en México —respondió serio, expulsó aire suspirando —. Para todos fue un palo, pero Ewan lo pasó muy mal. Se la encontró en un árbol con un cinturón en el cuello, la bajó e intentó reanimarla. —Nicholas cerró los párpados, al abrirlos, miró a Charlotte afectado —. Debió traumatizarlo.

—No lo dudo —dijo Charlotte. Sonrió, acarició su cara despacio y la besó en los labios—. Fue una tragedia, no solo para ellos. A veces las apariencias engañan, y nunca sabes las sorpresas que algunas personas pueden darte.

—¿Lo dices por mí?

—Es posible —susurró junto a su boca. No hablaba de él, y no quiso inquietarlo. Se levantó de su regazo, le tendió la mano y preguntó risueña—. ¿Vienes?

—Bueno… —respondió levantándose—. Haré el esfuerzo…

Con una intención visible en el azul magnético de su mirada,

Charlotte se quitó el camisón y se acercó al jacuzzi totalmente desnuda, andando con ese balanceo seductor que atrapó a Nicholas al instante. En unos minutos, miles de burbujas rodearon sus cuerpos, se olvidaron de preocupaciones y disfrutaron de unos arrumacos cariñosos que anunciaban cómo iban a terminar la noche.

CAPÍTULO XVI

Salisbury, Inglaterra
7/1/2014

A medida que pasaron los días, en Ivory el ritmo se convirtió en frenético para conseguir tener éxito en la primera celebración que iban a organizar por entero. Habían dispuesto una carpa en el jardín y acondicionado el salón principal. También contrataron a varios camareros de apoyo, que siguieron las instrucciones al pie de la letra del maître. El chef andaba medio loco dando órdenes en la cocina para que las bandejas de suculentos aperitivos tuvieran la presentación que quería; sería una buena publicidad para atraer al restaurante clientes ajenos al hotel, opción que estaban barajando, y Victoria confiaba en su personal, motivado por el reto e incentivos económicos.

La noche de la fiesta se marchó con prisas al dormitorio un rato antes de que comenzara. Después de ducharse, se arregló la melena y se vistió con un traje largo de color verde esmeralda. Tenía unos tirantes con bordados dorados y un escote profundo hasta el nacimiento de los pechos. Se colocó unos pendientes pequeños de perlas y también el collar que Andreas le regaló en Navidad. Era muy sobrio y la hacía parecer más mayor, pero sabía el valor sentimental que tenía para él y quiso llevarlo en su honor. Entró en el salón donde estaban llegando los primeros invitados, que como siempre eran recibidos por Nicholas y Patricia, aunque, esta vez, Gordon se unió y recibió la felicitación de los amigos que conocieron a James. Si alguno se sorprendió por la noticia, tuvo el detalle de no mostrar sorpresa, al contrario.

Con paso seguro Victoria fue a saludarlos sin darse cuenta de los ojos admirados de Andreas siguiendo sus movimientos. Estaba con Tristam y Sarah hablando con algunos directivos de agencias turísticas que, al enterarse de quién era, se mostraron encantados en presentarse aunque en sus establecimientos no eran tan exigentes con la clientela.

Vestido con un traje negro impecable, Max era la primera vez que asistía como invitado a un acto que conocía. Se acercó a Victoria y la saludó con un beso en la mejilla. No se habían visto desde hacía más

de un mes, y ella no tenía la certeza de que acudiera, pese a que todo el personal administrativo estaba invitado.

Andreas no le quitó los ojos de encima, sintiendo las malas vibraciones que le provocaba el genio camuflado de cordero amistoso. Buscó una excusa a la primera de cambio, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dirigió hacia ellos con un brillo asesino en la mirada y unos andares ralentizados igual que un depredador acechando a su presa.

Antes de que Andreas acortara toda la distancia que aún los separaba, Max fingió saludar a alguien y se escabulló con rapidez. La sonrisa de Victoria iluminó su rostro sorprendido al verlo. Solía vestir muy clásico a diario, pero con un esmoquin negro, una barba cuidada, que pronto afeitaría porque se agobiaba, y aquellos ojos fríos recorriéndola de arriba abajo, su fornido novio derrochaba una testosterona que impacientó un deseo voraz cuando su aroma penetró en ella; olía a gel, sin colonia; al descubierto, como los celos que también detecto.

—Hola, cariño —dijo Andreas dándole un beso en la boca. Le acarició con suavidad el collar y la volvió a besar en la frente—. Estás preciosa, como siempre.

—Tú también. —Victoria le tocó la pajarita—. Te queda muy bien. Me gusta.

—Luego te la presto. —Con un guiño, Andreas la cogió de la mano —. ¿Quieres bailar?

En el centro del salón de invierno, con una reducida orquesta sentada a pocos metros tocando *For once in my life,* de Frank Sinatra, Andreas la rodeó por la cintura y, con una elegancia natural, coordinación y un desparpajo asombroso, la guió entre varias parejas de invitados.

—No me has contado por qué bailas tan bien.

—Hacía años que no practicaba. Solo he bailado con dos mujeres y una eres tú —reconoció sonriendo mientras Victoria acarició su cuello —. Mi madre me enseñó.

—Te educó muy bien.

Andreas no respondió, se limitó a cambiar el gesto y mirar alrededor. Victoria, que se moría por decirle dónde estaba su hermano mayor, se contuvo hasta ir primero a Malmö y hablar con él en persona. Charlotte le dio su teléfono y dirección, y no iba a contarle nada hasta averiguar el porqué de la relación inexistente con Åsa. No tenía claro cómo se tomaría esa intromisión en su privacidad, contaba con que la sangre tirara más de él que el rencor.

La fiesta llevaba varias horas y en amenos corrillos los asistentes

consumían los canapés que con regularidad los camareros ofrecían. La diversión de sus hermanos y cuñadas era evidente por unas risas espontáneas que con Ahmad siendo el centro de atención era lo mínimo que cabía esperar. El egipcio los estaba deleitando con algunos chistes bajo la mirada de advertencia de Rachel, su pareja desde que fueron al teatro en septiembre. Empezaron a verse con frecuencia y en octubre se hizo diario. No habían formalizado nada, mantenían sus casas, aunque varias veces le había propuesto viajar a El Cairo para presentarle a su familia. Aceptó ir durante la semana de vacaciones que tendría en febrero, convencida de que aprovecharía el viaje para proponerle matrimonio.

Victoria volvía a bailar con Andreas, pero el cansancio estaba haciendo aparición y apoyó la cabeza en su pecho, dejando que la moviera con seguridad.

—Estás agotada, seguro que no has parado en todo el día.

—Sí —murmuró acariciando su nuca—. Pero ahora estoy muy cómoda.

—Estarías mejor desnuda, conmigo dentro.

Victoria alzó la cabeza, apretó la boca y de forma involuntaria logró que la presión de su bragueta le doliese. La miró con los párpados entrecerrados. No se veía el hielo azul, solo unas pestañas largas que se oscurecían bajo la tenue iluminación de unas facciones orgullosas, altivas e incluso aristocráticas.

—Hablas mucho, a ver cuando me lo demuestras.

Un vikingo con un hacha era menos peligroso que Andreas en cuanto procesó el desafío de su chica. De repente, abrió el tupido velo y le mostró el hielo empezando a derretirse. Cuando se excitaba sus ojos dilatados parecían realmente icebergs fundiéndose en el ártico. De pronto dio por terminado el baile, la llevó bien sujeta por la cintura hasta que cogió el chal, la ayudó impaciente, y salieron hacia el dormitorio. Aquella velocidad prometía una gran demostración, y Victoria supo que iba a ofrecérsela; Andreas era un adicto a los retos; la mantendría despierta y vencería a su propio cansancio, a voluntad no le ganaba nadie.

Unos días después, Victoria aprovechó el descanso de la comida y reunió el coraje para hacer la llamada que tenía pendiente. Aunque Charlotte también localizó a Jonas, era médico en un hospital de Copenhague y tenía fijada su residencia en Malmö, prefirió hablar con Magnus, pensando que al ser el mayor recordaría más cosas. Inspiró hondo varias veces y marcó el número de teléfono. Casi de inmediato

contestó una mujer en sueco. En cuanto la escuchó preguntar en inglés, pasó la llamada al despacho del profesor, a quien advirtió que era extranjera.

—Buenas tardes, soy Magnus Lindqvist.

—Buenas tardes, señor Lindqvist. Mi nombre es Victoria Finch-Hutton, le llamo desde Inglaterra. No nos conocemos, pero me gustaría concertar una entrevista con usted.

—Si es para algo relacionado con algún curso debe hablar con la Secretaría de la universidad.

—Es personal.

—¿Personal?

—Sí. Me gustaría hablar con usted sobre Åsa Göransson.

—¿Cómo? —exclamó contrariado.

—Åsa Göransson, necesito hablar con usted.

—Señorita, no nos conocemos de nada, y no voy a hablar con usted, buenas tardes.

Sin mediar más palabras, Magnus cortó la comunicación. «¿A qué venía esa llamada?». Esa mujer no tenía ningún derecho a mencionar un nombre que había tratado toda su vida de olvidar. Su madre era Ingrid Larsson desde que tuvo seis años. Åsa Göransson los abandonó siendo niños, y no iba a hablar con nadie sobre ella.

Frustrada, Victoria resopló. Luego pasó un rato buscando vuelos a Suecia para ir entre los días que Andreas estaría otra vez en Corea. Si las cosas salían como tenía previsto no se enteraría de la escapada.

Nicholas llamó a su puerta y entró con cara de pocos amigos. Traía un papel en la mano, que soltó en la mesa, donde apoyó las palmas e inclinó el cuerpo hacia delante con un gesto severo.

—¿Me puedes explicar esto?

Victoria leyó un comunicado del Ayuntamiento, adjuntaban el importe de la sanción que pagaron fuera de plazo.

—La licencia se tendría que haber renovado antes de abrir en septiembre. Se nos pasó, y para seguir con el trámite tuvimos que abonar una multa. La empresa de la gestión medioambiental tardó casi un mes en darnos los certificados, pero cuando los tuvimos entregamos toda la documentación y no ha habido más incidencias.

—No hables en plural, se te olvidó a ti —espetó con dureza—. No nos podemos permitir este tipo de fallos. Tú eres la responsable y confiamos en ti para que gestiones esto con garantía de que todo está en regla. Tu despiste nos ha costado dos mil trescientas libras —recriminó enfadado, echó el cuerpo hacia atrás y un poco más calmado añadió—. No es solo por el dinero, es simplemente que si estás al cargo tienes que hacerlo a la perfección.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —dijo con humildad, esperaba ese cabreo aunque la pilló de improviso, pudieron abrir sin problemas y pensó que iba a librarse—. Cuando Giselle se fue, me dijo que aquí solo se gestionaba una vez y la creí. Sabes que no tengo mucha experiencia y las prácticas las hice con ella.

—Me da igual lo que creyeras —dijo impasible. Estaba en Wells cuando llegó la carta certificada y salió preocupado hacia Ivory, calentándose durante el trayecto porque les había ocultado una información que podía haber hundido el negocio—. Al menos ella tenía en cuenta todas estas cosas.

—Contrátala otra vez. —Victoria sonrió sin contener el desprecio en su voz—. Si es tan buena…

—No me vaciles —advirtió mirándola arrogante—. Tú eres la directora y tienes que tener en cuenta que hay ciertas cosas que son vitales para el hotel, y la más importante es tener el permiso municipal para poder ejercer la actividad. No estamos hablando de que el repartidor del agua no haya venido, estamos hablando de algo de suma importancia para que esto funcione. ¿Entendido?

—Meridianamente. Y no me hables así, no lo soporto.

—Siento no ser más comedido cuando me encuentro con algo que puede hacernos cerrar las puertas. Si te he molestado, lo siento, pero ponte en mi lugar. —Nicholas negó con la cabeza, se llenó un vaso con agua y, tras dar un sorbo bien largo, aún molesto añadió—: Ni siquiera nos habías dicho nada. ¿Qué habría pasado si no entregamos la documentación? Responde.

—No voy a pensarlo porque no ha pasado. —Victoria se levantó y enfrentó su cuerpo a una corpulencia que nunca consiguió intimidarla, solo los separaban unos pocos centímetros, y lo desafió rabiosa por la impotencia ante una reprimenda como si tuviera otra vez diez años, por algo que sabía había sido un fallo suyo; aunque se subsanó a tiempo; sin contar la multa, por supuesto—. Te recuerdo que soy adulta.

—Lo tengo muy presente —dijo con una pose más relajada—. Espero que no vuelva a repetirse. —Nicholas fue a la puerta, pero se giró antes de salir y la vio coger una chaqueta del respaldo de su silla con brusquedad—. ¿Te vas?

—Sí. ¿Te importa?

—En absoluto. Confío en ti.

—Gracias.

—No te enfades. —Nicholas tocó su brazo e intentó que sonriera con un puchero infantil—. No quería ser muy borde —dijo acariciándole la cara. Victoria se dejó querer y lo abrazó con fuerza;

de toda su familia, el respeto de Nicholas era fundamental para ella. Desde siempre sus sermones o rapapolvos eran los que más la afectaban. Sintió la protección en sus fuertes brazos y la angustia por la visita a Magnus Lindqvist atrajo un puñado de tristes lágrimas que Nicholas advirtió. La separó de su cuerpo preocupado y las secó cariñoso con una mano—. Vamos, peque, tampoco ha sido para tanto.

—Lo siento —dijo Victoria. Esbozó una sonrisa y no lo sacó de su error. Era preferible que pensara que era el responsable de su desasosiego a tener que ampliarle la información—. Estoy un poco nerviosa.

—¿Va todo bien con Andreas?

—Sí. Ahora vuelvo a Londres.

—No te he dicho nada porque es algo entre él y yo, pero siento mucho como me comporté.

—No te preocupes, no lo ha mencionado.

—Reconozco que cuando lo conocí no estaba predispuesto a ser amable con él, en cambio ahora tiene toda mi admiración. Es muy joven para tener la compañía que dirige, y eso solo puede ser porque aparte de inteligente es trabajador.

—Lo es —afirmó sonriendo emocionada.

Victoria lo besó en la mejilla y salieron del despacho. Unos minutos después, arrancó el coche de Andreas y regresó a su casa. Durante el trayecto llamó a Charlotte, que obvió adrede mencionar a Ulick para no añadirle más intranquilidad, y hablaron sobre la conversación con Magnus. Coincidieron en que era mejor aclarar en persona un tema que estaba empezando a quitarle el sueño.

El veinte de enero Victoria no acudió a Ivory, desde su casa fue en taxi al aeropuerto y cogió un avión con destino a Malmö. Andreas había salido la noche anterior rumbo a Seúl, donde estaría cuatro días.

Tras un vuelo en el que repasó cien veces la historia de Åsa Göransson, llegó a las doce y se dirigió sin perder el tiempo a la universidad.

Descubrió una ciudad rodeada de agua que le gustó y consiguió impresionarla en cuanto el taxi la dejó en un complejo de edificios cerca del mar. Parecía una zona industrial. Todo era bastante nuevo, solo llevaba en funcionamiento quince años; sin embargo, por lo que leyó al informarse sobre el profesor Lindqvist, se estaba convirtiendo en una de las universidades más prestigiosas de Suecia.

Entró con decisión y comprobó la modernidad de unas instalaciones coloridas, lisas y muy limpias. En el interior, montones

de estudiantes entraban y salían de las diferentes aulas, hablaban, reían y los ecos de sus voces dispersaron ligeramente un nerviosismo constante, pensando en la reacción que tendría Andreas; se acobardaba y lo único alentador era una seguridad total de que se alegraría cuando pasase la sorpresa por hacerlo a su espalda. Una vez obtuvo la indicación del despacho, llegó sin problemas y esperó sentada en un banco frente a la puerta después de comprobar la ausencia del profesor, que imaginó estaría dando clase. Se distrajo un rato con el móvil, pero, sin pretenderlo, su cabeza siempre acababa con la imagen de Andreas amándola, con el sonido grave de su voz vibrando entre ellos o el recuerdo de los meses que llevaban juntos. En cómo se había convertido en la persona más importante en su vida, del desenfreno de su corazón cuando estaba cerca o de cómo latía por él.

Más de media después, el pasillo empezó a ambientarse. Se aproximó un hombre alto, acompañado por dos chicos, y supo —sin ninguna posibilidad de equivocarse— que era su hermano. Vestía de manera informal unos vaqueros, una chaqueta de pana en color camel, y un fular oscuro atado en el cuello. Tenía una barba castaña que ocultaba parte de sus rasgos, pero esos ojos eran herencia de su madre. Victoria se levantó y los interrumpió:

—¿Profesor Lindqvist?

—Sí —respondió Magnus, inclinó un poco la cabeza y apretó la frente. Los estudiantes sonrieron bajando la mirada, probablemente las hormonas de sus cuerpos recrearon una tórrida relación entre él y la sofisticada joven que tenían delante. Vestía un pantalón pirata negro, una chaqueta corta, una camisa blanca con el cuello muy grande vuelto en las solapas, y unos zapatos negros con unos tacones tan altos que no le sacaba más de diez centímetros—. ¿Usted es?

—Soy Victoria Finch-Hutton, hablamos por teléfono hace unos días.

Con una mirada de fastidio, Magnus frunció los labios, dio la vuelta y abrió la puerta del despacho.

—Espero que haya venido desde Inglaterra para algo más que hablar conmigo, si no, ha hecho el viaje en vano.

—Entiendo que es un tema muy personal, pero no voy a salir de aquí hasta que me dedique unos minutos.

Magnus giró la cabeza y sonrió resignado a sus alumnos. La inglesa era muy atractiva, pese a que empezaba a tocarle las narices. Hizo un gesto con la mano para que entrara y le indicó una de las sillas en su mesa. Cerró, tras disculparse con los chicos, se sentó enfrente, cogió un bolígrafo y lo movió molesto entre las manos.

—Usted dirá.

—Desde hace seis meses salgo con un hombre del que estoy enamorada.

—Qué bien —replicó con sarcasmo—. No me haré ilusiones.

Victoria no le prestó atención y se centró en lo que quería contarle.

—Me es complicado empezar, voy a tratar de resumirle lo que sé. Mi novio se llama Andreas Göransson —dijo despacio. Magnus cruzó los brazos y tensó las mandíbulas, Victoria no se amilanó y continuó —. Nació el cinco de diciembre del 80, su madre era Åsa Göransson.

Magnus interrumpió al escucharla:

—¿Está muerta?

Victoria afirmó con la cabeza.

—Murió hace ocho años de leucemia.

—No lo sabía.

—Estoy convencida de que desconoce muchas cosas.

—Ilumíneme, por favor.

—Su madre los dejó en Estocolmo con su padre para ir a mi país a hacer una suplencia en la Embajada. La violaron y regresó embarazada de Andreas. —Victoria hizo una pausa mientras Magnus no apartaba los ojos de ella, parecía ausente—. Su padre se divorció, la dejó sola y, aunque durante años intentó ponerse en contacto con usted y su hermano, por alguna razón que desconozco, no le permitió volver a verlos. Andreas se crió solo con ella, hubo épocas donde las cosas no les fueron muy bien —dijo perdiendo la voz. No pudo ni quiso reprimir las lágrimas que encogían su corazón cada vez que recordaba a Andreas de niño pasando penurias. Sacó un pañuelo del bolso, se sonó la nariz y añadió—: Después, ella enfermó y Andreas le donó su médula, pero no sirvió para nada.

—Discúlpeme —murmuró Magnus, ocultó el rostro con las manos sin avergonzarse por la humedad que se intuía en sus ojos, llenos de un arrepentimiento que borró la amargura de muchos años; aquellos en que su padre, siendo él y Jonas unos niños, siempre les repitió la misma historia de Åsa, la que nunca entendió. Cuando fue adulto, quiso conocerla por su boca; sin embargo, entró en otra etapa de su vida y dejó que el tiempo diluyera los recuerdos de su madre, convencido de que era lo mejor, ya que ella jamás quiso encontrarlos —. Lo siento, señorita Finch-Hutton, pero me ha dejado bloqueado. No tiene nada que ver con la información que teníamos.

—Andreas no sabe que he venido y no quiere saber nada de este tema, pero es algo que le duele. —Victoria trató de calmarse, más relajada, al percibir la comprensión de un hombre que también había sufrido por unos errores que se escaparon de su control—. Solo

pretendo hacerle comprender que está equivocado al pensar que tanto usted como su hermano han renegado de él.

—Jonas y yo éramos muy pequeños cuando nuestra madre se fue. Mi padre se volvió a casar y nos mudamos aquí. Nos contó que se enamoró de otro en Inglaterra y se quedó con él. —Se frotó cansado los ojos—. Durante algunos años me hizo creer que no le importábamos. Recuerdo que cuando llegaba mi cumpleaños siempre esperaba un regalo de mi madre. —Magnus sonrió con amargura—. Era un crío. Mi padre me aseguró que mi madre era su esposa y que debía olvidarla como ella había hecho con nosotros. —Magnus habló con un brillo letal en los ojos, pensando en unas mentiras que lo habían marcado y disminuyeron cualquier atisbo de frialdad, arrasaron su sangre con adrenalina que iba a dedicar al único responsable que conocía. Se levantó con la cara rígida y preguntó—. ¿Me disculpa un momento?

Victoria asintió limpiándose las lágrimas, mientras salió del despacho. Luego, empezó a escucharlo hablar en el pasillo; no entendió nada, pero su tono se fue elevando hasta rugir totalmente furioso. Unos minutos después, un silencio absoluto y el profesor volvió a entrar con el cabello desordenado, aquella imagen daba buena cuenta de su ansiedad.

—Siento haberle dicho las cosas así —dijo Victoria con una sonrisa leve. Magnus se parecía a Andreas, aunque era menos altivo, más cercano, y de inmediato sintió una empatía natural hacia él—. No era mi intención crearle problemas.

—No lo ha hecho —dijo amable. Inclinó un poco el cuerpo hacia delante y le tendió una mano que Victoria aceptó con cortesía—. Creo que nos podemos tutear. Hola otra vez, soy Magnus.

—Victoria, encantada.

—Mi hermano viene de camino. ¿Te apetece comer? La comida de la cafetería no está mal.

—Sí, hace un montón de horas que salí de Londres. Tengo hambre.

A través de un pasillo con puertas naranjas, murales de fotografías y apenas tránsito, llegaron a la cafetería. Magnus colocó una mano en la parte baja de la espalda de Victoria instándola hacia la isla donde se exponía la comida. En cuanto eligieron sus platos, sacó una tarjeta de la universidad y pagó la cuenta de los dos.

—No entiendo que llevó a mi padre a privarnos de nuestra madre —dijo reflexivo.

—Yo tampoco. —Victoria suspiró hondo—. No tenía derecho a hacer lo que hizo; fue una crueldad —murmuró—. Todos habéis perdido. ¿Nunca supisteis que teníais un hermano?

—Jamás —reconoció negando con la cabeza—. Habíamos dado por hecho que nuestra madre seguía en Inglaterra. Solo tengo recuerdos muy vagos de esa época.

—Andreas piensa que vuestro padre os predispuso en contra de Åsa.

—No —dijo tranquilo—. Él eludía el tema. Yo era quien más le preguntaba, pero, como te he dicho antes, me hizo creer que mi madre no nos quería, y Jonas no la recuerda. Cuando me has dicho que la violaron, me he quedado sin palabras. No tenía ni idea.

—Exactamente Andreas no me lo ha dicho así, me dijo que alguien con autoridad, tampoco sé su nombre, se encaprichó de ella y un día se le fue de las manos. Que a un hombre se le vaya algo de las manos con una mujer y la deje embarazada, no tiene muchas vueltas, además, la despidieron cuando lo denunció; imagino que para encubrir al responsable. —Victoria bebió un sorbito de agua y siguió—. Hay muchas lagunas que ni vosotros ni Andreas conocéis, y quizás tu padre sí.

—Ten por seguro que va a contarnos su versión.

—Es el único que tiene algunas respuestas, otras si queréis tendréis que averiguarlas por otros medios.

—¿A qué se dedica mi hermano? ¿Vive aquí?

—Es empresario —dijo con una pizca de orgullo—. Desde hace poco más de un mes vivimos juntos en Londres, pero antes siempre ha vivido en Estocolmo.

—No puedo creer que durante tanto tiempo hayamos estado a seis horas. —Magnus hizo un gesto resignado con los labios—. Cuando se divorciaron pasamos un año en Copenhague, después mi padre pidió el traslado aquí, conoció a Ingrid, era enfermera en el hospital, se casaron y solo nos mudamos una vez más, éramos adolescentes, pero siempre aquí.

—¿Han tenido hijos?

—Sí, dos chicas, Linn y Olga. Tienen treinta y uno y veintiocho. Si he calculado bien, Andreas treinta y tres ¿no?

—Correcto.

Sonó el móvil de Magnus al recibir un mensaje. Con velocidad, al momento tecleó: «*Kafeterian*». Poco tiempo después, apareció derecho hacia ellos una versión morena de Andreas, un clon perfecto; al menos esa fue su primera impresión. Victoria se quedó inmóvil sin reaccionar. Los hijos de Åsa debían haber heredado sus rasgos, aunque Andreas era el más delgado y sus pómulos o la nariz tenían algo diferente que no supo distinguir, por lo demás, los tres Göransson estaban cortados por el mismo patrón.

—Jon, ella es Victoria.

—Encantado.

La saludó con un apretón de manos.

—Igualmente.

Jonas se sentó al lado de su hermano, se interesó por la vida de su madre y preguntó por Andreas. Victoria notó que era mucho más reservado que Magnus; pero también era posible que para él solo fuesen nombres. Se instaló entre ellos una grata comodidad y pasaron más de una hora entre hipótesis y recuerdos.

—¿No tienes clase? —preguntó Jonas.

—Por hoy he terminado.

—Qué suerte —dijo Victoria mirando a Magnus con una ligera sonrisa. Se centró en Jonas y preguntó curiosa—. ¿Cuál es tu especialidad?

—Soy cardiólogo, como mi padre.

—¿A qué se dedica la empresa de Andreas? —preguntó Magnus

—Es un grupo de empresas, AnGorssen. Tocan varios sectores. Es el principal accionista y presidente.

—¿AnGorssen Group? —preguntó Magnus. Extrañado miró a Jonas, la empresa era bastante conocida—. Uno de los hoteles del centro es de ellos, y alguna vez hemos visto a Andreas en los periódicos.

—Tienen hoteles, restaurantes, fábricas… —Victoria dejó la enumeración.

—Son muy fuertes —dijo Jonas un tanto escéptico—. ¿No es un poco joven para un negocio así?

—Sí, bastante diría yo —reconoció sonriendo—. Por eso es aún más admirable. No ha tenido ninguna ayuda, y se ha visto muy solo.

—Me lo imagino. —Jonas asintió con la cabeza—. Debe tener las ideas muy claras.

—¿Trabajáis juntos? —preguntó Magnus.

—No —respondió Victoria, sopesando si ampliarles algo más sobre su familia. Algunas personas se impresionaban y tenía por costumbre no comentar nada hasta tener cierta confianza—. Trabajo en Salisbury, en un hotel rural.

—En el campo… —dijo Magnus pensativo—. Varias veces al año voy a Londres, a seminarios o conferencias, me gusta la ciudad, pero una vez hice un curso en Cambridge y aluciné, es una ciudad preciosa.

—Para que tú alucines, no hace falta mucho —comentó burlón Jonas—. ¿No te perdiste?

—Por supuesto —replicó Magnus moviendo los labios con un gesto cínico—. No es lo mismo si llego a la primera, así voy sobre seguro.

Victoria miró la hora y se levantó, también los hermanos Lindqvist.

—Tengo que irme. El avión sale a las seis.

—Gracias por venir —dijo Jonas.

—Gracias a vosotros. —Victoria estrechó su mano—. Ha sido un gran alivio poder hablar y comprender algunas cosas.

—¿Te puedo llevar al aeropuerto? —preguntó Magnus.

—Si no tienes nada mejor que hacer, sí.

Salieron de la universidad, volvieron a despedir a Jonas y se dirigieron al aparcamiento que había frente a la entrada principal, donde Magnus la guió hasta un Saab burdeos con bastantes kilómetros en el motor.

—¿Cómo vas a decirle a Andreas que nos has encontrado?

—No lo sé. —Victoria terminó de colocarse el cinturón de seguridad y se giró mirándolo preocupada. Les había comentado la intención de Andreas de seguir sin conocerlos, pero tendría que hacerlo; sus hermanos querían y él, tarde o temprano, entraría en razón—. Creo que le diré que te he encontrado curioseando por Internet. En función de cómo se lo tome, te llamo.

—Por lo que cuentas debe tener un carácter fuerte.

—No, pero este tema es tabú.

—Me da pena que se viera solo con la enfermedad de nuestra madre, si Jonas o yo hubiésemos estado a lo mejor no estaría muerta.

—Es mejor no ver las cosas así, si no, vas a amargarte más.

—Debes quererlo mucho para estar haciendo todo esto.

Victoria encogió los hombros y con timidez apretó los labios en una curva ascendente.

En unos minutos llegaron al aeropuerto, se despidieron dentro del coche, no quiso que la acompañara, y, respirando más tranquila, entró dando por finalizada una reunión tan temida como ansiada que había confirmado sus sospechas: los hermanos de Andreas nunca supieron de él. Se concentró en el avión, tratando de enfocar la conversación que le aguardaba. Andreas volvía de Seúl en pocos días y no quería dilatar un reencuentro que su corazón le decía había sido su mayor deseo desde niño.

El jueves Andreas aterrizó en Londres a las cuatro de la mañana. No consintió que Victoria fuese al aeropuerto, cogió un taxi y llegó a su barrio antes de que amaneciera. Estaba cansado, pasaría el día siguiente como un zombi, y no veía el momento de acostarse. Hizo el menor ruido posible cuando entró en el apartamento y se desnudó contemplando a su novia dormir plácidamente en su lado, con el

camisón dejando al aire unas piernas torneadas que imaginó rodeando su cintura y estaba como loco por sentir. Se tumbó con sigilo y le apartó el pelo del hombro para darle un suave beso.

Victoria se movió, la envolvió el olor de Andreas, ese olor a hombre que tanto le gustaba, abrió los ojos y sonrió despacio.

—Hola —susurró adormilada. Los ojos de Andreas y el brillo que tenían cuando la miraba como si fuera la mujer más sexy del planeta, hizo que Victoria lo deseara tanto que le dolía. Unieron sus labios y olvidaron todos sus pensamientos—. ¿Estás cansado?

—Nunca para ti. —Andreas negó con la cabeza y sonrió con malicia—. Llevo doce horas en un avión revisando documentos, pero no he podido concentrarme ni un minuto seguido. Solo pienso en estas —susurró. Colocó las palmas de las manos en sus pechos y los amasó encima de un suave raso. Victoria subió los brazos para facilitarle la tarea y se quedó tan desnuda como él. Andreas recorrió sus muslos con los dedos extendidos, luego acarició con el pulgar su clítoris, y sonrió vanidoso; aquellos gemidos eran por su culpa, tenía esa habilidad. Se inclinó y besó sus senos con el control escasito, su propio anhelo lo llevó a morderle los pezones con fuerza, pero bajó el nivel en la presión de sus dientes en cuanto Victoria le tiró del pelo—. Lo siento, es que si pudiera me las comía.

—Yo también tengo hambre —susurró pasándose la punta de la lengua por el labio superior.

Andreas fue el primero en saciar la suya. Cuatro días sin catarla eran una eternidad para su deseo y la lamió a conciencia. Los gritos de Victoria cuando llegó al orgasmo en su boca, lo embriagaron hasta eyacular en las sábanas. Cualquier adolescente con la cara llena de granos tenía más aguante; por suerte, su tiempo de recuperación retrocedió acorde a esa edad.

Victoria lo besó en los labios, y se saboreó en ellos, rodeó su pene con una mano hasta convertirlo en el mejor de los aceros, se colocó encima e inclinó el cuerpo hacia un lado para coger un bote de aceite de la mesita de noche.

—¿Para qué es eso?

—Para que te relajes —dijo risueña. Andreas abarcó sus pechos y los apretó entusiasmado—. Como no te estés quieto voy a tener que atarte.

—Haz conmigo lo que quieras. Estoy listo.

Victoria lo observó un momento, se levantó con un brillo endiablado en los ojos y cogió dos corbatas. Andreas tragó despacio y se mordió el labio ante la escena que imaginaba. Era incapaz de pararla. Si quería atarlo, tocarlo y cabalgarlo mientras él no pudiera

moverse, era la mejor de las ideas para celebrar su reencuentro, tenía vía libre.

Sin prisas y con total alevosía, Victoria le pasó una corbata por la muñeca y la ató a la cama. Hizo lo mismo con el otro brazo y cuando se dio por satisfecha volvió a subirse a su cuerpo.

—Abre.

Al escucharla, se movió inquieto, pero abrió las piernas sonriendo sorprendido.

—Esa palabra es mía.

—Si tú lo dices… —Con una mirada tan voraz como las suyas cuando iba a darse un festín, Victoria recorrió su cuerpo. Sintió el fascinante poder de tenerlo a su merced, era su prisionero y estaba dispuesta a hacerle pagar un castigo. Se echó un poco de aceite en las manos, las deslizó por su pecho hasta que se acercó a la entrepierna y Andreas brincó ansioso—. Quédate quieto.

—Ten un poco de piedad, me estás torturando.

—La misma que tú tienes normalmente conmigo.

Acarició, besó y arañó amando con los labios al hombre dócil que yacía bajo su cuerpo; el que había conseguido que perdiera la timidez y encontrara su sensualidad; dejó que unos suspiros varoniles se convirtieran en melodía para sus oídos; siempre él era responsable de su placer.

Poco después, a Andreas le palpitó el corazón, desbocado intentando controlarse mientras Victoria se mecía con su miembro enterrado dentro. Le dolieron los brazos de la tensión que sus músculos soportaron, pero iba a morir de éxtasis y lo haría a gusto.

Victoria se dejó caer sin fuerza encima de su pecho, abatida por otro orgasmo que les robó el aliento. Dándose la vida, unieron sus labios con la misma parsimonia en unos besos cariñosos hasta que Andreas movió los hombros y se le marcaron unas venas en el cuello. Aunque no se quejó, Victoria se apartó de él, soltó las ataduras de sus manos y las dejó en el suelo. Luego, envueltos en calidez, amoldaron otra vez sus cuerpos y Andreas se durmió con el pensamiento de retenerla a su lado; era feliz de rodillas delante de esa dulce mujer que un día pensó comería de su mano; Victoria se había convertido en el amor de su vida, sin dudas.

CAPÍTULO XVII

Salisbury, Inglaterra
10/2/2014

Un mes después de la reapertura de Ivory, como la experiencia organizando la fiesta fue positiva y una empresa especializada en celebraciones mostró interés en alquilarles la finca durante los meses que estaba cerrada, Nicholas se encontraba en su despacho revisando las diferentes propuestas de Victoria, predispuesto a admitir la sugerencia de Andreas.

—Nick, ¿podemos hablar? —preguntó Victoria asomada en la puerta.

—Claro, pasa.

Victoria traía una carpeta que puso en la mesa antes de sentarse.

—He estado mirando los gastos de la fiesta con Max. Según lo que hemos visto, tenemos que apretarles para que nos dejen poner a nosotros el catering y que ellos solo se encarguen de sus clientes. Si no lo hacemos así, no nos compensa. Estaríamos como hasta ahora, sin pérdidas y sin beneficios.

—¿A quién le tienen contratado ahora el catering?

—A una empresa de Londres. Si les ofertamos el servicio un poco más barato, podríamos tener más posibilidades.

—No creo que haga falta. Intenta enterarte de los precios que les están poniendo, solo con el transporte ya ahorrarían con nosotros. Además, si necesitan usar nuestra cocina eso va aparte. Haced números y que Max te diga de dónde podemos sacar más beneficios, pero no olvides que la idea es tener el control absoluto; si no aceptan, encontraremos otra, no vamos a bajarnos los pantalones a la primera de cambio.

—Vale —admitió con el gesto cansado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Victoria sonrió para tranquilizarlo. Desde que volvió de Suecia, estuvo varias veces a punto de sacarle el tema a Andreas, aunque siempre se echaba para atrás. Toda la confianza que tenían en otros aspectos de sus vidas, en ese no existía. No quiso dar pistas a Nicholas y, pese a que en ese momento no estaba muy interesada,

desvió la atención hacia otro tema—. ¿Cómo vas con la novela?

—Lento. Le he dicho a Charlotte que me eche una mano con la investigación. Es muy buena desentrañando misterios.

—Sí, eso he oído.

—Voy por el II duque, y de todos es el que menos me está interesando.

—¿Por qué?

—Porque solo introdujo el maíz en el cultivo, que significó una mejora para los campesinos y la economía de la finca, pero no quiso invertir en útiles de labranza para facilitarles la labor. En cambio, reunía con frecuencia a sus amigos para hacer cacerías en el bosque, por lo que el número de venados se redujo al ochenta por ciento, un desastre.

—Vaya —dijo bostezando aburrida.

—Sí, ha sido el máximo exponente del clasismo de la época. Me imagino que tendría la casa siempre llena de invitados felices por practicar su pasatiempo favorito. —Nicholas notó la influencia de Charlotte, pero, en este caso, compartía sus argumentos—. Trabajaban aquí más de cincuenta personas, en exclusiva para atender sus necesidades. Mientras, los agricultores y ganaderos apenas conseguían tener ingresos para subsistir.

—Muy interesante. —Victoria se levantó. Antes de salir, sonó su móvil con una llamada de su madre—. Hola, ¿dónde estás?

—En casa de Gordon —dijo Patricia, preocupada por su salud, añadió—: No se encuentra bien, tiene fiebre y no quiere ir al médico.

—Ayer no tenía buen aspecto. ¿Está resfriado?

—Sí, y respira muy mal, pero no me hace caso.

—No te agobies, Gordon es muy fuerte.

Nicholas prestó atención a su hermana.

—No sé qué hacer. —Patricia suspiró—. Desde ayer no come.

—Voy a ver qué puedo llevarle. Iré dentro de un rato.

—De acuerdo.

Pensativa, Victoria guardó el teléfono.

—¿Qué le pasa a Gordon?

—Mamá dice que está con fiebre, no quiere comer ni ir al médico.

—Viejo cabezón —murmuró Nicholas levantándose—. Voy a verlo.

Salieron deprisa del despacho y llegaron al vestíbulo, Nicholas notó la vibración de su móvil en el bolsillo del pantalón, vio que era su madre y creyó que iba a contarle lo mismo que a su hermana.

—¡Nick!

Al escuchar un grito angustiado, Nicholas frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Ven a casa de Gordon ya, por favor. Se ha desmayado y no puedo levantarlo.

—Llama a una ambulancia. Estoy saliendo. Tardo cinco minutos.

—¿Está peor? —preguntó Victoria notando la tensión en su rostro.

—Se ha caído, parece que ha perdido el conocimiento.

—Te acompaño.

Corrieron bajando la escalinata y, antes de llegar al coche de Andreas, Victoria le soltó las llaves, el deportivo estaba más cerca y era más fácil sacarlo del aparcamiento.

—Es mejor que lo lleves tú —dijo Nicholas—. Estás más acostumbrada.

—No puedo conducir ahora mismo. —Victoria levantó las manos, la sorpresa por la noticia y la aprensión por que le sucediera algo malo se habían adueñado de ella—. Estoy temblando.

Sin problemas, Nicholas maniobró y en pocos minutos dejaron atrás el camino de Ivory, pudo comprobar la potencia del motor pisando a fondo por la misma carretera donde tuvo la arritmia la noche que nació su hija. Se consoló porque la casa de Gordon estaba a pocos kilómetros. Sin querer alarmarse, viendo la inquietud de Victoria, pensó en una bajada de tensión o cualquier cosa relacionada con el resfriado o la edad, dijo:

—No va a pasarle nada, tranquilízate.

En cuanto abrió Patricia, Nicholas fue hacia el dormitorio y vio a Gordon tumbado en el suelo. Los servicios de emergencias aún no habían aparecido, y le costó levantarlo solo con la ayuda de Victoria; aunque era un poco más bajo que él, Gordon tenía la suficiente corpulencia para que moverlo hasta la cama supusieran unos minutos horribles que Patricia pasó alrededor de ellos, nerviosa por si volvía a caerse; rogando porque no la abandonara casi un año después que James.

Cuando el médico llegó, tras tomarle la tensión, preguntó si Gordon había tomado ansiolíticos. Con el ceño fruncido, Patricia cogió la caja de pastillas que tenía encima de la mesa y se la dio.

—No debería tomarlas, producen mucha tolerancia y bloquean a los antihistamínicos —dijo el médico serio, se la devolvió y añadió—: Tiene la tensión muy baja. Voy a ponerle un tratamiento para cuatro o cinco días, hasta entonces es mejor que no tome nada más, sobre todo esas pastillas.

Dando por terminada una charla esclarecedora, Nicholas acompañó al médico a la puerta cuando Gordon se despertó. Tardó

unos segundos en ubicarse, entornó los ojos observando confundido a Patricia, que se sentó en el borde de la cama y sujetó su mano.

—¿Qué pasa? —murmuró despacio. Miró a Victoria y apretó la frente al ver entrar a Nicholas. Giró la cabeza y se concentró en Patricia—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Te has desmayado cuando ibas a la cocina ¿No te acuerdas?

—No.

Nicholas se acercó más, movió la caja de pastillas y, mirándolo directamente a los ojos, preguntó:

—¿Desde cuándo tomas esto?

—Dos días —mintió Gordon—. Me duele la cabeza.

—Esto no es para la cabeza —dijo Nicholas. No era propio de él un fallo así—. Es para la ansiedad. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Gordon se removió molesto—. Me he equivocado de pastillas, eso es todo —dijo cansado, se le notaba la mucosidad al hablar—. Desde ayer la cabeza me está matando, las cogí creyendo que eran analgésicos. La caja es del mismo color.

—Pero no tienen el mismo nombre.

—Ya me he dado cuenta —replicó Gordon con dureza. Tenía que cortar a Nicholas, era suspicaz y se conocían. Se incorporó y añadió enfadado—. No hace falta que me lo repitas.

Patricia colocó una mano en su pecho empujando con suavidad hacia atrás.

—No vas a salir de la cama hasta que no estés bien.

—¿Quién me lo va a impedir? —preguntó obstinado.

—Yo.

La voz de Nicholas retumbó firme. Con una mirada prepotente, cruzó los brazos y se mantuvo desafiante, mientras Patricia y Victoria aliviadas rieron con disimulo al verlo mostrar ese carácter independiente que brotaba con ráfagas soberbias.

—Sois unos pesados.

—Lo que tú digas. —Nicholas sonrió condescendiente, lo desafió un instante más y advirtió serio—. Te quedas aquí sin moverte, tranquilito.

—Somos tus pesados particulares —dijo Patricia con una sonrisa ligera. Le tocó la frente y percibió que aún tenía la fiebre alta—. ¿Te apetece un zumo?

—No.

—Procura cuidarte —comentó Victoria—. Y come algo, por favor.

—No os preocupéis, me quedo con él.

—Muy bien, llámame si no se comporta. —Nicholas se despidió dándole un beso en la mejilla a su madre y unas palmaditas en el

hombro a Gordon—. Hazle caso a mamá si no quieres vértelas conmigo.

Gordon asintió en silencio, resignado. Con Patricia en su casa entendió que no tenía escapatoria; debería seguir todas sus recomendaciones sin rechistar; conocía la autoridad que se gastaba cuando James convalecía de alguno de sus episodios.

Gracias a los cuidados de su enfermera, esa noche mejoró bastante. Se levantó despacio de la cama con ganas de ir al baño y tomarse una de las pastillas prohibidas para poder conciliar el sueño, la vio dormida en su viejo sofá y, durante los pocos minutos que la contempló, estuvo embargado por la ternura, agradeciendo una batería de mimos inagotables desde que se quedaron a solas. Seguía siendo una mujer muy bella, con las piernas estiradas, un libro caído en el regazo, y las gafas de leer colgando de la cadena en el pecho. Buscó una manta en el armario y cubrió su cuerpo con cuidado de no despertarla. Al sentir el calor, Patricia se movió y cambió de posición. Tenerla en su casa, preocupada por él, era una prueba demasiado dura para alguien que había perdido la esperanza. Quiso besarla; pero fue consciente de que un único beso no calmaría una vida entera esperando; no se conformaría, y su honor tampoco le permitió salir de dudas.

El día catorce de febrero iban a comer en Amesbury para colaborar con Tristam en una sorpresa que llevaba semanas preparando a escondidas de Sarah. Esa mañana, muy temprano, tenía que aprovechar la paz de la casa mientras los niños estaban dormidos, Nicholas entró despacio en su dormitorio cargado con un desayuno especial, preparado con esmero en una bandeja que dejó en la mesita de noche de Charlotte, incluso cortó una rosa roja del jardín y la colocó en una servilleta bordada, con una nota bajo el tallo.

—Buenos días.

—¿Qué hora es? —Charlotte se desperezó y abrió los ojos aturdida—. ¿Por qué estás vestido?

—Son las siete y Maggie está a punto de levantarse, no he creído oportuno enseñarle el culo tan pronto, mejor hacia la tarde.

—Estás muy gracioso ¿no?

—Hago lo que puedo —dijo despreocupado. Se sentó a su lado con la espalda apoyada en el cabecero—. ¿Quieres desayunar?

—Sí. —Charlotte reparó en la bandeja y sonrió feliz. Otra vez estaba consintiéndola, demostrándole a diario que siempre perduraría ese amor poderoso que los unió—. Te quiero.

—Feliz día de San Valentín.

Nicholas cogió la flor y se la entregó con un beso. El simple roce suave de sus labios, lo lanzó a profundizar con la lengua, ardiendo en lentos embates que le transmitían el deseo que sentía por ella. Nada más separarse, Nicholas sirvió el humeante café que terminó de despertarla y Charlotte cogió la nota. Con atención leyó: «*Gracias por tu amor, sin él habría muerto hace mucho tiempo. Gracias por nuestros hijos porque sin ellos no sería el mismo. Gracias por existir a mi lado. Tuyo. Nicholas*»

—Gracias a ti por quererme.

Charlotte acarició su rostro y le dio un beso en los labios. Después, desayunaron tranquilos hasta que empezaron a escuchar a Maggie hablar con los niños. Al momento, llamó en la puerta y apareció con los tres. Los gemelos se subieron corriendo en la cama y la niña pataleó emocionada cuando su padre la libró de Maggie.

—Siento la interrupción, pero no he podido convencerlos.

—No te preocupes ya habíamos terminado —dijo Nicholas mirando a Jamie. Desde que nació le había parecido la cosa más bonita del mundo y con casi siete meses era comestible. Tenía los mofletes sonrosados, una risa permanente, empezaba a balbucear sus primeras palabras y parecía que iba a ser tan rápida para aprender a andar como sus hermanos; siempre estaba gateando detrás del perro o intentando seguirlos a ellos. Crecía fuerte y sana, con unos rasgos suaves heredados de Charlotte, aunque el cabello castaño era suyo, la besó en la cabeza y le habló cariñoso—. Buenos días, belleza.

—Veo que hoy tiene usted prisa —comentó Maggie burlona, desvió la vista hacia la bandeja—. Aún no son las ocho.

—Mírale el lado positivo para ti, te he ahorrado nuestros desayunos.

—Cuando usted hace algo en la cocina, la palabra “ahorro” no entra dentro de mis cálculos.

—Compruébalo por ti misma. Lo he dejado todo perfecto.

—Usted y yo tenemos conceptos diferentes para la palabra “perfecto”.

—No creo que haya ensuciado mucho —dijo Charlotte.

—Es posible que me encuentre una catástrofe nuclear cuando baje —comentó fingiendo estar horrorizada—. No lo diría muy alto.

Nicholas la miró entornando los ojos y empezó a hacerle carantoñas a su hija, sin preocuparse por añadir nada más. Si Maggie quería, podían seguir con la batalla durante horas. Prefirió dedicarse a sus golfos favoritos.

—Alex, Henry ¿queréis desayunar?

—¡Sí!

Dejaron la disputa que se traían a medias y precedieron a Nicholas por la escalera hasta llegar a la cocina, donde tras unos saludos entusiastas a *Brown,* se sentaron a la mesa en sus sitios habituales. Colocó a Jamie en la trona, le acercó unos juguetes y, mientras preparaba su biberón de cereales, los gemelos la distrajeron, ignorando la gran sonrisa de Charlotte, que los observó desde la puerta con un guiño cómplice suyo; aquellas risas inocentes les exigían una atención constante y también eran responsables de los mejores momentos de sus vidas; esa que nunca imaginó antes de conocer a su mujer.

Tristam llevaba semanas dándole vueltas a su reto y, tras descartar un montón de ideas, se decidió en hacer partícipe a parte de su familia. Organizó una comida con la excusa de pasar el día juntos, pero como no destacaba por su capacidad de convicción con Sarah, para no levantar sospechas, cuando se despertó le regaló un fin de semana en Marbella; se lo vendió de lujo: desconectar bajo un sol calentito asegurado, buena comida, una visita a la ciudad natal de Picasso, que tenía muchas ganas de conocer, aparte de otras salidas con un buen amigo suyo, promotor de eventos en la Costa del Sol.

Cuando terminaron el postre, Charlotte les explicó que había preparado un juego para entretener a los niños, ninguno lo rechazó y se mostraron un pelín demasiado encantados; Sarah no tuvo ninguna oportunidad. Se repartieron en tres equipos y Tristam les entregó un corazón de papel con las pistas que debían seguir; ignoró a Nicholas y a Andreas cuando cogieron los suyos, que lo miraron con burla, pensando en que no había podido ser menos original. Ganaría el equipo que antes encontrara el *tesoro*, aunque realmente los únicos entusiasmados con el juego fueron Alex y Henry, los inocentes.

Salieron los primeros formando el azul: Patricia, Gordon, Jamie y Nicholas. Luego, en el amarillo, Victoria, Tristam y Andreas. Por último, los que se quedaron solos en cuanto empezaron, con el verde esperanza: Charlotte, Sarah, Alex y Henry. Excepto Tristam, los azules y amarillos volvieron a la casa. Jamie, que no participó de manera activa, lloró desconsolada y estuvo a punto de fastidiar la jugada sin entender por qué la salida había sido tan breve para ella.

En el camino plagado de arbustos y árboles que llevaba a la cuadra, pendiente de la vibración del móvil, Charlotte dejó que los niños buscaran como locos. Entre risas y exclamaciones decepcionadas, los pobres obedecían sus consejos inútiles.

—Esto es un aburrimiento —comentó Sarah, harta de dar vueltas—. Me largo.

—De eso nada —dijo Charlotte disimulando unos nervios cansinos, igual que su amiga; una petarda para reventar sorpresas. Recibió la señal que esperaba y se dirigió al establo con los niños detrás—. Vamos a ganar nosotros. Alex, Hen, venid. —Charlotte los cogió de la mano—. Sarah, voy a mirar con ellos por ahí —dijo despreocupada, señaló el principio del camino—. Entra tú al establo y mira.

—No creo que esté dentro. En la pista lo pone bien claro —dijo rápido. Con una mueca de fastidio, Sarah levantó el corazón de papel y leyó—: «*Sigue la hiedra/ al final del camino/ en la piedra/ encontrarás tu destino*» —Sonrió y comentó irónica—. Aquí no hay nada, Charlie. ¿Dónde está la hiedra?

—Entra ya —dijo impaciente—. Así lo descartamos.

—¿Quién ha sido el lumbreras? —preguntó Sarah cínica, movió la cabeza incrédula y añadió—: Seguro que sabes dónde está. Dímelo y terminamos. A los demás no se les ve, no van a enterarse. ¿No te dan pena tus hijos?

—No, y no te pongas pesada —dijo Charlotte sonriendo, tiró de los gemelos alejándose de ella—. Cuanto más tardes peor para ti.

—Desde luego…

Protestando, Sarah se giró y abrió la puerta del establo. *Solance y Wizard* relincharon contentas al verla, se acercó a saludarlas y algo en el cuello de *Wizard* llamó su atención: otro corazón rojo colgado con un hilo de pescar. Acarició la cara de su potrilla y leyó la pista que custodiaba: «*Elije al perro correcto y habrás acertado*». Al instante, las sospechas de Sarah se confirmaron con la aparición de *Solo y Brown* disfrazados como caballeros medievales. Nada más conocía a una persona capaz de llegar al extremo del delito de esa manera. Supuso que las armaduras eran unas capuchas enguatadas de color plata que les tapaban las cabezas, y unos faldones arrastrados por el suelo, las túnicas. La lástima fue que la única parte distinguible, las orejas, estaban bien ocultas. Terminó riéndose de ellos, y se dirigió a la puerta para dejarles el honor a los niños.

—No has elegido.

Al escuchar la voz de Tristam, dio despacio la vuelta, recorrió el interior con la mirada hasta localizarlo saliendo entre las sombras. Se acercó a ella con las manos en los bolsillos del pantalón y una ligera sonrisa.

—¿Tú has organizado el juego? —preguntó delante de él.

Tristam afirmó en silencio con la cabeza.

—Elige a uno.

—Es mejor que lo hagan los niños, estaban como locos.

—Ellos ya tienen su tesoro, ahora me toca a mí.

Sarah se quedó sin color en la cara y tragó nerviosa, comprendiendo la encerrona con su familia compinchada.

—Elijo a *Solo*.

—¿Cuál es de los dos?

Observó concentrada a los perros, incapaz de distinguirlos.

—¡*Solo*!

Tristam entrecerró los ojos y apretó los labios, era una tramposilla; pero la amaba. *Solo* llegó contento, Sarah le descubrió la cabeza, encontró un anillo atado a su cuello, y miró divertida a Tristam, que absorto en su belleza, se arrodilló delante con una reverencia. Sarah era su gran amor y quería tenerla bien atada a él.

Lady Ginebra contempló enamorada a *sir* Lancelot. Aunque Sarah acarició el rostro de *lord* Tristam Finch-Hutton, vizconde de Sherborne. Cogió su mano para que se levantara, pero movió la cabeza negando suavemente.

—Sarah Thompson —dijo un poco nervioso, carraspeó y preguntó —, ¿quieres casarte otra vez conmigo? —Tristam sonrió y siguió con su declaración—. Te prometo que he aprendido de mis errores y sé que te amaré siempre. —Hizo una pausa advirtiendo la emoción de Sarah, levantó su mano y besó el dorso—. Siempre, Sarah, sin condiciones. Tú y yo.

Sarah aspiró con fuerza y se limpió las lágrimas que caían desbordadas de sus ojos. Tristam romántico era difícil de ver y todo ese montaje consiguió arrancarle el segundo sí, también el último. Un nudo apresó con fuerza su garganta y le impidió gritar cuánto deseaba volver a ser su esposa; por fin Lancelot se casaba con Ginebra. Rodeó su cuello y lloró abrazada al autentico *señor* de su vida. Luego, más calmada, aceptó en su dedo un brillante engarzado en oro blanco. Discreto, elegante y sobre todo muy deseado por Tristam. La besó uniendo sus labios en un contacto íntimo y cariñoso. Juntos habían vivido muchas cosas, pero se quedaron con lo bueno. Borraron el pasado hacía meses y un futuro prometedor latía con fuerza en su vientre; nunca estuvo más seguro de una decisión; su presente era perfecto y estaba dispuesto a mantenerlo estable el resto de su vida; siempre con Sarah a su lado.

En Londres, Andreas preparó por la noche una cena especial. Ese día, antes de ir a Amesbury, le compró a Victoria un ramo de flores en un puesto callejero de camino al aparcamiento. No eran partidarios de

los regalos obligados y acordaron no darse ninguno. Él prefería seguir sus impulsos y no una costumbre; igual que Victoria. Si veían algo que les gustaba, se lo compraban, pero no querían verse obligados a demostrarse su amor; eso lo hacían a diario con el mayor de los placeres. Aun así, Andreas quiso celebrar los seis mejores meses de su vida. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más tiempo quería. Estaba drogado por el sexo, no tenía medida ni límites; cada vez más intenso. Cuando recordaba aquel plan suficiente para utilizarla, se sentía el tío más imbécil del mundo; desde la primera vez que comieron juntos, notó que era diferente; tras la primera cena, empezó a caer cautivado por su belleza e inteligencia; y en Suiza, se rindió ante un fascinante poder que lo sedujo con ternura y sensualidad, tan fuerte que, a partir de ahí, ya nada pudo interponerse entre ellos.

—Vic, cariño. —Andreas acababa de abrir una botella de vino tinto y servía las copas, con la mesa puesta, después de encerrarse en la cocina desde que llegaron, ducharse, y vestirse con un pantalón ancho de lino blanco y una camisa celeste, mientras, Victoria se daba un baño relajante, bastante largo, por cierto—. ¿Te queda mucho?

A los pocos minutos, asomó por el salón con el pelo un poco húmedo, unas mallas negras, una camisa sin mangas, rosa pálido con un cuello negro redondo, y, como siempre en su casa, descalza; una costumbre de Andreas muy arraigada.

—Hola —dijo sonriendo. Victoria abrió los ojos de par en par, admirada al observar la comida y una esmerada decoración, hasta había repartido velas por muchos sitios, tenían la intimidad asegurada. Conforme pasaban los meses, se sentía más enamorada; admiraba una inteligencia brillante, un sentido del humor, a veces, con una fina ironía muy divertido, una perspicacia innata para descubrir un negocio y una capacidad excelente manejando situaciones adversas. En cambio, la única que la mortificaba a ella, y durante el trayecto de vuelta recordó al recibir un mensaje de Magnus, reiterándole su disposición y la de Jonas en conocerlo, no sabía cómo enfocarla. Aunque no contestó, no pudo quitárselo de la cabeza. Necesitó estar sola un rato, pensando en una temida conversación, aguardando la ocasión idónea. Atravesaban un dulce momento hogareño que no quería estropear—. Lo siento, pero estaba tan a gusto que casi me he dormido.

—Vaya… —exclamó Andreas con la vista clavada en sus pies. Llevaba las uñas pintadas en un tono burdeos oscuro y llamó su atención un anillo en el segundo dedo izquierdo—. ¿De dónde lo has sacado?

Victoria apoyó el talón y balanceó el pie.

—¿No te gusta?

—Sí, es muy sexy —dijo acercándose con una mirada llena de lujuria. La sujetó por las caderas, y la proximidad de sus cuerpos se encargó en fundirlos con un largo beso romántico, se hizo más tórrido y, con pocas ganas, Andreas se apartó—. Como tú.

Con una sonrisa y una leve reverencia, la instó a sentarse en la mesa. Victoria tardó unos segundos en decidir qué iba a probar primero. La pinta de todo entraba por los ojos.

—Qué bueno —dijo saboreando una tostada crujiente con salmón marinado—. Sabe a eneldo.

—Se llama *gravlax*. —Andreas cogió una, la mordió y dijo—. Lo he hecho como lo hacía mi madre.

—Debió ser una cocinera estupenda, está delicioso.

—Lo más importante es que el salmón sea muy fresco.

—¿Y eso? —Victoria señaló una fuente con un gratinado.

—*Janssons frestelse* o *La tentación de Jansson* —dijo con un guiño divertido. Viendo la reacción positiva de Victoria, encantado sirvió los dos platos y explicó—. Es como una lasaña de patata, cebolla y arenque, pero le he puesto anchoas porque no he encontrado el arenque. Tiene un sabor muy intenso, a mí me gusta mucho.

—Buenísimo —dijo al probarla—. Vas a tener que hacérmelo más a menudo.

—Cuando quieras.

Durante unos minutos, Andreas le contó los diferentes platos que su madre solía preparar en Navidad y cómo dejaba que la ayudase. Victoria se decidió a tantearlo.

—Me habría gustado conocerla. Debió ser una luchadora.

—Lo fue —afirmó con una ligera sonrisa.

—¿No crees que le gustaría que sus hijos se conocieran?

Andreas la miró fijamente, perdiendo todo el buen humor.

—Si ellos no han querido conocerme, es su problema.

—Quizás tampoco son responsables de nada.

—Me da igual —espetó molesto—. Tú no tienes ni idea del dolor que sufrimos por su culpa, has tenido una vida muy cómoda desde que naciste.

Victoria no negaba esa gran verdad. Había tenido una vida fácil gracias a la buena situación financiera de sus padres y tenía un trabajo gracias a sus hermanos. También le gustaba e intentaba superarse cada día, sin horario, dejándose la piel para que nadie pudiera decir que estaba allí por su cara bonita.

Al instante, Andreas se dio cuenta de la mirada herida de Victoria, pero no quiso disculparse. Tuvo que echar mano de todo su

autocontrol para no cogerla y abrazarla hasta que lo perdonara, pese a que también necesitaba hacerle ver que ciertas cosas ya no podían cambiarse, y Åsa murió con esa pena. La observó, concentrada en el plato moviendo ausente el tenedor, bebió de su copa y rompió un silencio gris que no pretendió en ningún momento.

—He hablado con Nicholas para hacer una donación a la Fundación de Charlotte.

—Siempre les viene bien.

—Con la fiesta del domingo, será vuestra segunda celebración —dijo animoso, tratando de romper el frío del tono tenso que murmuró Victoria—. ¿Cómo lo veis?

—Bien —respondió sin mirarlo—. Estamos haciendo números.

—Vale ya —dijo enfadado—. Cuando me hables, como mínimo, mírame.

Despacio, Victoria movió la cabeza y alzó la vista. Sus ojos expresaron tristeza y pateó la indignación de Andreas.

—No sabes cuánto me duele escuchar cuando dices que no te importan, es algo que sí te afecta demasiado.

—Vamos a dejar el tema —murmuró seco—. Por favor.

—No quiero. —Victoria encontró el valor para hablarle claro. Con una máscara solemne, no se achantó delante de un azul vacio y unas mandíbulas a punto de partirse en pedazos— . Llevas años creyendo que tus hermanos no quisieron saber nada de vosotros y no has sido capaz de contemplar la posibilidad de que ellos eran unos niños pequeños que tampoco pudieron elegir.

—¡Basta!

Golpeó la mesa con la palma de la mano, se levantó con brusquedad y salió del salón. Mientras seguía abatida, Victoria lo oyó entrar en el dormitorio y en pocos minutos la puerta principal se cerró de un portazo.

Casi jadeando por la velocidad al bajar la escalera, Andreas llegó a la calle y cogió el coche con una meta: alejarse de Victoria y esas malditas ideas. Había aprendido a vivir sin sus hermanos, vio durante toda su niñez la amargura de su madre; no podía olvidar y tratarlos como si nunca hubiese pasado nada; llevaban ignorándolo toda una vida, era una víctima y la herida profunda de su corazón no podía solucionarse; no tenía que buscarlos por mucho que estuviera empeñada; no le correspondía y no pensaba mover un dedo; Victoria tendría que aceptarlo.

Durante algunos años, cuando era pequeño, ignoró cualquier cosa relacionada con su nacimiento, pero cuando fue consciente de qué significó para Åsa tenerlo, ya que no solo la agredieron; fue humillada,

nunca rehízo su vida sentimental (Andreas culpabilizaba a Ulick por aquel dolor) perdió a sus otros hijos y vivió la gran tragedia de luchar contra la leucemia, creyendo que lo dejaba solo siendo demasiado joven; todas esas injusticias pesaron como una losa de plomo en su vida. No quería conocerlos, cometieron una omisión que doblegó el espíritu luchador de Åsa, la vencieron con indiferencia, con un olvido que Andreas también quería para ellos. Necesitaba emborracharse y olvidar unas palabras que retumbaban en su cabeza: «Eran unos niños pequeños». Abrían una grieta que solo podía detener dejando la mente en blanco. Sin dudas no habría dolor y, sin él, volvería a la normalidad.

Aparcó cerca de un club de Chelsea y para ahorrarse la cola le dio al portero cincuenta libras. Tras un rato en la barra, no tuvo contemplaciones en rechazar a las chicas que le entraban con estupideces, cuando consiguió el nivel etílico que deseaba, dormir en el coche fue su mejor opción; no quería compañía y tampoco conducir; se acopló sin problemas y olvidó aquel fatídico día de San Valentín; un *exitazo*.

Al día siguiente por la mañana, cuando llegó Andreas a su casa, leyó una nota encima de la cama. «*Cuando se te haya pasado el cabreo, llámame. Estoy en Ivory. V.*». Pensando en cómo se habría ido, entró en el baño, se duchó agradeciendo el agua fría, y salió pocos minutos después, fresco, relajado y arrepentido por sus modales.

Estuvo solo el sábado, tentado en teclear los nombres de sus hermanos en el buscador de Internet, no lo hizo y prefirió salir a adecentar su imagen y estudiar los bocetos que Tristam le mandó del nuevo logotipo. La reunión era dentro de un mes y le gustó el diseño; se adaptaba a la idea que tenían para el lanzamiento de la campaña.

Cada cierto tiempo, Victoria miraba el teléfono esperando una llamada que Andreas no realizó. Molesta por su desplante, prosiguió con el ritmo enloquecido que volvían a tener en el hotel. La fiesta de la Fundación se celebraba la próxima noche e invitaron, entre otras, a la empresa que organizaba eventos, pretendían demostrarles su capacidad. Durante un día agotador en el que se reunió varias veces con el chef, con el jefe de personal, coordinó con los empleados de mantenimiento la colocación de las mesas y la plataforma desde donde se darían los discursos, organizó detalles insignificantes y no se retiró a su habitación hasta que tuvo la seguridad de que todo saldría a la perfección, cayó rendida en la cama, sin ni siquiera fuerzas para desnudarse. Se durmió en pocos minutos y ni escuchó a su madre

llamar a la puerta, nada; solo oscuridad y sueño.

El domingo, Victoria se puso un vestido rojo, elegante y sensual. La seda era tan fina y bonita que no le importó el frío. Se recogió el pelo en un moño y salió hacia el jardín. Al llegar coincidió con Max, que también pasó el día anterior al igual que todos haciendo un sobreesfuerzo, acercarse a ella risueño.

—Hola —saludó Max—. Estás guapísima.

—Gracias. —Victoria amagó una sonrisa y reanudó el paso—. Tú estás muy elegante, pero no hacía falta que te pusieras esmoquin.

—Lo sé —dijo con un gesto casual. Sabía que casi todos los hombres irían de etiqueta y no pretendía desentonar—. Me gusta probar cosas nuevas.

—Parece que han llegado todos —dijo con un matiz de preocupación, observó varios corrillos amigables en el acceso principal —. Espero que no haya ningún contratiempo, nos jugamos mucho.

—No te preocupes, va a salir bien.

En cuanto Victoria llegó, Andreas, que hablaba con un grupo de personas, la saludó con una inclinación de la cabeza y una sonrisa breve. Estaba muy guapo con el rostro despejado y un corte nuevo de pelo, pero le dolió su pasividad. No tuvo el detalle de hacer el más mínimo movimiento para acercarse.

Cogió la copa de vino que Max le ofreció, se despidió de él y buscó a Nicholas. Durante unos minutos recibió a algunos invitados con él y Charlotte, sin perder de vista a Andreas y unas miradas descaradas a otras mujeres. Creyó que pretendía castigarla por Max, después de haber salido huyendo y llevar casi dos días sin dar señales de vida. Se terminó la copa, con rapidez la sustituyó por otra, y, en cuanto la apuró, cogió otra más.

No tenía aguante para contemplar ese coqueteo en sus narices, sabía que estaba dándole celos, pero harta de un juego ridículo, dio la vuelta y entró a paso rápido para comprobar el salón. Algunos camareros daban los últimos toques antes de que empezara la cena, dejándolo impecable. Habló unos segundos con el chef y se escabulló con la intención de desaparecer hasta que fuera imprescindible su presencia.

Tras muchos minutos esperando a que saliera, Andreas la buscó en el comedor y, al no encontrarla, fue al despacho. Abrió la puerta sin llamar.

—¿Por qué estás aquí?

Cerró por dentro y se acercó viendo una mirada airada que lo llenó

de satisfacción.

—No me apetecía estar fuera —dijo Victoria en voz baja, recorrió con detenimiento su esmoquin y desvió los ojos molesta consigo misma por dispersarse—. Quiero estar sola.

—¿Por qué?

Esa indolencia de Andreas bastó para que Victoria se levantara como un resorte.

—¿Me lo preguntas?

—¿A que jode?

Con la insinuación de una sonrisa cínica, Victoria tuvo que contener el brazo para no abofetear al señor prepotente que, después de dos días desaparecido, tenía la desfachatez de restregarle aquella amenaza que le advirtió antes de Navidad.

—Déjame en paz.

—Imposible —murmuró Andreas. —Sujetó su cara y aplastó la boca con la suya. Victoria no quería devolverle el beso y tuvo que esforzarse en abrirle los labios hasta que cedió y le rodeó el cuello con las manos. Relajó un poco su descontrolada lengua, pero un leve gemido envió una ráfaga incendiaria a su miembro, que ya ardía por ella, y la estrechó más fuerte; no iba a soportar la cena con ese dolor de testículos—. Te necesito.

—No vuelvas a hacerlo, por favor.

—Perdóname —dijo arrepentido. Quiso que se pusiera en su piel; aunque se sorprendió por ese arranque; la tigresa no se andaba con tonterías. Bajó la cremallera del vestido, la tela se deslizó por sus piernas y formó un erótico charco rojo en sus pies, que aprobó con una sonrisa. Esos zapatos negros de tacón de aguja lo pusieron como una moto y casi pierde el conocimiento cuando Victoria empezó a desnudarlo, tan impaciente como él. Volvieron a besarse, aislados en su pequeño refugio. La apoyó contra la pared y se vio aupándola, sujetándole con seguridad las nalgas. Victoria parecía pequeña y frágil; sin embargo, ninguna de esas palabras se correspondían a la realidad; ni era débil ni su cuerpo menudo; más bien era fuerte y esbelta. Deslizó la mano por uno de sus muslos, rozó el delirio al sentir la punzada del tacón en el culo, y susurró con la voz ronca—. Eres la mujer más sexy que conozco.

Inclinó la cabeza hacia abajo, lamió sus pezones y contuvo la tentación de morderlos, no era conveniente otra marca; con la hinchazón de los labios, el público iba más que sobrado. La penetró profundamente, unió sus caderas en rítmicas estocadas, certeras. Victoria fue la pluma arrastrada por un viento indomable que soplaba del norte, convertido en puro fuego; Andreas la elevó como un

huracán, atravesaron nubes cálidas para flotar encima de unas cumbres tan altas como el cielo. Se tragó suspiros, gritos enardecidos hasta que la notó tensarse y su sexo lo ciñó en un vuelo rasante a toda velocidad, comprimiéndolo. Luego se movió con su chica encima y se dejó caer en el sillón.

Tardaron en recobrarse y tuvieron que vestirse a toda prisa cuando escucharon el anuncio de la cena. Victoria se entretuvo en el baño retocándose el pelo y el maquillaje, y Andreas se adelantó. Poco después, se levantó de la mesa y fue a su encuentro para acompañarla. La besó en la mejilla sonriendo y con una galantería exquisita, opuesta al salvaje que acababa de ver, le retiró la silla y la ayudó a sentarse. Entre sus compañeros de mesa se encontraban Patricia y Gordon, que intercambiaron una mirada elocuente y una sonrisa cómplice. No muy lejos, Max, no tan alegre; no terminaba de aceptar la derrota. Notó el gesto contrariado de Victoria al llegar, aunque en ese momento no parecían tener problemas e imaginó cómo los habían solucionado. Tuvo que tragarse todo su orgullo viendo la cara satisfecha del sueco.

Más tarde, tras una cena deliciosa que hizo al chef salir para agradecer los halagos de los asistentes, la noche era fría en el jardín y casi todas las mujeres optaron por cubrir un poco sus cuerpos. No así Victoria, solo con recordar las manos de Andreas en el suyo, tenía suficiente calor para derretir todo el hielo del planeta ella sola. Entre bailes y conversaciones triviales llegó la hora de los discursos. Charlotte era la maestra de ceremonias y tras presentar a su colega Ahmad, que dijo unas breves palabras concienciando a los asistentes sobre la labor de la Fundación, dio paso a Nicholas, que hizo un balance de las acciones realizadas durante el último año.

Después, Charlotte volvió al estrado, a la vez que Andreas se sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta. En cuanto Charlotte lo nombró, recibió un aplauso aproximándose, le besó el dorso de la mano y ajustó el micro a su altura.

No debía estar nervioso, había hablado muchas veces en público, en cambio, carraspeó antes de empezar y de manera involuntaria se sintió inseguro.

—Buenas noches a todos, señoras y señores. Como muy bien les han explicado mis predecesores esta noche, la labor que realiza la Fundación es un gran apoyo para niños que de otra manera no tendrían posibilidades. —Hizo una breve pausa y buscó la mirada de Victoria, que sonrió y le dio el impulso que necesitaba para continuar —. Desde hace algunos años vengo colaborando con diferentes organizaciones benéficas, pero nunca me había implicado personalmente. Les invito a participar. A mí, conocer las instalaciones

de esta, me ha abierto los ojos a una realidad que desconocía. Ver la felicidad que transmiten a niños, padres y familiares aliviados, sabiendo que hay alguien que se preocupa por cubrir una necesidad que de otra manera sería imposible, no deja indiferente a nadie. Sé qué es necesitar ayuda y no tenerla, y les aseguro que cualquier detalle, aunque parezca insignificante, se lo agradecerán con creces.

»Unos saldrán rehabilitados por completo. Otros no tendrán esa suerte, pero está en nuestras manos ayudarles a caminar seguros por la vida sin permitir que circunstancias ajenas a ellos les priven de esa oportunidad. Desde este momento me comprometo no solo a donar dinero, sino también a ofrecer mi tiempo libre a ayudarles. Las veces que he acudido a ver el progreso de algunos niños, no han sido ellos quienes han agradecido mi presencia, he sido yo quien ha quedado en deuda con ellos, ya forman parte de mi corazón, donde estarán siempre. Nuestra colaboración es indispensable para que tengan un futuro mejor. Y como dijo Rimbaud: "*Solo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres*". —Andreas sonrió mirando a los asistentes—. Muchas gracias a todos, en especial a mi novia. Gracias, Victoria, sin ti jamás habría conocido por mí mismo esta maravillosa labor.

Tras recibir un aplauso, su guapo nórdico, que sonreía derrochando seguridad, volvió junto a ella. Emocionada por el emotivo discurso, Victoria lo besó discretamente en los labios y ya no hubo manera de separarlos durante el resto de la velada. Bailaron, charlaron y rieron felices, acompañados o solos, pero siempre entre las nubes suaves que Andreas sostenía; flotaban ligeras para que Victoria nunca abandonara sus brazos.

CAPÍTULO XVIII

Londres, Inglaterra
8/3/2014

Relajado en el sofá, Andreas miraba un partido de fútbol de la liga inglesa, no era seguidor de ningún equipo en particular, ya que la española para él era la mejor, pero a falta de pan… el Chelsea o el Arsenal servían.

El móvil de Victoria empezó a vibrar en la mesa del salón, donde trabajaba con el portátil. Sonrió al cogerlo y se levantó hablando distraída con Patricia. Salió buscando un ruido de fondo menos entusiasta que los comentarios apasionados de tres reporteros conocidos, y su voz se esfumó en el pasillo. Un rato después, Andreas aprovechó el descanso de la primera parte, fue a la cocina a por una cerveza y de paso abrió una bolsa de patatas fritas. No escuchó a Victoria y supuso que habría entrado en el baño. Regresó con las manos ocupadas, dejó el plato en la mesa y movió sin querer el ordenador. De repente, se activó la pantalla y echó el cuerpo hacia atrás, sorprendido, parpadeó un par de veces delante de la bandeja de entrada del correo electrónico de Victoria, de su cuenta personal. Nunca fisgoneaba en las cosas de nadie y tampoco en las de ella; ese reducto de intimidad era sagrado; y por supuesto, la correspondencia entraba en él. Pero un nombre atrapó sus ojos: Magnus Lindqvist. Disparó una curiosidad poderosa y paralizó su cuerpo al leerlo.

De: *Magnus Lindqvist (maglin.mat@mah.se)*
Fecha*: viernes, 07 de marzo de 2014 12:20*
Para: *Victoria Finch-Hutton (vicf-h89@googlemail.com)*
Asunto: *Visita sorpresa*

Hola, Victoria.

¿Cómo va todo? No tengo noticias tuyas y no sé si has podido hablar con Andreas, espero que sí. Dentro de unos días tengo que ir a Londres, y sería fantástico que nos pudiéramos ver. Háblalo con mi hermano, me gustaría aclarar las cosas. Hace unas semanas, Jon y yo tuvimos una conversación con nuestro padre, y Andreas debe saber qué nos ha contado. En cuanto sepa el día que tendré libre, te avisaré.

Muchas gracias por todo.

Un beso,
Magnus

Victoria sobrepasó su límite. Andreas cerró de golpe el portátil con el hielo tomando posesión de sus brillantes dominios, fue decidido a buscarla y abrió la puerta del baño. Desde la ducha, recibió una cálida sonrisa de bienvenida que congeló con el frío que traspasaban sus ojos.

—Me has traicionado —siseó avanzando despacio. Trató de contenerse viendo a una estatua tan pálida como el mármol, pero la ansiedad alteró su respiración y reventó en un arranque violento. La ira camuflada de pasividad, oculta durante años, salió con la fuerza endemoniada de los truenos de una estrepitosa tormenta—. ¡No tenías ningún derecho! —Andreas entrecerró los ojos, acortó una escasa separación y repitió gritando—. ¡Ninguno!

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Victoria asustada. Levantó la mano para acariciarle la mejilla, necesitaba que se relajase, aunque no le permitió rozarlo. Sujetó su mano con fuerza y la apartó con un gesto brusco—. Por favor, háblame.

—No —dijo rotundo—. Me voy.

Dio la vuelta y salió dando un portazo. Victoria cogió una toalla, se la enrolló con rapidez en el cuerpo y lo encontró tirando ropa en la cama; sin preocuparse por el orden cuando la metía en una maleta grande. La ignoró e incrementó la velocidad para cerrarla.

—Por favor, tenemos que hablar. —Victoria no podía controlar el temor de sus piernas, temblaban. Se aferró con las manos bien fuerte a la toalla, su pesadilla estaba haciéndose realidad y no tenía forma de despertar de ese sueño. Andreas bajó la maleta de la cama y cogió su chaqueta marrón de cuero. Victoria imaginó qué había sucedido, esa reacción era demasiado profunda, esperó verse envuelta entre cólera y más gritos, pero se sintió decepcionada porque prefiriera huir—. ¿Adónde vas?

Una imagen llorosa y descompuesta no bastó para que Andreas la mirara, no podía. Le había mentido en algo muy importante, sin saber desde cuándo. Ese trauma heló durante años su corazón, con ella empezaba a analizar las cosas desde otro ángulo, se estaba templando; aunque quedaba mucho hielo por derretir y esa lanza a traición que Victoria acababa de clavarle terminó partiéndolo en dos antes de fundirlo por completo.

Salió como un torbellino airado. No se molestó en esperar el ascensor. Bajó con todo el estruendo que la maleta hizo por la escalera, acorde a los relámpagos que asolaban su cabeza para salir del país o Thor descargaría toda su fuerza sobre la mujer que decía

amarlo y; sin embargo, no pudo respetar la única reserva que quería seguir teniendo intacta.

Con un propósito claro, llamó a Mathias Klopp y le informó que durante un tiempo volvía a Suecia. Se excusó con un problema personal y le dio carta blanca para aprobar el proyecto de Tristam, la reunión era en dos días; un periodo muy breve para la distancia que necesitaba. No concretó su regreso, pero se comprometió a mantener un contacto regular por el correo. Hasta que decidiera qué iba a hacer con su vida, le pidió que no informase a nadie sobre nada relacionado con él, sobre todo a cualquier miembro de la familia Finch-Hutton, y en especial a Victoria.

Pasadas varias horas, la oscuridad de la noche la pilló asimilando un abandono totalmente inesperado, lloró sentada en el sofá sin noción del tiempo. Se levantó para meterse en la cama y al pasar delante de la mesa, se amargó otra vez cuando vio la lata de cerveza y las patatas. Las recogió y se fijó en el portátil; no llegó a cerrarlo antes de contestar la llamada de su madre. En cuanto lo abrió, fue consciente del estallido en su mundo, su intuición no había fallado; también creyó que ese enfado monumental se le pasaría pronto y entraría en razón.

En Ivory aguantó dos días la incertidumbre hasta que llamó a Tristam. Victoria sabía que tenía una reunión importante con Andreas y que no la rehuiría como estaba haciéndole a ella; en cambio, para su total sorpresa, Mathias se encargó de darle el visto bueno a la campaña. Según Tristam, Andreas estaba atendiendo otro asunto fuera del país. No pudo decirle más; se limitó a repetir la excusa imprecisa que recibió. Tras colgar, sintió el peligro. AnGorssen significaba demasiado para Andreas, jamás creyó que sería capaz de abandonarla; a ella, quizás; pero no lo único que le había dado seguridad; no; ahí dejó de pensar.

Con un cansancio que la descentraba de manera demencial, salió hacia el dormitorio, rezando para no encontrarse a su madre. De todos era la única que estaba cerca a diario y a quien no podría engañar durante mucho tiempo. La poca sangre fría que le quedaba pronto alertaría un instinto maternal protector y escogió el silencio. De momento tenía a la suerte como aliada, pero no duraría, igual que su ánimo para no dar pistas. Se escudó en el agotamiento por la de horas que estaba dedicándole al trabajo, aunque en la mesa del despacho no se había movido un papel desde que volvió de Londres; tan solo miraba el correo, esperando alguna respuesta a los innumerables

mensajes que llevaba escritos. Intentó comunicarse por todos los medios y, con todos, siempre obtenía la misma respuesta: ignorarla.

La ansiedad de Victoria creció a medida que pasaron los días. El sábado se aseguró en Ivory de que Nicholas estuviese en su despacho y salió hacia Wells conduciendo el Volvo oscuro de su madre. Fue todo un reto que superó concentrada en una carretera bordeada de campos con tímidos verdes y extensiones infinitas de cereales que se cosecharían la próxima primavera.

En cuanto llegó Victoria, saludó a los niños unos minutos casi felices de verdad para ella; unos abrazos y risas alegres aliviaron algo la mirada triste que no pasó desapercibida para Charlotte; ya de por sí extrañada ante aquella visita. Los gemelos se despistaron con el perro y ellas entraron en la biblioteca, donde Jamie dormía apacible en el carrito. Se sentaron en el sofá, y Charlotte la apremió a hablar:

—¿Qué te pasa?

—Andreas se fue hace una semana.

—¿Se fue? —preguntó al apretar el ceño—. ¿A dónde?

—No lo sé. —murmuró Victoria, movió los hombros y negó con la cabeza. La palidez de su rostro destacaba unos ojos como dos faros azules brillantes y solitarios—. Descubrió un e-mail de Magnus y…

—¿Aún no se lo habías dicho? —Charlotte conocía esa inquietud, fue el motivo para ocultarle la identidad del padre natural de Andreas y seguir investigando al exmarido de Åsa, como le pidió—. Fuiste en enero, Vicky.

—Lo sé. —Victoria soltó una bocanada de aire—. No he encontrado el momento. Estábamos tan bien —dijo abatida—. Estoy muy preocupada, no sé nada de él. Nunca lo había visto tan enfadado, tan herido. Hablé con Tristam y uno de sus socios le contó que estaba fuera. Creo que no va a volver.

—Seguro que sí, no seas pesimista —dijo tratando de mejorar su humor—. Tiene una reunión importante con los accionistas de Cyrus la semana que viene, se supone que es para el lanzamiento de los nuevos productos.

—Charlie, para que salgan al mercado las televisiones faltan todavía muchos meses —explicó Victoria paciente delante de la cara incrédula de su cuñada, que andaba más bien despistada con los asuntos de Nicholas—. Si ni siquiera ha aparecido en la reunión con Tristam, que era para toda la campaña de publicidad, no estoy muy segura de que aparezca —dijo razonable. Tras lo visto, para qué hacerse ilusiones. La miró agobiada y comentó—. Para colmo, el lunes

he quedado con Magnus en Londres, no sabe que se ha ido, y no sé qué hacer.

—Habla con él. Piensa que no deja de mostrar interés por conocerlo y, si es tan inteligente como dices, seguro que comprende la situación. Andreas necesita tiempo para asimilar que durante toda su vida ha estado equivocado. Supongo que necesita entender que sus hermanos fueron tan víctimas como él.

—Sí, pero estaría más tranquila si supiera dónde está. No lo soporto. He pasado la peor semana de mi vida. —Se frotó cansada los ojos—. Se siente traicionado y no sé si será capaz de perdonarme.

—Vicky, cariño, Andreas te quiere —dijo Charlotte con una sonrisa ligera—. Te perdonará, no lo dudes.

—¿Cuándo? Si no vuelve pronto, voy a volverme loca.

—Ten paciencia. Ponte en su situación.

—No puedo —dijo conteniendo la emoción—. No quiero tener paciencia, Charlie. Necesito que vuelva.

—Volverá —Charlotte acarició su mano—. Dale tiempo.

—Me va a costar.

—No te atormentes, tarde o temprano todo se solucionará.

—No te veo muy animada —dijo Victoria dejando de compadecerse—. ¿Estás bien?

—Tengo un montón de cosas en la cabeza entre vuestros antepasados, la familia Lindqvist y algunas cosas que he ido descubriendo nada alentadoras. No entiendo cómo algunos hombres son capaces de hacer barbaridades y continuar con sus vidas sin aparentar el dolor que han causado.

—Ni yo, pero solo podemos entenderlo y mirar hacia el futuro —dijo Victoria pillando a medias esas palabras—. Magnus me aclarará la versión de su padre, algo es algo.

—Sí —admitió con un suspiro—. Pregúntale el apellido actual de su padre, por favor.

—¿Crees que se lo cambió?

—No puede ser de otra manera. Llevo semanas detrás, teniendo en cuenta que hasta principios de los 90 no existía Internet, he accedido a documentación de todos los implicados, es el único que falta; es un fantasma desde el divorcio de Åsa.

—¿De todos? —preguntó Victoria mirándola atenta. Por un lado, estaba intrigada por conocer la identidad del padre biológico de Andreas, pero siempre tenía un resquicio dubitativo que aplacaba esa curiosidad; como un mal presentimiento—. Sabes quién es ¿verdad?

Charlotte comprendió al instante que el secreto mejor guardado de Sebastian Ulick no podría ocultarse por más tiempo, tragó nerviosa y

murmuró:

—Sí.

—Andreas nunca me ha querido decir su nombre, no sé si tú deberías hacerlo.

—Creo que es mejor que sea él.

Los niños entraron alegres corriendo hacia su tía, que jugó un rato con ellos, pero no tenía el aguante de su novio e iba justita de tolerancia a sus palizas. Salió poco después de vuelta hacia Ivory, con la promesa de mandarle el apellido en cuanto hablase con Magnus.

Para Charlotte la postura de Victoria había sido la más correcta, otra cosa era su marido, le pesaba no compartir con él esa decepción. No por ella, porque apenas trató a Ulick, sino por todos quienes lo conocieron; se les caería un mito, y no tenía claro si no hubo otros intentos o qué pasó de verdad entre ellos; todo era demasiado extraño. Ni de lejos pretendía justificar a Ulick, pero nada en su comportamiento advertía violencia, la cantidad de dinero que pagó a Åsa no sugería que fuera comprando silencio si los periódicos tenían razón y, según los testigos, se enfrentó a su esposa por ella y Andreas. Quizás su versión era otra, y Henning Lindqvist no engañó del todo a sus hijos, quizás Ulick no tuvo valor en aquel momento para dejar a Virginia o Åsa mintió para protegerse de Henning, que no parecía tener un carácter fácil. Como fuera, Andreas sufrió muchas ausencias, no era culpable de nada y había pagado muy caro las malas decisiones de sus padres, porque tampoco Åsa debió esperar tantos años, con otra reacción, quizás todo podía haber sido diferente; o no. Lo cierto es que no hubo un juicio donde se aportaran pruebas, el acuerdo entre ellos fue privado, no trabajaron nunca juntos, no había testimonios de ningún desencuentro, y nada podía ser cómo uno esperaría; de sorpresas andaba el mundo lleno; y Andreas nunca había dicho que a su madre la violaran. Charlotte jugó con la percepción que pudo tener siendo un adolescente, y que achacara la tristeza de su madre a una distorsión involuntaria. Tenía hipótesis para enterrarse en ellas y estaba escarmentada de realidades que se podían confundir con el paso del tiempo. Con un poco de suerte, Henning Lindqvist aclararía una parte; otra, murió definitivamente con Ulick y Åsa.

Llevaba vistas decenas de fotografías de baja calidad en algunos periódicos de los primeros meses de 1980, donde salían en actos oficiales, siempre con más personas, aunque nunca Ulick con su esposa. El diplomático acudía solo a aquellas recepciones, y creyó detectar en él más de una mirada interesada. En el *Telegraph*, una hecha en Londres llamó en especial su atención, varias personas posaban, entre ellas Sebastian, con un traje oscuro y una apariencia

madura elegante, todos tenían la vista enfocada en el objetivo, menos él. Era el único mirando a otro sitio, en concreto a una mujer con el pelo rubio recogido en un moño y un vestido largo, charlaba con otra e invadían el encuadre, ajenas al embajador y sus amigos; y no podía ser otra que Åsa, el objeto de su deseo.

Firme en no dejar que el desasosiego siguiera con las riendas de su vida, Victoria no sabía cuánto tiempo necesitaría Andreas para entrar en razón y ella tenía obligaciones al frente del hotel. Si él podía permitirse esfumarse y dejar su compañía en manos de sus socios, ella no. Subió la escalera principal y saludó al personal que se encontró camino de su despacho.

Max no iba a preguntar ni tenía claro a qué se debía ese distanciamiento, advirtió que Victoria no fue a Londres durante la semana y el sueco no había aparecido conduciendo su flamante SLS, pasaba algo, pero era su oportunidad.

En el intento cien o doscientos que Victoria estaba a punto de hacer comprobando el correo, llamaron a la puerta y entró Max sonriendo con una carpeta azul bajo el brazo.

—Hola, ¿podemos hablar?

—Claro, adelante.

Se sentó frente a ella, apoyó los brazos en la mesa y sacó unos documentos que apiló en varios montones.

—Te traigo los balances de la fiesta de la Fundación. Los he comparado con los de la fiesta de reapertura. En esta, los gastos han sido un cuarenta por ciento inferiores a la otra. —Max indicó con un lápiz uno de los valores de un gráfico—. Con la redistribución del personal y el ahorro con los proveedores, sí nos compensa. Tienes que decirme a quienes vas a mantener con la jornada completa y a quienes no. Con la optimización de los horarios y los turnos tenéis un ahorro considerable.

—Tengo que sentarme a hablarlo con Nicholas, era reacio. Imagino que lo haremos por antigüedad, pero para mí sería preferible por cualidades personales.

—Intenta buscar un equilibrio, no te agobies. —Max se levantó con intención de salir, aunque se giró con las manos en los bolsillos y añadió—. Hiciste bien apretándole las tuercas al de la bodega.

—Gracias —dijo con una sonrisa, recordando los días previos a la fiesta. Mantuvo una conversación tensa, llena de palabras amables con los proveedores del vino, Bodegas Ross. Sin previo aviso cambiaron el precio de varios tintos y llevaban meses pagándoles de más. Cuando

repasó toda la contabilidad, Max se lo advirtió. Consiguió una compensación económica a descontar en la próxima factura y, con la ayuda de una amenaza velada, una reducción de los precios por un pedido mínimo garantizado—. Sin ti no me habría enterado.

—Es mi trabajo. —Max abrió la puerta despacio, y no quiso irse sin intentarlo—. Hace mucho que no charlamos. ¿Nos vemos luego en el pub?

—No —dijo de manera automática, sonrió triste y reclinó el cuerpo en la silla— Gracias, pero estoy hecha polvo.

—No pasa nada. —Max movió los hombros y la cabeza, mostró una indiferencia que no sentía y conocía bien con ella, era su especialidad—. Otro día. Descansa.

Para Victoria, que pasaba los mejores momentos desde que Andreas se había ido a solas en el dormitorio, rechazarlo fue de lo más fácil, no veía la hora de salir para encerrarse y dejar de disimular. Ivory se convirtió en su refugio. No pensaba volver al piso de Londres, era de los dos, testigo mudo y sordo del amor que compartieron. De todos los lugares que le recordaban a Andreas, tenía el honor de ser el primero en su lista. Aquel espacio era su sitio, un cálido hogar que los llenó de sueños esperanzados, ¿cómo volver sola a él?, no era posible.

El vuelo de Andreas salía en pocas horas. Los últimos días los dedicó a solucionar algunos asuntos en la sede central de AnGorssen e hizo un poder notarial para que sus socios pudieran tomar decisiones en su nombre; necesitaba desentenderse de todo. Cerró la puerta de su casa, salió y cogió un taxi hacia el aeropuerto de Estocolmo-Arlanda.

Dos días atrás, recibió un e-mail de Magnus. Le explicaba que ni él ni su hermano nunca hasta la reunión en Malmö con Victoria supieron que existía y querían remediarlo. También, que prefería contarle en persona algunas cosas cuando se viesen en Londres el día diecisiete. Tenía cuarenta y ocho horas para pensar.

Conocerlos *en persona* era un acto que Andreas esperó junto a su madre demasiado tiempo; fue un sueño de niño, una decepción de adolescente y una tragedia de adulto. Repasó en pequeños retazos suyos, otros de Åsa, esos recuerdos que había pretendido olvidar. Viejas fotografías de su memoria que le amargaron la existencia desde que tuvo siete u ocho años. A partir de ahí, algo pasó por la cabeza de su madre y siendo un quinceañero, ya enferma, Åsa le contó cómo antes de que cumpliera siete años fue consciente de que dependía totalmente de ella y quiso garantizarle el mismo futuro cómodo que tendrían los tres hijos legítimos de Ulick, responsable de una cobardía

que eclipsó el resto de su vida.

Durante años, incluso cuando le devolvían las cartas, Åsa confió en que sus hijos no la habrían olvidado y, harta de esconderse, rompió una promesa de silencio que no le había servido de nada. El tiempo restó a Åsa mucha credibilidad cuando le confesó a su jefe quien era su padre. Unos días después, la despidieron alegando bajo rendimiento laboral. Evitaron un escándalo donde pesó más el poder del embajador de México que la tímida confesión de una mujer bonita que insistía en solicitar una prueba de paternidad. Aquel consejo masculino creyó que con una indemnización generosa nunca saldría esa noticia del Ministerio; sin embargo, la situación se les complicó cuando se le terminó el desempleo y no le quedó más remedio que enfrentarse al hombre que había tratado de olvidar, sin éxito. La ira de Sebastian volvió a hundirla, vino a Estocolmo y amenazó con llevárselo. Pero su madre no lo dudó, y si, en su día, Henning Lindqvist ya pretendió que abortara sin importarle ningún riesgo y no lo hizo, Ulick tampoco consiguió alejarlos. En aquel momento, su dinero fue suficiente para acallar su conciencia y para que su madre comprara la casa donde vivían, un viejo apartamento en Gamla Stan que puso a su nombre. También mejoraron su calidad de vida y Åsa contrató los servicios de un buen detective para localizar de una vez por todas los paraderos de su exmarido e hijos. Pensó que Henning estaba tirando de todos sus amigos, gente bien relacionada, incluidos algunos policías. No era comprensible que ninguna de las denuncias por incumplimiento del régimen de visitas jamás tuviera ningún resultado favorable para ella. Henning se había evaporado por arte de magia, algo imposible de creer.

Andreas fue un niño sociable y simpático, pero la herida que nunca cicatrizó en su madre, cuando preguntaba ilusionado por sus hermanos mayores, sangraba y los manchaba a los dos. En la adolescencia, con la rebeldía natural de la edad, la decepción lo condujo a no querer saber nada de ellos. El punto de inflexión fatídico fue cuando descubrió una carta de su padre, interesándose por él, donde se percibía un profundo dolor, arrepentimiento en algunas palabras cariñosas y un remordimiento que llenó a Andreas de dudas; aunque renegó de su generoso ofrecimiento tras eclipsar la vida de Åsa por no tener coraje para enfrentarse a un escándalo público; aquel error de apreciación estaba marcando a demasiadas personas. Andreas le exigió una explicación a Åsa, pero ya había enfermado y prefería olvidar; se arruinó desesperanzada.

Conforme fue madurando, la indiferencia se transformó en un odio visceral hasta ignorarlos a todos por completo. Andreas Göransson, a

los treinta y tres, no podía hacer desaparecer de su memoria la lucha contra la muerte de su madre sin la presencia *en persona* de sus hermanos, asumiendo que nunca tuvieron intención de hacerles daño. Debía contemplar a otras víctimas tan inocentes como él y empezó a creer en el sueño de Åsa, pero antes de realizarlo tenía que aliviar ese caos angustioso que la verdad había provocado en su cerebro.

Llegó a Ayent en el inicio de una tormenta de nieve. Abrió la puerta de la cabaña, y tras vencer la obstinación de un viento furioso, que se colaba soplando por todas partes, pudo cerrarla empujando con fuerza. Cogió una vela que previsores dejaron junto a la entrada y, tras varios intentos con un mechero de gas, la encendió y colocó en un portavelas encima de la mesa. Dejó dos bolsas con comida en la cocina y salió a por el resto que aún tenía en un jeep de alquiler cerca del bosque.

Sus pasos volvieron a hundirse hasta las rodillas, pero iba vestido con ropa de esquiar y apenas estaba mojado, agradeció el esfuerzo físico, en cuanto terminase agotado sería posible conciliar el sueño que lo abandonó la última noche que durmió con Victoria.

Sin prisas, la fuerza de la naturaleza impedía que avanzara, no era nadie bajo aquella soledad absoluta y, en cambio, no sentía miedo; solo paz. Los partes meteorológicos auguraban varios días sin poder salir, perfectos para su deseado y necesitado destierro. En poco más de media hora, regresó cargado con la bolsa de viaje. Sin electricidad por la tormenta, encendió la chimenea y contempló el interior de su refugio entre sombras misteriosas, pensando en lo feliz que había sido entre esas cuatro paredes que le pertenecían, igual que el control de su vida. Enfadado, deshizo el equipaje, abrió el armario y encontró dos chaquetas de Victoria. Por si no tenía suficiente, otra vez invadía su cerebro y erosionaba un equilibrio inestable que antes de conocerla siempre supo mantener en su sitio. Recogió las prendas y las metió en una bolsa de plástico, luego, la colocó cerca de la puerta.

Más tarde, se duchó y preparó un bocadillo. En su vida se había sentido más roto. Cenando solo, furioso como el ulular gélido y sobrecogedor de la tempestad que lo aislaba, se concienció en pensar con calma en su hermano, en esa oportunidad que pedía, pese a que suponía admitir un error demasiado grave. Incluso empezó a arrepentirse por no haber tenido valor para abrir las últimas cartas del albacea de su padre. La primera le llegó en agosto, donde conoció que lo había nombrado heredero. Repartía sus bienes a partes iguales entre sus cuatro hijos, pero le advertía que sus dos hermanos menores no estaban de acuerdo con su última voluntad e iban a impugnar el testamento si no acreditaba que era su hijo biológico. Ulick, para

evitar enfrentamientos entre ellos, había dejado una muestra de su sangre en una clínica londinense. Andreas no contestó e ignoró las cartas que le volvió a enviar cada dos meses; no quería nada; nunca lo quiso. Su novia también tuvo su momento. Mejor dicho, su novia le dio un momento de alivio cuando se tomó un vaso de whisky. Se merecía ese detalle y un brindis por haberlo dejado bien jodido. Al final no se detuvo ahí, y le dedicó la botella entera; por ella; a su salud.

Nicholas llegó satisfecho y de buen humor a su casa. En el consejo de Cyrus vio por primera vez un prototipo de la televisión que estaban fabricando en Corea, y junto a las explicaciones de Jürgen Eriksson y Mathias Klopp, añadidas al alza de las acciones, respiró tranquilo después de muchos meses de incertidumbre.

Sus hijos fueron los primeros en recibir un saludo, pero Charlotte fue la destinataria del beso más considerado; aunque Maggie vigilaba el final de la exhibición cariñosa, impaciente por saber si podía quitar la velita que tenía encendida en la cómoda de su dormitorio delante del rosario con una imagen de Cristo crucificado.

—¿Cómo ha ido la junta? —preguntó Charlotte.

—Bien. Vamos a la biblioteca.

Salieron de la cocina y tras un beso sin ojos indiscretos, Nicholas se sentó en uno de los sillones y colocó a Charlotte en su regazo.

—Así, no me vas a contar nada —dijo ella, deteniéndole la mano.

—No hay mucho que contar.

Nicholas rozó despacio la curva de sus pechos.

—¿Cómo está Andreas? —preguntó Charlotte, añadió de manera casual—: No lo veo desde la fiesta.

—No ha venido. Sus socios nos han explicado el avance del proyecto.

—¿Lo ves bien?

—Sí. Creo que puede garantizarnos el futuro.

—Estupendo —dijo con una sonrisa y un beso en los labios—. ¿Por qué no ha ido Andreas?

—No lo sé. Han dicho que estaba fuera por negocios y que tenían autorización para llevar a cabo las acciones que creyeran oportunas. Son dos fieras. Me gustaría que los conocieras. Sobre todo, a Mathias Klopp. Es de los tuyos.

—¿Por qué?

—Porque… —Nicholas metió la mano bajo su jersey, la subió con lentitud y la movió distraído—. Bajo una apariencia serena. —Rozó

sus labios—. Esconde una mente tan sorprendente como la tuya.

—Gracias.

Charlotte lo besó despacio, acomodó las nalgas contra una erección que tomaba forma bajo la bragueta de Nicholas, aunque de inmediato unos ruidos estridentes de platos chocando en la cocina la apartaron de los brazos posesivos que la apresaban.

—Maggie les ha dicho a los niños que la ayuden.

Unas manos seguras no le permitieron moverse.

—Que se las apañe sola.

—Luego seguimos. Si no, sabes que no me concentro igual.

Nicholas sonrió y alivió la presión.

—¿Vas a concentrarte mucho?

—Muchísimo —murmuró seductora—. Y solo en ti.

Para sucumbir a esos deseos Nicholas no necesitaba alicientes, pero su mujer siempre rebasaba sus expectativas; cayó como un infeliz con una amplia sonrisa.

En la cocina, los gemelos habían empezado a cenar y Jamie esperaba paciente mientras Maggie terminaba de hacerle una tortilla.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿le puedo preguntar cómo ha ido la reunión?

Nicholas observó impasible a Maggie, cogió una botella de vino tinto y sirvió dos copas. Le entregó una a Charlotte y bebió relajado de la suya.

—Me acabas de preguntar —dijo apoyado en la encimera con las piernas cruzadas. Apreciaba su preocupación, Charlotte lo mantenía informado de las andanzas que se traía con los santos, pero le molestaba un poco que nunca le preguntara directamente. Por seguir en su línea, añadió con una mirada burlona—. Y como bien dices, no te incumbe. —Maggie entrecerró un ojo, sonrió irónica y sirvió la tortilla en un plato. Charlotte lo reprendió con una ligera inclinación de cabeza—. Todo está bien —dijo Nicholas acercándose a ella. Echó el brazo por su hombro, dobló el cuerpo hacia abajo y la besó en la mejilla—. Gracias por tus oraciones.

—No rezo por usted —replicó cargando munición—. Para qué perder el tiempo.

—Disculpa. —Nicholas se apartó unos metros—. Habré oído mal.

—No sé qué habrá oído —comentó Maggie, desvió la vista hacia Charlotte, que negó moviendo el índice, aunque no la engañó, y matizó suficiente—. Tengo cosas más interesantes que hacer.

—No lo dudo, pero recuerda usar otro sistema de comunicación más fiable. —Nicholas bebió despreocupado—. Lo digo para evitar que los niños me traigan al despacho la velita y el rosario que

casualmente tienes en tu altar privado.

—Lo que haya en mis aposentos no le incumbe —replicó dando de comer a Jamie. Los gemelos seguían entretenidos con su madre, los tres desconectaron de esa guerra. Maggie, que no tenía intención de detenerse, añadió—: No es un altar y no la tengo encendida por usted.

—No tienes por qué avergonzarte.

—¿Cree que me avergüenza rezar?

—No, por supuesto —comentó Nicholas ágil—. Lo decía para evitar que por alguna travesura tus peticiones se pierdan por el camino sin que su destinatario pueda escucharlas. Tenía clarísimo que jamás llegaré a ocupar ese honor en tu dormitorio.

—Discúlpeme por ver cachondeo donde no lo hay.

—Tienes esa capacidad —dijo sonriendo, levantó la copa en un mudo brindis y volvió a beber—. Eres optimista por naturaleza.

—¿Es malo? —preguntó limpiando la boquita agradecida de Jamie. Contenta miró a Nicholas, que negó entornando los ojos, cogió en brazos a la niña, y se la acercó—. Despídete de papá.

Nicholas besó los mofletes de su hija y, pocos minutos después, cuando Maggie salió para acostarla con los gemelos, se sentó y cortó un poco de queso.

—Andreas y Vicky han discutido —dijo Charlotte seria, cruzó las piernas y dio un sorbo a su copa—. Está fatal.

—¿Y qué?

—Desde hace diez días, no se ven.

—¿Qué les ha pasado?

—Vicky no ha sido muy clara —comentó Charlotte sin añadir que acababa de posponer explicarle la nueva información que tenía del motivo de esa ruptura. Alejando cualquier sospecha, añadió con un movimiento reflejo del hombro—. No sé, habrán discutido por cualquier chorrada.

—¿Por eso me has preguntado antes por él?

—Más o menos —dijo evasiva.

—Todas las parejas discuten. Llevan poco tiempo viviendo juntos. —Nicholas no le dio importancia, pese a que de no seguir adelante con el acuerdo de las acciones, Tristam debía continuar con ellas o bajar a la realidad; él no podía hacer frente a un gasto así, que además de ser desmesurado era injusto, pero cada uno podía gastar su dinero como quisiera. Se grabó en la memoria llamar a su hermano, tenía una idea que equilibraba ese regalo de cumpleaños. Con sensatez dijo—. No te preocupes, en cuanto descubran las reconciliaciones seguro que no será la última. —La miró sonriendo con los ojos, tranquilo, había dejado de estar obsesionado con Andreas, se llevaban bien y no

dudaba de su palabra de caballero. Por aliviar la sombra triste que percibió en Charlotte preguntó—. ¿Cómo vas con la investigación?

—Entre atender el boom de nuevos afiliados a la Fundación y ayudar a Morsi con la datación de unas vasijas que han entrado en la colección hace unos días, no he podido dedicarle mucho tiempo. ¿Te hace falta ya?

—No te preocupes. Estoy liado viendo los planos de la casa, los originales, firmados por *lord* William Kent.

—Me alegro de que estés entretenido, la semana que viene intentaré ponerme.

—Perfecto. ¿Cuándo vas a incorporarte?

—Por Knight, mañana —admitió sonriendo—. Pero le he dicho que a finales de abril.

—Eso es antes de lo que habíamos hablado.

—Lo sé, pero como ya habíamos decidido que lo haría, para qué retrasarlo más. Están muy liados con las nuevas piezas que han comprado y prefiero entrar antes de que empiece la avalancha de turistas.

—Me lo podías haber dicho.

—Cariño, aunque pensáramos que estaría mejor aquí con los niños, creo que es preferible volver a Londres y apuntarlos a una guardería. Es bueno que estén con otros niños, y también para nuestra economía es un respiro.

—Si quieres que los niños vayan a la guardería no me opongo, pero la niña se queda conmigo —afirmó muy serio—. Y tu sueldo no nos hace falta.

—Para ti lo que gano es insignificante, pero es mi sueldo y, si tengo que ponerlo íntegro para pagar parte de nuestros gastos, es tan válido como tu dinero.

Los dos empezaron a incomodarse. Nicholas porque entendió que Charlotte lo había dejado al margen de esa decisión, además de creer que Jamie era muy pequeña para ir a una guardería. Charlotte porque se sintió ofendida por el desprecio que mostraba por su salario, aunque era una cantidad fija todos los meses que, no siendo desorbitada, no dependía de ninguna fluctuación bursátil.

Con una mirada dura, Nicholas se levantó y colocó la copa en la encimera. Salió y la dejó cavilando, enredada entre sus propias inquietudes y la tela de araña que estaba descubriendo alrededor de los hermanos de Andreas.

Parte de su tiempo se lo había llevado un seguimiento exhaustivo por el Juzgado de Familia de Estocolmo. Por fin comprobó las resoluciones de todas las denuncias que Åsa interpuso a su exmarido.

El Ministerio de Justicia no había priorizado informatizar los expedientes completos, y encontrarlas, a base de vueltas usando una habilidad con la tecnología que rayaba ciertos límites, incrementó la alegría instantánea de Charlotte cuando confirmó satisfecha que Åsa no le dio opciones a Henning y desde que Andreas nació hasta que cumplió diez años se sucedieron los juicios, al contrario del silencio que le concedió a Sebastian, como si hubiese necesitado curar unas heridas profundas para volver a verlo.

Los veredictos eran todos iguales, el señor Henning Lindqvist tenía la obligación de permitir el contacto de Magnus y Jonas con su madre, pero dejaban en manos de la policía el cumplimiento de las sentencias en cuanto apareciesen; algo que nunca sucedió. Charlotte leyó una declaración de Magnus y Jonas Lindqvist de 1990, donde se negaban a mantener ninguna relación con ella, supuso que Åsa los encontró con ayuda privada, ya que seguían viviendo en Suecia y llevaban una vida bastante normal. Para la policía no debió ser complicado dar con ellos, aunque el nuevo apellido de Henning complicara las cosas. Algo olía mal o tenía algún contacto gordo en las altas esferas.

En cuanto Victoria le envió el apellido de Ingrid, el rompecabezas del doctor Lindqvist o Larsson, como se hacía llamar con una identificación falseada, cobró forma. Charlotte sintió la decepción que Åsa debió asumir tras una búsqueda incansable. A partir de la declaración de sus hijos, cesan las denuncias, parecía una rendición o el final de una batalla perdida muchos años antes.

En otro lugar de la casa, sentado en la mesa del despacho, Nicholas templó su ánimo realizando unas cuentas que podían garantizar la continuidad de la sociedad con la inclusión de Victoria sin que Andreas desembolsara una cifra que no era razonable. Se reclinó en la silla con las ideas claras, descolgó el teléfono fijo y llamó a Tristam.

—Hola —saludó Nicholas—. ¿Cómo va todo?

—Bien. Muy liados con la campaña.

—¿Cuándo vais a hacer la operación? ¿Habéis hablado Andreas y tú?

—Aún no hemos fijado la fecha, pero él quería hacer el cambio de titularidad a mediados de mayo ¿Por qué? ¿Te lo estás pensando?

—Tendría que hablar con Gordon y con mamá, y, por supuesto, no te pagaríamos lo que él. Te lo preguntaba porque Charlotte me ha dicho que Victoria lleva diez días sin verlo, al parecer las cosas no andan finas entre ellos, y no sé si querrá seguir adelante con su espléndido regalo.

—¿Han roto?

—No lo tengo claro, pero deberías hablar con él.

—Lo he intentado, pero siempre tiene el móvil apagado y no contesta los correos. De todos modos, la compra de las acciones es lo que menos me importa, cuando llegamos al acuerdo lo hicimos por escrito, si desestima la adquisición deberá indemnizarme.

—Vamos, que ganas de todas maneras.

—Puedes verlo así. ¿Cómo te ha ido a ti?

—La verdad es que mucho mejor de lo que esperaba. Las acciones han empezado a subir y las previsiones en cuanto el producto esté en el mercado son muy buenas.

—¿Y la novela?

—Bien. Según mis cálculos, tendré listo el borrador a primeros de junio, pero no puedo confiarme.

—Me alegro. Por cierto, me encontré hace un par de días a Daniel Ross, me dijo que dejásemos de presionar a su encargado para que nos bajasen los precios. Me contó que Vicky lo llamó y lo puso firme.

—Que se joda —espetó indiferente, con una sonrisa orgullosa recordó cómo podía jugar su hermana si la presionaba—. Lo amenazó con comprar vinos a una bodega española que le recomendó el sumiller cuando volvió de una feria en Madrid.

—Pues deberíamos probarlos —dijo Tristam decidido, tenía un contacto en España que nunca le fallaba, un amigo al que recurría sin importar que durante largas temporadas sus obligaciones les impidieran verse. También fue leal con Nicholas en un momento difícil con alguien que seguía entre rejas—. Si quieres hablo con Antonio, conoce a un montón de distribuidores de los eventos que organiza en Marbella.

—Hazlo. —Nicholas no lo dudó, ese nombre solo garantizaba éxito —. No hay nadie que sepa más de lujo que él, lleva años en el negocio. Cuanta más oferta y más variedad tengamos, mejor para nuestra reputación.

—Vale, lo llamaré luego. ¿Elijo algunos y que nos organicen una cata?

—Sí. Procura que haya de todo. A mí me gustan los Ribera del Duero, pero tienen una variedad muy amplia. Dile a Antonio que te diga la marca del que nos bebimos él y yo la última vez que comimos juntos, era un blanco; estaba buenísimo.

—Si vas a ponerte en plan sibarita, llámalo tú. Si no, déjame a mi rollo.

—No, confío en vosotros. No tengo tiempo. ¿Seguirás involucrándote cuándo hayas vendido las acciones?

—Para ciertas cosas sí —dijo Tristam de buen humor.

—Muy listo.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que os haga falta.

—Gracias, es un consuelo.

—De nada —dijo Tristam notando el peso que le suponía a su hermano la gestión de Ivory. Sintió pena por él, y comprendió cuando un día le garantizó que Alex viviría más tranquilo que Henry; era cierto, ni él ni el Intrépido tendrían jamás esa obligación—. No te estreses, cuando haya hablado con los españoles, te llamo.

Charlotte esperó que terminara en el pasillo, dispuesta a no caer en viejos errores; no tenía intención de tolerar que Nicholas la dejara al margen. Abrió la puerta despacio y la entornó asomando la cabeza.

—¿Sigues enfadado?

—No me he enfadado —dijo seco.

Entró confiada, se sentó en su sitio habitual frente a él y cruzó las piernas. Concentrada en el círculo imaginario que formaba el balanceo repetitivo de su pie, ordenó las ideas antes de levantar la vista y observar unos ojos verdes fijos en ella.

—Sé que ahora estás contento porque sabes que tu economía está a salvo.

—Nuestra.

—No —replicó molesta—. Tuya. Para ti, mi salario es de chiste. No solo me lo quedo íntegro, sino también me haces un ingreso mensual. Aunque digas que es nuestra, no lo es. Me has dejado fuera de nuestros gastos y me gustaría sentir que colaboro para mantener a mi familia. —Charlotte fue calentándose según hablaba, no la ayudó una sonrisa prepotente que indicaba la poca predisposición de su marido por el tema—. Sabes que me gusta mi trabajo. Si un día pensé en dejarlo fue porque estaba agotada, pero ahora necesito volver y estar rodeada de adultos ejerciendo la carrera que elegí porque quise, porque me encanta, Nicholas, me hace feliz, y también me pagan.

—Si quieres trabajar, haz lo que te dé la gana, pero déjate de chorradas. —Se levantó enfadado dando por terminada la conversación. Pasó por delante de Charlotte, sonrió y negó la cabeza mirándola condescendiente—. Tú no vas a mantener a mi familia.

—¿Me puedes decir por qué te molesta tanto?

—Porque me frustra —dijo elevando un poco la voz. Se giró y volvió cerca de Charlotte, bufó resignado y añadió en un tono neutro —. Significa que tenemos que volver a Londres, algo que no me apetece nada. Me había hecho a la idea de que íbamos a estar una temporada más larga aquí.

—Ahora sí —afirmó con una sonrisa. Se levantó, cogió su mano y le besó los nudillos, luego los labios—. ¿Por qué no me habías dicho que querías vivir aquí?

—Te lo he dicho muchas veces. Aquí estoy tranquilo, no hay ruido, monto, los niños están felices. Imaginarme en Londres me pone de mala leche.

—Puedo intentar prorrogar la baja más meses o llegar a un acuerdo con Frank. Con dos días que vaya a la semana el resto del trabajo podría hacerlo desde aquí.

—Dos días podríamos sobrellevarlos —comentó Nicholas más animado. Inclinó la cabeza hacia abajo, la besó muy despacio dejando que sus lenguas se enroscaran mimosas—. Me gustan nuestras reconciliaciones.

—Y a mí —susurró Charlotte. Sujetó su rostro y obligó su atención —. Te quiero, eres mi mundo, y necesito que comprendas lo importante que es para mí no estar al margen de tus inquietudes. Sin darte cuenta a veces lo haces, y me molesta.

—Lo siento, es para protegerte, no tengo otra intención.

Más tranquilos, durante unos minutos siguieron abrazados. La perspectiva de vivir ahí de manera permanente había sido otro sueño de Nicholas que se dejaba acariciar. Solo faltaría quitarse el lastre de Ivory como hotel, aunque era tarde para arrepentirse y se conformaba con completar la venta de las acciones de Tristam sin incidencias. En cuanto ese tema estuviera resuelto, podría decir que con Charlotte había cumplido todos sus sueños.

Tras un mes sin noticias de Andreas y seis kilos menos, Victoria estaba convirtiéndose en un espectro que deambulaba por la oficina. No era que no quisiera comer, solo que su cuerpo no admitía la comida. La preocupación de Patricia no hacía efecto en ella, por lo que recurrió a Charlotte y a Sarah. Pasaron a buscarla por su despacho y la llevaron al comedor.

Pidieron el menú del día sin dejarse convencer por las protestas de Victoria.

—Estás quedándote en los huesos —dijo Charlotte.

—¿Cómo estás? —preguntó Sarah.

—Voy tirando ¿Y tú? Estás guapísima.

—Tengo que controlar mucho la comida y se me hinchan los pies, pero por lo demás me encuentro bien. El bebé está cogiendo peso por días y hemos empezado a decorarle el cuarto. He encontrado una cuna antigua monísima, en una tienda cerca del apartamento —dijo mirándolas contenta—. Pásate cuando puedas.

—Lo intentaré —dijo Victoria—. ¿Por qué no queréis saber el sexo?

—Porque no nos importa —dijo Sarah risueña—. Y no intentes despistarnos.

—Eso —añadió Charlotte—. ¿Seguís igual?

—Sí. Se acabó. —Victoria mostró con una mirada vacía toda la tristeza y el dolor ante una situación que no contemplaba, pero se había apoderado de toda su vida—. Tengo que asumir que me ha dejado. He hablado con Magnus, va a ponerse en contacto directamente con él.

—¿Conoces a su hermano? —preguntó Sarah extrañada.

—Sí, lo vi en Londres. Es una historia un poco larga y prefiero contártela en otro momento —explicó Victoria—. Me dijo que le escribió un e-mail para que fuera. No tuvo el detalle de responder ni claramente apareció.

—¿Están enfadados? —preguntó Sarah curiosa.

—Algo así —respondió Victoria.

—¿Tienes idea de dónde puede estar? —preguntó Charlotte.

—¿No sabéis dónde está? —preguntó con suficiencia Sarah—. Yo, si fuera él, me iría a mi refugio en las montañas. Lo tiene perfecto para desaparecer y bajarse del mundo.

—¿Tantos días va a estar aislado?

Con un gesto escéptico en la cara, Charlotte paseó la mirada entre ellas.

—Lo he pensado —dijo Victoria arrastrando la voz—. Le encanta aquello, pero lo he descartado por la incomunicación. No me lo imagino sin su portátil o sin el teléfono más de tres días seguidos. —Sonrió recordando la cabaña, siempre la tenía presente, incluso veía en la televisión los partes del tiempo que de forma automática captaban una atención inconsciente mientras se abstraía en unas frías noches solitarias. La seguridad de Sarah la llevó a ponerse en la piel de Andreas, y sí, era muy posible que estuviera perdido entre sus amadas montañas, tenía capacidad para adaptarse sin problemas; una vez se lo demostró y su vida era la prueba de que era un superviviente. Con una duda sigilosa flotando en sus pensamientos, comentó seria—. Por lo que sé, Jürgen y Mathias tienen plenos poderes para manejar la compañía en su ausencia. Así que no es tan descabellado, puede quedarse de manera indefinida.

—Ya sabes... —Sarah sonrió elevando las cejas—.Ve a buscarlo.

—No. —Victoria sonó rotunda—. Él se ha ido y él debe volver porque quiera, no porque se sienta presionado por mí. No me lo digáis más, en esto no pienso cambiar de opinión.

—Tú verás lo que haces, pero debes ser un poco condescendiente —dijo Charlotte severa—. Ha pasado demasiado tiempo odiando algo

para abrazarlo ahora de golpe.

—Me da igual —replicó levantándose—. No ha tenido la más mínima consideración conmigo.

—Vicky, escúchanos. Charlie y yo no somos nadie para darte consejos, eso que quede claro, pero las dos hemos vivido situaciones difíciles y si quieres solucionar los problemas tenéis que ceder los dos. Todos tenemos algún momento en el que necesitamos huir. Andreas lo ha hecho ahora, Charlotte cuando se fue a Sudán, yo cuando me fui con Jean. Él lo ha gestionado así, a lo mejor está esperando que vayas a buscarlo.

—Lo siento.

Victoria salió a toda velocidad del salón. Sin necesidad de palabras, Charlotte y Sarah compartieron una mirada cómplice y un ligero suspiro. Victoria se parecía a sus hermanos, ambas sabían la tozudez que podía mostrar un Finch-Hutton.

—Como no cambie, no sé qué va a pasar —dijo Sarah negando suavemente con la cabeza—. Son unos petardos.

—No hables muy alto.

—¿Yo soy una petarda? —preguntó irónica—. Desde luego…, lo que tiene una que oír.

—Ninguno vemos nuestros defectos.

—Tú no verás los tuyos —dijo Sarah echando un vistazo al cuerpo de Charlotte—. Porque yo los míos los tengo más visibles que nunca.

—No digas tonterías —dijo Charlotte, acarició su vientre y sonrió —. ¿Habéis pensado nombres?

—Tristam no sé, pero yo tengo alguno. ¿Te gusta Neil?

—No está mal. —Charlotte hizo un gesto no muy satisfactorio con la boca—. Sigue buscando, no me convence.

CAPÍTULO XIX

Wells, Inglaterra
15/4/2014

La fiesta de cumpleaños de los gemelos reunió a toda la familia en su casa. Victoria acudió con Patricia y Gordon, charló con todos e intentó pasar desapercibida, cansada de soportar reprimendas constantes, sumadas a las nuevas de Maggie y a las inesperadas de Max, al que Nicholas invitó al verse en el compromiso cuando el día anterior le preguntó por ellos delante de su madre; de forma sorpresiva aceptó, y ahí entendió que podía molestar a su hermana, pero no iba a retirar la invitación, era absurdo pensarlo.

Pese a todo, Victoria pasó un día muy agradable. El sol los honró con su presencia y la comida de Maggie estuvo a la altura del mejor de los cocineros. La tarta también, esa vez ni se le pasó por la cabeza pedírsela al chef de Ivory.

Charlotte invitó a varios de los amiguitos que solían jugar con los gemelos en un parque del pueblo, y el jardín se llenó de pequeños a cual más inquieto, todos con un mismo objetivo: arrasar con la mayor cantidad de chucherías en el menor tiempo posible. La esmerada decoración donde estaban expuestas, no les inspiró la más ligera cautela y pasaron como una plaga de selectivos ratones avariciosos que no se dieron por satisfechos hasta escuchar las voces firmes de los adultos.

Cuando salieron, Victoria esperó cansada que Gordon y su madre concluyeran las despedidas. Se apoyó en el todoterreno y coincidió con Max, que conducía el Ford Focus blanco de Dani. Se ofreció a llevarla y lo rechazó con amabilidad, pero al pasar por delante, en vista de que todavía iban a tardar, lo paró y se subió con él.

Hicieron los primeros kilómetros en silencio, hasta que Max dijo:

—¿Quieres cenar conmigo?

—No, gracias. No me apetece.

—No hace falta que me cuentes nada para que sepa que necesitas a un amigo.

—No necesito a nadie, el único que quiero no está.

—Tendrás que superarlo.

—Gracias por el aviso —admitió molesta.

—Lo digo en serio, Victoria. ¿Cuánto tiempo llevas sin verlo?

—No te importa.

—Sí me importa, ¿no te ves?, pareces una sombra. Deja de pensar en él y afronta tu vida con seguridad antes de que caigas enferma.

—No tienes ningún derecho a decirme qué debo hacer.

—Somos amigos.

—No —dijo enfadada—. No lo somos.

Al llegar a la puerta de Ivory, Victoria cogió rápido el tirador de la puerta, quería salir de la bruma densa que surgió entre ellos durante muchos minutos. Notó un tirón en la cabeza, giró la cara y encontró una boca que la besó entregada con hambre y solo encontró pasividad, la química había desaparecido. Frustrado, Max se separó y apretó los labios.

—Lo siento.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —siseó indignada. La mirada furiosa de Victoria no era una simple advertencia, era toda una amenaza. Solo había unos labios a los permitía ciertas intimidades y no eran esos. Los fríos átomos de hielo que se derretían en sus manos y la convertían en fuego no tenían sustituto—. Esto sí que no voy a repetírtelo, Max. No lo intentes, porque ya no es posible.

Salió dando un portazo. Por un momento se olvidó de Andreas y renegó de Max. Luego se duchó y, cerrando los ojos, imaginó que unas manos hábiles, y a veces rudas, le acariciaban el cuerpo. Sus lágrimas cayeron como el agua que la empapaba; lo echaba tanto de menos, «qué pena terminar así una relación que los dos creyeron indestructible». Se marcó un plazo límite para cerrar ese capítulo de su vida: su próximo veinticinco cumpleaños. Conocía la ilusión que tenía por cumplir el primer cuarto de siglo, sabía que planeaba una celebración especial y su ausencia ese día sería un error insalvable muy difícil de perdonar.

A finales de abril, un día soleado más templado de lo habitual, Andreas bajó de la cabaña al pequeño pueblo de Anzère. Solo lo había hecho un par de veces. Tenía el pelo más largo con algunos mechones rubios desordenados en la cara, una barba clara bastante espesa, y no perdía el tiempo con la ropa; siempre vestía vaqueros y camisetas descoloridas. Su imagen no andaba en un punto glorioso, pero no era nada preocupante, de hecho no le importaba lo más mínimo.

Compró algunas cosas en el supermercado y entró en el Spa del Centro Termal, donde se conectó un rato a Internet sentado en un sofá

circular muy grande, apartado de dos clientes. Ahí revisaba el correo con el móvil o el portátil gracias a una llamada de su secretaria, ya que una de las recepcionistas la primera vez que accedió al vestíbulo no permitió que usara la red inalámbrica hasta confirmar su identidad, pensando que era un vagabundo.

Resopló por los mensajes de Victoria, por su culpa tenía colapsadas las cuentas. Cruzó por su cabeza la idea de borrarlas. Abrió uno de Klopp y le dio instrucciones para llevar a cabo la compra de las acciones de Ivory. Tenía firmado un acuerdo con Tristam y nunca los rompía. Esas acciones eran el regalo que quiso para ella, aunque no sabía si iría a entregárselo en persona.

Leyó una nueva carta de Magnus. Volvía a pedirle que dejase atrás el rencor e hiciese el esfuerzo por escucharlo. Le repitió varias veces que, en cuanto quisiera, se pusiera en contacto con él y le dejó un listado de números de teléfono y cuentas de correos electrónicos, que advertían de una obstinación familiar nada halagüeña. Magnus Lindqvist, su hermano mayor, era un plomo; aunque Andreas sonrió por dentro, removía un deseo muy añorado por su madre.

La actividad en el *British* era acorde a la primavera, un hervidero de acción en cada rincón del museo. Charlotte se había incorporado más de una semana atrás, pasaba sola en Londres la noche del lunes al martes, los dos días que trabajaba de manera presencial. El resto se dedicaba a la investigación desde su casa. Reorganizó la estantería de su mesa de la biblioteca, colocó libros, catálogos, y algunas lupas de precisión; instaló en su ordenador un control remoto para acceder al inmenso archivo que usaba en el museo, y hasta el momento la experiencia era muy positiva; notó que aprovechaba mejor el tiempo, además de organizarse a su aire.

Ese día su profesor le hizo una visita y, como siempre, fue de gran ayuda para el trabajo que realizaba a una nueva momia encontrada en Tebas, un hombre que perteneció a la XXV dinastía; con un detalle significativo: según el paleontólogo, murió de una displasia diastrófica y abría la investigación de una mutación genética causante de la enfermedad que, probablemente, padeció Sarihsa y otros miembros de su familia. En cuanto Eric se despidió, bajó al despacho de Husher para contrastar unos datos y se quedó atónita al encontrarlo hablando con Jean Blanchet.

—Charlotte, hola —dijo Jean sonriente, se acercó y la besó en las mejillas—. *Comment ça-va?*

—*Ça va, et toi?* —preguntó Charlotte. Tenía un aspecto relajado, la

piel muy bronceada, y una actitud cordial. Husher se alejó y continuó tomando muestras del cuerpo momificado que tenía encima de la mesa—. ¿Qué haces aquí?

—Las nuevas vasijas que estáis catalogando pertenecen a una excavación en curso de mi museo en Nubia. En cuanto llegaron sugerí que Ahmad y tú las examinaseis, después os vendimos algunas. Pensé que sabías que venía, él lo sabe.

—No me ha dicho nada, coincidimos solo dos días y estamos muy liados.

—¿Cómo están los niños?

—Enormes —dijo risueña—. Los gemelos ya han cumplido dos años.

—¿Tienes planes para luego?

—No, hoy duermo sola aquí. ¿Cenamos?

—Vale. Te recojo a las ocho.

—Me alegro de verte, Jean.

A la hora acordada, Charlotte salió de su casa y se dirigió andando con su excompañero a uno de los restaurantes que había por los alrededores. Eligieron un italiano. Al ser lunes, el ambiente era sosegado con solo cuatro mesas, con unos típicos manteles a cuadros blancos y rojos, ocupadas por clientes. Se sentaron sin muchas expectativas y pidieron una ensalada para compartir y una pizza. Mientras esperaban les sirvieron un vino tinto pasable, al menos, para un paladar no demasiado exigente como el de Charlotte; su marido era otra cosa, sonrió al pensar en él y preguntó distraída:

—¿Estás contento en el Louvre?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Aunque te echo de menos.

—Sabes, cuando nació Jamie pensé en no volver a trabajar. No sé…, me daba pereza. Sin embargo, conforme ha ido creciendo, me he dado cuenta de que echo de menos estar rodeada de adultos y dedicar mi tiempo a algo que me encanta. Así que, *cher ami*, yo también te he echado de menos.

—¿Cómo está Nicholas?

—Bien, ya sabes… Dedicado a sus novelas y a Ivory.

—¿Y Sarah? —preguntó en un susurro.

—Bien.

—¿Qué ocurre? —Jean conocía a Charlotte, habían pasado juntos mucho tiempo, estaba ocultándole algo—. Dime la verdad.

—Tristam y ella van a volver a casarse.

—No me sorprende.

—Se quieren, Jean. —Charlotte le tocó la mano al ver una tristeza que la apenó—. Está embaraza de cinco meses —dijo Charlotte con una sonrisa leve—. Está muy guapa.

—Me lo imagino. Dale la enhorabuena de mi parte, pero procura que no esté tu cuñado delante.

—No te preocupes. —Charlotte negó suavemente con la cabeza—. El tiempo lo cura todo.

—Por si acaso. No quiero que vuelva a aparecer hecho un energúmeno por mi trabajo.

—¿Tristam ha ido a verte a París?

—Sí, tuvo esa deferencia el año pasado. Me dejó un mes de baja.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos de par en par—. ¿Os pegasteis?

—No tengo ganas de recordarlo, demasiado humillante. Pero, vamos, hazte una idea. No sé qué coño os contó Sarah, pero nunca le hice daño. Está claro que a Tristam se la trajo floja.

—Es mejor olvidarlo, Jean —dijo tranquila—. ¿Sales con alguien?

—Negativo. Las relaciones duraderas no están hechas para mí.

—Mientras lo tengas claro.

Como buenos amigos, conversaron un poco de todo. Siempre se habían llevado muy bien y sus profesiones los unirían con cierta frecuencia. La antipatía que Nicholas y Tristam sentían por él era recíproca, por lo que Charlotte tenía asumido que siempre mantendría la amistad con Jean al margen de la opinión de su marido.

A última hora del martes por la tarde, Charlotte llegó a Wells ansiosa. El día y medio que pasaba sin ver a sus hijos valía la recompensa de encontrarlos esperándola tan entusiasmados como ella o Nicholas sonriendo felices. Jamie se lanzó a sus brazos, dejando a su padre poner un poco de orden entre los gemelos, que mantenían una encarnizada guerra por ganar su atención.

—Menudo recibimiento.

Nicholas la cogió de la mano y la llevó al despacho. Le quitó a la niña, la sentó en sus rodillas moviendo las piernas con ritmo y Charlotte durante unos minutos contentó a los niños, que se olvidaron de ellos en cuanto Maggie entró ofreciendo la cena y un suculento mousse de chocolate como postre.

—¿Todo bien? —preguntó Nicholas con la risa alegre de Jamie contagiándolos—. ¿Qué tal la carretera?

—Un poco de tráfico al salir de Londres, por las obras, pero bien. He venido tranquila.

—No hablaba de velocidad, cariño —dijo burlón—. Te preguntaba

por el coche.

—Ah, perfecto. —Charlotte sonrió, tras meses apenas sin conducir, no sabía cómo llevaría el BMW, pero la experiencia estaba siendo buena; le relajaba pasar más de tres horas concentrada escuchando música—. He hablado con Joan. Va a venir solo un día a la semana, lo ha entendido perfectamente.

—Estupendo, no me gustan esas conversaciones.

—¿Y por aquí?

—Todo bajo control. Esto es un cuartel, Maggie da miedo. ¿A que sí? —exclamó divertido aupando a su hija—. Es peor que un general, los niños huyen cuando la ven.

—Sí, me he dado cuenta —dijo riendo; eran igual de golosos que él —. Ayer vi a Jean, cenamos juntos en un italiano cerca de casa.

—Puedes ahorrarme los detalles, no me interesan.

—Lo sé. —Charlotte observó el brillo soberbio de esos ojos que no sabían mentirle, y estaba molesto, aunque trataba de disimular jugando con la niña. De manera casual, comentó—. Me ha dicho que Tristam fue a verlo a París y le dio una paliza.

Nicholas apretó los labios y alzó las cejas, al instante, notó el tirón de la sangre y habló seco:

—Qué pena.

—No seas así.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó irónico—. ¿Que lo siento? Sabes mi opinión sobre él.

—Ya —afirmó resignada. Quizás si también supiera cómo se comportó su admirado Ulick con Åsa Göransson, con un resultado incomparable, vería a Jean diferente; aunque, al no estar segura de nada, seguía manteniendo ese secreto y no le apetecía volver a la carga con las tendencias sexuales que Jean o Sebastian hubieran compartido. Ella admitía que en un momento apasionado podían haber traspasado algún límite invisible que se hubiera malinterpretado, o no. Pero Nicholas, que bajo ningún concepto consideraba una duda razonable, oía su nombre y despotricaba sin miramientos, ofuscado por una compasión que no entendía. Para Charlotte cualquier violación admitida por una mujer merecía el castigo de los agresores; sin embargo, en estos dos casos, no podía admitirlo sin discutir con él. Seria, advirtió—. No me la repitas, por favor.

—No tenía intención de hacerlo —dijo despreocupado, ajeno al hervidero mental de Charlotte, que sonrió a Jamie—. Hace un rato he hablado con Tristam. La semana que viene van a cambiar la titularidad de las acciones, Andreas le ha pedido a Klopp que se

finalice la compra.

—¿Entonces? ¿Ha vuelto?

—No. Y es lo que me extraña. Hasta que Victoria no las acepte, solo serán de ella de manera simbólica.

—¿Serán de él?

—Depende de cómo las escrituren.

—Pero, Tristam dijo que solo aceptaría si las acciones pasaban directamente de él a Vicky.

—Sí, pero si no están ninguno de los dos, Klopp las comprará por poderes a nombre de Andreas o de su grupo. Luego tendremos una junta extraordinaria para modificar a los socios, que debería coincidir con el cumpleaños de Victoria para mantener la sorpresa, y si no las acepta tendremos un problema.

—No creo. No empieces a darle vueltas. Si llevan sin verse desde marzo y, aun así, ha seguido adelante es porque su intención no ha cambiado.

—Eso espero. —Nicholas reflexionó en voz alta—. Con lo tranquilos que estaríamos sin el hotel.

—Es cuestión de que lo pienses bien ahora. Estáis en el punto idóneo para decidir si merece la pena seguir adelante.

—Si cerramos, perderíamos mucho dinero.

—No lo veo así —dijo convincente—. Solo con las celebraciones mantendríais la sociedad y, aparte de sufragar todos los gastos, la casa no se usaría. Estoy segura de que daría beneficios. Incluso, te diría que celebrando al año un número limitado de bodas en poco tiempo habría lista de espera. Te quitas el quebradero de cabeza del hotel y con las reformas tenemos suficiente espacio para alojarnos todos juntos. —Charlotte lo tenía clarísimo y la sonrisa de Nicholas la animó a continuar—. Me parece que ahora que los niños son pequeños, Sarah y Tristam van a tener al suyo, y Victoria tarde o temprano también lo hará, es el momento apropiado para que Ivory vuelva a ser la mansión familiar que siempre ha sido.

—Tendría que hablar con Andreas antes de que compre las acciones. No quiero que piense que lo hacemos por él.

—Habla también con Tristam, no creo que Andreas deba pagarle una burrada si en serio no vais a seguir con el hotel.

Otra vez su mujer con esa calma para razonar y un desapego natural por el dinero, acababa de ofrecerle la solución a un quebradero de cabeza que no formaba parte de sus sueños.

Charlotte salió con Jamie para darle la cena y durante unos minutos, pensando en su padre, Nicholas llamó primero a Gordon. Como siempre, dejó en sus manos cualquier decisión, al igual que

Patricia; para ellos era más interesante disfrutar de la casa sin restricciones sus últimos años. Terminarían en el mismo lugar dónde se conocieron. Poco después, en cuanto su hermano respondió al teléfono en Londres, Nicholas le dijo rápido, casi eufórico:

—Tristam, tengo malas noticias para ti.

—¿Qué pasa?

—En agosto clausuramos la temporada del hotel.

—¿Y?

—Definitivamente.

—¿Por qué? —exclamó alarmado.

—Porque solo con las celebraciones tenemos suficiente beneficio, la propiedad a nuestra disposición y las facturas pagadas. ¿Qué te parece?

—La leche. Así, sí que mantendría mi parte.

—Si la quieres mantener, podemos emitir nuevas acciones. ¿Cuánto te ha pagado Andreas hasta ahora?

—Quince mil.

—O sea que te ha pagado veinticinco acciones al precio que tenéis acordado. Con la última ampliación cada uno tenemos mil cien. Tendríamos que emitir otras mil cien nuevas o venderle doscientas veinte cada uno, menos tú que solo le venderías ciento noventa y cinco. Así todos tendríamos ochocientas ochenta. Creo que sería lo mejor y con el fondo que tenemos es suficiente para las celebraciones.

—Me imagino que el precio será el nominal actual.

—Es lo más justo. Tendrías que hacerte a la idea de que ya has cobrado cien.

—No hay problema —dijo Tristam—. Me gustaría poder disfrutar de Ivory como cuando éramos pequeños. Pasábamos unas vacaciones increíbles. ¿Te acuerdas de las carreras que hacíamos con Astor?

—Mas que tú, que eras un coñazo a nuestro alrededor todo el día. —Nicholas sonrió al recordar a su amigo, con muchos kilos menos y una agilidad envidiable montando—. Le diré que venga algún fin de semana.

—No sé si a Vicky le hará mucha gracia quedarse sin trabajo.

—No creo que tenga muchos problemas para encontrar otro. Además, alguien se tendrá que encargar de gestionarlo todo.

—Voy a mandarle un correo a Andreas. Cuando me conteste, hablamos.

—De acuerdo, hasta luego. Ah, se me olvidaba, eres mi ídolo.

—¿De qué hablas? —preguntó Tristam sonriendo.

—De tu visita al Louvre. Enhorabuena.

—¿Cómo te has enterado?

—El francés está aquí. Ayer cenó con Charlotte.

—Gracias.

Tristam colgó con un nudo en el estómago, toda la felicidad que sintió por la noticia de Nicholas se borró de golpe ante la mención de un nombre. Uno que le hizo mucho daño y estuvo a punto de hacerle perder a su mujer. Un nombre que lo incomodaba, traía a su mente una visión insultante para su honor y a veces aún lo perseguía.

Sarah estaba relajada enjabonándose el cabello con la cabeza hacia atrás cuando Tristam abrió la puerta del baño, entró sin hacer ruido con los pies descalzos y se desnudó. En cuanto acarició su vientre, ella sonrió al sentirlo detrás, pero siguió con los ojos cerrados y la cabeza inclinada. Tristam le quitó la ducha, enjuagó despacio una melena negra un poco más corta y, mientras resbalaba el jabón por su espalda, exploró relajado las nuevas dimensiones de unos pechos llenos y sorprendentes por días.

—Te quiero —susurró Tristam. La giró entre sus brazos y la besó en los labios. Necesitaba confirmar que Sarah estaba ahí con él—. No quiero esperar al verano. Cásate conmigo ya.

—Te dije que sí, por mí puede ser mañana.

Tristam volvió a besarla, inclinó la cabeza dejando un rastro húmedo por su cuello, bajó hasta sus pezones y los lamió sosegado. Consiguió la dureza que le gustaba y levantó la vista, vanidoso, sonriendo con toda la felicidad concentrada en unos ojos que brillaron tan alegres como un miembro preparado rozando un cuerpo que solo podía amoldarse al suyo.

—La semana que viene —murmuró. Se lanzó por unos labios sonrosados que aplastó con una agresividad profunda en rápidas arremetidas. La escuchó gemir y buscó con la mano la calidez de un sexo que presionó con más entusiasmo del normal en él. Afloró la inseguridad que la aparición imprevista del francés había conseguido y, con un marcado instinto territorial, mordió descontrolado su barbilla. Sarah le sujetó la cara y lo frenó. La miró extrañado y habló entrecortando las palabras—. ¿Qué pasa?

—Me has hecho daño —dijo Sarah, atenta, notándolo raro—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —susurró consciente de que estaba dejándose llevar por unos demonios que ninguno merecía a esas alturas. Sabía que Jean Blanchet no se entrometería y cumpliría la promesa que le hizo en Paris, pero, incluso así, una duda que Tristam no esperaba se adueñó de sus actos. Volvió a besarla más pausado, sin ganas de dar pie a una conversación violenta que se juró no tener nunca con ella. La apoyó contra la pared y al rozar la piel tersa del vientre

voluminoso donde crecía su hijo, no le quedó más remedio que apartarse con una sonrisa al notar un carácter tan impulsivo como el suyo—. Me ha dado una patada.

—Habrá sido sin querer.

Tristam contempló una sonrisa perfecta, la ayudó a salir y, después de un secado rápido, la llevó a la cama, donde más calmado le demostró entre oleadas de placer lo feliz que se sentía. La acarició, besó y amó con el alma. Luego, envuelto en los brazos que lo ataron desde que se conocieron, dejó de pensar en el pasado mientras Sarah pintaba con las uñas un cuadro invisible en su pecho, lentas pasadas como plumas entre sensuales brisas.

—Tengo que contarte algo —dijo Tristam—. Nicholas me ha llamado hace un rato, han decidido cerrar el hotel.

—¿Cómo? —preguntó incorporándose.

—Es lo mejor, cariño. Nosotros pasamos, a Nicholas le agobia, Gordon y mi madre están mayores, y Vicky puede buscar otra cosa sin sentirse presionada.

—¿Y tu comprador?

—No te lo he dicho porque le di mi palabra, pero, en vista de cómo están las cosas, es mejor que lo sepas. El comprador es Andreas, por eso en Navidad Nicholas se cabreó tanto —dijo serio, observando a Sarah acomodar dos almohadones mullidos tras la espalda—. Creyó que quería apropiarse de la sociedad, pero su intención es regalarle las acciones a Victoria en su cumpleaños.

—Empieza desde el principio, por favor. —Sarah estiró las piernas y cruzó los brazos. Tristam tardó unos segundos en empezar a hablar, pero captó su atención de inmediato. Pocos minutos después, se dio tironcitos del labio, pensativa. Al terminar de contarle la historia, Tristam esperó su opinión. Sarah comprendía a Nicholas y sabía que, aunque para ellos era absurdo pasar parte de las vacaciones a quince minutos de su casa, a Tristam le hacía ilusión estar junto a su familia unos días en Ivory—. Con el cambio vamos a perder una cifra increíble y tendremos que esperar para mudarnos, pero es nuestra oportunidad para plantearnos en serio vivir en el pueblo y pasar parte de las vacaciones igual que cuando vosotros erais pequeños —dijo tranquila. Suspiró y poco a poco creyó que podía ser una realidad soñada por los dos—. Me apetece mucho, además, si tenéis razón y solo con las celebraciones se mantiene sola, es la mejor idea que habéis tenido.

—¿Quieres que nos vayamos ya a Amesbury?

—Sí —dijo segura afirmando rápido con la cabeza—. Puedo usar el despacho de abajo y venir aquí cuando tenga alguna reunión o visita.

—Pero, para mí ahora no es buen momento.

—Será solo hasta que lancéis la campaña. Después puedes hacer como Charlotte, es cuestión de que nos organicemos. No nos liamos con nuevas hipotecas y, si las cosas siguen así, nos podemos relajar un poco.

—Es lo que siempre habíamos hablado —susurró acariciando un rostro que podía expresar todos los matices de la felicidad con un solo gesto: la sonrisa más bonita que Tristam había contemplado nunca—. Si no te importa quedarte sola dos noches, creo que podría organizarlo para trabajar desde aquí los jueves y los viernes.

—Estaré con *Solo*. Y a lo mejor podríamos adoptar a dos más. La última vez que lo llevé a Diane, me comentó que tenía dos cachorros en su casa y estaba buscando a alguien que los quisiera.

—¿Tres perros y un bebé?

—Podemos hacerles una caseta en la parte de atrás.

Tristam sonrió por el optimismo de Sarah. Cuando solo daba opciones positivas era que quería conseguir el objetivo a toda costa, y para su satisfacción coincidía plenamente con el suyo.

Por fin, el hogar que construyó Robert Finch-Hutton; su casa, el que creó un gran negocio en Estados Unidos y jamás regresó, vería a uno de sus descendientes usarla como fue su sueño; un testigo de excepción cobijando las vidas de una pareja enamorada con sus hijos; algo que él consiguió a miles de kilómetros y nunca se planteó abandonar.

En la cabaña, iluminado por varias velas, Andreas releyó muy despacio uno de los e-mails que imprimió por la mañana en su peculiar oficina. Tristam le exponía un nuevo acuerdo para la compra y las nuevas intenciones con Ivory. Por su experiencia, tenía claro que sin sacrificar parte de la finca no podrían rentabilizarla, pero se sorprendió por ese cambio tan drástico. Pensando en los motivos para renunciar al esfuerzo e inversión que tenían hecho, una idea empezó a coger forma en su mente. El momento era el oportuno para aprovecharse del tirón que causaría la noticia del cierre como hotel de Ivory. Hablaría con sus socios y encontraría una casa para iniciar ahí el negocio hotelero antes de lo previsto. También Victoria necesitaría un nuevo empleo, y él afirmó en cierta ocasión sin dudar que la contrataría. Otra vez. Su maldita conciencia siempre lo conducía a ella. Siempre Victoria. Escribió a Tristam un correo y aceptó la propuesta. Otro para Mathias ordenándole los cambios y, por fin, el más temido:

De: *Andreas Göransson (ag001@angorssengr.com)*
Fecha*: viernes, 9 de mayo de 2014 23:57*
Para: *Magnus Lindqvist (maglin.mat@mah.se)*
Asunto: *Reunión*
Hola, Magnus.
Te pido disculpas por no aparecer en Londres y no haber sabido estar a la altura, no estaba preparado para conocerte. Tengo una cabaña en Suiza y me gustaría enseñártela. Si puedes coger unos días libres, es un sitio ideal para hablar y explicarnos cómo hemos llegado a este punto.
Un abrazo,
Andreas
Lo dejó también pendiente de envío.

Al día siguiente, Andreas desayunó temprano, guardó el portátil en la mochila y salió hacia Anzère. Era un paseo didáctico y enriquecedor de varios kilómetros entre pequeños prados rodeados de bosques y un sendero hecho por los animales que pastoreaban con libertad. Estaba mutando a naturalista en ciernes, con una paciencia impensable dos meses atrás, a veces se reía de sí mismo, convencido de que sin la serenidad de la montaña jamás habría reparado en detalles minúsculos, sutiles cambios que conllevaban horas de observación; algo que disfrutaba horrores.

En cuanto llegó al Spa, saludó al recepcionista de turno y se sentó en uno de los sofás del vestíbulo. Tenía encima una cúpula enorme hecha en madera con numerosos círculos de tamaños diferentes, que debido a una pesada capa de nieve suspendían un universo lleno de planetas blancos. Esas bolas dificultaban imaginar qué había fuera, pero era imposible dejar de mirarlas; captaban la atención de todos los clientes, incluso de los acostumbrados a verlas a diario.

Envió los correos y se dispersó reclinando la cabeza hacia arriba, calentito y cómodo. Andreas movió el cuerpo sorprendido cuando sonó de pronto el aviso de un correo entrante y sintió por primera vez la presencia real de su hermano.

De: *Magnus Lindqvist (maglin.mat@mah.se)*
Fecha*: sábado, 10 de mayo de 2014 08:55*
Para: *Andreas Göransson (ag001@angorssengr.com)*
Asunto: *RE: Reunión*
Hola, Andreas.
Gracias por invitarme, por desgracia tengo dos seminarios y no podré coger unos días hasta mediados de junio, no sé si aún seguirás ahí.
Un abrazo,

Magn

Andreas pulsó la pestaña de reenviar, escribió rápido, imaginando su impaciencia lejos de aquel lugar:

De: *Andreas Göransson (ag001@angorssengr.com)*

Fecha*: sábado, 10 de mayo de 2014 08:59*

Para: *Magnus Lindqvist (maglin.mat@mah.se)*

Asunto: *RE: Reunión*

Casi con seguridad estaré por aquí. Cuando sepas los días, dímelo.

Un abrazo,

Andreas

Pocos minutos después, le llegó la respuesta:

De: *Magnus Lindqvist (maglin.mat@mah.se)*

Fecha*: sábado, 10 de mayo de 2014 09:03*

Para: *Andreas Göransson (ag001@angorssengr.com)*

Asunto: *RE: Reunión*

Dalo por hecho. Hablaré con Jonas, aunque para él es aún más complicado.

Nos vemos pronto.

Magn

Andreas volvió a la cabaña lleno de una emoción que lo transportó a la niñez. La primavera había traído amapolas y una variedad de coloridas flores silvestres que fueron un suave colchón cuando se tendió en el prado a contemplar las nubes. Pasaban rápido sin perder el tiempo entre las cumbres nevadas que tanto las atraían, como su rencor. Estaba abriendo las rígidas puertas que lo contenían y notaba como se alejaba, arrastrado también por una suave y deseada brisa.

A mediados de mayo, Tristam no quiso que por rápida dejase de impactar y, gracias a un contacto de su padre que les ahorró un año de espera, consiguió un hueco en la Sala Jubilee del Parlamento de Westminster para la breve ceremonia civil que volvía a unirlos.

Nicholas, Ahmad y Gerry Chester fueron los testigos de Tristam, y Charlotte, Rachel y Laura las de Sarah, que ese día eligió un vestido verde con un lazo plateado bajo el pecho. Su cuerpo de embarazada quedaba perfecto con una vaporosa gasa cayendo ligera por encima de sus rodillas y el color realzaba el tono aceituna de su piel. Tristam vestía un traje azul marino con unos zapatos Oxford en color marrón y, como todos los hombres, también corbata, y un chaleco, al igual que Nicholas. Las mujeres optaron por vestidos discretos en colores lisos, como Charlotte de gris claro con los zapatos en negro o Victoria de rojo, que sorprendió a todos sin tacones.

Esperando a la oficial encargada de la ceremonia, unos techos oscuros artesonados de madera llamaron la atención de Sarah, pero sobre todo el papel pintado de una de las paredes. Eran unos lirios blancos con algunos rombos verdes y tres amapolas. Extravagante y setentero. Sarah miró a Tristam y apretó los labios para no reír. La boda estaba resultando mucho más original de lo que nunca imaginó. Solo la ausencia de sus padres empañó el momento, pero los conocía y convenció a Tristam de que al ser un día laborable ni su padre ni su hermana pudieron acudir; se arriesgó porque el día menos pensado se enterarían, pero era preferible a unos reproches que probablemente habrían conseguido amargarla.

Celebraron una comida íntima en un restaurante cercano al palacio y después de un día alegre e intenso regresaron a Amesbury, donde Tristam cruzó la puerta con Sarah en brazos perseguido por *Solo,* sin entender que en aquella fiesta sobraba.

En el dormitorio, Tristam se quedó en ropa interior, mientras Sarah se había quitado los zapatos y se frotaba los pies, un poco hinchados desde que rebasó los seis meses.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Tristam, ayudándola con la cremallera del vestido.

—Mucho. ¿Y tú?

—También. Gerry se ha quedado impresionado con Vicky, me ha dado una paliza impresionante —comentó Tristam, pensando en su amigo, que no veía a su hermana desde su primera boda y no dejó de halagar un cambio físico, que para el resto en vez de espectacular era más bien preocupante. Recordó a otro de los invitados y sonrió al decir—. Tenemos que quedar con Ahmad y Rachel, a Nicholas y a mí nos dolía la cara de reírnos. Cuando está en su salsa es imparable.

—Le gusta mucho el cachondeo. Acuérdate de la fiesta de Ivory, no paró en toda la noche. Rachel a veces se desespera.

—Hacen buena pareja, se irán compensando. Me gustaría ir a El Cairo a su boda.

—Y a mí. A ver cómo nos va todo.

—Perfecto —susurró Tristam, dándole un suave beso en el hombro —. Todo va a salir perfecto.

Le quitó el vestido y acarició despacio la curva de un vientre que siempre inspiraba una profunda ternura. Tras pasar un año separados legalmente, volvían a unir sus caminos de manera oficial, aunque lo más importante para los dos fue estar donde querían, abrazando sus cuerpos entre un futuro prometedor.

—He tenido una idea. A ver qué te parece —dijo Sarah, volviéndose—. Me gustaría que si tenemos un niño le pongamos Neil,

Daniel o, si me apuras, Gordon.

—¿Y si es una niña?

—Elígelo tú.

—Quizás Patricia, pero si te gusta otro nombre, estoy abierto a otras opciones.

—Está bien. ¿Qué te parecen los míos?

—Bueno…, sugiero una negociación… —Tristam sonrió y la besó en la punta de la nariz—. Creo que a Gordon le haría ilusión, pero no termina de convencerme ninguno. ¿No te gusta Lucas?

—No. ¿Rupert? ¿Harvey? —preguntó divertida, viendo los ojos alucinados de Tristam, añadió—: Invéntate uno.

—¿Otro reto?

—¿Por qué no?

Sellaron su acuerdo con un beso de los que llevan a querer más; de esos que eran expertos en darse y nunca se agotaban. Sus reservas por ahora no solo se mantenían intactas, sino también crecían; aunque a veces tuvieran que echar mano de la paciencia. Esa nueva etapa auguraba estabilidad en sus vidas, tras una tormenta que había hecho renacer unos campos infinitos llenos de un verde esperanzador.

Varios días después, Victoria conocía la decisión de sus hermanos. Fue un shock que duró pocos minutos; no una gran sorpresa. Siguieron sin desvelarle el regalo de Andreas, ajenos a la escasa ilusión que tenía por su cumpleaños; se había evaporado como el rocío de las flores después de recibir una ración de sol.

El tiempo empezaba a agotarse, y quedarse sin empleo solo acrecentó la sensación de vacío que sentía. Intentaría concluir dejando el listón muy alto, y, si las cosas no se solucionaban con Andreas, se tomaría unas largas vacaciones en Francia. En la casa donde sus padres empezaron a veranear siendo ella bebé, donde recordaba haberse sentido muy feliz. Mientras Tristam corría entre la lavanda, su padre la llevaba de la mano y la escondía entre las flores para que su hermano la encontrara. Eso haría otra vez; esconderse entre las flores. Aquellos aromas despejarían el dolor constante que no conseguía quitarse de la cabeza.

Sabía por Magnus que Andreas lo había invitado a la cabaña. Se alegró, era una excelente noticia, pero el dolor se le clavó con una estocada certera en el corazón. Seguía ignorándola, a pesar de que ese paso sin su ayuda habría sido impensable.

Patricia llamó a su puerta y entró con una bandeja. Victoria miró el contenido que traía: dos tazas, una jarrita de leche, café y un

surtido de pequeños dulces, especialidad del pastelero. Los favoritos de Victoria, unos de chocolate con una base de caramelo de almendras, eran los que más abundaban.

—¿Cómo estás? —preguntó Patricia, sentándose en el sillón.

—Bien. Un poco sorprendida porque no lo esperaba, pero también entiendo vuestra postura.

—Es lo mejor para todos. Teníamos que pasar por esto para valorar lo que nos estábamos perdiendo sin utilizar la casa.

—Sí.

—¿Qué has pensado hacer?

—No estoy segura, pero me gustaría pasar un tiempo en la villa que alquilabais en la Provenza. ¿Sigues en contacto con el propietario?

—Nos felicitamos las Navidades. Hace muchos años que no lo veo, desde que cumpliste doce o trece. Os pasabais las tardes enteras andando por los campos… —Patricia se perdió en los recuerdos de aquellos veranos mágicos, donde el lila cubría la mayor parte del campo que rodeaba la casa y, al atardecer, la luz del sol lo convertía en un púrpura dorado que ella y James contemplaban sentados en el patio delantero, en una mesa de hierro con una piedra de mármol, bebiendo el vino que hacía el dueño. Lo mejor de esos veranos era la sensación de felicidad y los olores envolventes que transmitían pureza. Violetas, verdes y rojos unidos en una sinfonía penetrante que, desde entonces, a Patricia siempre le evocaban nostálgicos recuerdos—. Esa casa le encantaba a tu padre y a Tristam.

—Cuando te acuerdes, búscame el teléfono —dijo Victoria advirtiendo la tristeza de su madre. Se acercó de manera despreocupada a la mesa, eligió un pastel y comentó—. Quiero alquilársela unos meses.

Victoria masticó concentrada en las manos de su madre mientras servía la leche en los cafés.

—¿Crees que Andreas no va a venir? —preguntó Patricia.

—Creo que no.

—¿Por qué no vas a buscarlo tú?

—No empieces, por favor.

—No se puede hablar contigo de este tema.

—Es que todos siempre estáis con lo mismo. No quiere verme ¿No lo entiendes?

—No —respondió molesta—. Entiendo que creas que te ha abandonado, aunque tú no quieras comprender que actuaste a su espalda en un tema que él no quería remover. Tú verás, pero has perdido mucho tiempo con tu cabezonería.

—Ah, ¿sí? —exclamó—. ¿Por qué ha invitado a su hermano a la cabaña y a mí no es capaz de contestarme un maldito correo? ¿Eh? —Victoria la miró con rabia y preguntó con una sonrisa cínica—. ¿Por qué, según tú, mamá?

El enfado de Victoria revolvió a Patricia en el asiento.

—Ellos tienen que hablar, y tú tienes que dar el paso con él. Aprovecha y ve con su hermano. Saldrás de dudas. Si no te quiere ver, te vuelves y tan tranquilos.

—Pero… —Victoria empezó a indignarse. Su madre no quería entender el desastre que sería para su autoestima verlo y que la rechazara, supondría una humillación de proporciones épicas y no tenía ganas de comprobarlo—. ¿Te estás oyendo?

—Perfectamente. Hazme caso y deja de encerrarte aquí lamentándote. Lucha por lo quieres —dijo Patricia. Se levantó y le dio la puntillita—. Si es que realmente lo quieres, por supuesto.

Con su cometido bien cumplido, Patricia salió de la habitación. Por fin el carácter de su hija, con la incitación adecuada, volvía a hacer acto de presencia. Se sintió aliviada al ver que se recuperaría, un pensamiento que había empezado a sopesar, y sonrió recordando cómo la sacó de sus casillas cuando puso en duda su amor por Andreas. Sí, aquella noche Patricia durmió tranquila, conocía a Victoria; era una cuestión de tiempo.

CAPÍTULO XX

Salisbury, Inglaterra
8/6/2014

Delante de una tarta más cerca de escultura comestible que otra cosa, Victoria forzó una sonrisa que no disimuló un ánimo por los suelos mientras escuchaba cantar a todos los miembros de su familia. Luego, cerró los ojos un instante, pidió un deseo como último bastión a su esperanza y sopló las veinticinco velas que daban fe de su edad. Todos sabían de la importancia que ese día en concreto tenía para ella y el esfuerzo que le suponía llevarlo sin noticias de Andreas; el gran ausente, al que esperaron algunos más que otros hasta convencerse de que no aparecería.

Tras comer en el salón de verano, Tristam salió con Nicholas en cuanto Patricia le dio el primer regalo: unos pendientes de esmeraldas con tres piedras engarzadas en vertical que habían sido de Elizabeth, muy sobrios y llamativos a la vez. Gordon destacó por práctico al entregarle las llaves de un Mini Cooper rojo metalizado. Tenía dos franjas blancas en el capó, el techo y los retrovisores blancos y unos asientos de cuero negro que acarició encantada, era divertido, confortable y lo necesitaba. Charlotte y Sarah, dos pares de zapatos con un diseño precioso y unos tacones de vértigo, unos rojos y otros beige. Sus sobrinos se encargaron de traérselos y abrir las cajas como si fueran para ellos, acorde a su espíritu y edad, durante unos minutos se apoderó un caos lleno de papeles rotos, exclamaciones entusiastas y alguna regañina.

En medio de aquel alboroto, nadie prestó atención a la entrada de sus hermanos, pero varios ojos expectantes fueron testigos del tibio “felicidades” de Tristam cuando se acercó a ella. No sonó demasiado feliz, aunque esbozó una sonrisa piadosa al ofrecerle un sobre grande de color blanco. Nada más cogerlo, Victoria se extrañó por un sello con el nombre de un notario. Leyó un montón de palabras formales, procesando a un ritmo ralentizado información sobre ochocientas ochenta acciones de la sociedad de Ivory que pertenecían a AnGorssen

Group y a su familia; desde ese momento, eran suyas. De repente empezó a marearse. «¿Por qué AnGorssen tenía acciones?» «¿Desde cuándo?» «¿Por qué Andreas se lo había ocultado?»

—No entiendo nada —admitió Victoria, miró con tristeza a sus hermanos y preguntó—: ¿Es una broma de mal gusto?

—Es el regalo de Andreas —dijo Nicholas con una sonrisa leve—. Quería que formaras parte de la sociedad en igualdad de condiciones que nosotros.

—¿No vendías?—preguntó Victoria frunciendo el ceño, atenta a los ojos de Tristam—. ¿No tenías comprador?

—Sí, Andreas —respondió serio, asimilando que ese regalo estaba maldito, desde el principio no había traído nada bueno. Decidió acabar con las dudas que nublaban los bonitos ojos de su hermana, vio un dolor que él no arreglaría, aunque podría ayudar a que no se sintiese hundida, la intención de Andreas fue siempre loable—. Llegamos a un acuerdo antes de Navidad, quería darte una sorpresa, estaba muy ilusionado por que hoy tuvieses lo mismo que nosotros. Cuando decidimos no seguir con el hotel, creímos que como ya no estabais juntos se echaría para atrás, pero hablé con él en mayo y quiso seguir adelante.

—Solo le hemos vendido cien acciones cada uno —dijo Nicholas—. El resto es nuestro regalo.

—Ahora los cinco tenemos ochocientas ochenta —dijo Tristam. Observó a Victoria con el semblante grave y comentó con sinceridad —. Es un regalo demasiado espléndido si no significas nada para él. Piénsalo.

—Andreas me regala cuatrocientas acciones, se comunica contigo, pero sigue sin ser capaz de verme —dijo Victoria con los ojos acuosos, medio sollozando, susurró—: No las quiero.

—Vamos, peque. —Nicholas le dio un cariñoso abrazo paternal e inclinó la cabeza en su oído para susurrarle—: Habla con él. Si no haces algo, probablemente te arrepentirás siempre.

Victoria asintió con el cerebro hecho papilla por la lucha rabiosa que mantenían un impulso irracional por correr e ir a buscarlo y el freno que su orgullo lógico y digno imponía. Se despidió de todos, que guardaron un silencio respetuoso, y salió del salón andado rápido.

Pasó con prisas por delante de su nuevo coche, pensando en la explicación que Andreas iba a tener que darle en la cara; la más importante quería oírla mirándolo a los ojos. Se encerró en el dormitorio y empezó a hacer la maleta con la ropa para un inesperado

viaje al corazón de Europa, donde había pasado la mitad de su vida. Habló por teléfono con Magnus, que también tenía previsto visitarlo, y concretaron que el jueves doce se encontrarían en el Spa de Anzère; era la única oferta aceptable de la zona, el resto eran apartamentos o pequeños albergues que funcionaban solo durante el invierno aprovechando el tirón de la estación de esquí.

En media hora, Victoria reservó el hotel y sacó un billete de avión con destino Ginebra. Aquella tarde repasó varias veces el tiempo que compartieron, los valores que Andreas tenía para algunos temas y entendió el porqué de su regalo; aunque en ninguna de las veces que lo releyó quiso admitirlo; sin él entregándoselo no tenía valor.

Por la noche no consiguió dormirse ni después de un baño relajante, se acordó de él sin descanso, dio vueltas en la cama hasta que amaneció y acortó la espera saliendo impaciente hacia Londres.

Conducir desde Ginebra resultó una experiencia tan turbadora como fascinante. En menos de un año había tenido el placer de contemplar la inmensidad de las montañas en tres estaciones, y no eran comparables entre ellas; en cada una descubrió sentimientos diferentes. Si en verano se dejó embaucar por verdes arriesgados y unos colores brillantes por la novedad, en invierno reconoció el blanco puro que la envolvió rendida al amor, y ahí, en ese preciso momento, con unos campos salpicados por millones de pequeñas flores llenas de alegría, no tuvo claro si sentiría de nuevo aquella felicidad; la misma que la impulsó a cumplir el primer deseo que le confesó: perderse en una cabaña.

Entre unos valles huidizos que asomaban en cada nueva curva, veía plácidos animales pastando y unas cumbres nevadas que algunas nubes se resistían a dejar visibles. El azul glaciar del cielo se abrió paso antes de que llegara a Anzère y circulara por sus estrechas calles sin tráfico y apenas personas. Fue agradable para Victoria el sol que calentó su piel la distancia que recorrió tirando de la maleta hasta el edificio del Spa. Recordaba la fachada de madera y los ventanales de la planta baja, pero el césped que rodeaba la piscina rectangular y una hilera de sombrillas claras, nunca las había visto, supuso que ocultos bajo la nieve que los acompañó en Nochevieja. «Qué días tan divertidos pasaron», con ese pensamiento que relajó un nerviosismo creciente y la hizo sonreír, Victoria entró con confianza.

Tras echar un vistazo rápido, localizó el mostrador de recepción. Esperando formalizar el registro, se abstrajo al ver una cubierta de madera que no se apreciaba desde fuera y creaba un bosque mágico

con unos rayos de sol que chocaban en el suelo con diferentes ángulos y tamaños. En el centro, el vestíbulo tenía dos sofás circulares blancos, situados un par de escalones por debajo del resto de las zonas de tránsito, donde varias personas charlaban o se entretenían con los ordenadores.

Aquel día Victoria se lo dedicó a sí misma. Necesitó relajarse antes de hacerle una visita al empresario reconvertido en ermitaño. Entre la piscina de agua salada y un masaje reparador, consiguió descansar tranquila después de cenar sola en su habitación y acostarse agotada.

Por la mañana Victoria se vistió con unos vaqueros estrechos, una camiseta blanca de tirantes, y cogió una americana corta de color negro, por si acaso; el clima en la montaña podía ser traicionero. Tras tomar un café y unas tostadas en el comedor, al salir se ajustó las gafas de sol antes de atravesar el vestíbulo. De pronto, observó entrar rápido a un vagabundo que se sentó en uno de los sofás, y sus tacones dejaron de resonar en una tarima de color miel tan brillante como aquel hombre; llamó su atención; tenía algo familiar. Se centró por completo en él cuando despatarró las piernas y se quitó la gorra, «no puede ser», ese pelo rebelde y rubio era un viejo conocido de sus manos.

Una de las empleadas se acercó a él y hablaron distraídos. Victoria se bajó las gafas despacio, atenta a su reacción, si algún día daban por finalizada una amena conversación y se dignaba a verla, claro.

Andreas, que se había acostumbrado a la atención del personal, rechazó con amabilidad a la empleada de turno, pero coqueteó con ella por no crear mal ambiente, ya que usaba sus instalaciones con frecuencia, y seguirle el juego unos minutos tampoco era un esfuerzo sobre humano; lo había practicado durante mucho tiempo a la perfección. En cuanto se quedó solo, sus ojos se paralizaron en una mujer; la única con el poder de derretirlo aunque no moviera ni un músculo para acortar la distancia que los separaba. Cerró el portátil, se levantó y salió disparado a la calle. Volvió a colocarse la gorra y aceleró el paso hasta perderse por el sendero que llevaba a la cabaña. No esperaba encontrar a Victoria y, menos, que después de tres meses, lo mirase con el desprecio que vio en su mirada.

Victoria subió a la habitación, se puso unas deportivas y salió con la intención de aclarar las cosas. Si quería estar solo y hacer lo que le diera la gana, perfecto; pero que tuviera al menos el detalle de dirigirle la palabra con un mínimo de educación.

Con la lengua fuera llegó Victoria a la cabaña, aporreó la puerta y obtuvo silencio como respuesta; no era buena señal. Recorrió con la mirada el prado hasta que le pareció ver movimiento. Al aproximarse, las largas piernas de Andreas cruzadas por los tobillos entraron en su campo de visión, luego, un firme torso bronceado y un rostro soberbio, con unos ojos entornados que la miraban rabiosos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Andreas.

—He venido a hablar contigo.

—No quiero hablar.

—Muy bien —admitió rápido. Se acabó, Victoria no toleraba esa actitud infantil. Con una sonrisa torcida, añadió llena de sarcasmo—. Siento haberte molestado o interrumpido, tenía que intentarlo. Adiós.

Lo dejó tumbado en la hierba y volvió furiosa. Si quería seguir ignorándola, sin problemas, no podía decepcionarla más; había agotado su paciencia.

De nuevo en la habitación, Victoria guardó sus cosas en la maleta. Llamó a recepción y, aparte de que preparasen la cuenta, pidió que entregaran un sobre en su nombre al dueño de la cabaña en el bosque *des Tsans*. Por desgracia, no resolvió un conflicto de meses y la estancia que suponía más larga, incluso fue más breve que el tiempo que tardaron en el hotel en cumplir su petición.

Más sosegada, con la certeza de haber hecho todo lo posible por salvar su relación, saldría hacia Ginebra a primera hora de la tarde. Se metió en el baño y preparó la bañera con las sales que compró en la tienda de la planta baja, con intención de pasar un rato sereno antes de afrontar una carretera bastante estresante.

Ver aparecer a uno de los conserjes del Spa montado en bicicleta mientras se afeitaba, mosqueó a Andreas. Abrió la puerta, y el hombre sacó de una mochila un sobre marrón tamaño folio.

—Disculpe, ¿es usted el señor Andreas Göransson?

—Sí.

—Le traigo esto —dijo dándoselo—. De parte de la señorita Victoria Finch-Hutton.

Lo aceptó tranquilo, vio su nombre escrito a mano con unos trazos negros y se preparó para cualquier cosa; Victoria olía a guerra, a kilómetros de distancia.

—¿Sabe usted si todavía está en el hotel?

—Sí —respondió el hombre al sujetar el manillar de la bicicleta

para reanudar la marcha—. Aunque ha pedido la cuenta.

—Gracias, ha sido muy amable.

Andreas cerró la puerta, frunció los labios contemplando la letra, que sugería poco esmero, y lo abrió. Se bloqueó cuando la escritura pública del título de propiedad de las acciones de Ivory se esparció en trocitos por el suelo de madera, al instante sonrió y confirmó la alerta máxima a todo su cuerpo; su novia había levantado el hacha de guerra, aunque el único vikingo era él. La gata sensual convertida en tigresa despiadada lo puso a cien solo con su aroma; si relajada era peligrosa, como guerrillera necesitaba someterla; si no llega a contenerse, aún estaría echándole un polvo tras otro hasta que le rogara piedad; tendrían que haberlo separado de ella con palancas de precisión. Tres meses de abstinencia eran demasiado, y no contemplaba más solución que clavarse bien dentro hasta no diferenciar donde empezaba uno o acababa el otro.

Con sus pensamientos nadando en lujuria, Andreas terminó con la cuchilla desechable. Se vistió con unos vaqueros, una camiseta negra de mangas largas, y regresó corriendo al pueblo. Pese a contar con la escasa paciencia de su novia, no se privó al recoger unas flores por el camino. Consiguió un ramillete económico, lleno de buena intención con unos presentables amarillos y violetas.

En cuanto entró Andreas en el Spa, la recepcionista de turno tardó varios minutos en reconocerlo. Siguió sus órdenes y cargó la totalidad de la reserva de Victoria en una de sus tarjetas. Menos mal que ahorró con las flores, su chica siempre le salía por un pico; sin embargo, no le importó mucho, teniendo en cuenta que había estado a punto de pagar cuatro veces más por unas acciones que (básicamente por la forma de rechazarlas) no parecían haberla ilusionado, abonar una semana por solo una noche; fue un acto de caballerosidad en la línea que desplegaba con ella; nada era suficiente ni nunca sería bastante; el hombre que era en ese momento sin ella no existiría; Andreas Göransson solo podía ser gracias a Victoria Finch-Hutton.

Usó una habilidad innata para la conquista, aprovechando el interés que despertó su nuevo aspecto, consiguió una llave y en unos minutos llegó a la habitación. Dejó las flores encima de la cama y siguió el ligero sonido de un chapoteo en el agua. Entornó despacio la puerta del baño y se quedó inmóvil ante aquella visión de Victoria. La contempló dentro de la bañera llena de espuma, con la cabeza apoyada en una toalla, el cabello recogido en un moño, y su cuello sedoso con unas gotas cálidas deslizándose en una sutil cadencia que

deseó lamer sediento.

—No es de buena educación devolver un regalo.

La voz profunda de Andreas, sacó de un respingo a Victoria de sus pensamientos. Provocó una ola de espuma blanca que inundó el suelo. Algunas porciones solitarias le cubrían partes del cuerpo, pero las mejores estaban muy visibles para Andreas.

—¿Cómo has entrado?

Con un brillo lascivo en los ojos, recorrió un cuerpo esbelto. Tragando nervioso, notó la tirantez de su miembro cuando se detuvo en unos pezones rosados que sobresalían como dulces cerezas en una montaña de nata; era muy goloso y ciertas tentaciones le gustaban demasiado.

—Tengo contactos.

—Estupendo —replicó molesta por su mirada, apretó los labios esperando aprobar el examen y preguntó con una mueca irónica concentrada en el bulto de su bragueta—. ¿Ahora quieres hablar?

—No.

Sin dudarlo más, Andreas se quitó la camiseta y las deportivas.

—Si estás pensando… —siseó despacio Victoria, muy seria—. Lo que creo que estás pensando, olvídalo.

—Ni lo sueñes. —Andreas empezó a desabrocharse el pantalón—. Me tienes que compensar.

—¿Perdona? —preguntó entrecerrando los ojos—. No tengo que hacer nada más por ti —exclamó indignada—. Me has tratado como si no existiera cuando lo único que hice fue intentar comprender algo que no me cuadraba. —Victoria negó con la cabeza, mientras Andreas no se inmutaba. Esa pasividad provocó el estallido de una furia que rara vez salía; pero se merecía oírla por toda la angustia que había pasado por su culpa—. En vez de agradecérmelo, te largaste, has estado tres meses sin dar señales de vida. De hecho, he venido para aclarar las cosas contigo, ¡yo! He venido, yo. No tú. —Envalentonada por su convicción y una adrenalina furiosa, inclinó un poco el cuerpo hacia delante y dejó la cabeza a pocos centímetros de la suya—. Tú no has movido ni un solo dedo por mí. Así que si piensas que con un polvo rapidito vas a solucionar las cosas, estás muy equivocado.

—¿Has acabado? —preguntó sonriendo. Se bajó rápido los bóxers y, en vista de que Victoria no estaba por la labor, la sostuvo por las nalgas—. Primero follamos.

—¡Eres…!

—Después hablamos —susurró Andreas en su oído. La apretó con más fuerza contra su cuerpo, que se ajustaba a su altura como imantado por los centímetros de más que tenía en la bañera, y rozó

con la punta del pene su vagina. Inclinó la cabeza buscando sus labios, pero volvió a encontrar resistencia en una tozudez que aún lo excitó más—. Venga…

—No. —Victoria intentó empujarlo hacia atrás con las manos en su pecho. Aunque si la *torre* no se movía por voluntad propia, ella no podría. Durante un instante eterno, vio la advertencia en unos ojos que sonreían divertidos, y levantó la barbilla conteniendo las ganas de besarlo. Además, no tenía corbata y no cumpliría su amenaza—. No me estás respetando.

—Sí lo hago —dijo con una mueca arrogante. Sin dejar de controlarla, cogió una toalla y la envolvió en ella, la levantó en brazos y supo que había ganado en cuanto su chica cedió y le besó el hombro, luego el cuello y la barbilla. Con unas expectativas que alcanzaron las nubes, la lanzó en la cama y cayó encima del ramo de flores. La rodearon cientos de pétalos como si fuera una Venus desnuda agasajada en un frívolo lecho; fue una invitación absoluta para su lujuria—. Quiero follar.

—¿No sabes decir otra cosa? —preguntó mordaz.

Andreas le abrió las piernas y fue inclinándose sobre ella.

—Ahora mismo no puedo pensar.

—Eres un salvaje.

—Siempre.

Atrapó un pezón entre los labios y empezó a mordisquearlo mientras le recorrió el muslo con una mano. Victoria suspiró al primer contacto de esos dedos, se frotó impaciente con él y acarició sus testículos meciendo la mano hasta arrancarle unos gemidos placenteros. Andreas le mantuvo las piernas abiertas, la penetró poco a poco e inició un balanceo elegante con una sonrisa satisfecha y una alegría desbordada en el brillo feliz de sus ojos. Se retiró consciente de sus actos, y volvió a comerse unos pechos deliciosos, el chorreante deseo de su sexo quería que volviera, pero se conformó con pensarlo. Levantó la vista, sonrió relamiéndose y dejó que otro roce certero sacudiera las defensas de Victoria, que le acarició las nalgas, incitándolo; sin convencerlo.

—¿Vas a ser buena?

—¿Me quieres atar? —susurró Victoria con un leve movimiento para volver a sentir la suavidad aterciopelada de un miembro no conforme con el juego que su dueño se traía con él—. Quería hacer las cosas de otra manera.

—Lo siento. —La volvió a penetrar y se movió con rapidez, al momento, salió otra vez—. Pero hoy se hacen a la mía. Dime qué quieres.

—Eres un engreído —susurró enfadada, entendiendo su chulería—. No pienso rogarte, no me da la gana.

—Vas a hacerlo —siseó con lentitud. Se clavó en ella y se tragó con hambre acumulada todos los gemidos descontrolados que Victoria era incapaz de contener. Cuando notó cómo se tensaba, la sacó, jadeando. Con las pupilas dilatadas, gruñó en su boca—. Qué quieres, dímelo.

Victoria bajó los párpados, no podía mirarlo; ese hombre era una inspiración y un tormento. A punto de morir de placer, debía claudicar a esa verdad; en sus brazos se sentía viva, y su unión era demasiado potente para no reconocerla. Abrió los ojos, se centró en los suyos y, viendo una marea celeste vagar en un océano de aguas turbias, pensó cuánto lo quería, lo cariñoso y atento que era sin aquella máscara fría donde no había nada de altivez, solo un hombre solitario acostumbrado a ganar.

—A ti —dijo atenta a sus ojos—. Te amo.

—*Jag älskar dig*.

Los estremeció un torbellino de sensaciones a cual mejor, todas sus terminaciones nerviosas detectaron las reacciones más insignificantes; todas. Unos sutiles movimientos alternos con otros veloces, algunas palabras dulces mezcladas con adjetivos obscenos, y una lava ardiente que envolvió el hielo transformado en una ola furiosa; aquel calor prometía dejarlos bien chamuscados. Fueron una pareja rodeada por los elementos de la tierra y cambiaron de intensidad según se amaban; bocanadas de aire o leves suspiros, fuego de choques frenéticos o cálidas caricias, insignificante agua salada de unos cuerpos sudorosos o un torrente imparable de vida; física natural o química pura.

—Vamos, Vic —dijo sin aliento—. No puedo más.

Elevando el cuerpo para crear una curva perfecta, Victoria tensó la espalda en un arco natural, preparado para recibir su toque maestro. Cuando se sintió mojada por el esperma de Andreas, gritó su nombre y acopló las firmes curvas de unas nalgas masculinas a sus manos extendidas, que apretaron con fuerza mientras se corría con él. Temblaron liberados. Acompasaron sus respiraciones con la mente en blanco; volar entre nubes tenía la facultad de relegarlo todo a otro plano.

—Te he echado mucho de menos —susurró Andreas cuando pudo recobrar la voz—. Mucho.

—Y yo.

—Perdóname, pero necesitaba estar solo.

—Lo hubiese comprendido. He pasado los peores meses de mi vida.

—Para mí tampoco ha sido fácil —reconoció con la cara de Victoria entre las manos—. No sé cómo vivía sin ti antes de conocerte.

Esa confesión elevó el ego femenino y sonrió cariñosa.

—Supongo que saliendo con montones de sustitutas.

—No sabía que estabas por ahí —murmuró con la voz grave. Ni de lejos habían sido sustitutas, fueron breves pinceladas de lo que sentía en ese momento. La volvió a besar, más pausado, enredó sus lenguas y le susurró palabras de amor en sueco. Pegó la frente a la suya y acarició su costado—. Estás más delgada.

—Tú también.

—¿Por qué no quieres las acciones?

—Porque no es de buen gusto no entregar un regalo en persona. Ha sido el peor cumpleaños de mi vida.

—Lo siento —dijo con un besito en los labios—. Te lo compensaré, pero tenías que venir tú.

—¿Por qué? Solo intentaba ayudarte. Y no me equivoqué, todos perdisteis, y tú no querías verlo.

—Lo admito, pero tenías que habérmelo contado.

—Me equivoqué, pero tú has sido muy duro.

—Me dejaste hecho polvo. Ver el *mail* de Magnus en tu ordenador fue peor que una patada en los huevos.

—Estuve a punto de decírtelo en varias ocasiones, pero nunca encontraba el momento.

—Magnus me ha escrito, hemos quedado el jueves. Él y Jonas han hablado con su padre.

—Lo sé, estamos en contacto. Tenéis mucho de qué hablar. Los errores de los adultos los habéis pagado vosotros.

—¿Qué te ha contado?

—Aparte de que no tenían ni idea de ti, no mucho. Jonas no se acuerda de vuestra madre y él solo le sacó a su padre información adulterada que consiguió hacerlo desistir de buscarla. Me contó que se mudaron a un pueblo cerca de Estocolmo, pero se fueron al cabo de poco tiempo a Copenhague, luego a Malmö, donde conoció a su segunda mujer. Tienen dos hermanas —explicó Victoria. Le acarició la cara y habló con la ternura que le inspiraba esa parte de su vida—. Los dos se parecen mucho a ti. Cuando vi a Jonas creí que eras tú.

Andreas dejó escapar una ligera sonrisa, muestra de orgullo filial.

—Cuando llegue me dará su versión de la historia.

—Por mi cuenta he averiguado algunas cosas. Me resultó muy extraño que tu madre no denunciase a su exmarido. Estaba incumpliendo el régimen de visitas.

—¿Tú has investigado?

—He tenido un poco de ayuda.

Andreas entrecerró los ojos y se imaginó a una rubia y curiosa

egiptóloga indagando en el pasado de su madre; era a quien todos recurrían cuando querían resolver un misterio.

—Me imagino que todo el mundo está al tanto de mi vida.

—No. Tu familia está al tanto de tus problemas. Habla con propiedad, por favor.

Él sonrió y apretó los labios. Su chica se merecía un gran beso. Feliz, sintiéndose sereno, Andreas escuchó el peregrinaje que Charlotte le contó a Victoria de su madre por los juzgados, oyó las sentencias y los resultados de la policía cuando no encontraban a Henning, y también cómo sus hermanos siempre habían creído que su madre los abandonó por alguien que conoció en Inglaterra.

—Han crecido creyendo que Åsa no los quiso, y tú pensando que tampoco te querían.

—Su padre les habrá tenido que dar explicaciones muy convincentes.

—Supongo, qué menos. Es demasiado cruel no permitir que una madre vea a sus hijos, la tuvo que odiar mucho.

—No tuvo suerte con los hombres que la rodearon.

—No digas eso —comentó seria—. Tú estuviste a su lado y te convertiste en el único hombre que no la defraudó. —Victoria apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos. Las piezas empezaban a encajar y volvía a respirar protegida por los sólidos brazos de su bronceado novio—. Estás muy moreno, ¿qué has hecho durante este tiempo?

—Nada. Me he dedicado a la vida contemplativa.

—¿Y qué ha visto señor Göransson?

—No mucho, *lady* Victoria —murmuró con una sonrisa seductora, recorrió la curva de un seno con la yema del índice y preguntó—. ¿Y usted?

—Poco —dijo metiendo un muslo entre los suyos—. Alguna fiesta social sin importancia.

—¿Algún pretendiente con quien tenga que batirme en duelo?

—No —dijo rápido, con humor añadió—. Los habituales.

—¿Quiénes, *milady*?

—Ummm…, nadie.

Victoria lo besó en los labios y salió de la cama.

—¿Por qué te vas?

—He dicho que me preparen la cuenta, me iba a ir después de comer.

—No te preocupes, ya está pagada. —Andreas sonrió melancólico —. Quédate conmigo en nuestra cabaña, no me dejes solo —dijo mirándola serio—. Magnus llega pasado mañana.

—¿Y vuelves conmigo?

—¿Aceptas el regalo?

—Si vuelves, sí.

La sonrisa de Andreas no dio pie a dudas, volverían juntos a su hogar londinense. En pocos minutos se vistieron y salieron de la mano a la calle. Entraron en una carnicería donde se abastecieron para varios días, contando con el ejercicio que iban a practicar hasta la llegada de Magnus; preveían el desgaste de energía que deberían recuperar, sería tan arduo como placentero.

Dos días después bajaron a Anzère para recoger a Magnus. Durante el paseo, Victoria advirtió el nerviosismo de Andreas, pese a que intentó disimular hablando de las especies de plantas que veían y apenas lo había nombrado.

—No te preocupes —dijo Victoria—. Ya verás como te gusta.

—No puedo evitarlo, he soñado con este día desde que tengo uso de razón —reconoció Andreas e hizo una breve pausa. Añadió emocionado—. Mi madre quería tenernos a los tres juntos. Este es un gran paso.

—Estaría muy orgulloso de vosotros. —Al decir esto, Victoria le apretó la mano con cariño. Vio llegar un taxi que paró en la puerta del hotel, Magnus se bajó mirando alrededor despistado, sonrió contenta y tiró de la mano de Andreas—. Ahí está.

En cuanto Andreas y Victoria se acercaron, Magnus se centró en ellos y acortó decidido los metros que los separaban. Esbozó una sonrisa y saludó a Victoria con dos besos en la cara, mientras, Andreas, frente a frente, comprobó que eran de la misma estatura, aunque el matemático era un poco más robusto, también compartían el color de los ojos de su madre, y tenía un aspecto descuidado que indicaba una preocupación más bien nula por su imagen. Vestía unos vaqueros viejos, un jersey negro de pico, bastante ligero, y unos zapatos marrones con cordones.

—Hola, Andreas. —Magnus tendió la mano con formalidad. Percibió la timidez de su hermano, sabía que llevaba esperando este momento mucho tiempo, pese a que para él los últimos cinco meses habían sido desesperantes—. Me alegro de conocerte. Tenía muchísimas ganas.

Al sentir el contacto, Andreas intentó sonreír e inclinó la cabeza, sintiendo por primera vez el calor de su hermano.

—Hola, gracias por venir —dijo Andreas en un tono plano incapaz de mostrarse más expresivo—. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí —respondió risueño. Le hizo gracia esa seriedad, parecía un

poco ausente, y le recordó a Jonas—. Voy a registrarme. No tardo nada.

Con una mochila negra en el hombro, Magnus los dejó solos y se dirigió a la entrada del Spa. Llamando su atención, Victoria acarició la mano de Andreas, que contemplaba la espalda de su hermano totalmente inmóvil, abstraído en esa figura masculina tan añorada como maldita durante demasiados años.

—¿Lo esperabas así?

—No tenía una imagen preconcebida. A lo mejor esperaba un poco más de excentricidad por su profesión; los que trabajan con nosotros están medio chiflados.

—Es un hombre muy interesante.

Andreas colocó las manos en las caderas de Victoria e inclinó el cuerpo sobre ella hasta casi tocar sus cabezas.

—¿Mucho?

—Bastante —dijo sonriendo antes de besarlo en los labios—. Me cae muy bien.

En pocos minutos, Magnus regresó con unas botas de montaña que tenía arrumbadas de una época lejana que aún le escocía y no alentaba en sus recuerdos. Observó con melancolía a Andreas encerrar en una jaula posesiva el esbelto cuerpo de su novia, que llevaba un atuendo mucho más informal que las otras veces que se habían visto: unos pantalones cortos, una camiseta blanca y zapatillas deportivas de lona; prácticamente igual que su hermano.

—He terminado —dijo Magnus con un gesto contraído cuando se separaron al verlo. Impaciente preguntó—. ¿Nos vamos?

Durante los kilómetros hasta la cabaña, Andreas le indicó las señales que no debía olvidar para encontrar el camino. La brillantez del cerebro de Magnus se volvía obtusa en espacios abiertos, y claudicó ofreciéndose a acompañarlo.

Más tarde, se sentaron a comer en la nueva mesa de troncos que tenían en la parte trasera, hecha por él en sus interminables horas ociosas, y comieron unos filetes de carne que preparó en una barbacoa de piedra, otro de sus detalles como ermitaño manitas. Escuchó a Magnus charlar entretenido con Victoria, atento a gestos que reconocía. Al cabo de un rato, se vio reflejado en él y no pudo evitar pensar cuántas cosas se perdieron en la infancia. Apenas participó en esa conversación trivial, pero Victoria, que tenía un sexto sentido impresionante para detectar sus estados de ánimo, nada más terminar, sacó una botella de whisky y dos vasos. De forma casual, los dejó

encima de la mesa y volvió a entrar en la cabaña.

—¿Adónde vas? —preguntó Andreas cuando la vio ponerse una chaqueta.

—Voy a dar una vuelta.

Magnus bajó un instante los párpados, cogió la botella y desvió la vista hacia Andreas.

—¿Quieres?

—Sí.

Bebieron en silencio a la vez que Victoria se alejó por el bosque.

—Mi padre tiene sesenta y seis años, es un reputado cardiólogo en Malmö, y no esperaba que a estas alturas aparecieses —dijo Magnus serio—. No quería hablar, pero puedo ser muy persuasivo cuando quiero.

—Lo he notado —comentó Andreas con una sonrisa—. ¿Qué te ha contado?

—Se ha justificado porque ha pasado mucho tiempo, pero todavía estaba resentido.

—¿Qué hizo? —murmuró Andreas, presintiendo que su mundo iba a quebrarse, la cara de Magnus se lo advirtió, reflejaba una gravedad nada halagüeña—. Cuéntamelo.

—Victoria me dijo que a nuestra madre la violaron en Inglaterra y por eso volvió embarazada de ti. No sé qué te contó, pero mi padre no sabía nada. Me ha jurado que nunca supo nada de ninguna violación. —Magnus se detuvo al ver cómo Andreas lo miro con los ojos vacios —. ¿Estás bien?

Pensativo, Andreas afirmó con la cabeza.

—Lo siento —dijo Andreas. Veinticinco años renegando de Ulick, una vida odiándolo; sin darle la oportunidad que le suplicó con insistencia. Siempre creyó que su padre se aprovechó de su poder para seducir a su madre a la fuerza, dejarla preñada, decirle adiós cuando se cansó y arruinarle la vida—. Supongo que Victoria malinterpretó algo que le comenté. Nunca he pensado que mi padre la violara, pero se pasó mucho con ella; la utilizó y se largó a otro continente, desentendiéndose de todo.

—No sé… Quizás tampoco fue así. —Magnus habló seco, viendo el ceño fruncido de Andreas—. Escúchame y cuando haya terminado me dices si sigues pensando lo mismo. Durante toda mi vida he creído que mi madre nos abandonó por otro hombre, y no fue así. Probablemente a ti te ha pasado lo mismo con él.

—No lo creo —dijo Andreas sin querer reconocer su error; aún no, primero necesitaba saber qué había pasado para que el doctor Lindqvist actuara como lo hizo. Antes de hacerle caso a su corazón

tenía que despejar la cabeza y su padre, aunque fue un lastre en sus vidas, no fue realmente quien más daño hizo—. Ya da igual, está muerto.

—Lo siento.

—Es tarde, pero intentaré arreglar lo que pueda.

Magnus no supo de qué hablaba Andreas, pero mostró una sonrisa comprensiva y empezó en un tono neutro a contarle la versión de Henning Lindqvist:

—La historia empieza antes de que tú nacieras. Cuando Jonas nació nuestra madre rechazó un trabajo en la Embajada de París, quería practicar el francés, pero acordaron que como éramos muy pequeños iría más adelante. Unos meses después de incorporarse en el Ministerio, un día salió más temprano para recogernos de la guardería y encontró a mi padre tonteando con una de las cuidadoras, dice que tuvieron una discusión muy fuerte, pero intentaron seguir con el matrimonio. —Magnus cogió el vaso y bebió tranquilo, al momento continuó—. Cuando surgió la vacante de Londres estaban a punto de divorciarse, se dieron los meses que Åsa iba a estar fuera —dijo perdiendo la voz. Añadió con un suspiro—. Supongo que fue un último intento, pero mi padre es un hombre que no da muchas oportunidades, es un poco especial.

—No lo conozco, pero diría que es retorcido.

Magnus sonrió con amargura.

—Creo que se sintió humillado y quiso castigarla; aunque se equivocó. Lo triste es que no se arrepiente.

—¿Os lleváis bien?

—Ahora mismo nuestra relación es muy tensa, si no fuera por mi madre ni nos hablaríamos. —Magnus percibió la tristeza de Andreas—. Lo siento, pero Ingrid es una buena madre. No quería molestarte, pero no es justo tampoco para ella. La misma mentira que nos contó a nosotros es la que ella sabía.

—No te preocupes, lo comprendo perfectamente. ¿Qué pasó cuando volvió?

—Åsa le pidió el divorcio. Se había enamorado de alguien en Londres y quería que nos fuésemos en septiembre con ella. Le contó que estaba embarazada y que tenía planes con tu padre. Conociéndolo, tuvo que ser una bronca de las gordas.

—¿Te ha dicho que tenía planes con mi padre?

—Eso parece —respondió Magnus afirmando con la cabeza—. Lo que pasó entre ellos es difícil saberlo, por eso te he dicho que podías estar equivocado. Mi padre no está acostumbrado a que se le contradiga. Le pidió que abortara y se olvidará de él, que se centrara

en nosotros, pero no quiso. En vez de hacer las cosas medio bien, se lo tomó a la tremenda y se vengó con nosotros. Cuando pudo rectificar tenía demasiado que perder y esconderse fue lo más fácil. —Con un resoplido, Magnus cogió algo de impulso para terminar—. Pensaba que vivíais en Londres. Cuando lo llamé en enero para pedirle explicaciones se quedó muerto, había conseguido olvidarla.

—Siempre hemos estado en Estocolmo —dijo Andreas con sus pensamientos navegando en un mar de confusión. Ni en sueños había contemplado que sus padres pudieron amarse. Siempre vio pena en Åsa, preocupada por sus hijos, nunca hablaba de Sebastian, solo la vez que le dijo llorando que le hizo mucho daño, pero no fue el físico que él creía. Bebió observando sereno a su hermano, otro hombre que sufrió por un amor que había causado un dolor irreparable en muchas personas—. ¿Sabes quién fue mi padre?

—No. Solo sé que lo conoció en Londres. Pensaba que sabías quién era.

—Sé quien fue —dijo Andreas. Insinuó una sonrisa, aliviado porque no conocían su identidad, y preguntó lleno de curiosidad—. ¿Qué te contó cuando eras pequeño?

—Me dijo que vivía en Inglaterra, nunca te mencionó. Yo recuerdo vagamente… —Magnus dejó la frase en el aire y sonrió despacio—. A mamá.

Andreas bajó la vista, sin poder evitar que sus ojos se humedecieran. Al mirar a Magnus también los suyos brillaban.

—Nunca os olvidó.

—Hace meses que lo sé, Andreas, y no sabes la claridad que ha dado a mi vida. He crecido preguntándome por qué no nos quiso, y nunca tuve una respuesta; tenía solo cinco años y la adoraba.

—¿Cómo eludió las visitas?

—Nos llevó a un pueblo cerca de Estocolmo, de ahí a Copenhague y luego a Malmö. Se casó con Ingrid y adoptó su apellido. Mi padre me ha contado que cuando se divorciaron una de las cosas que le pidió a Åsa fue que durante el proceso de divorcio mantuviera en secreto su embarazo, al menos hasta que él se hubiera ido de Estocolmo. Ella no quiso hacerlo, y en uno de los fines de semana que nos fuimos con él ya no volvimos nunca. Me ha contado algo que en su día no hizo. En el 90 yo tenía quince años y tuvimos que declarar ante un juez para impedir que Åsa nos llevara con ella a Inglaterra —dijo consciente del dolor que debieron ocasionarle con aquel rechazo—. Acababa de empezar en el instituto y me aterró dejar todo lo que conocía para irme a otro país, a Jonas le pasó igual. —Magnus observó muy serio a Andreas, que otra vez parecía ausente—. Para

nosotros era un palo y le dijimos al juez que no queríamos mantener ningún contacto.

—A partir de ahí desistió —dijo Andreas despacio, recordando que en esa época compró la casa y terminaron sus problemas económicos, quizás Sebastian y ella volvieron a intentar estar juntos, pensando con la distancia que estaba dándole esa nueva perspectiva, comentó casi en un murmullo—. Contrató a un detective con parte del dinero que mi padre nos dio. Durante años la policía no hizo nada y para mamá se convirtió en una obsesión encontraros, supongo que por eso no se fue a Inglaterra con mi padre, no pudo dejaros sin saber nada de vosotros.

—Al parecer lo había vuelto a acusar por incumplir las medidas civiles y el acuerdo de visitas. Exigía una revisión de la patria potestad. Mi padre se asustó y nos dijo que declarásemos en su contra, éramos adolescentes y no la conocíamos; no le hizo falta convencernos. Åsa retiró todas las denuncias y nunca más supimos de ella —explicó con el gesto amargado—. No me lo perdonaré durante el resto de mi vida. No le dimos ninguna oportunidad, siempre pensamos que quería que nos fuésemos a Inglaterra con ella y ni siquiera consentimos verla cada cierto tiempo. La ignoramos, y no estuvo bien...

Magnus apoyó los codos en la mesa y se tapó los ojos.

—Para ella fue un drama —dijo Andreas muy serio—. Para mí llegó un punto que os odié con todo mi corazón. Hacíais sufrir a mi madre y me tenía que conformar con verla siempre triste aunque fingiera y creyera que me estaba engañando. Cuando era pequeño me hacía firmar postales para vosotros —recordó con una ligera sonrisa—. Os hice una colección muy pintoresca que a ella le hizo mucha gracia.

—Lo siento mucho —dijo llorando. Ahí Magnus Lindqvist volvió a los seis, vio a Åsa y lo acompañó la maldita tristeza que se mezclaba con sus remordimientos y no lo dejaba tranquilo. Unos minutos después, recompuso el gesto y observó compasión en su hermano, no vio rencor—. Cuando estuve en la universidad varias veces quise buscarla, pero al final nunca lo intenté. Pensar durante toda tu vida que tu madre te ha abandonado, no ayuda a dar el paso.

—Lo mismo me ha pasado a mí. Siempre he pensado que no queríais saber nada de mí.

—De haberlo sabido, ten por seguro que las cosas habrían sido de otra manera. Conocerte nos ha dado la oportunidad de comprender una situación que siempre deseé que fuera mentira. Saber que nuestra madre hizo lo que pudo por unirnos, es suficiente para que nosotros

intentemos como mínimo conocernos —dijo Magnus, se tomó de un trago el whisky que aún tenía en el vaso y añadió sonriendo—: Y si me caes bien, a lo mejor te invito a cenar.

Andreas decidió que le gustaba Magnus. Era directo, razonable y, en varias ocasiones, le había palmeado el hombro con confianza, tratándolo con mucha más familiaridad de la que esperaba.

—¿Estás casado? —preguntó Andreas.

—No —respondió con rapidez. Su pareja y él, después de una década juntos, lo dejaron hacía un año. Lo tenía superado, pero en algunos sitios, como ese, la recordaba sin pretenderlo—. Y me gustaría tener una mujer como la tuya.

—No estamos casados, ni siquiera comprometidos.

—Da igual, me dejó muy claro cuando nos conocimos de quien estaba enamorada.

—¿Qué te dijo?

—Que estaba enamorada de ti —dijo sonriente—. Nos habíamos conocido hacía poco más de un minuto.

—Hemos pasado unos meses regulares.

—Algo sé, pero por lo que he visto lo habéis solucionado ¿no?

—Más o menos. Pero no le he dicho cuáles son mis planes.

—Yo los tendría claros…

Andreas sonrió y volvió a llenar los vasos.

—¿Y Jonas? ¿Tiene familia?

—Sale con una médico de su hospital, creo que querían irse a vivir juntos. Se divorció hace dos años, no tiene hijos.

—Espero poder conocerlo pronto.

—Tendrás que ir a Copenhague, es difícil que pueda coger varios días seguidos.

—Ya organizaremos algo.

Hablaron de la empresa de Andreas y de cómo empezó en ella. Una cosa llevó a otra, hasta la enfermedad de Åsa. Aunque Andreas no hizo ninguna alusión a su ausencia, Magnus percibió la impotencia que sintió con un silencio respetuoso. Por cambiar de tema y seguir conociéndolo, Andreas preguntó:

—¿Te gusta dar clases?

—Sí. Tengo algunos alumnos que son unos genios.

—Nosotros tenemos a dos matemáticos. Analizan la operativa de los mercados. Si detectan un tramo de impulso en una secuencia de precios que nos interese, la analizan desde el origen hasta el final de la pauta.

—Compráis buscando un rebote en contra de la dirección del precio.

—Sí, usamos los niveles de Fibonacci —dijo contento. Por fin, alguien con quien poder compartir unas inquietudes poco comprendidas por otras personas—. Si te interesa, es una de nuestras estrategias preferidas.

—Siempre es bueno saber que tengo futuro en el sector privado.

—Y te aseguro que es más lucrativo que la universidad pública.

—Lo tendré en cuenta.

Magnus se levantó y volvió a darle una palmada en la espalda.

—Me voy, está oscureciendo. Mañana nos vemos.

—Te acompaño hasta el bosque, no sé dónde se ha metido Victoria.

Unos minutos después volvieron a despedirse. Andreas atravesó el bosque y se aproximó al río. En una de las piedras Victoria miraba relajada cómo el agua bajaba con fuerza, clara, escandalosa y helada.

—Hola —dijo Andreas sonriendo. Victoria giró la cabeza y recibió un besito en los labios—. ¿Qué haces?

—Nada en particular —respondió atenta a sus ojos—. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien, me ha contado casi lo mismo que tú. —Andreas se tumbó con la cabeza en su regazo, contempló las primeras estrellas arrullado por el sonido del agua y una mano suave ordenándole el cabello—. El padre los atemorizó diciéndoles que se tendrían que ir de Suecia. Creo que es mejor empezar a olvidarlo.

—Sí, es lo más justo para vosotros —dijo Victoria, hizo una pausa y comentó pensativa—. No debió ser un plato agradable para su padre. Lo que a ese hombre se le debió pasar por la cabeza cuando tu madre volvió, solo él lo sabe. Pero te aseguro que su orgullo jugó un papel decisivo en todo lo que hizo después.

—Mi padre no la violó.

—¿Qué? —Victoria detuvo la mano. Con una mirada incrédula, preguntó—. ¿Cómo? Me dijiste que le pasó algo grave. Volvió embarazada de ti.

—Nunca dije que la violase —comentó serio—. Mi madre no hablaba de él. Cuando cumplí quince años entendí muchas cosas, pero seguí pensando que se aprovechó de ella. He pasado mucho tiempo ignorando sus intentos por acercarnos, nunca cedí, y te juro que estoy profundamente arrepentido. Siempre pensé que se pasó con ella, estaba casado, y no quise creer cuando me escribió diciéndome que la primera noticia que tuvo de mí fue porque mi madre le pidió ayuda.

—No te tortures, tu madre debió decirte la verdad.

—Lo intentó, pero ya lo odiaba demasiado.

Victoria lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Charlotte sabe quién es —dijo tocándole la mejilla. De

inmediato, Andreas cambió de expresión y cerró los párpados—. Solo lo sabe ella. Me dijo que era mejor que fueras tú quien me lo dijera a mí. Si no quieres, no me molestará.

Andreas abrió los ojos, tragó despacio y negó con la cabeza. Victoria comprendió que debía perdonarse a sí mismo otro error que lo había privado de conocer a alguien que mostró un interés constante por él.

—¿Te quieres casar conmigo?

Con una pregunta que rompió un silencio lleno de tristeza, Victoria salió de golpe de un mundo gris borrascoso.

—¿Qué?

—Cierra la boca. —Andreas echó la cabeza hacia atrás y la miró con una amplia sonrisa—. No sé por qué te sorprende tanto.

—Perdona por no saber reaccionar —comentó irónica—. Hasta hace tres días no sabía que iba a pasar con nosotros.

—¿Pensabas que no íbamos a vernos más?

—No lo sé, pero desde luego no se me había ocurrido el matrimonio. Creía que te daba igual.

—A mí me da igual —dijo con indiferencia—. Pero me extraña que no quieras una boda a lo grande.

—Estás muy equivocado —replicó suficiente entornando los ojos —. Me conformo con algo íntimo.

—¿No quieres un vestido de novia?

—Por supuesto —afirmó rotunda. Sonrió y matizó con una pizca de cinismo materialista—. Y un anillo de compromiso.

—¿No te gusta mi puesta en escena? ¿O tengo que hacer también un juego?

—Tu decorado es precioso —dijo seductora modulando la voz—. La declaración, nula. —Inclinó la cabeza hacia abajo, lo besó en la boca relamiendo ese sabor masculino que era imprescindible para su cordura, pero se apartó y lo dejó con la miel en los labios—. Y sin anillo no hay respuesta.

—Vaya. —Andreas se removió inquieto y captó la atención de Victoria. El brillo de una mirada descarada al bulto que marcó su bragueta, animó a su mano aventurera y recorrió despacio el contorno de unos pechos, que se excitaron al ponerle los pezones tan sólidos como unas piedras preciosas; iguales que los diamantes que pensaba comprarle; nada sería suficiente. Sonrió admirando la talla perfecta de su obra, levantó la vista y le dijo—. Tendré que ser menos impulsivo.

—No hace falta que empieces ahora —dijo metiendo la mano bajo su camiseta, percibió la piel erizada y la bajó con malicia hasta la cintura de su pantalón—. Por mi no te cortes.

—¿Estás segura? Si empiezas, no voy a poder parar.

Victoria sonrió mientras el vikingo engreído dejó su regazo y cruzó las manos por encima de la cabeza para acomodarlas detrás del cuello, relajado, dispuesto a que cumpliera sus planes; era suyo entero. Victoria elevó las cejas, pensando en que no podía amarlo más. Con toda su altura, ese cuerpo era un aliciente para descubrir una sensualidad que conseguía alejar aquella timidez casi olvidada desde que arrolló su vida con un beso de cine que jamás olvidaría. En aquel momento se metió en ella y no parecía tener prisa por salir, al menos su cremallera se lo impedía.

—Se ha atrancado.

—No pegues un tirón fuerte.

Andreas se apoyó en los codos, atento a las manos de su chica, el sitio merecía mimos no algún accidente involuntario. En cuanto Victoria le bajó las bermudas, su pene salió disparado, sin molestos calzoncillos guardianes de su masculinidad.

—Es cierto que estás más salvaje.

—Me he afeitado. En Londres me cortaré el pelo.

—No lo decía por eso…

Victoria miró hacia abajo y se inclinó percibiendo el olor de Andreas. Le besó la punta y se mojó los labios. Le cogió los testículos y empezó a lamerlo de arriba abajo. A Andreas se le estaba congelando el culo, le dolía con cada golpe contra la dura roca, pero no resistía embestir esa boca que lo estaba devorando como si fuera el mejor de los helados. Dulce, cremoso y con un regusto placentero en el paladar. Bramó como los machos en celo, la boca de su novia se lo comió mientras él eyaculaba con todo el cuerpo en tensión. Sus abdominales igualaron la fuerza del hierro. Victoria se los besó y él tiró con suavidad de su cabello.

—Ven —dijo jadeando. Se incorporó, le quitó la camiseta, el pantalón y cuando sus manos le bajaron las bragas acercó la cabeza y le besó el pubis—. Abre. —Andreas jugó con las manos en sus pechos, se la bebió poseído por un instinto que lo convertía en un bárbaro y se relamió con gusto apretándole las nalgas. Le dio muchos besitos sin querer alejar sus labios de aquel refugio ardiente donde quería morir. Aguantó unos escasos minutos hasta que la sujetó por la cintura y la dejó caer sobre la prueba aguda del deseo que sentía por ella. Rígido, feroz, y con un ansía siempre impaciente por poseerla. Cuando pensó que estaba drogado por el sexo, no era una exageración; era adicto a los *subidones* que sentía con Victoria; era la mejor droga para su cuerpo—. No me canso de follar contigo.

—Ya veremos cuando estemos juntos todo el día en Londres.

—¿Qué te apuestas?

—Nada —susurró Victoria. Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios. Al separarse, con una sonrisa que iluminó la noche, casi dejó sus pechos en la boca de Andreas, que sucumbió en el acto y sacó la lengua para saborearlos; no se cansaba, si tenía a tiro sus tetas, las devoraba como si fuera el último festín de un néctar dulce y sabroso; caía sin sentirlo. Entre gemidos se oyó—: Me voy a correr.

Esa naturalidad para Andreas habría sido impensable cuando se conocieron, más acertado: imposible. Recordó el día que se cayó en el río, casi le revientan los huevos cuando tuvo que reprimirse al verla desnuda pidiendo a gritos un polvo. La elegante gatita que se transformaba en una tigresa arrolladora había conquistado todas las células de su cuerpo, hasta la médula; con o sin anillo, Victoria Finch-Hutton sería su esposa.

Pasaron volando dos semanas, y gracias a unos días espléndidos en Wells, mientras los niños daban su clase con Stu, Jamie dormía la siesta y Nicholas andaba desaparecido organizando la clausura de Ivory, Charlotte seguía rondando en la vida de Åsa y Sebastian; encontró otra historia de amor que, sinceramente, no la sorprendió. Los nuevos datos de Victoria confirmaron su corazonada y aliviaron su conciencia. Entendió la huida de Sebastian a México, pensando en que intentó salvar un matrimonio sentenciado desde que Åsa no quiso volver con él sin sus hijos. Como madre la comprendió, pero aquella decisión supuso una debacle en muchas vidas. No se tragó que Henning Lindqvist no tuviera ayuda, que hubiera salido impune y, lo peor, que aún tuviera la desfachatez de decirle a su propio hijo que la había olvidado; merecía vivir purgando sus pecados. Charlotte no supo por qué Virginia mantuvo las apariencias, Nicholas le había contado que siempre fue una mujer con un carácter fuerte, incluso impertinente; quizás no soportó asumir que Sebastian a los diez años volvería a la carga con su amante y con un niño que evidenciaba una relación prolongada en el tiempo. Tampoco comprendió a Åsa, a no ser que Sebastian le dijera que no quería tener más hijos antes de mantener relaciones sexuales; debió decirle que estaba embarazada; quizás la hubiera ayudado a encontrar antes a Henning y ellos habrían tenido esa oportunidad que por razones que se llevaron a la tumba nunca conocerían. Viendo las cosas con optimismo, se alegró por Andreas, por sus hermanos y por aclarar una sombra que manchaba la dignidad de un hombre marcado por la tristeza que lo llevó a refugiarse en Escocia. Igual que había hecho su hijo pequeño, buscar

consuelo en la soledad de las montañas para entender que era el resultado de dos destinos que se enredaron y nunca más volvieron a unirse. Se alegro por Nicholas, para él habría sido muy duro tener a Andreas cerca como recordatorio, era una tortura que ya no tendría que vivir. Ahorrarle disgustos era uno de sus mayores deseos, para protegerlo igual que siempre hacía con ella; era inevitable, igual que de manera inconsciente volvía a mantenerla al margen de sus negocios. Aunque Nicholas tocaba todos los palos que le interesaban con ella, apreciaba su opinión, a veces, bastante crítica de las novelas, y solía consultarle cualquier cosa de los niños, las casas o viajes, mantenía un último reducto: sus inversiones, donde era el amo y señor.

A menos de una semana para el último día de Ivory Hotel, Astor envió una nota de prensa a algunos periódicos, donde manifestaba la intención de la familia en recuperar el uso privado de la finca, si bien, organizarían de manera puntual eventos. Ninguno habló con la prensa; una máxima que no incumplían; era el remanente de un rencor por unas calumnias que dañaron mucho y nunca olvidarían. Charlotte, que tenía a su alcance usarlos para conseguir más donativos, no los consideró necesarios; eran agua y aceite; los rehuía como la peste; la prensa y ella jamás mantendrían un equilibrio, no se podían juntar dos filosofías opuestas, además, de dos cosas esenciales: unas profundas convicciones, que rara vez cambiaba, y una obstinación que podía ser desquiciante.

Sus amigos no dejaban escapar una oportunidad para alabar el trabajo de la Fundación Sarihsa y Charlotte Finch-Hutton, y la lista de afiliados crecía a diario. Tenían pagadas las instalaciones, compraban el material médico, cubrían los tratamientos, y algunos sueldos fijos; podían decir orgullosos que era un éxito que ellos medían por los resultados obtenidos con los niños. El índice de curación definitiva en la mayoría siempre era improbable, ya que sufrían enfermedades genéticas, pero la autonomía y el apoyo que consiguieron con las rehabilitaciones sirvió para mejorar su calidad de vida y favorecer la integración social de casi todos; el principal objetivo por el cual se creó. Gracias a la solidaridad y a la perseverancia de Charlotte, incansable al desaliento visitando las mejores clínicas de Londres, consiguieron un equipo de profesionales sanitarios que recibía prestigio, galardones y la satisfacción de dedicar parte de sus vidas a cumplir una promesa que mantenían intacta; todos, sin excepción.

A finales de julio, casi tres años después de su apertura como hotel, Ivory cerró a los huéspedes. En la fiesta de clausura hubo comprensión por parte de sus amigos y algo de decepción por las agencias que perdían suculentos ingresos. Pero, al fin, la mansión que el capitán Finch-Hutton, al ser distinguido noble, imaginó como un sólido arraigo para su familia, tras más de tres siglos, seguiría siendo el punto de encuentro para sus descendientes por expreso deseo del VIII duque de Salisbury, que reservaba el uso de la propiedad para ellos.

CAPÍTULO XXI

Salisbury, Inglaterra
1/8/2014

Aquel uno de agosto, con una brisa ligera, ondeaban en la torre del ala Norte: la bandera inglesa, la británica y el escudo de armas Finch-Hutton. Cuando estuvieran en Ivory siempre se izaría el estandarte verde; el del león rampante con varias hojas de olivo y dos espadas cruzadas. Nicholas recuperó esa tradición, así como el placer de mirar hacia arriba y sentir el peso de un legado majestuoso. Era un orgullo llevar la sangre de su padre y amar la historia que le transmitió.

Durante el tiempo que pasarían veraneando allí, ninguno contempló la opción de no montar. Los ponis de los niños, *Viking*, *Dottie* y un árabe, que Gordon había comprado recientemente, ocuparon unas cuadras ajenas a inquilinos demasiados años. Cuando Alex y Henry vieron llegar los remolques, sujetos con fuerza de la mano por su padre y Gordon, se acercaron mientras aparcaban. Por verlos en aquel momento, perdiendo cualquier compostura que dejó alucinados al personal encargado del traslado, valió la pena una mañana de nervios, preocupaciones por los animales y la llegada anticipada del nuevo miembro de su familia, de quien esperaban nuevas noticias en breve. Sabían que era un varón, y que todo había ido con una velocidad de vértigo. Tristam no pudo ser muy explícito, si se despista su hijo habría nacido de camino al hospital. El parto se presentó a primera hora y en menos de otras dos, ya estaba en el mundo; con prisas por entrar en un selecto club, pese a no estar identificado.

Poco después, la otra protagonista de ese día corría feliz entre Charlotte y las abuelas. Sus hermanos montaban solos con una pequeña ayuda de Nicholas, que parecía confiar más en la capacidad de sus hijos que Gordon. Paseaban tranquilos por el otro lado del camino escoltado por los viejos sauces llorones, con un verde esplendoroso tan alegre como Nicholas.

—Otra vez aquí —dijo Nicholas risueño, puso el brazo encima del hombro de Gordon y preguntó—. ¿Estás contento?

—Por supuesto —comentó Gordon distraído mirando a Henry—.

Me alegro mucho de que Ivory vuelva a tener caballos. Estaba pensando en decirle a Stu que me eche una mano para elegir un par de yeguas.

—¿En serio?

—Sí. Sin meternos en follones. *Viking* sería un semental perfecto. Me apetece volver a ver las cuadras con algo de actividad. Si Stuart acepta, me trasladaré todo el año.

—No tienes que decírmelo.

—Tu madre se va a venir conmigo.

A Nicholas se le fue el color de la cara, de repente se imaginó una escena subidita de tono que lo dispersó de manera fugaz.

—Muy bien —afirmó incómodo.

—Entre tu madre y yo solo existe amistad y un profundo respeto —advirtió Gordon desviando la vista hacia Patricia—. Nunca va a haber otra cosa, quédate tranquilo.

—Los dos sois mayores para decidir qué hacéis con vuestras vidas. No me debes ninguna explicación.

—Quería dejarlo claro —dijo serio—. Eso es todo.

—Aclarado está. —Nicholas lo miró fijamente, viendo la lealtad que nunca deshonraría. Su tío, en ese instante que reconoció un amor imposible, tuvo una fortaleza que admiró e incrementó el cariño incondicional que durante toda su vida había sentido por él. No quiso amargarlo ni amargarse él, aunque los dos pensaron en su padre, y cambió al tema del momento—. ¿Te ha dicho Tristam cómo van a llamarlo? Le dijo a mamá que iba a inventarse un nombre.

—No, pero podemos esperar cualquier cosa. Mañana iré con ella a conocerlo, supongo que lo tendrán decidido.

—A ver con qué nos sorprende; estaba histérico.

—Lleva así un mes —dijo Gordon moviendo un poco la cabeza, sin perder de vista a Henry, y controlando de paso a Alex, que parecía nervioso—. No sabes de la que nos hemos librado, cualquiera lo aguanta.

—Sobre todo, tú. —Nicholas sonrió, recordando a su hermano, cuanto más molestaba a Gordon con alguno de los diminutivos que usaba para llamarlo, más se motivaba para encontrar otro—. Hay que reconocerle que tiene gracia.

—Eso lo dices porque no se ceba contigo.

Escucharon el motor del Mercedes y los dos miraron hacia el aparcamiento. En cuanto salieron Andreas y Victoria, se dieron la mano y rodearon la casa hablando distraídos.

—Aún no he olvidado cómo lo traté en Navidad —dijo Nicholas parado—. Me avergüenzo cada vez que lo veo.

—No te agobies, te perdonó y, si no lo ha hecho ya, no creo que vaya a tenértelo en cuenta.

—Siempre tengo esa cosilla.

—¿Ha llegado a algún acuerdo con la casa?

—Sí. No se anda con tonterías. Hablé con Percy y no se lo cree. Llevaba en venta más de diez años.

—Debe estar brincado —comentó Gordon, hizo un gesto disconforme con los labios y añadió—: Va a costarle una fortuna restaurar Clouds. Tiene para largo, el último incendio se cargó entero uno de los edificios.

—¿Crees que le importa?

—No parece muy preocupado —dijo sonriendo. Gordon se acercó a Alex y lo ayudó a desmontar, tras varios minutos atento a él, vio una intención clara de tirarse al suelo—. ¿Ya te has cansado?

—*N ´anda*.

—Anda… No anda… —Gordon negó resignado con la cabeza y tiró de las riendas del poni—. Ve a buscar a la abuela.

—Papi, y yo.

Antes de bajar a Henry, Nicholas bufó. Sus hijos se querían con la misma locura que a veces usaban para matarse vivos; eso sí, tenían que estar juntos. Para ellos el peor castigo era separarlos, donde fuera el Intrépido detrás iba su hermano.

Después del almuerzo, Maggie sirvió helado y su apreciado bizcocho. El buen humor de todos también la contagió a ella. Gordon había contratado en el pueblo a dos chicas que se encargaban de la limpieza, bajo su supervisión, y estaba encantada de mandar y de que, para variar, le hicieran caso.

—Maggie, siéntate con nosotros, por favor —dijo Nicholas levantándose. En cuanto se sentó, Charlotte le tocó la mano con cariño y Jamie se fue con ella para darle tirones de las gafas. Cuando los niños fueron los únicos que lo ignoraron, empezó a hablar—. Como sabéis, hoy es en un día muy especial para mi hija y para mí, al que se ha unido el hijo de Tristam; convirtiéndolo en una coincidencia única. Por si no teníamos suficientes motivos para estar felices, tengo que comentaros algo que me ha ocurrido con alguien aquí presente. —Mientras todos se miraron con curiosidad, unos ojos azul cielo brillaron con la luz del verano sin apartarse de los suyos y le dieron permiso para continuar con el plan que se traían entre manos—. Me pidió que hablase con Percy Mountauk para negociar la compra de Clouds *Hall*, cuando le pregunté qué quería hacer con una mansión en

ruinas, me respondió que tenía pensado convertirla en lo que Ivory podía haber sido. En cambio, no me sorprendió, tiene una capacidad excelente para ver un negocio, pero cuando me dijo que con mi permiso su esposa lo dirigiría, me dejó sin palabras —explicó con humor, miró a Andreas y preguntó—. ¿Crees que habría servido de algo si me hubiese negado? —El matiz burlón arrancó risas espontáneas a todos y una mirada irónica a Victoria, que se sonrojó apretando los labios, conteniendo una carcajada feliz. Nicholas levantó su copa mirando sus topacios favoritos; a Andreas; y terminó en Victoria—. Quisiera proponer un brindis. Hoy ha llegado el día que mi padre siempre temió para mi hermana. Por desgracia, me toca a mí custodiar la joya de su corona, y no es fácil, aunque estoy seguro de que Andreas le habría gustado. Tampoco tengo palabras para agradecer su generosidad. —Nicholas sabía que Victoria era la ausencia que peor llevaba, pero no contó con la tristeza de su madre. En cuanto vio a Gordon echarle el brazo por el hombro y a Leslie tocar su mano, abrevió recordarlo aunque lo echara mucho de menos—. Espero que tengáis juntos una vida maravillosa. Amar es más que enamorarse de alguien, es perder la noción del tiempo y saber que junto a ti está la única persona que andará contigo hasta el final. —Nicholas guiñó un ojo a Charlotte, igual que hubiese hecho James con Patricia, levantó su copa y, con toda su familia de pie, concluyó—. Espero de todo corazón que seáis muy felices.

Se sentaron tras brindar. Pero Andreas, que quería darle el gusto a su chica con un discursito romántico, sopesó los riesgos y, con un porcentaje de acierto rayando el cien por cien, se levantó y golpeó con varios toquecitos su copa de champán. Todos intercambiaron unas miradas cómplices concentradas en la pareja.

—Cuando conocí a la mujer de mi vida, reconozco que me equivoqué con ella —dijo tranquilo, encogió los hombros con un gesto contrariado, sin convencer a nadie con una sonrisa—. No era la dulce chica que aparentaba. Me ha demostrado que es cabezona, tenaz, fuerte y dócil. Caí atrapado con el sonido de su voz. —Andreas se paró unos segundos y añadió sonriente—. Su cuerpo me ayudó bastante —reconoció ante unas sonrisas comprensivas—. La preciosa mujer de mi vida tiene un corazón enorme y me ha enseñado tantas cosas que os aburriría durante horas. Lo más importante es que la amo y quiero pasar el resto de mi vida con ella. Durante los meses que hemos estado separados, he tenido mucho tiempo para pensar en nosotros y, después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que no tiene sentido retrasar algo que no puede ser de otra manera; mi salvación eres tú —dijo solo para la mimosa que estaba recuperándose

de un llanto para empezar con otro. Cogió su mano con la ternura que le inspiraba y preguntó bajando la voz—. ¿Aceptas casarte conmigo?

Sonriendo, Andreas sacó una caja de joyería del bolsillo de sus vaqueros. Cuando fue a abrirla, Victoria le sujetó la mano, quiso responder sin ver un anillo que le daba exactamente igual, se levantó y lo besó en los labios.

—Sí —susurró. Al decirlo, sintió una paz relajante. Estaba convencida de que él también era el hombre de su vida. Andreas le colocó en el dedo un anillo impactante con un diseño vintage; diferente y a la vez clásico. Tenía un diamante rosa pálido rodeado de una estela de brillantes que se perdían en un aro de oro blanco, con una inscripción en tres idiomas: «*Fatum meus es/ Jag älskar dig/ yours, Andreas*»—. Es precioso.

Unos minutos después de enseñarlo, Victoria le dio su regalo: una cajita de madera que contenía el mando de un coche. La sonrisa dubitativa de Andreas, se agrandó cuando vio la marca grabada. Llevaba semanas mirando revistas de automoción comparando modelos de todoterrenos, consciente de que el Mercedes no era lo más adecuado para conducir por el campo, pero cuando estaba casi seguro, siempre encontraba alguna característica en otro que lo hacía cambiar de opinión. Con un Range Rover Sport burdeos, Victoria acabó con las indecisiones de raíz; era suyo, y por su expresión estaba asimilándolo con velocidad y entusiasmo.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente.

—En el aparcamiento —dijo Nicholas—. Lo han traído mientras comíamos.

Al momento, salieron juntos y lo revisaron a conciencia. Andreas volvió más feliz que cualquier escolar el último día de curso, encantado con un regalo que consiguió sorprenderlo. Maggie pidió silencio y Charlotte salió a la terraza con una tarta donde se podía leer: «*Feliz Cumpleaños/ Jamie-1/ Nick-4?*».

—Muy graciosa —dijo Nicholas.

—Es para proteger tu imagen.

Charlotte lo besó en la mejilla.

—Estoy muy orgulloso de los cuarenta y cuatro años que estoy cumpliendo.

—Lo que tú digas…, Dorian Gray —dijo Charlotte con un guiño lleno de ironía. Encendió las dos velas rojas, por supuesto, un “uno” y otro signo de interrogación, y cogió el móvil para fotografiarlos—. Soplad juntos.

Les cantaron el *Cumpleaños Feliz* y Jamie, con unas carcajadas inocentes, intentó apagar las velas, pese a que apuntar bien era un

reto con su padre sujetándola muerto de risa. Tuvieron que volver a cantar y encenderlas varias veces más para que los gemelos saciaran unas ganas incontenibles por soplar, sin medir la intensidad de sus bufidos. ¿Para qué?, y lo divertido que era ver el chocolate aterrizar en el jersey del abuelo Edward, alias el Afortunado. Tenía querencia por encontrarse siempre en primera línea de fuego, impasible, acostumbrado a ser un blanco fácil. Excepto Andreas y Victoria, más preocupados porque nadie notara un magreo con las manos ocultas bajo la mesa, el resto los reprendió. Henry miró a Alex, e iluminados por la misma energía cegadora, sincronizados, metieron las manos en la tarta. No dieron tiempo a nada, la guerra de la glotonería acababa de empezar. Ni el grito de su madre ni que Nicholas los apartara de la mesa impidió el desastre hasta que sucumbieron otra vez al carisma granuja que era la seña de identidad de los varones de su familia, ese carácter los abdujo porque en el fondo a todos les parecían encantadores.

Por la noche en su dormitorio, en la suite que llamaban Azul, a través de los dos ventanales abiertos que daban al jardín trasero, se oían grillos y el croar lejano de algunas ranas, Victoria se apretó al cálido cuerpo masculino, que relajado tras hacer el amor acariciaba medio adormilado su espalda, y amoldó sus curvas con unos movimientos sutiles. Andreas percibió un escalofrío, subió la sábana dándole un beso en el hombro y preguntó:

—¿Te parece bien el veintitrés de agosto?

—Está demasiado cerca.

—Era el cumpleaños de mi madre. Me parece bonito que nos casemos ese día.

Victoria besó su pecho y apoyó despacio la barbilla en él.

—Es el día perfecto.

—*Tack* —dijo agradecido—. Mañana hablaré con la organizadora de eventos de los hoteles, que venga y eche un vistazo. No quiero que te preocupes por nada.

—Seremos pocos, no me importa organizarlo yo.

—No, prefiero que te dediques a buscar vestido.

—Cariño, lo tengo elegido desde hace un mes —dijo irónica, sonriendo añadió suficiente—. Sabía que no ibas a aguantar mucho tiempo la incertidumbre.

—Está usted muy segura de sí misma, *milady*.

—Sí —replicó rozándole el pecho con las uñas—. No me quejo, ¿y usted? Me han dicho que piensa comprar una propiedad muy cerca.

—Sí. A pocos kilómetros. Tendremos que reformarla, pero tengo pensado hacer de ella nuestro icono aquí. Será el mejor hotel de campo de todo el país.

—Qué interesante. ¿Puedo ofrecerle mis servicios? Siempre me ha gustado facilitar la vida a los demás. Un hotel debe ser un sitio ideal para trabajar.

—Siento decepcionarla, *milady*. Mi esposa será la encargada de contratar al personal.

—¿Está usted casado? —preguntó horrorizada.

—Aún no, pero mi prometida es una mujer muy celosa, si se entera de esta conversación, estaré en una posición bastante delicada.

—Ah, ¿sí…? —Victoria metió una pierna entre las suyas y recorrió un abdomen con firmes músculos—. Debe ser una bruja.

—Lo es —murmuró acercando la mano a unas nalgas suaves que realmente podían con él—. Me tiene hechizado.

—Pobrecilla, debe ser un suplicio ser su prometida.

—¿Disculpe?

—Me ha oído. Es perfectamente normal que se sienta así. Pasa usted mucho tiempo conmigo.

—Igual que usted, ¿qué piensa su prometido de mí? Espero que haya sido discreta, no quisiera tener que matarlo.

—No se preocupe por él, es sueco y no se entera de nada.

—¿De nada?

Victoria lo deslumbró con una sonrisa pícara, hasta que rió feliz por las cosquillas que Andreas de manera disimulada le hizo en la cintura. Aquellos breves minutos fueron insignificantes con la vida que esperaban pasar juntos. Andreas había aprendido la lección de sus padres; sería un necio si no intentara tener a Victoria a su lado. Viviría en Inglaterra dejando su país. La tierra de Sebastian acogía al menor de los Ulick, teniendo clarísimo quien era, con el propósito de no cometer sus mismos errores y tampoco de ignorar el legado que quiso para él. Durante muchos años fue una constante para Sebastian, y sus otros hijos no impedirían que aceptara esa última voluntad. En cuanto ordenase su nueva vida, iniciaría el proyecto de Clouds y afrontaría el deseo de su padre, paciente y sin prisas; pesara a quien pesara.

A los dos días de su nacimiento, Gordon James Robert Finch-Hutton, Gordo para su padre y Gordy para el resto, entró en brazos de su madre en Ivory Manor por primera vez. Tanto Tristam como Sarah se subieron en una nube de felicidad desde que se presentó el parto y no tenían visos de bajar. Sarah se recuperó con rapidez y, por su

experiencia, no iba a tardar en querer repetir. El niño, que llegó por casualidad en pocos minutos, alejó con la epidural como aliada cualquier reticencia en su madre; nada se correspondió con el sufrimiento que esperaba, al contrario; Sarah vivió los mejores momentos de su vida. Jamás olvidaría los ojos embargados por las lágrimas de Tristam al recibirlo o aquel beso en los labios al colocarlo en su pecho o una sonrisa contenida cuando desveló su nombre a la enfermera. No corrió riesgos al rendir homenaje a tres hombres que desempeñaron diferentes papeles en su historia; los tres significaban mucho para él.

Sus abuelos maternos fueron de visita unos días y la casa se llenó de una actividad desbordante que agobió un poco a Patricia, siempre tratando de ser la anfitriona perfecta, pendiente a algunos detalles que no parecían importar tanto a los demás.

Aprovechando el sol de la tarde, Patricia salió a dar un paseo con Gordon por el bosque. Mientras regresaban andando tranquilos, vieron a Tristam sentado en la escalinata con el bebé. A su lado, Nicholas con Jamie aguardando pacientes a que sus mujeres los fotografiasen. Esa imagen de sus hijos la llenó de una triste felicidad, alegre y dolorosa a partes iguales. Nicholas cada día se parecía más a James y por un momento creyó que era él con Victoria en las rodillas. Se detuvo y los contempló con el sostén del brazo de su querido amigo en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó Gordon contento. Sonrió al recordar el impacto del hospital, cuando Tristam lo sorprendió con el nombre del niño; se emocionó por ese detalle. Aunque para él sus tres sobrinos eran iguales, no podía negar que siempre estuvo más unido a Tristam. Quizás por su carácter o porque acudía a él buscando consuelo cuando se enfadaba con James, en aquellas largas temporadas donde mediaba entre ellos, o simplemente porque le caía bien, lo cierto es que el cariño que sentían era mutuo—. Son unos hombres extraordinarios.

—Sí, lo son.

Andreas llegó y se sentó con los gemelos dos peldaños por encima de Tristam y Nicholas. Poco después, sus mujeres, Gordon y Patricia se colocaron delante y, por último, los padres de Charlotte y los de Sarah, sonrientes para que Maggie les hiciera la primera la foto.

Para Henry el Bueno, Alexander el Intrépido y Andreas el Vikingo, posar más de un minuto sin moverse no fue sencillo. Alborotaron la última fila provocando carcajadas y las mejores instantáneas de otro día caluroso en aquel verano donde redescubrían el inmenso valor del patrimonio más preciado que poseían: su familia.

El nuevo integrante se convirtió en la atracción de la casa, de brazos en brazos hasta acabar en los de su madre, menos para sus

primos, que le prestaron la atención justa o, mejor dicho, ninguna. En cuanto se dieron cuenta de que Gordon era demasiado pequeño para jugar y dormía ajeno a todo, salieron pitando con los perros. Si también conseguían agotarlos, siempre les quedaría su hermana; otro blanco fácil con unas muñecas de trapo que llamaban poderosamente su atención. Era habitual que acabasen en medio de sus trifulcas sanguinarias, esperando que alguien interviniera y las salvara. Jamie tenía que luchar sola contra los gemelos, pero no se amilanaba por su tamaño y les plantaba cara o recurría con unas lágrimas a su padre y, al final, eran ellos quienes terminaban llorando; un día a día infantil que ya tenía asegurado en su primo un buen refuerzo para el próximo año.

Durante la semana siguiente, Andreas y Victoria completaron una lista de invitados bastante corta, entre cincuenta y sesenta personas. Victoria estaba manteniéndose firme, sin dejarse llevar por la emoción. Su mayor deseo lo tenía encargado en la tienda de su tía Emma: un vestido blanco elegante y romántico. Tenía el cuerpo ceñido y una falda amplia con capas ligeras y largas de seda. Nicholas le regaló un broche de oro blanco con pequeños brillantes formando estrellas que pensaba lucir en la cintura. Solo llevaría unos pendientes discretos, dejando libre el escote. El diseño de Dior era suficiente sin tener que añadirle nada más; aunque todavía debía volver a Londres con Patricia para la última prueba. Victoria usaría el mismo velo que ella cuando se casó con su padre, una reliquia con más de trescientos años que solo habían llevado unas pocas mujeres de su familia, entre otras, su abuela Elizabeth.

El veinte de agosto llegaban a Heathrow los hermanos de Andreas para acudir al enlace. Pese a que aún no conocía en persona a Jonas, aceptó de muy buen grado en una conversación telefónica. Hablaron más de una hora en un tono amistoso, interesados en sus trabajos, sin tocar el pasado. De manera tácita para empezar a descubrirse era mejor mirar el presente y el futuro, siempre habría tiempo para recordar.

Antes de salir de Ivory hacia Londres, donde, aparte de ir al aeropuerto, Andreas tenía que realizar otras gestiones mientras Victoria iba a por el vestido, se reunió con Patricia y ella aprovechó para hablar con Gordon. Ninguno esperaba tener un papel tan activo en la boda; sin embargo, Andreas escogió a Patricia como madrina, en

un bonito gesto que no dudó en aceptar, y Gordon, creyendo que el padrino sería Nicholas, mantuvo unos minutos de silencio ante una petición que lo pilló por sorpresa. Jamás se imaginó en un altar al lado de quien nunca sería su esposa, pero era un honor que el ojito derecho de James hubiese pensado en él para sustituirlo.

Una vez en Londres, después de la reunión con Thomas Eklum, el albacea de su padre, Andreas recogió su traje de Gieves&Hawkes, una sastrería de Vigo *Street* que le recomendó Nicholas, selecta y exclusiva. Entró en el Starbucks que había al lado para tomar un café, sus hermanos todavía tardarían un buen rato y necesitaba repasar con calma un encuentro temido que resultó esclarecedor y enriquecedor, en todos los sentidos posibles.

Sentado en una mesa analizó las palabras del albacea de Sebastian, un hombre con una buena apariencia para rondar los setenta años: un cuerpo vigoroso delgado, un bronceado saludable, una buena cabellera plateada bien peinada hacia atrás, y unos ojos azules que sonrieron amigables al estrecharle la mano cuando lo recibió en su despacho. Se mostró incrédulo durante algunos minutos hasta que superó el impacto al verlo. Andreas fue consciente del parecido que debían tener y de que a Eklum no le haría falta ningún análisis para admitir que era el hijo de Sebastian Ulick y Åsa Göransson.

El señor Eklum fue de los pocos al tanto de la historia que unió a sus padres. Le contó cómo conoció a Sebastian cuando era consejero en el Ministerio de Exteriores y él trabajaba en la Embajada de Suecia, se explayó en unos años con buenos recuerdos. Luego, cómo se volvió loco por Åsa y la gran decepción que le supuso volver con su mujer creyendo que alejado de Inglaterra podría olvidarla. En aquellos minutos, Andreas escuchó hablar de un hombre igual a él, hasta compartían aficiones de varios tipos.

Eklum no se anduvo con rodeos al advertirle que dos de sus hermanos no tenían intención de admitirlo, solo Ewan parecía indiferente y no supo aclararle si cambiaría de opinión cuando se confirmase oficialmente que también era su hijo legítimo. Andreas aceptó su parte de la herencia, se lo debía a su padre, por estúpido. Sebastian se ganó a pulso un ansiado respeto y, por primera vez, se sintió Andreas Ulick. Aunque no pudiera renunciar al apellido de su madre, también llevaría ese; fue una petición póstuma que lo sorprendió y llenó de inquietud, era demasiado. Debía hablar de Sebastian con su familia y salvar el escollo de sus hermanos, pero reconoció la fuerza de su padre y tenía claro que cumpliría ese deseo

sin importarle las consecuencias; contaba con el apoyo de Victoria y estaba convencido de que el tiempo pondría a todos en su sitio.

Yendo bien de hora, Andreas aparcó su nuevo coche en una plaza cerca de la entrada del aeropuerto. Más nervioso de lo que pretendía, paseó observando a las personas que atravesaban la puerta de salida. De pronto vio la figura corpulenta de Magnus, vestido en su línea y afeitado, tirando de una maleta mientras hablaba distraído con un hombre que captó su atención de inmediato; sin duda alguna: Jonas Lindqvist. Tal y como se lo describió su chica: su misma altura, andares, y unos rasgos masculinos que con ese pelo castaño, la incipiente barba y sus ojos oscuros le dieron la impresión de estar viendo a un modelo latino. Vestía un pantalón camel, una camisa blanca y unos mocasines de ante oscuros. Sus hermanos eran opuestos, aunque tenían un parecido evidente, igual que él; una mezcla de ellos con las facciones más destacables de su padre.

Con la simpatía cariñosa de Magnus al abrazarlo, Andreas disfrutó de un encuentro que los tres habían esperado demasiados años. Jonas lo saludó dándole un apretón de manos, más tímido, pero sonrió muy contento por la alegría de su hermano mayor, el azote de su conciencia, el encargado de no borrar a Åsa de su memoria, y quien más había sufrido de los dos durante toda su vida.

—Por fin nos conocemos —dijo Jonas—. Tenía muchas ganas de venir. Gracias por invitarnos.

—Gracias a ti, sé que estás muy liado —Andreas sonrió sin rastro de incomodidad—. Significa mucho para mí que estéis aquí.

—Para nosotros también —dijo Magnus—. A mamá le habría gustado.

Andreas afirmó con la cabeza, admitiendo esa gran verdad.

—No siempre se casa tu hermano con la hija de un duque —comentó Jonas bromeando, con la única intención de no alentar la tristeza—. No podía faltar, básicamente vengo por eso.

—No seas capullo, di la verdad —dijo Magnus con una colleja—. Vienes para ver el futuro escenario de tu boda.

—Eso también —añadió Jonas sonriente—. A ver si te encontramos alguna novia y dejas de ser testigo por una vez.

—Déjame tranquilo, paso de mujeres.

—No te lo crees ni tú.

Andreas sonrió viéndolos, envidiando poder comportarse con la misma naturalidad algún día con ellos. Pero algún día ya era posible; todo era posible desde que conoció a Victoria. Su vida por fin había

arrancado del estancamiento que él mismo se encargó de frenar. Empezaba de cero y sentía la energía que acumuló entre sueños, pesadillas y más sueños. En uno que machacón se repetía en su cabeza, vio una verde pradera rodeada de inmensas montañas, un sólido pecho sosteniendo el peso de una mujer y unas manos que sentía como suyas recorrían tranquilas un vientre preñado. Con unos movimientos sutiles palpó la vida, sintió paz y acarició el rostro de aquella mujer; sabía que era Victoria, conocía su olor, cada rincón de su piel, no necesitaba verla porque era la única persona capaz de hacerlo tan feliz.

El veintitrés de agosto amaneció con el cielo azul más despejado que nunca en un día muy caluroso, en la nave central de la catedral de Salisbury, doce músicos empezaron a tocar una de las más bellas arias de Handel, *Lascia ch'io pianga*, con la voz de una soprano que anunciaba la entrada del novio.

Por uno de los accesos desde el coro, Andreas asintió con la cabeza y se acercó a Patricia ofreciéndole el brazo. Vestía un chaqué gris oscuro que su próxima suegra admiró sonriendo.

—Estás muy guapo.

—No más que tú —dijo galante. No exageró. No era inmune a la belleza de Patricia, demasiado parecida a la de su chica. Llevaba un vestido verde pálido con unos zapatos dorados de tacón alto, aumentando el porte distinguido que solía tener—. ¿Vamos?

Empezaron a andar por la alfombra roja que conducía al altar, sonrieron a los invitados mientras pasaron a lo largo del pasillo y cuando llegaron, antes de ocupar sus sitios, Andreas besó el dorso de la mano de Patricia y fue correspondido con un beso cariñoso en la mejilla.

Unos minutos después, la melodía suave de Bellini con otra aria, *Casta Diva*, y Andreas, sin querer, empezó a sudar, el momento había llegado y Victoria no aparecía. No escuchó nada más que el latido alocado de su corazón hasta que terminó la canción y contempló a contraluz su silueta.

Acompañada por la suavidad de *Air*, tan elegante como la música de Bach, inició el recorrido del brazo de Gordon, que no ocultaba una sonrisa feliz recibiendo saludos. Vestía un chaqué impecable, pero Andreas solo tuvo ojos para su novia; había superado todas sus expectativas. Esa mujer que parecía una diosa virginal envuelta de un brillo deslumbrante, no sabía a qué se enfrentaba. Andreas vio su sonrisa difuminada por un velo de encaje y sucumbió a su

imaginación en una escena que nadie podría evitar. Ni la suavidad de sus pasos ni una delicadeza sutil al sostener un ramo de rosas blancas pudieron frenar que soñara soltar a la fiera. El moño bajo estilizaba su cuello, pero sería el primero en desaparecer; seguiría metiendo las manos por un escote recto que dejaba visible una porción de piel cremosa y el comienzo de unos pechos más que excitantes; luego, buscaría entre vaporosas capas de seda y encontraría el centro de su placer; su gatita presumida siempre era la estrella de sus mejores sueños y no iba a escaparse sin una buena exhibición. Andreas necesitó apretar fuerte los labios cuando Victoria entornó los ojos y recorrió despacio su cuerpo con una mirada burlona que se detuvo en su entrepierna; comprendió que acababa de pillarlo en el altar en otra de sus pajas mentales; no tenía remedio… ni en su boda.

Gordon inclinó la cabeza al llegar a ellos, besó a Patricia en la mejilla y se colocó junto a Victoria, que entrelazó sus dedos en la mano de Andreas para sosegar unos nervios que intentaba controlar, inevitables al ser el centro de atención.

Fue una ceremonia emotiva donde contaron con la participación de algunos de sus más allegados. Nicholas y Sarah leyeron unos pasajes de la Biblia, Magnus recitó un texto en sueco sobre el amor entre dioses, y Jonas, sin querer, provocó la anécdota divertida cuando colocó en unos cojines de terciopelo burdeos las alianzas que él y Magnus les regalaban. Como custodios encomendó cada una a Alex y a Henry, y ahí metió la pata. Los niños se confundieron ante las risas comprensivas de los asistentes y cuando cumplieron su tarea se negaron a volver a sus sitios. Uno se sentó en las piernas de Gordon y el otro con Patricia, en primera fila para ver a Andreas colocar el anillo a su tía, y a ella hacer lo mismo.

En cuanto el sacerdote finalizó con la declaración del matrimonio, Andreas subió el velo de su esposa. Vio una mirada tierna, inclinó la cabeza hacia abajo y rozó unos labios perfectos en un discreto beso. Sin tantos ojos pendientes, ampliaría la duración de las muestras cariñosas que pensaba tener con ella; sin agotarse. Ciertas cosas cuanto más probaba, mejor sabían; y esos besos románticos eran una de ellas; empezaban suaves hasta hacerlos perder la razón atrapados en un huracán de deseo incombustible; el mismo que iba a mantenerlo impaciente hasta que pudiera saciarse, más tarde; después de celebrar uno de los días más importantes de sus vidas.

Andreas ofreció caballeroso el brazo a Victoria, que le pidió un deseo antes de abandonar la Catedral. Atravesaron el coro, otra maravilla antigua con unas intrincadas tallas en la madera oscura, y se pararon en *Lady Chapel* delante del altar, donde Victoria dejó su ramo

de flores y una oración para su padre, ahí reposaban sus cenizas y no podía irse sin decirle adiós.

Tras comer en el jardín de Ivory, una orquesta tocaba canciones alegres, algunos invitados bailaban mientras los niños corrían entre ellos y los integrantes masculinos de la mesa principal, excepto Jonas, fumaban unos puros que diluían un olor penetrante en el anochecer, con un humo picante que intoxicó a Victoria, sentada en el regazo de Andreas, aunque no le importó mucho. Bromeaban con sus cuñados y hermanos hasta que Gordon se puso de pie, tocó su copa con una cucharilla y todos guardaron silencio.

—Quisiera hacer un brindis por mi sobrina, la hija pequeña de dos personas que han sido mis mejores amigos —dijo tranquilo, miró un instante a Patricia, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y añadió sincero, sabía que muy pocos conocerían el alcance de sus palabras—. Hoy he visto un sueño cumplido, la he llevado al altar como su padre y me ha honrado con poder sentir durante unos minutos ese enorme privilegio, nunca lo olvidaré. —Gordon inclinó la cabeza con un gesto agradecido hacia Victoria—. También me gustaría brindar por Andreas, que consiguió despistarme, aunque no duró mucho. He descubierto a un hombre serio con unos valores admirables y sé que hará muy feliz a Victoria, lo más importante para mí. Espero de todo corazón que os améis tanto como mis amigos se amaron. Cuando se encuentra el amor que vosotros compartís, los demás solo podemos contemplar y agradecer al destino vuestra unión. —Gordon levantó su copa y añadió animado—. Por los novios.

Bebieron y aplaudieron antes de que Nicholas y Tristam se sumaran a las felicitaciones públicas. En cuanto terminaron, pensando que habían concluido los brindis, Andreas se relajó tonteando con su mujer, pero al ver a Magnus levantarse, pedir silencio y carraspear, tragó despacio y atendió a sus palabras.

—Felicidades a los dos. Ha sido un placer firmar como testigos. Hablo en mi nombre y también en el de mi hermano Jonas. Para nosotros es una tremenda sorpresa estar hoy aquí. Nuestras vidas no han vuelto a ser las mismas desde que esta bella mujer nos encontró —dijo contento. Movió su copa hacia una risueña Victoria. Andreas la besó en la mejilla, y Magnus, con su cerebro pragmático, no fue capaz de continuar por el nudo que cerró su garganta; los números precisaban mejor la agitación de su cuerpo. Cuando encontró la voz, dijo rápido—. Os deseamos toda la felicidad del mundo.

Con una mirada cómplice de su mujer, que dejó sus piernas,

Andreas se levantó despacio y se acercó a él. Abrazó a su hermano mayor, que por fin estaba presente en un día memorable. Jonas quiso compartir esa redención y se unió a ellos en algo más que un simple contacto emocionado. En aquel momento los chicos de Åsa sintieron correr con fuerza su sangre luchadora, fueron tres hombres adultos y también tres niños que se prometían cumplir el sueño de su madre, serían para siempre los hermanos Göransson.

Pasado un rato, los pequeños de la familia abandonaron el jardín con sus padres, pese a la reticencia de algunos, en concreto dos, que se temían iban a ser puestos fuera de circulación mientras seguía la fiesta; un sacrilegio para ellos perdérsela.

Entre canciones románticas y charlas amenas, cuando regresaron sus hijos, Patricia dejó a su pareja de baile, en aquel momento Philip Astor sénior, y se sentó en la mesa, dejándose caer en la silla, agotada pero sonriente.

—Tengo un regalo para vosotros —dijo animada mirando a Victoria. Bebió un sorbo de un cóctel de champán, llevaba varios encima, y con la ayudita del alcohol desbordaba una locuacidad que divirtió a su familia—. Hablé con Armand Dulec, he alquilado la villa todo el mes de septiembre.

—Gracias, mamá —dijo Victoria—. Pero teníamos pensado estar en Suiza hasta la primera semana de septiembre. Podéis ir vosotros. Nosotros iríamos en coche el resto del mes. Estaría bien si estuviéramos todos juntos.

—Me gustaría conocerla —comentó Sarah—. Tristam me ha hablado mucho de esa casa.

—¿Cuántos dormitorios tenía? —preguntó Nicholas.

—Siete —respondió Tristam seguro.

—Por mí no hay problema —dijo Nicholas observando a Charlotte, que asintió entusiasmada—. Si estáis todos de acuerdo reservo los vuelos.

Patricia tardó unos segundos en procesar la información.

—Era un regalo para los novios.

—Mírale el lado positivo… —dijo Andreas dándole una palmadita en la mano. Sonrió al añadir—. En vez de hacer feliz a dos personas, has conseguido hacer feliz a diez.

Hicieron unos planes fabulosos hasta dispersarse otra vez entre los invitados. Entrada la noche, en el corrillo de Nicholas y Charlotte se sucedieron las carcajadas con Philip y Ahmad entregados en un duelo de chistes. Aunque Nicholas no parecía atento a la música, con las primeras notas de *Gravity* colocó una mano en la cintura de Charlotte y la sacó a bailar.

—Hace mucho tiempo que no la tocas —dijo Charlotte acariciándole la nuca—. Echo de menos esos momentos.

—Hace varios meses que no toco —murmuró Nicholas, inclinó la cabeza hacia delante y aspiró el olor del cabello de Charlotte, peinado en un moño alto con algunos mechones sueltos en la cara—. ¿Te he dicho que estás guapísima?

—Sí, varias veces —respondió sonriendo a su adulador preferido. Era un incansable, nunca tenía suficientes palabras para halagarla, y también la hacía muy feliz, «cuánto lo amaba». Sintió el roce de sus manos encima del tafetán rojo oscuro de la falda acampanada, que obstaculizaba el contacto de sus piernas sin limitar el deseo que vio en un brillo verde lascivo—. Quédate quietecito.

Contento y con algunas copas de más, Nicholas tenía el cuerpo hipersensible al más mínimo roce, y su suplicio no acabó con la canción. Siguió un impulso que lo traía medio aturdido y, dejando sorprendida a Charlotte, la llevó de la mano al interior, ajeno a sus protestas; al contrario, por aquella velocidad estaba motivándose.

—Nicholas Finch-Hutton, como no me digas qué estás haciendo, vas a arrepentirte.

—No me intimidas. —Abrió la puerta de su despacho, con una leve reverencia la instó a pasar y cerró por dentro—. Y no puedo esperar más.

Soltó la llave en la mesa, se acercó al ventanal y entornó unos pesados postigos con molduras de madera. Dejó unos escasos tímidos rayos de luz como tenue iluminación para concentrar sus sentidos en el tacto y el sabor.

—¿Me has encerrado para echar un polvo?

Charlotte se dirigió a él con el paso lento, se paró y le clavó toda la intensidad de sus ojos en la bragueta.

—La primera vez que me miraste así me traspasó una corriente que todavía hoy siento. Estábamos en mi despacho y me levanté para acompañarte a la casita de invitados ¿Lo recuerdas?

—Como si fuera ayer. No pude apartar la vista de tus pantalones —afirmó con un beso en los labios—. Te quedaban de escándalo.

—Este vestido a ti también. Me muero por quitártelo.

—No, si puedo evitarlo.

Charlotte le ofreció la espalda y las manos eficaces de Nicholas cumplieron con su boca dejando un rastro húmedo en cada porción de piel que iba descubriendo. En pocos minutos morían de placer acunados con cadenciosos movimientos, arrullados por gemidos acompasados a un ritmo cada vez más rápido y violento. Otra vez volcanes llenos de ardiente magma explotaban de la tierra y otra vez

chocaron átomos de energía para convertirlos en cenizas.

Envuelta en sólidas ramas de músculos firmes y seguros, la fuerza de Nicholas reivindicó sus posesiones con Charlotte aferrada a él. La tierra rugiría las veces que quisiera, Nicholas no dependía de ella; el eje de su universo era Charlotte y sus hijos la mejor oportunidad como hombre que había tenido nunca. En aquellos minutos el mundo podía desaparecer, ellos ya se habían evaporado en el fuego de una pasión que siempre los empequeñecía ante una magnitud sin medida, sin límites; siempre infinita.

La fiesta no finalizó hasta entrada la madrugada. En su dormitorio, unos padres primerizos suspiraron aliviados cuando cesó la música. Las carcajadas y las bromas no fueron tan rápidas en desaparecer.

Por fin, poco después de las tres, Sarah cogió a Gordon de la cuna, con un agradable silencio se recostó en la cama y empezó a darle el pecho. Acarició su carita sonrosada, suave como la mata de terciopelo oscuro que cubría una cabecita redonda acorde a su cuerpecito rechoncho y apetito insaciable; aunque los ojos eran iguales a los de su padre y anunciaban otro donjuán en potencia.

—Se ha portado muy bien —dijo Sarah. Tristam salió del baño en bóxers y se tumbó con ellos en la cama. Sintió una caricia en el muslo, relajada, igual que su hijo—. Maggie dice que es mucho más tranquilo que sus primos cuando eran así de pequeños.

—Mi Gordo es un campeón, pero compararlo con esos tres no cuenta. Son temibles. No me extraña que Charlotte haya salido huyendo a Londres y los haya dejado con Nick.

—Son niños. Y Charlie no ha salido huyendo —dijo Sarah, también le dio un tironcito en el pelo—. Vete haciendo una idea de lo que nos espera cuando trabajemos en casa.

—¿Cuánto le queda?

Tristam miró la avidez del pequeño comiendo. Su hijo se había apoderado de sus tetas y no parecía tener intención de soltarlas.

—¿Por qué? —preguntó con guasa—. ¿Es tu turno?

—No sé, tú mandas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos conocemos.

Al decirlo, Tristam se acercó despacio con la mano a la entrepierna de Sarah, que vio un brillo conocido en sus ojos y dio por concluida la sesión alimenticia, su hijo llegaba un punto que se dormía con su pezón como chupete, y tenía planes con su papá.

—Dame un minuto. —añadió Sarah.

Apartó con cuidado al pequeño, que protestó molesto, y se lo dio a Tristam. Mientras lo acostaba en la cuna, fue al cuarto de baño y se encerró bastante nerviosa. No habían hecho el amor desde el parto y no sabía cómo sentiría o si los kilos que aún tenía de más afectarían a Tristam, creía que no, pero su estúpida inseguridad buscaba cualquier resquicio para entrar sigilosa y acomplejarla. Delante del espejo bebió un vaso de agua, contemplando su silueta detrás de un camisón blanco muy amplio. Quizás no estaba en su mejor momento físico, pero se sonrió a sí misma; era muy feliz y eso le bastó para salir confiada.

Se metió en la cama sin perder de vista a su marido, que sostenía a Gordon en brazos tarareándole una nana; ahí contempló la razón por la que nunca más dudaría de sus sentimientos; ese buen hombre la amaba. Perdonó una humillación que cualquiera jamás habría perdonado; era su compañero; su mejor amigo y el único padre que quería para sus hijos; sin duda alguna, Tristam Finch-Hutton era el amor de su vida.

—Cuando me baje la regla no voy a tomar más anticonceptivos.

Tristam salió de un tierno trance, dejó al niño en la cuna y se tumbó otra vez en la cama.

—¿Quieres tener más hijos ya?

—No. —Sarah le acarició el rostro y lo besó muy despacio. Igual que su decisión. Prefería tener a sus hijos seguidos y no interrumpir su carrera profesional cada pocos años. También se criarían juntos y a la larga les compensaría—. Quiero tener tus hijos ya.

—Como quieras —susurró encantado. Volvió a besarla por el cuello, tranquilo—. Con dos bebés no te podrás concentrar para trabajar. Tendremos que contratar a alguien, pero me gusta la idea.

—¿Estás seguro?

—Si hay algo que eché de menos cuando era niño fue tener un hermano de mi edad. Por eso me lo paso tan bien con los gemelos, me dan envidia sana. Si tú quieres que Gordon tenga pronto un hermano, por mí perfecto, pero habla con Maggie para que nos recomiende a alguien.

—Aún es pronto y lo más importante para mí era saber que estabas de acuerdo.

—Hay cosas que deberías saber que nunca te voy a negar, y hacerte hijos es la primera.

—Estás perdiendo mucha fuerza por la boca.

—¿Tú crees?

La sonrisa maliciosa de Tristam prometía resarcir su impresión. No solo no había perdido fuerza, sino que había ganado madurez. Disfrutaba del cuerpo de su mujer, conocía sus defectos para ella o

para él una de sus máximas virtudes: unas sinuosas curvas, llenas, cálidas y con un tacto suave, unas caderas anchas, broceadas, que cuando rozaban sus dedos siempre terminaban atrapados con las nalgas más eróticas que había contemplado nunca. Lo adoró con firmes embates; lo amó y lo amaría siempre.

Tristam comprendió que aunque el matrimonio era solo un papel legal que los unía, era la confirmación del poderoso vínculo que ya existía, y tenía intención de cumplir sus palabras. Eran una pareja antes de casarse, discutían, reían, confiaban en su unión, fueron amigos antes que amantes afrontando retos y seguirían juntos si no hubiesen vuelto a casarse. Para él, que no pensó nunca en el dolor que algunos de sus actos ocasionaron, con Sarah creía en el amor eterno, tenía a su familia como testigo y la promesa que hizo con ese certificado no pensaba romperla nunca.

En la suite Azul, Andreas acababa de entrar con Victoria en sus brazos. Unos minutos antes se despidieron de los pocos invitados que no pasaban la noche en Ivory. Sus hermanos ocuparon una de las habitaciones dobles, igual que Ahmad con Rachel o sus socios, que acudieron con sus parejas; el resto durmió en el anexo.

—Ha sido un día inolvidable —dijo Victoria. Se puso de puntillas y lo besó en los labios, titubeó un poco mareada, pero Andreas le sujetó la nuca con una mano y las caderas con la otra, pegándola a su cuerpo. Se besaron con deseo, con pasión y con un hambre voraz—. Te quiero, soy muy feliz.

Andreas la miró a los ojos, sonrió y la giró en sus brazos.

—Tú también me haces muy feliz, lo sabes —susurró excitado. Por fin, cumpliría otra fantasía. Quitarle su precioso vestido fue un reto para los nervios de sus dedos. Cuando la dejó con las bragas estaba más firme que un tronco altivo hacia el cielo, la tumbó en la cama sin aguante; no podía esperar, ser comedido o frenar un instinto animal primario que brotaba impaciente por los poros de su piel—. Abre.

Separó sus muslos y se colocó en medio, recorrió con las manos un vientre liso y suave hasta que inclinó la cabeza hacia abajo y aplastó su boca en un beso salvaje que Victoria respondió más relajada. Trató de sosegarlo, aunque para Andreas era tarde. La penetró con un movimiento rápido, hasta el fondo, gimiendo de placer.

Impuso un ritmo endemoniado, que no molestó a Victoria porque esa fuerza primitiva siempre la arrastraba, se movió con fiereza y jadeó su nombre antes de estremecerse; la quería más que a su vida y se sentía el hombre más afortunado del mundo cada vez que arqueaba

el cuerpo incitándolo a continuar, más lento, amándola para fundirse en ella.

Incapaces de moverse, planearon en su cálida nube, los dos sintiendo la suavidad de sus cuerpos como mullido algodón que se desplaza ligero por dos alientos entrecortados.

—He soñado que pronto estarás embarazada —comentó Andreas sujeto a su cintura.

Victoria recorrió sus fuertes bíceps con una mano.

—A lo mejor lo estoy.

Andreas la observó con los ojos de par en par.

—¿Has dejado las pastillas?

—Cuando te rescaté en la cabaña decidí que quería atarte a mí para siempre.

—Te pedí que te casaras conmigo.

—Pero con un hijo no volverías a huir.

—No pienso ir a ninguna parte sin ti y, por supuesto, sin nuestros hijos tampoco. Tú y yo vamos a estar juntos con o sin ellos.

—Eso espero. —Sonrió emocionada—. No sería capaz de vivir sin ti.

—No lo vas a hacer, de hecho vamos a trabajar juntos, vamos a vivir juntos, es posible que te hartes de mí.

—No, si me dejas hacer las cosas a mi manera. En el trabajo no serás mi marido.

—Soy muy exigente con mis empleados, prepárate.

—Le advierto que estoy bien cualificada —susurró con voz sensual —. No tendrá que estar encima.

—Me he informado sobre usted, *milady* —dijo seductor acariciando despacio un pecho a la vez que deslizaba la otra mano hacia su entrepierna—. Sé que ha recibido una educación excelente, en cambio, cuando trabaje para mí, me gustaría que se olvidase de ella.

—¿Pretende mantener relaciones sexuales en el trabajo?

—A diario —susurró besando su cuello, invadiendo su sexo con impunidad—. Y debe corresponderme cada vez que se lo pida.

—Creo, señor, que abusa un poco de su poder. ¿Tiene el mismo trato con todas sus empleadas?

—Por supuesto que no —exclamo indignado, al instante sonrió feliz—. Es un detalle que solo voy a tener con usted. Quiero que se sienta como en casa.

—¿Cómo sabe qué hago en mi casa?

—Tenemos a alguien en común.

—¿Sí…? —Victoria suspiró sintiendo los círculos delirantes que sus dedos hábiles sabían trazar en ella, en esas yemas Andreas tenía

poder, la licuaba ansiosa por recibirlo—. ¿Quién…?

—Una vez conocí a un hombre de negocios en uno de mis viajes, me contó cómo se enamoró de una bella dama inglesa.

—¿Qué dijo?

—Que con ella había descubierto el amor —susurró antes de besarla en los labios—. También que era la mujer más hermosa que había conocido. —Andreas sonrió mientras Victoria gemía y movía las caderas para mecerse en su mano—. Me explicó cómo ella enloquecía cuando él la amaba.

—La entiendo, me pasa lo mismo con mi marido.

—Tengo celos de él —murmuró Andreas. La cubrió con el cuerpo, la besó con intensidad y desató una locura imparable. Aquel beso se volvió frenético, íntimo y hambriento—. Te quiero, Victoria Finch-Hutton.

—Ahora soy *lady* Victoria Finch-Hutton Göransson.

Con ese susurro cariñoso, Andreas se bebió sus labios, no quiso pensar en una omisión que pronto sería pública; esa noche era para ella, encontraría otro momento para hablarle de su padre.

—Demasiado largo, prefiero Vic.

El calor, el aire que respiraban, el sudor y un balanceo elegante los guiaron al éxtasis completo. Entró una brisa fresca en la habitación, movió las cortinas con un sutil vaivén y notaron ese escalofrío que los acercaba a la sensación de absoluto placer un año después de conocerse allí mismo; aunque no importaba el sitio; aquella sensación podían sentirla escondidos con los ojos cerrados entre infinitos campos de lavanda o tumbados al sol rodeados de montañas; era un maravilloso abismo de realidad y fantasía, de luz y oscuridad; aquella sensación era mágica.

Epílogo

Wells, Inglaterra
30/10/2014

Charlotte entró en la biblioteca tras acostar a Jamie temprano, después de un día donde no había parado quieta. La excusa de su cumpleaños volvió a reunir a toda la familia en otra comida entrañable llena de cariño y unos regalos muy considerados. Como siempre, el de Nicholas no tuvo rival. Consiguió dejarla asombrada, ya que pensaba que recibiría otra joya; en cambio, una taza de cerámica apabulló las buenas intenciones de los demás; tenía un truco infalible para emocionar a Charlotte: databa del 740 a. C. y era auténtica; lo supo nada más verla. Tenía unos dibujos geométricos hechos en rojo y negro, y se parecía mucho a unas piezas que estaban catalogando en el Museo. Nicholas se negó a decirle cómo la había conseguido; para Charlotte no tenía precio; aunque supuso que sí lo tendría porque no creyó que Nicholas acudiera a nada ilegal, era demasiado conservador.

Sentados en el suelo, los gemelos coloreaban apoyados en la mesa del rincón, mientras Nicholas escribía concentrado en el portátil.

—Hola —dijo Charlotte mirando a sus hijos—. Venía a contaros un cuento, pero como estáis muy atareados lo dejamos para otro día.

—¡No!

La exclamación de los niños hizo sonreír a su padre. Adoraban esas historias y las disfrutaban como si las protagonizasen. Nicholas se levantó, besó a su mujer en la mejilla y se sentó en el sillón del rincón.

—Ivory la construyó uno de vuestros abuelos —dijo Charlotte.

—¿Abu *Godon*? —preguntó Alex.

—Noooo —respondió con burla Henry—. Abu James.

—Escuchad a mami —dijo Nicholas, quitándose las gafas. Se metió una de las patillas en la boca y dobló una pierna en la rodilla. De manera inconsciente se sujetó el tobillo observando atentamente a Charlotte—. Seguro que ella nos cuenta cómo la hicieron.

—Érase una vez, hace muchos, muchos años, nació un niño, en un pequeño pueblo cerca de aquí. Se llamaba Henry, como tú. —Charlotte le dio un golpecito a Henry en la punta de la nariz—. Cuando fue mayor se hizo soldado y llegó a ser capitán de navío de un barco enorme…, lleno de cañones. Fue a muchas guerras y un día conoció a un hombre muy importante. Le salvó la vida y, en

agradecimiento, su hermano mayor, el Rey, le regaló las tierras de Ivory.

—¿*Ya' tá*? —preguntó Alex, decepcionado.

—No —respondió Charlotte sonriendo—. Os voy a contar cómo le salvó la vida.

—A mí me gustaría llegar a cómo conoció a *lord* William Kent —comentó Nicholas.

—Muy bien, vamos a irnos a 1682 —dijo Charlotte. En cuanto sus hijos le hicieron caso, guiñó divertida a Nicholas y empezó a hablar—. El capitán Finch-Hutton tenía veintiún años, era muy joven, pero tenía bajo su mando un navío de setenta y cuatro cañones, había regresado de Nueva Inglaterra y debía esperar nuevas órdenes del Parlamento. Volvió a Salisbury, su pueblo, con sus padres y hermanos, pero como tenía acordado casarse con Grace Rusell, la hija de un almirante y no se conocían porque ella vivía en Edimburgo, fue hasta allí viajando a caballo. Salió muy temprano de su casa; el viaje podía durar una semana.

—Ooooo…

Viendo a Alex entrar en éxtasis, Nicholas apretó los labios y contuvo una sonrisa; el Intrépido no sabía qué era una semana, pero se emocionó imaginando ese viaje a caballo donde la voz de Charlotte los metió en aquella historia:

—Henry se incorporó en la cama con la garganta seca y un olor asqueroso penetrando en su olfato. La pensión donde había pasado la noche era la única con una cama libre de todas en las que intentó alojarse. De no haber estado medio muerto y con ganas de dormir en una cama, jamás habría parado en aquel apestoso rincón que no querían ni las ratas, pero todavía le quedaban tres días hasta llegar a Edimburgo y tanto él como sus caballos debían descansar. Escuchó el crujido de la madera en el pasillo, como protestando por un exceso de peso; luego, el ruido metálico de un cubo, que desbordó agua y sugería poco cuidado, y de inmediato dos toques rápidos en la puerta, que se abrió antes de que diera permiso. Entró la dueña, una mujer regordeta de mediana edad, sin el menor remordimiento por el estado de su negocio, cargada con una jarra de agua caliente y una toalla raída. —Charlotte miró a Nicholas para que le siguiera el juego. Los niños estaban atentos y necesitaba dramatismo—. Buenos días, señor. El desayuno se está sirviendo, si quiere huevos no tarde en bajar.

—Gracias, amable señora —dijo Nicholas sonriendo.

Charlotte no hizo caso a la burla de su marido y continuó:

—Con las tres gallinas que vio al dejar los caballos en el establo, Henry tenía claro que esos huevos no durarían mucho, pero estaba

acostumbrado a controlarse; en un barco confinado durante meses se sobrevivía con lo imprescindible, ya tendría tiempo de comer bien cuando llegase a Escocia. Terminó con el aseo y se vistió pensando en Grace Rusell, su prometida. Una belleza morena, según su padre, el almirante *sir* Thomas Rusell; convencido de que dentro de unos años Henry llegaría muy lejos en la armada y sería reconocido por el Rey. Después de atarse los calzones en las rodillas, se anudó las botas negras de piel, cogió una camisa de lana limpia y se la abrochó más animado; siempre conseguía relajarse con la imagen de alguna mujer bonita. Antes de bajar al inmundo comedor, usó una cinta marrón oscuro para atarse el pelo en una coleta, se puso una casaca roja con brocados y ajustó su espada al cinto. Poco después, le sirvieron unas gachas, que apartó con cara de asco. No era escrupuloso, pero nunca le había repugnado algo tanto. Pidió un bollo de pan y se lo tomó con una jarra de cerveza. Luego, arrojó varias monedas de plata en la mesa y volvió al camino con sus caballos.

»Pasados varios días, Henry estaba más cerca de su destino, pero aquella fría noche de octubre, donde arreciaba la lluvia, encontró una posada y se dirigió hacia ella, sin saber que cambiaría su vida. Por el aspecto de la fachada blanca, bien pintada, con la madera de los balcones cuidada y un murmullo de voces que procedían del interior, supuso que, aparte de ser el mejor sitio donde podría hospedarse, también contaba ya con alguien importante; dos carruajes negros aparcados cerca de la entrada avalaban su teoría. Se aproximó a la puerta, observado atentamente por dos grandullones vestidos como campesinos, que no engañaron a Henry; sabía que eran soldados y tenía puestos en ellos los cinco sentidos. El más alto, en cuanto desmontó del caballo, trató de intimidarlo y le impidió el paso con una mano grande apretando fuerte su pecho. Henry les dijo quién era, pero no le dejaron pasar. Dentro estaba el príncipe Jacobo, amenazado de muerte, y debían proteger su vida.

—*¿Po qué*? —preguntó Alex.

—Porque se convirtió al cristianismo —dijo Nicholas, por la cara del niño, la información fue insuficiente—. Por el amiguito de Maggie, el de las velitas.

Charlotte sonrió negando con la cabeza.

—No le hagas caso a papi, el amigo de Maggie no tuvo nada que ver. En aquella época se peleaban por todo —dijo para evitarle a su hijo un cacao mental grave, aunque Nicholas no estuviera de acuerdo y la observase con una mirada irónica. Eran muy pequeños para entender ciertas cosas o comportamientos—. ¿Os cuento qué pasó?

—Sí, por favor —dijo Nicholas—. Pero no entres en detalles.

—Muy bien. —Charlotte se inclinó hacia delante y cambió el tono—. Medio resignado, Henry dio la vuelta y volvió al establo, comprobó el estado de los animales y cuando ajustaba la cincha de una de las monturas, oyó un movimiento sigiloso que alertó a los caballos. Shhh.… Henry los tranquilizó y bajó la cabeza para ocultarse. Prestando atención, escuchó a unos hombres planear el asesinato del príncipe, esa misma noche. Debían esperar la señal de una mujer, que trabajaba en la posada y se iba a encargar de emborrachar a los soldados. Cuando las voces cesaron, Henry preparó la pistola. La utilizó por última vez en un país muy lejano y no entraba en sus planes de viaje, pero no podía quedarse al margen. —Charlotte hizo una pausa viendo el gesto impaciente de Nicholas, no supo quién era peor; sus hijos o él—. Más tarde, los dos soldados de la puerta recibieron apoyo y unas jarras de cerveza, mientras a Henry se le entumecían los huesos, inmóvil entre sus caballos. Por un lateral de la casa, una figura encapuchada sacó un cubo con basura. Henry percibió el movimiento de sus misteriosos acompañantes, que como siniestras sombras se acercaron a ella. Se les unieron dos más, sin que los soldados se dieran cuenta. Henry intentó advertirlos, pero, de repente, se oyó el ruido atronador de un disparo y dio comienzo un festival sonoro lleno de tiros, gritos y puñetazos —explicó Charlotte, mientras los gemelos abrían los ojos de par en par—. En cuanto entró Henry, solo quedaban tres soldados luchando, pero el más peligroso de los rebeldes apuntaba al príncipe con una daga en la barbilla. Henry disparó su pistola y lo mató de un tiro en el cuello. Dos soldados acabaron con sus adversarios y apresaron al último. Intentaron que les dijera quién los había enviado, pero no quiso responder y los soldados se lo llevaron fuera de la posada. El príncipe se centró en Henry y le preguntó: ¿Quién sois?

—Soy el capitán de navío Henry Finch-Hutton, alteza —dijo Nicholas con una voz grave.

—Le doy las gracias por su intervención. —Charlotte representó a Jacobo II hasta con una reverencia, innecesaria pero divertida—. Me ha salvado la vida.

—De nada.

—¿Es usted un hombre de acción?

—No —respondió Nicholas rotundo—. Pero he tenido que pelear en algunas batallas, y la estrategia es lo más importante —comentó suficiente. No contento con su papelito, decidió bordarlo—. Ellos tenían clara la suya, sus soldados no, han cometido muchos errores.

—Entonces, habrá sido un milagro que nuestros destinos hayan coincidido. ¿Adónde se dirige?

—Edimburgo.

—Yo también. Imagino que ha notado que no soy del agrado de algunos.

—Me atrevería a decir que de la mayoría, alteza.

Nicholas disimuló una sonrisa, y Charlotte elevó las cejas, atónita.

—¿Quiere acompañarnos el resto del viaje?

—¿Necesita mis servicios?

—Es usted un hombre interesante, capitán —dijo Charlotte contenta, la sonrisilla pícara de Nicholas daba para varias interpretaciones—. ¿Qué planes tiene en Escocia?

—Casarme. —Nicholas estiró las piernas y cruzó los brazos—. Estoy loco por conocer a mi esposa.

—El príncipe comprendió al pobre militar, siempre en la lucha, sin tiempo para divertirse… —comentó burlona, volvió a su tema y otra vez cambió la voz—. Poco después, recibieron la conformidad del oficial para emprender el camino. Henry dejó los caballos a cargo de uno de los soldados y se subió al carruaje con el príncipe. Durante horas hablaron y se hicieron amigos. Henry le contó sus planes. Quería construir edificios cuando dejara la marina. Había visto una ciudad que se llamaba Boston, muy lejos, al otro lado del océano, en Nueva Inglaterra, que de manera increíble en pocos años había crecido muchísimo. Él pensaba que edificios sólidos para los cientos de trabajadores que cultivaban la tierra, mejorarían su calidad de vida y también su rendimiento, creía firmemente que una nación era más fuerte si su pueblo tenía bienestar. El príncipe le dijo que podía presentarle a William Kent, el arquitecto que había diseñado el palacio de su hija en Essex y Henry aceptó encantado. —En ese instante Nicholas hizo un gesto con las manos, agradeciendo llegar dónde pretendía. Pero Charlotte tenía que abreviar o los niños se dormían—. Al día siguiente llegaron a Edimburgo, se despidieron y Henry conoció a Grace. Se enamoró perdidamente de ella nada más verla. Ninguna de las palabras de su padre hizo justicia a la mujer más hermosa del mundo. Fijaron la fecha de la boda, se casaron y, en poco menos de un mes, volvió con ella a Salisbury, donde se instalaron en una casita cerca de la catedral. Un año después, Henry recibió una petición formal para comparecer ante el Rey. Supuso que para imponerle alguna medalla por el éxito contra la armada holandesa en el canal; en cambio, le concedió dieciocho acres de unas tierras fértiles que rodeaban su pueblo, la distinción como noble, un puesto de consejero real y otro como parlamentario. Henry se vio abrumado por el monarca, pero la creación del Señorío de Salisbury en agradecimiento a un acto heroico que salvó la vida de su hermano, fue una

recompensa inesperada que aceleró su retirada del ejército para empezar a construir la casa que había soñado para su familia. Se puso en contacto con William Kent y, tras varios meses, empezó a construirse Ivory. La planta se diseñó con cuerpos rectangulares asimétricos y se situó cerca de uno de los tres arroyos que pasaban por las tierras. —Charlotte se detuvo unos segundos, viendo a sus hijos empezar a chincharse con los lápices, pero era la parte que le gustaba a Nicholas y continuó ignorándolos—. La fachada, dos torreones, los miradores de la segunda planta, los corredores llenos de ventanales, todo conformó un edificio majestuoso que fue admirado desde el inicio de su construcción. Tres años después, en 1686, Henry se trasladó con Grace, que después de varios abortos estaba embarazada de su primer hijo. La fatalidad se cebó con el pueblo cuando aquel invierno una epidemia de gripe acabó con la vida de ocho criados y la de Grace Finch-Hutton. No hubo ninguna familia que no perdiera a uno o varios miembros. El duque se trasladó a la corte y durante los siguientes años sobrellevó la pérdida de su esposa entregándose a la política. En esos tiempos, las disputas entre los monarcas eran frecuentes y él sirvió con lealtad al rey Jacobo II hasta que su hija accedió al trono. Luego, abandonó Londres y volvió a su solitario y pálido hogar, donde tenía mucho trabajo por delante si quería explotar las tierras de cultivo.

»Henry Finch-Hutton, I duque de Salisbury, vio pasar por el trono a cinco monarcas de dos dinastías diferentes, mientras seguía echando raíces en Ivory. Una finca que le recompensaba la soledad con esfuerzo. A diario la recorrió, habló con los campesinos y se involucró en fomentar el rendimiento de las tierras. La única sombra en su vida era no tener descendientes. Si moría sin ellos, Ivory volvería a la Casa Real. Unos meses antes de cumplir cincuenta años, renovó la esquina Suroeste añadiendo dos grandes ventanales para iluminar la sala de estar, el lugar donde pasaba horas leyendo. Esas ventanas tenían iguales proporciones y elementos decorativos que todo el porche delantero. Cada nuevo añadido siempre respetaba el estilo. Cambió la balaustrada de la escalera y encargó a un escultor el escudo de piedra que colocaron sobre la puerta principal. Con una fortuna considerable, cada idea la realizaba; desde unos dibujos a lápiz hasta que concluía la obra; disfrutaba creando.

»El día que cumplió medio siglo, celebró una gran fiesta. Acudieron más de doscientos invitados, entre ellos, un buen número de bellas damas; aunque solo pudo mirar unos ojos verdes que brillaban como esmeraldas, lo atraparon y ya no quisieron dejarlo. Era la primera vez que la veía en su casa, no era una invitada, y se acercó

a su mayordomo intrigado. El hombre se sorprendió por esa curiosidad del duque en plena fiesta y por la sorpresa al no haber reconocido a la hija pequeña de la cocinera que había vuelto al pueblo después de mucho tiempo en Londres cuidando a una dama respetable. Necesitaba un trabajo y, sin saberlo, él mismo la contrató varios días antes. La chica se llamaba Emma Fellowes y consiguió que Henry, tras veinticinco años viudo, sintiera con ella el mismo rayo impactante que lo golpeó cuando conoció a Grace. Notó que la señorita Fellowes lo rehuía y acrecentó sus ganas de conocerla. Se dedicó las siguientes semanas a hacerse el encontradizo. Le llevaba casi treinta años y su elevada posición social retraía a Emma cuando la invitaba a pasear o le prestaba algún libro de la biblioteca, pero, con la paciencia de quien lleva toda una vida esperando, consiguió casarse con ella. Emma lo rejuveneció, lo llenó de optimismo y le dio tres hijos que fueron una bendición para un hombre sin esperanza. Con su hijo Henry, empezaba su propia dinastía, la vuestra —explicó sonriente—. La misma que durante siglos habitó una casa que era mucho más que una morada, era la carta de presentación perfecta para un honrado capitán que soñó un día con un palacio de marfil para su familia, pulido con sus manos —Charlotte terminó su historia observando a los niños, no parecían muy interesados—. ¿Os ha gustado?

—*Zí* —respondió Henry, se levantó y miró a Alex—. ¿*Vines*?

—Id a ponerle de comer a *Brown* —dijo Nicholas. Se levantó mientras los niños salían, cogió dos copas y las sirvió con vino tinto—. Eres una cuentista increíble.

Nicholas se sentó en el sofá junto a Charlotte y le dio una copa.

—No sé qué decirte, en cuanto ha terminado la pelea, han perdido el interés.

—Era lógico —comentó tranquilo. Bebió un sorbo y comentó—. Cuando me dijiste que muchos de mis antepasados habían sido padres muy mayores, no pensé en lo que debió significar para ellos creer que podían perder Ivory.

—¿Otra vez vas a empezar a darle vueltas a lo mismo?

—No, soy un chaval en comparación —respondió con humor—. Lo decía por el esfuerzo que debió suponerle levantar no solo la casa, sino también la explotación agrícola. Me apetece mucho poder dedicarle ahora más tiempo.

—A mí me parece extraordinario que durante tantas generaciones los ojos de Emma los hayáis heredado. Normalmente en la cuarta generación se pierden los genes recesivos, en cambio vosotros los mantenéis, es muy curioso.

—Supongo —dijo indiferente. Vio su oportunidad para sondearla por la noticia del día; no era para menos, y dudó que no estuviera enterada. De todos fue la que menos se sorprendió, y vio varias veces a Andreas mirándola mientras les contaba otra historia que superaba cualquier ficción—. Andreas también se parece mucho a Sebastian.

—Sí, pero está muy mezclado con su madre. ¿Crees que Ewan lo aceptará?

—No lo sé —dijo encogiendo los hombros—. ¿Tú no sabías nada?

—¿Yo? —Charlotte frunció el ceño—. No, nada ¿Por qué?

—Porque no me fio un pelo de ti —respondió irónico. Charlotte sonrió, a punto de usar alguna táctica evasiva, se movió en el sofá y se sentó en sus piernas. La caló al vuelo y entornó los ojos, incrédulo—. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Navidad.

—¿Casi un año? —Nicholas apretó todos los músculos de la cara—. ¿Dónde ha quedado la confianza entre nosotros? Porque mira que te he hablado veces de ellos…

—Lo sé, cariño, pero era muy delicado y no podía traicionar a tu hermana.

—Me lo podías haber dicho. Sebastian fue un gran amigo de mi padre y sabes que siempre lo he admirado mucho.

—Por eso no podía decírtelo —dijo Charlotte con una ligera sonrisa. Andreas no hizo ninguna mención a nada escabroso y solo tuvo palabras cariñosas hacia la figura de su padre—. Lo importante es que se ha hecho justicia, aunque aún tenga que salvar las diferencias con sus hermanos.

—Sí, y no se lo van a poner fácil. Hay mucho en juego. Nada más que la propiedad de Escocia vale millones de libras.

—Por lo que sé, es la única que Sebastian quiso que los cuatro compartieran.

—No sé cómo lo van hacer, pero si Ewan se pone de parte de sus hermanos, Andreas nunca podrá disfrutarla.

—Le da igual. Él no tiene apego a esa casa ni necesita el dinero.

—Espero que lleguen a un entendimiento, para Sebastian era muy importante. Vivió en ella solo mucho tiempo, era su hogar.

—A ver qué pasa… Por cierto, cariño. ¿Has hablado con tu primo?

—Sí. Vendrá con sus nietos cuando se publique el libro. Hemos hablado durante más de una hora y ha sido encantador. Quiere ver la casa de Tristam, no tenía ni idea de nada. Solo sabía que sus antepasados eran ingleses.

—Habrá alucinado. De repente están emparentados con la aristocracia —dijo Charlotte bromista. Le acarició la mejilla y comentó

más seria—. ¿Sabes algo? Cuando nos conocimos no aprecié el valor que tenía Ivory, supongo que su historia me ha abierto los ojos para ver las cosas con otra perspectiva.

—Todos hemos tenido que ir aceptando su valor. —Nicholas se rió de sí mismo—. No quiero acordarme de las veces que le dije a mi padre que era un pesado.

—Ni yo de las veces que te lo he dicho a ti.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Otro?

Nicholas sacó una cajita del bolsillo de su pantalón. La abrió y le enseñó un anillo solitario, con un rubí y tres diamantes con un color rosáceo. Le cogió el dedo anular de la mano derecha y se lo colocó.

—Te queda muy bien.

—¿Estás loco? Y no me digas que es de tu familia, ya no me lo creo.

—Tú eres su propietaria. Es un regalo de cumpleaños.

—Con la taza me había dado por satisfecha, es demasiado, cariño. No deberías gastarte el dinero en estas cosas.

—¿No te gusta?

—Es precioso, pero te habrá costado una fortuna.

—Deja de preocuparte por el dinero. Nunca te regalo nada, las otras joyas sí eran heredadas. Me hacía ilusión invertir en mi mujer los beneficios de la subida de las acciones.

—Muchas gracias —murmuró Charlotte con un beso en los labios—. Me encanta. Tú eres el rubí y los diamantes son nuestros hijos.

A Nicholas también le gustó la aceptación de su regalo. Se esmeró en demostrarle su agradecimiento de otra manera más física, con más contacto, con la autoridad que proporciona la confianza.

El brillo de sus ojos, la sonrisa de su boca, todo él resplandeció amando a Charlotte. Supo que nació el día que apareció en su despacho, realmente ahí empezó su historia. Por ella tenía esa vida que siempre soñó y gracias a ella continuaría un legado que protegería e intentaría engrandecer siendo con orgullo Nicholas Finch-Hutton, VIII duque de Salisbury.

Agradecimientos

Por fin, he terminado.
No sabéis la de horas que he dedicado a esta historia, a costa de algunos sacrificios físicos y emocionales bastante caros, pero no puedo dejar de sonreír; han sido unos meses estupendos viajando a través de otros. Estoy contenta, me gusta Ivory Manor.
Durante el transcurso del verano pasado, empecé a escribir la primera parte, tuve la colaboración de mi amiga Loreto Lobera, que aparte de arqueóloga es una gran ayuda moral. Como siempre, mis amigas han sido las primeras en ir leyendo, también opinando y, a veces, desquiciándome, pero siempre valoro sus críticas, son constructivas y un aliciente para mejorar. Entre ellas: Lidia Lara, Alicia Leiva, Susana Durán, mi hermana o María Agote (un fichaje de *Indestructible*, que me ha hecho pasar muy buenos ratos y me ha aportado ideas excelentes) y, sobre todo, en la última etapa, debo agradecer hasta el infinito la paciencia de mis compañeras, Amelia Saint-Supéry y Rocío R.R., a Eva Plazas, mi jefa, y una pianista en potencia que me ayudó muchísimo con la faceta artística de Nicholas.
Espero no haberme olvidado de nadie, si lo he hecho, que no lo tenga en cuenta.
Muchísimas gracias a todos, espero seguir colándome en vuestras vidas siempre que queráis.
R.A.M.

Rincón de la Victoria, febrero 2015